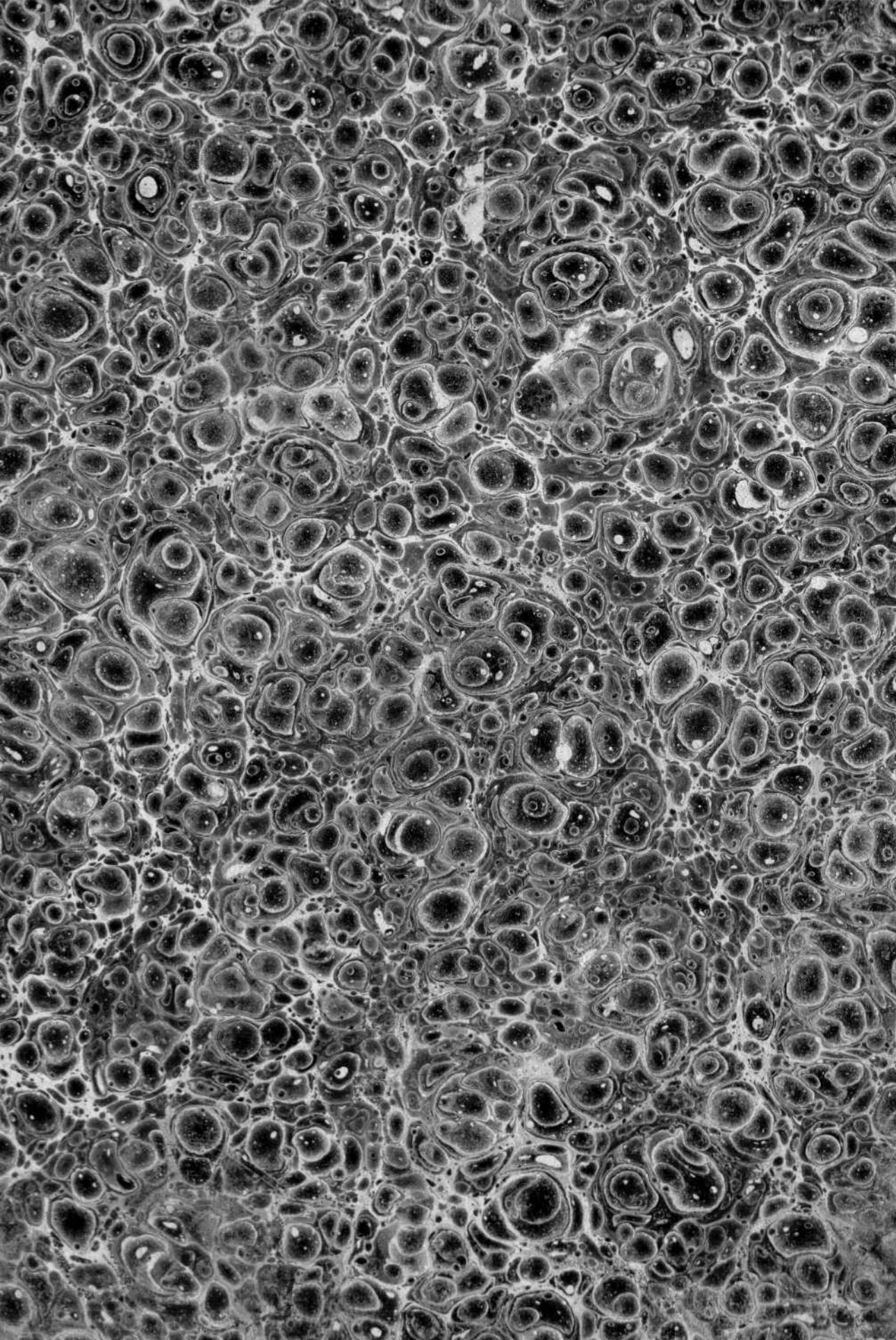
BIBLIOTECA DEL INSTITUTO BORRELL DE LAS ESCUELAS PÍAS
Estante C
Plúteo V
Número 16
ALELLA



SEMANARIO

PINTORESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

1848.

MADRID.

OFICINAS DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL,

CALLE DE JACOMETREZO, NUMERO 26.

MDCCCXLVIII.

Madrid: Imprenta de D. Baltasar Gonzalez, calle de Hortaleza.

ÍNDICE.

TABLA DE ARTICULOS.

ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

El Castillo de Benavente..... 9
La Cartuja de Aula Dei, por *Adé*.. 27
San Nicolás de Búrgos, por *R. Monge*. 33
Real Monasterio de la Visitacion, por D. *J. M. Egurén*..... 50
La Capilla de Santa Quiteria, por *N. Magan*..... 57
El Castillo de San Anton, por *B. V. P.* 66
El Alcázar de Toledo, por *Magan* .. 89
La Catedral de Barcelona..... 113, 129
Antequera..... 126
La Ciudad de Dénia, por *Salomon*... 145
Baza..... 175
Cartagena..... 180
La Coruña, por D. *J. C. de L*..... 185
La antigua Puerta de Visagra..... 209
Huesca..... 215
Cuenca..... 218
Córdoba..... 225
La Cartuja de Granada, por D. *J. Gimenez-Serrano*..... 233
La Catedral de Plasencia, por *Plaza*. 249
Teva, por D. *M. Espinosa*.. 265, 275, 292
El Castillo de Pancorbo..... 297
El Patio de los Leones..... 313
El Hospital de Santiago en Toledo, y Sepulcro de la Malograda, por D. *N. Magan*..... 313
Motril..... 323
La casa del Cordon, por *Monge*. 345, 358
La Fuente del Rey en Priego, por D. *L. R. Casas-Deza*..... 373
El Castillo de Coca..... 389
Zalamea..... 397
El Seminario de Santiago..... 405
Plasencia, por D. *F. W. Plaza*..... 413

ANTIGUEDADES.

Inscripciones hebreas, por D. *A. M. G. y B*..... 108
Inscripciones arábigas, por *Gayangos*. 153
La Torre Nueva de Porcuna, por D. *M. de la Corte*..... 186
El Arco de Caparra, por *Plaza*.... 281
El Templo de Diana en Dénia, por D. *R. Salomon*..... 297
El Monte Mongó, por D. *R. Salomon*. 382

BIOGRAFIAS.

El Padre Juan Everardo Nidhard, por D. *L. M. R. Casas-Deza*..... 17
D. Francisco Javier de Búrgos, por *R.* 49
La Varona Castellana, por *Monge*. 81
Alfonso de Lamartine, por D. *A. Fernandez de los Rios*..... 105
Juan de Arphe..... 217
D. Leonardo Alenza..... 241
D. Francisco de Salinas..... 257
D. Juan Martinez Siliceo, por *Magan*. 267
Horacio Vernet..... 273
Francisco Pizarro, por D. *V. Plaza*.. 321
Sócrates, por D. *A. A. B*..... 323
Francisco Zurbaran, por *Carderera*,.. 358
Cristóbal de Villalva, por *W. P*..... 359
D. Joaquin Lorenzo Villanueva, por D. *R. de M. é Isasi*..... 390
Don Ignacio de Luzan, por D. *L. M. R. Casas-Deza*..... 401
Luis Velez de Guevara, por *L. S*... 423

HISTORIA.

De la propagacion de la imprenta, por D. *A. Fernandez de los Rios*... 98
La Semana Santa..... 121
Las Cruzadas, por *Abdalagi*..... 123
La guerra de la independencia..... 140
Barba-Roja..... 211
D. Pedro de Castilla y su privado 228, 235
La orden de Alcántara, por D. *D. Anduaga Espinosa*..... 244
La batalla de Pavía..... 328, 337
Los Templarios en España, por D. *L. C. E*..... 368

VIAJES.

El puente de Cerét, por *R*..... 3
La caza de las gamuzas..... 25
Sicilia, por D. *S. Costanzo*..... 71, 92
La fuente de Sevi-el-Sedawich en el Cairo..... 97
Palacio de España en el Haya, por D. *J. de Salas y Quiroga*..... 133
Viaje desde Alejandría hasta las Pirámides, por *García de Quevedo*... 147
Sicilia y Africa, por D. *S. Costanzo*. 169
El Cairo, por *García de Quevedo*..... 178
Thong Thing Chan..... 193
Baile de moros, por D. *A. de Pineda*.. 196
Las pirámides, por *García de Quevedo*. 201
El elefante, empleado en la caza del tigre..... 251
Viaje á Sicilia y á la Italia continental, por D. *S. Costanzo*..... 293
Una noche en un faro, por D. *A. P*.. 300
Una comida china..... 381
Ginebra, por *García de Quevedo*..... 383
Del imperio del Japon, por D. *F. Perez de Molina*..... 398
Buenos-Aires y las Pampas..... 405

ESTUDIOS FILOSOFICOS.

El temor de la muerte, por *Baralt*,.. 2)

LITERATURA.

Introduccion, por D. *A. Fernandez de los Rios*.
Un paseo á la patria de D. Quijote, por D. *J. G. Serrano*. 19, 35, 41, 109, 130
De la tragedia en España, por *Tejado*. 53
Recuerdos de Cervantes, por D. *José Gimenez-Serrano*..... 161
De las leyendas y cuentos populares. 226
Moreto..... 289, 298
Discurso pronunciado en la apertura de la cátedra de árabe, por D. *S. E. Calderon*..... 365, 373

CUENTOS Y NOVELAS.

Una mártir desconocida, por D. *J. E. Hartzenbusch*..... 13
El barbero de un valido, por D. *I. Gil*..22, 28, 37, 43, 55, 59, 79, 85
La vida en la esperanza, leyenda, por *G. R. Larrañaga*..... 39, 45, 62
Perico sin miedo, por D. *J. de Ariza*. 67
El salto del diablo, leyenda, por D. *J. de Ariza*..... 101
El huésped..... 127
El verdugo..... 142, 149
Doña Margarita de Austria, por D. *A. Marin y Gutierrez*..... 163
El puñal del Capuchino..... 171
La Virgen del Clavel, cuento morisco, por D. *J. Gimenez-Serrano* 190, 198, 213
Memorias de una bella, por D. *T. Guerrero*..... 221
El caballo de siete colores, por D. *J. de Ariza*..... 243, 263, 278
Un amor de estudiante, por D. *J. H. García de Quevedo*..... 276, 284
La respuesta..... 282
El suspiro de un Angel, por D. *J. de Salas y Quiroga*..... 306
Fenómenos psicológicos, por D. *R. de Navarrete*..... 310, 326, 334, 350
Justicia de Dios..... 339
Beethoven..... 343
La visita nocturna, por D. *F. Espinosa*..... 347
El secreto de la olla cociendo..... 371
La Oropéndola..... 379
Recuerdos de un médico, por D. *A. Cánovas del Castillo*..... 393, 403, 425
La monja de San Payo, por D. *R. Rua Figueroa*..... 415

COSTUMBRES.

Dos flores y dos historias, alegre historia de un clavel, por *Ariza*. 4
Triste historia de una azucena, por D. *J. de Ariza*..... 10
La Calesa, por *R*..... 12
El Transeunte..... 61
El Carnaval en el campo, por D. *M. Gimenez*..... 73
El Domingo de Carnestolendas por la tarde, por D. *J. E. Hartzenbusch*.. 76
El resentimiento de un contrabandista, por D. *J. M. Azara*..... 115
El Frac, por *D. I*..... 117
Recuerdos de algunos minutos de tormento..... 135
Una boda en el Lavapies..... 157
De los inconvenientes de la celebridad..... 174
Dispense Vd..... 182
El verano en San Sebastian, por D. *R. de Navarrete*..... 194
Una tarde en la playa de bonanza, por D. *F. G*..... 207
Historia de unas erratas..... 239
De los inconvenientes de ser grande hombre, por D. *J del P*..... 248
Las mañanas del Retiro, por *Hurtado*. 252
Una romería en las montañas de Santander..... 258
Al primer tapon zurrapa..... 261
Cuadro comparativo entre la España de hace 60 años y la actual, por D *S. de Miñano*..... 269
Madrid por cuatro agujeros..... 294
La manía de charlar..... 304
La andaluza y la manola, por D. *J. Gimenez-Serrano*..... 309
Condicion de las mujeres en los pueblos salvajes..... 315
Los baños de Graena..... 316
Condicion de las mujeres en la época de los moros..... 327
El hombre plagio..... 336
El Fátuo, por D. *F. Uzuriaga*..... 361
Condicion de las mujeres en la Europa moderna..... 375
El dia en que es uno célebre..... 377
Personas que impiden el paso en las aceras de Madrid, por D. *A. Neira de Mosquera*..... 385
Una visita de cumplido, por *Perez de Molina*..... 409

POESIA.

El Agiotage, por D. *M. Breton de los Herreros*..... 7
Lamentos del Corazon, por D. *Luis Mariano de Larra*..... 112
Meditacion, por D. *J Zorrilla*..... 128
El Dos de Mayo, por *Espronceda*.... 138
El Abanico, por *Hartzenbusch*..... 159
La rosa amarilla, por *Hartzenbusch*.. 159
El Pájaro y el Niño, por *Hartzenbusch*. 159
La Imágen del Amor, por *Hartzenbusch* 159
El Elefante blanco, por *Hartzenbusch*. 176
Descripcion de una torre, por *Zorrilla*. 206
El Caballo de bronce, por D. *J. E. Hartzenbusch*..... 207
El uso de la libertad, por D. *J. E. Hartzenbusch*..... 232
Cásate y verás, por *Ruiz de Aguilera*.. 246
En el Monte, por Doña *C. Coronado*.. 256
Los Muertos envidiados, por D. *J. E. Hartzenbusch*..... 256
Timantes, por D. *J. E Hartzenbusch*. 256
El verano de 1848, por D. *T. Guerrero*. 287
El Otoño de 1848, por D. *T. Guerrero*. 318
A Roma reformadora, por *A. Cánovas del Castillo*..... 363
Ofrenda poética, por D. *J. Zorrilla*.. 386
Beneficios de la ley, por D. *J. E. Hartzenbusch*..... 387
La Escala, por D. *J. E. Hartzenbusch*. 388
El Envidioso, por *Hartzenbusch*..... 388
El Cangrejo, por *Hartzenbusch*..... 395
La Luciérnaga, por *Hartzenbusch*.... 396
A la jóven poetisa A. F., por D. *A. T. y la Quintana*..... 411

CRITICA LITERARIA Y ARTISTICA.

Sueltos de teatros, 15, 32, 56, 64, 72, 136, 160, 176, 192, 216, 240, 296, 304, 320, 344, 352, 364, 487.
Tirso de Molina, por *R*..... 49
Sueltos de crítica literaria..... 95
Historia de Inglaterra..... 172
Lágrimas del Corazon, poesías de Güell y Renté, por *Navarrete*..... 210
La Caridad Romana..... 305
Doce españoles de brocha gorda, por D. *A. Flores*..... 324
Esposicion de Bellas Artes..... 332
Revista popular, Almanak popular.. 380
Doña Blanca de Navarra, por D. *F. Navarro Villoslada*..... 421

HISTORIA NATURAL.

El Boa..... 60
El Rayo..... 65
Los Armadillos, por D. *J. A. y A*.... 87
El Águila..... 177
Nutricion de los vejetales, por D. *Vicente Argenta*..... 188
El Gallo..... 377
La Perdiz..... 414

VARIEDADES.

Modas, por *Clementina*..... 31, 254
Estadística de las mayores ciudades del mundo..... 32
Caja de ahorros de Madrid..... 52
Pensamientos..... 88, 93, 100, 104
Telegrafía..... 95
Un buen enfermo..... 104
Industria en Inglaterra..... 104
El secreto de la pereza..... 158
De cómo se entiende generalmente la nacionalidad..... 166
De la lotería..... 176

Poesía y prosa..... 183
Anécdotas..... 184
La flor en la cintura..... 203
Mi retiro..... 216
De la felicidad..... 216
De la música..... 231
Del café..... 272
De la política, de los partidos..... 272
De los patines..... 408

TABLA DE GRABADOS.

VISTAS.

El puente de Cerét, por el Sr. *Sierra*. 3
Un país, por los Sres. *Noirat* y *Varela*. 8
Castillo de Benavente, por los señores *Varela* y *Kraskouski*..... 9
Venta en que se supone acaecieron varios pasages del Quijote, por el Sr. *Gimenez*..... 20
La Cartuja de Aula Dei, por los señores *Ade* y *Kraskouski*..... 27
Interior de san Nicolás en Búrgos, por los Sres. *Letre*, *Cibera* y *Kraskouski*. 33
La plaza de Argamasilla de Alba, por los Sres. *Urrabieta* y *Severini*..... 35
Interior de las Salesas, por los Sres. *Tomé* y *Kraskouski*..... 41
Casa donde estuvo preso Cervantes, por el Sr. *Capuz*..... 43
Esterior de las Salesas, por los Sres. *Tomé* y *Kraskouski*..... 51
La capilla de santa Quiteria, por los Sres. *Jimenez* y *Sierra*..... 57
Puente de san Martin de Toledo.... 58
El castillo de san Anton..... 67
Sevilla desde san Juan de Aznalfarache, por los Sres. *Letre* y *Sierra*... 73
El alcázar de Toledo, por los Sres. *Varela* y *Sierra*..... 89
Una fuente del Cairo, por el Sr. *Sierra* 97
Interior de la catedral de Barcelona, tomada desde el coro, por los Sres. *Letre* y *Kraskouski*..... 113
Interior de la misma desde el altar mayor, por los Sres. *Letre* y *Sierra*... 129
La plaza del Toboso..... 132
Dénia, por los Sres. *Letre* y *Vilaplana*. 145
Valencia..... 160
Cercanías de Argel, por los Sres. *Letre* y *Sierra*..... 161
Gruta de san Pablo en Sicilia, por el Sr. *Sierra*..... 169
Gartagena..... 182
La Coruña, por los Sres. *Letre* y *Sierra* 185
País chino, por el Sr. *Sierra*..... 193
País de Guipúzcoa..... 195
Las pirámides de Egipto, por los Sres. *Letre* y *Sierra*..... 201
La puerta de Visagra, por los Sres. *Letre* y *Sierra*..... 209
Cuenca..... 218
Puente de san Pablo..... 220
Córdoba..... 225
La Cartuja de Granada, por los Sres. *Bisanero* y *Sierra*..... 233
La catedral de Plasencia, por los señores *Noirat* y *Vilaplana*..... 249
Una vista de las montañas de Santander..... 259
Teva, por los Sres. *Letre* y *Sierra*... 265
Granada..... 266
El monasterio del Escorial..... 282
El castillo de Pancorbo, por los señores *Letre* y *Jimenez*..... 297
El patio de los Leones..... 313
Puerta de Zambranos en Zamora.... 337
La casa del Cordon, por los Sres. *Letre* y *Alvaro*..... 345
Vista de un castillo..... 370
La fuente de Priego, por los Sres. *Letre* y *Sierra*..... 373
Castillo de Coca, por los Sres. *Miranda* y *Sierra*..... 389
Interior de san Estevan en Búrgos, por los Sres. *Letre* y *Kraskouski*... 397
Seminario de Santiago, por los Sres. *Letre* y *Diaz*..... 405
Plasencia, por los Sres. *Letre* y *Sierra*. 413

ANTIGUEDADES.

Fragmentos de las ruinas de Sagunto. 56
Lápida hebrea, por el Sr. *Blanco*.... 109
Inscripcion arábiga, por los señores *Blanco* y *Urrabieta*..... 153
Brocal de un pozo, por los señores *Blanco* y *Urrabieta*..... 154
Lápida arábiga, por los Sres. *Blanco* y *Urrabieta*..... 156
Inscripcion de una torre, por los señores *Letre* y *Sierra*..... 187
Caballero de Alcántara..... 244
El Arco de Caparra, por los señores *Suinz* y *Varela*..... 281
Medallas antiguas..... 298
Ventana de San Miguel del Lino.... 300
Sepulcro de la Malograda, por los Sres. *Varela* y *Urrabieta*..... 315
Capiteles y bases de San Esteban.... 333
Id. id..... 333
Cornisamento general de la iglesia de San Martin..... 333
Estátuas de los condes de Velasco, por los Sres. *Letre* y *Alvaro*..... 347
Estátua de Cristobal de Villalva.... 360
Un Templario..... 368

ESCENAS DIVERSAS.

La caza de las gamuzas, por *Sierra*.. 25
Escena del siglo XVII..... 79
Escena de la Varona castellana..... 84
La Anunciacion..... 121
Procesion de Viernes Santo..... 122
La Bendicion..... 122
La Ascension..... 123
El Dos de Mayo..... 140
Batalla de Bailen..... 140
Defensa de Gerona..... 141
Defensa de Zaragoza..... 141
Choque de los franceses con el pueblo..... 142
Las Cortes de Cádiz..... 143
Batalla de Talavera..... 144
Batalla de Vitoria..... 144
Escena de la guerra de la independencia..... 151
Arresto de Cárlos I, por los Sres. *Letre* y *Severini*..... 172
Muerte de Isabel de Inglaterra..... 173
Un baile de moros, por los Sres. *Urrabieta* y *Sierra*..... 197
Combate naval..... 213
Una justicia del Rey D. Pedro..... 229
Muerte de Garcilaso..... 231
Muerte de D. Alonso Coronel..... 236
Muerte de D. Fadrique..... 238
Muerte de D. Pedro..... 239
La caza del tigre, por el Sr. *Sierra*. 252
Reveca en la fuente, por los señores *Castellanos* y *Fernandez*..... 273
Escena marítima..... 303
La Caridad Romana, por los señores *Montañés* y *Molina*..... 305
La batalla de Pavía..... 329
Muerte de los Carvajales..... 342
Escena en un cementerio..... 349
Comida china, por el Sr. *Sierra*.... 381
Los patines (siete viñetas) por el señor *Diaz*..... 408, 409
Tres escenas de doña Blanca de Navarra, por *varios artistas*. 421, 422, 423

RETRATOS.

Don Julian Romea, por los señores *Varela* y *Fernandez*..... 16
El P. Everando Nidhard, por el señor *Varela*..... 17
Don Francisco Javier de Búrgos, por los Sres. *Urrabieta* y *Kraskouski*... 49
La Varona castellana, por los señores *Urrabieta* y *Sierra*..... 81
Estátua de Gutemberg..... 100
Alfonso de Lamartine, por el señor *Sierra*..... 105
Castaños..... 137
Palafox..... 137
Napoleon..... 137
Wellington..... 137
José Bonaparte..... 142
Fernando VII..... 143
Cromwel, por los Sres. *Letre* y *Severini*. 172
Cárlos I, por los Sres. *Letre* y *Severini*. 173
Andrés Doria..... 181
Barba-Roja..... 212
Juan de Arfe..... 217
Don Pedro de Castilla..... 228
Enrique de Trastamara..... 229
Don Leonardo Alenza..... 242
Don Francisco de Salinas..... 257
El cardenal Siliceo..... 267
Horacio Vernet..... 274
Felipe II..... 283
Moreto..... 281
Francisco Pizarro..... 329
El emperador Cárlos V..... 330
Francisco I..... 331
Francisco Zurvarán, por los Sres. *Madrazo* y *Ortega*..... 357
Don Joaquin Lorenzo Villanueva, por los Sres. *Letre* y *Diaz*..... 381

TIPOS Y ESCENAS POPULARES.

Una calesa, por *Alenza* y *Cibera*..... 13
Peligros de Madrid, por los Sres. *Urrabieta* y *Jimenez*..... 48
Trabajo perdido, por *Alenza* y *Sierra*. 96
Un librero ambulante del siglo XVII, por el Sr. *Martí*..... 99
Peligros de Madrid, por los Sres. *Urrabieta* y *Severini*..... 104
Un elegante..... 118
Antes y despues de la Cuaresma, por el Sr. *Sierra*..... 136
Peligros de Madrid, por los señores *Alenza* y *Severini*..... 168
El Zorcico..... 196
La vista, por *Letre* y *Urrabieta*..... 204
El oido, por los Sres. *Letre* y *Sierra*. 204
El olfato, por los Sres. *Letre* y *Sierra*. 205
El gusto y el tacto, por *Letre* y *Diaz*. 205
Una bella..... 221
El aguador..... 241
Don Lesmes..... 261
Rosa..... 276
El estudiante..... 277
Doña Silva..... 285
Una manola, por *Alenza* y *Vilaplana*. 309
Una vieja..... 318
Una riña, por *Miranda* y *Civera*..... 324
Un coche, por *Miranda* y *Benedicto*.... 324
Un elegante, por *Miranda* y *Civera*... 324
Una bailarina, por los Sres. *Miranda* y *Benedicto*..... 32
Dos jóvenes en una chimenea, por los Sres. *Miranda* y *Civera*..... 325
Reunion de granujas, por los señores *Miranda* y *Castilla*..... 325
Peligros de Madrid, por los señores *Urrabieta* y *Diaz*..... 388

HISTORIA NATURAL

El Boa, por el Sr. *Sierra*..... 60
El Rayo, por el Sr. *Sierra*..... 65
Los Armadillos, por *Ade* y *Kraskouski*. 87
El Águila, por el Sr. *Sierra*..... 17
El Águila, por el Sr. *Vilaplana*..... 17
El Elefante, por el Sr. *Sierra*..... 2
El Gallo, por el Sr. *Diaz*..... 377
La Perdiz, por el Sr. *Diaz*..... 41

ENCABEZAMIENTOS, FINALES Y ADORNOS.

Cabecera de la introduccion, por los Sres. *Urrabieta* y *Fernandez*..... 1
Una columna, por el Sr. *Varela*..... 8
Una advertencia, por los Sres. *Vallejo* y *Civera*..... 24
Un castillo..... 64
Un final..... 93
Una viñeta..... 95
Una viñeta..... 111
Atributos religiosos..... 115
Un puesto..... 117
El Arca Santa..... 123
Un peregrino bebiendo en una fuente. 124
Otro idem..... 124
Atributos religiosos..... 128
Un cañon..... 138
Un leon..... 139
Atributos de artes..... 189
Atributos de ciencias y artes..... 280
Una calavera..... 284
Atributos de imprenta..... 292
Un teatro..... 296
Un guerrero..... 338
Las Ánimas..... 350
Una viñeta..... 359
Poesía, Pintura, Musica, por los señores *Mendez* y *Burgos*..... 365
Viñeta..... 384
Un capricho árabe..... 401
Un adorno..... 412
La lectura, por el Sr. *Diaz*..... 428

GEROGLIFICOS.

A rio revuelto hacienda de pescadores 45
La fortuna solo es para quien la encuentra..... 80
Cobra buena fama y échate á dormir. 153
Gato escaldado del agua fria huye... 256
Del árbol arrancado todos hacen leña 312
A todo puerco le llega su san Martin. 364
Cria cuervos y te sacarán los ojos.... 404

MODAS.

Figurin del 16 de enero, por los Sres. *Jimenez*..... 33
Figurin de 29 de julio, por los Sres. *Letre* y *Sierra*..... 255

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.



Trece años hace que el fundador de esta obra decia en el primer prospecto: «Escribimos para toda clase de lectores y para toda clase de fortunas, pretendemos instruir á los unos, recrear á los otros y ser accesibles á todos.» Estas palabras han sido una prediccion; jamás publicacion alguna meramente literaria ha alcanzado en España tan verdadera popularidad como el SEMANARIO; nunca ha sido dado á ningun periódico, no político, despertar en tan alto grado las simpatías del público y llegarse á constituir en lectura predilecta de las familias, hasta el punto de continuar siendo mirada como una necesidad, aun en épocas en que no era digna de esta preferencia, ni podia satisfacer á los que estaban acostumbrados á encontrar en ella instruccion y recreo. Echemos una ojeada y veamos de donde ha partido y á donde ha llegado la publicacion que tenemos la honra de dirigir.

El SEMANARIO comenzó siendo una imitacion de los *Magazines* ingleses; ensanchó luego su plan que no le permitia salir de la esfera de una coleccion curiosa y entretenida, pero un tanto frívola y que presentaba á los escritores que concurrian á su redaccion un campo limitado, y fué insensiblemente adquiriendo el carácter de un libro de pretensiones, de una obra importante destinada á ocupar siempre un lugar apreciable en la bibliografia española. Pero no siempre se publicó con igual fortuna; alcanzóle una época en que muchos lectores la abandonaron justamente y los que la siguieron constantes, solo lo hicieron por pagar un tributo de reconocimiento á sus recuerdos.

A borrar las impresiones que produjo en el público aquella época, esmerándonos en dirigir de nuevo el SEMANARIO por la senda que naturalmente tiene trazada, se han encaminado nuestros esfuerzos desde que nos fué confiada su direccion y, sin jactancia podemos decirlo, *hemos dado nueva vida al* SEMANARIO. Pero no nos toca á nosotros solos el mérito de esta empresa; los antiguos suscritores de la presente obra que dificilmente se habian resuelto á abandonarla, han tenido fé en nuestras palabras y han vuelto con placer á su antigua lectura, manifestando muchos de ellos al advertir la restauracion del SEMANARIO, esa grata impresion que se esperimenta cuando tras larga ausencia se abraza á un antiguo amigo ó se pisa

un suelo de lisongeros recuerdos: los primitivos colaboradores de esta publicacion dispersos y alejados tiempo hacia y resistiéndose á facilitar trabajos para ella, han honrado otra vez sus columnas con artículos muy notables; los jóvenes que desde los buenos tiempos del SEMANARIO se han dado á conocer ventajosamente, han contribuido tambien al tomo que acabamos de terminar, tan luego como han visto que el periódico volvia á ser lo que habia sido, y el SEMANARIO ha recobrado uno de los títulos bajo el cual es mas apreciable, el de una revista literaria, rica y variada, sin igual en España. Porque en efecto, ¿qué reputacion verdaderamente literaria podrá citarse que no haya acudido á dejar en nuestra galería una obra que la represente? ¿qué publicacion entre tantas como el SEMANARIO ha visto nacer y morir ha sido objeto de tan honrosa preferencia de parte de nuestros mas célebres escritores? Los artistas en fin que dedicaron sus primeros ensayos al SEMANARIO, el cual dió á conocer en España esa importante alianza de el lapiz y el buril, han vuelto á adornar las páginas de nuestra publicacion, asi como otros jóvenes distinguidos cuyos trabajos demuestran los adelantos que se han hecho entre nosotros en el arte de animar el boj y darle vida; y para que nada faltase hasta el infortunado Alenza, de tan grata memoria para nuestros suscritores ha contribuido con preciosos trabajos inéditos al renacimiento del SEMANARIO.

El público, en suma, al recorrer las páginas del tomo de 1847, apreciará el celo que hemos desplegado en la direccion de nuestro periódico, luchando con infinitos obstáculos, muchos de ellos casi invencibles.

¿Pero basta que el SEMANARIO haya recobrado su antigua posicion? no ciertamente, los años que han transcurrido desde que se hallaba en su apogeo no han pasado en valde; la instruccion y el gusto han ido adelantando gradualmente y creciendo las exigencias; hoy no satisface ya un periódico tal como se publicaba el nuestro desde 1839 á 1842: bueno que conservemos inalterable el plan fundamental de la obra; pero creemos necesaria cierta unidad y trabazon en las materias, nociones mas generales, artículos mas graves, mas útiles, en una palabra, instruccion mas elevada y objeto, tendencias é intencion en el fondo de las mismas materias destinadas al recreo, al entretenimiento y á la distraccion. Aspiramos á que el SEMANARIO, sin dejar de ser una *enciclopedia popular* redactada al alcance de todos, para continuar así penetrando en el seno de las familias, cosa que no olvidaremos nunca á fin de que su moralidad le autorice para andar en manos de *todos* y ser admitido en el hogar doméstico como un amigo verdadero y prudente, aspiramos, decimos, á que desde este número adquiera mas importancia, como obra literaria, por lo concienzudo de los artículos y la firmas de los que los suscriban.

Por eso hemos resuelto tambien aumentar el tamaño y la lectura que era insuficiente para una obra que ha de ser una basta galería de cuadros instructivos sin pedantismo, amenos y alegres sin trivialidad, entre los cuales encuentre cada uno para si y para los suyos una leccion útil, una enseñanza provechosa, una idea digna de aprenderse, descubrimientos sobre las letras, las artes y las ciencias, y porque así tambien pueden publicarse mayor número de trabajos de los que contribuyen á la redaccion de este libro, que es por otra parte un documento importante para estudiar la historia de nuestra literatura contemporánea.

El grabado no se reduce en el SEMANARIO á simples adornos ó frívolos dibujos, sino que coopera poderosamente á la importante mira de esta publicacion y le imprime un interés especial que no ha sido dado conseguir ni podrá fácilmente lograr ninguna otra, porque las mejores y mas detalladas descripciones son pálidas, incompletas y difíciles de comprender comparativamente con la representacion misma de las cosas; nuestro periódico por medio del grabado arranca de su inmovilidad los monumentos de todas las edades, reproduce los trajes, los usos y las tradiciones vivas de tiempos remotos, las ruinas que saludamos con admiracion, las costumbres y los adelantos modernos para legarlos á otras edades que tendrán que recurrir á él para adquirir idea de gran parte de lo que la mano del hombre y la del tiempo han destruido. ¡Hasta que punto seria apreciable una obra que como el SEMANARIO se hubiera dedicado á consignar con la pluma y el buril todas las riquezas existentes en España desde la época de su engrandecimiento! Imagínese el interés y la utilidad que ofreceria una coleccion de la índole de la presente que se hubiera creado muchos siglos há y continuado hasta nuestros dias.

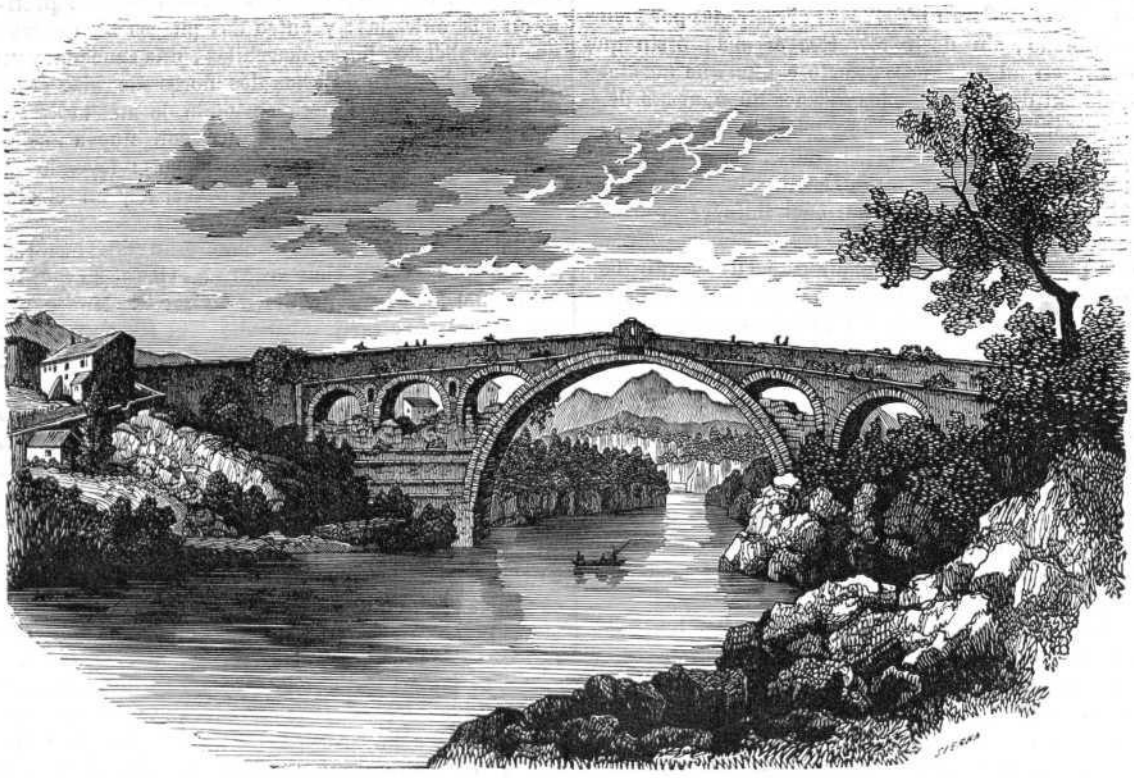
Por lo mismo que el grabado no es en el SEMANARIO un mero objeto de lujo, deseamos perfeccionarle hasta el punto que lo han conseguido en el estranjero; pero ¿habremos de contentarnos con igualar á algunas publicaciones de Francia, sin pretender llegar á la altura de las mas esmeradas? Cuestion es esta que ha de resolver el público; por fortuna tenemos ya hábiles grabadores; de ello hemos dado algunas pruebas en EL SIGLO PINTORESCO, pero no han hecho todo lo que pueden, porque les falta proteccion y estímulo. En Inglaterra, Alemania y Francia publicaciones como la nuestra suelen tener 30000 suscritores y cuentan con una proteccion eficaz por parte del gobierno; en España solo podemos sostenerla de la manera que vé el público, ayudados por el entusiasmo de los artistas, que no trabajan precisamente por el interés, y á costa de desembolsos considerables; obras del género de la presente en que no se trata de llenar hojas con traducciones, de echar mano de clisés desechados de las prensas estranjeras, de esplotar á poca costa, como editores mezquinos, la benevolencia del público, no siempre tan cauto como debiera; obras de esta clase, con las cuales no debe confundirse la nuestra, no son ni pueden ser una especulacion periodística, sino un monumento nacional erigido á impulsos de un sentimiento de patriotismo, un órgano dedicado con fé y con constancia á abogar por la literatura y las artes del pais, á que nuestra nacion sea mas conocida, mas apreciada por propios y estraños, á recordar las glorias de la hoy abatida España, á alzar de su tumba la memoria de los que con sus obras, con sus virtudes ó con su lanza realzaron el brillo de su patria, á introducir en fin, por medio de la baratura la aficion á leer en todas las clases del pueblo, instruyéndolas, recreándolas y proporcionándolas una lujosa y económica biblioteca. Por lo demas aunque en la estampacion estemos atrasados con respecto al estranjero, desde luego empeñamos nuestra palabra de presentar láminas originales cuya ejecucion compita con las de París, si el público persuadido de nuestro objeto nos presta su apoyo de una manera decidida.

Al menos el tomo que hoy comenzamos se inaugura bajo brillantes auspicios: cuatro publicaciones acreditadas se refunden en la nuestra, aglomerando los elementos con que contaban y aumentando estraordinariamente con sus suscriciones el número de las del SEMANARIO. Poco há que anunciamos la incorporacion de EL RENACIMIENTO: hoy podemos añadir la de la ESPAÑA PINTORESCA Y ARTISTICA de Van-Halen que se proponia por objeto uno de los que forman la base de nuestro periódico; la de EL SIGLO PINTORESCO, cuyo crédito y suscriciones hemos agregado á él, y la de otro SEMANARIO PINTORESCO LITERARIO Y ARTISTICO, cuyo prospecto se repartió, marcando en él un plan idéntico al que nosotros hemos seguido hasta ahora. Los directores y empresarios de estas publicaciones han querido contribuir con ellos á robustecer la marcha de la que por espacio de muchos años ha soportado contradiciones ante las cuales todas sus rivales han sucumbido; gracias á esta feliz coincidencia, el SEMANARIO reune en la actualidad mayor número de lectores que en ninguna época de su larga vida. Limitada ademas nuestra atencion á una sola obra periódica, podremos mas fácilmente combinar los complicados elementos de perfeccion que requieren publicaciones de este género, y que fácilmente conocerá el lector con solo reflexionar el inmenso número de obras análogas que se han malogrado intentadas con mas ó menos probabilidades de éxito.

Rogamos nuevamente á cuantas personas posean

datos ó dibujos capaces de interesar al público, pertenecientes á cualquiera de las secciones de nuestro periódico, que nos lo remitan, y terminamos estas líneas faltando á la costumbre de hacer ofrecimientos determinados; la esperiencia nos ha demostrado que por uno ú otro motivo suelen no poderse cumplir las promesas anticipadas; pero lo que sí aseguramos es, que el número de hoy será la línea divisoria entre el antiguo SEMANARIO y el que con mayor ensanche en el plan y con mas pretensiones se esforzará en aventajar á su primera parte y á las publicaciones que en él se refunden, y que el SEMANARIO por lo que debe á su popularidad, por lo que se debe á sí mismo y á los numerosos lectores que hoy vuelve á tener, hará por satisfacer las justas exigencias del público, proponiéndose un sistema constante de mejoras, buscando el apoyo de los escritores mas distinguidos, confiando á los mas hábiles artistas las láminas que le adornen y redoblando el esmero en la parte tipográfica, de que damos ya una prueba estrenando una hermosa fundicion, encargando papel escelente y aumentando la lectura. Así conservará el SEMANARIO la alta posicion que ha adquirido en la prensa literaria á costa de doce años de servicios prestados á las letras y á las artes, á costade mil sacrificios, merced á los cuales ha podido sostenerse y adquirir el privilegio envidiable de ser la única publicacion constante de su género.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.



EL PUENTE DE CERET.

El Tech nace al pié de la cresta central de los Pirineos, se engruesa con las aguas que recibe en su curso y vá á morir al Mediterráneo no lejos de Perpiñan.

Desde la base de los Pirineos hasta las cercanias de Ceret, el aspecto del pais es inculto y salvaje, pero desde este punto hasta la embocadura del Tech, la campiña es rica y risueña, no se ven por todas partes mas que bellas praderas y fértiles campos cubiertos de castaños, olivos y encinas.

El puente de Ceret es una de las glorias del Tech, no goza de celebridad solamente entre los arqueólogos, los habitantes menos eruditos le enseñan con orgullo á los estranjeros. Una fábula popular bastante autorizada en el pais esplica que este arco atrevido es obra del diablo. Segun la opinion de algunos sábios la época de su construccion se remonta al tiempo de los visigodos. Uno de aquellos que vió el puente en 1834 dice acerca de él lo siguiente:

«Es una construccion audaz y graciosa: unarco de ciento cuarenta y cuatro pies de ancho atraviesa una rambla profunda; tendríasele desde lejos por una cinta estendida sobre un precipicio; la bóveda es sumamente esbelta en el centro, pero el pretil construido modernamente, impide ver su delicadeza y perjudica al efecto general de la obra. Este puente, muy estrecho como casi todos los antiguos, solo permite el paso de un carruage, y aun asi hay que atravesarle con precaucion. El arco se apoya en dos macizos de mampostería, sobre los cuales se ven practicadas aberturas abovedadas y estrechas, que sin duda no tienen otro objeto que el de quitar peso á la base, porque jamás la aguas se elevan hasta ellas.»

A corta distancia del Puente de Ceret se encuentran las ruinas de otro puente romano que formaba parte de la Via pretoria de Roma en España. Créese comunmente que este antiguo puente fué destruido en el siglo XIV.

R.

DOS FLORES Y DOS HISTORIAS.

Voy á comenzar este artículo en tono grave y campanudo, no porque yo sea altisonante ni mucho menos esté templado en tono de *do*: otra es la causa, que paso á esponer con lisura.

Tengo un defecto capital, y digo capital, lectores, porque creo tenerlo en la cabeza; y este defecto capital, si no me equivoco, es la envidia. Desde que ruedo por el mundo, ó, segun la admitida opinion del perseguido Galileo, rueda el mundo con mi humildísima persona, he visto un millar de ministros, como si fueran hojas secas arrastradas por viento de otoño, sin decir *esta boca es mia*, ó sin que brotara en mi cabeza ese defecto capital que me atormenta sin descanso. En los mismos años, meses, dias, horas y minutos, ví sembrado, nacido, crecido y pomposo, un gran plantel de generales, sin que codiciara mi envidia bastones, plumas ni entorchados: mirando el oro de mas quilates cual si fuera falso oropel. Ví tambien en la misma época grandes cruces y ricas placas, sin que reclamara mi envidia un listoncito de colores. Oí discursos y mas discursos, profesiones y mas profesiones y programas abigarrados, *como quien está oyendo llover*: sin que confundiera mi envidia su voz con tan sonoras voces. Escuché el son de los escudos y el ruido de *los tres por ciento*, sin que el defecto capital creciera á caza de un talego ni se vistiera de volante. Ví y oí mil cosas estupendas alzando los hombros con desden, ó, lo mas, meciendo la cabeza, porque no habia llegado mi hora; pero al ver, no diré lo que ví; contentándome con asegurar que se me metió en la cabeza ser académico de la Academia de la Historia.

Aclimatado este mal deseo, empecé por tener envidia de los señores académicos; pensé despues en aumentar su número; y últimamente en buscar los medios de conseguir tan noble fin. Llegado á este punto, la envidia hizo el raciocinio siguiente. «Yo conozco algunos académicos que no han publicado hasta hoy sus profundos trabajos históricos: luego para ser académico no es necesario aparecer muy competente en la materia.» Iba la envidia á proseguir, pero una potencia, ó parte de potencia, de mi alma, la razon si no me equivoco, tomó la palabra, sin pedirla, y dijo: «Por mas que el ejemplo tenga en cierto modo autoridad, mejor que seguir el mal ejemplo es marchar por la buena senda, áspera ó fácil, hasta alcanzar lo que ardientemente se desea.» El discurso de mi razon me gustó mas que el de mi envidia, y dije para mi capote: «Si tanto deseo ser académico, vele, sude y escriba una historia.» Esto dije, y no contentándome con una sola historia mojé mi pluma en blanquísima tinta, y, despues de hacer varios rasgos, puse el epígrafe que repito: DOS FLORES Y DOS HISTORIAS.

Aquí teneis en pocas líneas el fundamento de las ideas que someto al público fallo, entrando en materia de esta suerte.

Paseaba triste y taciturno, como escritor sin editores ó amante ausente de su amada, una hermosa tarde de julio; respirando la fresca brisa con el afan de un sediento, y no lanzando una mirada á los horizontes de púrpura, porque se fijaban mis ojos en la arena pulverizada que iba recibiendo mis huellas. A ninguno de mis lectores interesa averiguar la causa de mi amarga meditacion, ni á mí me conviene recordarla, y la dejaré por lo tanto entre los pliegues de mi alma, ya que no consigo perderla en las frias sombras del olvido. Caminaba, pues con paso lento, cuando descubrí á corta distancia un envoltorio de papel, que habian enlodado las lluvias y casi desecho el huracan. He dicho que sufria mi alma, y como un corazon herido está abierto á la compasion, túvela del sucio emboltorio, y apresurándome á cojerlo, lo deshice con mas lástima que curiosidad. El escarpelo de mis manos penetró pronto en sus entrañas: y entre dos pliegos bien cerrados descubrí dos flores marchitas, una azucena y un clavel. El hallazgo de estas dos flores me hizo creer que aquel envoltorio era sin duda la maleta de algun amante desgraciado, y miré con nueva ansiedad los nemas de los cerrados pliegos: leyendo en uno: ALEGRE HISTORIA DE UN CLAVEL, y en el otro TRISTE HISTORIA DE UNA AZUCENA.

En mi disposicion de ánimo eran dos historias un hallazgo cien y cien veces mas precioso que las minas del Potosí, y mi deseo de ser académico podia quedar muy bien satisfecho, sin poner nada de mi parte; merced á un hallazgo peregrino, y, aun pueblo decir, providencial.

El crepúsculo de la tarde era tan débil, que su luz no me permitia la lectura de los interesantes pliegos: y, como no queria dilatarla, corrí con toda la presteza de que fuí capaz: empujé á cuantos el paso me estorbaban: subí la escalera de mi casa á dos, tres y cuatro escalones: sacudí con tanta violencia la campanilla, que su cuerda, algo deshilachada es cierto, rota se quedó entre mis manos: tomé la primera luz que hallé, era una sucia palmatoria con fétida vela de sebo: empujé con tanta violencia la puerta de mi gabinete, en un gabinete habitaba, que hice saltar la cerradura: tiré el sombrero, como si alguno mas tuviera: me tiré yo sobre una silla, frente á mi mesa de escribir: rompí un nema, el primero que tuve á mano; y desdoblando el manuscrito, leí lo que pueden leer cuantos quieran continuar.

ALEGRE HISTORIA DE UN CLAVEL.

«Yo soy un clavel, que aunque marchito tuve belleza y lozanía; pero antes de decir lo que fuí, hablaré un poco de mis padres.

Mi madre, no debiera decirlo; porque es fácil adivinarlo: mi madre, repito, fué la tierra: madre comun de todas las plantas, y madre tambien de los hombres. En este concepto ellos y yo somos tan cercanos parientes que estamos en grado de hermandad. Mi padre... mi padre fué un tallo de una maceta de claveles; y deduzco lógicamente que la maceta fué mi abuela. Aquí mi parentela acaba: á un demócrata, como yo, basta con tan corto abolorio: y acabados ya mis parientes pasaré á hablar de mi nodriza.

Mi nodriza fué un jardinero: hombre tosco, alo-

gre, decidor; que daba á su vientre tanto vino como á sus pobres flores agua. En el poco tiempo que viví bajo su techo hospitalario, éralo un cielo despejado, le oí rezar, cantar y maldecir, segun sus macetas andaban ó sus parroquianos venian. Para él una planta temprana era una fortuna inesperada, y un tallo roto el mas infausto contratiempo. En su cualidad de hombre planta, se marchitaba los inviernos y las primaveras florecia; pasaba la vida como el árbol, en agostarse y retoñar. No diré mas de mi nodriza, para hablar de mi nacimiento.

Nací como todas las flores, primero boton, tallo en seguida, despues capullo, luego flor. Mecieron las auras mi cuna; las frescas brisas me arrullaron; luz me dió la aurora; el sol vida, y llanto de plata el rocío. Junto á mí revolotearon las matizadas mariposas; los ruiseñores y jilgueros cantaron, en flotantes nidos, sobre mi corola, y un arroyo besó mansamente mis pies. La vida de una flor es breve, pero espléndida y perfumada: al mes cabal de haber nacido me encontraba en el apogeo de mi brillante juventud.

Llegó una tarde, tan risueña como las demás, la recuerdo; y el jardinero, acompañado de una muchacha nada fea, y mas que linda vivaracha, se acercó á mí: cortó mi tallo con sus toscos dedos, y me puso en un matizado canastillo, que la florera sostenia, entre otras flores mis hermanas. ¡Cuánto me alegré de encontrarme en tan amable compañía! La rosa me dió su perfume delicado, suave, virginal; y yo, en cambio, la presté el mio, mas penetrante y varonil. La dalia me dió blando lecho en sus hojas terciopeladas: con sus pétalos el jazmin me acarició, como poco antes lo habian hecho las leves mariposas blancas; y la yerba luisa humildemente acercó su verde á mi carmin. ¡Qué agradable es la compañía de las flores!

Luego que el canasto estuvo lleno, dió la florera al jardinero algunas monedas de plata; y como pagó á un tiempo por todas, no pude averiguar en cuanto me habia vendido mi nodriza.

Iba á despedirme del jardin con algun dolor, pero la suerte, mi protectora declarada, inspiró á mi dueña un pensamiento, que halagando mi orgullo de flor, alejó de mí los pesares. Este pensamiento se redujo, á que, en vez de elegir una rosa ú otro clavel, quizás mas bello, tuvo el capricho de elegirme, para que fuera muestra en su mano de la fragante mercancía. Y no contenta con dispensarme tan alto y singular honor, me acercó á su nariz y mis hojas se confundieron con sus labios.

Los dulces ósculos que las flores me habian dado con tanto amor en el pintado canastillo no me parecieron tan sabrosos como este roce casual; y el tibio vapor del aliento me dió mas vida en un segundo que en toda la noche el rocío. Quise esplicarme este fenómeno, pero no lo pude lograr.

En la mano de la florera llegué á un anchuroso paseo, escasamente concurrido; pero que á juzgar por las sillas en él colocadas, debia serlo mucho poco despues. No referiré cuantas veces toqué los labios de mi dueña ni la gracia con que me mecia entre sus dedos nacarados. Oculto el sol en Occidente, doraban sus postreros rayos las verdes copas de los olmos, y un gran número de carruages, tirados por soberbios troncos, empezaron á discurrir, con la celeridad bastante para derrocar á un faeton.

Nada diré de las hermosas que sobre cojines de damascos, y mecidas en dobles muelles, echaban un rato de siesta; medianamente aletargadas con los vapores de una penosa digestion: nada de los viejos gotosos, que habian aumentado su dolencia en un opíparo banquete, y pretendian disminuirla con el ejercicio de sus arrogantes bridones: nada de orgullosas matronas, estudiadamente colocadas y altivas, como la Cibeles en su carro: nada de jóvenes finchados, que en sus tilburís aparecian fieles trasuntos del Neptuno: nada, en fin, de empavesadas sesentonas: nada de la gente que va en coche, porque desde lejos la veia; y me ocuparé de la pedestre, que vagaba á mi alrededor.

Los primeros que entablaron pláticas, por haber llegado los primeros, con la florerita mi dueña, fueron tres ó cuatro estudiantes, que de farmacia ó medicina debian serlo, por lo bien que caracterizaban las varias familias de las flores. Estos estudiantes se prendaron de mi frescura y gallardía: dirigieron varios requiebros á mi dueña, hablaron de mí con entusiasmo, y se fueron como habian venido; tanto amor me tenia mi ama ó ellos tan escaso caudal. No me pesó no caer en manos de los estudiantes y seguí altivamente mi paseo.

No recuerdo cuantas mugeres me miraron con interés, pero no olvidaré jamás la que me lanzó una jovencita de diez y seis años escasos. Colgada iba la hermosa niña del brazo de su buen papá, señor de no pocos inviernos y de mas que mediano abdómen; me miró con los mismos ojos que debia mirar á sus amantes, y dijo á media voz:

—¡Qué hermoso!

—¿Qué dices, hija mia, qué dices? la preguntó el autor de sus dias.

—Que lleva la florera hoy un hermosísimo clavel.

El buen papá frunció las cejas, me echó una mirada al soslayo, mirada traidora de seguro; y dijo con hondo desden:

—No es malejo; pero esa tunanta florera se atreverá á pedir por él un par de reales de vellon: si se contentara con uno te lo compraria de buen grado.

—Lo menos querrá medio duro: repuso la niña suspirando.

—¿Qué dices, hija mia, qué dices? ¡Medio duro! es un latrocinio, una atrocidad, una barbárie! Con medio duro pueden tomarse cinco sorbetes, ó diez pastelillos, ó una perdiz escabechada. No mires mas á ese clavel ó te sacaré del paseo.

La pobre niña me lanzó la última mirada como un melancólico á Dios: el papá siguió murmurando; y la florera, que habia oido una gran parte del coloquio, me acercó á su nariz, soltó una recia carcajada, y acercándose al caballero le dijo al oido:

—Señor rumboso, no se vaya V. tan corriendo; este clavel vale un Perú y su ama tiene pesos duros para empedrar todito el Prado.

Aquí terminó el incidente y yo proseguí mi paseo. La concurrencia se aumentaba al aproximarse la noche, y varias flores del canasto habian ya pasado á poder de caballeros y de damas: á cambio de plata las unas y muchas otras regaladas: lo que

yo calculé sería anticipar un poco el género para recibir mejor paga.

Ya dudaba yo de mi mérito, encontrándome postergado, cuando ví venir una pareja, agradablemente embebida en sabrosa conversacion. El caballero no era hermoso, aunque sí esbelto y elegante; pero la dama era una perla en rico joyel oriental. No diré nada de sus ojos negros, ardientes y rasgados; nada de su tez satinada; nada de su boca pequeña; pero á lo menos diré algo de su talle esbelto y gentil, algo de la gracia andaluza que derramaba su persona.

Cuando emparejamos con ella se cuadró mi dueña con donaire y dijo á la hermosa señora, presentándome al mismo tiempo.

—Toda la tarde estoy aguardando para dar á V. este clavel.

—Muchas gracias: repuso la dama, cogiéndome sin vacilar, el caballero puso un duro en la mano de la florera, y yo pasé á nuevo dominio con tan lacónico contrato.

Tan feliz con mi nueva dueña, como con la antigua lo habia sido, me llevó á sus lábios varias veces y noté con admiracion que, siendo muger tan hermosa, sus besos no me producian aquella sensacion estraña que sentí recibiendo el primero de la graciosilla florera. Quise esplicarme este fenómeno, con mi filosofia vejetal, y saqué en claro, que la primera caricia de amor es la mas dulce y seductora.

No referiré las palabras, aunque hacerlo me fuera facil, que se dirigieron mútuamente la hermosa dama y el elegante caballero; pero sí puedo asegurar que mediaron algunas quejas, algunas sonrisas equívocas, y sérias protestas de amor.

La noche adelantaba un tanto, mi señora de posesion se dirigió á su carruaje, acompañada de mi dueño por adquisicion y seguida de algunas personas, que yo no habia visto hasta entonces, pero que juzgué serian madre, tias, hermanas ó algunas parientas de mas ó menos afinidad.

Llegamos á una carretela, que casi tocaba en el suelo y tirada por dos yeguas como elefantes; el caballero dió la mano á la dama de mas edad, que en nuestro séquito venia; la presentó despues á mi señora, repitiendo la operacion con todo el resto de la femenil comitiva. Terminada la dulce tarea, se despidió el apuesto jóven, y un lacayon incomensurable cerró la enana portezuela.

Subióse el lacayo al pescante, despues de haber tomado órdenes: las yeguas salieron al trote, y yo pasé de mano en mano, respirando todos los alientos de aquella elegante familia: sin sufrir otro contratiempo que el punzante olor de rapé emanado de la nariz de la mamá.

Corrimos un no largo trecho, con la velocidad de un ave, viniendo á parar á la puerta de un elegante coliseo. Descendimos todos, entramos, y fuimos tomando posesion de un palco, lleno de cómodas butacas.

Eramos personas de forma, llegamos por lo tanto tarde, y estaba empezada la funcion, coreográfica, segun ví. Nada diré del coliseo, porque todo el mundo conoce lo que es un teatro, y como entraba en él la vez primera, no tenia un solo conocido, ni estaba al corriente de las intrigas que pasan de la parte acá del telon. Mi hermosa señora, único lazo que aquella sociedad me unia, siguió teniéndome entre sus dedos cubiertos de guantes perfumados, con singular indiferencia: meciéndome ligeramente, para contestar á los amigos que la saludaban de lejos.

El primer acto terminó, porque todo acaba en el mundo; y en el intermedio invadieron media docena de elegantes la pequeña parte del palco, que podia ofrecerles lugar. Uno de ellos, el mas alegre y decidor, empezó á embromar á mi señora, preguntándola mi procedencia; y despues de algunas flores dichas yo, la flor natural y fresca, dejé las manos de la hermosa, sin que se dignára la ingrata darme un ósculo de despedida, y pasé á manos del galan.

El caballero, queriendo dar una terminante y clara prueba del aprecio que de mí hacia, me llevó á su nariz; y no puedo espresar el estremecimiento que me produjo su largo y sedoso mostacho. Sin duda, para los claveles, mucho mas que el bigote de un hombre vale el lábio de una muger.

Salí del palco, en compañía de mi nuevo dueño, y de corredor en corredor vine á parar al vestuario, cuando menos lo sospechaba. Aunque nuevo en aquel lugar podria referir con detalles las escenas de entre bastidores; pero queriendo presentar mi breve y verdadera historia, no me las habré con las agenas, por mas que sean interesantes.

Condenado á variar de amos, como lacayo remolon, vine á dar de manos á boca con una traviesa figuranta, que creyó buena mi persona para su tocado de aldeana. Hecha en forma su peticion, no opuso mi dueño resistencia, y me encontré sobre las tablas; envuelto entre los blondos rizos de una crencha monumental.

Nada diré de mi *debuto*, palabra que yo, flor, no entiendo; pues solo sé que acabado el baile pasé á manos de un figurante, que me conquistó á viva fuerza, para regalarme á una modista, alegre, como una guitarra y cantora como un jilguero.

En el pecho de la modista subí ciento seis escalones, é, instalándome en su buhardilla, me creí á salvo de otra nueva dominacion. ¡Temerario juicio! Dos golpes sonaron en la estrecha puerta, y me encontré de manos á boca con el apuesto caballero que me habia pagado á la florera. Me alegré á su vista, como siempre nos alegra la de un amigo; y cuando, despues de unas preguntas y unas respuestas entre picantes é injuriosas, pasé al ojal de su frac negro, bajé contento los fatales ciento seis escalones en tan amable compañía, sin que me reconociera el galan á quien habia costado un duro.

De la buhardilla de la modista pasé á un espléndido salon: ví á la luz de bujías de espelma los ojos mas resplandecientes de cien beldades; y entre ellas á la hermosa dama, causa, fundamento y orígen de mi primera adquisicion.

Mi dueño de distintas fechas se aproximó á mi antigua señora, y noté que buscaba algo entre sus dedos de marfil. Este algo debia ser yo, porque, despues de un detenido exámen, la dijo:

—¿Se ha marchitado el hermoso clavel que presentó á V. la florera?

—Lo he perdido, repuso la dama con perfecta tranquilidad.

—Y yo he tenido la suerte de hallarlo: replicó el caballero desprendiéndome de su ojal.

Cambié nuevamente de dueño; pero no he podido averiguar, si al presentarme el caballero, como prenda hallada, lo hizo en esta persuasion, ó si quiso hacer á la vez un obsequio y una fina reconvencion. Lo que sí puedo asegurar es, que, acabada la sociedad, recorrí en coche varias calles: que entré en un anchuroso zaguan: que subí una hermosa escalera: atravesé un lujoso estrado: entré en un gabinete: caí en el cajon de una rica cómoda y fuí encerrado con llave: precaucion tomada, sin duda, para que otra vez no fuera causa de una fina reconvencion.

Entre sedas y pedrerías viví una noche; acabando mi breve existencia en el reposo, las sombras y la soledad: dando fin en tan pocas horas á la ALEGRE HISTORIA DE UN CLAVEL.»

Así acababa el manuscrito: lo doblé con sumo cuidado y despavilé mi vela de sebo, para comenzar la triste historia.

(*Concluirá*).

JUAN DE ARIZA.

POESIA.

EL AGIOTAJE.

Vió á don Pedro don Vicente
saliendo de San Basilio,
de vuelta á su domicilio,
y le dijo lo siguiente:
«Perico, aquello da grima.
Mientras yo, que soy tan franco,
corria de *banco* en *banco*
otro se llevó la PRIMA.
Perdí la *Comodidad*,
y ¿á dónde diablos se fué,
que por mas que la busqué
no dí con la *Probidad*?
Allí está sudando tinta
la prensada *Ilustracion*,
y *Agrícola* en un rincon
viendo si pinta ó no pinta.
¡Qué oigo! ¡Brava pelotera
se vá armando en *Ultramar*!
¡Cuánto lo vá á celebrar
la melosa *Azucarera*!
Para eso la *Propietaria*
tiene el corazon tan ancho
que promete á cada *Sancho*
su *Insula Barataria*.
¡*Fuego*! ¡*Fuego*!... ¡Dios del Cid!
arderemos en sus fraguas
sino le apagan las *Aguas*....
que han de traer *á Madrid*.—
Y entre tanto á todos mima
la PRIMA de varios modos,
y aunque es tan liviana, todos
se desviven por la PRIMA.—
Una ráfaga violenta
vino despues en mal hora
y se oscurece la *Aurora*
y el *Iris* de paz se ahuyenta.
Y vana es la *Actividad*
En tan fatal coyuntura,
aunque el *Ancora* procura
conjurar la tempestad.
Clamo, tiemblo, titubeo
como una puerta sin gonces....
¡Quién me hubiera dado entonces
El camino de Langreo!
Llamando al *Gas* en su ayuda
fluctúa mi navecilla
entre el *Puente de Sevilla*
y las *Aguas de la Puda*.
Llego á la altura de Ujijar,
y si no rezo el trisagio
inminente era el naufragio
en el *Pantano de Nijar*.
Otra vez el *Iris* sale,
y mi alma cobra *Fomento*
cuando juguete del viento
daba ya mi último *Vale*.
¡Ay! si muero en la jornada
el fisco mi haber enféuda,
porque aunque tenga una *deuda*
es muy *desinteresada*.—
Mas no que aludo á la PRIMA
de mis pecados entiendas,
mujer de tan bajas prendas
que á todo el que da se arrima.
Reniego de ella, y me fundo
en su notoria falsía.
¿Cómo ha de ser *prima* mia
la que lo es de todo el mundo?—
¡Vieras luego allí qué acopios
para dentro de dos meses
los unos contra los *Treses*,
los *Treses* contra los *Propios*!
¡Vieras la extraña litúrgia
con que allí mas de un estulto
rinde fervoroso culto
á Madama *Metalúrgia*!...
La *Zapa* á muchos atrapa,
pero al volver de los dados
no faltan escarmentados
que digan ¡*Zape*! á la *Zapa*.
¡Qué corrillos, qué capítulos!
Y nada de democracia,
porque todos—¡vaya en gracia!—
andan á caza de *Títulos*.
Ya nadan en pesos duros
los Seguros de la vida;
ya teme al hacha homicida
la vida de los Seguros.
Bocas hablan cuatrocientas
á un tiempo: quién de *Transportes*,
quién de *cuentas á las Córtes*
quien de *córtes á las Cuentas*.—
Pero nuevas maravillas
preveo. Ese hombre—¡mirad!—
teme á la *Publicidad*
y consulta á las *Cabrillas*.
¡Y con qué solicitud
á los párvulos obliga
doña *Sociedad*, *amiga*
de la tierna juventud!
¡Y la condenada PRIMA,
incorregible ramera,
se prostituye á cualquiera
sobre la inmunda tarima!—
¡Qué escucho! Ladran los perros
y al ruido del esquilon
confuso se mezcla un son
de flautas y de cencerros.
Es una boda: ella y él
ganan con el yugo blando:
rico aunque viejo es *Fernando*,
bella y lozana *Isabel* (1).
Vamos; si ella se acomoda
y encuentra el viejo un puntal....
¡Quién me diera, pésia tal,
los *billetes* de la boda!
Mas dejemos al anciano
cayéndosele la baba.
¿Te acuerdas del que gritaba:
A Madrid traigo en la mano?
Pues no lo tomes á broma,
porque hoy en una cartera
cabe la *Sierra Almagrera*
sin faltar punto ni coma.
Y yo sé de un adalid

(1) Esta composicion se escribió en Abril de 1847.

que se mete en el bolsillo
desde el Rastro hasta el Barquillo
á *la Villa de Madrid.*
¿Y viajar? ¡Me rio yo!....
Hay hombre que en dos minutos
se traslada á pies enjutos
de *Avilés* á *Mataró*;
Y otro sentado en su silla
remoja mas de una vez
el camino de Aranjuez
en *el canal de Castilla.*—
Y en todo danza la PRIMA,
y todo el mundo la explota,
y á manera de pelota
ya está debajo, ya encima.—
Armado con un *Martillo*
anda por allí muy tieso
el ciudadano *Progreso*
que escupe por el colmillo.
Mas quien llama la atencion
y es de todos festejado
es un señor muy finchado
que llaman Monsieur *Cupon*:
Y al contrario, en son horrendo
maldicen el férreo yugo
de un implacable verdugo
que se llama *Dividendo.*—
Y mientras campa la PRIMA,
Buenafé, incauta doncella,
siempre saca alguna mella
si toma parte en la esgrima.—
Ni al que de astuto blasona
siempre su estratégia vale,
pues alguna vez le sale
la criada respondona;
Que allí el *Similia Similibus*
abunda, y es personaje
de cuenta un tal AGIOTAJE....., ,
como quien dice *Agibilibus* »—
Mas dijera don Vicente
si rápido como el viento
no cruzara un *Tres-por-ciento*
atropellando á la gente.
Dió fin con un ¡Guarda, Pablo!
tomando por otra via,
á su extraña algarabia
de que no entendí vocablo.
Pero entré luego en la estancia
de donde mi hombre salió,
y un *Corredor* me sacó
de mi feliz ignorancia.
Allí supe ¡ay, á mi costa!,
merced á mi mala maña,
que de las plagas de España
no es la peor la langosta.
Allí aumenté por mi mal
la turba inocente y crédula
que piensa que es una *Cédula*
la piedra filosofal.
Allí en una *Operacion*
que me costó algunos miles
supe que hay mas de un Aquiles
vulnerable en el *Talon.*
Allí (y con esta plumada
pongo término á la rima)
entré á buscar una PRIMA
y pagué ¡ay Dios! la *primada.*

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.



Con el número de hoy se reparten y remiten á provincias las portadas, cubiertas é índice del SEMANARIO de 1847; los suscritores á él que quieran se les complete el tomo, deben renovar la suscricion, al menos por medio año, antes del 31 de Enero; pasada esta fecha nadie tendrá opcion á reclamar los pliegos de regalo ofrecidos.

Igualmente antes de la misma fecha y al menos por seis meses, deben suscribirse al SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, continuacion de EL SIGLO PINTORESCO, los que deseen tener completa esta obra, cuya conclusion se regalará únicamente á los que adquieran este derecho del modo indicado.

Los suscritores á la ESPAÑA PINTORESCA Y ARTISTICA de Van-Halen, que como decimos en otro lugar se refunde en nuestro periódico, recibirán los tres primeros números del mes de Enero en compensacion de la entrega de aquella obra cuyo importe tienen adelantado, y *el cuarto gratis* si renuevan la suscricion por el mes de Febrero. A los que tengan anticipado mayor número de entregas, les remitirá el autor, en su dia una magnífica estampa del cuadro de *La defensa de Zaragoza* y á los que anticipáran mas de un viaje, otra estampa compañera de la citada, copia del cuadro de *La rendicion de Granada por los Reyes católicos*, obras ambas que ocupan en la actualidad al señor Van-Halen, quien figura desde hoy en el número de nuestros colaboradores.

Finalmente, los suscritores al SEMANARIO PINTORESCO LITERARIO Y ARTISTICO, recibirán el nuestro por el tiempo que se hubieren suscrito á aquel.

No empezamos á emplear desde hoy el papel mandado fabricar para el periódico, porque no puede llegar hasta mediados de Enero, nuestros suscritores habrán de dispensarnos en los primeros números esta falta involuntaria.

El SEMANARIO comenzará á publicar en uno de los próximos números, *vistas* exactas é inéditas de *la famosa venta donde se supone acaecieron los principales sucesos de la primera parte del Quijote, de la casa donde estuvo preso Cervantes, de Argamasilla de Alva y del Toboso*; acompañadas de artículos de crecidísimo interés, llenos de curiosas investigaciones, que rectifican errores de Clemencin y Pellicer y que ilustran algunos pasajes del mas entretenido y filosófico de los libros escritos en Español y de la vida del mas desgraciado é inmortal de nuestros poetas.

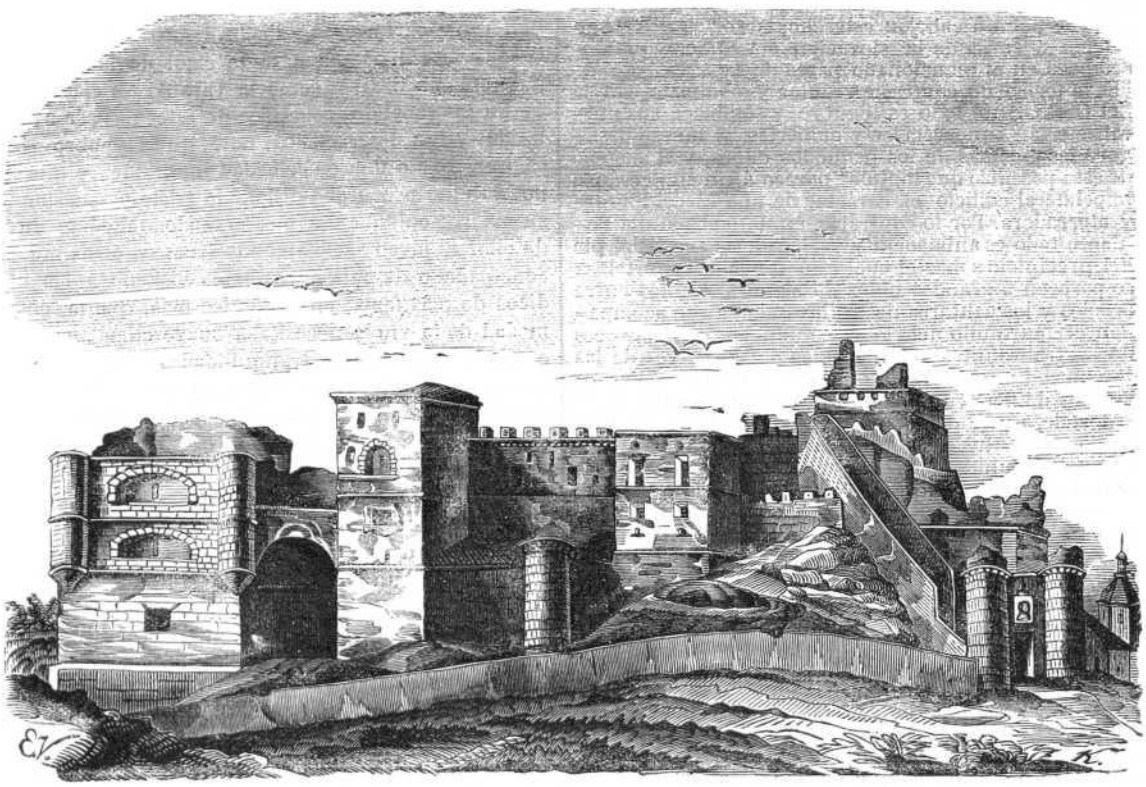


Las operaciones que requiere la renovacion completa de una fundicion, han sido causa del retraso de un dia que ha esperimentado la distribucion de este número.

MADRID.—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimeboa, Gaspar y Roig, Razola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografía de Bachiller, del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, a favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, cuarto segundo.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



CASTILLO DE LOS CONDES DE BENAVENTE.

A la estremidad oriental de esta antigua villa se encuentran las ruinas del palacio de los Pimenteles, dueños y señores de esta poblacion. El orígen histórico de la fortaleza, cuya vista principal presentamos á la cabeza del presente artículo, es tan dudoso como el de Benavente, porque si bien es cierto que esta poblacion perteneció en un principio á los caballeros templarios, y fué cedida mas tarde por el Rey Don Enrique II á su hijo D. Fadrique habido con su amiga Doña Beatriz Ponce de Leon, siendo el primero que mereció en Castilla el título de Duque, no se puede fijar, sin embargo, la época de la fundacion del palacio-castillo de los Pimenteles, hoy perteneciente al Excmo. Sr. Duque de Osuna. Los viajeros que visitan las ruinas de este grandioso y pintoresco edificio se pierden en conjeturas para reconocer el mas pequeño testimonio de su antiguedad, porque ni una insignificante inscripcion, ni un dato arqueológico de la menor importancia corresponden á la curiosidad investigadora del observador. Unicamente debemos á la buena amistad de una apreciable persona que reside actualmente en Benavente y la cual nos facilitó algunas de las noticias mas importantes de este artículo (1) el siguiente párrafo perteneciente á una historia manuscrita de esta villa, escrita por el Dr. Ledo. «El castillo «con dos torres—dice al tratar de la antiguedad de este «ducado—que sirvió de primera defensa á su poblacion «fué demolida muchos años despues de haberla do- «minado los sarracenos, como se nota en los cimientos «que aun subsisten á la parte del Poniente. *La fortaleza «que existe hoy es fabricada despues de la espulsion de los «Sarracenos* y fundacion de esta villa.»

Las ruinas de este palacio-fortaleza ocupan una área de seiscientos y diez y ocho pies naturales, y estan situadas sobre una elevacion plana entre las últimas casas de la villa. Cerca de sus murallas cubiertas de hiedra y abiertas por el ariete de los siglos atraviesa el delicioso y pintoresco paseo de *La Mota*, que mereció de Napoleon el título de bello y sorprendente. La perspectiva que se descubre desde los alrededores del palacio-castillo y mucho mas desde los corredores y balcones de la fortaleza, cuando existian, es en estremo agradable y poético. El horizonte se dilata y se pierde de vista y el sol improvisa los cambiantes mas deliciosos derramando su luz sobre bosques umbrios y prados cubiertos de blancas margaritas. Al Sur y Occidente el rio Orbigo, célebre por las sangrientas batallas que presenció entre cristianos y sarracenos, se parece á un inmenso reptil cubierto de escamas que sestea al borde de los oscuros sotos, abandonados jardines y huertas de los poseedores del castillo, y por último los molinos y los pueblos inmediatos que se descubren en lontananza sobre las lomas de los puertos de Sanabria y Galicia como espertos ginetes á las ancas. El mismo rio Orbigo baña hácia el Occidente los cimientos del palacio-castillo cuyos robustos cubos, majestuosas murallas, fuertes almenas y grandes ventanas despojadas de sus balcones por los franceses en su invasion de 1808, se encuentran en un estado menos ruinoso que lo restante del edificio.

Por la parte del Mediodia se entra al castillo, viniendo por la puerta llamada del Puente, por otra angosta construida entre dos cubos de piedra como los que miran al Poniente y sobre sus antiguos linteles, se distingue una figura de piedra que representa un hombre á caballo galopando. El vulgo cree que representa al Apóstol Santiago, pero debe ser el busto de algun caballero perteneciente á la familia de los

(1) El Sr. Charro Hidalgo.

Pimenteles, ascendientes de los Condes de Benavente.

Desde esta puerta se sube, mirando al Norte y dejando la fortaleza á la izquierda con sus escamados de piedra y á la derecha las antiguas caballerizas del palacio, por un callejon estrecho, largo, oscuro y empinado á causa de la elevacion del edificio que desemboca en el mencionado paseo de *La Mota*. Esta fachada forma un contraste regular y completo con la del Oeste. Aqui todo es lúgubre y sombrío: sus murallas están ennegrecidas y cubiertas; el musgo desfiguró las escamas de los pequeños cubos, y el silencio de este pasadizo que tanto se parece á un subterráneo imprime al edificio el carácter de una cárcel lóbrega y aterradora. Por lo contrario, en la fachada del Poniente todo es animacion y variedad: las aceñas al pie del precipicio sobre el cual está fundada la fortaleza se parecen á grandes nidos de alondra ocultos entre árboles y los cantares de las lavanderas que acompañan al murmullo del rio se confunden con las voces de los transeuntes y los ladridos de los perros de las cercanas huertas. Algunas veces, y en particular en los dias de fiesta, tambien llega hasta las ventanas de la fortaleza por esta parte el eco del tamboril y la flauta que entusiasma á los jóvenes de ambos sexos, los cuales reunidos hácia la fuente de las *aguas saludables* bailan sin tregua ni descanso. Un frondoso bosque cuyos árboles nunca vieron el sol se encuentra tambien bajo el mismo precipicio sobre la márgen izquierda del rio y contienen al parecer la próxima ruina de esta fortaleza que con sus escombros podia hacerle desaparecer y suspender como un nuevo Moisés su curso.

El palacio-fortaleza de Benavente como el castillo de Corullon cerca de Villafranca del Vierzo, las torres de Altamira en las inmediaciones de la ciudad de Santiago y otros monumentos antiguos que hemos descrito en las columnas del SEMANARIO PINTORESCO conserva el carácter ambíguo de defensa y recreo perteneciente á los edificios que servian á la vez de castillo y palacio. Por esta razon desde las almenas y los cubos se distinguen bosques y jardines de suerte que no siempre sonaria el alerta del vigía dentro de sus muros sino tambien la corneta de caza que anunciaba un dia de caballeresco recreo por las orillas de aquel rio que ha llevado tantas veces en su corriente sangre castellana aguerrida y valerosa.

DOS FLORES Y DOS HISTORIAS.

(Conclusion.)

TRISTE HISTORIA DE UNA AZUCENA.

Voy á empezar mi triste historia, y si tuvieran las flores lágrimas muy amargas las verteria; tanto me afligen los recuerdos, tanto me lastima el dolor. Quiero hablar de mi nacimiento y, para colmo de infortunio, aun antes de venir al mundo presencié tristísimas escenas que no quiero referir.

Yo, pobre flor, debo la vida á una raiz arrancada de una deliciosa pradera y encerrada en un frágil vaso de barro por una viuda, que inmediatamente me condujo á su modesta habitacion. Instalada en ella, debo hablar de las únicas personas que me fecundaban con su llanto, y empezaré por retratarlas.

Contaria la viuda mi dueña cuarenta y cinco años lo mas; pero su rostro demacrado manifestaba claramente los sufrimientos del espíritu y las contínuas privaciones que esperimentaba la carne. Nada diré de sus facciones, pues la belleza y la fealdad quedan iguales bajo el velo de un obstinado padecer. El cielo, que al lado del mal suele colocar el remedio, concedió á la pobre viuda un tierno hijo, que ya consolaba sus penas y ya la mostraba á lo lejos la hermosa luz de la esperanza. Julio, era este su nombre, contaba diez y nueve años no cabales; pero en su rostro no brillaba la alegría de primelara juventud. Tenia ojos negros, cabellos negros, facciones delicadas, tez blanca como el mármol de Paros, y su talle era tan flexible como la vara de un clavel.

En los repetidos coloquios de estos dos séres, tan unidos y tan desgraciados, noté, que la pobre viuda se quejaba de una enfermedad incurable, y que Julio, aunque procuraba disipar la triste persuasion de su madre, opinaba del mismo modo. ¿Y cómo dudar de ello? El jóven, solo algunas veces y otras muchas acompañado de su madre, habia visitado á los médicos de mas fama; opinando los mas, que la enfermedad de la viuda necesitaba suave clima, sanos y escogidos alimentos, tranquilidad de cuerpo y alma: en una palabra, que estaba atacada de tisis. ¡Cuánto sufrió Julio al oir los preceptos medicinales! Su pobreza no le permitia variar de domicilio, ni dar á su madre sanos y agradables alimentos; lo único que podia hacer era dedicarse á las domésticas tareas, y aunque la enferma trató de impedírselo, tuvo que ceder, cuando enteramente estenuada cayó en el lecho moribunda.

¡Cuántas escenas de amor filial, amor tan santo como el de los ángeles á Dios, podria referir! ¡Cómo se afanaba el pobre Julio, dedicándose á unas faenas que apenas conocia de nombre! ¡Con cuánta amargura lloraba cuando no podia dar á su madre los indispensables auxilios, y qué satisfecho parecia al presentarla un caldo sustancioso, un vaso de leche, ó una costosa medicina! Inútil afan. La viuda espiró en los brazos de su hijo, y despues de haber llorado este largas horas sobre el cadáver de su madre, vino á derramar algunas lágrimas sobre mi tierno tallo, todavía de incierto y pálido verdor.

Murió la viuda: el triste Julio tuvo que vender una parte de sus vestidos para comprarla sepultura, y que acompañarla, solo y llorando, á la mansion del reposo eterno y profundo.

No hubiera hablado de estas escenas sin una notable circunstancia que me las hace recordar. La viuda tuvo siempre por mí particular predileccion; me cuidó con singular esmero, y momentos antes de morir me recomendó á su tierno hijo, como pudiera haberlo hecho confiándole la educacion de una hermanita huérfana al punto de nacer.

Julio amaba mucho á su madre para olvidar un solo dia el mas pequeño de sus encargos, y me cuidó con el mismo esmero que si hubiera sido su hermana: el huérfano se marchitaba bajo el peso de su infortunio, pero mis hojas y mi tallo fueron creciendo lentamente con la brisa de sus suspiros y con el riego de su llanto. El huérfano se pasaba las horas inclinado hácia mí, y me amaba como á la memoria de su madre. Aunque sumido en la miseria, puedo asegurar sin engañarme que no me hubiera enagenado por todo el oro de la tierra; y hacia bien, porque la memoria de una madre no puede compararse nunca á la posesion de un vil metal.

Pasaron dos meses: mi hermano, así á Julio debo llamar, pasaba á mi lado las horas en tristísima meditacion, y yo me creia el solo objeto que le interesaba en la tierra. Sin embargo, mucho me engaña-

ba, y poco despues tuve ocasion de reconocer lo contrario.

Era una hermosa tarde de abril: los tibios rayos del sol poniente vivificaban mi capullo, y Julio, como de costumbre, estaba sentado junto á mí. Todo era silencio y tristeza, cuando resonaron tres golpes: mi hermano se levantó al punto; abrió la puerta sin tardanza, y ví penetrar dos señoras, como de cuarenta años la una y de diez y siete la otra. A su vista se turbó el huérfano, pero ví despues en sus ojos el primer rayo de alegría que habia brillado en ellos desde la muerte de su madre: porque la mas jóven de las damas era el ídolo de su amor.

Adela, llamábase así, debió la vida á un capitan, compañero del padre de Julio, y como este muerto en el campo del honor. Huérfana de padre, como lo habia sido hasta dos meses antes mi pobre hermano, crecia al lado de otra triste viuda, y el infortunio de las dos familias habia estrechado algun tiempo los lazos de una buena y constante amistad. Adela era hermosa como un ángel, y Julio la amaba como los ángeles á Dios. Un solo defecto de la jóven, defecto pueril en verdad, inquietaba el corazon de Julio: y era que mientras oculto y desconocido enteramente se encontraba fiero con su pobreza, Adela sufria con disgusto las privaciones, querellándose frecuentemente, y suspirando por el fausto y el esplendor.

Adela y su madre no habian asistido á la viuda en su postrera enfermedad, porque, ausentes á la sazon, la supieron junta con su muerte por una carta de mi hermano: pero llegadas á la corte se apresuraron á visitar al huérfano desconsolado.

¡Cuánto agradeció el pobre Julio esta inesperada visita! El corazon profundamente lacerado es una esponja que percibe todo bálsamo que le toca, todo tósigo que lo envenena: una blanda masa de cera pronta á recibir toda forma.

No contaré los pormenores de esta entrevista: Julio amaba á Adela mas que á mí, quizás mas tambien que á la memoria de su madre. ¡Pobre jóven! Entre la miseria y las lágrimas habia alimentado un amor tan inmenso, tan inestinguible, tan puro, como la bienaventuranza de los escogidos del Señor. Esta visita, tan casual como motivada, debia influir poderosamente en el destino de mi hermano. Adela se aproximó á mí: tocó mi tallo y mi capullo con sus dedos, tan blancos y aterciopelados como debian serlo mis hojas: alabó mi frondosidad y profetizó mi belleza. Nada mas me dijo: nada Julio la respondió.

Despidiéronse madre é hija; mi hermano las acompañó hasta la puerta, y cuando volvió derramó sobre mí mas lágrimas, en pocos minutos, que en los dos meses anteriores. En vano quise comprender el triste misterio de aquel llanto. Unas veces me figuraba que procedia de un esceso de felicidad; pero al verlo conocia que debia arrancarlo el dolor; porque era muy ar liente y amargo.

Me martirizaba la duda, cuando las sombras de la noche vinieron en breve á esplicarme la causa de aquellas lágrimas ardientes. Mi hermano comenzó á vestirse con un esmero, que jamás habia notado en él: cuando concluyó su tocado se acercó al lecho de su madre, conservado religiosamente como el cadáver lo dejó: y arrodillándose devoto ante aquel altar santificado, inclinó sobre él la cabeza y oró como pudiera hacerlo ante una imágen de la Vírgen. Alzóse, despues de haber orado; se llegó á mí; me tomó en sus brazos con la misma ternura que una madre toma á su hijo; y, echando una mirada tímida y recelosa sobre el lecho vacío y helado, me sacó de su habitacion para llevarme á la de Adela.

A mi vista lanzó la jóven una esclamacion de alegría, mostrándose mas satisfecha del fino obsequio de su amante: y sin embargo no conocia toda la estension del sacrificio, porque Julio comprendió que el mérito no estaba en hacerlo sino en saber disimularlo.

Instalada en mi nueva familia empezé á echar menos las caricias de mi hermano, y al sentir las gotas de agua sobre mis barnizadas hojas me estremecia terriblemente; porque habia crecido hasta entonces al tibio riego de las lágrimas. El silencio y la soledad de mi primer alojamiento me habian familiarizado en cierto modo con un reposo sepulcral imposible de describir, y el mayor bullicio que notaba, lejos de causarme placer, me iba produciendo lentamente una singular melancolía.

La única persona notable que de vez en cuando concurria á la modesta habitacion de Adela, era un jóven de veinte y cinco años cumplidos y llamado Luis. Este jóven habia conocido á mis dueñas en su último viaje, y aprovechaba la ocasion de presentar sus homenajes á la huérfana del capitan. La primera vez que le ví me llamó mucho la atencion, y juro que sentí hácia él una violenta antipatía. Quise fundarla en raciocinios, y no encontré buenas razones. Luis era buen mozo, elegante, fino y hablaba con facilidad: nada encontraba en su esterior que justificara mi aversion; ni la mirada de las flores ni la de los hombres penetran en los hondos senos del alma.

Adela, que habia jurado á Julio amor santo, é inestinguible, escuchaba muy complacida las lisonjas de un nuevo amante, y dispensándole atenciones espresivas aunque inocentes, desapiadadamente heria el corazon del pobre huérfano. Quiso Julio hablar; las palabras se anudaron en su garganta, roncos suspiros rebramaron en lo mas hondo de su pecho, y una lágrima fujitiva humedeció sus ardientes párpados. ¿Faltaba al huérfano valor para jugar vida contra vida la posesion de una muger religiosamente adorada? A ningun amante le falta, y un sentimiento muy amargo era el que entumecia su lengua; el sentimiento de la pobreza, tan poderoso en un hidalgo corazon.

¿Qué podia decir Julio á su amada? ¿Acusarla de ingratitud? Quizás hubiera osado hacerlo; mas para reprenderla con lealtad tendria que decirla: «Desprecia á un hombre rico, á quien es fácil realizar tus dorados sueños, y uniendo tu suerte á la mia, renuncia para siempre á toda idea de esplendor y bienestar.» Esto no puede proferirlo ningun amante; son palabras que quemarian la lengua antes de llegar á los labios y Julio no las pronunció. Se contentaba el desgraciado huérfano con pasar las noches llorando junto al vacío lecho de su madre, y disminuyendo sus visitas, acabó por no presentarse ante la muger idolatrada.

La ausencia de Julio ocupó un dia el ánimo de la

hermosa Adela, pero se fué perdiendo en breve, como un objeto que se aleja entre las brumas de la tarde. Y á la verdad, ¿para qué necesitaba Adela la memoria del perdido amante? ¿Para compararlo? mal librado debia salir mi buen hermano en el parangon. Luis se presentaba ante la jóven con una esquisita elegancia, con un lujo deslumbrador: el huérfano llevaba siempre el mismo raido traje de luto, y el encogimiento que le daba su precaria y triste situacion. El nuevo amante hablaba siempre de espectáculos, trenes y joyas; el antiguo guardaba silencio ó consagraba algunas palabras á la memoria de su madre. No es necesario añadir que el primero en el voluble corazon de Adela llevaba siempre lo mejor.

En tanto que mi pobre hermano se debilitaba yo crecia; y en una mañana de mayo recibió mi caliz virginal el primer ósculo del sol. ¡Qué hermosa estaba! una flor débil, que ha sufrido tanto, no será culpable teniendo un instante de vanidad.

Adela vino á visitarme mas temprano que de costumbre, y quedó prendada de mí. Me acarició repetidas veces, como á un niño recien nacido, y me destinó á adornar su pecho, casi tan blanco como yo.

Doce horas no mas mecí mis pétalos sobre mi alfombra de esmeralda; los pulidos dedos de Adela troncharon mi talle gentil, y me dió por pedestal su seno, tambien como el mio virginal.

Se presentó Luis aquella tarde mas temprano que las anteriores; reparó en mí, nunca reparara; y dió su parabien á Adela con marcado tono de disgusto ó reconvencion; porque sabia mi procedencia. La jóven se ruborizó, quizá acordándose del amante no quedó de ella satisfecho, y para restablecer la paz fué necesario un sacrificio. Pasé al ojal del frac azul del elegante caballero.

Poco era mi valor: millares de azucenas han florecido mas hermosas, pero mi posesion era entonces un triunfo, que halagaba la vanidad del nuevo amante de la huérfana. Se despidió Luis lleno de orgullo, y bajó la angosta escalera, satisfecho de una conquista que mayores triunfos le aseguraba. Pasó el dintel, y á pocos pasos, un jóven débil pero altivo, estampó en su rostro una marca de verguenza, que rios de sangre bastarian apenas á lavarla. La diestra de julio se habia estampado en la mejilla de su rival; la muerte de uno de los dos era indispensable.

¿Qué hacia Julio frente á la puerta que habia pasado tantas veces? Lo ignoro: pero al verme su corazon, mas que sus ojos, le dijo, que era yo, la azucena plantada por su madre y encomendada á su cuidado, la que adornaba el pecho de su odiado rival.

Ambos jóvenes convinieron en el sangriento desenlace que tamaña afrenta reclamaba; dos amigos mútuos arreglaron las condiciones del mortal duelo, y al rayar el alba todos cuatro estaban reunidos en el paraje designado. Luis llevaba el frac azul de la víspera, y yo en el ojal continuaba: Julio, tambien como la víspera, se presentó vestido de negro.

El duelo debia verificarse con pistolas y á quince pasos de distancia: el agraviado seria el primero á disparar. Cargaron los padrinos, y ambos rivales se colocaron á distancia. Luis era diestro tirador, Julio no habia tirado nunca. El rival afortunado estaba alegre, el amante despreciado guardaba una imponente seriedad.

Dada la señal, levantó Luis pausadamente su pistola, apuntó un segundo y disparó. La bala silvó al oido de Julio, llevándose un rizo de su flotante cabellera. El huérfano no se estremeció: levantó á su vez la pistola; apuntó tambien un segundo y disparó. No se estremeció Luis tampoco, pero cayó á tierra. La bala me tenia por blanco, yo estaba sobre el corazon del caido.

Los dos testigos, y Julio mas veloz que ellos, se precipitaron sobre Luis: el huérfano me arrancó del ojal salpicada en sangre caliente; los testigos dejaron caer, despues de haberla levantado, la helada cabeza de un muerto.

Julio me miró fijamente; con una mirada que no me habia nunca dirigido: me alzó despues á toda la altura de su brazo, como bandera conquistada á los enemigos; y lanzando una siniestra carcajada esclamó: «¡Esta es la memoria de mi madre!» y el que habia quitado á Luis la vida perdió al mismo tiempo la razon.

Dejando al muerto, los padrinos hubieron de acudir al loco; logrando con grandes esfuerzos conducirlo hasta un hospital. Tres dias estuve entre sus manos y escuché sus lúgubres delirios. Veia en ellos unas veces la severa sombra de su madre, que lo reprendia: otras veces la sombra de Luis, que lo amenazaba: y siempre la imágen de Adela, que se reia de su dolor. A los tres consiguieron, no sin violencia, arrancarme de la contraida diestra de mi hermano, ya marchita y casi deshojada y su carcajada siniestra me persigue como un eco desgarrador.

Esta es la historia de mi vida. ¿Qué está siendo de Adela? Lo ignoro. ¿Llora al muerto? ¿Se compadece del pobre loco? ¿Está prendada de un tercero? Todo cabe en el alma de una muger.»

Terminé el segundo manuscrito en muy distinto estado de ánimo; y reuniendo las dos historias encontré una especie de apólogo; del cual era muy fácil ir sacando un gran número de moralejas. Como la vela se consumia, y las moralejas no habian de contribuir á mi entrada en la Academia de la historia, decidí la publicacion de los anteriores manuscritos, para lograr el noble fin que ya tengo manifestado.

JUAN DE ARIZA.

LA CALESA.

Ofrecemos á la contemplacion de nuestros lectores un fiel trasunto del vehículo mas característico del pais, que como todo lo que es indígena de él se halla próximo á desaparecer, cediendo el puesto á una importacion estranjera; á los Omnibus: no nos proponemos hacer aqui un panegírico de la Calesa, queremos solo consignar en nuestras páginas una copia de estos carruajes, debida al lapiz de Alenza, por si antse de mucho llegan á ser una antigualla, objeto de estudio para los arqueólogos. Observemos la verdad con que estan reproducidos todos los contornos el calesin, lo airoso de la cabalgadura, la fidelidad en el tratado de los pormenores y adornos y sobre todo en la postura del calesero, que sentado en la zaga, sujetando con una mano el látigo y apoyando en ella el codo del otro brazo, cruzados los pies y fija la vista en el

suelo, no se sabe si dormita esperando que se le presente viajero, si se entrega en sus adentros á amargas reflexiones relativas al decaimiento de su industria, ó si, lo que es mas probable, disfruta de un agradable letargo producido por los vapores del mosto. Distínguese mas lejos una pareja que acaso no tarde en subir al vetusto elemento para continuar allí su sabrosa plática, protejida por el fuelle prudente del calesin, de las miradas celosas de un amante ó de la venganza de un esposo. ¡Oh cuantos episodios curiosos, cuantas historias de interés podria referir un calesin si los calesines tuvieran el don de la palabra!!

R.



UNA MARTIR DESCONOCIDA

Ó

LA HERMOSURA POR CASTIGO.

Cuento moral.

Maravilla del Oriente llamaban á la hija del emperador Teodosio, la sin igual en hermosura Pulqueria, que ya gozaba de tan lisonjero título desde la casi infantil edad de trece años. El apacible genio de la princesa, nacida como su padre en Itálica, el tierno atractivo de su virginal semblante, la gallardía española de su cuerpo, su entendimiento claro y su honesta vida sobre todo, la atraian de cerca y lejos adoradores rendidos, muchos en número y eminentes en gerarquía, sin que ninguno reparase en un defecto gravísimo que debia oscurecer no poco las relevantes gracias de la augusta doncella. La hija del sucesor de Valente, la hermana de Arcadio y Honorio, ídolo de la imperial familia, jamás habia visto á sus padres, ni á sus hermanos, ni á nadie, ni nada. Pulqueria, cuyos rasgados y hechiceros ojos envidiaban las mas gentiles damas de Constantinopla, no veia con ellos: Pulqueria nació y habia vivido ciega hasta la edad juvenil, ciega oyó las cariñosas palabras de su madre Flaccila, cuando la criaba á sus pechos; ciega recibió la bendicion de aquella muger santísima cuando la llamó el Señor á recibir entre los ángeles el premio debido á sus altas virtudes; ciega habia escuchado los rendidos y amorosos ruegos del príncipe Favencio que solicitó y obtuvo del padre y de la hija la promesa de poderla llamar esposa, en llegando la jóven á contar quince abriles.

Feliz Pulqueria por su estado, mas feliz por los dones corporales y del espíritu con que la Providencia la habia enriquecido, felicísima por el amor que le tenian los suyos; bienes tan superiores y tantos eran nada para ella desde que entrada en la pubertad, y dando oidos á la voz universal que la proclamaba por la mas bella de las hermosas, nació en su corazon el vanidoso y vehemente deseo de ver para verse. Persuadida y con razon de que su madre habitaba gloriosa la mansion de los bienaventurados, cada noche le dirigia una ardiente súplica para que le alcanzase del Todopoderoso el don de la vista. Apareciósele una noche á Pulqueria en sueños, ó por mejor decir, figuróse Pulqueria una noche que se le ponia delante la feliz matrona, cercada de resplandores vívidos, ceñida la sien ya inmortal con la aureola de las esposas sin mancilla, una palma en la diestra y en la izquierda una corona formada de fúlgidas y rojas estrellas. «Hija mia (le dijo Flaccila con acento dulcísimo) Dios que sabe mejor que el hombre lo que al hombre conviene, se niega de continuo á satisfacer vuestros imprudentes antojos, porque de satisfacéroslos irremediable se seguiria vuestro daño. Cuando el Señor que te crió te mantiene ciega, señal es de que ciega te quiere; y no pudiendo querer la Divina Majestad sino lo mejor y mas justo, bien puedes tener por cierto que la privacion de vista era para tí un beneficio tan grande como para otros es el tenerla. Movido sin embargo el Señor de mis ruegos, como yo de los tuyos, ha resuelto por fin concedértela, en virtud de su saber y poder infinitos; pero á fin de que ese don, en vez de producirte males te sirva para conseguir la corona rica y la inmarcesible palma que te presento, victoriosa insignia de los mártires, necesario es, hija mia, que te resignes á no ver, hasta la hora precisa de tu muerte, aquello que mas quieras, aquello cuya vista mas ahincadamente desees. Dí si á ese precio quieres recibir la luz de los ojos, y mañana á medio dia te será milagrosamente otorgada.»

Con aquella rapidez con que el alma del hombre, en fé de su celestial orígen, piensa á veces en una difícil cuestion cuanto hay que pensar y la resuelve en un punto, hizo Pulqueria en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar un *sí*, este largo discurso: «Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y ese bien, limitado en parte, me ha de proporcionar además de la dicha en la tierra, la felicidad de los justos, loca sería yo en verdad si no lo admitiera. ¿Qué es lo que yo amo mas en el mundo? Lo primero á mi prometido esposo, luego á mi padre, despues á mis hermanos. Duro me será no ver hasta la hora de mi muerte á mi Favencio, al emperador, á mis queridos Arcadio y Honorio; pero veré el sol, de que nace el dia, y las estrellas que alumbran la noche; veré el mar, cuyos rujidos oigo desde mi lecho, veré la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y el esplendor de este soberbio alcázar: leve sacrificio es permanecer siempre ciega para solo un objeto, pudiendo saciar la vista en el campo dilatadísimo de la creacion entera. Admito la condicion, madre: quiero ver, *sí*. Dicho apenas este monosílabo, con la sorda articulacion de una persona que habla durmiendo, se desvaneció ó se retiró la celeste vision.

Los goces que provienen del cielo se distinguen de los placeres puramente humanos en una circunstancia notable: estos en siendo muy vivos, fatigan y á veces matan como el dolor mas agudo; las fruiciones que el Altísimo envia á sus predilectos, por intensas que sean, se disfrutan apaciblemente, sin detrimento de nuestro débil ser físico. Así Pulqueria, despues de la desaparicion de su madre, siguió reposando tranquila; tranquila y gozosa despertó á la hora ordinaria; tranquila y gozosa se dejó ataviar por sus camareras, y pasó á la habitacion de su padre, á quien lo mismo que á los hermanos, quiso, para que la sorpresa fuese mayor, ocultar la prodigiosa visita que la noche antes habia recibido. Un solo efecto visible producia el júbilo interior que saboreaba Pulqueria; el de animar su rostro con tan nuevos encantos, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y porte con tan admirable dignidad y gracia reunidas, que jamás, ni aun el dia que, amando ella ya supo el amor de Favencio, la habian visto los que la rodeaban tan alegre y hermosa. Sentada frente al emperador en una estancia magnífica, teniendo á sus hermanos á un lado y al otro á su amante, recibia de todos, aun de Teodosio mismo, afectuosos encarecimientos de su peregrina hermosura, nunca mas deslumbradora que entonces, cuando el sol llegó al medio de su carrera. Instantánea y sobrenaturalmente, como si abriese los ojos despues de un sueño apacible y breve, sin que la luz la ofendiera, la hermosa hija de Flaccila y de Teodosio, la mas bella de las hijas de Itálica, se halló con el divino don por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era vivir, lo que era embriagarse y desfallecer de puro contento. En un ¡ay! prolongado se reasumieron la sorpresa y el gozo suyos, la admiracion y la alegría causadas por el hallazgo y posesion de una dicha mayor que se la pudo pintar la esperanza, mayor que la habia solicitado el deseo. Tres veces cerró y abrió inmediatamente los ojos: tres veces creyó que habia muerto y que revivia. Conoció á Favencio, conoció á Teodosio, conoció á sus hermanos, el sol, el cielo, las nubes, los campos, el mar, las estátuas, las pinturas, el brillo de las joyas, los cambiantes de la seda... y quiso en fin conocerse á sí misma. Llevóla Teodosio á un espejo de plata tersísimo... miróse en él... y vió en la pulida superficie una túnica y un manto encima, y sobre ellos vió un collar, y mas arriba un zarcillo á cada lado, y mas arriba una diadema ó cinta sembrada de piedras preciosas... y todas estas imágenes de túnica, manto, collar, zarcillos y cinta se movian en el espejo segun movia el cuerpo y la cabeza Pulqueria; pero de humana figura no se descubria en el espejo ni rastro. Llevóse la princesa la diestra á la frente, y entonces desapareció parte de la diadema como si la taparan con algo, apareció en el espejo la manilla y el anillo que adornaban la mano puesta en la frente; pero sin verse frente ni mano, despues de muy pocos instantes de prueba se convenció de que el espejo reflejaba todos los objetos que delante de él se ponian, menos la imágen de la princesa, desde el cabello á la planta. Probados otros espejos de diferentes materias, aconteció con todos lo mismo: quiso Pulqueria esplicar á los circunstantes el terrible prodigio y referir el coloquio habido entre ella y Flaccila; y negóse mal su grado la lengua á revelar el secreto, que por divina disposicion habia de mantenerse largos años oculto. Preguntó á su padre y á todos si la veian en el espejo y respondiéronle que sí, porque para ellos el espejo representaba la imágen de Pulqueria lo mismo que la de otra persona. Cayó pues en la cuenta de que el objeto que no le habia de ser visible en su vida eran sus gracias, y por consiguiente que lo que ella amaba mas y con mas ahinco apetecia ver en el mundo no era su padre ni eran sus hermanos, ni el hombre á quien habia consagrado su primero y único amor: era ella misma.

Y si algun género de duda la hubiese quedado, el tormento indecible que principió á sentir desde el punto que se vió sin reflejo en la bruñida lámina, le hubieran hecho comprender que una hermosura célebre adorada por todos, naturalmente, sin conocerlo tal vez y aun sin quererlo de suyo, habia de venir por último á idolotrar en sí propia. Ojos, boca, tez, cabellos, garganta, seno, talle, manos, apostura, voz, sonrisa, su andar, su actitud en la silla, su actitud en el carro, su actitud en el templo, todo lo habia oido encarecer mil y mil veces: queria pues, complacerse con su sonrisa, admirar su caida de ojos, percibir el roce y crecimiento de los matices purpúreos con que teñia el rubor sus mejillas, estudiar el tocado mas propio para que luciese la rica madeja de sus cabellos y el vestido mas conveniente para que resaltara la morvidez de su cuello y brazos y la elegancia de su cintura; queria en fin conocerse y gozar de sí: habia creido llegada la hora, y hallaba que para todo tenia vista, menos para verse: no podia ser el chasco mas doloroso, ni mas atroz el martirio. Sollozos y lágrimas de amargura se tornó en seguida el momentáneo alborozo que le causó la inestimable adquisicion de la vista; mas ¡oh portento! con la angustia y el llanto (que todos los que lo vieron lo creyeron de júbilo) parecia mas bella que antes, cuando solo respiraba alegría: díjole Favencio que estaba mas hermosa llorando, y este elogio fué para ella una lanzada. Por librarse de la série larguísima de padecimientos que veia se le preparaban, hubiera querido entonces, que desfigurara su rostro una fealdad espantosa... con tal que nadie hubiera podido echársela en cara.

Desde aquel dia que tan venturoso habia de ser para la hermosa Pulqueria, la risa huyó de sus labios y de su corazon el contento; pero su seriedad, bien que triste era bella: todos eran á decírselo y ella á rogar en vano que enmudecieran en su alabanza. Cuanto no hubo de padecer con los encomios de los poetas que cantaron sus bodas con el príncipe, ya en la lengua de Píndaro, ya en el metro de Horacio. ¡Cuanto no envidió la suerte de los mendigos é imposibilitados entre quienes solia repartir caritativa sus tesoros! Ellos la veian, y para ella ni aun era visible la dadivosa mano que les alargaba. Dió á luz un hijo, una hija, dos... «Quizá vea mi retrato en esta criatura:» esclamaba al sentir fecundado su seno. ¡Vana esperanza! Todos se parecian á Favencio. Desesperada, furiosa, se arrancó muchas veces sus ricas galas, desgreñó su cabello y se vistió con un trage tosco de esclava... nunca mas seductora que en aquel desaliño. Retirada en el palacio para evitar los aplausos del vulgo, llegó á mandar á su servidumbre y familia y al mismo Favencio que para no alabarla no la mirasen; fué obedecida; pero cómo sujetar los ojos ni la lengua de sus hijos pequeñuelos! ¿Quién la libraba? Y aquellos inocentes admirando en la faz de Pulqueria unos rasgos que la diferenciaban de cuantas mujeres veian, no podian menos de prorrumpir con el lenguaje arrebatado de la infancia: ¡Madre, querida madre, tú eres la mas hermosa de las

mujeres!—Sí, respondia ella para sí suspirando: soy la mas hermosa del mundo y es tal mi desdicha que no puedo ver lo que soy. Para desahogarse de alguna manera, escribió una vez una como carta á su esposo, refiriendo la aparicion de Flaccila y la dura ley á que estaban sujetos sus ojos; mas en el momento de acabar el escrito, se le desapareció de entre las manos.

Muchos años fué Pulqueria infeliz como víctima rebelde de una vanidad no satisfecha, hasta que hubo de acordarse de la corona y la palma que le ofreció su madre cuando le anunció que veria. Consideró que si no llevaba con paciencia la privacion de verse, durante su vida, no solo no ganaria la palma del martirio, sino que ni aun tendria el consuelo de conocerse cuando se muriera; y por saciar su curiosidad á lo menos á la hora de la muerte, se determinó á sufrir con resignacion aquel martirio de su deseo, mientras el Señor la mantuviese en el mundo. El escesivo amor de sí misma la habia apartado de la virtud, y por consecuencia de la felicidad: y aquel mismo impulso la conducia por fin á la virtud y á la dicha: prueba de que las pasiones humanas únicamente son malas ó buenas, únicamente nos dañan ó nos benefician, segun el uso que de ellas hacemos. Así Pulqueria, gastada algun tanto su curiosidad con el tiempo, fuése poco á poco avezando á oir sus elogios, primero sin ira, despues con tolerancia, mas adelante con sufrimiento y al cabo con humildad reverente. Siempre esperimentaba una sensacion dolorosa al oir una razon ó percibir una mirada laudatoria ó admirativa; pero un instante despues obraba el conocimiento y decia: cuando muera me veré: sometámonos entre tanto á lo que el Señor ha dispuesto. No se escondia ya de las gentes para escusarse de oir felicitaciones y cumplidos; no se vestia mal para quitar lucimientos á su belleza; salia con frecuencia en público prendida y adornada como correspondia á la hija y hermana de los Césares, buscando ocasiones para triunfar de sí misma. Ocurriósele varias veces que su belleza naturalmente debia decaer con los años y cesar la mortificacion que le ocasionaba: equivocóse hasta en esto: Pulqueria estaba condenada á ser bella en todas los edades de la vida. A los quince años florecia con la delicada hermosura de la doncella: de treinta descollaba con la sazonada y perfecta beldad de la esposa: de cuarenta ostentaba la gallardía augusta de las madres, que son las reinas del género humano. Iba á cumplir cincuenta años, cargada de hijos y nietos, y su hermosura indestructible, bien que era otra, no por eso era menos. Ya Teodosio habia muerto. En aquel medio siglo todo habia envejecido al rededor de Pulqueria; Pulqueria no; Pulqueria tenia la beldad por castigo.

Dispuso Favencio que para celebrar el quincuagésimo aniversario del natal feliz de su esposa, vinieren de mañana al palacio imperial todos sus hijos, nueras y yernos, trayendo cada pareja su familia consigo. Sentada al tocador, con el inútil espejo delante, se hallaba Pulqueria, en su cámara de vestir dejándose engalanar por sus damas, cuando la ilustre turba invadió la estancia precipitándose á los pies de la hermosísima abuela. Echada la bendicion á todos desahogado el cariño recíproco en abrazos y en ósculos, hijas, nueras y nietas se disputaron á porfía el honor de ataviar á la augusta princesa española. Quien le servia el calzado, quien le rodeaba el ceñidor, quien le ponia el collar, quien le echaba á los hombros el manto, quien le adornaba los cabellos con la diadema. Era aquel uno de esos momentos de felicidad suprema que solo una vez suelen ocurrir en la vida del hombre: Pulqueria, no obstante habia disfrutado otro igual cuando sus ojos cobraron la vista. «Mirate al espejo señora le dijo con tierna efusion la mayor, y mas hermosa de sus nietas, mírate y verás como todavia nos vences á todas en hermosura.» Miró Pulqueria por complacer á la nieta, que era su favorita aunque estaba muy agena de verse, y por primera vez de su vida percibió en el espejo una imágen que debia ser la suya. Vió primero una niña de pocos dias, que sin embargo era ya hermosa; las facciones de la niña fueron sucesivamente cambiándose y tomando la belleza de una criatura bella de un año, de dos y de mas, y así fueron apareciendo en el espejo cincuenta aspectos ó retratos diferentes de un mismo rostro todos igualmente bellos, de manera que en un instante conocio Pulqueria todo lo que habia sido, todos los grados de belleza que habia contado desde que nació hasta aquel mismo dia. ¿Con que esta fui yo? dijo Pulqueria con un acento de indefinible espresion, que confundió á su familia, la cual no veia en el espejo, mas que la imágen de la abuela tal como naturalmente debia entonces representarla. ¿Con que esta soy yo? volvió á decir mucho mas conmovida y ya balbuciente. Y respondiendo á sus palabras una voz del cielo, aquella voz que le hablára lo menos treinta y cinco años antes, la voz de Flaccila, clara y blandamente le dijo: «Esa fuiste, hija mia; pero mira lo que vas á ser ahora. Súbito desaparecieron en el espejo los atavíos mundanales de la princesa: cubrió allí su cuerpo una maravillosa túnica hecha de luz blanca; desprendiéronse sus cabellos de los nudos y adornos que los mantenian sujetos, y derramáronsele vagarosos por las espaldas; tomó su rostro un sello de belleza inefable, distinta de la que se llama belleza en la tierra, porque era la que embellece á los moradores del empíreo; en su diestra apareció la palma del triunfo, en su cabeza la corona de estrellas, refulgente símbolo de bienaventuranza durable; dos alas candidísimas doradas á trechos, le salieron de los hombros; y así representada una figura de un ángel que desde nuestro mezquino globo se tornaba al gremio de sus hermanos, clavada la vista en las alturas de la Jerusalen celeste, vió Pulqueria en el espejo despues de las gracias de su ser físico, la imágen de su alma. Una sonrisa dulce asomó á sus lábios, cerró los ojos, estrechó la mano á Favencio, dejó caer blandamente la cabeza en el seno de su nieta querida, y su espíritu en brazos de la bienaventurada Flaccila, se remontó á las regiones de la dicha sin fin. La plata del espejo que ya no habia de ser profanada con otra imágen, perdió su diafanidad convirtiéndose en un mineral blanco y sin brillo, como alabastro sin pulimento, brotando en su superficie las letras de aquella carta que escribió Pulqueria para revelar el secreto de su vida, y se le huyó de las manos en cuanto acabó de trazarla. El dolor que Favencio y sus hijos esperimentaron al perder á Pulqueria, se mitigó al entender por el escrito que Pulqueria infaliblemente ocupaba una silla en el coro gloriosísimo de los mártires.

Una señora madrileña del siglo pasado, que tenia la rara costumbre de leer este cuento á sus hijas cuando se ponian al tocador para vestirse de baile, añadia de su cosecha siempre, al terminar la lectura, estas breves palabras: En efecto, queridas, el mayor suplicio para la muger es el que atormenta su vanidad, así como el castigo mayor para el hombre es aquel en que se le abate su orgullo.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Ya que las funciones de Navidad, que todavia ocupan á los teatros, nos privan de comenzar hoy las críticas dramaticas que nos proponemos publicar periódicamente, plácenos inaugurar esta seccion del SEMANARIO poniendo en ejecucion un pensamiento que ha tiempo concebimos y aun ensayamos y que obstáculos imprevistos estorbaron llevar á cabo en EL SIGLO: propusimonos ir formando una galeria de retratos de nuestros artistas dramáticos mas aplaudidos á medida que habláramos de las producciones en cuya, ejecucion respectivamente se distinguieran. Ahora comenzamos presentando el del eminente actor é inteligente empresario del teatro del Príncipe el Sr Don

Julian Romea, que cuenta sus triunfos por las veces que aparece en escena y cuyo nombre no se estampa nunca en ninguna revista teatral, mas que para tributar justas alabanzas á su talento. Esperamos que la indicada coleccion de retratos será del agrado de nuestros lectores especialmente de los de Provincias, y





prometemos hacer todo género de esfuerzos para que la idea se realice.

Nada podemos añadir en punto á novedades teatrales porque ninguna se ha puesto en escena desde principio de año, como no califiquemos de tal la reproduccion de la *Gazza-Ladra* de Rossini, cantada en el Circo y en la cual fueron aplaudidos el Sr. Formassari, la Señora Edelvir y el Señor Salas. R.

Completamente agotado el número primero de nuestro periódico, los nuevos suscritores no le recibirán hasta que se reparta el tercero, para cuya fecha estará corriente la nueva reimpresion que de aquel se está haciendo.

El crecido número de suscriciones que cuenta hoy el SEMANARIO, ocasiona alguna irregularidad en el reparto y envío á provincias; desde la próxima entrega nos prometemos tener organizados ambos servicios con toda puntualidad.

MADRID.—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Razola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografía de Bachiller, del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, cuarto segundo.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



Uno de los personajes que mas influjo tuvieron en los negocios de España durante la menor edad de Cárlos II, y el que mas ocasion dió á las turbulencias que agitaron aquellos tiempos, fué el P. Juan Everardo Nidhard, cuya noticia biográfica vamos á esponer brevemente.

Nació este célebre jesuita en la villa ó castillo de Falkenstein, en el Austria, en 8 de Diciembre de 1607, de una familia originaria de Ausburg, que algun tiempo antes que Lutero inficionase con sus errores la Alemania se habia establecido en el condado del Tirol, y segun parece, se trasladó despues al Austria. Gozaba de antigua nobleza en que la confirmó el emperador Fernando III en 18 de Abril de 1654, por un diploma en que se mencionaban los méritos y lustre los de Nidhard. El P. Juan Everardo estudió teología y cánones en la universidad de Graetz en la Estyria y despues tomó la sotana en la compañía de Jesus, en cuyas aulas enseñó filosofía, teologia y derecho canónico, y se distinguió por su saber aun entre los mas aventajados jesuitas. Teniendo noticia de su mérito el emperador Fernando III le eligió por maestro y confesor de sus hijos Leopoldo y Mariana, la cual fué despues reina de España, á donde lo trajo consigo cuando casó con el rey Felipe IV. El emperador, confiando en su fidelidad, le encomendó el cuidado de sus intereses públicos y privados en la corte de su yerno, y este, que tambien hizo mucho aprecio del P. Nidhard, le encargó la defensa del misterio de la Concepcion de nuestra Señora, sobre cuyo asunto publicó una obra. Asistió al Rey D. Felipe en su muerte y despues fué nombrado inquisidor, cuyo

cargo le mandó aceptar el Pontífice Alejandro VII por mediacion de la reina en lugar de D. Pascual de Aragon, que á instancia de la misma cedió la plaza para que la diese á su confesor, con motivo de haber sido promovido á la silla de Toledo por muerte del cardenal D. Baltasar de Sandoval, ocurrida en 1665, y como inquisidor general fué individuo el P. Nidhard de la junta de gobierno de la monarquía, y además nombrado consejero de Estado. Su elevacion á la plaza de inquisidor general no dejó de encontrar oposicion y dificultades por ser estranjero el P. Juan Everardo; pero empeñada la reina en condecorar á su confesor con este alto destino, hizo que todas las ciudades de España le diesen naturaleza, y con esto se disiparon los inconvenientes que habia. Cuando el Rey difunto encargó la tutela de su hijo y el gobierno de la monarquía á la reina, nombró una junta que la asistiese compuesta del presidente de Castilla, del vice-canciller ó presidente de Aragon, del arzobispo de Toledo, del inquisidor general, de un grande de España y de un consejero de Estado; pero no hizo mencion de su hijo D. Juan de Austria, digno por su calidad y prendas de haber merecido el primer lugar en la confianza de su padre. Tal desprecio no pudo menos de ser muy sensible á D. Juan, y mas viendo al P. Nidhard, no solo miembro de la junta sino revestido de cuantas facultades pertenecian á esta, por lo cual el P. Nidhard deseaba alejarlo de la corte teniéndole por un competidor que podria oponerse á sus desaciertos ó perturbarle en la posesion de su valimiento, lo cual fué causa de graves choques y disturbios. En efecto, con ocasion de hallarse amenazadas por los franceses las posesiones españolas de Flandes, se le confirió á D. Juan el gobierno de ellas; pero conociendo este la secreta intencion de tal órden, y previendo además que le amenazaba igual suerte que la que sufrió en Portugal, para cuya campaña se le negaron los recursos necesarios con el fin de desconceptuarlo, se negó abiertamente á admitir aquel cargo. Esta repulsa le ocasionó el salir desterrado de la corte, y no estando aun satisfechos sus enemigos que procuraban deshacerse de él totalmente, sobornaron personas que fingiendo ser cómplices en una conspiracion contra la vida del P. Nidhard, señalaron á D. Juan por su gefe y principal cabeza. D. Juan se puso con tiempo en salvo, desmintió públicamente la calumnia y pidió en desagravio, hallándose cerca de Madrid con una escolta de setecientos hombres, que el P. Nidhard fuese separado del gobierno y saliese de España en el término de dos dias.

La reina, á instancias del cardenal D. Pascual de Aragon y el Nuncio apostólico Borromeo, y tambien estrechada por las circunstancias que le inspiraban temores de una guerra civil, accedió á la exigencia de D. Juan, y firmó un decreto en que se decia que concediendo la peticion que le habia hecho el P. Juan Everardo Nidhard de retirarse de estos reinos, y deseando que fuese con la decencia y decoro que correspondian á sus servicios, mérito y gerarquía, habia venido en resolver se le diese título de embajador estraordinario en Roma ó en Alemania, donde eligiese, con retencion de todos sus destinos, y de lo que gozase por ellos.

Sabida la determinacion de la reina por el cardenal arzobispo de Toledo y el conde de Peñaranda, fueron á ver al P. Nidhard y á ofrecerle dineros para el viaje; pero pareciéndole á su eminencia que podria tener embarazo en su salida, determinó volver á su casa para sacarle de ella, como lo hizo llevando consigo en coche á sus dos sobrinos los duques de Aveiro y de Maqueda y al marqués del Carpio, y en otro coche salió el P. Juan Everardo con la brevedad que pudo, porque el concurso que se habia juntado y se iba aumentando era mucho y se podia temer cualquier esceso del pueblo, porque todos llevaban muy á mal la influencia del jesuita estranjero y deseaban su salida; y así fué necesaria la acertada direccion del cardenal y su presencia para que no lo injuriasen. Llevóle á Fuencarral, donde le dejó en casa del cura párroco asistido de su familia, y con órden de que le fuese sirviendo con lo que necesitase mientras caminaba por el arzobispado de Toledo. Antes de salir de él le llegó la gracia y merced que le hacia la reina de dos mil ducados de pensiones para que repartiese en sus criados, y dos mil doblones para los gastos del camino. Continuó su marcha á Vizcaya y de allí pasó á Roma, á la que llegó en 1671.

En esta corte se halló el P. Nidhard desde luego en una posicion muy desairada por no llevar credenciales para la embajada que presumia habia de dar á Clemente X, y así dió aviso al gobierno de España y pidió instrucciones sobre lo que habia de ejecutar, acerca de lo cual tuvo el consejo algunas sesiones y al fin se resolvió se le enviase órden para que tratase de la definicion del misterio de la Concepcion de Nuestra Señora, y se le señalaron ochenta escudos para su asistencia; pero el marqués de San Roman, embajador ordinario, le asistió con cuanto hubo menester, y le proporcionó coches para que se presentase con el lucimiento y dignidad correspondientes. No le faltaban sin embargo al P. Nidhard facultades para sostener su rango, pues poseia muchas riquezas, y en Roma se decia que habia llevado doce mil doblones, y en barras y preseas de oro diez y siete libras, y un cofre lleno de joyas y alhajas de gran valor; por lo que juzgaban, no sin alguna malicia, que no tardaria mucho en conseguir el capelo. Pero la reina de España, su protectora, no tardó mucho en hacer las diligencias para que fuese honrado con la púrpura; porque habiendo de dar su Santidad un capelo á España, y siendo propuestos en primer lugar el dean de Toledo D. Luis Fernandez Portocarrero, en segundo D. Antonio Benavides y en tercero..... con lo que se conformó la reina; á pesar de esto, en el mismo correo en que se remitió la nómina al marqués de San Roman, escribió la reina separadamente pidiendo el capelo para el P. Juan Everardo, lo que fué muy sensible en la corte de Madrid, temiendo que así que fuese cardenal habia de volver á España. Su Santidad pidió la nómina de los propuestos, y habiéndosela llevado el marqués de San Roman, el Papa le manifestó que estaba resuelto á no admitir al P. Juan Everardo, que así se lo comunicase, como tambien que renunciase luego el cargo de inquisidor general en D. Diego Sarmiento y Valladares, presidente de Castilla, que habia nombrado en su lugar; pero el P. Nidhard no queria renunciar porque su confidente el P. Salinas le habia escrito que

pronto se veria en España con cuarto en palacio y gobernando esta monarquia sin oposicion, y así que no renunciase. Llevóle la órden de Su Santidad el embajador, á tiempo que él se saboreaba con la idea de ser en breve cardenal y gobernador de España, por lo que le sorprendió tanto la noticia que se desmayó y por mas de una hora le duró el deliquio. Para mayor quebranto y humillacion del P. Nidhard, el general de la Compañía de Jesus, acordándose de que cuando llegó á Roma no le hizo los debidos acatamientos, le mandó salir de la ciudad y que se retirase á un convento estramuros, en donde así que se aposentó, despachó á su familia y solo retuvo al hermano Bustos que le habia asistido en España. Descubrióse en esta lo que el P. Salinas le habia escrito á Roma y de la noche á la mañana el Nuncio lo envió á Valladolid, y de allí á Palencia.

No olvidándose la reina de promover los ascensos de su amado confesor, volvió á recomendarle á Su Santidad, y entonces fué hecho obispo de Agrigento y despues de Edesa, y al siguiente año de 1672, en 22 de Febrero, lo elevó el Pontífice á la dignidad cardinalicia con el título de San Bartolomé in Insula, cuyo título dejó en 25 de Setiembre de 1679 por el de Santa Cruz de Jerusalen. Sostuvo con otros embajadores las regalías de la inmunidad real; pero despues fué el primero que separándose de los demás convino con las ideas de los ministros pontificios. Fué individuo de la congregacion de intérpretes del Concilio de Trento, del Santo Oficio y de la propagacion de la fé: asistió al cónclave en que fué electo el Pontífice Inocencio XI en 21 de Setiembre de 1676, y finalmente, en el siguiente año fué nombrado protector del reino de Portugal. Murió el primero de febrero de 1681 á los 74 años de edad, y fué sepultado en la iglesia de San Ignacio cerca del altar del mismo santo, donde se le puso el siguiente epitafio:

D. O. M.

Jo. Everardo Nidhardo
A societate Jesu S. R. E. Pr. Cardinalis
Qui Marianae Austriae. Hisp. Reginae
Primùm ab arcanis conscientiae
Dein ejusdem regnum moderantis
Curarum omnium particeps
Reigne publicae administer, et generalis
Per Hispaniam quaesitor fidei.
Tum Carolo II rege Catholico
In sanctioribus consiliis
Ejusdemque apud apostolicam sedem orator
Demum á Clemente X. Pont. Max.
In amplissimum purpuratorum patrum
Collegium fuit coaptatus.
Viro integritate, religione, constancia,
In adversis aequabilitate
In omni vita laudatissimo.
Cuod viventi fuit in votis multis
Prope sancti parentis tumulum, domus
Professorum Romana haeres mon. pos.
Obiit Kal. Februarii A. R. S. MDCLXXXI
aetatis LXXIV.

Segun el testimonio de los contemporáneos, de este célebre jesuita no podemos dudar de su instruccion y sobresalientes talentos: pero no es tan inconcusa la religiosidad, é integridad que le atribuye su epitafio, como puesto por sus hermanos tan interesados en el lustre y buen nombre de los individuos de su sociedad. El P. Juan Everardo Nidhard fué un hombre intrigante y ambicioso de puestos eminentes, dignidades y honores, que por evitar disturbios hubiera debido renunciar en España si era desprendido, virtuoso, y amante de la paz como cumplia á su carácter y estado. De este modo hubiera evitado los funestos efectos de la privanza de los soberanos, muchas veces caprichosa, y perjudicial con frecuencia al menos indirectamente, á los que gozan de ella, y tambien á veces á la tranquilidad de los pueblos.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS DEZA.

UN PASEO

A LA PATRIA DE DON QUIJOTE.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, obra inmortal de Miguel de Cervantes Saavedra, como todos los libros clásicos, ha sido blanco de injustas críticas, de alabanzas desacordes, de estraños panegíricos, de pretenciosos análisis, de exóticas comparaciones y de voluminosos comentarios. Poetas, filósofos, historiadores, eruditos, críticos y novelistas han arrojado, en medio de la pública opinion, su voto sobre la original historia trazada en una carcel por el pobre soldado español. Sin embargo, tengo la creencia, algo jactanciosa tal vez, de que este libro no se ha juzgado con la profundidad que merece; no se ha comentado con el entusiasmo y elegancia, con la gala y buen gusto que exigen sus páginas de oro— Lo primero, andando el tiempo, he de probarlo, si á ello alcanzaren mis fuerzas y en mas pretencioso escrito; lo segundo, es cosa que á los ojos de todos creo patente y para mayor demostracion ofrezco estos apuntes de viaje.

ARTICULO PRIMERO.

Por meter paz suele un honrado compadre herir á entrambos contendientes: y por salvar á un niño de brutales tratamientos acontece que se traba una riña en la cual salen muertos hombres barbados: á tal punto nos conducen las humanas pasiones que hasta en lo bueno, si se exageran, producen graves males. Por esto no estrañarás, leyente mio, que despues de jurar y perjurar contra los comentadores de EL INGENIOSO HIDALGO, me entrase, en los primeros años de mi juventud, la estraña manía de comentarle tambien á mi manera. Mas no comencé por anotar los errores gramaticales, ni por apuntar las veces en que el autor se olvida, en el abandono de su fácil vena, de lo que antes dijo, ni menos compré raros libros de caballerías para saber los pasajes que imitó Cervantes, ni revolví crónicas para averiguar la biografía de las barbas, ni la procedencia francesa del castizo nombre de Maritornes, ni si se mantuvo ó no en tiempo de Suetonio. Como la juventud es irreflexiva, y sobrado confiada en sus propias fuerzas, despreció el antiguo método y antes de todo me

propuse visitar la patria de Don Quijote, recorrer las calles de su lugar, seguir el camino de sus primeras y mas famosas aventuras, recoger las populares tradiciones y apurar cuanto allí se supiese de las desgracias del manco de Lepanto, y de lo que pudo dar orígen á su riquísima historia.—Con esto y con decir que mal corrido y peor montado me trasladé á Malagon, dejando los ardores de Junio por esas calurosas soledades de la Mancha, tengo esplicado el objeto de mi viaje y descartada la penosa relacion de las desventuras que hasta llegar á tal poblado me acontecieron, pues al caso presente no convienen.

Una vez allí, perdona lector querido, que no te hable de las antigüedades romanas con que se enaltecen los habitantes de este pueblo, ni del pintoresco castillo que domina el caserío, ni de los rios que cual collar de plata le cercan; apenas clareaba el alba, sin darme un bledo de todo ello, salí precedido de un guia para buscar á Levante del camino, que á Fuente del Fresno guia, la famosa venta donde acaecieron las mas graciosas aventuras y dieron feliz remate los mas galanes episodios que adornan la primera parte de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.

Como dos leguas habriamos andado cuando dejamos la carretera para torcer á la derecha, internándonos en la montaña, y á la media hora de sendero áspero ya estábamos en el antiguo camino de Ciudad Real y de Santa Cruz de Mudela; poco despues ante la ruinosa venta que buscábamos.



Vista de la célebre venta en que Cervantes supuso haber acaecido varios pasajes del Quijote.

Tiempo me faltaba para comprobar los datos y asegurarme de que era aquel casucho arruinado, carcomido por el incendio y acribillado de balas lo que habia parecido castillo á D. Quijote. Satisfechas estas eruditas y topográficas dudas, con no poco asombro del campesino que me servia de práctico en la escursion, dibujé la casa y el severo paisaje que la cercaba, deseoso de que los *ilustradores* de mis soñados comentarios no *inventasen* un palacio, una fortaleza arruinada, un elegante *hotel*, en vez de tan mezquino habitáculo; bien que en ello no harian mas que seguir á la Academia y á otros no menos sabios editores.

A una media legua hácia el S. E. de Fuente del Fresno, está situada la venta; dista como veinte y cinco leguas de Madrid y cuatro y media de Consuegra; antes se hallaba en la hijuela de camino que iba de la corte á Jaen y partia de Tembleque, viniendo por la Cañada de la Higuera, Consuegra, Malagon, Fernan-Caballero, Sarazuela, Ciudad Real y Santa Cruz de Mudela, donde se unia con la ruta de Sevilla. Ahora el antiguo meson se halla en un despoblado y todas sus paredes son ruinas; aun se conservan las bardas del corral donde mantearon á Sancho, y á la izquierda estaria, en lo derruido, el agujero por donde Maritornes y la traviesa hija del ventero colgaron al andante caballero mientras velaba por la seguridad de aquel castillo.

Esta llamábase en lo antiguo la venta del cuadrillero, y á fines del pasado siglo, habiéndose establecido en ella un rumboso sevillano, la enjabelgó con cal á uso de su país, y entonces tomó el nombre de *Casa blanca*. Todo esto, y mas que para el fin de este artículo guardo, me contó el pobre anciano que vivia en la parte habitable del meson reducido hoy (por haber tomado el camino otra direccion hácia Poniente) á una choza de labor, donde á veces se abrigan carboneros, leñadores y bandidos.

Penetré pues por el arco de la puerta pidiendo que me dejasen solo por algunos momentos y lleno de inesplicable placer, de gozoso entusiasmo, me planté en el centro de aquellas ahumadísimas paredes y comencé á concentrar todos mis recuerdos. A la izquierda estaban intransitables las escaleras que daban al derribado camaranchon donde prepararon aquella famosa y maldita cama que sirvió de potro

para que le vizmasen al hidalgo manchego los cardenales que en su cuerpo habian labrado las villanas estacas de los yangueses; al estrellado establo destruido por un incendio, donde por la desatenta deshonestidad del rico arriero de Arévalo, y la culpable facilidad de Maritornes se trabó la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo, no sin innumerables trabajos para el bravo D. Quijote y su buen escudero Sancho Panza. Cerca de mis pies el fogon donde se coció el inmortal bálsamo de Fierabrás, tan terrible para Sancho. A la derecha el corral donde los cuatro pel ires de Segovia, los tres agujeros del potro de Córdoba y los dos sevillanos de la feria dieron con el escudero Panza en la manta del huésped y como gente maleante y bien intencionada se holgaron con él como con perro por carnestolendas; y mucho le debió de pesar, porque nunca olvidó esta desgracia. En los poyos que rodeaban el hogar leyó el cura la novela del *Curioso impertinente*, tan dramática como buena y bien razonada, y para mayor ilusion mia, sobre un arcon en aquel lado, hácia donde mis ojos se dirigian, ví un recio cuaderno que era nada menos que *la historia de los doce pares*! En la puerta destrozada que hay cercana á la escalera reconoció Cardenio á la incomparable Luscinda que robada traia el deslea D. Fernando; tambien aquel lugar fué regado con lágrimas de la sin par Dorotea, tan bella como discreta, logrando al fin que le volviese la honra aquel á quien ella habia abierto las puertas de su recato y entregado las llaves de su libertad. Allí tambien habian oido la donosa y sentida historia del cautivo. Cerca estaba el aposento de la ventera donde se alojó el oidor que tan gallarda, bizarra y graciosísima doncella tenia por hija. En el fondo la cuadra donde hallaron á D. Luis, en cuya boca puso Cervantes sus mejores versos (1), y donde se trabó la famosa riña entre Sancho Panza y el barbero del yelmo de Mambrino, sobre el trueque de los aparejos y en todo el espacio junto, el teatro de aquella batalla con los cuadrilleros y los criados de Don Luis en que *toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusion de sangre*, lo cual fué causa de que D. Quijote se creyera en medio del campo de Agramante.

Tan admirablemente describia aquel ingenio felicísimo que historia parece su libro y que por realidades tenia yo en aquellos sitios cuantos hechos figuró y allí localizó su fecundísima inventiva.

¿Porqué en esta venta fijó Cervantes el principal teatro de las aventuras de su héroe? tal vez espontáneamente y por mera casualidad ¿quién sabe si por haberla frecuentado mucho en sus contínuos viajes y haber tenido en ella alguna desagradable desventura con cuadrilleros? ello es lo cierto que á mí me parecen retratos los del ventero, la ventera y su hija y caricaturas tomadas del natural la de Maritornes, el arriero y el cuadrillero del candilazo, pues las figuras ideales del príncipe de nuestros ingenios tienen tal colorido y tal belleza que se distinguen como los cuadros de Rafael.

Pregunté el orígen del primer nombre y no me le supieron dar, sin duda era cuadrillero el fundador, mas la causa de tanto estrago y ruina como en el edificio se notaba refiriómela de esta manera el buen viejo y con tal acierto de solemnidad que me sentí conmovido.

Al comienzo de la guerra civil habitaba esta venta, que entonces tenia tejado en vez de la cubierta de chamizas y entero todo el costado que ahora es ruinas, un honrado labrador que con no vista caridad recibia á todos los que transitaban por estos montes. Era viudo y con dos hijos, la una de cinco años y hermosa como un angel, y el otro rayano en los catorce abriles. Seis facciosos de los muchos que se albergaban en estos montes cayeron sobre él una mañana; ocupando el meson militarmente saqueáronle despensa y bodega y calientes con la bebida acabaron por pedirle sus ahorros. Acababa de comprar unas ovejas el ventero, y su caudal no llegaba á un doblon, mas lo entregó sin violencia; pero aquella malà gente, con feroz instinto le amenazan degollar á su hija que jugaba en el hogar si no les daba mayor cantidad. Súplicas, llantos, desesperados clamores todo fué perdido, la niña murió á manos del capitan de aquellos tigres humanos. Y como el olor y la vista de la sangre mas provoca la crueldad en los ánimos salvajes y fieros; viendo aquellos bandidos, que el labrador no les daba lo que no tenia le apuñalaron, arrojándole luego sobre el vivísimo fuego que en la cocina ardia—Carbonizado le encontró su hijo que guardaba ganado, cuando volvió y tambien rojo el hogar con la sangre de su hermana.—Los latro-facciosos estaban ya en lo mas espeso de la montaña.

El muchacho quedó como tonto por algunos dias; pero despues vendió sus ovejas, compró una carabina de dos cañones y una cantidad considerable de municiones, y desapareció de Malagon y sus contornos. No habia pasado una semana y ya faltaban dos de los seis facciosos que habian muerto á su padre, al cabo de ocho meses solo quedaba uno que habia logrado reunir gruesa partida y bien armada. Cumplido el año, las tropas habian convertido en apostadero esta venta y habian aspillerado los muros para defenderse de los contínuos ataques de los mal llamados carlistas. Un dia, habia solo cinco valientes cazadores de Africa, vino sobre ellos una partida numerosa, y sin saber como se apareció entre ellos y les avisó de la proximidad del enemigo un muchacho tostado por el sol, armado con una carabina de dos cañones. Cruzáronse los primeros tiros y el cabo viendo que era desesperada la resistencia asomó por la ventana del pajar un lienzo blanco en la punta de su bayoneta, los ojos del chico se inyectaron de sangre al ver esta accion y sus dientes rechinaron, mas acercándose al que mandaba la tropa le dijo poco menos que por señas, que él mismo saldria á capitular. Todos admitieron y el mancebo bajó á la cocina, sacó unas pistolas que tenia ocultas, las cargó bien, se las pusó montadas en el cinto, abrió la puerta, arrojó su caravina al suelo y con un pañuelo blanco en la mano se adelantó hácia los enemigos. El capitan de ellos, vino hácia el chico, montado en un magnífico caballo; mas al emparejar con el muchacho este con la presteza de un rayo sacó sus pistolas y le disparó á boca de jarro; era este capitan el único que de los seis asesinos quedaba y el mancebo viéndole caer se sonrió ferozmente y se dejó matar por los facciosos que le rodea-

(1) La cancion á la esperanza.

ban. De seguido incendiaron la venta y en ella perecieron los soldados.—Despues yo, me decia el anciano, he arreglado algun tanto la vivienda cubriendo el techado y cerrando los mas anchos boquetes de los tapiales...

Siento acabar con tan melodramática historia este artículo; pero en el próximo será mas alegre el relato, pues hemos de visitar el sitio donde acaeció la aventura de los Yangueses, el bosque donde habitaban los cabreros que oyeron la improvisacion sobre el siglo de oro, el monte al pie del cual enterraron al pastor Crisóstomo, el Puerto Lápice, los molinos de viento del Campo de Montiel y por último la célebre Argamasilla de Alba lugar de cuyo nombre no queria acordarse el autor del *Viaje al Parnaso* y de *la Galatea*.

J. Gimenez-Serrano.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV. (1)

I.

MAESE BLAS.

1481.

Si deus pro nobis, quis contra nos?
Divisa de D. Juan II de Portugal.

—No! que el Rey sabrá cortarles los vuelos. Don Juan II no es D. Alfonso V.

—En buenas nos metió el hijo de D. Duarte, que santa gloria haya; mas habia nacido él para caballero andante que para rey. Allá le teneis descansando de sus lides en el monasterio de Batalla, y aguardando inmóvil el dia de la resurreccion general.

Asi decian dos procuradores á Cortes, uno por cierta ciudad, y otro por cierta villa de Portugal, en una sala baja de Evora, morada de maese Blas, barbero de la corte, donde le aguardaban para que los rapara y afeitase. Estaba fuera el maese; y tanto era la prisa, que asi el barbero como sus dos mancebos habian desamparado la tienda, dejando á cargo de una vieja esclava mora el cuidado de guardarla, y entretener á los parroquianos que fuesen llegando.

La buena de la vieja al paso que hilaba la porcion de lana que su ama, la dignísima consorte de maese Blas, le habia destinado, procuraba por todos los medios imaginables que los parroquianos no la abandonasen. Este celo nacia de muy poderosos motivos: hacia ya mucho tiempo que ni un tasajo de cabrito, comida vulgar de aquel tiempo, habia atravesado por entre sus desguarnecidas mandíbulas. La prohibicion del rey meses atrás, para que ninguno se rapase el pelo ni afeitase las barbas, habia puesto en estremo la noble profesion de maese Blas; y este fatal suceso iba transformando á la pobre vieja en esqueleto.

—Maese Blas no puede tardar; y dado caso que él no viniese, vendrán sin falta Vicente ó Antonio; y no sé si os diga que cualquiera de ellos es mas consumado barbero que mi propio señor.»—Hablando de esta suerte la mora, miraba, no sin inquietud, hácia adentro, y tiraba con ahinco de las barbas de la rueca.

Los dos procuradores, forasteros en Evora, que ya habian entrado en otra tienda de barbero, de la cual salieron hartos de esperar, determinaron permanecer en aquella, hasta que maese Blas ó alguno de sus mancebos llegasen; y para matar el tiempo, habian trabado la conversacion que al principio empezáramos á transcribir.

—Aguardemos pues: prosiguió uno de los procuradores, ya que es fuerza esperar.

—Sí, replicó el otro: moro que no pudieres haber, dálo por amor de Dios.

—Asi es el mundo, añadia el primero: aun no há mucho que todos nosotros hemos visto al actual rey bajar del trono, y pasar de rey á príncipe, cuando su padre D. Alfonso V viniendo de Francia desembarcó en Cascaes.

—Por señas que en el mismo dia salió para Roma el cardenal D. Jorge de la Costa.

—Tal he oido decir; y por cierto que no atino con la causa de tan repentina marcha; salvo que el cardenal hubiese ido á impetrar del Santo Padre alguna bula.

—¡Qué bula! nada de eso. D. Jorge de la Costa es muy solapado y astuto; y como dice el adagio, no quiso habérselas con justicia nueva. El caso fué otro. Hallábase paseando por la ribera del Tajo con el príncipe D. Juan, rey entonces en el nombre y ahora de hecho, y con el duque de Braganza. Vino á ellos corriendo un mensajero y les anunció la llegada del rey D. Alfonso V.—¿Qué haremos ahora? preguntó Don Juan.—Salir al encuentro de vuestro señor y padre repuso el duque, y entregarle el gobierno de sus reinos.—D. Juan no replicó palabra; pero bajóse á cojer un guijaro de la playa, y le arrojó con fuerza al mar; el guijarro fué dando saltos por cima del agua hasta que se sumergió.

—Pero que tiene que ver esa historia con el cardenal? interrumpió impaciente el otro interlocutor.

—Voy á decíroslo. Apenas vió el cardenal lo que el rey acababa de hacer, se volvió hácia el duque y demas señores que cerca de él estaban, diciéndoles:—A fé que el tal guijarro no me dará á mí en la cabeza— y sin esperar—mas, se puso seguidamente en camino para Roma.

Aqui llegaban, cuando vieron entrar por la puerta al propio maese Blas en persona. Era este, un hombre bajo y regordete, de nariz pequeña, ojos vivos y penetrantes, piernas arqueadas y pies de una longitud prodigiosa. Traia una ropilla de color incierto; no porque no le hubiese tenido fijo y permanente, sino porque el transcurso del tiempo la habia hecho de cambiantes; de tal suerte, que en conciencia no se podia decir que color tenia. El birrete era de terciopelo, y asi este como los borceguíes, negros: las calzas de paño amarillo con golpes y forro de tela encarnada.

—Buenas tardes nos dé Dios, señores; dijo maese Blas echando mano al birrete. Perdónenme si les hice esperar algunos credos. Vengo de palacio, donde acabo de rasurar y cortar el cabello á Anton de Faria y....

—El Camarero del rey?—Esclamó uno de los procuradores.

—Y su privado;—repuso el barbero, en tono de confianza; pero con tal voz que bien pudiera ser oida á cincuenta pasos. Si señores: privado del rey. Ese es hombre del pueblo, es acá, de los nuestros. Con Don Juan irán las cosas mejor que con Don Alfonso; los validos de este eran grandes; el pueblo, segun él, solo habia nacido para ser despreciado, y sufrir sin que le fuera permitido quejarse. Hasta despues de muerto nos humilló S. A., que Dios haya; seis meses se han llevado enmoheciéndose mis navajas y tijeras. No ha sido poca fortuna que por fin el rey haya mandado

(1) Vamos á narrar de la mejor manera que Dios nos dé á entender los principales hechos de la vida de un rey que ha sido sin disputa uno de los hombres mas notables que Portugal ha visto nacer.

Don Juan II de Portugal, á quien la historia ha consagrado el título de perfecto que le fué dispensado por el pueblo, siguió las huellas de su contemporáneo Luis XI de Francia, como fácilmente puede verse comparando muchos sucesos de la historia del reinado de estos dos príncipes. Ambos humillaron el poder de los grandes, ambos se mostraron afables y se familiarizaron con el pueblo, ambos hicieron inmensos beneficios á su patria; pero el rey de Francia tuvo todos los vicios de un malvado, mientras que Don Juan II no tuvo sino los vicios desu época.

que se puedan las gentes rasurar y cortar los cabellos para la convocacion de las cortes. Diciendo esto preparaba las navajas y se disponia á dar pruebas de su pasmosa habilidad en el oficio.

Pero atajóle el discurso, que llevaba trazas de no acabar tan pronto, el vulto de un hombre embozado, que metiéndose puertas adentro, vino á rellenarse en la silla destinada á los pacientes que llegaban á caer en las garras de maese Blas.—Luego que se hubo desembozado el recien venido, dijo al barbero con voz de autoridad.

—Maese Blas, rasuradme cuanto antes la barba, y rapadme el pelo, que tengo negocios que ventilar y pocos deseos y menos costumbre de esperar por las cosas.

El maese se volvió á mirarle y vió en su aspecto y ademanes que era hombre de aquellos que estaban habituados á no escuchar réplicas de pecheros, era un noble. Encogióse de hombros haciendo un visage á los dos procuradores; y en aquel encogimiento de hombros y en aquel visage, hizo un discurso que los otros entendieron perfectamente, y al cual contestaron en la misma forma.

Era el intruso parroquiano, un hombre de treinta y dos á treinta y tres años, de alta estatura, fornido; y sus musculosos miembros denotaban una fuerza descomunal. Por debajo de la abertura de la ropilla veíase brillar el templado acero de su arnés, como de quien andaba prevenida contra cualquier súbito ácometimiento. Pendíale del lado una larga espada, y del cinto un puñal.

Maese Blas, ansioso de verse libre de tan inesperado y testarudo huesped, hacia cuanto podia por despacharlo; pero un esguince de la navaja, ó mejor diremos, de la mano que la movia, arrancó de repente un grito al caballero.

—«Por mi espada!—Si otro chirlo me dais, juro que tal he de haceros yo que os enseñe á tener menos pesada la mano.»—El barbero quiso contestar disculpándose con el tamaño de las barbas; pero el caballero sin dar tiempo á la respuesta, le hizo seña con la mano que tratase de acabar la obra, y esto bastó para que el maestro continuase su faena sin volver á despegar los labios.

Miráronse uno á otro los dos procuradores, y en aquella mirada se hicieron un discurso mucho mas largo y elocuente, que el primero que el barbero les hiciera encogiéndose de hombros y arrugando el entrecejo.

Maese Blas acabó por fin su tarea. No fué sin trabajo; la amenaza del caballero habia tenido el poder maravilloso de librar su cara de un segundo chirlo, que el maestro tenia tal vez intencion de pegarle, para desquitarse de la osadia con que habia entrado en su tienda. El miedo guarda la viña; y el tal guardador salvó la cara del caballero, mejor quizá que se la hubiera preservado una bien templada visera de Milan en encuentro de moros.

—Gracias á Dios que se fué—esclamó el barbero apenas le vió volver las espaldas y fuera del umbral de la puerta. Sin haberse recobrado del susto; y sin reparar en que clase de moneda le habia pagado el caballero, metiósela en el bolsillo, y añadió:

—Ahora, vuesas mercedes, señores.

Y empezó á afeitar á uno de los dos que esperaban su turno de rasura.

—¿Quién es este Cid Campeador que de tan descortés modo entró y salió? preguntó uno de los procuradores.

—¿Quién? replicó el maestro.—Es un caballero de la casa del Conde de Taran, hermano dal duque de Braganza. Como este son todos los de su servicio y casa. Ensoberbecidos con la privanza que el Señor y sus hermanos tenian con el rey difunto, nos tratan siempre por el estilo—á nosotros los pecheros—como si fuéramos moros ó judios.

—Atras viene quien les ha de bajar la soberbia (dijo el que dirigió la pregunta) con la fórmula del juramento de pleitesia y homenaje. Ya verán esos señores que D. Juan II no es D. Alfonso V.

—Si por cierto: replicó maese Blas; pero segun he oido decir los grandes prelados y señores, no están de ánimo de saberlo.

—¿Y qué remedio tienen? añadió el que estaba entre las manos del maestro, y que ya empezaba á revelarse contra las desolladuras que le hacia la navaja, transformada en sierra, merced á las infinitas mellas que sacó de la áspera barba del caballero.

—Que no sea yo por mas tiempo el barbero de la corte—interrumpió maese Blas—si no hemos de ver en ella dentro de poco grandes novedades. Dícese por ahí, y en palacio lo oí no ha mucho—prosiguó bajando la voz contra su costumbre que era hablar en secreto de modo que todos lo oyeran—dícese que uno de los capítulos de las villas y ciudades del reino, consiste en pedir al rey corregidores que vayan á las tierras de los donatarios de la corona á inquirir sobre las violencias que los señores cometen contra los vasallos, y corregirlas.

—¿Y qué mas oistes?—¿Será despachado ese capítulo? preguntó uno de los procuradores.

—¡Vaya si lo será!—respondió el barbero, tomando cierto aire de gravedad, que contrastaba ridículamente con su figura—Anton de Faria lo ha jurado: ha de bajar los humos á los grandes. El valido no es hombre que desista de lo que una vez se ha propuesto: los fieros y desprecios de los hidalgos no han caido en saco roto. Tenemes mucho que ver.

Y maese Blas decia la verdad. Una lucha mortal, tremenda, estaba á punto de estallar entre el rey y los nobles; entre el absolutismo y el feudalismo.

D. Juan II de Portugal, intentaba, como su contemporáneo Luis XI de Francia, dar el último golpe al poder carcomido y vacilante de los grandes vasallos de la corona. El pueblo, cansado de sufrir la opresion de una caterva de tiranuelos, apiñábase en torno del trono real, y le ofrecia su fuerza, que empezaba ya á conocer.

El resultado no podia ser dudoso.

Este resultado es el que habia previsto el Cardenal D. Jorge de la Costa cuanto decidió retirarse á Roma.

Restábales á los nobles la mas bella porcion de la herencia que recibieron de sus antepasados, las ideas generosas de la caballeria.

Esta herencia era la que debia perderles.

Peleábase en el campo de la política, no en la estacada de los duelos; y las armas de esta liza consistian, no en el escudo y la lanza, sino en la astucia y el disimulo.

D. Juan II y sus consejeros debian, en tal estado de cosas, contar con la mejor parte, y con recoger el premio ensangrentado del combate.

II.

EL HOSPEDAJE.

Comenzaba el dia 20 de junio del año del Señor de 1483—y ya antes de amanecer veíanse discurrir por las calles de la ciudad de Evora muchas personas que se encaminaban hácia el palacio del conde de Olivenza, donde entonces moraba el rey D. Juan II, tomando en seguida el camino de la plaza mayor. Los que asi madrugaban eran de todas las clases y gerarquías; gentes del pueblo y caballeros. Oíase un sordo rumor de voces confusas, semejante al ruido que se distingue á veces en medio de la calma del Occeano, y que presagia el estallido de espantosa borrasca. El aire era húmedo y denso, y la sonrosada luz de la aurora penetraba con dificultad al través de la espesa niebla que entoldaba la atmósfera:

—¡Abrid maese Blas, abrid!—decia en altas voces un hombre que con el mango de una hacha golpeaba de recio á la puerta del barbero de la corte.

Maese Blas dormia descansado el tan apacible sueño matutino al lado de su respetable consorte, Inés Perez, roncando y silvando *á duo*,—ciertas armonías, dignas de ser acomodadas en algun moderno *spartito*: Inés ué la primera que se despertó con el ruido que hacian en la puerta, y moviendo el esférico cuerpo de su marido, le gritó junto al oido.

—Blas, despierta, que raya el dia, y estan llaman-

do. ¿Será algun paje que vendrá á que le rapes para....

—¡Mal rayo te parta! Vaya al diablo que le rape.—Dijo maese Blas volviéndose para el otro lado.

Pero no habia acabado aun de pronunciar estas palabras cuando nuevos porrazos y voces repetidas llamaron á maese Blas. Aumentaban aquel infernal ruido los gritos de Inés Perez para despertar á su marido, y los cuales hubieran bastado por sí solos para volver en su acuerdo á los siete durmientes. Maese Blas acostumbrado á ellos hacia oidos de mercader; mas por fin temiendo las vias de hecho, no tuvo otro remedio mas que saltar del lecho en que yacia.—A tientas y medio dormido se acomodó las calzas y la ropilla, y no hallando los borceguíes, corrió descalzo, á la puerta, que se venia abajo con las sacudidas y porrazos que sobre ella llovian desde afuera.

—¿Son estos modos de despertar á un cristiano?—gritó Blas desde dentro—¿A estas horas en que apenas empieza á divisarse el arrebol de la mañana? ¿Qué quereis tan de mañana por mi casa? ¡Aguardad á que salga el sol, y entonces os trasquilaré!

—No es eso. Abrid vuestra puerta que venimos con prisa.

—Mañana, caballeros, mañana. Si, como fuese para sangrar á alguno, vaya con Dios; pero maese Blas no acostumbra á hacer la barba tan de madrugada. Id á Pero Antunez que ahí abajo mora, y ese, de fijo, no os dejará sin rapar.

Diciendo esto examinó si la puerta estaba bien cerrada: corrió del todo el cerrojo, y tornóse á la alcoba. Infelizmente la señora Inés acababa de levantarse en enaguas para venir á terciar en la disputa con su voz de arriero; encontráronse á mitad del camino los dos consortes, diéronse de lleno uno con otro, como dos caballeros en liza, y maese Blas vino á dar con su cuerpo en el suelo.

Por fortuna la caida no fué de peligro: habia recibido el encontron junto á la cama de la esclava mora que dormia en el suelo, y que aprovechaba, sin cuidarse del ruido, las pocas horas de descanso y libertad que sus señores la dejaban. Al caer maese Blas sobre el jergon de la esclava acabó de despertarse; levantándose no sin trabajo, hizo la señal de la cruz, y despues de encomendarse al ángel de la Guarda, esclamó:

—Buena pro me traiga el dia; mas los principios son de fatal aguero.

Pasaron algunos instantes en que todo estuvo en silencio. Inés Perez comenzaba á hacer cálculos sobre la pérdida que les ocasionaran los malos modos de su soñoliento marido, cuando otra voz muy diversa de la que en un principio se dejó oir, gritó de la parte de afuera.

—De parte del rey abrid esta puerta, que sino lo hiciéredes presto, la derribáremos á hachazos, y vos, en la cárcel aprendereis á obedecer los mandatos de la justicia.

Principiábase á calzar maese Blas los borceguíes cuando tales palabras sonaron, é Inés que le habia ganado la delantera en el vestir, oyendo la fórmula y voz del alguacil de Corte, que tantas veces fuera á rasurarse á casa de nuestro barbero, abrió al punto la puerta, y haciendo mil cortesías procuró disculpar á su marido, á quien el sueño y el no saber lo que querian les habia hecho caer en tal descortesía.

—Compadre, si yo hubiere sabido que érais vos, ciertamente que no os hubiera hecho esperar, interrumpió maese Blas, que llegaba á este tiempo; pero tanto sueño tenia que no os conocí la voz.

En pos del alguacil entró de rondon un tropel de hombres que por las herramientas que en las manos traian parecian carpinteros: este era el séquito del alguacil.

El barbero dióse prisa á buscar los instrumentos de que se servia para remozar las caras que en sus manos iban á buscar limpieza y auxilio; pero el alguacil le dijo riéndose:

—Compadre no os andeis de navajas ni tijeras, menester hemos de vos para otra cosa.

—¿Para qué?—preguntó asustado el buen maestro.

—Para que nos deis hoy posada en esta casa á nosotros y á un huésped que de aqui ha de pasar á mejor vida.

—¿Os chanceais, compadre? Esta casa está á vuestra disposicion; pero no quiera Dios que en ella haga nadie tal viaje.

—En *ella* de cierto que no será; pero *desde ella* á fé que sí.

(Continuará.)

ISIDOR OGIL.



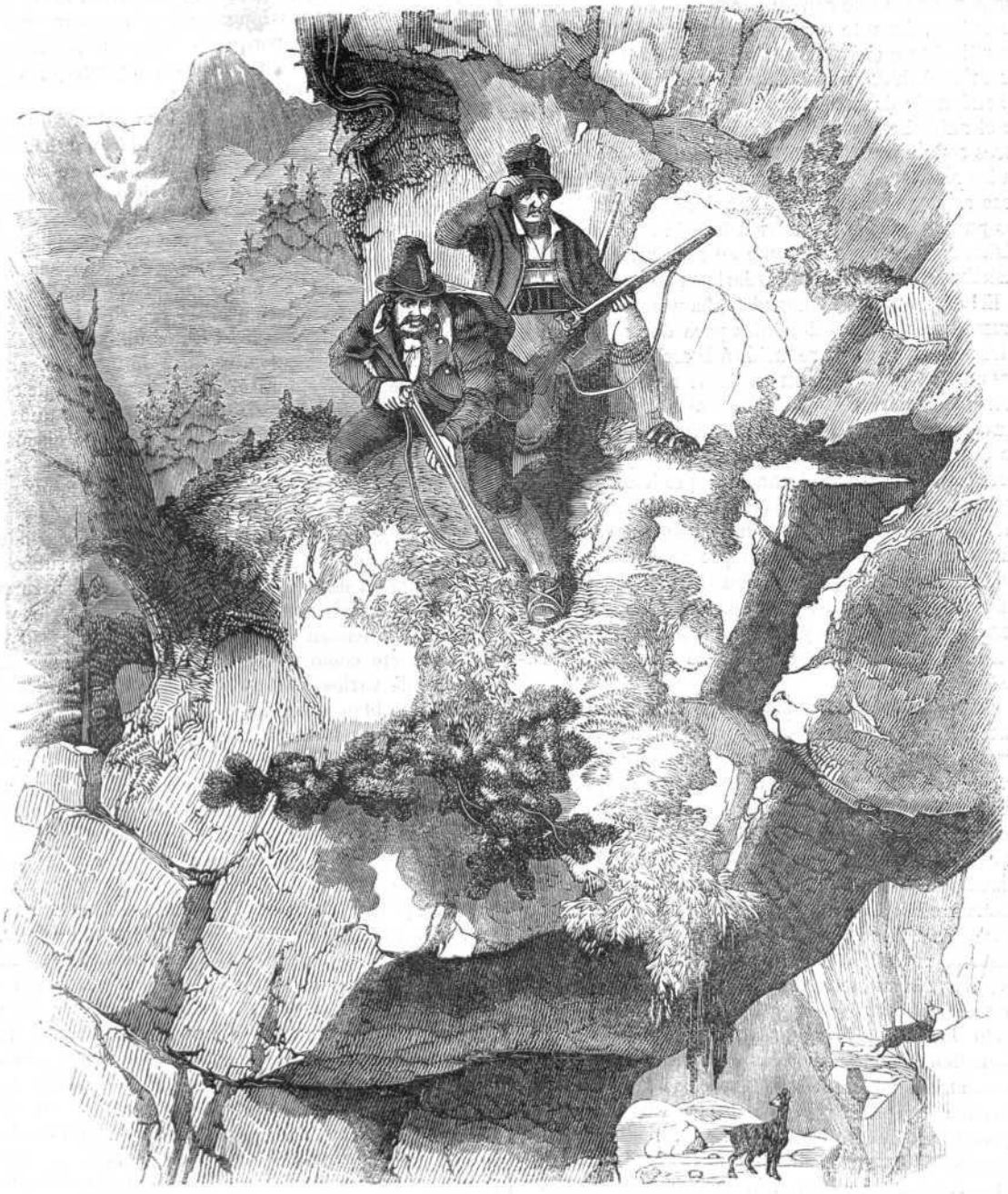
Siendo el presente número el último que recibirán los suscritores á la *España pintoresca y artística* en compensacion de la entrega cuyo importe tenian adelantado, los de provincias que deseen continuar deben renovar inmediatamente su abono; á los de Madrid se les llevarán los recibos por conducto de los repartidores. Los citados suscritores que sigan siéndolo al SEMANARIO por un mes, recibirán el próximo número *gratis*; los que continúen por medio año los que faltan hasta Febrero.

Las complicaciones que naturalmente trae consigo la refundicion de varias empresas periódicas en una sola, y el repentino aumento de suscricion, han sido causa de la irregularidad en los repartos; desde hoy tenemos adoptadas las medidas oportunas para que quede concluido en todas las carreras antes de las dos de la tarde de cada domingo. La empresa agradecerá que se advierta á la administracion cualquiera falta que se note en este punto.

Las oficinas del SEMANARIO están abiertas todos los dias de nueve á una.

Siendo mucho el trastorno que ocasionan las reclamaciones intempestivas de las provincias, advertimos que no será atendida ninguna pasados doce dias de la publicacion del número que se pida. *No se admiten cartas sin franquear.*

MADRID 1848.—IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ



Cazaderes Tiroleses.

LA CAZA DE LAS GAMUZAS.

Las praderas bajas que se hallan situadas en los Alpes, inferiores á la zona de los bosques, son la verdadera patria de estos poéticos animales. Pero los industriosos habitantes de las montañas, pudiendo disponer de poco espacio en los valles, han ido poco á poco apoderándose de los pastos de que antes disfrutaban las gamuzas, para que se aprovechen de ellos los rebaños de ganado durante el verano. A medida que el número de pastores ha ido en aumento, han tenido que ir ascendiendo por la falda de los Alpes, y en la actualidad se encuentran cabañas construidas en el límite mismo de las nieves perpétua. Algunos de aquellos permanecen allí en el rigor del estío durante varias semanas con sus carneros y sus cabras y descienden á las primeras nieves á las cabañas inferiores. Otros no suben tanto, pero tienen que atravesar estensos terrenos helados para conducir su ganado y vallados en que las plantas propias de aquel terreno rociadas por nieves fecundas vejetan vigorosamente. Al aspecto de la primera grieta ó hen-

didura que corta el suelo, el rebaño se detiene indeciso el pastor le anima, una de las cabezas salva el abismo y tras de él todas las demas. Frecuentemente el pastor permanece solo con su ganado, separado del mundo entero, durante muchos meses, otras veces no vive allí, sino que va de vez en cuando á visitarle y á llevarle sal, de cuya sustancia es estremadamente ávido. Abandonado de este modo á sí propio el carnero, no es el animal estúpido y sin voluntad propia que nosotros conocemos, sino ágil, vigoroso, atrevido, que salta los mas terribles precipicios y se lanza de roca en roca como una cabra; suele suceder que atraviesa solo los puntos helados y vuelve á la vida salvage; sin las visitas del pastor y la sal que en cada una de ellas les distribuye, el rebaño no tardaria en dispersarse.

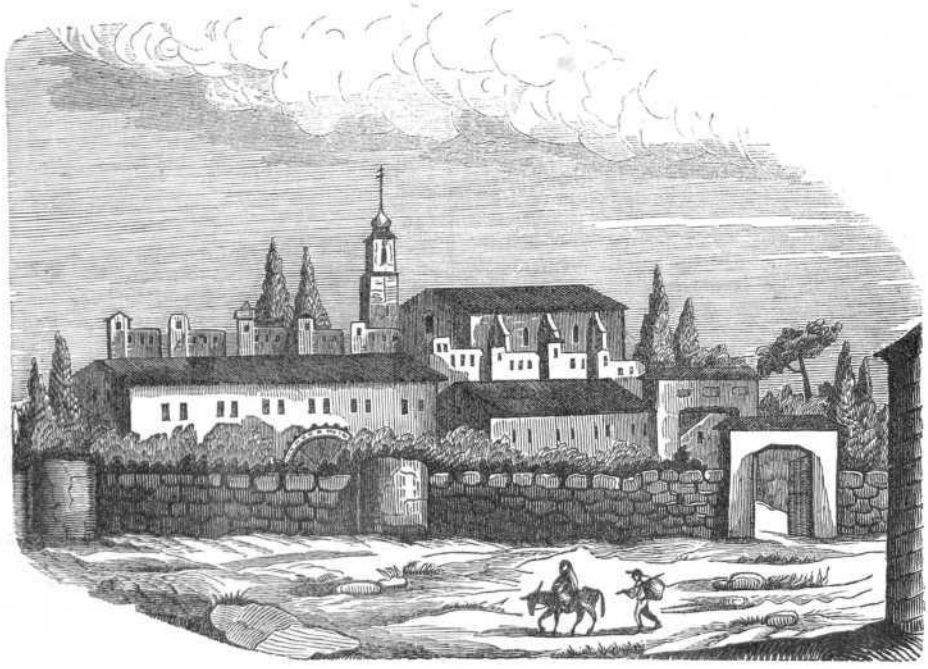
El hombre, como hemos visto, ha usurpado á las gamuzas parte de sus dominios para dar cabida en él á los animales que ha reducido á la esclavitud. Obligadas por lo tanto á vivir en medio de rocas inaccesibles donde apenas crecen algunas plantas alpinas. Las gamuzas viven aisladas ó reunidas en pequeños rebaños de 5 ó 6. Por la noche bajan temerosas para alimentarse con la yerba mas tierna de las praderas y beber en los lagos agua mas templada que la que destila del deshielo: con la vista y el oido en acecho, colocan en los puntos culminantes centinelas que examinan incesantemente el terreno y aspiran ansiosas el aire para percibir el menor olor sospechoso. Al mas ligero rumor lanzan un grito agudo y desaparecen con todo el rebaño salvando á saltos espacios de seis y siete varas.

En los Alpes, en la Suiza, en el Tirol y en los Pirineos, los cazadores despliegan toda su destreza y perseverancia contra las gamuzas. Salen de su cabaña con una carabina, un anteojo y algunas provisiones de boca y van á pasar la noche en una caverna ó entre algunas peñas; antes de amanecer se colocan en espera en un punto que domina al sitio donde las gamuzas descienden durante la noche, estudian ante todo con cuidado la direccion de la brisa de la mañana para colocarse de modo que no puedan ser descubiertos por ella al olfato esquisito de las gamuzas: se sitúan en una quebradura desde donde vean sin ser vistos y cuando el alba va aclarando los objetos, aguardan su presa hasta que distinguen dos astas hácia las cuales dirigen sus disparos. El rebaño asustado al sentirlos da saltos sin direccion fija y pasea por todas partes una mirada de espanto, pero generalmente no huye. Acostumbrado al estrépito de los hielos, al ruido de las abalanchas que se desprenden, la esplosion de una arma de fuego les causa mucho menos espanto que la vista del cazador y tranquilizado de su sobresalto vuelve á pacer, pero si alguna de las gamuzas ha caido, el rebaño escapa y desaparece al instante con una velocidad verdaderamente prodigiosa. El cazador triunfante, desciende para buscar su presa; la acaba, la abre el vientre, la quita las entrañas y lleva el animal á su domicilio. Si la res muerta es una madre, los hijos permanecen al lado de ella y se dejan cojer antes que separarse del cadáver. Alguna vez se ha visto á estos pequeños huérfanos seguir un rebaño de cabras creyendo ser en el que iba su madre y entrar con él en el establo. El pastor admirado adopta este nuevo huesped que no tarda en condenar á la cautividad ó á la muerte, porque sabe bien que el instinto de la libertad dominará en el animal sobre el instinto social y que tan pronto como sea adulto huirá hácia las montañas. Si el cazador no consigue mas que herir á la gamuza puede considerarla perdida, porque es imposible seguirla en su fuga, y va á morir en el fondo de un precipicio ó en la cresta de una montaña de hielo.

La caza de las gamuzas aficiona estraordinariamente á los que se entregan á ella; el frio, el hambre, la privacion de sueño, las continuas horas de acecho, las rocas mas escarpadas, los precipicios mas profundos nada basta á quitarles la aficion. Muchos de los cazadores despues de haberse roto una pierna en sus espediciones aventuradas, vuelven cojeando á la caza de la gamuza profetizándose asimismo que les costará la vida como á sus padres y á sus abuelos. Así sucede en efecto. Figúrese el lector uno de estos infelices herido de una caida, incapaz de moverse, acostado sobre la nieve ó en el fondo de un precipicio, en estas soledades completamente aisladas en que sus amigos no acertarán á encontrarle aunque hagan los mas activos registros. Durante el dia conserva algun rayo de esperanza, luce el sol y le calienta un poco con sus rayos, pero llega luego la noche helada y húmeda, sopla el viento, cae la nieve, el frio se apodera de él y le acomete el sueño; felíz si este sueño es la vanguardia de la muerte. Si sobrevive es para padecer, sus provisiones se han agotado, el frio y el hambre comienzan á atormentarle, entonces invoca á la muerte como un bien, pero esta no llega sino despues de varios dias de sufrimientos. Las primeras nieves que blanquean las montañas cubren su cadáver con blanca mortaja, bajo la cual se conserva sin alteracion, todas las primaveras cuando desaparecen las nieves el cuerpo queda descubierto durante algunos meses y largo tiempo despues algun cazador estraviado le descubre y sabe en fin como ha perecido el compañero que años atrás dejó su cabaña para no volver mas á ella.

Otro peligro amenaza á la vida del cazador de gamuzas, tal es la tempestad en las alturas de los Alpes. A veces parte con todas las apariencias de buen tiempo, llevado de su ardor en la persecucion de una gamuza, la sigue de roca en roca y de cima en cima; el cielo se oscurece poco á poco, el viento refresca y sopla á intérvalos, algunos copos menudos de nieve pasan delante de él, las nubes bajan rápidamente y no tardan en envolverle en una noche profunda, el terreno, el cielo y los puntos que le servian de brújula desaparecen, apenas reconoce las rocas mas cercanas que la oscuridad desfigura y engrandece. La violencia del viento aumenta á cada instante, el infeliz se agarra á una peña de miedo de ser barrido como una hoja ligera, pero el ruido de la tempestad, los torbellinos de nieve que le envuelven y le calan de agua helada, los truenos, los relámpagos y el frio, la idea de su aislamiento y de su debilidad, turban sus sentidos, ofuscan su razon, y embargan sus facultades morales. Poco á poco se debilita en esta lucha contra los elementos conjurados, renuncia á un combate inútil, desprecia su vida y se acuesta sin movimiento al pié de una roca; no tarda en apoderarse de él un sueño invencible que llega á ser el sueño de la muerte. Pero si tiene fé en su salvacion, si su energía moral aumenta con

los peligros, si se sostiene de pié y trata de encontrar el camino en medio de la cellisca y de la nieve ó si se mueve para no ceder al sueño, puede todavia tener esperanza de volver á ver á los que le esperan, porque rara vez los peligros son mas fuertes que el hombre sereno y resuelto, que les opone todos los recursos de una inteligencia que no está ofuscada con la imágen de la muerte.



LA CARTUJA DE AULA DEI.

No muy lejos de la ciudad de Zaragoza, por la parte del E., encuéntrase la cartuja de Aula Dei, situada en el centro de una fértil y dilatada campiña, regada por las cristalinas aguas del Gállego que pasa á su derecha y cercada de pobladas arboledas llenas del mayor vigor y lozanía.

Fué fundado dicho monasterio por el magnánimo arzobispo y Rey de Aragon D. Fernando II, nieto de D. Fernando el Católico, segun consta en una inscripcion de piedra colocada sobre la puerta que sirve de entrada. Los cimientos de la cartuja parece que empezaron á abrirse en 28 de Febrero de 1564. En el año 1800 fué restaurada por los monjes una parte del edificio, pero en el dia se halla este tan sumamente deteriorado, que causa sentimiento á todos los amantes de las glorias artísticas de su pais, el ver irse destruyendo obras tan grandiosas comenzadas en tiempos mas felices, por el celo de nuestros antepasados (1), y dignas á la verdad de mejor suerte.

En el claustro interior se ven varios cuadros de la vida de San Bruno, pintados por D. Antonio Martinez, que mejor avenido sin duda con el recogimiento del claustro, trocó los pinceles por el hábito quedando despues monje del susodicho monasterio; en la iglesia se hallan algunos frescos que representan otros tantos asuntos sacados de la vida de la Vírgen y pintados por el célebre artista aragonés D. Francisco Goya.

En el dia se encuentra en ella una hermosa fábrica de pañuelos de seda, de cuyos trabajos, tanto en la parte de tejido como en la de estampado, se presentaron muy buenas muestras en la esposicion pública de industria española celebrada en esta corte el 19 de Noviembre de 1841.

El orígen del nombre de Aula Dei, que la cartuja conserva, parece ser, segun tradicion, que habiéndose terminado la obra de dicho monasterio, hallábanse indecisos acerca del nombre que se le habia de poner, ó en loor de quien se habia de dedicar, cuando sintieron las palabras *Aula Dei* pronunciadas por una voz particular, para todos desconocida, pero que percibieron bien claramente, y que nadie supo por dónde ni cómo pudo haber venido.

Esto á primera vista se conoce que es un cuento forjado por la supersticion y buena creencia de los habitantes de su contorno, pero lo cierto es, que el monasterio citado así se llama y se llamará hasta que la inexorable mano del tiempo lo destruya completamente, que al fin todo es perecedero en este mundo.

JULIO ALVAREZ Y ADE.

(1) No es únicamente este edificio el que se debe á la piedad y celo de D. Fernando II: otros muchos monumentos históricos se encuentran en Aragon, y entre ellos la torre nueva de Zaragoza, que escitan en nosotros gratos recuerdos, debiéndose aquellos á la magnanimidad de tan escelso monarca.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV.

II.

EL HOSPEDAJE.

(Continuacion.)

Iba en esto apareciendo el sol, y oyóse parar una cabalgadura á la puerta de la casa en que esta escena pasaba (que era en la plaza de Evora), y perteneccia á Gonzalo Vaz, al cordelero, digno casero de Maese Blas.

—Son nuevos huéspedes—dijo el alguacil al barbero abriendo la boca con una risa hedionda—y tales como vos nunca los tuvisteis. Buen dia amaneció para vos.

—No decia él eso hace poco— interrumpió la parladora tia Inés que habia oido tan solo la última parte del diálogo, y que viendo llenarse la tienda de gente, andaba poniendo á buen recaudo todas aquellas cosas que por estar mas á mano podian llevar mal camino.

Apostáronse á la puerta varias alas de ballesteros, y por entre ellas se vió llegar una corpulenta mula, toda cubierta de negro, de tal suerte que las gualdrapas le arrastraban por el suelo: descabalgó de ella un caballero, que por su porte y ademanes parecia persona noble, pero que venia rebozado en un largo ferreruelo: detrás de él se apeó otro que venia á las ancas, y ambos entraron en la tienda del barbero.

Siguióse entre los circunstantes un sepulcral silencio.

—Dadnos maese, la llave del desvan qne hay por cima de vuestra tienda, ó mejor hareis en abrirnos vos mismo su puerta.

—Señor Rui Tellez (que así se llamaba el que en las ancas de la mula cabalgaba) en ese desvan están los trastos y almacen de Gonzalo Vaz el cordelero; bien sabeis que él es el único que en Evora tiene de esa mercadería, y como ahora no está en la ciudad....

—¿Qué me importa?—contestó Rui Tellez.—Abrid de parte de S. A.: os lo mando, y no querais que usemos de la fuerza.

Calló el maese; dirigióse á la escalerilla del desvan; abrió el desvan, y el caballero desconocido subió acompañado de otros varios, y de fray Pablo el confesor del Rey.

El barbero volvió á bajar acto continuo á la tienda, y tendió la vista hácia la plaza, donde ya estaba mucho pueblo apiñado. En la plaza habian colocado tablados y carros atravesados: varios hombres estaban abriendo hoyos delante de la puerta del maestro, en los cuales colocaban unos pies derechos formando dos hileras; sobre estos pies derechos clavaron unos barrotes atravesados, y por cima acomodaron unas tablas; formando asi una especie de pasadizo, que del balcon de la casa de Gonzalo Vaz iba á dar á un tablado que de antemano habian levantado en el centro de la plaza.—Toda esta máquina, que parecia obra de muchos dias, se habia ejecutado en el espacio de pocas horas.

Maese Blas estaba con la boca abierta, y no podia acaba de creer lo que veia, ni lo que es mas, aun enterderlo.—El pueblo agitábase ondulante en medio de la plaza: balcones, tejados, chimeneas, todo negreaba con a gente; empero toda aquella muchedumbre parecia un concurso de sombras, porque no se oia en toda ella un grito, una risa, un lamento.

Los arcabuceros y ballesteros, cuyo número era muy reducido en aquella época, estaban colocados en ála y cubiertos de armas oscuras á los lados de la plaza: y por en medio de ella pasaban de vez en cuando algunos caballeros con sus cotas de colores, debajo de as cuales se veia relucir la coraza por las aberturas de los pulidos arneses: el paso de los caballos era pausado: habia en todo aquello un aspecto terrible y misteisoso.

El barbero estaba muerto de curiosidad por saber lo que aquellos aprestos significaban: hacia tre dias que no habia estado en palacio.—Pasóle por las mientes una idea repentina..... mas la repelio como abominable é imposible; y sin embargo, si la hubiese acogido, hubiera acertado con la verdad!

Harto de hacer congeturas, salió de la tienda; llegóse á dos ó tres personas y les preguntó para que eran aquellos preparativos: ninguno se lo supo decir. Viendo de este modo defraudadas sus esperanzas, maese Blas se volvió á su casa entre mohino y apesarado, gritando desde la puerta á su muger.

—Inés—¿está pronto el almuerzo?...

III

CASO INCREIBLE.

—«Bien aseguraba yo que el dia habia de ser aciago:—«decia maese Blas con la boca llena de sopas dajo las cuales le ayudaban á despachar de una escudilla su dignísima consorte, la señora Inés. «No puedo atinar la razon por qué han levantado esa máquina delante de nuestra puerta con un pasadizo que conduce á casa de Gonzalo Vaz.... ¿Será por ventura?.... diciendo esto miraba á su muger á ver si ella acababa la frase; pero la tia Ines estaba con el alma entregada al miedo, y nada le repuso: entonces maese Blas prosiguió «¡No, no puede ser!... A tanto no se atreveria el rey; preso en un castillo tal vez, y eso es lo que se decia estos dias en palacio..... ¿pero ajusticiado?.... ¡eso es materia imposible!....

—¿Y qué te importa á tí todo ello?—contestóle por fin la tia Inés acabado que hubo de rebañar la escudilla... ¿Qué te importa el fin que se llevan en poner ahi ese tinglado? Que sea para ver jugar cañas y correr toros, ó para dar garrote ó degollar á alguno. ¿Qué tienes tú que ver en eso, come tus sopas, y dá gracias á Dios sin cuidarte de mas.

A este tiempo echó una mirada maese Blas hácia la plaza, y lanzó involuntariamente un grito de horror. Santo Dios.!»

Inés dirigió la vista hácia allí. Varios hombres estaban cubriendo de una tela negra el cadalso, y el corredor que con él comunicaba. Era evidente que iban á ajusticiar á alguno.

Y con efecto ya se veian desembocar por uno de los ángulos de la plaza los alcaldes y corregidores de la corte con sus hopas rozagantes; y en pos de ellos los demas empleados de justicia con los oficiales de la casa real.

Maese Blas estaba inmóvil y aterrado, como si á sus pies hubiese caido un basilisco.

Sacóle de su estupor el ruido de unas espuelas que sobre la escalera sonaban; bajó de ella un caballero y entró en la tienda.

—Maese Blas, ¿podrias buscarme unos higos frescos?

—Si, señor.—Yo mismo iré á cogerlos á la higuera del cercado donde vi ayer algunos maduros.

—Pues cogedlos y llevarlos arriba sino os demorais mucho; subid tambien un pichel con vino.

Dicho esto, salió el caballero; montó en un caballo, y partió á rienda suelta por medio de la plaza.

El barbero obedeció; luchaban en su alma el terror y la curiosidad. Alegróse por tanto que se presentase un tan poderoso motivo de dominar aquel y satisfacer esta, corrió ligero al cercado, cogió los higos y subió con ellos al cuarto de Gonzalo Vaz, no sin haberse procurado antes un pichel de vino.

Miró asi que entró; y un estremecimiento involuntario agitó todos sus miembros: un caballero que no podia ser sino el que entró encubierto, estaba sentado en una silla. Era él—era el mismo que maese Blas sospechara; viéndolo estaba, y no lo queria creer.

—Venid acá maese Blas, y dadme eso que traeis.—

dijo Rui Tellez que estaba en pié al lado del aballero.

El barbero obedeció.

—Quisiera poder pagároslo, dijo el caballero, pero no me es posible. En este instante soy mas pobre que el mas pobre de mis vasallos, mis riquezas consisten apenas en algunos momentos de vida.—Dios os recompensará

Todo esto fué dicho con voz firme y serena. En seguida el caballero escogió de entre los higos aquellos que le parecieron mas frescos y maduros, se los comió, y bebió un sorvo de vino.

Fray Pablo que estaba al otro lado le dijo con voz solemne.

—No os llameis pobre, señor. La bienaventuranza os espera, y la bienaventuranza de un martir no es pobreza. Dejais mujer, hijos, riquezas y vasallos; pero mas que todo eso vale el reino de Dios.

El caballero volvió los ojos hácia la ventana, y los clavó en el cadalso.

—Nuestro primo es aficionado á hacer las cosas á guisa del rey de Francia. ¡No ha mucho tiempo que recostado conmigo en una ventana de palacio, me describió la forma del cadalso en que aquel monarca mandara degollar á uno de sus duques, y no echó en olvido la idea, á lo que parece, para el caso presente!—Rui Tellez, ves que ufano se encamina hácia aqui Francisco de Silveria con las insignias de merino mayor.

Rui Tellez miró y vió entrar en la plaza á Francisco Silveira refrenando su fogoso caballo: la verguenza le hizo asomar los colores al rostro: aquel miserable habia aceptado el cargo de conducir al mísero caballero al lugar del suplicio y el marques de Manalva, se habia negado á desempeñar las funciones del suyo, para no asistir á los últimos instantes de un desventurado amigo: hizo mas; él y otros muchos hidalgos ofrecieron al monarca dar sus fortalezas en rehenes por el sentenciado; mas nada logró ablandar el ánimo del rey, ni de su valido Anton de Faria. Decretada estaba la muerte del caballero; y el juicio y sentencia que le llevaban al patíbulo no eran mas que fórmulas vanas que debian dar apariencias de justicia, á lo que solo era obra de la venganza y tal vez de la política.

El caballero que habló en la tienda con maese Blas, volvió á presentarse en el umbral de la puerta: traia el rostro pálido y desencajado. Dió algunos pasos y vino á colocarse frente por frente del sentenciado.

—¿Qué nuevas traeis, señor? Preguntó fray Pablo.

—No queda ninguna esperanza. Nada es capaz del ablandar la férrea voluntad del rey.

—Dios le perdone—dijo el reo en voz baja. ¿Y mis hijos?

—Estan seguros. Fernan Rodriguez Pereira se fugó con ellos á Castilla. La reina Doña Isabel les servirá de amparo.

—Loado sea Dios! Moriré tranquilo.

Estas fueron las últimas palabras del infortunado caballero. Fray Pablo le habló al oido; púsose en pie, y el monje ocupó el asiento que aquel dejó, era la confesion postrera.

Maese Blas estaba inmóvil en un rincon de la estancia junto á la puerta, con los ojos espantados y la boca entreabierta. Rui Tellez le hizo seña de que fuese bajando.

Y el barbero bajó.

IV.

. . . . . .

Caminaba el caballero sentenciado al suplicio, y á su lado el venerable fray Pablo y otros dos sacerdotes que con fúnebre melodia entonaban algunos pasajes estraidos del libro de Job, y de ese tesoro inagotable de consuelos llamado Biblia. En pos del reo caminaba un bulto de hombre, todo cubierto de luto: un ancho capuz le ocultaba el rostro, y una soga de esparto, ajustaba á su talle un largo sayal que le caia hasta los pies: era el verdugo.

Llegaron por fin al teatro donde debia representarse aquel drama terrible, y oyóse entonces la voz del pregonero que decia:

«Justicia que manda hacer el rey D. Juan en la persona de D. Fernando, Duque de Braganza, por crimen de alta traicion.»

Tres veces sonaron estas palabras á las cuales el Duque respondió en voz baja. «Digan lo que quieran.»

Detúvose el reo en medio del cadalso, donde habia una especie de tabladillo: el ejecutor le dijo que se echase allí; él obedeció despues de quitarse de cuello un relicario que entregó á fray Pablo, diciéndole:

—«Dad esto á la señora Duquesa. No olvideis tampocolo que os tengo recomendado. Que vayaá pedir por la salvacion de mi alma: un rosario á Santa María de Guadalupe, y otro al santo sepulcro de Jerusalen. Dios tenga piedad de mí.»

—«¡Amen!—contestaron los tres sacerdotes.»

—¡Jesus!—fué el grito que se oyó despues de un silencio mortal: este grito partió á un mismo tiempo de todos los ángulos de la plaza. La cabeza del Duque de Braganza D. Fernando II, habia sido separada de su cuerpo. Viérase centellar en el aire la cuchillada del verdugo como el fulgor de un relámpago.

El ejecutor sin descubrirse el rostro, volvióse pausadamente por el pasadizo enlutado á casa de Gonzalo Vaz. Nadie pudo adivinar quien era: hubo personas entre el pueblo que por el aire del cuerpo llegaron á sospechar que fuese el propio D. Juan II en persona; pero nadie las dió crédito: eran de esas imaginaciones que se inclinan siempre á lo maravilloso.

No faltó tampoco quien se atreviera á hacer preguntas acerca de esto á maese Blas, el cual sonriéndose mudaba siempre de conversacion:—probablemente porque le pareceria ridícula y estravagante tan horrorosa idea. Empero de lo que muchas veces se acordó maese Blas, asi como la demas gente, fué de la historia de la pedrada que el rey tiró en la orilla del Tajo, y de la esclamacion del cardenal Cosa, antes de marcharse á Roma.

La primer cabeza en que diera la piedra despedida de la mano del rey, fue en la del Duque de Braganza. Juzgado camarillescamente, por jueces que no eran sus iguales, acusado por testigos viles y por sus enemigos mortales de *tratar traicion* á favor de Castilla y contra su rey, fué condenado sin oirle; y el caballero que habia sido el íntimo amigo de Alonso V, el señor feudal que podia sacar de sus tierras dos mil lanzas, y diez mil peones, armados, no tuvo una lanza que se enristrase por él, ni una ballesta que se encorvase en su defensa.. . . . . .

ISIDORO GIL.

(Continuará.)

EL TEMOR DE LA MUERTE.

Nadie ha definido hasta ahora de un modo satisfactorio la vida ni la muerte. Estos dos grandes misterios del ser órganico permanecen velados por la majestad de Dios para los grandes fines de su sabiduría. La una se concibe por la actividad espontánea, por el pensamiento, por la voluntad, por el ejercicio de las funciones materiales y del organismo: y en vano queremos esplicar la otra diciendo que es un estado contrario á la primera.

Parece indudable que existe en nosotros un principio vital que vela por nuestra conservacion; que acude con todas sus fuerzas al lugar amenazado de muerte á fin de rechazar ó neutralizar el ataque, y que como una segunda Providencia nos proteje sin ser llamada, nos salva sin ser sentida. Pero ¿cuál es la esencia de este principio? ¿qué leyes rigen su benéfica accion? ¿cuáles son, por decirlo así, las reglas de su gobierno en el cuerpo humano? La medicina dejará de ser una ciencia empírica cuando las co-

nozca; y entretanto, la ignorancia en que acerca de ellas está, hace de la vida un misterio, que acaso será eterno.

Se dice que vivimos porque somos; y que morimos porque dejamos de ser. Esplicacion incompleta; porque ¿quién puede asegurar que el anonadamiento del hombre es absoluto en el sepulcro? La muerte es un modo de ser diferente del de la vida; pero acaso no opuesto á él. Mejor seria decir que es el principio de otra vida con una série distinta de fenómenos: solo que entonces se suceden fuera de nuestra vista con un movimiento imperceptible y una vitalidad de que no pueden dar testimonio nuestros sentidos.

Por lo demas, la muerte es un bien tan precioso como la vida: sin ella seria esta una maldicion, la felicidad una quimera y Dios un monstruo.

Y sin embargo, el hombre la teme, y el blanco de todos sus esfuerzos mientras dura su peregrinacion en este valle de lágrimas, es el de evitarla. Un instinto poderoso nos mueve á repelerla con todas las fuerzas del cuerpo y del alma, presentándola á nuestra imaginacion aterrada como el mayor de todos los males. Y no es por cierto el dolor físico lo que la hace temible, pues en circunstancias ordinarias no creo que haya un solo moribundo para quien el bien de la existencia no sea preferible á una serié constante de padecimientos y miseria.

«La idea de nuestra última hora, dice *Bichat*, (1) no es dolorosa sino porque termina nuestra vida animal, y porque hace cesar todas las funciones que nos ponen en relacion con los seres que nos rodean. La privacion de estas funciones es la que cubre de espanto y terror las márgenes de nuestro sepulcro.»

«Considérese, dice, al animal, que tiene poca vida esterior, y que no tiene relaciones mas que para satisfacer su necesidades materiales, y veremos que nada teme viendo próximo el momento en que vá á dejar de existir.»

Ya *Magendie* (2) hizo conocer lo infundado de esta observacion alegando que el animal no teme el momento en que vá á dejar de existir, por la sencilla razon de que, sintiendo solo lo presente, no conoce ó por mejor decir no tiene conciencia de ese instante: que si padece en la proximidad de la muerte, el dolor se manifiesta por las señales acostumbradas; pero que solo esperimenta el dolor del momento sin conocer cosa alguna mas allá de su fin material. Siendo de notar que el niño se halla enteramente, bajo este aspecto, en el mismo caso que los brutos.

Pero esta justa impugnacion al símil propuesto por *Bichat* no falsea enteramente su opinion, por mas que la debilite; á tiempo que yo creo ver muchas y poderosas razones que la destruyen de un modo incontestable.

El hombre que habiendo atravesado ileso y feliz el tempestuoso mar de la vida, llega al fin de una dilatada vejez (3), muere por partes: primero en el esterior, luego en el interior: primero en las funciones, luego en el organismo. Ciérranse en él los sentidos, unos despues de otros, como las puertas y ventanas de una casa mortuoria, y caminando la muerte desde la circunferencia al centro, estingue la existencia en todas partes hasta que llega al corazon, último centinela de la vida. (1) Debilitase la vista; piérdese el oido; el tacto se hace oscuro y poco manifiesto; se embota el sentimiento; la barba y los cabellos encanecen; un gran número de estos caen por falta de jugos nutritivos, y los olores no producen en el olfato sino una débil impresion: si el gusto sobrevive algun tiempo á esta ruina general, decae la percepcion, la imaginacion se embota y á la inaccion del cerebro se sigue inevitablemente la debilidad de la locomocion y de la voz. A este cúmulo de males con que se acerca la muerte paso á paso, se añade para el viejo la destruccion de la memoria de lo presente, cuando por el contrario el recuerdo de lo pasado, vivo aun y permanente, le hace padecer el tormento de comparar con el mal del momento el bien perdido; con el goce que ya pasó para siempre, la privacion que vá en aumento.

Pues sin embargo, este ser caduco que se desmorona bajo la tremenda friccion de los años; esta ruina aislada en medio de la naturaleza como la piedra en el desierto; abandonado de todas las sensaciones agradables y separado por su falta de los objetos que le rodean, ama la vída mas y mas á proporcion que se acerca la muerte; y la ama con mucho mas ardor que el jóven lleno de lozana y pura vida que está unido al mundo por cada poro de su cuerpo y por cada sentimiento de su alma.

¿Cómo esplicar este hecho por medio de la opinion de Bichat? Imposible! El viejo ha perdido ya esas funciones que lo ponian en relacion con sus semejantes, y cuya pérdida es la que segun aquel autor nos llena de espanto y de terror en la hora de la muerte. Y el jóven, por el contrario, lleno de sentimiento y de vitalidad, sin desengaños ni recuerdos dolorosos, marcha en la vida unido á cuanto existe por medio del placer.

No se diga que en él, por lo mismo, tienen mas efecto las pasiones que hacen arrostrar sin temor la mas terrible muerte; porque el hecho que hemos asentado se verifica del mismo modo que en el campo de batalla, donde por lo comun es la muerte repentina, en ese lecho de mortificacion lenta y gradual en donde el hombre mide por adarmes su aniquilamiento, cuenta por minutos la hora fatal, y oye el ruido de los pasos de la muerte.

La muger, mas sensible que el hombre á la impresion de los objetos esteriores, mas afectuosa en las relaciones morales de la vida, menos distraida de ellas por el bullicio del mundo y sus afanes: la mujer, aunque débil, muelle y cobarde, mira con mas serenidad el sepulcro que el hombre tan pagado de su valor, de su magnanimidad y de su fuerza.

¿Cómo esplicar, repetimos, estos hechos por la opinion de Bichat?

¡Oh no! El temor á la muerte no es solo en el hombre el sentimiento de perder la vida. Ese temor proviene de una causa moral y filosófica, en que interviene un elemento moral desconocido y negado en vano por los que, rehusando al hombre la noble dote del espíritu, se obstinan en no ver en él sino una má-

(1) Investigaciones fisiolójicas sobre la vida y la muerte.
(2) Notas á la citada obra de Bichat.
(3) Hemos tomado del mismo *Bichat* el fondo de las consideraciones fisiolójicas que siguen acerca de la muerte senil.

(1) Esto debe entenderse de las muertes naturales. En las repentinas se estingue primero la vida en el corazon; y despues en todas partes.

quina mas perfecta que la del bruto: hombres para quienes el cerebro es el alma, y el escalpelo la filosofía. No dudamos en decirlo y lo decimos con entera conviccion: el temor á la muerte es una funcion de la conciencia, que unida á la memoria y al sentimiento religioso, hace luchar en nuestra mente las imájenes de lo pasado y los oscuros presentimientos del porvenir.

En el momento terrible que precede al de la destruccion de nuestro ser, la vida se presenta compendiada, por decirlo asi, á la memoria, y la dura idea de perderla hace que olvidados de las amarguras padecidas la lloremos como un bien. Por su parte la conciencia, reuniendo sus acuerdos, se presenta armada al hombre con los remordimientos de sus faltas, á tiempo que el sentimiento religioso manifiesta entreabierta á los ojos del espíritu la puerta de ese mundo invisible en donde la eternidad se apodera del premio ó del castigo.

Y en vano se objetará que este concurso simultáneo de la memoria, la conciencia y el sentimiento religioso, que como testigo, juez y sancion de nuestras acciones rodean nuestro lecho en la hora de la muerte, no tiene lugar sino para el hombre civilizado. Porque los elementos de este juicio han existido siempre en todos ellos; y la historia nos enseña que en cualesquiera tiempo, circunstancias y lugares se ha verificado.

El sentimiento religioso es un instinto tan inseparable de nuestro ser como el que nos ordena conservarnos: si este nos hace amar la vida perecedera del cuerpo, aquel mantiene vivo nuestro afecto á la vida inmortal y misteriosa del espíritu.

El salvaje americano canta alegremente su adios á la existencia en medio de tormentos cuya sola idea nos hace estremecer, ó reclinado al pie de un árbol de sus selvas aguarda impaciente á que la muerte, desatando los vínculos que lo unen á la vida, lo lleve á otras regiones en donde los festines, el canto, la música, la guerra, ó los trabajos del campo son eternos. ¿Por qué no temen estos hombres la muerte, que un sentimiento instintivo nos mueve á conservar? ¿Será acaso porque libres, sin cuidados, sin necesidades facticias, sin crueles desengaños y dueños absolutos de tierra próvida y hermosa, carecen de goces, de sentimientos y dulces relaciones con los seres que los rodean?.... Es porque en ellos las ideas de derecho y de deber son imperfectas; oscuro por falta de la revelacion el sentimiento religioso; indolente la memoria; y en fin, porque al paso que la conciencia duerme en sus almas ignorantes y ciegas, juzgan que la muerte les dá un derecho indisputable y absoluto á una vida entera de reposo y de placeres.

¿Por qué los griegos y romanos, sin apego á la vida, buscaban la ocasion de sacrificarse por la patria, y los antiguos scandinavos pedian al cielo como un bien la muerte en la batalla? Porque en esos pueblos á falta de una religion moral como la cristiana, se habian divinazado el valor y el patriotismo, y los sacrificios que ellos inspiraban tenian derecho al triunfo en el paraiso de Odin y en los campos Eliseos.

Pudiéramos hacer otros muchos argumentos deducidos del raciocinio y de la esperiencia; pero creemos que en el juicio de las personas medianamente instruidas en la historia y en la filosofía, lo dicho basta para probar que Bichat emitió una opinion falsa cuando, despreciando el sentimiento de la conciencia y el del sentimiento religioso, atribuyó solo á la memoria el temor de la muerte.

Por lo que toca á nuestro modo de pensar, creemos poderlo reasumir en estas conclusiones.

El temor á la muerte es una funcion mista de la memoria, la conciencia y el sentimiento religioso, las cuales hacen luchar en nuestra mente las ideas de lo pasado á un mismo tiempo que los presentimientos del porvenir.

En los ancianos es mayor que en los demas hombres ese temor, porque en ellos la memoria de lo pasado es esclusiva, y porque á mayor número de dias corresponde por desgracia mayor número de faltas.

Distraido el jóven de lo pasado con las impresiones de lo presente, rico en ilusiones y sentimientos espansivos, y libre del peso de muchos recuerdos punzadores, deja la vida sin miedo, con aquella indolencia generosa que caracteriza la edad de las pasiones y de los placeres.

La mujer es toda amor, toda esperanza; y en estos dos sentimientos está cifrado el sentimiento religioso; porque la fé es amor, y el amor de Dios es la esperanza. Y como en ellas la memoria no recuerda por lo comun crímenes atroces, compensa la conciencia leves faltas con oportuno arrepentimiento.

RAFAEL MARIA BARALT.

MODAS.

Una casualidad ha puesto en nuestras manos la presente carta, que publicamos creyendo agradar á nuestras amables lectoras, aun á riesgo de que alguna persona nos acuse de interceptacion y abuso de confianza.

PARIS 16 DE ENERO.

Te escribo, querida Amalia, sin tener nada de interés que contarte, por lo tanto, estás en libertad de rasgar ó quemar mi carta sin leerla. Tomo la pluma porque no hallo mejor modo de distraerme que entablar contigo una conversacion por escrito, ya que la fatalidad nos priva de que sea verbalmente.

Sin duda creerás que á falta de otra cosa mejor voy á darte noticia de las novedades que haya en esta populosa capital, pero ni aun á este recurso puedo apelar para llenarte la presente epístola, la *grippe* tiene desanimados los paseos, vacios los salones, desiertos los teatros; no se habla mas que de los progresos del mal, de su generalidad, de su constancia; la presente temporada, en fin, vá pasando triste y monótona acompañada de un coro innumerable de toses y estornudos; solo los médicos y los boticarios se felicitan de ella, solo los empleados remolones, los amantes infieles, los deudores rebeldes, los chiquillos araganes, los malos artistas, los cantantes sin voz, se aprovechan de la enfermedad para disculpar sus respectivas faltas.... Pero ahora recuerdo que ni aun esta relacion tiene para tí el interés de la novedad, porque en Madrid os hallais en idéntico caso. Esta vez no habeis querido retrasaros tampoco en la adopcion de una plaga que aunque plaga es de moda, esto basta: á propósito de modas, voy á darte acerca de ellas las últimas y mas interesantes noticias ya que no tengo otra cosa mejor de que hablarte.

Los trajes de baile han sufrido escasas variaciones; tres colores reinan este año en los vestidos de gasa, tarlatan ó crespon; el rosa, el amarillo y el blanco sus adornos consisten bien en flores, bien en rulós de raso ó alternando ambas cosas, en cada falda; tambien

producen buen efecto en los vestidos que tienen tres de estas que la del centro esté á trechos recojida en los puntos en que se halla sujeta con ramilletes de flores naturales ó con lazos de cinta: los visos de raso son los únicos adoptados para los vestidos de gasa. Tambien está muy en boga el raso para trajes mas severos, de concierto ó de *raut*, para lo que se llevan con volantes de encaje, esta misma guarnicion dice



Figurin del 16 de Enero.

perfectamente sobre *moire* antiguo, tela que tambien se halla favorecida por la moda: con los trajes mencionados acostumbran á llevarse adornos de cabeza de terciopelo bordado de oro, y de blonda de oro ó de plata sencillamente.

Los trajes de mañana continuan casi inalterables, cofia de encaje imitando á la blonda, bata de Cachemira un poco corta de modo que deje ver una falda con pequeños volantes bordados á la inglesa, mangas anchas y abiertas permitiendo ver otras mangas interiores y babuchas de terciopelo labrado con dibujos arrasados de un color fuerte, constituyen el adorno de una elegante en las primeras horas del dia.

En punto á vestidos de calle y visitas pueden citarse como la principal novedad, los sin frunces, que suelen ser de color de ceniza adornados con galones de seda sobre puestos en las costuras (1). Ademas de este traje se usan otros abiertos por delante guarnecidos de una série de picos unidos con botones y borlitas de pasamaneria, las mangas un poco cortas con adornos que hagan juego y por dentro otras de muselina fruncidas en un puño bordado.

Los sombreros de terciopelo gris adornados de plumas grises tambien con las puntas de color de rosa y los de la misma tela, verde esmeralda, con cintas de igual color, son los mas elegantes.

A Dios mi buena Amalia: ahora si que he agotado todas las materias de que podia hablarte; saluda por por mí á tu familia y recibe la seguridad de mi mas tierna amistad.

CLEMENTINA.

(1) Véase el modelo de la derecha

ESTADISTICA DE LAS MAYORES CIUDADES DEL MUNDO.

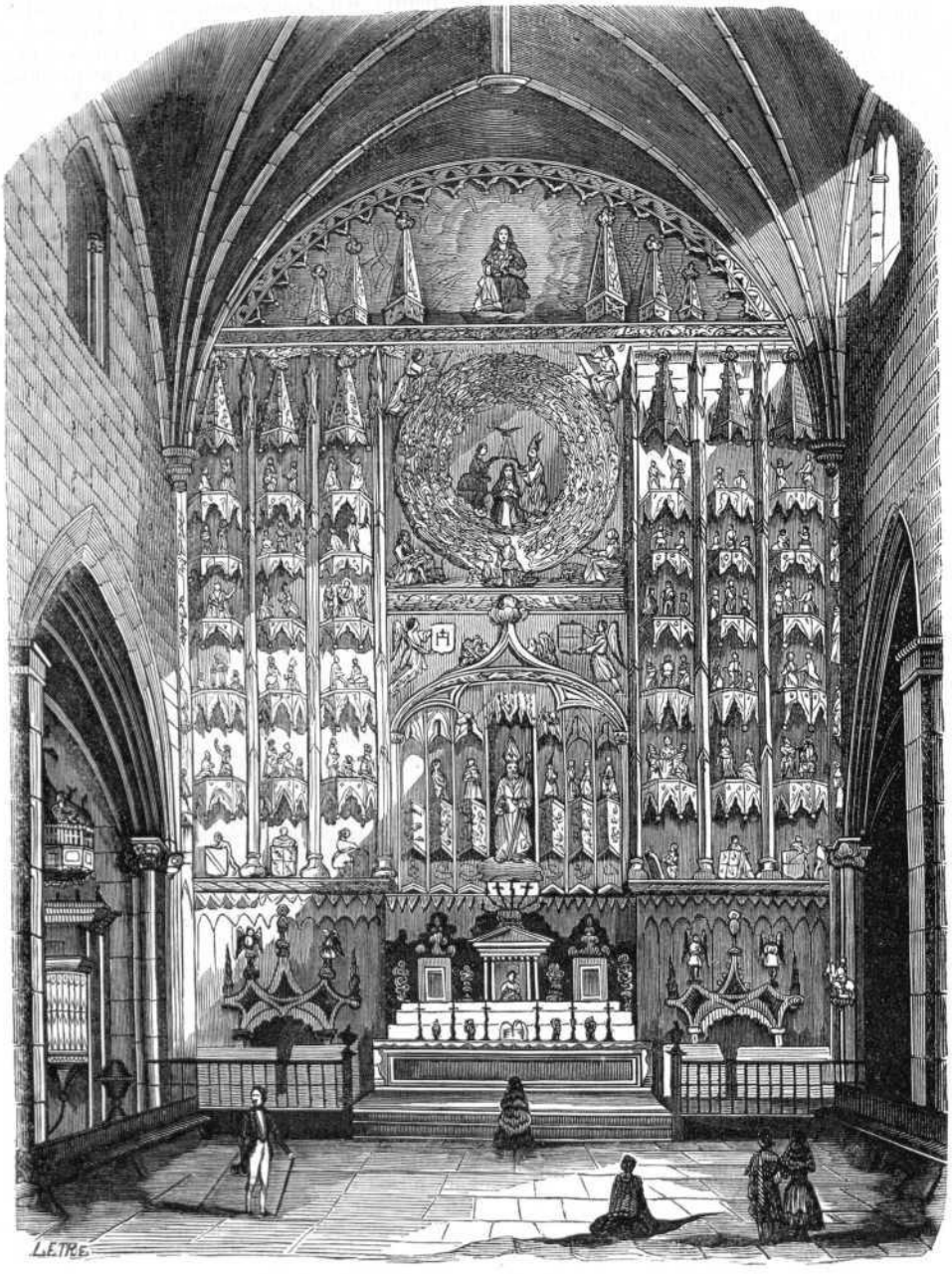
Lóndres y sus arrabales cuentan 2.026,000 habitantes.—Jeddo, capital del Japon, 1.600,000.—París, 1.087,000.—Pekin, 1.000,000.—Canton, 800,000.—Constantinopla, 780,000.—Nanking, 700,000.—Lintsin, 680,000.—Calcuta, 650,000.—Benarés, 650,000.—Madrás, 500,000.—Petersburgo, 480,000.—Nápoles, 470,000.—New-York, 440,000.—Berlin, 440,000.—Viena, 400,000.—Awa, 380,000.—Padua, 380,000.—Manchester, 365,000.—Luknow, 360,000.—Lisboa, 350,000.—Delhi, 350,000.—El Cairo, 350,000.—Moscow, 330,000.—Dublin, 298,000.—Glasgow, 290,000—Filadelfia, 280,000.—Liverpool, 280,000.—Amsterdam, 260,000.—Hyderabat, 250,000.—Alepo, 250,000.—Madrid, 240,000.—Mirzapour, 240,000.—Ispahan, 220,000.—Méjico, 220,000.—Cendy, 220,000.—Daska, 200,000.—Bombay, 200,000.

Dos comedias nuevas, originales, de costumbres y de dos autores conocidos, se han estrenado últimamente; la una con buen éxito, la otra con poca fortuna: la primera es del Sr. Breton de los Herreros y su título *Un enemigo oculto*: la segunda del Sr. Villergas y se nombra *Todo se queda en casa*. En el éxito respectivo de ambas ha influido poderosamente la ejecucion; en punto á la cual quisiéramos tener espacio para alabar debidamente á los autores del teatro del Príncipe y censurar el descuido con que la mayoría de los de la Cruz desempeñaron la última de estas dos producciones.

MADRID.—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Bazola, Pompart, Villa y la Publicidad, litografía de Bachiller, del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, cuarto segundo.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LA PARROQUIA DE SAN NICOLAS EN BURGOS.

En la calle de *Fernan Gonzalez* frente á la plazuela principal de la iglesia metropolitana, se vé la puerta de la de San Nicolás de Bari practicada en el muro de su torre, dominando desde la rampa encumbrada donde asienta casi toda la poblacion. De una capilla muy reducida sujeta al patronato de los conónigos, pasó á la categoría de parroquia en tiempo del obispo D. Juan Cabeza de Vaca, obligándose sus sacardotes á censuar mil florines de oro cada año en el de 1408. Las familias mas distinguidas de Burgos, que hubieron contribuido con su voto á la adquisicion de aquel estrecho recinto, suministraron fondos para ampliarle todo lo posible, añadiendo las dos naves colaterales que insisten sobre unas columnas agrupadas aunque sencillas en su género. Los Maluendas, Cerezos, Villaran y otros feligreses ilustres adornáronlas con hornacinas sepulcrales mas ó menos suntuosas: empero se reservaron los del apellido de *Polanco* la fundacion y coste del altar cincelado en piedra, cuya copia toma hoy lugar en nuestro SEMANARIO.

Pocos ó ninguno de esos esploradores cosmopolitas que se nutren con las ilusiones de todos los pueblos, entrará en la iglesia de San Nicolás sin enajenarse al aspecto magnífico de aquella muchedumbre petrificada; de aquella legion romancesca; de aquel imponente club que á la sombra de frondosos baldaquinos medita el triunfo intelectual sobre la duda, eyaculando influencias de reconvencion contra el cinismo filosófico que se resiste á acatarle. Sus vastas dimensiones: el número prodigioso de compartimientos donde otras tantas escenas se representan á la vez: la variedad de pormenores que encierran: mil y mil caprichos admirables en su ejecucion, y sobre todo encarecimiento delicados, conspiran simultáneamente á favor de la

época que nos recuerdan, sin irregularidad ó vicio alguno contrario á los principios del gusto; repudiado por la nobleza de las artes.

Los tres tableros que hienden de alto á bajo el retablo, se hallan dispuestos de modo que marcan sus líneas divisorias el contorno de varios senos que entran á subdividir despues unas agujitas análogas á la suma minuciosidad de las crucerías y doseletes. Estos en número de doce, seis á cada lado del altar, son semejantes entre sí en cuanto á la forma, pero variando de detalles cada término. Siendo la primera un elipsoide con la convexidad razonable para dejar en claro-oscuro las imágenes que cobijan, permite voltear en ambos frente unas ojivas trilóbeas alrededor de las cuales resaltan varias aristas cilíndricas que se prolongan sobre el vértice de los arcos hasta el cerramiento de la umbela. Sobre la superficie de la línea esterior serpea un frondario bellísimo que produce de trecho en trecho algunos cogollos de hojarasca, á cuyo adorno corresponden los vástagos suspendidos en el vano ojival, á manera de silvestres enredaderas, que aumentan con sus entretejidos filamentos la melancólica gravedad del conjunto. Unos ajimeces abiertos entre las recaidas de los arcos y la cresteria que guarnece el área superior dan por resultado una vistosa filigrana que difunde los vislumbres de un tibio crepúsculo entre aquellas góticas asambleas. Todo es grave, todo predispone al alma para las abstracciones sublimes del cristianismo, bañadas en los destellos de uno poesía llena de contrastes, que tiene su foco en las piadosas revelaciones de la antiguedad. Allí, al través del lívido albor que platea suavemente el espacio, ó al través de la olorosa nubecilla que mezcla su violado-mate con el oro resplandeciente del sol; ó luchando con los temores é inquietudes que sublevan la idea de un Dios omnipotente y terrible ofuscando la vista con no sé qué especie de sombra formidable, descúbrense los personajes canonizados, cuyos antiguos y majestuosos ropajes elevan su grandeza, dibujando en nuestra exaltada fantasia generaciones que pasaron ya, episodios que no volverán á renacer. Allí la vírgen del claustro; el guerero tolerante; el pastor y el pontífice, sobriedad, abnegacion, candor, maceraciones y lágrimas, toda suerte de virtudes simbolizadas, por decirlo así, en los seres que constituyen la epopeya inmortal del calvario, reciben un mismo homenaje, como participando en comun de un mismo apoteosis.

El obispo titular, que es la efijie de mayor tamaño, ocupa un nicho céntrico en el conmedio de un arco florenzado, que intercepta el tablero preferente á la mitad de su altura. Dentro de su tímpano hay cinco divisiones lonjitudinales, y cada cual contiene un par de urnas amparadas por umbelas de gran efecto, especialmente la de San Nicolás, y otras dos inmediatas que se cierran por medio de seis airones desenvueltos hácia afuera, como las hojas de un capitel corintio. Por encima de este arco, en la zona cuadrangular que limita la franja horizontal ó sea cornisamento del retablo, se ven diez y ocho coros de ángeles ordenados en rayos de círculo, que dirijen sus adoraciones á la Santísima Trinidad, sentada en el polo de aquella rueda simbólica aparentando coronar á la Vírjen postrada en un grupo de nubes. Háse añadido por final de toda la obra una imágen del Padre Eterno circundado de ráfagas, cuyo carácter no desdice del antiguo, lo mismo que seis cimbanillos de madera y una doble crestería al declive semicircular de la bóveda labrada en el siglo XVIII con inteligencia y reflexion.

No pasaremos en olvido, antes bien recomendamos á los artistas las urnas del sotabanco, destinadas á la pasion del Señor, escepto las de ambos estremos en que, segun la gótica usanza, eran arrodillados los devotos fundadores bajo la salvaguardia de unos ángeles mancebos que llevan cetros en la mano: otros sustentan los escudos nobiliarios cual se repiten en igual forma en muchos otros puntos del altar.—Ya que de u zona ó seccion inferior nos ocupamos, séanos permitido reprobar con la buena fé, de nuestras convicciones, un tabernáculo de madera que el celo de los señores párrocos ha hecho fundar sobre el nivel de la medalla central, velando sus preciosas entalladuras con un accesorio, que sin perjuicio del uso venerable á que se halla destinado, pudiera haberse reducido á la planta octógona y construccion piramidal, incomparablemente mas susceptible de ornato y de rasgos injeniosos que los áticos greco-romanos, y esas rotundas sin carácter con que el campo arqueolójico profanan los carpinteros de nuestros dias. Otra lijereza censuraremos, respetando la ocasion que haya podido motivarla; y es el haber levantado el pavimento del presbiterio hasta soterrar la mitad de los lucillos colaterales, dignos del mayor elojio, rebajando por otra parte la esbeltez de los arcos, pues que roba al altar su basamento imprimiéndole la mas lastimosa deformidad. Estos monumentos fúnebres ostentan el lujo maravilloso de su ornamentacion ojival, no careciendo de cresterias, franjas, conopios y estatuitas que en uno representan la adoracion de los Magos y en otro la Anunciacion acompañada de dos ángeles, tañendo instrumentos armoniosos. Duermen sobre la losa sepulcral aquellos Polancos bienhechores con los rostros y manos de alabastro, y de pizarra las vestiduras mortuorias. Angeles con túnicas desceñidas y ondulantes rizos sostienen al fondo las inscripciones que á continuacion ponemos. Dice así la primera.

Nobilis vir Gonzalvus Lopis de Polanco, atque conjux Leonora Miranda, hujus sacri primarique altaris auctores, hoc túmulo conquiescunt; qui ecclessiam hanc honestis reditibus fulciere: obiit ille anno 1505; *haec vero* 1503 (1).

Segunda al lado del Evanjelio:

Novilis vir Alfonsus Polanco cum consorte Constanza Maluenda, rebus humanis esempti, hoc saxo conteguntur. Migravit ille anno 1490: *haec* 1520 (2).

En la columna mas próxima al sepulcro del lado de la epístola, cuelga un tarjeton con la estátua ecuestre de Santiago por encima, y orillado de merlones y grotescos. Léese allí esta noticia que se sigue:

Debajo de la piedra de jaspe que está en el suelo yacen los cuerpos de Gregorio de Polanco, regidor de Burgos, y de Doña María de Salinas, su muger; falleció él á 8 *de Noviembre de* 1552; *y ella á* 22 *de Mayo de* 1564. *Fué el dicho Gregorio de Polanco hijo de Gonzalo Lopez de Polanco, fundador de este altar mayor, y nieto de Gonzalo Lopez de Polanco, que están enterrados en este arco, y en la sepultura junto á él, como parece por los letreros; y biznieto de Juan Lopez de Polanco, que está sepultado en el lugar de Polanco, que es en Asturias de Santillana, donde es su naturaleza, en un arco de sus antepasados, en la capilla mayor de la iglesia de Sant Elices.*

Otras memorias omitimos por difusas, y tres epitafios que designan la propiedad de unos sarcófagos de pizarra, embebidos bajo una hornacina en la pared septentrional de la iglesia, siendo muy difícil su lectura por haber gastado la humedad los caracteres y borrado muchas abreviaturas de suyo complicadas y enigmáticas.

No lejos de estos enterramientos obsérvase un retablo, que, si bien como churrigueresco es mezquino, ofrece una coleccion de pinturas en tabla, muy propias para estudiar los trajes aristocráticos de la edad media, rindiendo un nuevo tributo de sorpresa á sus modeladores incansables. El anden ó baranda del coro, y los medios-puntos en que descarga son ejemplares escojidos, y asimismo un arco atravesado de pilar á pilar en el fondo de la nave mayor lo es por su atrevida tension, el del baptisterio por sus labores pintorescas, y en su estilo del renacimiento otro que detrás de un retablo de madera pin-

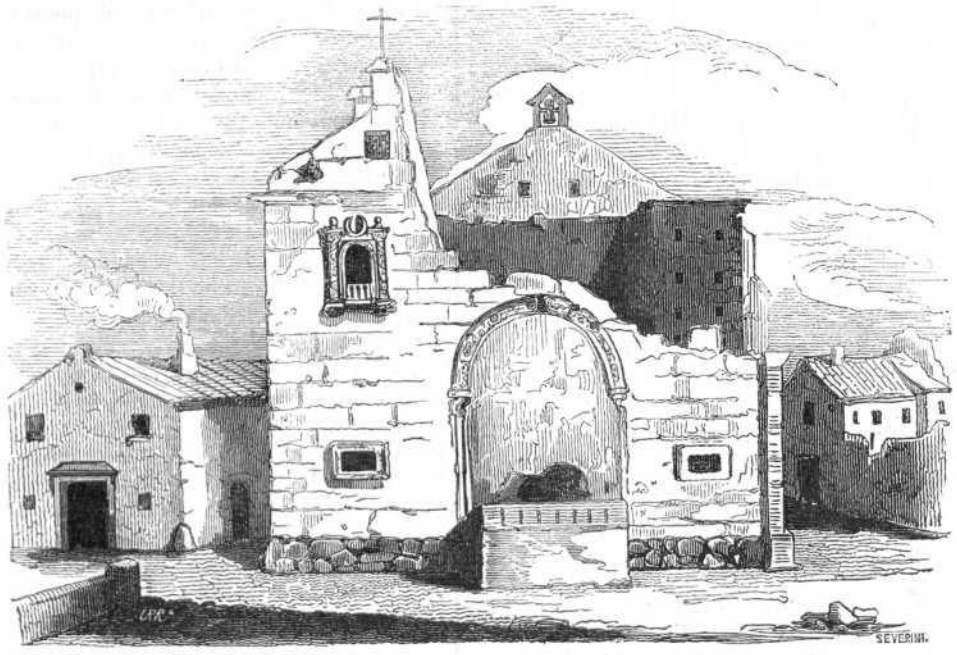
(1) En este túmulo yacen el noble varon Gonzalo Lopez de Polanco y su mujer Leonor de Miranda, fundadores de este altar, los cuales enriquecieron con pingües donaciones esta iglesia, y murieron él en 1505, y ella en 1503.

(2) Bajo de esta losa descansan el noble varon Alfonso de Polanco y su mujer Constanza Maluenda. Fallecieron el primero en 1490, y la segunda en 1520. El P. M. Florez equivocó las fechas de este óbito, suponiéndolas cien años mas antiguas.

tada deja ver unas columnas lindísimas, y á duras penas el fronton cuajado de adornos, parapetándose en el malhadado cornisamento y sus jarrones *etruscos*.

Si apreciamos, pues, en su justo valor las bellezas arqueológicas que entretienen nuestra atencion y la atencion de los suscritores á nuestro útil repertorio nacional, repertorio que la posteridad consultará á no dudarlo como único testimonio de nuestros adelantos primitivos; si por un sentimiento de amor á los artísticos trofeos que en el suelo castellano subsisten á despecho de las vicisitudes destructoras que todo lo desquician y arrebatan, queremos aun hacer ostentacion de poderosos, y preguntar á la religion de nuestros héroes, que cobiga tanta riqueza bajo la custodia de su culto, donde llevaremos al estranjero que la desconoce y nos la niega, téngase presente que la parroquia de San Nicolás, poco frecuentada por los curiosos y menos si cabe por los conocedores del mérito respectivo de las cosas, es una de las páginas brillantes que componen la historia del honor burgalés; de esa historia llena de uncion y colorido, que los siglos y las sucesivas peripecias de los siglos van arrollando en su curso.

RAFAEL MONJE.



Vista de la plaza de Argamasilla de Alba, patria insigne del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha.

UN PASEO

A LA PATRIA DE DON QUIJOTE.

ARTICULO II.

Venia entrando el sol por los medios del horizonte y la tierra seca con los ardores del estio, comenzaba á *hervir*, segun la enérgica espresion de los segadores: el viento habia plegado sus alas, y las plantas y los árboles humillaban sus hojas cubiertas de polvo; dejamos pues la venta con sus tristes y agradables recuerdos y sin temor á lo emboscado del terreno emprendimos á campo travieso siguiendo la direccion del S. E.

Una legua anduvimos angosta como la que menos; pero larga como la que mas, y cuando ya el aliento me faltaba y el sudor caia á torrentes por el encendido rostro dimos vista á un vallecillo breve cual todas las dichas de la vida, mas tan solitario, fresco y umbrío que al jardin de un oriental palacio se asemejaba. Tres alcores sombreados de encinas, alfombrados de enebros, jara y oloroso romero rodeaban aquel voluptuoso apartamiento de los montes y al pié de la mas gallarda de las colinas, al amor de dos blancos pobos murmuraba una fuentecilla que se derramaba en un reducido lecho de menudísimas quijas de colores cercado por una corona de musgo y mastranzos: tan cristalina y trasparente era la superficie de aquel nacimiento, tan verdes sus márgenes que compararse pudiera con un espejo de acero por marco de esmeralda guarnecido.

Con el regalo de las aguas el valle era una pradera y las violetas andaban entre la grama alternando con las palmeadas hojas de sus hermanos los lirios.

En tan ameno lugar reposó D. Quijote despues de haber buscado inútilmente á la pastora Marcela; allí amo y mozo dieron saco á las alforjas y sin ceremonia alguna comieron en buena paz y compañía, lo que en ellas hallaron. Nosotros imitamos á los héroes de la entretenida historia de Cide Hamete Benengeli y con mejor fortuna, pues no hubo villanos arrieros de Yanguas que nos moliesen á palos por la incontinencia de nuestros rocinantes, si bien hablando en razon, esto era algo difícil porque yo viajaba á pié. Reposada la fatiga, satisfecha el hambre, tomamos á bruces grandes sorbos del manantial que la Providencia nos habia deparado y crecidos los alientos, exaltada la imaginacion con la poesía del lugar empezó la risa á retozar en mis lábios recordando el deseo de refocilarse del casto rocin del caballero de la triste figura, la noble valentía del andante, la furia con que escudero y señor fueron machacados por las rústicas y enojadas manos de los yangueses y aquel graciosísimo diálogo

que con tono afeminado y doliente inauguró Sancho con la célebre frase de—¿«*Señor D. Quijote? ah! Señor D. Quijote?*» con todo lo que all se sigue capaz de hacer perder su compostura y gravedad al mas hipocrita de los graves.

No sin tristeza abandonamos el ameno valle, y con mas desaliento seguimos la incierta ruta, pues razon no me daban de la quebrada y el monte donde acaecer pudo la aventura del pastor Crisóstomo. Dejé pues en libertad al manchego ladino que me guiaba y bien pronto me hallé sin saber cómo (porque otros pensamientos me ocupaban) en camino trillado y carretero.—Serian las dos, la fuerza del sol no habia decaido un punto.

Una ligera neblina del color del hierro candente velaba los últimos términos del horizonte que cambiaba á cada paso como en todas las travesias de montaña, las rocas reflejando el calórico enviaban corrientes de fuego semejantes á los alientos de un hornillo de fundir, las leves plumas que los jilgueros dejan perdidas entre las ramas de los alcornoques no se movian, la arenisca tierra de la senda quemaba y tan profundo era el silencio de aquellas soledades que solo puede compararse con el que sobreviene en el Occeano durante las grandes calmas.—Tambien tiene algo de bello y terrible este espectáculo canicular en que la tierra como una doncella enamorada parece que tiembla y se enciende bajo la impresion del ardiente beso del rey de los astros.

Tales reflexiones hacia yo, cuando al torcer de un recodo, sobre la derecha mano ví sobresalir allá en la hondura la copa de un ciprés. Su tronco estaba socavado, sus ramas desgajadas y su verdura no ostentaba aquellos tallos amoratados inequívoca prueba de la lozanía de estas plantas: todo en él daba señales de manifiesta vejez. Tomé el sendero que conducia hasta el sitio donde su tronco tenia asiento y el suelo estaba cubierto de astillas, porque unos leñadores acababan de cortar otros cuatro cipreses que antes daban compañía al que ahora descollaba solitario.

La melancolía de aquellos lugares, la quebrada que á la izquierda se veia, el tajo cortado al pié del cual alzaba su copa el ciprés que alli me habia atraido me hicieron recordar la galana descripcion que trazó Cervantes en su GALATEA del sepulcro del pastor Meliso (1) y de conjetura en conjetura dije para mi sayo.—«Puesto que estos cipreses dan tan señaladas muestras de antiguedad, ¿quién sabe si al verlos el donoso autor del Quijote tendria la inspiracion de la historia lamentable del pastor Crisóstomo? ¿No pudo existir en aquellos tiempos alguna tradicion sobre estos solitarios compañeros de los sepulcros que sirviese de provecho á nuestro insigne novelista?» Ello es cierto que conviene la topografia (con ligera diferencia) á la descripcion de nuestro poeta y que las cabras que trepan en los vecinos collados confirman algun tanto estas suposiciones, puesto que el comienzo de la historia de Marcela está en boca de cabreros.

Recobramos el camino sofocados con la sequia. *Espartaria* (2) llamaban los antiguos á estas tierras; pero los árabes con mas razon le pusieron *Manxa* (1) que si mal no entiendo, es como *tierra seca* pues bien vale el agua por estos montes mas cara que el vino y los aires si algunos corren se asemejan mas al *simun* que á la fresca brisa de las vegas andaluzas. Entreteniendo la sed con el andar y lo escabroso del camino, llegamos al fin al *Portus lapidum* de los antiguos despues de dejar atrás las malas canteras que le valieron este nombre convertido por la corrupcion en Puerto Lápice.

Las VENTAS asi llamadas estan en la carretera que de Madrid conduce á Andalucia y sino miente un editor famoso distan quince leguas de Aranjuez y veinte y seis de Bailen. Situadas en el puerto que forman las cordilleras que ocupan el centro de la curva elíptica trazada por la union del Giquela y el Valdespino, rodeadas de colinas con boscaje; son el teatro mas á propósito, como decia D. Quijote, *para meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras*: y por tan cierto tienen esto los bandoleros de todos tiempos que apenas se anda por aquellas tierras una vara sin oir trágicas historias de la última guerra, robos, violaciones, sopresas, acometimientos, incendios, crueldades inauditas y batallas. Mas en los tiempos á que me refiero solo acontecia de vez en cuando que salteasen la diligencia, que asesinasen á los pasajeros solitarios y que hiciesen auto de fé con la correspondencia pública y como esto es lo ordinario y rutinero íbame yo sin cuidados ni temores.

Tomé asiento en el gran meson que ocupa el centro de la calle real y despues de *comer caliente* busqué reposo y sueño en un mal catre de lienzo con dos apelmazados colchones endurezidos; mas otra cosa quiso mi mala estrella. Habíanse reunido aquella noche como si llovidos fueran en la vasta cocina de la posada, cuatro estudiantes de la tuna, tres de los cuales eran descabezados rapistas, un cedacero con gran provision de sonajas, cuatro alegres napolitanos, calderero el uno y *santi boniti* los otros, dos pañeros de Fortuna, un abaniquero de viejo, dos gitanos cantadores de la viña de Cádiz, y un respetable coro de mayorales y mozos que asi destripaban un zaque de vino y rascaban el vientre de una vihuela ó de un tenor malagueño, como entonaban por el eco de los *panes calientes*, y de la castiza seguidilla manchega. Luego que esta buena gente tomó luz con los tragos, aliento con la cena, prematicas con el gusto y licencia con el frescor y silencio de aquella noche veraniega armaron tan condenado desconcierto que vino mi descanso á tierra y mi tranquilidad de cabeza. Sin dar treguas desperté á mi buena guia y salí aturdido de las ventas bulléndome por largo tiempo aun, el repicar de las sonajas, el tintin de las barillas, el crujir de las guitarras, el martilleo de las calderas, el silvar de las flautas, el zapatear de uno, el palmotear de otros y el gritar, ahullar y entonar de todos que al baladro de cien alimañas se parecia.

Son apacibles las dos leguas que hasta llegar á Villalta anduvimos aunque las mal secadas lagunas que por aquellas llanuras se estienden despiden vapores fétidos é insanos. Al comienzo de ellas aconteció la desesperada batalla del vizcaino, interrumpida por

(1 Libro VI pág. 3.—Cervantes dió este nombre erótico, siguiendo la costumbre de aquellos tiempos á Hurtado de Mendoza.

(2) *Crónica del Rey D. Jaime*, cap. XVIII.=*Crónica general*, parte I, cap. VII.=Covarrubias *Tesoro de la lengua castellana* fol. 535 vto.

(1) *Historia del Rey D. Jaime I.* lib. XV, cap. X.

Cide Hamete en el punto mas dudoso é intrincado y la arremetida contra la gente endiablada y descomunal de los frailes Benitos. A la vista misma del puerto sufrió uno de los reverendos e saqueo de Sancho y este los malos tratos de los robustos mozos de los padres y poco mas allá hincó la rodilla, asió y besó la mano de su Señor demandándole el gobierno de la insula que acababa de ganar cuando el buen caballero sacó por despojos de tan reñida aventura una oreja menos y un hombro derribado....

Y al referirte, lector carísimo, como si fuesen históricos y no de poética inventiva estos hechos, vive Dios que imitó á aquellos *inocentes* académicos de Troyes que intentaron remitir á un su compañero para que tomase noticias del pastor Crisóstomo y buscase en el Escorial el manuscrito árabe original de Cide Hamete, traducido por Cervantes. (1) Pero en aquellos era tonteria de Academia y en mí, como ocasion tuve de decírtelo en el anterior relato, todo es puro entusiasmo y si quieres, *racional* manía de comentador....

Dejemos á Villalta con su repugnante pobreza, con sus crueles mesoneros; y saltando por algunos incidentes, y acortando distancias, asomad conmigo por el campo de Montiel. Al llegar á la vista de aquella estendida y poblada llanura, «*apenas habia el rubicundo «Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las «doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pe- «queños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas ha- «bian saludado con dulce y melíflua armonia la venida de la «rosada aurora, que dejando la blanda cama del receloso «marido por las puertas y balcones del manchego horizonte «á los mortales se mostraba*»: las cúpulas y tejados de los pueblos y caserios comenzaban á enrojecerse al par que las colinas envueltas entre la azulada bruma, el llano sin fin vestido de lijeras nieblas se asemejaba al mar y las blancas rayas de los caminos carreteros á la Estela arjentada que dejan sobre las olas los barcos con su quilla: los innumerables molinos de viento que coronan las suaves colinas movian sus aspas semejantes á un ejército de endriagos tan feroces como los creia D. Quijote; pero en aquella vasta soledad olvidé la vida y hechos del ingenioso hidalgo, porque mas tristes recuerdos me asaltaron. Frente de mis ojos se alzaban las sombrias ruinas del Castillo de Montiel y al pié el campamento donde fué traidoramente asesinado un gran rey para su tiempo, un desgraciado á quien la poesia y la tradicion han rehabilitado contra la injusta crónica de sus enemigos, el rey D. Pedro I, de Castilla que segun los antiguos romances.

Unos dicen que fué malo
y los mas que *justiciero*
que el rey no es cruel si nace
en tiempo que deba serlo.

Mas á lo lejos divisaba tambien las humildes casas de la Torre de Juan Abad, donde enfermó de muerte D. Francisco de Quevedo Villegas ingenio peor juzgado que Cervantes y de tan elevadas dotes que admiran al que todos sus escritos detenidamente considera....

(1) Si no estuviéramos acostumbrados á semejantes y mas crasos errores de nuestros vecinos los franceses, nos pareceria inverosimil tanto disparatar y tanta ligereza: en confirmacion de lo arriba dicho véase el tomo 2.° pág. 1.ª 113 de *las Memorias de la Academia de Troyes*.

Avistamos á Argamasilla de Alba patria de D. Quijote, y tan insigne lugar asunto nos ha de ofrecer para el tercero de estos artículos.

J. GIMENEZ-SERRANO.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV.

V.

EL CAMARERO DEL REY.

(Continuacion.)

Durante el verano de 1484 fué el Rey D. Juan á residir á Setubal, ciudad hácia la cual manifestó siempre una particular predileccion. Los habitantes hicieron á su entrada grandes demostraciones de regocijo. Ningun rey ha habido mas querido de su pueblo; porque ninguno tampoco declaró una guerra mas obstinada á los grandes ni favoreció tanto á los pequeños. Príncipe audaz y celoso del mando supremo, D. Juan el II era semejante al huracan que arranca y derriba los elevados pinos, las añosas encinas de las vertientes de la montaña, y agita apenas la yerba rastrera que crece en el fondo del valle. — Pasóse, pues, todo aquel dia y aquella noche en fiestas y regocijos con grande contentamiento del Rey.

Maese Blas, barbero de la corte, la habia seguido siempre desde que terminara el luto por D. Alfonso V. Era el maese muy querido de Anton de Faria, camarero y valido del Rey, y por eso todos le trataban con cortesía: muy diferente, sin embargo, de Oliveros el Dain, barbero y privado de Luis XI de Francia, nunca habia aspirado al valimiento de Don Juan II, ni su ambicion puso nunca la mira tan alto, satisfacíale estar bien quisto con el camarero, y esto sin duda le salvó de bailar en la horca, como le aconteció al rapador francés; tan positivo es que los validos son como los surtidores; tamaño es el tumbo que dan como la altura á que desde tierra subieron.

Maese Blas dió, pues, con sus huesos en Setubal. La tia Inés, su cara mitad, se quedó en Evora; y el buen barbero, libre de ella, gozaba de la vida; de la vida, que, segun dicen los casados, se renueva de todo punto (cuando acaecen estas separaciones) para aquellos maridos, cuyas carísimas consortes son afables y cariñosas por el estilo de la señora Perez; esto es, halagan con bofetadas, sonrien con sofiones, piden con gritos, consuelan con denuestos y acarician con arañazos y dentelladas.

Hallábase maese Blas tan á sus anchas que no se encontraba; viéndose desocupado y contento quiso aprovechar la ocasion y empezó por hartarse de dormir.—Cuando ya hacia unos dias que estaba en Setubal, penso en salir á ver las cosas notables de la ciudad, y enderezó sus pasos hácia aquella parte de la playa que recibe el tributo de las aguas del Sado. La brisa del mar templaba el ardor de los rayos del sol, tan ardiente en nuestros climas meridionales.

Fernan Martin Mascareñas, capitan de la guardia y de los ginetes del Rey, se paseaba á la sazon tambien por allí, á la sombra de las espesas arboledas que por aquellas playas se estendian entonces. No bien le divisó maese Blas, se encaminó hácia él con ánimo de trabar conversacion; pero antes que el barbero le alcanzára acercóse á Fernan Martin un ballestero de la guardia y le dijo unas palabras al oido. Este echó á andar inmediatamente hácia el alcázar donde moraba D. Juan II.

—No se puede ser cosa alguna de la casa del Rey, gruñó el barbero: no hay en ella momento de descanso: dígalo sino Fernan Martin que ha tenido que marcharse á toda prisa, ahora que tal vez estaria él deseando departir conmigo un rato!—Pero, en fin, ma-

ñana es la procesion del Corpus y todo anda, con este motivo, revuelto de arriba abajo; pasado mañana podremos al menos conversar con los amigos.

Dicho esto, maese Blas dió la vuelta para el interior de la ciudad: llegó á la plaza llamada de Jesus, y se detuvo en la calle de la Anunciada: estaban ya las ventanas cubiertas con ricas tapicerías de seda, y las paredes forradas de paños de raso de maravillosas invenciones y labores; en unos estaban pintados varios caballeros con sus divisas y colores, y con letras por debajo que decian: «Como el caballero Absalon cayó en caso de traicion contra su padre el emperador David y le armó guerra.» Mas delante se veia á Absalon colgado por los cabellos del tronco de un árbol, y detrás de él un caballero que le atravesaba con una lanza, y que tenia al pié este letrero: «Como el caballero Absalon fué muerto miserablemente.» En otros estaban bordados los desposorios de la Vírgen con San José, y por encima se leia en letras alemanas mayúsculas. «De como el obispo de Jerusalen dió la bendicion de conyugal union á la Vírgen María. Colocados al lado de estos se veian otros tapices, que cubrian varias fachadas de casas, y en los que estaban representados diversos pasages de la crónica de Amadis de Gaula y de la del emperador Vespasiano y de sus altas caballerías.— Maese Blas estaba embobado con aquellas pinturas, que eran los periódicos populares de aquellos siglos, en que los hechos históricos, sagrados y profanos, se mezclaban y confundian bajo una forma única, la caballería.

Las calles empolvadas y sin empedrar en aquella época, habian sido barridas, y estaban atestadas de espadañas, cañas verdes, ramas de pino, romero y mastranzos. Por algunas rejas y ventanas, cuyas celosías medio levantadas formaban como toldos á lo largo de las tapias, veíanse á las mugeres asear y encerar los búcaros y tallos de Estremoz que colocaban en buen órden en la cantarera recien blanqueada: y con sus mandiles ó cortinas listadas, otras acababan de bordar sus gorgueras blancas como el ampo de la nieve, labradas de hilo negro y encarnado, ó sus tocas del mismo color con las que habian de envolver donosamente sus trenzas al dia siguiente.

En las tiendas de los alfagemes ó espaderos se pulian y lustraban espadas; en las de los armeros se doraban yelmos y se azulaban arneses: no se veian en los balcones de los sastres mas que calzas de colores, cinturones de seda, ropillas de telas esquisitas compradas en la feria de Samejo, pellotes al estilo de España; en fin, toda especie de trajes costosos.

Maese Blas andaba como alelado; no porque aquel espectáculo fuese nuevo para él, sino porque suponia, como toda la gente, que su villa natal era la mas peregrina ciudad del orbe, y que fuera de Evora no era humanamente posible que hubiese riquezas, primores y buen gusto. Empero engañábase; Setubal era mucho mas rica; el comercio florecia allí en su mas alto grado; sus habitantes, marineros activos, cubrian los mares con sus navios que eran deseados en los puertos de mayor tráfico del Mediterráneo y del mar Océano; allí fué donde D. Juan II, muy inclinado á las empresas marítimas, artilló las primeras carabelas que en Portugal se vieron armadas de bombardas. Setubal, en fin, era en aquella época una de las mas abastecidas ciudades que en el reino habia; y esto era lo que maese Blas, que no entendia maldita la cosa de comercio, no podia comprender.

Al caer la noche se recogió el maese á su posada, que era su palacio, y echóse á dormir. Sus sueños fueron dorados, pero estrambóticos y raros como las variadas escenas que se habian presentado á sus ojos durante el dia. Absalon, el obispo de Jerusalen, Vespasiano, Amadis, Lisuarte, Fernan Martinez, caballeros, ballesteros, dueñas, doncellas, pasaban por delante de los ojos de su alma, en posturas diversas, haciéndole visages, gestos y ademanes, ora de escarnio, ora de cariño; veia fiestas, torneos, momos, combates, y todo esto le hacia reir, hablar, bracear, gemir y gritar en medio de sus estrepitosos y acromáticos ronquidos, hasta que despertó y estregándose los ojos, vió que era ya dia claro. —Echóse al punto fuera de la cama, y no bien habia acabado de endosarse el pellote, oyó sonar la aldaba de la puerta; era un page que venia á buscarle de parte de Anton de Faria.

El barbero echó manos á las herramientas del oficio, y emprendió su camino detrás del page hasta el cuarto del camarero que le esperaba ya sentado en una ancha poltrona de baqueta con chapas doradas; salióse el page y maese Blas se quedó á solas con el valido del Rey.

Comenzó el barbero su tarea, deshaciéndose por hablar, pero Anton de Faria estaba taciturno y parecia entregado á profundas meditaciones; á fin de sacarle de su éxtasis, el barbero tosia, escupia, soltaba la navaja para sonarse; mas el descortés valido hacia oidos de mercader al estrepitoso catarro de maese Blas, que en verdad no podia atinar con la causa de la mudez de Anton de Faria, el cual para el maese, y tal vez solo para él, era el hombre mas comunicativo del mundo.

Por fin no pudo contenerse mas; tosió y dijo en voz alta y pausada.—Maldita tos!

El valido volvió los ojos hácia él, y como quien despierta de un letargo, esclamó:—Ah! Sois vos, maese Blas!

Costóle trabajo al barbero no soltar una carcajada al oir aquello.—Buena es esta!—dijo para si.—El privado perdió el seso, á lo que entiendo; ni siquiera ha sentido la navaja en la cara! Pues ella no debe estar de lo mas suave; porque há dias que no ha olido la piedra.

Y las sangrientas pruebas, de que la reflexion del barbero era exacta, estaban grabadas en las megillas y quijadas del buen valido Anton de Faria.

Sí señor; contestóle el barbero en alta voz, — que aqui he venido por órden vuestra á hacer mi oficio.

—Teneis razon; — y ¿qué nuevas traeis, maese Blas?

—Ninguna; á no ser los grandes preparativos que con motivo de la procesion se disponen en la ciudad. A fé que nunca ví tanto primor de galas y tapices en el dia de hoy: de mas de treinta Corpus Cristi me acuerdo, y de todos pudiera hacer la relacion exacta; el primero que alcancé fué en tiempo del infante D. Pedro, el que coronó á Doña Inés despues de muerta.

—Pero decidme, maese Blas; ¿no oisteis ningun rumor por la ciudad acerca de alguna cosa que debe de suceder hoy?

—Nada absolutamente, nada.

—¿No corre entre el pueblo la voz de que los nobles quieren dar hoy muerte á su Alteza que Dios guarde?

El barbero dejó caer la navaja al suelo, y retrocedió cosa de una vara, lleno de un horror indecible.

Anton de Faria clavó en él los ojos. — ¿No oisteis decir nada de esto?

—Juro por esta (aquí besó el barbero los índices de ambas manos, cruzándolos sobre la boca): juro por la salvacion de mi alma que nada de eso he oido.

—Dolor de hijada os sofoque! gritó Anton de Faria, dando con el pie en el suelo y estallando de cólera.— Solo saben ir á esparcir por el pueblo aquello que no debe saber, y lo que conviene que se le revele, lo callan bien callado. Pues sabed, maese, que los nobles concertaron negra y escondida trama contra la persona del Rey, y que por repetidas veces han intentado acabar con su vida por medio de hierro ó ponzoña; y que viendo hasta ahora frustrados sus abominables planes, han resuelto matarle en medio de la procesion. Pero se engañan los traidores! El Rey irá, que no los temo. Un arcabucero escondido en una casa, debe disparar sobre su alteza, cuando los hidalgos se inclinen á coger sus bastones que dejarán todos de antemano caer al suelo, y esta es la señal convenida; mas cuando ellos se inclinaren, el Rey se inclinará tambien, y á parte de eso el traidor arca-

bucero habrá ya á ese tiempo dejado de existir. Los nobles creerán que un accidente imprevisto ha desbaratado su plan, y que están seguros; empero de aquí á tres meses, la cabeza de los conjurados estará sirviendo de estorbo en los infiernos, y las demás no tardarán mucho en poderse apilar con ellas.

Anton de Faria pronunció estas palabras con un furor comprimido, y el barbero inmóvil y atónito le escuchaba con ojos espantados y la boca entreabierta. El valido prosiguió.

—Acabad de rapar me, y marchaos. Podeis decir á todos que hoy quieren asesinar al Rey; pero silencio! acerca de quien os lo ha dicho, y de que se tiene noticia de los planes de los traidores; si os place la luz del sol, poned freno á vuestra lengua.

Maese Blas terminó su faena; la gana de hablar se le pasó repentinamente.—Acabada la obra, despidióse con voz sumisa de Anton de Faria, y se metió en su aposento.

De allí á un par de horas, corria por Setubal un rumor vago entre las gentes del pueblo, de que se queria atentar contra la vida del Rey en el solemne acto de la procesion del Corpus. Nadie supo decir cómo aquel rumor se esparció; empero maese Blas habia salido de palacio, como cosa de tres horas antes que empezara la funcion.

ISIDORO GIL.

(Continuará.)

POESIA.

LA VIDA EN LA ESPERANZA.

I.

En las riberas frondosas
que ciñe el Guadalquivir
con lazos de adelfa y rosas,
que allí, brisas deliciosas
hacen eternas vivir:
Entre sus verdes nogales
se eleva una blanca quinta
de labores orientales,
cuyas torres colosales
el rio en sus hondas pinta.
Un tiempo por su grandeza
fué Alcazava de los moros;
hoy, derruida fortaleza,
solo guarda una belleza,
y del amor mil tesoros.
Pues juntos pueden caber,
todos los que oculta amor,
en la divina muger,
que con el nombre de Ester,
era un ángel del Señor.
Dicen que nació en Sevilla,
en dote y belleza igual;
y que se tuvo en la villa,
su beldad por maravilla,
por portento su caudal.
Un hidalgo portugués,
mas orgulloso que hidalgo,
con mas que orgullo interés,
debió de terciar en algo
con su padre D. Andrés:
Que una carta de él tenia,
en que el buen viejo, en verdad,
conspirador parecia,
porque de su patria un dia
lidió por la libertad.
Y el portugués, con traicion,
juró no hacer delacion
de tal carta, si por ella,
le entregaba el corazon
de tan honesta doncella.
Y esta, enamorada y pura
en memoria de su madre,
sacrificó su ventura;
y él vendió su hermosura
por el honor de su padre!
El pobre anciano salvó
su buen nombre; pero al fin,
entre congojas murió;
que nunca se consoló
de darla esposo tan ruin.
Y en sus últimos momentos,
tardíos remordimientos,
le desgarraron el alma;
y del maritrio la palma
le alcanzaron sus tormentos.
Aun no ha llegado á olvidar
la pobre huérfana Ester,
las que le oyó murmurar
voces de gran padecer,
en el punto de espirar:
«Hija idolatrada mia,
»perdona á tu padre anciano:
»él por tus ojos vivia,
»y él eclipsó con su mano
»de tus ojos la alegría!
»Comprendo bien los dolores
»que atormentan tu pasion;
»pues siendo vírgen de amores,
»tienes que dar tus favores
»al que odia tu corazon!
»Miserable orgullo ha sido
»el que así me ha deslumbrado:
»por falso honor, he creido
»que con un limpio apellido
»queda siempre el pecho honrado.
»Pero hoy miro con desden,
»de la muerte en los umbrales
»que el honor que otros nos den
»no nos hace hombres de bien
»sino las prendas morales!
»Y ahora, esfuerza que me asombre,
»como nací tan vil hombre,
»que atendiendo á mi opinion,
»por ver entero mi nombre
»desgarré tu corazon!...
»Perdóname, Ester querida,
»para que Dios me perdone.
»Eterna es mi despedida!
»yo haré que Dios te corone
»el martirio de tu vida.»
Esta queja dolorosa,
el tierno padre, al morir
dirijió á Ester, que llorosa,
olvidando que era esposa,
quiso amante sonreir.
Cadáver era el anciano,
cuando de él alzó sus ojos,
y cuando un hombre inhumano,
la arrancó con muda mano
de sus calientes despojos.
Pocos momentos despues,
moribunda de dolor,
cayó rendida, á los pies
del altivo portugués
su esposo y fiero señor!

II.

Pasan de nuestra vida los deliciosos dias,
cual la memoria dulce de un sueño encantador;
pero las horas tristes de duelo y de agonías,
se arrastran lentamente; son siglos de dolor
Ester, huérfana y sierva, lamenta solitaria
las que perdió risueñas horas de libertad;
y en amorosas quejas, tiernísima plegaria
murmura, reclamando del cielo la piedad
Blanca paloma, presa entre los rudos lazos
del que rompió su nido, astuto cazador;
vierte amorosas lágrimas, del corazon pedazos,
porque aborrece al hombre que la reclama amor.
Bajo las duras rejas de un tenebroso encierro
vive en prision perpetua la jóven celestial;
y aquel pardo castillo, jigante del destierro,
la forma con sus muros sepulcro funeral.
La luna misteriosa, partida entre las rejas
de su desierta estancia, la envia su fulgor;
y amantes los luceros, por consolar sus quejas,
se miran en sus ojos, estrellas del amor.
Las auras susurrando, entre revueltos giros,
recogen los mas suaves aromas del jardin,
cambiando sus perfumes, por el de los suspiros
que salen de los labios del casto serafin.
Los pálidos vapores, que en grupos tenebrosos
arrastra hácia su torre la negra tempestad,
se rasgan en la flecha, y vagos y medrosos
figuran al romperse, hadas de caridad.
El rio, que el cimiento de la soberbia torre
acaricia, temblando con lúgubre rumor,
por arrullar sus penas, apresurado corre,
y socavar pretende del muro el espesor.
La errante golondrina, que cruza del espacio
la azul region, buscando su nido tutelar,
huye el vergel umbroso, y el colosal palacio,
y en su ventana oscura las ramas va á colgar.
Y en desiguales trinos, consuela los dolores
de la infeliz doncella que, con ingenuo ardor,
cubre su amante nido con inocentes flores,
y á sus hijuelos tiernos con lágrimas de amor.
Ella, infeliz esposa, en sus males prolijos
jamás de la ternura gozó el sublime afan;
ni nunca será madre de cariñosos hijos,
que en su regazo, humildes, su frente adormirán.
Ni sentirá el aroma, en su anhelante boca,
de los ardientes besos de entusiasta amador,

al despertar de un sueño, en que rendida y loca
la desmayó el esceso de un inocente amor.
Su esposo adora en ella el virginal perfume
de una entusiasta jóven, hechicera muger;
y voluptuoso y torpe, por ella se consume
en la pasion bastarda de un lúbrico placer.
Comprada su hermosura, gozó de sus amores
con ansia vergonzosa, con torpe frenesí;
y desgarró villano las virginales flores;
y desdeñó la planta despues lejos de sí!
Verdad es, que en su pecho se levantó imperiosa
la refulgente llama de una pasion cruel,
al conocer el alma de su muger hermosa,
sensible para todos, insensible para él!
De la inocente víctima placeres demandaba,
mas solo amargas lágrimas le brindaba el placer,
entre los labios frios de la impasible esclava;
para él alma de bronce, estátua, y no muger!
Juró venganza horrible de la modesta esposa
y quiso con tormentos triunfar de su desden;
y abrióla en el castillo estancia tenebrosa,
que al encerrar á un ángel, se transformó en Eden
Una anciana mulata quedó por compañera
del serafin cautivo, que alegre suspiró
al verse solo, y libre en su prision austera,
de frente con el cielo, que así la abandonó!
Pobre Ester!... Sus pesares, por las horas se cuentan
de la azarosa vida que tiene que vivir:
su lecho y sus manjares sus lágrimas calientan;
mas guarda una esperanza; triste es, la de morir!

III.

Blasco Silva de Pereyra,
es el portugués bizarro
dueño de la hermosa Ester,
ó mas que dueño, tirano.
Altivo, orgulloso y fiero,
el medio ruin olvidando
de que se valió algun dia
para poseer su mano;
desdeñó el rico tesoro,
á precio tan vil comprado,
y despues de mancillarle,
hizo el ídolo pedazos.
Herido está en su amor propio;
que es él valiente y gallardo,
y en cintas, randas, colores,
apuesto como soldado.
Y no sufre con paciencia,
que á sus amantes halagos
responda una tierna jóven
cual muda estátua de mármol.
Ruegos, quejas y amenazas,
emplea contra ella en vano;
que alma sin amor es piedra,
y nada asombra á un peñasco.
Amor, aunque niño, es rey
por su instinto soberano;
se rinde siempre al capricho,
jamás sucumbe al mandato;
y aun cuando ciego le pintan,
vé muy hondo, y vé muy claro.
Aunque le oprima la fuerza,
le aten del deber los lazos,
ó le encadenen del mundo
los convencionales pactos,
amor es libre en su esencia;
y altivo, para mostrarlo,
en un tierno pensamiento,
cruza el azul del espacio;
y en el fuego de un suspiro
del corazon abrasado;
y en el brillo de una lágrima
que asoma oculta y temblando;
envia al ángel que adora
mil cariñosos regalos:
misterios que solo alcanza
el que vive enamorado!
Por eso al amor, con alas
le pintan; símbolo exacto
de que es como el viento, libre;
y como Dios, soberano!
¿Cómo el que al mundo gobierna,
del mundo ha de ser esclavo?
Estos negros pensamientos,
dia y noche batallando
del portugués en la mente,
le tienen atormentado;
que un presentimiento oculto
le está, en sueños, revelando
que en aquella hermosa jóven,
el incendio que apagado
para sus caricias se halla,
quizá á otros tiernos halagos
volverá á encenderse un dia,
volcan de amor inflamado!
Celoso está el portugués;
y aunque en su honor no hay agravios
se ofende de ver posibles
sus celos imaginados;
y se espanta al encontrar
tal vez en su amor contrarios;
por eso mas que la cela,
la aprisiona ciego y bárbaro.
Ay! la delirante esposa
no pudiendo afanes tantos
al fin resistir, espera
hallar muriendo, descanso.
Los manjares que la brindan,
resuelta arroja su mano
al Guadalquivir; pues quiere
sucumba el cuerpo estenuado.
La anciana nada comprende,
ni el vigilante D. Blasco;
pero sin saber la causa,
lo que sí adivinan ambos,
es que Ester se vá muriendo;
pues en su semblante pálido,
y en los negros tristes ojos
el brillo azaroso y lánguido,
y su indeciso color,
muestran que se vá apagando
la llama interior, que alumbra
aquel peregrino vaso,
que empañó la desventura,
y que el dolor ha quebrado.
Y al sesto dia, en verdad
llegara el tremendo plazo,
si la voluntad del cielo
ó la fuerza de los hados
no marcáran otro rumbo
á la rueda de sus años.
Ester, al sentir del pecho
huir la vida, sus brazos
tendió á la reja, y sus ojos
dejó en el cénit clavados;
y respirando la brisa,
y oyendo el murmullo vago
de las olas, y sintiendo
de la flor del valle el hálito;
rumores que forman eco
á su plegaria en sus labios;
creyó perdonaba el cielo
su crímen, por noble y santo;
y que feliz sonreia
á su amor su padre anciano,
que tal vez sobre la luna
la estaba ansioso esperando!
El dia en que iba á espirar
de estenuacion y desmayo,
cerrábanse ya sus ojos,
cuando el trote de un caballo
hirió su oido, y un punto
revivió en su cuerpo el ánimo.
Dirigió, ya moribundas
sus miradas hácia el llano;
era un ginete... era un jóven,
y de la luna los rayos
reflejaban en su frente,
como en un cristal dorado.
Se estremeció la infeliz.
viendo al ginete gallardo
frente por frente á la torre,
parar su galope largo.
Creyó en sus ojos mirar
la lumbre de dos relámpagos,
y al ver tal vida en sus ojos,
la muerte vió con espanto.
Sin duda el galan ginete,
no caminaba al acaso,
y era la torre, aunque negra,
de sus pesquisas el blanco;
pues hizo una seña á Ester,
que, al sentirse agonizando,
llevó á su sedienta boca
un vaso de agua; con ánimo
de prolongar un instante
su vida; para emplearlo
en ver el designio oculto
de aquel misterioso hidalgo.
Volvió el ginete á advertirla
con ademanes bien claros,
se apartase de la reja;
mostróla un papel y un dardo;
prendió el billete á la flecha,
y desprendiéndose un arco
que sujetaba á sus hombros,
quedó á la torre apuntando.
Ester se apartó: la flecha
penetró dentro del cuarto;
se oyó el trote del corcel,
trepando los montes altos:
Ester, de rodillas, trémula,
escondiendo en su regazo
el suave y sutil billete
que cual delicioso bálsamo
sobre el corazon sentia,
prorrumpió en gritos ahogados;
«No caiga en flor mi esperanza
que es la primera que alcanzo;
y es tan hermosa su lumbre
que por gozarla me abraso!
Favorecedme! Yo muero,
y ya vivir idolatro!»

(Continuará.)

G. Romero Larrañaga.

No habiendo sido posible al hacer el ajuste dar cabida á dos láminas mas que teniamos dispuestas para este número, las publicaremos en el siguiente sin perjuicio de las que le corresponden.

MADRID 1848.
IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ.



Vista interior del Monasterio de las Salesas.

UN PASEO

A LA PATRIA DE DON QUIJOTE.

ARTICULO III.

Argamasilla de Alba, ó si se quiere *lugar nuevo* (puesto que con ambos nombres es conocida esta villa entre los naturales) se halla situada en una estensa llanura y rodeada de huertas, molinos harineros, *quinterias* y alamedas. Su cielo es limpio, despejado y sereno. Las fétidas exalaciones de las pantanosas aguas del Guadiana, que bañan las casas del pueblo, hacen que los aires sean poco saludables. Dista la patria de D. Quijote (1) veinte y cinco leguas cortas de Madrid, seis de Ciudad Real su capital de provincia, y veinte de Toledo su diócesis.

Ya en el siglo XIII se hace memoria de Argamasilla con el nombre de *Argamasiella*, y se sabe que doscientos años despues fué destruido su caserio por una inundacion del Guadiana, á la manera que el del antiguo municipio Laminio, asentado tambien en el nacimiento de este rio caprichoso y estraño. D. Diego de Toledo, hijo de D. Fadrique y segundo Duque de Alba, reconstruyó la villa en tiempo de los Reyes católicos, y desde entonces se llamó *Lugar nuevo* y Argamasilla *de Alba*. (1) Por esta época debió comenzarse la obra de la Iglesia parroquial, porque las naves concluidas pertenecen á aquel género de arquitectura góti-

(1) Esto es indudable á todas luces—Cervantes lo indica claramente al fin de la PRIMERA PARTE de su obra y el reverendo que adoptó el supuesto nombre de Avellaneda para continuar *El ingenioso hidalgo*, encabeza de la siguiente manera la dedicatoria de su libro. «Al Alcalde, Regidores é hidalgos de la noble «villa del Argamasilla, de la Mancha, *patria feliz* del hidalgo Don «Quijote, lustre de los profesores de la caballeria andantesca.» P. 1.ª tomo 1.º Edicion de Madrid—1805.

(1) *Anales de la órden de descalzos de la Merced*, por Fr. Pedro de San Cecilio.

ca, sencilla y correcta que dominaba en España á fines del siglo XV.

Los moriscos ocuparon la mayor parte de la nueva poblacion levantada por el duque, y como eran tan industriosos y frugales, la tierra de migajon y fácil el regado, se hizo opulenta la villa y tanto que en su lengua la llamaban ellos *Rio de la Plata*. Vino la malhadada espulsion y Argamasilla como otros muchos pueblos de la península empezó á decaer, cesó completamente la construccion de su magnífico templo y los hidalgos castellanos se refujiaron á villas de mayor importancia, dejando abandonadas sus casas solariegas. Una peste y un incendio mermaron la decaida poblacion en el siglo pasado y en el presente la guerra civil le ha hecho derruido teatro de sangrientos horrores.

Penetré por sus calles mal arrecifadas contemplando el triste aspecto de sus casas construidas de tierra y con un solo piso: unas ciento ochenta hay servibles segun los vecinos y no llegan á mil cuatrocientos los humanos habitantes que las ocupan (1). Me dirijí á la plaza, centro comun de todos los lugares, y de allí á presentar las cartas que á prevencion llevaba para averiguar de los naturales lo que á mi propósito convenia.

A los pocos momentos visitaba la Iglesia, cuya principal fachada conocen ya mis lectores. Segun la planta el arquitecto quiso que tuviese tres naves y concluido el edificio sus elegantes pilares formados de delgadas columnitas, sus elevadas bóvedas y sus arcos ojivos hubieran sorprendido agradablemente al viajero y al artista; pero no se cerraron algunas cúpulas, y solo está practicable una parte del templo, adornada con retablos plateresco no de mala traza. Por ser la construccion mas fuerte del pueblo y ocupar casi el centro sirvió en esta última guerra de defensa á carlistas y liberales: la tostada frente de sus muros está maltratada por las balas y el incendio; y la lodada puerta de su principal frontispicio tiene aun por defensa un rebellin de tierra con apiñadas aspilleras.

En la plaza no hay árboles ni fuentes y las casas todas, esceptuando algunas que ostentan en sus portadas escudos de armas, son de miserable aspecto. Lo mal blanqueado de sus paredes, el polvo con que las cubre el viento solano de la llanura, sus desvencijadas puertas y la desigualdad de los tejados y techumbres dan á este lugar, como á otros muchos de la Mancha, un aspecto monótono y salvaje que repugna y entristece.—Las aldeas andaluzas, aunque pobres, con sus casas enjalbegadas, sus suelos aljofifados, sus parrales, sus huertos y su limpieza toda, se asemejan á un campamento de blancas tiendas formado.

Mas dejamos la plaza y tomando por la izquierda, sin cuidarnos de lo ruinoso de la torre de la Iglesia, entramos en la *calle empedrada nueva*, que es algun tanto alegre y anchurosa. Muy al comienzo está la *casa de Medrano* donde segun constante tradicion se cree que estuvo preso Cervantes y dió principio á su obra inmortal. Mis lectores verán al fin de este artículo un fiel traslado de ella, tal como estaba entonces, pues posteriormente ha sido revocada y segun otros la han derribado, lo cual no estraño á juzgar por la repugnancia con que los manchegos hablan del Quijote y enseñan este curioso y tristísimo monumento de las desgracias del Príncipe de nuestros ingenios.

La fachada no puede tener mayor sencillez, las jambas y el dintel de la puerta son de piedra y sobre la cornisa se vé un escudo con casco y plumaje todo tan destrozado y relleno de cal que es imposible adivinar ninguno de los blasones: dos rejas salientes sin simetría alguna dan luz al interior del segundo piso; la de la derecha que es mayor está adornada con una larga caña de la cual pende un manojo de brezos y juncos secos, especie de muestra geroglífica adoptada en la Mancha por todos los taberneros y cosecheros de vino: un alero morisco corona el frontis todo.

El porton está desvencijado, y tiene por adornos gruesos clavos de hierro; penetré por su achatado postigo que da entrada á un portal medianamente largo y del ancho de la portada: despues está el patio, guarnecido á la usanza árabe de cenadores, de una galería descubierta en el piso principal sostenida por seis columnas de piedra y dos pilares de madera con capiteles labrados. En los ángulos de los cenadores habia *tobosescas tinajas* de buen tamaño que encerraban el licor anunciado por la escoba de juncos. En el lado de la izquierda estaba el *sótano inmundo* que me traia á aquella casa de aciago recuerdo. Encendieron un candil y quitaron unas canastas de la puerta arqueada de aquella cueva, bajamos siete escalones y vinimos á dar á una bodega inhabitable, llena de muebles inútiles, de esteras, pedazos de tabla y cascos de tinajas que cubrian el suelo terrizo de aquella lóbrega estancia, embarazando el andar. A los rojizos reflejos de la luz huyeron los ratones que habitaban descuidados entre los trastos, y bandadas inmensas de correderas se pusieron en agitado movimiento: un olor insalubre y fétido despedia tan sucio conjunto. Aquel subterráneo está nueve pies mas bajo que el nivel del patio, tiene unas cuatro varas de ancho, seis y algunas pulgadas de largo, y una bóveda de yeso le cubre.

A la derecha de la entrada, en el testero, se conserva todavía un agujero profundo como de un pié, donde estuvo clavado el madero y la argolla que sujetaba la cadena con que amarraron al *manco sano*, al *famoso todo*, al *escritor alegre*, al *regocijo de las musas*!

¡Qué bien se comprenden á la vista de tan horrible encierro aquellas amargas y melancólicas razones con que comienza el prólogo del Quijote! (1)

(1) Miñano en su Diccionario geográfico dá á este pueblo 426 casas y 1300 habitantes y Madoz 246 y 1535 almas; pero yo estuve en Argamasilla mucho despues de la publicacion de la primera de estas obras y tengo algunas razones para desconfiar de la segunda en este punto y tener por mas seguros mis datos que debo á personas muy respetables del pueblo.—1.° porque en el *Diccionario geográfico, estadístico, histórico* etc. del Sr. Madoz no se dice que Argamasilla fué la patria de D. Quijote, ni que allí estuvo preso Miguel de Cervantes Saavedra—2.° porque ni una sola noticia histórica se dá de esta villa (en lo cual han seguido á Miñano)—3.° porque no se dice que el Argamasilla de Alba es conocida en la Mancha con el nombre de *Lugar nuevo* cuando las mas veces lo espresan los escribanos hasta en los documentos públicos; y 4.° porque en el artículo perteneciente á la villa en cuestion se asegura que la Iglesia es sólida y magnífica, cuando está sin concluir y muy destruida. Confio que en el suplemento se llenarán estas lagunas tan notables en una obra de tantas pretensiones y tan digna de elojio por otros conceptos, pero en tanto doy mayor crédito á lo mio.

(1) «Desocupado lector, sin juramento me podrás creer que «quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el «mas hermoso», el mas gallardo y mas discreto que pudiera ima-

¡Con cuánta verdad escribia desde este lugar á su tio D. Juan Bernabé Saavedra para que le diese amparo y proteccion: *Luengos dias y menguadas noches me fatigan en esta cárcel ó mejor diré* CAVERNA!

De ninguna prision puede decirse con mas verdad que de esta aquello de «Todas las plagas de Egip»to, todas las penas del infierno se cifran en aquel »asqueroso albergue, donde se hallan corrompidos »casi todos los elementos... Abunda la tierra de saban»dijas, el aire de mal olor....» (1) Aquel ilustre anciano (2) en cuya frente hervia la sátira de un siglo y cuya poderosa espontaneidad le hacia marchar doscientos años delantero de los sábios de sus tiempos, el fiero soldado que con la fiebre y con dos mortales heridas habia defendido la gloria de España en las aguas de Lepanto, el que habia intentado estando entre cadenas, y solo y rodeado de traidores, apode«ginarse; pero no he podido yo contravenir la órden de natura«leza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y asi, que «no ha de engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino «la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de «pensamientos varios, y nunca imaginados de otro alguno *¿bien «como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad «tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitacion?»*

(1) *El Pasagero* f. 286 de D. Cristobal Suarez de Figueroa.

(2) Cuando Cervantes fué preso en Argamasilla tendria de 55 á 65 años.

rarse de Argel! ¡Cuánto no sufriria en este sótano y arreojado por tales gentes y por tal motivo!!! Desgraciada condicion la del genio! ¡Cómo la virtud solo encuentra recompensa despues de la muerte!

Profundamente conmovido, con religioso respeto abandoné aquel lugar donde habia estado preso Cervantes, donde se habia engendrado el Quijote.

¿Qué causas concurrieron para la prision de tan noble ingenio? ¿Qué tradiciones se conservan en la memoria de aquellas gentes sobre el orígen del Quijote?

Esto será objeto del artículo IV.—Cruzando el Guadiana por uno de los humildes puentes que lo encadenan, y por el sitio tal vez donde estaba Sanchica lavando cuando llegó el paje con las alegres nuevas de su padre el gobernador de la ínsula Barataria, desesperado por no hallar huellas de la casa del ingenioso hidalgo que un incendio habia consumido, tomé la direccion del Toboso, pátria insigne de Doña Dulcinea, para recoger nuevas que fueron muy de mi agrado y que creo proporcionarán saludable entretenimiento al desocupado que me siga en la relacion de mi paseo.

J. GIMENEZ-SERRANO.



Casa llamada de Medrano, en que estuvo preso Cervantes, y comenzó á escribir el Quijote.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV.

VI.

LA PROCESION DEL CORPUS.

(Continuacion.)

Mas de las ocho serian cuando maese Blas salió del reducido albergue que le habian dado en el átrio de palacio, donde tenian tambien su cuartel los ballesteros, mosqueteros y jinetes del rey, y del cual estaba apenas separado el zaquizamí del barbero por un tabique de tablas groseramente labradas y mal unidas. Así en el cuartel como en el átrio se sentia grande estrépito y rebullicio; porque los soldados habian tenido que armarse de prisa para acudir á la formacion, en virtud de órden real por la que se les previno que estuviesen prontos, pues el rey no tardaria en bajar para asistir á la procesion. Las ocho serian como llevamos dicho cuando maese Blas se echó á la calle; y segun ya tambien dejamos dicho en el capítulo precedente de allí á unas dos horas corrió entre la plebe de Setubal cierta voz de que se trataba de atentar contra la vida del rey; pero no llegó á pasar de un rumor vago é incierto. Los pecheros, sin saber fijamente por qué razon, acusaban á los hidalgos de traiciones horribles; traiciones que á decir verdad ninguno sabia, pero todos aguardaban con anhelo que se realizasen ó se desvaneciesen de una vez tan misteriosos y alarmantes rumores.

El reloj de sol colocado en uno de los ángulos de

la plaza de la villa apuntaba cerca de las once, cuando empezó á salir la procesion de la iglesia matriz, adonde el rey acababa de llegar, acompañado de todos los nobles que se hallaban en la córte. Eran estos ademas de los oficiales de su casa, el obispo de Evora, su hermano D. Fernando de Meneses, el duque de Viseo cuñado del rey, Pedro de Alburquerque, el Conde de Penamacor, D. Gutierre Cutiño, D. Alvaro de Ataida y su hijo D. Pedro, Fernan de Silveira y otros muchos hidalgos y caballeros que el rey holgaba mucho de traer consigo en las contínuas correrías que con frecuencia hacia por las provincias, especialmente por las de Estremadura y Alentejo.

La llegada del rey hizo entrar al punto en buen órden á toda aquella multitud que debia ir incorporada en la procesion, y que, reunida en varios grupos, formaba á la puerta y aun dentro de las mismas naves de la iglesia, un indecible caos de pendones, estandartes, banderas, danzantes, apóstoles, reyes, emperadores, músicos, caballeros, profetas, diablos, santos, ánicos, mugeres lascivas y rabís venerables; cada cual vestido con su traje adecuado, y haciendo los ademanes propios del papel que representaba. Las tabernas de las cercanías habianse ya á aquellas horas desocupado; mas el divino licor se traslucia muy á las claras en las faces rubicundas de los alegres danzarines y juglares que se ensayaban entretanto con todo esmero, saltando y haciendo gestos y visajes para desempeñar á cual mejor sus papeles en el muy *devoto y angelical auto* de la procesion del *Corpus*.

Los jinetes de la guardia empezaron á apartar repentinamente el tropel de espectadores con aquella cortesia propia de soldados de un príncipe padre de su pueblo; llovian los lapos sobre los inermes cuerpos de los fieles vasallos del rey: aquí un caballero refrenando su corcel lo hacia recular sobre un enjambre de mujeres apiñadas á la pared, y una ú otra venia á caer bajo las patas del pobre animal que sudaba con el peso de su caparazon de hierro; allá un ballestero asentaba su manopla sobre los hocicos de algun badulaque que sacando la cabeza por la fila, le empujaba y hacia salir de formacion: aquí un viejo atropellado gemia tendido en el suelo; acullá lloraba una criatura perdida. En el otro lado una cuadrilla de perros quimeristas venian á caer en revuelto torbellino y con acompañamiento de ladridos, ahullidos y dentelladas, en medio de las diminutas filas de los mosqueteros que en vano querian sostener el órden de parada defendiéndose de los iracundos canes con las culatas hasta que lograban esterminar á uno de ellos.

Acudia entonces el dueño del animal asesinado y agarrábase con el mosquetero, el cual dirijia brevemente la contienda, haciendo con su formidable arma un movimiento de rotacion, y dando con ella en el pecho al honrado ciudadano que echando bocanadas de sangre iba rodando al suelo. En fin veíase á una simple ojeada, que el pueblo se hallaba libre de la tirania de los hidalgos, y que habiendo ya corregidores en las tierras de los donatarios de la corona, la nacion era libre, respetada y feliz.

Serenóse poco á poco la revuelta y la procesion comenzó. ¿Pero dónde estaba maese Blas? maese Blas estaba subido en el escalon de una puerta en la calle de la Anunciacion ó del Trono como hoy se llama, y ya llamaba así el muy *sincero* é *imparcial* historiador Garcia de Resende. Esta puerta pertenecia á una casa de esquina, cuyas ventanas, con grande asombro del barbero estaban cerradas, del mismo modo que la puerta. Calculó maese Blas, y calculó bien, que estando todo cerrado, ninguno le incomodaria si se colocaba en el umbral de la puerta. Encarámose pues allí, y aguardó á pié firme á que llegase la procesion. No tardó en desembocar esta por el estremo de la calle, y vió no sin un dolor íntimo y profundo que en pompa, maravilla y grandeza, el corpus de Setubal se dejaba muy atrás al de su muy querida ciudad de Evora (1).

A la cabeza de aquel numeroso concurso venia una *júdenga* ó danza de judíos, precedida de uno que hacia de rabí con el torá ó libro de la ley en la mano. Como en los gobiernos representativos son los primeros cargos que están vacantes, y aun los que no lo están, para los miembros de la oposicion, y para los que mas alto gritan contra el ministerio, así en la procesion del *Corpus* llevaban la delantera los que blasfemaban de Cristo. Tal vez ninguno se hubiera imaginado que en el ceremonial de una procesion del siglo décimo quinto se encerrase el embrion de un principio político del siglo décimo nono!—Pues ahí verán lo que es el mundo.

A la danza de los judíos seguia por su órden el gremio de los herreros con su pendon: y en este lugar se divisaba un hombre vestido de colores, cintas, galones y cascabeles, haciendo gestos y visages con arco y flechas en la mano; era el *segitorio* ó *sugitorio* (del latin *sagitarius*, flechero). Abríase este ancha calle, ora fingiendo gran terror en sus gestos y ademanes, ora plantándose y encarándose con postura y semblante amenazadores y propios del capitan *Horriblioriblifax* de la antigua comedia alemana. Corria delante de él, cuando él corria, y se alejaba cuando él daba pasos adelante; una serpiente jigantesca pintarrageada del mas estraño modo, por debajo de cuya barriga se veian los pies de los hombres que la llevaban, sin que bastase á encubrirlos una selva ó floresta en que la serpiente aparentaba ir metida. Esta parte de la procesion correspondia á los carpinteros, que tambien llevaban una danza de gitanas.

Detrás de ellos venian los hortelanos con un *auto* ó entremés que representaba una cacería; veíase en él un rey y un emperador; un oso y monteros; un carro y hombres armados de chuzos y venablos, todo á la *antigua*, conforme rezaba el reglamento de la procesion.

Iban en pos de la cacería los pilotos, calafates, galeotes y demás gente de la marinería llevando una carabela sobre ruedas, la cual era cosa digna de ver con su cordage, velámen y jarcias; hecho todo ello con la mayor propiedad; y delante caminaba San Pedro con sus barbas blancas y las llaves en la mano.

Seguíase á estos una cuadrilla de bufones y juglares vestidos de mil estravagantes maneras, haciendo muecas é indecencias, con las que la devocion popular crecia, como es de suponer. Inmediatamente despues de estos venian los albañiles y canteros muy graves y sesudos, con castillos en las manos de esquisito trabajo, y su correspondiente pendon. Acompañábanlos las verduleras, pescaderas y fruteras rodeando á dos mozas desenvueltas, una de las cuales iba bailando en pié sobre los hombros de la otra que tambien iba danzando; cosa estupenda y á la que el pueblo embelesado prestaba grandísima atencion: á estas danzantes las daban el nombre de *pella* (1), sin duda derivado de la palabra *pellex*, por ser su significacion mas natural y exacta. Las mugeres que rodeaban á las dos que iban danzando, corrian de un lado á otro como bacantes, tocando al propio tiempo adufes y panderos; todo lo cual les estaba ordenado por el reglamento del *auto*.

Llegaba el turno de los barqueros que venian escoltando á una tremenda y ajigantada figura, la cual representaba á S. Cristóbal y llevaba agarrado al cuello un niño Jesus.

Una de las cosas mas maravillosas que en el *auto* habia era la figura que representaba á San Juan el Precursor con su zurron y cayado, muy bien puesto, la cual daban los zapateros. Delante iban doce pastores y doce monos con unos rabos muy

(1) En esta descripcion nada inventamos; hemos recogido todo lo que aquí se dice de los reglamentos que antiguamente rejian para el órden y ceremonial que debia observarse en la procesion del Corpus-Cristi; y alguna cosa que en ellos faltare está tomada de lo que no há mucho se veia en tales procesiones segun personas dignas de crédito nos han contado: lo que sí hemos hecho ha sido cambiar á veces el órden del espectáculo, para hacer sobresalir mas los contrastes.

(1) En España desempeñaba este papel un muchacho á quien tambien se llamaba *pela*.

largos, tan al natural, que se engañaban los ojos.

Seguíase la danza de los viejos: era una cuadrilla de viejos y viejas, con rosarios hechos de agallas de roble en las manos y que hacian muchas contorsiones, bailando con mas desenvoltura de la que á primera vista prometia la mucha edad que representaban.

En pos de estos venia el *dragon*: era este un reptil espantoso con dos alas de desmesurada magnitud, y pintadas la boca y narices de vermellon imitando sangre: la dama del dragon bailaba delante de él con otro danzante haciendo mimos y carocas á la fiera, que conservaba toda su gravedad, como cosa muerta que era.

Aquí seguia durante un largo trecho la procesion compuesta de varios comparsas y bailes, formados unos de moros esclavos, otros en que los danzantes peleaban armados de espadas, y otros finalmente en los que las figuras representaban sátiras y ninfas en competencias amorosas, sumamente edificativas y morales, como es fácil de imaginar; todo para mayor honra de Dios y exaltacion de la fé.—En este lugar y detrás de las dichas comparsas era donde venia el bienaventurado San Jorge, santo imaginario que los ingleses ingirieron en el calendario portugués en tiempo del Rey D. Fernando I, con ocasion sin duda de la guerra que entonces sostuvo Portugal contra Castilla, y que invocado desde entonces en las batallas, quitó muchas veces á Santiago la honra de que su nombre sirviera de grito de guerra. Venia el patron del reino cubierto de una armadura completa azul y dorada (1), sobre un brioso corcel ricamente enjaezado, con sus escuderos, pajes y caballos del diestro; tan lozano y erguido, que si de palo no fuera, y amen de eso santo, mas de una doncella se enamorara de él. Era este uno de los *pasos* de la procesion del *Corpus* que mas agradaba al respetable público ó público ilustrado (que de ambos modos se le acostumbraba á llamar en carteles y anuncios), de lo cual mucho se envanecian los cereros, rosarieros y doradores, á cuyo cargo estaban los adornos y acompañamiento del bienaventurado santo.

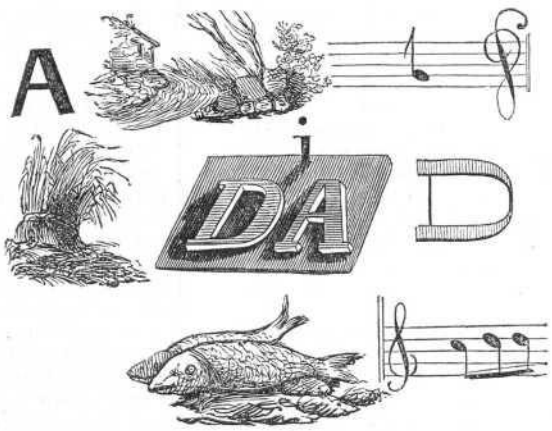
Debemos, antes de pasar adelante, observar en este punto, al cual podemos llamar centro, alma, nudo ó fuerza de la procesion, que por brevedad omitimos los estandartes, cofradías, danzas, *folías*, reyes y emperadores que cada oficio, ó dos, tres, y cuatro unidos llevaban, diseminados aquí y acullá; porque tan minuciosa descripcion fuera nunca acabar. baste decir que solo de reyes habia los bastantes para surtir á todos los pueblos de Europa, y de razonable porcion del Asia.

(Continuará.)

ISIDORO GIL.

(1) Cualquiera puede verlo hoy dia en la fiesta del *Corpus* de Lisboa de la misma manera que aquí se describe.

GEROGLIFICO.



La solucion en el número próximo.

POESIA.

LA VIDA EN LA ESPERANZA. (1)

IV.

Soñando locas quimeras,
de enamorada ternura,
vive la honesta hermosura
en su feliz soledad:
Feliz, pues ya en sus dolores
cabe una dulce esperanza;
y tambien su influjo alcanza
á su hechicera beldad.

—

Mustios y tristes sus ojos
de tórtola amante y tierna,
no asombran ya con la eterna
risteza de su mirar;
Antes bien, brillan sus puros
rayos de amor hechiceros,
cual de la luz los luceros
sobre el azul de la mar.

—

Se ostenta erguida su frente
sobre la eburnea garganta;
su seno el placer levanta
con trémula oscilacion;
Que bajo el cuerpo de nieve,
de fuego un alma se agita,
y de amor tiembla y palpita
un fogoso corazon.

—

Su roja púrpura el lirio
derramó ligeramente
sobre la pálida frente
de aquella hermosa muger;
Y un rojo clavel de Italia,
en dos mitades partido,
formó para amor un nido
entre los lábios de Ester.

—

La palma dió á su cintura
su flexible movimiento;
el ámbar dejó en su aliento
su mas purísimo olor:
Y las brisas de Occidente
prestaron á su hermosura,
el encanto y la frescura
de su cielo encantador.

—

Ester, en fin, revivia
con la esperanza traidora
que brilló, cual blanca aurora,
en la noche de su mal;
Y su corazon quemado
por vehemente desvario
se abria al suave rocío
de un amor puro, ideal!

—

Soñó que el gallardo jóven,
que rondador de sus rejas
la enviaba dulces quejas
de las ondas al rumor,
Era un ángel, disfrazado
con el traje de la tierra;
pero cuyo amor encierra
el paraiso de amor.

—

Todas las noches cruzaba
por la orilla de aquel rio,
y en el torreon sombrío
sus ojos iba á clavar;
Y el sol allí le encontraba
al morir sus luces bellas,
y allí, al morir las estrellas
le volvian á encontrar.

—

Cruzáronse en un principio
saludos de cortesia;
mas, amor con cobardía
nunca es verdadero amor:
Y D. Enrique Cardona,
que asi el doncel se llamaba,
con tal frenesí adoraba
que era imposible mayor.

—

Cambiáronse amantes señas;
primero desatendidas;
mas despues correspondidas
con ternura angelical:
Y de la torre volaron
como palabras de amores,
hasta Enrique, honestas flores,
prendas de amor inmortal.

—

Siguiéronse tiernas cartas,
que hacen siempre heridas ciertas:

(1) Este lindísimo cuento ha sido escrito para formar parte de la interesantísima novela *La enferma del corazon*, que el señor Larrañaga está publicando en la *Semana Pintoresca*.

y amor, de cenizas muertas
encendió ardiente pasion:
Y aunque á la torre apuntaban
mensajeras de él las flechas,
se iban á clavar derechas,
de Ester en el corazon.

—

Bebió un activo veneno
en cartas tan seductoras;
siempre son fascinadoras
las esperanzas del bien!
Y los amantes que sueñan
las dichas porque suspiran,
solo sus encantos miran,
sus infortunios no ven!

—

Verdad es, que el que idolatra
con frenético delirio,
sufre de amor el martirio
por un sueño seductor:
Que mil siglos de amargura
compensa con mucho esceso,
la miel que destila el beso
de una muger con amor.

—

Dos meses han transcurrido
en tan dulces aventuras:
sus amorosas locuras
deben á su fin tocar:
Pues del portugués hidalgo,
ausente á otra tierra estraña,
el pronto regreso á España
vino una esquela á anunciar.

—

Tembló la esposa: y sus ojos
se convirtieron en mares;
negros y horribles pesares
presintió su corazon:
Infiel se creyó y culpable;
y tan infeliz su suerte,
que juzgó hermosa la muerte,
en su desesperacion!

—

Prevenir, cuerda esperaba
desde su reja sombría
á su amante; mas al dia
la noche hundió en su capuz:
Y otras dos nuevas auroras,
dieron lumbre al limpio cielo;
no á su corazon consuelo,
que amor no la dió su luz.

—

La ausencia estraña del jóven
lloraba Ester, harto inquieta
un dia, y oyó secreta
la puerta del cuarto abrir:
Volvióse, con la esperanza
de un deseo inesplicable,
y de espectro formidable
al punto se sintió asir.

—

Era D. Blasco Pereyra,
su fiero y déspota dueño,
el que en su azaroso sueño
creyó amante aparicion:
Le oyó murmurar palabras
que su alma hicieron pedazos;
luego él la tendió sus brazos,
y la sacó del salon.

V.

La esplicacion que tendrian
debió de ser borrascosa:
tres horas pasado habian,
y aun platicando seguian
el portugués y su esposa.
Poniéndonos á escuchar,
fácil nos será el oir
lo que aun queda por hablar;
y esto nos podrá orientar
en lances que han de seguir.

Ester llorando, esclamaba:
«Concededme lo que os pido:
mi resignacion se acabó!
Sois verdugo, y no marido:
ser quiero esposa y no esclava!
Y no creais me lamento,
porque en triste soledad
y en oscuro apartamiento
mis horas de vida cuento
en negra cautividad;
No; porque en ella, aun el cielo
le concedió alivios suaves
á mi continuo desvelo,
en el cantar de las aves,
y en ese astro de consuelo!
Me lastimo únicamente,
de ver que mi juventud,
se agosta así inútilmente;
pues vos mudo, indiferente,
culpais hasta mi virtud.
Me duele, en verdad, señor,
que á quien os brinda amistad,
aunque vos la deis dolor,
aun la exijais torpe amor;
sí, que el vuestro es liviandad.
Que no basta el santo nudo
con que se enlazan los seres,
para que de honor desnudo,
exija un déspota rudo
mil vergonzosos placeres!
Respetad mis amarguras;
y pues vivo desterrada
en mis estancias oscuras,
no lleguen auras impuras
á esta muger desolada.
Vos sois mancebo y galan,
vivo en amor y en deseos;
ved pues, que en mi triste afan
nunca cebo encontrarán
vuestros locos devaneos.
Buscad las torpes delicias
que embriagado soñeis,
y del placer las primicias,
en las mundanas caricias
de mugeres que halagueis;
Mas en la esposa severa,
que por dulce compañera
os dió en el ara el Señor;
amad la virtud austera,
que es del alma única flor.
Y si os cansa mi tristeza,
y os lastima mi desvio,
que es ya en mí, naturaleza,
dejad guarde mi belleza
un monasterio sombrío.
Esa esperanza alimento:
en un oscuro convento
pasar mis floridos años,
en útiles desengaños
ocupado el pensamiento.
Derecho tengo á exigir,
que se me deje vivir
en religioso misterio;
hasta que llegue á morir
en el santo monasterio!
Sí; yo en él, contrita y sola,
cual una humilde amapola,
viviré ufana, señor:
que en las horas del dolor,
mas la virtud se acrisola!»
Blasco Pereyra empuñó
maquinalmente la daga;
su vista en Ester clavó,
y con voz que su ira apaga,
confusamente así habló:
—«Vuestra virtud?... es verdad;
no debo á tan noble esposa
culpar en su honestidad...
Pobre tórtola amorosa
presa en tal cautividad!
Con que no podeis sufrir
las caricias que os prodigo?
Mi amor os dá que sentir?
Quereis en mí un tierno amigo,
no un marido?... Hay que reir!
Olvidais que, al ser mi esposa,
salvásteis en su opinion
á un padre? Y no es fácil cosa,
aunque él descanse en la fosa,
le pierda en su estimacion?
Creeis que con ellos muera
la fama de los traidores?
Nunca, no: y cuando yo quiera,
de su honradez siempre austera
mancharé los resplandores.
Yo haré que á su tumba un dia
intente el pueblo acudir
á afrentarle.
—.....Ay Vírgen mia!
—Quizá su ceniza fria,
por el aire haré esparcir!
Y de sal vereis sembrado
el hogar de sus mayores;
y su nombre disfamado;
y así me hallaré vengado
de vuestros frios amores!
Llorad, Señora, es razon;
mas ya lágrimas no incitan
mi pecho á la compasion,
antes en el alma escitan
mayor desesperacion.
Decís, que ardiente y soldado
busco en livianos placeres
el que en vos nunca he encontrado,
y que loco, enamorado,
vivo entre locas mugeres!
Y que sabeis los trofeos
que mi liviandad alcanza,
y los torpes devaneos
á que de impuros deseos
el vano anhelar me lanza?
Y asegurais, que prefiero,
á mi solitario hogar,
la vida de aventurero,
la fama de bandolero
al nombre de militar?
La infame y ruidosa orgía
á la dulce compañía
de la esposa siempre esclava!
Esto digistes?... Se acaba
pardiez, la paciencia mia.
No lo niego, avaro soy
de los mundanos placeres;
por ellos mi vida doy!
Mi vida son las mugeres;
por tí aborrézcolas hoy.
Que yo he soñado en tu hechizo
placer que no satisfizo
ninguna amante hermosura:
para el placer amor te hizo;
fuera en tus brazos locura;
Mas tu virtud me los cierra,
y me rehusa el perfume
que el cáliz de amor encierra
en esa flor de la tierra,
que de amores me consume!
Pretendes, ingrata, huir
á un oscuro monasterio,
y tras sus verjas vivir,
y entre sus tumbas morir
en religioso misterio?
Tanto os asombra mi amor?
O tal desprecio os inspiro?
No hay para mi amante ardor
de placer nunca un suspiro,
cuando hay tantos de dolor?
Si fueran, señora, celos
los que os tuvieran quejosa,
hago testigos los cielos
de que mis tiernos desvelos
consagraria á mi esposa.

Mas, aunque escucho os quejais
porque enamoro mugeres;
y en rostro tal vez me echais
que compro infames placeres,
por los que vos me negais;
No presumo lo decís
celosa ni despechada;
ni menos que lo sentís:
pues si es cierto que sufrís,
no es del mal de enamorada!
Aunque digo mal, señora,
arde en vuestro corazon,
jigante, dominadora,
la llama fascinadora
de una infinita pasion.
Vive en vuestro entendimiento,
aunque está muy escondido,
un amante pensamiento
que os turba todo el sentido
en su dulce arrobamiento.
Y aunque aparenteis vivir
indiferente y en calma,
he llegado á descubrir
el fuego que hizo nutrir
un volcan inmenso al alma!
En fin, Ester, yo he venido,
no cual tierno enamorado
á buscar ese florido
seno, en donde amor su nido
debió tenerme guardado;
Sino ardiendo de despecho,
y aun embrazando la lanza,
á desgarrar nuestro lecho,
y rompiendo vuestro pecho,
á llevarme su esperanza!
Yo bien sé la que alimenta;
ya descubrí la verdad,
y hoy vengo á pediros cuenta
de mi honor y vuestra afrenta:
Ester, oidme y temblad!
Una noche, no os recato
mi desman, en Flandes, ciego
perdí el oro al juego ingrato;
y un alférez en el juego
me ganó aun vuestro retrato.
Al ver la imágen pintada
adiviné en su mirada,
perdia él su corazon:
mas él ganó la jugada
y se ausentó del salon.
Aunque en Flandes la campaña
seguia, él partióse á España.
Cobarde fué el oficial;
por ver el original
dejó de ver tanta hazaña.
Varios locos capitanes
le hablaron de los desmanes
que cometí con mi esposa,
y escitaron su amorosa
pasion con vivos afanes.
Todo su plan descubrí,
y soñando en la venganza,
de Flandes tras él partí:
celoso, enfermo caí:
terrible fué mi tardanza!
Pues en esos breves dias
ya en amantes alegrías
se trocaron los enojos,
y fascinada en sus ojos
supe que por él vivias.
Tú le amas!....
—.....Yo?.....
—.....La persona
ese loco amor abona;
y no es justo que me pique
que bien vale D. Enrique...
—D. Enrique!....
—.....de Cardona!
Jóven gentil, de Aragon
rico hombre, apuesto, y soldado
tan tierno... mas no es razon
pondere su corazon.....
sus cartas os le han pintado
Vedlas aquí:
—.....Vírgen mia!
Quién traicion?.....
—.....Vano despecho.
Nadie, señora, os vendia,
sino el sueño. Ester dormia:
yo las saqué de su pecho!
Sin duda há pocos instantes
que estos billetes amantes
os arrullaban, paloma:
llenos están del aroma
de sus besos delirantes!
Bien prueban vuestra falsía;
cierta es la deshonra mia!
—Señor, nunca os ofendí!
—Vuestra vida os pido aquí.
—Tomad primero la mia!
Así gritó un caballero
que se interpuso altanero
entre la daga homicida
y la víctima rendida
ante su verdugo fiero.
El portugués esclamó:
—«Quién eres?
—..... .....Quién? Tu rival.»
Aquí Ester se desmayó,
cuando hácia el jóven corrió,
cayó á sus plantas mortal.
—Bien me informó la mulata;
supe que llegaste ayer,
y que tu enojo arrebata
mis tiernas cartas á Ester,
y que hoy tu furor la mata.
Mas yo compré á peso de oro
la entrada, y con este acero
vengo á salvar la que adoro
y no ofendo su decoro;
porque soy un caballero.
—Deja que te sacrifique
junto á la infame.
—La abona
su honor. Justo es lo publique.
—Ya, la abona D. Enrique?
—Cierto: Enrique de Cardona.
Y en fin, si aunque eres malvado
noble el traje de soldado
te impide ser asesino;
hasta ella hallarás camino
por mi corazon rasgado.
Que juro mia ha de ser
esa peregrina Ester,
sino es esposa de Dios....
—Antes uno de los dos
para siempre ha de caer.
—Ah traidor, tu muerte es cierta:
bien lidias, y haces alarde
de un valor... Gané la puerta:
tal brio mal se concierta
en corazon tan cobarde!
—Caí.
—Y á mis pies estás.
—Y á Ester me roban tus brazos?
—Mia ó de Dios!
—Oh! jamás!
Hazme el corazon pedazos!
—Nunca, nunca la verás!
Y Enrique se fué alejando
por el jardin, sin estruendo,
su Ester en brazos llevando;
y el portugués espirando
quedó en tierra maldiciendo.

VI.

A un gótico monasterio
á diez millas de Carmona,
D. Enrique de Cardona
llegó con grande misterio:
Y á las hijas del Señor
confió su hermosa Ester,
que era en forma de muger
el serafin de su amor.
A su nombre hizo ante el rey
la súplica competente,
y á un divorcio legalmente
autorizó á Ester la ley.
El portugués mal curado
de su herida peligrosa,
maldijo á su pobre esposa
y al rival afortunado.
Mas no debiendo luchar
contra la ley temerario,
y aquel claustro solitario
no pudiendo profanar,
Su pena al olvido dió;
buscó orgías y mugeres
y exhausto por los placeres,
al escándalo llegó.
En tanto, en dulce retiro
vivió la triste hermosura,
alterando la clausura
con mas de un tierno suspiro.
Y en áspera penitencia
ciñóse un duro cilicio,
é hizo ante Dios sacrificio
de su amor y su conciencia:
Y muchas noches de hinojos,
ratificó ante el altar
al caballero olvidar,
de los hechiceros ojos:
Mas rebelde el sentimiento
en sus entrañas nutrido,
para ponerle en olvido
le acordaba al pensamiento.
Y solo para apartar
su memoria de su mente,
era fuerza eternamente
su memoria recordar!
Si hallaba un rojo clavel
al pasear por el huerto,
en su cáliz mústio y yerto,
á Enrique miraba en él.
Que aunque galan, á su lado
al despedirse le vió;
que rojo y mústio cayó
de amor oculto abrasado.
Ya recordaba otra vez,
en las estrellas serenas,
de sus mejillas morenas
la lánguida palidez.
Y de la luna en el rayo
tibio, misterioso y bello,
lo suave de su cabello,
y de su frente el desmayo.
Y en el tierno ruiseñor,
huésped de la selva hojosa,
la música deliciosa
de sus palabras de amor.
Y del aura en los murmullos,
y en el eco de las brisas,
de sus amantes sonrisas
los hechiceros arrullos:
Y en la luz viva del sol,
esplendorosa y luciente,
el bizarro continente
de su gallardo español.
Y hasta en la noche sombría,
de su Enrique la tristeza;
que su varonil belleza
en todas partes veia.
Y no era, á fé, sin razon,
mirase do quier pintada
la imágen que iba grabada
en su amante corazon.
Ni era de estrañar tampoco
que así de Ester la ternura,
rayase al fin en locura,
que ella á Enrique hizo antes loco.
Y que él es loco, es verdad,
que aunque el juicio no ha perdido,

ya sin alma, y sin sentido,
busca en la muerte piedad.
Dos meses pasó rondando
las dobles murallas gruesas
del jardin, y las espesas
celosías espiando;
Sin llegar nunca á saber
si en tal sepulcro cautiva,
era muerta ó era viva
su siempre adorada Ester.
Que esta, sus votos cumpliendo,
huia la tentacion,
en su herido corazon
hiel de amor siempre vertiendo.
Solo un dia, aciago fué
para la amante infeliz,
un impensado desliz
la robó á Dios y á su fé.
Creyó, en la noche desierta,
entre el silencio profundo,
oir un ay moribundo,
del huerto umbrío á la puerta.
Sintió su cuerpo temblar,
y en violenta oscilacion,
palpitarla el corazon,
del pecho al querer saltar.
Intentó huir; mas veloz
su planta, trémula, incierta
tropezó; cayó en la puerta,
y otro ay espiró en su voz.
Alguno oyó su lamento,
reconocerle debió,
y al punto un papel cayó
en la huerta del convento.
Ester se hallaba aun de hinojos,
y ya en la tierra veia
la esquela: aspid parecia
que envenenaba sus ojos;
Pues cien veces los cerró,
y al mirarla con espanto,
en las gotas de su llanto
toda el alma la envió.
Y como fuera de sí,
despues la cogió violenta,
y muda y con marcha lenta
desapareció de allí.

(Concluirá.)

G. Romero Larrañaga.

Siendo mucho mas numerosa que esperábamos la tirada que es preciso hacer de la portada, índice y pliegos de regalo que han de contener la conclusion del Siglo, y mas complicada que creimos su composicion, no nos es posible distribuirlos aun; avisaremos oportunamente á nuestros suscritores así que estén disponibles, y desde luego les aseguramos que nada perderán en este retraso involuntario, pues aunque no lo ofrecimos pensamos ilustrarlos con grabados.

Aun no ha terminado el Sr. Príncipe la leyenda cuya conclusion hemos ofrecido regalar á los suscritores que han renovado su abono por medio año, á contar desde primero de Enero, pero está á punto de acabarla; tan luego como nos entregue el original procederemos á la impresion y avisaremos á la mayor brevedad posible.

Agradecidos á la estraordinaria acogida que han tenido los números publicados desde principio de año, de los cuales varios están á punto de agotarse, y otros hemos tenido que reimprimirlos, pensamos presentar láminas mas esmeradas aun que las que se han publicado y artículos variados y amenos debidos á nuestros mas distinguidos escritores.

En el número próximo se publicará la descripcion de las Salesas.

El papel que usamos en este número es el que constantemente emplearemos en el Semanario, que á la ventaja de mayor blancura reune la de prestarse perfectamente á la estampacion de láminas, como fabricado que ha sido espresamente para este objeto y á la medida del periódico, de modo que al encuadernarse le queden las márgenes de un libro.

PELIGROS DE MADRID.



La Grippe hace volar los bombés facultativos.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ.



DON FRANCISCO JAVIER DE BURGOS.

Al ofrecer en el SEMANARIO el retrato de uno de los hombres que han figurado en primera línea en los acontecimientos mas ruidosos ocurridos en España durante el siglo actual, y cuyo nombre se halla unido á todos los adelantos gubernativos y literarios de nuestro pais, no nos proponemos trazar aquí su biografía que acaba de ser publicada en la mayor parte de los periódicos. Conocidas son de todos las circunstancias mas notables de la vida del traductor de Horacio, del director de la *Miscelánea* y del *Imparcial*, del ilustrado y animoso reformador de la administracion, del estudioso individuo de la Academia Española, del que se halló á la cabeza del ministerio de Fomento, debido á sus afanes y laboriosidad.

Unicamente hemos creido oportuno consagrar un recuerdo en nuestras columnas, á la memoria de este personage notable que la muerte acaba de arrebatar, y á quien la prensa de todos colores, olvidando los errores del hombre y haciendo justicia al sábio, ha pagado ese envidiable tributo de respeto y admiracion que al fin se dispensa al verdadero mérito, al talento y al estudio.

TIRSO DE MOLINA.

Acaba de publicarse una recoleccion de cuentos, agudezas, máximas y epígramas, estractadas de las obras del célebre P. Maestro Fr. Gabriel Tellez, tan conocido en el mundo literario con el nombre de *Tirso de Molina*. El distinguido escritor D. Ramon de Mesonero Romanos, autor de este trabajo, ha puesto al frente de la obra un discurso preliminar, dando á conocer lo poco que de la vida del Padre Tellez se sabe, y analizando sus obras con el acierto que acostumbra á desempeñar este género de trabajos el fundador del SEMANARIO.

El Sr. Mesonero ha hecho indudablemente un servicio á la literatura, reuniendo los mas bellos rasgos de las producciones de *Tirso*, desconocidos muchos de ellos por el poco aprecio que se ha hecho de la picante y festiva pluma del fecundo autor de trescientas comedias segun él dijo, aunque la mayor parte no hayan llegado á nuestros dias. Digno de recomendacion es el tomo de que nos ocupamos, pues contiene sabrosa y entretenida lectura y merecedor de elogio nuestro *Curioso parlante* por su concienzudo y apreciable trabajo.

REAL MONASTERIO DE LA VISITACION.

Entre el crecido número de grandiosos edificios que estendidos por el dilatado suelo de nuestra península, acreditan la piedad de los monarcas españoles, y la generosa proteccion que á las nobles artes dispensaron, debe ocupar un distinguido puesto el suntuoso monasterio de la Visitacion de nuestra señora, que erigió en Madrid la virtuosa reina Doña María Bárbara, con beneplácito y en union de su esclarecido esposo el Sr. D. Fernando VI.

Deseando aquella señora hacer una fundacion en obsequio de la santísima Vírgen y en utilidad del pueblo español, escogió para llevar á cabo tan loable proyecto el instituto de San Francisco de Sales, «reflexionando, dice la Reina en la escritura de »fundacion, que sus constituciones están llenas de »sabiduría, discrecion y suavidad, con que se hace »la virtud amable y apetecible; y que uno de los »principales fines á que conspiran y se dirigen es la »crianza y educacion de niñas nobles.....»

Aprobado que fué por el monarca el pensamiento de su esposa, tomáronse las oportunas disposiciones á fin de que se realizase de una manera digna de quien gobernaba el imperio español, vasto á la sazon y poderoso.

El sitio en que la gran fábrica que nos ocupa se levantó, fué escogido por el Rey «con singular acier»to, espresa la citada escritura, por la hermosura de »sus vistas y sana situacion...» Dióse principio al desmonte é igualacion del terreno en el mes de Enero de 1750, colocándose la primera piedra en el cimiento de la puerta reglar el dia 26 de Junio del mismo año. A pesar de la mucha estension y notable magnificencia del nuevo convento, se construyó con tanta constancia y actividad, que el 17 de Abril de 1756 se enarboló la cruz sobre la media naranja, y el 25 de Setiembre del siguiente año fué consagrada la iglesia por el arzobispo de Farsalia D. Manuel Quintano Bonifaz. Terminánronse los trabajos el 30 de Diciembre de 1758, habiéndose empleado en toda la obra ocho años y medio.

El coste del magnífico edificio á que consagramos el presente artículo, ascendió segun el Sr. Cean Bermudez y otros autores á 19.042,039 rs. sin contar las alhajas, ropas, etc., empero el Sr. Mesonero Romanos, solícito investigador de curiosidades madrileñas, insertó en su apreciable *Manual* la siguiente nota, que se halla en el testamento de la augusta fundadora, cuya copia existe en la Biblioteca nacional: *Lo gastado en las Salesas, segun informe de D. Andres Gomez, asciende á* 83.000,000 *de rs. en sola la fábrica, suplido todo por la tesorería.*

Alma pequeña y corazon de hielo tienen ciertamente las personas que censuran á los reyes por haber fundado soberbios monasterios, cuando antes bien merecen por ello particular elogio, pues dieron ocasion «de formarse los artistas, manteniendo viva »la fé católica,» segun observa acertadamente el señor Escosura en la preciosa obra (1) que con el título de España artística y monumental se publicó en París en 1842.

Para que tuviesen cumplido efecto sus designios dispuso la augusta fundadora que las primeras religiosas viniesen del primitivo convento de la ciudad de Annesy, en el ducado de Saboya; y en su consecuencia llegó á Madrid en Octubre de 1748 la madre Sor Ana Sofía de Rochebardoul, acompañada de dos monjas del mismo convento. Hospedáronse en el beaterio de San José, hasta que se dispuso y bendijo una casa en el Prado viejo, á la que á poco tiempo se trasladaron y en la que desde el dia 18 de Febrero de 1749 guardaron clausura y cumplieron las obligaciones de su regla.

Poblaron bien pronto aquel asilo de la virtud nuevas hijas de San Francisco de Sales y de la ínclita baronesa de Chantal, y no pocas educandas que á á la sombra del moderno y admirable instituto iban á recibir la brillante y cristiana educacion que corresponde á una señora distinguida.

Consagrada la iglesia, y dispuesto para servir á su noble destino el monasterio, se verificó la traslacion del Santísimo Sacramento y de la comunidad y educandas desde la casa del Prado viejo al grandioso edificio que ennoblece la capital de España, en la tarde del dia 29 de Setiembre de 1757. La pompa con que este acto se celebró fué correspondiente á una corte opulenta y en alto grado religiosa. Despues de haber sido colocado el Santísimo en el altar mayor, y de haberse cantado el Te Deum, pasaron los reyes á dar la posesion del convento á las religiosas.

Poco tiempo duró á la Reina la satisfaccion de ver realizados sus piadosos deseos, pues falleció en Aranjuez el 27 de Agosto de 1758, despues de una larga y penosa enfermedad, que sufrió con una paciencia digna de particular elogio. Cuando se despidió de sus religiosas, para ir al espresado sitio, las manifestó la persuasion en que estaba de que no volveria á pisar aquella predilecta mansion, á la que llegó el real cadáver el 29 del espresado mes de Agosto, y en el mismo dia se celebraron las correspondientes exequias y se hizo la entrega á la comunidad de los régios despojos, que fueron colocados en el entierro de las religiosas, ínterin se construia el sepulcro en que al presente existen.

En 10 de Agosto de 1749 falleció el Sr. D. Fernando VI, no en Madrid ni en el Escorial como dicen algunas obras, sino en el castillo de Villaviciosa (1), al que se retiró á llorar la pérdida de su idolatrada esposa el mismo dia en que esta dejó de existir. El cuerpo del Rey fué conducido al monasterio que describimos desde el mencionado castillo (2) el dia 12 del citado mes de Agosto.

Por la puerta de Recoletos, que el difunto rey habia levantado, hizo su entrada en la corte el fúnebre cortejo, entre las mas sínceras demostraciones de sentimiento de un pueblo fiel que por última vez daba

(1) Tomo 1.° página 12.

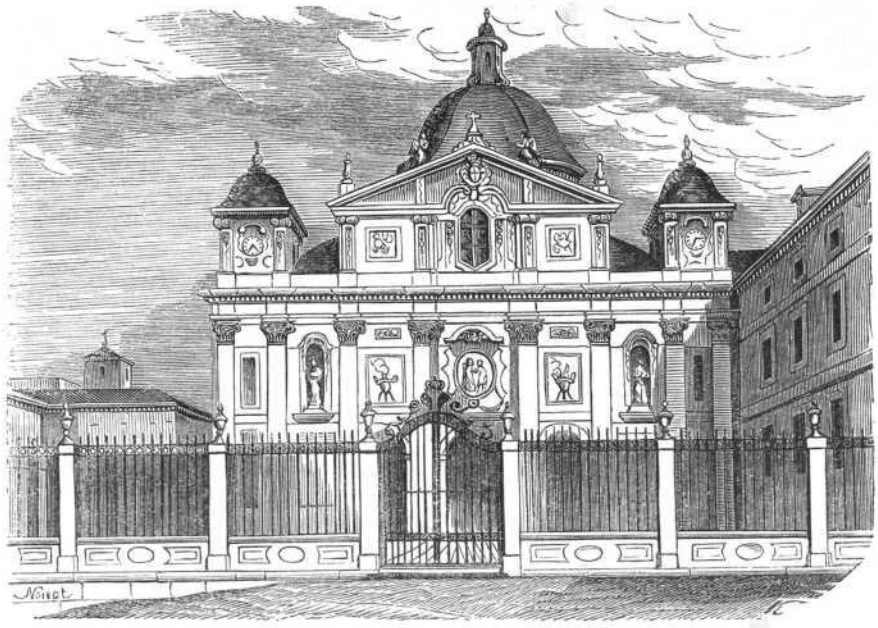
(1) Consta haber acaecido la muerte de Fernando VI en Villaviciosa por las Gazetas y Mercurios de la época é igualmente por los libros parroquiales de aquella villa en los que existe la partida de defuncion del pacífico monarca, de la que puso copia en el Semanario Pintoresco una persona erudita.

(2) Al reparar y acomodar el castillo de Villaviciosa en el último año para establecer en él la escuela de Selvicultura se ha conservado intacta con laudable esmero la reducida y pobre pieza en que dormia y en que espiró el señor de dos mundos, el bondadoso monarca que en tratándose de su persona cualquier cosa le parecia bastante pero cuando habia que socorrer las necesidades de los pueblos ó que protejer y fomentar las ciencias y las artes no conocia límites su generosidad.

pruebas de amor y reconocimiento al buen rey que tantos beneficios le habia dispensado y que segun observa acertadamente el Sr. Lista, «al morir pudo decir »con mas razon que Pericles de los atenienses: llevo »el consuelo de que ningun español ha llevado luto por mi causa.» Terminadas que fueron las régias exequias, el duque de Alba, mayordomo mayor, hizo entrega de los restos mortales del pacífico monarca á las religiosas, que los custodiaron en la clausura hasta que se colocaron en el grandioso monumento erigido en el crucero de la iglesia por la piedad fraternal.

La respetable madre Sor Ana Sofia, de quien hemos hecho mencion por haber sido llamada del Annesy para establecer en la corte el instituto de la Visitacion y ser la primera que desempeñase en el nuevo convento el cargo de superiora, murió dos meses despues que el espresado rey D. Fernando. «Esta »señora, dice el P. Florez, nació en la menor Breta»ña, de la ilustrísima familia de Lespronière de la »Rochebardoul. Entró religiosa en el primitivo con»vento de la ciudad de Annesy y salió para España »en 8 de Setiembre de 1748 con el fin de fundar este »real de Madrid, para cuya primera piedra fué esco»gida por las sólidas virtudes con que el cielo la do»tó y estuvo practicando hasta edad de 71 años.»

Descricion. Uno de los objetos que encierra la capital de España dignos de particular atencion, es sin



Esterior de las Salesas.

duda el magnífico monasterio de la Visitacion, llamado vulgarmente las *Salesas viejas*, edificio notable por su estension y grandiosidad. El templo situado en direccion de Sur á Norte, tiene planta de cruz latina, y aunque no de grandes dimensiones, pues solo presenta una longitud de 128 pies desde la puerta hasta el fondo de la capilla mayor, con 38 de latitud en la nave y 80 en el crucero, es sin embargo suntuoso, atendida la riqueza de su ornato. Por una espaciosa lonja que está cerrada con verjas de hierro entre pilares de piedra adornados de jarrones, se entra al templo de que hablamos, cuya fachada consta de un solo cuerpo, decorado con pilastras de órden compuesto, en medio de las cuales hay tres ingresos, que dan paso á un pórtico, harto pequeño á la verdad para tan considerable fábrica. Está embellecida dicha fachada con varios bajos relieves ejecutados en mármol por D. Domingo Olivieri, y con dos estátuas en sus correspondientes hornacinas que representan á San Francisco de Sales y Santa Juana Fremiot, terminando el todo con un ático en el centro y dos torrecillas en los estremos. La materia de que está labrada la referida fachada es granito.

En el interno de la iglesia hay mucho bueno que observar. Consiste principalmente su decoracion en columnas corintias entregadas en los pilares del crucero y en lo demás pilastras del mismo órden, sentando unas y otras sobre un zócalo de mármol. Corona y cierra el espresado crucero una cúpula, cuyo cuerpo de luces ó tambor está adornado de pilastras pareadas de órden jónico compuesto, no dóricas como dice Ponz, y remata con una linterna á los 130 pies sobre el pavimento (1). Nada sin embargo llama tanto la atencion del observador como los riquísimos retablos entre los que, como es natural, sobresale el mayor. Elévanse en él seis preciosas columnas de serpentina traidas de Huejar en Granada, de una sola pieza, con basas y capiteles de bronce dorado, y cuya altura es de 17 pies: en el intercolumnio se vé una bella pintura ejecutada por el acreditado artista napolitano Francisco de Muro, representa la Visitacion de Nuestra Señora, y tiene un marco de bronce con escudo de armas reales, de igual mate-

(1) En el número anterior del Semanario dimos la perspectiva de esta iglesia que hicimos sacar con particular esmero.

ria, que no desdice á la verdad del costoso retablo en que se halla colocado. En el segundo cuerpo aparece en el centro San Francisco de Sales en gloria y á los lados, sobre los dos grupos de columnas, las estátuas de la Fé y la Caridad: estas y otras esculturas que hay en el segundo cuerpo, y las efigies de San Fernando y Santa Bárbara que están en los costados del primero, fueron trabajadas en mármol por el ya citado D. Domingo Olivieri. Para complemento de la riqueza de esta capilla mayor, se pusieron en las paredes laterales cuatro columnas de mármol de Cuenca, se colocó en la mesa de altar un frontal de mosáico y se construyó sobre la puerta de la sacristía una ostentosa tribuna, resultando un conjunto digno de la majestad del Ser Supremo y de la grandeza de los augustos fundadores. Cuatro retablos se hallan repartidos en el resto de la iglesia, dos en el crucero y otros dos en la nave, todos iguales, consistiendo la decoracion de cada uno en dos medias columnas de serpentina, pilastras, frontispicio y mesas de altar de mármoles y bronces.

Las cuatro gallardas pinturas que embellecen dichos retablos fueron ejecutadas por D. Corrado Guiacuinto, Francisco Cignaroli, Francisco de Muro y Don José Filipart. Hicieron las pinturas al fresco en las bóvedas de la iglesia, pechinas y cúpula los hermanos D. Luis, D. Alejandro y D. Antonio Velazquez.

Suntuoso, rico y elegante es el sepulcro del fundador, fabricado con esquisitos mármoles de órden del gran Cárlos III, bajo la direccion de D. Francisco Sabatini. Consiste en un gran arco de medio punto dentro del cual sienta con dos leones de bronce, y sobre un proporcionado pedestal una soberbia urna en cuyo frente hay un bajo relieve representando las nobles artes acogidas bajo la proteccion del Rey D. Fernando, que valió á su autor D. Francisco Gutierrez el ser nombrado en 1765 teniente director de la Academia. Obra del mismo Gutierrez son las estátuas de mármol blanco de la Justicia y la Abundancia, la del Tiempo con la medalla del monarca, los niños llorosos y las armas reales, esculturas que repartidas por el precioso monumento contribuyen al buen efecto que hace. La inscripcion compuesta por D. Juan Iriarte dice así:

HIC JACET HUJUS COENOBII CONDITOR
FERDINANDUS VI. HISPANIARUM REX,
OPTIMUS PRINCEPS, QUI SINE LIBERIS,
AT NUMEROSA VIRTUTUM SOBOLE PATRIAE
OBIIT IV. ID. AUG. AN. MDCCLIX.
CAROLUS III. FRATRI DILECTISSIMO,
CUJUS VITAM REGNO PRAEOPTASSET
HOC MOEROBIS ET PIETATIS MONUMENTUM.

Concluimos nuestro trabajo diciendo que el sepulcro de la reina se halla en el coro de las religiosas, que la sacristía está adornada con pilastras de órden jónico moderno y que el pavimento de templo que acabamos de describir es de diferentes mármoles, ingeniosamente combinados.

En este gran templo se han celebrado siempre los oficios divinos con ostentacion verdaderamente régia, empero en las calamitosas circunstancias presentes solo se nota la precisa decencia.

El contiguo convento es tan vasto que tiene con la ya descrita iglesia una estension de 135,056 pies cuadrados y si se agrega la huerta resulta un todo de 774,350 pies superficiales. Las cuatro estensas fachadas son iguales en su forma, con jambas de piedra en todas las ventanas; la de Oriente presenta dos resaltos, en la parte del Norte hay adorno de pilastras, por corresponder allí el cuarto real que hizo para sí la fundadora, y tambien se pusieron pilastras en el lienzo que mira al Sur, en el que subsisten algun tanto borradas dos inscripciones latinas que insertó Ponz en su estimable viaje. Dos ermitas de buena arquitectura y bien adornadas en su interior, se levantan en la espaciosa huerta, que está cercada por una tapia que pudiera llamarse muralla.

El primero que hizo diseños para la construccion del convento é iglesia de la Visitacion fué Sachetti, segun dice el Sr. Cean-Bermudez, pero se cree, no sin fundamento, que las trazas adoptadas fueron trabajadas por D. Francisco Carlier, y con arreglo á las mismas dirigió la obra D. Francisco Moradillo.

Fernando VI, que formó una poderosa marina y protegió el comercio, la agricultura, las ciencias exactas y las naturales, ocupará una hermosa página en los anales de la arquitectura española, pues creando la Academia de nobles artes y costeando grandes edificios, logró formar los eminentes profesores que sobresalieron en el reinado del inmortal Cárlos III. Así no debe estrañarse que en el convento de las *Salesas* falte limado gusto, como observan los eruditos Ponz y Cean-Bermudez, porque en 1750 no podia exigirse otra cosa que tener ideas de lo bueno y desechar lo malo: recorriendo el espacio que media entre la tremenda portada del Hospicio y el bellísimo interior de la Encarnacion.

La historia tributará el merecido elogio á los monarcas de la casa de Borbon, por haber fundado y sostenido el Seminario de Nobles y el convento de las Salesas con el laudable fin de que la juventud distinguida de uno y otro sexo saliese de tan útiles casas instruida y rica en máximas de moral y de generosidad cristiana, en lo que estaban interesados el servicio del estado, la moral pública, el esplendor del trono y el prestigio y aun la existencia de las casas ilustres. El Seminario de Nobles pereció en 1834 y el edificio que el trono consagró *á la educacion de la nobleza* se halla convertido en morada de dolor. El convento de las Salesas sirve aun para su primitivo destino. ¡Quiera Dios que pueda decirse lo mismo en los venideros siglos!

JOSÉ MARIA DE EGUREN.

CAJA DE AHORROS DE MADRID.

En una curiosa memoria histórica que acerca de este establecimiento pronunció el Sr. Mesonero Romanos, en la Junta celebrada en 20 de enero, resultan los siguientes curiosos datos. Desde primero de Febrero de 1839 á 31 de diciembre de 1847 se han impuesto 16.653,423 rs., devolviéndose solo 9.793,645 rs. y 28 maravedises: se han hecho 207,919 imposiciones por 9,815 imponentes, de estos 1251 son mugeres, 542 domésticos, 345 jornaleros y artesanos, 307 empleados, 145 militares y 327 de otras clases: dato curioso, como oportunamente se hace observar en la mencionada memoria, para juzgar de la moralidad de nuestra poblacion.

DE LA TRAGEDIA EN ESPAÑA.

No hay que alarmarse, creyendo vamos á resucitar una cuestion ya caduca entre el clasicismo y el romanticismo; ni se crea tampoco que faltando á las condiciones de lugar y de tiempo, vamos á contar la historia del arte trágico, ni mucho menos á señalar sus reglas.—La primera de aquellas cuestiones está para nosotros resuelta desde que una reaccion en el gusto tan necesaria ya como aventurada é intolerante ha sido la revolucion que la sirve de precedente, ha ensanchado los límites de la verdadera libertad literaria conforme al precepto de Boileau: *Tous les genres sont bons, hors le geure ennuyeux.*

El drama moderno, mas verosímil y ajustado á la humana naturaleza que la tragedia y la comedia antiguas, admite la mezcla de lo patético y lo alegre, de lo familiar y lo sublime, imitando así la escena del mundo, en que estos sentimientos andan mezclados y confundidos.—Para nosotros no existe ya como dogma aquel valladar puesto por el clasicismo entre el coturno y el zueco; y hemos sabido hallar un nuevo manantial de bellezas en la transgresion de las rígidas leyes señaladas á la escena dramática por el patriarcado literario.—Pero mas tolerantes que este, no por eso condenamos al ingenio, que queriendo acomodar sus inspiraciones á la antigua norma, evoca á la terrible Melpómene, y sin salirse un punto de los dominios de la musa trágica, intenta escitar en nosotros la compasion y el terror sin mas recursos ni otras condiciones que las señaladas por el dogmatismo clásico.

Quede, pues, sentado como principio fundamental de nuestra profesion de fé, que aceptando, como aceptamos, todos los géneros posibles, menos el género fastidioso, nos hallamos dispuestos á recibir con benevolencia y aun con aplauso una obra pura y clásicamente trágica, sin que por serlo, desmerezca nada en nuestro concepto ni estimacion.—Pero esta tolerancia no nos impide ciertamente examinar si en el estado actual de nuestra literatura y de nuestras costumbres, y si en las condiciones permanentes y elementales de nuestra sociedad española podrán emprenderse con éxito aquellos trabajos; y cuales modificaciones deben tenerse presentes para acomodarlos al gusto dominante.

Seremos ingénuos.—Jamás nos parece tan arbitrario el clásico dogmatismo como cuando traza su indispensable curso á las concepciones del poeta trágico: no parece sino que todas sus reglas están fundadas tan inconcusamente en la naturaleza que no es posible separarse de ellas, sin abortar monstruos. Y sin embargo, nada hay mas facticio, nada menos verdadero en el dominio de las convenciones teatrales que la tragedia clásica, pues que á fuerza de querer embellecer la verdad, la desfigura de tal modo, que necesita pedir á la ilusion un sin número de concesiones á cual mas árdua y costosa para la humana inteligencia.

Si atendemos á su orígen, es la tragedia clásica una planta exótica para la civilizacion moderna, como producto que es de una civilizacion muy remota y por consiguiente de unas tradiciones enteramente perdidas.—Ni los héroes de que nosotros podemos formar idea, son Aquiles ni Priamos, ni Hipólitos, ni los infortunios que á estos rodean se prestan fácilmente á nuestra comprension, ni las formas con que en el teatro griego se presentan estos infortunios, son ya acomodadas al estado material y moral de nuestra escena.—La tragedia, que era para los griegos el único drama propio de su sociedad y de su tiempo, es por lo mismo para nosotros, impropio de nuestro tiempo y nuestra sociedad tan distintos de los suyos. Natural y aun precisa era en la tragedia griega la intervencion de los dioses y semidioses, porque como en resúmen aquella no era sino un canto religioso primero y épico despues, por fuerza habian de ser objeto de aquel canto los que lo eran de la epopeya y de la religion.—Natural y propia era tambien la presencia é intervencion del coro en la escena trágica, porque el coro representaba al pueblo: y el pueblo no podia menos de pedir intervencion en sucesos religiosos y épicos, que por estas cualidades eran de su comun dominio.

Tan ciertas son estas observaciones que al querer resucitarse en la moderna civilizacion las representaciones trágicas, fueron escluidos de ellas las divinidades y el coro, porque la intervencion de estos agentes era pura y esclusivamente acomodable al gusto y esencia de la sociedad griega.—Pero es el caso, que la tragedia sin el coro y sin la intervencion mas ó menos directa de lo que técnicamente se llama la máquina, no es ya verdaderamente la tragedia tal como la poseian sus progenitores, sino otra cosa distinta, que apenas conserva de su tipo mas que algun que otro carácter para señalar su genealogia.—En valde se tomarán argumentos y personages griegos y romanos; en valde se tratará de hacerlos obrar y hablar como ellos obrarian y hablarian, y en valde se intentará con estos medios hacer una tragedia *more graeco*—pues los que tal intenten deben estar ciertos de que no han representado ni podido representar un cuadro ni aun relativamente exacto y verdadero de la tragedia primitiva. Por consiguiente lo que representan, es otra cosa.

¿Y que es esta otra cosa?—Con los modelos á la vista, es decir, con las tragedias francesas, responderemos que esta otra cosa es un cuadro de los sentimientos, de las ideas y de las costumbres de la civilizacion moderna vestidos á la griega ó á la romana; es decir, una pintura incongruente de sucesos antiguos con colores modernos, y por consiguiente, una mentira, que cuando no sea ridícula, tiene que ser fria, desmayada, oscura.—En vano se apelará al auxilio de las formas mas escogidas; en vano pulirán su estilo y sus frases, procurando prestarles una elegancia griega y una académica correccion: el corazon humano no se satisface con formas por elegantes y correctas que sean, sino que ha menester hallar por medio de la inteligencia una verdad absoluta y relativa de afectos profundos, de ideas claras, de hechos que esten al alcance de su comprension.

Ahí está el mismo Voltaire, que no nos dejará mentir: «Sus mejores dramas, dice, no hacen en el corazon una impresion bastante profunda: la galantería, que reina en ellos, y la larga cadena de sus diálogos, los hacen frecuentemente lánguidos» y acaba diciendo que «para la perfeccion de la tragedia sería menester unir la *energía* y *accion*, que caracte-

rizan al teatro inglés, con la *correccion* y *decoro* del teatro francés.»—Con perdon de los clásicos diremos que esto que queria Voltaire, equivalia á desnaturalizar la tragedia clásica, pues rigorosamente hablando, no puede admitirse en ella la *accion*, que caracteriza al teatro inglés.

No hay remedio; ó admitimos la tragedia griega en toda su pureza é integridad, ó su derivada la tragedia francesa con su monótona sencillez, sus eternos diálogos, su postizo sentimentalismo.—Si adoptamos la primera, nos esponemos á que el público no la entienda: si adoptamos la segunda, nos esponemos á que el público se duerma. Y cuenta que no hay mas que aquellos dos tipos de tragedias; y desde ahora aseguramos que la obra trágica que no se acomode á estos tipos, no puede en conciencia recibir el *exequatur* de los clásicos, si han de ser estos consecuentes con sus principios.

Pero la pretension de los trágicos franceses, ó mejor dicho, la estremada docilidad de sus imitadores, que los han tomado por tipo de la tragedia moderna, ha sufrido siempre y sufrirá tales modificaciones que ellas solas bastarian á probarnos la imposibilidad de fundir las composiciones trágicas en un molde comun y absolutamente igual en todas las literaturas de todos tiempos y paises.— Tragedias hicieron los ingleses en el siglo pasado: Addison, Dryden, Home y algunos otros llamaron á las puertas del templo de Melpómene, llevando en la mano los modelos franceses: tuvieron sin duda la decidida intencion de imitar estos modelos con clásica obediencia, y acaso subordinados por el influjo de clásicas aprensiones, tomaron por punto de honra vindicarse de la nota de rebeldes, que el clasicismo francés les echaba en cara, punto menos que acusándolos de barbárie.—¿Y qué sucedió á aquellos pretensos introductores del clasicismo trágico francés en la romántica Inglaterra? Contra su propia intencion, contra sus propios esfuerzos imprimieron á sus obras el sello de la energia que les habia legado el autor de Otelo y de Macbeth, y á despecho suyo fueron trágicos no griegos ni franceses, sino ingleses á la manera de Shakespeare, bien que con las modificaciones que daba de sí el tiempo.

No hablaremos de los trágicos alemanes, porque hasta absurdo seria querer hallarles semejanza con los trágicos franceses, y recorramos brevemente la historia de la tragedia en nuestra España. Solo los eruditos conocerán los ensayos trágicos hechos en nuestro siglo de oro por Fr. Gerónimo Bermudez, por el maestro Hernan Perez de Oliva, por Virnes y Lupercio Leonardo de Argensola. Todos ellos mas retóricos que verdaderos poetas dramáticos, y mas dados á la imitacion del clasicismo griego y romano que á la composicion de obras originales y acomodadas al espíritu de su tiempo, apenas aparecen señalados en la historia de nuestro teatro, como meros ensayistas. Y sin embargo, tal es la fuerza del sentimiento de nacionalidad, sobre todo en nuestros poetas, que el primero de los arriba citados en vez de elegir para sus argumentos asuntos griegos y romanos, apeló al infortunio de la célebre Doña Inés de Castro, y diluyó su lastimosa historia en dos tragedias con sus correspondientes coros y diálogos infinitos, publicadas con el exótico título de *Nise Lastimosa* y *Nise Laureada*.

En el siglo pasado, y á principios del presente ya nuestros escasos poetas trágicos, en vez de imitar á los griegos, tuvieron tambien su manía galo-trágica, y se propusieron formalmente hacer tragedias á la francesa. ¿Pero las hicieron? ¿Consiguió Cienfuegos en su *Doña Sancha*, Huerta en su *Raquel*, ni Quintana en su *Pelayo*, arrojar de sí la semilla anticlásica y antigálica, que en sus fecundos ingenios habian esparcido los progenitores de nuestro teatro nacional? ¡Cosa singular! Las tres mejores tragedias de aquellos tres ingenios versan sobre asuntos no griegos ni romanos; desnúdense, sobre todo las dos primeras, de su endecasílabo asonantado, de su division en cinco actos, y atiéndase al espíritu de los diálogos, á la naturaleza de los personages, al desarrollo de los caractéres, y dígase luego que queda en ellas, que pueda decirse análogo, ó asimilable al teatro trágico francés.

Si, pues, la tragedia cambia de esencia y de formas en cada país segun la índole de su sociedad, de su historia, de sus costumbres y de su idioma respectivos, claro es que no puede subordinarse á un tipo comun y universal, y que no está basada por tanto en reglas rectas y absolutamente derivadas de la naturaleza, porque entonces no sería tan constante y notable su variedad.

¿Pero se sigue de aquí que en los dominios de la literatura no exista un género absoluto que pueda llamarse tragedia? De ningun modo. Tragedia es en el sentido que nosotros la concebimos de acuerdo con los hechos y con la didáctica misma, toda composicion dramática, cuya accion verse principalmente sobre un asunto patético; y cuyas consecuencias en el ánimo del espectador sean escitar el terror y la compasion, inclinandolo al amor de la virtud. Para que esta definicion no pueda aplicarse á otros géneros dramáticos, por ejemplo, al melodrama, añadiremos á aquella definicion, que en el desarrollo del asunto trágico, tal como le concebimos, deben tenerse presentes las formas, que distinguen el drama de buena ley del drama bastardo.

Definase así la tragedia, puesto que realmente no puede definirse de otro modo, y hallaremos en el riquísimo repertorio de nuestro teatro antiguo y moderno muchos modelos de tragedia española. Ahí están para comprobar nuestro aserto *La Estrella de Sevilla*, el *Médico de su honra*, en lo antiguo, y en lo moderno *Guzman el Bueno*, la *Jura en Santa Gadea*, *Fernando el de Antequera*, y otros mil. Estos son los tipos de la tragedia española, de la tragedia posible á nuestro entender en la época actual, de la tragedia, cuyo cultivo aconsejamos.

Pero repetimos lo dicho al principio de estas líneas: no escluimos ni rechazamos con severa faz la tragedia puramente clásica y conforme al tipo convencional que la determina, si hay quien entre en tentacion de escribirla y representarla. Solo haremos una pregunta. ¿Dónde están los poetas que la escriban? Y si los hay, ¿dónde están los actores que la representen? Es posible que en habiendo unos y otros haya público que los oiga y aplauda; pero es menester formar antes una opinion en este público.

Hános movido entre otras razones á escribir estas desaliñadas líneas la reciente representacion del *Régulo*, tragedia nuevamente escrita en tres actos por

el Sr. D. Agustin Azcona, que ha imitado la compuesta por Mr. Arnault sobre el mismo asunto. Hemos asistido á la representacion de esta obra, y sin juzgar ahora el mérito de su original, porque este sería objeto de otro artículo, diremos que considerándola en relacion con el público, nos ha convencido de todo cuanto dejamos enunciado respecto á la tragedia.

No satisfacen las condiciones de este género de obras al público contemporáneo: las entiende mal, no percibe las bellezas puramente académicas; siente la falta de accion y de combinaciones métricas; se fatiga de conservar el ánimo en una espectativa constantemente grave.

Los actores han perdido á causa del desuso, las tradiciones de la declamacion trágica: sonle estraños el fondo y las formas de la tragedia, y para prestarles colorido escénico se encuentran embarazados.—Tal vez una série bien continuada de ensayos felices pueda volver á autorizar la trajedia en el público contemporáneo; pero somos sinceros, no seríamos nosotros quienes lo intentáran.—Quienes como el Sr. Azcona lo intenten bajo tan buenos auspicios, tendrá nuestros aplausos y simpatías; así como los actores que traten de segundar este intento con la fé y entusiasmo que lo han hecho los encargados de interpretar aquella obra, merecen nuestra gratitud.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV.

VI.

LA PROCESION DEL CORPUS.

(Continuacion.)

De San Jorge saltaba la procesion (que aun en aquel tiempo no se habian inventado las tres unidades) al sacrificio de Isaac. Un alentado Abraham, de ropas talares, barba poblada y cuchillo en mano, caminaba con paso grave llevando delante de sí á un rapazuelo que representaba el papel de hijo, y el cual, si hemos de decir toda la verdad, agachábase de vez en cuando para tirar á hurtadillas una pedrada á los muchachos conocidos, con lo que deslucia la funcion, ni mas ni menos que en el dia hacen ciertos actores con gran tormento y desconsuelo del pobre víctima que escribió la comedia que les fuera confiada. Escusado creemos decir que estamos hablando de Portugal.

En pos de Abraham venia Judith con su aya, trayendo en la una mano un alfange, y en la otra un saco ensangrentado, dentro del cual era de suponer que estuviese la cabeza del impío y desalmado Holofernes. Seguia despues el rey David bailando con sus pages, y detrás de ellos juglares y bufones, y otra *pella* escoltada de verduleras y de hombres con las cabezas cubiertas de unas caperuzas puntiagudas y las caras tapadas, á la manera de los penitentes de Semana Santa (que las buenas costumbres tardan mucho en desterrarse): el aparato y adorno de estos pasos correspondia á los tenderos y merceros.

¿Qué clase sería la que viniese en la procesion inmediatamente despues de los tenderos? Desde luego se deja adivinar que debian ser los taberneros: eran pues estos los que á continuacion seguian. Un baco gordo y rubicundo, sentado en una pipa y rodeado de cantores y saltimbanquis, llamaba por su grotesca figura la atencion de los fieles y formaba uno de los mas bellos ornamentos de la procesion, en la cual faltaba la diosa Venus, que tan distinguido lugar ocupaba en los *Corpus* de otras ciudades del reino, pero que en el de Setubal se habia omitido. No se le pasó esto por alto á maese Blas, que por un patriótico sentimiento se regocijó en su interior de este descuido en el ceremonial, descuido que no se hubiera cometido en Evora, donde este paso se ejecutaba con una verdad pasmosa.

La alegoria de los taberneros servia como de transicion entre los personages de la ley antigua y de la ley nueva. Los doce apóstoles y nuestro señor Jesucristo rodeado de ángeles, caminaban con paso firme y aspecto sereno en medio de aquella turbamulta que, lejos de ver en todo esto, como nosotros, una indecencia abominable, osara asegurar que de semejantes profanaciones solo resultaba mayor honra y gloria de Dios.

Al apostolado seguia *Nuestra Señora de la Borriquita*, esto es, una representacion de la fuga á Egipto. La Virgen iba sentada en el asno, y San José á pié con gran acompañamiento de ángeles, y delante de todo un niño Jesus en unas andas.

En este punto de la procesion comenzaba un *Flos Sanctorum* estensísimo: aquí iba Santa Catalina con su rueda de navajas; allá, San Sebastian; el santo iba desnudo (1) delante de los que le asaeteaban; mas allá, San Joaquin y Santa Ana; y detrás de estos Santa Clara rodeada de monjas y de moros, los cuales se tomaban la libertad de dirigirla cuantas palabras indecentes se les venian á la boca: en fin, este acto del drama acababa por San Martin, amenazando á dos enormes diablos que parecian querer luchar con el arcángel.

En lo que podriamos llamar entreacto, esto es, en el espacio que mediaba entre el espectáculo que acabamos de describir y el clero secular, comunidades y demás personas que iban en el remate de la procesion, caminaban las pescaderas conduciendo una descomunal hogaza, la cual debia distribuirse entre los pobres á la conclusion de la ceremonia.

Despues de los clérigos, comunidades y personas de categoría veíase asomar la *guayolla*. Daban este nombre á una especie de máquina en que iba la custodia, y que descansaba sobre unas andas que llevaban algunos clérigos sobre los hombros, y detrás de la cual, á poca distancia, iba el rey y los señores de la corte, llevando todos bastones en las manos.

Maese Blas, inmóvil en su poyo, habia visto con sin igual atencion las diferentes danzas, alegorías y personages de aquel famoso auto; mas por una parte la conversacion que habia tenido aquella mañana con Anton de Faria, y por otra la envidia que le despertó la superioridad de lo que veia sobre lo que estaba acostumbrado á ver en Evora, le anubarraban con pensamientos tristes las risueñas imágenes con que sus ojos ávidos tenian entretenido su espíritu. Empero, su prurito de hablar podia mas que cualesquiera otras consideraciones, y por eso mientras duró la procesion, entretuvo su pesadumbre esplicando á unos cuantos badulaques y mugeres que cerca de él se hallaban, los varios sentidos místicos de todas aquellas alegorías; cosa que ejecutaba con una profundidad de conocimientos que dejaba espantados á sus ignorantes vecinos. Tal vez esto mismo sorprenda tambien á nuestros lectores; pero no hay razon para ello: en aquella época acontecia con la teología, lo que hoy sucede con la política: era ciencia universal. Cada siglo tiene su especie de civilizacion: misterios son estos de la humanidad que no nos cumple indagar aquí.

Apenas habia acabado de pasar la custodia, cuando sintió maese Blas abrir y cerrar de golpe una puerta en el fondo de la casa contra cuyas tapias estaba recostado;

(1) Las ordenanzas de Coimbra previenen que sea un hombre *alto é dispoto*.

oyó seguidamente un ruido como de espadas que se desenvainaban, al cual sucedió un gemido prolongado y débil, como de un hombre que desfallece, y un estruendo semejante al que produce un mosquete que cae al suelo: despues de esto volvió á quedar todo, dentro de la casa, en el mas profundo silencio.

Maese Blas sintió entonces á lo largo del espinazo una especie de calosfrio, que las crónicas de aquel tiempo atribuyen á un gran miedo; pero que los adelantos de la medicina moderna dan motivo á calificar de espasmo. Pegó un repullo que le hizo saltar sin sentir las gradas de la escalera, y cuando iba á preguntar á los circunstantes si habian oido lo mismo que él oyera, se encontró frente á frente con el rey, que con aire contrito y ademan compungido pasaba en aquel momento por su lado, llevando á la derecha al duque de Viseo y á la izquierda al conde de Penamacor. Todos se apiñaron en aquel punto para ver mas de cerca al rey, y el barbero no encontró á quien hacer su pregunta. Trastornado todavía por el susto, deseaba averiguar si le habian engañado sus oidos; mas no hallando por el pronto manera de conseguirlo, resolvióse á aguardar con paciencia á que terminara el asombro popular.

No bien habia acertado á tomar tal resolucion, cuando vió que todos los hidalgos y caballeros del séquito del rey dejaban caer al suelo los bastones que llevaban en las manos como si la maga Eutropa les hubiese paralizado los brazos. D. Juan II, lanzando en torno suyo una de esas miradas de rey que significaan *muerte*, dejó caer tambien el suyo. Los hidalgos palidecieron, mas ya no habia medio de retroceder: bajáronse á un tiempo á recoger sus bastones; el rey tambien se bajó: volviéronse á levantar todos, y él se levantó. Y con modo tan risueño y tranquilo siguió adelante, que alguno del pueblo reparó en aquel suceso, y los mismos hidalgos, recobrándose de su primer susto juzgaron que habia debido su salvacion á un acaso, y que el asesino que debia disparar no habia osado hacerlo por el temor de matar á alguno de ellos en vez de matar al rey.

Empero maese Blas no dió como los otros en el lazo; entendió perfectamente que aquella era la esplicacion de lo que por la mañana habia oido á Anton de Faria, y se dió cabal cuenta del suceso: el asesino, cogido de improviso, acababa de pagar con la vida su osadía. No pudo menos de admirar con todo la tranquilidad de ánimo y el profundo disimulo del Rey, que á pesar de las providencias tomadas, podia haber sido víctima de sus cálculos políticos. Incierto sobre si debia ó no comunicar á algun otro sus reflexiones, se decidió por último á guardarlas para sí, acordándose de las recomendaciones del camarero, y no sabiendo si las tales reflexiones pertenecian á lo que el valido no queria que se supiera ó á lo que deseaba que se divulgase.

Absorto en un mar de confusiones tomó la vuelta del palacio y encerróse en su aposento; de allí á poco llegó el rey que parecia muy alegre. Por la noche hubo sarao, y fueron convidados á él todos los caballeros de la corte. Maese Blas se puso á atisvar lo que pasaba desde una puerta interior, y quedó aterrado al ver las caricias que el rey hacia al duque de Viseo, á D. Gutierre, al obispo de Evora, á D. Fernando de Meneses, y á todos los demás nobles que habian dejado caer los bastones durante la procesion.

Terminado el sarao, cada cual se retiró á su posada. Al rayar el alba del dia siguiente salió el rey para Alcacer.

(Continuará.)

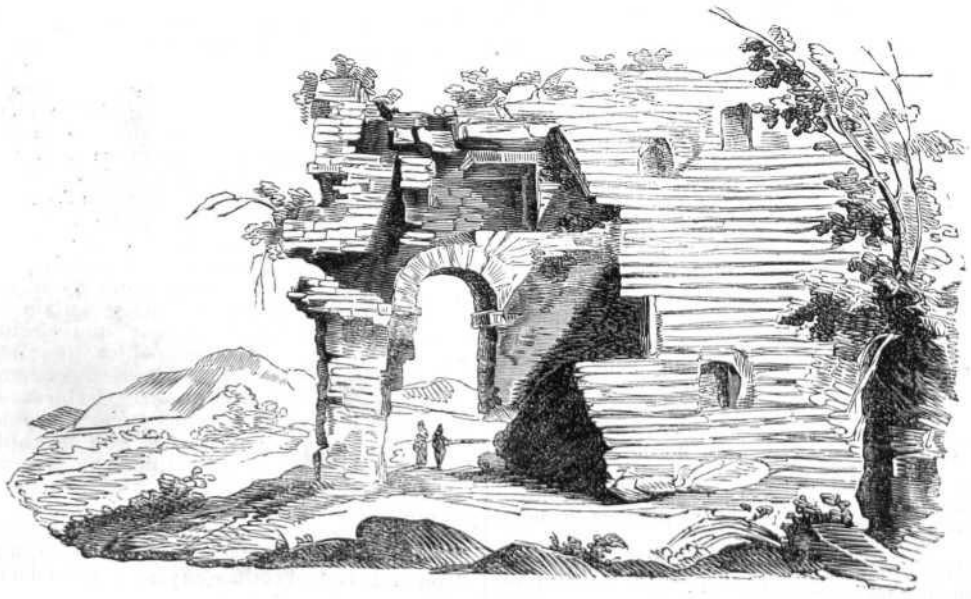
ISIDORO GIL.

El drama *D. Francisco de Quevedo*, ejecutado en el Príncipe á beneficio del Sr. D. Julian Romea, ha conquistado á su autor D. Eulogio Florentino Sanz un puesto distinguido entre nuestros escritores dramáticos: acierto en caracterizar el personaje que dá nombre á la produccion, recursos ingeniosos, situaciones atrevidas y una versificacion grave ó festiva, doliente ó juguetona, pero siempre agradable, fácil y correcta, tales son las dotes de la obra con que se ha dado á conocer en el teatro el Sr. Sanz. El beneficiado interpretó con admirable acierto el papel de D. Francisco de Quevedo, la señora Diez realzó el de la infanta Margarita, y los demás actores contribuyeron al buen éxito del drama.

En el número próximo insertaremos la conclusion del interesantísimo cuento del Sr. Larrañaga, que no ha podido tener cabida en el presente.

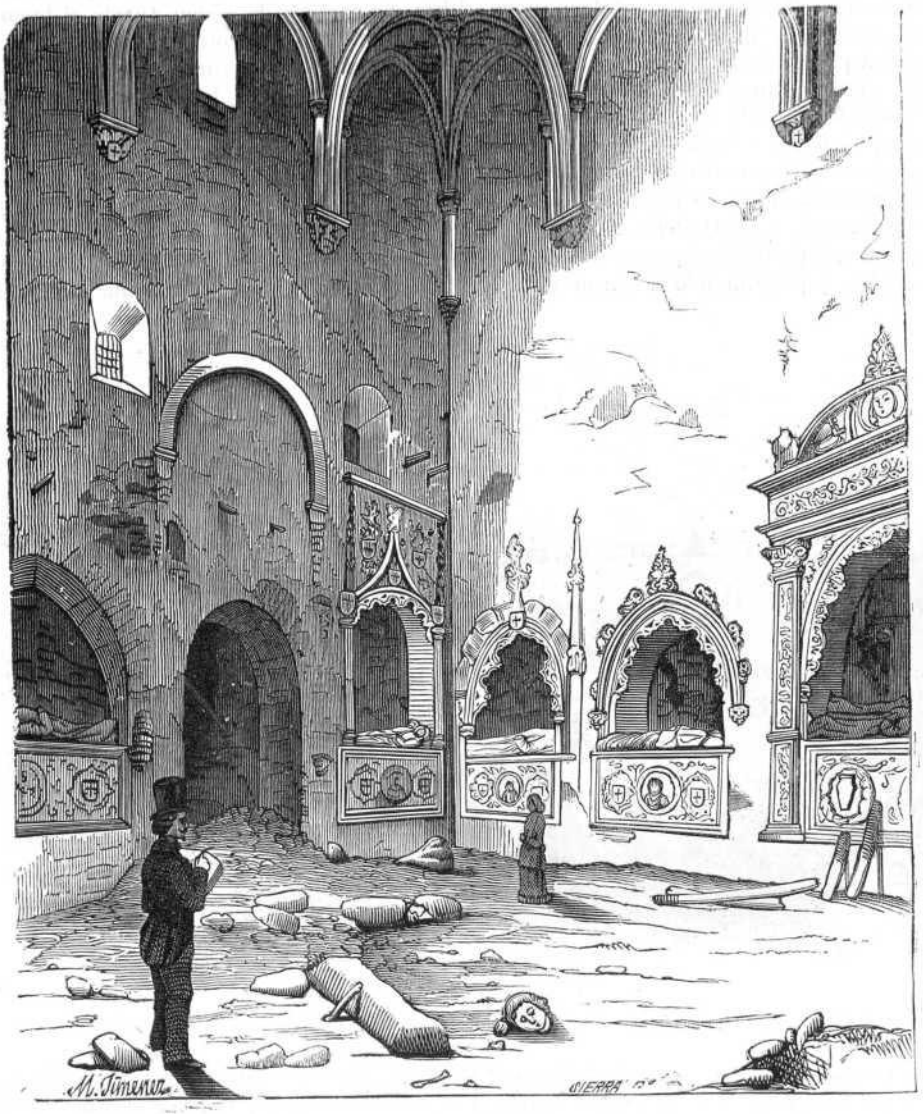
Solucion del geroglífico publicado en el número anterior.

A rio revuelto hacienda de pescadores.



Fragmento de las ruinas de Sagunto.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ.



LA CAPILLA DE SANTA QUITERIA.

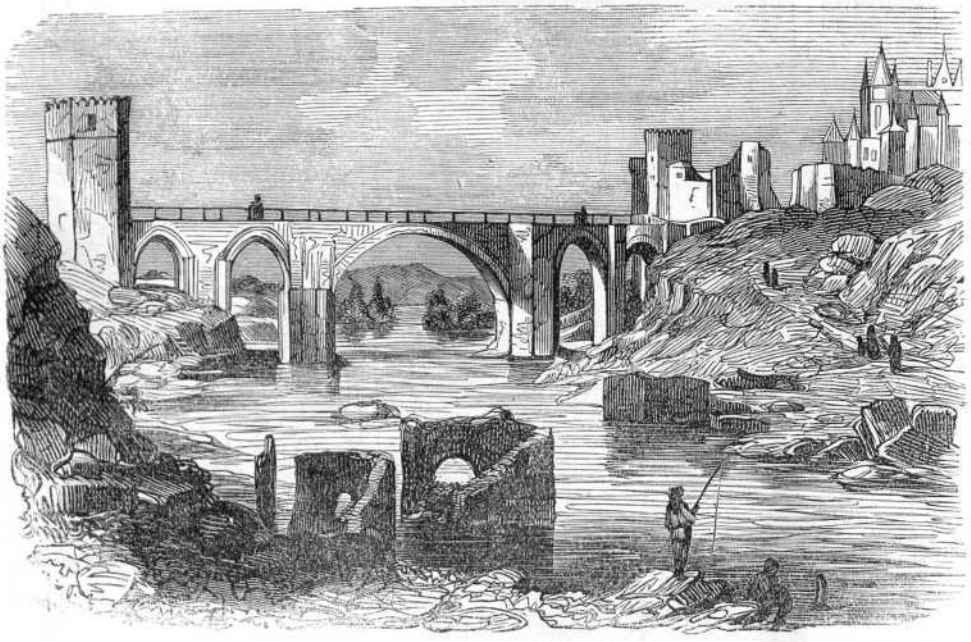
Unida á la misma iglesia del convento de la Concepcion Francisca de Toledo, existen en la actualidad los restos de una antiquísima y venerada capilla dedicada á Santa Quiteria, santuario que en otro tiempo fué de la mayor devocion en esta ciudad, y al que acudian sus moradores en varias necesidades.

Mil ficciones han escrito sobre esta santa los falsos cronicones, á quienes ciegamente siguieron Higuera, Ribar, Mora, Quintana, Dueñas, Tamayo y otros, inventando nuevas fábulas, que no merecen el menor crédito, siendo lo cierto que esta santa fué venerada en lo antiguo en el país de Vasconia ó Gascuña francesa y en la ciudad de Mons, en una iglesia muy frecuentada que tenia obispo particular, titulado abad de santa Quiteria. Es tradicion en aquellos puntos que en aquel lugar acaeció el martirio de la santa y que al cabo de mucho tiempo fué hallado y trasladado su cuerpo á un monasterio cercano, que llamaban de San Severo, donde permaneció hasta que los calvinistas le incendiaron y quemaron juntamente con aquellas reliquias, así como lo hicieron con otros cuerpos santos, pudiendo solo libertarse de tan sacrílega profanacion algunos fragmentos que hoy se conservan, con gran veneracion, en el seminario de Tolosa. Acerca de la época en que santa Quiteria padeció en el martirio, consta por antiguos manuscritos que fué en la Vasconia «prope civitatem adunensem» el 22 de Mayo del 471 de la era vulgar.

En España no era conocida esta santa segun lo confirma el orígen y principio de la capilla de que

voy á hablar. Es tradicion singular, comprobada con antiguas relaciones que merecen alguna fé. Fué el caso que por los años de 1454 vivia en Toledo un noble y devoto ciudadano llamado Diego García de Amusco, el cual por no jurar á Dios nuestro Señor, ó á sus santos, tenia costumbre de hacerlo, diciendo á menudo «por vida de Santa Quiteria» creyendo de buena fé ser aquel nombre fantástico, y que tal santa no existia y perseverando en esta costumbre aconteció, que estando una noche solo y recogido en su lecho, se le apareció la santa Quiteria con gran resplandor y claridad; reprendióle ásperamente su atrevimiento y osadía, y preguntando él con gran temor quién era, le contestó la santa, añadiendo que si por el mundo la buscase la hallaria, y dichas estas palabras desapareció la vision. Quedó el buen ciudadano muy triste y desconsolado por haber ofendido tantos años á tan gloriosa santa, y muy luego determinó y puso en práctica el buscar el sitio y lugar donde se la veneraba, no perdonando fatigas é incomodidades.

Algun francés hubo de indicarle alguna cosa en el discurso de su peregrinacion, pues luego al punto se dirigió el Amusco á Francia, y en la Vasconia supo circunstanciadamente toda la historia y memorias que allí existian de la santa, época de su vida



Vista del puente de S. Martin de Toledo.

y martirio, y aun es tradicion, que llegó hasta el mismo pueblo donde se conservaban reliquias suyas, y tornando luego á España, á penas llegó á Toledo en desagravio de lo que habia ofendido á Santa Quiteria, con su mala costumbre de jurar, mandó hacer á sus espensas la capilla, que hoy se vé unida al monasterio de la Concepcion Francisca, dedicándola á su culto, y en donde, asi por los ruegos del dicho García Amusco, como por los de otros fieles se obraron varios prodigios, por lo cual el mismo fundador ordenó que se hiciese anualmente en esa capilla la fiesta á la santa Vírgen el 22 de Mayo, dia de su martirio, lo cual se vino practicando por muchos años á espensas de los patronos, y durante ella bendecian unos panecillos pequeños, que servian para curar el mal de rabia, acudiendo á ese fin muchos atacados de ese mal.

El Padre Quintana Dueñas, hablando de esta capilla dice tan solo que su primera ereccion fué en 1393 por un piadoso toledano llamado Pedro Fernandez, y su primera reedificacion en 1416 por Diego García, notario apostólico. Refiere los milagros que hemos apuntado y hace además mencion de una procesion solemne que en el dia de la santa salia de la parroquial de San Marcos, dirigiéndose al monasterio de Comendadoras de Santiago, llevando los cofrades canastas de panecillos benditos, que llamaban de Santa Quiteria, y que se repartian como remedio de muchas enfermedades, singularmente de las de rabia y calentura.

Pero segun los manuscritos y antiguas memorias que tenemos á la vista, consta que se reedificó y dió nuevo ser á esta capilla el 1527 por Enrique Alvarez, maestro en teología, y que poco despues recayó su patronato en la noble y antigua familia de los Francos, muy conocida en Toledo por aquellos tiempos, y de la cual ni aun queda vestigio en estos.

Posteriormente, y sin saber por qué, desde mediados del siglo XVII, resfriando el culto, y cesando la frecuencia de acudir á esta capilla, vino á quedar en un total desamparo y casi olvido, pues muchos que hablan de las cosas de esta ciudad, no hacen de ella la mas pequeña mencion. Su material fábrica por las injurias del tiempo y abandono de los patronos, está en el estado mas deplorable. Tiene su entrada por la misma iglesia de la Concepcion Francisca. Su figura es octógona, con pilares góticos y laboreadas aristas que se cruzan por la clave. Todo alrededor está circundada de hornacinas llenas de

follage y calados, los mas preciosos y delicados.

Cada una de aquellas contiene un sepulcro compuesto de cama con su basamento y estátuas de mármol echadas, en cuyos ropages y rostros se advierte el gran conocimiento del artífice en esa clase de obras. Los mas de estos sepulcros, á causa de la humedad se han desmoronado, y los restos mortales de los patronos se hallan confundidos con los escombros de sus propias tumbas. Ni aun siquiera hubiera sido fácil averiguar quiénes eran los que habian escogido esta capilla para su última morada, á no haber sido por algunos epitafios que se han salvado hasta el presente del destrozo general.

En el sepulcro de la derecha, conforme se sale, hay esta inscripcion:

«Aquí yace el doctor Luis Belluga de Moncada, »letrado insigne, por cuyas letras, prudencia y bon»dad fué muy amado de toda esta república. Falleció »á 10 de Mayo de 1584. Y con él está sepultada Doña »Guioma Bazquez Franco, su muger. Murió á 18 de »Octubre de 1597.»

En el sepulcro inmediato hay este epitafio:

«Aquí está sepultado el doctor Pedro Bazquez »Franco, clérigo, letrado, jurista insigne. Dejó dotada »en esta capilla una capellanía con carga de tres mi»sas cada semana. Falleció en 14 de Abril de 1569.— »Requiescat in pace. Amen.»

En un sepulcro de la izquierda está este otro:

«Aquí está sepultado el honrado caballero teso»rero Lorenzo Suarez Franco, con la señora Elvira »Suarez, su muger. Quos amor conyunxit mors non »dividit.»

Fallecieron en 9 de Setiembre de 1503.

Los demás sepulcros están mas destrozados y no conservan epitafio alguno, y aun quizá estos mismos que he referido se confundirán muy pronto, y tanto la memoria de los que yacen sepultados en tan insigne capilla, como la existencia de esta, quedarán solo consignados en las páginas de esta publicacion.

NICOLAS MAGAN.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV.

VII.

LA VUELTA INESPERADA.

(Continuacion.)

La hora de la siesta sería cuando entraba por Setubal, viniendo de Landeira una magnífica cabalgata; el calor era escesivo y los caballeros llegaban cubiertos de sudor y con las armaduras tan empolvadas que apenas se distinguian sus colores. Las calles estaban desiertas, porque era la hora en que españoles y portugueses acostumbramos á reposar despues de comer; costumbre veneranda y santa que nuestros abuelos conservaban á todo trance, y de la que alguno hoy dia se averguenza, porque media docena de traficantes literarios, franceses é ingleses, ha tomado de ahí el estribillo para tacharnos de holgazanes, como si un dia de verano de nuestra tierra fuese lo mismo que en esos paises clásicos, de los carámbanos y ventisqueros donde ellos viven, y donde el sol de Mediodia pudiera sin gran dificultad venir á hacer entre nosotros las veces de luna de media noche. Lástima fué por cierto que la naturaleza antes de enseñarnos, con el quebrantamiento que sentimos despues de comer á dormir la siesta, no consultase á esos doctores de estrangis. Magníficas cosas habian de enseñarla. ¿Cómo no hemos de ser nosotros los habitantes de la Península unos brutos si hasta la naturaleza lo es en este rincon de Europa?

Mas es el caso que brutos ó no brutos, los honrados ciudadanos de Setubal dormian su siesta á pierna suelta á eso de las dos y media de la tarde de un jueves, que era el 22 de agosto del año 1484 de la redencion, á tiempo en que la magnífica cabalgata de que hemos hablado, vino á hacer alto en la puerta de palacio. Apenas hubo llegado, maese Blas, á quien Anton de Faria habia dispensado de que siguiera á la córte, y que en aquel momento tambien dormia (escusado es decirlo) se despertó sobresaltado con el estruendo de los caballos y el ruido de las espadas y espuelas, justamente en la ocasion en que aquella soberbia comitiva se apeaba. Como alguno de esos viajeros de estrañas tierras que vienen á dar una vuelta por nuestra Península, y que metidos en la berlina de una diligencia recorren las poblaciones del reino sin salir apenas del carruaje por miedo de coger una insolacion, y con esto juzgan ya conocernos bastante para ir á escribir vaciedades sobre nuestros usos, costumbres, instituciones y carácter, así maese Blas, sin ponerse en pié, alargó la cabeza por una de las rendijas del tablado que s paraba su aposento del átrio de palacio, miró el tropel, y logró divisar al rey que subia por la escalera, seguido de Anton de Faria, D. Pedro de Eza, Lope Mendez del Rio, y otros varios caballeros de la casa real. Causóle alguna admiracion esta inesperada vuelta, y entró en vivísimos deseos de saber el motivo de ella. Por fin, aunque con trabajo, y despues de esperezarse dos ó tres veces, echóse de la cama abajo y salió á caza de novedades.

No halló empero, quien satisfaciese su natural curiosidad; y trataba de salir fuera cuando al atravesar el umbral de la puerta principal de palacio se dió de hocicos con Diego Tinoco que entraba en aquel momento.

Diego Tinoco era un caballero honrado á quien el obispo de Evora, D. Garcia, habia seducido una hermana, moza garrida con la cual el muy reverendo prelado vivia escandalosamente. Injuriado en su honra desde entonces el pobre caballero, habia jurado vengarse. No pudiendo atacar de frente al obispo poderoso por su dignidad y familia fingió desentenderse de aquella afrenta y trató falsa amistad con D. Garcia, esperando ocasion oportuna en que poder satisfacerse. No tardó esta en presentársele. Decididos los nobles á vengar la muerte del duque de Braganza, y á sostener las prerogativas de la nobleza que el rey D. Juan II habia casi destruido idearon asesinar á aquel príncipe como el mas seguro medio de realizar su propósito. Uno de los principales conspiradores, despues del duque de Viseo, era el ya citado obispo de Evora que fiado en la aparente amistad de Diego Tinoco se lo reveló todo. El ofendido caballero vió entonces la tan apetecida ocasion de satisfacer su odio: púsose de acuerdo con Anton de Faria y este le proporcionó ver al rey en el convento de S. Francisco de Setubal, disfrazado con unos hábitos de fraile. Alli debajo de aqueyas solitarias bóvedas, oyó D. Juan II su sentencia de muerte, y tembló;— no por cobardia, sino porque se le figuraba oir continuamente la voz del duque de Braganza que le citaba para el tribunal de Dios. Vió que entre él y la nobleza existia una sangrienta valla que no sería allanada sino por la venganza: era preciso morir ó matar. Tomó su resolucion y agradeciendo á Tinoco el servicio que acababa de prestarle, hízole promesas de grandes mercedes y exigió de él que guardase el mas profundo silencio acerca del asunto

y que no volviese á hablarle, hasta el dia en que fuese llamado á su presencia.

Este dia era precisamente el que maese Blas le encontró á la entrada de palacio. El rey le acababa de llamar.

—Buenas tardes, señor Tinoco; díjole el barbero despues de un cortés saludo. Vos por palacio! Ha mil años que por acá no os veo.

—Maese, contestó Diego Tinoco, voy á ver al rey que me ha mandado llamar.

—Y no sabreis decirme por qué su alteza ha vuelto tan repentinamente de Alcacer, cuando nadie le esperaba?

—No sé; mas lo que puedo deciros es que llamarme él á estas horas es presagio de grandes novedades. Y diciendo esto Diego Tinoco echó á correr por las escaleras arriba sin aguardar mas observaciones.

—Presagio de grandes novedades? — murmuró el barbero entre dientes. Habráse visto el presumido! Mas le valiera cuidar de su hermana, amancebada con un clérigo, traidor á su príncipe segun por ahí se dice á boca llena!... Ya sabe el rey lo que se hace cuando le llama! Tendrá que encargarle de alguna carta para Doña Ana! Oh! lo que es buen tercero.....

Un ruido de piezas de armadura chocando unas con otras hizo volver la cabeza al barbero, y le dejó cortado en medio de su soliloquio. Era Fernan Martins que bajaba á buen paso por las escaleras. Asi que llegó al átrio, llamó á un soldado viejo de los ginetes del rey.

Ven acá, Mendalfonso: toma este pliego, monta á caballo y sal á escape para Palmela, en donde hallarás al duque de Viseo, que se marchó de aquí esta mañana: no te detengas un minuto en entregar la carta, porque el rey quiere verle y hablarle mañana en este mismo palacio.

El soldado tomó el pliego, montó en su corcel y salió á rienda suelta por el camino de Palmela.

Señor Fernan Martins! Señor Fernan Martins! gritó un paje desde lo alto de la escalera. Su alteza os llama á su aposento.

Y el capitan de guardias subió otra vez apresuradamente.

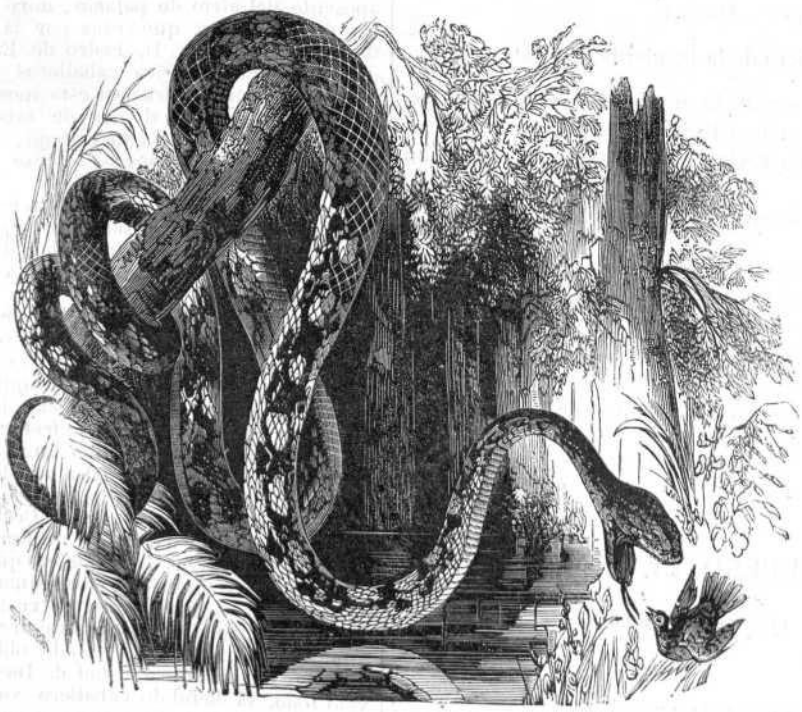
Válgate Dios con tanto llamar! gritó el barbero que ya se llevaba la mano al birrete para saludar á Fernan Martins, y tenia la boca entreabierta para trabar conversacion con él. Parece que el rey tiene miedo de estar solo. Si sigue esto así, hasta yo creo que voy á ser llamado. Pues no habia de dejarlos descontentos.

Diciendo esto salió de allí y se encaminó á paso largo hácia la plaza mayor, que en aquellos felices tiempos servia para lo propio que hoy sirven los cafés, villares, *casinos* y galerías de las Córtes; para matar en ellas el tiempo los ociosos. Mas no bien hubo entrado en la plaza maese Blas, se quedó pasmado y tuvo que venir á encerrarse en su aposento. No vió en toda ella alma viviente. La plaza estaba desierta.

Parecia que la suerte se complacia en atormentar á maese Blas. Un hombre tan llano y sociable casi nunca hallaba quien quisiese disfrutar de su humano trato.

(Concluirá.)

ISIDORO GIL.



EL BOA CONSTRICTIVO.

Se da el nombre de Boa á varias especies de serpientes grandes de la América del Súr. El constrictivo se llama asi porque tiene la facultad de enlazar su presa de modo que no la deja ninguna esperanza de salvacion. Enroscado al tronco de un árbol aguarda á que se la presente una víctima, bien sea una cabra ó una gacela; cuando la vé próxima al árbol, la serpiente rápida como el rayo se lanza sobre ella se enlaza muchas veces al rededor de su cuerpo y la oprime con tal fuerza que logra quebrarla los huesos, entonces se desarrolla lentamente y dá principio á su banquete. No pierde el tiempo en hacer trozos la víctima ni en masticarla, sino que se traga el cuerpo entero. La elasticidad de su piel la permite engullirle.

A falta de animales corpulentos tiene que contentarse con pájaros y monos. El modo que tienen de comer su presa ha sido descrito por varios testigosde

esta escena curiosa. La serpiente comprime y da espansion alternativamente á los pliegues de su piel y asegurada de que no queda en la víctima ni un resto de vida, empieza á lamer el cuerpo entero, cubriéndole de una sustancia glutinosa hasta hacer de él una masa informe. Despues de esta larga ceremonia el Boa abre sus largas mandíbulas y se dispone á disfrutar de su conquista.

Da principio por la cabeza, si la víctima es de la especie de los ciervos ó de las cabras no encuentra obstáculo en tragarla hasta llegar á los cuernos, pero esta dificultad no detiene tampoco al Boa. Merced á la construccion de sus quijadas. Toman tal estension que acaban por entrar los cuernos enteros. Pueden hasta observarse los progresos que hace el cuerpo en el estómago de el animal, por las puntas de los cuernos que parecen próximas á romper la piel de la serpiente. La digestion de un volúmen semejante exige por lo comun algunas semanas. En este tiempo las señales de los cuernos desaparecen gradualmente, hasta que llegan á hacerse invisibles, y la piel estirada y natural recobra su forma y dimension habituales. Durante la digestion pierde toda su fuerza y apenas puede moverse. Si los indios le encuentran en este estado le atacan y le matan sin el menor peligro. El Boa no tiene defensa venenosa como otras serpientes solo es temible por sus estraordinarias fuerzas.

EL TRANSEUNTE.

Qué es el *transeunte*? Hé aquí la primera pregunta que me dirigireis, queridos lectores, al leer el epígrafe de este artículo.

El *transeunte* es un cualquiera que pasa por una calle ó por un camino.

Es uno que no se sabe á donde vá.

Un hombre á quien se conoce no es un *transeunte*.

Por eso no hay *transeuntes* mas que en los caminos ó en las grandes ciudades. En las villas y en las aldeas no los hay mas que para los forasteros; porque en estos pueblos todos saben quien es el que pasa á su lado.

Los *transeuntes* son hombres que se encuentran, que se cruzan entre sí, y que, á no codearse, pasan unos al lado de otros, sin echar de ver siquiera que se han encontrado.

El *transeunte* es un *quidam* que está solo y permanece solo en medio de la multitud, que no se cuida de nadie y á todos es indiferente, sin razon, ¡oh lectores! porque, quién sabe lo que puede ser un *transeunte*?

—Tal vez es un rival que está esperando vuestra querida.

—Acaso un enemigo que va á robaros vuestra fortuna y vuestra dicha.

—Quizá un protector que os depara el cielo y que conocereis algun dia.

—Hoy os es indiferente; mañana le amarás tal vez, querida lectora; y tú, lector, detente, porque acaso tenga tu suerte en sus manos.

Buscais amigos, esposos, amantes; buscais en fin lo que os hace falta; por qué no habeis de encontrarlo en ese *transeunte*?

En Madrid es donde pueden hacerse mas conjeturas acerca de un *transeunte*. Como en la calle, en nada se distingue un hombre de otro, un *transeunte* puede ser para otro ministro ó actor, príncipe ó diputado, embajador ó propietario, segun le plazca. Y así como la belleza de una muger amada está siempre en los ojos de su amante, así tambien las cualidades de un *transeunte* están en los ojos del que le examina.

El *transeunte* es, pues, un ser relativo que por sí mismo no es mas que un transeunte y que no adquiere ningun valor, si no es encontrado y juzgado por otro.

Esto supuesto, veamos lo que significa un *transeunte* para el resto de las gentes.

PARA LAS MUGERES.

—La fea halla en él un buen mozo.

—La bonita un admirador mas de su belleza.

—La coqueta un estímulo para desplegar sus gracias.

—La soltera un amante.

—La casada un amigo que pervierte á su esposo.

—La viuda un sustituto del difunto.

—La del gran tono un objeto de crítica.

—La aristócrata un *cualquiera*.

—La cortesana un hombre.

—La rica un *pelambron*.

—La jóven un figurin bueno ó malo, antiguo ó de moda.

—La vieja un chicuelo.

—La del mundo un objeto de seduccion.

PARA LOS HOMBRES.

—El orgulloso vé en un *transeunte* un *nadie*.

—El hombre ocupado que va á sus negocios un obstáculo material.

—El que está de mal humor un enemigo.

—El forastero un objeto de curiosidad.

—El desgraciado un hombre feliz.

—El enamorado un indiferente mas.

—El observador una observacion.

—El filósofo un objeto de lástima.

—El avaro un ladron.

—El pobre un rico.

—El conspirador un espía.

—El culpable un peligro.

—El borracho un amigo.

—El envidioso un rival.

El reino del *transeunte* es la calle; luego que ha desaparecido, este reino está desierto: se apoderan de él la soledad y el silencio, y no quedan del *transeunte* mas que las huellas de sus pasos.

Así sucede con el hombre respecto de la tierra; qué resta de él luego que ha pasado? Polvo y gusanos; hé aquí sus huellas.

Pero tanto en la calle como en la tierra, aun cuando nada deje el hombre despues que ha pasado, siempre es algo cuando pasa.

Por lo demás, al considerar á los *transeuntes* por una calle ó un camino; al ver tantos contrastes como se encuentran y se cruzan sin tocarse siquiera; el gozo al lado de la miseria, la risa con el llanto, el vicio junto á la virtud, el opresor cabe su víctima;

al mirar esa mezcla sin objeto, de sentimientos, de intereses y de movimientos, unos mejores y peores otros, pero todos opuestos; ese flujo y reflujo monótono de hombres que, al parecer, no llevan otra idea que la que encierran estas palabras: «Quítate de ahí para que yo pase,» cualquiera creeria que el egoismo es su único móvil, y no veria en aquella multitud mas que individuos, no sociedad. Pero felizmente no es así; hay horas solemnes en que se reunen esos miembros esparcidos, en que hallan un centro comun esas fuerzas poco antes aisladas, en que se agrupan esas unidades tan separadas, y echan de ver que forman un número. Entonces se enlazan las manos, los pechos se juntan, los corazones se tocan; y donde pocos momentos antes no habiais visto mas que *transeuntes*, contemplais ya un pueblo formidable, un gran pueblo capaz de acometer las mayores acciones y de llevar á cabo las empresas mas árduas.

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

POESIA.

LA VIDA EN LA ESPERANZA.

VII.

(Conclusion.)

Estas líneas contenia
el billete cariñoso,
que en su cuarto silencioso
leyó frenética Ester.
«A Dios, vírgen solitaria,
»á mis amores esquiva!
»A Dios!.. El alma cautiva
»sus lazos hoy va á romper!

—

»Quiero morir, vírgen mia:
»tu olvido mi tumba ha abierto;
»mi corazon has cubierto
»de amargura y de dolor!
»Tu ingrato desden me ha herido,
»como el hierro de una lanza:
»MI VIDA ERA MI ESPERANZA!
»ya no hay ninguna en mi amor!

—

»A Dios! Al primer crepúsculo
»á algun torreon te asoma,
»inmaculada paloma
»en cuyos ojos viví:
»Mirá á la cumbre del monte,
»verás de su ruda breña,
»un hombre que se despeña,
»para espirar ante tí.

—

»Tu desden me da la muerte.
»Tú eres ay! mi Ester querida,
»vida dulce de mi vida,
»alma de mi tierno amor!
»A Dios: me atrae la tumba!
»*Mi vida era mi esperanza*!
»Muera el triste que no alcanza
»ni esperanza de dolor.»

—

—«Dios mio! esclamó la jóven,
mesándose la melena,
de su garganta morena
esparcida en derredor.
Como las ramas de un sauce
que con su ramage leve
cubren las hojas de nieve
de un cándido lirio en flor:

—

Dios mio! Enrique! Oh! imposible!
Mi amor... mi amor no te mata!
Mas siendo á su afan ingrata,
su asesina llego á ser?
Comprendo yo sus delirios:
si al que Ester amase un dia,
no la amase; ah moriria!
Sí, se moriria Ester!

—

El amor yo le concibo,
llama impetuosa, ardiente,
que consume lentamente
las alas del corazon:
Creo que es un sentimiento
que á las almas esclaviza,
y que las vuelve ceniza
si se estingue su pasion.

—

Yo presiento que se viva
con la luz de una esperanza;
y que el pecho que la alcanza
se consuele, aun con sufrir:
Y así, oculta mi conciencia
cruelmente me remuerde.
Quien te a esperanza pierde
no tiene mas que morir!

—

Yo inocente, he alimentado
sus puros, tiernos amores;
causa fuí de sus dolores,
causa de su muerte soy!
No es mi corazon de piedra,
donde no se filtre el llanto;
resisto... pero no tanto!
Vencida en la lucha estoy.

—

Aun en mis lábios percibo
de sus ayes el perfume;
aun mis entrañas consume
de su lágrima el volcan.
Lloró mi Enrique, al dejarme
en estas santas moradas;
y me miró: ay! sus miradas
rasgándome el alma están!

—

Infeliz! se despedia
para una ausencia, ya eterna;
en esa mirada tierna
me dejaba el corazon!
Yo le asesino, inhumana!
Qué horror!... Ya la luz asoma
por Oriente! Allí la loma
del monte! Oh Dios!... compasion!

—

Subiré bárbara y fiera,
por religioso egoismo,
del lago hasta el hondo abismo
á ver su cuerpo rodar?
O indiferente, é impía
invocaré á Dios, de hinojos,
mientras los yertos despojos
las hondas hagan flotar?

—

No: loca estoy!... Yo asesina,
del que por salvarme, diera
mil vidas, si mil tuviera?
No; yo moriré por él!
Perdona, ó Dios, si los ojos
me han deslumbrado de ese hombre
mi flaqueza no te asombre;
hoy te abandono por él.

—

Qué arriesgo? Una inútil vida
llena de intensos martirios!
Alguna vez los delirios
quiero sentir del placer!
Tengo un corazon de fuego,
solo para amar nacido;
loca el alma, y sin sentido;
de amor quiero enloquecer!

—

Fuerza es que el cielo consienta
ya que su ley no lo mande,
una pasion que es tan grande,
en tan flaco corazon.
Que el cielo no me abandone;
mas si me deja perdida,
quien por mí pierde alma y vida,
bien compra mi perdicion.»

—

Ester calló, y en sus ojos,
pálidas, tristes estrellas,
secó las lágrimas bellas
de su tormento cruel;
Y con mano mal segura
y lápiz mal perfilado,
á su Enrique idolatrado
al punto escribió un papel.

—

«De mi pasion comprimida
»hoy rompo el hondo misterio:
»aborrezco el monasterio:
»si mueres, quiero morir.
»Perdona mi amante esceso;
»dispuesta me encuentro á todo;
»Enrique, dispon el modo
»de que tú quieras vivir.»

—

Descendió Ester á la huerta;
llamó con voz indecisa,
y entre el rumor de la brisa
oyó aun de Enrique la voz.
Le arrojó el tierno billete
con amorosa impaciencia,
y huyendo de su conciencia,
de allí se alejó veloz.

—

Muy pocas noches pasaron,
y una de ventisca y piedra,
por la tapia, entre la hiedra,
una escala se afirmó:
Trepó un galan, y en sus brazos,
velada en su capa oscura,
á la hechicera hermosura
del monasterio robó.

—

Lo que las monjas dijeron,
y las gentes comentaron
mil cuentos tristes forjaron;
mas todo se olvida al fin.
Ester, en tanto, y Enrique,
en un corcel poderoso,
hallaban puerto dichoso
en el portugués confin.

Tres años han transcurrido.
Trasládense mis lectores
de la pintoresca Helvécia
al pié de los blancos montes,
y verán de un hondo abismo

junto los riscosos bordes,
las derruidas paredes
de una amarillenta torre.
Aquel solitario asilo,
en su oscuro centro esconde
para dos tiernos amantes
un paraiso de amores.
Torrente espumoso, y ronco
de chocar contra los robles,
que á la blanca torre ofrecen
muro firme con un bosque,
derrama de sus corrientes,
los caudales mugidores,
en derredor de las ruinas
que forman eco á sus voces.
Los árboles la cobijan
bajo un toldo de verdores,
y á las miradas la ocultan
de los envidiosos hombres.
En aquel retiro umbroso,
solo resuenan acordes
los murmullos del torrente,
de las brisas los rumores,
los murmullos de las aves,
y los impalpables sones
de esa grandiosa armonía
que los espacios recorre,
con indefinibles ruidos
poblando los horizontes,
cuando el crepúsculo nace,
ó en las horas de la noche,
cuando desgarran su cáliz
las apasionadas flores,
para recoger los besos
de las auras en sus broches!
Estruendos que se conciben,
aunque en realidad no se oyen;
hechizos, que se adivinan
por las almas superiores!
Gozando delicias tantas
en su soledad conformes,
Ester y Enrique vivian
como la hiedra y el roble;
tan enlazadas sus almas,
que ya ninguno conoce
cual de los dos, en su pecho
las guarda con ansia noble.
Ester sabe dió la suya
al apasionado jóven;
y éste, que sin alma vive,
porque en su amada la pone.
y entrambos, que es imposible
que la muerte airada corte
de su amor el lazo estrecho,
porque en un punto se rompen
con una herida dos almas,
y en uno dos corazones!
Recuerdos tristes y eternos
eran duros torcedores
que amargaban las dulzuras
de sus amorosos goces:
que, aunque mil besos ardientes
las huellas de llanto borren,
son tristes flores del alma
del llanto de amor las flores!
Enrique está pensativo,
pues, al fin, no desconoce
que allí se encierra un tesoro
entre unas ruinas informes.
Y noble y fiel se lastima
de que aquella flor agoste,
y entre desiertas montañas
la quemen los aquilones.
Y nunca encuentra consuelo
en sus agudos dolores,
porque vé que ha mancillado,
para que su sien corone,
la perla mas peregrina;
y que es fuerza se desdor
la joya de mas vislumbres
que en vil engaste se adorne.
Ni puede llamarla suya,
ni puede darla otro nombre
que ángel del cielo, caido,
y á quien Dios no reconoce!
Y en vano sueña en sus brazos
que su pobre Ester recobre
el paraiso perdido,
que no son dioses los hombres!
Ester que le vé agitado,
y en hondas meditaciones
pasar las horas, y en vela
las mas altas de la noche;
sospecha que ya cansado
de sus caricias, le roe
tardío remordimiento;
y hastiado al fin le supone.
Y de repente en el alma,
como de un puñal el golpe
cree sentir, y de la herida
oculta su sangre corre;
y lentamente desmaya
su corazon, que, hasta entonces,
de Enrique en los dulces ojos
soñó el amor de los dioses.
Nublados ya para ella
luceros tan brillantes,
de su infortunio en las sombras
el alma de Ester hundióse.
Y como un búcaro blanco
de porcelana, que absorve
en su centro luz rojiza,
reflejando sus fulgores:
y que si la luz se apaga,
se vé el barro oscuro y pobre,
así Ester sin el destello
de su amor ardiente y noble,
que, como llama invisible,
en su seno alimentóse,
dejó de trasparentar
de su sien en los colores,
la felicidad completa
de sus dichosas pasiones;
y poco á poco estinguida
la llama, al fin apagóse;
mostrando que era ceniza
la beldad de aquella jóven.
Ester moribunda se halla
en ese nido de flores,
coronada de azucenas:
y á sus pies, sombrío, inmoble
el tierno Enrique, que tarde
su muerte cierta conoce!
Para terminar la historia,
escuchemos las razones
que cambiaron los amantes,
de aquel sepulcro en el borde.
—Ester mia! Tú morir?
—Te voy Enrique á perder.
Por eso llego á sentir
mi muerte!
—Y yo, cómo, Ester,
podré sin tu amor vivir?
—Adorarás mis despojos.
—Pienso me hablas con enojos!
Angel de mi amor, qué tienes?
—Que me matan los desdenes!
—Qué has dicho, luz de mis ojos?
—Que te hallo mudo y sombrío,
desvelado, macilento!
Que á Ester miras con hastío;
y que te acosa tardío
horrible remordimiento!
—De amarte? De amarte, yo
arrepentirme? Oh! jamás!
Nunca el alma te adoró
con tal delirio; ya no....
no sé idolatrarte mas!
—Enrique!.. Es cierto. Ah, mi bien!
Clava tu frente en mi sien:
un beso de despedida!
Triste volará á otro Edem
el serafin de tu vida!
Porque tanto te adoró,
con tal cegudad te quiso,
que por tí á Dios olvidó:
por el suyo, no doy yo
de tu amor el paraiso!
—Desgarras mi corazon!
—Sí; de ingrato te culpé;
de hombre era tu condicion:
confieso que me engañé,
y hoy me mata mi pasion!
—Oh! Si el dolor te asesina
de haberme juzgado ingrato,
vé que un error te fascina:
óyeme, Ester peregrina,
ó despechado me mato.
Qué era el mundo para mí,
antes de que hallase en tí
el arcángel de mi amor?
Negro páramo de horror
en donde errante vivi!
Te amé, por presentimiento,
vírgen mia idolatrada:
y fuiste en mi pensamiento
el sol de mi entendimiento,
aunque en imágen pintada.
Volé á tus ojos, y en ellos
soñé los vivos destellos
que Dios tendrá en su pupila;
y quedó abrasada en ellos
el alma, pero tranquila.
Tu hechizo seguí adorando;
tu puro amor bendiciendo:
me aparté de tí, llorando,
y al ir á morir... volando
viniste á mi amor, riendo.!
Las dichas que te debí,
ni las concibo, ni aquí
las esplicara tampoco!
Cómo el placer resistí?
Oh! El placer no vuelve loco!
Sed de tu amor me devora,
insaciable, abrasadora,
mas vehemente cada vez;
que no se apaga la sed
que alimenta el que te adora!
En un lecho de azucenas,
para acariciar tus penas
con guirnaldas de jazmines,
orné tus sienes serenas,
que adoran los serafines.
Con los besos de mi amor,
te dormias arrullada,
sobre el cáliz de la flor;
y al despertar encantada,
soñabas aun con su olor.
No acaben tantos dulzores,
si no es que por seductores
ya tu corazon quebrantan;
ó que las dichas te espantan
que te ofrecen mis amores!
—Lo que me espanta es morir,
tanto amor llegando á oir;
soñando tanto placer!
Ay! tú, Enrique, has de vivir!
—Mi vida es tu vida, Ester!
Si es tan grande mi dolor,
fuerza es que el dolor me venza!
Con qué he pagado tu amor?
Ni te dí nombre, ni honor!
Lo que te dí, fué... verguenza!
Por mí del mundo has huido,
y en un desierto has vivido!
Por mí te has sacrificado!
A tu honor me has preferido!
Y á Dios por mí has olvidado!
Por eso triste viví,
porque tanto te debí
y con mengua te pagué!
Y en torpe ci no manché
la perla de amor que ví.

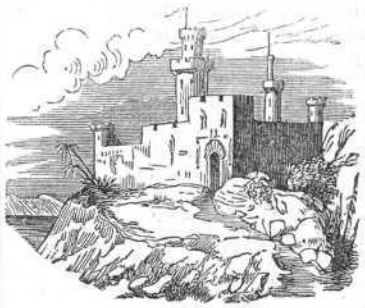
¡Calla! La fé te sublima
de tus nobles sentimientos.
Es cierto; el que adora estima!
Mas, mi conciencia me anima
en mis últimos momentos.
Ni nombre, ni honor me diste
pero tierno acariciaste
el alma en flor; la erigiste
en la tuya un templo triste,
y allí, fiel, la idolatraste!
Que he vivido en un desierto?
Fué un paraiso de amores,
siempre de flores cubierto;
que en tus ojos siempre hay flores!
Vés tus lágrimas? No es cierto?
El mundo? El mundo? es verdad:
él respeta la impudencia,
y acata la liviandad,
y autoriza la licencia
cubierta entre falsedad:
Y aun adulador, prodiga
de su lisonja el arrullo
al fausto, al oro, á la intriga;
que al mundo á callar obliga
la insolencia y el orgullo.
De ese mundo la acritud,
la emponzoñada violencia,
hiere en cambio á la virtud;
y afrenta en la juventud,
las culpas de la inocencia!
Y á un desliz, que del amor
cause la fidelidad,
y que aun decore el pudor,
y defienda la humildad,
llama *infamia*! *y deshonor*!

Oh! Sí, de ese mundo he huido,
Enrique, y no me arrepiento!
Qué vale lo que he perdido?
Doy cuanto en él he vivido
de tu amor por un momento!
Ay! Si mil veces viviera,
mil veces del mundo huyera;
porque este amor no afrentara:
pues si mil vidas tuviera,
las mil te sacrificara!
Cuando á una pobre muger
amor en el alma toca,
como á tu sensible Ester,
sabe hasta el alma perder,
por un beso de tu boca!
Ay! Al cielo causa enojos
de mi mente el desvarío;
solo á él me postro de hinojos:
y á él y á tí, dulce bien mio
levanto mis muertos ojos!
Solo al que vió mi flaqueza
y no me dió fortaleza
contra esta infeliz pasion
doblo humilde mi cabeza,
é inclino mi corazon.
Al mundo no, le desdeño;
con risa y desden profundo,
miro su aplauso y su ceño.
En Dios mi esperanza fundo
Me llama al eterno sueño!
No hay mancilla, deshonor,
verguenza ó falso pudor
contra una pasion inmensa.
No hay contra el amor defensa
si es verdadero el amor!

A Dios.... ya está consumida
esta antorcha de mi vida
que alimentaba tu amor:
no pudiendo ser mayor
se me desgarra la herida!
A Dios! Perdóneme el cielo...
Enrique!... perdon los dos!!!...
Y muerta cayó en el suelo,
murmurando aun con anhelo
su trémulo lábio «*A Dios.*»

Bien á comprender se alcanza
de Enrique el martirio horrendo!
Desgarró su alma una lanza!
Aun vive!... Aun está muriendo!
«*No hay vida sin esperanza!*»

G. Romero Larrañaga.



El señor Rubí acaba de alcanzar un nuevo triunfo con la representacion del drama titulado *La trenza de sus cabellos*. Al brillante éxito de esta nueva produccion del aplaudido autor de *Borrascas del corazon*, han contribuido de consuno el mérito de la obra, y el primer actor y primera actriz del teatro del Príncipe, superando con su talento las dificultades de los papeles que están á su cargo, hasta un punto verdaderamente maravilloso. El drama tiene un argumento sencillo y delicado; es una tragedia del corazon, una historia interesante y dolorosa que conmueve y arrebata al espectador: la pureza y severidad de estilo, y la multitud de ideas llenas de ternura y gracia de que se halla sembrado, contribuyen á aumentar su atractivo y encanto. Débiles fueran cuantos alogios hiciéramos de la señora Diez y el señor Romea, especialmente de la primera, cuyos acentos llenos de ternura penetraron hasta lo mas profundo del alma. Los demás actores contribuyeron tambien á la brillante acogida del drama, pues hasta los mas desgraciados estuvieron tolerables, al menos la primera noche. El autor fué llamado á la escena al final de los actos tercero y cuarto.

Esto no obstante, es de lamentar que el señor Rubí abuse de su talento para componer dramas por apuesta en un plazo corto, pues necesariamente tienen que resentirse de la precipitacion con que están escritos, y no pueden llevar el sello de perfeccion que debe exigirse del aplaudido autor de *La rueda de la fortuna*.

En el teatro de la Cruz se ha estrenado un drama arreglado á nuestra escena, que abunda en escenas de interés y que mereció repetidos aplausos: su título es: *La Reina Margarita*.

Llevando ya adelantada la impresion de los pliegos que han de contener la conclusion del Siglo, debemos hacer anticipadamente una advertencia á los suscritores de provincias que tienen derecho á recibirlos. El envio se hará con la mas escrupulosa exactitud de modo que estemos *seguros de no incurrir en una sola* omision, pero como las administraciones de correos suelen con harta frecuencia hacer inútiles nuestras diligencias para ser puntuales, es fácil que á pesar de todo ocurra algun estravio y como esta vez no podemos servir ninguna reclamacion por no tirar mas ejemplares que los absolutamente indispensables, lo prevenimos desde ahora á fin de que los suscritores que quieran tener completa seguridad de recibirlos comisionen una persona que los recoja en Madrid cuando se anuncie por los periódicos estar corrientes, ó nos indiquen en *carta franca* antes del 29 del corriente el medio que elijan para que lleguen á sus manos. Los suscritores que no nos hagan ninguna advertencia se entiende que desean recibirlos por el correo

---

Ha comenzado á publicarse un periódico dedicado á la defensa de las artes y á abogar por la creacion de un Museo histórico nacional.

MADRID—Librerias de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimeboa, Gaspar y Roig, Barcia, Poupart, Villa y la Publicidad, litografia de Bachiller, del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la Administracion del Semanario, calle de Jacometrezo, n. 26, cuarto segundo.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



EL RAYO.

Antes de los descubrimientos recientes de la física, el fenómeno del rayo se hallaba envuelto en un velo misterioso, que los hombres no acertaban á descorrer. Los adelantos de la ciencia han esparcido luz clara sobre su naturaleza y orígen. Preséntase bajo tres formas diferentes; el relámpago, la detonacion, es decir, el ruido que le acompaña y el rayo que destruye todo lo que encuentra á su paso. Hoy nadie ignora que el rayo es uno de los fenómenos de la electricidad; este poderoso agente de la vejetacion tan bienhechor en sus efectos ordinarios, tan terrible cuando sale de las proporciones necesarias para la fertilizacion de la tierra.

Las nubes que vagan en la atmósfera se hallan constantemente llenas de electricidad. Cuando dos de ellas están cargadas la una de electricidad positiva y la otra de electricidad negativa, se atraen mútuamente y su contacto produce una detonacion proporcionada á su volúmen. El espacio se halla lleno de gran número de espesas nubes cargadas de una electricidad diferente de la de la tierra, las montañas atraen las nubes y estallan esas tempestades tan comunes en los paises montuosos. En los llanos las promueven los bosques y los edificios y producen los efectos terribles que vemos todos los dias. El relámpago y el trueno son simultáneos, pero como la luz recorre el espacio con mas rapidez que el sonido, resulta que distinguimos con frecuencia el relámpago mucho antes que la detonacion; lo propio sucede cuando presenciamos el disparo de un cañon á cierta distancia.

Acontece á menudo que se oye prolongar el trueno y repartirse su eco en diversas direcciones. Débese este efecto á las montañas, á los valles, á los bosques y á los edificios y tambien á las nubes y á la superficie de la tierra que se reproducen mútuamente el sonido; de otro modo no podria esplicarse cómo se oye igualmente esta prolongacion en el mar donde no existen para producirle mas que la superficie del agua y de las nubes.

Varias son las precauciones que se toman para preservarse de los estragos del rayo. Unos pretenden que para desparramar la tempestad que los produce conviene disparar un proyectil que divide las nubes, otros que debe hacerse ruido, por ejemplo tocar las campanas. Numerosas desgracias han tenido

por orígen esta opinion. Otros en fin, corren apresuradamente á guarecerse de la tormenta bajo árboles elevados y espesos. Gran número de víctimas han sido tambien sacrificadas á esta preocupacion. Sabido es que los puntos elevados atraen el fluido eléctrico: de aquí resulta que el peligro aumenta para los que se colocan en la indicada situacion. Los periódicos refieren con mucha frecuencia desgracias nacidas de esta costumbre, muy general en las aldeas.

Los campanarios de las iglesias, las casas aisladas, están mas espuestas que las que son de la misma altura con corta diferencia y se hallan agrupadas en las poblaciones. Despues de la invencion de los pararayos es fácil evitar los efectos de las exhalaciones, mas como el pararayo no obra sobre el fluido eléctrico en una circunferencia mayor de treinta varas, se necesitan varios en edificios de mucha estension.

La accion del fluido eléctrico envuelve en sí misterios que no ha sido posible descifrar completamente, fenómenos meteorológicos de singulares y tristes resultados, cuya causa no es fácil determinar con exactitud. Ha habido algunos casos en que el rayo no ha sido acompañado de detonacion: no há mucho que una centella mató á una jóven sin que la descarga eléctrica se hubiera revelado á las personas que se hallaban cercanas por detonacion de ningun género; las circunstancias que acompañaron al suceso, la imposibilidad de esplicar la muerte súbita de la jóven de otra manera y algunas observaciones hechas en su cadáver, demostraron á los facultativos que la infeliz habia sucumbido á la conmocion producida por el choque de dos corrientes eléctricas. En una tarde de estío muy calurosa y seca, encontrándose un labrador con su familia en medio de un plano poblado de árboles, vió repentinamente venir hácia el punto donde se hallaba trabajando una nube negra que amenazaba una gran tempestad, apresuróse á mandar á su hija delante, la cual se dirigió corriendo precisamente en la direccion que traia la nube. Al cabo de pocos momentos disponíase el resto de la familia á seguir á la niña, cuando la distinguieron á seiscientos pasos tendida boca abajo en el suelo. Llamáronla, y como no recibieran contestacion, corrieron á donde estaba y la encontraron muerta: ni ellos ni ninguno de las cercanías habian oido la menor detonacion ni distinguido la claridad mas débil. Los facultativos declararon tres horas despues del suceso, haberla producido la muerte una exhalacion; así lo indicaba entre otras cosas la circunstancia de no tener las manos estendidas para neutralizar el golpe como debia suceder al caer, y el pañuelo que llevaba en la cabeza, que pareció á cuatro pasos de ella atravesado en el centro por una grande rotura, producida evidentemente de arriba abajo segun la direccion de los hilos sueltos que quedaron alrededor de la abertura. Este hecho es ciertamente curioso bajo el doble aspecto de los efectos caprichosos y casi inesplicables del rayo, y sobre todo por la ausencia de la detonacion.

EL CASTILLO DE SAN ANTON.

El castillo de San Anton de la Coruña es tan pintoresco como inexpugnable, construido sobre unas rocas que se agrupan á sus plantas en medio de la bahía, se dibuja tan soberbio como vistoso sobre su azulado fondo. Cuando el marino, despues de contemplar la elegante torre de Hércules que por su situacion hidrográfica tanto arrebata la atencion, pasa el *Seijo blanco* y empieza á divisar el bellísimo arco bordado de blancas y deliciosas casas que proyecta la nueva Coruña orillas del Océano, encuentran sus ojos aquella mole de robusta piedra que se enseñorea majestuosamente entre las olas con sus murallas angulosas y coronadas de cañones, que asoman de continuo en las troneras sus imponentes bocas. Si es el marino español, esperimenta á su presencia cierta sensacion de orgullo nacional que hace honor al pensamiento de su construccion: si por el contrario es estranjero, la esperimenta de respeto.

Porque el castillo de San Anton es un centinela de la ciudad, temible para el que tarde en responder á su *¿A del barco?* que equivale al *quién vive?* de ordenanza. Es la llave de la ria. Una vez inutilizados sus fuegos ya no hay nada que se oponga á los destructores disparos que pueden hacer sobre la mejor parte de la Coruña, los buques contrarios que intentasen destruirla.

Antes de castillo fué ermita. Demos algunos detalles mas sobre la ereccion de esta fortaleza, levantada en medio de las olas.

A los pocos años de la fundacion de la antigua *Cruna*, cuando el comercio de esta ciudad empezó en pequeña escala con los demás puertos de la costa, como era esta tan peligrosa y es aun hácia la *Peña de la Marola*, que en el dialecto provincial significa mareo: como era, pues, la costa tan tormentosa por las espantosas convulsiones del Océano al inundar las tres rias del Ferrol, Betanzos y la Coruña, que se perdian muchos bajeles de los que hacian las travesías cargados de gentes y frutos, se elevó en aquellos islotes que se destacaban frente al parterre de San Cárlos una pequeña y sencilla ermita en memoria de San Anton, y para que este buen santo los acogiese bajo su égida.

En el sitio que sufrió la Coruña en 1589 por los ingleses, los que defendian la plaza conociendo la superioridad que conseguirian sobre ellos por la ventajosa posicion de aquella ermita, determinaron construir un fuerte en su lugar con el objeto de impedir la aproximacion de las naves contrarias. Bien pronto se felicitaron por esta medida, pues las baterías que artillaron entre aquellas peñas, causaron tanto estrago en los enemigos, que tuvieron estos que levar anclas y retirarse á gran distancia para librarse de sus devastadores fuegos.

Levantado el sitio y reconocida la utilidad de un castillo en aquellos islotes, se empezó mas adelante su construccion. Alzaron unas murallas sólidas y robustas como las rocas de su base, las coronaron de cañones, y cerrado el recinto por igual, aunque irregular en su forma, tomó el nombre de la ermita y desde entonces la ciudad durmió tranquila protegida por este avanzado centinela.

En 1779, con motivo de la guerra que otra vez declararon los ingleses, se trató de fortificarlo mas y sacar todo el partido posible de este castillo. Repararon sus muros algo deteriorados por algunas partes, y dentro de él construyeron una plaza de armas rodeada de casas-matas, un cuartel para mas de sesenta hombres, pabellones para oficiales, y sobre un lado de la paralelógrama plaza, levantaron á prueba de bomba un cuerpo cuadrangular que lo domina todo, donde establecieron una capilla, habitaciones para el gobernador y el capellan, y por último dispusieron sus fuegos de modo que se cruzaron con los del castillo de San Diego que se halla al Sur, orillas de la bahía y debajo del camino carretero que va á dar á Pasages.

Desde entonces acá nada varió el castillo de San Anton, ni tuvo ocasion de hacer ver cuan impotentes serían las andanadas de los buques que intentasen forzar la entrada de la bahía que él guarda, pues puede montar mas de treinta piezas de artillería. Hoy dia tiene un gobernador de la clase de comandante, ayudante, capellan, un destacamento de la tropa que guarnece la ciudad, y algunos oficiales arrestados; comunicándose diariamente con ella por medio de una barca destinada al efecto, la cual sale de la puerta de Macanaz ó San Miguel, que es la mas cercana.

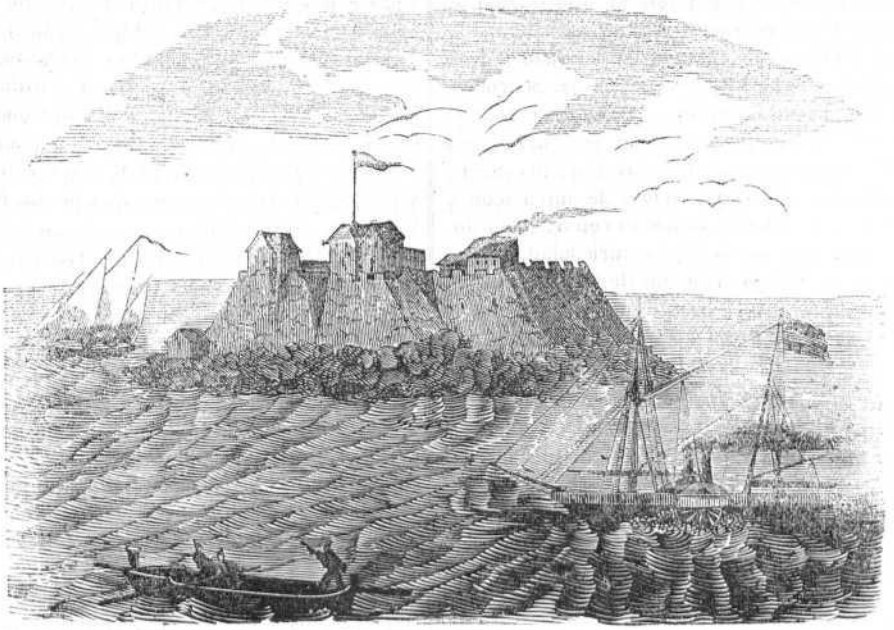
Algunas veces, durante las mareas vivas, suele bajar tanto el mar en el espacio comprendido entre la puerta mencionada de la Coruña y el castillo, que se prolonga entre estos dos puntos una ramificacion de los peñascos de las *Animas*, y parece posible á simple vista pasar por ellos de una á otra parte. Pero aun así, jamás ha podido conseguirse esto, pues muy cerca del castillo hay siempre mas de cuarenta varas de agua que aun en semejantes casos es imposible vadear.

Fuera de estas mareas, tan poco frecuentes, aquella inespugnable fortaleza siempre se vé en medio de la ria como si saliera de sus abismos insondables, fundida ya para ocupar aquel punto tan á propósito á la defensa por mar de la que por su importancia comercial, puede caracterizarse por la segunda ciudad de la costa occidental de la Península.

Desde que se ha fortificado en regla, ha servido de prision de estado para algunos personages políticos, entre los cuales se cuentan el teniente general D. Andres Villarroel, que en las guerras de sucesion tomó partido por el archiduque, distinguiéndose en la batalla de Villaviciosa y defendiendo con heroicidad á Barcelona contra las huestes de Felipe V, y D. Melchor Macanaz, célebre ministro, e cual dejó su nombre á la casa-mata que habitó, pues aun hoy dia se la llama *la de Macanaz*. Es la primera que se encuentra entrando en el patio ó plaza de armas á la mano derecha.

Además, del castillo de San Anton han salido los presos políticos que arrojaron al agua frente á sus muros y atados por la espalda dos á dos el año de 1823, si no estamos equivocados; y cuyo espantoso drama puso en consternacion á todo el reino, y dejó atrás los mas horrorosos que tuvieron lugar en Francia durante su sangrienta revolucion.

B. V. P.



Vista del castillo de S. Anton.

CUENTOS DE VIEJA.

Nada hace al escritor tan mal criado como la costumbre de escribir, y sino vamos á la prueba. Cuando un autorcito flamante se dirige por primera vez al ilustrado y respetable público, que ha de sancionar su trabajo ó rechazarlo con desden; se presenta como un pretendiente, vestido de negro, guante blanco, sombrero en mano, estudiado discurso y obsequiosísimos modales; pero una vez tanteado el terreno, arroja

á un lado el traje sério y aparece frecuentemente como en tertulia de confianza. ¡Cuanto piensa un autor en ciernes el título de su primera produccion! Lo mide á compás con la exactitud de un geómetra; lo recorta como papelito de bujía; lo examina con la perseverancia de un químico; lo pesa con la escrupulosidad de un cambista; lo escucha con toda la atencion de un músico: lo pronuncia con el énfasis de un predicador, y despues de haberlo manoseado tanto suele mudarlo porque no es un buen octosílabo ó porque le falta una m. ¡Qué títulos tan armoniosos regalan al respetable público las nacientes antorchas de la amena literatura; y así se guardarian todos ellos de poner al frente del mas limado de sus artículos. *Cuentos de vieja* como me guardaria yo de poner en cabeza del peor perjeñado de los mios: *El fantasma de las tumbas* ú otra altisonancia semejante.

Tampoco es achaque comun de escritores poco fogueados sacar á plaza sus miserias, contando al público anécdotas de la vida privada, porque temerian con ello poner en ridículo sus afiligranadas personas: yo voy pecando por el estremo opuesto, y de algunos meses á esta parte he contado ciertos sucesos familiares, declarado mis inclinaciones y tratado al público con la mas fraternal confianza: quiero ser con él consecuente como lo encontrará en la prueba.

Yo he sido niño, muy chiquitin y hasta muy guapo: (esto no quita que sea ahora mas que medianamente feo:) he tenido un dia, un mes, un año, dos, tres, cuatro.... Detengámonos en los cuatro, porque así conviene á mi historia. Cuando yo tenia cuatro años cenaba al hacerse de noche, para acostarme media hora despues, y cenaba generalmente una tortilla de pan rallado, huevo, ajo picado y perejil. Si no estuviera tan deprisa enseñaria á mis hermosísimas lectoras el modo de hacer una buena tortilla. Servia en mi casa una criada que cuando yo vine á este mundo contaba mas de treinta años de estar sirviendo á mis abuelos, y esta criada tenia el encargo de prepararme la tortilla. Yo era muy curioso de muchacho y generalmente tenia buenas ganas de cenar; estas dos razones poderosas, el hambre y la curiosidad, hacian que estuviera cosido á las enaguas de la criada hasta que me disponia la cena; y mas de una vez me encaramaba sobre los ladrillos del fogon. Cuando estaba frita la tortilla me conducia la buena criada á la mesa del comedor, tendia en ella un mantel doblado, me ataba al cuello una servilleta pequeña, y me presentaba la tortilla. Todos mis lectores creerán que yo me abalanzaba á ella, pero se engañan si tal creen: quedábame, pues, contemplándola hasta que entre la cocinera y yo empezaba el siguiente diálogo:

—¿No comes, niño, la tortilla.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me cuentas un cuento.

—Si ya te he contado los que sé.

—Otro nuevo.

—Pero si no sé.

—Pues no ceno.

La discusion continuaba, y despues de algunos dimes y diretes siempre acababa la pobre vieja por contarme algun nuevo cuento mientras cenaba la tortilla. Guardando este método por espacio de dos ó tres años, conseguí comerme novecientas ó mil tortillas y aprender casi el mismo número de cuentos: de los cuales pienso poner alguno en letras de molde, si la muestra no desagrada á mis lectores. El primer cuento dice así.

Perico sin miedo.

Vivia en una ciudad de provincia, no sé si grande ó si pequeña, una respetable viuda, que habia heredado de su esposo las negras tocas y una mezquina viudedad; pero miento que ademas de las tocas y la viudedad tenia un hijo fiel trasunto de Lucifer. Este muchacho, que contaba apenas diez y nueve abriles, se llamaba Pedro, y Perico lo llamaban todos sus amigos en su lenguaje familiar. Perico no tenia fortuna, pero sí gallarda persona y la cabeza mas diabólica que se conocia en la ciudad. Aunque contaba pocos años, habia dado mucho que hacer á los cirujanos del contorno y los escribanos y jueces no desconocian á Perico; merced á varias fechorías y á gran número de camorras. De mes en mes y aun de dia en dia fué creciendo su reputacion, y como no temia *ni á rey ni á Roque*, pusiéronle Perico sin miedo en consideracion á su arrojo. Un hombre sin miedo vale mucho y tiene mucho adelantado para varios lances, y entre otros, para lances de enamorar. Con su gallardia y su valor se llevaba Perico de calle á todas las mozas del pueblo, y saltando de unas en otras llegó el pícaro á poner los ojos en la hija del corregidor. Sin pensar en su gerarquía, las muchachas piensan muy poco, prestó atencion la noble niña á las palabras de Perico, y como el amor es tan ruidoso, llegó el de la juvenil pareja á noticias del respetable magistrado. Los aguijones de un avispero no hubieran aguijoneado tanto al corregidor como la noticia de los amores de su hija, y reuniendo los fueros de padre al prestigio de autoridad, comenzó á perseguir á Perico con terrible encarnizamiento. *Perico sin miedo* no era hombre que retrocedia fácilmente de cualquiera empresa comenzada, y encontrándose correspondido de la hija del corregidor, no hacia caso de las amenazas que el airado padre le hacia. Trascurrieron algunos meses en encubiertas hostilidades, hasta que una noche el corregidor y su ronda dieron con el avieso mozo. En vez de entregarse á la justicia, recurrió Perico á su arma, que era un baston largo y nudoso; y la manejó con tal arte, que el corregidor y los suyos salieron tan apaleados como vieja lana de colchon. Habiendo resistido á la ronda, no podia permanecer Perico en la poblacion sin caer preso, y como no era aficionado al sosiego de los calabozos, se despidió de su anciana madre, escribió un billete á su novia, jurándola inestinguible amor, y *tomó las de Villadiego* en busca de mejor fortuna.

Con aliento en el corazon y poco dinero en la bolsa, recorrió Perico varios pueblos; precedido de su renombre, muy popular en la comarca. Contra sus hábitos usó la mas rigurosa economía, pero era tan corto su caudal, que antes de transcurrir un mes estaba su bolsa sin blanca y su estómago sin alimento. Un hombre como él, guapo mozo, no gusta de pedir limosna, y Perico se decidió á buscar un amo que le diera cama, vestido y alimento. Encontrábase á la sazon en pueblo de escaso vecindario, y como todos

sabian bien servirse á sí mismos, el viajero sudaba para encontrar amo. Ya habia recorrido sin fruto dos ó tres docenas de casas, cuando lo llevó su fortuna á la del sacristan, que andaba buscando un monaguillo. Algo tallado era Perico para servir este destino, pero como el hambre apretaba y el sacristan no ponia reparo, se convino á entrar en la iglesia el presunto yerno de todo un señor corregidor; y despues de una corta disputa sobre el honorario, Perico entró á servir al sacristan. Las obligaciones del mozo no eran muchas ni muy penosas: reduciéndose á tocar á misa, barrer la iglesia, encender las velas, tocar al rosario y dar las ánimas: lo que reclamaba algun valor porque era necesario subir á lo mas alto de la torre.

Sabia el sacristan que Perico tenia fama de hombre animoso; pero lo creia pendenciero y tímido, quizás, tratándose de cosas sobrenaturales. En el primer dia de su ejercicio tocó Perico á misa temprano, barrió la iglesia perfectamente, encendió las velas, ayudó á misa, tocó al rosario y se dispuso á dar las ánimas con la mas firme voluntad. El sacristan le habia preguntado, si tendria miedo de subir á la torre, y Perico le habia contestado con la palabra de su mote. Llegó la hora de dar las ánimas, cogió Perico su baston y con una linterna en la mano, atravesó una callejuela, se paró á la puerta de la torre, aplicó la llave á la cerradura é hizo girar su frágil quicio. Abierta la puerta, notó el mozo una estraña iluminacion: consistia esta en un número de cabos de vela, tantos como gradas tenia la estrecha y empinada escalera, á los cuales servian de candeleros igual número de calaveras, completamente descarnadas. Un hombre de menos corazon hubiera arrojado la linterna y hubiera echado á correr, pero el amante de la hija del corregidor se encojió de hombros con arrogante indiferencia, dió con su baston á la primera calavera, haciéndola rodar y continuando la operacion de grada en grada, fueron rodando todas ellas, con desapacible cadencia y estridente crugir de huesos. Así llegó Perico al campanario, para presenciar otro espectáculo mas estraño y aterrador. Debajo de la única campana, descubrió un carcomido atahud, rodeado de hachones de cera, y dentro de él tendido un cadáver, cubierto de blanca mortaja. Un segundo movimiento de hombros fué la única señal de sorpresa que dió el intrépido monaguillo, y dando con el pié al atahud, dirigió la palabra al muerto:

—¿Tocas tú ó toco yo? le dijo.

El muerto, como era natural, no respondió á la breve pregunta.

—¿Tocas tú ó toco yo? le dijo de nuevo Perico.

El mismo silencio del cadáver.

—¿Tocas tú ó toco yo? preguntó por tercera vez.

Tampoco consiguió respuesta. Entonces con la mayor calma, puso su baston sobre un rebellin, dejó en el mismo su linterna acercándose al atahud, lo empujó con ruda violencia, haciéndolo caer á la plaza; y tocó las ánimas con todo el aplomo del mas esperto sacristan. Al empujar el atahud, creyó Perico oir un lamento; pero no le dió importancia alguna, y cuando acabó su comision, cogió el baston y la linterna, apagó los hachones, y bajó la escalera; encontrando en su última grada reunidas todas las calaveras que habia derribado una á una. Fuera del dintel, cerró la puerta, se guardó la llave, apagó la linterna y en vez de cruzar la callejuela, se dirigió á la plaza, con intento de reunirse á alguna pandilla de mozos y correr un poco la tuna.

Llegado á la plaza, encontró un grupo numeroso, provisto de algunos candiles: llegóse á él, con su desenfado habitual, y notó que todos aquellos curiosos estaban contemplando un cadáver. Echó una rápida ojeada, y al instante reconoció que aquel cadáver era precisamente el mismo que él habia arrojado de la torre. Esto no le dió gran cuidado, pero sí se alarmó algun tanto cuando vió que el cadáver arrojaba sangre por nariz, boca, ojos y oidos, y que era su amo y señor, el sacristan.

Como no era lerdo Perico, comprendió que el aporreado sacristan habia pretendido jugarle una morisqueta, y que no contando con la huéspeda, habia salido de ella mal librado. Tambien comprendió que la justicia tomaria cartas en el negocio, y prefirió á dormir en la cárcel, pasar la noche en despoblado, lo que no debia serle muy penoso en temporada de calor.

Pensar y obrar era en Perico casi un acto mismo, y siguiendo esta costumbre inveterada, arrojó á un lado la linterna y en cuatro saltos se encontró fuera del lugar. Un hombre que busca fortuna no necesita conocer el camino que ha de seguir, y como Perico la buscaba, emprendió la primera senda que el acaso le presentó y siguió por ella caminado hasta que despuntó la aurora. La luz del dia enseñó al viajero que caminaba por desconocido pais, y despues de tomar descanso prosiguió su incierto camino con mas lentitud pero no con menos valor. Un dia sin comer se hace muy largo, y muy largo pareció á Perico el que iba pasando á la sazon. Sin embargo continuó su marcha, y como todo acaba en el mundo, el crespúsculo de la tarde, indicó al hambriento viajero que la noche se aproximaba. Pasarla al raso no era penoso para el hijo de la viuda, pero pasarla sin comer era harina de otro costal. Apresuró el paso en consecuencia, y al poco tiempo descubrió una magnífica posada, en medio de espesa arboleda. A su vista cobró nuevo aliento, y de una rápida carrera tocó el anhelado dintel. ¡Pero cuánta fué su estrañeza encontrando á los posaderos y á una robusta Maritornes á la puerta de la posada, con la llave en la cerradura y dispuestos todos á marcharse!

—¿Qué es esto? preguntó Perico.

—Que nos marchamos al lugar: le respondió la posadera.

—¿Y cómo se marchan VV. al anochecer?

—Por eso mismo.

—No lo comprendo.

—Pues es muy llano. El que se acueste en esta posada amanece muerto.

—¿De qué?

—De miedo.

Perico sin miedo soltó una recia carcajada: la posadera lo miró fijamente y añadió con marcado desden:

—¿Seria V. capaz de quedarse?

—Hay que cenar preguntó Perico.

—Mucho y bueno.

—Pues me quedo.

—Tome V. las llaves: contestó la robusta huéspeda;

Perico las recibió con júbilo; los posaderos se marcharon y el intrépido monaguillo cerró la puerta, encendió luz y se dispuso á preparar una cena tan abundante como la pedia su apetito.

De habitacion en habitacion llegó á la despensa y para no elegir manjares descolgó un jamon bien curado, magro y corpulento. Se lo echó á la espalda, tomó un pan de cuatro libras bien cumplidas, y un frasco de vino muy añejo y que bien hacia tres azumbres. Cargado con estas municiones, volvió á la cocina, encendió lumbre, descolgó una sarten de acero, puso en ella el jamon, habiéndolo despedazado antes, y comenzó á freirlo, saboreándose, antes de probarlo con el olor que despedia. Medio dorado estaba apenas, cuando oyó Perico una voz que bajando por el cañon de la chimenea, decia con sepulcral acento.

—¿Caigo ó no caigo?

Perico se encogió de hombros, como en la torre lo habia hecho, y no respondió una palabra.

—¿Caigo ó no caigo? preguntó de nuevo la voz.

—Espérate: repuso Perico, no vayas á caer en el jamon.

Y separando la sarten, añadió con el mayor aplomo:

—Cae.

En el momento cayó un brazo: Perico lo cogió con desden, lo arrojó á un rincon y volvió la sarten á la lumbre. Apenas empezó á chirrear la pringue, cuando la misma voz estentórea preguntó de nuevo:

—¿Caigo ó no caigo?

—Cae: repuso Perico, apartando antes la sarten.

Otro brazo cayó, Perico lo arrojó, como lo habia hecho antes y volvió á la lumbre la sarten.

—¿Caigo ó no caigo? dijo la voz por tercera vez.

—Cae de una vez y no me entretengas: repuso Perico, apartando el jamon con suma impaciencia.

Una pierna cayó, Perico la echó á donde estaban los brazos y volvió el jamon á la lumbre.

Tres veces mas sonó la voz, tres veces mas apartó Perico la sarten, y sucesivamente fueron cayendo una pierna, el tronco y la cabeza; lo que unido á los miembros que anteriormente habia formaban un hombre completo. Perico fué arrojando los miembros al rincon, que para depósito habia elegido, y sin que nadie lo interrumpiera, acabó de freir el jamon tan ardientemente deseado. Apartó Perico la sarten, y al volverse con ella vió que los miembros dispersos se habian unido unos á otros, y formando un hombre, que á su lado estaba de pié y fijamente lo miraba. El viajero se encojió de hombros, miró bien al hombre fantasma, y le dijo:

—¿Quieres cenar?

Nada respondió el descuartizado, y Perico empezó su cena, cuidando de livar las tajadas con sabrosos tragos de vino. No sabemos si dió fin del jamon, pero sí es cosa averiguada, que no quedó gota en el frasco del añejo y rancio licor.

Cuando hubo acabado Perico, se adelantó el fantasma dos pasos, y le preguntó con la misma voz que habia bajado por el cañon de la chimenea:

—¿Tienes valor para seguirme?

Perico se encogió de hombros, é inclinando la cabeza, manifestó que estaba dispuesto.

El fantasma encendió su dedo meñique en el candil, y empezó á andar delante de Perico, que lo seguia con su indiferencia habitual. De este modo fueron cruzando varios estrechos corredores, hasta que encontraron una puerta con cinco candados cerrada El fantasma alargó prodigiosamente los dedos de su mano derecha, hasta el punto de poderlos aplicar á la vez á los cinco candados, y la puerta se abrió de golpe. Una bandada de murciélagos, lechuzas y otras aves nocturnas revolotearon sobre las cabezas de Perico y su compañero, y si hubiera podido apagarse la luz del dedo meñique del fantasma, hubieran quedado en tinieblas. Atravesaron en silencio una estrecha y larga galería, al fin de la cual fijó el fantasma su pié derecho sobre una losa: la losa cedió en el momento; Perico y su guia comenzaron á bajar una abovedada escalera, y por último se encontraron en un espacioso subterráneo. El fantasma se paró de repente, cogió con su mano derecha la izquierda de Perico, el cual notó que la mano de su compañero estaba fria y dura como el mármol, y lo condujo hácia los muros de aquella lúgubre mansion. Conforme se acercaban á ellos, iba distinguiendo Perico una especie de nichos, y despues vió que cada nicho contenia un esqueleto enteramente descarnado. El mozo se encogió de hombros, era su costumbre favorita, y no sabiendo como entretenerse durante la revista que á los nichos iba pasando, fué contando los esqueletos, los cuales, segun su exacta cuenta, eran ciento y uno cabales.

Acabada esta larga tarea, el fantasma llevó á Perico al centro del hondo subterráneo, y le dijo con la misma voz estentórea, presentándole su dedo meñique.

—Apaga esta luz.

Perico la dió un soplo y todo se quedó en tinieblas.

Momentos despues una mano, tan pesada y fria como un mazo de hierro, cayó sobre la cabeza de Perico; oprimiéndole de tal modo que le iba embutiendo en la tierra.

—¿Tienes miedo? le preguntó el fantasma.

—No tengo miedo: repuso el mozo; y á su voz empezaron á brotar del techo, pavimento y muros rojas llamas, que ceñian de siniestras aureolas los cráneos de los esqueletos.

—¿Tienes miedo? repitió el fantasma.

—No tengo miedo; repuso el amante de la hija del corregidor, y como si su voz tuviera un poder sobrenatural, empezaron á temblar al punto techo, muros y pavimento.

—¿Tienes miedo? preguntó el fantasma por tercera vez.

—No tengo miedo.

—Pues es tuyo cuanto verás; añadió el misterioso guia.

Se apagaron las rojas llamas; cesó el rudo sacudimiento, el valiente mozo se vió libre de la mano que lo oprimia; una lámpara maravillosa descendió de la húmeda bóveda, y á su luz radiante vió Perico que los ciento y un esqueleto se habian transformado en jarrones de oro cincelado, y que el fantasma era una estatua del mismo precioso metal. Este feliz cambio no afectó al intrépido aventurero; se encogió de hombros una vez, y llegándose al primer jarron, lo encontró repleto de escudos. Tomó buena cantidad de ellos, y apoderándose de la lámpara

empezó á subir las escaleras. A su fin encontró una rampa, perfectamente disimulada; la cerró con mucho cuidado y atravesó la estrecha galería. En los candados de la puerta encontró una llave, que venia muy bien á los cinco: los cerró con el mayor esmero, y se fué en busca de una cama, para dormir tranquilamente lo que quedaba de la noche. La encontró al fin limpia y mullida, tendió en ella sus fatigados miembros, y durmió cuanto debe dormir un hombre que ha cenado jamon livado con añejo vino.

Despertáronle á la madrugada recios golpes; se levantó, corrió á la puerta y vió que intentaban forzarla. Descorrió de improviso el cerrojo y se presentó en el dintel. Un entierro estaba formado en dos hileras; pero á su vista cura, sacristan y monaguillos se pusieron á la vez en fuga. Perico los siguió hasta el lugar; supo en él, que cuando alguno se quedaba en la posada iba á recogerlo el entierro: buscó al amo del parador, se le compró en poco dinero, y un año despues quedó transformado en palacio. Supo el señor corregidor la buena fortuna de Perico; y, olvidando sus travesuras, no tuvo reparo en venir á ofrecerle la mano de su hija. Perico amaba á la muchacha con el mas entrañable amor; recibió bien las proposiciones de su futuro suegro, y se verificó la boda con estraordinaria suntuosidad. La viuda del muerto sacristan estuvo en ella, y Perico la compró una saya: yo me encontré, por casualidad, en el sarao y la novia me regaló un pito; pero lo he perdido, no sé en dónde, sin que me haya quedado otra gloria que referir á mis lectores el cuento de PERICO SIN MIEDO.

JUAN DE ARIZA.

SICILIA.

El que levanta sus miradas al hermoso cielo de Italia, siente arrobarse el alma de un éxtasis delicioso; el que vuelve sus ojos á los lozanos vergeles de mi amada patria, siente latir su corazon de placer y alegría. Halagados sus sentidos con la vista encantadora de sus campos; con el canto de las avecillas adornadas de plumas matizadas de varios colores; con el balido de los cabritillos, que brincan en medio de los verdes céspedes; con el mugir lejano de los toros y el flébil sonido de su esquilon, esclama con maravilla: «¡Fué colocado aquí ciertamente el Eden por la misma mano del Creador!» «Italia mia, dijo uno de tus vates, en tiempos no muy remotos: Tus campos no pueden ser largo tiempo morada de bárbaros.» Si te has derretido hasta ahora, oh Italia, en destemplado llanto, las lágrimas no han alterado tu hermosura; y así como las gotas del rocío que cubren la violeta pálida, la dan brillo al reflejo de los primeros rayos del sol que nace, tus lágrimas vertidas en el dolor y la tristeza, son perlas que resplandecen al nuevo rayar del alba anunciadora de dias mas libres y placenteros. En todas las provincias italianas (no me engaña la esperanza) oirá en breve el viajero, sin el relincho de caballos tudescos, la habla melodiosa y dulce, que espresa con suavidad los mas tiernos afectos, ó una voz fuerte y atronadora, como el sonido de la trompa del ángel esterminador, que llama á juicio final á los tiranos que la azotaron. Sentado entonces el guerrero en las orillas del Tiber, desceñirá el acero con que ha defendido su patria, y bañando su calorosa frente en las olas claras del famoso rio, repetirá estas palabras: «Nació aquí la libertad latina con el Bruto antiguo; perdieron aquí sus vidas los Gracos, defendiendo los derechos del pueblo oprimido; reinó aquí aquel Pio, que cumplió la gran mision del Crucificado, quebrando el trono del despotismo.»

Quien creyere exageradas ó hiperbólicas mis palabras, recorra el último discurso pronunciado por el famoso Lamartine en las cámaras francesas; mientras que nosotro transcribimos á continuacion el sentido de uno de sus principales trozos: «Es menester haber vivido largos años en Italia, como yo he vivido, para apreciar justamente ese manantial de civilizacion perenne, esa tierra clásica, que encierra los monumentos maravillosos de Grecia y Roma ese pueblo cuya grandeza y cultura se pierden en las tinieblas de los siglos que pasaron.» Pero vamos á recorrer con la sola fuerza de nuestra imaginacion algunas provincias de ese país, objeto de las mas altas inspiraciones del poeta y del orador.

El sordo rechinar de vuestro barco, queridos viajeros, se acalla; desaparecieron ya las llamas de la hoguera, que dilataba con su fuerza el vapor, y solo una columna de humo se levanta aun por lo vasto de los aires, mientras que el ancla detiene en medio de las olas azules y argentadas la máquina que os ha trasladado desde paises lejanos al puerto de Palermo. Centenares de barquichuelos os rodean, y vosotros, alegres viajeros, entrando en ellos os dirijis á la estrema orilla del mar, en donde os espera una multitud apiñada, y de la cual solo podreis libertaros con trabajo, escogiendo á alguno que lleve vuestra maleta y os conduzca á un albergue.

Despues de breves horas de reposo, venid conmigo al Foro Borbónico, y mirad en todo su resplandor la vasta marina de Palermo; contemplad con asombro la perspectiva de su horizonte despejado y risueño. Aquellos peñascos negros y erizados, que veis á lo lejos, son el *Monte Pelegrino*, en donde está el templo de Santa Rosalía, patrona de los palermitanos, y en donde se acamparon, como han anunciado los periódicos, los satélites de la tiranía, que acosados por el hambre, é impotentes para contener la fuerza de un pueblo que pelea para reconquistar sus hollados derechos, han debido abandonar el sitio de una ciudad de héroes. Mirad, esa larga fachada de palacios magníficos situados en frente del mar, y que embellecen en gran manera el Foro Borbónico, pertenecen todos á los mas altos patricios, prontos á sacrificar sus riquezas y sus vidas por el bienestar del pueblo. El ameno jardin, que sigue á la larga fachada, se llama *Vila Julia*, y está adornado de estátuas de blanco mármol, de largos paseos alfombrados de flores, de árboles espesos y frondosos, de fuentes limpias y claras, abundantes en peces, y que ofrecen el espectáculo encantador de cascadas muy caprichosas. Parece que la naturaleza estremecida de horror por la barbárie de un gran crímen, queriendo borrar en parte su memoria, inspiró á un genio bienhechor colocar el delicioso jardin en el si-

tio en donde fué ejecutado el último sangriento auto de fé en Sicilia. Fueron allí quemados un fraile nombrado Romualdo y una religiosa llamada Gertrudis, porque no tuvieron bastante virtud para vencer sus inclinaciones de afecto y ternura. Junto á la *Vila Julia* está el jardin botánico, uno de los mejores de la moderna Europa. Mirad ahora, las grandes estufas que encierran y alimentan con su calor plantas que se producen en climas muy lejanos y diferentes de los nuestros. El hombre se apodera de todo lo creado, y con la fuerza de su inteligencia lo sujeta todo hasta mandar á los elementos. Pero, hermosas niñas, no arrimeis vuestra delicada mano á esa flor tan bella, que bajo la hermosura se oculta no pocas veces la fiera ponzoña: vosotras lo sabeis mejor que yo. Mirad desde lejos aquel árbol tan grande, cercado de una doble tapia y cuyo verdor os enamora. El nace en aquellas regiones voluptuosas del Indostan, que habitaba el príncipe Djalma, cuyos amores con Adriana de Cardoville os son bien conocidos. La frescura que esparcen alrededor sus hojas lozanas y verdes, es venenosa y mortífera; no os acerqueis. Tocad mas bien esta plantecilla, y mirad como toda se contrae con la ligera aproximacion de vuestros dedos. Esta planta que llaman los botánicos *Noli me tángere* es el símbolo mas significativo de vuestro pudor. Aquellos animalitos, que cubren las ramas de un tierno arbusto, y cuyas alitas flexibles son tan lucientes, que parecen de verde esmalte, sirven para curarnos del *Grippe*, si vuelve á acometernos. Sus cuerpecillos contienen la cantárida, que con fuerza cáustica estrae de nuestro cuerpo los malos humores que suelen causar graves enfermedades.

Pero dejemos el jardin botánico, sus yerbas medicinales, sus anchas estufas, sus raras plantas, y vamos á entrar nuevamente en la ciudad por la puerta de enfrente, que lleva el título pomposo de *Puerta Real*. La fábrica que está á su lado izquierdo es un convento de vírgenes, que observan la austera disciplina de Santa Teresa de Jesus, cuyo nombre luce mucho en los fastos religiosos y literarios de España. Alzad vuestros ojos hácia la puerta de la iglesia, y fijad vuestras miradas en aquella concha de gran tamaño y de blanco mármol, que representa el nacimiento de nuestro Redentor. La concha que veis, la Vírgen, San José y el Niño Dios, es todo de una sola pieza. Algunos ingleses sorprendidos por su rareza, ofrecieron comprarla al peso de igual cantidad de plata, pero las religiosas contestaron, que solo la venderian calculando su peso en quilates de oro: por lo que las partes no se avinieron. Pero, ¿por qué os deteneis, queridos viajeros?... ¿Os causa estupor y tristeza ese monton de escombros que veis á lo lejos?... Son casas destruidas por la fuerza de las bombas y proyectiles, arrojados sobre esta ínclita ciudad, que ha reclamado hace poco su política independencia. Mas no os entristezcais con tanto estrago: estos miserables escombros se convertirán en magníficos palacios, y se desplegará sobre sus techos el pendon constitucional, que agitado por los vientos, repetirá con patético lamento los nombres de los mártires que perecieron peleando por su pátria, y cuya memoria será baldon eterno para los bárbaros que la bombardearon. Mirad entre tanto este crucero donde hemos llegado, que divide á Palermo en cuatro barrios iguales: su punto del centro se llama *I quattro cantoni* y las calles que se cruzan llevan los nombres de *Toledo* y *Macqueda*, que nos legó, como noble herencia la España, cuando en tiempos remotos fué reina del Mundo. En la última estremidad de *Toledo*, junto á una puerta que lleva el título de *Nueva*, está situado el palacio real. El edificio es noble; está amueblado lujosamente en su interior y su perspectiva es magnífica, pero nada merece tanto aprecio como su vasta cuadra.—No frunzais las cejas y oidme.—En donde ahora relinchan los caballos, se convocaron por los reyes normandos los primeros parlamentos de Sicilia; se discutieron allí los grandes proyectos de leyes nuevas y muy oportunas para el bienestar del pueblo, que habia sacudido recientemente el yugo de los sarracenos; se echaron allí los cimientos de un nuevo derecho público para la Sicilia, que puede vanagloriarse de naber tenido su Constitucion, mientras que eran salvaje la Inglaterra y bárbara la Francia.

Pero despues de haberos enseñado, amigos mios, algunas de las cosas mas notables de la ciudad de Palermo, conociendo muy bien por lo que me habeis dicho, que será larga vuestra morada en este país, de modo que podreis observar reposadamente su catedral, cuyo esterior representa las formas de un imponente edificio gótico, la *Plaza Villena* y su inmensa fuente, el magnífico templo de San José, la universidad, los teatros públicos, etc.: quiero bosquejaros un ligero cuadro de los demás paises de la Sicilia y de las provincias mas florecientes de la Italia continental.

SALVADOR COSTANZO.

Los Campanólogos son la principal novedad teatral de la semana. Una concurrencia estraordinaria llenaba la noche en que se presentaron todas las localidades del teatro de la Cruz, para el cual creemos que, merced á los tocadores de campanillas, se renuevan los *buenos* tiempos de Mr. Macallister. Esta original orquesta merece ciertamente llamar la atencion de los dilettante: Haydn, Mozart, Beethoven, Sachini, Gluck, Haendel, compositores antiguos y modernos, música patética y alegre todo lo interpretan con una precision admirable; su talento se acomoda á todos los géneros, sus instrumentos triunfan de las mayores dificultades y la armonía que producen jugando con solas 80 campanas hace un efecto maravilloso digno de los *Cuentos fantásticos* de Hofman.

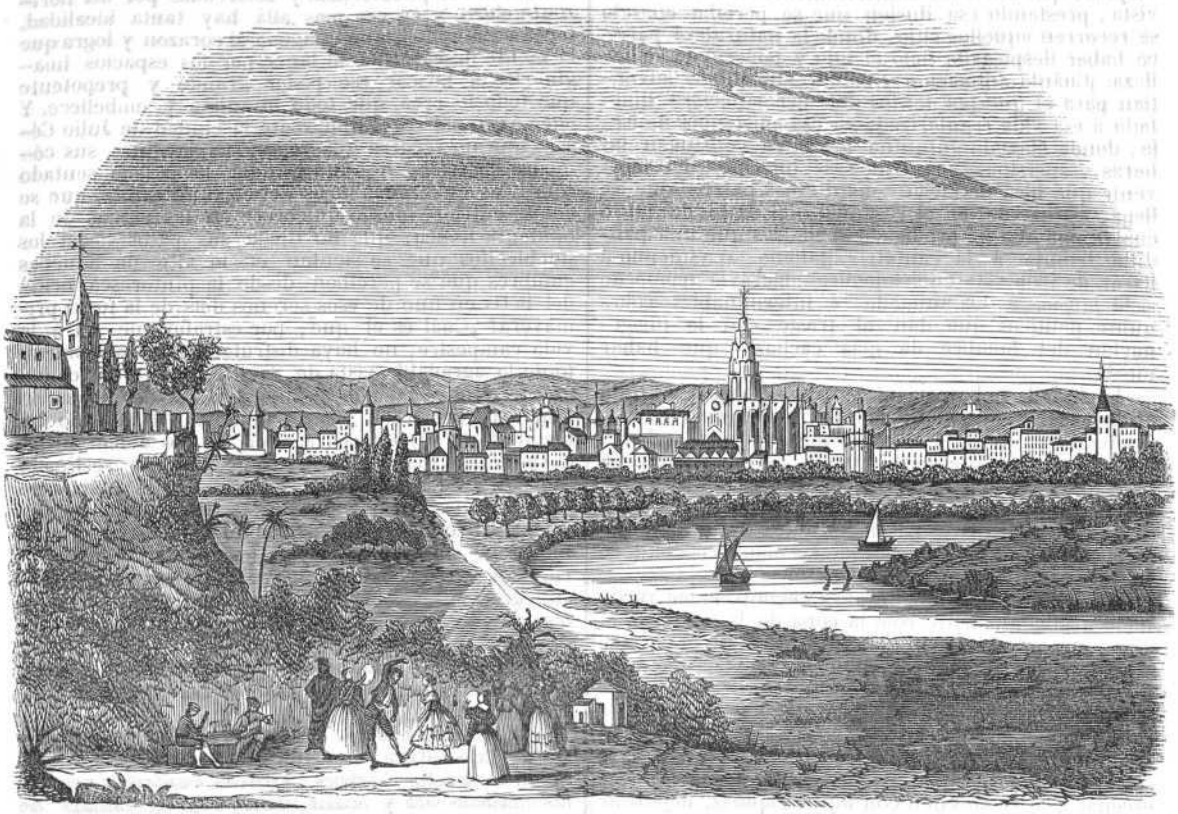
Nos creemos obligados á recomendar á nuestros suscritores como la mejor y mas completa publicacion de su género que hasta ahora ha aparecido entre nosotros, la *Antologia Española*, escelente revista científica y literaria que ha principiado á ver la luz hace pocos dias, que revela un acierto y gusto poco comun en la persona que la dirige y que ofrece á la par instruccion y amenidad.

Las exigencias del ajuste nos obligan á retirar una lámina y la conclusion del *Barbero de un Valido*, que irán en el número próximo.

MADRID.—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimeboa, Gaspar y Roig, Razola, Pouparl, Villa y la Publicidad, litografía de Bachiller, del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, cuarto segundo.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



Vista de Sevilla desde San Juan de Aznalfarache.

EL CARNAVAL EN EL CAMPO.

Estábamos en carnaval: filósofo por esencia y potencia, aun cuando la filosofía en este siglo camina al nivel de la política, dudaba si quedarme en la ciudad, ó si en pro de la costumbre decidirme por la vida campestre, dejándome ir en pos de los muchos pelotones que, á guisa de caravanas, se alejan de Sevilla para buscar el puro ambiente allá en las plácidas campiñas que, alfombradas de vistosas florecillas, nos convidan á gozar de su verdura y á aspirar sus gratos perfumes. La eleccion no era dudosa puesto que el carnaval en el interior del morisco serrallo andaluz, pasa como otra época cualquiera, es decir, descorre su velo frio y macilento sin mostrar su semblante marchito por los báquicos placeres ó las nocturnas danzas, tan en voga en otros dias y tan degeneradas en los presentes: pero ¿qué es lo que no cambia en este mundo?...

El año de gracia de 1847 permanecia en ese insomnio de costumbre. Solo se percibia el movimiento de la clase artesana, que libre y sin recelo buscára su solaz en el dorado templo de Baco; y cuando la noche desplegaba su gasa fúnebre, el confuso y lejano rumor de alguna cuadrilla enmascarada, que al son del pandero y la guitarra recorria las estrechas y solitarias calles, escitando la risa de los muchachos al mostrarles sus ridículos y estravagantes disfraces, ó sus lívidos rostros coloreados por la fuerte llama de los hachones.

El carnaval ha muerto!!... Desnudo de sus atavíos solo ostenta ahora sus harapos mamarrachescos: tal fuera el eco que resonára por todos los ámbitos de la ciudad. Cada cual buscaba un objeto de diversion, y este objeto creíanlo hallar abandonando el hogar doméstico. Por lo que respecta á mí, habia quedado la víspera con un amigo en acompañarle y verle pintar la romántica vista del Guadalquivir. Así fué que no tuve mucho que pensarlo ni quebrarme los cascos acerca de lo que pudiera sobrevenirme: apenas el sol salió de su sueño, púseme en accion y marché á la ventura, como el que fastidiado de una vida monótona y algo llena de azares, busca en el retiro olvidar por un momento las intrigas de la voluble sociedad y los odios de los hombres.

Pocos minutos corrieran cuando ya me hallaba á orillas del Betis. Recorriendo su márgen pintoresca sembrada por los arbustos á que dan riesgo sus lentas olas de plata, heridas de repente por los claros fulgores del sol de la mañana, miraba distraido aquel enjambre de personas que van y vienen, que pasan y repasan, aquel raro puente de madera que parece hundirse en el rio, ínterin buscaba diligente algun barquero que por módico precio se decidiera á trasportarme al cercano pueblecillo que, cual caprichosa canastilla vierte sus flores sobre el pavimento de un cenador, así derrama sus blanquecinas casitas al pie de unas matizadas colinas y que el vulgo llama *San Juan de Aznalfarache*.

Deslizábame cual fugaz gaviota por la superficie de

las aguas, á lo largo de aquella ruidosa orilla. La mañana estaba serena y deliciosa. Un vientecillo glacial y suave plegaba graciosamente los gallardetes de los buques, que anclados simétricamente confundian la vista, prestando esa ilusion que se percibe cuando se recorren aquellos sitios donde la naturaleza parece haber desplegado todo el lujo y poderío de su belleza. ¡Cuánta animacion y cuánto encanto se advertian para el que por tantos dias permaneciera limitado á esa vida regularizada, á esa existencia de café, donde clavado ante una mesa, se consumen las horas vespertinas, presa de esas ilusiones del porvenir que mas se alejan cuanto mas parece que se llega, estraviados en el resúmen del éxito de tal ó cual drama, de los prodigados aplausos que una pandilla tributa á la cantatriz italiana, ó viniendo á parar de toda esta enciclopédica algaravía, como de *motu-propio*, á los animados é interminables coloquios políticos que dan al traste con la imaginacion del hombre de mas cachaza que haber pueda.

La frágil embarcacion cortaba el agua dejando atrás aquellos grupos de buques enjaezados.

Reclinado sobre la estrecha popa y disfrutando del consuelo vivificante de los rayos del sol, talareaba placentero aquella *canzonetta* de Ricci, «sulla poppa del mio brich,» en tanto que la barquilla se alejaba de la torre del Oro y pasaba ante los frondosos chopos que se apiñan en medio de las sombrías calles de las antiguas Delicias.

Tres cuartos de hora despues encontrábame reclinado negligentemente bajo la copa de la vetusta encina, que dibuja su frondoso ramage en el limpio cristal del rio, y que parece desafiar al tiempo entre las grietas de la peligrosa barranca. Desde allí me complacia en derramar la vista por aquellas vastas campiñas, donde la parda alondra juguetea en el aire para caer ligera sobre el tallo de una madre selva. Distraido mi pensamiento con aquellas variadas escenas que se suceden con tanta rapidez, dejábame arrastrar á otra existencia mas ilusoria, sin acordarme de la reiterada cita que mi amigo B.... habíame dado la noche anterior sobre la elevada plataforma del solitario monasterio, desde cuyo punto trasladaba al lienzo el soberbio panorama que la arabesca Sevilla desarrolla y que tanta novedad ofrece á los ojos del escrupuloso observador.

El reló de la derruida y fea torre del convento vino á sacarme con su eco ronquecino del marasmo en que me encontrára. Era la décima hora. Dí mis preventivas órdenes al servicial barquero, que amarrando su esquife á una de las estacas que allí se encuentran, pareció entregarse tranquilo al blando sueño.

Dirigíme hácia el punto indicado salvando las pendientes que presentan los tortuosos senderos abiertos al través de los estensos olivares que circundan á aquel edificio posado en la cumbre de aquella montañita, como el arca salvadora en el elevado Sinaí. Llegué sobre el terraplen, no sin sentirme algo fatigado. Dí mis disculpas al artista que, dejando la paleta y los pinceles, vino á sentarse sobre la balaustrada, ínterin me entretenia en el prolijo exámen de su obra. Ante la naturaleza comparaba la belleza de la copia, en la que el pintor habia espresado con toda la fuerza de su colorido aquel mágico conjunto, aquella singular perspectiva imposible de espresar con toda su fuerza, con toda su majestad, con todo su sorprendente efecto.

Ante nosotros se despliega un espectáculo asaz interesante y rico en recuerdos de un órden mas elevado. Aquí, verdes colinas, bordadas de olivos y viñedos, bajan á bañar sus plantas al borde de un rio, que serpenteando á lo largo de fértiles praderas, las riega y vivifica; allí, una ciudad de árabes, y esbeltas formas, coqueta y seductora cual la esquiva bella del harem, de cuyo centro se destaca la atrevida Giralda, que lanzándose á las nubes parece desafiarlas, se estiende hasta tocar con sus ennegrecidos muros á la pesada Torre del Oro, rica atalaya musulmana y palpitante página de los dias del cruel D. Pedro; acullá los verdes limoneros que sombrean las alegres huertas y derraman su embriagador aroma; mas allá, en lontananza, sonrosadas montañas sembradas de pueblecillos y coloreadas por un horizonte claro, y en ese mas allá hay tanta idealidad, tanta sublimidad, que enagena al corazon y logra que la mente descarriada se lance por los espacios imaginarios á buscar ese poder grande y prepotente que todo lo crea, que todo lo anima y embellece. Y además, ¿cuál es el que visite la ciudad de Julio César, que no recorra sus vegas, sus jardines, sus cómodos caseríos, que no estudie lo pasado sentado sobre las quebradas hojas del corintio capitel que se oculta entre el musgo que crece en las ruinas de la opulenta Itálica, que no dirija sus pasos hácia los pueblecitos que se sientan en lo alto de aquellas cumbres que se perciben desde la pintoresca orilla del Betis en uno de esos serenos dias de la fugaz primavera? ¿Cuál es el que, por estraño que sea á la vida campestre, no haya disfrutado por un momento de la agradable vista de Sevilla, desde la colina que se alza en medio de los jardines de olivos de Aznalfarache? ¿Cuál es, finalmente, el que no ha respirado la aromática fragancia de los dobles lirios, evaporada por la fresca brisa de la tarde, reclinado sobre la verdosa alfombra, al pié de los muros de aquel religioso apartamiento? Escoged pues un dia en que el sol derrama su viva lumbre en medio de un celage sin nubes: escoged ese momento y llevad vuestras miradas á lo lejos; ved esas casas, las unas ennegrecidas por el tiempo, las otras resplandecientes en blancura y que parecen aproximarse al estanque profundo en el cual el rio está encerrado, para mirarse en las aguas. El rio presta al cuadro no sé que misterio que aumenta aun el encanto de la contemplacion.

Era domingo. Como convidaba el dia con su hermosa temperatura, multitud de familias habian emigrado á aquello lugares. Algunas cuadrillas veíanse diseminadas acá y acullá, unas, bajo el ramage de los olivos, conversaban tranquilas; otras, mas entusiastas y revoltosas, compuestas de gente del pueblo, agitábanse bailando y cantando al compás de una guitarra, ínterin las barquillas, cual aves acuáticas al abrir sus blancas alas, desplegaban al viento sus pequeñas velas y huian veloces por la plateada superficie del agua en busca de nuevos pasageros.

Al cabo de algunas idas y venidas, vióse á aquella pradera sembrada de caprichosos grupos, cuyo contraste escitaba el ánimo, hasta impeler á uno á querer tomar parte en aquellas fiestas tan prodigadas en esta hermosa tierra, pero cada vez mas seductoras, mas sencillas y naturales.

Las horas volaban sin que el pintor ni mi humilde persona pensásemos en el deterioro de nuestros estómagos, cansados por lo largo del paseo y el placer del campo. Nuestro parasismo tuvo el fin que era de esperar. Pusímonos en marcha, no sin que primero guardara sus pinceles en la caja de colores. Descendimos por la senda que muere al pié del grotesco arco de la callejuela que sale al frente del convento, y nos dirigimos á la antigua fonda de Lebron, cuyo nombre ha pesado á nuestros dias como el de una notabilidad, la cual se conserva sola, aunque algo degenerada, y allí, por aviso de mi galante compañero; hallamos preparada una incitante mesa.

Concluido el festin, nos encaminamos hácia la campiña con el objeto de ingerirnos, como Dios nos diese á entender, en el primero de los saraos que encontrásemos al paso.

¿Has participado tú que me lees de esas festivas conmociones que se improvisan aquí en Andalucía, ora bajo la techumbre de un cuarto de corral, ora á la puerta de los ventorrillos que sirven de parada al que entra y sale por cualquier punto de los poblados arrabales? Si como no es de estrañar has concurrido en medio de esas turbas desorganizadas, que viven hoy en el placer aun cuando mañana sea de tormentos y privaciones, ¿por qué he de bosque-

jarte aquel cuadro incomprensible á veces para los que desconocen esas costumbres raras y propias de esa clase del pueblo que, abandonando sus hogares, se trasporta al campo sedienta y decidida á agotar hasta las heces el cáliz del goce mundanal? Nada mas natural que esa alegría tan necesaria para hacerle olvidar su malestar y sufrimiento, para que borre de su imaginacion el hastío del trabajo, recompensado con ínfimos jornales, no bastantes para llenar sus obligaciones diarias. Hay consecuencias á veces funestas, esto es cierto; pero, no son por lo comun hijas de la intolerancia ó de venir á entrometerse en cosas que son agenas?

Grande fuera la animacion que imperára en el centro de aquellos círculos, de donde solo brotáran voces desencajadas, risas estrepitosas mezcladas con los brindis amorosos y los cánticos alarmantes, interrumpidos por lo comun por la maravilla que dorára el vaso elevado cual si fuera la ofrenda que se presentára á los dioses lares.

Nuestro rebusco duró corto tiempo: apenas habíamos recorrido un pepueño radio de tierra, cuando llegaron á nuestros oidos los ecos de algunas voces que nos nombraban. Curiosos por saber cuáles fueran las almas que se compadecian de nuestra soledad, nos lanzamos hácia el sitio de donde salian, cual jadeantes lebreles sobre la caza que se escabulle. Nos acercamos: un gracioso espectáculo ofrecióse de repente á nuestra ávida vista. Entre los alineados olivos que se pierden tras el *parterre* del convento, hallábase una numerosa reunion de personas que, sentadas unas sobre la fresca yerba y levantadas otras, se entregaban sin escrúpulo á los regocijos de una fiesta campesina. Entre aquellas contábanse algunos amigos que, á fuer de pasar por gente notable, rendian mútuo vasallage á varias jóvenes de gallardos talantes, entre las que sobresalian la Nena, esa bolera tan conocida, la Cuchillera, la Naranjita, la Ana, y otras no menos graciosas en ese género de danzas andaluzas (1).

Una ligera sonrisa escitada por los cantares de los vates agitanados que allí se encontráran, brillaba en todos los rostros. Eran aquellos el *Planeta* (2), rey de los bravos *cantaores*, el padre *Verita*, el *Marino*, y otro cuyo nombre no recuerdo, los cuales parecian adorar á una botella del suave sanluqueño, ídolo de estos momentos y que apuraban en medio de los brindis de costumbre.

El néctar de Andalucía, salpicando á todos, habia sucedido á los manjares cuyos restos veíanse esparcidos por la yerba.

Al ver aquella original escena, cualquiera hubiera recordado los fabulosos festines del Dios de los amores; cualquiera se hubiera creido trasportado á la encantada selva de las fantásticas hadas juguetearban en las aguas del lago, al eco de sus melodiosas liras. Tal fuera, pues, la ilusion que produjera aquel baile vespertino en medio del jardin que la natura ha decorado con tan brillantes atractivos.

El vaso á medio llenar volvió á relumbrar entre las palmadas de los incansables cantantes que, al monótono arrullo de sus trinos y cadencias, se arrebataban á cada paso la copla. El planeta, cuya obesidad y carácter le prestan ese predominio que egerce sobre ellos, llevaba la palma, haciendo alarde de sus recios pulmones, al entonar caprichosamente sus plegarias, raras en su estructura, pero que tanto inflaman el corazon de los aficionados de ley como ellos llaman.

—Viva lo gueno, zeñó...! dijo el padre Vera vaciando en su estómago una *cañita* y alargándonos otra para que lo imitásemos.

—Bendita zea Málaga, que es tierra é caliá, añadió el que rasgueaba el guitarro.

—Zeñores! esclamó el marino algo entusiasmado: no hay ná pa las zevillanas, pa estas reinas é lo bonito?

—Vivan las é nuestra tierra, gritó toda aquella grey atolondrada. Pue que bailen unas zeguirillas gitanas...

Un confuso rumor sucedióse á la peticion: en seguida todos aclamaron á la Nena.

—Pio la palabra, repitió el padre Vera: antes é que comienze er jaleo, me paeze mu regulá que echemos una uvita á la salú é los mozos que han llegao, pue po lo netos que zon, jazen á estos peazos, lo que se llama un poquirritito é tilin...

—Qué se eche una bomba! dijeron muchas voces.

No era muy á propósito el desairarle al dirigirnos aquel brindis, ni menos hacerse uno el sueco ante aquella semi-patulea, que tan atenta habíase mostrado con nosotros. Así fué, que sin andar en rodeos y mas cuando tanto ansiáramos ver puesta en baile á la aclamada silfide, pedí el vaso y con voz algo estentórea esclamé:

Venga el vaso, y de la bota
brote manzanilla á mares,
y lleguen nuestros cantares
hasta la playa de Rota.
Brindo por la sal morena
de la neta Andalucía;
brindo, porque acabe el dia
en los brazos de la Nena.
Siga amigos el placer;
suene pues la castañuela;
venga al campo esa mozuela,
y no hay mas gloria que ver.
Que al verla ¡viva el salero!
mi corazon palpitando,
ha de marcharse volando
hasta el mismo Trocadero.
Brindemos todos, señores,
con la boca en la botella,
por el brillo de la estrella
que arroja tantos fulgores.

—Bien zalero! Esclamó el padre Vera en medio de los aplausos. Vale osté mas que la custodia é la catredal con toos zus arrumbeles.

—Venga otra uvita y que comienze er baile, pa ver volar er corazon deste morenito é lo neto, añadió el bullicioso Marino.

Así era: la hora habia sonado, y el ruido de los palillos habia atraido inmensa concurrencia á nuestro círculo, tratando cada cual, á porfia, de plantarse en primera fila, como acontece en esa clase de diversiones, interin los jaleadores de oficio dirigian sus originales y oportunos dichos á la bolera que, nada esquiva, los devolvia con cierto gracejo y donaire. El tocador de guitarra, que ocupaba el sitio de preferencia, comenzó su son y los cantadores parecieron prepararse para el combate, si por tal puede juzgarse ese antagonismo que cada uno demuestra por aparentar mas pecho y dar á sus pausadas endechas ese raro colorido que solo ellos descifran, esa animacion que mas crece cuanto mas se engolfan en la copla y crece el recio palmoteo.

Rompe el baile, entra el jaleo;
pasa el veloz estrivillo,
y al redoble del palillo
comienza pues el meneo.
De ver era la garbura

(1) De poco tiempo á esta parte se ha desarrollado de tal modo la aficion á los bailes de ese género, que la mas encopetada clase de la sociedad sevillana, busca ocasion de asistir á los bailes particulares que celebran los que especulan con ellos, sobre todo cierta parte de la juventud que quiere pasar por gente de *tono*, la cual vaga de sarao en sarao para saciar su ardoroso entusiasmo, interin en los teatros suelen mirarlos hasta con desden. ¿Cuál habrá sido el móvil de esa repentina metamorfosis? No es un misterio. Para obsequiar á cualquier personaje que arriba á la capital de Andalucía se pone en juego esta clase de espectáculo como sucedió con Alejandro Dumas, del que salió poco complacido.

(2) Son los motes con que se designan á estos personajes tan célebres en los fastos de todos los que se dedican á esa clase de cantos. El Planeta y el padre Vera, son los que mas sobresalen, por sus gorgeos el primero, y por su clara y estensa voz el segundo.

de aquella esbelta sirena,
de ojo negro y tez morena,
al agitar su cintura.
Lindo jubon ajustado
de raso azul refulgente,
á su talle diligente,
presta perfil delicado.
De su rodete anchuroso,
prendidos con alfileres,
le cuelgan ricos caireles,
que rozan su cuello hermoso.
Es su pelo de azabache,
sus labios ¡ay! son corales
que oscurecen los rosales
del jardin de Aznalfarache.
Corta nagueta plegada,
que se agita con el viento,
deja ver al movimiento,
su tersa media nevada.
En su sien, entre claveles,
posa con matiz divino,
el lirio mas peregrino
de aquellos ricos vergeles.
—Jui, ¡zanto zielo, qué moza!
Viva la zal é Zevilla,
¿que es la ortava maravilla,
empues é ver á esta roza?
—Mairezita lo que é visto
al jazer ezas cambias!
Planeta, vengan tonás;
¡que me muero, Jezucristo!
Y cual corza que ligera
corre por el bosque ufana,
cuando el sol de la mañana
ilumina la pradera,
Así la niña de amores,
luciendo su pierna bella,
como en la noche la estrella,
asi brilla entre las flores.

El ruido, las estrepitosas voces de aquella gente entusiasmada, cuyos ecos se prolongáran allende los cerrillos que dominan al tranquilo lugarcito, acabaron de poner en movimiento al resto de sus pacíficos moradores. Alarmada la turba, acudió lanzando al viento desaforados gritos, como si celebraran una de esas fiestas de los santos patronos, donde se concluye por fuegos de artificio. En un santiamen inundóse la campiña de esa clase turbulenta, no sin que le siguieran cuantos hombres y mugeres habia, que ansiosos de disfrutar del improvisado fandango tomaban al asalto, apelando á los codos, los principales puestos del circo. Hubiérase dicho al ver aquella oscilacion de cabezas, aquella curiosidad pronunciada, ser una jauria de locos divertidos con un nuevo aparecido.

De temer era que aquel brusco ataque viniera á concluir en un trueno espantoso. Así era que tanto mi compañero como yo, no las teniamos todas con nosotros, porque nada novicios en los desenlaces que suelen presentar tales diversiones, recelábamos algun accidente que convirtiera aquel lugar en otro campo de Agramante. Por fortuna al murmullo fué debilitándose por grados y entró en órden aquella grey, porque al poco rato no se oia mas que el cencerreo de la guitarra y la cansada voz del Marino, intercalada con tal ó cual palabra puesta muy en boga en los bailes que llamamos de candil. Uno de los jóvenes que se veia sentado junto al Planeta, en cuyo sombrero se elevaban dos rizadas motas, salió con la seguidilla siguiente:

Si entre las ondas
del mar me viera,
hasta la muerte
ay! te quisiera.
Porque al quererte,
de mí huyera
la misma muerte.

En tanto que así cantaba la tarde adelantaba, y el sol ocultándose tras el cerro de Santa Brígida, robaba á los campos sus vivos colores y nos sacaba de aquella distraccion en que nos sumergieran los placeres del dia. La diosa de la noche aceleraba su carro, dando á los prados ese aspecto sombrío y melancólico, pero agradable, cuando la primavera cede al rigor del estío.

La dulce brisa que sucede á los crepúsculos de la tarde, hízonos poner en accion para abandonar aquellos deliciosos parages, que tantos recuerdos dejára impresos en mi mente, y trasladarnos á la barca. Aun no hicieran diez minutos que el astro vivificador desapareciera en el arrebolado horizonte, cuando ya la barquichuela arrastrada por la corriente abandonaba aquellas riberas. El bullicio, los cánticos de los remadores y los gritos de alegría que por do quier resonáran, nos traian á la mente esas noches de carnaval en que los hijos de una ciudad, grande y poderosa en otros tiempos, recorren sus lagunas, bajo el pabellon de sus caprichosas góndolas en busca de amorosas y románticas aventuras: tal fuera el espectáculo que se ofreciera de repente.

Por las opuestas márgenes del ancho rio, veíanse vagar cual sombras, multitud de personas que se confundian entre el ramage, mientras que las barcas se disputaban el paso para ser las primeras en llegar á Sevilla, que se percibia allá á lo lejos, salpicada de millares de luces. Aquellas vivas lumbres que rielaban en las aguas, parecian á primera vista la lava ardiente de un volcan en los momentos de una erupcion.

Al saltar en tierra las campanas de la ciudad preludiaban el lúgubre toque de las ánimas. Tres horas despues me hallaba sin saber cómo ni cuando, recorriendo los salones del Museo, donde al compás de un diabólico vals de Lanuer, veíanse oscilar velozmente las parejas enmascaradas. Allí todo era ilusion! El ficticio delirio de una sociedad ébria de goces quiméricos, habia sucedido á la naturalidad y alegría de una fiesta de carnaval en los hechiceros campos de la reina de Andalucía.

M. Jimenez.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XVII.

El domingo de Carnestolendas por la tarde.

Unas plazas hay tan fuertes, que solo por hambre pueden ser vencidas. Una de estas plazas parece el hombre poseido de la hostilidad de las culpas. Por el ayuno, por la abstinencia pueden ganar las virtudes esta fortaleza á los vicios: pero ¿qué hacen ellos en este riesgo? Previénense de vituallas golosas. Contra la expugnacion de hambre santa se arman de hartazgos viciosos. Ven el domingo de carnestolendas al amanecer bajar á la cuaresma con cuarenta ayunos. Allí es la prisa á meter bastimentos. Tanto es lo que comen los hombres aquellos tres dias, que los ayunos subsecuentes mas son medicamento suave que mortificacion dolorosa.

Acaban de comer en una casa rica el domingo de carnestolendas á medio dia rica y abundantemente. Los dueños se levantan de la mesa á holgura hidalga, los criados á necia holgura. Júntanse los amos á jugar al hombre. Luego seremos con ellos. Las criadas se dividen por los balcones ó ventanas con pucheros en las manos. Los criados las socorren de calderos de agua, que arrojan con los pucheros sobre los pobres que pasan. ¿Qué querrá ser esto? A mi parecer, no mas que entretenerse unos con el enfado de los otros. ¿Y qué querria ser cuando empezó? Eso no sé. Mas costumbre necia y peligrosa, tan tolerada, debió tener el principio bueno. Sin duda hacian esto los cristianos unos con otros, por prepararse unos á otros á burlas, á escarnios, á mofas, á desaires, á golpes, á ajamientos, para recibir con todo el corazon el horrible desengaño del miércoles siguiente, de que cuantos han nacido son polvo, y serán polvo. Si para esto se inventó maltratarse y enojarse unos á otros las carnestolendas, fué dis-

creta invencion: y si no fué para esto, hagamos nosotros que para esto sirva.

Están, pues, atalayando á los hombres que pasan, para mojarlos las mugeres. Ven venir un esportillero por la calle abajo: previénese una fregona de un cubo de agua: tómale por el asa de esparto con la mano izquierda; por el resvaladizo suelo por la derecha: arrímalo al balcon mohoso, y en viendo al pobre hombre en parage, se lo vuelca encima. El miserable paciente con el susto se aturde, y con el peso se agovia. Pasa turbado á la otra acera á reconocer el balcon enemigo, y vé á mugeres y hombres, tomando risueño placer del mal que le habian hecho. Enojase juntamente del esceso de la burla, y empieza á hacer definiciones injuriosas de los que se la han hecho. Algunas yerra, y algunas acierta, y ellos se rien de todas. Que los que pierden el miedo á la culpa, se le pierden á la afrenta.

Esta gente hizo con esta burla muchas cosas malas. Mojaron á este triste hombre en cantidad, que le obligaba á mudarse de vestido, y no tenia vestido que mudarse. Los cuerpos humanos no enjugan ropa de valde: la salud les cuesta. Es lo mas verosímil que vendria de dejar alguna carga, que le hubiese hecho sudar; y mucha agua fria sobre el cuerpo sudado se diferencia muy poco de una estocada. Con el enojo que le encendieron, le precipitaron á la venganza. El que ocasiona un pecado, mida el daño que hace por la pena que corresponde al pecado. Con todos estos males que hicieran á este hombre, se hicieron á sí mal harto grande.

Dos mugeres que están en una reja de un cuarto bajo con un instrumento de disparar agua, por las troneras de una celosía, á un hombre vestido de negro, que, descuidado, arrimado á ella pasaba, le dan una rociada por el rostro, que le turban los ojos y le desaderezan la valona. El hombre prosigue su camino sin volver la cara al lugar de su ofensa. Pasa por la necedad del uso con silencio, no sé yo si con paciencia.

Aquellas mugeres le hicieron á aquel hombre un camanico forzoso con el ímpetu y con el agua, y quizá mas que camanico, porque quizá no tendria cuatro cuartos con que aderezar la valona. No hay daño pequeño, para el que no tiene con que remediarlo.

Haber callado este hombre, no es haberlo llevado en paciencia: impaciencias hay mudas, y aun pienso que son las peores impaciencias, porque no temen los oidos de nadie, y hablan como sin riesgo del castigo y como sin miedo de la murmuracion. Calenturas son muy maliciosas las encubiertas. Ardores de mucha culpa se pudieron disimular en aquel silencio.

Ven venir las que están en el balcon una silla de una señora, y tras de ella un escudero á caballo. Va por medio de la calle, y enojándose de que se haya salido de debajo de su tiro, buscan desquite y hállanle. Metese una un poco adentro, y dícele en voz disparada: Rodrigon. Ayúdala otro mozuelo, y dícele en grito agudo: *Ciento y dos.* ¿Por qué baldona esta gente necia á este hombre? ¿Porque sirve en una casa principal? No por eso, que á nadie se le esconde que para la organizacion del mundo importan tanto los que sirven, como los que mandan; sino porque sirven por tres reales (1), que parece la racion mas sin sustancia, que se le puede dar á la vida de un hombre de buena esfera. Si esos tres reales estuviesen desacompañados de otras conveniencias, no era mucho el tratar como á loco al que se mataba á servir, y se dejaba matar de hambre. Pero estos tres reales suelen tener tantas comodidades adherentes, que se hace una muy buena comodidad de todo.

Fuera de esto, se ofende á aquella señora, que va en aquella silla, que va dando estimacion de su estimacion á aquel criado, y se le ha de mirar por entonces con el mismo respeto que á ella.

Pasa algo apartado de esta silla en un coche un hombre rico que fué mozo pobre, que hay hombres tan dichosos ó tan desalmados, que enriquecen en menos tiempo que otros se pierden. No le echan agua, porque no le puede coger; pero puédenle decir baldones, porque los puede oir. No se los dicen. ¿Qué es esto, mundo injusto? ¿Al otro pobrecito avergüenzas, que es pobre sin culpa suya, y á este rico no le dices nada, que es rico con grande culpa? Menos escusable fuera, por la libertad del dia, decirle á este oprobios, que le enmendaran, que al otro cosas que le afligieran. ¿Sabes lo que hace este? Compra haciendas vinculadas por la vida de los que se las venden. Lo primero que hace es tasarles las vidas en cuatro ó cinco años. Para hacerles creer que no pueden vivir, les acuerda los riesgos que se andan tras el vivir, los que se agarran de la vida moza, y los que acechan desde una baraja de naipes. Háceles al fin un sermon muy desengañado para engañarlos. Ellos se persuaden de que la vida es un soplo: pareceles que, en vida tan corta, es menester darse mucha prisa á holgarse, y que esto no se puede hacer sin dineros: y véndenle la comida y la estimacion de mucha vida en el corto precio de cuatro añadas. Ellos van contentos como con una herencia, y él se queda riendo de ellos, porque sabe que con hacerlos desdichados, los hace eternos. Gástase el dinero en poquisimos dias, y luego viven innumerables de calamidad insufrible. A la hora que estos perdidos están aguardando cuatro reales dudosos en una casa de conversacion para ir á matar su hambre, está el que les compró sus haciendas haciendo hambre en una tienda de sedas, mirando si se le antoja algo para hacer un vestido, que no ha menester. Hombre cruel, yo no me meto en si te salva ó no la conciencia el peligro á que pusiste el dinero con que compraste: pero te afirmo que si no hubiera quien comprara de por vida, no hubiera quien vendiera: con que se quitaba la ocasion á daño tan grande. ¿Pudiste tú dudar, segun la condicion de los que te vendieron, que dentro de muy pocos dias habian de pedir limosna? ¿Pudiste no conocer que la intencion de los fundadores de aquellos mayorazgos fué dilatar su nombre por los siglos con lustre y reverencia, y que esto lo desearon tan esforzadamente, que hicieron por conseguirlo otros muchos hijos y nietos pobres, á quienes amaban tiernamente? ¿Puedes no haber oido decir lo que miran las repúblicas por la continuacion de estas haciendas, porque son las estrellas fijas con que lucen? No por cierto. Pues si todo esto te era patente ¿cómo tienes corazon para ver mendigar aquel, con cuyo caudal tú, de puro abundante te envicias?

¡Ah, mugeres, las que echais agua! Echad agua á calderos sobre ese coche: tiradle los calderos: mas no se los tireis, que á vosotras no os toca el castigo de esta culpa. Dios, á cuyo cargo está, le dará el castigo.

Suben tres, ó cuatro caballeros mozos por la calle, y reciben de una ventana baja, donde están unas mugeres hermosas, una de aquellas cargas que da la hostilidad burlesca de aquella tarde. Mójanlos con festiva agua. Ellos miran los enemigos, y huélganse de verlos. ¡Oh hermosura! Aun ofendiendo, muchas veces amable. Tratan de su venganza, y arrojan dentro de la pieza muchas bombas de agua olorosa, hechas de cáscaras de huevos. Enciéndense en tema las baterías. Quiere desde los balcones hacerles guerra fastidiosa el vulgo de otra familia noble. Embarázaselo el dueño corrijiéndole con los apellidos heróicos, que aquellos mozos tienen. Con solo el nombre los quiere hacer respetables. No halla otras señas. ¡Desdichado del hombre que no tiene mas señas para su estimacion, que el nombre! Solos los apellidos pronuncia. Esas son señas de que nacieron, no de que han vivido. D. Fulano de tal significa descendencia, pero no obra: dice sangre, pero no virtudes. Esa es gloria agena, que no hace lustre propio. ¡Oh, verdaderamente nobles aquellos que pueden ser buscados sin el apellido! Aquellos de quienes se puede decir ¿quién ha visto á uno que peleó increiblemente en tal batalla? ¿Quién ha visto á otro,

(1) Que son 102 mrs.; á esto alude la espresion de arriba.

que era la admiracion de la universidad? ¿Quién ha visto á un mozo, que frecuenta mucho los templos? Esto, esto es ser noble: esotro es ser historia.

Huyendo de un aguacero, que caia de unos balcones, se entró en un zaguan un mozo lucido, á tiempo que bajaba por la escalera un conocido suyo, hombre de mas ingenio que fortuna, de mas nombre que hacienda. Saludáronse, y el que entró le dijo la causa que le detenia allí al que bajaba, y subsecuentemente le preguntó á qué habia ido á aquella casa. El otro, sonriéndose, le dijo: ¿Qué me vendrá á mí, que bien me venga? Sabreis, amigo mio, que vive aquí Fulano (este era un estranjero muy rico), el cual ayer en el congreso de un garito me dijo: que me viniese hoy á comer con él, como dando á entender que añadia á su mesa el plato de mi conversacion, que los ricos se sirven hasta del alma de los pobres. Yo vine á la hora señalada, estudiando moderaciones contra la abundancia de la comida. Entré en una pieza ricamente adornada, y lo primero que se me vino á los ojos fué la mesa, cuyos manteles eran tan blancos que deslumbraban, tan cumplidos que tapaban los pies al bufete, y tan labrados que eran una selva nevada. La plata de los servicios no parecia sacada de minas, sino de canteras de diamantes. No podian sufrir tanta luz mis ojos y paséles á la tapicería. Si lo estraño, si lo hermoso, si lo rico no embobara, matara el gusto de comprenderla. Llegó la hora de comer, y sentáronos. Yo escogí una servilleta sobre la mesa tan blanca, tan fina, y tan hermosamente labrada de las señales de los dobleces, que me pasó por la imaginacion limpiarme en las faldas de mi ropilla, por no violarla. Empezamos en unos orejones. Todos los principios son pequeños, eran pocos. Sucediéronles unas escudillas de caldo de color de pobre que sale del hospital. Quise tomar unos tragos, y figuróseme que era escudilla de materia, y no me atreví. Viéndome ocioso mi convidador, dijo en voz de vender por la calle: *las perdices*. Yo he oido cantar á cuantos músicos buenos ha habido en mi tiempo en la corte, y ninguna voz me ha sonado tan bien. Empezaron los criados á hablar en secreto unos con otros, y las perdices no venian. Al fin se determinó uno, y dijo que se le habian olvidado al comprador. ¡Ira de Dios y cuál se puso el hombre! Temí que los matara á todos. A mí se me afligió el corazon de ver la ira, en que se abrasaba como avergonzado. Procuraba templarle, representándole la poquedad de la culpa y la pequeñez de la falta. El, como enfrenado de la urbanidad, se compuso á mi ruego. Harto me pesaba de que faltasen las perdices porque soy muy amigo de estos pájaros; pero apelé al regalo que en lo que faltaba suponia. En esto estaba cuando hé aquí asoma un braserillo de plata enrejado con un plato encima, tan grande como la vega de Carmona, cubierto con otro del mismo tamaño. Miréle como á vengador de la injuria de las perdices, y consoléme. Pusiéronle en la mesa, descubrióle su dueño, y descubrió tres alcachofas enteras, cocidas en agua y sal. Hízome plato con una, hízose plato con otra, y dejando en el plato grande la tercera, echó aceite y vinagre en ambos platillos, diciendo que era la mejor invencion con que se habia topado la gula. Yo lo probé, y en mi vida ví cosa tan sin gracia. Sirvieron luego otro braserillo con otra tanta plata preñada, y era un plato compuesto de escarolas, hojas de rábanos, malvas, hortigas, culantrillo de pozo, agallas de ciprés y hojas de hiedra. Esto es lo que á mí me pareció: puede ser que me engañase. Hízome el italiano un plato de muy buena presencia, probéle, y era de muy maldito sabor. Echaba la culpa á mi paladar, y guardábame para los platos futuros. Volví los ojos hácia la puerta, y veo entrar un cubierto muy majestuoso: pusiéronle en la mesa, y dijo el hombre: esta es la muestra del escabeche que tengo para esta cuaresma, y como no es mas de muestra, es poco. Debia de ser como un cuarteron; pero preciosísima cosa. La bondad le hizo menos, y la hambre le hizo nada. Acabóse antes de empezarlo. Pedí de beber, y en una salva como una rueda de molino me trageron una copa de vidrio de Venecia de corta cabidal llena de agua sobre una cuarta de pié, y junto á ella una limetilla del mismo vidrio con una gargantilla azul, que debia de hacer la cuarta parte de un cuartillo, llena de vino de Colmenar. Para echar el vino en la copa, fué necesario vaciar el agua en la salva, y dióme verguenza de vaciarla toda: con que vine á echar una lágrima de vino, porque no cabia mas. Fuí á beber, derramóseme un poco, y á penas quedó con que mojarme el pico de la lengua. Al dejar la tacilla, le miré con atencion, y me pareció volatino con zancos.

Cuando yo restituia la copa, estaba ya en la mesa una polla de sabrosísimo olor. Empezóla á trinchar el dueño de la casa, y en la fuerza que hacia me pareció que era de escultura: infaliblemente era de madera. Preguntareisme ahora ¿que cómo olia? Yo lo diré. Esta polla se asó en la pastelería, donde en tales dias se asan innumerables: sucedióle lo que á los melones malos, que de estar entre los buenos huelen á buenos. Cúpome una pechuga, y era menester una azuela para dividirla en bocados. Dejéla de comer por falta de instrumento para partirla. Levantaron este plato, y vino sobre ascuas el de la olla, y tan sobre ascuas, que no sosegó un instante. Mandó el dueño que la quitasen, dando por razon que estábamos reventando (pero era por comer.) Pusieron luego en un trinchero una zanahoria con un caldillo agridulce, que olia á especias, que fué el último plato de este estupendo convite. Mirad ahora cuál sacaré el estómago. Amigo, lo que pondero aquí, no es sino mi desgracia, pues en una casa tan rica y tan abundante como esta, en dia que todos comen bien, han tenido maña de matarme de hambre. Sonrióse el mozo y dijo: en cualquiera de las naciones son de diferente cantidad los ánimos. Unos son grandes, otros no tanto, y otros pequeños. En la nacion de vuestro convidador hay hombre que el dia de la vanidad no solo son cumplidos sino derramados. Los que no tienen tan alto el espíritu, caen en las debilidades, que vos llamais desgracia vuestra. Yo los conozco muy bien y sé los vicios que las producen. Estar la ropa y la plata tan limpias, es crueldad y no aseo, que es por hacer reventar á los desdichados que los sirven. El estar el caldo sin color es un ahorro muy estudiado. Tienen ajustado que lo menos que puede llevar una olla es un maravedí de azafran, que al cabo del año son trescientos sesenta y cinco maravedises, que se ahorran en el consumo del almirez con no machacar aquello, por lo menos cuarenta y tres maravedises, que son cuatrocientos ocho, que son doce reales. Que estos, empleados, se doblan cada año, y que en pocos años, la multiplicacion de estas duplicaciones montan un tesoro. El reñir, porque falta un plato de la órden que dió, es cortedad ingeniosísima, porque es concordia entre él y los criados para abultar sin costa el aparato, para hacerle agradecer á la sencillez del convidado español el plato que no come, y para tener él á la noche el plato de la risa de haberle engañado. El comer tanta hortaliza es, porque el poco sustento debilita la sensualidad y es vicio en España muy costoso: si las mugeres no pidieran tanto, se comiera cada dia un carnero. El ser la polla dura es culpa del comprador, porque lo mismo cuesta la esquiva que la blanda. El levantar intacto el plato de la olla, es porque tendria hecho concierto con el ama que la habia de sustentar con aquel plato, y como os veia tan hambriento, temió que no habiais de dejar nada. Estos son, en suma, los motivos de haber comido hoy vos tan mal, y no vuestra fortuna. Con mucha malignidad, dijo el hambriento, discurrís en estos motivos, y me persuado á que os engañais en muchos. Lo que me sucede ahora es que cada vez que se me vienen á la memoria las perdices, se me llena la boca de agua, y me he de ir á una despensa á comer una, aunque deje una cajilla de plata que tengo aquí con tabaco. Y si tardais mucho, dijo el otro, os desustanciareis en salivas.

Ahora, porque á los afligidos se les ha de dar consejo y ayuda, vamos á una despensa muy abundante, que yo tengo aquí un doblon, y nos lo comeremos de perdices, que esta no es tarde de estómagos quejosos. Si es, hombre desconsiderado, tarde es de no comer sin mucha necesidad, porque está ya empezada la primera semana de la cuaresma, y ese que se ha quejado de la comida, por mas que él diga, para sustentarse fué suficiente, sino que los convidados, en no sacando ahita la estimacion propia, piensan que no ven de hambre.

Volvamos ahora á los que quedaban jugando al



hombre, entretenimiento disputador y pesado: todas las manos seacaban las reprensiones y advertencias. Los dos que pierden se echan la culpa el uno al otro, y ninguno quiere confesar que ha errado. Los mirones los quieren enseñar á todos, y no hay mano en que no haya una escarapela. Este es juego de entre amigos, y con cualquiera encendimiento se muda el estilo y el tono de la amistad. En acabándose el juego han menester olvidarse todos de lo que han dicho y oido, para volver á ser lo que eran. No sé que sea cordura parecerse á descantillar una amistad, para tomar luego el trabajo de aderezarla; y raras veces queda tan buena como estaba antes. Esta es la tarde que se ha de huir de los entretenimientos, porque siempre son en ella desordenados.

Abreviado por J. E. Hartzenbusch.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV.

VIII.

(Continuacion.)

La campana del convento de San Francisco acababa de dar el *toque de la oracion*, y los pacíficos habitantes de Setubal hincados de rodillas y con la cabeza descubierta rezaban las Ave-Marías de costumbre: sonaban las llaves en los candados con que todas las noches se cerraban las cadenas colocadas á la entrada de la calle de los judíos: era por la Trinidad, y en el horizonte apenas se divisaban los últimos reflejos del sol hácia el occidente. Las calles estaban desiertas y el ruido del movimiento diario iba desvaneciéndose poco á poco en el silencio del reposo nocturno, cuando á la puerta de palacio llegó un caballero vestido á usanza de la corte; apeóse inmediatamente y entró. A la luz de una lámpara que pendia de la bóveda del atrio, y que reverberaba sus rayos en los arneses de varios soldados que por allí andaban, maese Blas que estaba en pié á la puerta de su aposento, vió que el recien llegado era el duque de Viseo. Hallábase en efecto en Palmela cuando recibió el recado del rey, y á pesar de que su conciencia, le inspirase algun recelo acerca de aquel

súbito llamamiento, decidió sin embargo ir, por temor de que su desobediencia diese al rey pretesto suficiente para acusarle de rebelde y hacerle condenar legalmente.

Apenas entró el duque, encaminóse hácia él Fernan Martins y le dijo: «Señor duque, seais bien venido; su alteza os aguarda.»

—En Palmela, adonde fuí á ver á mi madre, contestó el duque, he recibido el mensaje del rey, y me he puesto en camino sin tardanza: aquí me teneis pronto siempre á obedecer sus mandatos.

Dichas que fueron estas pocas palabras, tomaron ambos la escalera arriba yendo el duque delante y detrás de él el capitan de los ginetes.

Un lienzo de las casas de Nuño de Acuña que servian de palacio cuando el rey moraba en Setubal, daba frente por frente de la playa. En el fondo de un horizonte profundo y oscuro se distinguia confusamente la ondulacion contínua de las olas; y el resplandor que despedian algunas salas alumbradas por la pálida luz de las antorchas se abria paso al través de las pintadas vidrieras, prolongándose en colores cambiantes é inciertos por toda la estension del arenal, y sobre los blancos festones de espuma que azotaban la orilla. Bien fuese que maese Blas tuviese sus puntas de poeta, bien que, habiendo dormido la mayor parte del dia precedente y una buena parte de aquel, no sintiese tendencia á irse acostar tan temprano, es lo cierto que entró repentinamente en deseos de pasear por la playa: encasquetóse pues su birrete y encaminóse allá.

Apenas habia dado unos cuantos paseos, cuando alzando por casualidad los ojos vino á fijarlos en la ventana del aposento que servia de guardaropa del rey: las vidrieras estaban abiertas de par en par, y maese Blas vió dos bultos que por sus gestos y ademanes parecian altercar uno con otro; picóle aquello la curiosidad y no dejó de mirar. Los dos bultos se acercaron á la ventana y siguieron hablando cada vez, á lo que se dejaba adivinar, con mayor vehemencia; uno de ellos por último, alzó el brazo, y maese Blas vió cruzar ante sus ojos como un relámpago el brillo de un acero; el otro bulto estendió los brazos como quien busca donde apoyarse: el hierro que blandia la mano del primero volvió á centellear varias veces: en aquella lucha los dos bultos se apartaron de la ventana, y de allí á poco la sombra de uno de ellos se proyectaba en la blanca pared del aposento que daba enfrente del balcon por donde maese Blas divisara aquella escena terrible y misteriosa.

El barbero dió un grito de horror, pero su voz se perdió en el silencio de la noche; un sudor frio cubrió su frente y se volvió aterrado hácia palacio. Los soldados de la guardia se paseaban tranquilamente con su arcabuz al hombro: los soldados á caballo estaban á la puerta con espada en mano: parecia que ninguna novedad habia ocurrido.

Empero no bien hubo entrado maese Blas vió á Fernan Martins que bajó atropelladamente la escalera y llegándose á los soldados que estaban á caballo les dijo:

Partid sin tardanza; que se cierren las puertas de la ciudad; no dejareis salir á nadie sino presenta órden escrita del rey.—Ginetes de la guardia, á caballo.

En menos de algunos credos toda la compañia de ginetes de la guardia se hallaba formada en frente de palacio; á su retaguardia se colocaron los ballesteros y mosqueteros.

Fernan Martins habló en seguida con los capitanes de los peones; nadie oyó lo que les dijo; pero ellos se dirigieron seguidamente á las filas, y sacaron del centro de las compañias un cierto número de soldados que salieron despues en varias direcciones. El resto de la gente permaneció inmóvil sobre las armas detrás de los ginetes.

A pesar de hallarse todavia poseido de terror por la escena que acababa de presenciar, hablaba tan alto la curiosidad en el corazon de maese Blas que no supo resistirse á ella; atravesó el atrio y saliendo del portal, se deslizó á lo largo del muro por detrás de las filas de los soldados. Felizmente en una de las alas tropezó con el capitan Jaime de Figueredo, antiguo amigo suyo, y amen de esto hablador, maldiciente y truhan como él, aunque por lo demas, *escelente* hombre. No bien le conoció el barbero por la voz y por el bulto acercóse á él con cautela y le tocó en el hombro; volvióse el capitan con despecho; mas cesó esteal punto luego que el capitan hubo advertido que era su honrado é ilustre amigo el barbero de la Corte.—«Oh! sois, maese Blas; díjole en tono festivo; muy ageno estaba de esperaros aquí: os hacia á estas horas gustando el regalado sueño que Dios no quiso conceder nunca á un pobre capitan. Aquí teneis nuestra vida. Ni de noche, ni de dia descansamos un punto! Si supiese latin, ó al menos leer y escribir, daba al traste con esta coraza, y corria á meterme fraile: mejor habia de llevar los escarnios de los juglares y truhanes de palacio que el servicio del rey.

—No digais tal, señor Jaime:—interrumpió el barbero, á quien la volubilidad de la lengua del capitan empezaba á impacientar:—por honrados se darian muchos caballeros de alta alcurnia, si fuesen como vos, capitanes de los mosqueteros de la guardia; género de milicia, que á lo que recuerdo, y no soy muy viejo, era apenas conocida en tiempo del infante Don Pedro.

—Sí, maese, replicó el capitan, ese á quien los enredos de los nobles arrastraron á una muerte afrentosa, y cuya sangre cae ahora sobre las cabezas de los hijos de sus asesinos: el duque de Braganza al subir al cadalso no hizo tal vez mas que pagar una deuda de familia: lo propio les irá sucediendo á los demas: la justicia de Dios no duerme; y lo peor es que por causa de ella tampoco nosotros dormimos.

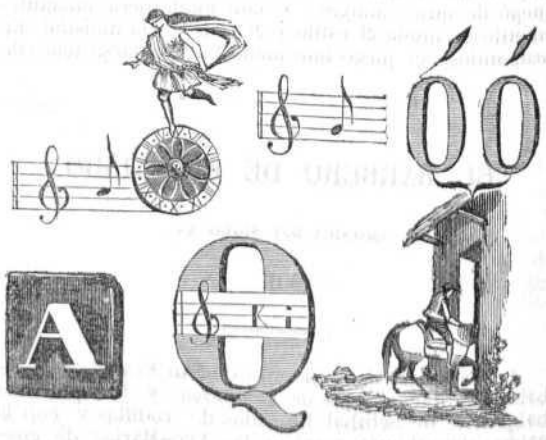
Como el niño que corriendo detrás de la versátil mariposa, hace dos ó tres zics—zács inútiles hasta llegar por fin á cogerla, párase entonces y se sonrie contento, y no la deja escapar de la mano sin examinar antes lista por lista, cambiante por cambiante, los colores del pintado insecto; asi maese Blas viendo favorable ocasion de hacer preguntas siquiera fuesen indiscretas al locuaz capitan, estrechóle al punto la mano oyendo aquellas agudas palabras; y con toda la mañosa sencillez de un barbero y barbero cortesano, dijo:

—Jamás torne yo á ver á mi pobre y querida Inés (santa muger!) si entiendo lo que decís, señor capitan. No dormís por causa de la justicia de Dios? ¿Qué tiene Dios que ver con que esteis vosotros aqui esta noche armados de punta en blanco como gentes prontas á dar en aduares de moros?

(Concluirá en el próximo número.)

ISIDORO GIL.

GEROGLIFICO.



MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LA VARONA CASTELLANA (1).

Yo me muero por la guerra,
Pierdome por cuchilladas,
Y en dos desnudas espadas
Toda mi gloria se encierra.
Lope de Vega.-La Varona castellana.
Jornada II, Escena V.

La genealogía panegírica de los Varonas, que se conserva en el archivo de su casa solariega cerca de Villanañe, en la provincia de Alava, fué compuesta en 1715 por un religioso del órden de San Agustin sobrino del décimo nono poseedor del mayorazgo original, cuyos timbres ensalza mas con el entusiasmo de adepto que con la indiferencia de imparcial historiador. Pero si difícil es creer lo que refiere descendiendo á supérfluas minuciosidades despues de mil y cien años bajo su palabra, temeridad seria desechar aquellos acontecimientos generales que se hallan justificados por Aponte, Argaiz, Tellez de Meneses y otros insignes analistas, libres de ciego interés en la materia, ingénuos por amor propio, y amantes de la verdad sin artificio.

(1) Para bosquejar el retrato que vá á la cabeza de esta narracion, hemos tenido á la vista el único que existe pintado en pergamino en el archivo de Villanañe. No sabiendo á quien atribuir el anacronismo que se nota en el traje de la figura, juzgamos oportuno anticiparnos á cualquiera justa observacion que hacérsenos pudiera sobre el caso, prefiriendo antes reconocer sinceramente este defecto, que escitar, pasándole en silencio, la pública desconfianza.

Traer al puerto de Santoña al almirante marítimo Rui Perez en el año de 680, comandando una escuadra goda: filiarle en el ejército imperial contra Witiza; y cansado de refriegas sanguinarias, lanzarle despues de todo á las montañas alavesas en busca de terreno donde erigir un castillo feudal, imponiendo á aquellos valles los epítetos de *angosto losa* ó *do vea*, segun las contingencias de tan peregrina esploracion, es base muy á propósito para formar una novela, pues al aliciente de lo *maravilloso* se reune como protagonista un héroe que ha blandido su acero en cien combates, y que atraviesa en su corcel los pavorosos bosques porque no sabe lo que es temblar delante del enemigo. Mas cuando se trata de una séria narracion que al ejemplo del reconocimiento, del amor patrio ó de cualquiera otra virtud nos guie, esa misma base flaquea por su raiz; entonces no solamente se somete á grandes pruebas la veracidad del autor, sino que inspirará fuertes recelos en el momento en que, olvidándose de los preceptos de Tácito, se ponga entre su héroe y el alumno á quien se le manifiesta, desfigurando la verdadera historia de aquel con colores inventados de capricho.

Disimulando á Fr. Miguel de Varona los que su buena fé le indujo á mezclar en el manuscrito que dejamos indicado, no debemos aun así considerarle como recto historiador de su familia. La amazona que pinta, cual otro Zeuxis, con elementos esparcidos, ofrece muy poco de real en fuerza de encarecer su prosapia, su valor y su hermosura. De aquí es, que abstrayéndonos nosotros de todas aquellas proezas repugnantes aun á la fé mas cándida, reduciremos á compendio lo que parece no sobrepujar las humanas fuerzas en la conducta anómala que observó Doña María Perez, apellidada la *Varona*, conformes con la crítica de muchos anticuarios respetables.

Jóven de veinte y tres años habitaba el palacio señorial en compañía de sus hermanos Gomez y Alvar, ejercitándose con ellos en la caza, su pasatiempo favorito. Tal era el acierto con que ordenaba sus batidas, que rara vez eran estériles; antes bien colgaba muy á menudo en el pórtico de su fortaleza las cornamentas del ciervo, por trofeo de su denuedo varonil. Nunca hubiera abandonado aquel retiro, si el apuro en que D. Alonso I de Aragon puso al VI de Castilla, inculpándole el divorcio de su madre Doña Urraca, no hubiese recordado á los hijosdalgo de Villanañe que sus deberes principiaban por el servicio del rey y por la defensa de la patria. Devorábales la idea de abandonar á su hermana en aquellas circunstancias tan críticas, cuando el infante D. Vela, hijo del soberano de Navarra, llegó con el ejecutivo mensage de que era necesario se aprestasen para la lid, pues su tio el rey de Castilla les llamaba como nobles comprendidos en la leva general. No opusieron el menor disgusto al ilustre embajador que tan modestamente arribara á su castillo, obsequiándole con opíparos festines, trato afable y delicado, y magnífico plumazo en que dormir. El huésped, á pesar de ser altivo, detúvose con gusto en Villanañe; y al despedirse pasados unos dias, observaron Gomez y Alvar que revolvió dos ó tres veces su caballo para mirar el sombrío torreon, que iba sumerjiéndose á lo lejos entre las espesuras del monte.

Pregonada la órden real en la comarca tributaria, retumbó por donde quiera el clarin que convocaba á los valientes. Poblároнse las sendas del castillo de donceles y escuderos, que deseosos de ganar los honores de la caballería, llevaban consignada en su apostura el ánsia de desenvainar su recio alfange, y ostentar la resistencia de su brazo en el campo del honor. No tenian empresas sus broqueles. Era preciso que estos jóvenes soldados las ganasen por medio de fatigas y peligros, ó haciendo algun prodigio de valor digno de la gratitud del soberano. ¡Feliz el que logra derribar á su adversario obligándole á confesarse vencido! Suya será la palma y el laurel del campeon: desde entonces tendrá ese escudo heráldico que ambicionan adornar las castellanas con una flor emblemática ó con un rizo de sus trenzas, grabando alrededor de la bordura el mote apasionado de su fé.

Ninguna de estas dádivas faltaba ya á los caballeros de Villanañe; pues avezándose desde su primera juventud á los trabajos de su profesion, habian sabido sostener con esplendor y con fortuna los timbres de sus ascendientes. Preparábanse á vestirse el arnés sin codiciar el premio: mas revelando á su hermana el dolor que les causaba tan inopinada separacion, no pudieron menos de mostrarse vacilantes entre su ánimo aguerrido y los impulsos amorosos de su corazon sensible. La impávida doncella ni se conmueve ni se turba. «Sea cualquiera vuestra suerte, hermanos mios, quiero arrostrarla con vosotros, les responde. Bien sabeis con cuánta intrepidez monto á caballo para perseguir las fieras. Vosotros mismos me habeis proporcionado muchos lances, que os han dado á conocer el arrojo que me asiste, cuando se interesa mi vida en su buen éxito, ó la reputacion que nuestro orgullo goza. No creo haya una diferencia muy notable entre el guerrero que juega desesperado sus armas, y el furioso javalí que, acometiendo á quien le hiere, hace retemblar aquestas selvas con sus imponentes bramidos; y como estos no me hayan hecho otra impresion que la que hace el balar de los corderos en las insensibles rocas, deduzco que mi elemento es la guerra, y que mi cuerpo debe robustecerse bajo el peso de las mallas antes que afeminarse en esa delincuente ociosidad á que profeso irreconciliable aversion. Cededme, pues, una armadura, una espada y un corcel; que cuando me veais retroceder un solo palmo, para eludir cobardemente al enemigo, podreis avergonzaros de llamarme hermana vuestra, y condenarme á llorar presa en esta torre mi vergonzosa debilidad.»

Este enérgico razonamiento fué seguido de la mas tierna efusion por parte de los caballeros á quienes se dirigia, y besando la mano de la heroina con mas respeto que desconfianza, no se atrevieron á defraudar en la menor cosa tan terminante resolucion. Activáronse desde aquel dia los preparativos de la jornada; y llegando por último el momento de partir, colocáronse á la cabeza de sus respectivos escuadrones los hidalgos paladines, marchando al lado de Gomez un apuesto caballero de cintura mas estrecha y mas flexible, una toca blanda sobre el yelmo, y la adarga sin divisa ni color.

Incorporados en Toledo al ejército del rey, permanecieron una temporada esperando que el aragonés hiciese la primera tentativa de invasion en nuestro reino, observando Doña María las mas esquisitas precauciones para que nadie la reconociera por muger, á fin de conservar el gran prestigio que iba adquiriendo de dia en dia con el favor de sus hermanos. Para evitar toda suerte de compromisos, hacia frecuentes correrías en que nunca la faltaba ocasion de probar sus fuerzas, merced á las cuadrillas de sarracenos que circulaban oprimiendo á las aldeas con sus bárbaros insultos. Impaciente, sin embargo, por realizar libre de freno las proezas que combinara en los accesos de su heróico fanatismo, recibió con intensísimo placer la órden de ponerse al frente de su tropa tan pronto como sonara la trompeta del alcázar, pues el de Aragon se internaba á marchas dobles en Rioja, desahogando su odiosidad y su venganza con inauditas tropelías.

Evacuó en efecto D. Alonso la ciudad al comenzar el mes de Mayo de 1065, tomando direccion hácia Jadraque, en cuyas inmediaciones dominaba el castillo del Plano una superficie de mas de doce leguas denominada á la sazon llano de Atienza, y hoy los campos de Varona.

No se hizo esperar mucho el enemigo.

Declinaba el dia 14 del mes ya recordado, cuando avistáronse las armadas, encaminándose la una hácia la otra. Brillan los últimos rayos del sol en sus bruñidos uniformes. Fluctúan los plumages y garzotas ostentando sus matices como un campo cubierto de flores; álzanse los estandartes, y avanzando las primeras guerrillas al son de las trompetas y atabales empeñan la accion. ¡Qué golpes tan terribles se

descargan mútuamente los soldados! ¡Con qué bizarría se hieren, se acuchillan y maltratan! La noche cierra; empero apenas se aperciben de que les falta ya la luz. Crujen los arneses, las armas, el hierro de los ginetes y de los caballos: los denuestos y las aclamaciones belicosas suben hasta lo alto de los cielos. La sangre inunda el campo de la gloria, y el viento se carga de esos vapores que embriagan á los héroes, é inoculan el furor en sus arterias. El manto de la noche, haciéndose cada vez mas lóbrego, confunde las banderas hasta el punto de ser acometidas muchas veces por sus mismos defensores. Viendo los monarcas aquel caos, y el daño que de tamaño desórden les podria resultar, penetran el estrépito del campo con el sonido del clarin que llama á los combatientes al descanso. Atenuase paulatinamente el ruido de las dagas, como degrada el de un copiosísimo aguacero al ausentarse la nube que le arroja en alas del huracan. Restitúyese mas tarde una profunda calma, interrumpida por la voz de los soldados moribundos, que pedian á sus hermanos de armas un acero vengador y un laurel para su tumba.

No se habia entregado al sueño Doña María Perez mientras sus compañeros agotaban su valor por destrozar al enemigo: sino que envolvió la densa oscuridad de la noche su pujanza y su bravura jigantescas.

Pasaron dos horas sin que el orden se alterára en uno ú otro real. Velaba Doña María á una de las estremidades mas remotas del campamento castellano. La oscuridad era completa. Habíanse apoderado del cielo inmensas lejiones de horribles nubes, que no por deslizarse al empuje de un viento zumbador dejaban de ocultar el firmamento en masas impenetrables á la dulce claridad de las estrellas. Restalla de improviso el paso acelerado de un bridon, y se dibuja una figura militar á corta distancia de la osada centinela, que, enristrando la lanza, hundiendo el acicate en el hijar de su robusto potro, y adelantándose con intrepidez gritó: —«Vos, el ginete, quien quiera que seais, rendid las armas.»

—A vos toca y no á mí rendirlas, y declararse prisionero.

—Perdono, vive el cielo, vuestra soberbia temeraria; y si la vida no os enoja, podeis apresuraros á salvarla en la promesa que ahora os hago de presentaros sin quitárosla á mi rey. No me es posible concederos mayor bien.

—Todo lo que puedo hacer en favor vuestro, repuso el aventurero paladin, es desarmaros sin lidiar, y conduciros á mi tienda vivo.

—Las manos y las armas, no palabras que lleva el aire, decidirán esta cuestion. Altivo sois por cierto... defendeos, aragonés.

Y arremetiendo contra el arrogante incógnito, vuelan las lanzas hechas astillas, y saltan como relámpagos al suelo requiriendo las espadas. El valor, la destreza y la fuerza compiten en esta lucha sin dar la victoria á uno ni otro contendiente. El aragonés quiere tomar aliento, y su competidor se le otorga. Vuelven á la carga de allí á poco; y rompiendo doña María la hoja de su espada sobre la guarnicion de la del contrario, este aturdido de tan formidable golpe, dá dos pasos atrás y dice:

—Bajad las armas, soldado, y declaradme francamente si sois noble, como vuestra valentía lo dá á entender.

—Tan noble soy como vos, respondió la Perez, aunque con la persona del soberano hablase. Mi sangre es limpia, mi linage godo, y por encima del blason de mis abuelos sienta un yelmo de seis rejas, que denotan su calificada alcurnia.

—En ella fio, y desde ahora aceptareis esta manopla en señal de que respeto vuestras órdenes.

—Volved la manopla á su lugar, y dadme la espada.

—Ni vos teneis derecho para pedírmela, replicó levantando su visera el adalid, ni yo obligacion á obedeceros.

—¡Don Alonso de Aragon!! esclamó Doña María Perez, hincando precipitadamente la rodilla.—Señor, si antes os hubiese conocido, hubiera sofocado mi rencor, primero que escoger por blanco suyo vuestro pecho. Ajustaros, os ruego, esa manopla, y sirva únicamente de prenda, pues las leyes de la caballería la exigen, la palabra fiel de un rey y el honor de un caballero.

—Sois atento y cortesano: empero ya que conmigo andais cumplido, quiero yo tambien serlo con vos. Troquemos los aceros, en testimonio de nuestra recíproca lealtad.

—De grado admitiria vuestro consejo, si en el calor de la reyerta no hubiese roto mi espada, parando con el trozo que aquí veis, vuestras puntas y reveses.

Y desenvainando Doña María el ruin fragmento de que hablaba, sintió el aragonés todo el peso de su suerte, acabando de estallar su confusion, cuando encaminándose á la tienda del monarca salieron al encuentro Gomez y Alvar, profiriendo en estremos de júbilo el nombre de su hermana, á quien volvian á encontrar despues de tan sangrienta noche, si bien estrañándoles que un hombre la acompañara apreciando su recato singular.

—¿Cómo es eso, caballeros, dijo el rey; una muger me ha vencido? ¿Una muger me lleva preso?

—Infeliz de tí, Aragon, esclamó Gomez, que no has podido sufrir mayor injuria, que el de verte sometido al sexo débil. Caminad, caminad, infortunado príncipe, que ya se descubre la tienda del magnánimo Alonso VI. No os ruboriceis de haberos dejado cautivar de una dama, que es hermosa como pocas, y valiente... como vos.

Esta ironía pesó mucho al malhadado rey, quien se disponia á devolverla con mas dosis de veneno, á tiempo que dos comensales llegaron á decirle de parte de su señor, que sabiendo su derrota, le aguardaba para estrecharle entre sus brazos, no en concepto de enemigo, sino en el de esposo que habia sido algun tiempo de su madre Doña Urraca.

Luego que, entrando en el régio albergue, se cumplimentaron los tres parientes coronados, mandó el rey de Castilla que besasen la mano al de Aragon D. Pedro Anzures, D. Pedro de Lara, D. Juan de Mendoza y otros varios ricos-homes, retirándose todos en seguida menos los caballeros Perez, á quienes preguntó el monarca cuál de los tres era el vencedor de D. Alonso. Apenas oyó que el autor de tamaña empresa habia sido aquella muger, que disfrazada tenia á presencia suya, ordenóla descubrirse el rostro para quedar desengañado enteramente, y contemplarla á su solaz. Obedeció, pues, nuestra heroina, dejando entrever al rey la graciosa turbacion de su semblante, al mismo tiempo que articulaba palabras llenas de generosidad y sumision.—«Yo soy la afortunada vasalla vuestra, que ha obtenido la dicha de venir á vuestro real, sirviendo al soberano de Aragon. Buscó mi brazo otro brazo, hallé con quien medir mis fuerzas, choqué espada con espada, y porque Dios así lo quiso, vencí á quien para honrarme quiso darse por vencido.»

Liberal ó prendado el huésped de la dulzura irresistible que derramaba Doña María, en sus espresiones, sacó de su dedo un anillo en que estaban grabadas las armas de Aragon, y se le entregó al rey de Castilla. Entonces este, dirigiéndose á Doña María Perez, la dijo:

—A vos, porque en vuestros hechos mas que hembra varon sois, os llamaremos en adelante la Varona. Tomad ese anillo cuyas barras traereis vos y vuestros descendientes ladeadas, en memoria de que las ganasteis derribando las armas aragonesas. Tal será el blason de los Varonas; y cuidad de coronarlo con la diadema real, de cuyo centro saldrá una efigie vuestra empuñando media espada. Para fama perpetua del suceso, mandaré que se intitulen de Varona estos campos que le acaban de presenciar.

Es inesplicable el ascendiente que esa hazaña grangeó á la impávida guerrera sobre cuantos tu-

vieron la ventaja de seguirla en la carrera de sus triunfos. Interrumpiéronse estos durante la libre escursion que los castellanos tercios hicieron en el reino aragonés, sin que otra cosa de particular ocurriese que el fallecimiento prematuro de D. Alvar Perez, en cuyo reemplazo entró á gobernar los batallones por unánime proclamacion su idolatrada hermana.

Sabedora de que el miramamolin de Galicia se iba posesionando de la provincia de Astorga con ánimo de atacar la de Leon, cuyas guarniciones eran poco numerosas, se puso en marcha atravesando el territorio de Alcalá hasta pisar el de Valladolid, donde habiéndose propalado la noticia de que acaudillaba una muger el ejército nacional, salian turbas inmensas al camino, rindiéndola los mas altos homenages. Ella los recibia con esa pura ingenuidad que caracteriza á quien los merece; y de tal modo procuró escitar el patriotismo en los lugares donde hacia alto, que muchas doncellas se alistaron en sus filas con ánimo de secundarla en la guerra que empezaba á provocar.

Por mas pronto que quiso la Varona agregar su gente á la del monarca de Leon, ya se habia apoderado el sarraceno de la tierra de Campos, triunfando en Villoslada y en Mayorga. En los castillos de Altura (hoy Dueñas), Magaz y Porta-Augusta (ó Torquemada) tremolaba el estandarte musulman. Juró Doña María hacerle pedazos, y el asedio apareció como por encanto alrededor del primer fuerte. Interceptáronse las avenidas para impedir el socorro de víveres; y acosados del hambre, segun unas historias, ó en batalla malograda, segun otras, los sitiados desalojaron el Altura, y la Varona tomóle en feudo por gracia del rey de Leon, ampliándole con un puente, varias casas y una iglesia provista de regalos que se han conservado en mucha parte hasta el siglo XVII. Para habitacion propia hizo construir un gran palacio junto al rio, cuya localidad habitaron en mas cercanas épocas comendadoras de Santiago con el título de Santa Fé, las cuales se trasladaron á Toledo y allí existen.

El castillo de Magaz, situado entre Altura y Porta-Augusta franqueó sus puertas á la heroina de Villanañe, y cayendo como el rayo sobre la segunda poblacion, en cuya entrada occidental habia una torre llena de árabes, arrimaron con sagaz estratagema gran acopio de madera y combustible, que juzgaron los enemigos sería un vano arbitrio para escalar la torre, no tomándose por consecuencia la molestia de combatirle formalmente: mas llevando Doña María á cabo su proyecto, en una hora avanzada de la noche prendió fuego al promontorio cuyas llamas se introdujeron bien veloces por los tragaluces y aspilleras de la torre, pereciendo sofocados por el humo los soldados que detestando el acero de una cristiana adolescente ó poco mas, prefirieron el suicidio á su prision.



Enriqueciéronse los estados de nuestra Varona con esa importante villa. Dejó por privilegio superior un alcaide que la representase, y emprendió su derrotero hácia Rioja, allanada por los moros procedentes de las montañas de Jaca. Otros valerosos capitanes los batieron y dispersaron con anticipacion. Doña María Perez hizo cuartel en Logroño, y á pocos dias la comunicaron haber sucumbido su hermano mayor D. Gomez, víctima del arrojo que le distinguia.

—Murió Gomez Perez: pero ¿vencimos? Sí. Pues habiendo vencido, no era necesario que viviese un capitan que no tenia enemigos que vencer. Este desahogo es propio de ese esceso de virtud que se ad-

mira y se detesta en los tiempos en que lo era proferirle.

Plantado el árbol de la paz en las vegas del Ebro y del Pisuerga, desnudáronse las corazas cuantas amazonas componian el estado mayor de la admirable gefe, y aun esta misma que por espacio de nueve años solo habia pensado en batallas y conquistas, tornó á acariciar sus bellas formas con los vestidos correspondientes á su sexo, y dió la mano de inseparable compañera al infante D. Vela, cuya aficion, lejos de amortiguarse desde que la vió por la primera vez en Villanañe, aun mediando el matrimonio que por intereses de familia contrajera con Doña Juliana Nuñez, condesa de Avalos, se habia por el contrario avivado en virtud de tantos rasgos dignos de esmaltar el dosel de los monarcas de Castilla, en prez de los que á su sombra se sentasen.

Tambien para los dias de ardor hay noche fria y para los mares alterados dulce paz. Doña María Perez, ese genio pendenciero que con férrea mano armada desafiára á los riesgos capaces de intimidar al mas coloso, se redujo por fin á las delicias apacibles de la vida conyugal, y á la sabia educacion de un hijo con que el cielo dotó el cuarto año de su enlace. En el de 1075 dejó de existir D. Vela; y habiendo depositado su cadáver en el lugar de Respaldizar en el valle de Ayala, mudó la ilustre viuda su domicilio en compañía de su primogénito Rodrigo y otros dos que habia tenido su esposo en la condesa de Avalos al palacio de Villanañe, considerado como infanzon y solariego de su preclara estirpe.

Veinte y nueve años contaba el que, destinado á trasmitir á la posteridad el sobrenombre de su madre, se unió con Doña María de Mungía, hija de los señores de la casa de Villela, existente en el mismo pueblo de Mungía, cuyos poseedores son actualmente los condes de Lences, señores de la de Zorrilla, de la de Gándara y de la de Arce de Villerias. Cedióles Doña María sus haciendas de Dueñas, Torquemada y demás pueblos conquistados, á costa de los cuales dice Lope García de Salazar (1) fortificó su casa con foso, puente levadizo, barbacana, almenas y cubos en la conformidad que hoy dia se vé, prescindiendo de algunas innovaciones secundarias. Andando el tiempo asaltóla el pensamiento de los años que habia vivido matando sin descanso, y se resolvió á consagrar á Dios en el asilo de un monasterio los últimos pasos de su jornada inquieta. Reveló su plan á la superiora de Oña, cuyo claustro edificára D. Sancho, conde de Castilla, ochenta años antes, adjudicándosele á una comunidad de religiosas que subsistieron hasta que D. Sancho Ramirez de Navarra y Aragon, yerno del fundador y padre del infante D. Vela las llevó á Bailen (2) para conferir el edificio de Oña á sacerdotes cluniacenses. El estado de viudez que caracterizaba á Doña María, la hacia inhábil para vestir el hábito de castidad, como hubiera deseado; pero gustosa con encerrarse en la clausura sin dejar sus ropas seculares, ni pronunciar votos monásticos, entabló un método de vida que la condujo entre consuelos inefables al sepulcro, despues de cumplidos los 63 años de su edad, y ocho de reclusion edificante. Designaba su lucillo ha poco tiempo esta inscripcion, trazada en un arco del claustro mencionado:

Aquí yace en paz la muy ilustre y valerosa capitana María Perez, conquistadora de reinos y provincias; las guerras por la espada la granjearon el timbre de Varon, que adquirió femenil Varona.—Vivit coelo illa quae tot in mauros et judeos in hispania occidit.

Tres particularidades anotaremos antes de cerrar este artículo: la de no haber faltado descendencia masculina en la casa de Varona desde el siglo XI por lo menos al presente: la de llevar todos los primogénitos el nombre de Rodrigo en memoria del primer sucesor de este apellido, y la de permanecer la torre y casa fuerte de Villanañe con el aspecto majestuoso que recibió en la edad de los torneos y de las trovas. Si bien las diez y nueve ramas en que el tronco principal se ha repartido disfrutan un bienestar envidiable, nos atrevemos á asegurar que pocas familias vivirán en una abstraccion mas pacífica que la que vá sucediendo á la Varona en el asilo romancesco que encomendó á su descendencia. El bosque en donde asienta sería por sí solo inspirador, aunque la torre con sus decrépitas almenas, el foso con sus turbias aguas, los baluartes con sus adarves, y los álamos y sauces plantados en sus cercanías con su verdor y con sus sombras, no acabasen de perfeccionar el cuadro mas encantador y pintoresco. De buena gana estenderiamos nuestras observaciones al órden doméstico que rije en aquella afortunada soledad su virtuoso propietario: empero ya que la amistad detenga en este punto nuestra pluma, reciban aquí el testimonio mas cordial las noches que recordamos haber pasado en Villanañe dominando desde la montaña el valle umbrío, donde transformábamos los desiertos matorrales en guerreros amontonados en el circuito del antiguo torreon, que se descubria solo y derecho como un venerable anacoreta que hubiese querido depositar lejos del mundo el secreto de su melancólica vejez. El astro de los delirios y de las fantasmas surcaba otras veces el golfo proceloso de las nubes, apareciendo y desapareciendo alternativamente entre los rumores del viento que bamboleaba las ramas de los árboles sobre sus troncos encorvados. Lleno el corazon de afectos y la mente de impresiones y de ideas, nos retirábamos por lo comun á nuestro lecho, descendiendo sobre nuestra fantasía durante el sueño una creacion inmensa é indefinible en que vivian y se agitaban los guerreros, las dueñas y demás personajes de la antiguedad, marchitos con el polvo del sepulcro, erupciones que nos aterraron un momento, pero que, produciendo los recuerdos mas gratos, pueden compararse á esas lozanas flores que alimentan de las lavas volcánicas su frescura y sus aromas.

RAFAEL MONJE.

(1) Manuscrip. nobil.
(2) Garibay, t. 3, comp. hist. lib. 23.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV.

VIII.

(Conclusion.)

—Yo acá me entiendo, yo acá me entiendo!—repuso el capitan. Si el bueno de Fernan Martins no nos hubiera encomendado el secreto, habia de revelaros que tampoco esta noche dormirán muy tranquilos muchos nobles, á no ser uno que está descansando á estas fechas en el guardaropa del rey.

Maese Blas vió que el capitan aludia al asunto que mas deseaba él saber:—al horrible misterio que presenció desde la playa. Conocia el carácter de Jaime de Figueredo que para revelar el mayor secreto no necesitaba sino la mas pequeña contradiccion, ó ver que del tal secreto se hacia poco caso. Por ese lado dirigió el barbero su ataque.

—Historias, historias, señor capitan!—Buen cuidado les dá á los hidalgos que vos esteis aquí tomando el relente; ellos estarán ahora descansando muy tranquilos en sus mullidos lechos sin cuidarse de si pasais ó no mala noche. Estoy por deciros que todos estos aprestos han sido ocasionados por las visiones del rey que desde la muerte del duque de Braganza no hace mas que soñar con almas del otro mundo.—Pero es tarde; y como yo no veo visiones, ni soy de la guardia del rey, voime á recoger, que ya es hora.

—Alto ahí, maese Blas, gritó el capitan: el rey no

tiene ni teme apariciones (1); lo que tiene es un acerado puñal para castigar traiciones. Sabed tambien que si nosotros estamos aquí al relente, ni el soberbio D. Fernando de Meneses, ni el solapado D. Gutierre, ni los Alburquerques, Attaides y Silveiras, dormirán mucho mas que nosotros. El rey los ha mandado prender, y desdichados de ellos! No fué cuento, no, lo que se dijo el dia de la procesion del *Corpus*: quisieron matar al rey; pero ellos morirán ahora. Sabed, en fin, que allá arriba.....

La voz de Fernan Martins que hablaba con otro personage, con el cual se dirigia hácia la puerta de palacio, cortó el discurso del capitan, que semejante al torrente que arrastra en pós de sí puentes y diques y se estiende por las campiñas, amenazaba al curioso maese Blas con hacerle pagar caro su afan de saber.

—Ireis al castillo de Palmela, señor obispo, decia el capitan de los jinetes al personaje que con él venia, y que era nada menos que D. Garcia de Meneses: allí aguardareis las órdenes del rey. Montad en esa mula que está ahí enjaezada. Acompañen diez jinetes del ala derecha al muy noble señor D. Garcia hasta Palmela. Soldados, vuestras cabezas caerán de sus hombros si diesen oidos á las promesas de su reverencia; vuestras manos serán cortadas en pública plaza, si las hojas de los árboles, oyesen por esos caminos sonar su oro dentro de vuestras manoplas.

—Prender á un ungido del Señor en la cámara de la reina! Poner en él las sacrílegas manos delante de su alteza, cuando estaba tratando conmigo de casos de conciencia!—Rey tirano!—nuevo Achab!—*Anathema sis*. Hecha esta esclamacion, montó el obispo en la mula, y rodeado por diez jinetes de la guardia tomó el camino de Palmela. Era el postrer viaje que en este mundo hacia; pasado algun tiempo, un poco de veneno dió cuenta de él y se le llevó al sitio hácia donde todos caminamos, y del cual nadie ha vuelto todavia—hácia el cementerio.

Luego que hubo partido aquella gente, empezaron á llegar varios piquetes de ballesteros, mosqueteros, y jinetes, y el barbero pudo ver distintamente que entre ellos venian presos D. Gutierre y D. Fernando de Meneses. Subieron á palacio acompañados por Fernan Martins y los soldados volvieron á incorporarse á sus respectivas filas.

Maese Blas se habia retirado junto á la puerta sin despedirse de su amigo, el cual fué á colocarse en su puesto, asi que oyó la voz del capitan de los jinetes, y todo volvió á entrar en el mas profundo silencio.

De repente se dejó oir el ruido de un caballo que venia á galope y que se fué aproximando: era un jinete de la guardia que llegaba á escape: maese Blas, cuyo bulto se alcanzaba á divisar apenas á la luz de la lámpara, le preguntó: Qué nuevas, caballero?

—El recien llegado le tomó por un paje: «Paje id á decir al capitan que D. Pedro de Attaide se ha escapado, segun se cree hácia Santarem, y que á Fernan de Silveira no se le ha encontrado en casa de Juan de Pegas: decídselo á él solamente ó al rey en persona.»—Pronunciadas que fueron estas palabras volvió á partir á galope.

(1) Cuenta el historiador Garcia de Resende que despues de la muerte del duque de Braganza y hallándose el rey D. Juan en Santarem oyó llamar una vez en las altas horas de la noche, á la puerta de la cámara donde dormia con la reina. Preguntó quien era; mas nadie le contestó. De allí á poco volvieron á llamar de nuevo. Levantóse entonces y tomando su espada y rodela, abrió la puerta, llevando en la mano izquierda una tea, á la puerta estaba un bulto de hombre que comenzó á andar delante del rey; siguióle este, y el bulto continuó andando siempre y abriendo delante de sí las puertas, sin que el rey lograse alcanzarlo. Asi fué andando hasta los desvanes que eran *pavorosos y frecuentados por cosas malas*, segun dice el cronista. Gritó la reina viendo salir al rey; acudieron damas y caballeros y fueron en su busca; hallaronle por fin examinando los suelos de los desvanes por donde el bulto se habia hundido. Dígase en honra de D. Juan II que si su conciencia le hacia ver fantasmas era asaz caballero para arremeter con ellas. No puede decirse otro tanto de Luis onceno, su contemporáneo y modelo.

El maese se quedó estupefacto. No sabia como decir el recado de que acababan de encargarle? Fernan Martins no estaba allí. Iré á decírselo al rey. Y por qué no? Qué me ha de suceder?—La noticia es de suma importancia; y eso me parece lo mas prudente.—Armándose en fin de valor empezó á subir la escalera. Al entrar en aquellas salas mal alumbradas y desiertas, las piernas le temblaron un poco; mas ya no habia que retroceder; llegó por último á una cuadra, en donde estaban los criados de la cámara inmóviles como estátuas y guardando el mayor silencio. Vieron entrar al barbero, y uno de ellos salió á recibirle cortesmente: maese Blas era respetado en palacio, no solo por ser hombre cortés y servicial, sino porque Anton de Faria hacia de él gran estima. El que saliera á recibirle, le preguntó en voz baja.—Qué buscais, maese Blas?

—Quiero.... quiero—hablar al rey, dijo el barbero tartamudeando.

—Llevaré vuestro recado, mas tomad aliento entre tanto que no os deja hablar el cansancio. Dicho esto entró en la cámara el criado, de la cual salió á poco y alzando el repostero de la puerta pronunció pausadamente estas palabras:—Maese Blas, su alteza os concede la gracia de escucharos.

Algunos de los pajes que por allí andaban, y que habian dejado escapar sus risitas maliciosas cuando oyeron la pretension del maese, se quedaron atónitos de que en tan críticas circunstancias fuese con tanta facilidad admitido á la presencia del rey, siendo asi que en horas mas regulares y tranquilas, dificilmente conseguian hablar con él ni aun los mas ilustres caballeros. Eran pajes, y los pajes de aquellos tiempos, á fuer de niños é inocentes no tenian esperiencia alguna del mundo. No recordaban que maese Blas era el barbero de Anton Faria, y que en los palacios de los reyes alcanzaba mas valimento (en aquellos tiempos se entiende) el que rapaba las barbas al privado, que el que en los campos de batalla habia cortado las cabezas de los enemigos de su patria.

Maese Blas cruzó la puerta en que apareció el criado de cámara: con pasos vacilantes é inciertos atravesó dos salas, y llegó por último al aposento donde estaba el rey. El barbero sintió que de repente se le doblaban las rodillas—aquel aposento era el que servia al rey de guardaropa, y en el que acababa de pasar hacia poco la escena misteriosa que el maese observó desde la playa.

El rey estaba sentado en un sillon de alto respaldo: á los lados, en pié y descubiertos, D. Pedro de Eza, Diego de Azambuya, y Lope Mendez del Rio. Detrás del sillon se hallaba Anton de Faria como camarero del rey. Delante de estos, maniatados, vió el barbero á D. Gutierre, y á D. Fernando Meneses; mas no reparó en Fernan Martins que estaba en pié y recostado en su larga espada en uno de los ángulos del aposento.

—Qué me quereis, maese Blas?—dijo el rey al barbero con un metal de voz tan pausado y melífluo como el del gato que quiere pillar á alguno un pedazo de pan.

—Señor; un caballero de la guardia de los jinetes me dió un recado para que le trajera á V. A. en persona, ó al capitan Fernan Martins; y como no he hallado á este, vengo.

El maese acertó á dirigir una mirada á este tiempo á las diversas personas que allí estaban; y sin duda en su rostro debian pintarse tan vivas señales de terror que el rey sonriéndose le dijo: No teneis que temer. Hablad sin rebozo: los traidores han caido en mis manos. *Si Deus pro nobis, quis contra nos?*

El caballero ha dicho—continuó maese Blas—que D. Pedro de Attaide ha salido huyendo hácia Santarem.

Los ojos del rey centellearon como los de un tígre en medio de la oscuridad de la noche:—Que le sigan sin descanso, Fernan Martins!—Que le sigan: y cien cruzados de oro al primero que logre ponerle encima la mano, ó la punta de la lanza!

Fernan Martins salió; y los apresurados ecos de sus

zapatos de hierro resonaron cada vez mas rápidos y apagados al través de las solitarias salas por donde maese Blas entrara. Este continuó:

—Tampoco á Fernan Silveira le han encontrado en casa de Juan de Pegas.

—Pues yo sé que allí debe estar, gritó el rey cada vez mas colérico. Anton de Faria! el que ampara traidores es traidor como ellos! La cabeza de Juan de Pegas responde por la de Silveira.

—Anton de Faria salió á dar órdenes y volvió inmediatamente.

D. Fernando de Meneses estaba con aire altivo; D. Gutierre por el contrario parecia entregado á la mas viva afliccion; y maese Blas, próximo á ellos, con la boca entreabierta y los ojos espantados, hubiera podido pasar por uno de los delincuentes, si no fuese porque tenia las muñecas libres de esposas,

—Caballeros rebeldes—dijo el rey á los dos presos con voz atronadora, y apuntando hácia un bulto que yacia en medio de la estancia, algo inmediato al lado de la ventana—ahí teneis á vuestro gefe. Descubridle, Anton de Faria. Que vean en él la suerte que los aguarda.

El camarero levantó el paño y dejó ver un cadáver: tenia los ojos abiertos y vidriosos: de ambos ángulos de la boca, en la cual brillaba el esmalte de sus dientes apretados, le bajaban por el rostro dos regueros de sangre coagulada. En la garganta y en el pechos divisaban infinitas y profundas heridas, y sobre una de ellas, que parecia haberle atravesado el corazon, tenia aplicada la mano derecha, como si hubiese querido en el último trance detener la vida que por allí se le escapaba.—El muerto era el duque de Viseo!

—Ha sido asesinado!—esclamó D. Fernando de Meneses con indecible desesperacion.

—*Antes él que no yo, don traidor*: gritóle el rey con voz de trueno.

—Asesino!—replicó D. Fernando: Asesino cobarde!—quitaste la vida al duque de Braganza, sin pruebas, mas con jueces; á este sin lo uno, ni lo otro. De aquel fuiste el alguacil; de este, el verdugo. Solo te restan D. Manuel y tu propio hijo, para que tu querido Jorge, tu bastardo, el hijo de Doña Ana de Mendoza, suba al trono!—Sabe, empero, que el que derrama la sangre de los suyos es, como Cain, maldecido de Dios y de los hombres.—Diciendo esto el caballero dió algunos pasos, se hincó de rodillas y besó la mano del cadáver.

—«A la cárcel» gritó el rey. Y que mañana sea ajusticiado en la plaza de Setúbal.

—Mátame tú, hombre vil; que yo moriré contento donde el duque mi señor ha espirado: tú has hecho el oficio de verdugo mas deshonroso aun de lo que era.

El rey soltó una carcajada trémula y satánica.

—Perdon, señor, esclamó D. Gutierre, arrojándose á los pies de D. Juan—yo no he sido tan culpable!

—Indigno! replicó el rey.—Fuiste osado de lengua antes del peligro; ahora que ha llegado, te falta el corazon. En el castillo de Aviz aguardarás tu suerte. Ah! nobles hidalgos—continuó dando una segunda carcajada—mi mando os pareceria pesado; veremos si la tierra os parece mas ligera!—Que se concluya cuanto antes el proceso de D. Alvaro de Attaide y de Pedro de Alburquerque. Llevaos á estos ahora de aquí; y que vengan esas andas.

Los tres caballeros que estaban al lado del rey salieron con los presos, y pasados breves momentos, entraron cuatro ballesteros con unas andas. El Rey les hizo seña de que colocasen en ellas el cadáver del duque, y esclamó:

A la iglesia Catedral!—en donde sea espuesto mañana en un catafalco á los ojos de todos para que vean en él que sé castigar los crímenes.

—Oh! continuó el rey volviéndose hácia el barbero;—señor maese, qué haceis vos todavia aquí?

Estaba tan horrorizado, maese Blas, que creia tener los miembros paralíticos; mas estas palabras del rey (jamás supo como) le plantaron á la puerta de su albergue, donde toda la noche le parecia ver tales visiones que solo por la madrugada se atrevió á apagar la luz.

A la mañana siguiente, el pueblo que fué á oir misa á la catedral, vió en medio de la iglesia, sobre un catafalco, el cadáver del duque de Viseo, señor de Beja, octavo condestable del reino, hermano de la reina, y primo del rey, con el rostro descubierto, y diez heridas mortales.—Ninguno se atrevió á hacerle siquiera una aspersion de agua bendita! Habia sido asesinado por mano del mismo rey!

No dejó tampoco de ir allá maese Blas (cómo habia de faltar él!)— Despues de oir misa, salió de la iglesia y llegándose á la calle de la Anunciacion vió que en el sitio donde los nobles habian dejado caer sus bastones, el dia de la procesion del corpus, habian cambiado el dintel de la puerta: la misma en que él habia asistido á la solemnidad. El nuevo dintel tenia una cabeza esculpida en el centro; con un letrero en latin; y en la esquina de la misma casa habian arrancado una piedra de la cantería y puesto otra en su lugar en la cual se divisaban tambien tres cabezas:— los que por allí pasaban se detenian para ver aquella novedad; porque en la tarde de la víspera nada de esto existia. Un clérigo que acertó á pasar por aquel sitio, estaba leyendo casualmente el letrero en voz alta cuando el barbero se acercó:

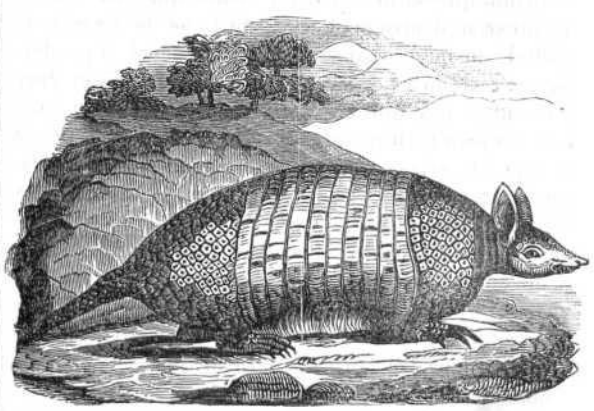
Si Deus pro nobis, quis contra nos?

A maese Blas le parecieron estas palabras, las mismas que habia oido decir al rey en la noche precedente. Apartóse de allí, con pasos presurosos y diciendo para su ropilla:

—Bien decia yo há tres años, en mi tienda de Evora, que Anton de Faria no echaba las cosas en saco roto, y que andando el tiempo teniamos mucho que ver.

El monumento de que aquí se hace mérito y que ha dado ocasion á esta leyenda, existe todavia en Setubal; cualquiera puede verlo y oir acerca de él las tradiciones del pueblo. ISIDORO GIL.

FIN.



LOS ARMADILLOS.

Los armadillos constituyen por sí solos un género bastante numeroso en la familia de los *Longirrostros*, Ord. *Edentados*, Clas. *Mamíferos* (de Cuvier.) La palabra armadillo parece que escita en nosotros la idea de un ser cubierto por una armadura mas ó menos complicada; así es efectivamente: los armadillos son muy notables por la especie de coraza de que se halla revestido su cuerpo, coraza que está formada por unas placas ó compartimientos muy semejantes á un embaldosado; esta armadura, cuya sustancia es de naturaleza parecida á la de que se componen los huesos, se halla cubriendo al animal en parte de la cabeza, el cuello, el lomo, los costados, la grupa y la cola hasta su estremidad, y está revestida al esterior de una piel delgada, lisa y

trasparente; las únicas partes del cuerpo á que no se estiende dicha lámina son: la garganta, el pecho y el vientre; la parte de la armadura que se halla cubriendo la espalda y los costados, está formada de fajas paralelas unidas entre sí por unas membranas estensibles que permiten al animal plegarse; el número de fajas no depende en nada de la edad del animal, pues se notan en los armadillos de la misma especie el mismo número de ellas en los que acaban de nacer, que en los adultos; su sistema dentario está reducido á siete ú ocho muelas en cada lado, segun las especies, ofreciendo aquellas la particularidad de no tener esmalte en su parte interior.

Los armadillos en general son animales inocentes á menos que se les permita entrar en las huertas donde hacen bastante daño por la estremada aficion que tienen á las frutas y legumbres. Aun cuando son originarios de los paises cálidos de América, se habitúan tambien á vivir en climas templados; los armadillos caminan con bastante ligereza, pero les es imposible á causa de su organizacion, trepar á los árboles, saltar, ni correr, por lo que es fácil cogerlos, pues el único recurso que adoptan en su fuga es el guarecerse en su madriguera, mas si se hallan lejos de ella, socavan la tierra con mucha prontitud para hacer un agujero y sustraerse á los ojos del cazador; á veces son sorprendidos antes de ocultarse del todo en su guarida, en la que teniendo ya metidos la cabeza y los pies se dan por seguros, pues abriendo sus conchas y apretándolas con todas sus fuerzas contra las paredes del agujero, suele acontecer que primero se queda el cazador con la cola en la mano que sacarle á él, á menos que por medio de un palo ú otro cualquier objeto se le haga cosquillas, en cuyo caso vuelve á contraerse y se deja coger; cuando las cuevas en que se hallan son muy profundas, hay que echarles agua ó humo para forzarles á salir: en cuanto es cogido el armadillo hace lo que los erizos, se contrae formando una bola, pero para obligarles á que se estiendan se les coloca cerca del fuego.

La caza del armadillo se hace con perros que lo alcanzan muy pronto, pero él no deja que lleguen sin encozerse antes, y si se encuentran á la orilla de un precipicio no dá lugar á que le cojan, pues formando una bola se echa á rodar por él, no sufriendo por esto daño alguno.

Los armadillos son muy fecundos, pues gozan de grandes facultades para la reproduccion; aseguran que la hembra pâre cuatro hijuelos cada mes, de lo cual proviene que las especies son numerosísimas: viven con preferencia en parages húmedos y calientes, y cuando salen de sus cuevas que son bastante profundas, procuran no alejarse mucho de ellas por no ser sorprendidos: la carne de los armadillos es bastante sabrosa; los indios se sirven de sus conchas para hacer vasijas y canastillos que pintan en su interior caprichosamente.

Algunos han atribuido varias propiedades medicinales á ciertos y determinados huesos de este animal y en especial al último artículo ó hueso de la cola, que lo han tenido por remedio muy eficaz contra la sordera y dolor de oido; la razon aconseja que no demos crédito á esta paradoja, pues efectos tan maravillosos no son producidos sino por virtudes imaginarias que solamente la superstición ha podido sostener; los huesos del armadillo son ni mas ni menos que los de otro cualquier animal.

El grabado que acompaña á este artículo representa un individuo de la especie conocida por Linneo con el nombre *Dasypus cingulis novem.*

J. A. y A.

PENSAMIENTOS.

El hipócrita llega á veces á persuadirse de estar adornado de las virtudes que afectá, así como el charlatan en fuerza de exagerar la eficacia de su pomada, acaba por creer en sus efectos y hacer uso de ella.

En el amor mas puro es mas el humo que la llama.

Las personas que estan siempre en movimiento sin que al mismo tiempo sirvan para nada, son relojes que andan pero que no tienen mano.

Estrañamos que el malo sea feliz y el bueno sufra los rigores de la suerte: la vida es un libro, las *erratas* se hallan al fin.

Lo que se dice y lo que se piensa no está siempre de acuerdo.

El amor que se esperimenta, solo existe realmente en la persona que ama, la que es amada no es mas que el pretesto.

La incertidumbre es el peor de todos los males, hasta el momento en que la realidad hace que echemos de menos la incertidumbre.

La primera mitad de la vida se pasa deseando la segunda y esta lamentándose de que haya pasado la primera.

Con el número anterior se mandaron á todos los suscritores de provincias que tienen derecho á ellos, los pliegos de regalo que contienen la conclusion del Siglo, la portada y el indice del mismo.

Es escandaloso el número de ejemplares que se estravian en correos. De nada sirve que hayamos montado el servicio de provincias con la mas rigurosa exactitud, de modo que no quede la menor duda de mandar los números; las reclamaciones no se evitan, ni á la empresa el perjuicio de enviar ejemplares por duplicado descabalando colecciones. Por nuestra parte estamos en el caso de advertir por última vez, que hemos resuelto formalmente no servir una sola reclamacion de ningun número, pasados QUINCE dias desde que se publicó.

El Sr. Príncipe no puede entregar el completo del original de *La Casa de Pero-Hernandez* hasta fines de mes; hacemos esta advertencia para evitar reclamaciones y para que conste que la anterior empresa del Semanario que tiene ofrecido este regalo, no es culpable del retraso. Nuestros suscritores pueden estar seguros de que en nada les perjudicará y de que los avisaremos tan pronto como se halle disponible la leyenda en cuestion.

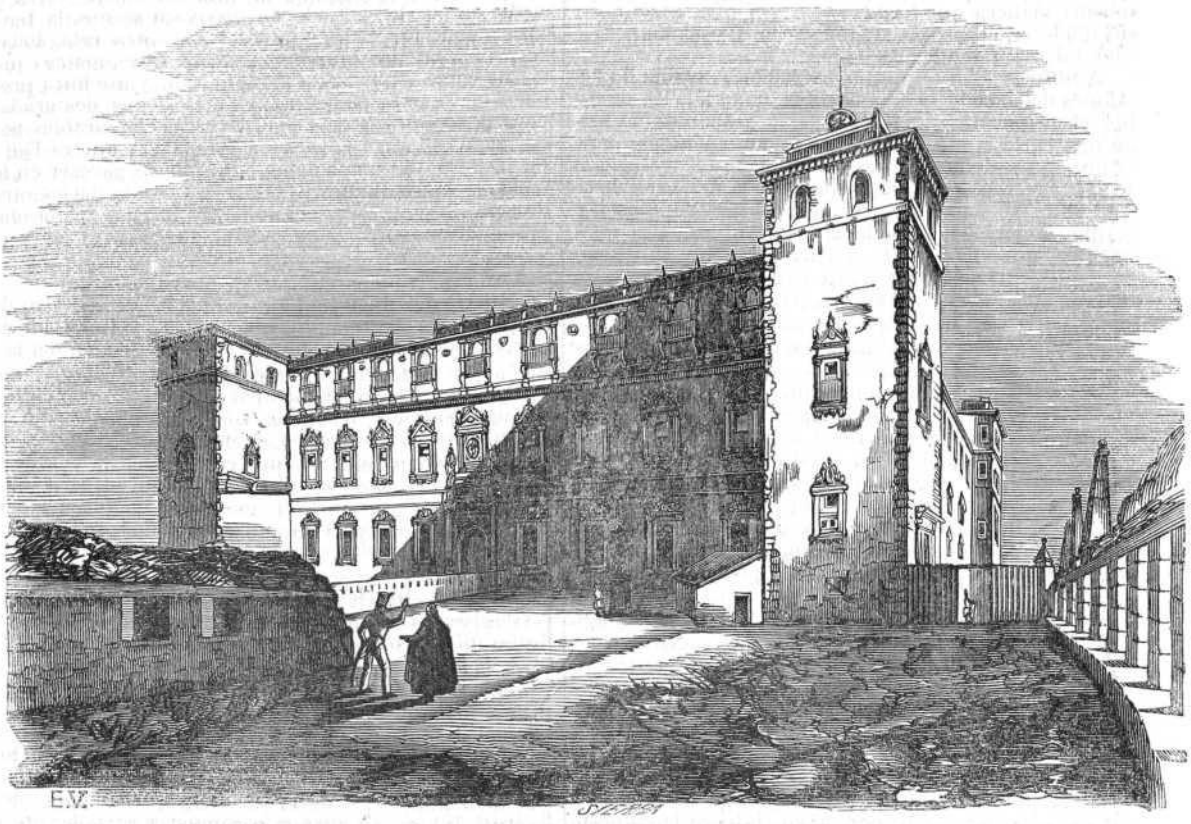
GEROGLIFICO.

Solucion.—La fortuna solo es para quien la encuentra.

MADRID—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Razola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografía de Bachiller, del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la Administracion del Semanario, calle de Jacometrezo, n. 26, cuarto segundo.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



EL ALCAZAR DE TOLEDO.

Luego que D. Alonso VI conquistó la ciudad de Toledo del poder de los moros en el año de 1085, mandó edificar un Alcázar en la parte mas alta y dominante de la ciudad, y en el mismo sitio en que vemos hoy al actual. Segun dice Ayala, en la crónica de D. Pedro, por entonces no fué acabado «*salvo que hicieron de él como castillo defendedero ca el Rei D. Fernando que ganó á Sevilla mandó labrar todo lo mejor que ahi es*» De este Alcázar puso D. Alonso VI por Alcaide al célebre Ruiz Diaz, conocido vulgarmente por el Cid, con mil hijosdalgo castellanos, el cual dejó por su sucesor á Alvar Fañez Minaya, mandando labrar para sí unas casas donde hoy está la fonda de la Caridad, que antes fue capilla de los caballeros de San Juan. Ademas, para mayor seguridad de los cristianos que moraban en Toledo mandó se edificase un muro que corriese desde el mismo Alcázar, por la plaza de Zocodover á la puerta llamada hoy de doce cantos, con el andamio á la parte afuera y las almenas contra la ciudad para defenderse de los Moros que constituian casi toda su poblacion. Volviendo al Alcázar, fué concluido este con mas solidez que hermosura en los tiempos de D. Alfonso el Sabio, de cuya época aun quedan bellos salones en la parte baja con bóvedas góticas cruzadas por aristones, y en el de D. Juan II, consta que adornó una de estas el condestable D. Alvaro de Luna para servicio de su Alteza, y otra despues los Reyes católicos, que aun subsiste y en la que han quedado los yugos y saetas emblema de su reinado.

De toda la obra antigua solo nan quedado las fachadas de Oriente y Poniente, que son de firme y maciza canteria, con los cimientos y bovédas que las corresponden, construccion solidísima por el espesor de los muros, colocacion de la piedra, y dureza de la argamasa.

Habiendo determinado el Emperador y Rey de España Cárlos I reedificar y aumentar los Alcázares de Toledo y Madrid recibió el 1573 por su arquitecto mayor el famoso Alonso Covarrubias, para que junto con el que ya lo era, Luis de la Vega trazasen estas obras, y otras muchas que pensaba encargarles; y llevándolas á cabo de acuerdo comun; pero impaciente el Emperador mandó que Covarrubias dirigiese esclusivamente las de Toledo y Vega las de Madrid, con igual salario hasta que el Príncipe D. Felipe, atendiendo á la mayor ocupacion de Covarrubias en el Alcázar de Toledo, le señaló mayor sueldo.

La fachada principal, con su portada, arqueria alta y baja del patio, vestíbulo y pórtico todo fué obra de Alonso Covarrubias y Luis de la Vega. La portada la construyó Enrique Egas bajo la direccion de Covarrubias, el cual tomó esta obra á destajo, en la que perdió mil ducados que se le abonaron despues.

Toda la arqueria del patio, aunque diseñada por Covarrubias, corrió su ejecucion, primero á cargo de Hernan Gonzalez de Lara, y luego á las de Gaspar de la Vega y Francisco Villalpando, lo cual se habia concluido á fines del año 1554, y en las enjutas de los arcos estan las armas de Cárlos V, con las Aguilas Imperiales: á pesar de finalizarse toda esta parte despues de la renuncia de aquel en su hijo Felipe II,

sobre lo cual escribió este Rey á los encargados en las obras de Toledo una carta fechada en Londres en 30 de Julio de 1557 en la que les dice entre otras cosas. «Los escudos de armas que faltan por poner «en las partes que estan por acabar se pondrán de la «misma manera que hasta agora sin que se minore «ni mude en ellas cosa alguna de lo que el Empera- «dor mi señor tenia ordenado.»

A últimos de este mismo, se estaban acabando los salones del cuarto principal sobre cuya fábrica escribió el mismo Rey desde Bruselas á Gaspar de la Vega una carta, que trae Llaguno en sus apéndices y de la que no podemos menos de copiar un trozo que prueba la vastísima capacidad de aquel gran Rey, que al mismo tiempo y con la misma escrupulosidad y tino se ocupaba del gobierno de su inmensa monarquia, que del arreglo y correccion de un diseño de arquitectura, en cuya arte no eran frívolos sus conocimientos. Decia así en la carta: «Segun la gran- »deza de la casa de Toledo las salas del cuarto prin- »cipal son angostas y de no buena gracia y las torres »que estan á los lados quitan las mejores vistas. Pu- »diéndose hacer, holgara tener entendido con que cos- »tas se pudiera remediar lo que acá aparece: que »haciéndose una pared á nivel de la esquina de una »torre á otra se podria dar á este cuarto el ensanche »conveniente, pero de esto nacen algunas dudas: pri- »mera si el fundamento de esta pared, por ser en »cuesta se hallará cual conviene sin demasiada costa: »segunda que los aposentos, oficinas y caballerizas que »ahora caen debajo de la sala baja quedarian á oscu- »ras sino hubiese forma de darles luces sin detri- »mento de la firmeza de la pared: tercera si se ha- »llaran maderas tan largas que puedan servir á am- »bas salas alta y baja, ó de la manera que lo podrá »remediar» etc.

El 1559, vino la corte á Toledo y en ese año se tomó á destajo el cerramiento de balaustres y pasamanos de los cuatro lienzos del patio por Juan de Aranda y Francisco Garnica.

La grande y suntuosa escalera de este Alcázar, que en su mayor parte permanece integra la empezó á construir Francisco Villalpando en 1558 con solos 6 rs. diarios de salario, y en cuanto al plan y traza de su ejecucion se atuvieron los maestros á las órdenes del Rey que les esplicó el cómo se habia de hacer, segun consta de cédula suya espedida en Valladolid a 15 de octubre de 1553 que dice así: «Juan »Bautista Olivero, Veedor, Ambrosio Muzuelas, ma- »yordomo y pagador, y Alonso Covarrubias, maestro »de las obras del Alcázar de Toledo: Ya sabeis que »para tomar resolucion de la manera que se ha de »hacer la escalera de esa casa, despues de vistas las »trazas fuí yo á ver el sitio de la dicha escalera la »cual me ha parecido que se haga de manera que »tenga la entrada por medio del ancho de los tres »arcos con salidas á los testeros de los corredores »altos, y os mandamos que asi lo hagais, sin que para »ello haya mas réplica.—De Valladolid, etc.»

El 1561 murió Villalpando sin haberla podido concluir, y el 1570, Alonso Covarrubias, en cuyos últimos años la generosidad del Rey le conservó su sueldo completo, como Director de las obras del Alcázar, á pesar de que por su senectud no podia ya asistir cómodamente. Ambos arquitectos yacen sepultados en Toledo.

Era tanto el cuidado é interés del Rey en esta obra del Alcázar, que exigia que se le diese de ella, cuenta con frecuencia, escribiéndole directamente los maestros y oficiales, á quienes contestaba al punto haciéndoles las observaciones que tenia por conveniente, las cuales se obedecian siempre y con gran ventaja y hermosura del edificio. Pasan de 100 las cartas y cédulas que espidió ese Monarca desde diferentes puntos sobre la obra de este Alcázar, ya rectificando trozos, ó dándolas nuevas, como igualmente ajustando por sí mismo las cuentas de gastos, salarios y gratificaciones de los operarios, documentos que trae Llaguno, y que con sentimiento omitimos por no alargar mas este artículo, y porque allí pueden verse.

Garibai en el tomo tercero de sus obras maestras hablando de esta escalera dice que estando construyéndola Villalpando descubrió é hizo labrar en la dehesa de Villaverde junto á Sonseca cuatro grandísimas columnas de piedra la primera de 15 varas y media tercia, la segunda de una vara menos, la tercera menos un codo, y la cuarta igual á esta, todas de proporcionada anchura, y á mas otros cuatro cantos de cerca de 16 varas de longitud, y anchura proporcionada para poder hacer de cada uno dos gradas para la escalera, y que por ser piezas admirables por su magnitud pasó á verlas á la misma cantera Felipe II, pero que por haberse mudado de parecer en la traza de la escalera quedaron allí, hasta darles otro destino. Estos postes ó cantos son los tan celebrados postes de Juanelo, admiracion de cuantos los ven, y sobre cuyo orígen se dicen hartas vulgaridades.

Muerto Villalpando puso Felipe II por maestro de las obras del Alcázar de Toledo á el famoso Juan de Herrera ya bien conocido por la construccion del célebre Monasterio del Escorial. En un principio solo se contrajo á concluir la escalera y demas que habia dejado pendiente Villalpando; siendo el encargado de la construccion Gerónimo Gili; pero pensando luego el Rey hacer nueva completamente la fachada del medio dia por motivos que constan en la carta que escribió á Gaspar de Vega en 1559 y que dejamos citada en la pág. en 1571 encargó el Rey sus diseños á Herrera los cuales aprobados se comenzó esta obra en este año.

El mismo Herrera diseñó la capilla de órden corintio que está en el primer rellano de la escalera y de la que aun quedan los cuatro muros, y toda la obra de este lienzo de Mediodia se tomó á destajo por un maestro acreditado, llamado Martin Barrena en precio de 3.206,200 mrs.

A principios del 1584 parece que estaba próxima á acabarse la capilla y fachada del mediodia, segun consta de varias cédulas reales de modo que en todo este año y parte del siguiente debió quedar concluida de todo punto una obra, que aunque destruida en la actualidad en su mayor parte, es el asombro de los inteligentes, y cuyos grandiosos restos merecen siquiera una corta descripcion, é historia hasta los tiempos presentes.

A pesar del estado de ruina en que se encuentra este magnífico edificio, monumento eterno de nuestras glorias en los reinados de Cárlos V y Felipe II, sus grandiosos restos son de tal importancia que merecen ser examinados con detencion, pues presentan acabados modelos de la arquitectura del renacimiento, y de la posterior y mas severa greco-romana.

Forma todo este alcázar un grande cuadrilátero flanqueado en sus ángulos por cuatro torreones, algo mas elevados que el resto del edificio. La portada principal que está en la fachada del Norte, y la representada en el dibujo es de mucha belleza, todas sus partes están perfectamente acabadas, y sus adornos distribuidos con el mejor acierto en los parages mas convenientes. Dicha portada consta de dos columnas jónicas con entablamento de almohadillado, en el centro un arco de lo mismo que forma la entrada, y en su cornisa llena de entallados y labores se lee en su friso esta inscripcion.

CAR. V. RO. IMP. HIS. REX. MDLI.

Encima de la cornisa asienta el segundo cuerpo con dos pilastras, frontispicio y en medio los blasones de España, flanqueados de dos reyes de armas. Todas las ventanas de esta fachada tienen su frontispicio triangular con una cabeza de mármol blanco en el neto, y todas diversas entre sí, aunque de un mismo carácter, lo que prueba la fecundidad del artífice. Dichas ventanas apoyan sobre repisones, coronando toda la obra, una especie de antepecho almohadillado, con barandilla interrumpida por pe-

destales que sostienen unas pequeñas pirámides.

La fachada opuesta de Mediodia, obra de Juan de Herrera, consta de unos grandes arcos y pilastrones almohadillados que forman el primer cuerpo. El segundo es de un órden dórico, con pilastras y ventanas de sencillo ornato. El tercero tiene poca altura, terminando con un ático de buen gusto. Todas las cornisas son arquitrabadas y las ventanas con frontones rectos. La parte arquitectónica es de piedra cárdena berroqueña y el entrepaño de ladrillo raspado, pero todo tan bien concluido y en tan buen estado de conservacion que parece que acaba de salir de las manos del artífice.

Las otras dos fachadas de Oriente y Poniente son de la fábrica antigua y de firme y sólida cantería, iguales á las dos anteriores en el grueso y altura de sus muros, sin mas diferencia que haberse embutido en ellas adornos plateresços en todas sus ventanas, compitiendo en estas la hermosura con lo tosco de la construccion del muro, en una misma perspectiva.

En la fachada de Oriente hay una portada que da paso al cuadro de bóveda que rodea todo el edificio y que forma su cimiento. La adornan dos linteles, como pilares dóricos adornados de mascaroncillos y niños de bajo relieve y su cornisa sencilla. Los bóvedas, caballerizas, piezas y divisiones subterráneas son innumerables, constituyendo un intrincado laberinto, entre las cuales se ven varios calabozos aislados, muy ocultos y perfectamente labrados, y toda esta obra inferior es tan acabada y perfecta que solo viéndolo es como se puede formar idea exacta. Caben en las caballerizas que aun se conservan íntegras, mas de cinco mil caballos, con la particularidad que abundan en luces y ventilacion todas las partes referidas, con tal profusion, que en el modo de buscarlas y haberlas proporcionado su arquitecto se ve una de las mas difíciles pruebas de su pericia y tino para semejantes obras.

El patio es cuadrado y espacioso: consta de columnas de órden compuesto que sostienen los arcos del primer cuerpo con las armas imperiales en las enjutas. Encima habia galerías iguales que ya no existen. El átrio de la entrada está sostenido de fuertes pilares con columnas agrupadas.

Pero lo que mas llena de asombro es la grandiosa escalera de este alcázar. Ocupa esta, juntamente con la capilla, toda la fachada del Norte, teniendo su inmensa caja toda la altura del edificio, y revestida interiormente de la misma arquitectura que la parte esterior de la indicada fachada, con el entrepaño de ladrillo raspado, y ornato de piedra berroqueña. Tiene su entrada por los tres arcos céntricos de la galería frontera á la puerta principal, y arranca el primer tramo con catorce escalones, de cincuenta pies de largo y todos de una pieza. Dan estos á una espaciosa meseta, en cuyo centro está la entrada á la capilla, una de las mas nobles partes de esta fábrica, como lo muestra lo que de ella queda de cornisas, pilastras, tribunas y nichos. Toda su arquitectura es de órden corintio y los capiteles parecen acabados de labrar. De esta primera meseta arrancan otros dos ramales de quince escalones, uno á derecha y otro á izquierda, con otros descansos, y de estos nacen otros dos con el mismo número de gradas, que terminan en las galerías principales, y tienen veinte y cinco pies de anchura, constando de una pieza cada una, como los escalones primeros.

El cimiento de esta escalera le forma otra igual que dá á los subterráneos, que principia por dos tramos uno á cada lado de veinte y cuatro escalones, con veinte y cinco pies de anchura, y de cada rellano correspondiente á estos, parten otros segundos tramos de quince escalones, de igual anchura.

Con dificultad podrá encontrarse otra escalera mas suntuosa que la de este alcázar, ya por la disposicion tan simétrica que ocupa, ya por sus grandes proporciones, que permitirian muy cómodamente, cubriendo con ramblas los escalones, el que sin dificultad pudiese subir á las galerias un tiro de colleras.

Fuera de lo ya descrito, no han quedado íntegros en este grandioso monumento mas que algunas piezas del piso bajo embovedadas, varias escaleras y caracoles escusados, y entre estos uno, construido con tan singular arte, que en un círculo de cinco pies de diámetro contiene dos escaleras espirales, distintas entre sí y con tal arte fabricadas, que bajando dos á un tiempo por ellas, aunque se oyen, el uno no vé al otro, y cada uno sale por parte distinta. Por mas que hemos preguntado no hemos podido averiguar que exista, en alguna otra parte, una escalera de caracol semejante, y solamente sabemos que hay uno igual en la catedral de Estrasburgo, á la que dan mucha importancia cuantos visitan aquel templo, sin acordarse quizá de que en España existe otro idéntico, y quién sabe si mas antiguo que aquel.

Ha sido desgraciado el alcázar de Toledo, y siguió la misma suerte que la dinastía austriaca que le elevó. En la desastrosa guerra de sucesion, y año de 1710, dejando á Madrid el ejército del archiduque Cárlos, que se componia de alemanes, ingleses y holandeses, pasó á Toledo el 7 de Octubre, y el general Staremberg, que le mandaba, quiso hacerse fuerte en esta ciudad, mas no pudiendo mantenerse en ella por haberle cortado todos los pasos las tropas que estaban en Talavera, salieron para Zaragoza el 28 de Noviembre pegando fuego al alcázar para que junto con él ardiesen los inmensos almacenes de todo género que allí se habian depositado y que no pudieron llevar.

Permaneció así este alcázar por espacio de setenta años, hasta que el arzobispo y cardenal de Lorenzana consiguió del monarca Cárlos III que le fuese cedido ese edificio para la real casa de Caridad, contando con reedificarle á su costa. Así lo hizo, y valiéndose del arquitecto D. Ventura Rodriguez, siguiendo en un todo el órden antiguo de la fábrica, en menos de tres años quedó completamente restaurado este monumento, sin mas variacion que el haber suplido la falta de la galería superior con ventanas y un cerramiento con medias columnas y arcos. El 1775 se terminó esta obra, en memoria de la cual se puso una lápida de alabastro á la entrada de la capilla que aun subsiste con esta inscripcion.

CAROLO III. PIO. FEL. AUGUSTO PP. AN. MDCCLXXV.

En el recinto de este vasto edificio se establecieron por cuenta de la dignidad, grandes fábricas de toda clase de tejidos de seda, renovando con esto la antigua fama y crédito de esta ciudad en esa clase de artefacto, y de las cuales salieron géneros que en un todo competian con lo mejor del estrangero. Pero todo finalizó con la invasion francesa, y el 31 de Enero de 1810, al tiempo de salir de esta ciudad la division francesa que la guarnecia, advirtieron sus habitantes que salian algunas llamaradas del alcázar, y á poco principió este á arder con tal fuerza por sus cuatro lienzos, que sin poderlo contener duró el fuego tres dias, se quemaron dentro algunos franceses y el estrago hubiera sido mayor si con presteza no se hubieran sacado mas de mil seiscientas arrobas de pólvora que se contenian en los sótanos.

Desde entonces hasta el dia presente, nadie ha pensado en otra nueva reedificacion, y si con el establecimiento del colegio militar en esta ciudad, se abrigó alguna esperanza de que se compondria y habilitaria para ese objeto en el año pasado, tan lisongera y beneficiosa idea ha quedado de todo punto desvanecida, y el tiempo irá poco á poco desmantelando mas y mas estos grandiosos restos, quedando solamente como padron de nuestras glorias, aquellos, cuya solidez de construccion será tan duradera como

las mismas montañas y canteras de donde salieron los materiales para formarlos, á no empeñarse los hombres en que desaparezcan por entero.

NICOLAS MAGAN.

SICILIA.

Al salir de la *Puerta Nueva*, que he indicado mas arriba, vereis, queridos viajeros, presentarse ufanamente á vuestra vista la perspectiva de un magnífico palacio. Aquel noble alcázar, que lleva el título fastuoso de *Orleans*, pertenece al ex-rey de los franceses, que todos conoceis, pues su nombre se repite aun con sonido lúgubre y lastimero desde los Alpes hasta Cracovia. A media legua de distancia, y precisamente en el lado opuesto al palacio, encontrareis un edificio de muy sencilla arquitectura, y subiendo por una escalera de dos tramos entrareis en un pequeño patio, que tiene al frente un ameno jardin, cercado con una larga verja. Vereis allí muchos individuos, que por la sencillez de sus trajes de lienzo blanco con rayas azules os parecerán campesinos destinados al cultivo de una deliciosa granja. Algunos de ellos cavan la tierra con sus azadones: otros riegan las plantecillas y esmaltadas flores; otros con su podadera despojan los árboles de las ramas inútiles y secas, y otros tañendo dulcemente la flauta y bailando, embellecen el ameno espectáculo. En aquel sitio os parecerá ver realizadas las ideas fantásticas y encantadoras de la edad de oro, que nos pintan con candor y brillo los poetas antiguos de Grecia y Roma. Si ahora me preguntais, quienes son esos individuos, y á quién pertenece ese campecillo, os contestaré en pocas palabras: «Esta es la casa de los locos.» En otro tiempo agoviaban sus miembros pesadas cadenas, y lejos de compadecer su desventura se les castigaba atrozmente, como si fuera su crímen el haber sucumbido á una naturaleza madrastra, que quiso privarlos del don supremo de la humana razon. Pero, hoy se ponen en juego todos los recursos del arte médico para aliviar sus males, y disipar su melancolía con la multiplicidad de variados objetos, que puedan inspirar placer y calma á sus agitados espíritus. Así es, que muchos se restablecen de su locura y bendicen la mano que les ha predigado tantos específicos remedios. Aquel hospital, que puede compararse al famoso Bedlam de los ingleses, es un verdadero asilo de paz y de inocente alegría. A los que van á visitar la casa, se les ruega encarecidamente que no traven conversacion con los frenéticos sobre asuntos que puedan exaltar su mente, como por ejemplo el banquete reformista, la política de M. Guizot, la Milicia nacional de España, etc.

Continuando vuestro camino, alegres viajeros, despues de una larga legua, encontrareis la ciudad de Monreal. Vereis allí una catedral de arquitectura medio gótica, y entrando por su puerta principal, que es toda de bronce, os sentireis acometidos de profundos afectos de religion y santidad. El templo es sombrío, pero maravilloso por su construccion é inmensa riqueza. Su bóveda está formada de pequeños cuadrados con bordes dorados, y sus muros cubiertos de piedrecitas matizadas de varios colores despliegan á la vista como en un gran tapiz, el mas bello y artificioso mosáico, historiado con los principales hechos de nuestra Sagrada Escritura. Vereis allí la noble efigie de un anciano venerable por sus canas y su larga barba, seguido por un muchachuelo, que encorva con pena sus delicados hombros bajo el peso de un haz de leña. La espresion melancólica, que apaña con un nebuloso velo sus rostros, os indica que están profundamente conmovidos. Aquel cuadro figura á Abraham que se encamina al monte para ofrecer á su propio hijo en holocausto al Señor del Mundo. Si tal vista os entristece, volved vuestros ojos al lado opuesto y mirad al mismo Patriarca, á Sara su esposa y á Isaac, que reciben en su cabaña con las señas del mas sincero júbilo á una niña coronada de flores, en cuyo rostro se trasluce la mas viva alegría mezclada con un pudor virginal. Es la bella Rebeca, cuya mano costó al buen Isaac catorce años de penoso trabajo. En aquellos tiempos lejanos y patriarcales, el amor y la ternura corrian por todas las venas y echaban profundas raices en el corazon, pero hoy sobran catorce horas para conquistar á catorce niñas, cuya memoria se desvanece despues de un largo sueño como la neblina de la noche al romper el alba. Vereis á poca distancia muchas figuras, que parecen mirar con estupor y confusion á un hombre radiante de luz, el cual tiene á sus pies dos tablillas rotas, al paso que parece reprochar con acto fiero y desdeñoso ademan la perpetracion de un gran crímen á la multitud apiñada. Es Moisés, que despues de haber quebrantado las tablas de la ley, encendido de un santo celo, amenaza con severos castigos al pueblo de Israel, que abandonando al verdadero Dios, idolatró. Vereis en un ángulo del templo la figura de una muger que parece enseñaros con varonil arrogancia una cabeza ensangrentada, cuyos erizados cabellos tiene estrechados en su mano. Mirad en ella á la esforzada Judit, y en la cabeza cortada, al impío Holofernes. Se os presentará á la vista en la misma pared un pobre cubierto de harapos, y recostado sobre un monton de piedras. Es el desdichado Job; pero él mira hácia el cielo con serena frente, y parece decir con mudo lenguaje, es allí mi morada, y bendeciré siempre al Señor. El ancho coro de aquella catedral, sus altares de mármol, sus ricas capillas, sus preciosos cuadros y sus estátuas llevan el sello de la grandeza y de la magnificencia.

Al salir del templo, amados viajeros, encontrareis á su lado izquierdo el noble monasterio de los PP. Casinenses, que profesan la regla de San Benito; y á pocos pasos del umbral de su majestuoso pórtico, vereis junto á la escalera un estátua ecuestre de formas colosales y de blanco mármol, que representa á San Martin armado de lanza y escudo, cuya figura es muy cabal para darnos á entender, que en esta época necesitamos santos guerreros, que sujeten á los tiranos con sus espadas, y proclamen al mundo que la democracia y la bien entendida libertad dimanan únicamente del cristianismo.

Pasado el primer tramo de la escalera, vereis un gran lienzo en que están pintados algunos religiosos

de la ínclita órden de San Benito, que tienen delante una espuerta llena de panes, destinados, á lo que parece, en beneficio de los pobres; pues en el fondo del cuadro, se descubre una multitud de individuos muy macilentos y mal vestidos, que alargan sus manos, como el que pide una limosna. La viveza del colorido, la regularidad del diseño, la particular actitud y la mucha espresion de las figuras, forman un bello conjunto, y han hecho que el autor de aquel cuadro, Pedro Novelli, llamado comunmente en Sicilia el *Morrealese*, sea reputado como uno de los artistas mas privilegiados de la península itálica.

Pero no quiero pasar por alto, que el principal monasterio que tienen los PP. Casinenses en Sicilia, está colocado á legua y media de Monreal en la pendiente de una escarpada roca, que abraza el inmenso horizonte de un vasto páramo. Su fachada majestuosa, sus anchos patios, sus largas azoteas, sus amenos jardines, su rico templo llevan el timbre de la magnificencia. Vereis allí una biblioteca abundante en manuscritos muy preciosos y raros, en libros impresos en el transcurso del año de 1500, y en códices antiguos de todo género. En tiempos no muy remotos han salido de aquel Cenobio esclarecidos varones, que han descollado sobremanera en la gerarquía eclesiástica, en el órden civil y en la república de las letras. El monasterio se titula San Martin de le Scale, tan famoso, no solo por lo que está dicho, sino tambien por el órgano que adorna el coro de su iglesia. Su maravillosa entonacion y la variedad de su armonía asombran á las personas mas entendidas en el arte.

Despues de haber observado, amables viajeros, tantas rarezas reunidas en un solo lugar, llegareis al cabo de pocas horas á la ciudad de Alcamo. Pero esta, aunque poblada con catorce mil almas, no tiene curiosidades que puedan satisfacer vuestros deseos; así os insinúo la atraveseis fugazmente, recordando tan solo, que el primero que cantó sus coplas en el bello idioma, que las musas dictaron á Dante y Petrarca, fué un tal Vicente, natural de aquel país.

Pero, mientras que vuestro coche tirado por briosos corceles os lleva ligeramente por lo largo del camino, mirad la vasta llanura que se despliega delante de vuestros ojos, y que parece sembrada de blanca arena. Están allí las famosas Salinas de Trápani, manantial inagotable de riqueza para la Sicilia. Las olas del mar, ya se estrellen turbias y procelosas sobre los peñascos, que bordan aquella estensa playa, ya bañen con dulce murmullo la solitaria orilla, enriquecen cada vez mas con su blanca espuma el vasto depósito de las Salinas.

La ciudad de Trápani puesta enfrente de las costas berberiscas, llamará vuestra atencion, queridos viajeros, por su cielo despejado y risueño, por sus jardines poblados de árboles fructíferos, y por su abundante pesca del coral. Vereis allí tiendas de diamantistas lujosamente amuebladas con anchos escaparates, que os enseñan al través de lucientes cristales largos collares, brazaletes, cadenas de reló con caprichosos sellos, elegantes juguetes, pendientes para señoras, alfileres, anillos, etc., todos de coral engarzado en fino oro, ú otro precioso metal que pueda dar realce á aquella planta marina. Vosotras, amables niñas, si quereis escojer alguna sortija, cuidad, que sea de las mas fuertes; porque ese emblema del lazo que suele juntar á dos tiernos corazones, encierra un poder mágico, irresistible. Si la sortija es quebradiza podrá despertar un horrible incendio en vuestro pecho, y haceros verter lágrimas muy amargas, pero si resiste á todos los embates del mundo, vosotras sereis dichosas.

A cuatro leguas de Trápani está el monte Erice, y en su cima una pequeña ciudad, famosa entre los antiguos por el templo consagrado á Venus, y hoy muy celebrada por la hermosura de sus montañesas. Si quereis verlas, mis amigos, es menester que os introduzcais en sus casas, pues van por la calle envueltas en un largo manto negro, y al encontrarlas, no podreis averiguar, si son momias ambulantes ó lindas jóvenes de arrogante figura.

Recorriendo aun la costa occidental de la Sicilia, vereis la noble ciudad de Mazara, situada en una gran llanura, y bañada por las aguas azules y encrespadas del ancho mar. Sus fértiles campos y su puerto le dan mucha importancia entre los paises agrícolas y comerciales de la isla, al paso que su clima dulce y suave ha perpetuado en ella todas las delicias y todos los encantos de la primavera. Al ponerse el sol en aquella ciudad se os presentará á la vista, amables viajeros, el mas agradable espectáculo, pues os parecerá ver el horizonte inflamado por los últimos rayos del gran Planeta. Pero, las llamas se disipan poco á poco por lo vasto de los aires, hasta quedar largas fajas doradas, que parecen rayar en el mar, y enseñaros los surcos que han dejado las ruedas del carro de Febo, quién, despues de su largo camino, vá á reposar en el seno de la bella Tetis, esperando que la aurora con su rosada mano abra las puertas del Oriente. Entonces los mortales volverán á tomar el hilo de sus trabajos; y nosotros continuaremos nuestro viaje, ya en silla de posta ya en un barco de vapor.

SALVADOR COSTANZO.

VARIEDADES.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

El hombre nace para sufrir; la desgracia es su elemento.

La imaginacion es la mas bella de todas las flores.

Lo que mas atormenta y mayor mal nos causa á todos, es que casi nunca tenemos fuerza suficiente para escuchar fria y completamente á nuestra razon.

Por falta de un clavo se pierde una herradura; por falta de la herradura se pierde un caballo y por falta del caballo es perdido el ginete, pues su enemigo lo alcanza y lo mata: todo ello por no haber parado la atencion en un clavo.

DE COMO LOS AMIGOS SON MAS PERJUDICIALES QUE PROVECHOSOS.

Un amigo es un hombre armado contra el cual es necesario batirse sin armas.

Sabe fijamente el sitio donde os puede herir, cuando llega el caso de esgrimir la espada.

Conoce las habitaciones que conducen al cuarto de vuestra muger, está al corriente de los menores disgustos, sabe el momento en que faltais de casa, y la hora justa en que volvereis.

Un amigo es una Judith que os adormece entre sus brazos y os asesina en medio de los agradables sueños que os ha proporcionado.

Es una Dalilah que conoce en qué consiste vuestra fuerza y en qué vuestra debilidad.

Cuando tiene un hombre dos amigos, solo le sirven para quejarse alternativamente del uno al otro.

Lo mismo se hace con los amigos, que con los naipes un jugador, se conservan mientras hay esperanza de ganar con ellos.

El que tiene un amigo, el que dispensa su afecto á otro hombre, presenta un doble objeto á los golpes de la desgracia. Se le podrán romper cuatro brazos, y dividirle dos cabezas, tendrá que llorar dos padres y aguantar las impertinencias de dos mugeres.

Entre dos amigos, solo uno de ellos es amigo del otro.

De toda clase de enemigos, aquel de quien es uno amigo, es el mas peligroso de todos.

Cuando se llega al fin de la vida, se echa de ver que por nadie se ha padecido tanto como por un amigo.

Y sin embargo la amistad pudiera ser una cosa tan santa como hermosa. ¿Pero quién es el que comprende la amistad? Todos quieren tener un amigo pero nadie quiere ser amigo de otro, lo cual nace de que aquel á quien se llama amigo se le sujeta á las ideas é inclinaciones propias, y se le señala el rumbo que debe seguir. Ocasiones hay en que deja de existir la amistad. Si toma una determinacion vuestro amigo, examinais antes de seguirle si tiene ó no razon. Bien estaria el que de este modo se procediese con un indiferente, pero con un amigo! Si fuese desgraciado, se le debe acompañar en la desgracia, y si fuese criminal hasta en el crímen. Es necesario cargar con la responsabilidad de sus acciones como con la de las propias, porque dos amigos deben portarse mientras vivan, como si formasen un solo individuo. La amistad no debe ser un contrato, sino una perfecta identidad, no se debe tomar un amigo, sino que se debe procurar serlo uno mismo.

Hace algunos años, cuando el azote de la guerra civil afligia aun á nuestra España, que en una capital de provincia tuvimos ocasion de conocer á D. Benigno Lopez, jóven, de buena figura, de mediano talento, de bastante valor, rico y con muchas cualidades adecuadas para que pudiese ser feliz. A fin de conseguirlo quiso poner en práctica el consabido refran *Bueno es tener amigos en todas partes.*

Convidaba á comer, prestaba dinero, cedia sus queridas, permitia á cualquiera que estropease sus caballos, y la benevolencia general era una de las necesidades de su vida. Perdia si jugaba al ajedrez y bailaba mal si se le ocurria hacerlo; no sobresalia finalmente en ninguna cosa, y por nada podia dar lugar á que se le tuviese envidia, como no fuese por sus riquezas, de que participaban cuantos querian: en una palabra, era lo que en términos técnicos se llama un *primo.*

Todo el mundo era amigo suyo, y le tuteaban; él estaba encantado de que así fuese. Tal vez si hubiera examinado con mas atencion las ventajas que le proporcionaba esta universal amistad, habria notado que los que nunca cantaban en una reunion porque tenian mala voz, ningun reparo ponian en lucir sus *habilidades* delante de él. Colocábanle en invierno lejos del fuego para dar mejor sitio á un estraño, y si le convidaban á comer, solo le obsequiaban con sopa y cocido porque *debe tratarse con franqueza á los amigos.*—Le hacian plato despues de todos, y los niños se limpiaban las manos en sus vestidos.

Cierto dia recibió de uno de sus innumerables amigos una carta concebida en estos términos.

«Escápate. Estoy complicado en una conspiracion »carlista que acaba de ser descubierta, y se han »apoderado de mis papeles. Como eres *amigo mio*, y »sé que puedo contar contigo, he puesto tu nom»bre de los primeros en la lista de los conjura»dos. Nuestra suerte está decidida, seremos todos »condenados á muerte. Huye sin perder un ins»tante.»

Vivia D. Benigno en un barrio bastante estraviado; notó el encargado de la distribucion de las cartas, que no habia en él ninguna mas que la que iba dirigida á él y calculó que no debia incomodarse *por un amigo*; dejó pues la carta para llevarla al dia siguiente. Detrás de él marchaban los soldados encargados de prender á D. Benigno.

El que los mandaba era *un amigo*; no quiso tener el disgusto de desempeñar por sí propio la comision y se quedó á la puerta: los soldados que no tenian delante un gefe que los reprimiese, maltrataron reciamente al pobre preso. Sin embargo, con pretesto de vestirse pasó á un gabinete inmediato y se arrojó por una ventana, pero fué á caer precisamente encima de *su amigo*, á quien desgraciadamente no habia permitido su sensibilidad pasar de la puerta; lanzó el amigo un grito que esparció la alarma y D. Benigno fué preso por segunda vez y conducido á una cárcel.

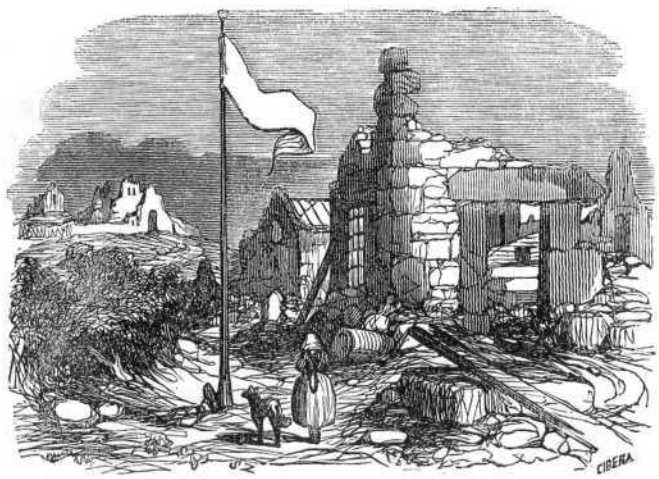
Se le formó causa, la ciudad toda estaba convencida de su inocencia, pero la mayor parte de los jueces se escusaron por no verse obligados á condenar á *un amigo.*

El fiscal que era *amigo suyo*, y sabia que D. Benigno era incapaz de mezclarse en conspiraciones carlistas, sin que se crea sin embargo por esto que le juzgaba tampoco dispuesto á entrar en ningunas otras, puesto que le constaba que era amigo de todos los partidos y apasionado de todas las opiniones, conoció cuan comprometida se hallaba su reputa-

cion de imparcialidad, por su pública intimidad con el acusado, y para destruir aquella preocupacion, se vió obligado á insistir en la acusacion con mas energía que lo habria hecho si hubiera sido otro el acusado. Su abogado estaba tan sumamente conmovido por causa del *mucho afecto que le profesaba*, que cuando quiso tomar la palabra para defenderle, ahogaron su voz los sollozos; pudo reponerse algun tanto, pero se habia trastornado su memoria; los argumentos en que mas confiaba aparecieron embrollados y confusos, su voz era débil y mal acentuada, y D. Benigno fué sentenciado á muerte por unanimidad.

Atendiendo las autoridades al infinito número de *amigos* que tenia, y temiendo que intentasen estos un golpe de mano para sacarlo de la cárcel y ponerle en salvo, mandaron encadenarle y no le concedieron el consuelo de ver á nadie. Llegó por fin el dia de su suplicio; en un momento de desesperacion tuvo suficiente fuerza para romper las ligaduras que le sujetaban y desembarazarse de los soldados que le escoltaban, y sin duda alguna habria logrado escaparse, si el inmenso número de espectadores que *le estimaban*, hubiera podido separarse con la suficiente celeridad para darle paso, pero no siendo así, fué vuelto á coger y maniatado. El verdugo, que *le amaba entrañablemente*, apenas podia contener su dolorosa emocion, y con mal segura mano, solo al quinto esfuerzo logró privarle de la existencia.

Esta dolorosa y verídica historia, de cuya exactitud respondemos, demuestra que no debe hacerse caso del mentiroso refran que nos aconseja tener amigos en todas partes.



Acaba de publicarse, y se halla de venta en la librería de Boix, una novela del aventajado escritor D. Juan de Ariza, titulada *D. Juan de Austria ó las guerras de Flandes*, que obtendria un éxito brillante y sería indudablemente leida con ansiedad, en otro país donde el público supiera apreciar lo que es digno de estimacion, y no acogiera indiferentemente las producciones originales que le ofrecen algunos jóvenes aplicados, y las detestables traducciones de malos originales infamemente impresas con que algunos editores que han conseguido seducirle, medran satisfaciendo la aficion á la lectura que se va desarrollando entre nosotros. Los suscritores al Semanario pueden estar seguros de que hallarán recreo y amenidad en la obra de que nos ocupamos.

El Señor Hurtado, que tan felices disposiciones para la novela demostró en su primera produccion: *Cosas del Mundo*, está dando á luz otra obra con el título de *Cosas del Diablo*, que á juzgar por las tres entregas repartidas, promete ceder á aquella en interés y buen desempeño. Recomendamos á nuestros lectores la adquisicion de la mencionada novela que á su propio mérito reune la circunstancia de salir adornada de grabados é impresa con lujo. Constará de dos tomos. El prospecto se reparte con el presente número á los suscritores de Madrid.

Tambien ha aparecido una *Historia política de los ministros españoles*, desde 1843 hasta el dia, escrita por D. Joaquin Jimenez, y precedida de una introduccion de nuestro colaborador y amigo D. Salvador Costanzo. Ageno el Semanario á la política, solo le es dado llamar la atencion hácia el buen estilo que se advierte en el primer cuaderno, único que hasta ahora ha aparecido.

TELEGRAFIA.

La compañia inglesa de telegrafía eléctrica se

ocupa en la actualidad de concluir en Lóndres un espacioso edificio, al cual han de llegar por debajo de las calles los alambres dirigidos desde las diferentes estaciones de los caminos de hierro. La compañía posee un aparato por el cual podrá suministrar á todos los suscritores de las ciudades situadas en las líneas telegráficas, cotizaciones de bolsa, lista de arribo y salida de buques, etc., pudiéndose trasmitir de 1000 á 2000 letras por minuto. La máquina consiste en un cilindro de metal, sobre el cual ejerce su presion un resorte que comunica con el alambre establecido entre los dos puntos dados de comunicacion. El cilindro está unido á uno de los polos de la batería y la letra al otro, y la corriente eléctrica recorre continuamente el alambre; pero si se interpone un pedazo de papel, que no es conductor despues de haberle hecho varios agujeros á saca-bocado, en ese caso mientras los resortes estén separados del cilindro por el papel, no pasará corriente alguna, pero cada vez que se presente uno de los agujeros, atravesará el alambre una corriente de electricidad y resultará en el otro estremo una señal negra correspondiente. Estos cilindros se mueven de manera que hacen pasar cada minuto de 3 á 4 mil agujeros que se hallan sistemáticamente dispuestos por debajo del resorte, de suerte que en muy poco tiempo se trascribe una larga correspondencia. Por este medio vá á ponerse Lóndres en contínua é instantánea comunicacion con cincuenta y nueve de las principales ciudades de Inglaterra.

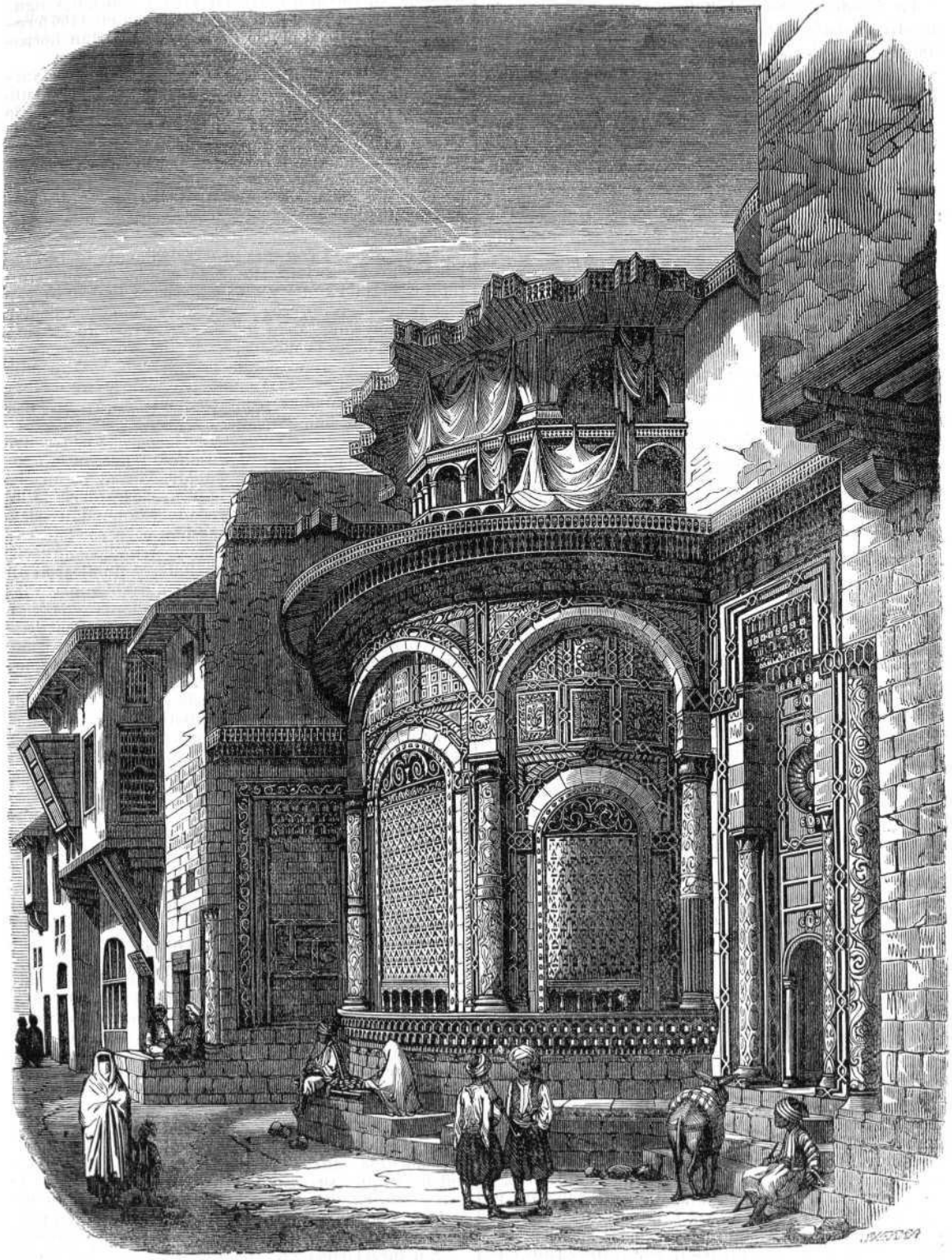
El modo de proceder para hacer las comunicaciones es el siguiente: el interesado escribe su nota y la entrega al dependiente encargado de la localidad á donde quiere dirigirla; este la coloca en un aparato que por sí mismo la traslada al telégrafo correspondiente, y si el interesado quiere esperar puede recibir la respuesta á los cuatro minutos. Hay ademas dependientes que llevan las respuestas á domicilio, obteniéndose de este modo un sistema casi milagroso de comunicacion exterior.

DIBUJO INEDITO DE ALENZA.



Trabajo perdido.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LA FUENTE DE SEBY-EL-BEDAWIEH, EN EL CAIRO.

El Cairo cuenta 300 fuentes alimentadas por cisternas que son llenadas por la inundacion general. Cuando los depósitos están próximos á agotarse, transportan el agua del Nilo en vasijas que cargan en los camellos. Estos edificios se deben en su mayor parte á fundaciones piadosas; sobre el agua fresca y pura

que se halla á disposicion de todos, se eleva con frecuencia un piso donde está situada una escuela gratuita.

La fuente de *Seby-el-Bedavvieh*, que representa nuestro grabado, está situada en el *Soug-el-Ezzy*, que conduce por el *Soug-el-Selah* (el bazar de armas) á la plaza de Roumelye, al pie de la ciudadela. Las inscripciones que la decoran espresan que fué construida por órden de Sitti Bedawyeh, hijo del Emir Rochouan-Bey el año de la egira 1173, ó sea 1759 de J. C. Sitti Bedawyeh dejó muchos *vvaqfs*, es decir, muchos legados, para proveer de aguas á la fuente, costear sus reparos, retribuir un maestro de escuela y vestir de nuevo en las fiestas de Bayram á los niños pobres que van á aprender á leer.

La arquitectura de esta fuente es notable por una riqueza y una solidez que no se encuentra en los edificios de época mas moderna. El empleo de los torneados y de las molduras podria tal vez indicar que la obra fué construida antes del siglo XII. Las columnas son de marmol labrado, los adornos comprendidos bajo los grandes arcos que ellas sostienen, pintados y dorados y las rejas de las ventanas están sostenidas por balaustres de bronce; un tejadillo saliente dá sombra á la fuente y proteje contra el ardor del sol á los que vienen á beber el agua, sirviéndose de escudillas de bronce, colgadas, segun la costumbre, de cadenas fijas en la pared.

DE LA PROPAGACION DE LA IMPRENTA.

Curiosa é interesante es la historia de la rápida conquista que la tipografía fué haciendo en el mundo, tan luego como Gutenberg, Fust y Schoeffer lograron perfeccionarla completamente. Parécenos que no ha de desagradar á nuestros lectores una ligera reseña de la propagacion de uno de los descubrimientos mas importantes que ha hecho el hombre, aunque tengamos que presentar este trabajo desnudo de las reflexiones que se deducen de nuestro estudio, pero que no pueden encerrarse en los límites de un artículo.

El secreto del nuevo invento habia sido fielmente guardado; para todos eran desconocidos sus misterios, pero en 1462 el elector de Sajonia tomó á Maguncia y la despojó de todos sus privilejios. Esta revolucion en el gobierno causó una emigracion general, cerráronse los talleres, dispersáronse los obreros y llevaron su industria á otros puntos de Europa, continuando no obstante egerciéndola muchos en Maguncia.

La imprenta salvó pues los límites de esta ciudad. En tales circunstancias Fust se resolvió á probar fortuna viajando, marchó á Francia, adonde llevó seis ó siete magníficos ejemplares de su Biblia de 1462, impresos en papel vitela, con ilustraciones y letras de adorno hechas á pincel con colores y oro: para completar la ilusion, los caracteres que habian servido para esta edicion imitaban perfectamente la forma de la escritura comun. Esta circunstancia favoreció á Fust, que viendo despreciados sus ejemplares, se resolvió á hacerlos pasar por manuscritos como único medio de venderlos; mas los compradores no tardaron en conocer el engaño, y persiguieron encolerizados á aquel hombre distinguido, como ladron y falsario, y despues, lo que era mas sério, como encantador. Fust podia fácilmente justificarse, pero para ello necesitaba descubrir á todos un secreto que le convenia tener oculto. Tomó pues el partido de huir y regresó á Maguncia. El parlamento se ocupó del negocio, y sus deliberaciones duraron largo tiempo hasta que en fin dió un decreto proclamando la escelencia del nuevo descubrimiente. Tranquilizado Fust con esto y animado con la proteccion de Luis XI, volvió á Paris en 1464 y consiguió algunas ganancias, pero cuando se disponia en 1466 á regresar á su patria, murió de la peste que tan horrorosos estragos hacia por entonces en Francia.

Pedro Schoeffer quedó solo en Maguncia para imprimir, asi es que hizo prosperar su establecimiento y le aumentó despues reuniéndole al de Conrado Anequis. Allí se imprimieron los *Oficios de Ciceron* y la *Ciudad de Dios*, libros que fueron recibidos con grande aceptacion, pues no obstante la rápida propagacion de la tipografía, que mas adelante haremos notar, las prensas de Maguncia conseguian dar una superioridad notable á sus productos y gozaban de una reputacion merecida.

La aceptacion con que progresivamente fueron recibidos los libros impresos, hizo que se establecieran puntos fijos de venta y que ademas se dedicaran varias personas á libreros ambulantes, que para llamar la atencion empleaban todos los recursos de su elocuencia y hasta la música. La lámina que acompaña á estas líneas representa uno de ellos segun una estampa antigua que ha copiado una de las mas acreditadas publicaciones del estrangero y que nosotros reproducimos fielmente.

Nada era pues capaz de detener la marcha progresiva del arte: ni la distancia, ni las dificultades, ni la oposicion de los copistas que sublevaban al populacho contra los innovadores. No hay en la historia de las artes ejemplo de otra novedad que en tan corto espacio de tiempo haya recorrido carrera tan estensa. Udalrico, Han Suvenheim y Arnoldo Pannaris, se trasladaron los primeros á Italia y publicaron en el monasterio de benedictinos alemanes de Subiaco las *obras de Lactancio*, pasando luego á Roma y dando principio á sus trabajos con una edicion de las *Epistolas familiares de Ciceron*, é imprimiendo en siete años doce mil cuatrocientos setenta y cinco volúmenes. Venecia pretende sin embargo la gloria de haber visto salir de sus prensas el primer libro estampado en Italia: cuando menos tiene motivos para envanecerse de haber hecho buena acojida á Juan de Spira y otros impresores estrangeros que desde 1468 hasta 1494 se establecieron en aquella ciudad, en la cual se hicieron importantes modificaciones: allí se dejaron de usar por primera vez las letras góticas, empleadas por los inventores del arte en Alemania y fueron sustituidas por los caracteres redondos.

La imprenta se propagaba como la electricidad, los obreros de Maguncia dispersados por todas partes, iban estableciendo su industria.

Alemania sin embargo no quedaba privada de las ventajas del descubrimiento, que fué planteándose sucesivamente en Colonia, Ausburgo y Estrasburgo: á fines del siglo XV Bamberga, ciudad insignificante, se envanecia de haber publicado ya 300 obras hebreas. En Basilea (Suiza), y en Estocolmo (Suecia) se montaron tambien establecimientos tipográficos y los Paises Bajos no tardaron en atraer á su seno á los iniciados en el nuevo arte. Juan de Westfalia en Lobaina y Teodoro Martens en Alost lograron distinguirse por el esmero de sus ediciones.

Interésanos especialmente examinar la época en que llegó á España la tipografia: cuestion tantas veces debatida entre los partidarios de Barcelona y Valencia que se disputan con calor el honor de haber sido las primeras poblaciones de España en que se introdujo la imprenta. Ambas ciudades han presentado pruebas atendibles y argumentos poderosos.

Sin mezclarnos en sus debates, creemos oportuno apuntar las circunstancias mas notables de ella (1) Capmani sentó la proposicion de que Barce-

(1) Los que deseen enterarse detenidamente de esta curiosa polémica, pueden ver el libro titulado: *De prima Typographiae Hispaniae aetate specimen, autore Raymundo Diosdado, Romae.* La disertacion sobre el origen del nobilísimo arte tipográfico y su introduccion y uso en la ciudad de Valencia de los cdetanos escrita por D. José Villarroya é impresa en 1796

lona fué la primera ciudad de España donde se introdujo la imprenta: en 1779 dijo en sus memorias tom. I, trat. 2.º, pág. 256, que la capital de Cataluña imprimió por los años de 1471 la *Catena Aurea* de Santo Tomas; el padre Mendez vino despues diciendo en su tipografía española (1) que las primeras obras dadas á la estampa en España fueron el *certamen poethic* y el *comprehensorium*, impresos en Valencia en 1474 y 1475: esto mismo se esforzó en probar el Señor Villarroya en una memoria impresa en Valencia. Capmani calló y desde entonces quedó vencedora Valencia en punto á la primacia de la imprenta, y despojada de ella Barcelona; pero en el año de 1833 el erudito D. Jaime Ripolt y Villamayor publicó en Vich un opúsculo reintegrando á Barcelona y dando cuenta de un monumento nuevamente descubierto; á saber, un librito en octavo, desconocido de todos los editores y bibliógrafos, encontrado en el convento de Padres trinitarios descalzos de Vich, al hacer un escrutinio en la biblioteca del monasterio: hablando de él dice que está bien tratado y al parecer completo de principio y fin, tiene 50 hojas sin numeracion, sin foliatura, signatura, ni reclamos, con otras señas minuciosas; el epígrafe es... *Pro condentis orationibus juxta grammaticas leges litteratissimi autoris Bertholomeo Mates libellus exorditur.* La conclusion que es la mas interesante á nuestro propósito está formulada en estos términos: *Gratie habentur Deo. Libellus pro efficiendis orationibus ut grammatice artis leges expostulant, e docto viro Bertolomeo Mates conditus. et per P. (Petrum) Johannem Matoses Christi ministrum presbiterumque castigatus et emendatus sub impensis Guillermi Ros. et mira arte impressa per Johannem Gherling alamanum finitur Barcynone nonis octobris anni nativitate Christi M.CCCC.LXVIII*: final que á ser cierto, como debe presumirse de una persona en estremo ilustrada y digna de crédito demuestra terminantemente que se imprimió en Barcelona por el aleman Juan Gherling á 7 de octubre de 1468 y que es errónea la opinion del Padre Mendez que no ha admitido la imprenta en España antes de 1474, ni en Barcelona antes del 1475. Por consiguiente Barcelona y no Valencia es la primera ciudad de España que adoptó la imprenta; no fué Mateo Flando el primer impresor (1) sino Juan Gherling y por último que no fueron los primeros libros los que se citan por Vicente Jimeno en el tomo primero de sus escritores, por D. Nicolas Antonio en su biblioteca, y el Padre Terreros en su Paleografía Española y por otros que defienden á Valencia, sino el librito referido: y en suma que no solo ha sido Barcelona la primera ciudad de España sino una de las primeras de Europa en que se ha ejercido el arte de imprimir. En el folleto en que se da noticia del interesante libro nuevamente descubierto, no solo se especifican con la mayor claridad todos los detalles y pormenores que pudieran contribuir á certificar la existencia del libro en cuestion, sino que previendo las objeciones que pudieran hacerse las desvanece anticipadamente, dándolas una solucion que desde luego le asegura la victoria y autorizando el nuevo documento descubierto de modo que no puede ser rehusado por la crítica, por rígida que sea.



Un librero ambulante del siglo XVII.

La tipografía contó en España con la proteccion del gran Cisneros, que auxilió á varios artistas estrangeros, llevando á unos á Toledo para la impresion Muzárabe y ocupando á otros en la *Biblia complutense*, para la cual tuvo que vencer el inconveniente de la falta de caracteres en hebreo, caldeo y griego, que hizo fundir y sirvieron despues á Arias Montano para la impresion de la *Biblia régia*.

Las dos primeras leyes relativas á la imprenta que se promulgaron en España fueron dadas por los Reyes Católicos en Toledo años 1480 y 1502 é incluidas en el Ordenamiento Real y despues en la Recopilacion núm. XXI y XXIII, tít. VII, lib. I. La primera trata de las franquicias en la introduccion de libros estrangeros, y la segunda de las cualidades y circunstancias que debian concurrir en las impresiones que se hiciesen en Castilla.

El arte habia llegado á ser estimado; hombres eminentes cooperaban á la obra del impresor: ofrecíansele palacios para que pudiera ejercer con holgura su industría, los autores mas distinguidos acudian á las imprentas á corregir pruebas y discutir el valor de los testos, y hasta los Monarcas contribuian á realzar el invento dando consideracion á los que le practicaban. Sisto IV concedió á Jenson el título de Conde Palatino, El Rey Eduardo quiso ser amigo de Caxton, Francisco I honró con su presencia los trabajos de Roberto Estefano y Felipe II condecoró á Cristoba Plantino con el título de *Architiphografus Regius*.

Parécenos oportuno apuntar aquí algunas circunstancias que distingnen, á los libros impresos ma antiguos. Su tamaño era en folio ó en cuarto. El antiguo carácter gótico se mudó en 1465 en una especie de semigótico; el tipo romano se usó primero en Roma en 1467; el célebre impresor Aldo Manucio inventó los tipos italianos á fines del Siglo XV. Tambien se hallan en hebreo, árabe, caldeo, griego y latin.

con estraordinario lujo por D. Benito Monfort, y un folleto impreso en 1833, su autor D. J. R. V. iniciales del canónigo Don Jaime Ripolt que se dió á la estampa en Vich en la imprenta real de Ignacio Wals.

(1) Historia de la introduccion, propagacion y progreso del arte de la imprenta en España. Madrid 1796 imprenta de Ibarra.

(1) Mendez pág. 148.

Pocas veces se dividian con propiedad los miembros de un periodo: aun no se hallaban establecidas las reglas de ortografía y no se conocian otros signos de puntuacion que la coma, el punto final y una rayita oblícua; semejante escasez de subdivisiones fué hija del deseo de imitar en lo posible los manuscritos: el cuerpo y consistencia del papel facilitaba esta imitacion. Muchos libros impresos en los primeros tiempos de la imprenta estan llenos de numerosas y difíciles abreviaturas.

Antes de poner fin á este artículo, que vá haciéndose demasiado estenso, queremos ocupar el espacio que nos falta con un estado tan exacto y completo como nos ha sido posible reunir, despues de examinadas y comparadas las fechas de la introduccion de la tipografía en las principales poblaciones. Esta noticia que servirá de complemento á nuestra reseña, comprende desde 1462, época de la dispersion de los obreros de Maguncia y es como sigue.

1465, *Subiaco*. 1467, *Roma*. 1468, *Barcelona*, *Venecia*. 1469, *Paris*, *Colonia*, *Milan*, *Ausburgo*. 1470, *Estrasburgo*, *Etril*, *Bamberga*, *Verona*. 1471, *Bolonia*, *Ferrara*, *Pavia*, *Florencia*. 1472, *Parma*, *Padua*. 1473, *Lion*, *Mesina*, *Lobaina*. 1474, *Valencia*, *Utrech*, *Turin*, *Génova*, *Basilea*, *Alost*, *Londres*. 1475, *Lubeck*, *Modena*, *Zaragoza*. 1476, *Brujas*, *Delft*, *Sevilla*, *Bruselas*. 1477, *Angers*, *Deuvinter*, *Palermo*. 1478, *Ginebra*, *Oxford*, *Praga*, *Amberes*. 1479. *Tolosa*, *Nimega*, *Poitiers*, 1480. *Caen*, *Salamanca*, 1481, *Leipsik*, *Lisboa*. 1482, *Viena*. 1483, *Troyes*, *Rouen*, *Magdeburgo*, *Estocolmo*, *Harlen*, *Leida*, *Gante*. 1484, *Renes*, *Brescia*, *Chamberi*, *Bolonia*, *Rimini*, *Heidelver*, *Ratisbona*. 1486, *Toledo*. 1487, *Murcia*. 1490, *Orleans*, *Zamora*. 1491, *Hamburgo*, *Angulema*, *Dijon*. 1493, *Cluni*, *Nantes*, *Madrid*, *Pamplona*, *Granada*, *Pisa*. 1494, *Copenhague*. 1495, *Limojes*, *Valladolid*. 1496, *Provins*, *Tours*. 1497, *Aviñon*, *Burgos*. 1500, *Cracovia*, *Perpiñan*, *Amsterdan*, *Munich*.

Este inmenso y prodigioso desarrollo de la tipografía empezó prestando un servicio muy grande á la religion, imprimiendo Biblias y obras de los Santos Padres que se propagaron rápidamente por el mundo: convirtióse luego en instrumento militante de que todas las opiniones se apresuraban á hacer uso para el ataque y para la defensa, conociendo el poder inmenso de una arma nueva que aturdia como el trueno y destruia como el rayo. Fué luego sirviendo para su desarrollo á las letras, las ciencias y las artes, y se empleó finalmente en abogar por los intereses de los pueblos; hasta llegar á contarse como el cuarto poder del estado y ser en realidad el primero, porque segun ha dicho un distinguido autor comtemporáneo, los oradores y los escritores han llegado á ser los reyes de la inteligencia, y la inteligencia acabará por gobernar al mundo.

Las naciones han rendido y continúan tributando reconocimiento y admiracion á los inventores de la tipografía: en Maguncia se ha erigido una estátua á Gutenberg, que es á quien se le concede y le toca realmente el primer lugar entre ellos: con el producto de una suscricion abierta en todos los paises que la imprenta contribuye á civilizar; la figura tiene una espresion notable de nobleza y gravedad; en la mano derecha se ven los caracteres movibles, con la izquierda estrecha el primer libro sobre su corazon; la base está adornada de bajos relieves que representan á Gutenberg examinando caracteres y comparando una prueba: en ella han hecho grabar los patricios de Maguncia unos dísticos celebrando el descubrimiento.

Artem, quoe Grecos latuit, latuitque Latinos
Germani solers extudit ingenium.
Nunc, quidquid veteres sapiunt, sapiuntque recentes,
Non sibi, sed populis omnibus id sapiunt.

La inauguracion del monumento se celebró en 1837. El obispo de Maguncia ofició teniendo abierta la primera Biblia impresa por Gutenberg. Despues de la misa á una señal se descubrió la estátua, y en un anfiteatro adornado con banderas de las diputaciones enviadas por las principales ciudades de Europa, resonó un himno cantado por mas de 1000 voces, interrumpido por las salvas de artillería y las aclamaciones del pueblo.

Nunca emperador alguno mereció demostraciones semejantes á las que se dirigieron en aquella ocasion al pobre impresor de Maguncia, porque ningun potentado de la tierra se ha hecho jamás acreedor en tan alto grado á la veneracion de los hombres, ni ha habido conquistador que pueda envanecerse con el triunfo de la inteligencia y deje al mundo recuerdos



Estátua de Gutenberg en Maguncia.

de un beneficio semejante. Las personas que asistieron á aquel acto se hallaban poseidas del entusiasmo mas puro y digno que puede abrigar el corazon humano. Aquella ceremonia era segun la espresion de un periodista, la fiesta de la civilizacion, en la cual se celebraba la inspiracion de Dios que permitió esta conquista del entendimiento sobre las tinieblas, para acelerar la perfeccion y la felicidad de los hombres.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Alábanse de ser sobrios aquellos á quienes el estómago no les permite comer mucho, de ser castos los que tienen la sangre muerta y sin circulacion, de saber callar los que no tienen nada que decir: en una palabra, el hombre tiene por vicios los placeres de que no puede disfrutar y por virtudas las flaquezas de que adolece.

En el amor hay una persona que ama y otra que es amada.

POESIA.

EL SALTO DEL DIABLO.

LEYENDA.

I.

Es una noche lluviosa,
Y mas que lluviosa negra,
A diez y nueve de Enero
De mil quinientos setenta;
Y con ademan brioso,
En el castillo de Veznar,
Así á Fortun, su escudero,
Habla el capitan Gurrea:
Mantenedor en las justas,
Bravo adalid en la guerra,
Y tan jóven en los años
Que veinte y cinco no cuenta.
—Baja, Fortun, que conviene,
En dos saltos la escalera,
Y un caparazon de cuero
Al lomo pon de mi yegua.
—Horrible noche, señor,
Dice Fortun, se presenta:
Brama el huracan, graniza,
Y sin intérvalo truena.
No abandones el castillo,
Que el valor y la prudencia
Unidos van.
—Obedece
Lo que tu señor te ordena.
—Escucha...
—No escucho...
—Mira...
—Nada miro...
Señor, piensa...
¡Basta! esclama el capitan
Con procelosa soberbia.
Sale Fortun, y entre tanto
Que el mancebo se pasea,
De su traje y su persona
Daremos menuda cuenta.
Cinco pies y ocho pulgadas
Tiene, ojo negro, ancha ceja,
Nariz larga, grueso labio,
Barba sedosa y espesa.
Talle gentil, recios hombros,
Tez sonrosada y morena;
Mirar altivo, y por dientes
Dos gruesos hilos de perlas.
Jubon de varios colores
Con alamares de seda
Viste; coleto de ante,
Cumplidas truzas flamencas,
Y hasta mas de medio muslo
Calza anchas botas de suela;
Ocultando sus cabellos
Un sombrero á la chamberga.
Ciñe en el cinturon daga;
Espada á su lado cuelga,
Y lo defiende del frio
Una capa portuguesa.
Sube Fortun: el mancebo
Saca adelante una pierna,
Y con desenfado dice:
—Cálzame, Fortun, la espuela.
—Señor, ¿no adviertes que brama
Cada vez mas la tormenta?
—Mejor, á la luz del rayo
Veré distinta mi seuda.
—¿No ves que puede encontrarte
Alguna partida suelta
De moriscos?
—A estocadas
Arremeteré con ella.
—¿No ves que queda el castillo
Sin su principal defensa?
—Antes de rayar el dia
Me tendrás aquí de vuelta.
—¿Te olvidas quizás?....
—¿De qué?
—De aquella fatal promesa....
—Calla, Fortun, voto al diablo!
O te arrancaré la lengua.
Grita el mozo, despidiendo
De sus órbitas centellas,
Y hasta el pomo de la espada
Llevando su airada diestra.
Inclina el triste escudero,
Suspirando, la cabeza,
Y del agudo acicate
Los firmes lazos aprieta.
Sale despues con su dueño
Hasta la robusta puerta
Del castillo, sujetando
Una veloz cordobesa.
Para oprimirla, el mancebo
Ni ayuda ni estribo emplea,
Y en un segundo se halla
Cabalgando á la gineta.
Fortun insta, el capitan
Le responde una blasfemia,
Y por los ágrios peñascos
Veloz parte á toda rienda.

II.

En una hermosa *alquería*
Cuyo florido pié baña
El rápido Guadalfeo
Con sus cenagosas aguas;
Un año, si del país
Las tradiciones no engañan,
Antes de el que comenzamos
Nuestra historia, celebraban
Con agradables festejos
Y estrepitosa algazara,
Las bodas del Valorí
Y la hermosísima Zaida.
Era la novia morisca,
Flor del jardin de Granada,
Si temida por discreta
Muy querida por bizarra.
De ojos negros, fresca boca,
Tez morena y sonrosada,
Breve pié, sedosas trenzas,
Y talle como una palma.
Era el Valorí un alcaide
Famoso de la Alpujarra,
Terror de los castellanos
Por sus ínclitas hazañas.
Seis lustros, aun no cumplidos,
El noble alcaide contaba,
Y de estatura media
Cinco pies y once pulgadas.
De ojos fieros y brillantes,
Rojos labios, frente ancha,
Nariz aguileña, tez
Cobriza y espesa barba.—
La hermosura de la novia
Y del Valorí la fama,
Reunió todo lo mas noble
Y rico de la comarca.
Allí vino Aben Humeya,
Sin ejército ni guardia,
Un instante deponiendo
Su pretension de monarca.
Allí cayó el Anacoz,
Tan célebre en las batallas,
Teñida en sangre caliente
Su famosa cimitarra.
Aben Aboo llegó allí
Con banderas desplegadas,
Por una noche volviendo
Al enemigo la espalda.
Y como si de la guerra
En un punto se olvidaran,
Allí se encontró el concejo
De las tríbus mahometanas.
Al son de los añafiles,
Tamboriles y dulzainas,
Encantadores preludios
De toda morisca danza,
Diez arrogantes mancebos
Y diez doncellas gallardas,
En amorosas parejas,
Dieron principio á una zambra.
A cada vuelta sus pechos
Ajitados palpitaban,
Tocando apenas la alfombra
Sus ligerísimas plantas.
Los vistosos capellares
Y las marlotas flotaban,
Bordados de perlas unos
Y las otras de esmeraldas.
Escapábanse suspiros,
Ahogábanse las palabras,
Y en las pupilas lucia
El vivo fuego del alma.
Aben Humeya olvidó
Su dignidad soberana,
Y con gentil ademan
Presentó su mano á Zaida.
Aceptóla la morisca,
Envanecida y ufana,
No sin pedir á su esposo
Vénia con una mirada.
Cruzó la hermosa pareja
Gallardamente la sala,
Pero al ir á confundirse
Con los jóvenes que danzan
En estentóreo gemido
Repitió una voz ahogada:
«¡*Los cristianos, los cristianos*!
¡*A las armas, á las armas*!»

III.

¡*A las armas*! ¡*A las armas*!
Van repitiendo distantes
Las cavernas de los montes
Y las grutas de los valles.
Estáticas las parejas
Guardan el órden del baile,
Y gimen los instrumentos
En desacordes compases.
Las hijas buscan amparo
En el seno de sus madres,
Y á las dulces armonías
Suceden lúgubres ayes.
Se desmayan las doncellas,
Blasfeman los capitanes,
Los tímidos no respiran
Y preguntan los audaces.
Aben Humeya se esconde,
Grita el Anacoz en valde;
Y el prudente Aben Aboo
Va en busca de su falange.
Corre el Valorí á la puerta,
Seguido de algunos árabes,
Y en el ancho dintel choca
Con los cristianos infantes.
Cruzan los hierros: centellas
Al rudo choque reparten
Las espadas de Toledo
Y damasquinos alfanges.
¡*Atrás*! gritan los moriscos:
Los cristianos ¡*Adelante*!
Y se empujan cual las olas
En el seno de los mares.
Las moras, unas los ojos
Se cubren, y otras exánimes
De la trabada contienda
Miran los sangrientos trances.
Ruedan sobre el pavimento
Los mutilados cadáveres,
Y mas recias cuchilladas
Tiran de una y otra parte.

Sin ventaja en el valor,
Rabiosamente combaten,
Pero se encuentran en armas
Y en número desiguales.
Dan los cristianos aceros
En sencillos capellares,
Los de los moros se mellan
Sobre armaduras brillantes.
En vano del Valorí
Las negras pupilas arden,
Y, tigre hircano, disputa,
Palmo á palmo, los umbrales.
Siente profundas heridas:
Busca amigos que lo amparen;
Y vé que, muertos, lo dejan
Los que no huyeron cobardes.
En vano la cimitarra
Alza su brazo jigante;
Una vez mas la sepulta,
Rebrama, vacila, y cae.
Herido el tigre, penetran
Varios soldados rapaces,
Y encuentran rico tesoro
En las moriscas beldades.
Arráncanlas los mas rudos
Brazaletes y collares,
Al brillo de la hermosura
Prefiriendo el del diamante.
Piden los mas cortesanos
Que con amor se las trate,
Y dan por una cautiva
Ricas perlas orientales.
El cristiano capitan
Se acerca á Zaida, que yace
Desvanecida, y descubre
Su peregrino semblante.
Contémplala: el guantelete
Teñido de fresca sangre
Arroja, y de la dormida
Toca la frente suave.
El corazon del guerrero
Se inflama, estremece, late;
Y no comprende si mira
Una morisca ó un ángel.
Para humedecerla el rostro
Agua pide delirante,
Pero un grito le responde
Que deja helada su sangre:
¡A las armas, castellanos;
Que á renovar el combate
El temido Aben Aboo
Llega con sus musulmanes!

IV.

¡A las armas! ¡A las armas!
Repiten los ecos roncos,
De sierra en sierra rodando
Pausados y melancólicos.
A las armas los guerreros
Cristianos acuden prontos,
Pero ninguno abandona
Los conquistados despojos.
Guardan unos los joyeles:
Llevan las cautivas otros;
Y las desnudas espadas
Blanden con denuedo todos.
Muchos en ánimo son,
Pero en número muy pocos
Para la hueste que trae
El bravo caudillo moro.
La salud está en la fuga;
Sirve la presa de estorbo;
Manos el hierro demanda
Que van cargadas de oro.
¿Qué hace el capitan? ¿Por qué
No reprende rigoroso
Una codicia que puede
Cubrir su frente de oprobio?
¿Qué hace el capitan? A Zaida
Suspende sobre sus hombros,
Y mal puede reprenderlos
Quien guarda rico tesoro.
Tal peso, en verdad, no rinde
Un corazon tan brioso;
Y á sus soldados alienta
Con la palabra y el rostro.
Antes que salga, en la estancia
No ha de quedar ni uno solo:
Franca tienen la salida
Y es el peligro notorio.
Ni uno queda: el capitan
Se adelanta, y con asombro
Vé que su planta detiene
Pesado anillo de plomo.
Preocupado, se estremece;
Al suelo baja los ojos
Y los del Valorí halla
Desencajados y torbos.
Sangre brotan las heridas
Del alcaide, y de lo hondo
De su pecho, entre suspiros
Y sobrealiento estentóreo,
Sale una voz, que murmura:
«Cristiano, soy el esposo
»De Zaida, de esa muger,
»Y con delirio la adoro.
»Déjamela aquí, no dudes.
»Que voy á espirar conozco.
»Déjamela aquí: á mi lado:
»Y mi muerte te perdono.»
Frunce el capitan las cejas
Con impaciencia y enojo,
Y vanamente procura
Romper su grillo premioso;
Mientras el vencido alcaide
Arroja gemidos sordos,
Y su plegaria prosigue
En mas lastimero tono.
—«Cristiano, daré por ella
»Cuantas riquezas acopio.
»Déjame á Zaida: lo pide
»Un moribundo celoso.»
—«Suéltame! grita el cristiano:
»O en las entrañas te escondo
»Mi acero.—Dame mi Zaida.
»Para mí la guardo.—¿Cómo?
—»Suéltame.—Nunca.» Una voz
Clama á lo lejos *Socorro!*
Que los moriscos atacan
En escuadron poderoso!
—«Suelta» el capitan repite:
«Déjamela» con encono
Murmura el herido.—«Suelta,
»O entrambas manos te corto.
—«Cristiano, porque me vengue
»El alma daré al demonio.»
—«Al diablo daré la mia,
»Si el amor de Zaida logro»
Responde el fiero cristiano
O desesperado ó loco.
«Las recibo» de la estancia
Dijo una voz en el fondo.
Y viendo que el enemigo
Debe encontrarse muy próximo,
El capitan arrastrado
De su delirio amoroso,
Con la desnuda tizona
Tira un mandoble furioso,
Que al moribundo cercena
Entre ambas manos del tronco.
Ruje el herido, mostrando
En sangre sus labios rojos;
Y el cristiano con la mora
Cabalga sobre su potro.

V.

Por mucho tiempo se habló,
En la comarca de Orgiba,
Del imprevisto y funesto
Desenlace de la boda.
Contaban del Valorí
Mil peregrinas historias,
Encontradas las mas veces
Pero singulares todas.
Aseguraban los unos,
Que andaba de roca en roca,
Lanzando tristes gemidos
O blasfemias espantosas.
Y cuando les preguntaban
Las señas de su persona;
Presentábanlo cubierto
De pieles negras y toscas.
Mutilado de ambas manos,
Escandecentes las órbitas,
Tez curtida, recia barba,
Mirada sangrienta y torba.
Afirmaban presenciales
Testigos de la derrota,
Que volviendo Aben Aboo,
Antes de brillar la aurora,
De perseguir al cristiano
Con su hueste poderosa,
Dió sepultura al Alcaide
A la luz de las antorchas.
Mas los terceros uniendo
Una tradicion á otra,
Que presenciaron decian
La fúnebre y marcial pompa:
Pero que á la media noche,
Con las atléticas formas
Del fiero alcalde, discurre
De sierra en sierra una sombra.
A esta opinion daba fuerza
El relato de una mora,
Que por deforme y anciana
Dejó la cristiana tropa:
Pues contando la promesa
Que hizo en sus últimas horas
Al diablo, si lo vengaba
Del robador de su esposa,
El Valorí; convenian,
En que, por arte diabólica,
El mutilado cadáver
Abandonaba su fosa.
Así contaban del novio,
Pero tocante á la novia
Mas insegura y mas varia
Se presentaba la crónica
Unos la daban cautiva
En solitaria mazmorra,
Porque el amor del cristiano
Desechaba valerosa.
Otros, no queriendo darla
De constancia tal la gloria;
Fundados en que constantes
Mugeres fueron muy pocas:
En brazos del castellano
La pintaban, veleidosa;
Sin guardar del Valorí
Ni la mas débil memoria.
Y algunos, mas enterados
O que persuadirlo logran
En fuerza de colocarse
Un dedo sobre la boca:
Aseguran en secreto,
Que Zaída, jóven y hermosa,
En un árabe castillo,
Muy poco distante, mora.
La suerte del capitan
A los moriscos no importa,
Y solo temen que allí
Vuelva á vibrar su tizona:
Pero nosotros, que en mucho
Tenemos su vida y honra,
Siquiera porque persigue
Los errores de Mahoma,
A la puerta de un castillo,
Sin espaldar y sin cota,
Presentamos á Gurrea
Montando en su yegua torda.

VI.

Llueve, graniza, retumba
El trueno sin intérvalos,
Brama el huracan, de fuego
Alzan olas los relámpagos.
Cada senda es un torrente:
Cada llanura es un lago:
Del ángel de las tormentas
Brilla el cetro en los espacios:
Y sobre su yegua torda
El capitan castellano
Dos leguas lleva corridas
Antes de tomar descanso.
Párase al pié de un castillo
Imponente y solitario,
En cuyas altas almenas
Fulgura la luz de un faro.
Acércase el capitan:
«Zaida» murmuran sus lábios,
Y una dulce voz responde:
Acércate, que te aguardo.
»—Entre los tuyos vivir,
»Quisiste, señora, un año;
»Y llegó á tus pies el dia
»Y hora en que concluye el plazo.
»Muchas penas he sufrido
»En un término tan largo,
»Para merecer tu amor:
»¿Qué me dices?—Que te amo.»
De los fosos un gemido
Sube profundo y estraño,
Que á la morisca estremece
Y da vapor al hidalgo.
«Llévame» murmura Zaida,
Grita el capitan: «¡Huyamos!»
Su fatídica promesa
En mal hora recordando.
Por una escala desciende
Zaida bella, y en los brazos
De su fiel y tierno amante
Busca proteccion y amparo.
Hunde el capitan la espuela
De su yegua en los costados,
Y veloz, como los vientos,
Cruza los desiertos campos.
Ya por las sendas camina:
Ya salta por los vallados:
Ya los furiosos torrentes
Atraviesa temerario.
¡Bien haya la yegua torda
Que tan bien sirve á su amo,
Y saca, con la herradura,
Centellas de los peñascos!
¡Bien haya la yegua torda...!
¿Pero por qué, resoplando,
Eriza la negra crin
Y deja su escape rápido?
¿Porqué de caliente espuma
Baña su freno dorado,
Y el acicate no siente,
Inerte sierra de mármol?
«¡Arriba, mi *Cordobesa*!»
Grita el capitan en vano,
Porque á la yegua detiene
Un insuperable obstáculo.
Zaida solloza: «Socorro»
Sin esperanzas de hallarlo,
Pide su amante: y auxilio
Viene á ofrecerlo el caso.
Descubre un bulto: una voz
Varonil dice «Buen ánimo,
»Capitan; y por la senda
»Sigue que yo iré trazando.»
«—A tu direccion me entrego
Responde el noble soldado;
»Y pagaré tu servicio....
»—No necesitas pagarlo.»
Y sin cambiar mas razones,
Ya por los hondos pantanos,
Ya por las ásperas cumbres,
Siguen todos caminando.
Caminan y mas caminan,
Hasta que roncos y tardos,
Sobre un puente, que cimbrea,
Se van perdiendo los pasos.
»¿Adónde nos llevas, guia?
»¿Sobre que puente pasamos?»
Pregunta el noble Gurrea
Con horrible sobresalto.
»¿Sobre el puente de los celos
»Hácia los infiernos vamos!»
Grita el misterioso guia,
El frágil puente cortando.
«¡Traidor!» esclaman, cayendo,
La morisca y el cristiano;
Y el rostro del Valorí
Alumbra el fuego de un rayo.
Entre Veznar y Tablate
Está este profundo salto,
Que las viejas del pais
Llaman: EL SALTO DEL DIABLO.

JUAN DE ARIZA.

En el número próximo publicaremos, entre otras cosas, un hermoso retrato, con una reseña biográfica de *Lamartine* y el cuarto artículo de *un Paseo á la Patria de D. Quijote*, en el que se dan noticias interesantísimas y completamente nuevas acerca del orígen de la obra inmortal del príncipe de nuestros escritores: á este seguirán inmediatamente otros dos sobre la misma materia, acompañados de vistas curiosas é inéditas, tomadas del natural.

Sucesivamente continuaremos insertando escelentes y variados artículos, que se hallan ya en nuestro poder, espresamente escritos para el SEMANARIO por nuestros mas apreciables ingenios.

Al espirar el primer trimestre de 1848 séanos permitido estampar una palabra de gratitud hácia el público que nos ha distinguido con una acojida que estábamos muy lejos de esperar. Por nuestra parte nos hemos esforzado en cuanto hemos podido para corresponder á tan pasmosa aceptacion, que bien puede calificarse de tal hablando de nuestro pais, la que ha logrado desde principio de año el SEMANARIO. En él han aparecido trabajos de los Sres. Breton de los Herreros, Hartzenbusch, Ariza, Fernandez de los Rios, Casas Deza, Gimenez Serrano, Gil, Baralt, Monge, Larrañaga, Costanzo y otros ademas de los anónimos de la direccion y de algunos curiosos remitidos. Nuestros suscritores han visto sucesivamente profusion de láminas de gran tamaño y esmeradamente grabadas *todas por artistas españoles*, que aventajan en delicadeza á cuantas se ha publicado hasta ahora en España y rivalizan con las de las obras ilustradas con mas esplendidez en Francia. Al lucimiento de los grabados ha ayudado la superior calidad del papel que empleamos espresamente fabricado para la estampacion y la mejora notable que hemos logrado introducir en este trabajo, del cual pende el lucimiento de las láminas.

No creemos sin embargo haber hecho bastante y queremos que asi conste. Que se empiezen ya á distinguir las publicaciones á cuyo pensamiento preside un sentimiento desinteresado de orgullo nacional, de las que se alimentan de traducciones ó imitaciones escritas en un jerigonza lastimosa, ilustrada con clises de desperdicio de las prensas estrangeras y sostenidas en fin al amparo de la nombradia mal adquirida de editores ambiciosos: que nuestro periódico *esencialmente español* continúe aumentando el número de sus favorecedores como en el trimestre que acaba de trascurrir y el público, que conoce la religiosidad con que cumplimos nuestras promesas, estará pronto en situacion de juzgar hasta que punto anhelamos llevar las mejoras y esmero.

Los Sres. suscritores de provincias cuyo abono concluye con este número, se servirán renovarle sino quieren esperimentar retraso en el recibo de los siguientes.

El tomo del SEMANARIO correspondiente al presente año, se venderá luego que este concluido al precio fijo de 40 rs. en Madrid y 50 en provincias: hacemos esta advertencia para satisfacer á los que nos han dirigido preguntas sobre el particular.

Hay un instinto en el corazon del hombre que le hace concebir temores de una felicidad sin nubes. Parécele que debe á la fatalidad el diezmo de su vida, y que lo que no se paga, devenga intereses, se acumula y forma una deuda inmensa que tarde ó temprano será preciso satisfacer.

La esperanza y el recuerdo se ven por el mismo prisma: la distancia. Detrás ó delante de nosotros, llamamos felicidad á lo que no está á nuestro alcance; á lo que no tenemos todavia ó á lo que no tenemos ya.

Los que abrigan ambicion de oro ú honores, en el último periodo de su vida, se asemejan al que no teniendo mas que una hora para dormir, emplease cincuenta minutos en hacerse un lecho cómodo y mullido en lugar de dormir la hora entera sobre la tierra dura.

No se viaja por viajar sino por haber viajado.

Las injurias se tornan humillantes para el que las dice cuando no consiguen humillar á quien van dirigidas.

UN BUEN ENFERMO.

Presentóse en la semana última un hombre en casa de un célebre doctor, para darle las gracias de un remedio que le habia indicado hacia mas de cuatro años, y con el cual se habia curado completamente.

—Y ha tenido usted la paciencia de continuar con él por tanto tiempo?

—Sí señor, todos los dias como usted me lo indicó, sin dejar ni uno.

—Abráceme usted, amigo dijo el médico: usted es digno de estar enfermo.

INDUSTRIA EN INGLATERRA.

El número de personas enpleadas en la industria sube á 800,246, de las cuales son varones 344,121 de 20 años arriba, 109,700 de menos, y hembras 135,795 de 20 años arriba y 155,795 de menos. En Irlanda se emplean 665,239 de las cuales son varones 113,288 de mas de 20 años; 5,315 de menos; hembras 521,725 de mas de 20 años, y 34,011 de menos.

PELIGROS DE MADRID.



Una golosina malograda del dia de S. José.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



ALFONSO DE LAMARTINE.

Cuando leimos el bellísimo *Viaje á Oriente* del autor cuyo ilustre nombre precede á estas líneas, nos llamó la atencion el relato de la visita que Lamartine hizo á Lady Esther Stanhope, muger escéntrica y verdaderamente original, cuya novelesca historia refiere con el encanto que acompaña siempre á todos los rasgos de su pluma. La mayor parte de nuestros lectores tendrán tambien noticia de la vida errante de Lady Esther en todas las comarcas de Oriente, hasta que se estableció en una soledad casi inaccesible, sobre una de las montañas del Líbano, próxima á Saida ó sea la antigua Sidon. Cuando Lamartine pasó por las cercanías del retiro de nuestra heroina, la nombradía de que gozaba en el pais por su propension á la soledad y á la meditacion, por su prodigiosa perspicacia para conocer á primera vista las inclinaciones y carácter de cualquier desconocido y por la facultad que se la achacaba de la adivinacion y de leer el porvenir en los astros, le movieron á escribirla pidiéndola le dispensara el honor de recibirle y conocerla, pretension á que accedió al momento Lady Stanhope, recibiéndole y tratándole con el mayor obsequio y prediciendo la suerte que estaba reservada al viajero.

Ahora que repentinos é inesperados sucesos han colocado á Lamartine en una posicion estraordinaria nos ocurrió hojear, por via de entretenimiento, las páginas del *Viaje á Oriente* que hablan de la mencionada visita á Lady Esther, para ver hasta qué punto se hallaban en armonía las profecías de la inglesa y los acontecimientos en que Lamartine representa el primer papel.

Vamos á trasladar á continuacion los trozos de su

conversacion con Lady Esther Stanhope que mas puedan interesar en la actualidad al público.

. . . . . .

—«Sentaos y hablaremos, pues ya somos amigos.»

—«¡Cómo Milady!, la respondí, honrais tan pronto con el título de amigo á una persona cuyo nombre y cuya vida os son enteramente desconocidos? Vos no sabeis quien soy.»

—«Es verdad, replicó. Yo no sé ni quién sois en el mundo, ni lo que habeis hecho mientras habeis vivido entre los hombres, pero sé ya lo que sois ante Dios. No me tomeis por una loca como generalmente me creen, pues no puedo resistir á la necesidad de hablaros con el corazon en la mano. Hay una ciencia que se ha perdido en vuestra Europa y que ha nacido en Oriente, en donde existe todavia, y nunca ha dejado de existir. Yo poseo esta ciencia; sé leer en los astros y sé tambien que todos procedemos de alguno de esos fuegos celestes que presidieron á nuestro nacimiento, y cuya influencia benéfica ó maligna está escrita en nuestros ojos, sobre nuestras frentes, en nuestras facciones, en las delineaciones de nuestras manos, en la forma de nuestros pies, en nuestros ademanes y hasta en nuestro modo de andar. Asi es que no hace sino algunos minutos que os veo y os conozco ya como si hiciera un siglo que viviese en vuestra compañia. ¿Quereis que os revele á vos mismo? quereis que os prediga vuestro destino?»

—«Guardaos de tal cosa; la contesté sonriendo, yo no niego lo que ignoro, mas creeré que la naturaleza visible ó invisible á la que todo se refiere y en la que todo se encadena, los séres de un órden inferior como el hombre esten bajo la influencia de séres superiores como los ángeles, pero no necesito de su revelacion para conocerme á mí mismo; ahora en cuanto á los secretos de mi destino temeria ofender al Criador que me los oculta si se los preguntase á la criatura. Respecto á lo futuro no creo sino en Dios, en la Libertad y en la Virtud.»

—«No importa, dijo ella, podreis creer lo que gusteis, mas en cuanto á mí, veo evidentemente que habeis nacido bajo la influencia de tres estrellas felices, poderosas y buenas, que os han dotado de cualidades análogas y que os conducen á un objeto que podria si quisieseis indicaros desde ahora. Dios os trae aquí para iluminar vuestra alma y sois uno de esos hombres de deseo y de buena voluntad, de quien quiere servirse como de instrumento para las obras maravillosas que va á ejecutar con los hombres.»

. . . . . .

—«¿Encontrais, preguntó ella, que el mundo social político y religioso esté bien ordenado? ¿No reconoceis la necesidad de un revelador, del Mesias que esperamos y que estamos viendo llegar con el deseo?»

—«Ninguno mas que yo padece y se duele del jemido universal de la naturaleza, de los hombres y de las sociedades, ninguno reconoce y confiesa mas altamente los enormes abusos sociales, religiosos y políticos, ninguno desea con mas ansia la reparacion de estos males ni está convencido de que este reparador ha de ser divino. En las alteraciones ó vaivenes que sufren las creencias de los hombres, en el tumulto de sus ideas, en el vacío de sus corazones, en la depravacion de su estado social y en los temblores sucesivos de sus instituciones políticas, veo todos los síntomas de un trastorno y confio que Dios se manifieste en el momento en que el hombre se reconozca y se confiese insuficiente por sí solo para el remedio de estos males. Pero en esta manifestacion no espero á un Mesias que nada tiene que enseñarnos en sabiduria, virtud y verdad, porque Jesucristo lo ha enseñado todo, sino al que este mismo Jesucristo ha anunciado que vendria despues de él, al Espíritu Santo que nos inspire con su gracia eficaz».

. . . . . .

—Creed lo que querais, me dijo ella, no por eso dejais de ser uno de esos hombres que yo esperaba, que la providencia me envia y que han de representar un papel importante en el grande acontecimiento que se prepara. Muy pronto regresareis á Europa; la Eurapa ha concluido, en toda ella no hay mas que la Francia que está llamada á ejercer una gran mision, en la cual figurareis: yo no sé todavia de que modo, pero os lo puedo decir esta noche si gustais, cuando haya consultado vuestras estrellas. Todavia no sé el número de ellas; ahora veo mas de tres; ya distingo cuatro, quizá cinco, y quien sabe si habrá mas aun. Una de ellas es Mercurio, que dá claridad y carácter á la inteligencia y á la palabra, vos debeis ser poeta, esto se vé en vuestros ojos y en la parte superior de vuestro rostro. Influyen tambien en vos astros enteramente diferentes y casi opuestos y sentis fuerza de energia y de accion. Hay algo del Sol, añadió con viveza, en la postura de vuestra cabeza y en el modo con que la inclinais sobre el hombre izquierdo. Dad gracias á Dios, hay pocos hombres que hayan nacido bajo la influencia de mas de una estrella, menos cuya estrella sea feliz, y menos aun cuya estrella aunque sea favorable, no esté combatida por la influencia maligna de una estrella adversa. Vos por el contrario teneis muchas y todas estan en armonia para serviros y para ayudarse recíprocamente en favor vuestro. ¿Cómo os llamais?»

«Yo la dije mi nombre y ella contestó con el acento de la verdad que no le habia oido nunca».

. . . . . .

Diez y seis años ha que Lady Esther Stanhope, verdadera mágica moderna, tuvo con Lamartine la conversacion de que hemos entresacado las circunstancias mas notables y que mas han llamado nuestra atencion, por la exactitud con que se ven cumplidas las predicciones de esta muger de genio, que ha escitado y escita todavia la mas poderosa admiracion sobre los habitantes de las poblaciones árabes, cuya imaginacion original y brillante es á propósito para la adivinacion y las maravillas mas asombrosas. En efecto; los acontecimientos que de un tiempo á esta parte han tenido lugar en el mundo, confirman perfectamente las predicciones de Lady Stanhope. Esperaba y creia firmemente en la aparicion de un enviado de Dios, reparador de los abusos de la sociedad, y ha aparecido Pio IX, órgano voluntario é inofensivo de las reclamaciones y necesidades de los pueblos y su representante providencial y pacífico, dando impulso la libertad y llenando de entusiasmo á las naciones. Anunció que se preparaba un acontecimiento grande en Europa, cuyo teatro seria la Francia: la Francia acaba de asombrar á todos con los imprevistos, instantáneos y trascendentales sucesos de Febrero. «La Europa ha concluido; en ella no hay mas que la Francia» fueron las palabras de la inglesa. La Europa se

ha mantenido en espectativa, hasta que esta nacion con su reciente sacudimiento ha conmovido y agitado profundamente todos los estados, que parecian aguardar solo su señal para dar espansion á su malestar y á sus lamentos comprimidos. Predijo, en fin, que Lamartine estaba destinado á representar un papel importante en el grande acontecimiento que se preparaba, y Lamartine es hoy el miembro mas influyente y respetado del gobierno de la República Francesa. Preciso es convenir en que esta vez al menos, las palabras de Lady Stanhope fueron una profecía que se ha cumplido en todas sus partes.

Digamos ahora, ya que hemos tomado la pluma para hacer notar esta coincidencia curiosa entre un episodio de los viajes de Lamartine y su posicion actual, cuatro palabras acerca de la vida de este grande hombre; rey de los poetas, hábil diplomático y orador distinguido.

Lamartine cuenta 56 años, la misma edad que el Pontífice actual, pertenece á una de las primeras familias de Borgoña, pasó en Neuilly la época de su niñez al lado de su padre, caballero de San Luis y antiguo oficial, y de su madre bajo cuya influencia recibió una educacion esmerada que perfeccionó en un colegio de Belley. En 1815 hizo un viaje á Nápoles. Las ruinas de Italia, su cielo encantador, su golfo, sus bellezas, le inspiraron los primeros versos. Los sueños de poeta ocupaban esclusivamente su atencion en 1820. A poco tiempo publicó el primer tomo de poesías, las *Meditaciones*, si no estamos equivocados, bellos ensayos que aunque de autor poco conocido, fueron por grados granjeándose el aprecio de las personas inteligentes y el entusiasmo de los corazones apasionados y religiosos. Por entonces contrajo matrimonio con una jóven inglesa, y adquirió tambien una ortuna considerable con la herencia de un tio, hermano de su madre.

El poeta suspendió su trato con las musas para ocuparse de negocios diplomáticos, fué primero secretario de la embajada de Nápoles, despues encargado de negocios en Toscana. El gran duque le trató como amigo. Una de las composiciones que entonces escribió le ocasionó un duelo con el general Pepé que se creia ofendido en su honor nacional; en este lance recibió una grave herida que puso en peligro su vida. Desde su lecho de dolor solicitó perdon para el rival, olvidando aquel suceso desagradable que habia turbado la felicidad de que á la sazon disfrutaba.

A la caida de Cárlos X abandonó la carrera diplomática por motivos que le honran sobremanera, y que se hallan esplicados en las siguientes palabras que pronunció en la cámara de los diputados el 25 de Marzo de 1840.

«Cuando la dinastía de Julio ha sido personificada en otra familia, con la cual me cabe el honor de haber tenido anteriormente lazos de una respetuosa intimidad (si me es permitido usar de esta espresion) he escrito al nuevo rey manifestándole que motivos de delicadeza me obligaban á renunciar los títulos y honores que conservaba de la dinastía caida, pero que aunque por una parte le presentaba la dimision de mis empleos, por otra creia de mi deber como patriota y como francés ofrecerle mi juramento á él y al gobierno de Julio.»

Retirado de la carrera diplomática dispuso su partida para la tierra santa y llegó á Behiruto al pie del monte Líbano, despues de distinguir desde su embarcacion á Sicilia, el golfo de Parma, Cartago y otra infinidad de pueblos, miserables hoy, célebres en la antiguedad. Chateaubriand y Lord Byron le habian precedido en este viaje. Lamartine, que habia atravesado los mares acompañado de su esposa y de su hija, dos pedazos de su corazon segun él las llamaba, saltó en tierra viendo realizado ya el deseo que desde su juventud habia tenido de ir á Oriente: pero su dicha vino á turbarse con la muerte de su hija única, causada por la enfermedad que habia contraido durante la navegacion.

Para lanzarse al desierto el poeta marchó solo, no queriendo esponer su compañía á los peligros de un camino penoso y arriesgado. Lamartine se alejó de Behiruto llevando de séquito diez y ocho caballos, que perecieron todos antes de terminar la espedicion. No nos detendremos refiriendo sus pormenores; apenas habrá lector que no conozca las páginas en que Lamartine consignó sus impresiones, y los vuelos de su imaginacion á vista de las campiñas de Tyro, de la tierra de Canaa y la Judea, las colinas de Zabulon y de Nazareth, el monte Carmelo, el valle que sirvió de cuna al Redentor, las aguas del Jordan y el Panorama de Jerusalen, llegando á prosternarse ante la tumba del Salvador, entre la mortandad que entonces causaba la desoladora epidemia del cólera.

Hallándose allí recibió la noticia de que en Enero habia sido elegido diputado: este cargo le imponia deberes que cumplir; no se detuvo, pues, en regresar á su patria, aunque tanto él como su esposa acababan de depositar los restos embalsamados de su querida hija y se hallaban aterrados ambos por la pérdida que habian esperimentado. Dudaban las personas que le eran afectas de que el poeta fuera apto para la carrera parlamentaria que ante él se abria, y para la discusion de intereses materiales, pero bien pronto tomó asiento en la cámara, y demostró en la tribuna que sabia hermanar aquella cualidad con la de diputado.

Lamartine debió su eleccion al partido reformador, cuyos intereses han tenido en él un defensor leal, hábil é influyente, que ha tendido á la moralizacion social y á la abolicion de la pena de muerte; de año en año ha ido creciendo en reputacion hasta entrar en plena posesion de la gloria parlamentaria.

Lamartine y Victor Hugo son los dos poetas franceses que mas han enriquecido la corona poética contemporánea de su país. Lamartine demuestra en sus obras originalidad de genio y grandeza de talento: sus poesías son religiosas y contemplativas; ora cuando canta, dejándose llevar como una agua límpida por la corriente fácil de su genio. Ha sido en Francia el restaurador de esa poesía sentimental y dulcísima que no puede menos de encontrar siempre eco en el corazon del hombre. En sus últimos escritos el poeta ha hecho oir en vez de los dulces sonidos de su lira nacidos de una inspiracion que pudiera llamarse santa, el anuncio de una nueva época, la profecia de una nueva asociacion en que los pueblos, olvidando las diferencias que los distinguen es-

trechen sus lazos y hallen reunidos remedio y consuelo; creemos que nuestros lectores han de ver con gusto algunas ideas que tomamos al acaso del ya citado *Viaje á Oriente*, y que prueban con cuanta anticipacion preveia el autor de la *Historia de los Girondinos* nuestra situacion actual, dando vuelo á sus pensamientos, remontándose á una altura en que dominaba el mundo y penetrando con la luz de su talento las tinieblas del porvenir.

«Las ideas han conducido á la Europa á una de esas grandes crísis orgánicas, de que solo presenta la historia uno ó dos ejemplos: estas son épocas en que una civilizacion gastada ha cedido su lugar á otra; en las que no se puede sostener lo pasado y en las que el porvenir se presenta á las masas con todas las incertidumbres y con toda la oscuridad de lo desconocido: épocas terribles, cuando no se saben aprovechar de ellas, y enfermedades climatéricas del espíritu, que debilitan al hombre para muchos siglos ó que le vivifican y disponen para una nueva y muy larga existencia. La revolucion francesa ha dado el grito al mundo y muchas de sus fases se han presentado ya, pero esta revolucion no se ha completado todavia, y nada concluye en estos momentos lentos, intestinos y perpétuos de la vida moral del género humano: hay ocasiones en que estos movimientos hacen alto y en que la revolucion se paraliza; pero estos altos, estas paralisis, sirven para difundir y madurar las ideas, para acumularse las fuerzas y para prepararse á nueva accion. La revolucion francesa, que algun dia se llamará Europea, porque las ideas buscan su nivel como el agua, no es como se cree una sola revolucion política, un traspaso de poder y un solo cambio de dinastía, ó el establecimiento de un gobierno democrático en lugar del monárquico; pues todo esto no es mas que un accidente, un síntoma, un instrumento, un medio; la idea de la revolucion es la de cambio y de mejora, á la vista de una sociedad que se derrumba y cae de anomalía y de vejez.»

«Cuando una revolucion se llega á comprender y cuando su objeto se llega á fijar, se puede decir que está hecha; el éxito puede ser lento, pero no dudoso. Si la idea nueva no ha conquistado todavía el terreno, ha ganado al menos el arma infalible que lo debe conquistar. Esta arma es la prensa, y esta revolucion cotidiana y universal, es para las inteligencias y para el espíritu de innovacion y de mejora, lo que fué la pólvora para los primeros que se sirvieron de ella. La victoria asegurada por una facultad poderosa. Los filósofos políticos no necesitan ya de combatir, sino de moderar y de dirigir esta arma invencible de civilizacion. Lo pasado se hundió; el suelo está ya desembarazado, el espacio vacio, la igualdad de derecho se ha admitido en principio, la discusion está aceptada en las formas gubermentales. La palabra oral y la palabra escrita estan tocando llamada por todas partes y sin cesar á las inteligencias; este supremo tribunal domina y dominará cada dia mas, todos los poderes instituidos, provoca y provocará todas las cuestiones sociales, religiosas, políticas y nacionales, con la fuerza que la opinion le prestará, y á medida y proporcion del interior convencimiento, hasta que la razon humana se encuentre iluminada con el rayo de luz que á Dios plazca concederla, y entre en la plena posicion del mundo social todo entero.»

Lamartine es de elevada estatura, ojos azules, frente estrecha y protuberante, lábios finos, facciones despejadas, espresivas y regulares, porte elegante y ademanes nobles. Ocupa como académico un lugar distinguido. Sus inspiraciones de poeta le han hecho inmortal, sus discursos le han conquistado un puesto al lado de Odilon Barrot, Thiers, y Berrier; no nos toca á nosotros juzgar sus actos como diplomático y nombre de gobierno; correspóndenos solo inclinarnos con admiracion y entusiasmo ante la majestad del genio, la mas envidiable de todas, que acaba de conquistar á Lamartine el primer puesto en la República Francesa.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

INSCRIPCIONES HEBREAS.

En las inmediaciones de Leon, al sitio llamado Fuente-Castro ó Castro de los judios, se halló esta lápida propia hoy de D. Tomás Rodriguez Monroy abogado y propietario de dicha Ciudad. Es una alhaja de mármol blanquecino con vetas negruzcas, de 16 y media pulgadas de largo, y 11 de ancho; su peso 26 y media libras castellanas, pulimentada solo por una superficie. Está escrita con caractéres hebreos, medianamente formados; pautada ó rayada antes, como conviene á todo escrito hebráico; mas no siempre la escritura sigue fielmente el pautado: las letras estan grabadas á buril ó cincel en la piedra, bien legibles, escepto los desconchados y quebraduras que tiene: cuando al fin de un renglon no cabe la palabra entera, estan escritas las letras que caben, y se repiten otra vez en el siguiente, segun la costumbre rabínica: no hay mociones en todo el contesto, conforme á la índole de las inscripciones: pero á pesar de eso se lee y entiende perfectamente; su traduccion es la que sigue:

Este es el sepulcro (acaso diria en lo desconchado del primer renglon, *para el cadáver*) *de Joseph hijo de Joziz el fundidor* (creemos que en la palabra que sigue ilegible diria *de bronce:*) *de edad de sesenta y cinco años, cuando se reunió:* (espresion comunísima entre los hebreos en vez de *murió*) *en sábado dia quince de la luna Casleu* (el novilunio de noviembre) *del año ochocientos y sesenta y uno del cómputo.* (Coincide con corta diferencia con el año de 1101 de nuestra era.

Al lado miserable de esta cueva se le purificará; y se le habrán condenado sus iniquidades; y perdonado sus pecados; y se habrá tenido misericordia de él; y se le habrá destinado á su suerte al fin de los dias; y se le vivificará á la vida del siglo que ha de venir.

Esta inscripcion puesta á principios del siglo XII, cuando mas sobre el sepulcro del hijo de un fundidor, prueba hasta la evidencia lo ilustrado del pueblo hebreo, aun disperso y enmedio de la ignorancia universal que acababa de dominar á todo el mundo. Su contesto puede mirarse como un muy bien acabado cuadro, en cuyo primer término aparece un cadáver, que se determina por los accidentes del nombre, padres, edad, y dia de su defuncion; cuyo pálido reflejo solo deja entrever un poco de lodo, en la estrecha

mansion de una bóveda; mas que iluminado despues haciéndose descender sobre él un rayo de fé y esperanza patriarcal, parece que se le vé absuelto de toda iniquidad, perdonados sus pecados, destinado á la felicidad del fin de los dias, y en últimos términos y á una inmensa distancia, vivificado á la vida de un siglo que ha de venir. ¡Qué asunto tan patético! Qué historia tan interesante y bien detallada! Que ligereza en lo que ofende á la vista y al corazon! Y que ensanche en los trazos mas lejanos, hasta perderse en el mas bien acabado celage! Así discurrian los hebreos en los siglos IX, X, XI y XII; y esta piedad, y este



órden de ideas, y este recto pensar, y esta claridad y fijeza de fé trascendia hasta los artífices y gente del pueblo. Cotégese el pensamiento de esta lápida y su espresion con la que en aquel tiempo, y mucho antes y mucho despues acostumbraban escribir los griegos y romanos, cristianos, é idólatras sobre los sepulcros de sus difuntos, y aun con la mayor parte de lo que hoy mismo se lee en cualquiera de nuestros panteones ó cementerios.

Sería muy de celebrar que la comision de monumentos artísticos é históricos procurase adquirir esta alhaja, no por el oro ó plata de que esté hecha, sino por ser un documento histórico de suma importancia por la sabiduria con que está concebido, que vale mas que el oro y que la plata, y que todas las riquezas de la tierra, que como decia el Sabio, *nihil esse duxi in comparatione illius.*

A. M. G. B.

UN PASEO

A LA PATRIA DE DON QUIJOTE.

ARTICULO IV.

Sucedió pues, lector carísimo, que la hora del repúsculo seria cuando avistamos por la segunda vez los famosísimos campos de Montiel, y aprovechando lo llano del sendero y la frescura de los vientecillos que anuncian el regalado descanso de las noches de junio; apresuramos el andar y recogimos velas en la conversacion, dando largo trapo á las meditaciones. El alborada es menos poética para el corazon que los últimos destellos de la tarde: la dulce y grata melancolía de los recuerdos, la fantástica marcha de las som-

bras que trepan á la cumbre de las montañas con el silencioso y lento paso del dolor, los gritos lúgubres de las aves nocturnas, el despertar de las plantas que abren sus ramos y sus pétalos para aspirar el rocio, las nubes encendidas, primero por el sol que se reclina en su seno palpitante; amarillas, violadas despues, como la enamorada doncella que vé alejarse á la luz de sus ojos, al fuego de su alma; y hasta la repentina y pensada aparicion de cada una y de todas las estrellas en el azulado campo de los cielos, forman agradable conjunto que derrama en el alma contentamiento y paz con suave tristeza mezclados.

—Dios guarde á la buena compañía: dijo al emparejar un viandante con autorizada voz y campanudo timbre.

—Adios, caballero; contesté reparando en el que tan espresiva salutacion me acababa de dirigir.

Era el tal á juzgar por su porte y premáticas, un cura amojamado y caballero sobre una valiente mula de paso.

—Adonde bueno: añadió refrenando su lozana cabalgadura.

—Al Toboso.

—Allá vamos todos, si Dios quiere, que el hermano me espera para echar el agua á mi cuarto sobrino.

—En verdad que siento no tener tan buenos pies como esa mula, que parece cortada para médico de anejos ó demandante franciscano; pues la buena compañia de V. seria muy de mi gusto en estas soledades.

Agradóle al ginete el elogio de su caballeria y no le descontentó á mi ver el juvenil despejo que entonces yo mostraba.

—V. amiguito, ha perdido su cabalgadura y por eso celebra tan á sus anchas á mi tordilla: aqui está para servirle, como las facultades y persona de su amo.

—Muy agradecido me dejais, contesté. Vengo á pié desde Malagon porque asi conviene á mis propósitos y como el ánimo es alentado y fuerte el espíritu, sobrellevo con estremada conformidad las fatigas del viaje y lo que gozo con mis recuerdos compensa sobradamente el corporal cansancio.

—Ah! vamos! V. es el jóven de melenas que ha visitado esta mañana la Iglesia, que ha dibujado en la plaza de Argamasilla y que ha permanecido un gran rato á solas con los ratones de la bodega de la famosísima casa de Medrano?

—El mismo: ahora me dirijo al Toboso con igual objeto.

—En los pueblos todo se sabe y la aparicion de un estraño no deja de ser un acontecimiento—¿Y qué ha sacado V. en limpio?

—Muy buenas cosas, para un entusiasta que creia segada y aun espigada la mies; sobre todo una curiosísima tradicion que no se encuentra en los libros y que tiene de probable mucho.

—Será la que refieren los viejos del Toboso: repuso con indiferencia el clérigo.

—Cómo tal! convienen entrambos pueblos? pregunté con vivísimo interés; puesto que la mula se aviene al descanso de mi andadura cuénteme lo que haya oido, que en pago le he de dar cuanta buena amistad quepa en un corazon honrado.

—Mejor dirá, que la tordilla no puede seguirle, pues al oirme hablar de Cervantes ha tomado V. un trotecillo que ya. Mas escuche atentamente y pregunte lo que mas le convenga, pues si logro responderle á medida de su gusto será completa satisfaccion para mí.

—Pues comienze V. que ya quiero ser todo oidos.

Arregló la delantera del aparejo de su mula y con la sencillez del hombre bueno y franco, comenzó de esta manera (1).

—Hace cuarenta años que vivo en Lugar-Nuevo, famosísima patria de D. Quijote; pero nací en el Toboso donde pasé al lado de mis padres los primeros años de mi juventud y las vacaciones que nos daban en la insigne Universidad de Toledo: he visto por consiguiente muchos estrangeros que venian atraidos como V. por la fama de ese Cervantes Saavedra tan celebrado en Madrid. Movióme entonces la curiosidad de leer *El ingenioso hidalgo* y no me pareció, con perdon sea dicho, cosa de tanto asombro, pues ni allí hay doctrina, n hechos; no pasa en mi pobre juicio de ser una obra graciosa, escrita por un hombre chistoso; pero sin carrera.

—Sí, interrumpí con socarronería, lo que es el príncipe de nuestros escritores no estudió Teología, ni aun leyes que yo sepa.

—Bueno, amiguito, decid cuanto querrais; pero á mí no me sacareis de mis trece, el que no ha cursado.... Mas veo que dais muestras de impaciencia y quiero dejar esto aparte. Pregunté pues á mis padres (era yo sacerdote ya) si se conservaba alguna noticia en el Toboso sobre el príncipe de los ingenios, como V. dice, y me refirió lo siguiente:

«En la asociacion de labradores de *la calle grande* oí decir un dia al escribano viejo, que en la casa de Dulcínea»....

—Cómo! existe todavia la casa de los Lorenzos? pregunté con viveza.

—Se ha derribado: pero oígame V. hasta el fin. «Que en la casa que llaman de Dulcínea, ó llamaban, como le iba diciendo, vivia en tiempos antiguos un labrador muy rico que tenia una hija algo ligera de cascos y que traia en revuelta á los mozos del pueblo. A casa de este labrador llegó un dia al anochecer un viejo, con trazas de soldado, muerto de fatiga y de necesidad; pidió que le recojiesen y el Señor que tenia buenas entrañas mandó que preparasen cena al pobre huesped y travó con él al amor de la lumbre larga plática de pasadas campañas y de lejanas tierras. Tan contento estaba el labrador oyendo al veterano que ordenó añadiesen un jarro de lo tinto al salpicon de oveja que formaba e cuerpo de ataque de la modesta cena. Concluida esta, fuese á reposar Cervantes en un pajar y á poco llamaron con gran estrépito en la puerta de la casa del tio Lorenzo. Abrió este reposadamente y se encontró que era un turbion de mozos algo tomados del vino que buscaban al vie o para darle un baño en las lagunas que hay en las tenajerías, so pretesto de que era un *sacamantas* ó *vejiguero* que se habia fugado de Argamasilla despues de trabar pendencia con los vecinos. El dueño, persona muy autorizada en el lugar, dijo que allí no habia nadie, que el soldado se habia marchado despues de cenar y así les dió con la puerta en los hocicos. Uno de los alborotadores, sin embargo que debia ser novio de la

(1) Esta tradicion y la que sigue han sido ambas oidas por mí y las presento desnudas de todo adorno; juzgarlas toca á los eruditos, yo cumplo con referirlas.

muchacha, impuso silencio á todos y dirigiéndose á las ventanas del pajar hizo alguna seña, pues apareció la hija de Lorenzo y les dijo—Entrad por aquí que está durmiendo en este pajar.—Treparon á la cuadra y cojieron dormido al soldado, que no pudo defenderse y medio arrastrando, con una soga á la cintura le sacaron por las calles del pueblo con no poca algazara de la muchacha del labrador y grande indignacion de este. Pero como al penetrar en la cuadra y los pajares se llevasen algunas prendas los mozos, acudieron varios cuadrilleros y libertaron al soldado de aquella cruel muchedumbre. Pero aquellos mismos le condujeron despues con iguales malos tratos á Argamasilla de Alba, donde fué preso en casa del Alcalde, cuyo hijo habia sido agresor en la pendencia pasada.»

—¿ Y Porqué no en la cárcel ?

—Porque no la habia; la actual es moderna, contestóme el cronista.

Un tanto meditabundo quedé con semejante relato que doy á mis lectores casi con las mismas palabras con que me fué referido.—Desde luego esta tradicion es mas probable que las recojidas por los biógrafos de Cervantes.—Tenia edad el príncipe de nuestros ingenios para darse á requebrar lugareñas cuando estuvo en la Mancha?—Está demostrado que no. Sin embargo es preciso aceptar con desconfianza estos rumores populares cuando ya tienen carácter de cuento, porque cada cual los modela á su gusto.

—Algo ensimismado veo á V. con la historia que le acabo de contar, y yo solo puedo decirle que el escribano viejo, que ya murió tenia en la uña todas las genealogías del pueblo, que no son pocas y eran mas en aquellos tiempos.

—V. conoció esa casa que llamaban de Dulcinea y que aseguraba el escribano pertenecia á los Lorenzos? pregunté al cura.

—Si por cierto y tenia corral con bardas: cuando se hundió bautizó un barbero otra con el mismo nombre para sacar dinero á los franceses que venian en busca de tal antigualla.

—Bueno es saberlo, dije para mi saco, asi no nos envolverá el seor rapista con sus embustes y trapacerias.

La noche se entraba á mas y mejor y aun no habiamos mediado la jornada; el cura entonces viendo que su tordilla renqueaba por apretar y que yo no pensaba seguirla me ofreció su casa en el Toboso y dejó suelta rienda á la caballeria que tomó un portante de los buenos.

Mas como todo ha de decirse aseguraré á mis lectores que la tradicion por él referida, es diversa de la que me contaron en Argamasilla y pues que falta camino allá vá, que mientras tanto llegaremos á avistar el Toboso.

Un capitan retirado, vecino de Argamasilla, me dijo que habia oido lo siguiente sobre el origen del Quijote. «Quiso Cervantes, como relata su historia, á Doña Catalina Palacios y la cantó en su *Galatea*; pues bien, esta Señora tuvo un pariente que se opuso tenazmente á que la boda se celebrase bajo el pretesto de que Miguel de Cervantes Saavedra no era bastante noble para entroncarse con los Palacios. Este puntilloso hidalgo era vecino de Argamasilla y rompió todo trato con su familia luego que llegó á su oticia que el matrimonio se habia celebrado. Pasáronse años, vino Cervantes á cobrar contribuciones al lugar Nuevo y el noble, su pariente por afinidad, halló una ocasion de venganza y halagando el rencor que abriga todo manchego contra los comisionados de hacienda consiguió que prendiesen al autor del Quijote. El buen cronista, añadia una circunstancia que otros me confirmaron: este ilustre vástago tan defensor de su azulada sangre y de su pureza de raza era delgado en estremo y tan seco de rostro que toda su faz eran los pómulos y las quijadas; razon por la cual en los pueblos, que son dados á poner apodos, le bautizaron con el de *Quijadas*, habiéndole conservado hasta hace poco su descendencia.—Ademas este señor tenia en uno de los cuarteles de sus armas un molino de viento asaltado por unos guerreros.—Su casa se quemó y á ella me referia yo en el artículo III.... Mas volvamos al relato de mi viaje, ó detengamos en este punto la pluma, porque el Toboso merece relacion aparte y es curiosa en verdad.

J. Gimenez-Serrano.



POESIA.

LAMENTOS DEL CORAZON. (1)

El mundo es un vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazon la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.

El dia de difuntos FIGARO TOM. V

ESPERANZA Y DESENGAÑOS.

Lamentos ¡ay! del corazon doliente
agostan del vivir la pobre ciencia;
del corazon, que gime tristemente
á través de su misera existencia;
del corazon, que ejerce eternamente
en el alma sensible su influencia;
del corazon, que cuanto mas avanza
vé desaparecer una esperanza.

Una esperanza, sí, tan solo en ella
confia el pensamiento acalorado,
una esperanza, que al nacer destella
un nuevo padecer siempre buscado;
una esperanza cual brillante estrella
que nos guia á un lugar descaminado;
una esperanza que al morir nos mata
si un desengaño cruel nos la arrebata.

Esta ilusion que existe en la memoria
con caractéres de oro refulgente;
esta mentira vaga é ilusoria
cual murmullo de nitida corriente;
esta ilusion; que forma nuestra gloria
y cesa de existir tan de repente;
esta ilusion; de nuestra vida entera
es la apacible y dulce primavera.

En esta primavera bendecida
mira el hombre nacer sus ilusiones;
anhela libertad, busca la vida
llena entonces de ricas sensaciones;
busca el amor, pasion desconocida
que agita nuestros tristes corazones;
busca riqueza, nombradia y gloria
para ocupar su página en la historia.

Pero vana ilusion, esta esperanza
que forma de la vida eden precioso,
mas desparece, cuanto mas avanza
para lograr el porvenir dichoso;
el dolor que la duda entonces lanza
de nada sirve al corazon ansioso;
si vé que una ilusion desaparece,
su esperanza es mayor; mas y mas crece.

Aquel que libertad soñó algun dia
en brazos del amor, perdióla entera;
que al pronunciar la fé con que queria,
contestóle pasion no verdadera;
la muger que adoraba, le mentia
con promesa de afecto lisonjera;
y el corazon del hombre, con su brío,
de amor y libertad quedó vacío.

Solo cual siempre, en su sepulcro helado
renegó veces mil de su existencia;
y en vez de verse ya desengañado
por el rayo de luz de la esperiencia,
en vez de no olvidar aquel *pasado*
quiere ver el *mañana* en su demencia.
Y á un desengaño que verdad le lanza
renace otra ilusion, otra esperanza.

De la existencia, esa es, la primavera
llena de amor y de fragantes flores;
amor que hace nacer una hechicera
del fingido matiz de sus colores,
y flores de color perecedera
que exhalan poco tiempo sus olores.
La primavera es pues, cual vaso lleno
que en su bello licor guarda el veneno.

La primavera es pérfida sirena
que engaña á los mortales con su canto;
es cual la impura y engañosa hiena
que lame con su lengua de amaranto;
es cual la adalia de primores llena
que con solo haspirar la engaña tanto;
la primavera que el amor inspira
es solo una ilusion, una mentira.

Si vivir sin esperar
se puede llamar vivir,
y si es posible gozar
sin ilusion que soñar,
mucho mejor es morir.

Si muere el cuerpo al dolor
quizá de un mes ó de un año,
es su suplicio menor;
que el alma pierde su flor
á través de un desengaño.

Al cuerpo vida le quita
una lenta enfermedad,
que en parte suya gravita;
pero el alma se marchita
descubriendo una verdad!

Y si en un corazon frio
que carece de bonanza
llega á posarse el estío,
queda del todo vacío
sin ilusion ni esperanza!

Y aparece muerta ya
la razon y el pensamiento;
pues deshojándose vá
la flor del alma que está
á los vaivenes del viento.

Que si una existencia hubiera
que ilusiones no contara
ni esperanzas poseyera
al instante sucumbiera
á un soplo que la matara.

Que á veces el corazon
avanza á la par que el dia
de esperanza y de ilusion.
El alma no viviria
sin afecto ó sin pasion.

Y nunca el hombre cansado
se mira de ilusion vana
ni se mira abandonado;
que siempre olvida el *pasado*
para buscar el *mañana*.

Que gozamos al soñar
y gozamos al sufrir;
sin cansarnos de esperar,
y mirando sin cesar
el oscuro porvenir.

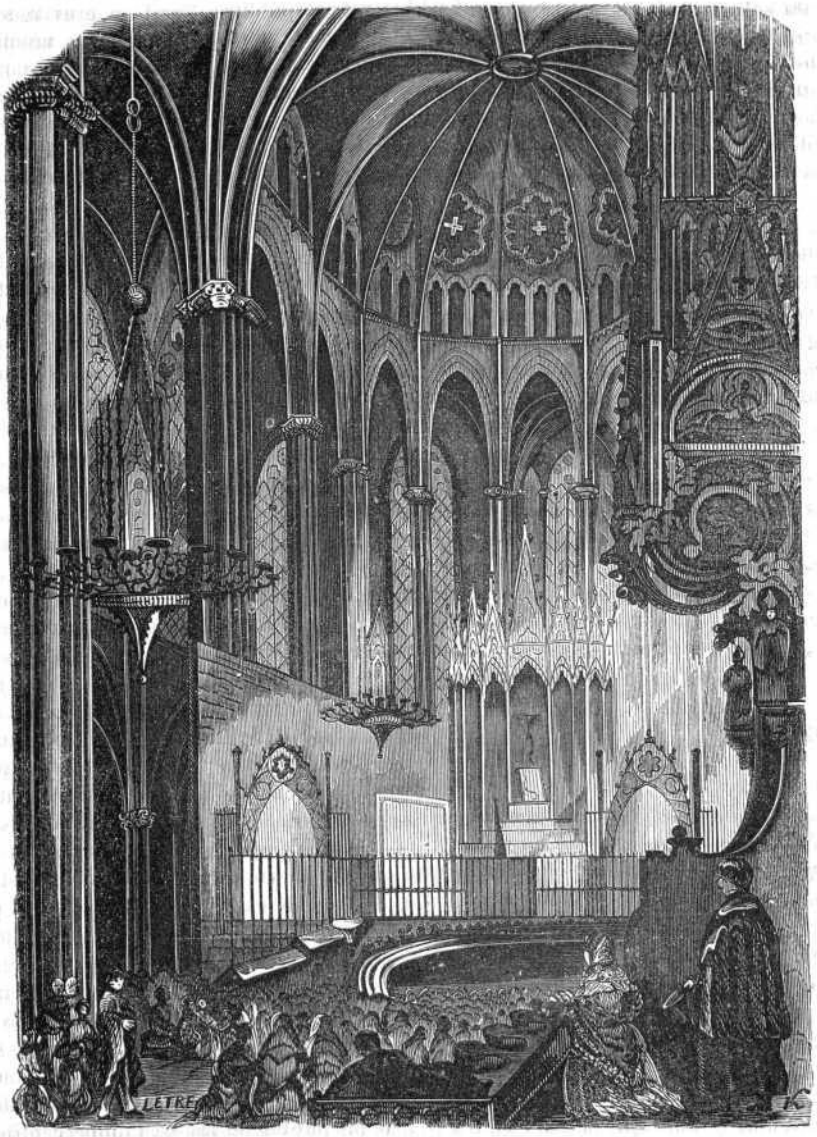
Que en esta primavera bendecida
mira el hombre nacer sus ilusiones
anhela libertad, busca la vida
llena entonces de ricas sensaciones;
busca el amor, pasion desconocida
que agita nuestros tristes corazones;
busca riqueza, nombradía y gloria
para ocupar su página en la historia.

Pero vana ilusion, esta locura
Que forma de la vida eden precioso,
desaparece mas, si se asegura
para lograr el porvenir dichoso,
que aunque la incertidumbre es harto dura
de nada sirve al corazon ansioso.
Que resta al corazon cuando ella avanza
tras cualquier desengaño, otra esperanza.

LUIS MARIANO DE LARRA.

(1) Insertamos con gusto esta notable composicion, con que se dá á conocer el hijo del infortunado *Figaro*, á la temprana edad de 17 años.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LA CATEDRAL DE BARCELONA.

La iglesia mayor de Sta. Cruz y Sta. Eulalia de Barcelona, pertenece á la arquitectura vulgarmente llamada gótica, y como su construccion duró tanto como el arte que la edificaba, al lado de la majestad, sencillez y elegancia de su primera época, ostenta los primores y costosas labores de fines del siglo XIV y principios del XV.

Existia ya en los primeros siglos de la iglesia, tal vez tambien con el nombre de Sta Cruz, que ha conservado, aunque despues de trasladadas á ella las reliquias de Sta. Eulalia, desde el sitio en que se encontraron, y que en el dia ocupa la iglesia de Sta. María del Mar, se llamó de Sta. Cruz y Sta. Eulalia; y en algun documento se encuentra titulada solamente catedral de Sta. Eulalia. Fué reedificada por Don Raimundo Berenguer I, llamado el Viejo, y su consorte la condesa doña Almodis, cuyos restos se hallan sepultados en dos urnas al lado de la puerta de la sacristía. Fué consagrada en 1058, y á fines del siglo XIII hubo de ensancharse por no corresponder su capacidad á la grandeza y número de habitantes, á que la capital habia llegado, con los progresos del comercio y residencia de los reyes de Aragon y de los magnates y nobles de la provincia. Empezó su fábrica en 1298 segun el estilo gótico, que á principios de aquel siglo se introdujo: la parte del testero hasta el coro y algo mas, quedó concluida en 1329, y en 1338 la capilla subterránea ó panteon en que se venera el

cuerpo de Santa Eulalia, patrona principal de la ciudad. Al año siguiente 1339 se colocaron en el panteon las reliquias de la Santa mártir, que desde 1329 se hallaban depositadas en la sacristía. Se hizo esta traslacion con tanta solemnidad que acaso no se ha visto mayor en otra funcion devota, á lo menos por la concurrencia de tantos y tan elevados personajes: entre ellos se contaban dos reyes, tres reinas, cuatro príncipes, dos princesas, un cardenal, siete obispos, doce abades mitrados, nueve magnates de Cataluña y sesenta y cuatro varones y nobles. Es este edificio uno de los pocos en que no sacrificó el arte al capricho.

Proporcionan la entrada diferentes puertas; la de la Inquisicion, obra preciosa aunque mas tosca que el interior del templo, la componen diferentes columnitas y lindas ojivas en degradacion, que ocultan las cuatro ó cinco gradas de jaspe que conducen al santuario; á cada uno de los lados, poco levantadas del suelo, se ven dos inscripciones: en la una de ellas se lee:

In nomine dom. nostri ad honorem Santae Trinitatis, Patris et Filii et Spiritus Sancti, ac Beatae Virginis Mariae et Santae Eulaliae Virginis et martiris Christi ac civis Barcinonae cujus num. corpus in ista requiescit sede: opus istius eclesiae fuit inceptum Kalendis maii anno Dom. MCCXCVIII regnante illustrissimo Dom. Jacobo rege Aragonum, Valentiae, Sardiniae Corsicae comiteque Barcinonae.

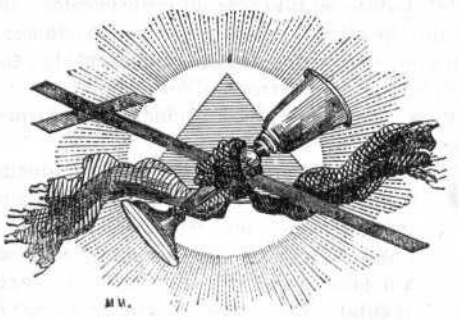
La otra inscripcion dice:

In nomine dom. nostri Jesu Christi Kalendis novembris anno dom. MCCCXXIX regnante Dmo Alfonso rege Aragonum Valentiae, Sardinae Corsicae ac comite Barcinonae. Opus istius sedes operatum ad laudem Dei et beatae Mariae Sanctae Sancteque Eulaliae.

Cerca de ambas inscripciones sobresalen algunos bajos relieves de muy tosca escultura, uno de los cuales representa un guerrero en lucha á punta de espada contra un formidable dragon, y otro del mismo lidiador introduciendo su cuchilla en las fauces de la fiera. De igual gusto, son otros pocos relieves que adornan la fachada, y tambien algunas figuras pulsando varios instrumentos que están á los dos lados de los puntos de la ojiva, pero son de buen gusto y bastante delicados por su graciosa y limpia escultura los tres cuerpecitos de estilo gótico que se levantan sobre la puerta. En la parte inferior del segundo aparecen pegados unos como asientos en los cuales falta la estátua que sin duda á cada uno de ellos corresponde, lo que prueba hallarse incompleta aquella fachada; el último cuerpo remata con un roseton que desdice del todo de la obra: sigue al muro de la puerta una de las dos hermosas torres del templo, cuya inmensa mole carga con tanta ligereza sobre los arcos de las dos puertas que están en las estremidades del crucero, que se puede decir apenas descansa sobre ellos, atrayéndose la admiracion de cuantos la observan, el atrevimiento del arquitecto que la ideó; se halla destinada á las horas, como lo demuestra la delicada estructura del último cuerpo de campanas; y consta además que en el año 1393 se fundió y subió á espensas de la ciudad la gran campana para el reló llamada Seny de las horas, sin duda porque con ella se señalaban las horas del dia, antes de la invencion y construccion de los relojes públicos. Tambien gravita sobre los mismos arcos la otra torre, que es mucho mas gruesa. A cada una de las torres se vé pegada otra torrecilla circular, que no demuestra menos limpieza en lo esterior por su bien labrada coronilla que en lo interior por su empinada escalera que conduce al piso superior del campanario. De mayor gusto que la fachada anterior es la de la Piedad, mucho mas sencilla, pero de trabajo mas delicado. La ojiva no puede ser mas graciosa; su remate terminado en punta esbelta aérea, es uno de los restos mas puros del goticismo. Acrecen su hermosura la bien trabajada cruz que cae perpendicular á la ojiva, los dos pilares que se levantan á los lados y la variedad de crestas y juguetes que la adornan. No corresponde á tanta belleza el bajo relieve que se descubre en el nicho que forma el arco, aunque no es malo. Mas rica en escultura es la puerta de San Severo, fachada preciosa en que se agotaron todos los encantos del siglo XV: no hay cosa en ella que no acredite el gusto de la época; tales son la ojiva, el dosel que cubre la corona de la Vírgen y el trasparente follage repartido por toda ella. Esta puerta conduce al claustro por cuatro ó cinco gradas de jaspe encarnado, donde se admiran multitud de bellezas por entre los árboles que dominan el muro: rodea el claustro una série de esbeltas columnitas que contienen ojivas preciosas que vienen á rematar en bien labrados capiteles, adornados de miles de figuritas que forman diversos y variados cuadros históricos del antiguo y nuevo testamento: algunas de aquellas por sus delicadas facciones y graciosos pliegues ostentan la historia de las artes. Fijan la atencion del inteligente la Adoracion de los Reyes en el segundo pilar, bajando de la puerta de San Olegario, frente de la puerta de San Severo la imágen de Jesus Nazareno, el lienzo de la pared media del claustro, la puerta de San Olegario, el sepulcro que le está inmediato de D. Ramon Desplá, y sobre todo la fachada de la sala capitular y otra inmediata por la delicada combinacion de las hojas anchas encrespadas, la limpieza de los pliegues y de las puntas de las casi imperceptibles arrugas y la propiedad de las formas. Junto á la última puerta de Santa Lucía está el acamuzado nicho del decantado Mosen Borras, quien por su ridículo ropage acredita haber sido bufon del rey D. Alonso III. La arquitectura del claustro es caprichosa; se advierte desigualdad en las ojivas, desproporcion entre estas y las capillas, y la mala colocacion de la fachada de Santa Lucía, pero destruyen esta impresion la hermosa glorieta de la fuente de las Ocas, que nada le iguala en sencillez y delicadeza; dos arcos grandiosos dentellados que cobijan una ancha pila poligona, en cuyo recinto figura un pequeño San Jorge armado de punta en blanco, caballero sobre un alazan que echa por su cuerpo ligeros chorros de agua y por los lados de la pila otros chorros mas gruesos; los arcos del mismo patio que presentan tanto número de reyes, obispos, frailes y monjes leyendo cada uno en su libro, y la majestuosa clave donde figura otro San Jorge hendiendo el cuento de

su lanza en la horrible fiera que destruye; y no mencionamos la fuente del Lavadero, inmediato al de las Ocas, ni el raro capricho de las gárgolas, de tigres, leones y ciervos, cuyos cuernos doblan muchachos atrevidos. Mayor fealdad que aquellos caprichos ofrece la puerta que conduce al santuario, atestada de mil necios y fútiles adornos, falta de gusto y aborto de un desmesurado trabajo, sustituido al elegante y en armonía con el resto del claustro que antes habia. Compónese el templo de tres naves, cuya armazon sostienen ocho pilares y los diez del ápside; en mitad del santuario se vé el coro: frente de este el presbiterio y debajo del presbiterio la capilla de Santa Eulalia, todo á cual mas bello y delicado. El tabernáculo mayor es magnífico por sus formas y sencillez; en él se ven colocadas en el mejor órden ojivas, doselitos y mil bordaduras caprichosas y bellas, y en el centro Jesucristo en la cruz, rematando el retablo en siete puntos altos iluminados por ventanas góticas. Cierran el tabernáculo diez gruesos pilares en semicírculo que forman nueve arcos semicirculares, cuyo friso contiene una graciosa galería trebolada que sirve de dosel. Entre los arcos de la galería salen doce estandartes que sirvieron de enseña en las guerras de este siglo. Grandes y rasgadas ventanas esparcen la luz alrededor del ápside cubiertas de cristales pintados con diversidad de figuras; se sube á este altar por una gradería dividida en dos tramos con sus barandillas ó pasamanos, una de las cuales sirve para el cabildo catedral y la otra para el cuerpo municipal, cuando concurre á las funciones.

(Concluirá.)



EL RESENTIMIENTO DE UN CONTRABANDISTA.

En el año de 1827 se dió comision á un comandante de caballeria, llamado D. Antonio Diaz Manrique, para reprimir el contrabando que infestaba la Serrania de Ronda. Habia llegado á tal punto el escándalo que el gobierno creyó que solo á fuerza de terror podria ponerse coto á los desmanes que sin interrupcion se sucedian. Destacamentos de soldados ocuparon casi todos los pueblos: publicóse un bando nombrando una comision militar para juzgar los delitos de contrabando, autorizando al presidente para hacer ejecutar la sentencia ó suspenderla hasta consultar con el ministerio. A mediados de Julio de aquel año estaba el comandante D. Antonio Diaz Manrique en su casa, cuando le trageron á firmar una sentencia de fusilamiento.

—¿Qué es esto? preguntó al ayudante.

—La ejecucion del contrabandista Andres Bueno, á quien hace dos horas cogió un sargento en el monte.

—¿Adonde iba?

—El dice que á ver á un hermano suyo el contramaestre de una goleta que llegó hace poco á Cádiz: pero todo el mundo sabe que fué el que introdujo la carga de tabaco que aprehendimos en el camino de Málaga. ¿Se le fusila?

—Bien. Traiga V. Cogió el papel y firmó.

Cuando hubo quedado solo, el oficial reflexionando sobre lo que acababa de pasar, no tardó en arrepentirse de haber condenado tan ligeramente á un hombre, tal vez inocente. Levantóse, pues, y salió para hacer que se sobreseyese á la ejecucion, pero no habia andado veinte pasos cuando oyó una descarga de fusilería. Un momento despues se encontró junto al cadáver inanimado de su víctima. Era un jóven de alta estatura, de buen semblante: sus vestidos eran los que acostumbran á usar los majos de Andalucía. Despues de haberle considerado un instante, el oficial se retiró lleno de remordimientos.

Entre los espectadores de esta escena horrorosa se hallaba el hermano de Andrés Bueno. Terminada la ejecucion, se fué á casa de la viuda del muerto, profiriendo palabras de venganza contra los matadores. Apenas habia entrado cuando llamaron á la puerta.

Es el señor cura, dijo uno de los niños que habia salido á abrir.

Al penetrar en la casa halló el clérigo al contramaestre ocupado en limpiar una pistola de cazoleta, mientras los dos hijos mayores del muerto fundian en una sarten un poco de plomo para hacer balas. En cuanto á la pobre viuda, estaba sentada en una silla, cerca del fogon, mirando con secos ojos los preparativos se hacian á su lado.

—¿Es una muerte lo que vá V. á hacer? Dijo el cura con voz severa, dirigiéndose al hermano de Andrés Bueno.

—Han matado á mi hermano á sangre fria, á mi hermano inocente, respondió el marino continuando en su preparacion del arma enmohecida que tenia en la mano.

—Los pensamientos de venganza deben ser rechazados del corazon de un cristiano, dijo el sacerdote. Dios prohibe derramar sangre. Déjele V. el cuidado de matar al culpable: eternos remordimiento en esta vida y un eterno castigo en la otra harán justicia de los crímenes cometidos en la tierra.

Continuó largo rato en este tono. El marino tan pronto alzaba la cabeza, como la bajaba en señal de asentimiento. De cuando en cuando hacia una corta observacion. Sin embargo, al fin pareció que las palabras del cura le hacian impresion: interrumpió su trabajo, reflexionó un instante, y dijo de repente: Creo efectivamente que tiene V. razon, señor

cura: su conciencia me vengará; prometo no levantar la mano para derramar su sangre.

En la tarde de aquel mismo dia reflexionaba dolorosamente el comandante sobre el acontecimiento de la mañana, cuando se precipitó su asistente en su cuarto con palidez en el semblante y la mayor alteracion en la fisonomía. Remitióle una carta con oblea negra que contenia únicamente estas palabras:

«Andrés Bueno ha muerto el 13 de Julio de 1827.

El comandante don Antonio Diaz Manrique morirá el 13 de Julio de 1828. Doce meses.»

Seguia una firma completamente ininteligible.

—¿Quién te ha dado esta carta? preguntó el comandante,

—Andrés Bueno, respondió el asistente con voz alterada.

—Andrés Bueno murió, majadero.

—He asistido á su ejecucion y estaba presente cuando fué arrojado en la zanja del cementerio su cadáver, replicó el asistente; pero aunque supiera que me iba á llamar Dios á dar cuenta de mis palabras, juraria que él mismo ha sido el portador de esta carta.

Diaz Manrique no era supersticioso: esta carta misteriosa le inspiró sin embargo algunas inquietudes que se disiparon con el tiempo: quince dias despues ni pensaba ya en semejante cosa. El 13 de Agosto se hallaba en Málaga, y entró su patrona en su habitacion á darle una carta que le habia sido entregada por un hombre alto y pálido. Esta carta era completamante igual á la primera, menos en que el número de los meses estaba reducido á once. Diaz Manrique, al leer este segundo billete, sintió despertarse sus temores: volviéronle mas punzantes que nunca sus remordimientos, y los gritos de su conciencia culpable empezaron á persuadirle de que habia algo sobrenatural en este acontecimiento. A nadie habia dado parte de su viaje á Málaga, á donde habia llegado la noche antes: ¿qué persona en el mundo habia podido adivinar así sus intenciones y encontrarle en el momento dado? Una inquietud vaga, pero continua, se apoderó de él; el apetito y el sueño le abandonaron. Trató de distraer sus sufrimientos lanzándose en el torbellino de los placeres, pero nada pudo divertir sus pensamientos sombríos: la pena moral que le abrumaba le seguia por do quiera.

El 13 de Setiembre se hallaba en la mesa, rodeado de antiguos amigos y á punto de brindar por una señora, cuando un criado le puso en la mano una carta cerrada con oblea negra. Quedóse sin color al recibirla y cayó en su silla sin pronunciar una sola palabra: un momento despues, fingió una indisposicion repentina y salió del aposento. Por la mañana dejó á Málaga para ir, segun dijo, á cazar en un soto: un solo criado le acompañó.

Ninguna idea de placer ó de diversion traia á Diaz Manrique á aquellos desiertos; habia llegado al punto de considerar toda clase de dicha ó de goce como un sueño de tiempos pasados que no habia de volver: todo lo que podia esperar ya era un alivio parcial, el olvido momentáneo de sus males; buscóle en las fatigas del cuerpo y en la actividad de la vida de los campos. Pero el recuerdo del fusilamiento fatal no le dejó un instante, una fantasma sangrienta estaba á su lado sin cesar, sus miradas la hallaban en todas partes. El mes de Setiembre pasó de esta manera.

Pasaron tambien otros. Un dia que Diaz Manrique volviendo de una larga escursion por el monte, se hallaba muy fatigado, pasó por un estrecho sendero que costeaba un arroyuelo. A una vuelta que hacia el camino, vió repentinamente á un hombre que de pié en una colina, designaba con la mano un peñasco cerca del cual habia de pasar. Diaz Manrique consideró atentamente la figura de ese hombre; sus facciones eran las de Andrés Bueno. Los cabellos del comandante se erizaron en su cabeza: helóse su sangre: su mano, por un movimiento maquinal levantó la escopeta é hizo fuego. Una sonrisa de desprecio pasó por los lábios de Bueno, que sin hacer el mas ligero movimiento, continuó señalándole el peñasco. Algunos segundos despues desapareció como por encantamiento. Al acercarse al sitio designado, Diaz Manrique halló una carta; le anunciaba que solo le faltaban seis meses de vida.

Desde la aparicion, no dudó ya el comandante que habia algo sobrehumano en su misteriosa aventura, sus temores, sus sufrimientos redoblaron, y vió llegar con espanto mortal el fatal dia en que debia traerle carta nueva.

Lució al fin este dia pero nada estraordinario sucedió á Diaz Manrique, quien vió acercarse la noche sin haber recibido carta: esta circunstancia le hizo esperar que el encanto estaba ya quizá roto. Volvia pues lleno de alegría á su habitacion cuando al intentar pasar sobre un puentecillo solitario, halló un hombre que parecia querer disputarle el paso. Al llegar á él reconocióle: era un viejo cuyo hijo mayor habia ido á presidio por contrabandista: su casa habia sido registrada y decomisado cuanto contenia: habia quedado en la mayor miseria. Suplicóle Diaz Manrique le hiciese lugar: pero el otro sin moverse le miró de hito en hito y le dijo: «Esperaba á usted.»

—¿Me esperaba V. respondió el comandante; nada tengo que ver con los defraudadores de la real hacienda, y con los pícaros.

—V. es un cobarde: tenga V. cuidado con lo que dice.

Diaz Manrique se puso colorado.

—Nunca me ha insultado nadie impunemente, esclamó: elija V. una de esas pistolas, y defiéndase.

—¿Y para qué? replicó el viejo: todo cuanto amaba en el mundo me ha sido arrebatado á sangre fria por V. la vida que paso es triste, y tengo que buscar mi subsistencia. Nunca he cogido una pistola, aunque he manejado bien la escopeta, pero ciertamente le mataria á V. si quisiese, porque le llevo ventaja. La mano del asesino está temblando siempre.

—¿Pues qué, tiembla mi mano? dijo Diaz Manrique en un arrebato de cólera.

El viejo se sonrió desdeñosamente, sacó un papel del bolsillo de su chaqueta, y presentándole á Diaz Manrique «tenga V. lo que me han encargado que le entregue, le dijo con afectada calma. Y bien. ¿Su mano de V. no tiembla ahora?

Diaz Manrique no tardó en reconocer aquella carta. Flaquearon sus rodillas y se desmayó. Cuando recobró el sentido, habia desaparecido el viejo: pero vió á alguna distancia la sombría cara de Bueno que le miraba fijamente.

Largo fuera contar todas las tentativas que hizo

Diaz Marique para librarse de su perseguidor y consolar los siniestros pensamientos que le aquejaban. Recorrió casi toda la Andalucía sin poder evitar las cartas fatales que llegaban regularmente el 13 de cada mes, á pesar del cuidado que tomaba de ocultarse á los ojos de todos.

En esta estremidad tomó la resolucion de espatriarse y de retirarse á Lisboa en casa de una hermana casada, hacia ya algunos años, con un comerciante portugués. Embarcóse en Cádiz en una goleta mercante, y se sintió libre de un gran peso al perder de vista las costas de España.

Durante aquella noche empezó á alborotarse la mar, y poco despues una tempestad declarada vino á poner en grave peligro al buque. Diaz Manrique habia subido al puente y miraba á los marineros que amainaban las velas del palo mayor al tiempo que, á la luz de un relámpago, vió al mismo Bueno que mandaba la maniobra, y que al pasar dejó caer junto á él una carta cerrada con oblea negra, bajando al momento por la escalera de la escotilla. Imposible es decir la agonía que sintió el desgraciado fugitivo. Comprendió entonces que todo estaba acabado en el mundo para él, que ninguna esperanza le quedaba y su corazon se estrelló en un sentimiento horrible de desesperacion.



Cuando llegó á casa de su hermana, apenas pudo esta reconocerle, tan mudado estaba. Lívida palidez cubria su semblante: consumíale ardiente calentura: en vez del jóven alegre, que habia conocido en otro tiempo, encontraba un hombre viejo antes de la edad natural, triste, inquieto, que apenas hablaba, que nunca sonreia. Pesarosa tanto como asombrada de tal trasformacion, preguntó muchas veces á Diaz Manrique, pero este se negaba siempre á responder, y pasaron muchas semanas antes que pudiese saber nada. Al fin un dia que se paseaba por junto al teatro de San Cárlos, su hermana le instó para que le hiciese conocer la causa del estado en que le veia. Diaz Manrique guardó silencio. Si son remordimientos lo que te atormenta, le dijo ella, lo mejor que puedes hacer es buscar los consejos de la religion.

—¡Ah! dijo Diaz Manrique con amargura: no puedo rezar, tampoco tengo este consuelo. Solo un dia me falta que pasar en el mundo y mi perseguidor me sigue paso á paso: esta tarde á las cinco, seré tan solo un cadáver, y sin embargo no puedo rezar porque mi ánimo está siempre distraido. Mira, mírale allí, dijo temblando convulsivamente y señalando á un hombre que caminaba lentamente por la acera opuesta.

Fué necesario llevar á Diaz Manrique á casa de su cuñado, estaba tan débil que apenas podia sostenerse. La hermana, persuadida de que la imaginacion tenia mucha parte en su enfermedad, hizo colocar enfrente de su cama un reló que habia adelantado mas de media hora. A medida que se acercaba el instante fatal, el estado del enfermo empeoraba gradualmente; pero cuando el reló dió las cinco, recobró alguna fuerza, y empezó á concebirse alguna esperanza. En este momento sonaron pasos en el cuarto vecino, abrióse con estrépiio una puerta y dió entrada á un hombre que se acercó á la cama. Diaz Manrique levantóse y se sentó, arrojó una mirada sobre el forastero y volvió á caer muerto en la almohada.

Era el hermano de Andrés Bueno.

—¿Qué viene V. á hacer aquí? dijo irritado el negociante.

—Soy el contramaestre de la goleta en que vino el señor don Antonio: nos volvemos, y me llegaba á saber si queria alguna cosa para Cádiz ó para Ronda.

JUAN MANUEL AZARA.

EL FRAC.

¡Maldita sea amen esa vestimenta á que damos el nombre de frac! Oigan vds. lo que acaba de sucederme.

Yo, que ignoro á que se reduce ese bicho á quien todos llaman amor, estoy sin embargo perdidamente enamorado de la hermosa y sin par DOÑA ELLA, nombre que como ven mis lectores se puede revelar sin peligro. Tres años há que la adoro, y tres que aspiro á su mano sin esperanza de lograrla jamás. Eso consiste en que hace tres años tambien, estoy pretendiendo alguna cosilla, porque á decir verdad carezco de una posicion social; y como la cosilla no viene; y como por otra parte no es prudente casarse sin haber asegurado de antemano los medios de subvenir á la subsistencia de mi futura con todas sus consecuencias, me estoy así como el diablo lo quiere, soltero y pretendiente de amor. Con esto y con el aire que sopla, seguro estoy de criar barriga.

Ella me ama con delirio, con frenesí, sin que en los tres años susodichos me haya dado el mas pequeño motivo de queja. Esperando, como yo la venida del Mesias, esto es, la pícara posicion social, ni piensa en comprometerse con otro, ni aun siquiera ha soñado en interpelarme por la tardanza de nuestro himeneo. Ten paciencia, querida mia, la digo yo: de hoy á mañana voy á conseguir la posicion á que aspiro. *Ella*, que es un ángel bajado del cielo, me escucha con la boca abierta. Vamos ahora á lo del frac.

Mi amada tiene una amiga, la cual le propuso una de las noches pasadas ir á un magnífico baile, y *Ella* aceptó la invitacion sin consultarme antes. ¡Cómo! le dije yo cuando lo supe: ¿te has comprometido á salir sin contar conmigo, y sobre todo, sin saber si el convite era de mi gusto?

—¿Y has podido figurarte, me contestó que no he contado contigo. ¿Sin tí habia yo de ir á un baile? Toma; ahí tienes tu correspondiente billete.



—Veo que en efecto no me has olvidado, y te pido perdon por mi tonteria; pero no obstante, ¿sabes tú si me place que vayas á una reunion donde hay tantos elegantes que te sacarán á bailar, mientras yo que no sé mover los pies, estaré rabiando de celos?

—Es preciso que te resignes, querido mio: yo no voy allá por bailar: voy únicamente por relacionarte con el amo de la casa.

—¿Y para que quiero semejante relacion?

—Escucha. ¿No aspiras á una posicion social?

—Y que tiene que ver eso con...

—Déjame acabar y ten flema. El mencionado sugeto es un hombre influyente en la corte, y sus conexiones pueden serte muy útiles porque puede alcanzarte un destino, y no es cosa de perder la ocasion. Mi amiga, que es muger que lo entiende, me ha sugerido esta idea, diciéndome que contribuiria por su parte á hacerte propicio á su primo, porque has de saber que el baron de X es primo suyo, y el mismo en cuya casa se verifica el baile. Esta ha sido la única razon que me ha decidido á ir.

—Eres un ángel, la dije, estrechándola entre mis brazos. Apruebo tu plan, querida mia. ¿Cómo era posible que dejases de pensar lo mejor?

—Entretanto, es preciso que vayas á vestirte, porque son las ocho y media y el baile comienza á las diez.

—Antes de media hora estoy de vuelta, la dije; y dándola un segundo abrazo mas tierno y mas estrecho que el primero, me dirijí á mi casa con la prjesa que es de inferir en un hombre aguijoneado por dos estímulos tan poderosos como son el amor y el deseo de salir de pretendiente.

¡Patrona! esclamé desde la escalera: venga mi frac inmediatamente, venga mi camisa de holanda (porque es de saber que tengo una por lo que pueda ocurrir, aunque la pobrecilla me dice con bastante claridad que se está acabando por puntos); vengan mi chaleco y mis botas, y mi sombrero, y mis guantes, y mi corbata y demas; y que sea luego, porque estoy de baile esta noche.

—¡De baile! esclamó la vieja: ¿cómo es eso, señor DON?.....

—No puedo detenerme á contestar: estoy de baile, y cuando lo estoy, mis razones tendré para ello. Ea! venga inmediatamente mi ropa, que traigo una priesa que me lleva el diablo.

—El caso es que la camisa no está planchada todavia...

Malediction sur le chemise! Venga pues cualquiera de mis camisolines, porque voto á...

—Cualquiera de sus camisolines!... ¿Acaso tiene vd. mas que dos?

—No me venga vd. con indirectas, patrona.

—Y tampoco tiene vd. mas que un chaleco.

—Repito que no me venga vd. con indirectas. Cada uno tiene lo que le dá la gana.

Yo no me meto en eso; pero tambien es fuerte cosa que siempre que le ocurre un apuro, me haya de venir vd. con esas prisas. Si tuviera vd. quita y pon, podria una tener arregladas las cosas, y no que así.... Los que solo tienen un chaleco, no debieran ir nunca al baile.

—Si no cierra vd. esa boca, la echo á vd. por el balcon.

—¡Qué genio tiene hoy el señorito! Pero es el caso que no he podido dar todavia una puntada en el frac, y como no tiene vd. quita y pon...

Al llegar aquí no pude contener mi furia, y cogiendo el belon, hice ademan de tirárselo á la cabeza, en nombre de toda la turba elegante que se halla en el mismo caso que yo. Callóse entonces mi patrona, y aunque no con la celeridad que yo queria, dejóme corrientes todos mis atavios, y vestíme lo mejor que pude. Cuando acabé de arreglarme, eran ya las diez menos cuarto.—¡Las diez menos cuarto! Y yo que habia prometido á mi amada ir á buscarla antes de media hora!! Vamos, vamos, patrona: alúmbreme vd. inmediatamente: por la primera vez de mi vida me ha hecho vd. faltar á mi exactitud proverbial. Menéese y repito; que el baile comienza á las diez.

Tal era el azoramiento con que yo decia estas palabras, y tal la precipitacion con que me dirijí á la escalera, que sin advertir lo que hacia y atendiendo solo á ponerme en la calle, cometí la torpeza de acariciar un clavo que estaba fijado en una de la paredes del pasillo, y sin saber como ni como no, quedé enganchado del bolsillo del lado izquierdo del frac, bien así como el banderillero á quien el toro clavase una de las suyas por el sobaco. Mi frac no pudo resistir á tal prueba; y abriendo un palmo de boca acabó por dejar en el clavo un trozo razonable de sí mismo, sin tener siquiera la caridad de sostenerme para que no cayera de bruces. Mi patrona que venia detrás alumbrándome, no sabiendo á qué atribuir aquel azar endemoniado, tropezó con mi elegante persona que estaba tendida en el suelo y dijo ay! y encajóme encima el belon rociándome la espalda con dos cuartillos de aceite. El mismo demonio no podia discurrir otro tanto. Adios sesion, adios baile! Levantéme del suelo echando venablos por aquella boca, es decir, por la mia, que la del frac no hablaba una pala-

bra. Cuando acababa de ponerme en pié, salia ya la patrona con una luz, diciendo todavia ay! ay! ay!—Quítese vd. de mi presencia, le dije y vaya vd. al infierno.—Obedeció sin chistar, y yo con el nuevo beton en la mano me dirijí á la alcoba. Mudéme la ropa de pies á cabeza, salvo la camisa que por una especie de milagro no padeció la menor averia. Al pantalon negro sustituí otro de color, y al malhadado frac la levita ó el levita, que todavia no sé si es macho ó hembra.—Ya que no me sea posible ir al baile, iré á escusarme á lo menos. ¿Qué dirá *Ella* al ver mi tardanza? Pero yo se lo confesaré todo, y hará justicia á su amado.—Hechas estas reflexiones, tomé la puerta. La patrona estaba en el paso y miraba el suelo diciendo: no ha sido poca fortuna! ni una sola baldosa se ha manchado.—Grandísima bruja, la dije: quite vd. ese pedazo de frac que se ha quedado en el clavo, y que no le vuelva yo á ver.—Espere vd. me respondió, que le haré luz.—Vaya vd. con dos mil demonios, la contesté: no necesito que nadie me alumbre.—Y salí á la calle con una priesa que parecia que me llevaba el diablo.

Cuando llegué á casa de mi amada, me dijeron que cansada de esperar se habia dirigido á la mia, en union con su amiga y un hermano de esta que con arreglo á lo convenido la habian ido á buscar con el coche del Baron de X. Oir esto, y echar á andar otra vez, todo fué obra de un momento. *Ella* y yo habitamos en dos estremos de Madrid; así es que por mucha priesa que me diese no me era posible llegar á casa sin emplear media hora en el camino. Llegué por fin hijadeando, y cuando pregunté á mi patrona si habia venido un coche á buscarme, me contestó que sí, pero que habiendo ella dicho á los que dentro venian que habia yo salido de casa, se volvieron por el mismo camino que habian traido. —¿Y por qué no les dijo vd. que se esperasen? le pregunté enojado.—¿Acaso, contestó mi patrona, me encargó vd. que se lo dijese?—La observacion era justísima y no repliqué, mas no por eso dejé de preguntarle qué clase de gente era la que habia venido en el coche.—¡Alabo la serenidad! me dijo la vieja: ¿he de saberlo yo si vd. no lo sabe? —Yo me entiendo, patrona. Me han dicho que eran dos damas y un jóven que venia con ellas.—Sí señor, eso es: y por cierto que el jovencillo se mostraba afectuoso con una de ellas.—¿Qué es lo que dice vd...?—Yo! nada; que si las señas no mienten deben estar perdidamente enamorados.—¡Virgen del Tremedal! Ah! dígame vd. patrona.... la dama de quien vd. habla ¿qué señas venia á tener? ¿Era alta, delgadita, un si es no es descolorida...?—Puntualmente: alta, delgada, un si es no es descolorida, lo mismo poco mas ó enos que la otra.—Ah, no, no! vd. se equivoca: la otra no es tan bella, la otra no vale un comino á su lado. —Eso es lo que le iba á decir á vd.: aunque las dos son iguales, la que vd. dice es mucho mejor que la otra.... si por cierto; infinitamente mejor.—Patrona. vd. miente: si era tan bella como vd. dice, es imposible que se mostrase tan afectuosa con ese jéven: sería la otra, y no ella.—Yo le diré á vd., bien puede ser que fuese la otra, porque como las dos son tan parecidas...—¿Y cómo habia de ser la otra, siendo hermana de ese jovencillo? No señora: la que vd. dice es la primera, la mas bella de las dos: los hermanos no se quieren así.—¿Sabe vd. señor *Don*, que no entiendo una palabra de lo que vd. me dice? —Ni yo un solo acento de esa maldita charla. ¡Que no se la lleve á vd. el demonio!

Y diciendo esto, volví á bajar la escalera, llena el alma de celos y desesperacion. Las señas que la patrona me habia dado, no eran á la verdad para tanto; pero ¿qué quieren vds.? Por mucho menos que eso se han ahorcado mas de cuatro.

Héteme otra vez cruzando á Madrid, y otra vez llamando á la puerta de la que entonces apellidaba yo ingrata, y aleve y fementida, con los demás epítetos que ocurren en tales casos.

—¿Ha vuelto el coche? pregunté con tono desabrido.

—Sí señor! me contestaron desde el balcon: pero hace ya media hora que han marchado al baile.

—Al baile!

—Sí señor! Como no le han encontrado á vd. en casa, y como su patrona de vd. les dijo que se habia vd. dirijido á casa del baron de X, han dicho para sí: vamos allá.... y se han ido.

—Pero no les han dicho que he estado aquí?

—Sí señor, me contestó la voz que me hablaba desde el balcon; pero como vd. se ha marchado inmediatamente, y como no ha dicho vd. donde iba, hemos creido todos que no podia ser sino al baile, y...

—Maldito sea el baile, y mi patrona, y el coche, y la voz que acaba de hablarme!

Dije: y sin detenerme un momento, me dirijí á casa del baron. Aquí hay complot, no hay remedio: los pérfidos estan interesados en que no nos reunamos esta noche... pero se llevan chasco. ¿Creen acaso que no tendré valor para presentarme en la sala por ser un desconocido? Se han engañado: han cometido la imprudencia de dejar el billete en mi poder, y con el billete tengo entrada abierta. Hoy vá á suceder una catástrofe.

Tales eran las reflexiones que iba yo haciendo conmigo mismo, sudando la gota tan gorda. Sonaron en esto las doce, y dos minutos despues estaba yo subiendo la magnífica escalera de la casa del baron. Dos horas se me habian pasado andando y desandando calles, hecho un azacan. *Malediction sur le frac!* Toda la culpa la tenia él; pero aun falta lo mejor.

Cuando concluí de subir la escalera, juzgué oportuno detenerme un momento para dar lugar á serenarme, pues era tal la agitacion que reinaba en mi rostro, que me era imposible entrar en el salon sin llamar la atencion de las gentes. Descansé pues unos cuantos minutos.... pero digo mal, porque mi descanso fué un suplicio contínuo. La música desgarraba mis oidos, y la alegría que reinaba en el salon era una tortura para mí. La pérfida estaba bailando, mientras yo me consumia de rabia.

No pude sobrellevar un tormento tan áspero, y así, haciendo un esfuerzo sobre mí mismo, arreglémе el pelo lo mejor que pude, limpiéme el polvo de las botas, y acabé de enjugarme el sudor. Dí mi billete en la puerta, y entré en la antesala afectando toda la serenidad posible. Allí encontré varios conocidos y amigos á quienes ni siquiera saludé. No dejaron ellos de pasmarse al verme en su compañía. ¡Aquí don fulano! dijeron algunos: ¿qué santo le trae por aquí?... Qué diablo, diriais mas bien, refunfuñé entre dientes; y sin dirigirles una sola mirada, me

encaminé al salon. Pero ¡oh desventura! ¡oh desdicha! Los introductores que estaban en la puerta, me dicen, pidiéndome mil perdones, que les es imposible permitirme la entrada.

—¿Cómo es eso? les dije alterado.

—Caballero, lo sentimos mucho; pero tal es la orden, y no podemos contravenir á ella.

—Eso es una broma, señores, soy un convidado como los demás, y....

—No lo dudamos, puesto que ha llegado vd. hastaaquí; pero viene vd. de levita y ese no es traje de sociedad.

Si.... en efecto.... es verdad.... pero.... ya ven vds.... cada uno va con.... quiero decir.... como uno tiene tantas distracciones se me ha pasado por alto ponerme el frac y.... esto no quiere decir que vds.... en fin.... la etiqueta lo exije, y por lo demas....

No pude concluir: las palabras salian truncadas de mi boca y no era posible coordinar una mala respuesta. Todo era representárseme mi frac colgado del clavo, la patrona encajándome el belon encima y sobre todo aquellas malditas espresiones: *los que no tienen quita y pon no debieran ir nunca al baile.*

¿Pero cómo sufrir el tormento de permanecer en la antesala mientras *Ella* estaba danzando en compañía de mi rival? Lo primero que me ocurrió fué llamar á la ingrata, pero esto no me satisfacia, porque era mejor sorprenderlos cuando mas embebecidos estuviesen. Hacer salir á mi rival no me placia tampoco: ¿qué pruebas tenia yo de su traicion? Las señas que la patrona me habia dado eran tan equívocas, que hasta desengañarme no era prudente habérmelas tiesas con él. Era preciso, pues, penetrar á toda costa en el salon; ¿pero cómo verificarlo?

Mientras mi imaginacion iba discurriendo y combinando mil medios diferentes, los amigos y conocidos que tenia en la antesala la desampararon completamente y se dirigieron adentro, no sin reirse de mi murria cuando pasaron por delante de mí. Tras ellos siguieron los demas que habian salido á fumar un cigarro, siendo el motivo de aquella desercion haber comenzado la música á tocar un vals, en el cual querian tomar todos parte. Quedéme solo pues, pero esta soledad duró poco. Un jóven como de edad de 18 á 20 años entró en la antesala con un bulto debajo del brazo, no sin alguna oposicion por parte de los que estaban en la puerta, los cuales dirigiéndome una mirada le permitieron entrar.

—Caballero, me dijo el recien venido dirigiéndome la palabra en voz baja. He visto desde la escalera que no le han permititido á vd. entrar en el salon por la sencilla razon de no venir en traje de etiqueta.

—¿Qué tenemos con eso? le dije con acritud admirado de aquella familiaridad.

—Diré á vd., me contestó: yo vivo en la boardilla de arriba, y soy aprendiz de sastre, y traigo aquí dentro de este pañuelo un frac que le ha de venir á vd. pintado. Es un frac que me ha entregado mi amo esta noche para llevárselo mañana á su dueño, y si vd. me diera una pequeña gratificacion, no tendria inconveniente en prestárselo á vd. un par de horas.

—¡Jóven providencial! le dije: el cielo te ha traido aquí. No sabes el favor que me haces. Pero, ¿y si el frac no me viene bien?

—Nada le cuesta á vd. probárselo, me contestó: entremos en ese saloncillo inmediato, y....

—¿Pero qué dirán los que están en la puerta cuando me vean ponerme un frac que no es mio?

—No le dé á vd. cuidado; todo lo he previsto y he ocurrido á todos los inconvenientes: los he dicho que era vd. mi amo y que venia á traerle el frac.

—¡Admirablemente! le dije: y entrando en el saloncillo me quité la levita y me puse el frac que me sentaba divinamente. El á la verdad estaba bastante raido pero aunque inferior á mi levita por lo que respeta al paño, era superior á ella en aquella ocasion, puesto que me proporcionaba lo que tanto apetecia.

—Espérame aquí, dije al muchacho, poniéndole un napoleon en la mano y dejando en su poder mi levita: dentro de media hora á lo mas estoy de vuelta.

Dije, y entré en el salon. ¡Ay de la ingrata si por desdicha suya la encuentro mano sobre mano con mi aborrecido rival! ¡Ay de mi rival si noto en él la menor señal de haberle merecido el mas pequeño favor!

Tales eran mis ínfulas, mientras iba corriendo por la sala. Mis ojos buscaban con avidez á los que tan mal rato me daban: cuantas señoras veia, me parecian altas, descoloridas y esbeltas: cuantos jóvenes acertaba á descubrir eran para mí otros tantos rivales. Mi vista, corta de suyo, lo era mas aquella maldita noche, en que la nublaban los celos. Y sin embargo ni dí con mi amada, ni con su amiga, ni con el hermano de su amiga. Pregunté por las damas, y me contestaron que no habian parecido por allí, y que el único que habia estado era el que yo creia mi rival, y esto con el solo objeto de decir que no esperasen ni á su hermana, ni á su amiga, por hallarse indispuesta la última.

¡Malditos celos! esclamé interiormente. ¿Es posible que haya podido sospechar de la fidelidad de mi amada? Ella se ha abstenido de venir por la sola razon de no acompañarla yo, y siendo mia la culpa me he atrevido á dudar de su cariño! ¡Ah! yo la pediré mil perdones.

Dicho esto, y sin detenerme ni aun á saludar al baron, me dirijí fuera de la sala, al mismo tiempo que uno á quien yo no conocia entraba por la puerta en mangas de camisa.

—Ya he recobrado mi frac! esclamó, agarrándome por el cuello. Mi frac, el frac que acaban de robarme en la calle....! he recobrado mi frac.

Juzguen mis lectores cual me quedaria yo al oir semejante exabrupto. Todos los concurrentes se agruparon en torno nuestro, siendo mi posicion la mas graciosa del mundo. Yo llamaba como un desesperado al pretendido aprendiz de sastre, el pilluelo que me habia traido el frac, pero en vano. El tuno habia desaparecido. No era eso lo peor, sino que me habia llevado la levita. Cuando las gentes supieron el chiste, chiste que me ví en precision de confesar, no podian tenerse de risa. El despojado era el hijo del Baron que venia de otra tertulia, y acababa de ser acometido por tres hombres, que en union con el aprendiz de sastre, le aliviaron del peso del frac, amen del dinero y reloj.

Mis celos habian sido infundados, puesto que mi querida se habia negado á ir al baile, viendo que yo no la acompañaba. *Malediction sur le frac!* Una, dos y tres veces *Malediction sur le frac!!!!!!!!!*

D. Y.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LA SEMANA SANTA.

En el corto período de ocho dias se reasumen los mas altos misterios del cristianismo; el primero y el último recuerdan los triunfos del Redentor.

El domingo de Ramos Jesus entra en Jerusalen como un monarca en su capital, en medio de las aclamaciones de un pueblo que en su ardiente entusiasmo alfombra con flores el camino que atraviesa este rey de Sion. El dia de la Resurreccion es un vencedor que sale de la tumba y se burla de la muerte. La iglesia ha consagrado con aniversarios escenas tan interesantes de esta parte de la historia evangélica, y ha dado el nombre de *Santa ó Mayor* á la semana destinada á perpetuar su recuerdo.

Comienza con el domingo de Ramos. En este dia, para recordar la entrada triunfante de Jesucristo en la ciudad de Jerusalen, se celebra una procesion en que se llevan ramos bendecidos antes de la ceremonia; al regreso las puertas de la iglesia se hallan cerradas. El celebrante llama á ellas tres veces con el asta de la cruz diciendo: «Príncipes, abrid; puertas cerradas, abrios, y el rey de la gloria entrará.» La parte del coro, que se halla en el interior, pregunta «¿Quién es ese rey de la gloria?» Los de afuera replican: «Es el Señor fuerte y poderoso en el combate:» tres veces se repite la misma pregunta é igual respuesta; y las puertas se abren al fin.

En Rusia la procesion de las palmas es mas dramática, si nos es dado emplear este término hablando de una ceremonia católica. En un carro llevan un grande árbol cargado de manzanas, higos y racimos. Cuatro niños vestidos de sobrepelliz cantan el *Hosanna* sobre el mismo carro. En seguida vienen los padres y los levitas, así como los principales habitantes, llevando palmas en las manos, y por último el patriarca, montado sobre un asno y cubierto de los mas ricos ornamentos, representa al Señor. Hállase rodeado de acólitos que le inciensan y detrás se despliegan además numerosas filas de ellos. A medida que el patriarca avanza, se estienden bajo los pies de su cabalgadura muchas piezas de paño, para figurar los vestidos con que el pueblo judío tapizaba el camino que Jesucristo recorrió triunfante.

A la procesion sucede una misa, cuyo evangelio no es otro que el relato de la pasion del Salvador. Entonces dá principio el duelo religioso en que se sumerge la iglesia hasta el dia de la Resurreccion.

A contar desde el miércoles Santo tiene lugar el oficio llamado de las Tinieblas, en que se cantan en tono lúgubre las lamentaciones del profeta Jeremías. Al fin de esta ceremonia desaparecen las luces en conmemoracion del eclipse pasagero del sol de justicia cuando nuestro Señor Jesucristo murió por nuestra salvacion. En muchos paises los niños acuden con carracas ruidosas que ajitan á la conclusion, para representar el temblor de tierra que tuvo lugar cuando el divino Salvador espiró.

El jueves Santo es fecundo en ceremonias, todas de un interés eminentemente religioso. Los oficios reproducen la inmortal escena en que Jesucristo rodeado de los Apóstoles instituyó el Sacramento de la Eucaristía, y el augusto sacrificio de nuestros altares. En este dia los obispos consagran los santos óleos

para la administracion del bautismo, de la confirmacion y de la Extremauncion. Por la tarde tiene lugar el lavatorio de pies á los pobres. En Roma el Papa los lava á trece de diversas naciones, despues les sirve la comida y les distribuye una suma de dinero. ¿Por qué, se nos dirá, son trece pobres y no doce, siendo así que los Apóstoles solo componian este último número? Cuéntase que San Gregorio el Grande, estando sirviendo á doce pobres á quienes habia lavado los pies, distinguió otro mas que no era sino un ángel revestido de forma humana. Este suceso se halla espresado en el siguiente distico:

Bissenos hic Gregorius pascebat egentes,
Angelus et decimus tertius acubuit.

«Gregorio daba de comer á doce pobres, cuando vino un ángel á colocarse en la mesa y completó el número trece.» Tal es la inscripcion que se lee en la iglesia de San Gregorio, construida en Roma en el terreno que ocupaba la casa de este gran Papa. Nuestros reyes de España acostumbran observar el mismo ceremonial.

El altar sobre el cual han sido celebrados los oficios de este dia es despojado, y la hostia consagrada colocada en un paraje en que los fieles pueden rendirla un culto mas solemne. Por la tarde de este dia principalmente, una brillante luminaria rodea el caliz en el cual está la santa hostia en medio del monumento espléndidamente decorado. Los reyes de España acostumbran á salir en público con gran pompa y acompañamiento para visitar las estaciones. La noche no interrumpe á los fieles en su fervor, pues pueden pasarla en adoracion delante de la Eucaristía.

El viernes Santo es el recuerdo de la muerte del divino Reparador. Todo se pone en armonía con esta conmemoracion del mas interesante misterio del cristianismo. El altar se halla despojado de sus adornos, los cirios apagados, los ministros vestidos de ornamentos negros, las campanas permanecen silenciosas desde los oficios del jueves Santo y hasta el sacrificio mismo de la Misa se halla suspendido. En una larga série de oraciones, la iglesia ruega por todas sus necesidades; hasta sus enemigos, tales como los judíos y los infieles, son objeto de su tierna solicitud. Cada oracion es precedida de la invitacion á arrodillarse, pero en el momento en que el celebrante vá á cantar la oracion por los judios, el diácono omite recitar su invitacion. La iglesia recuerda que esta nacion deicida se hincó tambien de rodillas por irrision, delante del Salvador, objeto de sus sarcasmos y de sus ultrajes. Despues viene la historia de la pasion de Jesucristo segun San Juan. En seguida se descubre respetuosamente la imágen de la santa cruz que desde el domingo de Pasion ha estado cubierta con un velo fúnebre, al compás de este canto: «Hé aquí el madero de la cruz en que pereció el Salvador del mundo, venid y adoradle.» Y para la adoracion se la coloca en las gradas del altar, á donde concurre descalzo el clero á prosternarse.

Interin la adoracion el coro repite las tiernas quejas que Dios dirigió al pueblo ingrato de Israel. «Pueblo mio, ¿qué te he hecho yo? ¿En qué te he ofendido? ¡Te he colmado de beneficios y tú me olvidas y me maltratas! ¡te he arrancado á la dura tiranía de los egipcios y me pagas con la mas cruel de las muertes!» El otro coro no puede responder mas que con un grito que implora la misericordia. «¡Dios santo, Dios fuerte, Dios inmortal, tened piedad de nosotros! Esto es lo que se llama la adoracion de la cruz.

En fin, la hostia consagrada vá á ser retirada de su sitio y llevada solemnemente al altar por el celebrante. Apáganse los cirios que han servido para trasportar la santa Eucarístía, y la ceremonia termina por el recitado de las vísperas sin canto. Tal es una rápida reseña del ceremonial del viernes Santo. Por la tarde sale por las calles la procesion, llamada comunmente de los pasos, por llevar



en ella imágenes de los de la pasion del Señor. Esta ceremonia, suntuosa y magnífica en varias capitales de provincia, señaladamente en Sevilla y Toledo, es pobre y mezquina en Madrid. El sábado se presenta bajo un aspecto menos triste; los altares recobran sus adornos; es la aurora de la alegre Pascua de los cristianos. Bendícese el fuego nuevo. El sagrado ministro bendice el cirio Pascual, emblema del Salvador resucitado. Despues de una série de cantos victoriosos, que componen un himno admirable, el diácono enciende el cirio con el fuego nuevo que se



ha estraido del pedernal, y sucesivamente las ve-

las y las lámparas reciben luz de este cirio simbólico.

Despues los sacerdotes cantan diversos trozos del antiguo testamento. Organízase una procesion que se dirige á la pila bautismal, cuya agua es bendecida. El celebrante recuerda los beneficios que Dios se dignó por su misericordia conceder á los hombres con este elemento. En este dia se conferia en otros tiempos el sacramento de la regeneracion á numerosos neófitos. Durante ocho dias permanecian vestidos de blanco para denotar la inocencia que habian conquistado por los méritos de Jesucristo muerto y resucitado, quitándose estos trajes el domingo que sigue al de Pascua, y que todavía lleva el nombre de *Dominica in albis depositis*, recordando este uso.

La procesion bautismal vuelve al coro, la misa comienza y se celebra la Resurreccion del Salvador; pero todavia se modera la alegria que debe inspirar este misterio. Jesucristo no se ha manifestado aun. El regocijo no será completo hasta el dia siguiente. Antiguamente esta misa se celebraba la noche de Pascua, los pueblos la pasaban en los templos esperando el dia en que todo el velo del misterio queda descorrido. Pero ya se ha hecho oir la aleluya despues de un silencio de 70 dias, es decir despues de la septuagésima. En Roma este grito de alegría Pascual tiene lugar en medio de una solemnidad particular.

En esta misa, celebrada por un cardenal en presencia del Papa, un prelado de la corte romana vestido de túnica blanca, se adelanta despues de la epístola hácia el trono del soberano pontifice y acompañado del maestro de ceremonias. Allí vuelto hácia el Papa dice en voz alta; *Pater sanctae annuntio vobis gaudium magnum, quod est Alleluja:»* despues besa los pies del pontífice y se retira; entonces el cardenal celebrante canta por tres veces la aleluya elevando gradualmente el tono.

Las campanas hieren otra vez los aires con sus voces sonoras, acaban de desaparecer los signos de duelo y el gran cirio brilla en el presbiterio. Hasta el dia de la Ascension recordará el misterio de Jesus resucitado en medio de sus discipulos, é inmediatamente despues del Evangelio de la mencionada fiesta en que el Evangelista nos muestra á Jesucristo remontándose á los cielos, el cirio Pascual será apagado.





LAS CRUZADAS.

Cuando fijamos el pensamiento en los siglos ya pasados, y cuando dominados por el espíritu indagador de las cosas queremos afirmarnos sobre la filosofia de las causas y sobre el orígen de los hechos, la mayor parte de las veces cedemos el campo á la dificultad que casi siempre se nos presenta insuperable, triste efecto de la debilidad de nuestra mente. Para abrazar el pensamiento aquellas épocas lejanas, ha menester la razon de una claridad sin límites, de un ánimo fuerte y emprendedor: necesita despedirse de las trivialidades de hoy, envolverse en la mortaja de los siglos, y animando cadáveres, reedificando ciudades, elevando templos, y haciendo revivir pueblos enteros, pasar por entre esas creaciones, libre el espíritu de las pasiones de la vida.

El historiador es el juez de los siglos, el filósofo de lo pasado: antiguamente la historia se limitaba á la narracion de los acontecimientos: era una cronología inmensa, material y seguida; el progreso se fué introduciendo despues en los dominios de la historia, y gracias al poder insuperable de la civilizacion, la historia siguió otro rumbo, y todas las ideas se fijaron en una unidad creadora, porque de ella emanaba el juzgar de los hechos sociales, de las creencias religiosas y de los pensamientos de las épocas anteriores: esa unidad creadora era la filosofia de la historia. Los monarcas y los conquistadores ocupaban en ella la parte principal, y el esplendor de su poder cubria el brillo á todo lo demás, y usurpaba los derechos á los pueblos; pero el pueblo revindicó sus derechos sobre la historia y fué conquistador tan luego como conoció que formaba la parte esencial de ella, y que sobre sí estaban asentadas las bases del edificio histórico y social.

La piedra fundamental de la historia estriba en la geologia: á esas capas de tierra árida y silenciosa es á las que podemos preguntar segun ella lo que fuimos primero: pero de esa tierra transportada por el torrente de los siglos, solo obtenemos ideas vaci-

lantes, tradiciones inciertas y conocimientos vagos de las diferentes razas que se han sucedido.

La transicion dolorosa de la vida á la muerte hiere igualmente á los hombres y á las naciones, á las instituciones y á los siglos. Las águilas romanas, despues de haber dominado casi todo el antiguo continente, fueron suplantadas por algunos pueblos que la Roma culta apenas conocia, y sus pasos dejaron huellas profundas en la índole de los que les sucedieron. Despues de la caida del imperio romano apareció el feudalismo, pero antes que los bárbaros penetrasen hasta el corazon de la Europa y la sujetasen á su dominacion, ya los emperadores se habian esforzado en hacer sentir á los pueblos su barbárie, como si hubieran adivinado la transicion y quisiesen hacerla menos sensible. Entonces comenzaron á comparecer en el seno de los tiempos vencedores y vencidos, señores y esclavos, espoliadores y víctimas, ruinas y construcciones. Pero se aproximaba una época en que la cruz sería la señal de union entre el grande y el pequeño, el poderoso y el débil; y despidiéndose de las afecciones mas gratas, los guerreros se encaminaban á las tierras pisadas por el Señor llenos de orgullo y ambicion religiosa para conquistar aquellos lugares santos en que se habia representado la sublime trajedia de la redencion. Eran las Cruzadas que comenzaban.

El espíritu entusiasta y fanático del siglo undécimo caminaba lentamente á la par de las usurpaciones de los señores y á la hipocresía del clero de la edad media: al paso que los abusos crecian y se aumentaban, elevábase cada vez mas el poder despótico del sistema feudal; el cuchillo del verdugo era su sosten, y la impunidad su justicia: el pueblo castigado venia á ser una sombra ligera y fantástica, pasando por medio de las instituciones feudales como una vision del espíritu sin apariencia de realidad. Los sucesores en la silla de San Pedro administraban la justicia que se decia divina tan solo para satisfacer consideraciones personales: y cuando el señor feudal, abrumado por el peso de delitos los mas atroces doblegaba su frente altiva ante la dignidad Papal, el representante de Cristo en la tierra, le señalaba el Oriente, y una peregrinacion á los lugares santos lavaba el alma del noble de los mas impuros y negros crímenes. Tal era el estado de la Europa cuando la Palestina, despues de sustentar una lucha tenaz y mortífera, cayó en manos del califa Omaz, que solo mediante cierto tributo, permitia á los habitantes de Occidente sus visitas á los lugares santos: pero despues que los turcos se erigieron orgullosos sobre las ruinas del imperio de los califas, las peregrinaciones de los cristianos se hicieron espuestas y peligrosas aun las veces que las toleraban.



El espíritu supersticioso de la época, y las palabras del clero de Europa, no tardaron en hacer creer á los pueblos que eran llegados los mil años mencionados en el cap. 20 de las revelaciones, y que de un momento á otro deberia aparecer para juzgar al mundo el Cristo en la Palestina, con cuyo motivo se emprendieron innumerables peregrinaciones, las que iban siendo tanto mas meritorias á medida que se hacian mas peligrosas. A su vuelta quejábanse



amargamente los pobres peregrinos del mal tratamiento de los infieles, y de la profanacion de los lugares en que se habian cumplido los misterios del cristianismo. Entonces un pobre monge que vivia solitario, separado del roce de las gentes, tomó el traje de peregrino y quiso ir á orar sobre el sepulcro de Cristo. Fué, y cuando volvió, el espíritu de Dios le habia inspirado. El Papa, los soberanos, los pueblos enteros escuchaban con transporte la elocuencia de sus palabras, y creian en el eremita un enviado de la providencia: incitólos al combate, y nobles y plebeyos se armaron, y con el pensamiento fijo en la redencion de los lugares santos, fueron á buscar el sepulcro donde yació el Salvador del mundo, ó la muerte ignorada y dolorosa en las arenas del desierto. Este hombre, que así arrojaba el Occidente contra el Oriente, era Pedro el ermitaño.

A los primeros sonidos de la trompa guerrera, animados de furor ciego y de fanatismo, parten sin disciplina bandos de plebeyos que seguian al ermitaño sin preparativos, sin caudillos, faltos de nobleza y no menos de fama escasos: atraviesan la Alemania, el imperio griego, y van á dispersarse y á morir en el Asia Menor.

Pero la clase elevada, la nobleza feudal se prepara á su vez para la cruzada, y á las órdenes de Godofredo de Bouillon los señores y sus vasallos parten animados de esperanzas de gloria, llenos de valentía y ardimiento. Dios les concedió la victoria y la

conquista de la ciudad santa y el estandarte de la cruz tremoló altivo sobre las murallas de Jerusalen. Pero despues, como si el cielo hubiera maldecido á los cruzados por sus violencias, todas las espediciones que se siguieron fueron frustradas ó perdidas, y solo consiguieron dejar en la Palestina millares de infelices que no tuvieron otro túmulo despues de su muerte, que las inmensas arenas del desierto.

Examinemos ahora el espíritu y la parte filosófica de las Cruzadas. Su carácter distintivo está bastantemente especificado en su universalidad. La Europa entera, dominada por un solo pensamiento, corrió á alistarse bajo las banderas santas, despertando del sueño en que yacia á la voz de las naciones mas cultas que le señalaban la Palestina como el sitio donde sus pueblos debian medir sus fuerzas en favor del cristianismo.

Dos grandes causas arrojaron á la Europa en las Cruzadas, una moral y otra social. La moral era el impulso de los sentimientos y de las creencias religiosas. Desde fines del año 690 existia una lucha premeditada y terrible travada entre el cristianismo y el mahometismo: las Cruzadas no eran mas que la continuacion de esa lucha principiada cuatro siglos antes entre dos elementos opuestos que trabajaban de consuno para aniquilarse mútuamente. El teatro de esta lucha, que hasta entonces lo fué Europa, habia sido trasladado al Asia: las circunstancias no sufrieron alteracion por esto; los deseos de sangre eran siempre los mismos.

La otra causa que motivó las Cruzadas era de todo punto social. El régimen feudal continuaba en su carrera, á pesar de todos los elementos que subsistian para detenerle, de tal modo que este horizonte muy estrecho limitaba los estados, las vidas y hasta los espíritus. Pero se acercaba un tiempo en que no bastaba horizonte tan conciso: el pensamiento y la actividad humana aspiraban á traspasar los límites en que se hallaban encerrados y que los comprimia dolorosamente. Poco quedaba ya de la vida errante, pero se conservaba todavía un recuerdo grato de aquel movimiento aventurero y variado. Precipitáronse pues los pueblos en las Cruzadas como en una nueva existencia mas vasta y mas animada, que unas veces les ponia delante el gran cuadro de sus antiguas libertades, al paso que les presentaba otras la perspectiva halagueña de un porvenir de ventura y gloria.

A mediados del siglo XIII; ni una ni otra de estas causas existia ya. El hombre y la sociedad habian cambiado de tal modo, que ni vestigios quedaban de aquel impulso que habia precipitado á la Europa sobre el Asia. Esta trasmutacion se puede decir que fué la que contribuyó á que las demás espediciones á la Palestina se frustrasen, y á que las osadías de los caballeros no hubiesen tenido otro éxito que el de enrojecer con su sangre aquellas blancas arenas del desierto.

El principal efecto de las Cruzadas fué dar el primer paso para aclarar el espíritu humano, y un progreso incalculable para las ideas mas avanzadas y mas libres. Así como la planta que naciendo á la sombra del espeso follage de un árbol que le roba el calor y hasta la luz del astro del dia, crece endeble con aspecto pálido y triste, así los pueblos sin la esperiencia, hija del roce de unos con otros, yacian en las travas del entendimiento y del espíritu: pero despues los rayos del sol penetraron hasta la débil planta y la dieron la vida que necesitaba para conservar su vejetacion próxima á estinguirse. Un vasto pensamiento se presentó á los cristianos con la vista de los lugares santos, y las Cruzadas principiadas y motivadas por el dominio de las creencias religiosas, fueron ellas mismas las que les arrancaron no solo aquella influencia que las hacia poderosas, sino tambien la esclusiva posesion del espíritu humano. El entendimiento de los cruzados, comprimido hasta entonces, se estendió en aquel vasto campo donde se divisaban inmensidad de objetos é ideas diferentes, y se vió en medio de dos civilizaciones no solo diversas sino mucho mas adelantadas, la griega en una parte, la musulmana en otra. Y aunque la civilizacion de la sociedad griega se hallaba pervertida y en sus últimas agonías, causó á los cruzados el efecto de una civilizacion mas adelantada y mas culta: eran rayos de la felicidad de aquella república orgullosa y altiva, en la que se asentaron las bases de la civilizacion fundamental, cuyos últimos destellos reflejando en los pueblos de Occidente, les comunicaron todo el calor y vida de la Grecia antigua.

Al lado opuesto veíase la civilizacion musulmana con toda su pompa, con todos sus atractivos: los cruzados, como todos los cristianos, salieron del error en que vivian, creyendo pobre de ideas y pensamientos á aquel país en que miraran con asombro levantarse el sol radiante como para protejer á los sectarios del Profeta. A estas impresiones sucedieron las relaciones y el trato habitual entre los cristianos y los musulmanes, en breve aquellas relaciones se aumentaron é hicieron importantes, el Oriente y el Occidente se conocieron mútuamente, y una alianza de amistad y comercio se estableció entre ambos.

A las Cruzadas, pues, debe el comercio el grande adelanto é incremento que tomó este despues; ignorábase en Europa el sistema mercantil cuyas bases eran puestas en juego tan solo por los genoveses y venecianos, que aprevechándose de la ignorancia supersticiosa de los demás pueblos tenian el imperio y comercio absoluto de los mares. Así, mientras la Europa se precipitaba á perecer en las llanuras de Africa, mientras conjurando las tempestades del desierto y á precio de una muerte segura los Cruzados caminaban alentados por la esperanza gloriosa de sus hazañas caballerescas y bizarras, empleadas para conquistar un féretro vacío, los venecianos astutos, navegantes hábiles y comerciantes interesados, amontonaban riquezas considerables, que servian para hacer sobresalir á aquella república de las demás del mundo. El veneciano llevaba entonces al campo de los cruzados preciosa armadura de caballero: y si allí los barones feudales exhaustos de medios no podian comprarlas por haber consumido sus riquezas, si el oro de los campeones cristianos no bastaba para cubrir el escesivo precio de las mercancías, entonces el veneciano atravesaba el campo cristiano, y dentro de la ciudad santa trocaba la armadura fabricada para resguardar al noble feu-

dal, por el oro de los infieles sectarios del Profeta.

El estado social sufrió una alteracion bastante notable en aquella época por la influencia de las Cruzadas: motivó esta alteracion la necesidad absoluta en que se vieron los señores de vender sus feudos á los reyes ó á corporaciones, y la dilatada ausencia de sus hogares acabó de hacerles perder todo el poder que les quedaba, que se fué concentrando en los reyes, ante cuya potestad habian levantado siempre con orgullo sus cabezas. En efecto, cuando llevados de la ambicion de gloria y de riquezas se dirigian los nobles á la Palestina á pelear por la causa santa, y al paso que su sangre teñia aquellas arenas vírgenes tal vez de huella humana, se desplomaba la piedra fundamental del feudalismo, y la dignidad real adquiria una superioridad tal sobre sus ruinas que bien pronto se hicieron sentir sus efectos en los pueblos. Cuando aquellos hombres, desamparados de la esperanza que les animó algun dia, volvieron á su patria, encontraron sus señoríos destruidos y arruinados: las ciudades que dejaron sepultadas en el silencio del vasallaje y esclavitud, unas se habian constituido en municipios, otras lidiaban por conquistar sus derechos, porque conservaban un recuerdo doloroso del dominio de los potentados y temian con razon un nuevo vasallaje tanto mas peligroso cuanto insoportable. Este fué el primer esfuerzo para sacudir el yugo de los condes y señores que habian ido á enterrar en la Siria los restos del poder con el que por tanto tiempo sostuvieron á los vasallos: era una reaccion ó mas bien una lucha formidable que comenzó con el pensamiento de las Cruzadas para acabar con el aniquilamiento del feudalismo cimentando un porvenir de igualdad. Los pueblos habian conocido la libertad, habian disfrutado sus mágicos efectos en el tiempo que se vieron emancipados de los señores, y quitarles la taza en que bebian aquel néctar delicioso que les llenaba el alma de una vida de dulzura y de esperanza, era un paso difícil, atroz y arriesgado. El feudalismo se conmovió entonces, porque sintió que su ruina era inevitable.

El bien mayor ó principal que las Cruzadas trajeron á Europa, nació del movimiento ó impulso que dieron á los pueblos, impulso creador y grandioso que mejorando la suerte de las naciones fué al propio tiempo orígen de una independencia respectiva. En el estado de abatimiento en que se hallaban los espíritus era indispensable una conmocion violenta y repentina que los hiciese salir de aquel sueño para restituirles las fuerzas: esta conmocion fué motivada por una idea dominante, absurda y falsa pero grande y sorprendente, de la cual se sacó el provecho de esa especie de imperio que la inteligencia ejercia sobre la materia.

Cuando la sociedad sigue una marcha progresiva hácia su perfeccion, una conmocion puede destruir la obra de la civilizacion y disolverla: pero cuando todas las fuerzas espirituales se hallan en ese letargo que contribuye al aniquilamiento, necesita para su conservacion un movimiento general, una esplosion que regenerando destruya. Las Cruzadas produjeron en parte este feliz efecto, pues agitaron y sacudieron fuertemente á la especie humana en Europa: entonces se dió el primer paso para la edad del nivelamiento; creáronse nuevas necesidades que para satisfacerlas túvose que recurrir al trabajo, único medio de mejorar la suerte de las clases laboriosas, é interesarlas en el progreso de la industria asegurándoles la libertad de disfrutar los beneficios de su actividad: multiplicóse el número de ciudades, y las artes y las ciencias hasta entonces despreciadas comenzaron á ser favorecidas. Las Cruzadas á la Palestina continuaron la obra principiada, los nobles vendieron sus derechos feudales á los arrendatarios de los señoríos para con el producto ir á la tierra santa á combatir á los infieles. Fueron todos á enterrar en la Judea sus nombres, sus tesoros y su poder, y aquel país de sepulturas, aquel crudo terreno de gloriosos recuerdos, abrió el principio del abismo en que habian de precipitarse las instituciones feudales.

ABDALAJI.

ANTEQUERA.

En lo antiguo ANTICUARIA fue edificada por los moros sobre las ruinas de Sinjulia: la necesidad en que estos se encontraban de fortificarse contra los enemigos que los rodeaban, y de buscar siempre posiciones en que el arte pudiese secundar con facilidad á la naturaleza, los obligó á edificar un castillo en una altura de esta ciudad que hicieron inespugnable, con mil torres y barreras de hierro. Aun se conserva en este castillo infinidad de armas antiguas que los moros depositaron en él, tales como cascos, corazas y escudos artísticamente trabajados: de estos hay algunos cubiertos de un triple forro de cuero; vénse tambien, picas, jabalinas, arcos y flechas cuyos hierros son en estremo agudos.

Desde el camino que conduce al Calvario se descubre un paisage encantador que trasladado al lienzo produciria un efecto maravilloso. Como en un abismo se vé una infinidad de cascadas naturales cuya agua se precipita de roca en roca, y reuniéndose despues forman un rio que serpentea por un valle rodeado de una multitud de molinos. A lo lejos se descubren grupos de lavanderas á la sombra de los árboles que avanzan desde la cima de la colina; todas las laderas están cubiertas de bosques y verdura. A la derecha sobre un encumbrado ribazo se eleva un antiguo castillo; descúbrese á lo lejos por la garganta de las montañas una inmensa llanura que por estar harto distante parece cubierta de una densa niebla.

Detrás de este viejo y respetable castillo comienza la via sacra que conduce al Calvario, y tiene una cruz de trecho en trecho.

Es famosa esta ciudad por el mucho tiempo que moró en ella Solano, hombre sencillo, recto y de poca instruccion; pero que por las observaciones que habia hecho sobre el pulso, no solo consiguió predecir las crisis de las enfermedades, sino que determinaba su especie y la hora en que debian esperarse.

Nació Solano en Montilla, pequeña poblacion de Andalucía, á seis leguas de Córdoba, año de 1685; estudió la medicina en Granada, pasó á practicar á Illora, donde se casó á la edad de 27 años. Habiéndose estendido su reputacion hasta Antequera, fué llamado á esta ciudad, en la que permaneció hasta su muerte acaecida el 31 de marzo de 1738. Tuvo quince hijos, de los cuales siete fueron varones; publicó la historia de sus diversas observaciones sobre el pulso, en un volúmen en folio, titulado Appollinis Lapys Lydos, ó piedra de toque de Apolo. La obra de Solano ha hecho época en medicina, y ha abierto el camino á las famosas investigaciones de Mr. Bordeu y de Mres. Cox y Flemings.

Esta ciudad es una de las mayores, entre las de se-

gundo órden de España; fué restaurada por el infante D. Fernando, llamado de Antequera, por haberla tomado á los moros, el cual era hermano del rey Don Enrique III de Aragon. Hízose uso en esta conquista de pólvora ó truenos, como dicen los antiguos historiadores. Se pretende que los moros á quienes se habian cortado las aguas, al descubrir un manantial que habia en la ciudad, en la primera piedra que encontraron pusieron esta inscripcion: *cuando esta piedra se quite será Antequera de los cristianos.* Dista esta ciudad doce leguas N. de Málaga, 23 N. O. de Almuñecar, y 21 de Granada. Long. 13. 4. Lat. 36. 51. El vecindario de esta ciudad es de 5000 vecinos: á tres leguas de ella está la famosa fuente de piedra, que nace junto á un lugar del mismo nombre, y consta por tradicion que su agua tiene la grande virtud de espeler las piedras de los riñones y vejiga: la siguiente inscripcion que se descubrió cerca de ella, prueba que esta virtud no fué desconocida de la antiguedad.

Fonti divino aram
L. Postumius Statilius.
Ex voto D. D. D.

Tambien hay en aquellos parajes una inmensa laguna, que tiene por nombre la Salada, en la cual se recoje el agua que viene por un arroyo que desciende de Santillan.

EL HUESPED.

PARÁBOLA.

Era una noche de enero oscura y lluviosa; los truenos se sucedian con frecuencia, y los rayos que caian acá y acullá amenazaban con un incendio.

En tanto que diluviaba, Juan se rehacia de su cansancio, calentándose en el hogar; su muger acostaba á su hijo de pecho, y preparaba la cena: los demas niños, de los cuales el mayor no habia cumplido siete años, medio despavoridos por la tempestad, ó se enredaban en las piernas de su padre, ó se asian á las faldas de su madre.

Hé aquí que llamaron, y María encargó á su marido que no abriese la puerta, porque temia que fueran ladrones de la comarca; mas Juan cuya bondad escedia á sus temores dijo á su esposa: «Cuando las tempestades braman, los hombres no pueden cometer delitos. María, será algun pobre caminante, y á dos leguas á la redonda no hay una miserable choza donde pueda guarecerse.»

Juan abrió la puerta, y entró un arrogante mozo, de talla colosal y robustos miembros, llevaba una larga manta, cuyo embozo ocultaba algun misterio.

Pero Juan sin inmutarse, cogió al recien llegado por la mano, le condujo á la lumbre, y ofreciéndole una bebida espirituosa, le dijo: Bebed y calentaos: luego cenareis con nosotros, y entre tanto yo y mi muger vamos á prepararos vuestra habitacion.

Y la ruda fisonomía del recien llegado perdiendo su feroz espresion, contestó con una mirada afectuosa á los amigables ofrecimientos de Juan.

Luego, cándido y confiado el niño menor, se acercó al desconocido, como quien espera alguna caricia: en seguida, mas atrevido y mas confiado su hermano, se colocó entre las piernas y viendo relucir alguna cosa bajo la manta, dijo: «mira, Pepito, qué cosa tan bonita.»

—Quita niño, dijo el recien llegado, ocultando cuidadosamente el bruñido mango de su puñal.

—Mira, Cárlos, observó Pepito, lleva escopeta, será otro amigo de Padre, otro guarda-bosque.»

A esta palabra el desconocido empuñó su trabuco, fulminó una mirada desafiadora á la puerta, y murmuró: «Mala noche para el huésped, si viene el guarbosque.»

—No, no, contestó Cárlos al desconocido, estamos en viernes; mañana es sábado y vendrá el guarda-bosque. El nos trae dulces de la villa y tú ¿qué nos das?

—¡Oh! dijo el desconocido para sí, ¡ójala fuera guarda-bosque!

.....

En tanto María con voz acongojada repetia á su marido: «Ay! es un ladron de la comarca.... y esta noche que ha de venir el guarda-bosque! Dios mio! esta noche me temo una desgracia!

—Nada temas repuso Juan como inspirado; Dios dijo: *amad á vuestros enemigos*; pues bien, yo quiero salvar á ese hombre.

Hé aquí que la tempestad arreciaba mas y mas, y el estampido de los truenos por momentos se hacía mas horrísono.

Luego se dejó oir un silbido; el desconocido cojió el trabuco por la garganta y de un salto se colocó frente la puerta, en actitud de defenderse de los de adentro y de los de afuera.

Sin embargo Juan salió á espaldas del desconocido; este hizo un movimiento de sorpresa, y Juan le dijo: «Nada temas; si hubiese querido matarte ya ves que allí hay una escopeta (y le señalaba el sitio por donde habia entrado). Vé, sigue á mi mujer, y ocúltate en nuestra habitacion.... Nada temas, vuelvo á repetirte; en la cuna está un niño de pecho, si te vendo mata á mi hijo.»

Tranquilizóse el desconocido y obedeció.

Luego Juan abrió la puerta y entró el guarda-bosque acampañado de algunos soldados.

—Buenas noches, Juan: venimos cansados, no hemos podido cojer ni un solo malhechor, y la tempestad se embravece furiosamente.

En aquel momento un trueno hizo retemblar toda la casa y un rayo incendió la habitacion de los esposos.

—Mi hijo, mi hijo!... exclamó María con acento de marcada desesperacion.

Aquella parte de la casa estaba rodeada de llamas, y en vano procuraron penetrar en ella. Al cabo de breves instantes la habitacion estaba devorada por el incendio.

Hé aquí que llamaron otra vez, abrieron y no pareció nadie; sin embargo en el dintel de le puerta hallaron un trabuco, un puñal y.... un niño de pecho!....

—Ah! exclamó María abrazándole, Dios protege á los que favorecen á sus enemigos!

—Y convierte á los bandidos en hombres honrados; añadió Juan echando de ver las armas del desconocido.



POESIA. (1)

MEDITACION.

No hay mas que un solo Dios: EL solo es grande,
solo infinito, omnipotente solo.
Nada hay que para ser no le demande
licencia: EL pesa la virtud y el dolo
y el premio acuerda ó el azote blande.
Todo lo oye y lo vé de uno á otro polo,
y cosa no hay por elevada ú honda
que á su mirada universal se esconda.

No hay mas que un solo Dios, cuya creencia
luz es y salvacion: dó quier la marca
brilla de su poder y de su ciencia.
Dios solo es triunfador: solo monarca
de el universo es ÉL: su omnipotencia
con ley universal todo lo abarca;
su presencia inmortal todo lo inunda,
todo lo vivifica y lo fecunda.

EL los mundos arregla ó desordena
segun su escelsa voluntad divina:
ÉL al tiempo dirige: ÉL encadena
los elementos á sus pies: domina
al huracan; tras el nublado truena:
luce al través de el alba purpurina:
entapiza con nieve las montañas
y abrasa con volcanes sus entrañas.

El murmullo de el agua, el son de el viento,
el susurro del bosque estremecido
por sus inquietas ráfagas, el lento
arrullo de la tórtola, el graznido
de el cuervo vagabundo, todo acento
por ave, fiera ó eco producido
el nombre santo de su Dios pronuncia,
su gloria canta, su poder anuncia.

EL los errantes astros encamina;
ÉL azula la atmósfera serena:
ÉL crea y ÉL destruye: alza y arruina:
ÉL, infalible juez, salva y condena:
ÉL solo ni envejece ni declina:
ÉL solo el hueco de los mundos llena:
el orbe encima de su palma cabe:
Solo ÉL no yerra nunca, solo ÉL sabe.

No hay mas que un solo Dios. Los que le niegan
con altivez blasfema, palidecen
cuando al umbral de su sepulcro llegan;
los que en su ciencia ruin se ensoberbecen
y de ÉL se mofan, al morir le ruegan.
Por ÉL existen y por ÉL perecen
todos; no hay mas que un Dios. ¿Ante su nombre
qué es el orgullo y el saber de el hombre?

Siglo, que audaz el de la luz te llamas
y por miles de plumas y de bocas
el manantial de tu saber derramas:
siglo de ciencia, que el error derrocas,
la virtud premias y el ingenio inflamas:
siglo, que dices que á la cumbre tocas
de la dicha que el mundo civilizas,
y tu raza de sábios entronizas:

Siglo de prensas y de bolsas, y ágio
que intentas difundir hasta la luna
en carros de vapor el gran contagio
de la ciencia y parar á la fortuna
con tus empresas mil.... ¡Siglo *de plágio*
que en solos nueve lustros en sí aduna
mas *maestros, artistas, y doctores*
que hubo en ciento *estudiantes y lectores*!

¿De dónde vienen los que nacen? ¿Dónde
van los que mueren? ¿Dónde, en qué lejano
lugar se acuesta el sol? ¿En cuál se esconde
la luna de su luz? ¿Cuál es la mano
que les guia á los dos? Habla, responde
orgullo imbécil del saber humano,
hojea el libro de tu ciencia osada
¿qué es lo que sabes de tu orígen? Nada.

No hay mas que un solo Dios, que nada ignora,
y ÉL conoce las puertas de la tierra:
abre las de la cuna y de la aurora:
las de la noche y de la tumba cierra.
Mas allá de las dos ÉL solo mora,
ÉL solo sabe lo que allá se encierra:
de allá viene, allá vá quien nace y muere
porque su voluntad así lo quiere.

Mas detente, ¡oh espíritu divino!
¡Oh arcangel de la fé! Tú cuyo paso
buscando un dia al corazon camino
ahogó á las musas y aplanó el Parnaso:
único fuego que del cielo vino,
calma tu inspiracion en que me abraso,
no ensayes en el harpa de el poeta
los cantos de el salterio de el profeta.

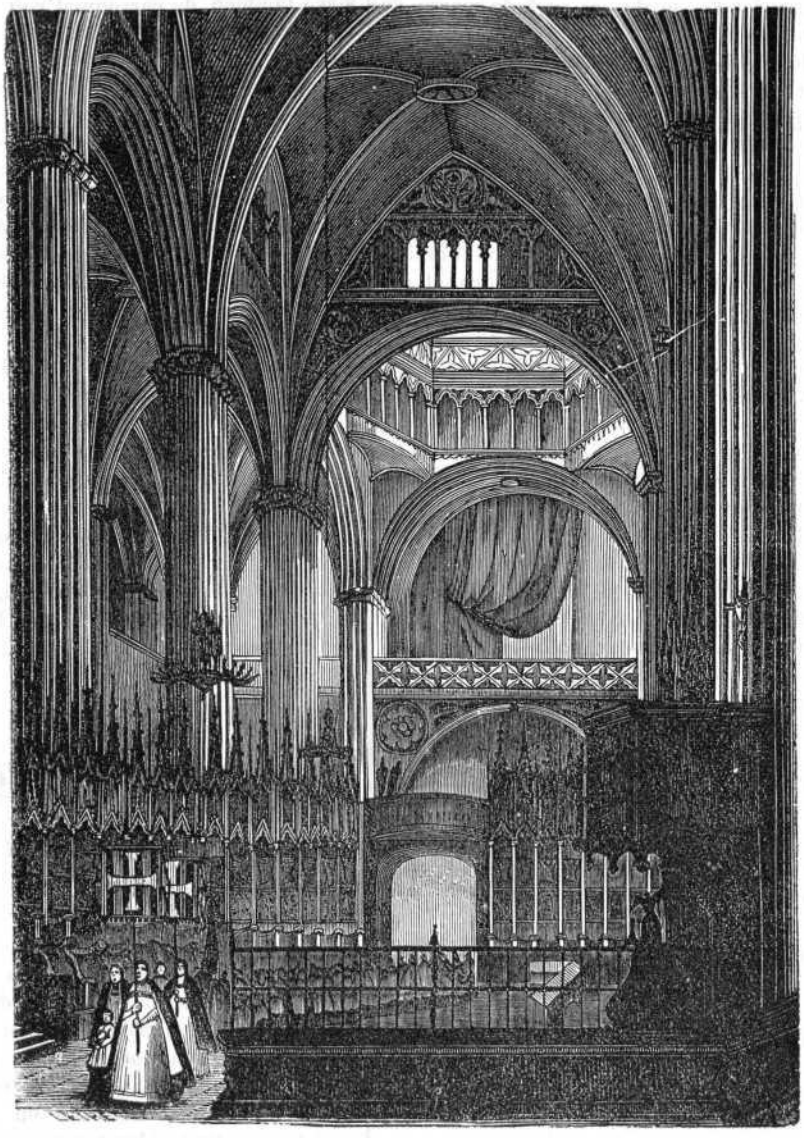
Mi limitada comprension humana,
mi ruda voz y tosca poesía
eleve, si, tu inspiracion cristiana
y dignas sean de la patria mia.
Enaltece mi ingenio, porque ufana
pueda hijo suyo apellidarme un dia,
y de mi nombre (si al olvido vence)
la tierra en que nací no se averguence.

Mas dejemos al siglo ir desbocado
de los pasados siglos trás la herencia
en el carro del oro arrellanado
ó suspendido en álas de la ciencia.
Dejémosle seguir la ley de el hado
segun su voluntad ó su conciencia
sin que perturbe su insenata orgías
El himno audaz de la creencia mia.

JOSÉ ZORRILLA.

(1) Debemos á nuestra amistad con el señor Zorrilla esta magnífica composicion que por primera vez vé hoy la luz pública.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LA CATEDRAL DE BARCELONA.

CONCLUSION.

Debajo del presbiterio se halla la capilla en que se conservan en una magnífica urna los restos de Santa Eulalia; se descienden para bajar al panteon 20 gradas en cuyo punto se halla una verja que es menester pasar para llegar al pavimento por otras cinco y se presenta al frente el sepulcro de la virgen iluminado por muchas y crecidas lámparas que cuelgan del techo, y rodeado de una especie de coro elevado dos gradas del suelo y de una tribuna trabajada en el grueso de los muros que sirven de cimiento al vasto presbiterio. Descansa la urna que encierra los restos de la Santa sobre ocho columnas desaparejadas, de jaspe y está adornada por todas partes con bajos relieves que representan con bastante delicadeza los hechos mas notables de la vida de Sta. Eulalia. A la derecha descendiendo á la capilla, bajo el segundo luneto de la bóveda, se vé una urna de piedra de pequeñas dimensiones, que en sentir del erudito Caresmar, es la que encerró los restos de la Santa mientras Barcelona estuvo bajo la dominacion de los árabes. Esta capilla se semeja en algo á la del sepulcro de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, que llaman la confesion. Al salir del panteon se encuentra al frente en el centro de la nave mayor, el espacioso coro, digno de admirarse por la incalculable profusion de filigranas, figuras y otros adornos que cubren sus paredes. Llaman la atencion el primor de la silleria atestada en su parte inferior de mil ridiculeces; pero hermosas y delica-

das las afiligranadas cúpulas que la cubren, y bajo las que se ven pintados escudos con diversos nombres que dan á conocer los ínclitos caballeros que recibieron el augusto collar del Toison de oro en 5 de marzo de 1519 de mano del rey D. Carlos I en el primero y único capítulo celebrado en España. No podemos menos de encarecer las complicadísimas labores del bien trabajado púlpito que se eleva á la derecha del coro, y las de la escalera que á él conduce. Entre las muchas capillas que se encuentran en las tres naves, son dignas de observarse, la fachada de marmol de la del trascoro, mucho mas bella, que por la estatua de San Olegario, por los bajos relieves de sus intercolumnios, cuerpo dórico de bastante elegantes formas; la capilla del mencionado San Olegario, primera de la nave lateral á la derecha grande y espaciosa, donde se vé un sepulcro de marmol sobre cuya losa esta tendida la efigie del santo de bellas facciones y de no muy acabado ropage. Forma aun parte de este sepulcro el arca de la primera traslacion de los restos de San Olegario, bella y delicada si se atiende á que el obispo D. Guillermo la mandó fabricar en el siglo XII, cuando apenas se entrevia en España el estilo gótico. Está el mencionado sepulcro abierto por detras, aunque defendido por una reja por entre cuyos hierros se distingue el cuerpo del Santo vestido de pontifical, tan incorrupto y tan firme en su armazon, que causa espanto y maravilla al propio tiempo. Las pinturas de esta capilla las hizo el célebre pintor D. Antonio Viladomat. En la capilla inmediata está encerrado el magnífico sepulcro de Doña Sancha Gimenez de Cabrera, y en el altar de los inocentes, junto á la puerta de la inquisicion el del obispo Don Ramon Escalas. La estátua de este prelado reclinada sobre la losa es un trabajo de lo mas perfecto; admira su talla jigantesca, y en su rostro macilento se descubre el genio tétrico de la edad avanzada; el ropage es magnífico, y sorprendente la delicadeza del cincel de los escultores antiguos al considerar el bordado de la mitra y bien concluido cabezon del cayado. Nada hay en este sepulcro que no encierre belleza y perfeccion. El inconcebible follage á que está arrimada la urna la rica almohada en que descansa la cabeza del obispo, los agraciados relieves que adornan el arco, la majestuosidad y altura del nicho y el arco ojival que carga sobre el sepulcro, presentan suntuosidad. La capilla de San Miguel es de pequeñas dimensiones y sencillos atavios; en ella está el sepulcro de D. Berenguer de Palaciolo ó de Palou, prelado que manejó con igual destreza el cayado y la lanza y á cuya grandeza no corresponde ni el mezquino nicho, ni la pobre sepultura que lo encubren. Tampoco ofrece interes el sepulcro del obispo D. Ponce de Gualba en el altar del patrocinio, sino es por su sencillez y modestia. En la capilla del Santísimo Cristo hay pinturas de D. Manuel Tramullas, persona de mucho crédito en su arte; y en la de San Marcos de su no menos acreditado hermano D. Francisco. En esta catedral en su altar mayor el dia 24 de Junio de 1461 juró los fueros del principado el Príncipe D. Carlos hijo del rey Don Juan II de Aragon, y en el mismo se depositó su cuerpo á los pocos dias (2 de setiembre del mismo año) para trasladarle al monasterio de Poblet. Tambien se instituyó en ella la órden de Montesa en 22 de julio de 1319 á la cual se unió despues (13 de octubre de 1399) la de San Jorge de Alfama creada en 1201. Todavia está por concluir la fachada principal de este magnífico templo, y el cimborrio de la nave central. Sirve tambien de parroquial con el privilegio de administrar los sacramentos á todos los fieles del obispado.

Posee esta catedral un archivo que ocupa cuatro piezas y ademas otro llamada archivito. Tiene documentos que se salvaron de la catástrofe de Almanzor (1) aunque no son muchos. Hay infinidad de volúmenes en folio titulados privilegios pontificios y privilegios reales. Son muy preciosos los libros llamados Exemplaria, donde se relacionan funciones eclesiásticas, juramentos de reyes etc. de modo que puede decirse que allí se encuentran no solo los sucesos religiosos, sino tambien los políticos, porque en todos estos la religion ha entrado por distintos conceptos. Hay en este archivo varios códices, breviarios del rito antiguo, y del muzárabe, santorales y muchos miles de documentos relativos á las rentas de la iglesia y sobre varios puntos de honor y preeminencias, disputadas en varias épocas. Hay varios ejemplares de sínodos diocesanos. Está cuidado el archivo con bastante esmero. El insigne anticuario D. Jaime Caresmar fué encargado de su arreglo y coordinacion en el siglo pasado. Escribió 12 tomos muy voluminosos con letra muy reducida pero no recorrió mas que una cuarta parte del archivo.

UN PASEO

A LA PATRIA DE DON QUIJOTE.

ARTICULO V.

Venida la mañana, como dos millas estariamos del pueblo, cuando á la derecha del camino tropezamos con unas ruinas miserables; eran los restos de un famoso meson donde hacian punto y parada en tiempos de antaño, los tunos mas redomados y la gente de mas chapa y balumbo en esto de latrocinios y violencias. Protegidos, como es uso y costumbre, por el ventero, con un espeso encinar á sus espaldas y en el ándito del camino de Valencia y Cataluña estaban bien á sus anchas y con segura cosecha de viandantes, arrieros y gente de tragin. Mas á fines del pasado siglo dió un tenaz golilla en perseguir á tan honrada compañia y taló y metió en labranza el bosque, puso al ventero á la sombra de un calabozo, y de paso incendió la venta para entrecojer á cinco bravos enamorados de lo ageno: verdad es que contentóse S. S. con darles puesto preferente en cinco de las horcas mas gallardas que se han visto en Peralvillo.

Este añejo celo del justiciero pelucon privó á mi pacífica persona de la sombra de las encinas que ya no existen sino en la memoria de los viejos; pues grato me hubiera sido reposar en el sitio mismo donde se emboscó D. Quijote, en tanto que Sancho vol-

(1) Gran caudillo árabe que vino de Córdoba á sitiar y tomar á Barcelona, donde hizo grandes estragos.

via á la villa del Toboso á hablar á Dulcinea para que fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero y dignarse de echarle su bendicion de modo que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas.

En medio de estos rastrojos, floresta y encinar entonces, díjole á Sancho Panza el enamorado caballero con el corazon tamañito como una avellana aquellas famosas razones:—«Anda, hijo y no te turbes cuando »te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á »buscar ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mun»do! Ten memoria, y no se te pase della como te re»cibe, si muda los colores y al tiempo que la estuvieres »dando mi embajada, si se desasosiega y turba oyen»do mi nombre, si no cabe en la almuhada si acaso la »hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y »si está en pié, mírala si se pone ahora sobre el uno, »ahora sobre el otro pié, si te repite la respuesta que »te diere dos ó tres veces, si la muda de blanda en »áspera, de aceda en amorosa, si levanta la mano al »cabello para componerle, aunque no esté desorde»nado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones y mo»vimientos, porque si tú me los relatares como ellos »fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo »secreto de su corazon acerca de lo que al fecho de »mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo »sabes, que, entre los amantes, las acciones y movi»mientos, esteriores que muestran cuando de sus amo»res se trata, son certísimos correos que traen las nue»vas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Vé, »amigo, y guíete otra mejor ventura que la mia, y »vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temien»do y esperando en esta amarga soledad en que me »dejas.»

Aquí tambien quedó luego á caballo, descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, el Ingenioso hidalgo lleno de tristes y confusas imaginaciones y en la punta de estas hazas como á unos cien pasos que el fin de la selva era, el hermano Sancho mas socarron que todos los pillos de Triana y de la heria, entabló consigo mismo aquel soliloquio graciosísimo que dió por fruto el nunca bien celebrado encantamiento de Dulcinea que purgaron despues sus posaderas.

Una aldeana *de rostro amondongado*
alta de pechos y ademan brioso,

verdadero retrato de Dulcinea, vino á interrumpir mi recuerdos pues con no visto desenfado me echó encima la retozona pollina que marcialmente arreaba: con almagre pienso señalar aquel dia pues corrí inminente peligro de ser pisado y coceado por su caballeria. Al ver picar á la aldeana y recorrer el prado á todo trote parecióme que tenia ante mis ojos *al Caballero de la triste figura* puesto de hinojos, entre amoroso y encalabrinado con el olor de ajos crudos, que exhalaba la supuesta dama tobosesca, maldiciendo á los encantadores sus enemigos, por haber mudado los ojos de perlas de su Señora en agallas alcornoqueñas y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo. Detrás del amartelado andante se me representaba Sancho con maliciosa sonrisa en los lábios dando cuerda á la sin par locura de su amo, porfiando cuando porfiaba el ingenioso hidalgo, jurando si juraba y dejando la suya sobre el hito.

El sol empezaba á derretirme los sesos y apretando el paso pronto llegamos á avistar el Toboso: y en verdad que ahora no dijera la señora Oriana

«¡Oh quién tuviera, hermosa Dulcinea,
por mas comodidad y mas reposo,
á Miraflores puesto en el Toboso,
y trocára su Lóndres con tu aldea!»

porque la tal villa mas parece monton de pobres escombros y destruidos solares que ciudad engrandecida y amena.

Estendida sobre un altozano está la pátria de la insigne dama del *caballero de los leones*. Una legua hácia el Norte se halla Quintanar de la Orden, al Poniente Miguel Estevan, á Levante La Mota y por el Sur Pedro Muñoz. Los terrenos de que se halla rodeado el Toboso son frescos y ligeros, así lo indican *las tobas* ó cardos que por todas partes crecen. En el centro de aquel llano, el grupo que forma el caserío del pueblo se asemeja á una pantera en acecho. Descuella en el centro la torre de la iglesia y á la izquierda la elegante cúpula del convento de monjas y como guerrillas avanzadas se estienden por entrambos lados en la hondura algunos molinos de viento.

Cuatrocientos pasos de la villa, mil á veces, se encuentran solares y pozos, entre ellos el de la *guindalera* y el *Duz*, que segun refieren los viejos estaba dentro de lo poblado años atrás. Entre estos cascajares hay charcas fétidas que en ninguna estacion se secan completamente. Sus pútridas exhalaciones merman la poblacion desde muy antiguo, y aunque á fines del pasado siglo se abrieron zanjas para convertirlas en *polders* por la manera holandesa, la incuria de los habitantes ha hecho que se cieguen las aberturas y que el mal vaya en aumento.

Una de estas charcas sirve por tradicion para dar un baño á los pobres ejecutores que intentan cobrar los atrasos de los labradores tobosinos. Esta cruel operacion se ejecuta de la manera siguiente. Apenas es llegado el pobre *sacamantas* cuando los mozos mas robustos le entrecojen, le atan á la cintura una soga fuerte de esparto y dejan dos largos cabos cuyas puntas tienen los mas feroces de la turba. Los unos delante, los otros atrás y el *vejiguero* preso en el centro de la tirante maroma, le conducen entre la algazara y la befa de todos á la charca que es elíptica, y haciéndole entrar á tirones en el cieno se colocan los verdugos en las orillas. Tiran los de acá, tiran los de allá, le derriban, le arrojan cieno, le mojan, le revuelcan en fin hasta que se sacian: entonces le dejan con vida para que mas sienta los dolores y la verguenza!

Oh! en esto de atormentar á los *ejecutores* ó comisionados son diestrísimos los del Toboso, y con orgullo salvaje les oireis referir mil atrocidades de las consumadas en la villa con estos pobres emisarios de la hacienda. Muchos han sido encerrados desnudos en una de las tinajas colosales que allí se fabrican: otros, despues de haber bebido mas de lo necesario estimulados por los que se fingian sus camaradas, han despertado en el cementerio, vestidos de hábito y

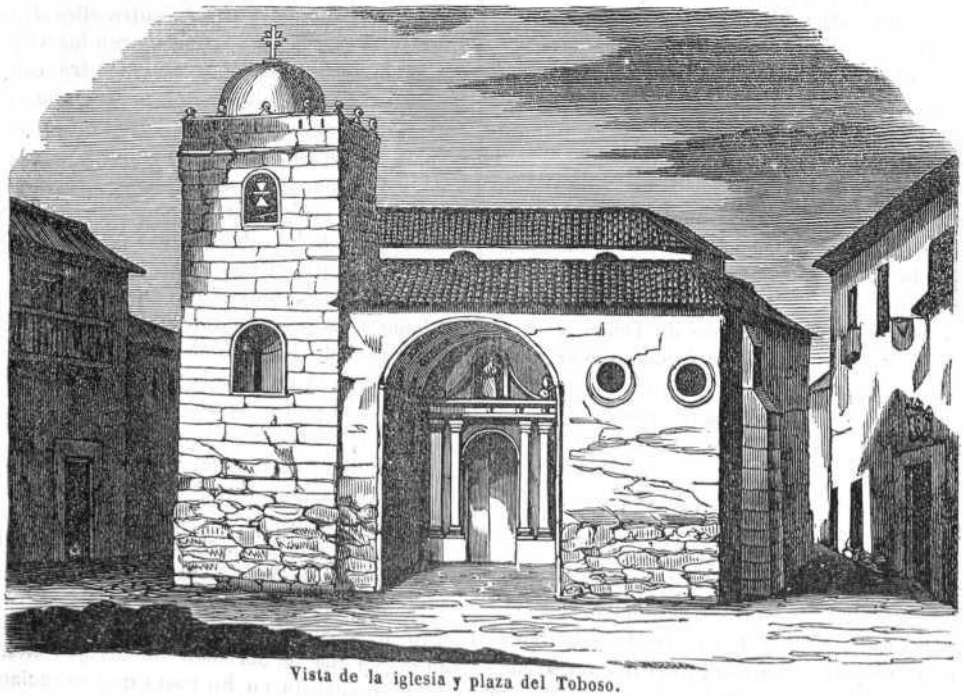
tendidos en un atahud con sus blandones y su túmulo, los mas han sufrido palizas y ninguno ha vuelto con sus dietas sin poderlo contar como milagro!

Al oir referir tales anécdotas la sangre se cargó hácia mi rostro y un sudor frio empezó á inundar mi frente: un horrible pensamiento me asaltaba: ¿sufriria el príncipe de nuestros ingenios alguna de estas inicuas vejaciones? ¿Se mancharian sus gloriosas canas, sus cicatrices ganadas en la mas alta ocasion que vieron los siglos con el cieno de aquellas charcas? Lejos de nosotros tan negros pensamientos.

El Toboso ha sido pueblo de consideracion y así lo indican sus aristocráticas casas, que aunque de pobre aliño y en ruinas, ostentan portadas de mármol, columnas, brocales y fuentes talladas, escudos sobre las puertas y labrada rejería.

Las continuas epidemias de calenturas pútridas, lo mucho que habia amortizado en su término la traslacion de la carretera de Valencia, la peste del año de 780 y otras razones han hecho que la mayor parte de sus labradores se trasladen á Quintanar de la Orden. Ya en tiempo de Felipe IV su penuria era notable, los moriscos granadinos, al dejar sus setecientas casas y al dejar sus labores para buscar hospitalidad en paises menos ingratos que aquel en que habian nacido y que habian fecundado con el sudor de su frente, dejaron tambien larga herencia de miseria y abandono como justo pago á sus intolerantes vecinos los *cristianos viejos*. Nueve cofradías habia entonces, un monasterio, fábricas de hilados y de tejidos de estambre y alfarerías donde se fabricaban las mejores tinajas del reino. Despues se formó una asociacion de labradores en la *calle Grande*, que tenian en comun, para cultivar sus campos, cuarenta pares de mulas tordas; mas por las razones que al comienzo de este párrafo dijimos, desapareció todo esto y un pueblo rico, industrioso, que ha contado con mas de 4,000 vecinos, se halla hoy reducido á poco menos de 800, y apenas puede fabricar algunas tinajas, y gloriarse con sus rábanos que son estraordinariamente gordos, blancos y tiernos, segun me han dicho. Dista 19 leguas de Madrid y 50 de Granada.

Mas ya es tiempo de que penetremos en sus calles tortuosas y de que visitemos la parte alta que es donde fué el teatro de la nocturna aventura de nuestro ingenioso hidalgo. Desde luego nos encaminamos á la plaza y aunque era muy entrada la mañana no se oia en todo el lugar sino ladridos de perros, rebuznos de jumentos y otras voces de diferentes alimañas. Algunos labradores cruzaban de acá para allá y sus rostros ladinos ó estúpidamente maliciosos me hicieron tener por ciertos los cantares que sobre el



Vista de la iglesia y plaza del Toboso.

caso se entonan en Miguel-Esteban y La-Mota (1).

En la plaza está la iglesia, y sobre la izquierda, pegadas á ella, las bóvedas de Sepelio, y no muy lejos una callejuela sin salida, todo lo cual sabia muy

(1) Allá van las seguidillas tal como las he oido á mi guia, que era del Campo de Criptana, y á un labriego de La Mota.

Si el Toboso se muere
sin heredero
de derecho le viene
á Villarobledo,
Su tonteria,
que ambos corren parejas
por mas que digan.
Si faltase el segundo
¿quién entrará?
el Campo de Criptana
reclamará.
Mas no llore el Toboso
que aunque se muera
no ha de haber por lo tonto
quien le suceda.

bien el ladino Sancho cuando apoyándose en ello trataba de disuadir á su señor. Estas memorias no eran para perdidas, por consiguiente sin reparar en lo ardiente del sol canicular me sente en las escaleras del rollo que ocupa el centro de la plazuela y me puse á trazar el ligero borron que hoy ofrezco á mis lectores. Mas, en verdad sea dicho, no se muestran en el Toboso mas aficionados á los artistas que á los ejecutores, pues antes de que acabase de tantear la torre que tomó D. Quijote por palacio, vino sobre mí tal nube de piedras que preciso me fué dejar la obra para mejor ocasion, pues los tobosescos angelitos daban mayor impulso á los cantos de lo que á mis delicadas carnes convenia.

La iglesia es gótica, de los últimos tiempos; pero habiendo caido un rayo que destruyó la cúpula fué cubierta de nuevo, concluida y restaurada REINANDO EL REY DON FELIPE IV, en 1667 como dice una inscripcion que se lee en la cornisa. Tiene tres naves y la piedra está mal pintarrajeada. El retablo principal y los de la mayor parte de las capillas son platerescos y hay algunos cuadros no malos en los entablamentos. Tambien merecen examinarse algunas estátuas trazadas por la manera gótica, de buenos pliegues y correcto dibujo. En una de las capillas del costado yace D. Francisco Morales Nieva que dejó una dotacion para que fuesen pensionados á estudiar á Alcalá algunos jóvenes. La torre es sólida y la portada, aunque de poco gusto, hace buen efecto: se concluyó en 1618. Las armas del Toboso son unas matas de toba y un oso entre ellas: alrededor se lee este lema: «*Por ser sitio deleitoso, el gran maestre fundó esta villa del Toboso.*»

Comprando un queso (1) para presentarle en la casa de mis padres, como trofeo; despidiéndome del cura, á quien volví á ver en casa del escribano, y sin hallar huella de cosa alguna que de contar sea, salí para Manzanares si no satisfecho, contento al menos por el fruto que habia recogido en mi estraña espedicion, cuyo relato sentiré lector carísimo que no haya sido de tu agrado.

J. GIMENEZ-SERRANO.

PALACIO DE ESPAÑA EN EL HAYA.

En aquellos tiempos de gloria para España, en que paseaban nuestros mayores llenos de ufanía, el estandarte nacional por todo el orbe, pensó nuestro gobierno, y pensó bien, que no convenia á los representantes de un gran pueblo el habitar en las córtes estrangeras, un modesto albergue, elejido tal vez por la mezquindad individual. A fin de poner coto á los funestos efectos que pudieran nacer de la divergencia de gustos ó pareceres por parte de los embajadores españoles, creyó oportuno el adquirir, en cada capital, un palacio en cuyas puertas permaneciesen fijas las armas de España y que sirviese de morada á los individuos que formasen parte de la legacion que enviara S. M. Acertada determinacion que, sin real gravámen del erario, ponia á cubierto la dignidad nacional y dejaba desarmada la avaricia ó ignorancia de cualquier diplomático, hijo quizá del acaso.

Era por entonces, el Haya, centro de las negociaciones políticas de Europa, como que en aquel real sitio que elijieron para su residencia los estatúderes y soberanos de los Paises Bajos, se firmaron infinitos tratados y se llevaron á cabo negociaciones de la mayor importancia. Solia por lo mismo el gobierno de Madrid escojer para representantes suyos en aquel punto personajes notables por su ilustracion y precedentes, siendo largo el catálogo que pudiéramos copiar de hombres eminentes que merecieron tan señalado honor. Allí residieron el duque de Osuna y el marqués de Monteleon, embajadores estraordinarios y plenipotenciarios que firmaron, á nombre de Felipe V los tratados de Utrecht; allí se ajustó en 1720, el convenio para la suspension de armas entre el emperador y el rey de España, con sus aliados; el célebre marqués de Grimaldi residió tambien allí, en clase de embajador de Fernando VI y otros varios cuyos nombres fuera harto prolijo el citar.

No solo la consideracion de decoro y dignidad, sino otra muy poderosa aconsejaba el adquirir en el Haya un palacio para morada de la legacion española. Los Paises Bajos holandeses, sometidos al influjo de los Estados Generales, al romper los vínculos de obediencia que los unian á España, renunciaron al culto católico que habian profesado sus mayores, durante una série no interrumpida de siglos. Quedaron, no obstante, algunos, aunque pocos habitantes que desdeñando los consejos y ejemplos de sus parientes y amigos, permanecieron fieles á sus primitivas creencias. Veíanse estos privados de ejercer públicamente las devociones religiosas, en cuyo caso se hallaban, de igual modo, algunos españoles que llevaban el comercio ó los quehaceres á tan apartada rejion, y los mismos individuos que componian la mision diplomática de S. M. En aquellos dias de fé, aunque no fuera por deseo propio, tenian los embajadores de las naciones católicas en córtes protestantes que proveerse de un capellan, si querian que sus criados les permaneciesen fieles, pues de lo contrario, pocos se habrian espuesto á morir sin los auxilios de la religion, entre gentes á quienes llamaban ellos herejes. Por lo mismo se pensó cuerdamente que dentro del recinto del palacio de la embajada, se podia edificar una capilla ó iglesia que sirviese para el culto y tranquilizase la conciencia de los católicos, adquiriendo el nombre español, de este modo y con esta proteccion, cierto respeto que era un medio seguro de restablecer su pasado y perdido influjo.

En una de las calles mas sosegadas de la pequeña ciudad que, sin ser capital, es cabeza de los Paises Bajos holandeses, se edificó, á mediados del siglo XVII, sin que se sepa á punto fijo el año, un modesto y elegante palacio, de aspecto severo, pero de proporciones tan vastas que encerrase toda clase de comodidades y conviniera para los usos á que era destinado. Corre su fachada, de labrada piedra, de Norte á Sur, y presenta al público una série de balcones bajos y elegantes que forman el solo piso del edificio. Casi á la mitad, formando centro de un medio punto, se eleva una hermosa puerta, sobre

(1) Segun nuevas por mi recogidas han visitado muchos estrangeros estos lugares que yo tengo el orgullo de haber descrito el primero: entre ellos varios ingleses compraron quesos para dar con ellos un banquete á sus amigos de Lóndres.

la cual están grabadas en piedra berroqueña, las armas de España. Desde ella se divisa un inmenso patio, en cuyo centro ostenta su sencilla gallardía una iglesia aislada, con elevada cúpula y mas elevadas torres que, desde fuera, parece que forman parte del cuerpo principal del palacio. Detrás de esta capilla se estiende un vasto espacio que, en otro tiempo, fué cementerio católico y en el dia es jardin.

Todos los ministros de S. M. á porfía trataron de hermosear aquella su morada, que podia llegar á ser su sepulcro, como lo era de infinitos compatricios ó correligionarios suyos. Quienes procuraban adquirir riquezas para la iglesia, en adornos y ornamentos; quienes mas profanos, trataban de hermosear el palacio, introduciendo incesantes y útiles mejoras. Los primeros regalaron á la capilla muchos vasos sagrados de suma riqueza y esquisito gusto; los otros adornaron los espaciosos salones con soberbios artesonados, inmensos espejos, cornisas, capiteles y molduras de gran precio. Uno de estos últimos, como llegase al Haya, despues de haber residido muchos años en Stokolmo, introdujo en su nuevo palacio el uso de las chimeneas suecas, de hermosa y pintada porcelana, que suben hasta los dorados techos. En ellas se ven aun, de brillantes colores, las armas de España que no pudieran borrarse sin destruir la obra, pensamiento cariñoso que ha dado perpetuidad á una gloria que, por desdicha, ha pasado ya.

Puso el cielo por término á tal grandeza el dia en que Napoleon alzándose de la oscuridad en que habia nacido, se presentó á las naciones como un rayo destructor. Luchó España con denuedo, resistiendo ante una agresion injusta, lejos, ay de adivinar la recompensa que le preparaba, por tantos sacrificios, el mas ingrato de los reyes. Mas incauta Holanda, doblegó su cerviz al yugo estranjero, y de hecho allí, como nominalmente en Madrid, hubo un monarca de la familia de Bonaparte. No es posible adivinar qué espíritu de destruccion dominaba á los franceses de aquellos dias; pero, es lo cierto que las autoridades quisieron apoderarse de cuantos edificios poseia España en Paises estranjeros con el fin de derribarlos y emplear los materiales en otras obras.

Por impensada fortuna, evitó esta triste suerte el palacio de la legacion española en el Haya, y pasados los primeros momentos, cuando el rey José Bonaparte envió al señor Teran en clase de ministro residente á la córte de su hermano, el monarca de Holanda, se pensó, no ya en la demolicion, sino en la venta del edificio. Era por entonces capellan mayor de la iglesia que dependia del ministro de España, D. Francisco Jacobo Raynal, sugeto de evangélicas virtudes y servidor leal del gobierno que lo habia favorecido. Con su dulzura pudo evitar, por mucho tiempo, la destruccion de la capilla que tanto amaba; pero, á la llegada del señor Teran supo con dolor que este ministro habia recibido instrucciones terminantes en virtud de las cuales se veia precisado á vender al punto el palacio de la legacion con sus dependencias. No pudiéndose conformar á que la nacion española esperimentase, de un modo definitivo, semejante pérdida, trató de obtener del señor Teran el que lo comisionase para aquella venta y que se hiciere esta de una manera clandestina. En seguida, lleno de fé en el triunfo de la independencia de su patria adoptiva, buscó y determinó á un celoso católico, amigo suyo, llamado Van-Post-Huyze, señor de Risemburs, á que, tomando la casa de la embajada con la condicion de devolverla á la nacion, mediante la satisfaccion e la suma empleada en su compra, evítase los ofrecimientos de especuladores menos generosos. En virtud de este secreto convenio, se ejecutó la venta en dos escrituras repasadas: en una toda la plata, ornamentos y demas efectos de la capilla, por lo cual dió el holandés 8.000 florines (64.000 rs. vn.) siendo así que solo la plata pesaba casi el total de esta cantidad y valia mucho mas; y en la segunda escritura se comprendieron el edificio, cocheras y jardin cedidos en la suma de 20.000 florines (160.000 rs. vn.) Los espejos que existian en el palacio valian solos mas de 3.000 florines (24.000 rs. vn.) Los gastos de la venta ascendieron á 2.000 florines (16.000) por manera que produjo aquella cesion la cantidad total de 30.000 florines (240.000 rs. vn.) De estos cerca de seis mil florines (48.000 rs. vn.) se destinaron al pago de atenciones que pesaban sobre el tesoro español; de suerte que, en caso de recuperacion, venia á ser la pérdida efectiva de 24.000 florines (192.000 rs. vn.), y en el caso contrario se perdian tal vez tres cuartas partes del valor total.

El comprador se obligó bajo su palabra, digna de toda fé, á entregar al gobierno español cuanto recibia, siempre que se le devolviese la cantidad adelantada, á la cual solo queria que se le añadiesen los intereses, á estilo de comercio, segun la costumbre del país, y como si fuera un mero anticipo y no una renta. Esta cláusula fué tan secreta que, andando el tiempo, varios personajes, y especialmente los embajadores de las naciones católicas, ofrecieron al señor Van-Post-Huyze el darle una razonable ganancia si queria cederles el palacio que habia sido de la legacion de España; pero el honrado holandés se negó constantemente á todo trato, teniendo en mas el cumplimiento de su palabra que cualquier provecho propio. Era esto tanto mas laudable cuanto que, por entonces, no era fácil prever el resultado de la lucha que mantenia España contra Napoleon, y que si el trono de José se habria cimentado no habia jamás de llegar el caso para el prestamista de recuperar su dinero adelantado. Sin embargo, cuidó este con el mas solícito cuidado, no solo el palacio, sino la plata de iglesia, como si esperase á cada instante que se le reclamara aquel precioso depósito.

Sobrevinieron en esto los sucesos de 1814, célebres en los fastos de Europa, no tanto por su obra de pacificacion como por el mal uso que de la victoria hicieron los vencedores. A España volvió Fernando VII, y la Holanda, unida á Bélgica, formó el reino de los Paises Bajos, en cuyo trono se sentó la antigua estirpe de Oranje Nassau. Apenas hubo alguna quietud y el rey católico envió un representante al nuevo estado, el fiel y leal Van-Post-Huyze, considerándose, no como dueño, sino como depositario ó guardian del palacio de España, se presentó, en cumplimiento de su palabra, á ofrecer la devolucion ofrecida. Era por entonces muy entrado el año de 1815, encargado de negocios de S. M. en el Haya D. Diego Colon, descendiente del ilustre almirante de Indias, quien informado del caso, enteró de todo á su gobierno, siendo de parecer que, no solo convenia recuperar el palacio y plata de iglesia, sino que

era un deber de España el mostrar su gratitud de un modo público, al Sr. Van-Post-Huyze y á Don Francisco Jacobo Raynal.

La corte de Madrid no fué del mismo parecer, pues creyó, segun las formas oficinescas de aquella época, que ni recibir sería bueno sin dictámenes, espediente y trámites usuales. En vista de esto escribió al general D. Ricardo de Alava, ministro en Bruselas, dándole encargo de que, cuando por acompañar al rey fuese al Haya, se enterase é informase acerca del particular. No era aquella residencia, por aquellos años tan grata como la de Bruselas para una persona afecta al trato como el general; así es que este, sin mostrarse hostil á la adquisicion, se inclinó á creer y persuadió que no era cosa de la mayor importancia. Proponer al gobierno español, de aquella época, el no hacer era no solo un medio seguro de acertar, sino de complacerlo; por cuya razon D. Pedro Cevallos que era á la sazon ministro de estado, dió completamente al olvido este negocio, pareciéndole mas corto el suministrar anualmente mil doblones al representante de S. M. en los Paises Bajos para gastos de casa, que el invertir cuatro ó cinco mil de una vez y para siempre en tan preciso servicio. Los demás secretarios de estado y del despacho que le siguieron fueron del mismo parecer, y cuando en años malos, no pudo España atender á las necesidades de sus diplomáticos, vió el Haya con asombro y dolor al encargado de negocios de España habitando un reducido cuarto, apenas digno de un estudiante, en una casa de huéspedes, en tanto que las armas de la nacion española permanecian grabadas encima de las puertas del antiguo palacio. Vivia en este y vive aun el ministro del rey del Prusia, quien en las noches de sus alegres saraos, cubre con jarrones de flores el escudo de las armas españolas pintadas en sus altas chimeneas suecas. ¡Flores emblemáticas que recuerdan antiguos triunfos y glorias pasadas!!!

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

RECUERDOS DE ALGUNOS MINUTOS DE TORMENTO.

Las gentes de gusto se lamentan de la invasion del vals de dos tiempos y de la polka, que han logrado hacerse de moda: estos bailes, poco graciosos para las mugeres, hacen ridículos á los hombres: si los que valsan á dos tiempos pudieran verse en movimiento, se abstendrian de volver á valsar. El vals á dos tiempos ha descompuesto mas de un matrimonio en ciernes. A través de la invasion indicada, ha logrado conservarse el vetusto y grave rigodon inalterable en sus formas, en sus detalles y hasta en sus episodios.

La casualidad nos ha hecho escuchar algunos diálogos entre las parejas, y hemos observado que son siempre los mismos, como si formaran parte integrante de las figuras: diríase que las palabras que los constituyen son enseñadas por los maestros de baile y pueden cantarse al son del trení ó de la pastorela, pues se repiten entre todos los bailarines durante una noche entera, sin la menor alteracion.

Primera figura, descanso, diálogo.

—¡Qué calor hace!

—¡Ah! sí, ó ¡ah! no.

—Teneis un precioso vestido de color de rosa (variante si el color es azul, amarillo, etc.) es un color muy bello el color de rosa. ¿Habeis concurrido á muchos bailes este invierno?

—Este año ha habido bastantes reuniones. Yo he tenido *el placer* de veros en casa de... (nombrar una casa cualquiera donde sea de buen tono concurrir aunque jamás la hayais pisado.)

Segunda figura, cadena, balancé, á sus puestos, diálogo. Las relaciones se estrechan, la conversacion se hace mas interesante.

—¡Qué hermoso color es el de vuestro pelo; yo adoro los cabellos negros (ó rubios, ó castaños, segun que la persona con quien se baila sea morena ó blanca.)

—Estais muy linda con vuestro tocado, eclipsais á todas las damas del salon.

—Sois muy lisonjero.

Momentos de silencio. Empieza la tercera figura. Interrupcion. Esto es lo que los moralistas califican de bailes mezclados de palabras ardientes, llenas de seduccion, en que el amor toma las formas mas atractivas para conquistar terreno.

Pero llegamos á la pastorela y al solo.

He conocido hombres valientes é intrépidos, cuyo cuerpo se hallaba cubierto de heridas, hombres á quienes habia visto desafiar la muerte con la sonrisa en los labios y el semblante impasible. Pues bien, en este momento solemne del solo, no he visto uno que no vacilara, que arreglándose la corbata, pasándose la mano por el pelo, no tratara de mostrarse sereno, de desechar la turbacion y el temor que le acometian, hasta el punto de encenderse su rostro inclusa la cicatriz hecha en su frente por el sable enemigo.

Y ciertamente la posicion es crítica: se encuentra uno delante de sí con un espacio que es preciso llenar de gracia y de elegancia, á los ojos de personas que no hay que esperar se distraigan un momento. Se halla en un teatro sin estar mas elevado que los espectadores, todas las miradas están fijas sobre él. El frac os incomoda, os turbais tan solo de miedo de turbaros, vuestros ojos se nublan, vuestras rodillas se doblan y se niegan á obedeceros, se os figura á vos mismo que os habeis convertido en uno de esos dominguillos cuyas piernas y brazos se hallan mal unidas y próximas á desencuadernarse, y hasta vuestra respiracion, en fin, es dificil y penosa.

Desearíais que la araña se hundiese, sino sobre vos, sobre cualquiera otro, ó que el fuego de la chimenea se comunicara á algun objeto.

El acontecimiento mas funesto os llenaria de regocijo con tal que pusiera fin á vuestra angustia.

Usais de una infinidad de inútiles subterfugios, no os atreveis á mirar á los que se hallan enfrente de vos, pero os turbais al notar que bajais los ojos, quereis abrirlos y no os obedecen, ó si lo conseguis os encontrais por todas partes con miradas escudriñadoras y burlonas.

Empezásteis por marchar y os reprendeis vuestra timidez: es preciso bailar con soltura y en vuestro arranque de valor comenzais un paso que no podeis acabar; ya no sabeis que hacer y la música sigue todavía los compases que os corresponden: os deteneis delante de las dos señoras, el caballero medita

ya su solo y se halla turbado y distraido con anticipacion; tendria piedad de vos porque un instante despues habrá menester de vuestra piedad y os tenderia de buena gana la mano, pero las señoras.... os ven allí atado, con el cuerpo ligeramente inclinado hácia adelante, las manos estendidas y en vuestros labios una sonrisa estúpida y contraida, y no os sacan del apuro dándoos á su vez las manos para la vuelta hasta que el compás lo ordena rigorosamente.

Yo aprendí en mis tiempos á bailar: una vez quise practicar las lecciones de mi maestro, pero nunca he llamado la muerte con tanta resolucion, como la primera vez que me ví formalmente en el caso de hacer un solo.

Todo comenzó á dar vueltas en torno mio, las parejas tenian á mis ojos formas estrañas.

Las notas de la música producian un sonido desacorde é insufrible, que parecia burlarse de mí.

Las figuras de los cuadros se movian y se reian á carcajadas.

Las bujías danzaban en los candelabros y la trompeta de piston me parecia la del juicio final, y en efecto allí me juzgaban de torpe y estúpido.

Todo desapareció; no sé como tuvo fin aquel lance y me encontré en mi puesto al lado de la muger que habia invitado á bailar, no me atrevia á hablarla ni á mirarla, asi es que no ví su semblante, pero me pareció que su desprecio se manifestaba hasta en las puntas de sus pies y en los pliegues de su vestido.

Jamás desde entonces me he espuesto á otro suplicio semejante.

Los sucesos políticos alejaron al público de los teatros y el año cómico concluyó de hecho prematuramente, sin señalar su término con ninguna novedad notable. Ya que la falta de materia nos haya obligado á guardar forzoso silencio en punto á teatros, queremos interrumpirle para informar á nuestros lectores de cómo se inaugura la nueva temporada. Nunca se han formado tantos proyectos para el fomento de la literatura y del arte dramático como en estos últimos meses, nunca sin embargo se ha presentado mas insegura la suerte reservada á los autores y á los artistas. Debia esperarse que los decretos del gobierno, las personas nombradas para entender en el arreglo de teatros y los autores constituidos en sociedad, no darian ningun resultado notable, pero lo que no podia presumirse es que comenzara el nuevo año cómico sin que la Córte tuviera un teatro que pudiera llamarse Nacional y que el público se viera privado de aplaudir á sus actores predilectos, que por un sentimiento de gratitud han rehusado los ventajosos ajustes con que se les brindaba, esperando que no se daria el escándalo de que el teatro del Príncipe permaneciera cerrado, cuando no llegó este caso ni aun en los calamitosos tiempos de la última guerra civil. Estaba reservada al ayuntamiento actual, la gloria de hacer que se echara de menos aquella época en que la literatura dramática contó con mas apoyo que al presente y no hubo nunca temores de que Madrid careciera de un teatro digno de la capital. Dícese que al fin la corporacion municipal se decide á que el Príncipe corra por su cuenta, pero hasta ahora nada hay resuelto. Los teatros que tienen ya establecida compañia son los siguientes. La Cruz, á cuyo frente se pone el señor de Dardalla protegido por una reunion de personas de elevada clase, que prefieren la literatura andaluza, el *Melodioso* caló y las *edificantes* escenas de gitanos, á las dulzuras de nuestro teatro antiguo y al fomento de nuestra literatura *racional* contemporánea; el Instituto, que cuenta con las señoras Baus, Pamias, Sanpelayo, los señores Caltañazor, Lumbreras, Aznar, y otros actores apreciables; Variedades, en cuyo coliseo se ha formado una compañía que promete pocos resultados ventajosos, y el Circo en fin, que sigue dando representaciones de ópera y baile, con escasas probabilidades de que las funciones del primer género sean tolerables y con un vacío difícil de llenar en las del segundo, la ausencia de la Guy, á no ser que la quiebra del Liceo de Barcelona haga que pise nuevamente el erreno de sus triunfos. Tal es en resúmen el aspecto, no el mas lisonjero por cierto, que ofrecen los teatros al comienzo del año cómico de 1848; acaso por una de esas anomalías tan frecuentes en España concluya formando época por la brillantez que lleguen á conseguir nuestros coliseos. Tendremos al corriente á los lectores de la marcha que sigan.

CARICATURAS.



Antes de la Cuaresma y despues de la Cuaresma.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



Castaños.



Palafox.

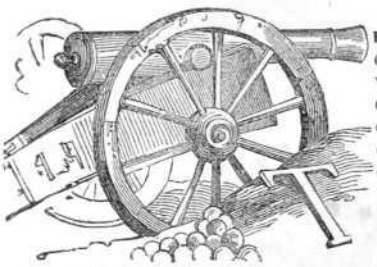


Napoleon.



Wellington.

EL DOS DE MAYO.



RISTE á la par que glorioso aniversario es el Dos de Mayo, del inolvidable dia en que retumbando en Madrid el estampido del cañon, conmovió hondamente todo el ámbito de España y dió al pais la señal de un alzamiento general en defensa de su independencia. Cuarenta años hace que el pueblo solemniza la conmemoracion de tan heróica jornada, sin que el tiempo logre disminuir la respetuosa admiracion con que se recuerda aquel suceso que constituye una página sublime de la historia de España. Esta perpetuidad es la que distingue la memoria de los hechos verdaderamente grandes, de la de los triunfos ó derrotas que alcazan alternativamente los partidos en sus luchas mezquinas y apasionadas.

Por eso que el 2 de Mayo es una fiesta nacional que preocupa todos los ánimos, hemos creido complacer á nuestros lectores dedicándola por completo este número, el mas próximo á la del presente año. Todos los grabados de él son de asuntos pertenecientes á la guerra comenzada en 1808, y al pié de estas líneas insertamos una vigorosa y enérgica composicion, que el célebre y malogrado Espronceda publicó en EL LABRIEGO: nuestros lectores comprenderán que adoptando esta inspiracion, enérgicamente dolorosa de uno de los ingenios españoles que mas han brillado en este siglo, no lo hacemos por el sentido en que esté escrita, ni nos proponemos invadir el campo de la política, sino cumplir con uno de los objetos del SEMANARIO, que, como galeria literaria, debe archivar en sus columnas las composiciones de todos géneros, que, consideradas en el terreno del arte, se hallen por su mérito á tan elevada altura, como la que hoy reproducimos dedicando al propio tiempo un recuerdo á la memoria del admirable cantor de *El Diablo mundo*, que, el mes de Mayo tambien de 1842, dejó de existir, perdiendo con él la Patria uno de sus mas esforzados y generosos hijos y la literatura española uno de los ingenios que mas debian contribuir á levantarla de su decadencia.

POESIA.

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! cual las olas
Del hondo mar, alborotado brama;
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencia aclama.

Hombres, mugeres vuelan al combate;
El volcan de sus iras estalló:
Sin armas van, pero en sus pechos late
Un corazon colérico español.

La frente coronada de laureles,
Con el botin de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los corceles
En cien campañas, veterana tropa,

Los que el rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron á sus pies naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridones;

A eterna lucha, á desigual batalla,
Madrid provoca en su encendida ira,
Su pueblo inerme allí entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira.

Graba en su frente luminosa huella
La lumbre que destella el corazon;
Y á parar con sus pechos se atropella,
El rayo del mortífero cañon.

¡Oh de sangre y valor glorioso dia!
Mis padres cuando niño me contaron
Sus hechos ¡ay! y en la memoria mia
Santo recuerdo de virtud quedaron!!

«Entonces indignados me decian,
Cayó el cetro español pedazos hecho;
Por precio vil á estraños nos vendian,
Desde el de Carlos profanado lecho.

La corte del monarca disoluta,
Prosternada á las plantas de un privado,
Sobre el seno de impura prostituta,
Al trono de los reyes ensalzado.

Sobre coronas, tronos y tiaras,
Su orgullo solo, y su capricho ley,
Hordas, de sangre y de conquista avaras,
Cada soldado un absoluto rey,

Fijo en España el ojo centellante,
El Pirene á salvar pronto el bridon,
Al rey de reyes, al audaz jigante,
Ciegos ensalzan, siguen en monton.»

Y vosotros ¿qué hicísteis entre tanto,
Los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto
O adular bajamente á la fortuna:

Buscar tras la estranjera bayoneta
Seguro á vuestras vidas y muralla,
Y siervos viles, á la plebe inquieta,
Con baja lengua apellidar canalla.

¡Canalla, sí, vosotros los traidores,
Los que negais al entusiasmo ardiente,
Su gloria, y nunca vísteis los fulgores
Con que ilumina la inspirada frente!

¡Canalla, sí, los que en la lid, alarde
Hicieron de su infame villanía,

Disfrazando su espíritu cobarde.
Con la sana razon segura y fria!

Oh la canalla, la canalla en tanto,
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo,
Quebrantó las cadenas de la tierra:

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogia,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos,
Levantando á su príncipe ofrecia.

Brilla el puñal en la irritada mano,
Huye el cobarde y el traidor se esconde;
Truena el cañon, y el grito castellano,
De Independencia y Libertad responde.

¡Héroes de Mayo levantad las frentes!
Sonó la hora y la venganza espera:
Id y hartad vuestra sed en los torrentes,
De sangre de Bailen y Talavera.

Id, saludad los héroes de Gerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y á los de Zaragoza, alta corona
Ceñid que aumente el esplendor del cielo.

Mas ¡ay! ¿Por qué cuando los ojos brotan
Lágrimas de entusiasmo y de alegria,
Y el alma atropellados alborotan,
Tantos recuerdos de honra y valentia;

Negra nube en el alma se levanta,
Que turba y oscurece los sentidos,
Fiero dolor el corazon quebranta,
Y se ahoga la voz entre gemidos?

¡Oh, levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que aun arde en ella y con eterna vida,
La luz de la victoria!

¡Oh, levantadla del eterno sueño,
Y con los huecos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño,
La verguenza y baldon de vuestros hijos!

Quizá en vosotros, donde el fuego arde,
Del castellano honor, aun sobre vida
Para alentar el corazon cobarde,
Y abrasar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¿Cuál fué el galardon de vuestro celo,
De tanta sangre y bárbaro quebranto,
De tan heróica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura,
Sobre huesos de héroes cimentado,
Un rey ingrato de memoria impura,
Con eterno baldon dejó manchado.

¡Ay! Para herir la libertad sagrada,
El príncipe, borron de nuestra historia,
Llamó en su auxilio la francesa espada,
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron,
Y esa sagrada tumba abandonaron,
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron,
Y hollarla á los franceses les dejaron.

Como la mar tempestuosa ruje
La losa al choque de los cráneos duros,
Tronó y se alzó con indignado empuje,
Del galo audaz bajo los pies impuros,

Y aun hoy hélos allí que su semblante,
Con hipócrita máscara cubrieron,
Y á Luis Felipe en muestra suplicante,
Ambos brazos imbéciles tendieron.

La vil palabra ¡intervencion! gritaron,
Y del rey mercader la reclamaban;
De vuestros timbres sin honor mofaron,
Mientras en su impudor se encenagaban.

Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
De la antigua hidalguia,
Del castellano honor que en la memoria,
Solo nos queda hoy dia.

Hoy esa raza, degradada, espúria,
Pobre nacion, que esclavizarte anhela;
Busca tambien por renovar tu injuria,
De estrangeros monarcas la tutela.

Verted juntando las dolientes manos
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar nuestra mancilla

Llorad como mugeres, vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! en el dolor inmenso que me inspira,
El pueblo en torno avergonzado calle;
Y estallando las cuerdas de mi lira,
Roto tambien, mi corazon estalle.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.



LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

España, que un tiempo llevó triunfantes sus pendones de una á otra parte de Europa, habia descendido á principios del siglo actual al último estremo de decadencia; regida por un poderoso favorito tan débil como lleno de mercedes, dominada por una corte viciosa que contribuyó en mucho á la relajacion de los vínculos sociales y á enervar las fuerzas del ánimo, nada habia que escitara el valor y el celo de sus hijos, para librarla de la próxima ruina que la amenazaba. Tal era su estado, cuando la fama publicaba por todos los ángulos de la tierra, las insignes proezas, los brillantes triunfos y vastas conquistas con que se iba engrandeciendo el genio atrevido y colosal, que nacido entre las rocas de una pequeña isla, osaba aspirar á la dominacion del continente Europeo. Estremecíanse muchos tronos al estrepitoso ruido de sus armas, y á su impulso vacilaban las coronas de los reyes, pasando algunas de las sienes que las ceñian á ocupar otras sienes á voluntad del conquistador. Sumisas las naciones débiles y en guardia las poderosas y fuertes recibian resignadas las primeras el yugo del vencedor y se apresta-ban en silencio las segundas á reunir y á aumentar sus esfuerzos para resistirle.



Dos de Mayo.

Imprevisores los que gobernaban á España en aquella desventurada época, y poco celosos del honor nacional, se creian seguros y hasta favorecidos, aliándose al que ya se proclamaba Emperador de los franceses, y forjaba con astucia las cadenas con que pretendia amarrar aquel pais al carro de sus triunfos.

Sus huestes inundaron la península, posesionándose de las mejores plazas y fortalezas, dando el pretesto de arrojar de los puertos lusitanos el poder de la Gran Bretaña, pero en realidad para preparar la ejecucion de sus planes usurpadores, á los cuales ayudaban las rencillas y abyeccion de nuestra corte, que llegó al estremo de implorar la mediacion del invasor para componer y arreglar sus domésticas disensiones.

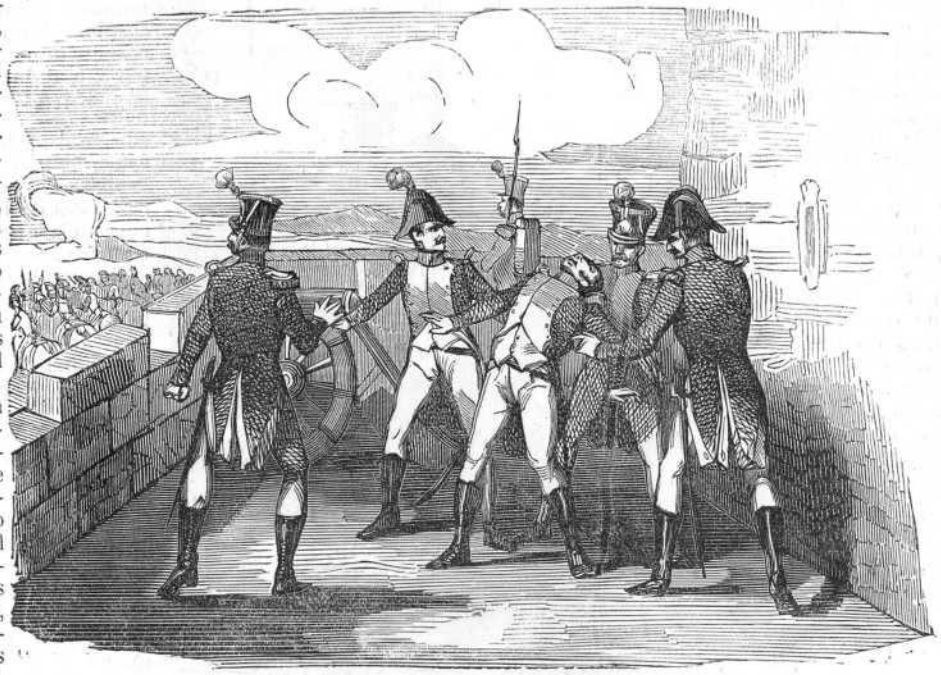
Veinte y cinco mil soldados llegaron en fin á Madrid, mientras á Fernando, monarca ya por la abdicacion de su padre, se le hacia ir á Bayona, camino que no tardaron en seguir Cárlos IV y María Luisa, señalándose igualmente para la partida de D. Antonio y de D. Francisco el memorable 2 de Mayo de 1808, cuando ya el pueblo de Madrid se hallaba sobresaltado y receloso de los planes de Napoleon y de la conducta de su cuñado Murat, general de las tropas y principal agente de sus intrigas en la corte. Corrióse el velo que cubria la perfidia, y entre la engañosa oliva asomó su punta el puñal de la traicion. Estremecióse de indignacion el pueblo, se inflamó el noble coraje castellano y á pesar de la falta de armas, de la



Batalla de Bailen.

inutilidad de aquel gobierno, y de la timidez de las autoridades, consiguió empañar el brillo radiante de las armas aterradoras, despreciando el estrago de cien bocas de fuego vueltas cobardemente contra un pueblo inerme.

Al caer Daoiz y Velarde víctimas de la traicion, traspasados de mil heridas, exhalóse de sus moribundos lábios el grito de venganza é independencia; estos acentos, pronunciados al piédel cañon, fueron recogidos como un rico legado, como el don mas precioso que dejaban á su patria dos héroes al morir.



Defensa de Gerona.

El leon de España despertó de su vergonzoso letargo al ver talados los campos, destruidos los hogares, incendiados los pueblos. El grito de independencia lanzado el Dos de Mayo dió la señal para el alzamiento del pueblo hispano, uniformó la opinion de todas las provincias, aterró las águilas imperiales, cubrió de oprobio y confusion á los invasores entre otros puntos en Bailén, Gerona, Zaragoza la heroica, Talavera, Vitoria y San Marcial, hasta obligar á huir del país á aquellas falanges aguerridas, cuyas victorias repitieran veloces los ecos, en las amenas florestas de Siria, á la falda del monte Tabor y al pié de las Pirámides.

El noble ejemplo dado en Madrid el 2 de Mayo habia hecho á España invencible á las desgracias, y el esfuerzo admirable de sus hijos la convirtió en el instrumento que arrojó al usurpador al peñon de Santa Elena y redimió á la Europa de la tiranía con que la amenazaba: lejos de domar aquel gran genio la fiereza castellana, no hizo mas que despertarla, produciendo el armamento general, é infundiendo en todos los españoles el deseo de recobrar su independencia. La sangre vertida en aquella lucha fecundó el gérmen de libertad que yacia inerte sepultado en los campos de Villalar, aquel alzamiento general inclinó á pensar en la reconquista de justos derechos, y las Córtes de Cádiz, haciéndose oir sobre el estruendo de las batallas y el tumulto de la época, se apresuraron á proteger con leyes justas aquellas garantías de que jamás deben desentenderse los pueblos que tengan en algo su dignidad y apetezcan su dicha.

Un rey ingrato destruyó la obra de aquella asamblea, pagando así los sacrificios que la nacion hizo por él; y es fama que al verificar su entrada en Madrid en Mayo de 1814, ni por curiosidad fijó una mirada en el Campo de la Lealtad, en que habian sucumbido los primeros mártires de su causa. Diez y seis años reinó sin que añadiera una sola piedra al monumento comenzado á erigir á la memoria de las víctimas del 2 de Mayo, el cual fué al fin concluido en 1840, diez despues de su muerte.



Defensa de Zaragoza.

La historia, inflexible apreciadora de los hechos, perpetuará á través de los siglos, el nombre de la nacion vencedora de la colosal figura en que revivió el espíritu de los Alejandros y los Césares, y retratará con odiosos colores al hombre que inmerecidamente fué despues llamado á re-

gir sus destinos, pagando con ingratitudes los sacrificios que habia hecho para sentarle en el trono.

Hemos reproducido ligerísimamente una historia de todos conocida, pero que nunca se encomiará demasiado y que es tan notable por sus circunstancias como por la inmensidad de sus consecuencias. Grata tarea es recordar en estos tiempos las pasadas glorias de nuestro pais, que mostró en la guerra de la independencia su moribunda dignidad y energía, haciendo el último esfuerzo, tal vez, para ofrecer un testimonio evidente, de que aun eran entonces los españoles dignos descendientes de aquellos bravos, generosos y emprendedores castellanos, que lucharon por tanto tiempo para librarse de la opresion y servidumbre de los sarracenos, y que descubrieron un nuevo mundo para que nunca faltase el sol de los dominios de España.

—

EL VERDUGO.

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.



Choque entre los soldados de Napoleon y el pueblo.

Las doce acababan de sonar en el reloj del castillo de Menda. Un jóven oficial francés estaba apoyado contra la cerca de piedra que rodeaba el terraplen de los jardines, y parecia entregado á reflexiones mas sérias y profundas que las que inspira generalmente la frívola alegría de la vida militar. Era una de aquellas hermosas noches en que el cielo se presenta sin nubes, como un vasto campo de plata: brillaban las estrellas en el firmamento, y los pálidos reflejos de la luna difundian una claridad misteriosa sobre la encantadora y risueña campiña, en que está situada la romántica ciudad de Menda. Desde las barbacanas del castillo construido por los moros sobre la cima de una roca, se divisaban las azuladas hondas del Océano Atlántico, que se perdian en el horizonte, y aquella fortaleza convertida á la sazon en palacio de residencia, contribuia poderosamente á la pintoresca perspectiva que presentaba cuanto alcanzaba la vista.



José Bonaparte.

La tranquilidad de esta escena hacia curioso contraste con el bullicioso contento que animaba el interior del castillo. Infinidad de arañas de cristal esparcian su luz brillante al través de las entreabiertas ventanas: y el ruido del baile, los armoniosos sonidos de la música y las animadas voces de una concurrencia numerosa y escogida, se mezclaban al murmullo de las pacíficas olas que lentamente besaban la playa. La frescura de la noche que habia remplazado al insufrible calor del dia, y los deliciosos perfumes que exhalaban las flores y los arbustos, habian convidado al jóven militar con sus encantos, que no tardó en abandonar los seductores placeres del interior del castillo por el reposo que aquel ambiente, nuevo para él, ofrecia á las fatigas de sus ejercicios militares.

El castillo de Menda pertenecia á un grande de España de primera clase. Titulábase marqués de Leganés, y vivia en él con toda su familia, compuesta de su esposa, de tres hijos y dos hijas. La mayor de estas era una belleza perfecta, y el oficial francés no habia podido verla sin amarla con una pasion verdadera, violenta, frenética, que destruia su reposo, y le hacia alimentarse de quiméricas esperanzas. No fué ella insensible al efecto que sus gracias hicieron en el corazon del militar; cada vez que este la hablaba se teñia su hechicero rostro de un vivo encarnado, mas cuando ella le respondia, habia en el sonido de su voz, en la vaguedad de sus miradas, tan estraña mezcla de melancolía, de pesadumbre y de compasion, que tal vez esto le indujo á retirarse de los salones para entregarse con libertad á sus amorosas cavilaciones.

Aunque la familia del marqués se componia de cinco hijos, sus inmen-

sas riquezas y brillantes títulos hacian presumir que Clara fuese opulentamente dotada, cuando llegase el caso de elegirle un esposo; ¿podia pues Victor Marchand, hijo de padres pobres, aunque nobles de Paris, pretender en ningun caso enlazarse con una de las mas ilustres y orgullosas familias de España?

Los franceses eran aborrecidos en toda la península, y el general G., comandante en gefe de la provincia, tenia poderosas razones para sospechar que el marqués de Leganés era el alma de una conspiracion, cuyo objeto se dirigia á escitar un levantamiento en favor de Fernando VII. En consecuencia habia dispuesto que un fuerte destacamento á las órdenes de Victor se estacionase de guarnicion en Menda, á fin de contener cualquiera tentativa de insurreccion imponiendo con la fuerza de las bayonetas un temeroso respeto entre los habitantes de la ciudad, y los de las cercanías, que eran enteramente adictos á la voluntad del marqués, además de estar sometidos á su grande influencia. Habíase descubierto que este magnate entretenia una activa correspondencia con el gabinete de Lóndres, y el mariscal Ney no se descuidó en informar al general que los ingleses intentarian probablemente muy pronto un desembarco en aquellas costas, dándole al propio tiempo instrucciones rigorosas contra los pueblos de la provincia de... instrucciones que el comandante general estaba dispuesto á seguir, pues se hermanaban perfectamente con la dureza de su carácter. Transmitiólas á Victor con respeto á Menda; y este, á pesar de la buena acogida que tanto él como el destacamento que mandaba recibieron del marqués, no se descuidó un instante en tomar todas las medidas de seguridad que la prudencia y el estado de las cosas exigia. Al mismo tiempo que se paseaba de cuando en cuando, fatigado de la inaccion en que le habian sumergido sus amorosas ideas, dirigia indagadoras miradas á la ciudad, cuya situacion en una eminencia le permitia recorrerla toda, y se esforzaba en conciliar interiormente la conducta franca y amigable del marqués, la profunda tranquilidad de aquellos habitantes, con las dudas y recelos que le habia manifestado el general G. No tardó mucho tiempo en conocer que aquellos recelos eran fundados.



Las Córtes de Cádiz.



Fernando VII.

La ciudad que hacia algunas horas estaba entregada á la oscuridad y al silencio, parecia animada por un movimiento estraordinario; veíanse numerosas luces pasar de un barrio á otro; y se oia un confuso murmullo de voces humanas, donde pocos instantes antes solo reinaba la mas completa tranquilidad. Aunque aquel dia se celebraba la fiesta del apóstol Santiago, Victor habia dado órdenes estrechas de que en todas partes menos en el castillo, se apagasen las luces á la hora designada por los reglamentos militares. Inquietáronle pues aquellas alarmantes señales y mas cuando al través de las tinieblas vió brillar distintamente los cañones de los fusiles y las hojas de las bayonetas en los diferentes puestos de los centinelas franceses. A poco rato, un silencio solemne, precursor de otros males sucedió al primer murmullo, aunque las luces seguian brillando á lo lejos. ¿De qué podia nacer una infraccion tan clara á las órdenes que habia

dado? se preguntó á sí mismo el jóven oficial. Y en seguida, deseoso por curiosidad y por obligacion de sondear aquel misterio, se preparaba ya á saltar la cerca del jardin con el objeto de bajar por una senda pendiente, pero corta, hasta el cuerpo de guardia de la puerta principal de la ciudad, cuando le pareció oir casi á su lado un débil ruido semejante al que hace el paso de una muger cuando pisa la alfombra de un prado. Miró á todas partes con inquietud, pero no descubrió forma humana; pero cuál fué su asombro al divisar en medio de las aguas una escuadra que se dirigia hácia la costa! Al mismo tiempo oyó una ronca voz, que salia por una de las muchas aberturas que tenia la cerca; abrió Victor los ojos y reconoció al ordenanza que habia dejado en el castillo.

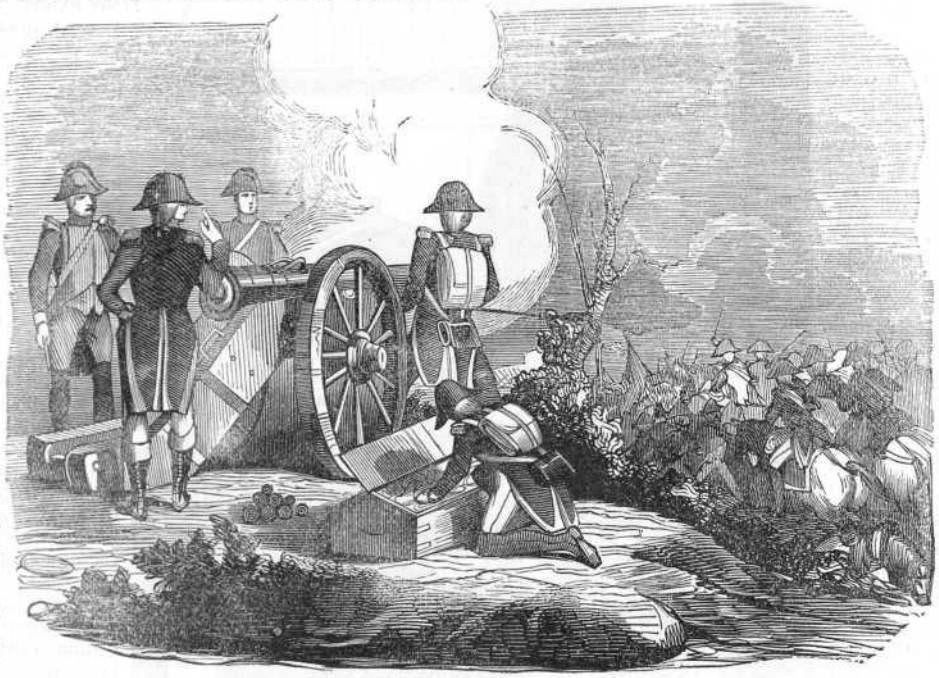
—¿Es vd. mi comandante?

—Sí; el mismo. ¿Qué hay?

—Esos miserables bullen y se revuelven allá abajo como un monton de gusanos. He estado á la descubierta y vengo á dar el parte de lo que ocurre.

—Habla.

—Primeramente he visto esta noche salir del castillo un hombre que llevaba una linterna: le he seguido por parecerme sospechoso, sin perderle de vista hasta aquella plataforma que desde aquí se distingue. Al punto que llegó á ella, se detuvo y acercándose despues á una gran pila de leña...



Batalla de Talavera.

En este instante se oyó un grito general resonar por toda la ciudad: un resplandor brillante producido por una inmensa hoguera deslumbró á Victor; se oyó un tiro de fusil, y el ordenanza herido en la cabeza por la bala, cayó muerto á sus pies.

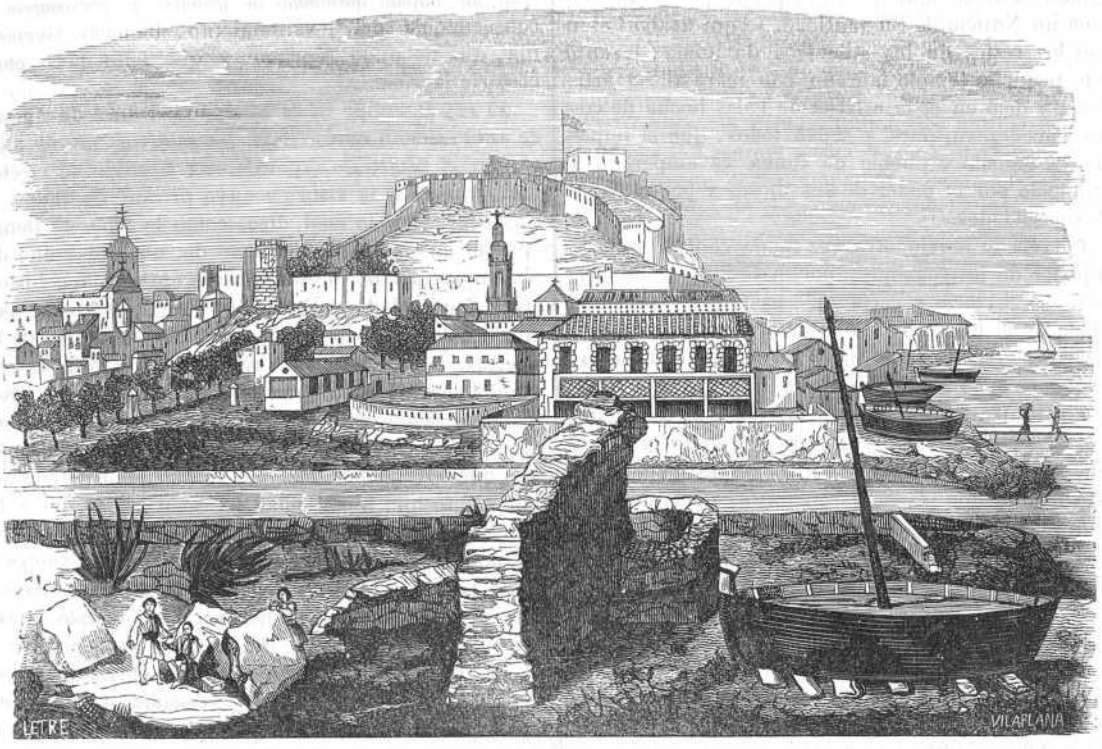
El ruido del baile del castillo habia cesado, el mortal silencio que reinaba fué interrumpido por mil horrorosas imprecaciones, por mil gritos de dolor, como los que se oyen en un campo de batalla, y el estampido del cañon, mezclándose al tumulto de aquella temible noche completó un cuadro de desolacion y de horrores.

Un sudor frio corria por la frente del jóven militar. Estaba solo, sin defensores, sin amigos, y á merced de los primeros contrarios que se presentasen. Sus soldados habian perecido, y él se encontraba deshonrado, próximo á comparecer ante un consejo de guerra y á pagar tal vez con la vida las consecuencias de aquella sorpresa, pues que yacian muertos los únicos que podian atestiguar su inocencia, declarando las prudentes medidas que habia adoptado para mantener la pública tranquilidad. De una ojeada midió el espacio que lo separaba de la ciudad y ya iba á precipitarse solo en medio de todos los enemigos anhelando morir como mueren los valientes, cuando se sintió detenido por una mano delicada que temblaba al estrechar su brazo. *(Concluirá.)*



Batalla de Vitoria.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LA CIUDAD DE DENIA.

Segun el Dr. Palau, en sus Memorias manuscritas, parece probable que la ciudad de Denia se fundó por los Sagas, casi al mismo tiempo que Sagunto, cuya poblacion tomó el nombre de aquellos, añadiendo «que lo verificarian por la comodidad y seguridad de su puerto, por la fortaleza natural de su sitio, que es un peñon aislado á la lengua del mar, y por el altísimo monte próximo llamado Mongon, tan á propósito para descubrir y atalayar desde su cumbre todo el golfo Sucronense;» cuya congetura la pretende apoyar dicho Dr. Palau, en una lápida de mármol blanquísimo que asegura habia en su tiempo, sobre un portalizo, con inscripciones ó letras de lengua Aramea ó de los Sagas: pero la opinion mas aproximada á la verdad y generalizada entre los escritores que han hablado de Denia, que lo son además del Dr. Palau, Rodrigo Mendez Silva, Estrabon, Plinio, Beuter, Carrillo, Mariana, Marleta, Escolano, Diago, Aponte, Florian, Alderete, Garibay, Morales, Padilla, Cavanilles y Medina y Mesa, no cabe duda que la referida ciudad debe su orígen á los Zazintos, naturales de la isla de Zazinto, hoy Zante, en el mar Jónico, quienes trajeron consigo un ídolo de la diosa y levantaron el primer templo donde tuvo principio en España la idolatría griega, cuyo templo fué luego tan célebre por su suntuosidad y magnificencia, y del cual nos ocuparemos en otro artículo.

Desde tiempos muy remotos se dieron á Denia los nombres de Hemerescopium, Artemisium y Dianium y en el de los romanos jugó siempre un papel muy principal, como lo atestiguan los autores que dejamos citados, y los monumentos que, aunque mutilados y esparcidos por do quiera, aun se conservan, siendo entre otros, acueductos solidísimos, restos de muros, lápidas, monedas, mosáicos, anforas y mil y mil antiguallas, que el arado, el pico y la azada sacan á la superficie, permitiendo al observador y al filósofo contemplar tanta grandeza, y convencerse de la instabilidad de las cosas humanas.

Los soldados de Verres, en sus depredaciones y correrías, suponian haber huido de Denia y á la misma consta que llegaron enviados por Mitridates, L. Magio y L. Rabio, desertores romanos, para concertar con Sertorio la guerra contra la reina del mundo, y tambien, que habiendo sufrido una escasez horrorosa, la socorrió uno de sus hijos, importando abastecimientos, con grandes gastos y dificultades, y distribuyéndolos liberalmente entre todos los ciudadanos, por lo que mereció se le erigiese una estátua.

Annibal al destruir á Sagunto, despues de la heróica defensa de sus moradores, pensó hacer lo propio con su compañera Dianium ó Denia, mas se dice que se arrepintió y que la perdonó por respetos al templo de Diana.

Los hermanos Escipiones conquistaron nuestra ciudad, pero se reveló al frente de sus capitanes Indivil y Mandomio, los cuales fueron vencidos por L. Léntulo; y vuelta á revelar con los demás pueblos Sedetanos, sujetó á todos y les ganó una sangrienta batalla el cónsul Caton, en un llano á menos de un

cuarto de legua de Denia, levantando en honor de la diosa Palas un pequeño templo de admirable hechura, en el que colocó una estátua de cobre de la diosa, con la siguiente inscripcion que se llevó á Roma un Nuncio de Su Santidad. «Aquí acabó Caton »con los restos de los enemigos de Roma, levantó »este pequeño templo labrado con maravilloso arti»ficio, y dejó en él la estátua de Palas hecha de co»bre; obedezcan, pues, y sepan todos, que el impe»rio del Senado y pueblo de Roma es amparado y »protegido por el poder de sus dioses y por el valor »de sus soldados.»

Todavía se reveló otra vez Denia contra el colosal poder de los romanos, por haber fijado en ella sus reales Sertorio y Perpenna, hasta que muerto á puñaladas el primero dentro de sus muros, y destrozado y vencido el segundo, en sus inmediaciones, por Pompeyo el Grande, setenta años antes de Cristo, quedó definitivamente sujeta, por cuarta vez, al yugo de sus conquistadores, que la conservaron, si bien por haberse inclinado á una de las parcialidades y bandos que promovieron lastimosamente aquel y Julio César, se la redujo á ciudad estipendiaria, como Segorbe, únicas poblaciones á las cuales, segun refiere Plinio, se las impuso tal castigo, en el reino de Valencia.

Muy poco ó nada encontramos digno de mencionarse de Denia hasta la entrada de los Godos, en cuyo intermedio fué de las primeras que abrazaron la religion del Crucificado, sufriendo la palma del martirio sus hijos Luciolo y Fortunato, y de las que quedaron destruidas por los bárbaros del Norte. La ganaron los árabes el año 715, en cuyo poder permaneció hasta la conquista del rey D. Jaime, quien la honró con franquicias y privilegios estraordinarios, habiendo sido tomada el 11 de Mayo de 1244 por su famoso capitan Pedro Carrós, siendo lo mas particular que bajo la dominacion sarracénica tuvo reyes propios, llamados Murgeyt, Aly, Almudajar, Benalfanje, Lobo, Avengumeda, Modoje y Zaen, que los cristianos que en ella habia conservaron su culto y sus ministros, que fué silla episcopal, y que los nombres de sus obispos Antonio Maurelo, Felix y Marciano se mencionan en los concilios de Toledo.

En 1323 la cedió desde Barcelona el rey D. Jaime II al infante su hijo D. Pedro, y este al suyo, Don Alonso, sobrino del rey D. Alonso de Aragon, quien el dia de Navidad de 1356 y en presencia del Papa Inocencio VI, la dió el título de condado, que fué el primero que hubo en el reino.

Los reyes Católicos la hicieron marquesado en tiempo del conde D. Diego Gomez de Sandoval, á quien la cedió el infante D. Juan en 1431, y cuando se incorporó á la corona en 1804, con su término y puerto, correspondia al Excmo. Sr. duque de Medinaceli.

Denia quedó casi despoblada con la espulsion de los moriscos, y sus fértiles campos sin el menor cultivo, habiéndola abandonado luego sus pocos habitantes, porque estancándose las aguas en dichos campos, malearon la atmósfera y produjeron epidemias y otras muchas enfermedades, que una tradicion crédula, interesada y sin fundamento, supone existen aun en la actualidad.

En 1520 se refugió al castillo de esta ciudad Don Diego Hurtado de Mendoza, conde de Mélito, virey y capitan general del reino, segun un historiador «*con un mundo abreviado de grandes y personajes*» á consecuencia del levantamiento, llamado Germanía, que no pudo reprimir y que faltó poco para costarle la vida.

El rey D. Felipe III la hizo ciudad en 4 de Agosto de 1612, siendo curiosísimos los motivos que se alegan en el privilegio espontáneo concedido al efecto, que tenemos á la vista, y cuyo preámbulo vamos á trascribir. «Por lo cual, dice, como la villa de Denia »puesta en la orilla del mar de nuestro reino de »Valencia, por lo que sabemos de antiquísimas histo»rias, fué fundada antiguamente por los Zazintos, na»turales de la isla de Zazinto, en el mar Jonio de la »Grecia, conocida desde entonces por magnífica y »amplísima ciudad, llamada por los griegos sus fun»dadores Hemerescopium, y despues por los latinos »Dianium, por razon del magnífico y suntuoso tem»plo que los mismos Zazintos fundaron al pié de un »montecito que mira hácia Morviedro, dedicado á la »diosa Diana, por lo cual la dicha ciudad fué por »entonces no solo pobladísima y grande sino celebér»rima por la frecuencia de las naciones estrangeras »que acudian á visitar y honrar dicho templo, has»ta que vencida de las injurias de los tiempos y »caidas de fortuna, perdió su antigua grandeza, que»dando solo algunos rastros y vestigios antiquísimos »que dan bastante prueba y fidelísimo testimonio de »lo que fué: sabemos tambien, que el sitio de Denia »es muy cómodo, deleitable y apto para todas las »cosas del mar y que tiene grande, ameno y fértil »territorio, ceñido y guarnecido naturalmente contra »cualquiera invasiones de enemigos, y que el mismo »lugar, cuya fundacion muchísimos siglos antes de la »venida de Jesucristo Nuestro Señor al mundo y de »cerca de trescientos años á esta parte, ha sido ca»beza no solo de condado, sino tambien de marque»sado y al presente lo es, teniendo como tiene un »puerto seguro, harto capaz y jurisdiccion no pe»queña ni vulgar, y que posee otras calidades dig»nas de toda consideracion; atendiendo á todas ellas »y tambien á que el ilustre D. Francisco Gomez de »Sandoval y Borja, duque de Lerma, marqués de »Denia nuestro carísimo primo, etc.»

En la guerra de sucesion sufrió Denia tres sitios y en el tercero la tomó por asalto en 17 de Noviembre de 1704 el caballero Asfel, general del ejército de Felipe V, y en 19 de Enero de 1812 se enseñorearon de ella los franceses por falta de fuerzas españolas que les opusiesen resistencia.

Es patria de muchos hombres célebres en armas y letras, contándose entre los primeros Tito, Jonio, Severo, Tribuno de la Legion vigésima, llamada la Vencedora, el capitan Pedrós, conocido por el caballero, y los capitanes de la armada Morell, Gregorio Natin, Miralles, Noguera y otros; y entre los segundos, el Dr. D. Andrés de Guillonda, el P. Fr. Vicente Palau, el licenciado Antonio Verdalet y el dean de Orihuela Dr. D. Marcos Antonio Palau.

Los vecinos de Denia son pacíficos, honrados, laboriosos, tolerantes en sus opiniones y de una instruccion nada vulgar, y así es que viven en una paz envidiable y que su agricultura y comercio van

prosperando, sin que puedan remontarse á la altura que debieran por la falta de caminos y por no habilitarse su cómodo y seguro puerto, única áncora de salvacion, en muchas leguas, de los infelices navegantes.

En 1842 se estableció una sociedad agrícola por acciones para la conduccion y aprovechamiento de aguas, que lleva muy adelantados sus trabajos; ahora acaba de fundarse otra con el título de Círculo Deniense, con mesas de villar y de otros juegos y con gabinetes de lectura y de antiguedades, y el ayuntamiento, despues de arreglar el servicio de serenos y de alumbrado de reverberos, tiene contratado con la compañía de Silva-Porto el empedrado de las calles, con las aceras de asfalto ó betun eterno.

El estenso término de la ciudad, sembrado de lindas alquerías, donde sus dueños pasan la temporada de verano y parte del otoño, cubierto de eterno verdor por los viñedos, algarrobos, higueras, olivos, palmeras y otros árboles, hasta de América, que crecen y le adornan, y embalsamado con la fragancia del tomillo, romero, jazmin y mil y mil arbustos y flores que se multiplican espontáneamente; produce trigo, cebada, maiz, legumbres de todas clases, aceite, vino, pasa moscatel y de planta, higos, seda, lino, cáñamo, granadas, naranjas y limones etc., haciéndose mas y mas grata la vista y permanencia en dicho término, por los portentos de la industria que se admiran, aun en aquellos sitios destinados por la naturaleza á una esterilidad perpetua, por los vientos del mar que templan el escesivo calor que suele hacer, por el horizonte despejado que se descubre, y porque apenas se conocen los rigores del invierno, siendo un fenómeno estraordinario las nieves y los hielos.

Denia es plaza fuerte de tercera clase, tiene de guarnicion una compañía y una seccion de artillería, dista doce leguas y media de Alicante, capital de la provincia, otras tantas de Valencia, y no escasean las proporciones de hacer cómodos viajes, desde su puerto, á Francia, Inglaterra y aun á las Américas.

REMIJIO SALOMON.

VIAJE DESDE ALEJANDRIA (BAJO EGIPTO) HASTA LAS PIRÁMIDES DE DJEESA, POR ROSETA, EL CAIRO, ETC.

Alejandria, capital del bajo Egipto, fué fundada por Alejandro Magno el año 331 antes de la era cristiana. Esta ciudad está situada en una lengua de tierra arenosa en forma de istmo, al Oeste del Delta del Nilo, entre el lago *Mareotis*, el puerto de la isla de *Pharos* en el Mediterráneo, y el límite del gran desierto de la Libia.

Vista desde el puerto, parece absolutamente una ciudad europea; pero esta semejanza desaparece apenas entra uno en sus calles. La ciudad moderna está cercada por un muro de piedra bastante alto, con cuatro puertas, aumentando su defensa un foso ancho y profundo. El interior, á escepcion del barrio de los Francos no es sino una série de callejuelas estrechas, sucias y sin empedrado, en las cuales el transeunte tiene continuamente que disputar el paso á una confusa multitud de camellos, burros, aguadores, mendigos, y lo que es mas repugnante aun, á esas hordas de asquerosos y salvajes perros tan comunes en todas las ciudades musulmanas. A pesar de todos estos inconvenientes, Alejandría es el punto en que está mas á gusto el estrangero, pues sus habitantes son en general muy afables, y el traje europeo no espone allí, como en otras ciudades de Levante, á injurias ni persecuciones.

A pesar de lo decaido que está hoy su comercio, en comparacion de la importancia enorme que tuvo en otros tiempos, es todavía uno de los puntos mas comerciales de Levante, y una escala importantísima de los vapores de correspondencia con la India. Es depósito tambien de todas las producciones y comercio de Egipto, y del que se hace con el Archipiélago, Constantinopla, Siria, el mar Negro y el Rojo, por su ventajosa situacion en el Mediterráneo; lo cual atrae á su seno un inmenso concurso de viajeros de todos las naciones mercantiles, que mantienen allí sus cónsules, con tanta mas razon, cuanto que su puerto es el mejor que se encuentra en el estenso litoral de las costas de Africa desde Tunez hasta la Siria.

La antigua Alejandria, fundada por Alejandro, tenia una circunferencia de cinco leguas, con una poblacion de 300,000 habitantes é igual número de esclavos. Una calle magnífica que tenia 2,000 pies de longitud, atravesaba la ciudad desde la puerta del mar hasta la llamada Canópica, teniendo por una parte vistas al Mediterráneo y por otra al lago *Mareotis*; y otra calle de la misma estension la dividia formando un ángulo recto.

Despues de tres siglos de prosperidad, pasó Alejandria como todo el Egipto á la dominacion romana; y durante la guerra de César, se incendió una parte del barrio llamado Brochion, en la cual existian la famosa biblioteca y el museo. Sin embargo, una vez sometida al imperio romano, 29 años antes de Jesucristo, volvió á recuperar su esplendor antiguo hasta la época de la invasion de los sarracenos, y bajo el kalifato de Omar siguió la suerte de todo el Egipto. El lugar teniente de aquel monarca, al penetrar en su recinto despues de un largo sitio, quedó penetrado de admiracion al contemplar su grandeza y magnificencia. En la relacion de su conquista decia aquel general que la ciudad contaba 4,000 palacios, 400 plazas públicas, 4,000 baños, 40,000 judios y 12,000 almacenes. Es muy problemático el que la biblioteca fuese incendiada por órden de Omar, habiéndolo ya sido en la época que antes dijimos. Ahora no encuentra el viajero en aquellos sitios sino una vasta llanura surcada de trincheras, perforada por mil pozos, restos de murallas y columnas antiguas mezclados con una multitud de tumbas modernas, á las cuales dan sombra algunas palmeras é higueras de la India; y á su vista anublada por la tristeza que infunde el espectáculo de aquella desolacion, no se presentan otros seres vivientes, sino los buhos, murciélagos y chakales, solos habitadores de aquellas ilustres ruinas.

La poblacion de la ciudad moderna, relegada como antes dijimos en la estrecha lengua de tierra que une al continente la isla del Faro, no pasa de 25,000 habitantes, entre Turcos, Arabes, Coptos, cristianos y judios dedicados á los diferentes ramos del comercio. El lenguaje, llamado *morisco*, jerga confusa de árabe, español é italiano, es el que está mas generalmente en uso. En órden á monumentos, los mas notables son el palacio nuevo, la aduana, la mezquita de mil y una

columnas, las fortificaciones y el arsenal de la marina.

El viajero no debe salir de Alejandria, sin ir á ver dos admirables obeliscos de un solo canto de granito rojo, y cubiertos de geroglíficos. Tienen cerca de 64 pies de altura, y 8 pies cuadrados por la base. Dícese que fueron traidos desde Menfis para adornar el palacio de Ptolomeo. El uno de ellos está en tierra; el otro aun en pié tiene el nombre vulgar de *Aguja de Cleopatra*.

La columna de Pompeyo, así llamada, del nombre del gobernador romano que la erigió en honor de Diocleciano, es una pilastra de granito rojo admirable por su altura, y no tiene geroglificos. Su altura, comprendidos el pedestal y capitel, de órden corintio, y evidentemente de fecha mas moderna que el resto del monumento, es de cerca de 100 pies.

Las catacumbas *Necrópolis* ó ciudad de los muertos, son muy inferiores á la relacion que de ellas han hecho varios viajeros. Su entrada primitiva se ignora, y la actual está cerrada por una maciza puerta, cuya llave tiene un guardian árabe, quien, mediante una pequeña retribucion provee á los curiosos de luz y les sirve tambien de guia. Desde luego se recorre un pasadizo ancho abovedado, el cual termina en una pieza circular, cuyas paredes están llenas de tumbas cavadas en la piedra viva. Desde allí se pasa á un laberinto sin fin de pasadizos mas ó menos anchos, llenos tambien de tumbas, y cuya mayor parte está obstruida de tal modo por los escombros, que es muy difícil por no decir imposible el esplorarlos en su totalidad.

A corta distancia de las catacumbas y cerca de la orilla del mar, se ven varias aberturas en las rocas; á las cuales dan los habitantes el nombre de *Baños de Cleopatra*, porque allí, segun la tradicion, venia á bañarse todos los dias aquella célebre hermosura. Algo mas lejos, y en la misma orilla del mar, se encuentra un recinto cuadrado, cubierto de ruinas que se dice son las del palacio de aquella reina.

El canal del Nilo, llamado *Rahmanych Mahmoudych*, que sirve de comunicacion entre Alejandria y el Cairo por el brazo del Nilo que desemboca cinco millas mas allá de Roseta tiene su embocadura á cerca de 70 pasos de la columna de Pompeyo. En la cima de una eminencia cercana, hay una torre en donde vela de continuo un centinela encargado de anunciar la bandera de los buques que se dirijen hácia el puerto.

Los receptáculos que abastecian de agua en los antiguos tiempos á la ciudad, merecen tambien una ojeada del viajero; el cual debe prolongar sus escursiones hasta la columna de *Diocleciano* que está situada cerca de media milla al este de las catacumbas, y dentro del recinto de la ciudad antigua. Esta columna se eleva sobre un pedestal imperfecto de 12 pies de altura, y tiene 100 pies calculando la elevacion del capitel que tendrá de 8 á 10. La columna es de un solo canto de granito rojo, y tiene 9 pies de diámetro, careciendo como la de Pompeyo absolutamente de geroglificos.

Hay tres caminos que conducen de Alejandria al Cairo. El mas frecuentado es el del Nilo, por el canal *Mahmoudych*; el segundo por Roseta y el Delta; y el tercero por el Desierto. Nosotros conduciremos al lector por el segundo, no solo por ser el mas pintoresco de los tres, sino por sernos mas conocido.

Al partir de Alejandria para tomar el camino de Roseta, ó como dicen allí la puerta Canópica, se tienen que atravesar varios sitios cubiertos de escombros, y dunas de árida y caliente arena. El camino se hace en burros del pais, que son sin duda los mas corpulentos y corredores de su especie que hemos visto en nuestros dilatados viajes. Se entra en seguida en el desierto, y toda vejetacion desaparece á los angustiados ojos del viajero. Despues de cinco horas de marcha se llega á la antigua *Canope*; é inmediatamente se atraviesa la aldea de *Abukir*, tan célebre por la batalla ganada por Napoleon en 1798. El camino se prolonga entonces durante muchas millas sobre la costa meridional de la bahia de Abukir, hasta llegar á uno de los pequeños brazos del Nilo, el cual se pasa en una barca.

Poco despues llega el viajero al Caravanserai en donde debe pasar la noche.

Al dia siguiente al amanecer, se sigue siempre á lo largo de la costa durante muchas leguas encontrando de tiempo en tiempo unos pilares negros que indican el camino hasta Roseta. El nombre árabe de esta ciudad es *Al-Raschid*, y recuerda al célebre califa *Aroun*, héroe de los fantásticos cuentos de las *Mil y una noches*. La vista de esta ciudad, tomada por la parte del desierto es bellísima. Rodéanla unos muros muy bajos, lo cual permite que se descubran casi en totalidad sus casas de ladrillo, muchas de las cuales tienen una multitud de ventanas que se proyectan hácia adelante en forma de torrecillas góticas. Las mezquitas son espaciosas y hay algunas entre ellas de imponente fachada: todas están adornadas de altísimos alusinares que tienen tres ó cuatro órdenes de galerias ó balcones unos sobre otros. Pero el artículo de posadas es lastimoso; no sabemos que haya mas parador que un mal meson servido por un italiano charlatan, en el cual sin embargo merced á no haber otro, suele uno encontrarse con agradables compañeros de viaje.

Los célebres jardines de Roseta están situados á corta distancia de la ciudad por la parte del Sur, en el camino que vá al convento de *Abu-Mandar*, en cuya parte mas alta ha hecho el virey construir un telégrafo. Desde la torre se goza de una vista soberbia sobre el Nilo y los jardines, los cuales consisten en plantaciones de granados, plátanos, limoneros y naranjos, entre mezclados con algunas palmeras y sicomoros. El paseo favorito de los habitantes es una gran plaza situada entre la ciudad y el rio, la cual sirve de desembarcadero para las mercancias de los buques que pueden llegar hasta allí. Lo mas notable que encierra Roseta, son las tenerias, y los almacenes, *shunah*, del Bajá, llenos casi siempre del bellísimo arroz de Egipto.

Roseta es el término de la segunda jornada asnal de nuestro viaje. Una buena parte de la tercera es al través del desierto, aun cuando se tiene allí el consuelo de ir costeando el rio; pero llegados á una torre de sarracenos, la escena cambia súbitamente. Aquella torre parece un límite puesto entre la muerte y la vida de la naturaleza. Por detrás deja el viajero las tristes arenas del desierto en toda su espantosa desnudez; por delante se desarrollan á su vista como un

inmenso lienzo mil bellísimas praderias, cortadas por varios canales de riego, cuyos límpidos cristales inflamados por los rayos del sol, iluminan aquel paisaje encantador. Despues de varias leguas de marcha, se llega á la aldea de *Tifeny*, situada sobre ambas orillas del Nilo que se atraviesa por allí en una barca para entrar en el Delta, cuya fertilidad estraordinaria se puede admirar desde Tifeny.

La tercera noche se pasa en *Juah*, ciudad bastante considerable, situada en la márgen derecha del Nilo. Esta ciudad es una de las poblaciones manufactureras del pais: las dos fábricas mas notables son: la de *tarbuches* (gorros encarnados) cuyo uso es tan general en todo el Oriente; y otra de *Zabuls*, que son una especie de capas ó mantas de lana, cuyo tejido es bastante grosero. Las casas de *Juah* son altas, de ladrillo como las de Roseta; y en algunas notamos el lujo de vidrios en las ventanas, no muy comun en aquellas regiones. El Caravanserai en donde los viajeros deben pasar la noche está precisamente en medio del bazar. Juah, tiene, ademas algunas mezquitas y varias casas de baños, aunque poco notables.

La ruta del dia siguiente es casi siempre á la orilla del Nilo, el cual se va ensanchando desde Roseta. Varios islotes cubiertos de verdes y espesos bosquecillos interrumpen agradablemente el curso de sus aguas; y las aldeguelas y caseríos, numerosísimos en esta parte del Delta, dan aun mayor variedad al viaje. Despues de medio dia, se atraviesa la poblacion de *Deir-Ibrahin*, que dicen fué la antigua *Naucratis*, lugar en donde debian detenerse los Griegos que comerciaban en Egipto, como sucede hoy en Canton á los europeos que comercian con la China. Dejando esta poblacion que tiene el segundo nombre de *Ed-Desug*, se llega á *Sal-el-Hadyar*, cerca de la cual estaba situada la magnífica ciudad de *Sais*, antigua capital del bajo Egipto; y poco despues se encuentra *El-Kodabé*, en donde se pasa la cuarta noche.

Allí es necesario dirijirse al *Sheik-el-beled*, ó alcalde de la aldea, para procurarse un cuartejo en el Caravanserai.

Partiendo el viajero al amanecer del siguiente dia, atraviesa entre siete y ocho de la mañana el canal de *El-Tarsek*; luego, la aldea de *Beir*, y cerca del mediodia llega á *Cafr-Diami*, en donde se ven numerosos plantios de naranjos y limoneros. Los caminos, si tal nombre puede dárseles en el Delta, son unos senderos estrechísimos, y en muchas partes, atraviesan campos cultivados, cuyo límite es por lo regular una zanja estrecha y poco profunda. Tambien se encuentran numerosos canales que se atraviesan ya en barca, ya por puentes de piedra bastante bellos, obra del bajá. En *Tukh-el-Nassera*, es necesario volver á solitar del *Sheik-el-beled*, la boleta de alojamiento para pasar la quinta noche.

Saliendo al dia siguiente á las seis, se atraviesa cerca de las nueve un hermoso canal, de cuyo nombre no podemos acordarnos; todo el pais aquel es magnífico, llano y cubierto de un césped tan verde y brillante que nada tiene que envidiar á los mas bellos prados de Inglaterra. Varios plantios de frutales, interrumpidos de vez en cuando por palmeras y sicomoros dan aun mayor belleza al paisaje. Despues de haber atravesado dos ó tres aldeas se llega á *Shibin-el-Kom*, plaza de alguna importancia, y en la cual ha establecido el bajá una gran factoría. Un poco mas lejos, y hácia el Norte, se reune el canal de *Tanta* al de *Hariner* y el viajero prosigue su camino á lo largo de aquellas aguas, que presentan todos los accidentes de un riachuelo, y cuyas onduladas orillas vestidas de naranjos ó limoneros contrastan de una manera agradable con el colorido de oro mate de los campos que cubren la vasta llanura situada entre el canal de *Merruf* y *Damieta*. La sesta noche se pasa en *Bershaum*; y al dia siguiente se sigue el camino que costea el brazo del Nilo que vá á Damieta, se atraviesa el rio en *Shubr-es-Shavvich*, y se entra en el rico pais de *Goshen*, célebre por haber sido la mansion de los hijos de Israel durante su cautividad en Egipto.

Cerca del medio dia, se llega á *Kiliub*, cabeza de partido, en donde se detienen los viajeros regularmente para descansar un poco y tomar algunos refrescos en un mal café, único que se encuentra en la poblacion. Desde este lugar se descubren distintamente las jigantescas pirámides. A alguna distancia de *Kiliub*, y en un lugar llamado *shubra*, se entra en una grande avenida de acacias, sicomoros y otros árboles, que conduce al Cairo. El camino tiene por esta parte de 90 á 100 pies de anchura; y el viajero, defendido de los ardientes rayos del sol, por la protectora sombra de las alamedas, contempló con una sensacion de indecible voluptuosidad los pintorescos jardines, y los odoríferos bosquecillos de naranjos, limoneros y otros arbustos aromáticos, que hay á ambos lados del camino, y cuya fragancia perfuma y embalsama aquel aire de embriagadora frescura. A la estremidad de aquella avenida, entra por fin el admirado viajero en el famoso Cairo.

J. Heriberto Garcia de Quevedo.

EL VERDUGO.

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

(Conclusion.)

—Huid, ah! huid! esclamó Clara, pudiendo apenas respirar: mis hermanos se dirígen á este sitio... aun es tiempo; no perdais un instante; este camino es practicable y seguro; bajad la cuesta sin detencion y estareis libre, porque al pié de ella os espera el caballo de Juanito. Qué! no me oís, Victor? Partid, partid por Dios; ah! no os empeñeis en hacerme llorar eternamente... Trastornado, sin saber lo que hacia, el oficial clavó sus ojos en los hermosos árabes de Clara; cogió su mano, apretóla fuertemente contra su peche; exhaló un suspiro y desapareció en la direccion que su libertadora acababa de indicarle. Tiempo era; pues sus enemigos se presentaron en la cerca del jardin un momento despues. Dejóse resbalar por una pendiente rápida que formaba la cuesta, y aunque multitud de balas silvaban en sus oidos, no se detuvo; encontró el caballo del hijo del marqués amarrado á un árbol, montó en él sin vacilar y partió á todo escape.

Cuando llegó al cuartel general supo que el general G. estaba almorzando con los oficiales del estado mayor. Victor se hizo anunciar y fué admitido al momento.

—Mi general, yo vengo á entregarme á todo el rigor de las leyes militares, dijo con firme acento, adelantándose hácia su oficial superior.

—Siéntese vd., caballero, respondió el general con agrado: lo primero es descansar; despues oiré lo que tenga vd. que decir: y la inflexible severidad de su semblante, que pintaba la dureza de su corazon, se dulcificó delante de Victor.

En cuanto este se repuso de su turbacion, dió

cuenta exacta del levantamiento de Menda sin disimular ninguna de las circunstancias de que habia sido testigo: un profundo silencio, una tristeza general fueron los comentarios á que dió lugar su relacion.

—Mi opinion es, dijo al fin el general, que vd. es mas digno de lástima que de castigo, pues no hay motivo para que se le hagan á vd. cargos sobre la conducta de los habitantes de Menda. Así es, que á menos que el mariscal no me ordene otra cosa, no pienso, ni aun poner á vd. en arresto.

—Pero señor, replicó Victor, ¿cuando el Emperador lo sepa?...

—Es muy probable que lo mande á vd. pasar por las armas; pero no es esto lo que ahora debe ocuparnos. Lo que hemos de hacer ahora, añadió levantándose, es vengar la muerte de nuestros soldados, pero vengarla de una manera terrible.

Una hora despues, un regimiento entero seguido de fuerte destacamento de caballería y otro de artillería, marchaba por el camino de Menda, llevando al general G. y á Victor á su frente. Informadas las tropas de la suerte de sus compañeros, y estimuladas por la rabia y el deseo de una pronta venganza, desplegaban la mayor actividad y un ardor estraordinario. Las aldeas por donde pasaban se habian levantado en masa, pero dada por el general la órden de diezmar á sus habitantes, pronto se redujeron á la obediencia.

Por una circunstancia inesplicable la escuadra inglesa permaneció estacionaria sin entablar comunicaciones con tierra, de modo que la ciudad de Menda se vió cercada por las tropas francesas antes de hacer la menor demostracion de resistencia. Sus vecinos, privados de los auxilios con que habian contado, se vieron reducidos á la necesidad de rendirse á discrecion. Aquellos que se contaban como mas comprometidos en los últimos sucesos, presumiendo con razon, que la ciudad iba á ser entregada á las llamas, y sus moradores fusilados, ofrecieron al general sus vidas bajo la condicion de que se respetase á Menda y se perdonase á sus conciudadanos. Digno esfuerzo de valor y desprendimiento frecuente en una guerra llena de desastres y de heróicas acciones. El general aceptó tan estraordinaria como inesperada proposicion; sin embargo, impuso contribuciones exhorbitantes, para el cobro de las cuales, retuvo en rehenes á varios hacendados ricos que gozaban en el pais de la mayor consideracion. Además exigió que todos los que vivian en el castillo, desde el marqués hasta el último criado se le entregasen inmediatamente y sin condicion alguna.

Acampadas ya las tropas y dispuestas otras precauciones necesarias á su seguridad contra un ataque repentino, el general se dirigió al castillo del cual tomó inmediatamente posesion. En seguida mandó amarrar los brazos á toda la familia del marqués, lo mismo que á sus criados, designándoles por prision la sala del baile: despues de este primer paso se estableció con su estado mayor en un aposento vecino donde celebró un consejo, acerca de las medidas que debian adoptarse en caso que la escuadra inglesa intentase algun desembarco. Por lo pronto se dispuso levantar baterías en la costa, y dirigir al mariscal Ney un correo con los partes de todo lo ocurrido.

Los españoles que se presentaron al general francés declarándose principales fautores del levantamiento de Menda fueron conducidos en número de 200 á la azotea del castillo y allí pasados por las armas. Acabada la ejecucion, mandó el general levantar tantas horcas cuantos eran los presos de la sala del baile, sin descuidarse de prevenir al verdugo.

Victor, á quien traspasaban el corazon estas órdenes sangrientas, se aprovechó de la dilacion que los aprestos ocasionaron para volar al consuelo de los prisioneros; despues de un corto instante que pasó con ellos, se presentó al general y le dijo con voz cortada por mil suspiros.

—Mi general, caiga sobre mí la responsabilidad del atrevimiento que me tomo, implorando una gracia para esos infelices.

—¿Vd., caballero oficial? ¿Vd.? preguntó el gefe con amarga sonrisa.

—Es un favor bien triste y bien fácil de conceder, general. Informados del género de suplicio á que se les destina, piden que se modifique, disponiendo que á los que sean nobles se les corte la cabeza.

—Concedido.

—El marqués pide tambien que se le concedan los auxilios de la religion; y además bajo palabra de honor, de no intentar ningun medio para evadirse, exige que tanto á él como á su familia se les desaten las ligaduras que los oprimen.

—Muy bien, pero vd. responderá de las consecuencias. ¿Qué mas quiere vd.? añadió con severidad viendo que Victor no se retiraba.

—El marqués ofrece á V. E. todos sus bienes, con tal que no se quite la vida al mas jóven de sus hijos.

—¡Gran esfuerzo de generosidad, cuando todas sus propiedades están á disposicion del rey José! pero en fin, continuó despues de reflexionar breves instantes, al paso que sus facciones presentaban toda la espresion de un triunfo feroz y salvaje; ya veo que el marqués tiene empeño en que se le conceda esa gracia, y estoy dispuesto á hacer por él mas de lo que solicita. En sus manos está el evitar que se borre su nombre, y pues desea que exista uno de su raza, existirá para perpetuarla como un eterno testimonio de su traicion y de su castigo: pero solo yo he de fijar el precio de esta merced. Escuche vd. bien mis palabras. Permitiré que goce todas sus riquezas, despues de conservarle la vida, á aquel de sus hijos que quiera servir de verdugo en el suplicio que se prepara para su familia. Adios. Haga vd. saber al marqués este convenio, y que jamás oiga yo volver á hablar, ni de él, ni de los suyos. Al acabar estas palabras, pasó á otra habitacion del castillo, donde los gefes le aguardaban para comer, y dejó á Victor anonadado.

Los oficiales se sentaron á la mesa deseosos de satisfacer un apetito provocado por una larga y penosa marcha, pero Victor solo pensó en la desgraciada suerte de los prisioneros, y al considerar que él era la causa principal de sus males, pues que su pronta llegada al cuartel general despues de la aciaga noche en que Clara lo salvó, hizo que se apresurasen los preparativos contra Menda, antes que la familia del marqués tuviese lugar de ponerse en salvo, se desconsolaba amargamente y maldecia su estrella que le habia preservado del desastroso fin que cupo á los soldados de su destacamento. Reunió sin embargo todo su valor para presentarse á aquellas infelices víctimas de la barbarie del general G. y entró con lentos pasos en la sala, donde el marqués, su esposa y sus hijos se hallaban sentados y oprimidos con fuertes ligaduras. Los criados en número de ocho, estaban de pié, amarrados de dos en dos, mudos, inmóviles, dirigiendo á sus amos tristísimas miradas, y mostrando en sus semblantes el esfuerzo y la resignacion, virtudes de que tenian delante tan nobles ejemplos.

Estremecióse Victor al contemplar aquel triste espectáculo. Aquella sala que era su prision, habia sido poco antes testigo de sus fiestas y placeres; y aquellos ricos y brillantes tapices que adornaban las paredes, formaban irrisorio contraste con el cruel suplicio que estaba reservado á las personas para cuyo fausto y magnificencia se colocaron allí.

Al momento dió órden á los soldados de la guardia de que cortasen las cuerdas que sujetaban sus brazos, y él mismo desató las que oprimian á Clara, sin que en aquel triste momento pudiese dejar de admirar los encantos de la hermosa española, así como su delgadísima cintura, su trenzado cabello negro y sus largas pestañas, que velaban unos ojos de fuego llenos de lágrimas, de angustia y de indignacion.

—Este es el pago de haberos salvado de una muerte cierta. ¿Estais satisfecho? dijo la bella jóven, mien-

tras el oficial inclinado hácia ella desataba las cuerdas que sujetaban sus brazos, que parecian modelados por un estatuario. La emocion impidió á Victor contestar, y deseando á toda costa evitar las inquietas y ardientes miradas que Clara le dirigia, volvió su rostro al lado en que estaban los demás individuos de la familia del marqués. El mayor de sus hijos, Juanito, tenia treinta años; era de corta talla y mal configurada persona, pero estos defectos se veian en él eclipsados por una dignidad verdaderamente española, heróica, desdeñosa, en medio de la cual brillaba toda la energía, todo el valor que caracterizaba á su nacion. Felipe, el segundo, acababa de cumplir veinte años, y era un perfecto retrato de Clara; el menor, que tenia por nombre Rafael, solo contaba ocho años; era un niño dócil y tímido en cuyas facciones se notaba impresa la imágen de la paciencia y de la resignacion. El rostro venerable del marqués sombreado de blancos cabellos ofrecia al artista un estudio digno del pincel de Murillo. Al pasear el triste Victor sus melancólicas miradas sobre aquel grupo interesante y patético no encontraba palabras, para hacerles saber la determinacion del general. Vencido al fin, por la viva solicitud é impaciencia de Clara, declaró á esta la horrible verdad.

Un color cadavérico reemplazó á las brillantes rosas en las mejillas de la jóven; pero luchando en su interior contra la violencia de terribles sensaciones consiguió vencerlas y aparecer serena. Adelantóse con tranquilidad hácia el marqués y arrodillóse á su lado, rodeada de toda la familia que apenas respira por oir las palabras que iban á salir de su boca, le dijo

—¡Padre mio! ¡amado padre mio! Yo os suplico que hagais jurar á Juanito, por la esperanza que tiene de alcanzar la gloria eterna, que ejecutará vuestros mandatos, sean cuales fueran, y de este modo aun podemos ser dichosos.

Su madre temblando de alegría y de esperanza, se acercó á Clara para oir mejor lo que esta decia al oido del marqués; lo que oyó por desgracia, y lanzando un grito lastimoso, cayo á tierra sin sentido.

Juanito tambien comprendió algo del horrible misterio, porque en el mismo instante agitó todo su cuerpo una rabia convulsiva y sus lábios se movieron para murmurar una imprecacion contra el mónstruo que así degradaba la naturaleza humana.

Victor mandó que se retirasen los soldados, lo que hicieron llevando á los infelices criados, quienes una hora despues fueron entregados al verdugo, y recibieron en la horca el premio de una fidelidad nunca desmentida hácia sus amos.

El marqués se levantó y con voz solemne llamó á su hijo Juanito. Este, conociendo la intencion de su padre no pudo responder: los sollozos embargaron sus palabras y solo indicó con un gesto significativo su negativa absoluta.

Clara fué á sentarse sobre las rodillas de su hermano, ciñó su cuerpo con uno de sus brazos, y separando lo el pelo que le caia sobre los ojos, le dió un beso en la frente.

—Vamos, hermano mio, mi querido Juanito, le dijo cariñosamente: valor, ¡un poco de valor! ¡Si supieras cuán dulce me será la muerte recibida de tu mano! Y qué ¡consentirás que me toque el verdugo! No: tú solo, tú darás fin á los tormentos de mi desdichada existencia, y de este modo anublaremos el triunfo de nuestros enemigos.

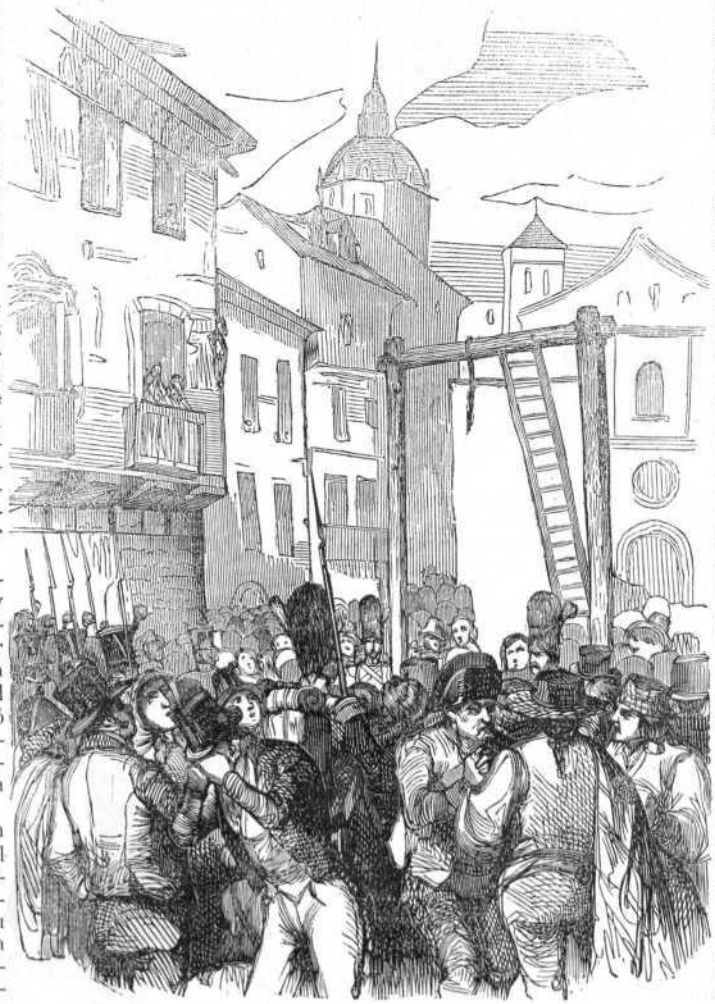
—Es preciso que seas hombre, hermano, le añadió Felipe: ármate de noble orgullo, y que nunca se diga que por tí se ha estinguido nuestro glorioso nombre.

En aquel momento todos hicieron lugar al marqués que se adelantó con calma y majestad, puso las manos abiertas sobre la cabeza de su hijo y pronunció estas palabras:

—¡Hijo mio! es mi voluntad: la voluntad de un padre, yo te lo mando.

Juanito permaneció inmóvil.

—El marqués, su esposa y sus hijos se arrodillaron á sus pies tendiendo los brazos hácia el infeliz que á costa de un enorme sacrificio, podria salvar su ilustre nombre del olvido.



—Acuérdate de que eres hijo mio, esclamó el primero: haz ver á esos infames que por tus venas circula sangre española, y que conozcan por tu grande esfuerzo la magnánima resolucion y los verdaderos sentimientos que animan á la nacion entera. No permitas que mis súplicas sean vanas, ni alegues un dolor inútil, cuando las almas necesitan fortalecerse con heróicos recuerdos. ¿Qué son los tormentos de tu corazon comparados con el honor de tu familia que debes conservar ileso y puro? ¿Dudas acaso de que yo no ofreciese por tí mi blanca cabeza? Vive pues por mí, por tu madre, por tus hermanos, sacrifica tu reposo por el lustre de nuestro nombre, y no permitas que una mano infame se pose sobre mí.. ¿Es este nuestro hijo, señora? añadió levantándose indignado, en tanto que Juanito, con los ojos fijos en el suelo, y el rostro demudado y sombrío, se mantenia inmóvil en un asiento, semejante mas bien á una estátua de mármol que á un ser viviente.

—¡Ya cede! ¡ya cede! gritó la madre con acento de triunfo y de desesperacion. Aquella infeliz habia notado un ligero movimiento que ella sola era capaz

de interpretar como una prueba de la cruel obediencia de su hijo.

El limosnero del castillo compareció y al momento se vió rodeado de toda la familia. Clara lo condujo á donde estaba Juanito, en tanto que Victor, no pudiendo sufrir por mas tiempo un espectáculo tan amargo, corrió á tentar el último esfuerzo con el general, cuyo mal humor se habia dulcificado considerablemente por la virtud de los deliciosos vinos que encerraban las bodegas del castillo.

Dos horas despues, los principales habitantes de Menda se hallaban reunidos en el terraplen del castillo por órden del general, á fin de presenciar el suplicio de la familia del marqués de Leganés. Los desgraciados que la componian se veian ya colocados enfrente de la línea de horcas, pendientes de las cuales se balanceaban los cuerpos de sus criados. Una numerosa guardia cercaba por todas partes la azotea, y servia al mismo tiempo para contener á la multitud; á distancia de treinta pasos se levantaba un tajo, encima de él habia una hacha, y para que nada faltase á tan repugnante cuadro, detrás de él se hallaba el verdugo, pronto á cumplir su ministerio, en caso de que Juanito no ocupase su lugar.

El profundo silencio y compostura que reinaba en el terraplen solo fué interrumpido por el mesurado paso regular de la tropa, por el ruido de sus armas y por las intempestivas é indecorosas carcajadas de los oficiales escitados por el vino y los licores. Del mismo modo en aquella noche fatal, causa de todas las desgracias, el estruendo del baile y los sonidos de música, se mezclaban á los lamentos de la guarnicion asesinada. Todas las miradas se fijaron en los desdichados que iban á perecer, los cuales, á escepcion de uno solo, avanzaron con paso firme y ánimo sereno al lugar de la ejecucion. El desventurado Juanito, con aspecto frio y resignado, pálido, cadavérico, estaba apoyado en el hombro del limosnero, que se esforzaba en alentarle á vivir, valiéndose al efecto de todos los argumentos que la religion le inspiraba. El marqués, su esposa y sus cuatro hijos se arrodillaron á corta distancia del tajo y Juanito, conducido por el sacerdote, se adelantó vacilando: el verdugo le dirijió algunas palabras, que tal vez contenian instrucciones relativas al cumplimiento de su terrible oficio. El confesor quiso colocar las víctimas de modo que solo viesen la parte que no podia ocultárseles de aquellos funestos preparativos; pero eran españoles, y no manifestaron el menor síntoma de desaliento.

Clara entonces habló á su hermano. Soy una débil muger, le dijo: ten piedad de mí.... me falta el valor que quisiera tener.... sea pues yo la primera. Diciendo así, se arrodilló, inclinó la cabeza sobre el tajo y esperó el golpe. Victor apareció al mismo tiempo en el terraplen, y gritó despavorido: Clara, hermosa Clara, estais libre; el general os concede la vida, si prometeis ser mia.

La heróica española contestó con una mirada de desprecio: Miserable! habeis causado la desgracia de mi familia; sois un enemigo de mi patria y estas dos barreras os separan de mí. Os he amado, y voy á espirar en el suplicio mi criminal pasion; criminal, sí; porque sin este amor, vos Victor, hubiérais perecido la noche del levantamiento de Menda y mis padres y mis hermanos no se verian en este triste trance. Hiere, hermano mio, hiere, ¿Qué aguardas? Y su cabeza rodó hasta los pies del oficial.

Al ruido sordo que hizo el hacha al caer, la pobre madre se sintió ajitada de movimientos convulsivos. Esta fué la única señal de debilidad que manifestó antes de espirar.

—Estoy bien así, Juanito? dijo el valiente Felipe.

Juanito sin responderle terminó su agonia. Detrás de Felipe pereció el inocente Rafael.

—Lloras Margarita? La voz de Juanito al pronunciar estas palabras, parecia salir de un sepulcro.

—Por tí lloro, por tí, amado Juanito. ¡Cuán desdichado vas á ser en este mundo! ¡Acaba de una vez...!

El marqués se adelantó en seguida. Su elevada estatura, su rostro noble é inponente inspiraban respeto y amor. Fijó primero sus ojos en aquel suelo inundado de la sangre de sus hijos; abriólos despues hácia el cielo, y dirijiéndolos luego á la multitud dijo con voz segura y pausada: Españoles que me escuchais, sed testigos de la bendicion que doy á mi muy querido hijo en mis últimos instantes; quiera Dios que repose eternamente sobre su cabeza. El sitio que ocupa, infame para otros, es para él el del honor, el que le ha impuesto una obligacion sagrada: así lo declaro en nombre de Dios á la hora de mi muerte.... Y ahora, marqués de Leganés, hiere sin temor porque tus manos están puras.

Cuando Juanito vió acercarse á su madre sostenida por el limosnero, no fué ya dueño de sí mismo. Abandonóle enteramente su anterior firmeza y esclamó con desesperada agonia.—¡Mi madre tambien! ¡la sangre de mi madre! ¡Oh Dios! ¡esto es demasiado!—Un grito general de horror salió de la multitud, y aquel grito impuso silencio á los brindis de la orgia que se celebraba en el castillo.

Viendo la marquesa que la fortaleza y el valor de su hijo no habian podido resistir á una prueba tan atroz, contempló un momento los cuerpos inanimados que yacian por el suelo, y á pesar de su edad subió sobre el parapeto del terraplen, se arrojó animosamente y desapareció en el abismo.... El hacha ensangrentada cayó de las manos de Juanito; sus ojos lanzaron el fuego del delirio; arrojaron sus lívidos labios un imperceptible sollozo, y se desplomó sin conocimiento sobre las queridas víctimas que su mano acababa de inmolar.

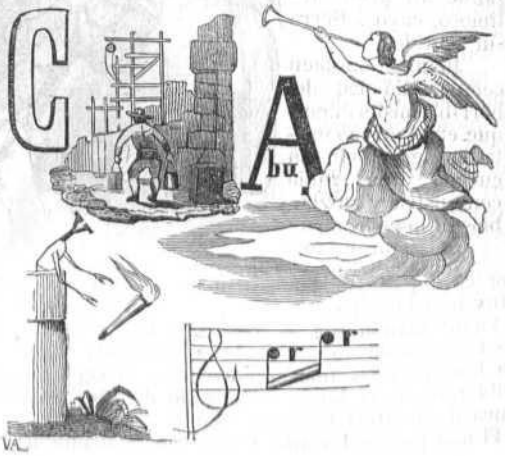
El marqués de Leganés objeto de la estimacion pública, y colmando de honores por su nacion, vive todavia, retirado de la corte y del bullicio del mundo, y con el corazon traspasado por el recuerdo de los infortunios de su casa. El nacimiento de un heredero viva y largamente deseado, costó la vida á la virtuosa muger que eligió por compañera de su melancolía; pero su nombre no morirá con él; el sacrificio de su felicidad no fué infructuoso, y ahora puede morir sin faltar á sus deberes, puede arrojar el grave peso que aniquila su corazon, puede reunirse á los amados objetos que le esperan en un mundo mejor: y podrá decirles con el alma tranquila: Os obedecí, y vuestros votos se han cumplido: no se ha estinguido el ilustre nombre de los marqueses de Leganés.

R. G.

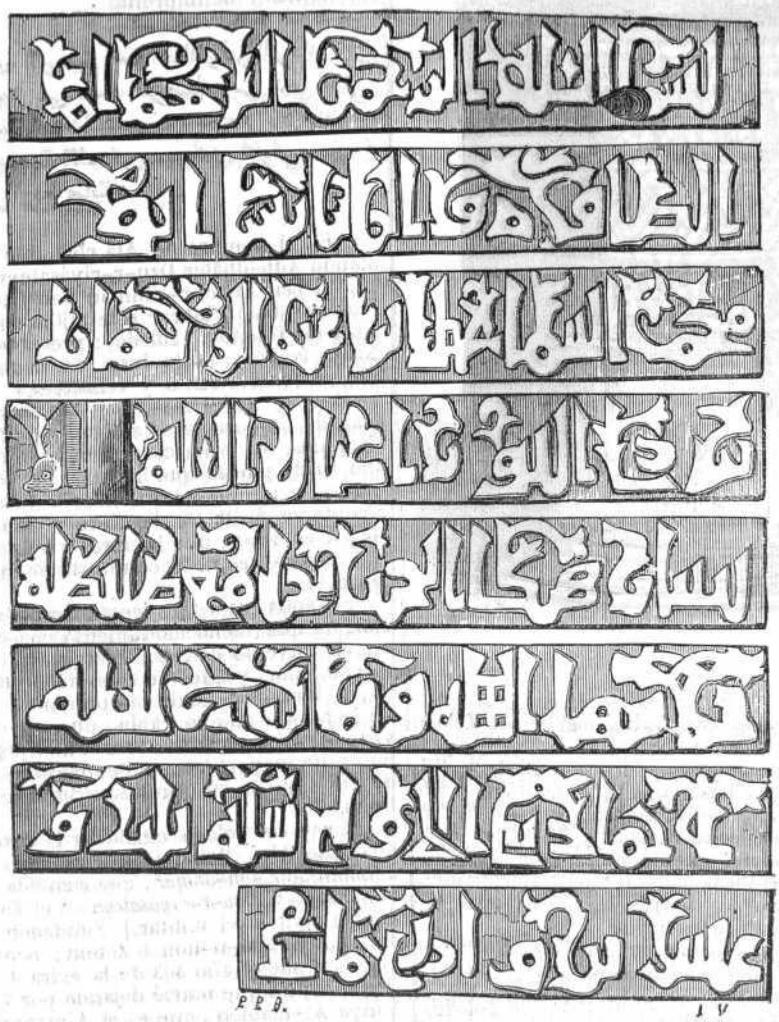
La edicion del número del Semanario correspondiente al domingo último se ha agotado: hacemos esta advertencia para que los numerosos suscritores que han ingresado esta semana y no recibieron el número indicado al hacer su abono, suspendan sus reclamaciones hasta que esté dispuesta una nueva tirada que se repartirá con el próximo. Del que se ocupa de el Dos de Mayo volverá á haber ejemplares de venta en los puntos de suscricion desde el martes.

La falta de espacio nos obliga á retirar una revista de teatros que teniamos compuesta y dos láminas.

GEROGLIFICO.



MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



INSCRIPCIONES ARABIGAS.

Toledo es quizá la ciudad de España donde mas vestigios se encuentran de la dominacion arábiga. Rival un tiempo de Córdoba, á la que mas de una vez negó la obediencia; corte y silla de una poderosa dinastía llamada de los Beni Dze-n-non (Zenon,) y capital de un reino que comprendia á Castilla la Nueva, Mancha, Cuenca y una buena parte de Estremadura, aun conserva en su espacioso recinto muchos monumentos de su antigua grandeza y esplendor. Lo que aun resta del alcazar de sus reyes en las ruinas del convento de San Agustin, el interesante edificio conocido vulgarmente por el Taller del Moro, la casa de las Tornerías, la del Temple, los palacios de Galiana, el puente de Alcántara, la puerta de Visagra, y sus varias mezquitas (1) son otras tantas pruebas de la civilizacion y cultura de los árabes toledanos.

(1) Véase la obra de D. José Amador de los Rios, titulada *Toledo Pintoresca*, en la que estos y otros monumentos de la misma época se hallan descritos con la mayor exactitud y acierto.

Todos los historiadores de esta ciudad están acordes en que á mediados del siglo décimo sexto se leian en sus puertas, puentes y edificios públicos infinitas inscripciones, monumentos vivos de la piedad y cultura de un pueblo atrozmente calumniado; en las cuales el historiador y el anticuario hubieran hallado ancho campo para sus investigaciones, á no haber perecido la mayor parte, no ya por la mano del tiempo que todo lo consume y acaba, sino por la del hombre cien veces mas destructora y temible.

En el año de 1572, y reinando Felipe II, un corregidor de Toledo, llamado D. Juan Gutierrez Tello, mandó borrar todas las inscripciones arábigas que aun se conservaban, reemplazándolas con otras latinas, no del mejor gusto. Solo el fanatismo religioso, que empezaba á estender sobre España su negro manto, unido al odio implacable de nuestros mayores hácia los débiles restos de una nacion desgraciada, pudo dictar una providencia que en un solo dia privó á la historia de algunos de sus mas preciosos monumentos. El que ahora vamos á describir

debió sin duda alguna su salvacion á la circunstancia de haberse creido en Toledo que su inscripcion arábiga era puesta por mandato de Alfonso VI.



En el convento de San Pedro mártir de Toledo, en uno de los patios se conserva un brocal de pozo de mármol blanco, lleno de adornos al gusto arábigo, y con dos fajas circulares que contienen una inscripcion cúfica. Las letras son de cuatro dedos de alto, enlazadas con varios ramajes y florecillas; y la inscripcion está perfectamente conservada, si se esceptúan algunas roturas causadas posteriormente al tiempo de fijar el arco y barras de hierro que hoy dia sostienen la polea ó carrillo.

Hay tradicion en Toledo de que esta antigualla vino del convento de San Bartolomé de la Vega, y fué colocada donde hoy se halla. El padre Roman de la Higuera en su historia manuscrita de Toledo, dice acerca de ella lo siguiente:

«Un pozo hay en la huerta de San Pablo, cuya agua tiene maravillosas virtudes, y en tiempo de moros, sanaba el que bebia sus aguas. Cuando el rey D. Alonso VI ganó esta ciudad, oyendo las virtudes y escelencias que se decian de esta agua, hizo junta de médicos, y averiguada la verdad, mandó componer un libro sobre las escelencias de ella, y mandó labrar sobre el brocal del pozo un letrero en lengua arábiga que declaraba todo esto: despues fué trasladado el brocal al monasterio de San Pedro martir, en donde existe hoy dia.»

El que esto leyere, creerá sin duda que le vamos á recordar el contenido de alguna leyenda morisca, especificando las virtudes de tan precioso manantial, y enumerando las curas milagrosas obradas por sus aguas. La inscripcion, sin embargo, no dice mas sino que un rey de Toledo llamado Abu Mohammad Ismael ben Dze-n-non, mandó labrar un algibe en la mezquita aljama; lo cual prueba que el brocal no vino de San Pablo ni de San Bartolomé de la Vega; sino de la mezquita mayor, donde serviria para las abluciones que antes de su azala ú oracion acostumbran á hacer los muzlimes, y que la inscripcion no pudo ser obra de cristianos sino de moros.

Segun ya dijimos, á esta última circunstancia es sin duda alguna debida la conservacion de un monumento que, segun mas adelante veremos, es de la mayor importancia para la historia de Toledo, durante la dominacion arábiga; por cuanto con su ayuda podremos reestablecer la cronolojía de los reyes árabes de dicha ciudad, algun tanto alterada por Casiri y por Conde.

La inscripcion escrupulosamente copiada es la que encabeza este artículo, y puesta en caractéres corrientes ó de imprenta

ابسم الله الرحمان الرحيم امر الظافر ذو الرياستين
بو محمد اسماعيل بن عبد الرحمان بن ذي النون
اطال الله ايامه ببنيان هذا الجبيب بجامع طليطلـــة
حرسها الله رجا بنعمة الله في جمادي الاولي سنـــة
ثلث و عشرين و اربع مايةء

«En el nombre de Alá clemente y misericordioso: mandó Adh-dháfer Dzu-r-riyásateyn Abu Mohammad Ismael ben Abdo-r-rahmán ben Dze-n-non (alargue Dios sus dias), labrar este aljibe en la mezquita aljama de Toleitola (Toledo): presérvela Alá, esperando sus favores, en la luna de Giumáda primera del año de cuatrocientos y veintitres.»

Esto y nada mas dice la inscripcion que está grabada en caractéres cúficos de relieve, de los mas elegantes. Su fecha corresponde á Abril ó Mayo del año 1032, puesto que la luna de Giumáda primera, que es la quinta del calendario musulman, comenzó á contarse el dia 14 de Abril y concluyó en 13 de Mayo: es decir, que la obra se ejecutó cincuenta y tres años antes de la conquista de la ciudad por Alfonso VI.

No anda pues tan descaminada la comun tradicion de que dicho monumento no estuvo de antiguo en el convento de San Pedro mártir, donde á la sazon se halla, y que fué trasladado alli de otro punto, si bien es ridícula la opinion de que fué traido de la huerta de San Pablo, puesto que, segun hemos visto, sirvió para guarnecer uno de los aljibes de la mezquita mayor; la cual ocupaba el mismo sitio donde hoy levanta su orgullosa frente la catedral cristiana.

El rey de Toledo citado en la inscripcion no es otro que Abu Mohammad Ismael ben Dze-n-non, denominado *Adh-dháfer*, que significa «el victorioso ó vencedor» y *Dzu-r-riyásateyn*, ó el de los dos mandos (el civil y el militar.) Fundador de la dinastía de los Beni Dze-n-non ó Zenon, ocupó el trono de Toledo desde el año 403 de la égira hasta el de 435 (1012-43) en que murió dejando por sucesor á su hijo Yahya Al-mamón, que es el Almenon y Alimaimon de nuestras crónicas.

Es tal la confusion que se nota en la obra del señor Conde, al tratar de este y otros príncipes de la dinastía de Zenon, que ya que hemos tomado la pluma, no queremos soltarla hasta haber correjido muchos de los errores y contradicciones que en ella se advierten.

Durante la larga y desastrosa guerra civil suscitada por los partidarios de Mohammad Al-muhdi y Suleymán que se disputaban el trono de Córdoba, varios caudillos principales alzaron el pendon de la rebelion en sus respectivos gobiernos, y sacudieron el yugo de la capital. Disuelto y fraccionado el antiguo imperio de los Beni Umeyya, la España árabe quedó dividida en varios pequeños reinos, que despues de muchas vicisitudes vinieron á reunirse en la persona de Yusuf ben Texefin, príncipe de los almoravides. Hácia qué tiempo y de qué manera Ismael ben Dze-n-non logró enseñorearse de Toledo y su comarca, son puntos que no están suficientemente averiguados; si bien es probable que obtuvo el mando de dicha ciudad, durante los trastornos políticos que siguieron á la muerte de Mohammad Almuhdi y destronamiento de Suleyman por el gefe de la guardia africana, Ali ben Hammud. Conde nos dice que como Giehwar, á quien los cordobeses proclamaron por su rey y señor, despues de haber buscado en vano por todos los rincones de España un vástago de la antigua y noble estirpe de Umeyya, enviase sus cartas de homenage á Ismael para que este

le reconociese y jurase obediencia, el ambicioso caudillo no solo se negó á ello, sino que le respondió con desprecio y altanería, que se contentase con mandar en el rincon que de prestado tenia en Córdoba, mientras sus débiles vecinos se lo permitan: que él no reconocia en España mas Señor que el del cielo. Pero Giehwar no empezó á reinar en Córdoba hasta el año de 421 (A. D. 1030) y consta que diez y ocho años antes, en el de 403, ya era Ismael señor absoluto de Toledo y gran parte de la provincia de Cuenca; por consiguiente, los autores que siguiendo á Conde ponen la subida de Ismael al trono de Toledo en tiempo del rey Giehwar, incurrieron en grave error.

Tampoco anduvo el señor Conde acertado en lo poco que dice acerca de la familia y ascendientes de Ismael, el cual no era árabe de orígen, sino oriundo de una tribu berberisca. El cronista Aben Hayyán, cuyas obras no se hallan desgraciadamente en el Escorial, nos dice que Ismael fué hijo de Abdo-r-rahman y nieto de Omar ben Dze-n-non, el cual descendia en línea recta de As-samah ben Dze-n-non, uno de los conquistadores de España. As-samah era berberisco y pertenecia á la tribu de Howára, una de las varias que pasaron el estrecho con Tárec ben Zeyyád, y obtuvo despues repartimiento de tierras en la provincia de Toledo.

Por los años de 270 (A. D. 883) vivia en Santaberia, la antigua Sontebria, hoy Castro de Santarer en la provincia de Cuenca, un individuo de esta familia llamado Suleyman ben Dze-n-non, el cual era biznieto ó tataranieto de As-samah. Sucedió pues que un eunuco favorito de Abdollah, rey de Córdoba, y séptimo de la estirpe de Umeyya, cayó gravemente enfermo á su vuelta del alto Aragon, á donde habia ido con una comision de su amo y señor. Recibióle Suleyman en su casa, y cuidóle con esmerada atencion hasta verle completamente restablecido. Elevado poco despues por influjo del eunuco reconocido al puesto de gobernador de Santaberia y su comarca, que segun la costumbre de aquella época, le fué dada en feudo. Suleyman ben Dze-n-non vivió hasta el año de 274 (A. D. 887) y se mantuvo siempre fiel á su soberano, á pesar de que uno de sus hijos, llamado Musa, tomó varias veces las armas contra el rey Abdollah, siguiendo las banderas de los caudillos rebeldes á su autoridad. Musa, sin embargo, heredó los estados de su padre, logrando acrecentarlos considerablemente, ya por alianzas, ya por conquistas; pero como fuese de condicion rebelde, volvió á tomar las armas contra Abdollah, y fué muerto en un encuentro con las tropas de Córdoba.

Dejó Musa tres hijos que heredaron sus vastos estados. Yahya ben Dze-n-non, que era el mayor, se quedó con Santaver y otros castillos situados entre el Guadalmejud y el Guadiela. Al segundo, que se llamaba Al-fatah ben Dze-n-non, le cupo en parte el distrito de Uclés. Motref ben Dze-n-non, que era el menor, fué señor de Huete y su partido.

Reinaba todavía en Córdoba Abdollah, hermano de Al-mondzer ó hijo de Mohammad, cuyo reinado fué una série no interrumpida de trastornos y guerras civiles. Ventilábase entonces en la España árabe una cuestion grave, inmensa, y que ha pasado desapercibida por todos los historiadores desde el arzobispo D. Rodrigo hasta Conde, á saber; si el dominio de la tierra debia continuar en manos de unas cuantas familias privilegiadas, descendientes de los antiguos conquistadores árabes y que naturalmente se hallaban en posesion de los mejores feudos, así como de los mas altos empleos y dignidades; ó si debian entrar a participacion las demás razas, aunque menos nobles, que formaban la nacion muslímica, como son los africanos ó berberies de los dos tronos llamados Botar y Beráms; los esclavos ahorrados y sus descendientes; y por último los cristianos tránsfugos y convertidos al islamismo, conocidos bajo el nombre de *muladies* ó *mulados*. La pretension por parte de estos era tanto mas justa, cuanto que los antepasados de Abdollah, siguiendo una política digna de elogio, y con el fin de poner coto á la ambicion y exigencias de los caudillos árabes, habian levantado cuerpos de ejército compuestos exclusivamente de maulíes ó esclavos ahorrados, habian hecho venir de Africa tribus enteras que mantenian á su devocion, y habian repartido alcaidías y pingues feudos entre sus mas fieles servidores, encargando á menudo el mando de sus ejércitos, y el gobierno de las provincias á hombres de humilde nacimiento, hijos de padres cristianos, pero que habian dado repetidas pruebas de valor y fidelidad á su persona. Los primeros síntomas de descontento y rebelion estallaron en tiempo de Mohammad, el padre de Abdollah hácia el año 250 (A. D. 864) Los *mulados* de Málaga y Sierra Elvira, capitaneados por el célebre Omar Ben Hafson, se arrojaron de improviso sobre los aduares de la tribu árabe de Cays, y pusieron á sangre y fuego toda la vega de Granada. Por todas partes los árabes corrieron á las armas para exterminar á la raza indómita que pretendia disputarles el dominio de la tierra; y se encendió una guerra que duró mas de medio siglo, hasta que Abdo-r-rahmán III nieto y sucesor de Abdollah, logró ponerla término con la política mas bien que con las armas. Durante tan terrible lucha, muchos caudillos que no pertenecian ni al uno ni al otro bando, permanecieron neutrales, ó vendieron sus servicios á uno de los dos partidos beligerantes. De este número fué Yahya ben Dze-n-non, el cual como fuese de suyo ambicioso y amigo de medrar, tan pronto sirvió bajo las banderas del rey, é hizo causa comun con los árabes, como fué á engrosar con los suyos las filas de los *mulados* que recorrieran las provincias de Cuenca y de Toledo. Derrotado en un encuentro por Abdo-r-rahmán ben Basil que mandaba las tropas del Califa, fué hecho prisionero, desposeido de sus tierras y estados, y llevado á Córdoba.

Su hermano Al-fatah, el señor de Uclés estuvo casi siempre en guerra abierta con los de Toledo. En cierta ocasion alcanzó sobre ellos una victoria señalada, pero como siguiese al enemigo con demasiado calor, fué muerto por un soldado aventurero llamado Al-acrá ó el calvo. Mutref ben Dze-n-non el señor de Huete, cuyos estados lindaban por el norte con Aragon, sirvió en varias campañas contra D. Sancho rey de Navarra, quien aprovechándose de la desunion que reinaba entre los muzlimes, hizo repetidas entradas por aquella provincia. Hecho prisionero en 322 (A. D. 933), fué llevado á Pamplona, si bien al poco tiempo logró fugarse de allí con otros tres compañeros de cautividad, y regresar á su patria. Hallóse con Abdo-r-rahman III en la famosa batalla que este perdió contra D. Ramiro rey de Leon, cerca de Simancas, en el sitio llamado por los árabes *Al-handic* y por los nuestros el barranco, el dia de San Justo y Pastor del año de 939. En premio de sus largos servicios obtuvo de Abdo-r-rahman el gobierno de Guadalajara, plaza de mucha importancia en aquellos tiempos y murió en el año de 333 (A. D. 945).

Motref tuvo un hijo llamado Casém que fué general de Al-haquem II por los años de 354 (A. D. 965). Por este tiempo entró en tierra de Soria á la cabeza de un fuerte y lucido ejército y reedificó el castillo de San Esteban de Gormaz que estaba destruido. Tambien entre los generales de Hixém II aparece uno nombrado Ben Dze-n-non, cuyo prenombre no sabemos, si bien hay motivos para creer que se llamó *Abdo-r-rahman*, en cuyo caso debió de ser el padre de Abu Mohammad Ismael ben Dze-n-non primer rey de Toledo, citado en la inscripcion.

Ismael que además de los títulos de *Adhdhafer* y *Dzu-r-riyasateyn* (1) que le dá la inscripcion, usó segun los autores consultados por Conde, los de *Nasro-d-daula* y *Al-modhaffer*, murió en el año de 435 (A. D. 1044), dejando por sucesor á su hijo Yahya, sobrenombrado *Al-mamun* que es el Alimamon de nuestras crónicas, el mismo que fué tambien Señor de Córdoba. Casiri y Conde confundieron al padre con el hijo, haciendo de los dos un solo reinado.

Al-mamun murió en la luna de Dzi-l-caada de

(1) Ayuda del estado y vencedor.

469 ó sea Junio de 1077, sucediéndole en el trono su hermano, otros dicen hijo, Hixém, el cual reinó apenas un año. Yahya II, sobrenombrado *Al cáder billah* (el poderoso en Dios) á quien unos hacen hijo y otros nieto de Al-mamun ocupó el trono de Toledo despues de la muerte de Hixém. A los pocos años de su reinado Alfonso VI entró por tierra de Toledo, y despues de haber talado la vega y demas distritos comarcanos, puso estrecho sitio á la capital que se rindió al cabo de muchos meses el 25 de Mayo de 1085. Los autores árabes dicen que Al-cádir que era muy dado á la astrologia, salió de Toledo rodeado de los sábios de su córte llevando en la mano un magnífico astrolabio, construido por él mismo. En esta guisa se presentó al vencedor Alfonso, que rodeado de sus nobles y caballeros, le aguardaba en su tienda.



Otra incripcion arábiga hallada últimamente en Toledo en las escavaciones hechas en el Cristo de la Vega para formar el cementerio de los canónigos es digna de atencion por la forma y gallardia de sus caracteres. Puesta en letras modernas de las que se usan en la imprenta, es como sigue:

بسم الله الرحمن الر
حيم هذا قبر يحيي ابن
سليمان ابن هذ يل كا
ن يشهد الا الله الا ا
له وحده لا شريك
له وان محمدا عبده
و رسوله توفي رحمه
الله يوم الثلثا لتسع
بقين من المحرم سنة
احدي و اربع ماية

«En el nombre de Alá clemente y misericordioso: este es el sepulcro de Yahya ben Suleymán ben Hudheyl; el cual confesó que no hay mas Dios que Alá, el único que no tiene compañero: y que Mohammad es su siervo y su enviado. Murió (Dios le haya perdonado!) el Martes á nueve dias por andar de la luna de de Moharram del año 401.»

Esta inscripcion es mas antigua de cerca de medio siglo que otra que dimos de Toledo. Habiendo sido hallada, segun queda dicho, en el terreno inmediato al Cristo de la Vega, hay sobrados motivos para creer que dicho sitio fué en otro tiempo enterramiento de moros, y que la famosa basílica de Santa Leocadia, construida segun se cree, por el rey Sisebuto en el año de 618, y donde se celebraron despues los famosos concilios Toledanos, fué convertida en mezquita durante el largo periodo de la dominacion sarracena, puesto que los árabes acostumbraban y acostumbran aun hoy dia, á enterrar sus muertos al lado de alguna mezquita extramuros de la ciudad.

Por lo demás la inscripcion es muy notable paleográficamente hablando. En primer lugar las letras son de esa forma airosa y primitiva que se encuentra en las de Córdoba y Mérida: las palabras están cortadas ó divididas por los renglones, circunstancia que, segun advertimos ya en otro lugar, es contraria al genio de la lengua arábiga, Obsérvanse tambien algunas faltas gramaticales como son يوم الثلثا debiendo decir يوم الثالث así como en lugar de ابن debiera de leerse بن pues colocado entre dos nombres propios, teniendo relacion inmediata el uno con el otro que son Yahya y Suleymán, pide la sintaxis que se escriba *Ben* y no *Ebn*. Tambien es notable la contraccion ó abreviatura que se nota en aquella fórmula tan usual y que constituye la profesion de fé muzlímica de «no hay mas Dios que Alá;» puesto que en lugar de ان لا الله الا الله que es como se debiera decir, hallamos escrito لا الله الا الله

En cuanto al individuo para quien fué hecho el sepulcro y se gravó la inscripcion es probable que perteneciese á la familia ó tribu de Hudheyl, una de las varias que pasaron con Musa ben Nossevr á la conquista de España, ó vinieron despues, atraidas por la fertilidad y riqueza de nuestro suelo. Segun Al-maccarí (tom. II p 22,) los Hudheycitas que eran hijos de Midraca hijo de Elias, hijo de An-nadhar y que por consiguiente pertenecian á la gran familia ó tronco de Adnán, fijaron su domicilio en tierra de Orihuela. En la biblioteca del Escorial se conserva un precioso tratado de *re militari* de un (1) autor llamado Ali ben Abdo-r-rahmán *ben Hudheyl* que sin duda perteneció á la misma familia escrito por orden y mandato de Aba-l-hegiag Yúsuf, séptimo rey de Granada de la estirpe de los Nasseritas. De este mismo autor hemos visto un tratado de albeiteria titulado: ة في علم البيطر ة الفوايد المسطر «consejos escritos acerca de la ciencia de la albeiteria,» dedicado á otro rey de Granada, Abu Abdillah Mohammad, hijo de Yúsuf, denominado *Al-gani-billah* ó el que vive contento con Dios, el octavo de dicha estirpe.

P. DE GAYANGOS.

(1) Véase el número 1647 de la Biblioteca Arábigo-Hispana Escurialense tomo. II página 29 donde se le llama equivocadamente Ben Hazil en lugar de Ben Hudheyl.

UNA BODA EN EL LAVAPIES.

I.

Poco mas de las cuatro de la tarde marcarian los relojes de esta capital, tan discordes entre sí como las distancias que los separan, cuando á la puerta de una pigmea y medio ruinosa casa del Lavapies entonaba unas boleras la moza Petronila al paso que zurciendo unas calcetas arrullaba á sus padres Andrés y Colasa, que dentro del zaguan roncaban á su placer acomodados en dos toscos taburetes de la Alcarria. En torno de este cuatro figuraba otro de dos chiquillos entretenidos en ayudar á un perro con una lavativa de caña, y un poco mas abajo, recostado en un guardacanton, un mozo como hasta de 25 años, color trigueño, pañuelo en la cabeza, sombrero calañés, marsellés con broches, chaleco de afiligranada botonadura, pantalon ancho, zapato de lazo, cigarro en la oreja y faja de seda que servia á la vez de ceñidor y depósito á una formidable navaja de Albacete.

Una seña de inteligencia produjo el mandato de Petronila para que los dos muchachos marchasen á sus cotidianas ocupaciones; y á esta ausencia se siguió la presentacion del consabido gaché que en perpetuo *avisoro* cruzaba con ávida mirada la espaciosa calle.

Adios guenna moza, ¿estás sola?—Sí, pero muy enfadáa contigo, porque andas embravecio con la colinilluda de tu prima Paca, y no es sentio de un hombre honrao el gastar p lique con dos novias á un tiempo —La soleá de la calle de la Paloma me de pecho para escucharte, reendinísima: ¿no sabes que tú eres la sola: que por dar galas á tu cuerpecito llevo yo arrastraos los pelendengues del peñon de la Gomera: que tengo estremecio el barrio, y que paso la noche punteando á tu puerta los sones de mi vihuela?—Calla y no mientas, fullero, calla.... que si yo tuviera el genio *hipocrondo* habias ya dao conmigo en la oya.—Disparata Petronila, pero no llevas razon; porque te lamentas cuando voy á dar el golpe mortal de que casándote conmigo seas mi muger. Disparata, voto á san Lorenzo, cuando mi padre vá á venir para arreglar la boa.—Hablarás claro: entonces ya estoy conveniа; pero vete entretanto, pues si despierta el que duerme, tendremos camorra—¿De veras?—Sí, vete.—pues me voy saláa.. huy... y que talle—Calla—Y que salero—Calla y vete Pascual—¿Así, sin mas ni mas?—¿Pues qué mas quieres?—Ahora lo verás. Y diciendo y haciendo, apretó un soberano pellizco en la redonda, entallada y rolliza cadera de la moza que prorrumpiendo en un grito destemplado obligó á levantar asustados á sus padres, mientras que el galan trasponia la puerta de un solemne brinco. Varias, aunque infructuosas pesquisas se ejecutaron por los rincones de la casa hasta que el toque de oracion les condujo á la cena y en seguida á la cama, donde terminaron por entonces las penas de Petronila y las sospechas de sus padres.

II.

Era domingo: dia en que el artesano descansa de la semanal tarea, el propietario liquida cuentas con sus inquilinos, el elegante se acicala para presentarse en Atocha, y los devotos se ocupan en obras meritorias para mantener en juego á otros ciento que de grado ó por fuerza se disponen á llevarles el dinero, fruto de sus ganancias y ahorros, cuando la bocinglera campana de san Lorenzo recordaba en el toque de la misa del pueblo, la obligacion á los perezosos, y Andrés Junquilla se calaba su sombrero, santiguándose por tres veces antes de encaminarse á la iglesia.

Buenos dias, Andrés, dijo con temblorosa voz un hombre que embozado en la capa se llegó hasta la sala, seguido de otros cuatro no menos atentos.—Dios te guarde, Bermejo, respondió Andrés, ¿cómo por acá?—El caso es urgente, y así te pido pacencia. Siéntate y escucha, que sin faltar á las buenas obras cumpliremos oyendo la misa de doce en san Sebastian, despues que echemos el sello á nuestro trato con lo añejo de Juan el Vizco.—Vaya, hombre, que harás pecar á un santo. Y tomaron asiento para que Bermejo se esplicase así.

Ya sabes, amigo Andrés, que despues de la contingencia de mi hermano, á quien la poca atencion de la audiencia envió á establecer á Melilla y á mi muger á san Fernando, me mudé á tu vecindad, y desde aquel dia veo un que se yo que entre tu hija y el mio, de suerte que no encuentro mas remedio que casarlos pa evitar escándalos del barrio.—Está hecho, Bermejo, respondió Junquilla: vamos al avío. Yo puedo dar al muchacho, dijo el padre del varon, una guena capa y vestido cabal, la metá de la cama donde dormia su tio y la herramienta de su oficio de zapatero.—Corriente por Andrés, replicó este prontamente. Mi chica llevará un colchon, dos sábanas, una manta pa con la capa de su mario, un cántaro, la sarten mediana de mi ajuar, seis pucheros y otras tantas cazuelas.—Definio, contestó Bermejo, lo demas que lo dé la industria. Toca esos cinco y alarga los otros al compadre Chato: que será el padrino y por eso me acompaña.—Perfectísimamente: así me gusta, que los hombres sean de los nuestros.

Y el Chato ofreció su mano y servicios á Junquilla, al paso que le persuadia de que la sequedad de sus fauces reclamaba el pronto y eficaz auxilio de Juan el Vizco.

III.

Y pasó el dia de la boda, con todos los anejos acontecimientos de iglesia, chocolate en cazuela y pelotera de muchachos bajo la gragea de los ochavos de una peseta que el padrino redujo al menudo para solemnizar la fiesta.

Dos guitarras de *rasgueo*, otra de *bajos*, una *bandurria* y una *sonora*, tañidas y punteadas con la indisputable maestria que se acostumbra en aquel barrio, formaron la orquesta y animaron la concurrencia de jóvenes pretendientes y de las mozas sus apasionadas en quienes la felicidad de Petronila despertaban envidias haciéndoselas, como suele decirse, la boca un agua.

Llegó la noche entre deseos de los bailarines, pereza de los músicos, sentimiento de convidados, esperanza de los novios y cansancio de los padres, cuando en el espacioso portal de la casa de Junquilla alum-

brado por un belon de cuatro mecheros y dos candiles á la mano, rompió el baile el padrino con la novia que haciendo gala de un rico collar que este la dió, llamaba al propio tiempo la atencion al taconeo de sus pies.

Contiguo al gran salon y en una pequeña alcoba sostenian los casados, en torno de un banquillo, varias cuestiones de naipes, apoyadas frecuentemente en dos soberanos cántaros de vino que reposaban inmediatos con los vasos por coberteras. Todo era bulla, ronda de trago y voces á los nombrados para reemplazarse en las interminables seguidillas, mientras se deslizaba por entre la muchedumbre un hombre alto, seco, de cerrada barba, sombrero cordovés y capa con ribete de terciopelo carmesí, el cual reclinándose en el quicio de una puerta continuó por un buen rato en su silencio y observacion.

Cerca de las doce serian y el dia natural iba á concluir en completa quietud, cosa á la verdad estraña en bodas de esta especie; pero un suceso imprevisto acibaró los placeres y dió mutacion á la escena.

Habia el padrino manifestado al bastonero, cuyo signo ostensible marcaba el grueso palo de una escoba, la necesidad de que bailasen *tres*, los recien casados que en esta parte de la sociedad son novios hasta que otros de la familia los reemplazan en la ceremonia del santo sacramento del matrimonio, y el atento director acababa de poner el pensamiento en ejecucion, con muestras de aprobacion de los circunstantes y envanecimiento del proyecto, cuando desprendiéndose el incógnito del sitio que ocupaba, partió al medio de la sala y alzando la voz y bajando la mano en tono de poderío previno á los músicos el silencio.

Inmóviles quedaron todos á vista de semejante accion: pero salieron luego de la sorpresa, porque el desembozo del forastero y un grito espantoso de la novia sirvieron de introduccion al siguiente razonamiento.

«Aquí me tienes, Petronila: bien que no esperabas á Raposa; pero aunque corrió la voz de que dende Ceuta me habia pasao al moro no fué cierto, pues estoy de vuelta. Voy á vengarme de tu falsadad, mala hembra, en pago de las promesas que me hiciste cuando puse en el torno á mi pobre hijo, fruto de tus entrañas: yo beberé de tu sangre y así disponte á morir.»

Dijo, y sacando una enorme navaja arremetió con Petronila; pero contestando á esa complicada y brusca indicacion con otra igual su marido Pascual se trabó entre los dos una reñida y encarnizada lucha. En el instante se esparció por todas partes la mas terrible confusion: las mesas, sillas, jarros, vasos y vihuelas rodaban á discrecion, los grupos de personas caian en desórden: los ayes de los heridos, el rasgar de las navajas, el seco golpe de los palos y el palmoteo de las bofetadas, ofrecia la mas triste armonía; y esta infernal algazara se aumentaba en la oscuridad á que quedó reducido el local desde el principio de la contienda en que se apagaron las luces.

Media hora habia transcurrido desde que empezó la bataola, hasta que la justicia se presentó iluminando la palestra con los faroles de los serenos. Petronila lamentaba dos *jabeques* en la cara: su marido algunas puntadas del arma enemiga, y Raposa no existía. Las averiguaciones del juez dieron por resultado una prision general, siendo de notar el reconocimiento que este buen magistrado hizo en el acto, del collar de Petronila que un mes antes fué robado á su esposa, y con el que á la novia obsequió su padrino el Chato.

Algunos meses despues se hallaban Petronila en la galera, Pascual en Málaga y el Chato en Ceuta. La casa permaneció cerrada como las de todos los comprendidos en el proceso; pero la del escribano abierta y de nuevo alhajada con las diligencias de embargo y el importe de la minuta de costas.

M.

EL SECRETO DE LA PEREZA.

Hay dos enemigos irreconciliables, encarnizados, mortales, como suelen serlo las gentes obligadas á vivir juntas: tales son el cuerpo y el pensamiento, la parte material y la parte intelectual.

Todo el mundo ha esperimentado en el momento de ponerse á trabajar una duda sorda, efecto de una lucha entre la imaginacion que quiere y el cuerpo que se opone; todos los poetas antiguos han hablado de esta lucha: en efecto, ¿qué hombre no ha oido mil veces dentro de sí el diálogo siguiente?

EL PENSAMIENTO.

Las formas incompletas y sin contornos que pasan delante de mí, envueltas en nubes dudosas y variadas, parecen tomar cuerpo y color, la nube se disipa, el caos ha dejado de ajitarse, todo se pone en órden, trabajemos.

EL CUERPO.

Hace hoy un hermoso sol, parece ser el primer dia de la primavera, el jardin debe tener ya algunas flores, bueno seria ir á dar un paseo.

Esta proposicion importuna, sin precauciones oratorias, no obtiene por lo comun ningun éxito, es como si se dijera á un hombre que tiene sed: hé aquí un escelente pedazo de pan; el pensamiento no se digna ni aun responder, y se obstina en hacer que el cuerpo tome la pluma.

Este, que, como todos sabemos, es perezoso, comprende entonces que es preciso no chocar de frente con este arranque de laboriosidad, sino que al contrario conviene ayudar indirectamente la distraccion que debe mas tarde destruirle.

EL CUERPO.

El aire libre refresca la cabeza y ayuda á la imajinacion y luego hay tantos recuerdos agradables para vos en las flores que me hicisteis plantar á su tiempo y que despues me habeis hecho regar, que indudablemente os hallariais mas dispuesto al trabajo cuando las hubiérais visto un instante.

EL PENSAMIENTO *(aparte.)*

No dice mal este necio; vamos al jardin.

Desde este momento el pensamiento es perdido, una vez en el jardin se divide hasta lo infinito, todos

los objetos le rodean, le acarician, le ocupan, y el trabajo queda olvidado.

Esto es lo que sucede siempre que se ensaya una batalla campal con el cuerpo que tiene de su parte la pereza, la mas poderosa de todas las pasiones, la que triunfa de todas las otras y las vence.

El pensamiento no la contradice, ella puede elevarse á su gusto á la altura que quiera. Necesita obrar con astucia y engañarla, para obligarla á entrar en una de sus ocupaciones habituales á la que puede él entregarse sin su ayuda.

EL PENSAMIENTO.

¡Ola mi buen amigo! veamos si sabeis cortarme bien cinco ó seis plumas.

Cortar las plumas es cosa que hace la mano por sí sola.

Mientras que el cuerpo corta las plumas, el pensamiento se echa furtivamente á volar, pero frecuentemente el cuerpo aprovecha el primer pretesto que se le presenta para no cortarlas.

EL CUERPO.

Tendreis seis todas nuevas. Me gusta proporcionar las armas.

EL PENSAMIENTO.

Estais dispuesto, mi buen amigo, á estenuaros como ayer, yo me siento todavia malo, no os ocultaré que observo que estais hoy algo pálido; puesto que no podeis estaros quieto pasearos por el cuarto de un lado á otro.

Si el cuerpo es bastante inocente para dejarse reducir por este falso interés, mientras que se agita maquinalmente en aquel estrecho espacio, el pensamiento que no tiene nada que hacer en esto, toma vuelo y se escapa.

Hay, es cierto, cuerpos inocentes que pueden ocuparse y distraerse con la menor cosa y se dejan vencer tocando por ejemplo el piano sobre una mesa; un poeta amigo mio tiene un cuerpo que se entretiene en arrancarse una á una las pestañas.

Pero los hay mas rebeldes que se resisten á toda ocupacion indicada por el pensamiento; es necesario que este no cuente para vencerlos mas que con algun accidente esterior, con uno de esos ruidos monótonos que se oyen sin escucharlos, el viento que silva, el sonido de una campana, la lluvia que azota los vidrios, el mar que brama á lo lejos.

Estos ruidos le arrullan y se duerme como Argos al son de la flauta de Mercurio, despues poco á poco despierta sobresaltado y advierte que el pensamiento le ha dejado allí, le mira, le sigue atontado como el niño entre cuyas manos acaba de deslizarse un pajalillo, le vé sobre la quima mas alta de una acacia sacudir sus plumas al sol, le oye cantar libremente.

Y el pobre cuerpo que se fastidia entonces de no tener al esclavo inteligente que le invente placeres, suscribe á las condiciones que quiere imponerle para que descienda, y consiente en escribir lo que le diete.

POESIA.

FABULAS.

EL ABANICO.

Para ocultar el rostro
enrojecido,
á las damas dió Vénus
el abanico.
Ciertas y ciertas
Cubren con él la falta
de la verguenza.

LA ROSA AMARILLA.

Amarilla volvióse
la rosa blanca
por envidia que tuvo
de la encarnada.
Temen las niñas
convertirse de blancas
en amarillas.

EL PAJARO Y EL NIÑO.

Un pajarillo
dieron á Blás,
niño que tiene
buen natural.
Atale un hilo
le echa á volar;
y el prisionero
quieto se está.
Blás le decia:
pobre animal,
goza el permiso
que hoy se te dá.
Largo de sobra
es el torzal:
vuelos muy altos
puedes echar.
No, dice el ave,
que en realidad
ese bien luego
tórnase mal.
Tú de la pata
me tirarás
siempre que el vuelo
quiera yo alzar.
No hay servidumbre
que aflija mas
que una con viso
de libertad.

LA IMAJEN DEL AMOR.

A poco de casado
un pintor entusiasta de su estado,
hizo un cuadro soberbio de Cupido.
Pintóle hácia una flor avalanzado,
el rostro enardecido,
llama vertiendo sus divinos ojos,
exento ya de la enojosa venda,

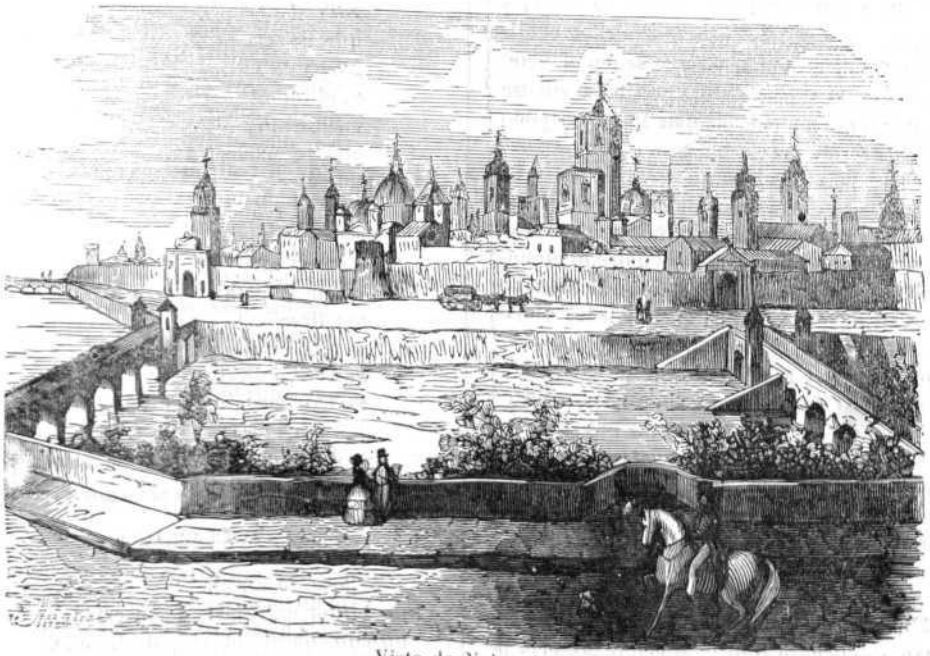
y provocando con sus lábios rojos
el ósculo en que amor pierde la rienda.
Es demás añadir que la figura
estaba en carne pura:
los dioses de la Grecia mentirosa
no usaban á la cuenta vestidura.
Llega, dijo á su esposa,
con orgullo el pintor, llégate y mira.
Miró con interés; pero al instante
se le tiñó de púrpura el semblante,
bajándolo confusa y vergonzosa,
viéndolo e clamó, ¿desden te inspira
cuadro que pasará por un modelo?
¿Vés que falte al amor alguna cosa?
Respondió la muger, le falta un velo.

J. E. HARTZENBUSCH.

Los graves sucesos de que de algun tiempo á esta parte está siendo teatro la capital, y la desconfianza y ajitacion general, alejan la concurrencia de los teatros, los cuales tampoco se afanan por presentar novedades que esciten la curiosidad. Solo el de el Instituto ha conseguido ver llenas sus localidades, merced á una direccion inteligente, á la buena eleccion de producciones y al esmero con que se ponen en escena. *El fuego de el cielo*, comedia de un colaborador de Scribe, arreglada por el Sr. Vega, y la que se titula: *No se venga quien bien ama*, orijinal de los señores Aguilera y Rubí (D. Eugenio,) han conseguido llamar justamente la atencion. La primera tomada de una ópera cómica *L' Eclair* ha ganado mucho en el arreglo, recibiendo toques acertados los caracteres, que son de gran interés; la segunda está bien versificada y tiene escenas perfectamente escritas, especialmente en el segundo acto, que es el mejor. La Cruz se sostiene reproduciendo ciertas obras en cuyo desempeño se distingue el Sr. Lombia y varias piezas andaluzas poco graciosas y de interés muy escaso. La empresa de Variedades se compone de modo que su título esté en entera oposicion con el sistema que sigue y el Circo en fin no logra atraer espectadores á las funciones de ópera y baile que en él alternan ni lleva trazas de presentar en mucho tiempo el baile *El pescador napolitano* cuyos ensayos comenzaron con la nueva temporada. El Príncipe corre este año, ó al menos este mes, por cuenta del ayuntamiento que ha reunido una compañia escojida; por nuestra parte reclamos, que sin embargo de contar este teatro con la proteccion del gobierno y con la mayor parte de nuestros mejores artistas dramáticos, no proporcione ventajas al arte, ni á los actores, ni al público, mientras se halle á cargo de una comision del ayuntamiento. Por de pronto hasta el presente no se ha estrenado ninguna produccion, ni se ha puesto en escena ninguna de esas obras maestras de nuestros grandes ingenios, consideradas como modelos, que el activo é inteligente Sr. Romea solia exumar cuando dirijia este teatro con gran contentamiento del público; y á pesar de todo las pérdidas son considerables. No creemos que pudiera haberse montado un teatro que debe servir de modelo, de otro modo mas absurdo que el que se ha adoptado; afortunadamente estamos intimamente convencidos de que no terminará la temporada, sin que ó la compañia se disuelva, ó la direccion de la empresa recaiga en quien pueda y deba desempeñarla con acierto. La salida de la señora de Lamadrid y del Sr Latorre en *Sancho Garcia*, fué saludada por la concurrencia que llenaba todas las localidades, tambien se hizo aplaudir con frecuencia el Sr. Barroso, que se presentaba por primera vez desempeñando el dificil papel de *Hissem*.

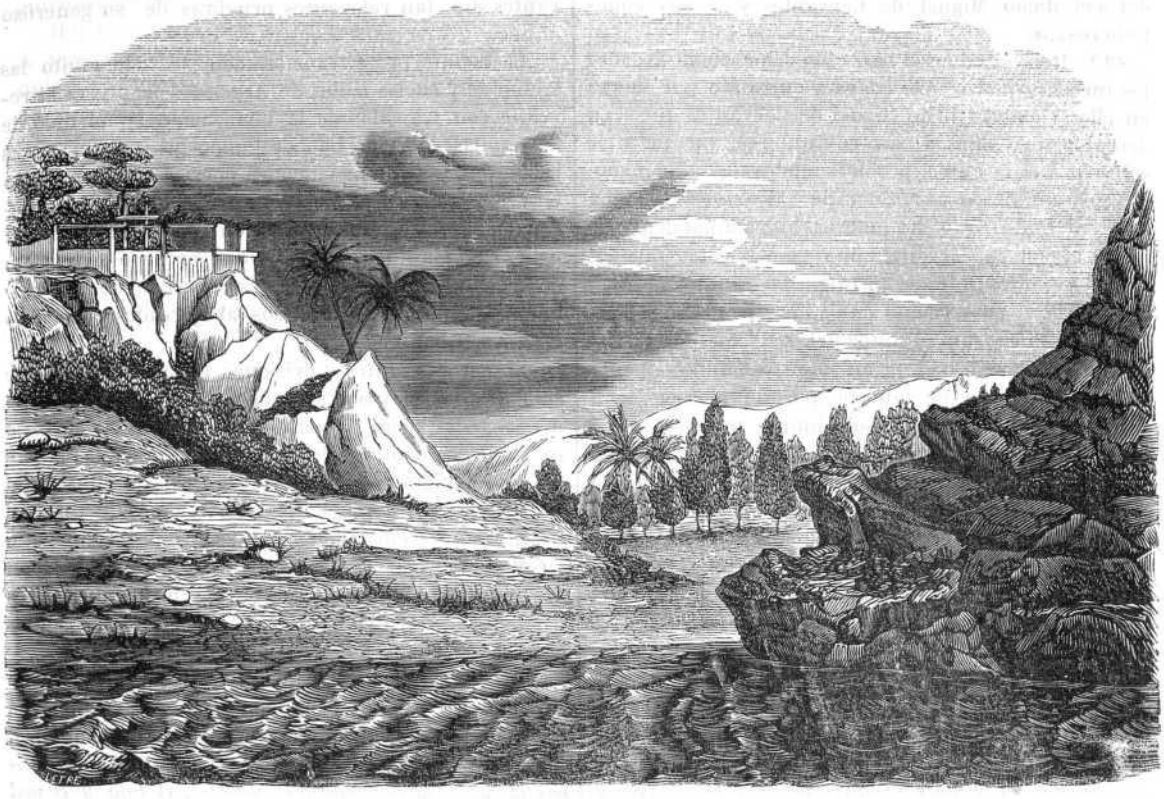
GEROGLIFICO.

Solucion.—Cobra buena ama y échate á dormir.



Vista de Valencia.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



Cercanías de Argel.—Jardin de Azán.

RECUERDOS DE CERVANTES.

«5.° Iten, si saben ó han oido decir que en el año de quinientos y setenta y siete, habiéndole sus deudos (á Miguel de Cervantes y Saavedra cautivo entonces en Argel) enviado dineros para su rescate, y no pudiendo acordarse con su patron, porque le tenia por hombre de mucha calidad, deseando servir á Dios y á S. M., y hacer bien á muchos cristianos é principales caballeros, letrados sacerdotes que al presente se hallaban cativos en este Argel, dió órden como un hermano suyo que se llama Rodrigo de Cervantes, que desde Argel fué rescatado el mes de agosto del mesmo año de los mesmos dineros dichos del dicho Miguel de Cervantes de su rescate, pusiese en órden y enviase de la playa de Valencia y de Mallorca y de Ibiza una fragata armada para llevar en España los dichos cristianos, y para mejor efectuar esto se favoresció del favor de D. Antonio de Toledo y de Francisco de Valencia, caballeros del hábito de San Juan, que entonces estaban en este Argel cativos, los cuales le dieron cartas para los visoreyes de Valencia y Mallorca y Ibiza, encargándoles y suplicándoles favoreciesen el negocio....»

«6.° Iten, si saben ó han oido decir que esperando la dicha fragata dió órden como catorce cristianos, de los principales que entonces habia en Argel cativos se escondiesen en una cueva, la cual habia él de antes procurado fuera de la cibdad, donde algunos de los dichos cristianos estuvieron escondidos en ella seis meses y otros menos, y allí les proveyó y procuró proveer y que otras personas proveyesen de lo necesario, teniendo el dicho Miguel de Cervantes el cuidado cuotidiano de enviarles toda la provision, en lo cual corria grandísimo peligro de la vida, y de ser enganchado y quemado vivo, hasta que ocho dias antes del término en que la fragata habia de venir, el dicho Miguel de Cervantes se fué á encerrar en la cueva con los demas....»

«7.° Iten, si saben ó han oido decir que en efecto la dicha fragata vino, conforme á la órden que el dicho Miguel de Cervantes habia dado, y el tiempo que habia señalado, y habiendo llegado una noche al mismo puesto, por faltar el ánimo á los marineros y no querer saltar en tierra á dar aviso á los que estaban escondidos no se efectuó la huida...»

«8.° Iten, si saben ó han oido decir que estando así desta manera todos escondidos en la cueva, todavía con esperanza de la fragata, un mal cristiano que se llamaba el Dorador, natural de Melilla, y que sabia del negocio, se fué al rey que entonces era de Argel, que se llamaba Azan; y le dijo que se queria volver moro por complacerle, le descubrió los que estaban en la cueva, diciéndole que el dicho Miguel

de Cervantes era el autor de toda aquella huida, y el que la habia urdido, por lo cual el dicho rey el último de setiembre del dicho año envió muchos turcos y moros armados á caballo y á pié á prender á el dicho Miguel de Cervantes y á sus compañeros....»

«9.° Iten, si saben ó han oido decir como llegados los turcos y moros á la cueva y entrando por fuerza en ella, viéndose dicho Miguel de Cervantes que eran descubiertos, dijo á sus compañeros que todos le echasen á él la culpa, prometiéndoles de condenarse él solo, con deseo que tenia de salvarlos á todos, y así en tanto que los moros los maniataban, el dicho Miguel de Cervantes dijo en voz alta, que los turcos y moros le oyeron: ninguno de estos cristianos que aquí están tienen culpa en este negocio, porque yo solo he sido el autor del, y el que los ha inducido á que se huyesen; en lo cual manifiestamente se puso á peligro de muerte, porque el rey Azan eran tan cruel que por solo huirse un cristiano é porque alguno le encubriese ó le favoreciese en la huida, mandaba ahorcar un hombre, é por lo mismo cortarle las orejas y las narices; y ansí los dichos turcos, avisando luego con un hombre á caballo de todo lo que pasaba al rey, y de lo que el dicho Miguel de Cervantes decia que era el autor de aquella emboscada y huida, mandó el rey que á él solo trujesen, como le trujeron, maniatado y á pié, haciéndole por el camino los moros y turcos muchas injurias y afrentas....»

«10. Iten, si saben ó han oido decir como presentado así maniatado ante el rey Azan, solo sin sus compañeros, el dicho rey con amenazas de muerte y tormentos, queriendo saber del como pasaba aquel negocio, él con mucha constancia le dijo que él era el autor de todo aquel negocio, y que suplicaba al Sú Alteza si habia de castigar á algunos fuese á él solo pues él solo tenia la culpa de todo; y por muchas preguntas que le hizo nunca quiso nombrar, ni culpar á ningun cristiano, en lo cual es cierto que libró á muchos de la muerte que le habian dado favor y ayuda, y á otros de grandísimos trabajos, á quienes el rey echaba la culpa, y particularmente fué causa como el M. R. P. Fr. Jorge de Olivar, que entonces estaba en Argel redentor de la Orden de nuestra Señora de la Merced, el rey no le hiciese mal, como deseaba persuadido que él habia dado calor y ayuda-do á este negocio....»

Cuantas veces he leido esta relacion que el buen soldado de Lepanto presentaba entre sus méritos para alcanzar un miserable destino en Indias, cuantas he recorrido las sencillas y patéticas páginas del Padre Haedo, no he podido menos de admirar la grandeza de alma del que por sus escritos ha merecido el justo sobrenombre de Príncipe de los ingenios españoles; tamaño esfuerzo, tan denodado aliento entre piratas feroces, tan insigne generosidad honra son del hombre mas oscuro y de la patria que lo vió nacer, cuantos mas si este hidalgo ha escrito el Quijote.

Así fué que cuando el espíritu aventurero de los borrascosos tiempos de mis juveniles años me llevó á Argel para presenciar el bombardeo de Mogador por la flota francesa que el infortunado Príncipe de Joinville mandaba, dejando á un lado todos los gloriosos recuerdos que en un español escitan las playas africanas y la Colonia de Argelia me encaminé, como en otros tiempos, en busca de los baños de los cautivos cristianos y de esa cueva donde Cervantes dió tan relevantes pruebras de su generoso ánimo.

La conquista ha transformado de todo punto las tortuosas y sucias calles de Argel, los franceses al revestir con las galas de la civilizacion aquel nido de las águilas del mar, han destruido gran parte de sus recuerdos y de su melancólica poesía: cómodas serán en verdad las calles rectas, las casas iguales y pintadas; los aleros en línea; pero en verdad que no hay belleza en las líneas rectas y que prefiero el aspecto de las ruinas y de los callejones oscuros al de esas monótonas hileras de tableros ahujereados que llaman casas bonitas.

Numerosas eran las prisiones y mazmorras en que gemian los esclavos cristianos en tiempo de Cervantes Saavedra; pero sabemos que estuvo en el baño real, con los cautivos de rescate y allí dirigí mis pasos. Ese edificio se halla en el barrio de Bib-Azum y no muy lejos descuella el cuartel de los genízaros, —En 1577 era cuadrilongo, tenia dos pisos, un patio en el centro con cisterna y alrededor corredores con aposentos ó celdillas miserables.—En los cenadores bajos habia una capilla donde se decia misa los dias festivos.

Hoy ha cambiado en mucho el edificio y se halla casi ruinoso y se asemejan sus calabozos sombríos, á los oscuros nichos de una bóveda de enterramientos. *No entra en ellos aire ni sol, ni se puede ver el cielo y apenas la luz.... la inmundicia es notable... el tufo y el mal olor intolerable*, estas palabras de un cronista de la órden trinitaria tienen hoy todavia aplicacion. Algunas familias pobres y tan sucias como todos los habitantes de Berberia se aposentan en aquellas mazmorras regadas de tantas lágrimas, sordas á tantos ayes y crueles guardas del bien mas precioso que Dios concedió á los hombres, de la sacrosanta libertad. Aun estaban las huellas de las cadenas que se colgaban en los muros para ser colocadas en la delicada cintura del mas impaciente ó del mas inquieto. Allí recordé la donosa historia del cautivo, cuento oriental el mas fresco y galano de cuantos salieron de la pluma de nuestro inmortal escritor, *Los tratos de Argel* y todos los ilustres españoles que sufrieron hambres, desnudez, palos, fuego, injurias y toda vejacion de aquellos perros moriscos!—Profundamente afectado dejé aquel lugar, padron de ignominia para la poderosa Europa del renacimiento, y me dirijí por la puerta que da nombre al barrio, al jardin donde la cueva estaba que sirvió de guardia á los quince alentados caballeros que debian buscar su libertad y salvacion por medio de la galera fletada por Rodrigo de Cervantes.

Altivas y desquebrajadas rocas guarnecen la orilla amarillenta del mar por aquel costado y hácia Levante como dos millas y media de los muros, y no muy lejos del agua se estendian los restos del *carmen* ó jardin de el Alcaide Azan. Algunos setos de arrayanes y no pocas adelfas dobles, cuatro palmeras agostadas, muchos azofaitos, tejos y cidros, aquí una vid, allá varios olivos entre laureles y hasta un centenar de cipreses componen lo que hace doscientos sesenta y

ocho años era una huerta amenísima.—De la casa no quedan restos, ni pude tampoco encontrar la cueva. Los franceses que al comienzo de su dominacion hicieron de este *carmen* un cementerio rellenarian el antro espacioso.

Hoy todo aquello es campo erial y abandonado. — A pesar del ardoroso bochorno que nos rodeaba no quise retirarme sin tomar un croquis en mi cartera de aquel poético retiro de tan glorioso recuerdo para Cervantes. Entrando, pues en el mar, unas veces con el agua hasta las rodillas, otras saltando de peñasco en peñasco logramos abordar una roca donde brotaba agua pura, fresca, dulce y clarísima.—Allí me aposenté y el paisage no pudo menos de admirarme por su novedad y grandeza. El mar que á mis pies se estendia estaba de color de gualda y las puntas de sus menudas ondas bordadas de oro, púrpura y plata; me ocultaba la ciudad, una roca enorme que en su majestuoso reposo y en su estraña forma un Titan vencido parecia: á la derecha mano una colina coronada de verdura y de un fantástico pensil me recordaba los poéticos jardines de Lanjaron y del Alhambra en Granada, y en el fondo se veia al fin de la arenosa playa el grupo de árboles del huerto de Azan y mas en lontananza esas montañas carmesíes, violadas, azules, de oro y de nacar que solo se ven entre las colinas de los horizontes africanos. Las memorias que á mi mente se ofrecieron, los pensamientos que se encendieron en mi fantasía y el vago dolor de placer mezclado que allí sentí no son para contados por torpe pluma, ni en diminuto artículo: bueno será por ende decir á mis leyentes:— *Valete.*

J. Jimenez—Serrano.

DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA.

Ó

GRANDEZA POR VIOLENCIA.

(Episodio histórico.)

I.

INTRODUCCION.

El trueno de la guerra habia retumbado en hora menguada para conmover la Europa entera. No parciales discordias y disturbios populares agitaban solo los ánimos: poderosas potencias se lanzaban entre sí á la pelea con furor sangriento é implacable: y á merced de la ambicion y pasiones de monarcas impetuosos y de las influencias religiosas, habíase convertido el mundo en ancho circo de empeñados choques.

La libertad luchaba contra la opresion; la iglesia Luterana con la de Roma; el libertinage de los príncipes se habia entronizado con su poder omnímodo: y ni fé, ni pudor respetaban los que manchaban de contínuo sus lábios con impíos sacrilegios.

Aquella mezcla de supersticion fanática é incredulidad impía, relajaba en gran manera las costumbres, y bajo la sucia máscara de la impostura mas repugnante tenian lugar las pasiones mas vergonzosas é inmorales.

Existia el mundo 1522 años, despues de J. C.

Enrique VIII, señor del trono de Inglaterra, acababa de romper las paces con la córte del caballeroso Francisco I.

Apenas era ascendido al trono de Castilla el emperador Cárlos V, y ya destrozaban sin piedad el reino, nobles y comuneros; regentes y eclesiásticos. Mas, los disturbios de los *países bajos* aparentaban aplacarse (si bien fué para estallar con nueva furia): acababa de arrojar á los franceses del Milanesado y de apoderarse de Génova, y el esclarecido príncipe meditaba pasar á sus vastos dominios españoles y dar unidad á un trono presa hasta allí de la ambicion cortesana, por la demencia é incapacidad de doña Juana su madre.

Ni el mérito y valimiento de los regentes don Iñigo de Velasco y don Fadrique Enrique, ni las astucias de su colega Adriano, electo ya á la sazon Papa, habian influido nada en la pacificacion de sus estados; cansados como estaban los pecheros de esacciones y turbulencias. Empero esto mismo le presagiaba, como nada, el feliz resultado de su viaje, con un pueblo tan ansioso de la venida de su monarca, como única tabla de salvacion en tan azarosa existencia.

II.

CLAUSURA SIN FANATISMO.

En el momento de tomar nosotros el hilo de este episodio histórico, ocupaban un estrecho aposento en el palacio de los Condes de Hocstrat, en Odenarda, dos nobles y distinguidas señoras: tales eran su gravedad sin afectacion, sus adornos ricos y preciosos, cuanto podian serlo con el gusto de la época. Distintas en edad y caracteres, si bien ambas hermosas, ni un momento pudiera existir la duda sobre lo íntimo y tierno de las relaciones que las unian. Notábase, á una rápida ojeada, que solo es tan ávido el mirar de una madre y tan afectuoso el respeto de una hija: y sin embargo, la una era Isabela de Culemburg, y la otra Margarita Vangest: la primera noble condesa de Hocstrat, y la segunda, hija de Juan Vangest y de María Cocquamba, nobles flamencos, pero de una fortuna muy limitada.

Bordaba Margarita, mas con la fijeza de sus sentidos, que con sus delicadas y blancas manos, un soberbio floron rojo, sobre un escudo de no comunes dimensiones, contenido apenas en un esquisito y festoneado tapiz azul. La bella eleccion de las tintas y el delicado conjunto que resultaba, mas bien parecia obra de un aventajado artista de nuestro siglo, que del gusto, en aquella época, de una dama de las principales familias de Flandes.

Contemplábala la condesa con apasionado arrobo. Huérfana Margarita á la edad de cinco años, acogida y educada por los de Hocstrat, á quienes unia la mas intensa amistad con sus padres, habian hecho con ella desde aquel momento veces de tales. De esta suerte, objeto de los mayores cuidados y atenciones, al crecer en hermosura y gracias habíase puesto á la mayor altura de la ilustracion del siglo. De natural apacible y cándido, nada por las fiestas y placeres, nada por los devaneos y los amores se habia despertado en su pecho.

—Déjalo ya, hija mia, esclamó con bondadoso acento la condesa; sé amable contigo propia: no te permites la menor distraccion y fuerza será que llegues á fatigarte sin sentirlo.

—Oh! no lo temais; hay harta variedad en la obra: además, sabeis cuanto deseo presentársela concluida á vuestro.... no, no; á mi segundo padre, se interrumpió Margarita con los ojos arrasados en lágrimas.

—Bien, pero Hocstrat, dijo la condesa, cogiéndola de las manos, mas sentimiento que placer recibirá en ello. Dedicar tus momentos de solaz, las distracciones propias de tu juventud....

—Mi juventud! Suspiró Margarita no dejándola acabar: acaso no fué para mí la juventud la edad en que para otros es la infancia! Mi juventud!... ay! Los sollozos oprimieron su garganta; tornaron á sus

pupilas copiosas lágrimas, y sus mejillas brotaron un carmin arrebatado.

—Margarita! eres injusta con tu suerte. Acaso nuestro cariño....

—Oh! Dios es testigo de su inmensidad!... y se arrojó trémula de amor y reconocimiento, en los brazos de Isabela de Culemburg.

—Eres un ángel, Margarita, y sin embargo....

—Concluid! Concluid!

—Temo causarte enojo.

—Oh! no por piedad!

Fluctuó la condesa y pasado un momento en silencio, dijo midiendo el efecto de sus palabras.—Y sin embargo, eres injusta con cuanto te rodea. A veces tus caricias me hacen creer que has encontrado una segunda madre....

—¿Y poneis duda en ello, madre mia?

—Pues bien, si tu madre María, que está en el cielo, velando por tu inocencia y mi rectitud, anhelante por tu dicha y mi descanso.... Si tu madre estuviera á tu lado ¿qué sueñas que haria por tí?...

—Me haceis daño con tanta duda, madre mia...

—No, Margarita, no: ¿cómo representar su lugar á tu lado? ¿Cómo sustituir á una segunda providencia? Una madre adivina y obra con acierto; yo dudo.... y al terminar la fluctuacion, me decido siempre por lo peor para tí.

—Tendreis, entonces, por mudo lo silencioso de mi cariño. ¿Nada, nada os habrán indicado mi abnegacion y mi respeto?...

—En nosotros, seria un crímen exigir de tí una ciega obediencia. No me indiques que no, hija mia, ¿qué de tormentos no te hubiéramos causado, casándote, por solo acceder á las exigencia del marqués nuestro sobrino?

—Oh! no concluyais, esclamó trémula Margarita.

—Ahí tienes lo que siempre escucho de tí. ¿No tendrias otras palabras, otra confianza para tu madre? El marqués te desagradaba, pero otros muchos nobles te han pretendido despues, y no ha de haber, entre ellos, uno que te obligue á cambiar de pensamiento?

—Nunca! madre mia, nunca!

—Imposible, Margarita, imposible! Tanta hermosura, tanta juventud, el brillante porvenir que te espera en el mundo....

—Oh! desgracias nada mas. Ni un punto acierto á formarme ilusiones para mañana! Yo enloquezco al sentir en mí un instinto superior á todo raciocinio, y al que vivo subyugada. Ademas, son tan tristes mis presentimientos.... Si alguno de esos orgullosos señores, olvidado un momento de sus blasones y riquezas, se bajára para colocarme á su lado, por satisfacer un capricho pasagero, ¿he de ser tan débil que no comprenda, que, al volver de su delirio, me mirará junto á sí, no tan rica como su anhelo desea y cual dique invencible á su ambicion de fortuna en el mundo? Oh! por eso bendigo mil veces la vida en la clausura: allí....

—Margarita, ¿pues qué, nada podemos hacer por tí, mientras vivamos?... Despues si un triste destino....

—Sí; puedo disponer del tesoro de vuestro cariño, y por eso quiero vivir consagrada á él... y no concluyó, porque resonando cada vez mas fuertes los pasos en la galeria inmediata, abrióse sin ceremonia la mampara que embarazaba la entrada, y dejó paso al caballero Antonio Lalini, señor de Hocstrat.

—Aúna tus ruegos á los mios, Conde, dijo Isabela de Culemburg al ver á su noble esposo, como idea salvadora para sacar á Margarita de las tristísimas ideas en que se habia abismado—Arranquemos el tapiz de sus manos.

—Sí, fuerza será que sacrifique por ahora tan bellos talentos á los del tocador, contestó el de Hocstrat con respetuosa galanteria. Esta noche habremos de asistir á un sarao. Ha llegado el Emperador, que marcha á España: honrará con su presencia el festejo que la ciudad le prepara y justo es que toda la nobleza se esfuerce para hacerle agradable su paso por Odenarda.

—Oh! ciertamente que asistiremos. ¿No es verdad, hija mia? acentuó cariñosa la Condesa.

Nada contestó Margarita: sus ojos se inflamaron: las mas estrañas tintas coloraron su semblante, y su corazon agitado comunicó una impresion trémula á sus miembros.

Ay! quien penetrára los movimientos del alma en su primera concepcion!!!

—

Las ideas de los primeros siglos no eran suficientes á traspasar las vallas del orgulloso y exigente influjo del feudalismo.

Dos únicas carreras contemplaba abiertas ante sí la nobleza: el ejército ó el claustro. Y doblegados ante tan bárbara alternativa, mártires eran del lustre de los pergaminos, los que, no bastante poderosos para enlazarse segun su alcurnia, pronunciaban unos votos impíos y sacrílegos, porque del altar de la divinidad hacian el pedestal de sus ambiciones terrenas.

Por este error ofuscada, pobre en riqueza cuanto abundosa en hermosura, fundaba Margarita Vangest su único porvenir tranquilo en el claustro: y esclava de tristes presentimientos, negábase al enlace de cuantos ambicionaban poseerla.

Quizá el solo sentimiento que revelára su alma fuera el instinto de su pureza.

—¡Ay! empero de la débil hoja espuesta á recios torbellinos en medio de la inmensidad!

III.

EL SARAO.

Las luces de cien arañas reflejadas en lunas venecianas hacian fascinador el aspecto de los salones. Toda la hermosura de Odenarda, toda la nobleza de la córte del Emperador Cárlos V, se hallaba reunida allí. La magnificencia de los trajes con su crugiente sedería: los suaves perfumes de los cincelados pebeteros; la animacion deliciosa de la música, todo hacia que fuese digno y suntuoso el sarao que la ciudad daba á su régio hospedado.

Vagaba el jóven príncipe de salon en salon, contemplando las bellezas con *esquisito tacto*, segun lo marcaba la admiracion de los cortesanos. Una ropilla de terciopelo negro con vueltas de encaje y lijeramente bordada de oro componia todo su adorno; y la condecoracion del *Tusson* su única insignia: mas, galante airoso y en la flor de sus años, su gracia personal daba cima al seductor realce con que la fortuna lo presentaba.

Cándida, hermosa, pura como su pensamiento virginal; sonrosado el semblante con el pudor de la castidad; agitado su seno por opuestos embates: seductores sus ojos con el brillo de la inocencia, esbelto su talle con la elegancia del tocado, hallábase fascisnadora al lado de la Condesa de Hocstrat la angélica Margarita Vangest.

La señal de la primera contradanza habia sonado, y el poderoso Emperador al buscar pareja á quien honrar, para romper el baile, fijó su régia vista en tan casta y fragante azucena. ¡Triunfo envidiado! ¡Elevacion singular! Mas aparte el cielo de la mente el pararelo; tambien asciende la víctima que, yerto el verdugo, decapita en el cadalso.

Alucinado por su notable hermosura, no economizaba el Emperador ninguna clase de respetos: la miraba con atencion prolija, y cuando, al dejarla en su asiento, se aproximó á un círculo de nobles no fué dueño de contener esta esclamacion:

—Divina es, por mi vida. Imposible que haya en mis estados belleza mas singular! Magnífico brillante para la corona de un príncipe....

Y esta fué la sentencia de deshonra para la inocente Margarita.

—

Envejecidos en las rancias costumbres de la Corte los aduladores de todos tiempos, no sienten sino al capricho de un hombre, que al sonreir desdeño-

samente de su estupidez, les impone el yugo de mostrarse risueños y complacidos. Ensalzados de esta suerte hasta en sus vicios, supeditada queda á un infernal escarnio la virtud mas acrisolada que ose poner un dique á satánicos desvaríos. Bajos é inmundos, cual la mas repugnante escoria, se consagran innobles en su degradacion al impuro altar de las pasiones groseras de su dueño: y ávidos de una sonrisa, de un favor, con la fidelidad del perro y la astucia de la serpiente, una mirada la contemplan como una ley: una palabra como el sonido de la hora señalada para la ejecucion.

—¿Atendeis, Hernando?... dijo con marcado acento un caballero flamenco á otro, á quien hablándole misteriosamente habia conducido al estremo de una galeria un instante despues de que la notable hermosura de Margarita arrancára tan entusiasta esclamacion al príncipe,

—Habeis comprendido cuanto encierra mi plan?

—Sí: todo lo he oido. Vuestro plan es magnífico, mas no por eso es menos dudoso su éxito.

—Respondo con mi cabeza de que antes de ocho dias mandareis el tercio, y de que yo marcho con una buena comision para España.

—Todo eso será si logramos lo que tan bien fraguais: pero si solo llegáramos á perder su gracia!...

—¿Por qué? por prestarle un servicio de tal naturaleza? Porque del éxito no dudareis....

— Y cuáles son los elementos para que sea bueno?

—Astucia y arrojo.

—Recapacitemos, don Diego.

—Sea, Hernando. Ninguna duda creo abrigareis sobre los sentimientos del príncipe.

—A lo esencial; que podemos llamar la atencion antes de concertarnos.

—Lo avanzado de la hora, lo retirado de la calle á donde dan las tapias del jardin del de Hocstrat....

—Ptsi!... No seais imprudente! apercibió recatándose el otro de los interlocutores.

Miraron hácia todos lados y despues continuó el reconvenido, con mas recelo:

—Una vez dueños del jardin, y con hombres de confianza que nos guarden las escalas... quiero que me respondais, si no pende ya todo de la astucia y del arrojo. Y apoderados de Margarita Vangest, veremos que es lo que arrancamos á la corona, en vez del magnífico brillante con que la vamos á esmaltar.

—Necio ó loco fuera, si hallára que oponeros, don Diego.

—Sin embargo, aun falta mucho para que demos cima á nuestro plan.

—¿Pues qué, os pregunto á mi vez, olvidasteis cuáles son los elementos de buen éxito?

—Sí; pero no es solo arrojo y astucia lo que se necesita.

—Cierto, don Diego, mas por lo pronto separémonos.

—A la verdad que no es esta la mejor posicion para formar emboscadas.

—Adios; y mañana podemos reunirnos.

—No, no: arrojo y astucia os dije; mas, omití, presteza.

—Pues entonces, dentro de una hora.

—En el pilar de la Vírgen.

—Sin falta!—Astucia y arrojo!

—Presteza! añadió el otro como en asentimiento; y aquellos dos hombres se deslizaron inadvertidos por entre la multitud.

IV.

ESCALA Y VIOLENCIA.

Acababa de recibir en la frente el beso de paz de la condesa de Hocstrat.

Abrumado el cuerpo y condolida el alma, habia rehusado Margarita para desnudarse el auxilio de sus camareras. Lozana y como una flor tierna, al retirarse del régio sarao sentíase mustia cual ella despues de sufrir los ardientes rayos del sol de la canícula. Consagrado tiempo hacia su espíritu al único pensamiento de una vida santa y retirada, herian su corazon los goces terrenos y livianos. Apoyada en su reclinatorio exhalaba su alma los mas hondos y acerbos suspiros, al propio tiempo que inundaba su semblante copioso y amargo llanto.

Lloraba con vehemencia aquel estravío momentáneo; y las sensaciones de tal temple solo uncion hallan en la gracia suprema de la divinidad.

Con dolorosa resignacion iba desprendiendo de su cabeza las flores y los adornos; y como arrepentida y queriendo lavar la impureza de aquel contacto, oprimía en seguida con afan convulsivo un precioso crucifijo de ébano, que velaba incesante por la pureza de su lecho. Una fervorosa oracion seguia á tales movimientos, y cual mísera pecadora no cesaba de implorar el favor divino, por culpas que nunca cometiera.

El silencio mas profundo reinaba por todo. A un estremo del edificio, con balcones á una calle retirada y al jardin del palacio, solo el blando crugir de las ramas, ó pasos que insensiblemente se iban perdiendo, era cuanto se percibia en aquel aposento.

Los sollozos de Margarita, cada vez mas frecuentes, indicaban su agitacion progresiva. Sus blancas manos ocultaban casi enteramente el rostro: sus lábios sufrian la agitacion mas violenta, y cual no siendo ya dueña de sí por mas tiempo, y sucumbiendo al peso de su amargura, su cuerpo se inclinó escesivamente hácia adelante; sus rodillas chocaron con el pavimento, y desprendiendo en su caida parte de la colgadura, que derribára la bugía, quedó en la mas profunda oscuridad, al propio tiempo que sus lábios balbuceaban—¡Dios mio, piedad! piedad para mí!

—Y por qué, pobre criatura? Por qué la pides? Por qué sientes necesidad de ella?... Bien, que tú ángel de pureza ¿qué otra cosa sabes, que sentir instintivamente?... Ay! cuántas mugeres enloquecieran con los triunfos que te agobian! ¡Cuántas envidiarán ya tu suerte!..

Horribles fueron los instantes que se siguieron: próximo se habia percibido un ligero roce: un momento despues rodó una puerta sobre sus goznes y... Margarita, no se hallaba sola en su aposento.

Pasos lentos acompasados anunciaban la presencia de otro ser viviente en la estancia. Una linterna sorda prestó débilmente luz, sin descubrir al que la llevaba, y un segundo despues una mano nervuda atenazó el brazo de la infeliz Margarita, que al ahogar esta esclamacion: ¡Misericordia! se halló al frente de un medroso personaje enmascarado.

—¡Piedad! volvió á implorar en tono suplicante, levantando sus trémulos brazos; y no pudo concluir, pues la interrumpió un brutal acento:

—Silencio! Seguidme!

El hielo mas horrible se difundió por las venas de la inocente niña.

—Silencio y seguidme! volvió á articular, con estúpido acento, y un delirio espantoso la atosigaba ya.

Intimidada por tan medroso arcano no era dueña de sentir: privada de discernimiento no comprendia cuanto la amenazaba.

—Por Lucifer! que urgen los instantes, esclamó el de la máscara negra, levantándola de un sacudimiento: mas, cuando conseguido su objeto trató de emprender la marcha fué en vano, porque el cuerpo de la huérfana se desplomó en tierra sin sentido.

Hizo repetidos esfuerzos, todos inútiles:—pronunció un—¡Chist!—misterioso; con la rapidez de la imaginacion apareció otro segundo bulto, y entre ambos se apoderaron del tronco inanimado. Cesó de lucir la linterna y el silencio mas profundo volvió á reinar en el palacio de los condes de Hocstrat.

. . . . . .

Aquella misma noche, breves instantes despues, favorecidos por su sombra, penetraron con el mayor misterio en el alojamiento del Emperador Carlos V tres bultos. No mucho mas tarde suspiraba apasionado el vencedor de Francisco I á los pies de la desolada Margarita Vangest.

V.

NUEVE MESES DESPUES.

Corria por el mundo cristiano el año de mil quinientos veinte y dos, segun su éra.

En la plaza de Odenarda, hallábase reunido mayor concurso que de ordinario. La animacion estrema de los corrillos indicaba algun suceso estraño. Todo era misterio y dudas; y las repetidas preguntas de los curiosos transeuntes solo eran contestadas con encogimientos de hombros por los parados en grupos. Grande era el arcano y pocos los iniciados.

Gordo, mofletudo, cuadrado, un menestral: raido el traje y magra la figura, un personaje incógnito: fornido y corpulento, un hombre-librea; y una comadre de indefinible semblante.... formaban un corro, sino de los mas brillantes, al menos de los mas iluminados

—Mosen Tomás! esclamó el de la vestimenta ducal dirijiéndose al de la tísica vestimenta: qué, tan lejos os hallais de saber la verdad de cuanto pasa?....

—Pues qué, acaso será falso lo del exorcismo? dudó, abriendo los ojos cual escudillas, el de la crasa figura.

—Ah! ja ja ja.... prorrumpió la vieja.

—Falso y muy falso! Figuraos si me hallaré yo enterado cuando no me separo un momento de la antecámara de mi señor el Duque.

—Lo cierto es que al señor conde de Hoestrat le ha llegado una embajada del Emperador *magnífico*: y todos se descubrieron á tal palabra.

—Ah! ja! ja! ja! volvió á prorrumpir la vieja.

—A qué haceis tales estremos, cuando sabeis menos que todos nosotros? interrumpió el hombre oscuro volviéndose hácia ella.

—Quién sabe? indicó con un gesto malicioso de superioridad: ¿por qué no me doy tanta importancia como vosotros?

—Y qué es? y qué es? esclamaron todos estrechando el círculo con que la rodeaban ya.

Orgullosa, cuanto un gallo en sus dominios, paseó sus miradas por aquellos tres rostros estúpidos, y guardando silencio algunos instantes (justo castigo á la poca atencion que fijaron en ella desde luego), esclamó por fin, ahuecando lo posible su voz cascada:

—Cuanto voy á descubrir es puntualmente lo sucedido; mas, sin ofrecerme el mas completo silencio...

—Tia Braulia! / —Abuela! / —Por Dios! } fué reconvenida en señal de asentimiento, y prosiguió:

—Lo que hay es... y aquí se redobló la atencion; que la ahijada del señor conde de Hoestrat, la noble señora Margarita Vanget, adicionó con hiel, ha dado á luz una niña y....

—Qué? Qué? la interrumpieron con impaciencia.

—El Emperador (Q. D. G.) que segun algunos es el padre....

—Callad! Callad!

—Es posible? se santiguó el hombre craso.

—Oh! una vez que tan impertinentes os mostrais, no seré yo la que concluya, apostrofó con plañidero acento la cronista.

—Si nos quereis hacer comulgar....

—Con la verdad, le interrumpió altamente irritada la viperina comadre.

—Y quién os ha hecho tragar tanta patraña?

—Hombre quizás sea cierto....

—Y tanto! Como que el marido de la que ha auxiliado en el nacimiento, es tio de la prima de la muger del hermano de mi cuñada!

—¡Es claro! interpuso el mas crédulo y menos protuberante de los tres que daba ya fáciles interpretaciones á todo: como que ella iria á guardar secreto á su marido; luego este bien pudo confiárselo todo á su sobrina, la prima de la muger del hermano de la cuñada de la buena comadre Braulia!

—Pues bien, insistió el del reluciente rostro; si tanto sabeis....

—Para el diablo que os lleve! gritó con aspereza la comadre, y como en realidad no supiera mas y se hallára con mucha ansiedad de encontrar infinitos creyentes que la escucháran, partió en su busca sin aguardar otras razones.

Así esclama el P. Fabiano Estrada:

«Este (el marido de la que asistió en el parto) con la misma fé, lo comunicó á un amigo (porque cada cual tiene alguno, á quien fia tanto, cuanto le fiaron á él:) y de aquí como la lluvia recibida en los tejados, corriendo de teja en teja, de canal en canal, viene á parar en la calle pública, así diciéndolo uno á otro, siempre debajo de silencio, lo que para cada uno era secreto, fué murmullo de todo el pueblo. Ni la madre, hecha ya la costa del deshonor, publicado el parto, llevó mal que se publicase tambien el padre: para honestar la culpa con tan magnífico nombre. Y la educacion real descubrió en breve que era austriaca la niña.

VI.

EPILOGO.

Cuatro años despues de cuanto acabamos de saber Margarita de Austria, condesa despues de Parma y de Plasencia (tal se llamó la hija de Margarita Vangest y del Emperador Carlos V) influia ya en el destino de las naciones. El césar habia pactado su himeneo (que no tuvo efecto) con Hércules, príncipe de Ferrara, para apartar á su padre Alfonso de la faccion de la Francia.

Primogénita de Carlos V cifrára en ella el mas tierno afecto, cual en justo desagravio de la ofensa hecha á su madre.

Confióla el Emperador, para que fuese educada, á su tia Margarita *la cazadora*, gobernadora de Flandes é hija del Emperador Maximiliano I y de Maria de Borgoña.

Criada Margarita bajo las inclinaciones de tan varonil y virtuosa princesa; Gobernadora despues de Flandes por su hermano Felipe II, y en una época tan matizada de horrores y en que tanta sangre se vertiera por los Españoles en los Paises Bajos, no deja de presentarse en nuestra historia como uno de los personages de mas bulto y dignos por lo tanto de grave contemplacion.

El silencio mas completo dedican las crónicas á Margarita Vangest. Segun Clemencin (1) una hermosa flamenca acompañaba de incógnito al Emperador en todos sus viajes; mas seria aventurado suponer que fuera Margarita. Quizá, víctima de negra trama muriera agoviada de dolor, ó gimiera en penosa existencia los angustiosos años de su vida.

ANTONIO MARIN Y GUTIERREZ.

DE COMO SE ENTIENDE GENERALMENTE LA NACIONALIDAD.

Ciertas canciones, y sobre todo ciertos dramas, pretenden que un español vale por cuatro franceses, cuatro ingleses, cuatro portugueses, etc; pero como en todos los paises hay canciones y dramas de brocha gorda, en Paris se canta que un francés vale por cuatro ingleses cuatro españoles, etc. en Lisboa que un portugués vale por cuarenta castellanos y en todas partes se dice como título de gloria:

—Soy Español!

—Soy Francés!

—Soy Portugués!

Llega un dia de batalla, el Sol se desembaraza de las nubes y hace brillar las lanzas, los cascos y las corazas: en cada campo se dice respectivamente; á los españoles: «el sol de Pavía os alumbra» á los franceses «el sol de Austerliz,» á los ingleses «el sol de Malplaquet» mientras que el sol hace tranquilamente madurar las coles, las patatas y la cosecha de todo el mundo.

(1) Notas al Quijote.

Si los progresos de la inteligencia y de la civilizacion no son una quimera, tiempo es ya de que cesen estas rivalidades ridículas, y de convenir en que en todos los paises hay hombres valientes y esforzados.

El poder efectivo de una nacion no consiste hoy en poseer esta ó la otra estension de terreno, sino en la industria, en el bienestar material, en el progreso moral: vale mas tener diez leguas de camino de hierro en el interior, que veinte de campos yermos y despoblados conquistados en el estranjero. Un descubrimiento que ayude á la industria ó á la agricultura, tiene hoy mas importancia efectiva que la victoria mas ruidosa.

Sabido es que hay igualmente muchas canciones que tienen por estribillo y por tema, *cubrir los campos de cadáveres de los enemigos*.

Pero como cada pais tiene su patriotismo y sus canciones patrióticas, de aquí se deduce naturalmente que los que llamais enemigos os dan el mismo título y quisieran igualmente emplearos en que deis jugo y sustancia á la tierra.

No puede admitirse este género de patriotismo en un pais sin al menos tolerarle en el otro, y la consecuencia necesaria es que es preciso estercolar las tierras con los cadáveres de todos los hombres, lo que produciria escelentes recolecciones pero que nadie desgraciadamente quedaria para disfrutar.

En suma ¿qué son esas limitaciones de pais? ¿qué la industria, la razon y la filosofia sino consiguen borrarlas?

Supongamos que sea uno habitante de la frontera, no es posible trazar una línea por delgada que sea, que no pertenezca por mitad á un pais, y por mitad á otro. Indudablemente existen mas lazos de afeccion y de interés con el enemigo que se halla al otro lado de la línea marcada, que con vuestro compatriota que reside á cuatrocientas leguas de vos.

Esto no obstante, sobre esta línea hay una mata de yerba, la mitad es vuestra, forma parte de las hermosas praderas de vuestra bella patria, la otra mitad es una tierra maldita. Hay un peñasco en la línea, vos tomais la mitad para romper la cabeza del enemigo, la otra mitad romperá la vuestra. Pero hé aquí lo que es peor todavia. Un tratado concede una porcion de territorio al estrangero; lo que era patria ó lo que al menos formaba parte de ella no lo es ya, por lo tanto habeis dejado de amarla. Antes era sublime dejar de existir por ella, ahora es heróico matar á los que la defienden y morir saqueándola.

Los pueblos por fortuna comienzan ya á ver claro; dentro de poco ninguno querrá guerras provocadas generalmente por la ambicion de unos pocos. Al fin se acabará de comprender que todos tenemos una misma tierra que trabajar y las mismas necesidades con que luchar; que hay una gran patria que es el mundo, y que es una idea mezquina encerrar el amor de la humanidad en los límites trazados por el catastro.

DE LA LOTERIA.

Su invencion ha sido vindicada por muchos personajes y en diferentes épocas. Es un plagio hecho á los romanos del imperio, á quienes ocurrió esta graciosa idea en las fiestas saturnales. Tal es el origen de esta antigua pasion, tan fatal para las sociedades modernas, y que no fué en su principio otra cosa que una diversion pasagera.

En tiempo de los emperadores de la familia Julia el poder descendia ya hácia su decadencia y la suerte estaba próxima á disponer de la púrpura: el azar que se introducia en las costumbres, debia en breve regular tambien los placeres; y el pueblo romano, que se habia dejado arrebatar su soberanía, no corria ya al foro sino á recojer las larguezas de sus señores.

Augusto no hizo de la lotería al principio mas que una especie de recreo, porque no ofrecia á la suerte mas que bagatelas; pero Neron era emperador demasiado fatuoso para contentarse con seguir el ejemplo del prudente Augusto. En las fiestas que se celebraron por la eternidad del imperio, hizo al pueblo echar hasta 1.000 billetes al dia: unos daban un empleo y esclavos, los otros tierras y navíos. Vino Heliogábalo, aquel disoluto que hacia tirar su carro sobre un lecho de rosas por mugeres desnudas; aquel emperador que vivió en medio de la voluptuosidad, y que murió en un lugar inmundo; aquel hombre, en fin, que tenia en el corazon una infernal ironía, y que parecia haber jurado hacer de todo lo humano una comedia para los dioses. En su reinado hicieron furor las loterías. Se divertió en componerlas de la mitad de billetes útil, y la otra mitad de cosas de ningun valor. Habia, por ejemplo, un billete de seis esclavos y otro de seis moscas: uno ofrecia un vaso de muchísimo valor y otro uno de tierra. Estos juegos sutiles agradaban estraordinariamente á los romanos dejenerados del tercer siglo, y los acostumbraban á adivinizar el azar.

Mueren las loterías con Heliogábalo. Su sucesor Alejandro Severo tenia algo mas que hacer que divertir á los romanos: los puso en movimiento contra los godos. La civilizacion moderna amenazaba tragarse el poder de los Césares: Roma bajaba á las llanuras de la Galia, y allí era donde tenia que entregarse á juego mas terrible.

Duermen las loterias 1.300 años. Ni la grande anarquía de la decadencia, ni la ignorancia de las primeras edades de las sociedades modernas pudieron hacerlas olvidar enteramente. Los venecianos las pusieron otra vez en vigor en el siglo XV, y la república buscó en ellas recursos financieros. Primer ensayo que se hizo de aplicacion á las urgencias del Estado. Reservado estaba al tan sutil génio de la comerciante Venecia esplotar provechosamente uno de los vicios del corazon humano, y despertar en el hombre una pasion funesta que debia servir tan bien á la avidez de los gobiernos.

Despues de haber hecho grandes estragos en Italia se adelantan las loterías como una plaga hácia el centro de la Europa; penetran en Alemania donde tal vez las llevó el gusto de los soldados de Carlos V, y llegan despues á Francia donde al principio no tuvieron una gran acojida. De allí pasan á Inglaterra, que hácia el fin del siglo XVII buscó tambien en ellas sus recursos. El proyecto de su establecimiento tuvo una enérgica oposicion en el parlamento británico; pero se necesitaba dinero para la guerra y se permitió el juego. Los patriotas lo criticaron altamente pero se les tapó la boca con estas palabras: *Callad: esta lotería es la reina de las loterías: ella es la que acaba de tomar á Namur*. Era natural que los holandeses siguiesen el ejemplo, y asi fué. Desde entonces habian llenado su mision las loterías, y depositado su gérmen fatal en las principales naciones de Europa.

Tal es el primer período de la historia de las loterías: hasta entonces no habian penetrado en las costumbres, pero bien pronto fueron elevadas al rango de instituciones. Toman de repente tal importancia en toda Europa, que no podremos seguirlas en todos sus desarrollos. Admitida la lotería por los

gobiernos, siguen la misma marcha poco mas ó menos en todas partes, su fisonomía es casi la misma en todos los pueblos: los diferentes retratos que pudieran hacerse se parecen en las principales facciones.

Sabido es que en España fué introducido este juego á fines del siglo pasado.

En tiempo de la revolucion francesa no pudo librarse la lotería de la hacha que cortó tantos abusos. Ya en 1789 Montesquieu habia presentado á la asamblea nacional la lotería como invencion inmoral, y que debia desaparecer, y en los años siguientes se originó un debate entre muchos hombres políticos con motivo de un proyecto para suprimirla. Clavieres en una carta á Levran respondia al argumento favorito de las loterías estranjeras por medio del que se demostraba la necesidad de conservar la lotería francesa con estas palabras irónicas: «Os robo aquí, porque de cualquier modo os han de robar en otra parte.» Clavieres pretendia probar esta verdad felizmente admitida: que el juego es un tráfico inmoral, principalmente en manos de los gobiernos. La asamblea revolucionaria decretó la abolicion el 25 brumario (1793). La lotería parece á primera vista un tema favorable para hablar en nombre de la moral y la virtud, pero la Convencion ni aun juzgó la cuestion digna de ventilarse, y sobre una simple peticion de la municipalidad de París recayó su famoso decreto, cuyo laconismo es tan significativo.

Permítasenos terminar con algunas comparaciones históricas, que no son insignificantes en la materia.

La lotería nació en los peores momentos del imperio romano, en el instante en que la igualdad habia desaparecido, y cuando no era ya el poder la recompensa del genio ó de los servicios prestados á la causa pública.

Resucitó en Venecia en el siglo XV bajo la tiranía de los godos.

En Francia se trató de establecer por primera vez en tiempo de Francisco I, rey débil y poco celoso de las costumbres.

Despues se estableció definitivamente en el reinado de Luis XV cuando llegó la corrupcion al última grado.

La época en que se introdujo en España no será ciertamente citada en lo venidero como ejemplo de moralidad y buen gobierno.

En fin, en todos tiempos trata de plantarse á la sombra de los privilegios que los favoritos de los príncipes arrancan á su debilidad, y las asambleas insisten en prohibirla como perniciosa.

PELIGROS DE MADRID.

DIBUJO INEDITO DE ALENZA.



La charlatanería de los anuncios.

—¡Cien pliegos á maravedí ofrece el cartel!!!

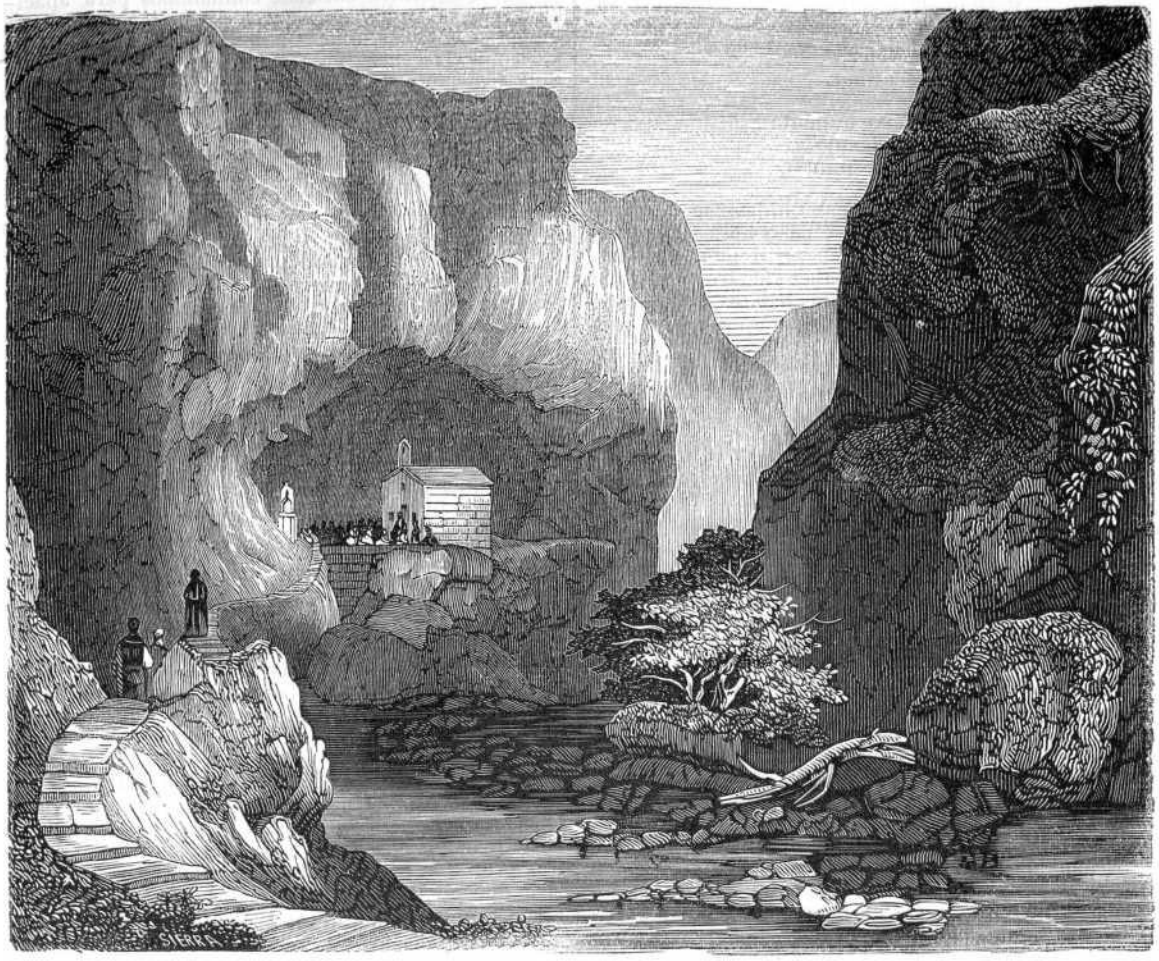
—¿Quién es el editor?

—El Gran Tacaño.

—¡No es mala la ganga! Los cien pliegos contendrán cien traducciones del francés torpemente copiadas de los folletines, ó ejecutadas por quien no sepa francés ni castellano, tendrán cien millones de erratas y cien mil de disparates y saldrán ciento cincuenta veces mas caras que en las demas ediciones.

—No hay como tener un buen lente para penetrar el fondo de estas cosas y salvarse de semejantes lazos.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



La gruta de S. Pablo en Sicilia.

SICILIA Y AFRICA.

Despues de haber pasado la noche en tranquilo sueño, amables viajeros, dejareis á la inclita ciudad de Mazara, y acompañados por el aura placentera de los frescos céfiros matinales, emprendereis vuestro camino hácia Castelvetrano, antigua y noble ciudad muy celebrada por sus esquisitos vinos. Sus calles estrechas, sus casas sombrías, sus templos oscuros os darán á conocer que en tiempos no muy remotos ha sido una poblacion feudal.

Pero el agradable espectáculo de sus viñedos cargados de racimos dorados, la perspectiva de su vasta campiña, sus verdes praderas, las olas azules y encrespadas de un mar plácido y sereno, arrobarán vuestros ánimos en un éxtasis delicioso. Vereis allí un régio alcázar que en su lúgubre soledad y majestuoso silencio parece indicaros con mudo lenguaje, que fué en otra época triste morada de algun ilustre personaje. Vuestro presentimiento no será engañoso, amigos viajeros. Estuvo allí presa por mandado de Lor Bentick, en el año de 1813, Maria Carolina, Archiduquesa de Austria y Reina de las dos Sicilias. Esa muger tan celebrada por sus elevados talentos como odiada por su perfidia, celosa de su poder y enemiga de la Gran Bretaña, que ocupaba á la sazon la isla de Sicilia, queria mandar sola con altivez y tiranía, hollando todos los derechos de sus pueblos, á quienes trataba como una vil grey sujeta á sus bárbaros caprichos. En efecto repetia á cada paso esta sentencia, que la historia ha trasmitido con horror á la posteridad «una reina debe bajar de su trono y abandonar su régio dosel despues de haber estampado sus huellas sobre los amontonados cadáveres de sus súbditos.» Lor Bentick, conociendo sus secretos manejos contra los ingleses, no contento con haberla desterrado á Castelvetrano, la obligó á partir de la Sicilia en lo mas rígido del invierno. Esta reina, mas culpable que desventurada, despues de haber arrostrado los peligros de una larga y tempestuosa navegacion, y recorrido lejanas tierras, murió en Viena su patria, exalando el último suspiro de su vida lastimera en el mismo palacio que la habia visto nacer, rodeada de la sonrisa y de la lisonja, que habian mecido su dorada cuna.

Pero, dejemos tan funestos recuerdos, que pueden acibarar el placer, que inspiran en vuestros pechos los encantos de una naturaleza lozana y risueña. Abandonad, pues, vuestros lijeros corceles y poneos en un barquichuelo hasta llegar al famoso lilibeo, estremo cabo de las tierras italianas, y en donde se sienta como reina en frente del Africa la ciudad antigua de Marsala. Recorriendo las olas del mar vereis desplegarse á vuestra vista las costas occidentales de la Sicilia revestidas de pámpanos verdes y matizadas flores, dones celestiales del hermoso abril; pero, á pesar de que escenas tan halagueñas os rodean, prestad atento oido

á las tiernas canciones de vuestros marineros, que al rayar del alba cantarán con voz patética, de esta manera:

«Voga, voga, marinero,
que el cefirillo lijero
lleva mi batél velero
volando sobre la mar.
Y el avecilla inocente
y el pez que salta bullente
saludan la luz fulgente
de la aurora al despuntar.

Soltando las velas en el cabo lilibeo, se alcanzan en el breve término de diez y ocho horas las playas berberiscas y se echa el ancla en el puerto de Tunez, donde parece al viajero haber sido trasladado por arte májico, tan diferentes son los hábitos, las costumbres, los usos, la religion, la lengua de ese nuevo pais. Por dó quiera se encuentran hombres que llevan sus cabezas envueltas en grandes turbantes, vestidos con anchas bragas, y con chaquetas azules bordadas de oro, y calzados con chinelas encarnadas ó amarillas. Sus nombres son los de Amilek, Mahoma, Omar, Mustafá; su habla es armoniosa pero gutural. Las calles de la ciudad son angostas y sucias, porque las casas no tienen balcones ni ventanas esteriores. Todos los viernes en la gran plaza de Tunez, se hace almoneda de un crecido número de hombres y mugeres, que se ponen en venta como un vil rebaño. Las mahometanas que van por la calle se tapan los rostros con un gran capuchon, que apenas deja entrever por dos agujeros sus centellantes pupilas. Las judias, que conservan aun el modelo de los trajes de Sara y Rebeca, si la muerte con su fatal guadaña ha cortado el hilo de la vida á sus amados esposos, para dar á conocer su estado de viudez, se adornan las cabezas con largas mitras entretejidas de fino hierro y algo parecidas á las de nuestros arzobispos. Todas esas hijas de Israel, el viernes al amanecer van al paraje en donde estan las tumbas de sus antepasados, y arrodillándose en aquel cementerio con los cabellos trenzados y cara demudada, rompen en destemplado llanto, y se dan fieros golpes sobre el pecho, hasta que despuntan los primeros rayos del Sol. Esta ceremonia es muy tierna y conmovedora, al paso que es muy ridícula y supersticiosa la que practican los judios berberiscos cuando fallece alguno de sus familias. Entonces vierten solícitamente toda el agua que tienen reservada en sus casas, fundados en una antigua tradicion del Thalmud, la cual refiere, que el ángel esterminador sumerje su espada en el agua despues de haber muerto al hombre, que acaba de exhalar el último aliento.

Ni las sinagogas de Hebreos, ni las mezquitas de los Mahometanos ofrecen á la vista la augusta magnificencia de nuestros templos, que inspiran afectos de religion y de santidad. En las primeras se vé un púlpito en donde suele colocarse el Rabino, que lee la sagrada Escritura á sus cohermanos, que sentados en bancos de madera le escuchan silenciosamente; en las segundas que representan un edificio de forma oval en su interior, tapizado con grandes y largas esteras, hay un poyo en el fondo, que sirve de norte á los Musulmanes para que dirijan sus plegarias al altísimo, vueltos siempre hácia el Oriente.

En todas las costas berberiscas, á escepcion de la Arjelia, que no desmerece el nombre pomposo de Nueva Francia, reinan la mas asquerosa barbárie y la mas grosera supersticion. Los habitantes prestan aun viva fé á las brujerias, á los sortilejios y á los vaticinios de toda especie. El que tiene la autoridad suprema del Estado, sea con el alto título de Emperador, como en Marruecos, ó con el de Dey, como en Tunez y Trípoli manda arrogante y despóticamente. El Cadí falla sin apelacion ninguna sobre la vida y la hacienda de los particulares; y el Mufti estiende su jurisdiccion con el orgullo de la mas estúpida ignorancia sobre el dogma y la sagrada disciplina. En esos paises yacen los hombres en el mas torpe envilecimiento y las mugeres en miserable esclavitud. No penseis, amables niñas, en visitar esas tierras africanas, que sus bárbaros moradores, prendados de vuestra hermosura, podrian alevosamente llevaros á sus serrallos, y sujetaros á repugnantes caricias, confiándoos para apaciguar sus celos impertinentes y para custodiaros, á hombres brutales, que tienen la tez negra, la frente aplastada, la cabeza cubierta de pelo rudo y espeso, muy semejante al bellon de los carneros, la nariz roma, los lábios gruesos y proeminentes. No, amables niñas, no penseis en visitar tierras tan inhospitalarias, y quedaos mas bien en Marsala, en esa ciudad que infunde alegria. El que recorre sus amenos campos, se siente envuelto en una atmósfera embalsamada y vé con asombro revestirse de su verdor la tierna yerbecilla y las esmaltadas flores, reclinadas aun por la nocturna escarcha, abrir sus cálices á los primeros rayos del Sol que nace. Las olas del mar, que bañan la ciudad parecen dominar la civilizada Europa, y las agostadas orillas del Africa. Los belicosos Romanos, que conquistaron la bella Trinacria, tenian siempre un crecido número de navios en el famoso puerto de lilibeo, pero D. Juan de Austria, hijo del Emperador Carlos V lo hizo obstruir con enormes piedras, como vosotros, queridos viajeros podreis observar. Con un acto tan vandálico quiso impedir aquel príncipe á los piratas africanos, que anclasen sus buques en la costa occidental de la Sicilia, que está mas cercana á las tierras berberiscas.

Los vinos esquisitos de Marsala, que gozan de merecida fama, dejan un gusto muy agradable en el paladar, y su comercio es uno de los principales ramos de riqueza para la Sicilia entera, como podreis averiguarlo, visitando las inmensas cuevas y grandes almacenes del Señor Goodhouse, negociante inglés, llenos de toneles de toda clase de licores; pero no os detengais mucho en aquellos sótanos, porque sus vaporosas exalaciones trastornan los sentidos con una dulce embriaguez. Mejor será que probeis los vinos de Marsala, mas voluptuosos que el néctar del padre Júpiter, entre las sabrosas viandas y alegres manjares de vuestra mesa. Entonces, vosotras, amables niñas, vertiendo el licor en doradas copas, hareis libaciones á Venus pronuba, y brindis al Amor: ¿Por qué os sonrojais? ¿Por qué ocultais con esas manos de marfil vuestros rostros divinales? La picaresca sonrisa, que se asoma á vuestros encarnados lábios, me dá á conocer, que he adivinado vuestros tiernos afectos. Pero, si alguna de vosotras no ha sentido aun encenderse el pecho con amorosa llama, lea estos versos, que un esclarecido poeta escribió en el pedestal de una estátua de Cupido:

Mira á tu dueño.—No.—¡Vana porfía!
¿No lo fué? ¿no lo es? lo será un dia.

Los hombres que abrigan en su pecho altos afectos de patriotismo y libertad, harán un brindis á Pio IX, á la Independencia Italiana, y á la democracia Francesa.

Dejando á Marsala, amigos viajeros, si quereis recorrer las costas orientales de la Sicilia, tocareis de paso la isla de Malta, que sus ufanos moradores llaman la «Flor del Mundo» á pesar de que es un estéril peñasco, que fué en tiempos muy remotos nido de piratas y de miserables pescadores. Los caballeros de la ínclita órden de San Juan de Jerusalen, durante su larga dominacion en la Isla, la fortificaron y la embellecieron, fabricando nuevos y majestuosos palacios, fundando hospitales, edificando iglesias, y estableciendo un inmenso arsenal.

La Gran Bretaña que hoy la posee, ha otorgado á Malta esenciones y privilegios, que le dan mucho realce, y no poca importancia política y comercial entre las islas del Mediterráneo. Su situacion topográfica entre la Europa y el Africa y sus maravillosos puertos, que la ponen al abrigo de todos los vientos, la han constituido gran depósito de los ricos efectos comerciales del Oriente. Vereis en Valeta, capital de la Isla, el magnífico palacio de los grandes Maestres de la Orden, habitado hoy por el Gobernador inglés. En aquella noble mansion están colgados todavía los retratos de los mas ilustres caballeros Jerosolimitanos, que go-

bernaron á Malta. Vereis allí el retrato del Gran Maestre Pinto, tan celebrado por su severidad y desmedido orgullo; el de Rohan, á quien los Malteses dieron merecidamente el alto título de Príncipe sábio y benéfico; el de Hompesch, último gran Maestre de la Orden, y espulsado por Napoleon cuando los Franceses ocuparon la Isla en el año de 1792. Los habitantes de Valeta os enseñarán el noble palacio del Señor Parisi, en donde se albergó el Gran Capitan de nuestro siglo, y el Puerto de San Pablo, en donde se presentó con acto amenazador y desplegando su soberbio pabellon la armada francesa. Vereis por último en Valeta la iglesia de San Juan, y su panteon subterráneo, que encierra en urnas de blanco mármol las cenizas de los mas esclarecidos varones, y esforzados campeones de la Orden, que se distinguieron por sus virtudes civiles y por sus militares hazañas.

Malta y los Islotes de Gozo y Comino, que forman como un grupo en medio del mar tienen ciento sesenta mil habitantes, de los cuales treinta y dos mil, residen en Valeta, ciudad principal. Cerca de nueve mil almas componen la poblacion de la Notable, capital antigua de Malta. El resto de los habitantes está distribuido entre otras pequeñas ciudades y aldeas.

En la Notable hay junto á su catedral la muy famosa gruta de San Pablo, en cuyo centro se encuentra la estátua de aquel Apóstol de las gentes, corroida por los años, y por la devocion de los fieles que han arrancado algunos fragmentos de sus pies y de sus manos. Los Malteses que descuellan entre los pueblos de Europa y Africa por su estupidez y grosera supersticion, creen que las piedras de esta gruta tienen la milagrosa virtud de sanar toda clase de enfermedades, y que no pueden agotarse, porque conforme se van quitando unas, hace San Pablo que nazcan inmediatamente otras. Estas piedras tienen la figura de pequeñas conchas, y son muy parecidas á la forma de una lengua humana; por lo que se conoce que son un antiguo depósito de las olas marinas.

La vista de la gruta colocada al lado de la catedral forma una hermosa perspectiva, que llama la atencion del curioso viajero, y del poeta que se siente inspirado por subl mes afectos relijiosos.

SALVADOR COSTANZO.

EL PUÑAL DEL CAPUCHINO.

¡Se empeñan VV. en marchar! en este caso, señores buen viaje.... pero aprieten VV. el paso, porque se cierra la noche y no sé cómo lo pasarán VV. por esos caminos de Dios. ¿Tienen VV. armas?—Ni una.—Sin armas al caer el dia y en las Atruzias! ¡Vírgen santísima! Los únicos bienes que posee un pobre capuchino son sus oraciones; las mias os acompañarán, pero no obstante.... tomad—Y dió al mas jóven de los viajeros una caja de nogal: me la devolvereis mañana, añadió echándoles su bendicion y cerrando la puerta del convento.

Los dos viajeros echaron á andar.

Una bendicion y provisiones de camino, dijo Ernesto á poco rato. El capuchino nos mima. Veamos lo que contiene esta misteriosa caja. Un hermoso rosario.... y.... y.... un magnífico puñal. ¡Estraordinario contraste! ¡La vida espiritual y la muerte; el asesinato y la oracion! ¡Italia! ¡Italia! tierra de anomalías.

Un silbido suspendió toda conversacion, y los dos viajeros hicieron alto no sin esperimentar cierta inquietud. Era un pastor que pasaba el tiempo jugueteando con su perro.

—¡Hola amigo! le gritaron cuando estuvieron á distancia proporcionada, ¿podriais indicarnos donde pasar la noche? —¿La noche? dijo el pastor, sujetando al perro que queria lanzarse sobre las mulas de los viajeros; tomad la derecha, seguid una senda estrecha y os conducirá á la cabaña donde pasamos las horas del calor mis cabras y yo; la puerta y sus paredes son sólidas, podreis dormir tranquilos, y encontrareis tambien leña para hacer frente á la humedad de la noche; pero no encendais mucha, porque la llama que despediria podria proporcionaros alguna visita poco agradable para vosotros, para vuestras maletas y vuestras mulas.

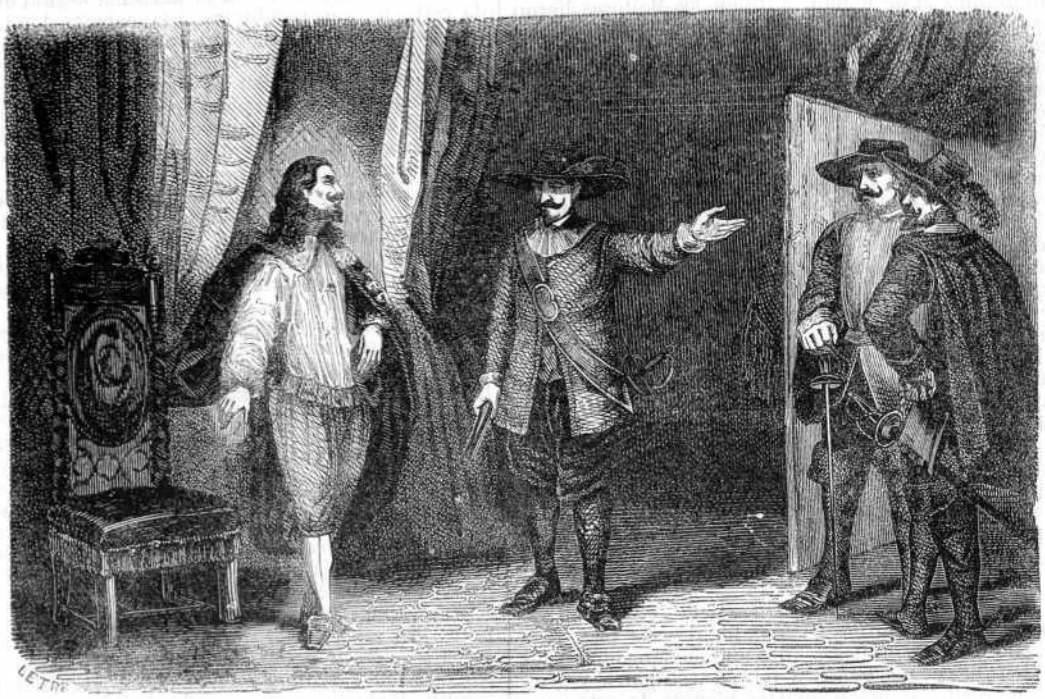
Los dos viajeros siguieron la senda y encontraron que eran enteramente exactas las indicaciones del pastor.

—El pastor tenia razon, dijo Ernesto; esta puerta y estas paredes son tan sólidas que podrian sostener un sitio formal.

—Para mayor seguridad, coloquemos enfrente de la puerta esta mala mesa. Al uno le servirá de cama y al otro de silla, quedándose de centinela, y asi iremos alternando. Buenas noches, Ernesto.... El sueño me rinde. Despiértame dentro de una hora.

Ernesto bostezó, se restregó los ojos y miró á su amigo que dormia á pierna suelta. Abrió la caja del capuchino, contó los granos del rosario, empezó un *padre nuestro*; sacó el puñal de la vaina, y riendo, hizo ademan de herir con él á su amigo; siguió, perdió y encontró mil ideas que se sucedian sin órden, y se empujaban como las ilusiones de la linterna mágica, cuando de pronto creyó oir á lo lejos el áspero silbido del pastor y los sordos ladridos de su perro. Un espectáculo estraordinario cautivó en seguida toda su atencion. La llama se reanimó, cambió cinco ó seis veces de color, y abriéndose dejó ver un boquete en la pared del que salia un resplandor que deslumbraba. Ernesto vió una infinidad de salteadores cubiertos de harapos, sentados pintorescamente, armados de espadas, escopetas, pistolas y garrotes, de los que colgaban medallas de laton y granos de rosario; y á su lado estaba la figura enteramente Walter Scottica del pastor, con su inseparable perro negro. La nerviosa y velluda mano del pastor se apoderó de Ernesto, quien sin poder pedir socorro, ni pensar en resistir, se encontró en una vasta galería, por la que siguió á su guia, teniendo una mano libre, mientras que la otra, en el bolsillo de su chaleco, cedia á un movimiento nervioso y acariciaba el puño del puñal. No sabia como esplicarse aquel estraño paseo, y su docilidad en seguir á aquel miserable sin esplicaciones, ni preguntas y sin resistencia. Llegaron á unas verjas, el pastor dió tres palmadas y se abrieron de par en par. Subieron á una sala mal alumbrada por una escalera de caracol, cuyos escalones tenian diez y ocho pulgadas de alto. Los bandidos estaban sentados alrededor de una mesa, sobre la cual estaba amarrado un anciano, llorando amargamente.... Cuando entró Ernesto, todos se levantaron. Señores, dijo con sonora voz el pastor, cuya descarnada mano lamia el perro negro: ¿he hecho buena presa?—No es mala, en esos bolsillos hay bastante oro....—Y en esta mano hierro, interrumpió bruscamente Ernesto, sacando el puñal que habia conservado oculto. Toma, y abalanzándose al pastor le hirió... Un grito horroroso suena á su lado... ¡Ernesto! ¡oh! desventurado Ernesto! era un sueño: acababa de matar á su amigo.

El dia siguiente el pastor llamó en vano á la puerta de la cabaña: tuvo que derribarla. Encontró dos cadáveres uno encima de la mesa, y el otro al lado de la chimenea: algunas palabras escritas con lápiz, tizones apagados en sangre, un puñal, un rosario, una caja de nogal con las iniciales del convento, y dos mulas que pateaban impacientes por salir á pastar.



Arresto de Cárlos I.

CRITICA LITERARIA.

Tarea ímproba sería examinar todas las obras que actualmente están dando á luz las prensas españolas y sobre ímproba enojosa, si habian de criticarse tantas publicaciones fútiles y despreciables como aparecen cada dia; si prescindiendo de reputaciones, muchas de ellas usurpadas, si dejando á un lado consideraciones de todos géneros, se hubiera de decir la verdad, proponiéndose tan solo el bien del arte y la propagacion de los sanos principios literarios. Nosotros que lamentamos ese afan de elogiar, á veces hasta sin exámen, que se ha apoderado de todos los periódicos, con grave daño de las letras, hemos determinado dedicar algunos artículos á esponer francamente nuestra opinion, cualquiera que sea el valor de ella, en punto á las obras dignas de tomarse en consideracion que se vayan publicando, elogiando ó censurando con toda independencia lo que digno de censura ó de elogio nos parezca, segun la escasez de nuestras luces. En tanto que llevamos á efecto nuestro pensamiento con todo el ensanche que meditamos, mientras con mas estension comenzamos á emitir nuestro juicio (acertado ó erróneo, pero producto del exámen y del estudio) en punto á las principales obras que hoy salen á luz, vamos á anticipar algunas líneas hablando de dos cuya importancia no puede menos de reconocerse.



Cromwel.

Es la primera la que con el título de El Globo acaba de imprimirse en Barcelona (1), y que tiene por objeto dar á conocer los usos, costumbres y trages de todas las naciones. Esta publicacion, sin igual en su género, reune á una descripcion amena, curiosísima y llena de inte-

(1) Se vende en Madrid en la librería de Razola.



Muerte de Isabel.

rés, preciosas é infinitas láminas iluminadas con esmero y numerosos grabados en madera que sirven para ilustrar el testo. No se notan en este los galicismos é incorrecciones que afean generalmente las publicaciones de Barcelona; el testo de EL GLOBO no es una traduccion, es un escrito de mas pretensiones y la edicion es limpia y clara cuanto puede serlo una obra de lujo. Pocas de este género pueden citarse que reunan en tan alto grado las condiciones de intereses general y de recreo, ni que sean mas á propósito para servir de album en los salones.

Las cuatro láminas de las planas cuatro y cinco de este número corresponden á la bella edicion que actualmente se está haciendo de la apreciabilísima HISTORIA DE INGLATERRA, escrita por Oliverio Goldsmith y continuada hasta el reinado de Victoria I. La reputacion de que goza Goldsmith y la fama europea de su Historia, nos dispensan de elogiarla como merece. La version de este gran cuadro de los interesantes sucesos que han tenido lugar en la Gran Bretaña, se halla á cargo del señor Fernandez de los Rios, director de nuestro periódico; ya que nos abstengamos de calificarla por razones que están al alcance de todos, copiaremos uno de los muchos trozos interesantes de la obra que creemos no desagradará á nuestros lectores, quienes podrán por él formar, al mismo tiempo, idea del estilo del autor y de la traduccion española.



Cárlos I.

UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE INGLATERRA.

«Corria entonces en Inglaterra (A. de J. C. 969) la fama de la belleza de una jóven llamada Elfride, hija del

conde de Devonshire. No queriendo el rey dar crédito á lo que se decia envió á Athelwod su favorito á asegurarse de si su decantada hermosura era tan incomparable como se contaba. Así que Athelwod llegó al castillo del conde, su primer cuidado fué hacerse presentar á la jóven. Apenas la vió, se enamoró apasionadamente de ella, por hallarla mas encantadora aun de lo que esperaba; olvidando entonces las órdenes de su señor, no se ocupó mas que en darla á entender su amor y la pidió en matrimonio á su padre. El favorito del rey era un partido demasiado brillante para ser desairado; el conde le aceptó por yerno, y el casamiento de Elfride y de Athelwold se celebró en secreto.

»De vuelta á la córte el favorito contó al rey que la riqueza de Elfride y su alto nacimiento eran las solas causas verdaderas de la celebridad de que gozaba, y que al verla se habia admirado de que alabaran con tal entusiasmo una belleza tan comun. El rey satisfecho no habló mas, y Athewold triunfante creyó poderse felicitar por el éxito de su ardid.

«Persuadido de que el rey habia renunciado totalmente á sus proyectos sobre Elfride, hizo un dia recaer diestramente sobre ella la conversacion, y le dijo que si la fortuna de la hija del conde de Devonshire era poco considerable para un soberano, lo era inmensa para cualquiera de sus súbditos, y le pidió respetuosamente permiso para dirijir sus obsequios á Elfride, como la heredera mas rica del reino. El rey consintió con gusto en una peticion tan razonable en la apariencia y Athelwold cansado de tener oculta su muger ratificó públicamente su casamiento.

«Pero continuó siempre poniendo gran cuidado en conservarla lejos de la córte y sobre todo de la presencia del rey, cuya estremada inclinacion hácia el bello sexo conocia bien á fondo, y cuyas ventajas personales y seducciones temia con razon. Desgraciadamente no pudo siempre ocultar su tesoro á los ojos de todos. Los favoritos no estan libres nunca de enemigos secretos, que espian sin cesar la menor ocasion de perderlos. Pronto fué informado Edgar de la verdad; pero disimulando su resentimiento, se contentó con anunciar su intencion de visitar el pais habitado por la bella Elfride, y ordenó á Athelwold que le siguiese, lo cual hizo este con sumision pero no sin repugnancia. Llegados cerca del lugar en que habitaba dicha dama, Edgar le manifestó que hacia tiempo deseaba conocer á su muger, de la que habia oido hablar en otra época y ya que se hallaba tan cerca tenia intencion de hacerla una visita. Athelwold se estremeció á esta proposicion é hizo vanos esfuerzos para disuadir al rey de su propósito. Todo lo que pudo conseguir fué preceder al monarca á fin de disponer las cosas para su recibimiento. Así que llegó Athelwold, corrió al cuarto de su muger, se echó á sus pies y la descubrió la estratagema de que se habia valido para ser su esposo, suplicándola ocultase sus atractivos cuando le fuese posible á los ojos del príncipe tan propenso á apasionarse. Sorprendida Elfride y agitada de un secreto despecho al pensar en el rango de que se veia privada y al que hubiera podido aspirar, prometió á su esposo satisfacer sus miras; pero sea por vanidad ó sea por deseo de venganza, se vistió con el mayor esmero y se presentó radiante de belleza á los ojos del monarca, que apenas la vió se enamoró perdidamente y resolvió en su interior no perdonar medio alguno á trueque de poseerla. A fin de obrar con mas seguridad cuidó de ocultar sus intenciones, y se retiró con aparente indiferencia, pero llevando en el fondo de su corazon el firme propósito de vengarse de Athelwold. Poco tiempo despues fué enviado el cortesano al Northumberland bajo el pretesto de negocios importantes y se le encontró asesinado en un bosque. Algunos aseguran que fué muerto por mano del mismo rey (1), otros pretenden que solo lo fué por órden suya. De cualquier modo que sea, Elfride poco despues de este suceso fué llamada á la córte, y no oponiéndose nada á la pasion de Edgar por ella, se celebró el casamiento con la mayor pompa (2).»

DE LOS INCONVENIENTES DE LA CELEBRIDAD.

La celebridad tan generalmente ambicionada, es detestable cuando en vez de acompañar al nombre de uno, recae sobre un pariente que lleva el mismo apellido.

Supongamos que el pariente es un hermano ilustre por su talento, sus virtudes, ó sin saber por qué, supongamos que esta notabilidad se llama Francisco Rimbombante, y que vos os nombrais Antonio, es decir Antonio Rimbombante.

Os presentais ú os presentan en una sociedad.

A vuestra entrada anuncian, el Señor Rimbombante. A este nombre europeo todo el mundo vuelve la cara hácia vos, las parejas se distraen y equivocan la figura de rigodon empezada, por todas partes se pronuncia el apellido: Rimbombante, todos esclaman ¡ah! ¡ha venido Rimbombante!

Las mugeres echan una mirada al espejo y arreglan su tocado.

Pero un caballero, esclama, ¡este no es Rimbombante, yo le conozco bien! he comido ayer con él.

—Sin embargo, observa otro, han anunciado á un Rimbombante:

—Sí, pero es su hermano.

—¡Ah!.... No era mas que su hermano:

—No mas.

Y todos tienen ya una prevencion en contra vuestra, como si hubierais tratado de engañarlos. De buena gana os silvarian.

El público del salon en que habeis entrado se encuentra burlado, creia recibir á un personaje ilustre y se encuentra con que no es mas que su nombre, con que solo sois vos.

Algo desconcertado con este recibimiento lograis tranquilizaros; á pesar de todo os decidis á bai-

(1) Hume parece adoptar la version de que habiendo el rey invitado á su favorito á una caceria, le dió de puñaladas por su propia mano.

(2) Encuéntranse en esta historia preciosos vestigios de las costumbres antiguas. Desde luego se vé que las mugeres eran entonces admitidas en la córte. Nótase tambien que los hombres y las mugeres no vivian separados como en otros paises. En fin, aunque los ingleses estuviesen ya civilizados, se echa de ver en sus acciones una ferocidad salvaje que les hacia distar mucho de los siglos civilizados de Grecia y de Roma. Pero un hecho mas admirable pinta todavia mejor la época. El asesino, el sacrilego, el adúltero Edgar fué colocado en el catálogo de los santos por los monjes que escribieron su historia. (*Letres sur l' Histoire d' Angleterre.*)

lar, lo haceis lo mejor posible, y vuestra pareja os dice:

—¿Su hermano de V. no bailará?

—No señora.

—Ya lo suponia yo, los hombres superiores no bailan.

La observacion os pica, os mostrais mas oportuno que de ordinario, teneis ocurrencias felices y las decís sin reiros de ellas, creeis en fin haberos rehabilitado cuando la señora de la casa os dice:

—Amigo Rimbombante, su hermano de V. no habrá podido venir sin duda.

—No señora.

—No es estraño, para los hombres de talento los momentos son preciosos, y no habrá querido venirse á fastidiar aquí.

¿Y yo? decís vos en vuestros adentros, acaso los momentos no son preciosos para mí, lo que fastidia á mi hermano ha de ser divertido para mí.

Teneis una cuestion cualquiera por cualquier motivo que os obliga á comparecer en juicio. El juez os pregunta vuestro apellido; no bien le habeis pronunciado cuando se inclina y os dice con una sonrisa agradable.

—¡Ah, ah! El gran Rimbombante tened la bondad de.... y os acerca una silla.

—Así que podeis advertis que no sois el gran Rimbombante.

El juez retira la silla; vuestro contrario reclama una cantidad injustamente.

—Yo no hubiera venido aquí para disputar una cosa tan insignificante, decís vos, pero no he querido que se burlen de mí.

—Por tan pequeña cosa, observa el juez, no querrá V. comprometer el nombre distinguido que lleva, pague V. y no hablemos mas.

—Una mañana vuestro hermano se digna entrar en vuestra casa.

—¡Ola! ¿Tú por aquí?

—Si señor.

—¡Cómo si señor! ¿qué es eso?

—Es que V. me deshonra.

—¡Yo!

—Sí, ha acompañado V. en público á una muger cualquiera.

—Y bien, y qué hay con eso....

—Le han visto á V.

—Bueno y qué.

—Han oido pronunciar repetidas veces el apellido de V., mi apellido.

—¡Ah!

—¿Piensa V. que á mi me agrada esto?

—A mi tampoco.

—Fuera bromas, cuando uno lleva un apellido distinguido es preciso honrarle y tener cuenta con el sitio donde se está y con el modo de conducirse.

Otro dia os hace vuestro hermano otra visita.

—Estoy incomodado, dice, he sabido que piensas abrir una tienda de comercio por menor.

—Es mi solo recurso, bien sabes que nuestra familia ha gastado contigo lo que tenia y no puede ayudarme, quiero esforzarme á ganar con que vivir por mí solo.

—¡Disparates!

—¿Disparates? no hay medio, ó especular de cualquier modo ó la miseria, si me das moneda no me haré tendero.

—No tengo un cuarto.

—Entonces déjame ganarla, ó mas bien ayúdame; si quieres recomendarme á D. F. puedes hacer mi suerte.

—Jamás me atreveré á decir que un hermano que lleva mi apellido es tendero.

—El tal apellido ilustre, tal vez solo por una intriga, es para vos como un traje que os hubiera prestado algun amigo, que se hallara siempre á vuestro lado repitiéndoos á cada instante:

—Tén cuidado vas á manchar de café tu traje.

—No levantes tanto el brazo, vas á abrir las costuras.

—Ya te dije que no le abotonaras, vas á darle mala figura.

—No metas la mano en el pecho, vas á arrancar un boton.

—Está lloviendo, toma un carruaje, vas á estropear tu traje.

Al fin acabais por decir al amigo, toma tu vestido y déjame en paz.

Del mismo modo una mañana decís á vuestro hermano: ¡Oh mi distinguido hermano! me incomodas considerablemente con tu apellido de Rimbombante, desde hoy tú serás el solo Rimbombante, tú llevarás únicamente este nombre que se ha hecho demasiado grande y pesado para mí, ya no me llamo Rimbombante puedo hacer lo que quiera, mi nombre es Rembambonti esta variacion de vocales me devuelve mi libertad y mi dicha y de nosotros partirán dos razas distintas: los Rimbombantes cuyo origen serás tú, y los Rembambontis que se derivarán de mí; y si dentro de 500 años estas dos razas se reconcilian, si nuestros sucesores olvidando que son parientes caen en la tentacion de unirse, por mi parte declaro desheredado al de mi línea que tal hiciese (contando con que yo deje algo que heredar cuando emigre de este mundo), Rimbombante Rembambonti, nada hay ya de comun entre nosotros.

BAZA.

Esta ciudad llamada en lo antiguo Basti, segun el itinerario de Antonin, está edificada al pié de una elevada montaña cubierta de nieve la mayor parte del invierno: el rio Guadalentin pasa muy cerca de ella y de un valle llamado Hoya de Baza. Fué famosa esta ciudad en tiempo de los moros y gobernada por valientes alcaides, hasta que fué recobrada por los Reyes Católicos el dia 4 de diciembre de 1489 despues de siete meses de cerco. La mayor parte de sus edificios, de órden árabe, si es lícito hablar así, conservan aun su primitiva forma; pero lo que mas llama la atencion en Baza son nueve antiquísimos cañones (1) que llevaron para la conquista de esta ciudad los reyes Fernando é Isabel, por lo estraordinario de su tamaño y por los anillos y molduras de que estan adornados. Tiene de diámetro el grueso ó canto de ellos dos pies, y no puede juzgarse de su calibre por estar colocados haciendo veces de columnas en un pórtico del mercado de esta ciudad. En uno de ellos se nota la inscripcion siguiente:

Estos tiros son los con que los Reyes
Don Ferdinando y Doña Isabella

(1) Parte de ellos se han traido al Museo de Artillería.

Ganaron esta ciudat sobre los Mauros
Anno 1489 en el dia de Sancta Bárbara
Patrona de esta Ciudat.

Tiene esta ciudad una iglesia colegiata erigida el año de 1492. Dícese que fué su silla episcopal sufragánea de la de Toledo, y que su primer obispo Eutiquiano asistió al concilio iliberitano.

La fundacion de este pueblo es de las mas antiguas de España, los romanos la llamaron Baeta, de donde se deriva el nombre Baza que los árabes interpretaron *Casa llana*.

Es cabeza del partido de su nombre. Su término es hermoso y da abundantes cosechas de trigo, miel, vino, pasas, higos, hortalizas, lino y cáñamo. Críanse en él ganados de lana y cerda y caballos de estraordinaria fuerza y arrogancia; y finalmente abunda en caza y en buenas y delicadas aguas. A tres leguas de distancia de esta ciudad entre norte y poniente estan los célebres baños de Abenzalema, así llamados por la proximidad á un pueblo de este nombre. Al pié de un monte nace la fuente con bastante abundancia, caliente en estremo, entra en un baño y pasa á otros dos, para graduar el calor segun la necesidad de los enfermos. Su virtud medicinal se estiende á las enfermedades de nervios, perlesías, dolores articulares, etc. Dista seis leguas de Guadix, siete suroeste de Huescar, Long. 15, 34 lat. 37, 18.

FABULA.

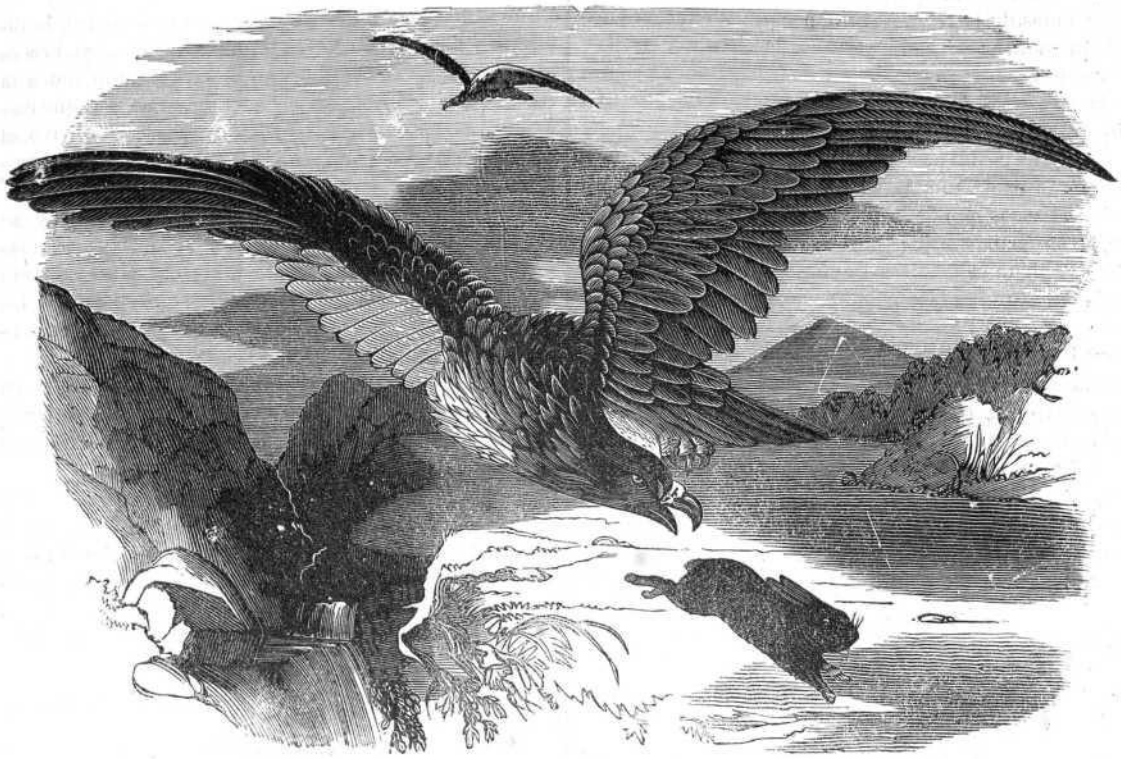
EL ELEFANTE BLANCO.

Cazado fué en un bosque
del reino de Siam
un elefante blanco,
magnífico ejemplar.
Al que hallan los siameses
con circunstancia tal,
divino le reputan,
adoracion le dan.
No hay que admirarse mucho
de tanta ceguedad:
tambien hay quien adore
cuadrúpedos acá.
Domesticada un poco
la rústica deidad,
con su abultada mole
honró la capital.
En un palacio rico
hicieron habitar
á su divina blanca
elefancianidad.
Allí en bandejas de oro
y bombas de cristal
el pienso y la bebida
le daban á embuchar.
Incienso le ofrecia
con obsequioso afan
caterva numerosa
de gente principal.
Y cuando en sus paseos
cruzaba la ciudad,
por tierra se postraba
la turba popular.
Acompañaba un guia
al dios irracional,
hombre que ser pudiera
allí divinidad.
Con este el elefante
se puso á conversar,
y preguntóle un dia
cierta dificultad.
¿Por qué, le dijo, siempre
que voy á pasear,
se me arrodillan todos
cuantos al paso están?
Demostracion tan rara
yo no sé á qué vendrá,
pues yo no dejo al cabo
de ser un animal.
¡Oh, respondióle el guia,
modestia singular!
Mejor sabeis la causa
que un infeliz mortal.
Punto es de fé que luego
que al seno de la paz
los héroes eminentes
de nuestra tierra van,
sus almas vida nueva
principian á gozar
en cuerpos de elefantes
cual vos y nadie mas.
A fin de que los hombres
los puedan venerar
esa blancura rara
nos sirve de señal.
Pasmado el elefante
oyó á su familiar.
Eso, esclamó, ni aun pude
soñarlo yo jamás.
¡Yo en otros tiempos hombre,
y hombre que fué capaz
de todo lo que llaman
humana heroicidad!
Calumnia semejante
no debo tolerar.
¿Qué rasgos en nosotros
de un héroe se verán?
Distingue al elefante
la magnanimidad:
con un contrario débil
rehusa pelear.
No envidia á sus iguales,
no es vano y suspicaz:
feliz en su retiro
mantiénese frugal.
Y casto en sus amores
y fiel á su mitad,
no dudá por su raza
su sangre derramar.
¿Cual de los héroes todos
que hoy se celebran mas,
cuál tiene de estas pocas
alguna cualidad?

J. E. HARTZENBUSCH.

De tres novedades dramáticas tenemos que dar cuenta á nuestros lectores; produccion la primera del Sr. Rubí, titúlase *República Conyugal*, y es en nuestro concepto bastante inferior á las últimas que de este autor se han estrenado: el espectador prevee el desenlace desde el primer acto; lo del pliego cerrado nos parece un recurso pobrísimo, el interés crece notablemente en el cuarto acto y la conspiracion para dar celos es inverosímil y no demasiado moral. En cambio las figuras están bien trazadas, y el diálogo lleno de gracejo y animacion. La ejecucion fué admirable: al revés de la del drama del Sr. Ariza *Don Alonso de Ercilla*, representado en la Cruz, que al poco esmero en la ejecucion y á la escasez de interés que ofrece su sencillo plan, debió la frialdad con que fué recibido, no obstante lo bien conducido del argumento y lo fluido y correcto de la versificacion. En el Instituto se ha estrenado con buen éxito *La escala de la fortuna*, comedia de costumbres, original del señor Calvo Asensio; distinguen á esta produccion la constante animacion y viveza del diálogo, la buena distribucion y oportunidad de los chistes y el acierto con que están dibujadas varias figuras del cuadro, especialmente las de Ricardo y el Marqués. Las señoras Flores y Montero y los señores Lumbreras, Caltañazor y Aznar, arrancaron justos aplausos. La empresa del Circo ha quebrado, en lo cual poco se pierde; la de la Cruz sigue ofreciendo piezas y mas piezas andaluzas, de las cuales no queremos ocuparnos; en el pecado lleva la penitencia.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



EL AGUILA.

Sobre la cima escarpada de un pico de los Alpes ó de los Pirineos, contempla el viajero con admiracion la naturaleza, siempre admirable hasta donde no presenta á la vista mas que aridez y desolacion. Las elevadas montañas cubiertas de perpétuas nieves, las rocas inaccesibles, los torrentes que saltan formando espuma, algunos árboles casi milagrosamente sostenidos á la orilla de un abismo, cautivan succesivamente su atencion, pero falta vida á estas escenas sublimes y el espectador busca la presencia de algunos séres animados.

De repente preséntase una gamuza saltando con lijereza en la cumbre de una peña, otras la siguen retozando en la inmediacion de una sima en la cual puede precipitarlas el mas pequeño descuido, pero una de ellas ha levantado la cabeza y huye despavorida, todas las demás la siguen sin dilacion ¿qué puede causar este terror repentino?

Una águila ha aparecido en la elevada region de los aires y rápida como el relámpago se lanzaba sobre la fácil presa que habia distinguido, cuando la ágil gamuza ha huido á ocultarse en un retiro impenetrable: á falta de ella una liebre que yace descuidada en la cima mas alta de una colina será la que el tirano de los cielos lleve por los aires, para servir de alimento á sus hijuelos. Tales son las escenas que se repiten en lo alto de las rocas y que están en armonía con el horror y escabrosidad de aquellos sitios.

El Aguila ha sido señalada en todos tiempos como el rey de los pájaros; los naturalistas distinguen tres especies: *el Aguila real ó grande Aguila*, el *Aguila comun* y la *pequeña*. Todas participan de cierta fisonomía comun que las coloca en la misma familia, pero se distinguen las unas de las otras por el tamaño y por las particularidades del carácter, porque la pequeña águila no participa del brio de las otras dos y en vez de cernerse en silencio en los cielos como en su imperio, lanza con frecuencia un grito doloroso que repiten los ecos de las montañas.

Entre las águilas como entre todas las familias de aves de rapiña, la hembra es mayor que el macho, pero este es mas impetuoso, mas feroz é indomable.

La hembra del águila real tiene hasta tres pies y medio de largo desde la punta del pico hasta el estremo de las patas, y hasta ocho pies y medio ó nueve de punta á punta de las álas.

El pico del águila es fuerte, retorcido y azulado; esta ave tiene uñas negras y cortantes, su fuerza el tal que lleva con facilidad las liebres y hasta los corderillos; cuando los animales que han caido en sus

garras son demasiado pesados para trasportarlos, devora una parte y abandona la restante.

No habita solo en las montañas de Europa, sino tambien en las de Asia y en algunos puntos templados de América, bien que parece poco sensible á las variaciones de la temperatura, porque siendo su vuelo sumamente acelerado, cuando desciende á las llanuras, pasa, casi sin transicion, de las regiones heladas de la atmósfera á las en que los rayos del sol se hacen sentir con mas fuerza.

El águila real lanza chirridos fuertes y penetrantes, su mirada es de una viveza y perspicacia estraordinaria; algunos han dado por sentado, pero sin presentar otras pruebas que una tradicion popular, que esta ave tiene la facultad de fijar la vista en el sol sin ser deslumbrada por su claridad, pero esto es muy dudoso. Aunque de una naturaleza feroz el águila no tiene los crueles instintos del buitre que se encarniza con los cuerpos muertos y corrompidos. Por muy acosada que se halle del hambre no los toca jamás, únicamente suele entonces cazar con mas actividad los animales vivos, especialmente cuando los hijuelos son demasiado pequeños para procurarse por sí mismos la subsistencia, el padre y la madre persiguen á muerte á los demas animales.

El águila es el pájaro dotado de mejor vista, la



cual le sirve mas que el olfato para la caza, á la que se entrega con ardor; los buitres al contrario olfatean admirablemente y las menores emanaciones llevadas por los vientos les guian hácia la presa. El águila hace su nido sobre la cima de una roca inaccesible, en un punto seco y resguardado de los vientos; compónele de pequeñas ramas de cinco ó seis pies de largo que entrelaza y cubre con muchas capas de brezo y yerba seca.

Como todos los grandes animales carníboros es insociable y todo lo mas á que se sujeta es á la vida de familia; jamás se reune en bandadas numerosas, que no tardarian en dividirse y pelear hasta que el mas fuerte quedara solo rey y dueño absoluto por derecho de conquista.

El águila cambia de matices con la edad, al principio es de un color amarillo pálido, despues de color leonado y en la vejez sus plumas encanecen en parte, en el norte especialmente las hay casi enteramente blancas.

El águila comun es de color oscuro ó negro, la diferencia de tamaño entre el macho y la hembra es menor que en el águila real, el círculo que rodea la niña de los ojos es de color de avellana, la piel que cubre la parte inferior del pico, de un amarillo vivo, el pico azulado, las garras amarillentas y las uñas negras.

Reducida á cautividad el águila entristece y se hace mas feroz, destrozando con el pico y las uñas cuanto encuentra; la servidumbre la irrita, necesita sus nevadas montañas, sus rocas escarpadas y las nubes sombrías sobre las cuales se complace en vagar con libertad.

Los pueblos antiguos la habian casi divinizado, su vuelo era consultado para los augurios y los presagios, que encontraban medio de justificar de una manera mas ó menos especiosa.

Nadie ignora que los romanos tomaron este rey de los aires por emblema de su nacionalidad; las águilas romanas recorrieron victoriosamente las tres partes del mundo entonces conocido, como despues las águilas francesas guiaron al ejército de Napoleon, hasta que el leon de España abatió su vuelo.

EL CAIRO.

Esta ciudad es hace largo tiempo la capital del moderno Egipto. Divídese en tres partes: la que los viajeros llaman el Gran Cairo; la de *Bulac* y la de *Tosthath* ó antiguo Cairo. Segun los doctores árabes, *Am-be-mel-As*, general de la espedicion de Egipto, bajo el Kalifato de Omar, fué quien fundó á orillas del Nilo, una ciudad á la cual dió el nombre de *Tosthath* (tienda de pelo de cabra). Durante largo tiempo, fué la capital de Egipto, añadiendo á su nombre anterior, el de *Masy* ó *Misy* (ciudad grande). Cuando en el año 469 de nuestra era, sometió *Djanhar*, general de Moaz, primer Califa Fatimita, todo el Egipto, fundó una ciudad á corta distancia de Tosthah, y la llamó *Kaira*, (la victoriosa), del nombre árabe del planeta Marte, el *Kair*, que entonces se hallaba en conjuncion con el sol. La nueva ciudad tomó rápido incremento con la venida del mismo Califa, que fijó en ella su residencia. Tanto este como sus sucesores la embellecieron á porfia, erigiendo en su recinto suntuosos monumentos; los principales de estos, especialmente los de utilidad pública, son obra de los príncipes Ayubitas, el Sultan Saladino y los Mamelucos. A medida que iba progresando la nueva ciudad, la antigua Tosthah iba perdiendo de su esplendor, hasta el punto de quedar casi totalmente abandonada; por lo cual, le han dado los Europeos el nombre de Cairo-Viejo.

El Gran-Cairo está situado entre el alto y el bajo Egipto, á cinco leguas de la punta del Delta, y en la ribera oriental del Nilo, del cual lo separa un cuarto de legua muy corto. La forma de esta ciudad es casi rectangular, y despues de Constantinopla, es la po-

blacion mas estensa del imperio Otomano; teniendo una circunferencia de casi seis leguas. Sepárala en toda su longitud un canal cuya anchura varia desde 5 á 10 metros, y cuyas aguas (del Nilo) van á llenar las cisternas públicas y particulares en la época de la inundacion. La belleza de esta famosa ciudad, consiste, así como la de todas las grandes capitales mahometanas, en las mezquitas y otros edificios públicos aislados; y de ningun modo en su conjunto, que no solo carece absolutamente de simetría, sino que, y sentimos decirlo, es hasta sucio y repugnante. Las calles son mas estrechas y tortuosas que en ninguna otra ciudad oriental, lo cual se debe atribuir á los escesivos calores que reinan allí la mayor parte del año. Por lo regular apenas tienen de 5 á 6 pies de ancho y están cortadas por callejones sin salida, ó bien por puertas que los habitantes abren ó cierran á su antojo; hay mas de 70 de estas puertas interiores de suerte que el viajero no puede salir sin un guia sopena de estraviarse dias enteros y tal vez semanas en aquel intrincado laberinto.

El aspecto de la ciudad es en general monótono y sombrío; pocas ventanas se abren á la calle, y las fachadas de las casas son por lo comun muy mezquinas, si bien el interior ostenta no pocas veces un lujo y riqueza deslumbradores. Los techos todos son de azotea y durante la estacion calorosa sirven de dormitorio á los habitantes, lo cual es sin duda causa de las numerosas y tenaces ophthalmias que se padecen en aquel pais. Las calles no están empedradas, y ademas de su estrechez están constantemente obstruidas por caravanas de camellos, transeuntes á caballo, y otros, en número mucho mayor, caballeros en corpulentos asnos; todos los cuales, van su camino adelante, al paso largo de las cabalgaduras, sin curarse poco ni mucho de los peones, que afortunadamente son pocos y gente del pais, amaestrada por el hábito á aquella diaria refriega; tan llena de peligros para un estranjero. Sobre todo en las calles de mayor comercio, no se puede dar un paso sin ver antes hácia atrás y hácia adelante; porque se corre al riesgo de ser atropellado por los dromedarios, ó dejarretado, si se me permite esta espresion, por los cortantes hierros de los estribos turcos. Las casas son en general de piedra y de prodigiosa altura, y como además de los aleros salientes de sus ventanas y balcones, hay toldos de lienzo ó esteras en todas las calles, resulta que los rayos del sol jamás penetran en aquellas profundidades, gozándose siempre en ellas de la mas deliciosa frescura.

Y de aquella estrechez y tortuosidad de las calles y de aquella media luz, por decirlo así, que reina en ellas, nace tal vez el singular efecto que producen las inmensas mezquitas, cuyos alminares se descubren enteros en los aires, mientras que solo á trozos mas ó menos grandes contempla el viajero sus paredes pintadas de mil colores; complaciéndose la imaginacion en dar á aquellos edificios, de los cuales ni plan ni conjunto, ni una regularidad cualquiera pueden los ojos descubrir, fantásticas y caprichosas formas, y dimensiones infinitas. No sabemos si es ó no efecto de nuestra particular organizacion; pero sí podemos asegurar que jamás edificio alguno moderno, sin esceptuar el mismo San Pedro de Roma, enmedio de una espaciosa plaza, nos ha hecho una impresion tan profunda como aquellos misteriosos templos del mentido islanismo.

Segun la opinion de viajeros mas sábios y menos fantásticos que nosotros, el Cairo contiene 240 calles principales, 46 plazas, 11 bazares, 140 escuelas primarias, 300 cisternas públicas, 1,166 cafés, 65 casas de baños y 400 mezquitas. Como en Constantinopla, una multitud de perros errantes infesta las calles. La peste es una calamidad anual en aquel pais, por cuya razon produce menos temores é inquietudes allí que en parte alguna; y las ophthalmias y calenturas endémicas reinan por lo comun todo aquel espacio de tiempo comprendido desde el primero de Enero al 31 de Diciembre. La poblacion del Cairo se calcula en cerca de 270,000 almas, no comprendidas las de *Bulac* ni *Tosthah* que suben á 34.000; la primera 24 y la segunda 10,000.

Los dos edificios mas imponentes que encierra la ciudad, son la mezquita *Tulocca* y la puerta de la *Victoria*, y la plaza mas grande, llamada *Birket-Eskebbekich*. El castillo está situado en la estremidad oriental de la ciudad, sobre un contrafuerte del monte *Mekettam*, y por detrás, sobre una pendiente mas elevada, ha hecho construir el bajá actual un fuerte de forma cuadrada, que puede contener una guarnicion de 400 hombres. El interior de la ciudadela tiene una legua de circunferencia, y desde lo alto de sus murallas se disfruta del mas bello panorama imaginable, sobre las ruinas del antiguo Cairo, los arrabales de *Bulac* y *Dijzah*, *Menaplius*, las grandes pirámides, el obelisco de *Heliopolis*, las ruinas de *Maleka*, las pirámides de *Sahhara* y el grandioso Nilo.

Entre las antiguedades que merecen ser visitadas ocupa el primer lugar el pozo de José, cavado en la roca á 270 pies, en donde se ha abierto una fuente de agua salobre al mismo nivel del Nilo del cual deriva. La sala de José presenta aun ruinas de notable belleza; alguna parte del techo que se conserva, está sostenido por enormes columnas de granito rojo, y de un solo canto cada una.

El paseo público, á lo largo de las fortificaciones es bellísimo, y ofrece por todas partes perspectivas á cual mas pintorescas, porque es imposible dirigir la vista hácia alguna parte sin descubrir objetos admirables ya antiguos ya modernos. Una de las bellezas de que justamente pueden envanecerse los habitantes del Cairo son sus jardines, y no hay ningun vecino acomodado que no tenga el suyo fuera de la ciudad. Estos jardines consisten generalmente en frondosos y aromáticos bosquecillos de naranjos y limoneros; confúndense allí las verdes parras con las fecundas higueras; al lado del airoso sicomoro descuella la palmera que produce los sabrosos dátiles egipcios; y el plátano de multiforme aunque siempre delicioso fruto, ostenta allí esa esplendorosa belleza, esa flexibilidad infinita, que en las regiones tropicales de la aromosa América, lo ha hecho comparar por algun poeta soñador, al talle y movimientos voluptuosos de aquellas bellezas tan peligrosas como inconstantes cuyo tipo ha inmortalizado Eugenio Sué en su criolla Cecilia.

No dejaremos aun el Cairo sin dar una ojeada al *Mercado de los Esclavos*. Está precisamente en el centro de la ciudad; y si se esceptúa la forma, que no es redonda, tiene alguna semejanza con nuestras plazas

de toros; solo que en lugar de gradas y palcos, hay allí dos órdenes de habitaciones. Siempre hay de cinco á seiscientos esclavos, cuya mayor parte son de *Dongolah*, *Sennaar* y de la Nubia: todos estos son negros; los nubios mas tal vez que los otros; pero sus facciones son mas finas y agradables que las de los negros del Congo, y aunque las de sus mismos compañeros. Los restantes son Abisinios y tienen amarillenta la téz, lo cual no les favorece gran cosa.

No podemos menos de transcribir aquí la descripcion del mercado de los esclavos, que hace un oficial inglés, cuya relacion de su viaje por egipto es una de las obras mas notables que hemos visto en su género.

«Nos detuvimos, dice, delante de un edificio muy grande y al entrar nos encontramos en un patio de dimensiones regulares, rodeado por todas partes de cuartos pequeños cuyas puertas están abiertas. Fuera de aquellas piezas se veian pequeños grupos de esclavas sentadas ó de pié: en el interior veia yo relucir los negros ojos y blanquísimos dientes de otros que no salian por temor á los ardores del dia. La larga cabellera de aquellas niñas, estaba casi emblanquecida por la gran cantidad de grasa con que la habian frotado, la cual daba tambien tonos lucientes á la piel de su rostro, brazos y seno. En la parte superior del edificio, habia tambien un gran número de habitaciones con balcon, sobre el cual estaban inclinadas otra multitud de jóvenes esclavas. Las mas alegres carcajadas resonaban en todo el ámbito del patio, porque aquellas infelices sienten una verdadera satisfaccion cuando se las espone para venderlas. La cabaña, el seno que las alimentó, la mano que dirigió sus primeros pasos estan presentes en su memoria; pero se han resignado á no volverlos á ver, y les parece que los han dejado en otro mundo. Las penas y los peligros del desierto; el alimento grosero que allí recibian; el dolor de sus pies hinchados con la fatiga de las marchas; el látigo, las imprecaciones de sus guias, todo, todo se borra de sus recuerdos; porque las cuitadas piensan que la suerte les depara por amo ó por señora algun sér dulce y compasivo; tal vez ganarán á fuerza de cuidados y caricias el corazon del niño que se les confie; tal vez sean tambien amadas, y deban á la maternidad la dicha de pasar tranquilamente su vida en la paz del harem. Todas sonrien al viajero, y muchas le dirigen miradas de provocadora lascivia; pero cuántas lágrimas, cuántos dolores recuerdan aquellas sonrisas y aquellas miradas! Solo por escapar á los brutales tratamientos de su feroz guardian, tratan de agradar á los compradores....»

No creemos deber abandonar definitivamente el Cairo sin hablar primero al lector que en estas escursiones nos acompañe, de las *Walmés* ó bailarinas que son el espectáculo mas notable é interesante de la moderna capital del Egipto. Estos bailes son, por decirlo así, la ópera de los orientales; todas las clases, sexos y edades gustan con pasion de ellos, y las odaliskas del harem, instruidas en el arte de las *Walmés*, forman las delicias de sus afortunados señores. Pero contra toda apariencia de justicia, las pobres bailarinas son tratadas como séres de inferior especie que los demás humanos. No se las permite vivir en el Cairo, y habitan separadas del resto del mundo en la aldea de *Sha-Arah*, á media legua de la capital. La mayor parte de estas artistas nómades son muy lindas y en el ejercicio de su profesion ninguna pasa de 20 años, habiéndolas hasta de diez; porque en aquel pais es muy comun estar ya del todo formadas á esta edad.

J. Heriberto Garcia de Quevedo.

CARTAGENA.

Esta ciudad se anuncia desde lejos por las aldeas, alquerías y deliciosos paseos que la rodean. Sus principales fundadores fueron Tenero y Asdrubal, pero no falta quien asegure que habia en el mismo lugar, 1412 años antes de Jesucristo, otra gran ciudad llamada Contesta, del nombre Testa, rey de España, que la habia edificado; así es que la mayor parte de esta provincia se llamó Contestania. Habiendo venido despues Tenero á Cartagena, resolvió embellecerla y fortificarla, pero no pudo acabar su obra: mas Asdrubal, viendo que esta plaza se hallaba en tan bella posicion, la decoró haciéndola una ciudad soberbia, émula de Cartago de Africa.

Poseyéronla los descendientes de Asdrubal hasta el año 208 antes de Jesucristo, en que Publio Scipion y Cayo Lelio vinieron á España y ganaron esta ciudad, gobernada entonces por Magón, último gefe de los cartagineses.

Tito Livio nos dice, que á la llegada de Scipion á esta ciudad, era despues de Roma una de las ciudades mas ricas que existian, y se hallaba llena de armas y soldados; pero á pesar de todo la tomó, y entregándola al pillaje, sacó 64 banderas, 276 copas de oro, 180,300 marcos de plata, sin contar los vasos de la misma materia, 40,000 medidas de trigo, y 170,000 de avena: en una palabra, adquirieron tantas riquezas, que, como dice Tito Livio, Cartagena fué lo menos estimable que ganaron, *ut minimum omnium intertantas opes bellicas Cartago ipsa fuerit.*

Despues de esta conquista fué cuando Scipion dió un grande ejemplo de templanza y moderacion, célebre en sus dias, y que ha llegado hasta nosotros, sabido es que algunos de sus soldados condujeron á su presencia una jóven cautiva, de noble sangre, y tan bella, que se llevaba tras sí las miradas y corazones de todo el campo: pero Scipion apenas supo que estaba prometida en casamiento á Luseyo, príncipe de los celtíberos, y que se amaban tiernamente estos dos jóvenes, mandó llamar al príncipe, le entregó su amada, y le dió en dote la cantidad de monedas de oro que sus padres habian dado para rescatarla, ofreciéndole al mismo tiempo la amistad del pueblo romano.

Esta ciudad fué por mucho tiempo las Indias de los romanos, y aun existen en las inmediaciones minas de plata, de las cuales hizo beneficiar una Felipe II para valuar el costo y el producto. En el lugar inmediato á esta ciudad, llamado los Alumbres, se encuentran minas de plomo, muy abundantes; en las cuevas de Porman amatistas y otras piedras preciosas, y cerca de Hellin una mina de azufre.

Llamó se en lo antiguo el campo de Cartagena Spar-

tario, y la ciudad tambien tomó este nombre, á causa de la abundancia del junco llamado esparto, que se encuentra en las llanuras y montes de Cartagena. En las guerras de Atanagildo con Agila, reyes godos de España, fué completamente destruida Cartagena quedando tan solo de aquella época algunas piedras con inscripciones; una de ellas existe en un jardin de la casa de campo de Espinardo inmediata á Murcia: este monumento es un gran trozo de mármol, en el que se ven por un lado el timon de un navío, y en el otro una figura de Palas con un ramo de olivo en la mano, y á sus pies el cuerno de la abundancia y el caducéo de Mercurio. Cascales atribuye (ignoramos en qué se funde) este monumento á Julio César, cuando formó el proyecto de avasallar el mundo y su patria.

Por la parte de tierra está defendida Cartagena por un monte formado por tres ribazos, cada uno de los cuales tuvo su nombre en lo antiguo, llamándose uno Phesto, otro Mecto y el tercero Chrono. En medio de la ciudad se eleva una colina, en cuya cima hubo una fortaleza, en el dia casi destruida y abandonada, cuyo nombre fué antiguamente Mercurio, Theutates, esto sin duda por haber habido en aquel paraje un templo consagrado á este Dios.

El puerto de Cartagena es el mas famoso de España, y uno de los mas seguros del Mediterráneo. El célebre marino Andrés Doria decia frecuentemente



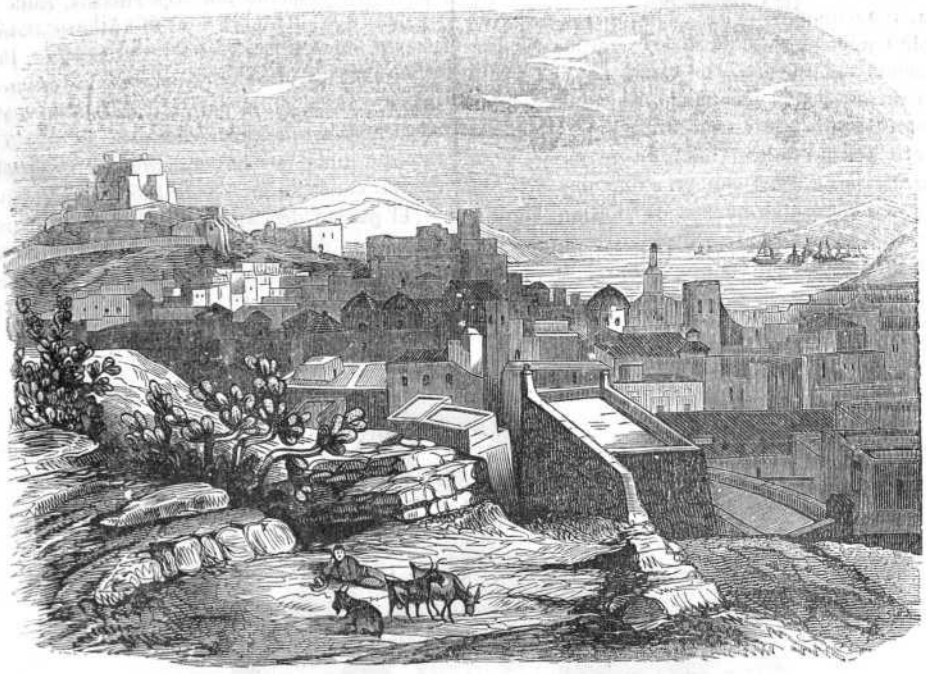
Andrés Doria.

que no conocia en el mundo mas que tres puertos seguros, que eran Junio, Julio y Cartagena. Parece que la naturaleza ha puesto espresamente alrededor de este puerto varias colinas para que esten las embarcaciones al abrigo de los vientos; de manera que estando en el muelle, solo se descubre la concha del puerto y su entrada. No puede compararse con ningun otro en seguridad y hermosura. Al describir Virgilio el desembarco de Eneas en Italia, queriendo dar idea de un puerto tan perfecto, cual pudiera hacerlo el arte de acuerdo con la naturaleza, describe y pone por modelo el de Cartagena, pues dice:

Est in secessu longo locus: insula portum, etc.

Es Cartagena el segundo departamento de la real armada, cuyo arsenal, darsena, astillero y otras obras soberbias para el servicio de la marina, la hacen digna de ser vista y admirada. Es plaza de armas. Su fortificacion se reduce á varios castillos, reductos y fuertes en la banda del puerto, en la ribera y en las alturas que le dominan. La naturaleza ha puesto en el arsenal una fuente de agua dulce, de manera que los navíos hacen agua en ella con la mayor facilidad. Es á veces tan abundante, que perjudica á la construccion, siendo necesario sacar con bombas el agua, y tanto para esta agua como para la que se introduce del mar, á pesar de las esclusas, in-

ventó dos magníficas máquinas el famoso D. Jorge Juan, uno de los mejores oficiales que ha tenido la marina española, célebre por su viaje al rio de las Amazonas con Mr. de la Condamine, como por las muchas obras que ha publicado de astronomía, pilotage, sobre las Indias, etc.



Vista de Cartagena.

El general Juan Leack tomó esta ciudad en 1706, por el archiduque Cárlos; pero la recobró el duque de Werwick. Dista 9 leguas S. O. de Murcia, long. 17 6, y lat. 8 7, 36.

DISPENSE V.

No hay en el vocabulario de la sociedad una muletilla tan anticuada, tan apurada, tan manoseada, tan estrujada y al mismo tiempo tan socorrida como *dispense V.*: es lo primero que uno aprende á decir en el instante que sale del cascaron. *Dispensa* mamá no habia creido ofenderte, *dispensa* si vengo un poco tarde; fulatino ha tenido la culpa, *dispense* V. Sr. maestro que hoy no sé la leccion: y bien sea porque con ella se nos figure estar á cubierto del castigo, ó porque nos parezca de mas fácil y armoniosa pronunciacion que cualquiera otra, lo cierto es que siempre la llevamos de vanguardia para embestir de frente aquellas aventuras que con tanta frecuencia se presentan en calles y paseos, y jamás se nos olvida usarla cuando conviene: tan evidente es que ha llegado á ser un artículo de primera necesidad, sin el cual fuera quizá imposible vivir en el mundo. Y si no veamos ¿qué funcion tenemos esta noche? pregunta un desocupado. *Borrascas del Corazon. Dispense V.* que es *La trenza de sus cabellos.* ¿Con qué las escuelas de Calderon y Moreto vuelven á resucitar? *Dispense V.* las escuelas del Calderon y Moreto no resucitan porque tampoco han muerto jamás. Dicen que Lope de Vega escribió ocho mil comedias ¡qué locura sacrificar así la brevedad de la vida! *Dispense V.* fueron solamente dos mil las que escribió y esas sin el trabajo y tiempo que V. cree. Querido, un elegante no debe cuidar de otra cosa mas que de su traje. *Dispensa* chico que primero es el individuo. Agur Sr. D. Marcos. *Dispense* V. Caballerito me llamo D. Juan. Pero no es aquí donde mas se encuentra en accion esa bellísima frase vámonos á una tertulia de etiqueta y desde la puerta ya empezaremos con el *Dispense V.* sino he venido antes á sus pies, las graves ocupaciones.... Oh V. es el que ha de *dispensar* si no le recibimos como se merece un recomendado de nuestro amigo D. Narcisito. Quiere V. señorita proporcionarme el gusto de oirla cantar? *Dispense V.* caballero estoy un poco ronca. ¿Ha estado V. en París, y *dispense V.* la pregunta? Si señora allí están en boga los prendidos de flores. *Dispense V.* los que hacen furor son los de diamantes. *Dispense V.* que pase por el medio. Tenga V. la bondad de atizar el fuego y *Dispense V.* la franqueza. *Dispense V.* retiro esta mesa. *Dispense V.* que aproxime esta silla. *Dispense V.* que me incline á opinar lo contrario que V. *Dispense V.* estaba distraida. *Dispense V.* que me retire. *Dispense V.* que le trate como de casa. Uf... que pesadez, y que martirizado se encuentra uno despues, cuando se vé lejos de aquella reunion. ¡De qué buena gana dispensaria uno, á la señora de la casa, en particular, el placer de lucir su fraseología! pero no hay mas remedio que sujetarse, así lo dispone el omnipotente señor que llamamos uso: ¿y á dónde iremos que no tengamos necesidad de salir á cada paso con la consabida frasecita? parece que en los bailes, especialmente si son de más-

caras, debia uno estar *dispensado* de esa ceremonia porque la mezcla de ambos sexos, los contínuos é inevitables apretones, la libertad que ofrece la careta, y la franqueza y algazara que allí reinan, son diametralmente opuestas al formalísimo *Dispense V.*; pero no sucede así; en el baile como en cualquiera otra parte es la frase que mas circula por todas las bocas. El cobrador se queda por equivocacion con el sobrante del módico estipendio del billete y *Dispense V.* estaba distraido. ¿A Dios fulano tú por aquí? si yo te daba en Cádiz? No tengo el honor de conocer á V. ¡Ah! V. *Dispense* la semejanza me ha equivocado. Vamos bella máscara no me ocultes tu rostro, mira que yo sé tus secretitos y conozco por esperiencia el dominio absoluto de esos ojos. Caballero *Dispense V.* pero no soy esa que piensa, míreme V. ¡Ah! *V. Dispense* Señora he creido hablar con una persona conocida y por eso me he tomado esa pequeña libertad. ¡Ay que pisoton! Dios mio me han destrozado un pié. *Dispense V.* Señorita me ha sido imposible resistir á esta oleada ¡hombre que se lleva V. el frac, compasion que no tengo mas que este! *Dispense V.* amigo, á mí tambien me llevan la levita. V. estaba comprometida conmigo señorita, sí, pero *V. Dispense*, el señor ha llegado antes. Y luego *Dispense V.* del bastonero, porque por poco le rompe á uno la cabeza con su formidable insignia. *Dispense V.* del fondista, porque el Champaña está desvirtuado, porque las perdices están crudas, pesado el servicio y amargos los dulces. *Dispense V.* del guarda ropa porque equivoca su capa con otra peor. Y hasta *Dispense V.* del polvo que se introduce por las narices con grave detrimento de los sentidos, de la orquesta por sus rabiosas armonías, del entarimado por su contínuo movimiento de abajo arriba, y del reló que nunca marca hora fija. ¡Qué aburrimiento! pero todo se remedia con el *Dispense V.* Sale un hombre del baile empolvado, desgarrado, amagullado y pisoteado y no se acuerda ni aun de quejarse, porque á cada uno de estos padecimientos se le ha hecho el correspondiente cumplido. ¡Oh! un *Dispense V.* pronunciado á tiempo, es el mejor antídoto que puede ofrecerse contra toda clase de impresiones desagradables, un *Dispense V.* desarma la cólera del padre, quita dudas al marido, deja sin accion al camorrista, devuelve la tranquilidad al amante, y detiene el terrible fallo del bruto. Si no, cuántos desafíos, cuántos divorcios, cuantos pleitos, cuántos disgustos, tendriamos al cabo del dia? Sin el consabido *Dispense V.* ¿cómo habiamos de tolerar que el sastre nos echase á perder una prenda, que el zapatero nos hiciese andar cojos, que el comerciante nos engañase, que el ginete nos cubriese de barro, que el cochero nos atropellase, que el hombre de negocios nos diese codazos y pisotones y que la niña enamorada faltase á la cita? Yo creo que si se desterrase esta conciliadora fórmula de la sociedad, andariamos contínuamente á cachetes. *Dispense V.* dice el portero de una oficina doscientas veces al dia, si por casualidad está encargado de comunicar órdenes repugnantes. *Dispense V.* dice el acreedor al casero cuando vá á reclamar el contingente del plazo vencido; y *Dispense V.* contesta á su vez el casero porque no se halla entonces con la cantidad pedida. *Dispense V.* dice el pretendiente al avistarse con el sér todo poderoso que le puede hacer feliz, y un *Dispense V.* que no ha lugar, es todo el bien que recibe. *Dispense V.* dice el cursante en primeros años cuando convida á los doctores para su grado de Bachiller. *Dispense V.* dice el delincuente al magistrado; en una palabra todo el mundo dice *Dispense V.* mas ó menos á menudo, segun la ocasion que tiene de rozarse mas ó menos con las gentes de tono. Ultimamente, sino fuera por esta bienhechora y caritativa frase, ¿cómo nos librariamos de los amigos de franqueza? Chico; dame dinero, préstame tu ropa, déjame tus libros, verdaderamente que en semejante caso un *Dispense V.* es la salida mas obvia, mas oportuna y mas económica que puede darse.

Eso mismo te digo yo, amado público, *Dispensame* que no alargue mas este artículo porque el quinqué tampoco quiere *Dispensarme* por mas tiempo su claridad y el sueño me vá acometiendo sin ceremonia.

M.

POESIA Y PROSA.

Nuestra vida está repartida entre la poesía y la prosa, ó por mejor decir, tenemos dos clases de existencias, poética la una y prosáica la otra; de ambas maneras podemos considerar los sucesos que nos tocan de cerca en el curso de la vida. La vida prosáica es la que tiene relacion con todas las funciones animales; lo visible, lo grueso, lo palpable pertenecen á su ramo; la poética se funda en la imaginacion y los afectos, mezclados con un poco de lo que vulgarmente se llama ilusion, fantasía, vision ó sueño (porque, sea dicho de paso, el sueño es una poesía) y neutraliza por medio de ellos la prosáica severidad de la realidad, del mismo modo que la distancia embellece un cuadro. Lo pasado es poesía, y de aquí provienen los placeres de la memoria, porque es delicioso recordar aun lo que fué muy desagradable; lo presente puede ser tambien poesía, para una imaginacion viva y poética; y lo futuro es esencialmente poético, pues solo en nuestra imaginacion existe. Las distancias de tiempo y de lugar producen iguales efectos y por esta razon recibimos con mas placer y ansiedad á un antiguo conocido ausente 20 ó 30 años, que al mayor amigo nuestro á quien vemos todos los dias; y si como observa un célebre autor, hallásemos entre las pirámides de Egipto á un vecino nuestro á quien ni siquiera saludaríamos en nuestra patria, celebraríamos su encuentro congratulándonos con él muy cordialmente. Este efecto es exactamente el opuesto al que espresa la máxima de que la familiaridad engendra desprecio. Pero nos elevamos sin poderlo remediar á las regiones metafísicas; bajemos un poco de tono enumerando las diferencias entre la poesía y la prosa. Aquella es formal, respetuosa, esquiva; esta, familiar, libre, vulgar; así la poesía jocosa es entre las formas de composicion la que mas lo es, por el fuerte contraste entre la habitual y aun esencial gravedad de la poesía, y la familiar mofa del chiste y la jácara. Esto nos lleva á conocer la causa de que la poesía haya caido ahora en descrédito, y no es otra que los demasiados descubrimientos hechos y el gran cúmulo de conocimientos adquiirdos; todas las cosas

nos son ya familiares y no reverenciamos ninguna. Por esta razon hacen los sacristanes muy poco caso de los santos, y hé aquí la causa de no ser poético el mar para los que habitan de contínuo en sus orillas.

Otra de las causas que desacreditan la poesía es, que los espíritus no estan en el presente siglo muy dispuestos á reverenciar á nadie; se destruyen sociedades robustecidas por la veneracion y fantasías de doce siglos, y se desploman tronos asegurados en el respeto y preocupaciones de 100 años. Existe en todas partes un fuerte espíritu de investigacion, y cuando toda una nacion se erige en inquisidora, nadie queda á quien condenar por brujo ó hereje, y desaparecen las fábulas que embellecen la poesía. Porque la pesquisa ó la inquisicion tienen los ojos siempre abiertos y el corazon cerrado; la poesía al contrario, cierra los ojos y abre el corazon. La pesquisa se acerca cuanto puede á su objeto; la poesía le mira á una gran distancia, aquella calcula, esta desvaría; aquella es suspicaz, insidiosa, busca siempre faltas é imperfecciones; esta es confiada, generosa, busca los primores, embellece mas las bellezas, asi como la caridad cubre un gran número de faltas y pecados. La poesía es un poco aristocrática, algo servil, muy apegada al derecho divino. Quintana se queja de esta desgracia al principio de una oda suya, mas nadie puede remediarlo; la poesía ha florecido muy poco en las repúblicas, lo que es de estrañar, que tan despreciada ande en nuestro siglo aristocrático. No es esto decir que no se haya escrito algo de poesía en las repúblicas, sino que el público, la gran mayoría de la nacion, ni la ha celebrado, ni gozado, ni sacrificado en sus aras. Homero escribió segun dicen, en una república; pero sus poemas no fueron conocidos hasta que un rey, Licurgo, los sacó del olvido. Milton, que era republicano, vendió su paraiso perdido por 1500 rs. y ninguna reputacion gozó este Poema hasta el tiempo de la reina Ana, 70 años despues que se acabó la república, bajo cuyo imperio concibió su poema.

Todas las cosas de este mundo son poéticas ó prosáicas; en nuestro modo de mirarlas está la diferencia. Cuando estamos de buen humor todo es poético, cuando estamos fastidiados, impertinentes y cansados, todo es prosáico. Nuestros quehaceres, nuestros negocios son prosa pura; los goces, los placeres son poesía, si los disfrutamos con alegría y efusion, de lo contrario, nada hay mas prosáico que el placer. En verdad que cada hombre es para sí el poeta.

Pero volviendo al estado de impopularidad en que al presente halla la poesía, no consiste esta en la falta de talentos ó capacidad, sino que nada puede ser poético, porque nos hemos fastidiado de poesía. Vendrá tiempo en que nos fastidiemos de la prosa, y entonces volveremos á estar dominados por influencias poéticas. Existe tambien muy generalizada la creencia de que para nada es *útil* la poesía; lo cual proviene tal vez de que por útil se entiende solo aquel producto material que puede mantener la existencia de nuestro cuerpo, y en este sentido la poesía ciertamente no es útil.

Pero como la vida tiene dos lados, el poético y el prosáico, sucederá que si ahora está encima el lado prosáico, porque le creemos mas útil, puede que llegue el dia en que habiendo examinado mas detenidamente el negocio, demos la preferencia á la poesía porque la juzguemos mas útil, y nos convenzamos de que es la verdadera esencia de las cosas y no su forma ó apariencia. Del mismo modo que cualquiera individuo mira varias veces una cosa juzgándola poética ó prosáica segun las emociones que al verla esperimenta, asi tambien las naciones fluctúan en sus sentimientos y opiniones, y llegará dia en que cansados de la austeridad del análisis del desconsuelo que produce la realidad y del pedantismo filosófico, nos echemos á volar por las regiones imaginarias y poéticas.

ANECDOTAS.

Estando la córte en un pueblecillo de provincia, pasó un labrador dando muy recios palos á su asno por un parage en que estaban dos caballeros. Dijéronle estos no maltrateis tanto al pobre animal, á lo cual quitándose el sombrero contestó: perdonad, señor asno, que no pensé que tuviérais valedores en la córte.

Un jóven que era muy necio, andaba muy solícito en busca de un traje de camino: supo que un amigo suyo lo tenia, y despues de haberle importunado mucho para que se lo prestase, fuéle respondido que antes le prestaria una albarda con todos sus aparejos. A esta respuesta dijo otro que se hallaba presente: ese traje no le quiere ahora el señor, porque le conviene ir de incógnito esta jornada.

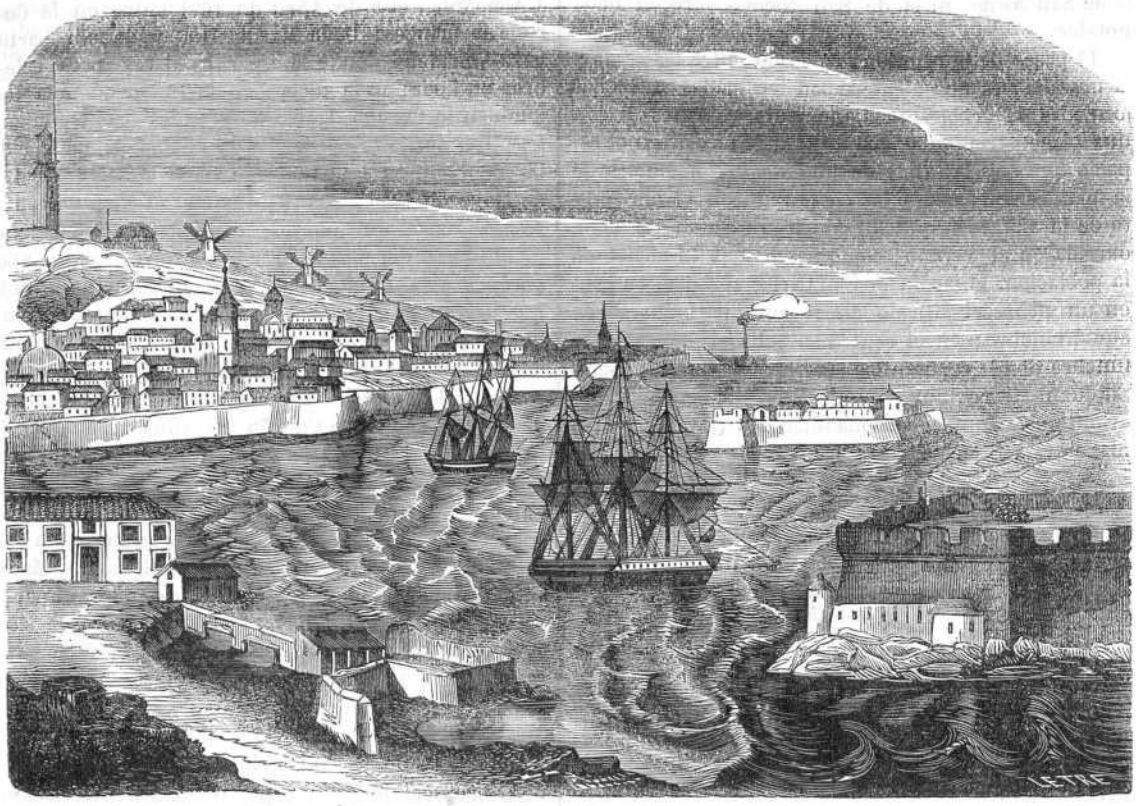
Los señores suscritores al SEMANARIO que lo fueron el año anterior y lo son actualmente por tiempo de seis meses, pueden pasar desde el dia 5 del corriente á la librería de Pereda, calle de Preciados número 39, donde les serán entregados, presentando el recibo actual, los pliegos que contienen la conclusion de *La Casa de Pero-Hernandez*, cuya leyenda quedó pendiente.

A todos los abonados de provincias que por hallarse en igual caso tienen derecho á recibirlos, se les remiten por este correo. Por eso que estamos seguros de no incurrir en ninguna omision, no atenderemos las reclamaciones que se hagan sobre el particular.

La empresa del SEMANARIO que se precia de cumplir escrupulosamente sus ofertas, ha sentido en estremo que la circunstancia de no poder entregar el señor Príncipe el original en la época convenida, y la estension que le ha dado, hayan retardado la promesa que hizo á los suscritores del año anterior; pero tiene al mismo tiempo la satisfaccion de ofrecer un aumento considerable de lectura, y con ella el completo de una produccion que no podrá menos de agradarles.

Habiéndonos dicho que se ha hecho circular la voz de que las láminas mas esmeradas que se publican en este periódico son clisés franceses ó ingleses, debemos manifestar que en el SEMANARIO no se estampa un solo grabado que no sea obra de artistas españoles, y que las personas que quieran enterarse de la certeza de esta advertencia, pueden pasar á la redaccion donde se convencerán de la exactitud de nuestras palabras.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LA CORUÑA.

Encuéntrase esta ciudad al N. O. de la Península, abrigada por una colina que resguarda la bahía. Son notables sus fortificaciones, cuyo primer orígen data desde el reinado de D. Enrique III, pero hasta 1702 no se dió toda la importancia que llegaron á tener las obras de defensa; estas se suspendieron por mucho tiempo, durante el cual se edificaron casas sin tener en cuenta el proyecto que se habia comenzado á poner en ejecucion, á fin de convertir á la Coruña en una plaza respetable; en 1746, con motivo de los fundados temores que habia de que los ingleses la atacasen, se promovió nuevamente la continuacion de las obras que existieron hasta el año de 1840, en que fueron demolidas las dos primeras líneas del recinto de la fortificacion de la ciudad alta, quedando reducida á la parte que mira al Norte, las fortificaciones de la Pescadería, el castillo de San Anton, ya descrito en este tomo, el de S. Diego, el de Santa Cruz, la batería de Oza y el castillo de Dormideras.

Como ya hemos indicado, la ciudad se divide en dos partes; la ciudad nueva ó Pescadería, que se estiende por una colina hasta los molinos de viento colocados sobre el barrio de Santo Tomás, y la vieja que con situacion mas elevada ocupa el estremo Oriental de aquella Península; la poblacion toda, contando con extramuros, se compone de 196 manzanas, 13 barrios, 102 calles, 11 plazuelas y 3,214 casas. La ciudad y sus arrabales constan de 4,087 vecinos, 19,415 almas.

El pavimento de las calles es de los mejores que se encuentran en las poblaciones de la Península; merecen citarse las plazas de la Constitucion, la de la Verdura y la de la Leña.

Las casas de la Coruña, si bien cómodas en lo general, no presentan el brillante aspecto que las de otras capitales de provincia de igual clase, ni en sus edificios públicos se encuentran bellezas que llamen la atencion de los amantes de las artes; aun los que pudieran citarse como mas notables, solo presentan masas simétricas comunes en el esterior é interior, sin llevar en su decoracion ventaja que no sea de una ordinaria medianía, citaremos no obstante el Palacio, la Aduana, el Consulado, el Hospital, la Cárcel, el Teatro viejo y el nuevo, que sería un edificio notable si concluida la parte interior, que es la que está en uso desde 1841, no se hubiera abandonado el esterior que hermosearia el aspecto público de la ciudad.

Tampoco los templos de la Coruña son notables

por su arquitectura, ni la Colegiata y parroquia de Santa María del Campo, edificio de órden gótico, pequeño, con tres naves, ni la parroquia de Santiago, del mismo órden arquitectónico que la anterior, ni la de San Jorge, ni la de San Nicolás ofrecen nada notable.

El paseo de la reunion, colocado entre las casas y la muralla, es una alameda con tres calles estrechas formadas de árboles medianamente robustos y con una placeta triangular con bancos de piedra en el espacio que deja la salida de uno de los baluartes de la fortificacion; esta y las casas reducen el horizonte de la alameda, que sin embargo es bastante concurrida en el verano, como paseo mas inmediato á la poblacion. El jardin de San Cárlos se formó en 1814 en un peñascal situado en el antiguo baluarte de aquel nombre; en el centro se halla el monumento fúnebre donde reposan las cenizas del general inglés Sir Juan Moore, cuyo sepulcro es cuadrilátero, de granito con ángulos almohadillados y en una piedra blanca esta inscripcion:

JOANNES MOORE
EXERCITUS BRITANICI DUX
PROELIO OCCISUS
A. D. 1809.

Alrededor del monumento hay un parterre con calles espaciosas y dos entradas.

Además de estos paseos pueden considerarse como tales el de Santa Margarita, que es el camino real que se dirige á Bergantiños en el espacio que media desde la puerta de arriba hasta el alto de los molinos que le dan nombre, así como el de la Torre, que principia en el campo de la Leña, sigue por la orilla del mar y se dirige á la famosa Torre de Hércules, dejando á la derecha el cementerio y á la izquierda el parque de San Amaro y permite dilatar la vista por el seno que forma el Atlántico en los puertos de la Coruña, Betanzos y el Ferrol; este paseo no se ha concluido aun.

En punto á fábricas deben citarse la de tabacos de la Palloza, situada en el punto de que toma nombre, la de vidrios en la playa sobre la ensenada del Horzan, y las de jabon, cerveza, mantas de algodon, tejidos ordinarios, fundicion de hierro, conservas alimenticias, salazon de carnes y encerados.

Como la doctrina de los escritores antiguos, los monumentos ó los nombres de las poblaciones son lo que conduce generalmente á considerarlas en sus primeros tiempos, y en la Coruña existia un edificio verdaderamente notable en época en que se tenia demasiado apego á lo maravilloso, se han dicho mil inexactitudes con referencia á la fundacion de la ciudad. Hay razones poderosas para creer que esta, ó por lo menos su engrandecimiento é importancia, se deben á Trajano, despues ha sido teatro de variados sucesos con los cuales ha padecido mucho, ya durante la dominacion de las naciones del Norte, ya en una sedicion que tuvo lugar en 885 en contra de Alfonso III. Los portugueses se apoderaron de la Coruña en 1370, pero no tardaron en ser lanzados de ella. En su puerto se embarcó D. Pedro de Castilla cuando pasó á Bayona; en el mismo se apresto la armada que condujo á la infanta Doña Catalina á Inglaterra. Allí aportaron Doña Juana y el archiduque Felipe I en 28 de Abril de 1506; el emperador Cárlos V celebró Córtes en la Coruña antes de marchar á Alemania; el 8 de Abril de 1691 entró en la Coruña la princesa Doña María Ana y de allí partió para Valladolid donde la esperaba el rey para celebrar su boda; en la guerra de la Independencia fué tambien la Coruña teatro de grandes acontecimientos; tan luego como llegó á la ciudad la noticia de las ocurrencias que tuvieron lugar en Madrid el 2 de Mayo de 1808, sus habitantes se dispusieron á resistir las disposiciones de los invasores, y efectivamente el 30 del mismo mes asaltaron el parque apoderándose de 4,000 fusiles y nombrando una junta que despues fué aumentada con los regidores nombrados por los ayuntamientos de las siete capitales de provincia y otras personas distinguidas, tomando el nombre de Junta suprema de Galicia: en el siguiente año sufrió la Coruña un sitio. La fuerza de los franceses la mandaba Soult y la de los ingleses Sir Juan Moore; otras divisiones de reserva se hallaban tambien colocadas á retaguardia: trabóse la batalla el 14 de Enero á las dos de la tarde, en ella salieron gravemente heridos el general Baird y Moore (este último vivió pocas horas), quedando mal paradas las tropas francesas y consiguiendo los ingleses lo que deseaban que era su embarco; la ciudad capituló el dia 19, y el 20 entró el mariscal Soult en la plaza, la cual fué evacuada en 22 de Junio del mismo año.

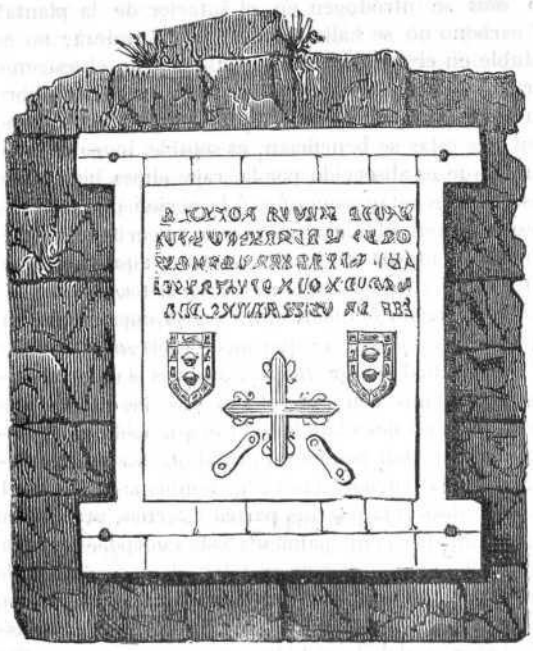
El dia 18 de Setiembre de 1815 D. Juan Diaz Porlier, mariscal de campo que desde el año anterior estaba preso en el castillo de San Anton, se puso al frente de los batallones de artillería y proclamó la Constitucion de 1812, los batallones de marina y Mondoñedo que se hallaban en el Ferrol se le unieron, pero cohechadas sus tropas fué restituido á la Coruña, donde pereció en un cadalso este ilustre general y distinguido español que tantos dias de gloria habia dado á su patria. El 21 de Febrero de 1820 secundó la Coruña el pronunciamiento de la isla de Leon y el 18 de Julio del año 23 sufrió un sitio de los franceses, resistiendo heróicamente hasta que tuvo que rendirse despues de una honrosa capitulacion el 10 de Agosto de dicho año, habiendo sufrido un espantoso bombardeo y grandes escaseces de agua y víveres por tener bloqueado el puerto buques franceses.

J. C. DE L.

LA TORRE NUEVA DE PORCUNA.

La antigua Turdetania, cuyos moradores se preciaban de descender de los primitivos españoles aborígenes, era, segun opinion de los mas autorizados escritores, aquel pais, situado entre los rios Anas y Betis; comprendiendo toda la parte meridional de España, que llamamos Andalucía, y aun la Estremadura, desde Badajoz, hasta Palmogo, como nos la describe en su Diccionario el Académico Cortés. Hácia el Oriente de este pais, en el mismo alelaño, que hoy divide los antiguos reinos de Jaen y Córdoba, se encuentra una poblacion, de orígen turdulo, de grande importancia por sus pasados timbres, por su situacion fuerte y ven-

tajosa y por los sucesos, en que tuvo parte desde la conquista de la Bética, por los romanos hasta la conquista de Granada por los reyes de Castilla. Su nombre primitivo, cuyas raices suponen algunos, ser hebreas, otros fenicias y otros ibéricas ó Euscaranas, se componia de dos palabras que significaban; *predio sacerdotal praedium pontificem*; ó lo que es lo mismo *Obulco*, hoy Porcuna. Fué municipio latino, y tuvo el título de *pontifical*, por la celebridad y fama de sus ritos, parte fenicios; derivados de los primeros establecimientos de aquellas gentes en España, parte Cartagineses, y parte romanos. En la coleccion litológica del Cónsul Jacobo de Bary, publicada en el siglo anterior, se cita una bella inscripcion dedicatoria á Ysy, que prueba la verdad de estas conjeturas; y ademas justifica el raro desprendimiento de los pobladores de *Obulco*, cuando prodigaban sus riquezas, en adornar sus divinidades, con preseas dignas de los templos de Roma. Fué Obulco ciudad opulenta por la estension de su territorio y abundancia de granos, como lo acre-



ditan los emblemas del *arado y la espiga*, esculpidos en sus medallas. En otros ramos de agricultura floreció Obulco, en particular el de la ganaderia, criándose en sus campos aquella famosa raza de toros, que dió el nombre á la nacion tardula; tributando cultos como en Egipto, al buey *Apis*, y esculpiendo su figura con los atributos de la divinidad, en sus monedas. Cuando los romanos dueños de la Península fueron testigos de las rivalidades de Cesár y Pompeyo, Obulco, célebre aun por sus privilegios, abrazó la causa del vencedor de Jarsalia, abriéndole sus puertas y acogiendo sus pretensiones. De esta manera, cuando los hijos del desgraciado Pompeyo, alzaron en España la bandera de la rebelion, muchas ciudades visto el ejemplo de Obulco, enviaron á César refuerzos de tropa con que pudiese desbaratar á los pompeyanos en la batalla de Munda. De esta manera, la antigua Porcuna se engrandeció nuevamente, gozando de una larga prosperidad, hasta que la invasion de los bárbaros en el siglo quinto de Jesucristo, asolando las mejores ciudades de la Bética, entregó al saqueo y á la destruccion las ciudades mas notables de la Turdetania, entre ellas el municipio, de que vamos hablando. Por esta razon, quizá no vemos en las actas de los concilios, en las crónicas de los historiadores ni otros monumentos del tiempo de los Godos, el nombre de aquella poblacion; continuando este silencio en toda la época de los Arabes, los cuales, segun es de creer, la fortificaron y engrandecieron, formando de ella una de las mejores plazas, que guarnecian la frontera del reino de Jaen, cuyos soberanos la tuvieron bien abastecida de municiones y soldados, por temor de las invasiones de los ejércitos de Castilla. Conquistado Jaen por San Fernando, con las villas de su territorio, dió la prosperidad perpétua de Porcuna y otras principales, á la órden de Caballeria de la Calatrava, haciendo á Martos su principal cabeza. Las fortificaciones de la primitiva Obulco fueron restauradas por los caballeros, confiándose su gobierno á su comendador, encargado de su defensa que era muy importante.

En las crónicas de la Orden y en las de algunos historiadores Arabes se hace mencion de las jornadas, á que concurrieron los Concejos y Pendones de Porcuna y otros pueblos fronterizos espuestos, por esta causa, á las frecuentes correrias de los moros Granadinos, quienes habian jurado el esterminio y ruina de todas las villas y castillos, dependientes de Calatrava. Al dar principio el siglo décimo-quinto, tomó las riendas del gobierno de Castilla, con el mando de las tropas de la Frontera, el célebre Infante Don Fernando, llamado el de Antequera, tio y tutor del Rey Don Juan II. En este tiempo era Maestre de Calatrava el valeroso Don Luis de Guzman, cuyos servicios, lealtad y decidido amor á sus Reyes, le granjearon la mas alta reputacion y la mas ilimitada confianza de parte de la corte de Castilla. Hé aquí el resúmen de los mas notables acontecimientos de su vida, que nos refiere el Licenciado Caro de Torres, en su *Historia de las Ordenes Militares*, donde se hace mencion de la villa Porcuna.—«Estando (dice) el Infante Don Fernando sobre la Villa de Setenil; el Maestre con cuatrocientos de á caballo, y muchos peones, entró á correr la vega de Granada con gente de los concejos de Córdoba y Jaen, con intento de impedir el socorro que los moros querian dar á Setenil. Hicieron gran presa de ganados y esclavos. Y de allí se fué al cerco y le sirvió en él, y en todos los demás que el Infante puso. Y despues que el Rey Don Juan salió de tutela, y se comenzaron las diferencias con los Infantes de Aragon, sus primos, el Maestre estuvo firme y constante en su servicio, y siempre le sirvió con su persona y los caballeros de su órden, sin hacer mudanza en tiempo de tantas revueltas. Dióle el Rey la Ciudad de Andujar por juro de heredad. Entró el Rey el año de 1431 por la vega de Granada, haciendo la guerra á fuego y sangre. Fué en su servicio el Maestre Don Luis de Guzman con ciento sesenta Caballeros de su Orden muy lucidos, y con otros vasallos, así del campo de Calatrava como de las villas de Martos, Andujar, Porcuna y otras de la Andalucia, y tenia ochocientos de á caballo y seis mil peones, y se juntó con el ejército del Rey Don Juan. Volvió el Rey muy victorioso y conociendo el valor del Maestre, le dejó por General de los Obispados de Jaen y Córdoba.»

En este tiempo, conociendo el Maestre la necesidad de atender á la defensa del nuevo territorio de su mando, adoptó entre sus primeras medidas la de aumentar la fortaleza de Porcuna, construyendo en la parte mas alta de la poblacion, por el lado que mira al reino de Córdoba, una torre octógona de piedra cipia blanca, de noventa y seis pies de elevacion desde su base hasta el arranque de las almenas. Cada frente ú ochava es de diez y seis pies y medio de ancho por el esterior, y diez y nueve y medio por el interior, formando ángulos obtusos. Tiene una bella escalera de caracol y un *salon de armas* ojival, de ciento ocho pies de circunferencia, en cuya clave, á manera de floron, hay esculpidas las dos *trabas ó grillos* y *la cruz floreteada*, símbolos que llevaban en sus pendones los Grandes Maestres de Calatrava. En este salon estuvo preso, despues de la batalla de Martin Gonzalez, Boabdil último Rey moro de Granada, hasta que se ajustaron en Cordoba las condiciones de paz entre este Príncipe y los Reyes Católicos.

En la parte esterior de la fortaleza, incrustada en su fábrica, hay una lápida de piedra blanca, en cuya parte inferior se hallan esculpidas en relieve, la *cruz* y *trabas* de la Orden, acompañadas de dos escudos de armas en forma de cartelas, con blasones, de *calderas jaqueladas y asas de serpientes en sus estremos*, orladas de *Castillos y Leones*, que son los del apellido de *Guzman* de España. En la parte superior, se lee dificilmente esta inscripcion, de cinco líneas, escritas de relieve, en letra monacal:

Esta Torre mandó facer el
muy escelso é muy noble Caballero Don Luis de Guzman, por
la Divina Providencia, Maestre
de Calatrava el año del Señor
de mil é cuatrocientos treinta
y dos años.

La circunstancia de haberse ocupado los autores de la ENCICLOPEDIA FRANCESA, de la inscripcion y torre arriba descritas, equivocándose por falta de conocimiento de la existencia y contenido de esta lápida y atribuyendo la fundacion de la torre al Maestre Don Pedro Tellez Giron, con notable menoscabo de la Cronologia de aquel tiempo, nos ha obligado á dar al público estos apuntes creyendo hacer en ello un servicio á la historia y á las antiguedades del Reino de Jaen.

M. DE LA CORTE.

NUTRICION EN LOS VEJETALES.

Los vejetales, esos séres que pueblan gran parte del globo que habitamos, estan llamados á él para representar un gran papel; en efecto, sus usos asi en la economía como en las artes son numerosisimos, teniendo muchos de ellos importantísimas aplicaciones á la medicina y otras ciencias: sirven de agentes para la organizacion de la materia, para el sustento de los animales: la desaparicion completa de los unos, atraeria indispensablemente la muerte de los otros; adornan y hermosean nuestro suelo, templando ademas el rigor de las estaciones. Nadie ignora sus usos en la economía, en las artes son casi indispensables para cualquier operacion por sencilla que sea; conocida su utilidad, pasemos á estudiar los fenómenos tan sencillos como admirables, que suceden en su desarrollo, de cuyo estudio, se pueden deducir consecuencias interesantes, aplicables á su cultivo y á la hijiene.

La nutricion es una funcion propia á todos los séres organizados y vivientes; asi como los animales, las plantas estan provistas de órganos propios á verificarla, cuales son, la raiz, el tallo, las yemas, las hojas, las estípulas y algunos de estos degenerados.

Los órganos de la nutricion, tienen á su cargo la conservacion individual de los vejetales; veamos de qué modo obra cada uno de ellos en su sosten y cuales son las condiciones necesarias para que esta tenga lugar. La raiz, asi como los demas órganos que llenan el objeto, se proveen de las materias que les son necesarias á su subsistencia, por medio de la *succion* ó *absorcion*; la primera introducida en la tierra, se compone en general de partes capilares, terminadas en una especie de esponja ó bocas aspirantes, que se impregnan de la humedad que esta tiene; los segundos absorven de la atmósfera las sustancias y parte del agua, que contiene en vapor no absorvidas por la raiz, indispensables para su nutricion; el agua pues, y el aire son el vehículo de estas. Antiguamente se creyó que el agua era la base de su alimentacion, mas no es asi, puesto que si se hace vejetar una planta en esta destilada, al abrigo de toda influencia estraña, apenas vive; luego ella sola no es suficiente para verificarla, es necesario que contenga en sí otros principios agenos á su composicion. Las materias asi absorvidas, ligeramente modificadas por los agentes físicos y químicos, forman el alimento de los vejetales y constituye la *savia*, que es en ellos lo que la sangre en los animales. Hecho el análisis de las diferentes partes por donde esta circula en el vejetal, se las ha hallado compuestas de carbono, oxígeno, azoe, sales y metales en el estado de óxidos ó ácidos; el agua no puede haber dado lugar á su formacion, pues que no son componentes de ella, lo mismo podemos decir del aire; ¿de qué modo *ellas* se introducen en el interior de la planta? El carbono no se halla libre en la naturaleza, no es soluble en el agua, pero se combina con el oxígeno, formando el ácido carbónico, este se encuentra libre en abundancia en el seno de la tierra y en el abono con que estas se benefician, es soluble, luego es evidente que es absorvido por la raiz: ahora bien, como los vejetales estan espuestos á la accion del sol estas descomponen el ácido reteniendo el carbono y desechando la mayor parte del oxígeno; aquí vemos lo enunciado anteriormente *que el agua solo es un vehiculo*. El oxígeno tambien entra en su composicion, en grandes cantidades; de qué modo estos se proveen de él no es dificil comprenderlo, despues de los esperimentos hechos con este objeto por los naturalistas modernos, no desechando todo el que acidifica el carbono, se quedan con cierta cantidad; el aire que circula á su alrededor, les cede tambien parte de él, que es absorvida por sus partes esternas, pero quien les suministra principalmente este cuerpo es el agua, por su descomposicion en el tallo, descomposicion de que las leyes químicas no nos dan una esplicacion satisfactoria, que la del ácido carbónico; á esta misma causa es debido el hidrógeno que contienen. Fácil es conocer á quien deben el azoe, siendo este uno de los componentes del aire.

Estos son los cuerpos que ocupan el primer lugar en su composicion, dando además el análisis otros en mayor ó menor cantidad que por no ser necesarios realmente á su subsistencia se les considera como accesorios, tales como el prolóxido de calcio, el silice carbonato, fosfato y malato de cal, el nitrato de este y el de hierro; estos llegan ya formados sin duda alguna á él, porque de otro modo ¿qué accion química podria formarles, no entrando en la planta la mayor parte de sus componentes? Unicamente la existencia de ellos en la atmósfera ó la tierra pueden satisfacernos. Su formacion tampoco puede atribuirse al acto de la nutricion, como se ha dicho por algunos botánicos y físicos; segun lo prueban los ensayos hechos con este propósito, la tierra es quien se los suministra, asi como los alcalis.

Hemos visto al principio de este artículo lo que es la *savia*; réstanos decir por donde asciende de la

raiz al tallo y de este á las demás partes que se desarrollan juntamente con él. Diversas son las opiniones de los fisiólogos, sobre el órgano ú órganos que desempeñan esta funcion, los unos dicen se verifica sus ascension por la médula, los otros al contrario, creyeron que por la corteza; pero habiendo recurrido á esperiencias positivas, se han hallado las dos hipótesis igualmente erróneas; en efecto, segun aquellas hechas por algunos célebres naturalistas, se vé bien que *ella* asciende al través de las capas leñosas; los vasos limfáticos repartidos en el tronco y especialmente en la albura, (1) son los conductores de este fluido, asi como tambien la parte mas inmediata á la cáscara medular, es uno de los órganos destinados á este ejercicio; por estos y los vasos de la masa celular del tallo, sigue su marcha ascendente, repartiéndose por todo el vejetal; luego que llega á sus estremidades por una reaccion química, pierde cierta cantidad de agua supérflua á su conservacion; que se suele encontrar en las hojas y demás partes esternas, si esta no es pequeña ó la temperatura es alta; entonces se dice que *traspira*. El agua asi traspirada, cuya traspiracion se efectua en estado de vapor, dá lugar en las mañanas de primavera y verano á lo que se conoce vulgarmente con el nombre de *rocío*, que no es otra cosa que el resultado de esta funcion propia del desenvolvimiento de la planta. El aire influye considerablemente en ella, cuando se halla en sus estremidades, modificándola y elaborándola convenientemente, para ser su alimento; en este estado principia á descender circulando por la parte vejetante del tallo hasta el nudo vital, denominándose entonces, *descendente*. Esta segunda savia no es de la misma naturaleza en todos los vejetales, en unos es blanca y de consistencia laelea, en otros amarillenta ó pardusca, mas ó menos resinosa. Háse creido por algunos físicos y botánicos que esta, es debida á fluidos que se esparcen en el acto de la nutricion y que por consiguiente no son necesarios para ejercerla, confundiéndola acaso, con la escrecion de que pronto nos ocuparemos.

La causa de la ascension y como esta se verifica fácil es esplicarlo; si el vejetal no vive, nadie ignora que la savia no circula, la vida ejerce á no dudarlo, una accion poderosa en esta funcion, ahora bien, así como hemos admitido la *succion*, tambien existe una fuerza vital de la cual dependen todos los fenómenos de la vejetacion, fuerza que caracteriza á los séres vivientes y les sustrae de la accion de los ajentes físicos y químicos á la cual no hay necesidad de recurrir para darnos cuenta de su marcha; pudiésemos concebirla valiéndonos de esta y los agentes mecánicos, qué diferenciara á la materia orgánica de la inorgánica? No solo obra esta sobre la savia para su ascension; existen ciertas causas internas y esternas que la facilitan, tales como el mayor ó menor número de poros que tenga la corteza y su superficie, la temperatura, la luz y el fluido eléctrico; una atmósfera que marque de 8° á 20° sobre cero, favorece mas su desarrollo, que otra solo de 0° á 8°. En invierno la mayor parte de los vejetales, en particular los arbustos están despojados de hoja y asi que llega la primavera, principia á aparecer la hermosura y verdor, de que un calor estremado de estio y el frio rigoroso de invierno les habia desnudado.

La luz ejerce tambien gran influencia sobre ellas, plantas nacidas bajo las mismas condiciones que otras, privadas de esta, volviéndosela á dar por un pequecho conducto á propósito, se las vé inclinarse hácia ella. Durante la noche se observa que toman diferentes posiciones, así de su tallo si no es leñoso, como sus hojas; bien diferente á la que tienen dia, y que desaparece si se las pone en parajes iluminados artificialmente ó cuando llega el dia.

Cuando la atmósfera está cargada de electricidad, las plantas se desarrollan considerablemente, lo que no puede suceder á menos que la savia reciba un gran impulso. Estas mismas causas obran casi del mismo modo en la savia descendente.

Ya hemos dicho que los vejetales *inspiran* ó absorven cierta cantidad de aire atmosférico y otros fluidos aeriformes que modifican la savia, asi como que al descomponerse el ácido carbónico, *espiran* ó desechan parte del oxígeno de su composicion, de aquí se deduce que las plantas, del mismo modo que los animales *respiran*, puesto que se verifican las dos funciones que la constituyen, con la notable diferencia de no producir el calor que se observa en aquellos; respirando de dia oxígeno y de noche carbono, mientras que en los primeros, la espiracion es igual. Ya sabemos que la inspiracion tiene lugar, la espiracion tambien se efectua, pues si introducimos un vejetal en agua se ven bastantes borbujas, semejantes á las que resultan de la inmersion de un animal, efecto del aire que espira al respirar.

Los vejetales gozan tambien de otra funcion propia de la nutricion en los animales, cual es la de espeler las materias innecesarias á la ejecucion de esta; bien notables son en el pino y demás plantas de su familia las escrecciones; estas son comunmente un fluido particular, que se condensa y solidifica en general, tales como, las resinas gomas, gomo-resinas, cera, etc. etc. La raiz de ciertas plantas por sus estremidades casi imperceptibles, suelen desechar materias provechosas ó perjudiciales á las que viven á sus inmediaciones, de aqui nace la *apatía* ó antipatia de ciertas de estas á vivir próximas las unas á las otras.

De estos útiles y agradables conocimientos, se deducen varias de las operaciones que vemos hacer diariamente á los agricultores, como el abono de estiercol y el mineral, etc. etc. La necesidad de no dejar vivir plantas que se destinan á nuestra alimentacion á las inmediaciones de las que se conocen como venenosas; el buen resultado que se puede obtener del plantío de arboledas á las cercanías de las poblaciones populosas y en su interior, y otras consecuencias de grande interés, que me abstendré de enumerar por ser bien conocidas y no parecer demasiado difuso.

VICENTE ARGENTA.



(1) La albura es la parte leñosa, tierna y blanca que se encuentra entre la corteza y el cuerpo del vejetal.

LA VIRGEN DEL CLAVEL.

CUENTO MORISCO.

Recuerdo agradablemente que cuando niño, acostumbraba mi buen tio á llevarme por las empinadas cuestas del Albaicin de Granada, hácia el severo convento de *Santa Isabel la Real*. Las oficiosas madres me llenaban de dulces los bolsillos, me abrumaban con preguntas y me agasajaban siempre como mejor podian; mas yo ambicioso y descontentadizo, puse singular empeño desde los primeros dias en visitar el convento; entonces era bien inocente mi deseo. Llegada una pascua, cargado con un santuario todo cubierto de flores, entré por la severa porteria cual si fuese un monaguillo de casa. Una venerable anciana me tomó de la mano, y dándome por entretenimiento un sabroso rosco de Loja, empezó á enseñarme las dependencias notables del edificio. Aquí la enfermeria con su capilla triste y sombría, allí el gran patio gótico con sus cortinas blancas y sus claustros solitarios, silenciosos como las ruinas: despues el coro con sus cuadros de Juan de Sevilla, sus rejas impenetrables y su santa melancolía; luego las celdas pobres, limpias y respirando tranquila bondad, los cuartos oscuros, sin adorno, retirados, donde en la cuaresma lloran sus culpas pasadas las de corazon fervoroso: al fin salimos á un elegante corredor morisco que de filigrana parecia. Daba á un patio sembrado de flores, con setos de arrayanes, de gayombas floridas y de mejorana.—Era el *alfaji* (*patio*) del palacio magnífico de *Dar-la* (*Horra casa de la honesta*) (1), y formaba estraño contraste aquel voluptuoso apartamiento oriental con la sombría parte del edificio construida á la manera gótica.—Bajamos al cláustro, sostenido por columnas torneadas de mármol de Macael, con los capiteles miniados de azul, oro y carmin, atravesamos el jardin del centro, y fué la buena de la madre y se arrodilló delante de una pequeña capilla alumbrada por la oscilante luz de una lamparilla de plata. Hice lo mismo instintivamente y paré curiosa atencion en el retablo. Estaba embutido en un arco árabe festoneado, lleno de labores de estuco que representaban bandas, divisas, flores, grecas y difíciles enlazados y coronado por una inscripcion africana bañada de oro. El centro estaba ocupado por una vírgen de talla, correcta como las de Miguel Angel, que tenia los ojos elevados al cielo en ademan de súplica y un niño amparado entre los pliegues de su manto. Un broche sujetaba el manto sobre su torneado pecho: este broche era sobrepuesto, se asemejaba á un relicario, y al través del cristal circular, se entreveian las hojas secas de un clavel encarnado, solo el relicario fijó toda mi atencion. Díjome la buena madre que me acompañaba, que allí hacia luengos años se guardaba una flor, y que por eso aquella vírgen era de las monjas conocida con el nombre de *la Vírgen del Clavel*, aunque antes se llamaba nuestra Señora del Amparo. Pasáronse muchos años y yo no habia podido olvidar aquellos cláustros, aquel patio, aquella hermosísima imágen de la madre de Dios, y su poético nombre; mas al fin una comadre ochentona que jamás pierde el jubileo, y que me trata con singulares distinciones me aclaró el caso que voy á contar en gracia de Dios: si á pesar de todo te empeñas lector travieso, en sostener que gran parte es pura invencion y mentira mia, no te dé mucha pena que tal vez acertarás.

Corrian los primeros años del siglo XVI, y poco á poco los cristianos con duro cetro iban domeñando la desazon y descontento de los moriscos granadies que veian usurpadas sus tierras y ocupadas sus propiedades por los soldados conquistadores.

Los palacios y las casas de Granada comenzaban á desmantelarse de sus bellísimos adornos orientales; los baños y los bazares se cerraban, las armas moriscas se prohibian y las mezquitas bendecidas por los sacerdotes de Cristo se tornaban en iglesias. Una campana resonaba sobre las almenas de *la torre del Sol* y sobre el opuesto collado (uno de los siete sobre que se asienta Granada, cual otra Roma) en lo mas encumbrado de la pendiente que dá sobre la *rauda*, hoy plaza del Triunfo, y que forma en su falda la cañada por donde corre la calle de Elvira, se habia construido una sencilla parroquia, la primera entre todas, conocida con el nombre de *San Cristóval* por estar dedicada á este Santo.

En ella pues, y por los tiempos que deciamos, habia un travieso sascristan, mozo en la flor de sus años, de ingenio agudo, robusto en fuerzas y sobrado en alientos. Lo mismo le cuadraba la sotana que el coleto de ante, y llevaba el hisopo con tanta desenvoltura, como la espada de ganchos. Limpiaba los santos y acariciaba á las moriscas; era humilde con los viejos y daba cuchilladas á los bravos, y tal grandeza tenia en su descompuesta travesura que no se le importaba un bledo de las murmuraciones de todos, porque siempre fué de suyo irreflexivo y poco atento á consideraciones mundanas.

Mas obligacion tenemos de fijar lealmente todos los rasgos de su caráter: llegaba un jubileo y su iglesia mas que parroquia parecia oratorio de monjas; se daba un rebato, y su tizona brillaba la primera. Querido de las hijas, maldecido de las madres, protector de pequeños, temeron entre valientes, tocador de guitarra, cantor de trovas, franco, gastador y buen mozo, su fama se estendia por todo el Albaicin y aun llegaba á la *rondilla* y al rincon de vagos.

Profesábale el Cura singular amor por haberle criado desde niño, y severamente le aconsejaba para que dejase su carrera de perdicion, conteniendo tambien sus arranques en bodas y bautizos; mas como bondadoso y dócil acababa el buen ministro del Señor por arrinconar su gravedad oyendo las chuscadas y bernardinas del *huerfanillo* (así le llamaba el párroco), y se alejaba de su presencia temeroso de provocar los alientos y endiabladas aventuras del mozo.

Juan, queria como á las niñas de sus ojos al buen Cura su tutor y respetaba sus palabras y veneraba sus acciones; pero sus propósitos de arrepentimiento duraban menos que las nubes de verano. De repente la enmienda del mancebo comenzó á ser notable: abandonó sus rondas estrepitosas, andaba cabizbajo y cejijunto, los ojos mortecinos, la gorrra encasquetada y con aire y porte de hombre colérico consigo mismo, ensimismado y con penas.

Nadie podia dar con la causa y orígen de semejante trastorno y solo una vecina curiosa y habladora columbró que á deshora de la noche, con paso de zorra, recatado de todos en el embozo de una larga capa, rondaba la casa de una morisca, encomendada para su conversion al Cura, por encargo especial del Arzobispo.

Poco sabian las comadres acerca de aquella mora; pero corrian voces de ser singular su hermosura y estraordinario su gracejo para los cantos y danzas orientales.

Amina, pues tal era su nombre, estaba en la mañana de la vida. Hija de un noble Zegrí (que fiel á toda prueba, murió gloriosamente en los muros de Loja), habia quedado bajo la guarda de un muy distinguido morisco lleno de años, con prematicas entre los suyos y de gran valer. Celoso el buen musulman de los usos y creencias de su raza, ocultó para todos el tesoro que se le habia confiado; y se deleitaba en la crianza de su hija adoptiva que mas hermosa y discreta era, mientras mas entraba en dias. Siempre

(1) Esta casa verdaderamente régia y de la que se conservan vestigios en el interior y esterior del convento que aquí se describe, fué un regalo de boda que Muley-Hacen hizo á su esposa Aixa, que por su virtud se llamó la Horra. Aquí se refugió Boabdil cuando escapó de la Alhambra.

llevó Amina los trajes ricos que gastaban las moras granadinas de otros tiempos; apenas entendia el *aljamia* cristiana y hablaba con singular perfeccion el sonoro y poético idioma de sus mayores.—Nunca pisó las tortuosas calles de la ciudad, ni vió mas campo ni tierras que el jardin de su guardador.

Los bandos crecian y rigorosos, ningun niño podia ser educado en la ley de Mahoma y las públicas oraciones se prohibian. Los ojos de la inquisicion estaban muy abiertos; mas de todo se libraba el moro y Amina seguia oculta en sus afiligranados alhamíes como una esmeralda engarzada en plata ó como una perla dentro de su concha.—La muerte vino á deshacer aquella obra con tanto afan conservada.

Amina rayaba en los quince años y era un portento de belleza: entonces fué descubierta en su retiro, porque su guardador dejó de existir, sin tener á quien encomendarla, que de su confianza fuese.

Llegó á oidos del celoso Arzobispo el abandono de aquella infiel, y por aviso especial el cura de S. Cristóval, varon de grandes virtudes, anciano de estremada mansedumbre y dulzura, se encargó de catequizarla. Con ella habian recogido á un su hermano, que fiero ya en su adolescencia, se fugó no sin intentar el llevarse consigo á Amina. Esta, pobre paloma sin hiel, pura como los ángeles, llena de amargura por la muerte de su segundo padre, sola como la flor de los valles, recibió con sabrosa admiracion las palabras de consuelo que el párroco derramó en su oido y su corazon se hizo cristiano, antes que comprendiese su entendimiento las eternas verdades de la religion divina.

Despertóse su alma herida por el dolor y fortificada por la creencia, cayó la venda de sus ojos; y otro mundo riente, bañado con el sol de la verdad y de la poesía se desplegó ante sus ojos y engrandeció su pensamiento.

Otras pasiones tambien se despertaron en el fondo de su pecho que la llevaban á mares sin fin, sin luz ni color; mas las santas advertencias del cura calmaban el fuego de su alma africana, y saboreando las agradables prácticas de su nueva religion, sentia dulce calma y bienestar suave.—Parecia sin embargo, que estaba destinada por Dios á sufrir, el dolor habia punzado con sus ardientes espinas las delicadas álas de su corazon: el amor arrojó una tea en el pecho de Amina y todos los sufrimientos, las tormentas, la fatiga, y las tumultuosas alegrias, entraron de tropel por las puertas de su alma.

Una noche de agosto oyó á los pies de su ajimez una cancion melancólica y de amores que entonaba con voz limpia, argentina y cadenciosa el sacristan de San Cristóval, y tal atractivo, tan misteriosa simpatía ejercieron en su corazon aquellas dulcísimas notas, que abandonando el mullido cojin de terciopelo se atrevió confusa, recelosa á echar una furtiva ojeada, al través de la celosía sobre el cantor nocturno. Frente de la ventana estaba Juan tañendo una guitarra con destreza y un rayo de la luna bañaba su frente despejada, altiva, se reflejaba en su cabellera negra, y dibujaba su gallardo porte y altanera compostura. Sus ojos mas melancólicos aun, por la tibia luz de la hermana del sol, se elevaban al cielo como demandando consuelo á sus pesares, y su boca entreabierta dejaba escapar muellemente aquellos sonidos que tan de lleno penetraron en el corazon de Amina.

Apenas divisó al galan quiso retirarse la morisca; pero los encantos de la armonía y la dulcísima atraccion que emanaba de aquellos hermosísimos ojos, de la apasionada espresion de aquel semblante, la sujetaban en el calado arquito del ajimez. Poco á poco la cancion fué mas tierna y amorosa, mas sentida, mas vivos y luminosos los rayos que de aquellas negras pupilas se desprendian, y la hermosa estaba como colgada de la música y del mirar.

Distraidamente habia cortado un clavel rojo como el carmin de las macetas que adornaban el ajimez.

El cantor terminó su trova y ella entusiasmada y con lágrimas en los ojos arrojó la flor que vino á caer á los pies de Juan. Cuando la vió oscilar mecida por el viento, cuanto tocó el pavimento de la calle ya estaba arrepentida la niña; mas con gozo y contento vió al sacristan inclinarse, recojerla con presteza, besarla con pasion y desaparecer como por encanto.

La torre de la iglesia parroquial de S. Cristóval, domina los cerros de la ciudad, las casas todas y la campiña feraz y amenísima. Desde los arcos de su campanario se descubren á vista de pájaro las azoteas, los corredores moriscos, los patios y los jardines; desde allí parece en realidad la Damasco de los árabes, la Elvira de los romanos, la maceta de albahaca de los jardines de Andalucía; una *granada* partida en siete cascos, cuyos granos son los rojos tejados de las casas.

Colocado en esta atalaya, habia visto el sacristan á Amina regar las plantas de su huerto (que casi tocaba con los muros del santuario) y en aquellas alturas nació su pasion, vigorosa con la juventud, ardiente y emprendedora por la fogosidad de su alma y su natural entusiasmo.

Horas enteras pasaba Juan, de pechos sobre el pretil, mirando á su amada recorrer los arriates y las macetas de claveles, mas hermosa que todos ellos, mas pura y mas ligera: allá en su fantasía de enamorado la comparaba con esas hadas que vemos en nuestros ensueños de niño recostadas entre las flores, mecidas por el viento en una nube de oro, y coronadas de estrellas.

En la mañana que sucedió á la nocturna serenata, aun no habia rayado la claridad del alba por las cumbres del Veleta, cuando ya nuestro sacristan ocupaba el alto mirador. La noche fué para él eterna, de agitados insomnios, de convulsivos, movimientos de fatiga, de calor, de esperanza, de vértigos, de colores y de felicidad.—Subió brincando por los triangulares peldaños, y se paró agitado y como satisfecho de sí propio, al observar que la ciudad dormida se estendia cual una niebla abigarrada, sin formas distintas, semejante al mar en calma, sin mas luz que los ténues reflejos del crepúsculo.—Es temprano, dijo en sus adentros,—y un rayo de placer encendió sus ojos apagados con las angustias de la velada. Sacó el clavel que principiaba á marchitarse lo examinó con ternura, lo besó una y mil veces, y lo guardó en el seno; buscando en aquella flor, prenda de su querida, frescura para templar el ardor que le devoraba el corazon.

Una corona de fuego empezaba á ceñir la cana frente de la Sierra Nevada, y sus picachos vestidos de hielo, despedian centellas como una diadema de brillantes. Torrentes de luz rosada bajaban por las laderas de la montaña, inundaban los valles, daban reflejos á las azoteas y terrados, y claridad á las calles y á los patios. Los ruiseñores, los gorriones, los pitirrojos que dormian en el jardin de Amina entre los laureles y los cipreses entonaron sus alegres y bulliciosos gorgeos. La brisa empezó á estender lentamente sus álas: Juan se recostó en el antepecho del arco mayor de los que miran al collado del aceituno.

La veleta y la cúpula vedriada de la torre se pusieron como el oro, el sacristan sintió un relápago en los ojos, miró al oriente y vió asomar por entre las nieves convertidas en púrpura el ancho disco del sol.—Al mismo tiempo una muger aérea como las nubes blancas, entraba en el jardin de Amina, llevaba una túnica de lana mas limpia que la piel del armiño, con rayas de seda carmesí, y sus negros cabellos estaban envueltos en una red de oro. Impío el sacristan como todos los enamorados, irreverente á fuer de monaguillo, creyó al principio que aquello se asemejaba á un arcángel. Mas no: era Ella que venia con intencion de regar su jardin. Juan la vió estático por algunos segundos: despues, saliendo de su arrobamiento, tomó el cable asido al badajo de la campana que servia de dosel á su cabeza, y sin separarse del arco, con notable esposicion, empezó á tocar las campanas del alba, con un desenfado que mas parecia son de rebato ó repique de fuego: á seguir de tal manera, el barrio y la ciudad toda se hubiera puesto en arma. Pero Amina calmó aquella tormenta levantando sus ojos lánguidos (que tambien para ella

fueron de tormento las horas de la pasada noche) hácia el alborotado campanario.

La mirada de los dos amantes se encontró en medio del gran espectáculo de la alborada, en la poética y sentida hora de la oracion de la mañana. Sus corazones desde entonces se ligaron para siempre y su vida fué ya semejante á la de esas palmeras que crecen en las islas de flores y de verdura del desierto, una para otra y sin mas destino que entretejer sus hojas, que cambiar el aroma de sus frutos y vivir con la frescura del arroyo que riega el pié de entrambas.

Horas enteras pasaban los amantes por cien varas separados, unidos por el amor; y asi se deslizaron dias y dias sin que otro pensamiento acudiera á su alma.

Amina, africana de sangre, mora en sus costumbres, cristiana en sus creencias, queria al travieso sacristan con el fuego del desierto, con el voluptuoso abandono de los orientales, con la poética humildad de la muger esclava de su galan, con la intensidad y espiritualismo de la religion cristiana. Juan estaba loco y muestras de ello daba á cada paso en sus distracciones fatales. El Cura no sabia cómo esplicar tanta mudanza: el jóven vocinglero y calavera, atolondrado y bailador se habia convertido en un calladísimo y prudente mancebo; por fraile pasaria al ver su compostura y rostro macilento, si no diese contínuos escándalos con sus irreverentes olvidos. Ni la casulla estaba á tiempo, ni los altares limpios, ni la iglesia barrida, ni las hostias prontas, ni animado el jubileo, ni acordes las respuestas del oficio divino. Las honradísimas comadres, llenas de religioso celo y con la mas sana intencion, murmuraban en el átrio de la parroquia viendo el cambio de Juanillo y hubo mas de cuatro que dieron por seguro su hechizamiento, si bien otras se inclinaban, apoyadas en sucesos semejantes á que tenia demonios en el cuerpo, afirmando que no se veria curado sin su estolazo y exorcismo.

¿Qué le importaba al sacristan de todo ello? ¿Qué es el mundo para los que viven de las ilusiones del corazon? Un árido camino sin mas sombra amiga que la señora de sus pensamientos, un arenal sin mas riqueza que los tesoros de su amor; y ¡ojalá que nunca quisieran beber del purísimo raudal que llena de frescura y de flores el valle de su vida!

El sacristan no contento con ver libremente á su dama, no satisfecho con el misterioso lenguaje que lleva la luz de la mirada, el aura de los suspiros, quiso apurar la copa y regalarse con el sabroso licor de otros goces.

Arrojó una carta al jardin escrita en *algarabía* para hacerse entender mejor de la morisca.

Dos noches despues al pasar recatado al pié de la celosía de Amina, un ramo de flores cayó á sus pies y conoció que era un *Selam* viendo la singular colocacion de los jazmines, de los claveles y del arrayan. Ufano partió á casa de una vieja renegada, tendera al pormenor, habladora como pocas, y muy sabida: esta le esplicó lo que ya su corazon adivinaba.

—Picarillo, le decia la comadre despues de examinar las flores, siempre lo mismo. Una cita de amores, y á la noche, te dá esta dama. En verdad que es principal á juzgar por el cordon de seda y oro con que está cogido el ramo. Buena suerte bribonzuelo ¡quién tuviera tus años!

Amor, risas y gozo van juntos segun algunos amadores; mas parece que nunca sintieron latir en su pecho un corazon amante los que tal doctrina sentaron; porque la melancolía, el dolor y la amargura son fieles compañeros de los que aman y sus alegrías son delirios que dejan luego honda pena y tristeza sin cuento: son para ellos como la brillante lucidez del calenturiento; sueños azules primero, postracion y estupidez despues.

Juan, así creia llegada la hora de la felicidad y el huérfano recordaba todas sus desgracias pasadas, su aislamiento y sus pequeñas miserias para regocijarse mas con el presente contento: miraba el trabajoso desierto de su pasada vida para descansar mas satisfecho en el valle delicioso de las próximas caricias de Amina.

Doce horas pasó luchando el mancebo, doce horas eternas, angustiosas y que valian por doce años de la vejez: apuró en ella todos los sufrimientos. Lloraba, reia unas veces, se pasaba la mano por la frente como para arrancarse un mal pensamiento y otras queria clavar sus crispados dedos en el sitio donde sentia latir agitado el corazon.

Ni contar, ni discernir podemos el bullicio de ideas malas, buenas, alegres ó amargas, de recuerdos, de impresiones que en el fondo de su pecho se movian con presteza inconcebible, asomando unas, asentándose otras, volando las mas; que los secretos del corazon solo Dios que mide y pesa los humanos juicios puede verlos distintamente.

Llegó la noche y la hora de las once (para las doce era la cita) y la decision urgia. Juan no habia tomado ninguna; arrastrar en el cieno del vicio al purísimo ángel de sus amores, destrozar el corazon de la única persona que nos dá consuelo y apoyo en el mundo, y borrar nuestros mas queridos y santos recuerdos, no es cosa para hecha de tropel cuando se tiene virtud en el alma.

(Continuará.)

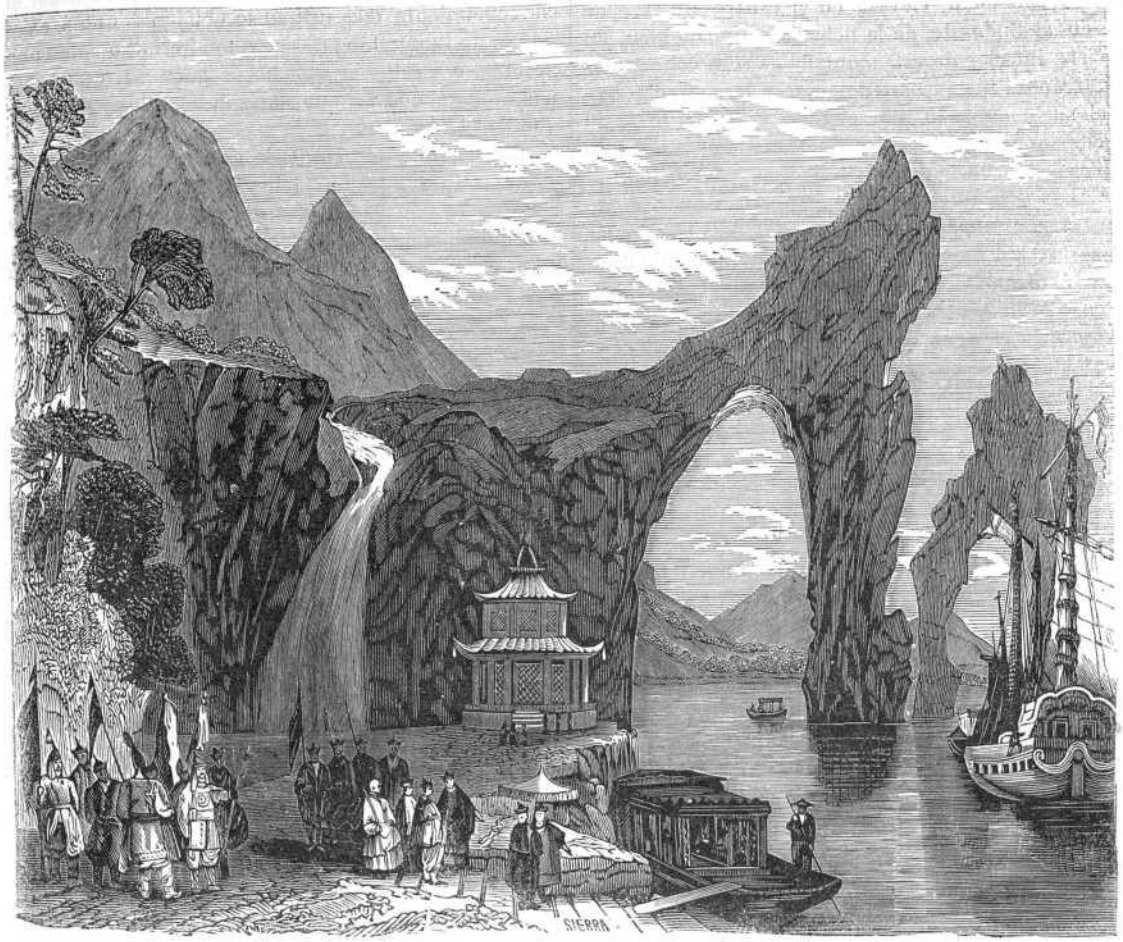
J. Jimenez Serrano.

Como teniamos pronosticado, el teatro del Príncipe ha pasado ya por una crisis que le ha puesto en peligro de tener que quedar cerrado, al menos hasta el otoño; al desprendimiento de los artistas que forman la brillante compañia de este coliseo, se debe que continúe trabajando, bien que sin ofrecer hasta ahora novedad alguna. Afortunadamente la temporada de verano se acerca y será la que saque al primer teatro de la Corte de la tutela lamentable que en él ha ejercido una comision municipal, que será muy á propósito para dirijir todo género de negocios, pero que de seguro es desgraciada para mezclarse en cosas que al teatro atañen. La Cruz ha interrumpido las piezas andaluzas para dar lugar á la traduccion de un drama titulado: *Un buen hallazgo*, que el público obrando con mucha indulgencia recibió con algunas señales de desaprobacion, y á una bellísima comedia de Scribe que con el título de *La farsa ó verdad y mentira* ha traducido el Sr. Vega. En esta notable produccion se encuentran reunidas todas las buenas dotes que distinguen á las obras esmeradas de su fecundo autor, y se ridiculizan y ponen en evidencia ciertos vicios que se advierten en la sociedad actual. Recomendamos á nuestros lectores la asistencia á las representaciones de esta comedia, en la cual trabajan con acierto los principales actores de este coliseo, si se esceptúa al Señor Tamayo quien no puede abandonar sus defectos habituales. Tambien en el Instituto se ha estrenado con mediano éxito el drama *Un juramento*, que está tomado de una interesante novela de Fevál y arreglado por los Señores Cañete, Tamayo y Baus, y Guerra y Orbe.

No ha sido posible dar cabida á otra lámina que debia ir en este número; nuestros suscritores saben que siempre son recompensados con usura de estas faltas involuntarias.

Hemos visto una lindísima composicion del gusto árabe, que D. Antonio Arraez ha hecho para el álbum de un amigo; es una combinacion de todos los detalles del palacio del Alhambra, dibujada con una precision admirable, é iluminada con la mayor minuciosidad y esmero: el Señor Arraez, que hace años se halla dedicado á trabajos de este género, ha adquirido en aquel bello estilo de arquitectura, los profundos conocimientos que el público tendrá ocasion de admirar en la obra de que nos ocupamos, si como es de creer se presenta en la próxima esposicion.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



Pais Chino.—Vista tomada sobre el Thai-hou.

THONG THING CHAN.

Dos montañas del mismo nombre se elevan en medio del Thai-hou que es uno de los mayores lagos de la China. Distingueselas por la adicion de las voces Este y Oeste que indican su posicion. La que representa nuestro grabado tomado de un dibujo hecho por uno de los oficiales de la espedicion inglesa, debe ser la montaña Thong Thing Chan del Este, que es la mas próxima al costado de Tché Klang. Pero como la del Oeste es mucho mas notable por sus grutas naturales y por un tunnel submarino cuya estension no ha sido posible medir aun, hemos querido traducir tambien á continuacion de la primera noticia, la descripcion que dá la geografia universal de la China, lib. LIV. fól. 12.

Thong Thing Chan del Este. Esta montaña está situada en medio del lago Thai-hou al Sudoeste de la poblacion de Ouhien (lat. 31°, 23' 25", long. 118.° 8' 55). El emperador Khieu Long visitando las provincias del medio dia en el XVI año de su reinado (1751) compuso una pieza en verso sobre los diez y seis puntos de vista que ofrece esta montaña. Segun la historia de la poblacion de Koug-Sou tiene ocho leguas de circunferencia es un poco menor que la montaña Thong Thing Chan del Oeste, pero tiene muchos puntos de semejanza con ella por la magnitud de sus picos, por la profundidad de sus precipicios y por sus producciones naturales (cuéntanse entre ellas las moreras, los naranjos dulces, el azafran etc.) segun la historia de la poblacion de Hou-hieu hoy Sou-Tcheou-fou el general Mo-li que vivió en la dinastia de los Soui (581 á 618 despues de J. C.) vivió largo tiempo en esta montaña y la dió su nombre (algunos autores la llaman en efecto la montaña de Mo-li) se la distingue tambien con el nombre de Siu-Mou es decir la madre de Siu porque el célebre Tseu-Siu fué delante de su madre por esta montaña. La cima oriental se llama Ouchan ó la montaña del Guerrero; tiene legua y media de circunferencia. Antiguamente nombrábasela la montaña de los tigres porque el rey de Ou solia cazarlos con frecuencia. En la dinastia de los Thang (de 618 á 904) es cuando ha

recibido la montaña de que nos ocupamos el nombre que hoy lleva.

Thong Thing Chan. El antiguo nombre de esta montaña es Pao-chan, elévase en el centro de ago de Tai-ou al Sudoeste de la poblacion de Ou-hieu. En la parte inferior de esta montaña existen ocho grutas subterráneas que permiten penetrar largo trecho bajo el suelo cubierto por el lado y llegar hasta el Territorio de Pa-ling, hoy Yo-Theou-fou, ciudad de primer órden en la provincia de Hou-Kouang (latitud 29.° 24.00'', longitud 110.° 34' 25''.) Esto mismo se encuentra consignado aunque con mas detalles en las memorias del pais de Ou. A la falda del monte Pao-chan á pequeña altura sobre el nivel de lago, ábrense ocho grutas por las cuales se circula libremente bajo el agua hasta una distancia prodigiosa sin obstáculos de ningun género. Esta inmensa caverna ha sido apellidada Ti-me, es decir, vena de la tierra y es el noveno de los diez y ocho grandes subterráneos tan celebrados por los poetas y los mitologos de la China. Una vez, dice la historia de esta montaña, Ho-lin encargó á un hombre dotado de conocimientos sobrenaturales esplorar la profundidad de esta gruta subterránea. Provisto de antorchas y de todos los objetos necesarios para una larga escursion anduvo por espacio de setenta dias y volvió sin haber podido encontrar el fin. En el interior refiere la leyenda vió sobre un banco de piedra una obra en tres tomos que presentó á Ho-lin, quien no pudiendo descifrarla encargó á Confucio investigara la materia y objeto del hallazgo. Este filósofo le dijo: esta obra ha sido escrita por el Emperador In de la dinastía de los Hia (2205 á 2198 antes de J. C.) Trata del alma y de la inmortalidad, aquel hombre se llamaba Mao y tenia por apellido Tchang. Habíasele dado el título de Mao-Kong ó príncipe Mao; todavia se conserva hoy sobre la mencionada montaña su habitacion que fué socavada en la roca donde existe igualmente un altar bien conservado.

La principal gruta tiene tres puertas que conducen al mismo subterráneo, el cual se halla dividido en varias secciones por otras puertas de piedra. Las partes mas dignas de atencion llevan los nombres de casa de piedra, cámara de plata, sala de oro y columna de Jade.

El pico mas elevado de esta montaña se titula Piamian-fong, es decir, el pico que se pierde en las nubes. (1)

EL VERANO EN SAN SEBASTIAN.

San Sebastian es el Dieppe de España: la belleza de su situacion, lo ameno de sus alrededores, lo dulce de su temperatura, su magnífica playa, tan cómoda para los baños, le hacen el punto favorito á donde enderezan sus pasos los madrileños que abandonan la capital por necesidad ó por moda: con arreglo á un cálculo aproximado, puede asegurarse que de cien personas, las 75 obedecen las leyes de la deidad tiránica por escelencia; y que el resto es únicamente el que busca allí el alivio de sus achaques: por eso mismo la mansion en aquellas provincias es mas alegre; nada tan triste como un pueblo de enfermos, donde á todas horas, en la mesa, en paseo, en tertulia, no se oye mas que una misma conversacion: la de las dolencias de cada cual; y Dios nos libre si para hacer el convencimiento mas íntimo le obligan á uno á examinar un tumor tan grande y tan hermoso como una naranja, ó á estudiar una herpe pertinaz, que brotó nada menos que en una nariz de esas á quienes hay que dar tratamiento.

Allí por el contrario, todo es alegria, todo animacion: cierto que no hay sobrada variedad en los goces; que los dias suelen correr en la monotonia: pero en cambio, con qué placeres tan puros brindan una naturaleza rica y fecunda, el estudio de las costumbres sencillas de aquellos habitantes; y especialmente el reposo que se disfruta, por nada ni por ninguno alterado!

Sin duda no se ha otorgado á tan felices comarcas toda la atencion de que son dignas; ni se han apreciado bastante las bellezas que encierran, ni los gérmenes de prosperidad que contienen: allí los hábitos del trabajo se hallan profundamente arraigados: allí la ponzoña de la inmoralidad no ha cundido ni con el contagio del ejemplo, que solemos llevar los corrompidos cortesanos; allí la buena fé no es una palabra vana, sino de exacto y legítimo sentido. ¡Y cuanto mas admirable no es esto despues de una larga guerra; despues de una revolucion sangrienta, que lo ha contaminado todo; que sin acertar con el remedio de los males pasados, ha derramado profundamente los desastres y las calamidades!

Para el hombre curioso, para el observador, para el filósofo, es una tarea dulce á la par que conveniente, investigar y medir al propio tiempo la moralidad de aquel pais, y el grado de cultura que alcanza. Dícese que la civilizacion suele pervertir á la humanidad, haciéndola mas positiva y mas escéptica; allí se desmiente ese principio; se concilian las exigencias del siglo con la práctica de las virtudes sociales, y se conservan las cualidades y los principios primitivos, sin que se opongan á los progresos de la ilustracion de la época.—A largas, á profundas reflexiones daria márgen este punto, si me propusiera considerarlo ámpliamente; mas no fuera propio de la índole de este artículo, destinado á dar una breve idea del aspecto que ofrece la antigua capital de Guipúzcoa en los meses del verano.

San Sebastian es una ciudad bastante reducida, pero con estremo limpia tambien, y bella por la regularidad de sus casas, por lo recto de sus calles, y por lo reciente de sus construcciones, que datan del año 1813, en que fué quemado el pueblo por los ingleses: su situacion entre altas montañas; la ria que por un lado la refresca y hermosea; el mar que por el otro brama, contribuyen á hacerla mas agradable. El puerto si bien bonito es estrecho, y poco frecuentado por esta razon. Domina á San Sebastian el castillo llamado de la Mota, fortaleza respetable en el pico de un monte, y desde donde parece la ciudad un blanco pañuelo estendido sobre la húmeda yerba. En la subida del fuerte existe lo que se conoce por el cementerio de los ingleses, donde reposan algunos de los valientes hijos de la antigua Albion, que en 1835 vinieron á combatir por la justa causa que á la sazon defendia el pueblo español ¡y que exhalaron el último aliento en tierra estrangera! Igualmente se vé allí un monu-

(1) Traducido del Chino por Estanislao Julian.

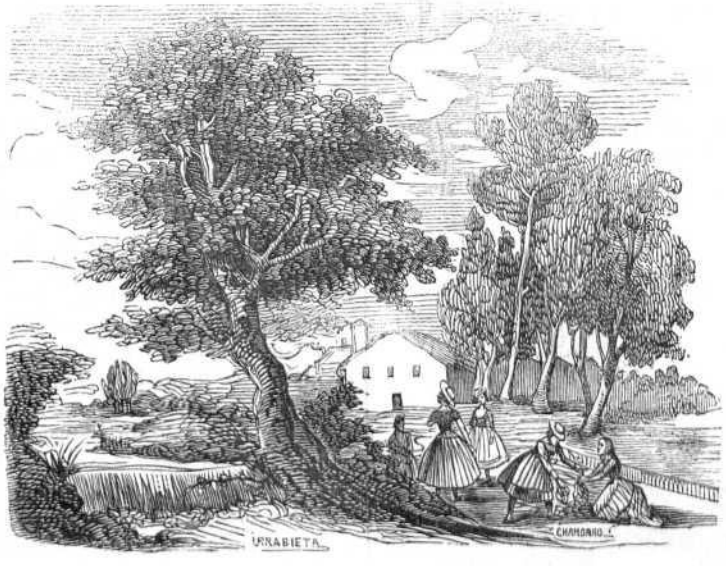
mento consagrado á la memoria del general Gurrea, el cual cayó víctima de su arrojo y valor indomable. —No encierra edificios notables la poblacion; la plaza es sin embargo muy linda por su regularidad y simetria; todos sus balcones se hallan numerados para cuando se convierte en circo en las corridas de toros. Entonces á cada inquilino se le concede el uso de un balcon y los demás tiene que cederlos para el público. La casa consistorial que ocupa un costado del recinto, es de sencilla pero elegante arquitectura; en su piso segundo existe una especie de Liceo, ó sociedad filarmónica, que dá conciertos mensualmente. En el lado opuesto se halla el *Círculo de la Amistad*, establecimiento sumamente útil, bien montado y bien dirigido, donde se encuentran periódicos del reino y estrangeros, juego de villar, sala de conversacion, y café. Al espíritu de asociacion, fuente abundantísima de adelantos y de mejoras deben tambien la fundacion del círculo, y es de sentir que no se hayan depuesto los odios de partido y que predominen simpatías y antipatías políticas para el ingreso en la corporacion. Los forasteros, presentados por un socio, tienen entrada en ella un mes, como sucede en el Casino y en el Ateneo de Madrid.

Nada mas grotesco, nada mas singular, nada mas característico, que el espectáculo que ofrece la concha (que así llaman á la playa y su forma justifica el nombre) en las horas de los baños. Las personas elegantes y distinguidas van por las mañanas de 7 á 10: el traje que todas las damas usan para entrar en el agua es idéntico: un ancho ropon de lana oscura las cubre desde los hombros hasta los pies; y recojen sus cabellos bajo un gorrito de hule verde, que llevan con singular coquetería. Otros añaden á este singular tocado un ancho sombrero de paja, que las preserva de los rayos del sol.

Por la tarde la concha ofrece un aspecto distinto, gran número de chiquillos *in naturalibus*, en esa edad en que no hay sexo, saltan de aquí para allá, tan pronto entre mugeres como entre hombres: mas lejos los soldados de la guarnicion conducidos por sus oficiales, se sumergen en el agua con imponderable gozo. Algunas mugeres del pueblo, algun elegante dormilon que no gusta de madrugar, alguna beldad añeja que teme la claridad diurna; algun forastero desconocido, suelen entrar en el baño á aquella hora, que es la de la confianza; la de la libertad; la de las escenas grotescas en una palabra.

Para el que vá á San Sebastian por breves dias, nada mas ameno ni mas divertido. Las primeras horas de la mañana se emplean como ya está dicho, en ir al mar: en seguida, despues de tomar una refaccion abundante y sana, puede el viajero dedicarse á visitar á algunos amigos, hasta la una y media á lo sumo, porque comer á las dos es el colmo de la elegancia, ó del desorden como otros dicen. La tarde se emplea fácilmente en ir al castillo; en visitar algunos de los caseríos y huertas de las cercanías, ó en ir á pasear por el prado, vasta llanura tapizada de blanda yerba, entre la ria y el mar, resguardada de un lado por el fuerte, y de otro por elevadísimos montes.— Nada mas bello ni mas pintoresco que aquel paisaje al ponerse el sol, cuyos últimos reflejos limita el Oceano con una magnífica faja de grana y oro. Entonces el rumor de las olas que baten por la derecha el dulce rumor del Urumea en frente; las azules aguas surcadas por un grosero batel que rema torpemente; algun pájaro que cruza cual una flecha los aires buscando su nocturno asilo, el canto lejano de un pescador, todo forma un conjunto que embelesa el alma, que la hace probar y sentir el placer de que tanto nos hablan los poetas, y que tan dificilmente vemos realizado los muelles cortesanos.

Una espedicion á Pasajes es asimismo ocupacion



deliciosa de una tarde. A orillas de la ria hállanse infinitas barcas, que conducen al pueblo situado en frente; ofreciendo la singularidad de que son todas mugeres las que las guian y conducen vigorosamente. A una de aquellas hermosuras tostadas por el sol, endurecidas por la intempérie y por la rudeza de su trabajo, hizo heroina de una de sus mejores comedias un poeta contemporáneo; el Sr. Breton de los Herreros.

Lástima grande es que el puerto de Pasajes no sea atendido, cual lo merece por su situacion, por su comodidad, por su abrigo, y quizás no tendria rival

en España. Haciéndolo así mas frecuentado, se animaria la poblacion de aquel punto, que ahora ofrece un aspecto triste y miserable: las casas antiguas y de mal aspecto se reedificarian; y las que ahora son ruinas tristísimas se convertirian en un puerto marítimo floreciente. Hay un buen astillero en Pasajes, y este es tambien un elemento de prosperidad para el pais, que confiamos ver desarrollado con el crecimiento de nuestra industria. La cordelería, que está muy cerca del astillero, es un establecimiento notable por su utilidad, por la perfeccion de sus productos, y por su órden interior, pero su existencia se halla ligada íntimamente á la de las construcciones navales: si estas son muchas, el consumo será grande; si no apenas bastará á sufragar los gastos de su manutencion, y de los mas precisos operarios.

Era ya de noche cuando en la plaza misma de Pasajes volvimos á entrar en el batel: nuestras conductoras, que eran jóvenes y agraciadas, las cuatro, entonaban entre otros este cantar del pais:

Las barqueras de Lezo
Tienen salero,
Pero las de Pasajes
Salero y medio.

La modestia no es pues, la dote mas relevante de las ninfas bronceadas del Urumea.

Distínguense los Guipuzcoanos por la afabilidad de su trato; por la compostura de sus palabras, y por la exactitud con que cumplen sus deberes. Nada mas frecuente en Madrid y en toda Castilla que responder con un desabrido *¿qué sé yo?* á la pregunta mas sencilla de un forastero ¡allí por el contrario, hasta el mismo artesano que tiene que acudir á su trabajo, dirije y acompaña á cualquiera al sitio deseado!

No se oyen tampoco en los sitios públicos esas frases groseras que de contínuo manchan los lábios de los hombres en otros paises; y no hay que temer ver á un mozo ocioso en los dias de trabajo.

San Sebastian es un pueblo de gran animacion en el verano; pero en el invierno no viene gente de fuera por ser triste hasta á sus mismos moradores.

El estío es el tiempo en que los amos de las fondas y casas de hospedage hacen el Agosto, á semejanza de la hormiga de la fábula.

RAMON DE NAVARRETE.



BAILE DE MOROS.

Por los primeros dias del mes de las flores en 1838, recorria el que estas líneas escribe desde Oraan toda la costa del Estado de Argel. Despues de visitar las vastas ruinas de la antigua Arsenaria, llegué á Argel donde permanecí algun tiempo entretenido en ver la poblacion y sus cercanías. Gustábame por las noches, mas que nada, mas que seguir á las lindas africanas por el ameno paseo de la plaza del gobierno, andar vagando por la orilla del mar gozando á solas del placer que no todos saben hallar en la contemplacion de los cuadros maestros de la naturaleza. En esta distraccion me encontraba, ya tarde de una noche, cuando vino á buscarme un amigo y compañero de viaje invitándome para que juntos fuéramos á un baile de árabes al cual le habian convidado. No me pareció mal la proposicion tanto mas cuanto que era un espectáculo que deseaba ver, y ambos sin detenernos, nos dirijimos á la calle Gassabah (Alcazaba, ó de la ciudadela). Distaba aquella un buen trecho y era preciso atravesar un complicado laberinto de callejuelas estrechas y tortuosas; asi pues resolvimos tomar un guia, que no nos fué dificil hallar entre una cuadrilla de jóvenes con quien nos tropezamos. Todos ellos se disputaron el acompañarnos, de manera que por cortar la cuestion escogimos el que mejor nos pareció, el mismo contra quien luego que echamos á andar, se desataron sus compañeros en los mayores improperios, porfiándonos que nos entregábamos en manos de un ladron. Reimos largo rato, sin curarnos del aviso; en tanto aquel nos internó por mil encrucijadas que creimos fueran interminables. Observamos de paso los edificios todos antiquísimos, rematando en azoteas ó terrados con pocas y reducidas ventanas, estrechas de manera que con dificultad puede asomar una cabeza y ademas cruzadas de fuertes hierros tan reforzadas y seguras, que mas bien que casas de vecindad parecen albergues destinados á custodiar criminales. En cambio por donde quiera asoman frondosas las arboledas; de tapia á tapia, de jardin á jardin tienden sus verdes ramas el paraiso ó arbol del aroma, el arrayan y el amarillo tarambuco con sus flores de oro que embalsaman el aire.

Cansados de andar ya largo rato por cuestas empinadas y oscuros callejones y á punto de dudar de si seria al cielo donde íbamos en busca del profeta y sus hurís, entramos á instancia del *Dragoman* en una guarida, que tal parecia una casilla inmediata donde nos dijo que podríamos descansar, puesto que aun nos quedaba otro tanto de camino. La puerta de este zaquizamí habria podido disputar su gusto y magnificencia al acueducto de un algibe: era el principio de un oscuro callejon largo y angosto, al fin del cual dimos en una galeria iluminada torpemente por seis ó mas candiles no muy fáciles de distinguir entre los sucios y negros lamparones que á su lado el humo y el aceite habian ido dibujando en la pared. Unos bancos muy bajos enclavados al rededor del muro servian de cómodo divan á varios árabes subidos en ellos, reclinados contra la pared con las piernas entre las manos; fumaban en unas grandes pipas ó apuraban unas tazas de un líquido igual en color al humo de los

candiles, con esto comprenderá el lector que nos hallábamos en un café árabe. Maquinalmente nos sentamos en el sitio que el guia nos señaló: él se acomodó imitando á los demás cual un mico sobre el banco y nos instó con empeño para que hiciéramos lo mismo, ni mas ni menos que si fuésemos otros orientales, en lo que no quisimos complacerle, por no creer acertado teniendo que presentarnos en un baile aparecer en él con las rodillas de fuera.

El dueño del establecimiento, que en lo sucio de la cara se confundia con dos negros que le seguian, nos presentó tres tazas de café conducidas por aquellos en una bandeja de madera acompañadas de sus correspondientes pipas; hicimos mi amigo y yo los honores á las primeras mientras contemplábamos al guia, que muy á gusto y á costa de nuestros bolsillos, proveia con muestras de no acabar en mucho tiempo así la pipa como la taza, llamando con el aire propio de un sultan á cualquiera de los dos negros siempre que se le ofrecia repetir la operacion. Llegado el caso de pagar y no presumiendo que uno de nosotros entendiera el árabe, aconsejó cordialmente al amo del café que cobrara con el esceso que quisiera; en lo cual estuvo aquel tan de acuerdo, como en repartirse con el primero la diferencia; pero no tan diestramente que pasara la operacion desapercibida á



nuestra vista: acordámonos entonces de las advertencias de sus compañeros y con esto y haber percibido luego que salimos los ecos de una música cercana, vinimos en conocimiento de la verdad con que aquellos nos hicieron su recomendacion. Por fin, dimos vista á la casa de donde salia el ruido y pocos momentos despues componíamos parte de la fiesta.

Entramos primeramente en un zaguan y por él á un cenador ó patio plantado de laureles y naranjos, cuyas ramas espesamente entretegidas formaban un techo natural tan magnífico como pudiera serlo construido de primorosas estalácticas. Porcion de maceteros con flores escogidas y yerbas aromáticas rodeaban las paredes colgadas de un chal flotante de rosas y jazmines hasta escalar los lazos de los laureles: sentíase correr el agua con un murmullo manso por bajo de los floridos amates, y un delicioso ambiente cargado de esencias y frescura. Estaba lleno este cenador de personages de uno y otro sexo, recostados en lujosos cojines de colores, ocupando el centro las mugeres, y todos, lo mismo ellas que ellos, entretenidos con la pipa y el café. La orquesta, que ocupaba uno de los ángulos, se componia de tres negros tocando unas panderetas, dos violines de tres cuerdas, unas trompas formadas de las astas de un toro, y un triángulo de acero que completaba una música infernal. El lugar destinado á las bailarinas era el centro del patio cubierto con una rica alfombra de Turquía donde nadie pisaba finalizado que era el baile.

Tan pronto como entramos se nos designó un sitio preferido entre los convidados, á quienes imitamos lo mejor que pudimos, haciendo de nuestros cuerpos dos etceteras sobre dos mullidos cojines de terciopelo azul. Los preludios de la orquesta nos llamaron de allí á un rato la atencion hácia una linda muchacha de quince á diez y seis años, que saltando ligera del corro en que estaban las demás fué á colocarse de pié sobre la alfombra. La mágia adormidora de sus ojos hermosamente negros, cierta voluptuosidad en su figura, mas bien pequeña, pero flexible y airosa, y el gusto con que estaba vestida hacian de ella un conjunto celestial; su vista sola embriagaba como el ósculo de una vírgen, con la dulzura de un sueño feliz de amor en la mañana de un dia primavera: habia robado su frente á la azucena su pálida blancura y al alhelí sus lábios el carmin, sus mejillas débilmente manchadas

cual las hojas de una rosa moribunda coloraban con una tinta melancólica su rostro aun mas encantador así: hacíale la mayor gracia una pequeña contraccion de la boca cada vez que reprimia una sonrisa muestra del rubor que la causaba el verse atrayendo ó cautivando tantas miradas como en ella se fijaban con pasion; cerraba entonces sus ojos fascinadores, y como si sus hermosos párpados no bastaran á ocultar su cándida turbacion, inclinaba con aquella sonrisa picaresca su frente sobre el seno, ó afanábase en componer un rizo luciendo así entre las manos que parecian de nacar sus negros y sedosos cabellos. El traje que, como dejamos dicho, tanto realzaba su hermosura, reducíase á un justillo de terciopelo carmesí bordado de finísimo oro y sostenido por dos tirantes ú hombreras de lo mismo; dejaba este abierto un poco el seno y la garganta asomando por bajo los encajes de una chambra á través de los cuales se adivinaba algo del seno rido formado de arminio. Dos cordoncitos de seda blancos entretegidos de oro, cruzados por el pecho, suspendian un pantalon de apiñados plieges escesivamente anchos, tambien blanco y de seda, sujetos á la garganta del pié por dos ajorcas de oro incrustadas de brillantes; el pié desnudo se escondia en unas abreviadas chinelas de terciopelo del color del justillo, igualmente bordadas de oro, y una vistosa faja azul con largos caireles amarillos oprimia la cintura cayendo desmentidas las puntas á un costado: el pelo recogido al descuido bajaba por la espalda dividido en tres trenzas tegidas con cintas de colores, y con dos pañuelos de merino azul el uno y grana fuerte el otro, formábase el turbante hundido sobre la frente por una rica diadema de esmeraldas. En los dedos y muñecas brillaban tambien el oro y piedras preciosas, con multitud de perlas que oscurecian su blancura al lado de aquella maga oriental; un manto blanco de seda enrollado á uno de sus redondos brazos, acababa tan elegante vestidura: ciñóselo graciosamente al cuerpo dejándolo caer hasta cubrir los pies y cogiendo en seguida dos pañuelos de seda por las puntas principio á balancearse, sin cambiar de posicion y mas tarde cual una flor que se mece sobre su tallo ondulante, fué sucesivamente tomando las mas voluptuosas actitudes; ya tocaban sus manos en la alfombra; ya doblando hácia atrás todo su cuerpo, daba una saliente pronunciada á sus pechos; ó apoyadas las manos sobre las caderas, sin soltar los pañuelos, agitábalos cual hace temblar sus alas la pintada mariposa, dejando al mismo tiempo oir una cancion de monótonas, pero tentadoras cadencias.

Sucedieron en la danza otras jóvenes no tan lindas como la que acabamos de pintar, pero capaces de causar un incendio con una sola mirada en un corazon yerto. A todas ellas obsequiaban á menudo los convidados de una manera particular, en la frente, los pómulos y en el centro de los brazos las dejaban caer unas monedas de plata, que hacian saltar de uno á otro lado cambiándolas, recogiéndolas en las manos y volviéndolas á colocar donde querian con una destreza singular: esto era lo que mas divertia á la concurrencia, y ruidosos aplausos celebraban los triunfos que en cada cual de las suertes obtenian. Un negro con una bandeja de madera, recogia al concluir las numerosas dádivas, y otra nueva belleza saltaba sobre la alfombra y hacia continuar la diversion de la que ciertamente no nos habriamos cansado si hubiéramos tenido fuerzas bastantes para resistir las descomunales tazas de café con que nos obsequiaban. En cambio repartimos los cigarros que llevábamos cosa que nos agradecieron altamente y como á las dos nos retiramos, ansioso yo de escribir estos ligeros apuntes de una fiesta de moros, tal como la ví.

A. DE PINEDA.

LA VIRGEN DEL CLAVEL.

CUENTO MORISCO.

(Continuacion.)

El jóven revuelto en su manteo, con el sombrero calado hasta las cejas, habia dado mil vueltas por los angostos callejones del Albaicin y su cuerpo estaba tan fatigado como su alma, su mente estaba turbada. Se halló cerca de una taberna, teatro de sus antiguas locuras, y empujando con el marcial desembarazo del aturdimiento la puerta, se coló en un oscuro y sucio portal.

Un candil de hierro goteando aceite negruzco y con un pávilo enorme, alumbraba cuatro cacharros de barro y hasta media docena de vasos de peltre colocados sobre una mesa de pino que tenia por cabecera un tonel. Alrededor del cuartucho ahumado habia algunas mesas largas con sus correspondientes bancos ocupados por dos grupos de bravos que hablaban desacordes, gritaban, juraban, blasfemaban ó cantaban con voces cascadas y estropajosas. Uno de ellos, mozo de balumba, con espada de ganchos y broquel doble, mal carado y perdona vidas, reconoció al monaguillo y todos al punto hicieron lado con marcial alegria y brutal franqueza. Vinieron cantares, dió vuelta al corro un jarro y tomó mayor incremento la broma. Juan bebió con avidez y mucho.

Aquella honrada compañia sufrió, sin embargo, sobresalto repentino. Se oyeron los pasos de la ronda y cada cual tomó la del rey por evitar entrevistas y coloquios con alguaciles y alcaldes, gente de suyo escrupulosa, entrometida en vidas agenas y murmuradora de pecados leves.

El sacristan y Corbacho (así era llamado el temeron que divisó primero á nuestro héroe) se quedaron solos y la ronda pasó sin topar en aquella huronera.

—Juan á la punta y finiquito del suceso, dijo Corbacho luego que todo estuvo quieto y solos entrambos, los amigos van con los amigos: suelta rienda á las penas, que magin tengo para ponerte consuelos, y alientos para vengar tus agravios. Agradecido soy, mas que lo nieguen mugeres, y siempre está en la plaza de mi memoria la noche que hiciste cara á tres blancos que venian sobre mí para echarme al finibus terre.

El mancebo no deseaba otra cosa, contó lo que en su corazon pasaba y con su vehemencia aquel *buen amigo* como que vaciló por los primeros instantes. Luego echándose el alma atrás y avergonzado de sí mismo soltó una carcajada, bebió un trago y con aire compasivo repuso:

—Voacé tiene mucho de nuevo en estos lances; apure ese moscatel, y oiga el consejo de un lobo con el corazon muy duro. Cuando suenen las doce y esté la gente asegurada, tomas una escala de cuerda que para otros usos guarda el señor Abispa, y que tendrá oculta de envidiosos entre esos toneles; te aseguras bien el cinto y requieres la daga; te cuelgas de la pretina este broquel que no lo pasa una china de arcabuz; el sombrero hasta los ojos, la capa mas cerrada que una nube; y con aire á lo valiente te vas á casa de la moza, y déjame en la boca-calle que rematado quedará quien se venga á buscar el hombre, porque cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Juan no contestó: seguia bebiendo.

Sonaron en esto los tres cuartos para las doce en

el reloj del Salvador y se levantó con presteza, tomó el último trago, pidió al señor Abispa (que era el honrado tabernero) la escala y con prudencia notable le fué entregada. Siguió uno por uno los preceptos de Corbacho, y arrojando unas monedas sobre la mesa salió seguido de su amigo.

La noche estaba como de boca de lobo, convidando á malas acciones y capaz de poner miedo en corazones de bronce. Silbaba el viento, el cielo parecia una losa de mármol negro y truenos y relámpagos despedian las nubes de que estaba vestido el firmamento.

—Toma pies que el asunto no es de valentia, dijo Juan con voz ronca.

—Tus razones me ofenden....

—Calla: y supuesto que los amigos son de los amigos vete á casa de la Pintada que allí daré con mi persona cuando falta me haga tu ayuda.

Insistió Corbacho; pero el sacristan por pocas monta en cólera y al fin tomó el bravo el portante hácia su casa jurando cada vez que tropezaba.

La oscuridad era tan grande que el mancebo aguardaba la luz de la tempestad para guiarse, y aun á la claridad de los relámpagos las calles estaban confusas para sus ojos. Tal peso sentia en la frente que apenas sostener podia la cabeza, los objetos que divisaba giraban formando madejas de colores.

Dieron las doce.—Un relámpago iluminó la casa de Amina. Juan estaba al pié de su ajimez desdoblando la escala.

Despues del relámpago, la oscuridad se hizo impenetrable, densa, y Juan cerró los párpados involuntariamente. Las madejas enmarañadas de colores se perdieron poco á poco en un mar violado, por donde pasaban aristas de oro. Anchos celages de sombra inundaron aquel océano de venturina: el sacristan sentia pesadumbre alrededor de la cabeza como si la tuviese ceñida con una barra de plomo caliente, mortal decaimiento corrió por todos sus miembros, entreabrió los lábios y se apoyó sobre el muro.....

Sintió sin darse cuenta de ello (tal vez en el fondo de su alma) que subia por la escala de cuerda con paso firme. Tropezó con la celosía persa, y abarcándola entre sus robustos brazos la desencajó del marco. Las macetas de arrayan, de claveles y de azucenas de ajimez le enviaron su perfumado aliento, y por entre el ramaje vió una estancia blanca como el nácar, y semejante á una taza chinesca.—Arrojar la capa, deshacerse de la celosía, apartar los búcaros de las flores y penetrar de un asalto en aquel recinto encantado todo fué obra de un punto.

Nunca á los ojos del travieso monaguillo, presentóse espectáculo semejante. Estaba en un templete morisco con paredes de filigrana y cornisas de encaje, cerrado por una cúpula de alerce y ébano. El pavimento era de mármol y un surtidor de agua olorosa saltaba en el centro de un reducido *mar*. La luz salia al través de unas lámparas transparentes de marmol de Macael, ocultas entre las flores que adornaban los ángulos del recinto y mezclándose los rayos débiles de la luz artificial con los reflejos de la luna que penetraban por las claraboyas estrelladas de la cúpula y por el calado de los muros formaban un conjunto semejante á la claridad de la alborada.

Sobre una piel de tigre, en un almohadon carmesí con alamares de oro estaba sentada Amina ensartando las perlas esparcidas de un collar. Al ver á Juan, dió un grito penetrante y quiso huir pronta, como una gacela cuando siente el rugir cercano de un leopardo. El mancebo con aire resuelto cogió las sueltas puntas del riquísimo cinturon y la detuvo.

—¿Huyes; señora mia, de quién viene á buscarte:? dijo con amargura y amor al tiempo que la traia hácia sí dulcemente:—¡Huyes de quien te adora con toda su alma!—La niña volvió el rostro con infatil rubor y se dejó conducir á un alhamí que enfrente habia, ocupado con el magnífico lecho de la morisca.

Ambos se sentaron en el borde del poyo alicatado y así comenzó sus razones Amina.

—Cuánto deseaba tenerte á mi lado, abrasarme en la luz de tus ojos y oir tu voz tan querida!... ¡Temí que no vinieras! ya se han volado las golondrinas á la tierra de mis padres y con ellas todas las alegrías.

—¿Por qué no venir? ¿quién puede colocarse entre los dos? Tú, mia para siempre, yo tu mas rendido esclavo.—¡Cuán hermosos son tus cabellos azulados rizos! ¡cómo brillan tus ojos dulcísimos!.... aroma de jardines exhalan tus lábios. Déjame estrechar tu talle, déjame beber la vida en tu boca.

El sacristan ciñó con su brazo la torneada cintura de la mora y selló con un ardiente, suave y voluptuosísimo beso la boca de coral. Estremecióse de placer la jóven, y Juan sintió que la sangre se encendia en sus venas: parecia que un huracan caluroso rodeaba sus frentes y cegaba sus ojos.

Mas de pronto Amina colocando su breve mano sobre el pecho de Juan, le retiró de sí, y volvió el rostro.

—No, dijo con acento melancólico y fatal, aléjate de mí, que Dios nos acecha con los ojos de su ira. Este lecho es el de mi padre, y la hija que mancha la honra del que le dió la vida, morirá para siempre. La tribu arrojaria piedras contra mí, la vírgen apartaria su manto que ahora estiende sobre mi cabeza y llamas sin fin me aguardan luego. No, no, aléjate de mí!

—Amina mia, olvida tan siniestros pensamientos. Tu padre era un infiel, y ¿quién de tu tribu pondria airados los ojos en la presencia tuya?.... Dios.... se olvida de nosotros.... olvidémosle tambien.— Dios mató á mi pobre madre. Dios me tiene solo en el mundo, Dios me prohibe que te ame....

—Calla interrumpió la conversa; aterrada con tanta blasfemia, calla y no pronuncies esas palabras en esta estancia, porque á luz de la luna, la sombra de mi padre se dibuja en las paredes.

—Salgamos, pues, de aquí, el mundo todo es nuestro. Salgamos sí; que yo he de pasar mi vida á tu lado: aliento con aliento, alma con alma.

—Lejos sí, lejos de estas tierras donde soy oprimimida, lejos de la sombra de mi padre.—Y como fascinada la mora se dejó arrastrar por el monaguillo, que sin saber cómo, se halló en la puerta del jardin y sintió la impresion del viento, y el frio de las anchas gotas de las lluvias de otoño.

Borrasca de mar parecia la tormenta que sobre Granada descargaba en aquellas horas. Amina horrorizada con la tempestuosa noche se asió fuertemente del sacristan, que requiriendo el broquel y la daga, y cubriendo cuidadosamente á su amada con los anchos pliegues de su capa, empezó con resuelto paso á cruzar las sombras y á perderse por el laberinto de calles que parten por los ángulos de la irregular plazuela de San Cristóval.

La tormenta crecia. Cuatro pabellones de nubes espesas y negras, como la boca de una sima, se disputaban el ancho espacio de la bóveda celeste, afirmadas cada cual, como los Titanes de la fábula, en las crestas de los opuestos cerros. La tierra temblaba con el horrible fragor de los truenos, y las montañas vecinas enviaban, cual una piedra despeñada, cien ecos aterradores. Las gotas de la lluvia parecian granizos, los granizos piedras. El viento rugia como un leon aprisionado, y formando remolinos cargados de agua y nieve se estrellaba en los muros y pasaba arrastrando su cabellera, con gritos y quejidos, por las estrechas callejuelas.

Juan y Amina, desafiando la cólera de los elementos, vagaba por las calles, sin saber adonde se dirigian. Los delicados pies de la morisca se ensangrentaron, y sus miembros todos se llenaron de mortal fatiga. El sacristan sudaba y trasudaba, tenia trabajosa la respiracion y el torbellino que en su cerebro bullia era causa de que fuese mayor para él la confusion y la oscuridad.

El combate de los cielos arreciaba. Estendiendo sus negras olas y á toda fuerza de viento se entrechocaban las nubes descubriendo á girones la bóveda azulada. Ceñian con sus bandas de vapores, los altos picachos del Veleta, queriendo derribar el coloso que les impedia desparramarse por el mar, se revolcaban en las laderas de las peñas de Parampanda y cubrian de luces las puntas de Sierra Elvira. Mangas espesas de nutridas gotas de agua enviaban sobre la dormi-

da ciudad y cada calle era un torrente, cada plazuela un lago.

—Detente Juan, dijo llena de terror Amina, detente! que la voz de Dios se oye entre los gritos de tormenta y los espíritus se quejan en los remolinos del huracan.

Un relámpago con claridad mas vívida que los reflejos de un brillante al sol, partió á este tiempo del seno de una nube y con serpientes y flechas de fuego encendió la atmósfera y puso como una ascua de oro las nubes y las montañas. Los cipreses de la *rauda* cercana (1) se coronaron de fatídicas lenguas de llama y los edificios y las torres cubiertos de ignea aureola parecian incendiados. El mancebo reconoció que se hallaban de nuevo, despues de tantas vueltas en la plazuela de San Cristóval, al pié de la torre de la iglesia en la puerta de la casa de Amina....

Tan estraño acaso amilanó mas y mas al fiero mancebo. Siguió al relámpago un trueno espantoso: el sacristan creyó que el cielo se desplomaba sobre su cráneo; las campanas respondieron á los cielos con un toque como de agonía. Los cabellos se erizaron sobre la frente del atrevido mozo, y toda su piel se contrajo como al soplo de una brisa helada. Estrechó á la morisca contra su corazon y se embutió temeroso, huyendo, en el dintel de la puerta de su amada.....

Otro relámpago menos vivo y mas prolongado aumentó su angustia con nuevo y horrible espectáculo. El cura se presentó á los ojos de los amantes envuelto en sus hábitos negros. Y dirigiéndose al huérfano con rostro airado y voz tremenda, le dijo:

—La maldicion de Dios llevas grabada en la frente. ¿Dónde iras que no la lean? Suelta imfame tu presa, y no desgarres la inocencia de esa paloma.

—Dejadme, señor, dejadme; repuso el mozo con la reconcentrada ira del criminal sorprendido, he pisado la carrera del crimen y mis ojos están ciegos.

—No, miserable, delante de Dios tu ira es imponente. Al tiempo que esto decia asió el sacerdote del brazo á Juan, con tal fuerza, que sus dedos parecian garfios de hierro.

—Soltad, y libre dejadme el paso.

El párroco sacudió fuertemente por toda respuesta al monaguillo y apoderándose de Amina oculta entre los pliegues de la capa intentó separarla del mancebo.

—Soltad, señor, que una nube de sangre rodea mi frente.

—No.

—Pues toma, viejo imbécil.

Juan acompañó estas palabras con una puñalada que fué derecha al corazon del cura. La claridad de un relámpago lejano iluminó la hoja sangrienta de la daga, y la sorda caida del anciano. La morisca se desmayó dando un agudísimo grito.

Juan la levantó con sus hercúleos brazos, y dió á correr con la velocidad de un ladron ó de un ciervo herido.

Calmóse el viento. La lluvia era tan espesa como el grano en las espigas.

El sacristan siguiendo en su carrera, sintió que el terreno declinaba y oyó la voz del rio allá en la hondura. Estaba en la cuenta del Chapiz. Nuevas alas tomó conociendo el terreno. Saltaba por la pendiente, como una bola despedida por mano diestra. Llegó á la orilla del Darro escarpada y elevadísima; un relámpago protector le enseñó el puente de troncos que servia de pasadera. Entró por él con valor, levantando en alto y como en triunfo á su amante.

El cimbrear de las vigas le indicó que estaba mediando el pasage, un paso mas.... cayó; se perdió en el espacio, dió una vuelta y luego veinte, todo su cuerpo se descoyuntó como el de una culebra cuando se sacude, y oyó las aguas del rio que con salvages mugidos le esperaban; quiso gritar y le faltó aire en sus anchos pulmones.

(1) Por cima de la plaza del Salvador, existe todavía una cruz gótica, rodeada de cipreses, llamada cruz de *la rauda*, ó del panteon, porque allí hubo en tiempo de moros un cementerio, que despues fué bendecido.

La voz de la morisca rompió el viento con eco desgarrador.

—*Virgen mia del Amparo!* pronunció vuelta en sí con el peligro.

Un ángel veloz como la luz llegó á la hondura cuando tocaban los amantes el encrespado oleage del Darro, y asiendo del cabello á Amina la levantó con presteza prodigiosa en medio de un luminoso y aromático vapor.

Juan en la agonia, luchando ya con la corriente se asió de la orla brillante de la vestidura del celestial mancebo buscando salvacion tambien; pero de la misma oscuridad de la sima salió una deforme figura con sulfúreos y cobrizos reflejos de fuego, que dando al robador una furiosa patada en el corazon le envió á lo profundo de las aguas. . . . . .

Despertó á este tiempo el sacristan y se halló al pié del ajimez de Amina, recostado sobre la escala por donde habia intentado subir. Pasó la mano por su frente, se recogió el cabello con terror y recorrió con la vista todo el espacio que le rodeaba.

El alborada tendia su red de seda rosada por los alcores y los caserios de la vega que como barquillos empavesados blanqueaban en aquel mar de esmeralda. Suavísimo perfume exhalaban los ariates de flores de los carmenes cercanos. El cielo está límpido y sereno sin huella alguna de la pasada tempestad. El suelo apenas mojado. Palpaba sus miembros fatigados el mancebo, dudaba de su propia existencia, levantóse y vió la celosía del ajimez de su amada, cerrada como un cancel misterioso y dejando apenas sobresalir á las flores, oyó un suspiro y recogió del suelo un clavel encarnado, prueba de amor, que cuando pasaba de mañana á tocar las campanadas del alba, le concedia siempre la mora. De seguido vió venir al cura con agrado y dulce sonrisa en los lábios

—Picaruelo, me has ganado por la mano esta mañana. Bueno es el madrugar.—Sube y toca á misa despues de dar el alba, que hoy quiero despachar temprano.

Juan estaba como alelado, ocultó como pudo la escala, acortó el tiro de la espada, siguió maquinalmente al cura y tomó las escaleras de la torre.

Tocó las campanadas del alba, despues los compasados golpes que sirven para convocar los fieles al santo sacrificio de la misa, preparó el recado y con recogimiento estraordinario ayudó al cura en la celebracion del oficio divino. Todo el dia le pasó nuestro sacristan abismado en reflexiones y con señas en el rostro de hallarse dominado por una impresion profunda de terror. El sueño horrible de la noche anterior no le dejaba un punto y caminaba su cerebro hácia la locura.—Al siguiente dia con lágrimas en los ojos se llegó al buen párroco su padrino y le pidió que le oyese en confesion general, suplicándole despues que le concediese permiso y proteccion para entrar en la nueva órden cartujana del Paular que fundaba en Granada á espensas del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdova.

No hubo humanas fuerzas que su voluntad cambiasen y pasados algunos meses era ya lego Juan de tan rigurosa orden con notable admiracion de las murmuradoras del barrio y no poco descontento de las enamoradas del gallardo porte de nuestro héroe. Mas como en la misma semana en que acaeció tan inopinada conversion tomó el velo en Santa Isabel la Real, Amina la morisca, el caso picó en historia y escitó las públicas cavilaciones. Nosotros dejando á un lado habladurías daremos fin á nuestro verídico cuento, pues la parte mas trágica nos resta.

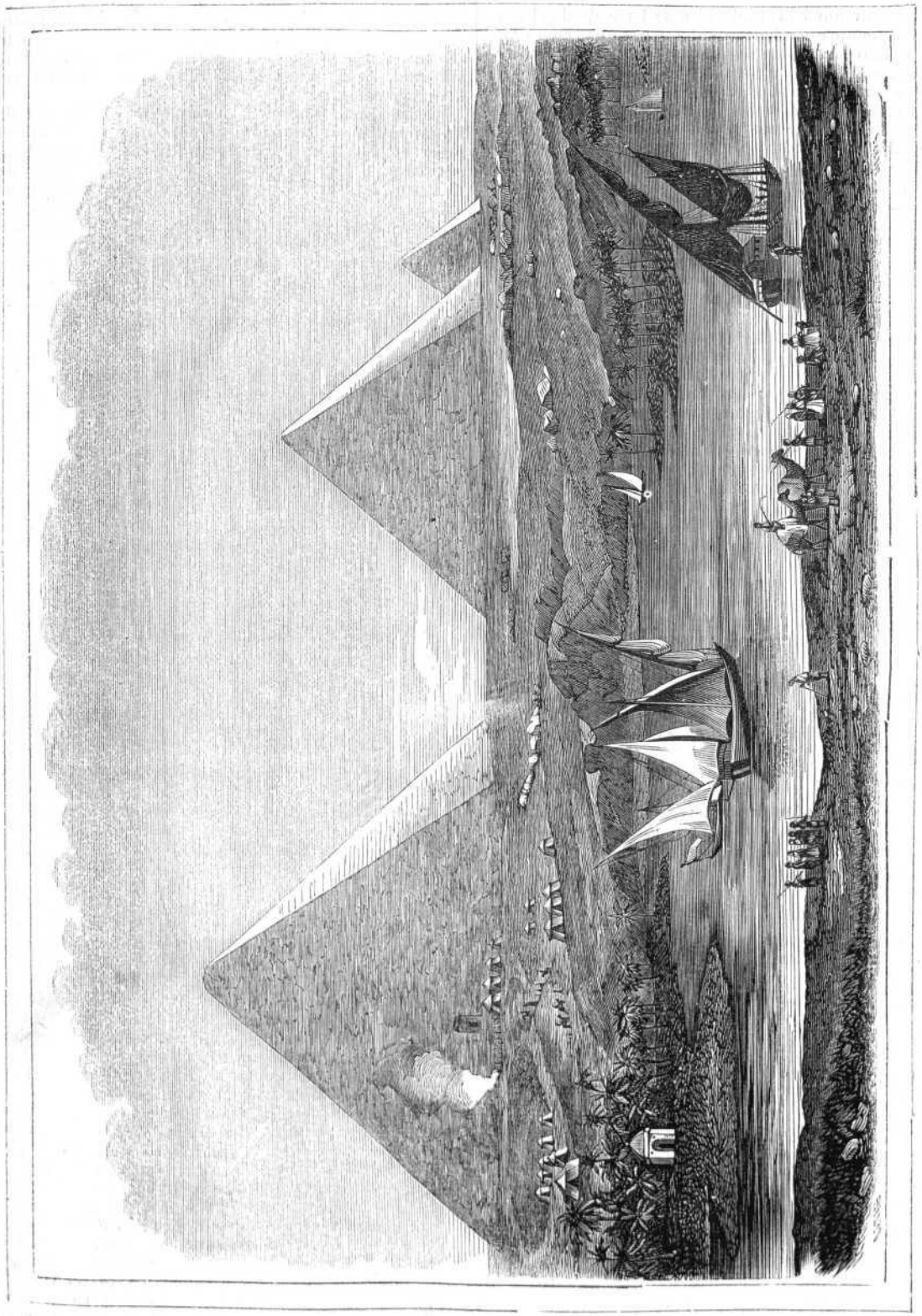
(*Concluirá.*)

J. JIMENEZ-SERRANO.

MADRID—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig Razola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografía del Pasaje del Iris y de S. Felipe Neri

PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 20, cuarto segundo.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LAS PIRAMIDES.

La escursion á las Pirámides se hace desde el Cairo casi siempre en borricos del pais, que, como hemos tenido ocasion de decirlo en el curso de estos artículos, son bastante corpulentos y corredores; y lo que es mas aun, están dotados de rara inteligencia, cuya circunstancia unida á su natural mansedumbre hace que allí mas que en ninguna parte, sea este animal, tan ultrajado y calumniado en nuestras comarcas europeas, no solo tenido en grande estima, sino tambien, altamente simpático para las naturalezas sensibles y agradecidas. Plácenos en estremo á nosotros, viajeros profanos y de impresiones espontáneas, por decirlo así, dejar consignado en esta superficial reseña de nuestro egipcio viaje, este justo testimonio de nuestra gratitud y cariño hácia aquellos benévolos y pensadores animales que tan distinto papel del de hoy representaron en tiempos mas felices, al menos para ellos. Y si algun crítico indigesto, ó lo que es aun peor, y por desgracia mas frecuente, algun malhumorado é ignorante Zoilo, se ocupare por nuestra menguada fortuna en leer estos nuestros humildes artículos de viaje; y al llegar á este pasaje comenzare á hacer muecas y visages, precursores de una tempestad pedantesca y ridícula, pero no por esto menos temible para nosotros que del aura popular vivimos; le rogamos que antes de esgrimir su pluma mojada en la amarga hiel de su mordacidad tenga á bien recordar tres pasajes de la historia de la religion que veneramos, y cuyo órden cronológico, si los recuerdos de la escuela grabados profundamente en nuestra imaginacion no nos engañan, es el siguiente: 1.° El privilegio que tuvo la burra de Balaán el profeta, sobre su amo; puesto que vió cuando aquel no veia, al ángel del Señor, en su camino; y tuvo ademas el suficiente talento para dirigirle una admonicion saludable y templada, siendo así, que el iracundo anciano la apaleaba ni mas ni menos que un arriero de los afortunados tiempos que vivimos. 2.° El importantísimo papel de otro borrico en la huida á Egipto de la Sacra Familia, cuando la bárbara proscripcion de aquel bárbaro rey Herodes; y finalmente, y esta es la página mas gloriosa en los anales *jumentiles*, la eleccion que hizo nuestro Salvador de otro individuo de aquella raza para hacer su entrada en Jerusalen, al principio de su predicacion. Y puesto que ya dejamos á los Señores críticos *patitiesos* y *boquiabiertos* con este pomposo alarde de nuestra asnal erudicion histórica, proseguiremos nuestro interrumpido viaje.

Antes de partir del Cairo se debe hacer provision de agua, dos ó tres botellas de vino por cabeza, algunas bujias, una linterna, y algunos pollos ó carnes fiambres para dos ó tres dias. Uno de los fondistas del Cairo, M. Hills, tiene costantemente una tienda de campaña cerca de las pirámides, en la cual pueden los viajeros hacer sus comidas cómodamente. En órden á las noches, lo mas breve es arreglarse con una especie de anacoreta Abysinio, el cual habita en una de las inmensas tumbas que hay en las cercanías; solo que es necesario llevar consigo algunas mantas y almohadas. Con respecto á la seguridad de las personas y equipages, basta hacer montar la guardia á uno de los guias árabes, bajo cuya salvaguardia, y con pequeño sacrificio, puede el viajero dormir á pierna suelta, porque no hay un solo beduino capaz de atacar á los que descansan en la buena fé de uno de sus camaradas.

Acabaremos estos detalles materiales de nuestra escursion, diciendo á nuestros lectores que todos los gastos de vinos, provisiones, borricos, guias, etc. no llegan á cuatro duros de nuestra moneda.

Partiendo de la ciudad por la puerta de *Bulac*, y atravesando una série de bellísimos jardines, se llega despues de andar media legua á *Massel Attecih* y el Cairo antiguo, que se dice ocupa el mismo lugar que la Babilonia egipcia, edificada por los sucesores de Cambyses que le dieron el nombre de su antigua metrópoli. Está situada á orillas del gran canal que separa la isla de *Rhoda* del continente, y una gran parte de ella está ocupadada por jardines, plantíos de palmeras y viñas. Hay fuera de la ciudad un acueducto que merece visitarse como tambien el *granero de José*, el cual es un vasto edificio en que se deposita el trigo que se da en tributo al gran Señor. Cerca de allí se vé aun la casa en donde, segun la tradicion vivieron José, Maria y el Niño Dios, durante su mansion en Egipto.

En la parte opuesta á la ciudad, está la isla de *Rhoda* antes mencionada, célebre por haber sido el lugar en donde la hija de Faraon recogió al niño Moisés, llevado por la corriente del rio en su cuna de mimbres. La isla encierra varios jardines del Bajá, que son considerados como los mas hermosos de Egipto, y como allí cerca está el *Nilómetro*, el viajero haria mal si pasase de allí sin detenerse un poco para examinar aquellos objetos. Al llegar á *Djeesa*, aldea con cuyo nombre se distinguen las grandes pirámides, puede verse sin trabajo y perdiendo poquísimo tiempo, alguno de los célebres hornos para empollar los huevos que hay en aquel lugar.

El edificio en donde estan se llama en la lengua del pais *Ma'-amal-el fira-'Kh*, y está dividido en dos grandes secciones. La primera contiene hasta cien hornos; la segunda, algo mas de cincuenta. Los huevos permanecen diez y siete dias en los hornos, y al décimo octavo salen los pollos que han de salir: el calor que mantienen allí de ordinario, es de 100 á 104 de Fahrenheit (38 á 40 del centígrado). Pueden calcularse aprovechadas las dos terceras partes de los huevos que allí se deponen; pero las aves que se obtienen con este procedimiento, son inferiores en tamaño y gusto á todas las que conocemos en las demás regiones del globo.

Las pirámides están á legua y media de Djeesa, y el camino que á ellas conduce atraviesa una comarca fértil hasta muy cerca del desierto á cuya estremidad estan situadas. Son cuatro: la de *Cheops*, que es la mayor; la de *Céphrenes*, *Micerynus* y *Philista*. Ademas de estas, hay un sin número de túmulos de forma piramidal, pues parece evidente que los egipcios todos daban esta figura á sus monumentos sepulcrales.

La pirámide de *Cheops*, que como dijimos antes, es la mas grande ocupa un cuadrado de cerca de 746 pies; y su altura perpendicular no baja de 461. La subida á este monumento no es peligrosa ni aun dificil y puede hacerla cualquiera viajero de agilidad mediana en poco mas de un cuarto de hora. A cada lado del forastero se colocan uno ó dos árabes, por órden espresa del bajá, á consecuencia del accidente sucedido á un viajero inglés y que hubo de costarle la vida. Hay 206 filas de escalones de piedra cuya elevacion media es de dos á tres pies. Hácia el centro el tiempo ha destruido estas gradas; pero se conservan perfectamente en los ángulos, y están dispuestas de manera que la persona mas tímida puede subirlas sin peligro alguno. La cantidad de piedra empleada en la construccion de esta sola pirámide se estima en seis millones de toneladas, y todo el mundo ha leido que cien mil hombres trabajaron en su construccion por espacio de muchos años. Los cuatro ángulos del edificio corresponden á los cuatro vientos cardinales y su cima que es una plataforma de cerca de 36 pies cuadrados, está de tal modo cubierta de inscripciones, que seria muy dificil para el viajero encontrar un lugar sin nombre alguno, en donde escribir el suyo.

La perspectiva que se descubre desde aquella altura es solemne ó melancólica, ó risueña segun la parte adonde dirija sus miradas el viajero; porque nada hay mas solemne y melancólico que la vista de aquel terrible desierto con sus colinas y rocas de estéril arena, cuya monotonía solo interrumpen las huellas de alguna caravana que tal vez vaya á perecer de hambre y sed en aquellas ilimitadas llanuras ó quede sepultada en ellas bajo montañas de ardiente arena, cuando el asolador *Simoún* cruza el pais llevando en sus álas al génio de las borrascas. Al la-

do opuesto y como para compensar tan espantosa esterilidad, el padre Nilo va regando en su curso al través del alto Egipto campiñas amenísimas, verdes y hermosas praderas, campos de trigo innumerables, todo ello sembrado acá y allá de aldeas y ciudades rodeadas de bosques de palmeras, sicomoros, naranjos y limoneros. Cierran la perspectiva allá en lontananza las medias naranjas y alminares de las mezquitas del Cairo, sirviéndoles de marco la elevada cordillera de *Mokattam* que se eleva á su espalda; al Sur, las pirámides de *Sahhara*, y cerca de allí la jigantesca *Esfinge* rodeada de pirámides sepulcrales en número infinito.

La entrada de la gran pirámide está en el lado del Norte, y los escombros la obstruyen casi completamente. Despues de trepar con bastante trabajo por sobre aquellos escombros, se llega á un estrecho pasadizo, cubierto en su totalidad de granito pulimentado, el cual va descendiendo hácia el interior por un ángulo de 27 grados. En vez de seguir este pasadizo hasta el fin, se toma á la derecha hasta llegar á una subida casi perpendicular, en la cual se ha practicado una entrada falsa: con la ayuda de los guias árabes se sube á esta, y de nuevo se encuentra uno en el pasadizo natural que tiene algo mas de cinco pies de altura y cerca de 100 de longitud; la subida no cesa hasta llegar á una especie de meseta en un rincon de la cual se vé la entrada del pozo de que habla Plinio. Al fin de un pasadizo que hay en frente se llega á la pieza llamada *cámara de la reina*. Sobre esta se vé la *del rey*, que tiene 37 de largo por 17 y algunas pulgadas de ancho, y cerca de 20 de alto: esta habitacion está cubierta de granito pulimentado como todos los pasadizos; y en su estremidad hay un gran sarcófago de marmol sin tapa. Sobre la cámara del rey hay otras tres mucho mas pequñas á las cuales se sube por medio de escalas: fueron descubiertas en 1838 por el coronel inglés Vyse, el cual les dió los nombres de Nelson, Welington y Campbell, grabados en sus paredes. Hay aun otra pieza conocida con el nombre de Davidson, é indudablemente habrá centenares que se descubrirán con el tiempo en aquella inmensa fábrica.

El objeto mas interesante que viene en seguida es el pozo de que antes hablamos, el cual tiene 86 pies cúbicos de profundidad. La bajada comienza por una escavacion de 22 pies; á 8 de esta primera, hay otra perpendicular de 5, y á 4 y 10 pulgadas de esta hay otra bajada mas considerable que las anteriores. La profundidad total es de 155 pies; y en el fondo del pozo, hácia la izquierda, hay un sendero que conduce al pasadizo principal. A pesar de todas las diligencias practicadas en varias épocas, no ha sido posible descubrir la cámara del régio fundador de que habla Herodoto. Segun él está situada en el centro del edificio en un lugar aislado, que el historiador llama isla. El agua que la proteje, llega hasta allí por un canal que comunica con el Nilo: si tal relacion es exacta, la cámara y la isla deben estar 30 pies lo menos mas abajo del nivel de la base de la pirámide y deben haber sido cavadas en la roca á considerable profundidad.

Como la índole de estos artículos se opone á la demasiada estension, acabaremos de hablar de las pirámides diciendo al lector las dimensiones de las tres restantes, por otra parte mucho menos interesantes ó conocidas que la grande.

La de *Cephrenes*, está situada en terreno mas elevado que la de *Cheops*; sus materiales son idénticos por la base tiene 684 pies y su altura no baja de 456.

La de *Micerynus* no tiene sino 162 pies de altura, y 280 en la base. En los tiempos antiguos estuvo revestida de granito rojo, cuyas losas se ven confusamente amontonadas á su alrededor.

La de *Philista* está con corta diferencia situada en la misma línea, aunque algo mas al Oeste que las otras tres. Tiene unos cien pies de altura, y su cima está formada por una sola piedra de estraordinaria dimension. Ni esta pirámide ni la anterior han sido esploradas por los viajeros modernos.

En frente de la pirámide de *Cephrenes*, se alza la jigantesca Esfinge, y hay un pasage subterráneo por el cual se comunican. Esta imponente estátua está labrada en la roca viva y su interior tiene la forma de un templo. A pesar de los grandes trabajos de los viajeros *Caviglia y Vyse* está aun tan cubierta de arena que es imposible determinar su grandeza; solo la cabeza y parte del cuello están descubiertos; las facciones del rostro, aunque de proporciones tan enormes, tienen alguna semejanza con las de los habitantes de la Nubia.

Antes de restituirse al Cairo, debe el viajero visitar la tumba de Campbell, asi llamada por haberse hallado presente á su descubrimiento el cónsul general de Inglaterra M. Campbell. La bajada á aquel monumento se hace por uno de sus costados, y por medio de una escala de cuerda. Conduce á una série de galerías en cuyo centro hay una piedra circular en la cual se hallaron dos soberbios sarcófagos. La mayor parte de aquellas galerías está aun sin esplorar.

Cualquiera que sea la idea que el lector tuviera formada de esas pirámides tan famosas, seguro es que nuestra relacion le dejará poco satisfecho. Efectivamente, nosotros creemos las pirámides inferiores á su fama, y relativamente, ellas han sido una de las decepciones que hemos encontrado en nuestros dilatados viajes. Semejante efecto deriva de dos causas: primero del calor de la propia imaginacion que se complace en crear cosas superiores á las que realmente pueden existir: segundo de las relaciones exageradas siempre, y no pocas veces mentirosas de los viajeros. Pero á pesar de todo, ningun hombre pensador por estravagante y descontentadizo que sea dará por mal empleado el dinero, ni por mal padecidas las fatigas consiguientes á un viaje largo y penoso, cuando piense que ha visto por sus propios ojos aquel pais tan famoso ya, cuando el resto del mundo estaba sumido aun en la barbárie; aquellos monumentos que han atravesado cuarenta siglos como un testimonio viviente de la civilizacion y del inmenso poder del pueblo que habitó en aquellas regiones, y que parecen destinados á atravesar con la misma entereza y solidez todas las edades futuras del mundo.

J. Heriberto Garcia de Quevedo.

UNA FLOR EN LA CINTURA.

Es costumbre admitida en la sociedad, que cuando un caballero invita á una señora á bailar y esta se escusa á causa de haber sido invitada anteriormente, aquel se dirije á otra cualquiera reproduciendo el convite: este uso es impertinente y poco galante para las dos mugeres á las cuales se ha dirigido el caballero. En resúmen viene á decirse á la primera: «me dirijí á V. por casualidad, sin eleccion, sin preferencia; no puedo bailar con V.; pues bien bailaré con otra.»—A la segunda: «elijo á V. á falta de otra mejor, si la persona á quien he invitado al principio no hubiera estado comprometida, jamás me hubiera acordado de V: ella es mas bella, mas elegante, mas estimable que V.»

Algunos para evitar esto no bailan cuando la persona á quien han elegido no se hallaba libre, pero puede muy bien suceder que se pase entonces la noche sin que bailen por ganas que de ello tengan.

He aquí el uso establecido sobre el particular en varias poblaciones de Bélgica.

Cada hombre al entrar en un baile, elige en un canastillo una flor artificial, y cuando vá á invitar á bailar, en lugar de esta fórmula poco variada:

Quiere V. hacerme el obsequio de bailar conmigo.

Ofrece una flor que la pareja coloca en su cintura, hasta que concluye el baile prometido; terminado este devuelve el ramillete al caballero, el cual puede ya ofrecerle á otra. De este modo, no hay esposicion de invitar á bailar á una muger comprometida, porque se sabe que la que no tiene flores en la cintura es libre y se halla en espectativa de pareja.

LOS CINCO SENTIDOS.



La vista.



El oido.

CARICATURAS.



El olfato.



El gusto y el tacto.

POESIAS.

DESCRIPCION DE UNA TORRE.

(Introduccion á la leyenda de el Santon Alí Mazér.)

Mas allá de la selva de avellanos
á cuya sombra misteriosa mana
murmuradora fuente, cuya historia
cuento parece de orientales hadas:
mas allá de los cármenes que alegran
de los cerros de el Sol la verde falda,
y mas allá de las rojizas lomas
que á Darro obligan á torcer sus aguas,
hay un tajo que forman dos colinas,
donde la arcilla estéril, de las plantas
secando las semillas, el arraigo
de yerbas, flores y árboles rechaza.
De este tajo en la cóncava hendidura,
del Cristiano y del Moro abandonada
y objeto de pavor para ambos pueblos,
hay una vieja torre solitaria.
Fábrica segun unos de un mal génio
que, teniendo en las nubes su morada,
robó audaz una Huri del paraiso
y al mundo la bajó sobre sus álas:
encerrándola luego en esta torre
que fabricó con piedras encantadas.
Obra de un perricida, segun otros,
de quien no quiso Satanás el alma,
y la enterró con el nefando cuerpo
debajo de la arcilla emponzoñada,
vuelta despues en fuente pantanosa
turbia, insalubre, fétida y amarga.
Mas cualquiera que fuere el misterioso
orígen ignorado de su fábrica,
que en los siglos se pierde, es esta torre
objeto de el terror de la comarca.
Al amor de la lumbre los ancianos,
de las noches de invierno en las veladas
á sus vecinos ó parientes de ella
mil leyendas quiméricas relatan.
Ni pastor llevó nunca su ganado
por aquellos contornos, ni serrana
por tempestad de estío sorprendida
se abrigó de sus bóvedas rajadas:
ni nunca las doncellas campesinas
se casaron con hombre que pasara
en la luna anterior al matrimonio
por bajo de esta torre condenada.
Ni cazador alguno su ballesta
disparó sobre el ave ó la alimaña
que se acojió á las grietas de sus muros
ó en su cresta posó desalmenada.
El padre al revoltoso rapazuelo
con la torre fatídica amenaza,
y medroso el muchacho se guarece
bajo el regazo maternal y calla.
Dicen que en las tinieblas de la noche
en torno de ella apariciones vagas
se perciben tal vez, y se iluminan
los huecos de sus lóbregas ventanas.
Dicen que un moro, ó alquimista ó santo,
de triste voz y venerable barba
la torre habita y que curó con filtros
á una pobre muger endemoniada;
y cuentan, aunque nadie le designa,
que un mancebo del pueblo, que idolatra
á una infanta real, clavó una noche
caprichos por cumplir de la que ama
en el viejo postigo de la torre
el velo de la hermosa con su daga,
y la hermosa á otro dia halló clavados
el velo y el puñal en su ventana.
Un mercader del Zacatin muy rico,
muy limosnero y de costumbres santas,
consultó escrupuloso con un sábio
santon, el fundamento de estas fábulas:
y el sábio Alí Mazér, que penitente
en los montes habita una cabaña
que nadie vió, y á quien el vulgo dice
que cuida allí de alimentar un águila,
su plática al oir sobre la torre
dijo con vista torva y voz airada:
«¡ay de el que pise de su umbral la piedra!
«allí afila la muerte su guadaña.»
Y esto el sábio santon diciendo á voces
al mercader, atravesó la plaza,
dejándole aterrado y circuido
de inmensa multitud estupefacta.
Dícese sin embargo, (aunque se dice
entre amigos no más y en voz muy baja)
que algunos han llegado hasta esta torre
de consejos ó filtros en demanda,
y que el viejo Dervich que habita en ella
satisfizo sus dudas ó sus ánsias:
y aun dicen que debajo de las piedras
de aquella torre vacilante, se hallan
camarines suntuosos alumbrados
con candelabros de coral y de ámbar,
y una fuente que aduerme los sentidos
al dulce són de sus bullentes aguas.
Dios sabe la verdad: el vulgo siempre
dá formas temerosas y fantásticas
á lo que no comprende, y esta torre
le és en sus sueños pesadilla ingrata.

En medio de un morisco gabinete
que, á juzgar por su bóveda cerrada
pertenece sin duda á alguna obra
desconocida oculta y subterránea,
al suave resplandor con que la alumbran
de pulido alabastro cinco lámparas
hay una fuentecilla que se vierte
de mármol trasparente en una taza.
El desborde de el líquido impidiendo,
un sumidero que su fondo horada
le conserva en nivel constante siempre,
la que sume igualando á la que mana.
Su ancho tazon, que sobresale apenas
de el pavimento, á la arabesca usanza
cercado está de blancos almohadones
y tupidas alfombras toledanas.
Mas parece que solo se destinan
por el rico señor de aquella estancia
á que gocen sus huéspedes la vista
y el grato son de la corriente mansa;
y la luz de las lámparas, que recta
en su cristal á reflejarse baja,
para alumbrar tambien parece solo
la trasparente linfa preparada.
Rádia empero esta luz por todas partes
en rededor de la ostentosa cámara
sobre mil preciosísimos objetos
que la opulencia del Señor delatan.
Ricos jarrones del Japon, que ostentan
índicas flores que en su seno arraigan,
plumas costosas de chinesco orígen
y talismanes y amuletos y armas
por su rara virtud ó precio enorme
de enriquecer capaces á un monarca,
decoran el fantástico aposento,
que aroma un ancho perfumero de ámbar.
Esquisitos damascos cairelados,
con anchos flecos y tejidas raudas
cubren los muros, cuyo friso adornan
minuciosas labores africanas:
y del techo estaláctico, de cedro
y olorosas maderas cinceladas,
los huecos casetones laberínticos
miniaturas espléndidas esmaltan.
El murmullo continuo de la fuente,
la suave luz en ella reflejada
y el aroma oriental del perfumero,
que armoniza, ilumina y embalsama

el aire de este asilo misterioso
embebecen el ánimo y embargan
los sentidos, y el alma á las delicias
de beáticos éxtasis preparan.
Al respirar su atmósfera vivifica
la cavidad del pecho se dilata
con placer inefable: y cual si en ella
un bálsamo vital se inoculara
corre la sangre renovada, al cuerpo
comunicando lijereza estraña
como si el soplo de benigno génio
su peso terrenal aligerara.
Este deleite, empero, inesplicable,
este placer magnético que embriaga
el ánimo y el cuerpo en este sitio,
tanto placer infunde que aletarga.
Aura parece de el Eden, divina
fruicion de la gloria que arrastrada
á la tierra de impuro sortilegio
por la virtud, deleita pero daña,
mansion es esta singular: acaso
en ella con sacrílega amalgama
el ambiente vital del paraíso
y el aliento satánico se hermanan.
Mansion que está sujeta á algun encanto,
ó por algun espíritu habitada,
ó por un sábio mago está dispuesta
para abusar de la razon humana.
Fantástica mansion, cuyo recinto
se encierra oculto en la maciza fábrica
de los hondos cimientos que mantienen
la torre secular que al vulgo espanta.

JOSE ZORRILLA.

EL CABALLO DE BRONCE.

Niños que de seis á once,
tarde y noche, alegremente
jugais en torno á la fuente
del gran caballo de bronce
que hay en la plaza de Oriente,
Suspended vuestras carreras,
pues hace calor, y oid
una historia muy de veras,
y de las mas lastimeras
que se cuentan por Madrid.
Ese caballo años há
estaba, como quizá
sabreis sin que yo lo indique,
puesto en el Retiro, allá
frente á la *Casa del Dique*. (1)
Dá el jardin allí frescura
con sus aguas y verdor,
y el canoro ruiseñor
tiene morada segura
de enemigo cazador.
Allí al caballo volaban,
con fácil y presto arranque,
mil pájaros que llegaban
á beber en el estanque
cuyas ondas le cercaban.
Allí con reserva poca
le iba registrando entero
la turba intrépida y loca,
y hallábale un agujero
que tiene el bruto en la boca.
Es de tal disposicion,
que por la parte de afuera
dá fácil introduccion
á un pajarillo cualquiera
del tamaño de un gorrion.
Por adentro, sin percance,
todo el cuello de un avance
mete el pájaro; despues,
como no hay donde afiance
ni las alas ni los pies,
Ni ellos le son de provecho,
ni ellas le hacen sino estorbo;
y empujando con despecho,
se hiere garganta y pecho
contra el borde ásperoy corvo.
Y víctima el animal
de su imprudencia fatal
que salir de allí le veda,
se angustia, desmaya y rueda
por la cárcel de metal,
Donde, triste prisionero,
pidiendo en vano merced,
sobre muchos que primero
tuvieron su paradero,
perece de hambre y de sed.
Mil avecillas buscando
sombra oscura en el estío;
mil en el invierno, cuando
ya lloviendo, ya nevando,
traspasábalos el frio,
Embocáronse en la panza
del caballo, que en venganza
debió decir para sí:
«renunciad á la esperanza,
pájaros que entrais en mí»
Con el tiempo se mudó
del jardin en que habitó
á la plaza donde está,
y entónces se le quitó
el cuerpo que encima vá.
Y los cóncavos secretos
del cuadrúpedo cruel
aparecieron repletos
de plumas y de esqueletos
de aves tragadas por él.
Dañosa curiosidad
las condujo á muerte cruda.
—¡Ay! ¡cuántos en nuestra edad
por la brecha de la duda
se abisman en la impiedad!
Abismo donde pedir
favor al mortal discurso
no basta para salir:
él nos deja sin recurso
desesperar y morir.

J. E. HARTZENBUSCH.

(1) Así se llama ó llamaba la que está á orilla del estanque mayor del Retiro.

UNA TARDE EN LA PLAYA DE BONANZA.

Con dificultad podrá formarse el que no haya visto el mar por sus propios ojos, una idea cabal del cuadro imponente y sublime que presenta aquella inmensa estension de agua destinada por la voluntad del Eterno, como para ceñir con sus brazos á la tierra. Nadie mejor que yo ha podido convencerse de esta verdad, por la sensacion que esperimenté la primera vez que desde la cubierta del vapor Bétis, en donde regresaba de Sevilla á Sanlucar de Barrameda vi presentarse á mi vista cual por magia el inmenso Oceano precisamente en el punto en donde el caudaloso Guadalquivir paga el tributo de sus aguas á ese rey de los mares. Ansioso de saciar mi viva curiosidad y contemplarle á mi placer, salté en tierra en un muelle construido á la sazon, de mamposteria, y hasta cuyo pié pueden á veces en mareas altas atracar los vapores destinados al tránsito del Guadalquivir. En frente del muelle se halla la aduana de Bonanza recientemente construida, cuyas proporciones y arquitectura interior no solo son sumamente defectuosas para el objeto, sino que la materialidad del edificio tiene tan poca solidez y travazon, que á duras penas los empleados de real hacienda pueden residir en él. Lo mismo sucede con las casas que forman aquella pequeña po-

blacion llegado el caso en tiempo de lluvias de llenarse las habitaciones de agua. Algunos caleseros situados con sus incómodos carruages en la playa para recoger los pasageros del vapor, me ofrecieron sus servicios; pero yo informado que solo distaba Sanlucar un cuarto de legua de aquel punto, quise andar el camino á pié y aprovechar la frescura agradable de una tarde deliciosa de primavera.

Embebido en mis reflexiones andada sin apartar los ojos del mar, cuyas olas con un ruido sordo llegaban á veces hasta mis pies salpicándolos con su salobre y espuma. De pronto veo una lancha en seco, y en su centro una muchacha que parecia rayar en doce años, la cual presentándome un trozo de cuerda encendida, me dijo en un tono tan gracioso como particular.—¡Candela, caballero!—Al eco de su voz me adelanté hácia ella, y me detuve un momento para contemplarla. Era pequeña, pero bien formada, y la naturaleza pródiga en los climas meridionales con el bello sexo, habia adelantado tanto sus formas, que mas bien parecia una muger hecha que una niña. El color de su rostro aunque trigueño y testado por la inclemencia de las estaciones, no carecia de frescura, y hermanaba bastante bien con el brillo de sus rasgados ojos, negros como el ébano, y llenos de fuego y espresion. Su cabello, del mismo color que sus ojos, estaba atado atrás con una tosca cinta con tal descuido, que algunos de sus ramales desprendidos del nudo que los unia, bajaban en crespas ondas sobre su desnudo cuello. Llevaba un vestido azul, bastante limpio, pero tan corto, que dejaba á descubierto la mayor parte de su pierna trigueña, aunque no mal contorneada.—¿Qué haces? la pregunté. No lo vé su merced, me contestó, vendo candela á aquellos que tienen un cuerpo tan chusco como el suyo.—Muchas gracias, amiga; ¿pero tienes padres?—¡Jesus, Maria y José! ¡Vaya si los tengo!—¿Qué son?— Pescadores, allá tiene V. en la playa echando á tierra el pescado que acaban de cojer.—¿Dime, buena niña, y tú estás contenta con tu vida?—Si señor: siempre estoy alegre; por la mañana vendo en la plaza pescado; por la tarde vengo aqui á ofrecer candela á los viajeros que desembarcan del vapor: luego vuelvo á casa, y como un buen gazpacho con todos mis hermanos, y por la noche bailo el fandango con mis amigas, al son de la guitarra que nos toca mi primo Curro. Calló la muchacha, y yo la miraba asombrado, pareciéndome increible que se conceptuara feliz, cuanto es dable, un ser tan pobre, y cuyos vestidos cubrian apenas decentemente sus carnes. Despues de un momento de silencio la pregunté si encontraria allí cerca alguna elevacion de donde pudiera descubrir el mar en toda su estension, y habiéndome respondido afirmativamente, ofreciéndose á acompañarme y servirme de guia, nos pusimos en marcha con alguna velocidad. Al pasar por varios puntos notables de la playa, la muchacha provocaba mi atencion, diciéndome su nombre y señalándomelos con el dedo. Aquel que veis allí, me decia, es el castillo de San Salvador, fortin situado en la mitad del camino de Sanlucar á Bonanza. Mas allá aquella alameda que se descubre sobre la derecha, se llama la Calzada, que es el paseo actual de la ciudad; y en esa hondonada, añadia, delante de la cual vamos á pasar ahora, está la fuente de las Piletas, adornada de dos hermosos llorones y cuyas aguas medicinales son escelentes para los que padecen de obstrucciones. Cesó de hablar en fin, y viéndome sumergido en mis meditaciones, se puso á andar delante, entonando unas seguidillas, que yo no habia oido hasta entonces, y cuya letra es la siguiente:

El amor y el cuchillo
Son dos estremos,
Mucho acero á la punta
Y al cabo un cuerno.

De este modo llegamos á una elevacion que se adelantaba en punta hácia el mar; en su cima se veia un castillo ruinoso, que segun supe se llamaba *del Espíritu Santo*: allí despedí á mi conductora despues de haberla remunerado por su trabajo, y yo me interné en las ruinas de aquel edificio. El castillo del Espíritu Santo, construido poco antes de la guerra de la independencia, y volado por los ingleses, con el fin de que no pudiera servir de punto fuerte á las tropas invasoras de Bonaparte, se halla situado en una posicion topográfica sumamente ventajosa para una larga y vigorosa defensa. Su base es de forma rectangular y aun se conserva en pié la parte baja del edificio, algunas murallas y dos torreones, aunque cuarteados y amenazando desplomarse al soplo de un recio viento. Entré por medio de escombros á un patio, en cuyas paredes se divisaban varios caracteres trazados con carbon ú otra cosa semejante y medio borrados por el ála del tiempo; en su estremidad subí unos cuantos escalones desmoronados cubiertos de verdin y silvestres yerbas, los que me condujeron á una especie de azotea de donde se descubre el punto de vista mas magnífico y sorprendente que puede concebirse.

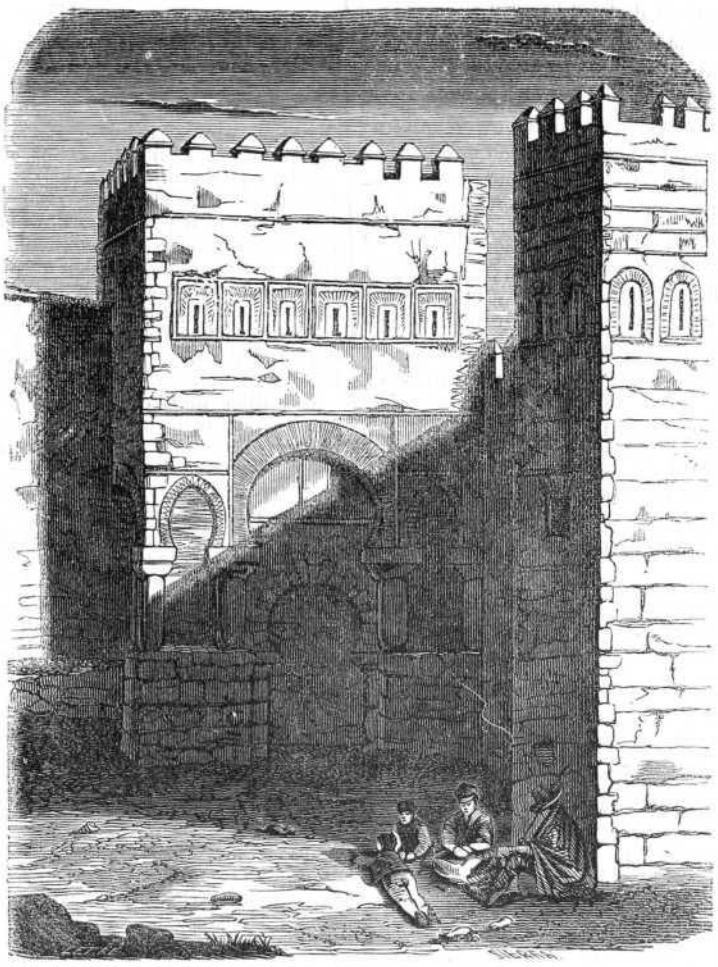
El mar, no limitado en aquel punto por ninguna montaña, forma un plano inmenso azulado que corta la bóveda del cielo por una línea circular iluminada del sol en su ocaso, cuyo fuego rojizo parecia que realmente iba á apagarse en las aguas del Oceano, comunicándolas un color purpúreo con ráfagas de oro y grana. Las olas, azotadas por la brisa de la tarde, con un ruido semejante al de las cañas que agita un vendabal, levantábanse en continua ondulacion como montes movibles, y se sucedian unas á otras viniendo á veces á morir en la playa mansas como las arrugas que forma la superficie de un lago; otras mas corpulentas é irritadas, á estrellarse con fragor al pié del castillo, haciendo saltar hasta su cresta en forma de lluvia su blanquísima espuma, presentando á mi vista la imágen sensible de los deseos del hombre; ya terribles y vehementes, ya casi amortiguados por el logro del objeto anhelado, ya volviendo á renacer con mas fuerza bajo distintas formas. En esto diviso en el horizonte una vela latina cuya forma triangular parecia el ála de un pájaro acuático raspando en su rápido vuelo la superficie de las aguas, hinchada por un viento en popa, cada vez se acerca mas y se hace mayor; de modo que muy en breve distingo una lancha pescadora y las personas que iban en ella, las que por sus sombreros gachos, las fajas encarnadas, la chaqueta y pantalon pardo oscuro, me hicieron conocer eran pescadores sanluqueños. A poca distancia de la playa varios de ellos se arrojaron al agua que podria llegar á la mitad de sus desnudas y tostadas piernas, y recogiendo un cable que los del barco les echaron, unieron sus esfuerzos; consiguiendo traerle casi en seco. Desembarcó entonces toda la chusma; y mientras los unos estendian en el suelo las redes para secarlas, otros iban sacando pescados de todos tamaños, y particularmente muchos conocidos con el nombre de pescadilla, colocándolos en cestas de toscos mimbres, en medio de los gritos de una multitud de muchachos acudidos allí para verlos, y las risas y voces de sus mugeres y sus hijuelos. Concluida esta operacion, encendieron junto al casco de una lancha que allí habia una grande hoguera, y sentándose alrededor de ella, prepararon por sus propias manos su frugal comida, con mas apetito y sosiego que el rico potentado, cuya espléndida mesa adornan los mas esquisitos y escogidos manjares.

F. G.

Los señores suscritores de provincias por término de tres ó seis meses, se servirán renovar inmediatamente á fin de que no esperimenten interrupcion en el recibo de los números.

En el próximo concluirá el interesante cuento del Señor Gimenez-Serrano titulado *La virgen del Clavel* que no ha podido tener cabida en el presente.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LA ANTIGUA PUERTA DE VISAGRA. (1)

No es en verdad la *puerta de Visagra* uno de aquellos edificios que no despiertan consideracion alguna al examinarlos, ni que merece el olvido y desden con que algunos artistas lo han visto en nuestros dias. Ya el nombre solo ha sido desde el siglo XVI causa de largas discusiones entre los filólogos, dividiéndose estos en opiniones distintas, que aparecen mas ó menos justificadas, mas ó menos probables. Los mas adictos á los estudios latinos intentaron probar desde luego que la palabra *Visagra* era una corrupcion de las voces *Via y Sacra*, camino que existia en Toledo á imitacion del *Clivio Capitolino* que desde este célebre monumento atravesaba por el *Foro Boario* hasta llegar al anfiteatro de Vespasiano conocido mas generalmente con el nombre de *Flabio*. Entre los que mas calor tomaron en defensa de este aserto se distinguió el doctor Pisa en su *Historia de Toledo*, no advirtiendo que la *Via Sacra* de los romanos, á diferencia de la pretendida de la corte de los visigodos estaba dentro del recinto de los muros y llevaba aquel nombre por los sacrificios que en ella se celebraron al establecerse las paces entre Rómulo y Tacio, rey aquel de la naciente Roma y este de los Sabinos. Este es al menos el sentir de los mas respetables historiadores de la antiguedad. Queriendo otros escritores ir mas lejos en sus conjeturas, han supuesto que se llamó así la puerta de que tratamos por conducir á un territorio que llevaba el nombre de *Sacra Cereris*, deidad á quien estaba aquel campo consagrado, por las abundantes mieses que producia. Esta opinion que pudiera formarse de todos los campos que rodean la mayor parte de nuestras ciudades, parece mas desprovista de fundamento que la anterior y puede por lo tanto ser mas fácilmente combatida.

Los que se dedicaban, por el contrario, al estudio de las lenguas orientales quisieron con mas razon encontrar la etimologia de esta palabra en el idioma de los árabes que habian imperado por tanto tiempo en Toledo. Probable parecia, en efecto, que los que habian fundado aquella puerta le pusiesen nombre siendo muy natural que al verificarlo tuvieran presente la situa-

(1) Tomamos estas noticias de la muy apreciable obra del señor Amador de los Rios titulada: Toledo Pintoresca.

cion en que se hallaba. Asi fué que surgió espontáneamente la opinion de que la palabra *Visagra* se deriva de las voces *bab y shara* que significan *puerta y campo*. Otros arabistas, no contentos del todo con este orígen se apartaron de él diciendo, que á la espresion *shara* debia sustituirse la de *chacra*, cuya interpretacion era *rojo* ó bermejo, aludiendo á la puerta que se encuentra en aquellos alrededores de semejante color para sustentar su aserto. Pero esta opinion que en tan frágiles fundamentos estriba queda completamente desvanecida, al recordar que en muchos pueblos de Andalucia, especialmente en los del reino de Granada, se conocen algunos lugares con el mismo nombre de *sagra*, sin que la tierra sea bermeja. La significacion de *bab shara* no podia ser por otra parte mas propia ni adecuada al lugar en que existe la antigua puerta: todo lo cual unido al testimonio de eruditos orientalistas, nos hace adoptar como verdadera la opinion indicada.

Rebelado Hescham contra el califa Abd-er Rhaman por los años de 838 y derrotado por Walies de aquel monarca, enviados para apagar la insurreccion fué preso y decapitado en la puerta de Visagra quedando en ella espuesta su cabeza para escarmiento de traidores.

Los arcos de herradura de la misma forma y construccion que los de la Aljama de Córdoba, los capiteles y las columnas toscas y pesadas que revelan haber pertenecido á otro edificio; y finalmente las dimensiones y la forma total del torreon en que se vieron abiertos los arcos de entrada, el estado de incertidumbre en que se hallaba la arquitectura y la elaboracion lenta y dificil que tuvo necesidad de hacer con los diferentes elementos que concurrian á constituirla antes de aparecer con vida propia, aspirando á proclamar su nacionalidad y su independencia, no dejan duda de estas observaciones. La fachada de esta puerta se compone de tres arcos, siendo el del centro mucho mas ancho y elevado que los laterales, que conservando las tradiciones de los primeros templos del Asia, presentan la forma apuntada, si bien con menos atrevimiento que los arcos de ojiva que caracterizan en parte la segunda época de esta rica arquitectura. El arco del centro contiene otro de mas reducidas dimensiones que se aparta de aquel por el grueso del muro que lo forma y constituia la puerta, propiamente hablando. Las pechinas de dichos arcos aparecen recortadas por ligeras líneas de ladrillo, alzándose sobre ellas un cuerpo ó fila de troneras que ocupando el centro del torreon que servia al par de defensa á la puerta, le da un aspecto grave revelando el estado de las costumbres militares de aquellos apartados tiempos. Coronada de almenas esta torre, como las de las murallas inmediatas, aparecen estas sin embargo menos gallardas y mas gruesas completando asi aquel todo algun tanto pesado, que constituye la fisonomia de la celebrada puerta de *Visagra*.

LAGRIMAS DEL CORAZON.

por

D. JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

Un tomo de poesias es ahora una cosa tan rara, como comun era há diez á doce años.—Entonces los jóvenes recien salidos de los colegios, se improvisaban poetas de la noche á la mañana, y enhilaban una multitud de composiciones espasmódicas, que algun periódico literario—tan abundantes á la sazon como los poetas—acojia y ensalzaba con entusiasmo. Despues aquellas odas fugitivas, aquellos sonetos lastimosos, aquellas letrillas fúnebres, se reunian y se compilaban en un tomo, al que se le buscaba un título muy sonoro, muy retunbante, muy vacio de sentido, y con el cual las anunciaban las cien trompetas de la fama.

Cuántas aberraciones, cuántas monstruosidades, cuántos absurdos han hecho gemir las prensas en los primeros tiempos de nuestra revolucion literaria! Cómo se profanaban con ellas la sana razon, el decoro, y el arte, herido y vilipendiado por los mismos que se llamaban sus sacerdotes!... ¡Cuantos estravios lamentables hallamos tambien recorriendo las obras de los que mas tarde, corregidos y purificados por su propio genio, se dejaban llevar del torrente impetuoso del mal gusto! Y en fin, cual se prestaban al ridículo todas aquellas exajeraciones del estilo, de la forma, de la espresion; toda aquella fraseologia hueca, que podia seducir un momento por su ficticia brillantez, pero que no resistia al crisol del análisis, y las mas veces se hundia bajo el peso de su propia estravagancia! Desgraciadamente el mal no se ha estinguido tan de raiz que no hayan quedado algunos resabios; y con frecuencia nos hacen reir el célebre *Maldicion*! el epígrafe á *una muger*, y las imprecaciones y los lamentos que eran el tema obligado de tan terroríficos vates! Todavia asimismo ciertos sectarios tímidos de la caduca escuela nos recrean con sus grotescas palabras, y sus atrevidos giros! Mas esos ensayos retrospectivos asoman modestamente en el folletin de un periódico de provincia, ó entre los huecos de los artículos de fondo y las noticias varias, y son meteoros muy poco deslumbradores que nacen y mueren en un instante.

Así, si ahora es menor el número de las composiciones poéticas que se publican, es mucho mayor su bondad relativa. Ya no vemos todos los dias anunciados en las esquinas volúmenes infinitos de versos; ya no se disputan los vates la atencion y el exámen del crítico; ya por último no le persiguen con sus elucubraciones, ni le asedian con sus rimados conceptos. No poco ha ganado la buena literatura con la fuga y el desbandamiento de aquellos constructores de elegías, de aquellos fabricantes de odas, cuyo talento, como la fuerza de Sanson, consistia sin duda en sus melenas, perdiendo el uno desde el punto en que cortaron la otra! Con efecto, que raros tipos quedan del poeta romántico, bajo su doble aspecto físico y moral!.... Ya no se ven aquellos individuos de siniestra faz, de pálido rostro, de mirada torva, que hablaban á todas horas de su destino maldito, de su porvenir sangriento, de su presente infeliz; que llamaba á la muger *demonio*, á la vida *infierno*, y asimismos se llamaban *Parias*; y por último, que reconocian por únicos atributos del arte el puñal, el veneno, y la lanza!—En nuestros dias el poeta viste como los demas, habla como los demas, y hace la vida de los demas.—No le busqueis en los cementerios ni en las soledades; porque solo le hallareis en los teatros, en los paseos, en los cafés, alegre, bullicioso, risueño; no recordando sino para mofarse de ella la época en que el vulgo cándido señalaba con el dedo á los modernos iluminados, diciendo entre burlon y atónito:

—Mirad! Ese que pasa es un poeta!

Todo lo que hoy se publica en el género lírico se

distingue por su naturalidad y casi siempre por su buen gusto. No importa que el estilo sea elegiaco, con tal de que no peque de empalagoso; no importa que se hable de amor, de lágrimas, de amargura, porque sabido es que tales han sido en todos los siglos los temas obligados de los vates; pero haya verosimilitud y verdad en esos dolores; haya elocuencia en la espresion, filosofía en el pensamiento, y nosotros perdonaremos de buen grado la monotonía inevitable en lo que tantas veces se ha dicho con diferentes frases desde Anacreonte hasta Petrarca, desde Fr. Luis de Leon hasta Zorrilla.

La monotonía es el principal defecto en el tomo publicado por el Sr. Guell y Renté; todas las composiciones que contiene pertenecen á la misma escuela; todas se consagran á un mismo objeto, y todas tienden á un mismo fin. Esta uniformidad daña grandemente á su efecto en la lectura, pues gusta en general la contraposicion de lo profundo con lo ligero; de lo grave con lo ameno; de lo melancólico con lo alegre.—Cierto es que el libro se llama *Lágrimas del corazon*; mas nosotros hubiéramos preferido que se faltase un tanto á las consecuencias de estetítulo, ya que se habia adoptado decididamente.

En cambio, el Sr. Guell se ostenta siempre tierno, sentido, y apasionado; y sus conceptos tienen elevacion y grandeza cuando se dirigen á Dios. Quizás los mejores trozos son aquellos en que el poeta habla á la divinidad. Hé aquí algunos:

. . . . . .

Que eres, mi Dios, la eterna primavera
con su aromoso ambiente y su hermosura;
se agita entre los aires placentera
la omnipotente voz de tu ternura;
viven por tí los árboles y flores;
vive el pájaro alegre en la enramada;
la fiera matizada de colores,
y el pez entre el cristal de su morada.
Haces del pedernal jigante rio;
de la espuma del mar los aquilones;
de las nieves el plácido rocío;
del polvo de tu planta las naciones.
Sembraste el claro sol de rayos de oro;
la blanca luna en el azul corriendo;
y cubierta tiernísima de lloro
la aurora entre las sombras sonriendo.

No son menos notables las dos siguientes octavas de otra composicion, por su sentimiento religioso y por su entonacion vigorosa:

Postrado el corazon te reverencia;
en su incurable enfermedad te admira;
eres única luz de mi conciencia,
y eternidad por quien mi amor suspira:
eres el grande libro de la ciencia,
donde historiado está cuanto respira;
y escucha mi dolor tu santo grito
en el inmenso mar de lo infinito.
Nunca está solitaria el alma mia;
tu religiosa imágen la acompaña
al despertar el delicioso dia,
y á la muriente luz, que el mundo baña:
en medio de la noche eres mi guia:
pensando en tí de lágrimas se empaña
mi triste corazon, y te bendigo
que eres, mi Dios, del desgraciado abrigo!

La oda á la razon, la *flor de la esperanza*, y la dedicada *Al Rio Almendares* son composiciones dignas de elogio, por los pensamientos, el estilo, y las imágenes, dotes comunes á la mayor parte de las otras.—Las fantásticas poseen el carácter de originalidad indispensable si han de justificar su nombre; los romances se distinguen por su sencillez y por su pureza.

Alguna afectacion en las formas y en el lenguaje, y el uso de ciertos arcaismos podriamos reprender al Sr. Guell, si no compensaran estos lunares bellezas muy positivas, como la locucion poética, castiza y propia siempre, y la armonía y robustez de los versos.—Pero el apreciable poeta cubano habia demostrado y suficientemente estas cualidades, que no ha hecho sino confirmar ahora.

Réstanos decir algo de la edicion, la cual es lujosísima y elegante, y honra mucho las prensas del Sr. Alonso, de donde ha salido, por su limpieza, correccion, y por la belleza de los tipos.

RAMON DE NAVARRETE.

BARBAROJA.

La historia de los Barbarojas que tan nombrados fueron en todo el mundo, es por mas de un concepto curiosa.

Hubo en Constantinopla un renagado Alvanés llamado Mahomedi que fué gran marinero; habiendo cometido un delito se refugió en la isla de Metelin y casó en la ciudad de Bonava con una viuda cristiana que tenia de su primer marido (sacerdote griego) dos hijos y una hija. Seis hijos fueron el fruto de esta union, de ellos los cuatro varones tomaron la secta de Mahoma que su padre seguia. Nombrábanse Horruc, Isac, Haradin y Mahamet. El segundo siguió el oficio de carpintero, el tercero aprendió el de ollero y Mahamet fué morabita, Horruc segun otros Homich fué marinero como su padre y obligado por la miseria ó sintiéndose con ánimo para otras empresas dejó á sus padres y á su barca y partió á Constantinopla.

Finjió que su padre habia muerto y pidió su oficio, pero siendo comitre de una galera fué preso cerca de Candia por los caballeros de Rodas, en un encuentro que tuvieron con los turcos; anduvo al remo dos años con una cadena al pie y como era bermejo llamábanle todos Barbaroja. Horruc consiguió salvarse á nado, habiéndose antes quitado la cadena cortándose el carcañal con un cuchillo. Tornó á Constantinopla y pidió en vano su sueldo, porque Bayazetto habia mandado castigar á los oficiales de las galeras en que se perdió él. La necesidad le obligó á hacerse timonero de un bergantinejo que armaron dos vecinos de Constantinopla para ser corsarios. Aficionóse al oficio, y muerto que fué uno de los dueños de la galera se confabuló con algunos de su condicion, mató al otro amo á hachazos estando durmiendo, echó el cuerpo al mar y se alzó con el bergantin, tomó el camino de Berberia, entró en Metelina su patria, donde se detuvo poco por ser ya muerto su padre, hizo capitan del bergantin á Haradin y partió llevando consigo en la galera á Isac. Pasando por Nigroponte tomó una galeota turca, atravesó hasta Sicilia, costeó la isla buscando presa y halló por fin una nave con 300 españoles, entre ellos 60 de caballería que iban á Nápoles: combatióla dos dias, por fin la rindió por la traicion del contramaestre, que era genovés, y la barrenó. Barbaroja llevó la goleta é hizo un rico presente de artillería, caballos, esclavos y otras cosas al rey de Tunez, con lo que le ganó la voluntad. Dos meses permaneció allí y al cabo de ellos salió con otro navio del rey de Tunez dirigiéndose á Menorca donde rindió un buque con mercaderías de Flandes é Inglaterra; juntóse con los gelves y tomaron una galera del papa, trás esto anduvo mucho tiempo navegando, recorrió la costa de España haciendo siempre ricas aprehensiones, hasta que salió en su busca D. Be-

renguel obligándole á huir hácia Oran buscando la proteccion del rey de Tunez; bajo sus auspicios fué á sitiar á Bujía, donde perdió un brazo y tuvo que volverse por nuevos recursos con que tornar sobre Bujía, pero tampoco esta vez logró rendirla, teniendo en vez de triunfar, el sentimiento de que mataran á su hermano Isac: refugiado en casa de Benalcaldi, se supo que noticiosos los de Argel de que el rey D. Fernando, con el cual tenian ajustadas paces por diez años habia muerto, se preparaban contra los españoles del Peñon, resistiéndose á pagar el tributo y llamando á Barbaroja que ya tenia gran fama, para que los librase de la servidumbre. Partió pues para Argel donde estando cenando mató un turco al gefe á puñaladas por órden de Barbaroja, alzándose con Argel y llamándose sin resistencia rey; quitó las armas de Castilla y Aragon, combatió inútilmente el Peñon y mandó llamar á sus hermanos para su seguridad; declaró la guerra al rey de Tunez, envió contra él á su hermano Haradin quien ganó la ciudad, llamándose desde entonces Horruc rey de Argel y de Tunez.

Hondas disensiones habian tenido lugar en Tremecen y para poner término á ellas, llamaron á Barbaroja que ya era poderoso y que fué contento esperando alzarse con Tremecen como habia hecho con Argel. Encontró alguna resistencia, mas por fin entró con toda su gente, echó fuera de la ciudad á Buchemu, sacó de la prision á su tio Abuchemu y le hizo rey, pero á las cuatro horas le mató con otros hermanos que tenia y con los que le habian llamado en su auxilio y se apoderó de la ciudad.



Barbaroja.

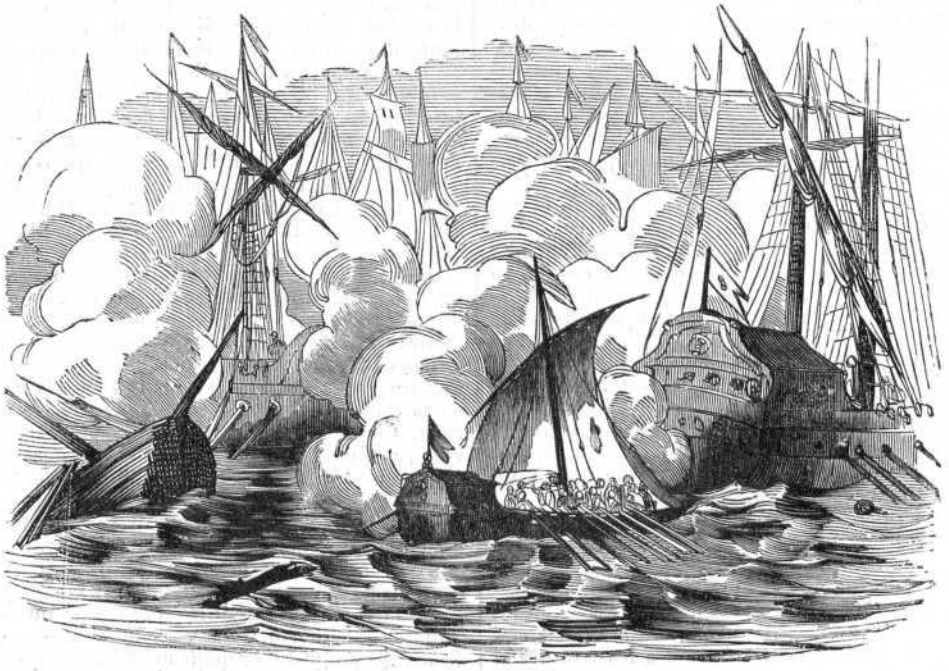
Tornó á Argel temiendo alguna conjuracion, llamó á su casa 70 caballeros y hombres ricos de la ciudad, los mató y robó muchas casas diciendo que lo habia hecho para que no fuesen traidores, como lo habian sido á sus reyes naturales.

Abuchemu partió á Oran á pedir favor al rey Don Cárlos, prometiendo pagar el tributo acostumbrado si se le daba gente con que recobrar sus reinos; dejó 32 niños nobles en rehenes para seguridad del socorro y marchó con 300 españoles poniendo en grave aprieto á Barbaroja, quien pidió socorro á sus hermanos; habiendo tratado de combatirlos los españoles, un descuido hizo que fueran sorprendidos y derrotados cuando mas esperanza tenian de inutilizar el socorro que aguardaba Barbaroja. La noticia de esta desgracia obligó á enviar nuevas fuerzas cristianas que alcanzaron á los turcos en Alcalá donde pagaron cara la

victoria que antes habian conseguido: allí murió entre otros muchos Mahamet hermano de Barbaroja. Viéndose este en una situacion desesperada se escapó secretamente por un postigo llevándose sus riquezas; luego que los españoles lo supieron codiciosos del tesoro que llevaba volaron trás de él, logrando darle vista á 30 leguas de Tremecen. Barbaroja arrojaba moneda, plata y oro y cosas ricas pensando que la ambicion detendria á los españoles, pero estos al paso que recojian lo que él sembraba le perseguian incesantemente, hasta que rendido de fatiga y de sed, se metió en un corral de cabras cercado de una débil pared de piedra, donde se resistió tenazmente hasta que un soldado le hirió con una pica, dió con él en tierra, y le cortó la cabeza llevándola á Oran con sus vestidos.

De este modo acabó Horruc Barbaroja, el año de 1518. Tal fué el fin que tuvieron sus afanes y el que le destinó su suerte, que le habia alzado de pobre barquero á rey de Argel, Tunez y Tremecen.

Haradin su hermano sintió mucho la muerte de Barbaroja, pero dando treguas á su sentimiento no se descuidó en apoderarse de Argel poniendo buena guardia en las fortalezas y matando á algunos españoles cautivos, en venganza de la muerte de Horruc. Gobernaba la ciudad con mucha blandura y mostraba á los habitantes un pedazo de la camisa de su hermano, afirmando que hacia milagros, no faltando quien lo creyera, porque trataba mucho con los morabitas y ermitaños. Haradin Barbaroja consiguió ser recibido por rey: las aventuras de este corsario bravo y feroz, sus alternativas hasta llegar á ser general de la armada del turco y temido en toda la cristiandad, no son para referidas en los límites que nos hemos trazado para este artículo.



LA VIRGEN DEL CLAVEL.

CUENTO MORISCO.

(Conclusion.)

Estramuros de la ciudad (sabido es que hablamos de Granada), por la parte del Norte, sobre una collacion de las mas vecinas descollaban las ruinas de una atalaya, á cuya sombra habia una mal oculta sima que daba entrada á un aljibe sin agua, de tamaña estension y estructura que se asemejaba mas á suntuoso salon de soterrado palacio. Cuatro eran sus naves y ocho los robustos y altísimos pilares que sostenian las elegantísimas bóvedas apuntadas, que con elegantes arcos se enlazaban. Bañados sus muros con roja y brillante mezcla de búcaro guadixeño, engalanados sus rincones con petrificaciones caprichosas, cubierto de blanco mármol su pavimento, no parecia destinado aquel lugar magnífico á ser centro comun y reunion de los *monfier*, mas fieros que por aquellos tiempos inundaban los campos granadinos.

Eran estos *monfier* moriscos fanáticos que exasperados por las injurias de los cristianos recibidas, ó airados con la humillacion de su grey, de su Dios, de sus leyes y de los tratados, se habian huido á los bosques y lugares escondidos de los campos para vengar cruelmente con tormento y martirio de cristianos el recibido daño, ó tal vez el impensado insulto.

Los que en el aljibe se reunian eran salidos del Albaicin y con sus feroces hazañas tenian aterradas á las pacíficas gentes cristianas y en reserva á los mas valientes de la soldadesca. A la ocasion presente (un año despues de ser monje nuestro monagillo y profesada ya la catecúmena Amina) acababan de perder su gefe en un encuentro con la gente de los cuarteles de San Lázaro y andaban á la desbandada sin dar golpe de provecho, ni combinar sangriento asalto. Para remediar esta inercia secretamente se habian reunido y conversaban, á la lumbre de unas teas en el aljibe que hemos descrito; pero aunque todos se hallaban animados de vengativos deseos era imposi-

ble compaginarlos para la eleccion de un gefe, pues un anciano Dervix que con proféticas y elocuentes voces los exortaba contra los cristianos tenia secos los ojos por el fuego de la inquisicion y mutilados todos sus miembros.

La noche se promediaba sin decidir nada de provecho, todos aseguraban obediencia, mas cuando alguno se proclamaba capitan, la reunion era un tumulto y brillaban las armas, cruzándose amenazas horribles y gritos de sedicion.

—Retirémonos, hijos, esclamó desconsolado el anciano. Dios grande, eterno, invisible que todo lo sabe y todo lo vé, nos enviará un hombre privilegiado para que como el santo profeta os guie contra los enemigos de su ley que con eterna maldicion confunda.

—Sí, en nombre de Dios vengo yo, para guiaros á la matanza y llevar delante de vosotros la tea del incendio y la gumia que se afila en las entrañas de los enemigos y se purifica con la sangre que destilan sus corazones.

Y al tiempo mismo dando un salto de pantera apareció en medio de ellos un mancebo que apenas rayaba en el fin de los tres primeros lustros de la vida. Estaban rotos sus vestidos, descalzos sus pies, descubierta su cabeza y descompuesta su corta y avedijada cabellera. En la una mano traia una rica gumia desenvainada y en la otra una brillante tea de resinoso pino de Armilla. Sus ojos despedian fuego, sus lábios hinchados, su afilada nariz, su despejada y altiva frente inspiraban respeto, porque aparecian rodeadas con el aureola del entusiasmo.

—¡Noble hijo de Harmez! dame los brazos que si mis ojos no pueden contemplar tus nobles facciones, mis oidos se han regocijado oyendo el aureo murmullo de tu voz. Sí; tú eres el gefe que Alá nos envia con su santa y omnipotente mano.—Esto dijo el venerable Dervix todo conmovido con aquel inspirado acento.

—Sí, repuso el jóven, humillaos monfies que soy Ben-Harmez, el mas noble de los senetes, tended vuestras marlotas para que pase el capitan que os envia Alá que dá la victoria y decide las batallas con el aire de los pliegues de su manto.

Aquellos hombres endurecidos en el crimen y en la guerra, subyugados por el acento del imberbe y audaz rapazuelo, cruzaron sus brazos ante el pecho y doblaron humildes la frente.

—«Ensalzado seas, Señor que con tus ojos dominas la estension del universo y que has dejado llegar hasta mis lábios la copa de la venganza».... Y oyendo las campanadas de las doce en un reloj de la ciudad cesó en su oracion y dijo dirigiéndose á los monfies el improvisado general.

—Cerca de este lugar, levantan un templo y habitan paganos sacerdotes de Castilla, corramos á desgarrar sus vestiduras y á estinguir con su sangre las lámparas no encendidas en la mezquita *Guay! Alá juma subafana ju!* (1)

—*Alá achbar!* (2) contestaron todos, y dejando al anciano Dervix que en las ruinas habitaba se lanzaron apagando las teas en seguimiento de Harmez que hácia Cartuja comenzó á guiar con cautela.

La area primitiva del monasterio cartujano estaba concluida, mas no la Iglesia ni los claustros; si bien la capilla mayor estaba habilitada para en ella celebrar los divinos oficios. En una pobre casa de tierra habitaban los cuatro monjes mas ancianos venidos de las cuevas, y de los otros dos, el donado guardaba la portería del cercado y el lego (que era Juan) dormia en una pieza contigua á la sacristia por ser esto lo que la comunidad le tenia especialmente encargado.

Los monfies deslizándose por entre la maleza como serpientes, llegaron á las tapias de la cerca y se acurrucaron en los ángulos del cobertizo de la portería. Harmez se tendió en el umbral de la puerta y comenzó á quejarse primero y despues á llorar como un niño recien nacido. Sus mismos compañeros que eran ocho y bien armados, admiraban la perfecta imitacion, y ya columbraban el fin de tan estraña supercheria.

En efecto el donado que guardaba la puerta, se despertó con el fingido llanto y movido por caritativo impulso cogió una lamparilla que delante de una vírgen ardia y abriendo con cautela la rejilla se certificó de que nadie estaba á las puertas y que solo en el umbral lloraba una criatura abandonada al parecer. Separó entonces el puntal de pino descorrió el clavo y alzó el picaporte entreabriendo con cuidado el robusto y angosto postigo; mas al tiempo mismo cayó sobre él como un rayo Harmez y de una puñalada le arrancó la vida franqueando asi la entrada á sus amigos. Como infernales sombras penetraron aquellos foragidos en el compas y comenzaron á rodear la pobre habitacion de los monjes, á la manera que una hambrienta jauria de lobos cerca con torvo paso al helado é indefenso caminante sorprendido en despoblado por la noche. No hallaban medio los monfies de entrar sin ruido y si los cartujos se alarmaban, con un toque de rebato, el golpe era en vano porque la ciudad estaba cercana. Con un ligero grito semejante al de un ave nocturna, Harmez los congregó á su lado y les mandó que se acercasen á la puerta principal. Despues que le hubieron obedecido trepó á un robusto madreselvo que cercano á la casa habia y meciendo una de sus ramas logró acercarse y aun dominar á veces el humilde tejado que servia de cubierta al comenzado claustro. Sus ojos de gato penetraron en la oscuridad y reconocido el terreno de un salto se lanzó sobre el caballete con la agilidad de una ardilla. Deslizóse por las tejas sin ruido, llegó á la modesta torre, compuesta entonces de dos pilares y un mal cobertizo tejado escaló afianzándose en las rodillas, ayudado de sus manos, con la gumia entre los dientes, la mas escarpada de las esquinas barbeó el antepecho y con un desesperado esfuerzo pasó como una serpiente por debajo de la campana y vino á caer en la meseta interior desde donde el sacristan repicaba. Cortó la cuerda con su puñal y con aire de victoria dió otro grito imitando el de las aves nocturnas cuando hacen presa. Le entendieron los de abajo y el regocijo inundó sus pechos crueles.

Presto Harmez pisó los claustros y tropezando con un monje que delante de una capilla oraba le arrojó por detrás un lazo con la cuerda que enroscada á su brazo traia y poniéndole el pie en la espalda le dejó sin vida y sin aliento antes que gritar pudiese. Bajó, franqueó la puerta y al grito de *Alah acbhar* el lugar de ascetismo y de oracion cristiana fué convertido en sangriento teatro de crueldades sin número. Mas la hazaña debia ser completa y por el pasadizo se dirigieron á incendiar la iglesia no acabada, á robar los sagrados vasos y á trocar sus inmundas vestiduras por las sagradas y ricas ropas del sacerdocio. Mas alli encontraron no esperada resistencia. Confiados con la fácil victoria, ébrios con la sangre de los indefensos ancianos que acababan de sacrificar, penetraron en el templo con grande algazara y con teas para incendiarle. A tan estraño clamoreo despertó Juan y conociendo que eran moriscos los gritadores olvidó su nueva profesion de mansedumbre y con alientos de bizarrísimo soldado cogió un hacha de las que los carpinteros alli guardaban y se lanzó á la sacristia, airado como el marino que vé llegar los piratas al costado de su barco.

—A mi perros! salia gritando el fiero sacristan y todos los monfies dispersos por la capilla se le vinieron encima ahullando y escupiéndole en el rostro. Mas mordió la tierra el primero que llegó á ponerse al alcance de su hacha que revolvia Juan como si fuese una pluma. Espantados retrocedieron los alarbes y nuestro héroe dando un seguro salto hendió por el pecho á uno de ellos y con el cuento de su arma hirió mortalmente en la sien á otro que le amagó con una azagaya por el derecho lado. Cinco restaban; pero todos dieron á huir al tiempo que Harmez gritando—Ala acbhar! se ponia delante de aquel inesperado

(1) Hágase la voluntad de Dios!
(2) Dios es grande! Este era el grito de guerra de los abencerrages.

nemigo con una tea en la siniestra mano y su enangrentada gumia en la derecha.

Juan vaciló al reconocer aquellas facciones y un tropel de recuerdos cruzaron por su frente, encendida con la ira.—Harmez era hermano de Amina y tal influjo ejercieron en el ánimo del monje las miradas ardientes del morisco que desmayó su valor y aguardó el ataque. No se hizo esperar el mancebo, plegóse con la vista fija en el arma de Juan y cogiendo una azagaya del suelo la envió silvando derecha al pecho del cristiano. El sacristan trazó un semicírculo con el mango de su hacha y la lanza salió despedida y fué á clavarse en uno de los pilares del edificio.

Animados los monfies con el ardimiento de su gefe intentaron rodear al valeroso monje, este conociendo el peligro de su vida ganó el muro y se preparó á la defensa. Mas Harmez hizo seña á los suyos de que le dejasen solo, y todos le obececieron. Juan guarnecido por la espalda habia bajado su hacha como diestro reñidor y esperaba los golpes de sus enemigos; su elevada talla, sus robustos miembros, sus ojos fulminantes con la pelea, su negra y luenga barba formaban un conjunto hermoso y terrible. Harmez se adelantó y amenazó con la encendida tea al sacristan, poniéndose muy al alcance de su brazo. El amante de Amina creyéndole descuidado y compadeciendo los pocos años del morisco le asestó un revés al costado pero veloz como un gato saltó el mancebo y Juan se descompuso para la defensa con el golpe en vago. Entonces Harmez le sacudió la tea sobre los ojos cegándole con las chispas y arrojándole la gumia con destreza le atravesó el cuello con tal ímpetu que quedó clavado Juan al muro del edificio....

Las llamas rompieron al mismo tiempo por la cúpula del edificio y coronaron la casa que los monjes habitaban. Alarmóse el barrio inmediato de la ciudad y los alentados fueron alli ganosos de pelea. Algunos *bravos* que siempre en fiesta de espadas llegan los primeros, mas por el interés que por la honra, penetraron por entre las llamas que casi inundaban la iglesia y á la cabeza de ellos iba nuestro conocido, Corbacho, el amigo de Juan que tropezando con el cadáver de un monje se inclinó y reconoció al travieso sacristan de S. Cristoval cosido á puñaladas y exalando el último suspiro.

—Voto á... y lo echó redondo, eres tú Juan; pronto aqui lebreles ayudadme á levantar este mozo que es de chapa.

—Déjame morir: dijo con exánime aliento el monje, arranca de mi pecho un relicario y entrégale en Santa Isabel á Sor Amparo.... Con estas palabras dió el último suspiro envuelto en borbotones de sangre...

Corbacho que era hombre de entrañas de hierro sintió que se le ablandaba el corazon y viendo que el fuego le rodeaba con sus alas dijo con acento solemne.

—Te lo juro por la salud de mi madre y por el contento de mi vida: y abriéndole el hábito con la daga le arrancó el relicario y salió medio chamuscado de aquella hoguera que ya por todas partes le cercaba.

Los monfies no se encontraron: al reflejo del incendio algunos campesinos aseguraban que por la montaña vecina vieron huir á algunos vestidos con los hábitos blancos de los monjes.

Pasados algunos dias, un bravo con gran sombrero, ligas de balumba y ancha espada de travieso, llamaba en el torno de las monjas de Santa Isabel la Real, con mas respeto de lo que su traza requeria y entregaba á Sor Amparo (que no era otra sino Amina) un relicario manchado de sangre y le contaba con frases mal sonantes aunque sentidas y casi con lágrimas en los ardientes ojos la trágica historia del incendio de Cartuja. Tal impresion hicieron sus razones en la pobre monja que le entró un parasismo del cual no volvió en algunas horas con notable admiracion de las buenas madres. Amina colocó el relicario que solo encerraba el clavel cuya historia conocen ya mis leyentes, en el pecho de la Vírgen del Amparo, cuyo nombre llevaba, cuya capilla cuidaba con religioso *amor* y y ante la cual pasaba las noches de claro en claro, orando con fervor y derramando lágrimas que brotaban del corazon. El fuego del alma de la jóven profesa incendió su cerebro y su sangre. La fiebre lenta de las grandes pasiones secó las hojas tempranas de aquella flor; antes del octavo dia despues de la muerte de Juan subió al cielo para morar entre el coro de las vírgenes.

Sus compañeras que la tenian en olor de santidad sintieron notablemente su muerte, la hicieron las modestas exequias que reza la órden y la enterraron al pie de la capilla árabe de la VIRGEN DEL AMPARO que desde entonces por lo que encerraba el relicario se llamó DEL CLAVEL y es fama que habiéndole encargado el sermon de honras de la monja al cura de San Cristoval, subió al pulpito el buen anciano y al querer dirigir la palabra á los fieles se le anudó la voz en la garganta, se le inundaron los ojos de lágrimas y llorando como un niño tuvo el podre octogenario que dejar la tribuna del Espíritu Santo, quedando burladas las beatas y descontentas las madres.

Tal es la triste historia de LA VIRGEN DEL CLAVEL en cuya trama y relato tienen, lector, como te dije, gran parte la tradicion popular y la crónica y no poca el escaso ingenio mio.

J. JIMENEZ-SERRANO.

HUESCA.

Huesca, antiquísima ciudad de España del reino de Aragon, fundada segun refiere el Abad de S. Juan de la Peña por los fenicios, que codiciosos de las minas de oro y plata que se descubrieron por el grande incendio acontecido en los montes Pirineos por el año 600 despues del diluvio, segun refiere Diodoro Sículo, vinieron á este punto como muy inmediato á aquellos tesoros, y volvian cargados de inapreciables riquezas, puesto que el oro y la plata de estos parages era la mas acendrada, y asi se llamó por escelencia *aurum oscense et argentum oscense*. Asi que, era la ciudad en que se batia la moneda que fué mas estimada de los romanos.

Está edificada esta ciudad en un apacible y poco elevado cerro desde cuya cima, que es llana y espaciosa, se estiende en figura elíptica hácia el mediodia: rodéala un estenso y ameno llano sembrado de algunos apacibles collados, teniendo por algunas partes seis leguas de diámetro, en cuyo espacio se ven algunos parages plantados de viña, huertas y arboledas, que ademas de ser agradables á la vista, producen pan, vino y frutas en abundancia. Dáse á esta llanura el nombre de Hoya de Huesca. La fertilidad que este suelo tuvo antiguamente se comprueba por un privilegio del rey D. Jaime el I, concedido en Calatayud en 1269, por el cual prohibe la entrada de vino estranjero en Huesca, el cual fué confirmado despues en Acrimonte año de 1278 por el rey D. Pedro III, esceptuándose el obispo de Huesca que puede introducirlo en su villa de Sessa, llevando en las acémilas pendones blancos por divisa. En una de las torres de esta ciudad se veia antiguamente esta inscripcion.

O Osca Osca, nonaginta et novem turres habes alienas amplecteris et propios despicis.

De todas las interpretaciones que se han dado á esta inscripcion, ninguna nos parece juiciosa y verosimil.

Las armas de esta ciudad son un caballero armado sobre un caballo sin silla, estribos, riendas ni frenos; en una mano tiene una lanza enristrada en actitud de acometer, y en torno del escudo se lee: *Urbs victrix Osca.*

Esta ciudad fué municipio romano y universidad literaria, que se dice fundada por Quinto Sertorio. Fué restaurada de los moros por el rey D. Pedro I de Aragon en 25 de noviembre de 1096. El padre de este rey D. Sancho Ramirez, murió en el cerco de esta ciudad que duró dos años, atravesado de una saeta. Tiene esta ciudad buenos paseos, y en particular la alameda á orillas del rio Isuela. A cinco leguas hácia el N. está el famoso pantano en que se recojen las aguas llovedizas de las vecinas montañas con que se riega despues la hoya de la ciudad; es obra proyectada por Artigas, catedrático de matemáticas en esta universidad: fué antiguamente ciudad muy fuerte como lo manifiestan algunos lienzos de muralla y grandes torreones de cantería de estremada elevacion, y que aun permanecen. Celebróse en esta ciudad un concilio provincial en 1598, y no pocas córtes.

Dista 9 leguas N. O. de Barbastro y 14 N. E. de Zaragoza, long. 17 22, lat. 40 2.

MI RETIRO.

La sociedad se irrita generalmente contra cualquiera que vive en la soledad. ¿Es esto que las gentes tengan necesidad de tan gran número de espectadores para las bellas cosas que dicen y hacen, que no permita á nadie de buen grado ausentarse mas que en sus entreactos de heroismo y de grandeza?

Es porque el hombre que vive solo, parece decir á los demas, en tono un poco orgulloso, que no necesita de ellos.

Es porque el hombre que se aisla es para los otros un amigo menos que esplotar, á quien engañar, y de quien aprovecharse; una víctima que se escapa á su avidez.

Es porque el que vive solo dá á entender que se retira del comercio de los hombres, que no quiere darlos su amistad en cambio de la de ellos, su desinterés por el de los demas, su buena fé por la honradez de otros, porque vé que es un mercado en el cual sale siempre engañado y perdiendo.

Muchas veces me he preguntado qué se busca en la sociedad ¿acaso un cambio de servicios? sabido es que nadie hace estos cambios sino con la esperanza de ganar y de recibir mas que dá.

¿Es tal vez el atractivo de a conversacion? pero ¿qué cosas se dicen comunmente que logren interesar y si tiene una la suerte de escuchar casualmente alguna palabra que agrade, ¿cuántas frases insoportables cuesta?; ademas no existen los libros que hablan cuando se quiere, que callan cuando nos acomoda, que tratan de lo que nos agrada, pues que podemos dejar uno y tomar otro, alternando con la frecuencia que mas nos cuadre.

Repasad vuestros recuerdos, representaos las felicidades verdaderas de que habeis disfrutado, y vereis como os ha ocurrido siempre la idea de irlas á ocultar en la soledad, por un instinto secreto que os dice que el hombre feliz es un enemigo público que posee un tesoro de todos envidiado y que es prudente ocultar que uno es dichoso.

Yo he hecho con la sociedad como los comerciantes con los negocios cuando labran su fortuna, se retiran. La fortuna que yo he hecho se compone de indiferencia y de desprecio hácia todo lo que se disputan los hombres con tanto calor, hácia todo lo que forma el objeto de su vida, la causa de sus penas, de sus alegrias, de sus convates, de sus derrotas y de sus triunfos. Vivo tranquilo en mi retiro sin temores y sin deseos.

DE LA FELICIDAD.

Dice un refran castellano que *Nunca viene un bien solo.*

Hé aquí de qué manera esplico yo que un suceso feliz parezca traer otros muchos en pos de sí.

Nuestra vida no tiene mas que algunos dias de interés vivo, que son estrellas brillantes sobre un fondo de dias indiferentes, ni tristes, ni alegres, faltos de color, como un ligero bordado sobre el sencillo cañamazo. Ahora bien, estos dias numerosos que no tienen color por sí mismos, le toman con el reflejo de otros de felicidad ó de tristeza. Si se echa una gota de añil en un vaso de agua, esta se pondrá azulada; si una gota de tinta aparecerá de color gris. Echando una gota de jarabe quedará dulce, echándola de vinagre agria. Un dia de felicidad estiende sus rayos luminosos sobre diez dias insignificantes que le siguen, y sobre otros diez que le han precedido. Por el contrario, un dia de tristeza estiende del mismo modo su sombra fúnebre. La felicidad esparce un suave perfume sobre nuestra vida como la madre selva embalsama la atmósfera que la rodea y el viento que la columpia al pasar. Estos dias insignificantes son como los ceros que no tienen valor por sí mismos pero le toman de la cifra que les precede.

De todos los teatros actualmente abiertos, solo el del Instituto es digno de mencion, porque solo en él se nota actividad, buena direccion y eleccion acertada de producciones. Ultimamente ha puesto en escena una comedia en tres actos y en verso del Señor Pina, que ha sido perfectamente recibida, por su interés y por el acierto con que es desempeñada. El Señor Lumbreras, especialmente, ha conseguido en un papel que no es de su cuerda un verdadero triunfo; tambien trabajan con inteligencia en *Capas y sombreros* las Señoras Flores y Montero y el Señor Caltañazor.

El circo de Paul se ha abierto nuevamente con algunas reformas. La compañia es numerosa y escogida, sin embargo hasta ahora nada ha presentado que digno sea de consignarse en nuestros sueltos de espectáculos.

MADRID—Librerias de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Razola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografia del Pasaje del Iris y de S. Felipe Neri

PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 20, cuarto segundo.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.





Este eminente artista español nació en la ciudad de Leon, por los años de 1524. Es muy digno de ocupar uno de los primeros puestos en las artes españolas. Fué tan aventajado en la platería, que dedicándose despues al dibujo y la pintura, hizo tan rápidos adelantos en el primero, que se le considera somo escultor muy distinguido. No contentándose Arfe con guardarse para sí sus conocimientos, los dió á la prensa con el nombre de *Varia commesuracion*. Libro muy conocido entre los pintores, y en cleual encuentran escelentes máximas de dibujo, simetria anatomía y musculacion, asi del cuerpo humano como de diferentes animales, trata en el mismo libro de los cinco órdenes de arquitectura, con sumo acierto, acompañándolo de singulares noticias de antiguos y modernos profesores y precediendo á todo esto muy importantes reglas de geometría y de los círculos de la esfera, relojes horizontales, y las tablas de los grados y alturas de España.

Su abuelo y padre fueron ambos plateros; el pri-

mero ejecutó las custodias de las iglesias de Leon, Toledo, Córdova y Sahagun, sin otras muchas piezas muy singulares: y su padre hizo con todo el gusto del renacimiento las custodias de Santiago de Galicia, Medina de Rioseco, y las andas de la de Leon, pero en todas estas obras no hay la elegancia de dibujo y el buen gusto que preside en las del hijo, de quien nos ocupamos, como puede verse en las célebres obras que tiene repartidas en diferentes puntos de la monarquia. Siendo las mas notables la custodia de la Catedral de Sevilla, y muy particularmente la de Avila, que agrega á su esbelto dibujo el estar llena de infinidad de figuras perfectamente dibujadas y talladas con suma lipieza. El convento de la órden de predicadores de S. Pablo de Burgos tenia muchas alhajas de plateria de tan grande artista.

Al fin de su vida escribió un libro titulado el *Quilatador*, de grande utilidad para la plateria y ensayadores de moneda: ofreció escribir de la perspectiva en el prólogo de sus libros, pero no se tiene noticia cierta de que llegase este caso, aunque poseia vastos conocimientos en este ramo.

Murió en Madrid despues de haber residido mucho tiempo en Valladolid, en el año de 1595



CUENCA.

Las señales de antiguedad que ofrece esta ciudad han apoyado á algunos que se han ocupado de su origen para elevarlo á los mas distantes tiempos tratando de acrecentar sus escelencias; pero si bien ofrece esta poblacion señales de muy remoto origen nada puede decirse de ella mas allá de la dominacion agarena, pues aunque por la importancia con que entra á figurar desde luego en la historia de la España musulmana puede conjeturarse tambien ser muy anteriores su origen y consideracion política, nada se sabe de ella con el carácter de verdad que al historiador es apetecible. Tiene asiento Cuenca en una colina ó elevado cerro, todo de piedra viva, entre otros dos mucho mas altos, de los que la separan grandes sinuosidades nombradas Hozes por donde corren los rios Jucar y Huercar.

Estuvo cercada de murallas, pues en lo antiguo se hallaba muy fortificada, habiendo aumentado lo ventajoso de su situacion con obras de defensa: seis puertas principales y tres postigos facilitan la entrada en la poblacion, estos últimos se hallan cerrados desde la última guerra.

Los edificios no son suntuosos, pero sí muy elevados, y superándose los unos á los otros por la situacion del terreno, forman á la vista, mirados desde fuera, una pirámide ó piña de casas. Las calles son estrechas torcidas y penosas por sus grandes cuestas, no obstante que en estos últimos años se han suavizado mucho las principales; la plaza mayor no tiene mérito por su desigualdad; en uno de los frentes se halla el convento de religiosas justinianas que no ofrece otra cosa notable que su fachada, en el otro estan las casas consistoriales edificio que la dá algun realce asi como la catedral que está situada al último del lado derecho; este edificio como el mas notable que encierran los muros de Cuenca merece que nos detengamos en su descripcion.

Cuenca fué conquistada á los moros por el rey

D. Alonso el VIII el dia 21 de setiembre de 1177, y desde luego se dedicó á fundar una iglesia catedral, que es la que en la actualidad existe: tiene de longitud por su interior 312 pies, y 140 de latitud por el crucero. Su ordenacion es del género gótico, repartida en tres naves desde la entrada hasta el crucero con otras cinco desde este punto formando semicírculo con las dos laterales alrededor de la capilla mayor; por fuera de aquellas sigue un orden de capillas que con sus macizos y la materia de canteria de que se compone toda la fábrica interior y esterior, la constituyen de mucha solidez y firmeza. La torre es bastante elevada y termina en un Giraldo de mas de dos varas de altura; en ella hay un reloj con dos campanas para las horas á mas de otras cinco para anunciar las festividades y oficios divinos: á la subida de dicha torre se encuentra otro reloj cuyas muestras salen á la iglesia, y en ellas se vé una que señala las horas, otra los dias y meses, figurando otra una luna que marca perfectamente los cuartos crecientes y menguantes. Los ornamentos son riquísimos y de mucho costo y lujo, y antes de 1837 en que se recojieron parte del oro y plata que tenian las iglesias, las alhajas de esta eran de no comun mérito y valor.

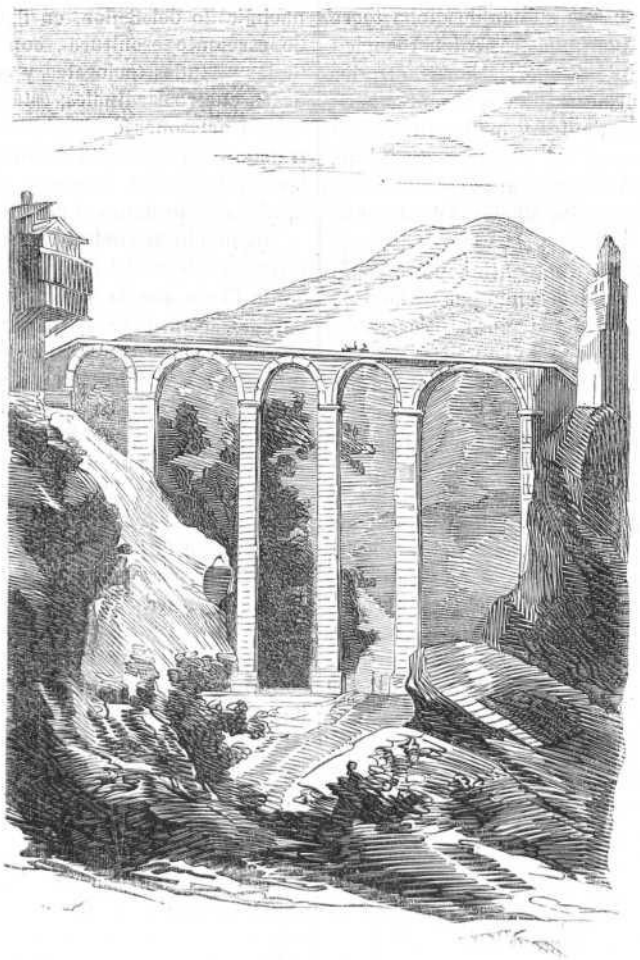
Infinitas son las bellezas que contienen las capillas de este templo, y dando principio por el lado de la derecha se encuentra la de la pila bautismal, en cuyo retablo sobresale la imágen de Santa Maria Magdalena de escultura. Sigue la de Nuestra Señora del Pilar construida por el canónigo D. Diego Lujando en el año de 1770 en el sitio donde estuvo una de las puertas de la iglesia, llamada de los Angeles; despues está la de los Apóstoles, fundada por D. Garcia de Osorio, chantre y canónigo de esta catedral: todo el material empleado es piedra blanca adornada con labores de mucho mérito; despues vese la de S. Andres y S. Antolin, fundadas por D. Juan de Cabrera hermano del primer marques de Moya; en el crucero de este lado se encuentra una capilla dedicada á S. Julian con comunicacion al palacio episcopal, su fundacion es muy antigua; inmediata á ella hay un altar de madera dedicado á Santa Ana, de órden corintio, con una inscripcion latina en memoria de la peste que hubo en esta ciudad en tiempos del papa Urbano IV; mas adelante y hasta la puerta por donde se comunica este templo con las casas episcopales, hay cuatro lápidas con efigies de bajo relieve de otros tantos obispos con las inscripciones de *R. Dominus D. Yañez, primo Episcopus Conchensis R. Dominus Lupus IV Episcopus Conchensis R. Dominus Petrus Laurentius VIII. Episcopus Couchensis* y la última *Dominus Garcia III, Episcopus Conchensis*; al lado opuesto de dicha puerta está la capilla de S. Martin, cuyo patrono es el conde de Toreno; inmediata á la anterior vese la de la Asuncion de Nuestra Señora y á continuacion dos altares; uno dedicado á Nuestra Señora de Guadalupe y el otro al Santo Angel de la Guarda y S. Bernabé; al final se encuentra la de Nuestra Señora del Sagrario, construida en tiempo del obispo D. Enrique Pimentel en 1631. El material es de jaspes de los de la Sierra de esta provincia; tiene tres retablos de madera, cuya arquitectura es de órden corintio con columnas de no mal gusto; en el sitio principal del mayor se venera la imágen de bulto de Nuestra Señora con el título del Sagrario, la que es tradicion dejó en esta ciudad el rey D. Alonso VIII cuando entró en la misma. El del lado de la epístola es una pintura de S. Julian, y el del evangelio otra con la Natividad y presentacion al templo de Nuestra Señora, ambas de bastante mérito. A continuacion se encuentra la sacristia principal de la iglesia adornada con bellos ornamentos de oro y plata, hermosas pinturas y escelente cajoneria de nogal: entre esta pieza y la capilla anterior se ha construido un panteon en el que se ha colocado el cuerpo del Excmo. é Ilmo. Señor obispo D. Ramon Falcon.

Despues de la sacristia sigue la sala capitular que tiene su entrada por la iglesia y en cuya segunda puerta hay una magnífica fachada compuesta de cuatro columnas; en el segundo cuerpo está representado el nacimiento del Señor, en figura de mediano tamaño de escelente escultura, con otras figuras alegóricas de las virtudes teologales, y en los intercolumnios las de las cuatro cardinales; esta sala es espaciosa cubierta con artesones ó zaquizames de madera de mucho trabajo é invencion. La silleria es de nogal con pilastras del órden jónico, y sobre su cornisa hay un apostolado de figuras mayores que al natural.

Siguiendo la vuelta en medio del semicirculo que cierra la cabeza del templo se encuentra la capilla de Santa Elena que la decoró y reformó D. Constantino Carrillo, dean de esta catedral: el altares de madera de nogal trabajado con toda perfeccion y adornado con infinitas labores grotescas. Inmediata á la anterior y mas bajo que su piso y el de la iglesia está la llamada Onda, que solo tiene de notable su techo ó zaquizames, bien ordenado y de un mérito y trabajo sobresaliente. Sigue la de Nuestra Señora del Socorro fundada y dotada por el bachiller Gonzalo Gonzalez, canónigo de esta catedral; despues contra la pared del semicírculo hay colocado un altar pequeño de buena arquitectura y órden corintio con cuatro columnas, y en su centro una efijie de talla de Nuestra Señora y en el segundo cuerpo un Ecce-Homo. A continuacion está la capilla de la Asuncion, que llaman del dean Barreda, fundada por Gregorio Alvarez; en su altar principal se ven pinturas antiguas de algun mérito y una inscripcion que dice: *D. Juan Barreda dean canónigo de Cuenca, dejó la salve que se dice en el coro los sábados y otras festividades, que murió de 95 años en el de* 1624. La reja de hierro de la entrada á la espresada capilla, es de bellísimo trabajo con cuatro columnas corintias y una infinidad de labores hechas con delicadeza y gusto. Sigue la de Santiago que es la parroquia; en ella hay dos sepulcros con estátuas de marmol, una de D. Alvaro Martinez, obispo de esta diócesis, y la otra de un caballero de la órden de Santiago con hábito capitular.

Continuando la vuelta al lado del evangelio y de la capilla mayor, está la nombrada de los caballeros y de los Albornoces, de la que es patron el Sr. Marqués de Ariza y Estepa; corta la nave del templo, lo cual causa grande deformidad. La fachada de la entrada principal está trabajada en piedra blanca con inteligencia, con varias labores y trofeos militares y en su frontispicio se vé escrito *victis militibus mors triunfat* terminando con un esqueleto humano hecho sobre la piedra, de bastante mérito: tiene interiormente esta capilla dos altares y en ellos algunas pinturas nada despreciables del maestro Hernando Yañez. Al lado del

evangelio hay dos urnas sepulcrales de marmol, sobre las cuales están dos figuras de lo mismo tendidas y del tamaño natural con armaduras militares, ambas esmeradamente cinceladas, representando la primera á D. Gil Alvarez Albornoz, padre del cardenal del mismo nombre y la segunda á D. Alvaro Carcia de Albornoz hijo del D. Gil. En el pavimento de dicha capilla, frente del altar de la Piedad está el sepulcro de Doña Teresa de Luna madre del espresado cardenal: la tarima del altar de la adoracion de los Reyes, es una lámina de bronce primorosamente adornada. Inmediata á la anterior y junto á la nave del templo hay otra capilla dedicada á Nuestra Señora de la Asuncion; la fachada de su entrada y enverjado de hierro son de mucho gusto por la multitud de labores y esculturas que la decoran: próximo á este sitio se encuentra la magnifica entrada al claustro, obra de Jamete, famoso artífice, segun Martin Rizo: el que desee tener una idea completa de esta obra puede consultar á Ponz en sus viajes tomo III. Al lado de dicho claustro se encuentra la capilla de Santa Catalina, luego la de S. Bartolomé y la de S. Juan cuyos altares son de buena ar-



Puente de San Pablo.

quitectura de órden corintio; hay en ellas varias pinturas de buen gusto de Cristobal Garcia Salmeron, natural de esta ciudad, y por último la de S. Miguel, de escaso mérito. Hay ademas otras varias dedicadas á San Julian, S. Mateo, S. José, S. Fernando y la Visitacion de Nuestra Señora, mas no encontramos en ellas ninguna obra notable.

El coro antiguo de esta catedral estaba desde el crucero principal del templo hasta la capilla mayor; pero en tiempo del Ilmo. obispo D. Flores Osorio, se construyó el que actualmente se vé desde dicho crucero para abajo retirándolo mas del altar mayor; la silleria es de nogal y aunque está bien trabajada su forma no tiene el mejor gusto.

Antes determinar la descripcion interior de este templo nos vemos obligados á dar una idea lijera de su altar mayor y el de S. Julian, llamado transparente; la invencion fué del famoso arquitecto Ventura Rodriguez, ejecutado con jaspes de los de la Sierra de esta provincia y del verde de la de Granada, trabajados con mucho esmero y limpieza; el mayor consta de cuatro grandes columnas de jaspe morado con manchas blancas de órden corintio, y en el sitio principal una gran medalla de marmol que representa á

Nuestra Señora con el niño en brazos, con dos ángeles, ofreciendo uno algunas flores y lo demas decorado con una cortina de perspectiva de ángeles y serafines. En los intercolumnios sobre unas repisas dos estátuas del mismo mármol representando á S. Joaquin y Santa Ana; corona el altar un cuerpo ático y en su medio una figura de aquella clase de piedra con varios ángeles que fueron trabajadas en Génova con todo esmero; las bas s, capiteles y otros ornamentos son de bronce dorado bien rematados.

La capilla de S. Julian es toda de jaspes con dos bellas columnas de lo mismo, traido el material de las Sierras de Granada; en medio sobre la mesa del altar se halla trasforado el sitio donde está colocado el cuerpo del Santo en una urna cubierta de plata, con una reja de bronce dorado con diferentes caprichos.

El claustro y jardin que hay fuera de la iglesia en direccion del Norte es de órden dórico: las columnas resaltadas en los dos tercios de su diámetro, con cinco arcos espaciosos en cada cara de sus cuatro lados; la materia es piedra firme de color parduzco oscuro. Contiguo á la catedral estan las casas episcopales, y aunque la habitacion de los Señores obispos no es mala lo demas carece de una buena ordenacion, como que se ha hecho con agregaciones de otros edificios y en distintos tiempos.

Llama justamente en Cuenca la atencion el famoso y lindísimo puente de S. Pablo, que tiene 100 pies de elevacion.

Segun datos oficiales hay en esta poblacion y su término 1504 vecinos 6037 habitantes.



MEMORIAS DE UNA BELLA.

Novela sui géneris

I.

PELIGROS DE LAS CERRADURAS.

«¡Conozco que al fin me he fijado! ¿Será cierto que jugando yo con el amor, juega ahora el amor conmigo?.....»

Empujaron la puerta del aposento, pero esta no cedió porque el cerrojo lo impedia. Neolia se estremeció y dejando la pluma, cerró el cuaderno donde escribia las palabras con que empieza esta novela, é incontinenti, aquel cuaderno fué á sumirse entre la ropa de uno de los cajones de la cómoda. Volvieron á llamar: Neolia oyó su nombre y corrió á abrir, no sin detenerse un momento delante del espejo para arreglar su peinado, porque habia conocido la voz del que llamaba: era la voz de su primo Isidoro.

—¿Qué hacias tan encerrada, Neolia?

—Acababa de vestirme.

El jóven se sonrió y dijo:

—Tu padre me manda de embajador para preguntarte si quieres salir con él: hace buen dia de paseo.

—Iré.... ¿Vendrás con nosotros?

—No: he mandado ensillar mi caballo, pues voy con otros amigos á correr un poco.

—Acabarás por matarte, Isidoro.

—¡Qué quieres, prima!.... A los jóvenes les gusta divertirse. ¡*Addio bella*!

Y salió tarareando el aria final de *Lucia*.

Neolia le siguió con la vista, y cerró la puerta. Sacó el cuaderno que habia escondido en la cómoda y en una página escribió estas dos palabras, con letras grandes:

«¡LE AMO!»

Volvió á dejar el manuscrito en la cómoda y acabó de hacer su *toilette* de paseo.

Isidoro avisó á su tio que Neolia lo acompañaria y entró en su cuarto; allí se dejó caer en un sillon, encendió un cigarro y esclamó:

—¡Es bien estraño! Neolia que era tan vivaracha, se está volviendo taciturna y ya no busca las diversiones. Las muchachas son el diablo! Gozan antes de tiempo y acaban por entristecerse. ¡Ba! ¡ba! mi prima es la muger mas coqueta de la corte! no pasa dia sin que me encuentre un nuevo centinela en la calle.... se cruzan las epístolas perfumadas y no sé como puede contestar categóricamente, pues recibe mas memoriales que un ministro: Neolia lo entiende! ¡Oh! y mi prima es un verdadero *bocato di cardinale*! Diez y ocho años, con un corazon á ochenta grados, una cara de miniatura, un cuerpo contorneado, un pié de medio pié, graciosa, satírica por demas, y con un milloncejo por lo menos.... Hé aqui el retrato de Neolia! Es coqueta! pero ¿qué muger no lo es á los diez y ocho años?... Si yo fuese hombre racional y no temiese tanto al matrimonio, á fuer de primo, antes que acabara el año de 1847, que empieza ahora su curso, podia ser Neolia.... pero vuelvo al sendero de la virtud, de donde me estravió un mal pensamiento.... Ahora me acuerdo que la he visto por el ojo de la cerradura, y estaba escribiendo; ¿qué seria? Si le servirá aquel cuaderno de borrador para sus cartas... ¡Las cartas de los amantes son divertidas!... Neolia guardó el cuarderno en su cómoda, nada quise preguntarla por no ser indiscreto, pero en cuanto salga juro que he de pasar un buen rato á su costa.

Isidoro tenia veinticinco años; su viveza de genio, sus modales, su locuacidad y su figura constituian un jóven del gran mundo; huérfano, educado en Francia, y viajero por Europa, sin mas ley que su capricho, habia derrochado gran parte de su caudal en los placeres, y encontraba en el fondo de su copa el escepticismo que se bebe en las fuentes del mundo, cuando ansioso de correr se llega á ellas. Era jovial en estremo, y aunque trasplantado á paises estranjeros, conservaba la intrepidez y la gracia de los hijos de Andalucia, su pais natal. Habitaba temporalmente en compañia de su tio, el padre de Neolia, que habia sido su tutor.

Vió Isidoro desde el balcon que salian su tio y Neolia, y corrió al cuarto de esta, donde se encerró. Trató de abrir la cómoda y buscó las llaves, pero fué en vano; se desesperaba ya, cuando le ocurrió la idea de rejistrar el vestido que acababa de quitarse su prima.... ¡Cantó victoria! allí estaban las llaves.

Abrió el cajon de la cómoda, levantó la ropa con cuidado y sacó el cuaderno.

En la primera pájina decia:

«MIS MEMORIAS.»

Quedóse el jóven estupefacto, hojeó el manuscrito, y esclamó riendo á carcajadas:

—¡Já! já! já! que hallazgo!... las memorias de una muchacha de diez y ocho años!.... A mi prima se le ha vuelto el juicio! Esto es digno de ser leido muy despacio! Neolia es una muger á la moda!

Escondió el manuscrito entre su bata, dejó todo arreglado y salió!

II.

IMPRESIONES DE MUGER.

Abrió Isidoro el manuscrito y leyó desde la primera página lo que sigue:

«¡Ya soy muger! mi padre me ha dicho que vá á presentarme en el mundo. Ya tengo la edad y desde hoy uso el traje largo como las mugeres. ¡Qué regocijo!... No tendré que envidiar á mis amigas de colegio que por ser mayores asisten á todas partes y me cuentan maravillas.... ¡Cuando una niña llega á ser muger puede gozar de todo, la obsequian los hombres, la distinguen y la llaman linda!.... ¡Qué alegria debe darme cuando me llamen linda y sobre todo, cuando lo diga un hombre.... ¡Oh! y me lo dirán!.... tampoco faltará algun jóven hermoso que me persiga! No distingo á los hombres, pero me complaceria que me hablase de amor uno que se pareciese á aquel retrato que hay en la sala: á Abelardo; ¡qué bonito es! Yo he soñado muchas veces con Abelardo! El se arrojará á mis pies, me jurará una pasion eterna!.... He leido en las novelas que el amor es la vida ideal de la juventud: ¡yo necesito amor!

«Cuando mi Abelardo se declare, lo querré, por supuesto, lo querré, procurando no dormirme, porque sé que con insomnios empieza el amor; le veré siempre y nos entenderemos con los ojos.... ¡Qué dulce debe ser comprenderse dos amantes con una mirada! Yo no sé lo que tengo de hacer, pero en cuanto se descuide mi padre, le cojeré la llave del estante de sus libros, para leer, cuando no me vea, uno que se titula *Arte de amar*, pues él me pondrá al corriente. Poco mas ó menos me dirá mi novio que su suerte depende de una palabra mia, que él ha nacido para mí y yo para él; despues me amenazará con suicidarse sino le doy mi mamo.... ¡Qué horror! ¿Habia yo de permitir que un jóven hermoso se matase por no complacerle en un deseo, hijo del cariño? ¡Seria un crímen! Mis padres no se opondrán y si se opusiesen, me roba mi Abelardo y nos casamos de una manera romántica. ¡Qué bello panorama!.... ¡Oh! y no podrá menos de suceder así! ¿qué muger no se casa? Es verdad que muchas amigas mias estan solteras y aunque son feas, aseguran que no se han casado por no haber querido contraer obligaciones. ¡Qué tonta es la muger que no se casa!....

«No tengo á quien participar mis impresiones y las escribo. Quizás mañana la edad me haga variar de ideas, y tendré gusto en recordar lo que siento hoy. Poco á poco iré consignando mis memorias en el papel. Hoy toda muger las escribe: en la boardilla habita una vieja que mendiga todo el dia para comer un pedazo de pan, y me ha dicho que está escribiendo sus memorias. ¡Infeliz! ¡Qué pensamientos tan rancios encerrarán! ¿Qué ha de sentir una muger de setenta años, que todos los dias hace lo mismo, que no tiene un hombre que la galantee, y que no es bonita?... Cuando la muger envejece debiera morirse!

«Esconderé mi cuaderno para que nadie lo lea.... Despues que me case, lo quemo ó se lo regalo á mi marido, porque en él irán retratados los ímpetus de mi corazon.

«Son las dos: tengo que vestirme para ir á Atocha. Hoy es la primera vez que salgo á paseo con mi padre: hasta ahora iba con mis condiscípulas á la Fuente Castellana ó con mi criada á la plaza de Oriente.

«¡Me voy á vestir! Qué bonito sombrero voy á estrenar! Me lo probaré delante del espejo.... ¡Qué bien me está! Ya sube la doncella: guardaré mi manuscrito.»

Isidoro alzó la vista y bajó el cuaderno: quedóse un instante reflexivo, y moviendo luego la cabeza, dijo entre dientes.

—¡Mi prima Neolia tiene talento! ¡Pobrecilla! comprende el amor como una necesidad!... Quiero copiar este cuaderno!

III.

LA ATMÓSFERA ENVENENADA.

«Ya he puesto el pié en el teatro del mundo ¡no me habia engañado; ¡qué fascinador es ese mundo! ¡Cuántos, encantos para una niña que llega á ser muger! Es imposible que traslade al papel las sensaciones que he esperimentado en estos últimos quince dias. La alegria me ha hecho olvidarlo todo, hasta mi pobre libro que con tanto entusiasmo habia empezado: no sé si recordaré hora por hora lo que por mí ha pasado.

«La primera noche que salí con mi padre, fuimos al Circo: habia ópera nueva y el teatro rebosaba de gente: lo miré todo con curiosidad, con avidéz, ¡aquel mundo era deslumbrador! Desde mi palco creia tener á la vista una ilusion de óptica: aun no habia olvidado uno de esos cuadros sorprendentes del diorama, que tanto se acercan á la verdad, pero me pasé la mano por delante de los ojos y comprendí que aquello no era falso.

«Los jóvenes que ocupaban las lunetas dirijian los anteojos á nuestro palco y hablaban en voz baja: no sabia cual era el objeto de aquellos murmullos, pero me los esplicaba cierta emocion interior que yo sentia: el amor propio satisfecho. El instinto de la muger y el espejo me hacian adivinar que era bonita, y me alegraba por mí misma, pues no habia tenido todavia ocasion de comprender que la hermosura propia es una luz que sirve para alumbrar á otros. Algunos amigos de mi padre subieron á cumplimentarme, prodigándome cuantas frases encierra el diccionario de la galanteria: solo diré que me hallaba contenta; las flores agradecen el rocío, los animales las caricias y las mugeres las lisonjas. Me retiré del Circo ansiosa de mundo.

«Los siguientes dias, mi padre me llevó al Prado, á visitas, á reuniones y cada vez me he encontrado mas halagada entre esa atmósfera que de todas partes me trae, como ecos de voz general, estas palabras «*¡qué linda es!*» Me complace mirar de reojo á las personas para quienes no paso desapercibida, y no sé esplicar por que siempre que las encuentro, sirve una dulce mirada mia de pago á aquella espontaneidad tan favorable á mi físico.

«El domingo último gocé de los encantos del primer baile: para presentarme, habia agotado toda la ciencia de la *toilette*, vistiéndome con elegancia. Al entrar en el salon conocí que habia *dado golpe*, como suele decirse; una turba de mozalvetes corrieron hácia mí, para felicitarme, exijiéndome cuanto se bailase: á los pocos momentos estaba comprometida para toda la noche.

«Me era indiferente bailar con cualquiera, pues todos me decian lo mismo. Despues de dos rigodones y un vals, anunciaron una polka: mi pareja fué á reclamarme; era un joven de diez y ocho años alto, esbelto, rubio, con su naciente bigote y cabello ensortijado: esta vez bailé, atendiendo mas á él que al compás: demostraba ser intrépido, pues me acosaba con un sin número de alabanzas, que aunque aparentaba oir con disgusto no me parecian mal en su boca. Concluyó la polka y confieso que fué muy corta: hubiera deseado estarle oyendo toda la noche. Buscó un asiento para mí, donde hubiese otro vacío, y se sentó á mi lado: allí me aturdia con frases que me eran desconocidas: me juró que desde que me habia conocido, no habia descanso para él, y que era desgraciado porque me amaba. Yo no contestaba, porque no sabia que decirle y acaso porque me embelesaban sus palabras, acordándome de mi Abelardo, y de las novelas que habia leido.

«Antes de levantarse, deslizó un papel por debajo de su sombrero, que fué á caer entre mi pañuelo y mi abanico: me estremecí, pero me suplicó que lo guardase pues lo traia escrito para mí. Bajé los ojos un instante y reflexioné: la reflexion á los quince años proteje al amor, y envolviendo el billete entre el pañuelo, fingí que me componia una flor del cabello, y lo depositè entre el pecho y el traje. El jóven, que no habia dejado de mirarme, se sonrió, y fué á hablar con sus amigos, sin duda para no llamar la atencion. Creia no haber dado un mal paso, porque inocente juzgaba que despues de leido el papel, podria devolverlo, si me complacia.

«Salí del baile afectada, y el jóven me siguió hasta dejarme en casa; al entrar, volví la cabeza para despedirme de él, señal que comprendió, porque fuí correspondida.

«Aquella noche dormí poco; sentia una inquietud inesplicable: habia leido el billete de Teodosio, que asi se firmaba el jóven del baile, y su declaracion, escrita con fuego, me habia alterado. ¿Estaba yo dispuesta á corresponder á Teodosio?.... ¡Hé aquí la lucha que me atormentaba!

«Muy tarde pude dormir algunos instantes y soñé con Abelardo, creyéndome Eloisa.

«Así han pasado los primeros quince dias de mi nueva vida.»

IV.

UNA COQUETA FASHIONABLE.

«¡Ay! ¿por qué tendrá una muger el corazon tan impresionable? Amé á Teodosio, desde la noche que lo conocí! Le amé, sí; ¡qué deleite esperimentaba en verle por entre las persianas, espuesto en medio de la calle al rigor de la temperatura, al rigor de las miradas de la vecindad y sobre todo, al rigor de mi padre! ¡Cuanto amor necesitaba sentir para arriesgarse así! Todo este sacrificio era pagado con una tierna mirada que á hurtadillas le lanzaba, saliendo al balcon con cualquier pretesto. Mi criada era la encargada de la correspondencia, y dia hubo que me trajo doce partes del cuartel general del amor, establecido provisionalmente en un portal de mi calle.

«Dos meses hacia ya que seguia esta vida de desvelos y amor, cuando varió de rumbo el timon de mi cariño. Mi padre que empezaba á concebir sospechas de una cosa que sabia todo Madrid, trató diplomáticamente de desacreditar á Teodosio, retratándolo delante de mí con los colores mas feos para conseguir desimpresionarme: pero en vano, porque cada dia buscaba por entre los cristales su figura incrustada en la fachada vecina, con la ansiedad que el marino observa el horizonte para descubrir la tierra querida. Repito que nada hubiera alcanzado, si mi amor propio herido no hubiese puesto término á esta pasion, que habia concebido como símbolo de la eternidad verdadera; una mañana recibí una carta anónima concebida en estos términos:

«Neolia: quien bien te quiere, te aconseja que dés »al olvido á Teodosio: es un fátuo que reunido con sus »amigotes en el café, lee tus cartas en alta voz, cele»brando báquicamente sus triunfos; eres el objeto de »la burla de una docena de niños verdes que tienen »por carrera todos los vicios. Sigue mi consejo y serás »feliz.»

Es imposible describir mi despecho. ¿Seria Teodosio tan miserable? Aquella carta calmó mi amor y tomé una resolucion violenta. Aquel dia no salí al balcon y le devolví sus cartas, pidiéndole las mias, pero no pude recuperarlas. ¡Lloré amargamente! ya habia esperimentado el desengaño. ¡Habia sido muy cruel mi primera leccion de amor!

«Mi padre no se dió por entendido. A los pocos dias salí para distraerme; no habia doblado la esquina de la calle, cuando divisé á Teodosio, que se acercaba con un amigo. Me miró descaradamente y á él os ojos; despues, sin saludarme siguió riéndose con el que le acompañaba. Noté que mi padre me observaba y afecté serenidad, aunque me consumia la rabia. Teodosio no me habia amado. ¡Hé aqui la tumba de mi primer amor!

«El tiempo todo lo borra y pronto ha sucedido otra pasion á la de Teodosio. Se ha empeñado el vulgo en llamarme bella, y seré franca, lo creo así. Por convencimiento acaso, por sistema ó por un desengaño, me he hecho coqueta. ¿Acaso hay placer mayor que atraer un corazon con una mirada, rendirlo con una palabra, y hollarlo despues con un desden? La muger ama la variedad: esto es muy sabido; yo me complazco en cambiar los amantes como cambio los abanicos, luciendo uno distinto en cada parte. ¡Es tan bello oirse adulada de tantos modos! Para el amor lo mismo que para la guerra cada cual tiene su táctica particular, llevando todos el mismo fin: vencer. Cuando me asomo al balcon, tengo algo que admirar y que me llame mas la atencion que la naturaleza: uno de esos hombres-postes que se engañan á sí mismos. Mi coqueteria me entretiene y me he convencido que valen mas cinco que cuatro; si se me preguntase ahora á cual de mis apasionados amo, no sabria contestar. A Teodosio lo quiso mi corazon: á mis amantes de hoy los quiere mi capricho; dice bien Lord Byron, que en la primera pasion la muger ama á su amante: en las demas ama solo al amor.»

V.

PERJUICIOS DE ESCRIBIR UNA MUGER SUS IMPRESIONES.

Isidoro dejó un instante el cuaderno para reflexionar sobre lo que habia leido, y despues de jugar un momento con las borlas de seda de su bata, encendió un cigarro y sonriéndose, esclamó:

—¡Adelante! esto es muy curioso!

Apoderóse del manuscrito y leyó:

«Ha pasado mas de un mes sin que tome la pluma, porque no he encontrado que escribir: siempre las mismas sensaciones, con mas ó menos peripecias amatorias. Hoy tengo que consignar en mis memorias una impresion nueva. Anoche ha llegado de París mi primo Isidoro á quien no conocia.»

El jóven interrumpió su lectura, y dijo para sí:

—Neolia se ocupa de mí; esto me interesa algo mas!

—«Mi primo Isidoro vale mucho como hombre: es imposible sostener la mirada penetrante de sus grandes ojos negros; su cutis moreno, su melena rizada y la espresion de su fisonomía revelan una naturaleza ardiente, firmeza de carácter y una viva imaginacion. Me abrazó y me estremecí á mi pesar. Estuvo hablando con mi padre mucho tiempo y me cautivaron su locuacidad y sus modales desenvueltos; despues me retiré á mi cuarto con sentimiento y toda la noche me ha parecido estar viendo en la oscuridad el brillo de sus ojos. ¿Isidoro habrá dormido? ¿Se habrá acordado de su prima?

«Hoy me he avergonzado delante de Isidoro, porque temia que adivinase mi secreto; al sentarme á la mesa me ha llamado hermosa, y durante el almuerzo he sorprendido algunas miradas que de vez en cuando me dirijia. ¡Estoy sufriendo!.... ¡Han llamado! debe ser Isidoro que vuelve de la calle. Dejo la pluma, pues se acerca la hora de la comida. ¡Voy á verle otra vez!»

Al llegar aquí, Isidoro se puso en pié, absorto, y con el aire de un calavera triunfante, dijo:

—¡Necio de mí! Neolia me ama y la dejo sufrir! ¡Soy un estúpido!.... ¡No haber conocido esa pasion!.... ¡Oh! y rendir una coqueta es la empresa mas árdua que ha llegado á mi noticia! ¡Vamos! soy el hombre mas afortunado.... pero se hace tarde! Neolia y mi tio deben volver pronto del paseo y tengo que acabar de leer el manuscrito para depositarlo en su escondite y meditar mi plan.

Isidoro se recostó en el sillon y continuó:

«¡Soy muy infeliz! Isidoro no se esplica y no quiero convencerme de que puedo serle indiferente. Isidoro es muy cruel conmigo, y se complace en atormentar-

me; amenudo le oigo referir lances amorosos de sus viajes: el despecho me ahoga entonces y no sé á que atribuirlo; si estuviese convencida de que le amaba, lo juzgaria celos. No estraño sus triunfos, pues no es fácil que ninguna muger resista á sus atractivos y á su lógica; no comprendo lo que siento por él, pero ya prefiero la soledad de mi casa al bullicio de los salones, y no procuro que mi padre me lleve á los teatros y al paseo.... ¡Me encuentro tan complacida mirándolo! No salgo ya al balcon: me disgustan los hombres y devuelvo sin abrir los billetes que me envian; tengo orgullo en colocarme con gracia un adorno para oirle decir que me sienta bien.

«Pasan los dias y me consumo. Isidoro sigue siendo el mismo.... ¡Esperaré!.... ¡*Conozco que al fin me he fijado*! ¿*Será cierto que jugando yo con el amor, juega ahora el amor conmigo*?.....»

Isidoro vió con sentimiento que en aquella página concluia el manuscrito: en la siguiente solo decia con letras grandes:

«¡LE AMO!»

El jóven cerró el libro y cruzó los brazos meditabundo.

VI.

COMEDIA, DRAMA Y TRAJEDIA.

Abrióse la puerta del aposento y apareció en el umbral una muger: era Neolia; el jóven quiso esconder el cuaderno, pero vió que le era imposible y quedó un momento aterrado. Neolia se adelantó con gravedad y cogiendo el manuscrito de manos de su primo, le dijo:

—¡Esta accion es infame, Isidoro, é indigna de tí!.... ¿Has leido todo lo que contiene?

—No, contestó el jóven.

—¡Mientes! me he vendido, pero bástete saber que te desprecio ya.

Neolia dió algunos pasos hácia la puerta, pero Isidoro volvió en sí y corriendo á interponerse, dijo en tono solemne:

—Prima mia, hice mal, pero ya que la casualidad nos encuentra solos, escúchame un instante.

—No puedo.

—No me condenes sin oirme, Neolia; aparezco á tus ojos como un miserable, pero me sinceraré..... Siéntate.

La jóven sin considerar á lo que se esponia, no dudó en aceptar el asiento que le brindaba su primo y apoyó la cabeza en una de sus manos.

Hubo un momento de silencio. Isidoro, como hombre esperimentado, como hombre de mundo apuntó sus palabras para no ser sorprendido y calculó el modo de tender la red para que el pez no se escapara. Al fin dijo:

—Neolia, he leido tus memorias; pintarte las emociones que he sufrido seria imposible, pero te juro que cuanto dices en ellas no me admira. Yo te amaba desde el primer dia que te ví y comprendia que era correspondido.

—¿Tú me amabas? Y esa indiferencia?....

—Era estudiada. Necesitaba una prueba mas clara y por eso he abusado atreviéndome á leer tus impresiones; hoy te ví escribir por la cerradura y adiviné que este papel podia revelarme algo.

Neolia lanzó un suspiro que algunos hubieran podido equivocar con un sollozo. Isidoro se animó.

—Si pudieses leer en mi corazon como yo he leido en tu cuaderno, encontrarias las mismas ideas reproducidas; mi corazon es una copia del tuyo; en los dos se abriga un sentimiento que se ha dividido en dos partes.... El amor nos habia impedido entendernos: era una barrera puesta entre el arrojo y la timidez....

—¡Calla, Isidoro, calla!..... ¡Ay de tí si me engañas!

—¡Engañarte yo! Neolia, te idolatro! he sufrido en silencio, pero ahora lo sabrás todo, sí, todo.

El sillon de Isidoro se hallaba ya junto al de su prima: esta se ahogaba y se estremecia.... Puso entonces su mano derecha sobre el corazon que se le saltaba. El, finjiendo un amor que nunca habia sentido acechaba á la víctima como el tigre hambriento, deslumbrándola con el fuego de sus ojos; ¡infeliz! no sabia el mundo que separa el amor del deleite!... Neolia temblaba, sin conocer la causa. Isidoro se apoderó de una de sus manos, y la comprimió entre las suyas. Neolia no podia hablar: el sobresalto y el amor le embargaban la voz.

Isidoro se atrevió á llevar sus lábios á las mejillas de Neolia: esta dió un grito. El mismo fuego que la abrasó, le hizo comprender por un instinto natural que se hallaba al borde de un precipicio, y reuniendo todas sus fuerzas, abatidas ya, se puso en pie, rechazando á su primo. Isidoro no cedió el campo: le vió bajar las manos, fijar los ojos en el suelo y la enlazó con los brazos.

El grito de Neolia la favoreció; la puerta volvió á abrirse y apareció el padre de la víctima.

Isidoro quedó inmóvil; ella se cubrió el rostro y el anciano se adelantó hácia su sobrino; le cojió por el cuello de la bata y le dijo:

—¡Eres un miserable! Un momento mas, y hubieras echado un borron sobre tu misma familia. No quiero hacer pública tu infamia, que me perjudicaria: mañana marcharás otra vez á Francia; no puedo tener en mi casa á un libertino como tú.

—No saldré de Madrid, respondió Isidoro con entereza.

—Sí: abandonarás tu patria, porque no podrás consentir la deshonra de mi hija: yo sé que no tengo derecho ya sobre tí, pero me obedecerás.

Isidoro se dirigió á su tio, despues de un momento y le dijo:

—Conozco la razon: mañana me pondré en camino.

Neolia siguió á su padre que la llevó del brazo.

Isidoro cerró la puerta de su aposento, frunció las cejas y levantando un poco los hombros, esclamó:

—¡Un paso en falso!.... ¡Y es preciso marcharse! Estos viejos son implacables y mi tio seria capaz de morirse por su rancia idea de deshonra... ¡Bien! mañana emprenderé mi viaje y volveré á ver las deliciosas márgenes del Sena.

Encendió otro cigarro y se puso á fumar tranquilamente.

VII.

EPÍLOGO Ó COMO QUIERA LLAMÁRSELE.

Sé que dirian las lectoras si quedase la novela en este estado, que las dejaba en curiosidad; es muy justo complacerlas, y voy á decirles lo que ha sido de los protagonistas, héroes ó personajes; sin valerme de los comisarios de barrio me ha sido fácil saber el paradero de cada cual. Neolia y su padre siguen viviendo en Madrid: él, con un año mas, y ella, con una ilusion menos; él, leyendo la *Gaceta* y el *Diario* despues del almuerzo, y ella, dejándose magnetizar con las miradas de un capitan de caballería, que ciego con el amor y ciego para el amor se dispone á enlazarse al primer cambio de la estacion. Ella, aunque hermosa, lo ha prendido con su dinero, y él por el dinero se ha dejado prender.

Isidoro sigue en París, sin haber sentado la cabeza; desde que supo que Neolia se casa, proyecta un viaje á España: aun no ha olvidado la lectura de las memorias de su prima.

A propósito de memorias ¿qué ha sido de ellas? A esto contestaré que pasaron como pasaron los amores y las impresiones que las habian inspirado.

TEODORO GUERRERO.

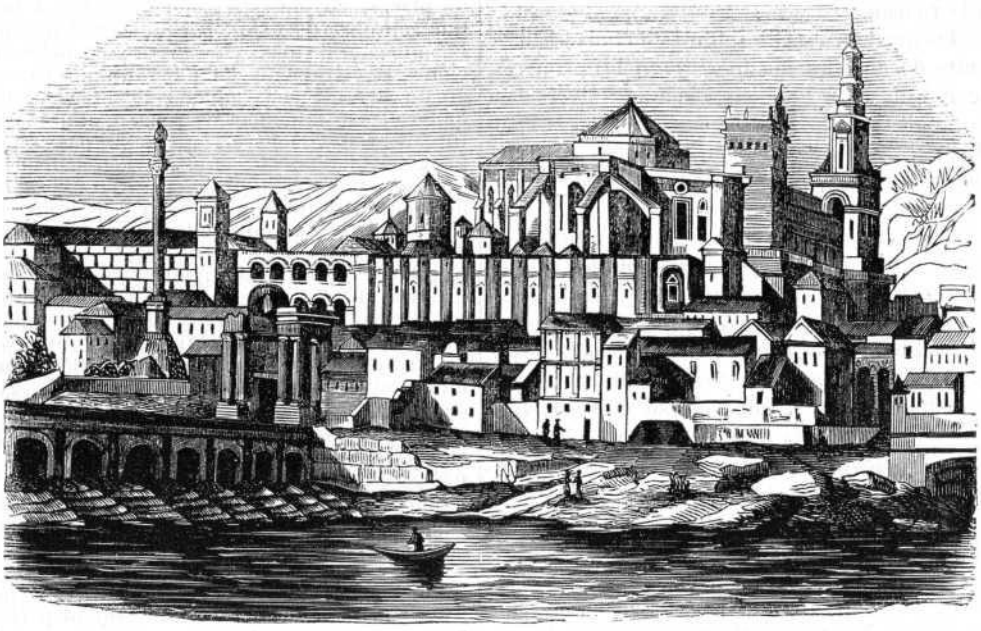
LA AURORA, semanario de literatura y artes, periódico local de las Islas Canarias; se publica todos los domingos en Santa Cruz de Tenerife. Cuesta al mes 4 reales.

REVISTA POPULAR, periódico literario, se publica todos los sábados en Lisboa con grabados por artistas portugueses. El precio de suscricion es 14 reales por tres meses.

L' ALBUM, revista literaria, con láminas en cobre, sale á luz semanalmente en Roma. Cuesta en Madrid 20 reales por trimestre.

A todas estas publicaciones se suscribe en las oficinas del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



CORDOBA.

Esta ciudad famosa fué un tiempo el centro de la galanteria mora, y la mansion de las artes y las ciencias: baña sus murallas el Guadalquivir, y la domina una cadena de montañas siempre cubiertas de verdura, que forman parte de Sierra-Morena: es en estremo antigua, y muy ilustre desde el tiempo de los romanos que la conocieron con el nombre de Córdoba ó Colonia Patricia, y á veces se empleaba solamente para designarla, esta última palabra, como se observa en muchas medallas, é igualmente en la inscripcion de un mármol antiguo, del cual se ha hecho una pila de agua bendita, que se encuentra en la iglesia de Santa Marina.

D. M. S.
M. LUC RETYUS. VERNA PATRY
CIENSIS ANN. LV
PIUS IN SOUS. H. E. S. SIT. T. T.
LEVIS.

No conserva esta ciudad de su antigua grandeza otra cosa que la famosa mezquita comenzada por Abderramen II en el siglo VIII, y acabada por su hijo Isen, la cual luego que fué recobrada la ciudad de los moros por el santo Rey D. Fernando, en 29 de junio de 1236 se convirtió en catedral; pero se asegura que hoy solo está en pié la mitad del edificio, que sin duda sería una de las mas maravillosas obras del mundo, si su elevacion correspondiese á las demas dimensiones. Tiene 600 pies de longitud y 250 de latitud; en la primera direccion tiene 29 naves y 19 en la segunda: 17 puertas cubiertas de arabescos y otros ornamentos de escultura en bronce, dan entrada á este suntuoso templo: sus bóvedas estan sostenidas por 360 columnas de alabastro, de jaspe y de mármol negro, de pié y medio de diámetro y 30 de altura. Una de ellas tiene la propiedad de espedir un olor en estremo fétido cuando se frota con un hierro; es de una piedra esponjosa, cuyo nombre se ignora. Consérvase aun en toda su sencillez y antiguedad la capilla en que aseguran estuvo depositado el Alcoran, la cual está llena de inscripciones árabes.

La capilla mayor y su magnífica cúpula bastarian para formar una soberbia iglesia; tal es su grandeza y majestad; tiene ocho columnas corintias de jaspe sanguíneo; su coronacion y las demás obras de escultura de que está adornada son de la misma piedra. El tabernáculo es una obra maestra del arte; figura una especie de templo cuyo media naranja está rodeada de hermosas estátuas de bronce dorado, que representan los apóstoles. Las columnas que la sostienen son de jaspe vetado y con manchas de mil colores. Esta capilla dentro de la cual está el altar mayor y el coro fué construida en 1560 por uno de los hijos del emperador Maximiliano, obispo entonces de esta diócesis. La escultura del coro es una de las cosas mas admirables que existen en este género; fué su autor el célebre artista D. Pedro Duque Cornejo, el cual invirtió en ella diez años, habiéndola concluido en 1757 y dádole el cabildo en recompensa cien mil escudos. Pocos dias sobrevivió á su obra; murió á la edad de 80 años, y fué sepultado cerca del coro: en la losa de

su sepulcro se lee un epitafio que hace honrosa mencion de sus talentos.

La plaza principal de Córdoba es magnífica por su estension y por la altura y regularidad de las casas que la rodean.

Todos los que han escrito sobre esta ciudad la llaman madre de grandes ingenios, y en los primeros siglos de su fundacion hubo en ella una universidad en que se cultivaban todas las ciencias, y en la cual como dice Strabon se guardaban los libros antiguos de los turdetanos, sus poesias y sus leyes escritas tambien en verso.

No fué menos célebre esta universidad en la filosofía, la oratoria y la moral, en tiempo de los romanos, pues que habia en ella hasta una cátedra de griego. Aqui fué donde estudiaron el Viejo Séneca, que compuso el libro de la manera de persuadir; Lúcio Antonio Séneca, preceptor de Neron; Gallion, famoso orador; Acilio Lucano, célebre por su elocuencia, y abuelo materno del poeta Lucano; Porcio Ladro, famoso, tanto en Roma como en Córdoba, por su oratoria, y del que tan solo ha llegado á nosotros una arenga; Manelo, maestro del viejo Séneca; Lucano, tan conocido por su farsalia; Séneca, apellidado el trágico, para distinguirle del filósofo, y Séneca el historiador, que escribió el compendio de historia Romana, el cual es conocido bajo el nombre de Floro. Ciceron en la defensa de Archias hace mencion de infinidad de poetas famosos de Córdoba, entre los cuales cuenta á Sextilio Henna, de quien solo se ha conservado un elogio en que lamenta la muerte del orador romano.

En tiempo de los moros conservó la universidad de Córdoba la reputacion que antes adquiriera; *Avempace y Algazel*, filósofos, de quienes hace mencion santo Tomás, esplicaron en ella la moral, igualmente salieron de allí los dos profundos eruditos entre los árabes *Alialbohacen y Aliaben-Ragel*. *Abenzual*, apellidado el Sabio, grande astrónomo, filósofo y médico, se formó en sus aulas, en las que tambien aprendieron los treinta filósofos y médicos que ordenaron las obras conocidas bajo el nombre de *Avicena* como dice Garibay; las cuales, por haber sido dedicadas á este príncipe, se creyó ser compuestas por él. Cuenta ademas Córdoba en el número de los sábios moros que en ella vieron la luz primera á *Abermarcar*, Abramo y Mesaleo, médicos, astrónomos y filósofos; á Rashez Almanzor conocido por una multitud de obras, harto curiosas, de medicina, y por la historia de la conquista de España; á Aberroes, llamado por escelencia el comentador, y finalmente á Aben-Regid que escribió la famosa obra titulada division y conquista de España.

Ha sido tambien patria esta ilustre ciudad de Ginés de Sepúlveda, del célebre Fernando de Córdoba, de Luis de Góngora, Francisco de Toledo, y de otros muchos hombres insignes en virtud, letras y armas.

Está á 22 leguas N. O. de Sevilla, 34 N. de Málaga, 70 S. S. O. de Madrid. Long. 13. 48. Lat. 37. 42.

N. P.

DE LAS LEYENDAS Y CUENTOS POPULARES.

En todas épocas y naciones han sido los cuentos acogidos con placer, y los ha habido de todas clases, mitológicos ó religiosos, profanos, morales, históricos, políticos, fantásticos, y de otras varias especies. Son los mejores sin contradiccion aquellos cuyo origen es desconocido; los que de tiempo inmemorial giran por el mundo desde el Norte al Mediodía, y desde Levante á Poniente, produciendo en todas partes emociones de horror, de compasion, de curiosidad y de placer. Los de este género agradan á todos, porque son obra de todos, porque son el producto de la imaginacion de todas las edades y de todas las condiciones. Efectivamente, cuando reunimos y comparamos en nuestra memoria aquellas leyendas anónimas que han causado la delicia de nuestra niñez, y que continúan produciendo un agradable placer en nuestra imaginacion durante nuestra vida, hallamos, no sin sorpresa, una multitud de relaciones y de caracteres de semejanza, que nos inducen á creer que hayan tenido todas un origen comun, un punto céntrico, por decirlo así, en donde hayan nacido. Pero, ¿cuál es este punto? ¿Deberemos suponer que daten todas estas historias de aquel tiempo en que el género humano no era mas que una sola familia? Hoy empero es como un caudaloso rio que atraviesa el universo del uno al otro estremo, saliendo de un oculto manantial, y donde acuden con una ansia á saciar su sed millares de pueblos diferentes. Ese rio, sin embargo, no es igualmente puro ni caudaloso en toda la línea que traza su corriente; sus orillas presentan bien diferentes aspectos; sus aguas no tienen en todas partes el mismo temple ni la misma pureza; aquí reflejan el ardoroso cielo de Egipto, allí las cenicientas nubes de la Escocia, allá el azul trasparente de la Italia y de la Grecia, las tierras que surca este rio varian otro tanto que las nubes que le cubren; pero sin embargo es uno solo, se le reconoce en cualquiera parte por poco que se fije la atencion.

¡Qué interesante seria el libro que reuniese y comparase todas las leyendas de las diversas naciones del mundo, del género á que nos referimos! ¡Cuantos puntos del contacto se notarian entre naciones, hombres, y cosas que se han creido enteramente diferentes! Sin duda que los sabios hallarian amplia materia para formar sistemas al descubrir rastros irrecusables de la mitologia griega entre los salvajes de las islas del mar del Sud ó en los ocultos paises de la América. Habria en efecto materia suficiente para trastornar y confundir toda la erudicion histórica, y mas de lo que se necesitaria para conocer la necesidad de hacer de nuevo cuanto se ha escrito sobre este objeto. ¡Qué cosa mas interesante, por otra parte, que ver levantar el velo bajo el cual se ha conseguido dar forma diferente á cosas idénticas en el fondo, y descubrir asi los canales secretos por donde la misma leyenda ha pasado de la Biblia á Homero ó á Ovidio!

Muchos ejemplos pudiéramos citar que servirian de prueba á esta asercion; nos contentaremos, sin embargo, con algunos que serán suficientes á nuestro objeto.

El genio del mal, enviado por Hécate para intimidar á los hombres solo tenia un pié, y era pié de asno: el diablo de los modernos es conocido en Alemania por su pié de caballo; en Francia por su pié de macho cabrío, y en todas partes por pies de esta naturaleza como Pan, los Faunos y los Sátiros. Los escoceses de las tierras altas tienen tambien su demonio á quien llaman *Ourisk*, es decir, hombre salvaje. Frecuenta las cercanias del lago Katrin, y dá su nombre á una caverna de que habla Walter-Scott en el canto tercero de la Dama del Lago; acerca de lo cual dice este poeta en una nota, que la tradicion le atribuye una forma que participa á la vez de la del macho cabrío y de la del hombre, y (aunque esto deba causar sorpresa á los lectores clásicos) de todos los atributos del Sátiro griego.

No es este el único recuerdo mitológico que se conserva en las montañas de Escocia: la aventura de Niso y de Enryale, que ya es una imitacion de la espedicion de Ulises y de Diomedes, se halla igualmente en Osian, lo que ha suministrado, y con razon, la prueba de que Macpherson ha sido el único y verdadero autor de las poesias atribuidas á aquel personaje: así como se ha demostrado tambien que Mac-

pherson era tan buen poeta como mal falsario, porque ya que no ha querido confesar su identidad con el Bardo del siglo III, no hubiera debido darla á conocer tan patentemente con Plagio semejante. Pero hé aquí uno mas admirable todavia, cuya esplicacion abandono á los hábiles críticos. No será necesario que yo refiera estensamente la historia de Ulises en la aventura de Polifemo, ni como el príncipe griego, despues de haber embriagado, dormido y cegado el cíclope, se libró de su venganza con el auxilio de una especie de equívoco de no muy buen gusto. Habia dicho al jigante que se llamaba *Nadie*; y cuando los cíclopes, acudiendo á los gritos de su hermano le preguntaron quien le habia herido, este respondió: *nadie*. Este insulso cuento parece que no ha sido invencion de Homero; quien le ha incluido en la Odisea, sin duda como una leyenda que circulaba en su tiempo. Hay otro gaelico, en que entran como principales personajes un molinero y el *Purisk* de que hace poco hemos hablado. El molinero quiere vengarse del diablo porque este no pasa noche en que no le juegue alguna morisqueta, ya quitando el agua al molino, ya haciendo por el contrario que anden las ruedas cuando no tienen grano que moler, hasta que cansado de tanta burla se pone en acecho, le atrapa, y cuando le pregunta cómo se llama, el diablo le dice que su nombre es *Yo*. El resto ya se adivina: es la historia de Polifemo, acomodada á los usos y costumbres de los habitantes de aquellas montañas.

Y ¿qué diremos? ¿que aquellos montañeses oscuros y separados del resto de la tierra, han tomado este pasaje de Homero, le han traducido en gaelico, y se han combinado todos para poner en confusion á los filólogos de los otros paises y engañarles con una falsa leyenda popular?...

Walter Scott, que hace mencion de esta coincidencia en su historia de la demonologia, añade: «He oido decir tambien que el célebre Rob-Roy consiguió una victoria vistiendo parte de sus soldados con pieles de macho cabrío, para que se juzgase que eran otros tantos *Ourisk* ó sátiros de las montañas. Y esta astucia, pregunto yo ¿le seria sujerida á Rob-Roy por la de Ulises, cuando hizo que él y los suyos pasasen por otros tantos carneros queriendo escapar de la cueva del cíclope? Los sábios responderán que no debe despreciarse del todo semejante hipótesis, y traerán á cuento el pasaje de los *Comentarios de César* en que asegura que los caledonios usaban un alfabeto muy aproximado al alfabeto griego, y tanto que Macpherson tuvo al principio intencion de imprimir el testo de Osian en dichos caracteres, lo que no hizo únicamente porque quiso que esta obra pudiese ser leida por mayor número de personas. ¿Será por tanto imposible, dirán, que en otro tiempo hayan circulado en Caledonia las obras de Homero? Seguramente que esto es menos imposible que el que los sabios consientan en no dar razon de todo, ó en confesar que ignoran alguna cosa.

Pero ya que estamos en Escocia, hablaremos de la rara profecía empleada por *Shakspeare* en *Macbeth*. En el acto 4.° escena de las brujas, un niño coronado predice á *Macbeth* que será invencible *hasta el dia en que el bosque Birnam marche hácia el castillo de Dunsinán*. Ya se sabe de qué manera se cumplió á la letra esta prediccion, por la estratagema de *Macduff*.

No muy lejos de Marbourg ha conservado el pueblo la tradicion de una historia muy parecida á esta, relativa al Christenberg. Dicen que en otro tiempo hallábase habitado este antiguo castillo por un rey, con su muger y su hija; que este rey, cuyo nombre no se sabe, tenia por enemigo otro rey llamado *Grunewald* (que significa *Bosque verde*): que habiendo sitiado el castillo, la princesa no por eso dejaba de alentar á su padre y de darle buenas esperanzas hasta el 1.° de mayo; pero que la noche anterior á este dia habia sido avisada por un sueño de que seria tomado el castillo, y que efectivamente al salir la aurora se vió aproximar el ejército enemigo llevando cada soldado una rama de un árbol; y viéndolo la princesa dijo á su padre: «debeis entregaros á discrecion porque llega *Bosque verde*.»

Verdad es que el desenlace es diferente, porque el rey de Christenberg no perdió la vida, y obtuvo permiso para retirarse con su familia; en tanto que Macbeth quedó en el campo de batalla. ¡Pero qué importa el desenlace! Lo bueno de esta leyenda está en la prediccion y en el modo con que se realizó.

Unas cabras descubrieron y mostraron á los mortales el oráculo de Delfos; una vaca dió á conocer á Cadmo el sitio en que debia establecerse; á Eneas le hizo el mismo servicio una lechona, así como entre los modernos ha sido edificada la mas antigua igl sia de Colonia en el paraje designado por el piadoso caballo Brogfort; y unas mulas señalaron el sitio en que debia construirse, en el bosque Negro, un monasterio á quien se dió el nombre de Maulbroun, es decir, *fuente de las Mulas*. No sabemos si este caballo Brogfort desciende del caballo Pegaso, que nos parece incontestablemente el abuelo de Curacp de Mahoma y del hipógrifo de Atlante.

El tipo del hombre ansioso de poseer toda la ciencia y sabiduría de este mundo, se llamaba en Alemania en la edad media, el doctor *Faust*; y entre los griegos era *Abaris* el hiperboreo, que corria el mundo á caballo montado en un flecha, así como las brujas van á sus sabatinas sobre un palo de escoba.

Pitágoras, Sócrates, Gerónimo Cordan, tuvieron cada uno su demonio familiar. No hay en Escocia y en Alemania una familia algo distinguida que no tenga su *Dama Blanca*. La casa de Lusiñan tenia su *Melusina*, á quien el pueblo llamaba *Merlusina*, y no sin razon, á mi parecer pues esta palabra está en vez de *Mere Lusine, ó Lusiñe*, ó madre de los Lusiñanes. Esta hada era el tronco de aquella ilustre familia, como se puede ver en la novela de *Raimundin* y *Melusina*, que se conserva en la biblioteca Mazarina, núm. 348. E. Y, á propósito, diremos que la academia francesa no tiene razon en no querer que se diga *Los gritos de Merlusina*, pues en cuanto á proverbios y adagios, el pueblo sabe mas que la academia, y es esta la que debe someterse al pueblo.

Vayan otros ejemplos de la coincidencia que hacemos notar. Todos saben que está en las obras de Bocacio la historia de Griselida, condesa de Salucio, pero no saben todos que la *Cenicienta*, con su linda Zapatilla, se halla retratada palabra por palabra en un respetable volúmen griego *in folio*. En el libro 17 de la geografía de Estrabon, se refiere esa historia, haciéndola pasar como una leyenda egipcia, relativa á una de las pirámides. Bañándose un dia la cortesana Robope, un águila arrebató de las manos de su camarera un zapato muy pequeño, y le dejó caer en el aposento del rey: asombrado y encantado el Monarca, juró que se casaria con la que tuviese pie tan breve que pudiese calzarle en aquella lindísima chinela. Se presentaron al concurso muchos y varios pies, pero á nadie vino el zapato sino á Robope, quien obtuvo por esta causa la prebenda; y en agradecimiento hizo edificar una magnífica pirámide para que conservase la memoria de tal suceso. No dicen los historiadores si el reconocimiento se estendió al zapatero, sin embargo parece que el nombre de semejante artista merecia bien haber pasado á la posteridad. Si la chinela mereció una corona y una pirámide, no era mucho un renglon para el que la hizo.

Semejante descubrimiento eleva de repente la *pobre Cenicienta* á la dignidad de personaje histórico, y coloca al conde Perrault en la clase de documento auténtico para servir á la historia de Egipto. ¿No sorprende, á la verdad, ver partir esta leyenda de las orillas del Nilo, anterior á Herodoto ó á Diodoro, para venir á divertir á los niños en el siglo XIX, y suministrar á Rossini asunto para una ópera? Mr. Walkenaer debia ciertamente haber revelado este secreto á Rossini, que lee poco á Estrabon, á las señoras Monbelli y Sontag, que le han olvidado sin duda, y á Don Magnífico, que hubiera crecido mas de una pulgada al verse con títulos de una nobleza tan antigua, como puede serlo la mas añeja.

Varios sábios franceses, alemanes, italianos, y entre otros Mr. Leclerc, profesor de Sorbona y traductor de Ciceron, han escrito la historia de Polchinela con la pluma de Tácito y de Titolivio. Han hecho ver que

la genealogía de dicho personaje venia nada menos que de los Etruscos: ahora tenemos á la Cenicienta, que es anterior á las pirámides de Egipto. ¿Cuales son las casas nobles que pueden presentar tantos cuarteles?

Se ha dicho que el terrible *Barba azul*, que matara tantas mugeres, no era otra cosa que Enrique VIII de Inglaterra, con quien el pueblo se vengaba haciendo esa parodia, por no poder vengarse de otro modo. Con efecto, Enrique VIII se casó sucesivamente con seis mugeres, y seis eran tambien las que se hallaron colgadas en la habitacion de *Barba azul*. Algunos críticos han hecho notar que Enrique VIII tenia la barba rubia; pero á eso se responde que la variacion de color ha sido inventada á propósito para disimular una personalidad peligrosa, y que la historia ofrece á cada paso inexactitudes mas notables que la transformacion de una barba rubia en una barba azul.

La idea filosófica que sirve de base á una infinidad de leyendas es la lucha perpétua y encarnizada entre la aristocrácia y la democrácia, entre el fuerte y el débil, entre el superior y el inferior. El superior se envanece con su fuerza, con su poder, con sus talentos, en fin, con todo aquello en que escede á los otros, y el inferior aspira incesantemente á igualarse con él. De aqui la idea general de que el poder es enemigo del progreso, en tanto que el progreso es esencial á la naturaleza del hombre. Ahora bien, poseyendo los dioses cuanto hay de bello, de bueno y de provechoso, debió nacer desde luego el gérmen de la discordia entre el cielo y la tierra; descendió al suelo reproduciéndose de mortal en mortal, y circula con todas sus consecuencias en todas las clases de la sociedad. No hay una religion en el mundo, ya sea antigua, ya moderna, que no haya adoptado y proclamado altamente semejante principio. Adan come la manzana prohibida para adquirir la ciencia de su criador: Prometeo roba el fuego celeste, y forma un hombre: los Titanes escalan el Olimpo para destronar á Júpiter: los primeros hombres construyen la torre de Babel, que debia llegar hasta el cielo y librarles de otro diluvio.

Por lo comun el superior defiende sus privilegios valiéndose de la fuerza; y el inferior ataca poniendo en accion la inteligencia, teniendo de este modo á su favor mayor número de probabilidades para el buen éxito. Pero desgraciado de él si sucumbe; entonces la venganza del mas fuerte es desapiadada. Niobe osó juzgarse superior á Latona; sus hijos son heridos por las flechas de Apolo, y la madre convertida en roca. Euryto, en la Odisea, desafia á Apolo al combate del arco, y sucumbe á los tiros del vencedor. El mismo dios desuella á Marsyaso; Júpiter aterra con sus rayos á Salmoneo, porque este quiso imitar el ruido del trueno. La mitología, en fin, está llena de ejemplos semejantes.

¿Y cuántos grandes poetas y adivinos, pues entonces eran una misma y sola cosa, cegaron en castigo de su ciencia profética? Tiresias, Tamyris y Homero son los mas célebres, pero seria muy fácil nacer una grande lista. Entre los griegos pasaba en proverbio que la divinidad era envidiosa, que Pluton tenia celos de los mortales. Tan persuadido se hallaba de esto Polycrates que para espiar su constante prosperidad ante Júpiter, lanzó al mar su magnífico anillo; el dios no quiere admitir esta espiacion, y para conservar intacto el derecho de su venganza, devuelve el anillo valiéndose de un pez: el tirano de Samos entiende inmediatamente lo que quiere decirle la divinidad, y queda sobrecogido de espanto. El lector puede verlo en el *Anillo de Polycrates* de Schiller, en donde este célebre poeta ha desenvuelto elocuentemente esta idea.

No acabariamos si nos propusiésemos citar cuantos ejemplos nos suministra la historia de todos los tiempos; pero bastará lo dicho en apoyo de la proposicion que hemos sentado.



DON PEDRO DE CASTILLA Y SU PRIVADO.

Presenta la historia de tiempo en tiempo ciertos periodos envueltos en oscuras y misteriosas sombras, que tanto se prestan á la meditacion del filósofo como á la fantasia del poeta. Limítase la crónica á relatar los sucesos y deja su esplicacion á las imaginaciones ardientes que se apoderan de ellos para interpretarlos á su modo. Acaso no se encuentre otra época en la historia de España que mas participe de estas cualidades, que la de D. Pedro de Castilla, pintado por unos, como uno de los mejores soberanos de su edad, protector de los oprimidos aunque severo y rigoroso con los nobles turbulentos y desaforados, amigo de la gente humilde, atento solo á quebrar y domar la formidable fuerza y poderio de los grandes y escelente justiciero, pronto siempre á oir las quejas del público y retratado por otros como uno de los reyes mas feroces que se han conocido, depravado y lascivo al par que cruel. Las investigaciones, pues, que se hagan acerca de esta época poco exactamente conocida, en que los cronistas contemporáneos dominados por lastimosas parcialidades han tratado á D. Pedro con mas rigor y menos lisura que conviniera y en que escritores posteriores se han esforzado con empeño en vindicarle de gran parte de las crueldades que se le atribuyen, no pueden menos de escitar la curiosidad y llamar la atencion.

No tratamos de ocupar la seccion de recuerdos históricos del Semanario justificando ni acriminando la conducta del rey D. Pedro: proponémonos solo echar una rápida ojeada sobre la privanza de Alburquerque y demostrar el pernicioso influjo que ejerció este favorito sobre aquel monarca durante los primeros años de su reinado, encaminándole por una senda errada y haciendo que dejara sus huellas marcadas por crímenes y crueldades que forzosamente tenian que llenar á Castilla de consternacion y de luto.

Corria el año de 1350 en el cual D. Alonso XI de este nombre, dejó de existir á la sazon que ponia cerco sobre Gibraltar. El mismo dia fué jurado rey á los 16 años su hijo D. Pedro, primero y último de este nombre, conocido mas generalmente con el de *Cruel* por unos y el de *Justiciero* por otros, aunque no con razon á nuestro modo de entender por estos, pues dificultoso se nos hace el justificar tanta sangre derramada con que fué empapado el suelo de Castilla.

Comenzó á reinar D. Pedro aun no cumplidos diez y seis años, teniendo mucho poder sobre el corazon del jóven rey D. Juan Alfonso de Alburquerque persona de ilustre cuna, hijo de Alfonso de Alburquerque y nieto del Rey D. Dionisio de Portugal. Habíale sido encomendada á Alburquerque la educacion y enseñanza de D. Pedro, de la que no se curó como debiera pues segun Mariana dice: *estas faltas y defectos se le aumentaron por ser mal doctrinado de D. Juan Alfonso de Alburquerque á quien su padre cuando muchacho le dió por ayo.*

Sucedíale á D. Juan lo que á todos los favoritos, tenia sed de mando, ambicion y altivez, por lo que bien pronto descontentó la mayor parte de la nobleza de



D. Pedro perdona la vida á un anciano y condena á muerte al hijo que pedia por él.



D. Enrique de Trastamara.

Castilla, contribuyendo á concluir de estraviar el natural del jóven Rey con débiles condescendencias. Fué entre las primeras la de mas bulto la prision de Doña Leonor de Guzman noble dama con quien habia entretenido amores el difunto Rey D. Alonso y de quien hubo entre otros hijos, los infantes D. Enrique conde Trastamara, rey despues de Castilla. D. Fadrique Maestre de Santiago, D. Fernando Sr. de Ledesma, y D. Tiilo Señor de Aguilar. Fué el caso que Doña Leonor trató casamiento clandestinamente entre su hijo D. Enrique y Doña Juana nieta del infante D. Manuel, señora de muchos apetecida por estar dotada de notables prendas, pero que requerida de amores por Don Enrique, le prefirió aun contra el dictámen de su propio hermano D. Fernando de Villena, que opinaba era el infante D. Fernando de Aragon, entre sus pretendientes el que mas la merecia.

No necesitaba de mucho la reina Doña Maria para ensañarse á la primera ocasion contra Doña Leonor de quien habia tenido que sufrir durante la vida de su marido tan poderosos celos. Coloró pues el casamiento como desacato hecho á la persona del Rey no costándole mucho atraer á su partido á D. Juan, quien por complacer á Doña Maria inclinó bien pronto al rey á que decretara la prision. Verificóse esta trasladándola del real alcázar de Sevilla á Carmona; fué este un triste preludio de los males que aquejarian bien pronto á esta desventurada muger! Púsose luego en cobro del infante D. Enrique marchando á las Asturias disfrazado y por caminos desusados, pues temia, no sin razon, el enojo del mal aconsejado rey

Cayó enfermo de gravedad por este tiempo D. Pe-

dro y desahuciado ya de sus médidos era de ver como el favorito y allegados altercaban sobre el sucesor. Decidióse Alburquerque por el partido de D. Fernando hijo del rey de Aragon, no abrazó este por el mejor sino porque era mas conforme al son de sus intereses, pues soñaba en que D. Fernando se casaria con la viuda Doña Maria y podria seguir de este modo en la privanza, que era lo que mas le importaba.

Desbarató todos estos planes la súbita mejoria de D. Pedro; pusiéronse en salvo la mayor parte de los palaciegos y solo Alburquerque permaneció àl lado del rey fiado en la intriga y la mentira como tambien en el ascendiente que sobre él tenia.

Convalecido pues el rey convocó Córtes para Valladolid y saliendo de Sevilla trató de recorrer algunas ciudades y fortalezas á fin de dar las disposiciones mas necesarias á la tranquilidad de sus reinos. Acompañaba en el viaje al rey y reina viuda, en calidad de prisionera Doña Leonor y al paso por Lerena pidió D. Fadrique, maestre de Santiago, permiso para ver á su madre; tierna en demasia fué esta entrevista como que adivinaban sus corazones que aquellos instantes de mútuo cariño serian los últimos.

Recelábase Alburquerque de la entrevista de madre é hijo y por quitar estorbos y sospechas persuadió al rey encastillara á Doña Leonor en Talavera de donde era alcaide Gutier Fernandez de Toledo persona de toda su confianza. Poco duró la ejecucion de este mandato, pues la reina viuda envió de allí á algunos dias á su escudero Alfonso de Olmedo para que la matase. Bien satisfizo la reina sus enojosos celos pero tambien la aguardaba un tiempo en que su hijo sentiria sobrado los efectos de tan funesta venganza, puesto que aquella sangre cayó sobre las cabezas de sus hermanos que tanto poder y renombre tenian sobre Castilla.

Veamos como se esplica en este asunto Lopez de Ayala. «Desde pocos dias envió la reina á un su es»cudero que decian Alfonso Fernandez de Olmedo y »por su mandato mató á la Doña Leonor en el alca»zar de Talavera. Y este fecho pesó mucho á muchos »del reino ca entendian que por tal fecho como este »podrian venir grandes guerras y escándalos en el rei»no segun fueron despues por cuanto la dicha Doña »Leonor habia grandes fixos y parientes en el reino.»

Caminaba el rey hácia Burgos, cuando le salió á recibir Garcilaso de la Vega, adelantado de Castilla, con gran séquito de amigos y parientes, no pudo verle Alburquerque sin temor, rodeado de tanto poder y mas cuando le animaba el resentimiento de que no habia secundado sus miras, tocante á la sucesion de la corona cuando la enfermedad del rey, habiéndose por el contrario decidido en favor de D. Juan Nuñez de Lara de quien el valido habia tenido tanto que temer. Propúsose pues en su ánimo concluir con él, y apenas hubo entrado el rey en Burgos le habló en estos términos: "Señor, V. M. está en los principios de su rei»nado que quiera el cielo disfrute prolijos años en »paz y sosiego, pero para esto es preciso conozcan los »vasallos que V. M. sabe hacerse amar de los leales, »cuanto temer de los inquietos y sediciosos. Hoy se »ha atrevido Burgos á proponerle á V. M. que entre »desarmado y que me aleje de su lado, y con estas »condiciones le abrieron las puertas: no hago caso »del desaire hecho á mi persona, porque cuando está »herido el decoro del rey no duelen las demas he»ridas, el agravio hecho á V. M. es el que siento. Agra»do fué de V. M. sin méritos mios el declararme el pri»mer ministro suyo, en mí no puede ser esto culpa ya »que no sea mérito; luego si la hay V. M. es el deli»cuente. Aunque en mí no se hallen méritos, el te»ner la voluntad de V. M. y el ser inmediato á su »persona me daba para no ser despreciado los bas»tantes. Por arrimados al cuerpo de un santo damos »veneracion al vestido ¿y no merecerá veneracion po»lítica por arrimado á un rey su valido?»

"La desestimacion de las reliquias recae en despre»cio del santo ¿no será tambien desprecio del rey la »desestimacion de su privado? Si V. M. deja pasar es»tos desahogos sin ejemplar castigo, crecerán con enor»midad los desórdenes, porque siendo natural el de»sear todos los hombres la libertad y el huir la opre»sion de las Leyes, en breve tiempo cundirá en los rei»nos lo sedicioso, y en faltando en los súbditos la obe»diencia le falta al rey el carácter de señor y soberano. »Ya veo que no fuera resolucion ni fácil ni cuerda, »castigar á todos los delincuentes sin perder en Burgos »una de las mejores joyas que adornan la corona de »Castilla: pero constando que Garcilaso de la Vega, sus »cuñados, parientes y aliados han sido los principa»les motores de estos escándalos, como inficionados »con los dictámenes de D. Juan Nuñez de Lara á quien »le pesó tanto de que V. M. cobrase la salud, que sin »duda le debió de matar la pesadumbre porque vivia »su altivez de las esperanzas de coronarse, el castigo de »este y de algunos de sus confederados sonará tanto en »Castilla, que no sean necesarios mas avisos para con»tener á todos los vasallos en el respeto y la obedien»cia de su principe, temerán los señores y los nobles »viendo que no se perdonó al igual suyo: temerá la »plebe, porque el castigo del superior les advertirá que »no pueden huir el castigo.»

Hemos insertado casi íntegro este discurso para que por él se vea en lo agudo y capcioso de su argumentacion el modo diestro á la par que pérfido, que tenia el valido para seducir al rey. Consiguió con él todo lo que deseaba en tales términos que aquella misma noche decretó el rey la muerte de Garcilaso.

Entendió la reina Doña Maria todo lo que pasaba entre Alburquerque y el rey y como no eran celos los que en esta ocasion tenia que vengar, con el intento y esperanza de librar á aquel de la muerte, pasó recado secreto á Garcilaso para que se pusiese en cobro en vez de ir á Palacio pues le iba en ello la vida. Estrañó la inocencia de Garcilaso este aviso y no haciendo caso dándole fortaleza la tranquilidad de su conciencia sin mancha, temeroso de poner su lealtad en duda si rehusaba ir; se presentó al siguiente dia desarmado ante el rey, apenas le vió D. Pedro dió á sus ballesteros órden de prenderle; pidió Garcilaso un confesor y aun á este ruego no se hubiera atendido si casualmente no se hallara presente un clérigo. Retirados á un rincon el confesor y el penitente, Alburquerque el cual tenia al adelantado el odio mayor posible, quiso que el rey resolviese al momento sobre lo que con él habian de hacer; la resolucion fué una órden á los ballesteros de asirle y quitarle inmediatamente la vida. Ni los ballesteros al recibir la órden la podian dar crédito, así es que uno de ellos dijo al rey acercándosele; "Señor ¿qué mandais hacer de Gar-

cilaso?„—"Mandoos que le mateis respondió D. Pedro.» —Volvióse entonces el ballestero y descargó su maza sobre la cabeza del adelantado ayudándole en seguida uno de sus compañeros á acabarle á presencia del rey y de su valido. El cadáver ensangrentado fué arrojado por un balcon del campo, donde quedando tendido le pisó una manada de toros que por allí pasaba hasta que tras de haberle dejado algun tiempo en el mismo sitio se le llevaron y dieron sepultura.

Trágico fin tuvo este rico hombre de Castilla, digno de mejor suerte y todo por sugestiones viles y mezquinas del pérfido favorito! *El odio y la envidia de Al-*



Muerte de Garcilaso.

burquerque dice el cronista D. Alonso Nuñez de Castro» *fueron los acusadores, los fiscales, los testigos y todo el proceso contra Garcilaso.* No paró aquí su encono, sino que le llevó mas adelante mandando prender á Doña Leonor de Coronado su mujer y á un hijo suyo todavia niño que llevaba el nombre de su padre, que por la muerte de este heredaba el señorio de Vizcaya y en quien no se pudo efectuar la prision por la lealtad y diligencia de algunos criados y especialmente de su aya que recelosa de que le amenazaba un peligro grave, consiguió llevarle precipitadamente á esconderle en un castillo sitiado en lo mas montuoso de Vizcaya. Pero murió de alli á poco en su asilo y Pedro habiendo preso á los herederos alcanzó lo que codiciaba habia largo tiempo, haciéndose dueño de los dominios de aquella familia infortunada. Consiguió pues con este golpe hacerse temer, pero lo que le importaba así al favorito como al rey era hacerse amar de tan poderosos vasallos.

Pasó el rey de Burgos á Valladolid dondelas córtes se hallaban reunidas; entre otras cosas se trató de darle esposa, conviniéndose al fin en que Doña Blanca hija del duque de Borbon de Francia, tenida por la mas discreta y hermosa entre sus hijas era la mas á propósito.

Concluidas que fueron las córtes tuvo el rey á instancias de Alburquerque una entrevista con el de Portugal en Ciudad-Rodrigo, llevándose el favorito en la mira de reconciliarlos el pensamiento de arraigar mas de este modo su privanza. Hechas las paces amistosamente partió D. Pedro á las Asturias á castigar la rebelion de su hermano D. Enrique y paniaguados. Hallábase este á la sazon en el castillo de Montejo y su muger en la villa de Gijon asistida de varios rios hombres y caballeros asturianos. Defendieron estos con tanto valor la plaza que se vió el rey precisado á levantar el sitio con la vergonzosa condicion de que ni ellos ni los vasallos del conde harian daño en sus tierras.

Llegamos ya á la época mas sangrienta del reinado de D. Pedro como tambien la mas novelesca, y en la cual intentó el favorito clavar la rueda de su fortuna con un estudiado incidente. (*Concluirá.*)

DE LA MUSICA.

Para las imaginaciones exaltadas y poéticas la existencia está dividida en dos partes; la esperanza y lo pasado.

Estas imaginaciones á su entrada en la vida adornan el porvenir, el amor y la amistad de colores tan brillantes que es imposible que por hermosa que sea la realidad dejen de sufrir crueles desengaños, y que á medida que vayan tocando cada uno de aquellos placeres que se habian figurado no tengan que decir tristemente burlados y faltos de aliento: *No es mas que esto?* Cuando una á una se han deshojado todas aquellas ilusiones, como se deshoja una rosa al soplo del viento; cuando uno mismo, llevado por un estúpido amor á la sabiduría y á la verdad, ha arrancado

algunas con trabajo, concluyendo por convencerse de que aquella felicidad que coloraba sus sueños no es mas que un parto de su imaginacion, sucede que se pierde la fé en el porvenir, ó se le encuentra tan poco gustoso que se apartan los lábios; y el mismo tiempo pasado nos parece un bien que no podemos dejar de echar menos y nos esforzamos en recordar nuestra vida anterior, alimentándonos con sus reminiscencias. Asi es que bendecimos todo lo que nos trae algun recuerdo, todo lo que nos le figura presente y vivo. Al llegar á esta mitad de la vida, no encontramos una flor, un árbol, un tallo de yerba, un sonido, un color ni un perfume que no lleve consigo algun recuerdo.

Por esta razon, á nosotros que la primera vez que vimos la nudosa madreselva fué sobre la tumba de una jóven, el olor de este arbusto nos recuerda siempre un cementerio, y nos parece que el alma aprisionada en el atahud con el cuerpo, sube mezclada en la savia de sus ramas, y se escapa de las flores para volver al cielo en suave perfume. Para nosotros la madreselva huele á espíritu é inmortalidad. Las enredaderas que gatean agarrándose por las paredes y dejan caer sus flores á manera de campanitas blancas, de color de rosa ó violadas, nos recuerdan un cenador de cierto jardin en donde no podriamos entrar hoy dia sin sentirnos con el corazon cruelmente oprimido. Pero lo que sobre todas las cosas nos trae recuerdos completos é intactos, es la música; una sonata que hemos cantado ú oido en tal ó cual época de nuestra vida, es como un cántico mágico que galbaniza un momento de nuestra existencia anterior, y le hace pasar por nuestros sentidos como pasó en otro tiempo.

Es indudable que el anciano á quien le flaquean las rodillas y deja ya caer su cabeza, al oir la cancion que con su dulce voz entonaba la primera muger que amó, le vuelve su armonía por cinco minutos á la edad de 17 años, le trae sus ilusiones, su amor, el brillo de sus ojos; aun diria yo que adquiere de nuevo su frescura y su fuerza; pero al menos afirmo que su cabeza y rodillas dejan de temblar, y su pelo parece menos cano.

De la misma manera un ária insignificante para la generalidad, tiene para alguno cierta armonía celestial, porque no es en su oido donde resuena, sino en su corazon.

Nosotros no podemos tararear sin emocion las notas á cuyo compás nos enseñaba los primeros pasos, cuando estábamos en el colegio, nuestro maestro de baile cuyos cuidados fueron, completamente perdidos, porque á pesar de ellos, ninguno en España nos aventaja á bailar mal.

Esta emocion no proviene de que nos acordemos del colegio con pesar, porque en aquella época habiamos sido espulsados ignominiosamente y por otra parte teniamos un profesor con quien perdiendo siempre, nos batiamos un dia si y otro no, estando el del medio destinado á pasarlo en el calabozo. Pero en aquel tiempo ocupaba nuestra cabeza y nuestro corazon otra cosa que nos interesaba algo mas que el griego, el latin y el baile.

Cuando queremos fijar una época de nuestra vida ó de la historia contemporánea, solemos decir, esto pasó cuando los organillos de los franceses tocaban tal ó cual sonata.

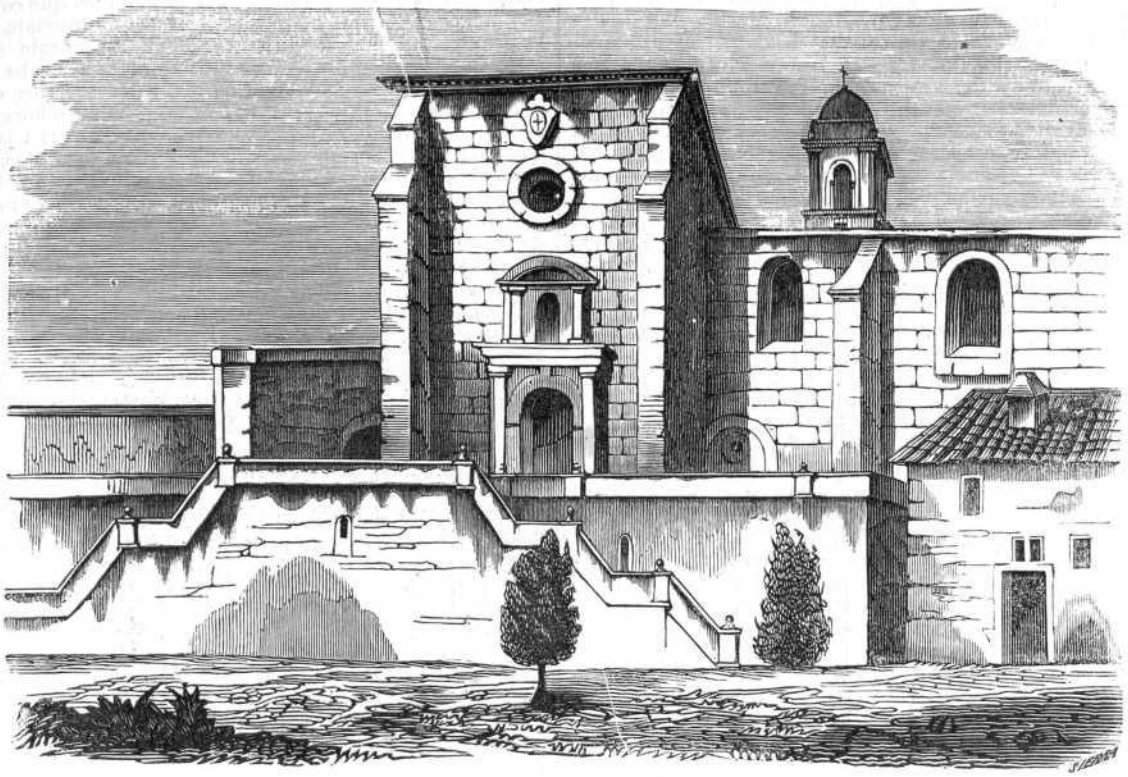
Y creemos que no seria difícil, y sobre todo que debia ser muy exacto, escribir uno mismo la historia de su vida en música, esto es, escribir la cancion que se estilaba en cada época; la lectura de estas memorias no presentaria solamente los hechos; nos volveria tambien las sensaciones y la aptitud para recibirlas. Puesto que hablamos de la música, nos permitiremos emitir una idea que nos ha mortificado mucho, y es que consideramos como una absurda monstruosidad, acomodar frases á la música. Esta debe subir al cielo llevándose nuestra alma consigo. ¿Por qué se la ha de abrumar con un lenguaje pesado que no sube mas arriba del oido de los hombres? ¿No es ella por sí misma un lenguaje divino? ¿No es ella el lenguaje del alma á las almas, como las palabras el lenguaje de la boca á los oidos, del pensamiento al pensamiento? ¿Por qué hacerla mas embarazosa con una traduccion interlineal siempre inexacta? Cuando yo oigo una música, que arrastra trás si con trabajo palabras toscas, como acostumbran á regalárnosla en los teatros, me parece música contrahecha; se me figura ver un pájaro á quien los niños obligan á tirar de carritos de naipe, cuando él desearia lanzarse sobre la cima de los árboles; creo ver un moscardon atado por la pata á la punta de un hilo. El primero que acomodó palabras á la música era un necio mal organizado, que no pudiendo elevar su alma á la altura de aquella, la hizo bajar al nivel de su poca inteligencia, sirviéndose de las frases como quien se sirve de la municion para hacer caer la alondra que gozosa corta los aires cantando.

EL USO DE LA LIBERTAD.

¡Viva la libertad! Así gritaban
juntos con recia voz por largo rato,
al verse libres de su duro encierro,
una marmota, un gato,
un colorin y un perro,
que antes en un cortijo suspiraban,
víctimas del poder y los caprichos
de un labrador aficionado á bichos.
¿Qué se hace, compañeros?
preguntó el colorin: pues es costumbre
de bestias á la vez y caballeros
que el promotor de las cuestiones sea
un títere si le hay en la asamblea.
Yo, ya que terminó su servidumbre
y en ella me enseñaban varios sones,
(prosiguió muy ufano)
el tema cambiaré de mis canciones
y con mil improperios al tirano,
toditas, para darle pesadumbre,
las cantaré cuando me le halle á mano.
Yo, dijo la marmota,
buscaré un agujero
para dormir en él un año entero.
Aquí (el gato esclamó) segun se nota,
por los collados hay y los ejidos
multitud de conejos y de nidos:
ya que se me presenta buena traza
contrabandista me hago de la caza.
Yo, prorrumpió sagaz el perdiguero,
como que libre y suelto bien me lamo,
voy libremente á ver si encuentro un amo.
¡De tan indigno modo
empleó la cuadrilla emancipada
el rico bien de libertad sagrada!
para las almas nobles ella es todo;
para el imbécil nada.

J. E. HARTZENBUSCH.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LA CARTUJA DE GRANADA.

La toma de Granada fué mas alta ocasion de gloria que el asedio de Ilion y la fundacion de Roma; puede compararse con la religiosa conquista de la ciudad santa.

En aquella vega superior en hermosura á la de Atenas, al pié de aquella ciudad asentada sobre siete collados como la emperatriz de Occidente, sucumbian de un lado los restos de una poderosísima raza que habia echado hondas raices en un suelo que hasta los estraños abandonan con lágrimas; de otro daban alaridos de triunfo guerreros alentados por el honor, la religion, el sacratísimo amor de patria, mandados por una reina que representaba la civilizacion de las tierras españolas, la justicia, la igualdad, el genio, todo lo grande y todo lo bello.—En lontananza se veia el descubrimiento de la mitad del globo terráqueo, de un camino mas corto para las Indias, la conquista de Africa, la dominacion de Italia y del Mediterráneo, la union de Portugal.

Los descendientes de los ilustres varones que por siete siglos habian ido aumentando sus heráldicos timbres con los pedazos arrancados á la dominacion agarena, vinieron en tropel á este cerco para cojer la última corona cívica. Al lado de Isabel I brillaba una cohorte de caballeros ganosos de fama. Mas entre todos sobresalia Gonzalo Fernandez de Córdova, Alcaide de los Donceles, guerrero insigne que despues mereció por sus hazañas ser llamado Gran Capitan, título concedido únicamente por la antiguedad á Pompeyo, Alejandro y Carlo-Magno.

No habia tala ni algarada en que no se hallase tan renombrado guerrero, montado en un soberbio alazan blanco, cubierto de riquísima y brillante armadura y con altivos plumajes azules, siempre delantero para llamar hácia sí la morisma. Si algun capitan de alarbes salvaba el foso en busca de un campeon cristiano, alli estaba el Alcaide de los Donceles y no pocas veces se le veia cruzar solo por delante de los puestos avanzados como desafiando las armas arrojadizas y las espadas de los cobardes que trás de murallas se guarecian.

La hora del alba seria cuando una mañana buscando ocasion de aventuras, se paseaba, acompañado de sus dos mas fieles escuderos, por las colinas sembradas de viñas que guarnecen los alrededores de Granada por la parte del Norte y de pronto oyó silvar una flecha tan cerca de su rostro que á tener menos alientos hubiera apartado el cuerpo. Con la presteza del airado, caló visera, enristró lanza y clavó fieramente los acicates á su caballo que partió en acometida. Aunque traidora, no era gente cobarde con quien se las avenia, pues dando salvajes gritos le salieron al encuentro, desde un selvoso recodo de la senda, cuatro ginetes zegries armados á la lijera. De estos el mas alentado cayó de un bote de lanza (primero que dió Gonzalo) y exhaló el último suspiro pronunciando el guerrero grito de *Alá Acbhar*! Trabóse reñido combate luego que fueron llegados los escuderos, pero con ventaja de los cristianos, porque los africanos apiñados en un camino angosto no podian manejar sus lanzones de cuatro varas; huyeron pues, dando suelta rienda á sus corceles. Como leon enfurecido siguióles el alcance nuestro héroe, animando á su caballo con la voz y con las puas. En el escape rapidísimo llegó á los carmenes de Dinadamar, casi tocando siempre á sus contrarios, mas sin poderlos

herir y al tomar una acequia para contarlos, una nube de azagayas, flechas y piedras vino á envolver y á estrellarse en las armaduras de los tres intrépidos castellanos. Alentados eran los escuderos, mas vacilaron.—*Adelante por Santiago!* gritó con voz estentórea que repitieron los montes el valeroso caudillo, y se arrojó en medio de un peloton de alarbes que cerraban el paso, á pié y á caballo, descubiertos ó guarecidos por setos de zarzas y sauces. De fuego parecia la armadura del valeroso capitan, iluminada con los rayos del sol naciente y un relámpago su espada que revolvia para defenderse, hiriendo mortalmente á los que mas se le acercaban. Enardecida la turba por la heróica resistencia de aquellos tres guerreros redobló sus gritos, su furor, sus ataques y derribado por el alfanje de un zegrí, cayó uno de los escuderos, mientras que el caballo del otro rindió en tierra herido por un fiero golpe en el frontal que le envió un jayan de los de á pié.—¡*A mí, cobardes!* gritaba Fernandez de Córdova, y revolviéndose para proteger á sus caidos servidores se halló solo, desgonzado el peto de una pedrada, descompuestas las grevas, fatigado su alazan, rota su lanza y en medio de furiosos enemigos ardiendo en ira y en deseos de vengar la matanza que el caballero habia sembrado en su horda. Mas como los rios crecen y talan y destrozan cuando poderoso obstáculo les cierra el paso, nuestro capitan asi se alzó sobre los estrivos, derribó de un tajo al que acababa de herir mortalmente á su escudero y haciendo brincar á su caballo, célebre en el ejército por la resistencia de sus piernas, se apartó de los de á pié, pasó la acequia y salió á escape tendido por los pechos de un monte, mal hiriendo á los ginetes que el camino le cerraron.

Gran clamoreo de indignacion lanzó la moreria viéndole libre de sus iras, mas como se dirigiera el castellano á las puertas de la ciudad, mientras que dos caballeros le seguian por lo escarpado de la montaña, otro mas cobarde y mas vengativo se dirigió por una trocha para avisar al puesto mas cercano de avanzadas que apenas distaba media milla de la cumbre del cerro.

Nuestro intrépido capitan llegó á la cima del collado y sus ojos descubrieron por la vez primera á Granada, á la Jerusalen de los españoles envuelta en el purpúreo manto de la luz de la mañana. El peligro inminente que allí corria, la agitacion del rigoroso combate que acababa de sostener, su incierta fortuna, todo se le olvidó en el punto, y plantando su caballo, levantó la visera y con el corazon lleno de gozo de sagrado entusiasmo se puso á contemplar la *mas hermosa ciudad de cuantas cobija el sol.*—Recorrió con avidez las siete poblaciones cubiertas de las cuarenta mil casas que formaban los cascos de aquella *granada de rubies*; las cuatro ciudadelas; las mil y treinta torres que rodeaban la triple muralla de aquel último atrincheramiento de los enemigos naturales de los godos; el cerco de jardines que como corona de rosas ciñe la frente de la Damasco española, la verdura sin fin de la vega matizada de alquerias y de pueblos que á nidos de palomas se asemejan; las montañas azules que la cierran y el nevado Atlante que envia frescura y luminosos reflejos á este Edem. Despues se detuvo en el Alhambra anillo de cornerina, cintura de hierro, corona torreada de la montaña cuyas faldas bordan con pasamanos de plata Darro y Genil; en la torre del sol (1) jigante centinela de este Acrópolis cuyo núcleo eran jardines y un palacio de diamante; en la torre de lomaregh, concha de nacar con armadura de bronçe, en el canastillo de flores llamado Generalife, palacio de placeres puesto á la frescura de las auras salubres del Dauro; en el Alcazaba bermeja (2) *donde solo podian penetrar las águilas*; en las mezquitas con sus cúpulas de oro ó de esmeralda; en el Albaicin coronado por el palacio del sabio Aben-Habuz (1) y de Darla Horra (2) poblado con la nobleza de raza pura; en el Alcazaba Cadima, gacela encaramada sobre una montaña que guarda el sombrio barrio de los fieros zenetes echado á sus pies; es la ciudadela antigua con los muros góticos y romanos, en la circular vanguardia de atalayas que con sus hogueras, cual telégrafos de fuego anunciaban la proximidad del enemigo. Llegaban á Gonzalo el majestuoso murmullo de la ciudad que comenzaba á despertarse, el susurro de la corriente de sus rios, el aura de sus jardines, los trinos de sus ruiseñores, el bullicioso piteo de las golondrinas que en sus tejados anidaban. Como Godofredo de Bullon, dejó el caballo, hincó humildemente las rodillas, levantó su alma á Dios y estendió entrambas manos como para tomar posesion en nombre de Castilla y de la religion de Jesus de todas aquellas tierras y sus ojos se inundaron de lágrimas.....

Al mismo tiempo cayó á su espalda con estruendo un cuerpo muy pesado y reponiéndose vió á su caballo, que fatigado por la carrera y debilitado por la sangre que de todas sus heridas salia á torrentes, estaba en tierra moribundo; mirándole con noble cariño y aguzando sus orejas para anunciarle por última vez el peligro cercano.—Asi era, los dos ginetes que le siguieron tocaban la cumbre y una gruesa patrulla de Zenetes subia por el lado opuesto anhelosa de cebarse en su sangre.

Los ánimos del caballero cristiano no se rindieron, veloz como el pensamiento, apretó como si fueran de masa los goznes de su peto, para mejor defenderse, embrazó su escudo, atravesó delantero el cadáver de su alazan y enclavó sus robustas espaldas en una poderosísima encina que el cielo le ofreció. Un segundo tardaron todavia sus enemigos en montar á la meseta del cerro y en este tiempo el caballero encomendó su alma al Criador y ofreció en solemne voto fundar en aquel sitio un monasterio para recuerdo de lo visto, en agradecimiento tambien si salia con vida de tan duro trance. Antes que terminase la plegaria diez lanzas arrojadizas vinieron á clavarse en la encina, ó resbalaron en su templada armadura; mas por especial providencia de Dios, adelantóse á todos los Zenetes un negro feroz montado en briosísimo alazan; el Alcaide de los Doncel s avisado en ardides, le arrojó una de las azagayas que tenia á sus pies, le pasó, le derribó del bruto con fiereza y saltando sobre la elevada silla recibió á los que subian con la espada en alto; mas no se libró de un poderoso tajo que le dividió el escudo y le desguarneció parte del hombro.—Todos le rodearon y los filos de los alf nges, las puntas de los lanzones formaban espesa muralla delante de su cuerpo, su destreza en las armas era ya inútil, sus fuerzas estaban agotadas.... Oyóse estruendo de caballos al norte y luego la voz potente de un cristiano que gritaba—*Perros! diez contra uno!—A mí que soy Pulgar!*—Un corte en el almete habia deshecho el morrion del Alcaide y apareció su rostro de espresion ardiente, sombreado de negros cabellos á la vista de los africanos—*Gonzalo de Córdova!* Dijo un renegado muzárabe reconociéndole y al mismo tiempo cayó traspasado por la temible lanza de Pulgar el de las Hazañas. Agitados de pánico terror huyeron los combatientes que restaban pronunciando como espantados de su propia temeridad, los nombres *Gonzalo de Córdova! Hernando del Pulgar!*

Dado el alcance hasta las mismas puertas de la ciudad, nuestros guerreros se abrazaron con íntima efusion, estrechando el nudo de su amistad, de muy antiguo enlazado, y regresaron al campo de Castilla despues de recoger á uno de los escuderos de Conzalo que se agitaba exánime entre los moribundos.

Hizose pública esta aventura y cuando despues el P. Juan de Padilla vino del Paular para fundar una casa en Granada, el Gran Capitan trató con él, en

(1) Hoy se llama *torre de la Vela*. (Véase *Marmol Reb. de los Mor.*)

(2) Torres bermejas.

(1) Hoy se alza sobre sus cimientos la Casa de Lona, vulgarmente *La Lona*.

(2) Este palacio que perteneció á la Madre de Boabdil forma parte en el dia del convento de *Santa Isabel la Real*.

cumplimiento de su voto y el mes de noviembre de 1513 le donó el sitio de la promesa que es lo que hoy llaman *Golilla de la Cartuja*, y con él las huertas de la Alcudia, y se comenzó la obra (1)—Tres monjes vinieron de las Cuevas de Sevilla, pero fueron degollados una noche por los moriscos y la fábrica quedó abandonada. De nuevo Gonzalo Fernandez escribió al Paular para que fundase un poco mas abajo puesto que tanto miedo tenia á las alturas y le prometió abonar tambien los gastos. En 1516 se comenzó la iglesia del edificio que nos ocupa y en el siglo XVII se concluyó el monasterio, siendo engrandecido y adornado en el siguiente, el claustro, el coro, la sacristia y últimamente la fachada esterior que ofrecemos á nuestros lectores tomada desde el deliciosísimo compás de madreselvas que la precede. En 1842 ha demolido el propietario D. N. Mendez toda la parte gótica de este edificio y hubiera continuado su obra de devastacion á no ser por un real decreto que espresamente lo prohibió.

Sobre una escalinata anchurosa y elegante está la portada de la iglesia sencilla y proporcionada á la soledad y melancolía que inspira aquel recinto. Fué trazada por Hermoso y su hermano el escultor hizo la estátua que es copia del famoso San Bruno que antes se veia en la calle de Alcalá sobre la posada de su nombre y que ahora se guarda en la Academia de nobles artes. *El claustro grande* tiene 76 arcos sostenidos por columnas toscanas y estan cerrados sus claros dejando para luces lumbreras con calados que dan á las crujias una misteriosa claridad. Este claustro estaba lleno de pinturas del lego Lotan, notable en las perspectivas lineales y de agradable colorido, hoy está cubierto de escombros. El area de este patio poblada de arrayanes, de palmeras, de sauces y de cipreses era el sagrado campo donde cada uno de los monjes cavaba su fosa. Una cruz de hierro señalaba la del último que habia entregado su alma á Dios. Antes de salir á la iglesia viniendo del claustro está el refectorio en cuyo testero hay pintada una cruz sencilla con tres clavos, herida de la luz natural que entra por una ventana del costado y tan bien fingido está el artificio que hasta los inteligentes se engañan creyéndola de bulto: es obra de Lotan.

La iglesia tiene una sola nave y está rellena de follajes y adornos churriguerescos pues los de la antigua fábrica se rasparon. Muchas obras de arte se encerraban en este recinto que destinaron á Museo los gobernantes cuando la invasion francesa de este siglo; hoy muy pocas se han salvado de la voracidad de los especuladores y solo podemos citar siete lienzos de á cuatro varas en el cuerpo alto de la nave de la iglesia, pintados por Atanasio Bocanegra y una graciosísima Virgen del Rosario en un altar; dos cuadritos apaisados de Conrado Jiaquinto, y seis de Sanchez Lotan. Las puertas del coro son de preciosísima ensambladura, embutidas de concha, nacar y marfil con molduras de ébano: en la sacristia hay tambien tacas para los ternos del mismo trabajo y toda la obra de esta clase fué hecha por un lego cartujo llamado Fr. José Vazquez. La estátua de la Concepion que hay en la capilla mayor es de José de Mora.—*El Sancta Sanctorum* adornado por el *famoso* D. Francisco Hurtado Izquierdo es de gran boato y riqueza; pero de pésimo gusto. Los frescos son de D. Antonio Palomino, autor del *Museo pictórico* y los seis cuadros de los lados tambien estan firmados de su mano: las estátuas son de Mora y los niños de los follajes de Risueño. La sacristia es una pieza espaciosa, rica en su ornato y churrigueresca en todo. Los buenos mármoles de Lanjaron, Málaga, Loja y Macael estan muy prodigados. Antes habia unas cabezas magníficas pintadas por Zurbaran, en 1845 fueron robadas, hoy solo quedan una Concepcion en cobre que pasa por de Murillo, aunque nosotros no lo sostendremos, un Cristo de Cano, y otros cuadrillos que son de otro Morales algo parecido al *divino* en lo lastimado y seco de sus Cristos.

(1) Pedraza: *Historia eclesiástica de Granada—Antigüedades y escelencias etc.—Gacetillas* del P. Chica—En todas estas obras mas ó menos esplícitamente se refiere el hecho que acabamos de narrar.

Es amenísima la situacion de este monasterio de Cartuja cercado de olivares, y rodeado de grandes y corpulentos cipreses que convidan á la meditacion y al recogimiento. Su huerta es suntuosa. Vénse cerca de él los vestigios del gran estanco ó naumaquia donde los moros hacian sus juegos navales y las ruinas del modesto albergue donde se retiró el insigne *Maestro Antonio de Nebrija*.

En el dia la *golilla de Cartuja*, sitio donde como hemos dicho, tuvo lugar el combate que dió márgen á la fundacion del Monasterio (hoy convertido en ayuda de parroquia) es segun el pueblo morada de duendes y vestiglos: cuentan las viejas del barrio vecino que allí se oyen los sábados el revolar de las brujas y el sonido de sus panderas porque este es el lugar de sus conciliábulos.

J. Jimenez Serrano.

DON PEDRO DE CASTILLA Y SU PRIVADO.

(Conclusion.)

Es pues el caso que D. Juan Alfonso de Alburquerque criaba en su casa bajo la tutela de Doña Isabel de Meneses, su mujer, una jóven de estraordinaria hermosura y en estremo discreta, como se puede juzgar por el influjo y dominio que conservó hasta su muerte sobre las pasiones y el carácter inconstante de aquel voluble monarca.

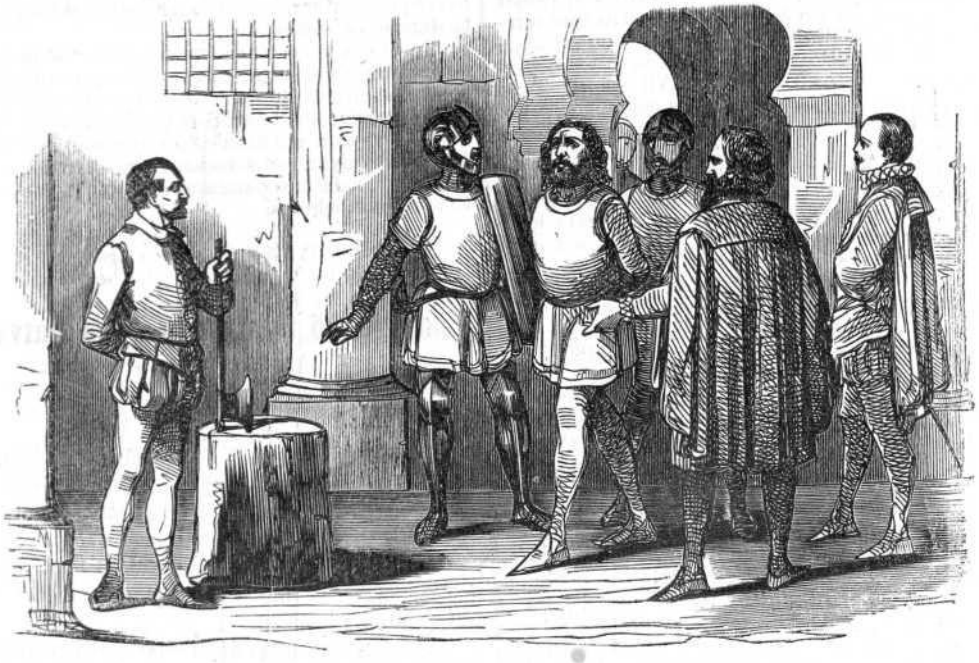
Alojóse el rey antes de asediar á Gijon en casa de Alburquerque, donde vió y se enamoró de Doña María de Padilla, que asi se llamaba la jóven, y este fué el estudiado incidente de que hemos hecho mencion, preparado por el valido para fijar la rueda de su fortuna; mas adelante veremos cuan errónea le salió la ilusion de tan grato pensamiento, puesto que tenia la Padilla varios parientes que era preciso elevar hasta los pies del trono, donde no los podria ver el favorito sino con desden y de reojo. Ello es que por intervencion del privado, de aquel hombre sin virtud, el tio de la noble doncella D. Juan de Hinestrosa, sacrificando sin titubear el honor de su familia echó á su sobrina en los brazos del rey su amante, continuando asi estas relaciones hasta la muerte de Doña María para gran desventura del reino.

Pocos meses despues de formada esta conexion ilejítima D. Pedro accediendo á los deseos de las córtes juntas en Valladolid, envió á Francia una embajada para pedir por esposa á una princesa de la estirpe real de aquella tierra, siendo la elegida Doña Blanca de Borbon.

Arregladas que fueron las cosas de Asturias, partió el rey para Andalucia por los disturbios que allí promovia D. Alonso Coronel contra quien animaba al valido una secreta saña algun tanto justa. Cercóle el rey en la villa de Aguilar donde se habia hecho fuerte y requiriendo los muros y barreras fuéle dicho por Gutier Fernandez de Toledo el aprieto en que se hallaba, y que no habia medio alguno de salvacion, á lo cual contestó Coronel: *solo hallo uno y es el morir como caballero.* Respuesta digna de un hombre de aquellos tiempos en que el honor lo era todo.....

Entró por fin D. Pedro á viva fuerza en Aguilar y haciendo que le llevasen á su presencia á Coronel le salió al encuentro anticipadamente Alburquerque diciéndole con una complacencia irónica: *¿Qué porfia to-*

masteis D. Alonso tan sin pró siendo tan bien andante en estos reinos? á la que respondió con entereza Coronel: *D. Juan Alfonso esta es Castilla que hace los hombres y los gasta. No ignoré mi riesgo pero la ventura que á vos os sobra me faltó á mí.* Despues de esta respuesta, los ministros ejecutores le cortaron la cabeza como tambien



Muerte de D. Alonso Coronel.

la de un sobrino suyo y otras muchas de la primera nobleza. Dia fué aquel de horrible matanza en el que Alburquerque vengando resentimientos personales azuzaba la saña del rey en cuenta de irle á la mano precipitándole á pasos ajigantados en un piélago de sangre....

Recibió D. Pedro en Torrijos la nueva de que Don Juan de las Rodas obispo de Burgos, y D. Albar Garcia de Albornoz estaban ya de vuelta de su ida á Francia con Doña Blanca de Borbon, á quien tan infelíz estrella aguardaba en Castilla, llegando á Valladolid empezado el año de 1353 y trajo á esta á Valladolid hácia donde fué asimismo D. Pedro con repugnancia, dejando en Montalban á la Padilla y el alma con ella. Pesóle en estremo tan pronta venida por estar prendado de su dama con quien acababa de tener una hija y propuso dilatar las bodas dando largas para efectuarlas tarde ó nunca, mas Alburquerque que comenzaba á estar celoso de las mercedes hechas á los parientes de Doña Maria, usó de todo el poderoso influjo que aun tenia sobre su señor instándole á que dispusiese la solemnizacion del matrimonio con Blanca, pintándole la necesidad del casamiento y aduciendo para convencerle todas las razones de estado que estuvieron á su alcance. Accedió por fin el rey no sin gran contentamiento de Alburquerque, que entrevió una nueva senda por donde poder derrocar á los parientes de la Padilla que tanto ascendiente habian tomado durante su permanencia en Portugal por arreglo de asuntos entre los dos reyes.

Partió D. Pedro á Valladolid encontrándose en el camino con D. Enrique y D. Tello, con tanto aparato de gentes que mas parecia venian con ánimo de guerra que á presenciar sus bodas, por lo que mal enojado mandó juntar sus ginetes proponiéndose á instancias de D. Juan Alfonso concluir con ellos. A este tiempo recibió el rey un emisario de los dos hermanos que le propuso; «que de ninguna manera se entregarian á su merced mientras D. Juan Alfonso permaneciese á su lado, pues sabian con cuanta astucia y perfidia mandaba en todo el reino y aun en su corazon.» Contestó á esta razon Alburquerque como que estaba presente, con mucho enojo y destemplanza, de modo que los ánimos se enconaron mas y mas escepto el rey D. Pedro que ya no se hallaba con gana de venir á las manos y envió comisionados á sus hermanos para que se entregasen bajo el sagrado de su palabra. Diéronse por fin á partido mediando mucho en los contratos D. Juan Gonzalez de Bazan persona astuta convenida con D. Tello, D. Enrique y los parientes de la Padilla para derrocar á la vez al poderoso valido.

Arreglado el laberinto de estos altercados, se abrazaron el rey y sus hermanos. Tuvo pecho D. Alfonso para finjir alegria aunque vió en la alianza de todos el preludio de su caida.

Partieron al fin en comunion y amistad á Valladolid donde se efectuaron las bodas con el mayor lustre posible en Junio, siendo padrino Alburquerque y madrina la reina Doña Maria de Aragon. Fueron estos desposorios un lunes y al siguiente dia ya tenia dada órden D. Pedro para partir el miércoles á Montalban donde se encontraba la Padilla. Gran-

de fué el escándalo y el ruido que esta precipitada marcha causó en Valladolid y en todo el reino, pues ni los ruegos de la reina, ni las lágrimas de su esposa ni los consejos del favorito fueron bastante á impedirla. Tal era el ciego destino que le impelia á correr desatado en pos de tan funesta pasion.... Partió como tenia ordenado á Montalban seguido de sus dos hermanos y de una gran parte de la nobleza, quedándose Alburquerque asaz pesaroso de ver á sus mayores enemigos en la confianza y valimento del rey y abrazando la única causa que le restaba, fuese á consolar á las dos reinas que resolvieron enviarle con cartas de embajada á D. Pedro para manifestarle el alboroto que habia causado el mal porte para con su esposa Doña Blanca, mal que se podria remediar con su pronta vuelta á la corte. Partió pues acompañado de alguna nobleza compadecida de la jóven desposada y habiendo llegado á Almoroz se encontró con un mensajero del rey que en un largo preámbulo le manifestó la necesidad que padecia de su persona lo entorpecidos que andaban sus negocios pues los parientes de Doña María no eran entendidos en el gobierno civil y militar lo suficiente; que por lo tanto acelerase su marcha pero dejando aquel séquito que para nada le servia y podia dar con él temores á D. Pedro. Era de suyo Alburquerque de entendimiento claro, y como todos los cortesanos, suspicaz en demasía, por lo que se receló algun tanto de tan lisonjera embajada acabando de confirmarse en sus sospechas por voces esparcidas entre los criados del emisario. Supo ademas, como en palacio se habian despojado todas sus hechuras y dado los empleos á los parientes de la Padilla con quienes no podia ya transijir su corazon. Con todos estos temores envió un mensajero que le espusiese los motivos que le impedian ir á besar sus reales manos. Contestóle nuevamente el rey aferrándose mas en su primer propósito y para desvanecer sus sospechas le envió cartas donde le aseguraba de su sincera y franca amistad: mas á pesar de todo se retiró desconfiado por los ocultos avisos que de la corte recibia.

Supo con pesar D. Pedro que D. Alfonso se retiraba seguido ya de gran número de caballeros que se aumentaba de dia en dia por ser el partido de Doña Blanca representado en Alburquerque, el mas justo y mas humano. Bien lo conocian los parientes de Doña María puesto que le aconsejaron al rey partiera á Valladolid á verse con su esposa, lo cual verificó no sin repugnancia permaneciendo allí solos dos dias y dejándola con nuevo escándalo para nunca mas volver á verla. Mandola encerrar en el castillo de Arévalo donde á nadie ni siquiera á la reina madre se dió permiso de verla.

Achacóse comunmente en aquellos rudos tiempos el ódio que tenia D. Pedro á la reina su muger á hechizos que la Padilla le habia dado. Contábase que un cinto ó cinturon riquísimo todo de oro cuajado de piedras preciosas enviado por Blanca á su marido se habia transformado de súbito en una sierpe venenosa. Los verdaderos hechizos eran su belleza y donaire y sobre todo su discrecion que bastaban para hechizar á un hielo cuanto mas las pasiones arrebatadas del rey D. Pedro, porque al decir de un cronista *sabia negarle blandamente al rey lo mismo que deseaba concederle; haciéndose desear despues de poseida con unos recatos mentidos que llamaban la voluntad cuando la despedian: habilidad en que la confiesan algunos tan naturalmente diestra que la supo en su doncellez sin enseñanza.*

Despues de su ida á Valladolid insistió otra vez el rey enviando nuevos emisarios á D. Juan Alfonso con pliegos de condiciones para que volviese á su servicio, pues le ofrecia su amistad dejándole en pacífico goce de sus posesiones en Castilla pudiendo ademas vivir en ella ó en Portugal segun fuese su voluntad: que no habia de hacer hostilidad alguna en sus tierras, y finalmente que le enviase para seguridad del pacto á su hijo D. Martin Gil en rehenes.»

Despues de tantos temores y desconfianzas, increible se nos hace como Alburquerque aceptó á la letra estas condiciones. Véase hasta que punto le arrastraba el deseo de mandar.... Antes de ir á ponerse á los pies del rey pasó á Tordesillas, donde moraban las reinas Doña Maria y Doña Blanca, casualidad ó precaucion que le valió la vida pues allí supo como los designios de D. Pedro eran cojerle desprevenido á él y á sus amigos para concluir con ellos, por lo que determinó pasarse inmediatamente á Portugal pesaroso de haber venido en semejantes condiciones y sobre todo de haberle entregado á su hijo heredero con otros muchos caballeros que debieron sus vidas á la Padilla que mas de una vez iba á la mano á las crueldades del rey.

Tocamos ya por fin al último periodo de la vida de Alburquerque, periodo en el que cayó del valimento para no volver á alzarse jamás, siendo esto lo que suce de precisamente á todos aquellos que no cimentan su poder en la humanidad y el amor á sus pueblos, sino sobre el orgullo y el despotismo, puesto que habia gastado el tiempo de su privanza en perseguir á todo aquel que le pudiera hacer sombra, sin hacerse cargo de lo poco que hay que fiar en valimento de los reyes y mucho menos en el del inconstante D. Pedro. Pasó como hemos dicho á Portugal á ponerse bajo la proteccion de aquel rey su pariente, mas en tanto D. Pedro no se estuvo ocioso, sino que arremetió á sus villas y castillos, taló unos, estrellóse su furia en otros y no consiguiendo al fin su completa venganza envió emisarios al rey de Portugal su abuelo para que le prendiese. Llegaron estos el dia que se celebraba sus bodas el marqués de Tortosa, hijo del rey de Aragon con la infanta Doña María y habiéndolos conocido Alburquerque y el objeto á que venian, acercándose á ellos trató de vindicarse en presencia de la corte con un largo discurso de las inculpaciones que se le hacian, á todo lo cual contestaron los emisarios y tornó á replicar D. Alfonso alborotándose los ánimos en tal manera que hubieran venido á las manos á no estar presente el rey, que metiendo paces, se dirigió á los embajadores diciéndoles en alta voz: *Direis al rey mi nieto que el ajuste de estas materias queda por mi cuenta que yo procuraré quede satisfecho D. Juan Alfonso Alburquerque sin olvidarme de que tiene sangre suya.*

Tornaron con esta embajada, á D. Pedro y viendo el infante D. Enrique y demas hermanos declarado al rey de Portugal en favor de Alburquerque, trataron de ganarle por amigo, cansados ya de la inconstancia y duro trato de su hermano: igualmente lo intentaron con D. Juan Alfonso que vino en ello, creo que apremiado por la imperiosa necesidad de las circuns-

tancias. Tuvieron sus vistas en un lugar cercano á Badajoz donde arreglaron el modo de hacer la guerra á D. Pedro para lo cual les entregó Alburquerque gruesas sumas de dinero, el Castillo que llevaba su nombre y otros varios pueblos y fortalezas, de modo que entrando en seguida los infantes por las Castillas encendieron con la rapidez del rayo una guerra civil atroz y asoladora que esparció la angustia y el conflicto por todas partes y apoderándose de las villas, castillos y ciudades, vinieron á las manos simultáneamente con los parciales de D. Pedro que cada vez llebaban lo peor de la guerra. Cerró este lleno de ira sobre segura con gran parte de sus fuerzas, estrellándose allí contra D. Fadrique su hermano que defendió



Muerte de D. Fadrique.

con valor su alcazar, por lo que despechado el rey le privó del maestrazgo dándolo en seguida á D. Juan Garcia Villagera hermano de la Padilla.

Prósperas iban las cosas de Alburquerque cuando una muerte inesperada le vino á atajar en Medina del Campo las quimeras de sus ambiciosos proyectos. Cinco años no cumplidos fué la duracion de su privanza; siendo corto el intérvalo que medió entre su caida y su muerte. Fué comun opinion entonces que habia sido envenenado por su médico á ruegos de D. Pedro, mas nosotros no pretenderemos en manera alguna dilucidar aqui una cuestion que á nada conduce pero sí concluiremos con el parecer de Mariana, por si acaso su autoridad tiene para con algunos fuerza, siendo ademas en un todo conforme con el del cronista Ayala: *murió con yerbas que le dió en un jarabe un médico romano que le curaba, llamado Paulo, inducido con grandes promesas á que lo hiciese por sus contrarios y en gracia del rey.*

Mandó en su testamento que no dieran tierra á su cuerpo interin las cosas de Castilla no se arreglaran, y así lo ejecutaron trayéndolo en unas andas y hablando por el muerto en todas las juntas Ruy Diaz Cabeza de Vaca su camarero mayor. Ridícula ceremonia pero muy conforme á la atrasada cultura de aquellos rudos tiempos.....

No mucho despues le enterraron en el monasterio de la Espina de religiosos Bernardos, con toda la pompa de un rey, asistido de la nobleza portuguesa y gran parte de la española como que habia llegado á alcanzar grandes heredamientos de Castilla.

No es posible negar que el rey D. Pedro de Castilla fué provocado á menudo y atrozmente rebelándose los nobles y ricos hombres por la causa mas leve y á veces sin motivo alguno. Pero sino puede ser acusado con razon este monarca de haber mandado quitar la vida á quien para ello no le hubiere dado algun motivo, urdiendo contra él tramas secretas ó rompiendo en rebelion declarada, tambien se debe decir que por la barbárie en los suplicios, muchos de ellos aconsejados por su privado; por la doblez en trazar con frialdad la perdicion de aquellos á quienes habia sujetado prometiéndoles perdon con solemne juramento, por su pérfida maña y habilidad en hacer como promesas juradas y halagos caer en sus manos á sus enemigos sin descontar ni aun á sus mas cercanos parientes, bien merecido tiene el nombre que llevó y lleva de Cruel, como tirano y sanguinario.

De la lijera reseña que hemos hecho se deduce la culpa que le cabe á Alburquerque en los disturbios y primeros estravios del rey D. Pedro. Su orgullo y su ambicion descontentó á todos y envolviendo al rey en los mismos resentimientos y venganzas que á él le animaban, le precipitó en aquella guerra atroz y sangrienta que sostuvo con sus poderosos vasallos, siendo fácil baticinar sus consecuencias en aquellos tiem-

pos en que el trono era débil y fuerte la nobleza que inespugnable en sus castillos burlaba las mas santas leyes y el poder mas vigoroso. El privado fué el que contribuyó á derramar la inocente sangre de Doña Leonor de Guzman, de Coronel y de Garcilaso, sangre que ramificada por las primeras casas del reino debia precisamente hervir en los pechos generosos para ser vengada mas tarde. Alburquerque fué tambien quien proporcionó al rey aquellos desatinados amores que habian de poner mas adelante el sello á inauditas crueldades y que promovió una guerra justa pero no dictada por la buena fé y el convencimiento sino por una nueva ambicion, por un deseo de vengar en los Padillas las pasadas ingratitudes; ¡era tarde! y aquella falanje de enemigos consiguió derrocarle para subir al poder y mandar sin estorbo, protejida por la astuta concubina del rey, dueña hasta de sus mas íntimos pensamientos, de modo que si antes lo habia sido de uno, fué entonces presa de muchos lobos aquel sanguinario Leon que andando el tiempo saltaria del trono al rudo embate de un puñal fratricida, dejando en las gradas desgarrado el manto, rota la corona y legando una página de horror y sangre á nuestra historia.



Muerte de D. Pedro.

HISTORIA DE UNAS ERRATAS.

Una de las cosas que mas tormento me da en mi ocupacion de escritor es cabalmente las que menos se luce en mis escritos, la malhadada correccion de pruebas. Mis cajistas y yo estamos renegando continuamente, ellos echándome en cara mi pésimo carácter de letra, y yo acusándolos de falta de cuidado en la composicion de mis manuscritos. Yo no sé de que parte está la razon; pero sí diré que unos y otros la podemos tener. Sea de esto lo que quiera, pues la solucion de este punto nada interesa al lector, no tiene duda que el oficio de corrector de pruebas es el mas incómodo y el mas divertido del mundo. Las cosquillas hacen reir y rabiar á un tiempo: lo mismo me sucede á mí con los disparates del molde. ¿Si le sucederá otro tanto al lector con los disparates que se me escapan á mí? En todo caso, bueno es tener un oficial de imprenta á quien poder echar la culpa, diciendo que son erratas que se le escaparon á él. Mas de cuatro veces han adoptado este recurso algunos escribidores, y con esto han hecho callar á sus críticos. Yo por mi parte protesto que echaré mano de él cuantas veces me sea posible. No faltaba otra cosa sino que se me hiciera responsable de los adjetivos mal colocados, de los epítetos inútiles, de las locuciones viciosas, de las inversiones violentas, y de otros deslices sin cuento, en que puede caer mi pluma, cuando con decir «*son erratas de imprenta*» salimos del paso.

Volviendo ahora á mi asunto, digo que hay algunos cajistas tan torpes y tan almas de cántaro, que es imposible al mismo demonio cometer iguales viceversas *y quid proquos*. Esto consiste en que se ponen á componer cuando apenas saben deletrear, parecidos en esto á los que se echan á escritores sin saber leer, ó á críticos de las producciones agenas sin entender una jota de lo mismo que critican. A uno de esos barbarotes soy sin embargo deudor de mi mayor acierto literario. No hay mal que por bien no venga.

El cajista que yo tenia hace cuatro años, era un pobre viejo, tan adelantado en edad como avanzado en la lectura, el cual habia dado en la gracia de leer lo que yo no habia escrito, y esto me daba á los diablos. Mi letra entonces era clarísima, y no podia achacarse á culpa suya lo que sin duda era efecto de la refraccion de la luz, porque es de saber que el bueno de mi cajista gastaba anteojos; y nada tenia de estraño que los caracteres trazados por mi pluma sufriesen notable alteracion al través de la pantalla ocular. Esto, unido á lo mucho que le temblaba el pulso, acababa de completar la fiesta, pues mas de cuatro veces llevaba la mano á la caja donde estaba la Y y se le iba á otra donde estaba la G: figúrese el lector si era cosa

de poderle confiar la palabra *cayado* ú otra por el estilo.

Ocurrióme entonces lo que á todo jóven le habrá ocurrido en estos últimos tiempos, escribir una composicion dramática. ¿Qué se necesita para ello? Pluma, papel, tintero y audacia, y escusado es decir que yo tenia todo eso como cualquier hijo de vecino. El romanticismo me ahorraba el trabajo de discurrir un plan, y con esto tenia la mitad del camino adelantado; asi es que ocurrirme la idea, y ponerla en ejecucion, todo fué obra de un momento. El drama me salió á las mil maravillas, quedando yo tan satisfecho de mi obra, que no habiéndomela querido admitir en el teatro, y no hallando editor que me la quisiese comprar, determiné imprimirla á mis espensas.

Llevé pues mi drama á la imprenta, y pasó á la jurisdiccion del cajista. Teniendo yo que ausentarme por unos dias, confié la correccion de pruebas á uno de mis mejores amigos (aunque enemigo mortal de mi drama, como vds. verán despues), encargándole que mirase el asunto como si fuera cosa propia. Mi ausencia duró mas tiempo del que yo habia creido, imprimiéndose en tanto el drama de cabo á rabo. Cuando volví, lo primero que hice fué dirigirme á la imprenta. Alli me dijeron que la edicion estaba corriente, y que mi amigo habia empaquetado todos los ejemplares, remitiéndolos á mi casa ¡Qué satisfaccion! ¡qué placer! ¡tener mi drama impreso, en letras de molde, con mi nombre al frente! Esa alegria es superior á cuantas pueden esperimentarse. Pero... ¡ah! yo no habia nacido para probarla.

Llego á mi casa, pido la llave de mi cuarto: desempaqueto mis dramas, tomo uno en la mano, lo hojeo con avidez, y.... ¡qué horror! lo primero que veo es una errata como un camello. EL NUEVO PILATOS, *drama en cinco actos*... Este no es mi drama esclamé: el título era PILADES, que no Pilatos... Pero sí, mi drama es, porque mi nombre está aquí... ¡Gran Dios! ¿Cómo se le ha escapado á mi amigo un erraton semejante? Mire vd. que tiene bemoles! Ah cajista de los demonios!!!—*La escena representa un contrabajo*...—¡Santo Dios!—*con puerta en el forro*...—¡Vírgen de los Desamparados! ¿Si habré escrito algun desatino en el original? Pero no... bien claro dice aquí, un *cuarto bajo con puerta en el fondo*:..—*Larra perece en el tocador*.., ¿Qué demonios es esto? Aquí me han puesto *Larra* en lugar de *Laura* y *perece* en vez de *aparece*. Pues no digo nada con lo que sigue detrás..—ESQUINA I. *Laura y Estola*—Pase lo de *Estola* por *Estela*, porque al cabo todo es una o por una *e*... pero *esquina* en lugar de *escena*! Es cosa de colgarse un autor.—*Señorita os voy á dar un conejo*...—*Consejo* será que no *conejo*... ¿Habrá diablura como ella? Está visto: mi cajista estaba escomulgado en la composicion de esta página.—Veamos otra.

Abrí el drama por donde primero me ocurrió, y al ver en la primera línea *Mis rivales son machos*, en lugar de *son muchos*, no tuve ánimo para proseguir leyendo aquella plana, y busqué otra. Aquello era otra cosa... ¡qué correccion, qué esmero! Mi amigo habia intervenido allí... ¿Pero que diablos dice este último verso?

En este torreon, amada mia,
Estaremos seguros contra incendios.

El original decia *contra ciento*, y en esta palabra consistia á mi modo de ver el éxito del primer acto. Júzguese si me quedaria mortal al ver una alteracion tan monstruosa.

Y así seguia todo el drama, plagado de tantos y tan formidables desatinos, que era imposible leerlo. *Taponnes* en vez de *te opones*; *hacer puertas* por *hacer apuestas*; *serrar los palos de la ventana* por *cerrar los pasos de la ventura*; *calderos y cirios* en lugar de *caldeos y asirios*.... Aquello era una Babilonia, sin contar por supuesto las comas omitidas, los puntos fuera de lugar, las letras vueltas al revés, las líneas mal regleteadas, etc. etc. Pero lo que mas me indignó fue el final del último acto. Decia así el protagonista al espirar, es decir, en el manuscrito, que lo que es en el impreso no habia semejante cosa.

A Dios, amigo.. el tósigo me dice
Que la vida se acaba... ¡Amigo mio!
Ven á mis brazos, ven.. Muero contento
Porque muero por tí... Sudores frios
Corren ya por mi frente.. ¡Ay que sudores
Tan terribles, gran Dios! Ese abatido
Aspecto que me muestras.. ¡Ay! yo muero....
Y me dan.. movimientos... convulsivos.

El final no podia ser mas patético, ni podia retratar mejor la agonia de un envenenado. ¿Y qué es lo que hizo el cajista?

A Dios, amigo.. el tósigo me dice
Que la viuda se acaba... ¡Amigo mio!
Ven á mis brazos, ven... Muero con tiento
Porque muero por ti... Sudores fritos
Corren ya por mi frente.. Ay! que asadores
Tan terribles, gran Dios! Ese abanico
Abierto que me muestras.. Ay! yo muero....
Y me dan.. movimientos... con bolsillos...

CAE EL TALON.

Leer esto, cojer todos los ejemplares del drama, dar con ellos y con el original en el fuego.. fue obra de un instante

—¡Bravísimo! dijo mi amigo, entrando al mismo tiempo. Eso se llama abrazar una resolucion heróica. Lo que no pudieron mis ruegos, lo han conseguido las erratas del cajista. Dale mil gracias á Dios por haberte proporcionado un hombre semejante, y á mi por no haber corregido las pruebas. Con esto se ha inutilizado la edicion, y el público no verá ese disparate dramático. Tu drama era desatinado, amigo mio.

—¿Cómo es eso? esclamé: eso es una infamia, una alevosía, un complot... y es preciso que ahora, ahora mismo, me des una satisfaccion.

—Ahí la tienes, me dijo: y me puso en la mano un recibo firmado por el impesor. Los gastos de la impresion habian sido pagados por mi amigo... El resultado fue lanzarme en sus brazos y abrazar tambien al cajista. ¡Oh bienaventuradas erratas. A vosotras y á mi amigo soy deudor del mayor beneficio que he recibido en mi vida.

D. Y.

Disueltas ó de vacaciones las compañias de los teatros, nada ofrecen estos que debamos comunicar á nuestros lectores; en la Cruz ha comenzado á trabajar con poca fortuna una compañia de ópera, que dudamos se sostenga toda la temporada de verano; en el Museo ha empezado tambien á dar funciones otra de aficionados, que tiene mas probabilidades de desgraciarse que los que la han precedido en este teatro de mal aguero.

Entre tanto á Mr. Paul no le ha faltado concurrencia, especialmente los dias festivos, á pesar de que las funciones del Circo han carecido de novedad hasta la presentacion del *distinguido artista Kiouny*, magnífico y sábio elefante que dócil y obediente ejecuta los mandatos de su maestro, haciendo ejercicios y movimientos con la trompa con facilidad y bastante soltura. Es de creer que Mr. Paul no se arrepienta del viaje del nuevo individuo, con que ha aumentado la compañia, y que el público se arrebate las entradas y suelte dulcemente la moneda, como acostumbra siempre que el director del Circo busca algun medio ingenioso de llamarle la atencion.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



D. LEONARDO ALENZA.

Un jóven que retirado del bullicio, lejos de toda concurrencia, aislado por su carácter y por sus enfermedades, pobre, olvidado y aun desdeñoso de todo favor, y ageno en fin á las pandillas y compadrazgos que suelen ser entre nosotros la base de las reputaciones, consigue con su pincel imprimir á sus obras un sello especial de gusto é intencion, una naturalidad de espresion que atraiga irresistiblemente las miradas del pueblo y el aplauso de los inteligentes, escitando el respeto y la admiracion de que son objeto los hombres de genio; un artista modesto y virtuoso que desciende prematuramente al sepulcro cuando habia llegado á inscribir su nombre en el templo de la fama, cuando su imaginacion comenzaba á tomar vuelo, cuando su posicion mejoraba, cuando propios y estraños, reconociendo su mérito, se disputaban la preferencia en los encargos de cuadros, no puede menos de dejar grata memoria en el pais que le ha visto nacer. Alenza en efecto ha logrado un favor que rara vez se concede á las obras contemporáneas, su recuerdo es agradable para todos los amantes de las artes españolas y particularmente para los lectores del SEMANARIO, donde se dieron publicidad por primera vez á los caprichos y fantasías de nuestro artista, con los que hacia recordar felizmente el atrevido vuelo y los originales caprichos del cáustico Goya. Vamos á cumplir hoy una deuda de rigorosa justicia, consignando el nombre de Alenza y unos ligeros apuntes biográficos en la galería de celebridades del SEMANARIO.

Nació D. Leonardo Alenza, hijo de D. Valentin y de Doña Maria Nieto, en Madrid el 6 de noviembre de 1807. Estudió la pintura bajo la direccion de Don Juan Ribera y D. José de Madrazo, en la sala de colorido y composicion de la Academia de San Fernando. Prévios los ejercicios necesarios fué nombrado Académico de mérito por la pintura histórica.

Era apasionado admirador de Velazquez, Ribera,

Cano y Murillo, asi como de Rubens, Van-dick y demas artistas célebres de la escuela flamenca.

Hizo retratos de un mérito indisputable y algunos con una brevedad estraordinaria; pero en lo que principalmente se distinguia era en la composicion de cuadros de costumbres, pues tenia una facilidad prodigiosa para retener las fisonomías, posturas, ropajes y grupos, reproduciéndolos con admirable exactitud; recorria como Goya los barrios bajos de la córte, las tabernas, los ventorrillos de las afueras, las casillas del rio, observando las fisonomías, trajes, maneras y usos populares, para trasladarlos á sus cuadros. Usaba pocos colores pero sabia con ellos dar á sus cuadros variado y robusto colorido. Hacia y daba con profusion y desinteresadamente dibujos y apuntes de las fantasías de su imaginacion creadora y fecunda, asi es que existen bastantes en poder de aficionados de la nacion y del estrangero dibujados unos á



Leonardo Alenza

lapiz y pluma, pintados otros á la *aquarella* y al óleo, estimados todos por la invencion, espontaneidad y gracia que nuestros lectores habrán advertido en los que hemos tenido el gusto de ofrecerles con alguna frecuencia.

Era amante de la soledad, de trato franco, afable y condescendiente; comunicaba á todos sin reserva ni escepcion los conocimientos adquiridos por sus estudios y práctica, y su corazon era de tal modo generoso, benéfico y compasivo, que partia en secreto el producto de sus trabajos con los desgraciados: de carácter sério y melancólico, solia sin embargo á veces tener ocurrencias festivas y chistosas, era sencillo en su traje y frugal: una tan larga como penosa enfermedad privó á la patria de este artista, esperanza de las artes, que falleció el lunes 30 de junio de 1845: con él se perdieron los últimos recuerdos de Goya. Fué enterrado en el campo santo extramuros de la puerta de Fuencarral. No podemos resistir al deseo de poner fin á estos apuntes con un bellísimo soneto en que el Sr. Hartzenbusch ha sabido consignar todas las cualidades que adornaban al artista, todas las virtudes que distinguian al hombre.

A la prematura muerte del virtuoso jóven y eminente artista

D. LEONARDO ALENZA.

SONETO.

Para el mortal, en cuya sien fulgura
del genio creador la ardiente llama,
tiene el mundo un laurel, clarin la fama,
y mármoles y bronce la escultura.
Para premiar á la virtud oscura,
flor que en la soledad su olor derrama,
tiene el padre comun su seno que ama
con inefable amor, que siempre dura.
Genio en tí, Alenza, con virtud se unia:
consiguió tu pincel famoso hacerte:
ya este mundo te dió cuanto podia.
Dios hoy te llama á su celeste gremio;
pero es adelantársete la muerte
anticipar á tu virtud el premio.

CUENTOS DE VIEJA.

EL CABALLO DE SIETE COLORES.

I.

Vivian en tiempos muy remotos y en un almenado castillo, un señor feudal bastante anciano; su esposa, débil y enfermiza; y un hijo de este matrimonio, que contaba apenas quince años. La nobleza de estos señores era tan antigua, que su orígen quedaba oculto entre las sombras de los tiempos, pero sus riquezas tan escasas, que un solo criado los servia y no siempre daba su despensa lo necesario para el cuotidiano sustento. La ancianidad del caballero y la inveterada dolencia de su esposa fueron acercándolos al sepulcro con tan obstinada crueldad, que en el breve espacio de un mes bajaron ambos á la tumba. Alfredo, que asi se llamaba el desgraciado descendiente de esta pobre é ilustre familia, lloró durante algunos meses sobre los mortales despojos de los que le habian dado el sér; y no pudiendo resolverse á acabar sus dias en un castillo tan lúgubre y tan apartado, decidió salir á correr mundo en busca de mejor fortuna. Como era la suya tan escasa, no necesitó mucho tiempo para hacer sus preparativos de viaje, y el mismo dia que cumplió sus diez y seis años, se echó á la espalda una especie de maletin, que contenia escasa provision de ropa blanca; puso en su bolsillo unas cuantas monedas de plata, que formaban todo su caudal; cogió un negro pan bajo del brazo; se despidió de su criado, encomendándole la custodia del viejo castillo feudal; y con un baston en la mano, tomó una apacible mañana la primera senda que el destino abrió á sus pasos vacilantes.

Caminó Alfredo todo el dia, sentándose de vez en cuando á la márgen de algun arroyo; en el cual, despues de haber comido un pedazo de negro pan, humedecia sus secas fauces, y cobraba fuerzas para proseguir su viaje. Acabado el dia, llegó la noche, como es natural, y el pobre Alfredo se encontró en las sinuosidades de ásperas é intrincadas sierras; sin saber en donde se hallaba; oyendo los roncos ahullidos de los lobos de la comarca, y sin encontrar un albergue en que poder pasar la noche. Mucho aflijia al pobre viajero tener que pasarla en despoblado, y como era un niño lloraba de incertidumbre y de terror.

Varias veces pensó escalar el tronco de una añosa encina, amparándose de sus ramas; pero las hojas arrastradas por la brisa le parecian pasos de hombre, y creyéndolos malhechores, corria azorado, tomando opuesta direccion. Mas de tres horas habia pasado en el potro de sus temores, cuando en la cumbre de una colina poco distante descubrió una luz, que destellaba con estraordinaria brillantez. Animo cobró al descubrirla; y con toda la rapidez que le permitian sus laxos miembros se encaminó hácia el gran fanal. Anduvo mas de media hora, y al fin llegó al pie de un castillo, cuyas jigantescas almenas se destacaban como cabezas de horribles monstruos. Paróse, inquieto y admirado, sin atreverse á pasar de largo ni á pedir hospitalidad.

Durante sus meditaciones, empezó á rodear la muralla, hasta que encontró una gran puerta forrada de metal y provista de un enorme aldabon de bronce. Este aldabon no podia menos de mover el ánimo á llamar, y Alfredo, que necesitaba abrigo y reposo, lo levantó con ambas manos, pues con una sola no hubiera podido lograrlo; y las bóvedas del castillo fueron repitiendo una por una el rudo golpe que se sonó sobre el metal. Apenas habia herido el viajero la ferrada puerta, cuando un temor estraordinario ocupó su espíritu, y retrocedió algunos pasos; pero este temor creció de punto, cuando, rechinando los quicios, se abrió de par en par la puerta, y apareció en ella un jigante, dos veces mas alto que Alfredo, agitando en su diestra una antorcha, que iluminaba su faz adustra y sus cenicientos cabellos.

El jóven se hubiera alejado, á tener fuerzas para ello; pero el pavor le entumeció los miembros, y cayó de hinojos ante el formidable jigante. Preguntóle este que buscaba; y habiéndole respondido que hospitalidad durante la noche, lo mandó entrar en el castillo. Pasó Alfredo el umbral temblando; oyó girar los herrados quicios y la puerta se cerró á su espalda. Púsose delante el guardian de aquella encantada fortaleza, para irle indicando el camino, y despues de haber recorrido varios corredores y cámaras, llegaron á una en cuyo estremo ardia el hogar. Encamináronse hácia él, y, á una invitacion del jigante, tomó Alfredo asiento en un sitial, contiguo al que ocupó su compañero.

Ni una pregunta dirigió el habitante del castillo al jóven viajero, y lo hizo tomar parte en una cena, compuesta de pan blanco, carnes asadas y frutas secas. El pobre huérfano comió poco, pero en cambio su compañero devoró de una manera singular.

Terminada la abundante cena, condujo el jigante á su huésped á una habitacion espaciosa; en la cual se encontraba un lecho, sino primoroso, blando á lo menos y aseado. Tan cansado estaba el viajero, que se acostó inmediatamente, y á pesar de sus inquietudes durmio, como suele dormirse á la edad de diez y siete años.

Cuando despertó Alfredo era ya muy entrada la mañana, y deseoso de abandonar inmediatamente aquel castillo: se dirigió á la estensa cámara en que habia cenado la noche antes con su formidable compañero. Al entrar en ella observó que le esperaba el castellano y sobre una mesa sin manteles, un almuerzo bastante abundante, pero compuesto, como la cena, de frutas, pan y carne asada. Comió Alfredo con mas apetito que la noche antes, y su comensal siguió guardando el mismo silencio. Cuando el almuerzo se acabó, preguntó el jigante á su huesped qué pensaba hacer, y el mancebo le respondió sencillamente que habia salido á buscar fortuna. Esta respuesta debió llamar la atencion del jigante; miró al viajero de hito en hito, meció la cabeza varias veces; se mordió los lábios, cogió al mancebo por la mano, y lo condujo á un aposento, cuyos muros estaban tapizados de armas arneses y otros efectos. Cuando estuvieron dentro de él, dejó al viajero que eligiera de todos aquellos objetos el que mejor le acomodara; y Alfredo cojió inmediatamente una espada de fino acero primorosamente cincelada. Aprobó el jigante con un gesto la eleccion del jóven, y tomando un gorro encarnado y azul se lo entregó tambien diciéndole, que lo guardara con esmero.

Abandonaron en seguida aquel aposento, y bajando una escalera tortuosa, llegaron á una anchurosa cuadra, que contenia un buen número de caballos, primorosamente enjaezados. El jigante dijo al viajero

que podia elegir el que mejor le pareciera, y Alfredo señaló uno cuya piel reunia los siete colores del iris. El jigante aprobó tambien la segundo eleccion del jóven; cogió al caballo por la brida; atravesaron un ancho patio; abrió la puerta del castillo; y, cuando estuvieron en campo raso, mandó al jóven que cabalgara en el poderoso corcel. Obedeció Alfredo al momento, el jigante se volvió al castillo, y el caballo partió al escape con portentosa rapidez.

Sin tomar aliento un instante ni aflojar el paso, siguió el veloz bruto su carrera por espacio de algunas horas; al fin de las cuales se paró, quedando tan fijo como si nunca hubiera tenido movimiento. Esta parada tan imprevista, llamó la atencion del mancebo; aplicó primero sus talones á los hijares del corcel, y luego le gritó en voz alta «caballo.»

—¿Qué quieres? repuso el caballo con acento claro y sonoro.

Se estremeció Alfredo al oir la respuesta de su caballo, pero reponiéndose despues, y considerando que estaba bajo la invisible proteccion de algun agente misterioso; preguntó á su corcel:

—¿Por qué te has detenido aquí?

—Porque hemos llegado al lugar de nuestro destino.

—¿Qué debo hacer?

—Echar pié á tierra.

El viajero descabalgó y continuó despues preguntando:

—¿Qué debo hacer ahora?

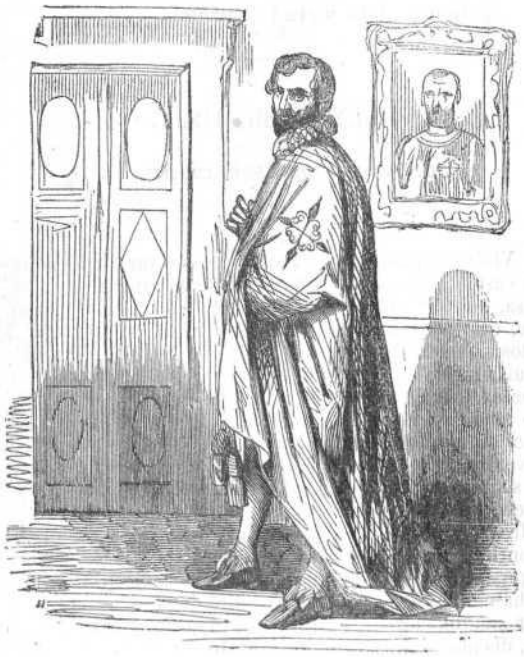
—Voy á darte mis instrucciones. En primer lugar debes saber que á la espalda de aquella colina está una ciudad muy populosa, capital de un hermoso reino. En aquella ciudad vive un rey que tiene tres hermosas hijas, una de las cuales ha de sucederle en el trono, y las tres han de elegir marido en el plazo fatal de un año. Nada mas te debo decir tocante al rey y á sus tres hijas; ocupémonos de otra cosa. Tú has elegido en la armería de mi poderoso señor una espada, que traes contigo: esa espada tiene dos virtudes. La primera y principal es que quien combate armado con ella no puede jamás ser vencido: y la segunda es, que en tocando á cualquier objeto con su punta se queda inmóvil. Contento de tu buena eleccion, te regaló mi señor un gorro, que veo en tus manos; ese gorro tiene tambien dos grandes virtudes. Poniéndotelo por el lado azul, parecerás el príncipe mas bello y lujosamente vestido que se haya visto nunca; y poniéndotelo por el encarnado, parecerás un hombre necio y repugnante. Ahora solo tengo que hablarte respecto á mi. Yo solo puedo servir siete veces á un amo, en razon de mis siete colores: te he servido una trayéndote hasta este lugar, seis veces mas puedes emplearme. Cuando me necesites llama á EL CABALLO DE SIETE COLORES, y yo me presentaré á tu voz; pero no olvides que solo acudiré seis veces.

Asi terminó sus instrucciones el inapreciable caballo, é inmediatamente partió á escape siguiendo el camino, que habia traido poco antes: Alfredo lo siguió con la vista cuanto tiempo pudo, y se encaminó a la ciudad. Antes de entrar creyó oportuno ponerse el prodigioso gorro por el lado encarnado, y despues de habérselo puesto se aproximó á un claro arroyuelo, retrocediendo inmediatamente, al ver lo tosco de sus facciones y lo grosero de su traje. Emprendió despues su camino, apoyándose en un recio cayado, pues la rica espada habia tomado esta nueva forma, sin duda para armonizarse con lo humilde y tosco del vestido, y entró en la ciudad precisamente cuando empezaba á anochecer. Como no conocia las calles, recorrió algunas al acaso, y despues de dar muchas vueltas, se paró á la puerta de una posada, que daba frente á un magnífico jardin. Alojóse en ella, presentándose como un pobre huérfano que buscaba amo á quien servir; pasó una noche, bastante larga para su impaciencia; y á la mañana del dia siguiente se preparó á recorrer las calles de la populosa ciudad. Satisfecho en parte su deseo, volvió al medio dia á la posada; pero, en lugar de penetrar en ella, se paró á la puerta del jardin, que estaba abierta á la sazon.

La frondosidad de los árboles; el grato murmullo de las fuentes y el suave perfume de las flores llamaron tanto su atencion, que quedó arrobado durante un corto espacio de tiempo, y hubiera continuado mas, si una mano dura y vigorosa no hubiera caido sobre su hombro con la pesantez de un martillo. Volvió Alfredo en sí sobresaltado, y vió á un hombre de cincuenta años, alto y robusto que le miraba de hito en hito. Entraron en conversacion: manifestó Alfredo que era un huérfano, que andaba en busca de acomodo, y despues de algunas preguntas hechas por el hombre, que era el jardinero principal de aquel pintoresco jardin, propuso al mancebo si queria entrar como ayudante suyo; advirtiéndole que el jardin formaba parte del suntuoso palacio real.

Con estraordinaria alegría acogió Alfredo una propuesta que le proporcionaria ocasion de aproximarse á unas princesas tan célebres por su hermosura, y como todo su equipaje se reducia al pobre vestido que llevaba puesto, sin mas dilaciones quedó instalado en el jardin.

JUAN DE ARIZA.



LA ORDEN DE ALCANTARA.

El origen de la ínclita órden y caballeria de Alcántara, data del tiempo del Rey D. Alonso el séptimo, Emperador de las Españas, en ocasion de haber repartido ya sus Reinos entre sus dos hijos D. Sancho (el deseado) y D. Fernando el segundo, dando el de Castilla y Toledo al primero, y el de Leon, Galicia y y Asturias al segundo, año de 1156, siendo Pontífice de Roma Adriano IV y Emperador de los Romanos Federico I, segun lo afirman Fr. Bernardo Brito, monje Bernardo, en la Historia de su órden, el maestro Gil Gonzalez Dávila, Teatro Eclesiástico del obispado de Salamanca, y otros.

Esta órden se formó en una villa de España, provincia de Cáceres, obispado de Coria, situada en un declive á la izquierda del rio Tajo, sobre el que existe un magnífico puente con sus arcos de 245 pies de elevacion, 708 de largo y 24 de ancho, obra del emperador Trajano, denominando sus fundadores á esta villa *Norba Caesárea*. Sus magníficas fortificaciones y castillo estan arruinadas. Sus armas estan representadas por un puente con una torre ó atalaya en medio, viéndose por detrás del escudo, los estremos de la Cruz de Alcántara concedida por el Rey D. Alonso X de Leon el año de 1214.

Cuando las frecuentes irupciones de los infieles

les obligaban á tener bien resguardados los puntos de la frontera, los valientes cuanto esforzados caballeros de Calatrava al mando de D. Garcia Fernandez de Quintana, se encargaron de la defensa del castillo de Alcántara, pero no conviniendo á estos permanecer tan lejos de su convento de Castilla, traspasaron su defensa á otros guerreros; que bajo la regla del *Cister* (1) estaban reunidos para hacer la guerra á los moros por cuya donacion tomaron estos el nombre de *caballeros de la órden de Alcántara*, pues antes se llamaban de *S. Julian de Pereiro* por ser esta la advocacion de la primera casa convento que habian edificado, siendo primer prior y capitan de esta sagrada religion é ilustre caballeria, *D. Suero Fernandez Barrientos y D. Gomez* su hermano, el segundo, y primero que tuvo el título de *Maestre*.

El distintivo de esta órden de Alcántara es una cruz verde flordelisada. Su maestrazgo fué incorporado á la corona en 1495. La confirmó Alejandro III en 1177. Mudándoles el hábito á los caballeros Benedicto XIII en 1410, les dió la cruz igual á los de Calatrava menos en el color que esta es verde. Los Reyes Católicos unieron su maestrazgo á la corona.

Pasemos á manifestar las calidades que segun las definiciones de la órden y caballeria de Alcántara se requieren para ser admitido en dicha órden. En ellas se manifiesta que por un caballero y freile de la órden, nombrado por el consejo de las órdenes, y á espensas del caballero que pretende el hábito, se trasladen á los lugares de las naturalezas de él y de sus padres y tomen informacion verbal y testimoniada de que es noble, hijo-dalgo al modo y fuero de España, sin tener mezcla de Indio, Moro, Herege ni villano en ningun grado, de que él ni su padre hayan sido ni sean mercaderes, arrendadores ó cambiadores, que no vivan ni hayan vivido de ningun oficio mecánico ni tenido oficio vil ni indecente, de que no hayan sido, ni afrentados de cosas que les haga incapaces ó infames, y no hayan juzgádole tal imputacion ó afrenta.

Para recibir el hábito de la órden se necesita que el pretendiente llegue á los diez años, no pudiendo ser admitido á la profesion espresa que en la misma debe hacer, hasta los diez y seis años, escepto en el caso de que S. M. con acuerdo del consejo quisiera proveerle en caballero de menor edad, en cuyo caso queda sin ningun valor esta condicion segun las definiciones lo previenen. Estos requisitos se tienen que observar, fiel, y religiosamente, bajo la responsabilidad y juramento de los comisionados á el efeto.

Los documentos necesarios que compulsan los informantes para atestiguar las anteriores condiciones son: bautismo del agraciado. Los de sus padres, testamento, casamiento y posesion de nobleza. Los de sus abuelos paternos, casamiento, testamento, y posesion de nobleza. Los de sus abuelos maternos, casamiento, testamento y posesion de nobleza. Testamentos, casamientos y goces de nobleza de los visabuelos paternos. Testamentos, casamientos y goce de la nobleza de los visabuelos maternos.

Réstanos ocuparnos del ceremonial que se usa para vestir el hábito y armarse caballero, el que tanto por ser sumamente curioso y desconocido á la mayor parte de los lectores cuanto por ser el único recuerdo de esta naturaleza, que á pesar del remoto tiempo en que se observaba nos han legado nuestros ascendientes observándose actualmente merece ser considerado en nuestras columnas.

Formado el capítulo en la sacristía de la iglesia y sentado en el estrado, dá órden para que se presente el caballero que vá á armarse y recibir el hábito, el que confesado y comulgado, se presentará conducido por el padrino que al efecto habrá elegido, entregará el título á el Sr. Maestre, el que lo dará al escribano de cámara para que lo lea en alta voz, quitándose los sombreros los caballeros que componen el capítulo cuando se nombre al rey.

Concluida la lectura lo devuelve el escribano de cámara á el Sr. Maestre, quien besa y pone sobre su cabeza ó frente la Real firma, haciendo igual ceremonia el religioso. En este estado se baja el que ha de recibir el hábito ante el caballero y freile que se le ha de dar, y hacer la vénia tendido en el suelo á el que hará el Maestre las preguntas siguientes.

Maestre. ¿Qué demandais?

Novicio. Señor, la misericordia de Dios y del Señor Maestre, y vuestra en su nombre, y de esta santa órden.

Maestre. Amigo, esta misericordia que demandais, es muy dulce y suave para el ánimo, aunque es muy fuerte y áspera para el cuerpo, por muchas cosas que habeis de guardar y cumplir, que algunas veces querreis comer, y haceros han ayunar, y otras veces querreis dormir, y haceros han velar; y habreis menester vestir, y otra cosa alguna y no vos la darán, y por el contrario, algunas veces no querreis comer, y daros han de comer, y cuando querreis velar, mandaros han dormir, y otras cosas contra vuestra voluntad os mandarán y darán, y conveniros á todo ser obediente, y hacer lo que os mandaren. Esto ved si lo podeis cumplir.

Novicio. Sí, señor, con el ayuda de Dios, y del Sr. Maestre y de la órden.

Maestre... «Allende desto vos conviene que renuncies todo propio vuestro, que tuviéredes, y que seais pobre de espíritu, no teniendo cosa alguna por vuestra sin licencia, y permision del Sr. Maestre y de su Majestad, como administrador perpétuo, y despues de sus largos y bienaventurados dias, de sus sucesores en su dignidad maestral, y teneis de ser obediente toda vuestra vida á su Majestad, como administrador perpétuo de dicha órden y despues á ellos. Habeis de renunciar toda vuestra propia voluntad en sus manos, y sojuzgarnos de todo en todo á su obediencia y mandado, y despues de él á los dichos sus antecesores. Esto ved si lo renunciais y prometeis asi?

Novicio. Asi lo renuncio y prometo.

Maestre. Habeisme de decir verdad, y desengañar al Sr. Maestre y á mí en su nombre, y á nuestra órden, de cuatro cosas que os preguntaré. La primera, si fuisteis profeso en otra órden, porque en tal caso no podeis ser recibido en esta; y puesto que lo negasedes y encubriesedes, sabiéndose despues, y desmandándoos, vos entregarán á aquel los que vos pidieren.

«La segunda si fuisteis mayordomo de algun señor, y asi á aquel como á otra alguna persona debeis alguna deuda, á quien vos conviene pagar, y contentar luego, que de otra manera, cada vez que aquellos vos demandasen, vos entregarian para que les hiciesedes pago.»

«La tercera, si teneis alguna enfermedad incurable, asi como lepra, gota caduca, ú otra enfermedad, para que fuesedes inútil para esta santa órden y caballeria y se pudiese pegar á otras personas de ella.»

«La cuarta, que no puede ser en esta órden recibido ninguno que no sea hijo-dalgo al modo y fuero de España, sin mezcla de converso, de judío, de moro, ni herege, ni penitenciado por el santo oficio, ni de villano, porque asi está defendido por constituciones de la dicha órden. Y por cualquiera de las cuatro cosas que vos he dicho, no podeis ser recibi-

(1) Orden religiosa emanada de la de S. Benito. En 1098 Roberto de Molemo y 20 religiosos se retiraron á *Cister* ciudad del departamento de la Costa de Oro, á orillas del Vouge á observar estrictamente la regla de S. Benito, en cuyo parage merced á la munificencia del conde de Beaune se construyó su monasterio, del que era tercer Abad en 1113 S. Estevan. A este monasterio vino S. Bernardo el cual dió un nuevo arreglo á los monjes del Cister á quienes dejó su nombre. Acrecentándose el número de bernardinos se vió obligado S. Estevan á fundar las cuatro abadias de la *Ferte*, de *Pontigny*, de *Clairvaux*, de que S. Bernardo fué primer abad y de *Morimond* que fueron llamadas «las cuatro primeras hijas del Cister» de estas se constituyeron otra infinidad de abadias y órdenes religiosas que observaban la regla de S. Benito y se esparcieron por toda Europa. Tambien hubo religiosas del Cister, que fueron instituidas en 1120 en la abadia de Fart, tomando el nombre de *bernardinas ó claritas*. Esta órden empezó á propagarse en España el siglo XII y la mayor parte de los monasterios de Castilla y Leon se creen fundados por D. Alonso II el emperador, que fué muy devoto de la órden de S. Bernardo.

do en esta órden, y aunque vos reciban, encubriéndolo, y despues se supiere, vos entregarian y echarian de ella; y so tal condicion vos recibiré y daré el hábito. Por ende desto que vos he dicho, decid la verdad?»

Novicio. Señor, so tal condicion y protestacion, lo quiero recibir de vos.

Maestre. Tambien vos conviene que sepais, como en esta órden permaneciendo habeis de guardar y cumplir tres cosas. «La primera la que vos he dicho, que habeis de ser obediente á su Majestad, como administrador perpétuo, y á los dichos sus sucesores en la dignidad maestral, en todo lo que vos mandare toda vuestra vida.»

«La segunda que habeis de ser casto y continente, guardando castidad conyugal toda vuestra vida.»

«La tercera que habeis de ser pobre de espíritu, y no habeis de tener ninguna cosa sin licencia de su Majestad y de los dichos sus sucesores: ved si podeis guardar lo que os he dicho.

Novicio. Si señor con el ayuda de Dios, y de su Majestad y de la órden.

En seguida se arrodilla el agraciado delante del Sr. Maestre, y poniendo su mano derecha sobre la cruz del Sr. Maestre, este le recibe el siguiente juramento.

Maestre. Pues conviene que jureis á Dios y á Santa María, y á esta señal de la cruz, do poneis vuestra mano y á los santos evangelios, que de aqui adelante, bien y fielmente, á todo vuestro poder, allegueis el provecho y honra y bien que justamente podreis á su Majestad, como administrador perpétuo de la dicha órden, y á sus sucesores, y á esta nuestra órden y caballeria, y les arredrareis todo daño, mal y deshonra en todas vuestras fuerzas. Esto vos juraislo asi?

Novicio. Señor, si juro.

Maestre. Dios vos lo deje cumplir á salvacion de vuestra alma, y honra de vuestro cuerpo.

Despues del juramento le calzan unas espuelas doradas á el agraciado y le ciñen una espada los caballeros que se hallan presentes, y hecho esto se arrodilla delante del Sr. Maestre, quien desenvaina la espada, que toca ó pone sobre la cabeza del agraciado diciéndole:

Maestre. «Dios nuestro Señor, á intercesion de la Virgen Santísima Maria su madre, concebida sin mancha de pecado original, y de nuestros padres San Benito y San Bernardo os haga buen caballero, amen.»

Concluida esta ceremonia, lee el freile varias oraciones y bendice el hábito que con la espada é insignia de la órden está preparado en una bandeja que tiene el portero de la órden. Concluida la oracion y bendicion, se arrodilla el agraciado para que le vista el hábito el religioso y padrino, y en el interin se leen varias oraciones por el religioso, besa la mano á este, y abraza á los del capítulo acompañado por el padrino, principiando por el Sr. Maestre, en lo que sentándose el último el agraciado, reverencia al Dios Todopoderoso y finaliza el acto, volviendo formado el capítulo á la sacristia donde se disuelve.

El capítulo XIV de las definiciones de la órden, manda que ningun comendador ni caballero de la órden, sea osado andar sin la cruz de paño verde en el lado izquierdo, y en la guerra encima de las armas bajo multas impuestas. Tambien manda que todos los comendadores, caballeros y freiles, lleven contínuamente escapularios de estameña, como igualmente que tengan mantos blancos de paño ó estameña de la hechura y forma que los freiles acostumbran á llevar, con los cuales se han de confesar y recibir el Santisímo Sacramento, y los que falleciesen han de ser con ellos enterrados bajo le multa impuesta.

DAMASO ANDUAGA Y ESPINOSA.

SATIRA.

CÁSATE Y VERÁS.

Guerra! esterminio! fuego!.... Yo en defensa
de la grey femenina me declaro,
contra esa de solteros turba inmensa.
Ya en amistad ni condicion reparo;
¡guerra! no haya cuartel... ninguno escape
de la horrible matanza que preparo.
¡Guerra! digo otra vez... nadie se tape:
ya el cuerno marital mi diestra empuña,
y tendremos sin duda zipizape.
Me voy á pronunciar aunque se gruña,
y creo que se aliste en mis banderas
la *pacífica* siempre Cataluña.
Madrid me mandará sus cigarreras;
el Gallego feroz sus fuertes hijas,
pertrechadas de nabos y monteras.
Son las de Murcia y las manchegas fijas:
con su sal, su pimienta, su donaire
—y otras cosas que callo por prolijas—
La del suelo andaluz, rasgando el aire,
vendrá con aquel garbo sandunguero
que dice—yo zoy hija de mi paire.—
Con talante, tambien, saldrán guerrero,
las de la fértil huerta Valenciana
que valen mucho mas que el mundo entero.
No faltarán de gente castellana,
ojos en ristre, compañías ocho
de muchachas amigas de jarana.
Ni las que son mas dulces que bizcocho,
de gentil apostura y alto pecho,
esas que hacen arder á un viejo chocho.
—Las *provincianas* digo—con pertrecho
de frescura y bellezs, y todas ellas
cuantas hay del Pirene hasta el estrecho.
La marcha romperán veinte doncellas,
capaces de probar al mas valiente,
que lo son, á pesar de las estrellas.
Si lo negáre alguno ese tal miente,
pues ya no hay desdichado que en su casa
doncellas... de *servicio* no sustente.
Vendrán á retaguardia, y en no escasa
porcion, los infelices maridillos,
cubierta hasta la sien la calva rasa:
Oigoles ya bramar como novillos,
defendiendo su estado, y á la cola
responde un regimiento de chiquillos.
Ya de san Marcos el pendon tremola,
en que se vé—con letras como platos—
la inscripcion esta, colorada y sola:
—«*Huyan á nuestra voz los celibatos*;
CASACA *y nada mas—mil ochocientos*
cuarenta y ocho, en pos tres garabatos.
¿Dónde están los hidalgos sentimientos
del antiguo español, que se casaba
sin cuidarse de cuentas ni de cuentos?
Desde el Abad al que descalzo andaba,
desde el rey á la res, mozo ó machucho,
una pareja con afan buscaba.
Al solterillo le decian—«¡chucho!—
y mirábale el pueblo de reojo,
como suele mirarse á un avechucho.
Hasta la ley mostrábale su enojo,
imponiéndole cargas y gabelas
en no teniendo por casarse antojo.
Cuéntanlo asi las crónicas abuelas
de los felices tiempos que pasaron
en que usaban verguenza las mozuelas.
Las nuevas razas que despues llegaron,
en el progreso rápido lanzadas
crónicas ni recuerdos respetaron.
¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres depravadas,
del infierno salidas! ¡Oh vil gente!...
permita Dios que mueras á cornadas.
Zumbe mi voz desde el rosado oriente
hasta los mares en que el sol espira,
provisional—hasta que nace—mente.
Nunca un sonido arranque de mi lira,
ni me refresque el *plácido fabonio*,
ni pueda fabricar una mentira;
Si no ensalzáre el santo matrimonio,
sus inmensas ventajas y placeres,
aunque rabie el mismísimo demonio.
Pues tengo en mi favor á las mugeres,
cuyo brío y poder el orbe acata,

del hombre se me dá tres alfileres.
Pues si quieren que se arme zaragata,
levantándose en contra, todos ellos
las seguirán cual machos de reata.
¡Oh! ¿Quién de una morena, los cabellos
mas negros que la tinta, al ver flotando
sobre la espalda, en espirales bellos,
Al punto no se casa, y mas echando
sobre el crespon, con que su seno encubre,
una mirada... asi... de contrabando?
¿Dónde hay cosa mas tónica y salubre
que un buen par de pupilas hechiceras
cuando aprietan los hielos por octubre?
Y no se tome á risa, vá de veras,
sin duda de carbon y aceite evitan
pues dan calor y luz cual dos hogueras.
Cuando el hambre y la sed adentro gritan;
¿hay sino comenzar á echarse flores?
¿qué mas los dos esposos necesitan?
¡Cuanta sustancia prestan los amores!
tanto á lo menos vale un solo beso
cuanto vale un capon de los mejores,
Pues no le veo yo pluma ni hueso;
y con la dulce salsa de suspiros
se chupa uno las uñas de embeleso.
Mas la fortuna en caprichosos giros
se tuerce en ocasiones, y dispara
contra entrambos consortes rudos tiros.
Nace el hijo primero, y se prepara
el segundo bautizo, y otro en posta,
y otros cuatro despues... ¿Quién lo pensara?
Llenáseles la casa de langosta,
si llamar así puedo á tanta prole
cuando la suerte es pícara y angosta.
Suele entonces haber un ole, ole,
que encocora al marido, quien procura
de tal infierno huir, tomando el tole.
El mas chiquirritin, con amargura,
y con *velas* de á cuarta, sobre todo,
que en la nariz le cuelgan con holgura,
Pide pan al papá mostrando el codo
con tantos enrejados y sutiles
como si fuese monumento godo.
Aprémianle otros dos como alguaciles,
ya zapatos pidiendo, ya camisa,
y—¡qué horror!—á las veces tamboriles.
Es cosa de caerse uno de risa
este cuadro al mirar, digno de Goya,
que asi no hubiera muerto tan de prisa.
Por mas que el padre su clamor desoya,
bufa desesperado, y pide al cielo
que le saque con bien de esta tramoya.
Llega el lunes, y vé con desconsuelo
y á mas con llanto de su dulce hechizo,
que no hay para mercar solo un buñuelo.
Hácele falta á la muger chorizo
para el puchero, de sustancia escaso,
y casi duda si empeñar un rizo.
Pero nadie lo quiere, este es el caso;
no tienen que mascar, apura el hambre,
túrbaseles la vista, tiembla el paso;
Al uno le acomete una calambre,
los nervios de la triste se sublevan
y los chicos se quedan como estambre.
Mas ¡Oh heroicidad! todo lo llevan
con cristiana paciencia, y ayunando,
del paraiso las delicias prueban.
De ellos tiene de ser en espirando
el reino celestial; asi la vida
se les vá mansamente deslizando.
No digo, por ser cosa tan sabida,
que la dieta es á veces saludable,
y, si no hay que comer, muy socorrida.
Hable Broussais por mí Galeno hable,
y sino yo hablaré, pues con frecuencia
á ese remedio recurrí admirable.
Ni por esto se agota la paciencia
del sufrido varon, pues vé á su esposa
salir y entrar con grande diligencia.
Y ¡Oh poder infinitivo de la hermosa!
ya la negra sarten alegre chilla
y la abundancia por do quier rebosa.
Aquí un espejo de Venecia brilla,
allí la bata del marido rueda
por un rincon entre la vil polilla.
Cruje de su muger la rica seda,
en toros y tertulias y teatro
el tiempo todo sin cesar se enreda.
Hay siete chicos y les nacen cuatro,
en tanto que el Juan Lanas anda ausente
y que la tal le escribe—«Te idolatro»—
Hay quien al ver la masculina frente
dice que es de carnero—¡algun baboso
al santo matrimonio indiferente!
Mas él, entre picado y orgulloso,
le apellida *buey suelto*—grave insulto
y digno de un marido valeroso.
Nunca de su muger vá trás el bulto,
ni mete, cual solia, un cuarto á espadas,
sobre si sale ó entra asi.... de oculto.
Pues mira en esperiencias duplicadas
que de su esposa cara las salidas
le producen tambien buenas entradas.
Mas no siempre se ven correspodidas
las esperanzas del varon, brillantes,
ni siempre se han esposas tan lucidas.
No siempre la muger hace diamantes
por arte del demonio, y mas si es fea,
cosa que debe de mirarse antes.
Por cualquier trampantojo se vocea,
porque el sastre les pide, porque viene
el aguador con cara de lamprea,
Porque destroza el babador un nene,
ó murmura el casero, ó porque de ambos
cualquiera de reñir deseos tiene.
Llámanse zurdos, embelecos, zambos,
holgazan, habladora y holgazana,
con ternos una vez y otra con *ambos*.
Si á la postre se zurran la pavana
harto se deja conocer que encima
quedará el maridazo, cosa es llana.
¡Oh abuso de la fuerza!—¡Cuanta grima
me dá el decirlo!—la muger debiera
dedicarse unos ratos á la esgrima.
Mas no se suele armar bulla y quimera...
sino todos los dias... raro evento
que no habiendo monís pasa á cualquiera!
¿Pero quien tan escaso de talento
hay, que se fije en menudencias tales,
teniendo mil motivos de contento?
El niño, que estrelló cuatro cristales
—que se deben aun—con una trompa
—aun no pagada—que costó diez reales;
Otro que canta, con guerrera pompa,
el *Mambrú*, al levantar una escopeta,
con la cual no hay trebejo que no rompa;
La niña que despide una silleta
cuando un prójimo pasa por debajo
del balcon, y en los sesos se la espeta....
¡Oh! ¡No me diera Dios otro trabajo
mas que ese cuadro delinear sublime,
sino cantase yo peor que un grajo!
¡Qué bonito está Lesmes cuando gime!
¡Qué gracioso, si dice una tontuna,
habiendo un forostero que le mime!
El papá no le pone allá en la luna,
reventando de risa, y así esclama:
—«¿ha visto usted jamás cosa mas tuna?»—
¡Oh vida patriarcal! ¿quién no te ama,
á pesar de las pupas, la viruela,
el sarampion mortífero y el ama,
Y la suegra y la horrible parentela?
si el soltero lector no se enternece,
y sin pasar un dia corre y vuela,
Y se casa al instante, me parece
que es un lector de roca, un badulaque,
que ni un adarme de piedad merece.
Deje todo mortal al punto el *fraque*,
la *levita* y *gaban*, por la *casaca*,
y pretenda á la moza que antes vaque.
Cásese todo el mundo si hay matraca,
pues yo, por dar ejemplo, unirme pienso

aunque sea ¡oh valor! con una urraca.
Una linda muger es un gran censo,
por eso yo, el que matrimonio canto,
en alabarlas hallo un gusto inmenso.
Llenos sino los célibes, de espanto,
véanse perseguidos en la tierra
por los que el ciento cobran por el tanto.
Declárenles las viejas ruda guerra,
y tengan sarpullido, escarlatina,
y esa suerte fatal que llaman *perra*.
Ya desciende la gente Vizcaina,
las vírgenes del Rastro y de Triana
van bajando tambien de la colina.
Llega despues la hueste Catalana,
armada de fusil y de trabuco,
y en seguida la tropa Valenciana.
Esta—ó yo soy un simple mameluco—
ó en union de maridos cuatrocientos,
guerra, muerte, al clamar, toca *Il Nabuco*.
¡Cuántos tiene que haber choques sangrientos!
¡cuántos superlativos encontrones
de la fiera batalla en los momentos!
Andarán cirujanos á montones
con el cortante bisturí desnudo,
haciendo á toda prisa operaciones.
Allá de una Gallega al golpe rudo
vuela un miembro, y acá feroz mancebo
arranca á soledad un grito agudo.
¡*Guerra*! ¡*esterminio*! ¡*fuego*! Yo lo apruebo,
no haya mas *el buey suelto bien se lame*
en cuanto alumbre el rubicundo Febo.
La retaguardia de maridos brame;
el cuerno torne á rosonar tremente;
y antes que el nuevo sol se nos presente
la célibe polilla muera infame.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

UNO DE LOS INCONVENIENTES DE SER GRANDE HOMBRE.

Estraña manía la de retratar á todo el mundo! La litografía no perdona á nadie. Todas las fisonomías que se le antojan le han de pagar forzosamente su censo. Generales, ministros, literatos, diputados, artistas, todas las notabilidades, en fin, de cualquier clase ó condicion que sean, han de venir á ser sus tributarias. Es imposible á cualquiera celebridad preservarse de semejante plaga, y guardar el anónimo á su nariz, á su boca y á sus orejas.

Es usted grande hombre, tiene usted talento; pues ya no le pertenece á usted su perfil; la piedra litográfica se apodera de él, y ella es quien usufructúa los derechos de propietaria.

Los literatos particularmente son las víctimas principales de esta calamidad europea, y si bien hay muchos que no solo se prestan gustosos, sino que aun buscan con ansia cualquier aprendiz que con el buril y el lápiz trasmita su fama á la posteridad, hay en cambio otros á quienes desagrada esto altamente. Pero de nada les sirve su repugnancia. ¿Y qué razon hay para no acceder á ello? ¿Tiene usted talento, y quiere además disponer de su cara? ¡Pues no es mala la aprension!... ¡Eso es tener demasiada ambicion!....

Y la cosa, sin embargo, es mas séria de lo que parece, y muy desagradable para un hombre honrado ver su chata nariz ó su barba puntiaguda haciendo reir á los papanatas, que se paran á contemplarla en las tiendas de estampas de las calles de Atocha y del Cármen.

Si es usted persona poco conocida, tiene el disgusto de oir decir á todo el que pasa *Epifanio Baldragas*.... pues ni le he oido nombrar tan siquiera. Si por el contrario su reputacion es grande, y su nombre corre de boca en boca, en ese caso bien puede usted estar seguro de oir esclamar á todo el mundo: ¡Ah! es fulano: mira, mira, el célebre fulano; ¡y qué feoes!

Si hace usted mil conquistas con sus obras, las pierde en un momento con su retrato. Las hermosas que han leido su novela de usted, y por analogía del héroe de ella se han formado el bello ideal del autor, y le creen alto, delgado, el color pálido, interesante, el cabello largo y ensortijado, le hallan chiquitillo y regordete, mofletudo y coloradillo, y en vez de luenga cabellera, la cabeza como la palma de la mano. ¡Maldicion! ¡execracion! ¡á Dios ilusiones! ¡á Dios novela! ¡á Dios todo! Como vean el retrato al acabar el tomo primero, á bien seguro que lean el segundo, aunque estén en el desenlace de la escena del rapto. Y luego ¿á cuántas vicisitudes no se vé usted espuesto?... Tan pronto se halla usted en una prendería entre un casacon á la antigua y una sarten vieja, como entre las manos del chiquillo travieso y jugueton, que, en vez de estudiar el *garrafayaza*, malgasta el tiempo en pintarle á usted patillas con la pluma de los palotes.

Un dia lee usted en el *Diario*. «El retrato litografiado del célebre *Juan Peranzules* se vende á catorce reales en negro en la estampería de los Suizos;» y al siguiente ya está usted iluminado en los puestos de baratijas de la plazuela de santo Domingo, pero iluminado sin compasion: frac verde manzana, narices de almazarron y mejillas de color de amapola.

Los editores no son los que menos parte tienen en esta piratería de rostros. Desde el punto y hora en que sus obras de usted empiezan á hallar favorable acogida en el público, *c' est á dire*, que el público empieza á llenar las gavetas del editor, agradecido este le regala á usted al público para quedar bien con el público y con usted.

De aquí resulta la mayor confusion. Acontece que tiene cualquiera varios editores (esto en España no suele acontecer casi nunca); pues cada uno le hace retratar á su modo. El del drama romántico, con la cara pálida desencajada y los ojos mortecinos; frac sucio y abotonado, y el cabello en desórden. El de la novela de costumbres obra *tout á fait fashionable*, con los ojos vivos, la sonrisa en los labios, pelo rizado y guantes amarillos: de forma que el retrato viene á simbolizar el carnaval, y una docena de ejemplares son una verdadera mascarada; sin que el público sepa á qué atenerse acerca de la individualidad de la fisonomía.

Aun resta otra fatalidad mucho mayor. Hay una edad en que halaga verse retratado: aquella en que la tez no forma aun arrugas, ni han perdido las mejillas su sonrosado color; en que las plazas de la boca no presentan ninguna vacante; en que el suave y rizado cabello no ha sido sustituido por la asquerosa peluca; en que el cuerpo muestra todavia las elegantes formas de un talle esbelto; pero desgraciadamente á esa edad nadie se acuerda de usted, ni el yeso para modelarle, ni el buril ni la piedra para copiarle. La copia solo existe entonces en el corazon de su amada de usted (suponiendo que usted tenga amada y que ella tenga corazon), á sus hermosos ojos azules queda el cuidado de trazar su adorada imágen. Pero cuando vaya usted echando tripa, cuando vaya usted perdiendo los dientes, y su cuerpo se vaya encorvando, entonces se agolparán los artistas á ofrecerle sus servicios. Cuando esté usted en víspera de morir para el mundo, nacerá para la prensa litográfica.

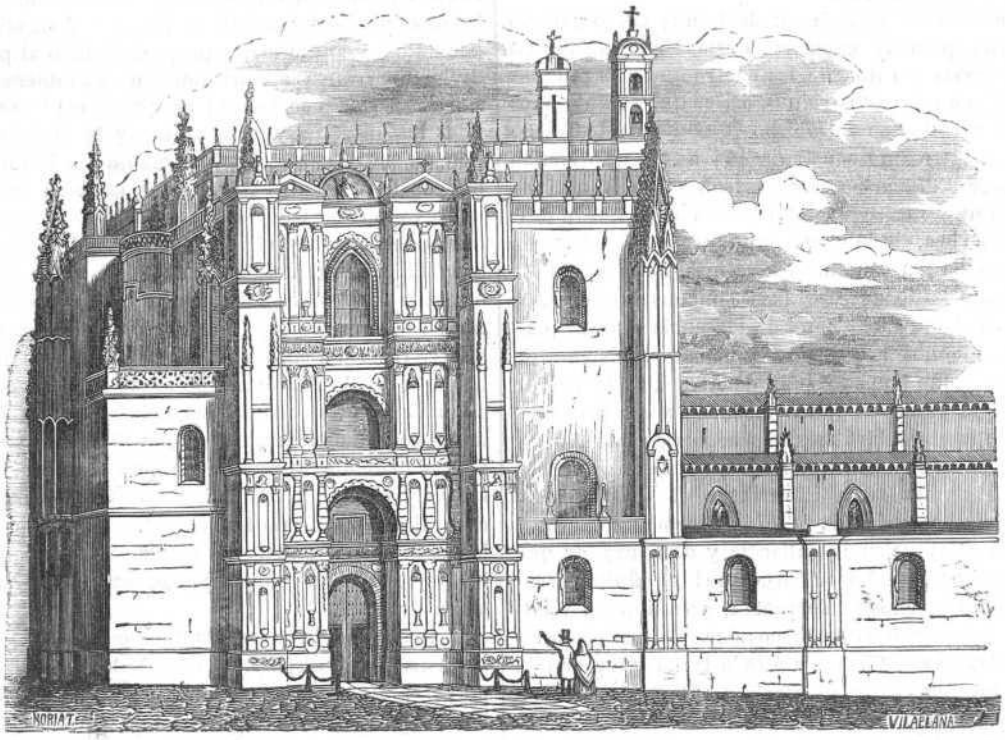
J. DEL P.

Los periódicos *La Luna* y *El Cupido* cesan en su publicacion, y por convenio del director de dichos periódicos, D Francisco Vargas, el nuestro se encarga de cubrir las suscriciones de aquellos, contándose tambien desde hoy el Sr. Vargas en la lista de nuestros colaboradores.

Como pertenecen á esa amable parte de la sociedad que llamamos bello sexo, todas las suscriciones que desde este número aumenta el SEMANARIO, nos proponemos no solo continuar los *artículos recreativos* que acostumbramos, *debidos á nuestros primeros escritores*, sino tambien publicar con frecuencia otros de *modas con hermosos figurines* y hacer un regalo á todas las nuevas lectoras que hayan renovado ó renueven la suscricion desde 1.° de Agosto.

Los señores corresponsales de La Luna *y* Cupido *que tengan fondos en su poder como producto de las renovaciones de abono de estos periódicos, los pondrán á disposicion de la empresa del* SEMANARIO *con solo este aviso.*

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LA CATEDRAL DE PLASENCIA.

Habiendo sufrido tres incendios el archivo de esta Santa Iglesia, son muy escasas las noticias que hemos podido recojer acerca de su fundacion, pero en cambio habremos de estendernos cuanto lo permitan las columnas del SEMANARIO en su descripcion artística. En los tiempos de la fundacion de la ciudad por el rey D. Alfonso VIII, como quisiese este piadoso rey que Plasencia tuviera silla episcopal, hubo de edificarse la catedral en aquella parte mas elevada de la poblacion, donde despues se labró la casa colegio de la compañía de Jesus; pero posteriormente, sin que sepamos la causa, se edificó la que en el dia se conoce por *lo viejo*, ó parroquia de Santa María, al medio dia de la ciudad mirando al rio Yexle. De este templo nos queda poco menos de la mitad, pues en lo que ocupaba el crucero y capilla mayor, se halla edificada la iglesia nueva, segun se dirá mas adelante. En cuanto á la vieja, su estilo es gótico riguroso, bien que se conoce pertenece á la infancia de este arte en España. Ponz y los demas viajeros que han visitado esta santa iglesia, apenas se dignaron echar una mirada sobre este templo, llamando toda su atencion el nuevo, sin tener en cuenta, que acaso no se admiraria la grandiosidad de aquel, si el arte no hubiera pasado por la pesadez de este otro. Sin embargo no podemos escusarnos de decir algo, en este siglo que la arquitectura gótica se ha hecho de moda, siquiera este monumento se preste para estudiarla en su orígen.

Lo único que se conserva íntegro de este templo es su fachada principal, la que luciria mas sino se hallase encajonada entre los cimientos de la nueva torre y el palacio episcopal. La parte de adorno y escultura muestra bien á las claras el siglo en que se edificó, pues todos los rosetones, flores y animales, cualquiera seria capaz de ejecutarlos aun sin haber manejado el cincel, siendo muy particular, que para las figuras de ángeles que se ven repartidos en los intercolumnios del ingreso, paréce que fueron á tomar por modelo los ídolos mejicanos. Es tambien notable el misterio de la Anunciacion que se vé representado por dos estátuas encima de la puerta, y manifiesta el grado de abatimiento á que pudo llegar la escultura. El interior del templo nada ofrece interesante á las artes, columnas agrupadas, bóbedas de arista y ventanas ojivales con escasa luz, acompañado todo esto de tres altares de hojarasca, es lo único que se ofrece á la vista.

El claustro es tambien de estilo gótico, mas como se construyese durante diferentes pontificados tiene bastantes variaciones en su fábrica, tanto en el órden de las columnas, como en la elevacion de las bóvedas; en estas se ven bastantes escudos de armas de los Guzmanes, Castillas y Figueroas, de cuyas familias

fueron los prelados, que le labraron y en el último paño se hallan las del obispo D. Gonzalo de santa María *«porque en su tiempo á 26 de marzo de 1438 se acabó de labrar el claustro y en ese dia se hizo en él la primera procesion solemne.»*

Concluida así la vieja catedral, muy luego pareció mezquina para la categoría de la Diócesis, que en aquella época era una de las cuatro que mas pingues rentas tenian en estos reinos, asi es que sesenta años despues, en tiempo del obispo D. Gutierre de Toledo (1498) se determinó construir una nueva que siendo de mayores dimensiones edificaron sobre la antigua en términos, que segun iban haciendo la nueva destruian la vieja, de lo que resultó que habiendo quedado aquella sin concluir existe mas de la mitad de una y otro tanto de otra. Para su construccion dice el historiador de los anales de Plasencia «que se platicó con algunos arquitectos y maestros insignes de obras, mas uno llamado Juan de Alva hizo la capilla mayor.» El estilo es gótico moderno y es probable, que este Juan de Alva fuese el maestro de toda la obra, ó al menos que se continuara lo que existe segun sus planes. Faltando á esta iglesia todo el trascoro, solo tiene tres pilares á cada lado para compartir las naves; son estos de suma gallardía y de figura de una palma, pero con tal semejanza que los infinitos arcos y fajas que de ellos se derraman, se estienden y enlazan en caprichosos arabescos dorados, para venir á formar las naves. Circunda á toda la iglesia y capilla mayor un andito con su gracioso antepecho incrustado de medallones del mejor gusto. Veinte y una son las ventanas repartidas en todo el edificio y en los lados de ellas, asi como en los pilares del templo se hallan en sus correspondientes hornacinas regulares estátuas, que hacen muy buen efecto.

Pero desde luego los objetos que mas llaman la atencion son el altar mayor y la sillería del coro. Es aquel un compuesto de tres magníficos cuerpos de arquitectura con veinte columnas de órden corintio y muchas estátuas repartidas en él, todo obra de Gregorio Hernandez, célebre escultor de Valladolid, tambien tiene cuatro soberbios cuadros de Rici que en figuras mayores que el natural representan la Anunciacion, nacimiento de J. C., circuncision y adoracion de los Reyes, y en medio del retablo una bella escultura de la Asuncion de nuestra Señora, titular de esta santa iglesia, acompañada de ángeles con el apostolado debajo, figuras, todas asi como las demas estátuas semicolosales. En los zócalos del primero y segundo cuerpo se vé representada en bajo relieve la vida de Jesucristo, y en los pedestales de las columnas profetas, evangelistas, doctores y fundadores. El tabernáculo es preciosísimo, le forma un templecito de hermosa arquitectura, compuesto de dos cuerpos con columnas pareadas de órden jónico y corintio, en cuyo cornisamento están repartidos angelitos que tienen en sus manos atributos de la pasion de Cristo. Pero en tiempo del Sr. Arce y Reinoso, obispo que fué de esta Diócesis, se pusieron malamente á los lados del segundo cuerpo las estátuas de San Epifanio obispo de esta ciudad y San Basilco de la de Braga, y esto hace que pierda su gallardía.

La sillería ó coro se halla colocada como en los templos de igual arquitectura. Es lo mas delicado y caprichoso que puede trabajarse en madera, pues cada una de las setenta y cinco sillas de nogal de que se compone es una obra acabadísima en su género. El lapiz se niega á seguir las minuciosas labores de aquellos encajes de madera, y las mas grotescas figuras se encuentran en los asientos levantados, animales imaginarios y fantásticos, asuntos domésticos representados con la mejor propiedad, todo al paso que divierte arranca admiracion. En los tableros de las sillas superiores se ven en preciosas maderas embutidas los apóstoles y otros santos, y las inferiores tienen en sus respaldos tambien embutidos hermosos ramos de flores, frutas y arabescos, tambien se ven en la parte mas baja de los tableros de todas, varias historias del nuevo y viejo testamento en bajos relieves muy bien ejecutados; y en las divisiones de una y otra silla columnitas agrupadas con sus repisitas é innumerables estátuas. La del prelado está mas elevada que el resto del coro y en su parte superior está un hermoso bajo relieve en que se vé á S. Pedro con los demas apóstoles echando las redes desde la barquilla; concluye con un doselete de estilo gótico, agrupamiento de un sin número de torrecitas, capiteles, estátuas y otros mil adornos. Las dos últimas sillas del coro alto, aunque no tan elevadas, hacen juego con la del Prelado y en ellas es tradicion asistieron á coro los Reyes Católicos cuyas armas se ven en su parte superior.

La reja que le cierra es tambien notable por su buen trabajo y disposicion de ornatos. Está dorada la mayor parte y su cornisamento se halla coronado de trecho en trecho, con medallones con varios santos y sobre el ingreso una estátua de la Asuncion de nuestra Señora, cerrando este conjunto dos estátuas mayores que el natural, que representan á David y á Salomon y se encuentran á los estremos. En el pedestal de la columna, donde se juntan las verjas de la entrada cuando se cierran, se vé esta inscripcion: *Joannes Baptista Cetma faciebat anno Domini* 1604.

El resto de la iglesia poco notable nos ofrece si esceptuamos los costados del coro que son dos bellísimos trozos de arquitectura con pilastras compuestas y estátuas muy bien trabajadas; en cada lado hay una capillita con regulares retablos cada uno por su estilo.

Los altares colaterales son de la época de Churriguera y con esto está dicho todo; en el del lado de la epístola se venera en una preciosa urna de concha y adornos de plata la imágen de nuestra Señora en su tránsito y en el del lado del evangelio las reliquias que posee esta santa iglesia, algunas de ellas muy notables. Tambien tiene algun mérito el sepulcro de mármol que se halla al lado del evangelio y pertenece al obispo D. Pedro Ponce de Leon; la estátua arrodillada del prelado no es lo mejor; pero son bellísimos el reclinatorio y varios angelitos cogiendo las insignias episcopales.

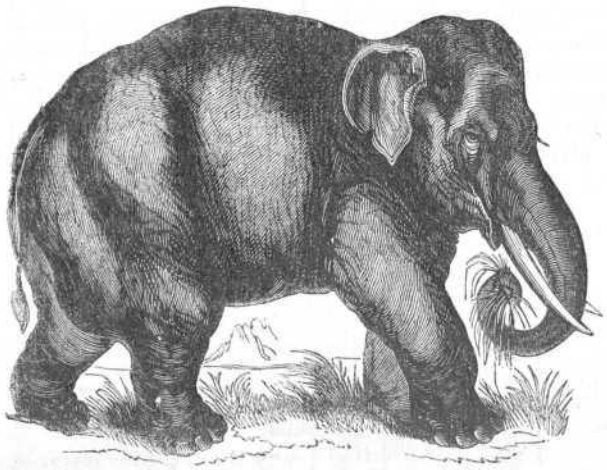
La portada principal de esta iglesia (véase el grabado) está mirando al Norte y su vista dará una idea mejor que cualquiera descripcion. Es un majestuoso retablo de piedra, pero con la fatalidad de faltar las estátuas, que debian ocupar las repisas de los intercolumnios. Pasma la prolijidad y riqueza de adornos advirtiendo que toda ella asi como el resto del edificio es de granito. A espaldas de esta se encuentra mirando á medio dia otra portada tambien principal, que dá á un espacioso átrio con balaustrada y her-

mosas vistas al rio y campiña: los adornos de esta no son tan prolijos y minuciosos como los de la anterior; sin embargo tiene dos hermosos cuerpos de arquitectura, compuesto el primero de cuatro columnas con capiteles de Berruguete y repisas en los intercolumnios: otras dos columnas de candelabro se hallan en el segundo cuerpo y en medio una ventana adornada de ingeniosos caprichos coronando todo esto las armas del emperador Cárlos V y del obispo Carvajal.

Las oficinas y demas dependencias son modernas, pues á consecuencia del último incendio verificado en 1832 y en el cual con gran sentimiento de las personas amantes de las artes, perecieron el archivo, librería y una buena coleccion de cuadros se reedificaron de nuevo y no contienen cosa notable.

Muchos objetos nos quedan que describir por no haber hecho sino una rápida reseña, mas no permitiéndolo los estrechos límites á que nos hemos ceñido, solo diremos, que el edificio respira cierta grandeza, que unida á la buena ejecucion de las partes admira á los inteligentes. Las torrecitas, capiteles y las dos elegantes balaustradas que le coronan le dan tal gallardía que si se hubiera concluido no tememos asegurar que pocos templos le aventajarian en nuestra España.

FRANCISCO W. PLAZA.



EL ELEFANTE EMPLEADO EN LA CAZA DEL TIGRE.

En todos los paises existen animales salvajes mas fuertes y poderosos que el hombre. Sin embargo, el poder intelectual de este, ha logrado no solo destruir y domar los mas peligrosos, sino tambien aprisionar y aprovechar aquellos cuya fuerza y agilidad pueden serle útiles. El Elefante, el mas grande y vigoroso de todos los animales de la tierra, se deja tambien cojer de diferentes maneras. Su furor no tiene límites cuando se vé prisionero, pero se calma fácilmente si se le trata con dulzura y se convierte en un servidor tan fiel como obediente. Empléanse los Elefantes en las Indias Orientales como instrumento para la caza de fieras, especialmente del Tigre, el mas hermoso y mas cruel de los animales

Hoy que la llegada del Elefante al Circo de Paul, ha llamado la atencion pública hácia esta especie de animales, creemos agradar á nuestros lectores publicando la siguiente descripcion de un viajero que asistió en 1846 á una gran caza de Tigres.

Armados los hombres de fusiles montan sobre sus Elefantes, de los cuales se sirven á veces como de los caballos, pero lo mas general es ir sentados sobre ellos en un aparato ó *houdah* que fijan en el lomo del animal. Un hombre del pais se coloca siempre en el cuello para guiarle, despues se dirigen hácia lo mas espeso de los bosques donde se supone que el Tigre se oculta. Desde luego es difícil descubrirle, porque se arrastra y se estiende cuanto puede, con la esperanza de sustraerse á la vista de los Elefantes que le intimidan sobremanera. Pero los perros agitan los matorrales, bien pronto se vé moverse la yerba y no tardan en distinguirse las rayas negras del reluciente lomo de la fiera. Este es el momento de hacer fuego: la bala penetra su cuerpo. Entonces la rabia reemplaza al temor; lanza un ahullido furioso y se arroja hácia el elefante mas cercano procurando agarrarle por la trompa; pero su adversario, preparado el ataque, levanta cuanto puede esta parte, la mas sensible de su cuerpo, y se esfuerza en coger al tigre con uno de sus colmillos. Si lo consigue, el combate termina al instante, el elefante atraviesa con él al tigre de parte á parte y muere baqueteado y machacado en el suelo por los enormes pies y rodillas de su enemigo. A veces cuando el elefante es jóven tiene tambien miedo y se separa en el momento en que el tigre se lanza hácia él, en tal caso la fiera consigue casi siempre colocarse de un brinco sobre aquel y la posicion de los cazadores se hace poco envidiable sino consiguen en el momento herirle mortalmente; sin embargo este movimiento del elefante atemorizado no salva siem-

pre al tigre, porque para entonces suele encontrarse su bella piel atravesada de varios balazos, que le han causado heridas mortales. Otros medios emplean los Indios para deshacerse del Tigre, de los cuales algunos son sumamente divertidos. Cuando estan seguros de que se halla en algun punto; los paisanos reunen una gran cantidad de hojas (semejantes á las del sicomoro) de un árbol que es muy comun en la mayor parte de aquel territorio; estas hojas están embadurnadas de una liga en estremo pegajosa y las esparcen alrededor del oscuro retiro en que suponen se oculta el Tigre durante las horas de calor.

Si por casualidad el animal llega á dar algunos pasos sobre las hojas asi preparadas, comienza á sacudir las patas para librarse de aquel incomodo obstáculo, y viendo que no surte efecto este espediente, frota con el mismo objeto la liga infernal contra sus mandíbulas, revócase los ojos y las orejas y acaba por ponerse en tal estado, que se tumba por tierra sobre otras hojas tambien pegajosas que le envuelven completamente y le postran; en esta posicion puede compararse á un hombre embreado y cubierto de plumas. La angustia que esperimenta se revela bien pronto por terribles ahullidos que advierten á los paisanos es llegado el momento de herir sin peligro el objeto de su terror.

Los habitantes de algunas islas de las Indias han recurrido á otros arbitrios para causar la muerte á estos animales. Despues de haber cavado un foso, clavan derecha en el medio una gruesa estaca puntiaguda, una plancha colocada á la orilla se tuerce al menor choque, en uno de los estremos se ha colocado un trozo de vianda y el precipicio está rodeado y disimulado con ramaje: el tigre atraido por el olor de la comida, viene corriendo á la plancha, que en el momento dá vuelta y arroja el cuerpo sobre la punta de la estaca en la cual queda atravesado. A veces tambien construyen una caja de mimbres fuertes capaz de contener un hombre; uno de los habitantes armado de un largo cuchillo y un puñal se dirige por la tarde hácia el supuesto retiro del Tigre; métese en la cesta y aguarda con paciencia á que llegue la noche. El T igre sale en fin en medio de las tinieblas olfatea al hombre oculto y se dirige hácia la caja, levántase sobre sus patas traseras y lanza un rujido horroroso, pero el hombre á quien esto no espanta aprovecha el momento favorable para sepultar su puñal en el pecho del animal. Esta primera tentativa aumenta su furor, mas el hombre defendido por la solidez de su caja, desprecia los ataques furiosos de su enemigo y le hace nuevas y crueles heridas que no tardan en poner término á su vida.



LAS MAÑANAS DEL RETIRO.

Buenas cosas hay en este mundo, no podemos negarlo, porque son cosas que saltan á la vista del hombre menos observador: ello es verdad que son las menos, pero como dijo el otro, mas vale algo que nada. Por ejemplo, entre las cosas buenas que Dios ha dado á luz no hay cosa como la *España*, porque España es una cosa que no se parece á esos otros cuadros que vemos en un mapa y que hemos convenido en llamar *naciones*: cierto es que los españoles no son del todo muy allá, pero al fin y al cabo los españoles no son *cosas*, sino *hombres*, y siendo hombres por buenos que sean no son mas ni menos que los demas. Algunos á fuer de patriotas no querrán pasar por esta razon; pero yo me atengo á las constituciones de todos los paises que con un pedazo de papel que se llama *carta de naturalizacion*, conceden á un estrangero los mismos derechos que á los que han nacido en el suelo patrio; de donde deduzco lógicamente que todos los hombres son unos, y que lo mismo aprovecha un inglés para España que un español para Inglaterra.

¿Quién dudará que *España* es cosa buena?..... Sino lo dijeran todos, diriánlo al menos esos estrangeros industriosos que vienen á esplorar aqui la riqueza que nosotros no sabemos apreciar. No digamos que en Es-

paña no hay cosas malas, no, las hay quizá como en ninguna otra parte del mundo; pero así y todo, la España pasa por una gran cosa. Tambien hay cosas buenas y son las mas; y entre estas cosas buenas está Madrid, en donde hay cosas bien malas que por sabidas se callan. En cambio de estas tiene Madrid una cosa que sin duda alguna es la mejor; y esta cosa es el *Retiro*. Bonito, muy bonito seria aquel jardin llamado Paraiso que Adan y Eva habitaron en sus buenos tiempos; yo creo á ojos cerrados todo lo que se ha dicho de aquella mansion de felicidad, pero no puedo concederle ventaja sobre el *Retiro*. Dios puede hacer dos cosas iguales. Si en algo está la diferencia es en que Dios señaló á nuestros primeros padres los árboles que no habian de tocar; en el *Retiro* todos los árboles estan prohibidos. Bien es verdad que no se hace mucho caso de esta prohibicion; ¿pero que mucho si los que van al Retiro son hijos de Adan y Eva?.... Ah!... El Espíritu Santo lo dijo: *de tales padres tales hijos*: la obediencia no es la cualidad mas recomendable de la especie humana. Si Dios no hubiera tenido la precaucion de arrojar á sus criaturas del Paraiso, al fin y al cabo hubieran burlado la vijilancia del Angel custodio como hoy sus descendientes burlan las de los guardas del Retiro, que por mas señas, nada tienen de ángeles. ¡Dios quiera que no nos cierren las puertas de este Paraiso!....

¡Lástima seria tener que renunciar á esos deliciosos paseos á que nos convidan las hermosas mañanas de la primavera!.... ¡Se respira un aire tan puro!.... se ven tantas flores!.... se aspira un aroma tan rico!.... De seguro, seria una calamidad, si un dia aparecieran cerradas las puertas del Retiro.

Yo, francamente lo digo, soy apasionado nuevo de este paseo matutino. Indolente por naturaleza he oido sin curiosidad por espacio de tres primaveras seguidas estas palabras sacramentales: ¡Qué hermoso estaba el Retiro esta mañana!... Y tanto, tanto sonaron estas palabras en mis oidos que al fin y al cabo vine yo á preguntar una noche en cierta tertulia: ¿Qué mas tiene el Retiro por las mañanas que por las tardes? Nadie me contestó; pero ví asomarse en todos los lábios una sonrisa: las niñas miraron á sus galanes, los galanes miraron á las niñas, las madres no dijeron nada, pero los padres fruncieron las cejas.

Decididamente, dije yo para mí, cosa buena debe ser el Retiro por las mañanas. Y formé la resolucion de ir á pasear por entre los árboles.

Al dia siguiente llevé á cabo esta resolucion. La mañana estaba hermosa, el cielo sin vapores, el aire impregnado de aromas.

Al salir de mi casa tropezé con un contertulio que me tendió la mano al pasar diciéndome—Buenos dias, chico.... voy al Retiro.

—Muy buenos, amigo, yo tambien voy allá....

—Ola ¿vas al Retiro?.... Pues oye, si por casualidad vés á Luisita y á su mamá, y te preguntan por mí, di que estoy malo. Yo me escusé anoche de acompañarlas.

—Pierde cuidado....

—Tengo una aventura....

—Bien, bien, anda....

—Adios, adios; perdona que no me detenga porque estoy de prisa.—Y desapareció.

Paso trás paso saludando aqui y allá ora á una conocida, ya á un amigo intimo, llegué al Parque de Artillería. Allí de manos á boca me hallé con Luisita y su mamá que iban acompañadas de un oficial de no sé que regimiento; y como yo soy muy prudente, finji ir distraido y pasé cerca de ellas murmurando entre mí.

—Esta niña debe ser muy impresionable.... Acostumbrada á que el otro la acompañe, hoy que cree que está enfermo ha echado mano de este oficial para que la socorra en caso de que ocurra algun desmayo... Esto es vivir precabida... Vamos adelante.

Y en dos brincos salvé la gran plazuela, dejé á mi espalda la puerta de hierro y me interné en la arboleda. Oh!.... si quisiera echarla de poeta tendria aquí te la cortada para bellísimas descripciones. El Retiro se presentaba á mis ojos como la Arcadia encántada: el murmullo de las fuentes, el cántico de los pájaros, la dulce armonía que producen las hojas de los árboles movidas suavemente por la brisa de la mañana; los cuadros de flores, las sombrías encrucijadas; todo esto formaba un conjunto bellísimo que no hubiera mirado con ojos indiferentes un genio. Afortunadamente yo no soy genio y por lo tanto no me detuve en admirar, ni en coordinar ideas: dejé á los pies el cuidado de trasportarme de un punto á otro: di libertad á los ojos para que escudriñaran cuanto quisieran y dije para mí: si algo hay que ver aquí no son las flores ni los árboles; si algo hay que oir no es el murmullo de los céfiros ni las fuentes.» ¡Oh!.... y esta vez mi razonamiento fué una profecía, mis ojos vieron otras cosas que flores, mis oidos escucharon otras cosas que murmullos.

Era maravilloso tender los ojos y descubrir al través de las hojas la sombra de una niña fugitiva: era encantador oir al pasar entre la espesura palabras vagas, risas comprimidas, y ecos parecidos á los suspiros. Un poeta aleman hubiérase figurado estar en la mansion de las hadas, y hubiera creido que la niña corria detrás de una mariposa de oro, que aquellas palabras vagas eran notas musicales, y que las risas y los ecos eran gemidos del viento. Pero yo que no soy poeta, y mucho menos aleman, empecé á traducir aquellas correrías y aquellas palabras y aquellos ecos, fijando la atencion en todo, con esa atencion, no de un filósofo, sino de un cirujano anatómico.

Un hombre solo apenas hace bulto, y cuando el hombre se mete entre árboles el *apenas* está demas: las pisadas de un hombre no causan mucho ruido; pero cuando hay hojas que se mueven, pájaros que cantan, niñas que corren, parejas que hablan y suspiran, las pisadas del hombre no tienen eco, no suenan. Asi es que fiado en estas dos verdades me deslizé por entre los árboles, y ví: como los árboles y las paredes de cesped no son un gran dique que digamos, abrí los oidos y escuché.

Y lo primero que ví fué á una señora, antigua conocida mia, que acababa de encontrarse por *casualidad* con un jóven de buena traza que llevaba un ramo de rosas en la mano.

—V. por aqui, amigo mio?.... dijo la dama; no le creia á V. aficionado á las flores....

—Ha creido V. muy mal, señora, me muero por una rosa.

La dama se sonrió con orgullo, y yo dije para mi «comprendo el equívoco: no todas las *rosas* tienen espinas.»

—Ha venido V. sola?.... continuó el jóven.

—Sola enteramente, no....

—Perdone V. no habia visto al buen Justo.

Justo era el lacayo que caminaba á cierta distancia llevando la sombrilla de la señora.

—Y el esposo, lo deja V. en la cama?...

—Salió ayer tarde para el Escorial.... vá por quince dias.

—Si no le es á V. molesta mi compañía....

—No, hijo mio, con mucho gusto, esclamó la dama cojiéndose del brazo del jóven; pasearemos hasta las nueve y si V. no tiene inconveniente almorzará conmigo...

El jóven se inclinó graciosamente y yo seguí mi camino deseando tropezarme con alguna *casualidad* parecida. Desgraciadamente, para mí, todas las rosas tienen espinas.

Al atravesar una plazoleta, observé que otro jóven que estaba reclinado sobre un banco de piedra leia, ó mas bien finjia leer los *Aforismos de Hipócrates*. —Este es médico, murmuré—Y como si el jóven hubiera querido asegurarme en esta idea, tendió la mano hácia unos céspedes por entre los cuales salia otra mano blanca y redonda que estaba pegada al brazo de una muger. Detrás de los céspedes salia una voz cascada, voz de mamá ó de tia que esclamaba:

—Niña, que te vás á espinar.... sal de ahí, niña, que te vá á cojer algun guarda.

—Sí, sí, decia la niña en tono de mofa, ya me vá cojiendo.

Y era verdad, porque el médico la estaba tomando el pulso.

Aparté mis ojos de aquel espectáculo tan bello y continué mi paseo bajo un toldo de acacias.

¡Qué hermoso es esto!... esclamé con la gravedad de un filósofo.

—Hermoso está, en efecto, murmuró una voz gruesa y garrasposa, pero debia estar mas cocido.

De pronto creí que algun amigo me habia oido y trataba de burlarse de mi espontánea esclamacion; pero merced á un claro que dejaban varios arbustos, pude ver que se trataba de un jamon cocido en vino, víctima de la voracidad de un antiguo matrimonio que habia venido á solazarse por la mañana con aquel corto refrigerio.

—Hé aquí la felicidad.... la verdadera felicidad, repliqué yo sentenciosamente; y al mismo tiempo un perro salió de entre unos árboles y llegándose atrevidamente al refectorio de los cónyuges, cojió un pedazo de jamon (el mas hermoso) y dió á correr como si le siguiera algun ajente de policía. A un ataque tan brusco como inesperado, la señora medio se desmayó y deshizo con un codo dos pasteles de liebre; el obeso caballero probó levantarse para correr detrás del perro, pero impidióselo su abultado abdomen, y tuvo que resignarse á perder el trozo de jamon: yo noté en sus ojos cierta espresion de sentimiento, y riéndome de aquel suceso, murmuré al emprender otra vez mi marcha: «*No hay felicidad completa en este mundo.*»

Paso tras paso llegué al estanque chinesco, en el cual se divertian varias niñas echando pan á los peces: la superficie del estanque era de color de plata con algunas manchas de púrpura; color que le daban los peces que se habian asomado á flor de agua para admirar de cerca las gracias de aquellas ninfas. Sin embargo no es todo oro lo que reluce: alguno de aquellos ángeles tenia su anzuelo pendiente de un torzal, merced al cual subian aleteando los peces á una altura á la que nunca se habrian figurado llegar, por mucha ambicion que tuvieran. Este juego me pareció bastante divertido, y me recliné sobre la baranda de hierro que circunda al estanque para reirme un rato á costa de los pobres peces que tan incautamente corrian á su esclavitud. La niña del torzal tenia un par de ojos negros capaces de enamorar á un santo: y estos ojos siempre alegres siempre juguetones vinieron á clavarse en otros ojos, negros tambien, de un mancebo de rostro sentimental que estaba á mi lado. A esta mirada, el jóven dió dos pasos de costado con direccion á la pescadora.

—«Malo, dije entre mí, la leccion no aprovecha.»

La niña lanzó otra mirada y el jóven hizo otro movimiento lateral: una tercera mirada puso al mancebo á dos pasos de la hermosa doncella que tiraba á la sazon del torzal á cuyo estremo se bamboleaba un pez blanco como una barra de plata, y con acento conmovido y galante esclamó:

—Quién fuera pez señorita!....

Yo lo miré con sentimiento y esclamé separándome del estanque. «Ese jóven acabará por ser marido.»

Haciéndome iba yo estas y otras reflexiones, cuando llegaba á la estátua de Cárlos II, y sin saber como ni cuando vi que una jóven de tez morena y esbelto talle conversaba mano á mano con un galan á quien escudaba un muro de arbustos: mas lejos otra niña se ocupaba en hacer un ramo de flores. Escondíme detrás de la estátua lo mejor que pude para oir la conversacion, pero en vano: el viento se llevaba las palabras: los oidos estaban de mas, en cambio los ojos cumplian maravillosamente con su deber. Miré y ví que se estrechaban las manos dulcemente: miré mas y los ví inclinarse: miré otra vez y no ví, pero oí un rumor estraño que me conmovió.... creo que la estátua de Cárlos II volvió la cabeza, no estoy seguro; lo que es cierto es que yo la alargué notablemente; tan notablemente que la pareja se dispersó, la jóven ruborizada, el mozo con semblante acre y amenazador.

—«De seguro murmuré entre dientes, he cobrado un enemigo.»

Y poseido de esta idea me decidí á tomar otra direccion con ánimo de no estorbar los placeres del prójimo. Llegué al estanque grande y me puse á echar pan á los patos: descansé un momento mientras me duró el cebo y una vez terminado volvíme á internar en el laberinto de Creta. De manos á boca se encontraron frente á frente mi amigo que venia en amable compañía con una modista y la Luisita que iba cojida del brazo del oficial.

La situacion era dramática, pero terminó con lo que no ha terminado todavia ningun drama. Luisita lanzó una mirada á mi amigo: mi amigo lanzó á su vez otra mirada á Luisita.

¿Qué querrian decirse? Los atlateres no lo comprendieron; pero yo dije para mi sayo: «estos han concluido.»

Volví á pasar por la plazoleta en donde el médico se ensayaba en tomar pulsos; y estaba desierta: nadie al pasar hubiera dicho que aquel sitio tan solitario habia sido media hora antes el teatro de una escena cómica.

Miré por todos lados y mis ojos continuaron viendo aparecer y desaparecer al través de los árboles sombras chinescas.

Esto está visto; dije, y me salí del Retiro.

Una vez fuera, esclamé: reasumamos. ¿Qué es el *Retiro*? La mansion de los amores. ¿A qué se vá por las mañanas al *Retiro*? A cosas de amores. Por eso van tantos penitentes á este *Retiro*.

Yo de buena gana seria monje aquí.... pero.... ¡qué diablos! un solitario no hace carrera en estos tiempos.

Para habitar en este paraiso, necesitaria una compañera.

¿Alguna de mis lectoras querrá serlo?.... Yo me dejo seducir fácilmente.

Si alguna es tan amable que quiere otorgarme esta merced, sírvase decírmelo por el *Diario de Avisos*, que yo acudiré sin dilacion al punto que me señale, aunque sea al estanque chinesco, en el cual se pesca por todos estilos.

A. Hurtado.

MODAS.

Nuestras amables lectoras recordarán que llevados del deseo de agradarlas, nos aventuramos á dar publicidad á principios de año á una carta confidencial en que se detallaban las modas reinantes en la capital de Francia: desde entonces no se nos habia vuelto á presentar ocasion de aprovecharnos de las comunicaciones de la bella corresponsal de Paris, cuyo voto en la materia nos consta! que es muy atendible, hasta que hemos tropezado con la que copiamos á continuacion, tanto mas gustosos cuanto que esperamos que en adelante, sean cualesquiera las precauciones que tomen para el secreto de sus epístolas las dos amigas corresponsales, no han de poder evitar que imprimamos cuantas nos parezcan capaces de interesar á nuestras estimables lectoras, en cuyo obsequio no hay esfuerzo que no estemos dispuestos á hacer.

Paris 31 de julio

¿En qué consiste que no me contestas mi buena Amalia? Tu silencio me inquieta sériamente ¿estás enferma ó te has marchado de Madrid? Qué placer tendria en que me hicieras una visita, pero no lo espero, porque son contados los compatriotas nuestros que se aventuran este año á llegar por recreo á las márgenes del Sena. París sin embargo está tranquilo, la confianza renace, y aunque se nota en los semblantes la impresion dolorosa que han producido las escenas de desolacion últimamente ocurridas, no se advierte ese vago terror que dominaba la sociedad entera. La ciudad recobra su fisonomía animada, los paseos su brillantez, los teatros están próximos á abrirse, la bolsa, termómetro de la situacion financiera, cada vez

mas animada y todo hace esperar que volveremos al estado normal.

Entre tanto no sé de que hablarte porque no ocurren novedades que puedan interesarte, como no sean las que ofrece el mundo elegante; voy pues ha hablarte de modas que sé que es tu asunto favorito.

El verano ha introducido trajes sumamente ligeros, entre ellos, vestidos ó blusas de batista de Escocia ó chaconada, con dibujo sobre fondo blanco. Este traje se completa con manteletas de igual tela guarnecidas como la blusa sencillamente de pequeños volantes estrechos y picados. Para el campo se usan peinadores de tela blanca guarnecidos de dos órdenes de volantes bordados con gruesos dibujos. El cuerpo se ajusta á la cintura por una jareta en forma de blusa. Con estos trajes frescos y ligeros se llevan sombreros



Figurin de 29 de Julio.

de paja gruesa guarnecidos de adornos de tafetan. Para casa se usa asimismo un peinador de muselina de la India, bordado sobre un trasparente de tafetan: para salir á la *negligé* vestidos de nankin con talles ajustados, guarnecidos de pasamanería blanca, con manteletas de muselina bordada. Estos vestidos se llevan con viso verde ó encarnado, saya de gran ancho y muchos pliegues, pero no muy larga permitiendo ver el zapato abotinado, y el talle ajustado un poco alto. Las mangas medio cortas, terminadas por vueltas partidas, bajo las cuales salen otras vueltas sueltas, y caidas de blondas, son sumamente elegantes.

Pero lo que está muy en boga para medio vestir son redingotes ó sobre todos anchos con mangas muy largas y una especie de esclavina ó manteleta de la misma tela; para ella se usan bareses de dibujos con fondo azul, ú otros bareses escoceses con listas arrasadas, ó tafetanes de color de naranja ó de violeta: este traje suelto y fresco, tiene por adorno un gran volante de encaje en la falda, dos en la esclavina y otro en el cuello; volantes que suelen estar guarnecidos de dos ribetes de la misma tela (véase en nuestro figurin el modelo de la izquierda.) Con este traje se llevaban sombreros de crespon blanco, con cintas color de grana y un gracioso velo blanco: estos sombreros de crespon liso suelen estar adornados simplemente con un lazo de cinta ó con flores ademas, colocado todo muy bajo á uno de los costados.

Te hablaré de otro traje sumamente fresco y muy lindo que se propaga mucho: consiste en un vestido de tafetan abierto por delante con vueltas de tul rizado del mismo color que el tafetan y un viso interior blanco, tambien de tafetan, cubierto de encage negro, del cual son tambien las guarniciones que cuelgan de una graciosa manga que llega hasta poco mas arriba del codo. Completa este elegante traje (el de la derecha del figurin) una lindísima cofia de tul adornada de anchas cintas, que deja descubierta gran parte de la cabeza, pero que sin embargo sienta primorosamente con sus dos lindas caidas de muy buen efecto.

No concluiré sin hacer mencion de unos pañuelos de batista finísima, de una delicadeza de bordado incomparable, que han empezado á hacerse de moda. Suelen ser de un solo color ó de blanco y otros colores mezclados. Los hay con una cenefa que se compone de tres listas mate alternando con otras tantas claras. De estos se encuentran desde 1000 fs. hasta 75 céntimos, cosa que parece fabulosa pero es exacta.

Los viajes á Spa, Baden etc. han introducido unas sombrillas muy fuertes y grandes de colores vivos, y algunas ricamente bordadas del mismo color.

por un estilo nuevo que la charlatanería francesa dice acabar de llegar de China, vía recta.

Aquí debo terminar mis noticias de modas porque no sé que añadirte, ya sabes que el verano es la estacion en que los elegantes emigran al campo, las modistas y los sastres están de vacaciones y la moda no varia con tanta frecuencia sus leyes despóticas: época de ventura para los papás, los maridos y los tutores.

Ya vés que á pesar de tu silencio te cuento cuanto sé: por favor, contestame á vuelta de correo y no te olvides tanto de mí, ó me echaré á discurrir en la causa que puede haber, para que en siete meses no hayas escrito mas que dos pequeñas cartas de diez líneas cada una á tu buena amiga.

CLEMENTINA.

EN EL MONTE.

Y PARA SER DE DIOS ¡AY! SOY MUY POCO.

Como pobre luciérnaga en la grama
Estoy en este monte y no ilumino
Sino al pájaro oculto entre la rama
Cuando fenece el astro vespertino.
Del corazon palidecer la llama
Cada vez siento mas y yo imagino
Perder mi luz y ser en este intante
Menos que la luciérnaga brillante.

Vengo de contemplar la hermosa vega
Y aletargados traigo los sentidos
Con el concierto vago de sonidos
Que la tranquila soledad despliega.
Quien canta yo no sé, mi alma se anega
En tan diversos tonos y ruidos
Que alzan tal vez con giros imperfectos
Las aves, los reptiles, los insectos.

Silvan y zumban, gimen, se lamentan
Séres que nunca por el campo veo
Y que espíritus son á veces creo
que del campo á los séres atormentan;
Y esos ecos tambien me desalientan....
Y no sé donde huir de este mareo,
De esta inquietud y desventura vaga
Que agrava la ciudad y el campo agrava.

Yo te quisiera ver, Señor Dios mio,
En ráfaga de sol, nube ó lucero
Y llenar con tu imágen el vacio
De este mi corazon tan lastimero!
Por ser ángel, con alto desvarío,
He renunciado ya mi ser primero.....
Mas ¿qué vale no ser del hombre loco
Si para ser de Dios ¡Ay! soy tan poco?

Me tienes en tu altar... ciño tu velo....
Te consagro la vida enamorada;
Pero mi frente pálida y cansada
Se inclina melancólica hácia el suelo;
Si mis ojos no alcanzan á tu cielo,
Si hasta mí no desciende tu mirada
¿Porque soy mucho para el hombre loco
Y para ser de Dios ¡Ay! soy tan poco!

¿Por qué te plugo señalar mi frente
Con rayo de ambicion, fuego de orgullo?
¿Por qué de humilde arroyo la corriente
Y de soberbio mar darme el murmullo?
Paja que rompe un soplo del ambiente;
Miserable crisaliga en capullo
¿Por qué ser mucho para el nombre loco
Y para ser de Dios ¡Ay! ser tan poco!

Virtud amarga que á tu amor me lleva
Nube envidiosa que tu amor me quita,
Mi fé, Señor, para tan larga prueba
Siento que sin tu luz se debilita;
Yo llego hacia tu altar con ansia nueva
De percibir tu claridad bendita;
Porque no quiero ser del hombre loco
¡Ay! *aunque sé que para tí soy poco!*

A tí levanta la pasion altiva
Sus puras alas y en tu gloria espera...
¿Por qué no sube el alma fugitiva
Tambien con mis cantares á tu esfera?
¿Por qué lejos de tí quieres que viva
Si habré de conseguir cuando me muera
Siendo ya *nada* para el mundo loco
Ser para el cielo mas; pues soy tan poco!

CAROLINA CORONADO.

LOS MUERTOS ENVIDIADOS.

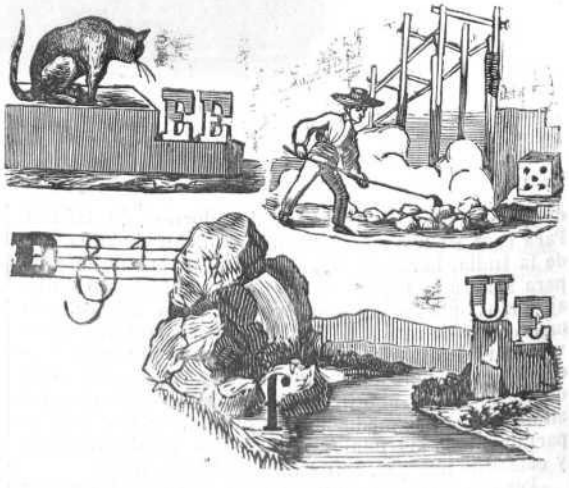
Miraba Calderon, no el de la Barca,
sino el que fué ministro del monarca
D. Felipe tercero:
Rodrigo Calderon miraba (digo)
un cementerio de Madrid un dia
y en él halló un letrero
cercano del umbral, que asi decia:
«Amigo y enemigo
Aquí en profunda paz reposan juntos.»
¡Ay! (esclamó Rodrigo)
¡venturosos mil veces los difuntos!

TIMANTES.

Pintaba el celebérrimo Timantes
un Júpiter con ojos fulgurantes,
rayo en la diestra y en la izquierda rayo,
y al severo pintor díjole un payo:
Si en ambas manos el rigor le pones,
¿Con cuál echa ese Dios las bendiciones?
Es en la omnipotencia
igual á la justicia la clemencia.

J. E. HARTZENBUSCH.

GEROGLIFICO.



La solucion en el número próximo; en él tendrá tambien lugar la conclusion del cuento *El caballo de siete colores*, que no ha cabido en el presente.

Direccion, Redaccion y oficinas calle de Jacometrezo núm. 26.

MADRID. UN MES 4 rs. SUS 20. UN AÑO 36.—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Mafute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Razola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografía del Pasaje del Iris y de S. Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14 rs. SUS 24.—Remitiendo sus libranzas sobre correos francos de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



D. FRANCISCO DE SALINAS.

Digno de honroso recuerdo es este artista, uno de los hombres mas eminentes de España, que por su genio y su laboriosidad se distinguió en cuantos estudios hizo, pero principalmente en las lenguas latina y griega, en las matemáticas y en la música. Sus adelantos en estos ramos le grangearon el respeto y admiracion de Italia donde residió largo tiempo y de España: y aun hoy sus trabajos continúan apreciándose en aquel pais, en tanto que en su patria yacen olvidados y casi ignorados. Nació Salinas en Burgos al comenzar el siglo XVI, su padre que servia á Cárlos V, le dedicó á la música desde los primeros años, á causa del mal estado de la vista, de la que se vió privado completamente á los diez años. Desgracia tan espantosa contribuyó á despertar el genio estraordinario de Salinas, que no encontrando otro alivio á sus sufrimientos que la música y el estudio, fué insensiblemente perfeccionándose hasta que sus obras llegaran á ser tenidas por los inteligentes como superiores al esfuerzo humano. No solo sobresalia en sus conocimientos teóricos sino tambien en los prácticos, tanto que Ambrosio de Morales dice «los efectos producidos por este estraordinario varon en el ánimo de sus oyentes, ya cantando, ya tocando, no se pueden describir en palabras. Baste decir que yo despues de haberle oido no encuentro ya exageracion alguna en las maravillas atribuidas por Pithágoras y por S. Agustin á la música.»

Mejor que nuestras palabras serán para dar una idea de Salinas, los siguientes trozos del prólogo de una obra grande de música que se publicó en Salamanca en 1577, escrita en un latin puro y elegante, y cuya esmerada traduccion tomamos de un trabajo análogo al nuestro. Héla aquí.

«Desde la niñez me he dedicado á la música durante todo el curso de mi vida. Pues habiendo mamado la ceguera con la leche inficionada del ama que me crió, y no quedando á mis padres la menor esperanza de que recuperase la vista á pesar de todos los medios aplicados al efecto, ningun arte les pareció mas honroso ni mas útil para dedicarme á él que este en el que se puede muy bien progresar por medio del oido, que es otro gran ministro del alma racional. Y no solo empleé todo mi tiempo en el estudio del canto, sino mas aun en el de pulsar el órgano, en lo cual no me toca á mí decir hasta que punto llegué á progresar. Solo me atreveré á afirmar que el que quiera entender la doctrina de Aristógenes, de Ptolomeo, de Boecio y de otros músicos célebres, ha de ejercitarse mucho y por largo tiempo en esta parte de la música: puesto que todos estos escribieron sobre la parte principal de la música, que suele llamarse armónica, y sobre lo relativo á la composicion de la armonía instrumental. De lo cual podrá juzgar mucho mas fácil y perfectamente el que se halle ya familiarizado con los instrumentos que solemos emplear. Y porque no parezca que esquivo dar alguna noticia de mis demas estudios diré: que siendo aun

niño vino á mi pais una jóven nacida de familia honesta, que poseia la lengua latina y que deseaba sobremanera aprender el arte de pulsar el órgano con objeto de consagrarse al claustro. Vivia en nuestra misma casa, y asi fué que aprendió la música conmigo al paso que yo aprendí con ella la gramática, que de otro modo acaso nunca hubiera aprendido. Porque ó nunca se le hubiese ocurrido á mi padre, ó el vulgo de los prácticos le habria persuadido que las letras perjudican á la música. Aumentándose mi deseo de aprender con este ensayo de estudio, persuadí á mis padres que me enviasen á Salamanca, donde me dediqué algunos años á la lengua griega y á los estudios de las artes y de la filosofía. Pero obligado á salir de allí por la escasez de medios de mi familia, acudí á la curia régia, y acogido benignamente por el Sr. Arzobispo de Santiago, D. Pedro Sarmiento, el cual fué poco despues recibido en el número de los Cardenales, pasé á Roma en su compañia, mas con la mira de aprender que con la de enriquecerme. Empezando allí á tratar con los eruditos, que siempre han abundado en Roma, advertí con verguenza que ignoraba el arte mismo que profesaba, y que no podia dar razon de lo que practicaba. Por último comprendí lo muy cierto que es en música, no menos que en arquitectura, aquello de Vitruvio, á saber: que los que sin instruccion se han dedicado esclusivamente á la ejecucion mecánica, no han logrado dar autoridad á sus obras; los que, por el contrario, se han dedicado únicamente al raciocinio y á las letras han seguido la sombra en vez de seguir el objeto. Pero los que aprendieron uno y otro, adornados con todas las armas consiguieron mas pronto y con autoridad lo que se habian propuesto. Por lo cual sabiendo yo ya por Aristóteles que las relaciones de los números eran las causas primordiales de las consonancias y de los intérvalos armónicos, y no hallando todas las consonancias ó intérvalos menores constituidos conforme á sus verdaderas relaciones, me empeñé en investigar la verdad al juicio del sentido y de la razon.

«Para lo cual me ayudaron sobremanera, á mas de Boecio, que todos los músicos citan contínuamente, ciertos manuscritos griegos antiguos, todavia no traducidos al latin, de los que allí encontré muchos, pero con particularidad de Claudio Ptolomeo, al que no sé si la astronomía deba mas que la música: tres libros de preceptos armónicos pertenecientes á la Biblioteca vaticana y los comentarios de Porfirio sobre ellos, riquísimos en erudicion dimanada del estudio de los antiguos, que me proporcionó el cardenal Carpense; dos libros de Aristojeno sobre los elementos armónicos; otros dos de Nicomaco, á quien siguió Boecio; uno de Bacheotres de Aristides y otros tres de Briennio, que el cardenal Burgalés se habia hecho copiar en la biblioteca de San Marcos de Venecia. Mas instruido con lo que dijeron de bueno estos autores y mas cauto con lo que dijeron de malo pude llegar al exacto conocimiento de esta ciencia, empleando en este estudio y exámen mas de veinte y tres años. Afligido al fin por varias calamidades, y principalmente por la muerte de los dos cardenales y del virey de Nápoles (que por cierto me amaron mas que me enriquecieron), y de mis tres hermanos perdidos en la guerra, el mayor coronel, el segundo abanderado en el mismo cuerpo, que murió en el sitio de Metz, y el tercero, que enviado por el duque de Alba á conducir un soldado, murió en el camino, contento con lo poco que basta para vivir pobremente, determiné volver á España. Pensaba pasar el resto de mis dias entre mis cuatro paredes y haciendo una vida tranquila en mi pobreza honrosa, cantar tan solo para mí y para las musas:

Nam nec divitibus contingunt gaudia solis,
Net vikit male, qui natus morieusque fepellit.

Pero lo tenia dispuesto de otro modo Dios nuestro Señor, que me sacó de Italia despues de vivir en ella unos veinte años, no enteramente desconocido, me trajo á España, y habiendo aquí varias ciudades en las que hubiera podido profesar el arte de la música con mucha utilidad, me concedió volver á la universidad de Salamanca despues de casi treinta años que habia salido de ella. Esta universidad ofrecia ventajas de consideracion al que sobresaliese en el conocimiento teórico y práctico de la música. Pues Alfonso rey de Castilla, el cinco de este nombre, por antonomasia llamado el sábio, que ó la fundó ó la reformó, entendió que el estudio de la música no era de menos interés que el de las matemáticas en que tanto sobresalió, y que no solamente la práctica sino tambien la teoría era necesaria al que hubiese de ser juzgado con razon digno del nombre de músico. Por cuya razon estableció la cátedra de música entre las principales y mas antiguas, la cual como careciese á la sazon de Doctor que la desempeñara y se buscase persona que pudiese llenar este cargo dignamente enseñando la teoría y la práctica de la música, fuí á Salamanca, con el objeto de oir á los peritos en este estudio hacer sus oposiciones: donde como diese yo alguna muestra de mis conocimientos en música, fuí tenido por apto para desempeñar este cargo y conseguí la dicha cátedra con sueldo casi doble y aprobacion de S. M. el rey. He dicho de mí esto, acaso mas de lo necesario, solo porque no parezca que conseguí un honor tan grande destituido completamente de todo mérito»....

Salinas alcanzó la amistad de Pablo IV, del duque de Alba y de otros personajes de la córte de Roma escitando la admiracion de todos los hombres eminentes de su época y mereciendo honores, distinciones y elogios de los escritores contemporáneos, tanto españoles como estrangeros. Falleció en 1577.

UNA ROMERIA EN LAS MONTAÑAS DE SANTANDER.

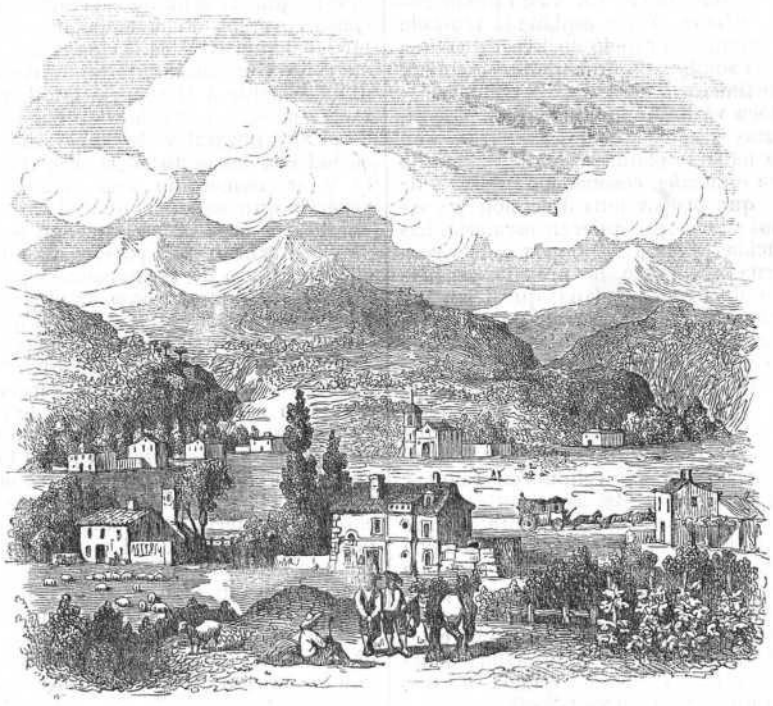
Las fiestas populares son en todas partes las ocasiones mas oportunas para estudiar las costumbres de cada pais, en ellas encuentra el observador reunidos los diversos tipos que caracterizan aquel, puede juzgar de las diversiones é instintos del respectivo territorio y apreciar con exactitud el grado de civilizacion y de cultura del pueblo en que se encuentra; tiene en fin, agrupados y reunidos á su vista todos los materiales necesarios para la pintura de sus habitantes. Nuestro SEMANARIO ha dedicado con frecuencia sus columnas á la descripcion de los usos y trajes provinciales de la nacion, y no es este el menor de los muchos servicios que en su dilatada série ha prestado, pues antes de que nuestra publicacion tomara á su cargo retratar los rasgos característicos de los moradores de la Península, poco ó nada se habia escrito acerca de las costumbres, tan variadas como interesantes, de las diversas provincias de España. Quedan aun algunos vacios que llenar, hasta que consigamos reunir una completa y exacta descripcion de los usos que constituyen las inmensas diferencias y curiosas contraposiciones que ofrecen las costumbres de los habitantes de todos los ángulos de nuestra patria. Esto lo hará el tiempo.

Hoy vamos á bosquejar el animadísimo y pintoresco cuadro que ofrece una romería de aldea en la provincia de Santander; no nos fijaremos en ninguna porque todas presentan la misma fisonomía, fuera de los pormenores de localidad. Una feria, ó el Santo patrono de un pueblecillo, son pretestos suficientes para la celebracion de una de esas infinitas fiestas que tienen lugar en la montaña, especialmente durante el verano, y cuya descripcion vamos á ensayar.

La destemplada y aguda voz de los dos esquilones que á guisa de campanas tiene la torre del lugar, suenan sin cesar desde muy temprano anunciando la solemnidad del dia, todos los chicos se disputan la ocasion de hacer que ni por un minuto dejen de estar en movimiento, con grave perjuicio de los tímpanos delicados. Entre tanto van acudiendo los convidados por los vecinos, los habitantes de los pueblos inmediatos con ropa dominguera, los curas invitados por el Párroco para asistir á la funcion religiosa; comiénzanse en cada casa los preparativos para la comida, mueren víctimas de la conmemoracion del santo patrono los pollos y otros animalejos que disfruta-

ban de tranquila y dulce libertad, despiden las chimeneas espesas bocanadas de humo que se elevan en espiral envolviendo al pueblo en una nube azulada é indicando que aquel dia abandonan las mugeres las labores del campo á que ordinariamente se dedican, para pensar tan solo en aderezar las viandas con que deben obsequiar á los convidados.

Llega la hora de la misa solemne, aumenta si es posible el sonido penetrante de las lenguas de metal de los esquilones, han desaparecido las telarañas de la iglesia que se halla colgada caprichosamente, la vírgen luce los mejores vestidos arreglados por alguna doncella que toma á su cargo esta desesperada ocupacion, y los anillos y cadenas de la sobrina del cura. Llénase la iglesia de bote en bote y celébrase una interminable funcion, en que acompañan á las destempladas y etereogéneas voces de los sacerdotes, un coro ruidoso y chillon compuesto de los niños de la escuela dirigidos por el maestro, el murmullo del rezo de las viejas, los suspiros de las mozas y los requiebros de los jóvenes. El cura mira hácia atrás ó dirige algunas palabras á los alborotadores para que haya mas órden, el alcalde se impacienta, el párroco tartamudea, los devotos se escandalizan y el mayordomo agita el incensario. Dejaremos pasar las horas que dura la misa y el sermon que pronuncia algun esclaustrado, si es que el pueblo ha querido añadir este requisito á la funcion del dia, para colocarnos á



la puerta del templo cuando empieza este á brotar prietas oleadas de chiquillos que se abalanzan á la torre á cuidar de que anden á vuelo las campanas, ó corren por las *callejas* dando destemplados gritos de alegria, de mugeres que se apresuran á hacer los últimos preparativos para la comida, de hombres que se reunen en el juego de bolos para echar algun partido en tanto que finalizan aquellos preparativos y de viejas que dan vuelta en torno de la iglesia rezando el rosario.

El reloj del párroco apunta las doce, concédese á las esquilas la tregua necesaria para que se distinga del repiqueteo bocinglero é incesante, el toque de medio dia; acuden todos á su domicilio, pueblanse las casas, llénanse las mesas, faltan sillas, sobran convidados, colócanse como pueden y comienza el servicio de los manjares que termina ordinariamente con enormes fuentes de arroz con leche.

Los hombres maduros se retiran á dormir la siesta, las mozas á componerse para ir al baile, y los mozos á ver llegar á las gentes de los pueblos inmediatos. Ya se distingue á alguna distancia el propietario acomodado, vestido de negro, con su chaqueta nueva, ó con la levita verde botella que compró en las roperias de la calle de Toledo, cuando el año de veinte hizo un viaje á Madrid; lleva remangadas las bocamangas y las campanas del pantalon, grandes sellos de un peso enorme cuelgan del reloj, que á un polizonte asustadizo se le antojaria segun el tamaño una granada de mano oculta en el bolsillo; un sombrero de ancha ala y enorme copa de campana, vara y media elevada sobre el nivel de la cabeza oculta á duras penas su peluca, y una tienda de campaña, en fin, de algodon color de guinda, plegada á modo de paraguas, ocupa su sobaco izquierdo; este mueble es la señal mas evidente de que el individuo se presenta en traje de ceremonia, pues solo en ocasiones tales como la de que nos ocupamos, alguna solemnidad de familia, el desempeño de las funciones de alcalde, ó la asistencia á el juzgado con motivo de algun litigio, sale aquel aparato de la bolsa que le proteje de las injurias del tiempo (1) y garantiza su trasmision á los hijos y nietos del actual propietario, que lo heredó de su abuelo, quien le compró en Valladolid en un momento de despilfarro y prodigalidad hija de la alegria que le causó la conclusion favorable de un pleito pendiente en aquella Chancilleria, hacia diez años, acerca de la propiedad de un peral que nunca habia dado fruto.

Trás este personaje acuden numerosas comparsas de aldeanas y aldeanos, ataviados con sus mejores trajes, cuya descripcion haremos mas adelante, señoritos de aldea, mayorazgos, estudiantes, unos á pie otros á caballo, estos trayendo del brazo una cadena de muchachas de todas tallas y edades con las cuales los unen vínculos de parentesco, aquellos conduciendo á ancas de su caballo tal cual chica que anhela hacer su presentacion en público para ver si pes-

(1) No es solamente en la provincia de Santander donde existe esta costumbre chocante, en las Vascongadas sucede lo mismo, escepto los dias en que el sol fuerte ó la lluvia pueden perjudicar al paraguas, pues entonces le dejan en casa aunque cojan un tabardillo ó se pongan como una sopa.

ca á algun prójimo bonachon. Aqui se acerca con tardo paso y escoltada por un espolista una señora encaramada en un rocinante que está en la agonía y sepultada en un enorme sillon lleno de tachuelas doradas, allá camina una carreta de bueyes convertida en coche del pais, por la sencilla colocacion de una colcha de llamativos colorines que haga las veces de toldo y de un colchon que neutralize en cuanto sea posible los bruscos encontrones de aquel tosco vehículo con los baches y pedruscos que son de ene en todas las carreteras de España, á pesar del celo de la direccion del ramo, de los ingenieros, inspectores, celadores, camineros y demas individuos que se zampan con gran provecho para sus estómagos, el producto de los portazgos y algo mas.

Las tres de la tarde es la hora en que dá principio la romería, propiamente tal. Un vasto prado cobijado por añosos árboles, ó una esplanada tapizada de verde que interrumpe el rápido declive de alguna montaña, y se halla sombreada de copudos castaños, son los parages destinados á contener la concurrencia, que poco á poco vá llegando atraida por el sonido de las panderetas y el eco de los cantares. Con anticipacion suele hallarse plantada en aquel punto una altísima maya ó cucaña, coronada de flores y de ondulantes cintas, que proporciona diversion y sendas costaladas á los chicos que quieren escalarla. Las aldeanas visten lucidas sayas de estameña ó de vayeta amarilla, encarnada ó verde, no muy largas, justillos de terciopelo, de pana, ó de lana, que dejan lucir el pintorreteado pañuelo que llevan puesto interiormente, las gruesas vueltas de cuentas de coral que adornan su cuello y la blanca manga de la camisa que se prolonga hasta ajustarse en la muñeca como la de los hombres. Otro pañuelo, ingeniosa pero poco graciosamente colocado en la cabeza, permite que cuelgue por detrás el pelo dividido en dos trenzas sujetas á su conclusion por dos relumbronas cintas. De algunos años á esta parte este traje, antes general en el pais, ha sufrido considerables alteraciones y mas aun el de los hombres, que si gastan todavia por lo comun calzon ajustado, botin y chaqueta de paño pardo, chaleco de terciopelo labrado ó de pana con botones de filigrana, camisa de historiada pechera ajustada con dos monedas de plata de á dos reales convertidas en botones gemelos y puntiaguda montera de paño negro y forma cónica, rellena de tres libras de levadura que la tengan constantemente derecha, guarnecida de alas de terciopelo y adornada con gruesas borlas de seda; no dejan tambien de sustituir al calzon corto, el pantalon, á la chaqueta larga que llega hasta la cadera y que acostumbran llevar colgada sobre el hombro, otra cortita y airosa tomada de las que los *jandalos* (1) han traido al pais, y á la montera de cucurucho el sombrero calañés, la cachucha ó el hongo.

Aumenta la concurrencia de aldeanos, organízase el baile, invítase á dos mozas de buenos pulmones á que formen la orquesta, pónense en sus manos dos panderos de enormes dimensiones, á cuyo compás entonan á intérvalos con estentórea y no mal concertada voz, canciones compuestas de dos solos compases, los mozos se colocan frente á sus parejas en actitud coreográfica, formando cada sexo una fila y comienza el baile, dando algunos pasos hácia adelante y el mismo número hácia atrás y volviendo á repetir sucesivamente por largo tiempo esta maniobra, con la única variedad de dar algunos brincos al cambiar de costado y girar en torno de la pareja dándola siempre el frente, moviendo los brazos, caidos unas veces con desden, estendidos otras hácia adelante en ademan de abrazar ó agitándolos á un lado y otro con inquietud.

Mientras tanto los vendedores de rosquillas, nueces, avellanas, fruta, dulces y refrescos rodean la multitud, los jugadores de bolos forman partidos en que se atraviesan gran número de arrobas de vino, limonada ó sangria con su correspondiente merienda. Los mancebos y las señoritas de las aldeas se colocan próximos al baile de los aldeanos; algun ciego aparece por allí rascando horrorosamente un violin; los jóvenes se reunen y ajustan al músico, que arrimado á un corpulento nogal hace resonar en su instrumento algunas notas parecidas á ciertos aires de óperas antiguas, que pretenden servir de rigodones y valses, pero que lejos de formar armonía, no son mas que dolorosos quejidos que lanzan al verse convertidas inhumanamente, en víctimas lastimosas de las torpes manos de aquel antropófago filarmónico.

Constituida la orquesta, los jóvenes se lanzan á invitar á las señoritas y no tardan en formarse numerosas parejas que ofrecen mas de un motivo de diversion al curioso observador. Allí es el ver al caballerete que la echa de calavera agotando los escasísimos recursos de su embotado cacumen, para imitar las maneras y las acciones del papel que quiere en vano representar, (este individuo pertenece indudablemente á la especie que Larra calificó de calavera mosca) á la señorita de aldea que confundiendo el aire natural y desembarazado de la buena sociedad con los gestos afectados, anda como por resorte y se mueve de una manera ridícula, al mayorazgo que se encuentra atado y quisiera no tener brazos para no cansarse en discurrir que hacer de ellos; cruzanse las parejas, pasan y repasan, estréchase el corro de los mirones, apiñanse los bailarines, péganse encontrones de muerte, pero no lo advierten, tal es el entusiasmo de que estan poseidos. Los aldeanos entre tanto han llegado ya á la segunda y última parte de su danza que se distingue de la primera en las percusiones mas frecuentes de los panderos, en el aire mas animado de la cancion y en el movimiento de las parejas, que apenas fijan los pies en el suelo, y que ponen en juego toda su fuerza muscular para que al tocar en él como punto de apoyo voten hácia arriba como impulsados por una fuerza elástica. Es ciertamente curioso ver gran número de personas moviéndose del mismo modo que esos muñecos que tienen al pié una espiral de alambre que los hace crecer ó menguar á voluntad del chiquillo que los oprime con su dedo, ¿mas á qué perder tiempo hablando de un baile que todos pueden observar los dias de fiesta en la *Virgen del Puerto*, salon que cobija á los danzantes de todas las provincias que quieren recordar los bailes de su pais? ¿Dónde es donde no hay montañeses? habiéndolos ¿en qué punto no se reunen y hermanan? Y ¿estando unidos cómo podrian resistir á la tentacion de bailar?

La romería se halla en toda su brillantez, en todo su esplendor. Nada falta ya al cuadro para su complemento y animacion. En una eminencia se distinguen al párroco y curas de los pueblos inmediatos que han asistido á la funcion, sumidos en enormisimos levitones negros, que no dejan analizar al observador las demas partes de su traje, sino es el alzacuello que pugna por asomar la cabeza por la parte superior de aquel saco. Asi como se nota perfecta uniformidad en esta prenda constitutiva y principalísima del traje, reina la mayor anarquía en cuanto á sombreros, pues unos son de teja, otros redondos y no falta quien le lleve apuntado. Mas abajo se distingue el pintoresco grupo de aldeanas, sentadas en anfiteatro, que con los vistosos colorines de sus trajes, dan al cuadro cierta tinta de alegria y de fiesta. En otro lado, tambien en grupos, se hallan colocadas las mamás que llevan á sus hijas á aquella esposicion pública, con el objeto de darlas pronta salida, rematándolas en el mejor postor. Entre este grupo hay sin embargo una línea divisoria bastante marcada, que á fuer de narradores verídicos no podemos dejar de indicar. Consiste en la que separa á las familias bien acomodadas de las aldeas de las familias de la ciudad que casualmente se encuentran allí, bien por hallarse de verano en alguna quinta inmediata, bien por estar tomando baños en alguno de los distintos establecimientos de aguas minerales que hay en la provincia. Existe entre estas dos clases un rencor instintivo é inveterado, efecto natural de las debilidades

(1) Llaman así á los hijos del pais que vuelven á él á hacer ostentacion de la fortuna que se han formado, despachando cañas de manzanilla en los ventorrillos de Andalucía.

mundanas, que es la sal y pimienta de estas reuniones. El orgullo y el amor propio son de las flaquezas mas culminantes en el hombre, como dijo no sé quien en no sé que parte. Tal vez no lo haya dicho nadie, no por eso dejará de ser una verdad como un templo, de aquí nuestra propension á exajerar las cualidades buenas que tenemos, nuestra posicion, nuestra fortuna, cuanto nos pertenece; de aquí por lo mismo nuestra envidia, nuestra ofensa cuando conocemos tales exageraciones, nuestro despecho cuando no podemos ponernos en parangon con otros que nos miran con desden. Estas cualidades inherentes á nuestra mezquina constitucion, se presentan en relieve á los ojos del observador, lo mismo en los dorados salones de los palacios que en las miserables casas de las aldeas. Pero volvamos al baile que se halla sostenido solo por los que le plantearon, pues las personas que por vivir en ciudades se consideran colocadas en otra esfera, tienen á menos mezclarse en tales diversiones y prefieren reunirse para criticar cuanto ven y oyen, primero los trajes, luego la descompostura de los que valsan ó polkan, despues, en fin, las palabras que cojen al vuelo. El bando contrario por su parte procura sostener con dignidad y aplomo el menudo fuego de pullas y chanzonetas que le dirigen y el exámen que está sufriendo; esfuérzase en componerse, duplícanse los estirones, aumentan los gestos y las maneras afectadas y crece á proporcion la ridículez, con gran placer de los espectadores que hacen como que contienen las carcajadas, á las cuales solo pueden oponer los contrarios algunos axiomas que no tienen ni aun el mérito de la novedad, y que se hallan reducidos á calificar de fátuos, orgullosos, intratables etc. etc. á los que de ellos se burlan, es decir á los que acostumbran á llamar *ciudadanos*. En tanto siguen los galanteos y las intrigas amorosas, el Dios ciego tiene mucho que hacer, con disparar saetas acá y allá lo mismo en el baile aristocrático que en el popular, y á veces con tan buena puntería que hiere mas de un corazon.

El sol cansado de alumbrar la reunion, abandona aquellos parajes, lo cual juntamente con las nieblas que descienden de las montañas, vá privando á la concurrencia de la necesaria claridad. Las gentes se retiran, unas á sus pueblos, serpenteando por entre los grupos, los caballos, los carros y los borrachos que llenan los caminos, otros á alguna casa (que nunca suele faltar) donde sigue hasta ahora muy avanzada de la noche, el turno sucesivo de rigodones y valses.

La posicion de las personas no hace mas que variar de nombre y de escala los vicios y las debilidades, pero la esencia es siempre igual. No es pues estraño que las mismas diferencias que hemos hecho notar en el baile aristocrático, se adviertan tambien en el de aldeanos. La labradora rica que lleva un traje esmerado, la ex-ama de cria que se planta los vestidos relumbrones con que acompañaba en Madrid á su señora cuando iban á paseo en carretela, la hermana del indiano, que recibe periódicamente letras de la Habana que se convierten en dinero, con el cual puede echarse á cuestas los mejores pañuelos que venden las pasiegas, las telas mas *pintas* para vestidos, los pendientes mas grandes que se presentan en los mercados de Reinosa ó Torrelavega, no puede ni debe ser confundida con la hija de una numerosa familia, pobre de recursos, por mas ventajas que ella tenga sobre la otra en punto á su físico, ni con la modesta recien casada cuya saya sea de coton. Si la educacion, los hábitos y las costumbres son iguales, el vestido no lo es. ¡Y es tanto lo que hace variar el vestido!

Eso sucede con efecto, las preferidas son siempre las que segun esta regla deben serlo, y los mozos se disputan el honor de bailar con ellas, para lo cual segun las reglas de aquella danza no tienen sino colocarse delante del que está bailando, que es preciso ceda su pareja aunque sea contra su voluntad. No obstante estos cambios suelen producir mas de una disputa, en la cual acostumbran á tomar parte los demas bailarines; un suceso de esta clase ó el mas ligero pretesto que den para merecer castigo los mozos que no son del pueblo, sirve de señal para que el baile acabe con una lluvia de palos en batalla campal, que la noche encubre prudentemente con su manto.

Esta es muchas veces la conclusion de las romerías, pero sus consecuencias son vastísimas. Un chaparron que cae sobre la ex-ama de cria concluye con su vestido y la demuestra lo efímero y pasajero de las vanidades de este mundo, una docena de palos recuerdan al dia siguiente á alguna muger que la anterior hubo romería y que su marido pasó la noche en la taberna, una etiqueta insignificante corta las antiguas relaciones que mediaban entre una familia de aldea y otra de la ciudad, el semblante pálido y ojeroso de mas de una muchacha manifiesta que ha pasado la noche á la ventana oyendo los bulliciosos cantares que entonan los mozos, los cuales reunidos en cuadrilla recorren las calles hasta que los primeros rayos de la aurora vienen á interrumpir las canciones y los coloquios que median de la calle á las ventanas, y mas de una boda, en fin, consecuencia de aquella fiesta popular, confirma cada vez mas á las mozas en el convencimiento íntimo que tienen de la utilidad de las romerías.



AL PRIMER TAPON ZURRAPAS.

Empeñado mi amigo D. Lesmes en que sea su cronista: ni yo me querello de que no me dé soldada: me dispensa su afecto sexagenario, posee una esposa linda como unas flores, y nunca viene mejor aquello de adorar el santo por la peana; mas es el caso que raya su mania en el estremo de pararse en niñerias y de revestir sus asuntos domésticos de importancia que atañe á todos sus compatriotas, cual si se tratara de unos protocolos del diplomático de Austria ó de una encíclica del sumo pontífice. Hace lo menos un mes que se ha constituido en sombra mia, y jura no darme sosiego, mientras no vea la luz pública el suceso que resulta de los primeros apuntes de su cartera. He agotado toda clase de recursos para no doblarme á sus pretensiones; pero ha llegado á amenazarme con no abrirme las puertas de su casa si dentro de breve plazo no vé en letras de molde el mencionado suceso, con lo cual se ejerce en su sentir un acto eminente de filantropía, y por último, hemos

convenido en que yo satisfaria su gusto á trueque de que me permitiera describir su persona y hacer un breve resúmen de su historia por via de prólogo.

Es el tal D. Lesmes natural de Lebrija, donde ha vivido muchos años, proporcionándole trato decoroso lo que le redituan cuatro terrones y algun cortijo de su pertenencia. Desde su juventud se mostró inclinado á la vid sedentaria, y asi es que ya habia hendido su rostro con sendas arrugas la mano del tiempo, cuando se determinó, despues de grandes preparativos, á trasladarse á Sevilla para asistir á la procesion del santo entierro. Apegado en demasía á los antiguos usos, se jacta de haber sido el postrero que se cortó en su pueblo la coleta: tambien anduvo rehacio en despojarse del calzon corto: con las trabillas es probable que jamás se avenga. Toda la clase de sus estudios y de su ciencia consiste en creer á puño cerrado que el rey es imágen de Dios en la tierra. A resultas de esplanar semejante doctrina en calles y plazas, comenzó á sufrir persecuciones de tomo y lomo, es decir, de esas que se anuncian á garrotazos: aunque bastante devoto, no lo es mi amigo de san Benito de Palermo; circunstancia que le obligó á abandonar los patrios lares, donde no se hallaba ya muy á su gusto desde que resonaron en sus oidos por segunda vez almireces, esquilas y cobertoras, halagándole con desacorde serenata. D. Lesmes se encuentra casado en terceras nupcias. Seis años ha vivido en Ubeda, y no sé si se ha andado por sus cerros, porque no tengo noticia de que le haya sucedido allí cosa notable. Tres meses hace que le tenemos en la córte, y si no doy á mis lectores las señas de la casa en que vive, es por no poner á mi D. Lesmes en berlina tan descubierta.

Como le acompañaron en el viaje su linda consorte y tres vástagos, uno del primero y dos del segundo matrimonio, hubo de pensar desde luego en poner casa, y á fé que ha sacado de mi amistad mediano escote, embargándome de contínuo para recorrer prenderías y almonedas y adquirir los precisos muebles. Trajo tambien á su servicio una moza andaluza, mas como no la probasen los vientos de las vecinas sierras, tuvo que volverse á mas andar á su pais melancólica, hipocóndrica y con ataques nerviosos; medida reprobada, segun barruntos por el aguador que surtia la casa con el refrigerante líquido de la Cibeles, y que echaba allá sus cuentas con respecto al porvenir de la doncella lebrijana, no desperdiciando ocasion de ponderarla, como no habia en toda la redondez del globo pueblo mas saludable que Monforte de Lemus. Aqui entramos de hoz y de coz en la singular aventura de D. Lesmes.

Una criada que yo le proporcioné en sábado la envió á misa el primer domingo de año, y aun no ha vuelto. Con tan infausto motivo se encajonó en el biombo de un escribiente memorialista, y la conversacion que allí tuvo lugar segun los apuntes de Don Lesmes, es la que sigue al pie de la letra.

—Vengo á ver si me proporciona V. una criada.

—Le serviré á V. á medida de su deseo, no la querrá V. jóven.

—Diré á V., yo si la quisiera, pero mi cara mitad opina de distinto modo. (El memorialista fijos sus ojos en la calva y en las tabacosas narices de Don Lesmes.)

—La que yo le propongo á V. frisa ya en medio siglo.

—¡Quién pudiera decir otro tanto! ¡Hace tiempo que yo lo rebasé! ¿Y entiende bien el manejo de una casa?

—De eso no hay que hablar, la ha tenido propia y aunque mandaba criados, suya era la direccion: es viuda de un cesante, y esto basta para esplicarle á V. por qué trámites ha venido á menos.

—¿Es fiel?

—Bien puede V. confiarla oro molido, tres años ha sido aya de los hijos de un comerciante, en cuya casa entraba y salia á espuertas el dinero, y Dios ha querido librarla de malas tentaciones; como ella dice podrán mirarla á la cara pero no á las manos.

—¿Y á cuantas estamos de aseo?

Con decirle á V. que es valenciana, todo lo demas sobra.

—¿Y que tal guisa?

—Fué cocinera de un canónigo, y eso cuando una canongía no era moco de pavo.

—Si no me equivoco le he oido á V. que esa muger ha venido á menos por las circunstancias, y ahora salimos con que anduvo ya por las cocinas de los canónigos en sus tiempos patriarcales.

—No me ha comprendido V. bien ó yo no me habré esplicado. Como el canónigo era tio suyo solia condimentarle sas platos predilectos, y se reducian sus guisos á perdices estofadas, á esquisitas lonjas de ternera, ó á alguna sustanciosa gallina en pepitoria.

—¡Famoso paladar el del canónigo! Con esa recomendacion tenia bastante para ser mi íntimo amigo, porque el estómago falto de esos manjares macizos es una campana sin buzo, un buque en lastre ¿Y goza salud esa criada?

—No sabe lo que es una jaqueca.

—Eso bien; porque no quiero achaques á mi lado, ya que su Divina Majestad ha preservado hasta ahora mis piernas de gota y de asma mi pecho. Tome V. ese par de pesetas para echar las once, ahí quedan las señas de mi casa, y mándeme V. esa muger de cuatro á cinco.

No hay quien ignore lo que pasa cuando vá una criada á vistas. No la desagradó su facha á Carmencita, esposa de D. Lesmes. Sentáronse todas las condiciones del contrato, y Sempronia la valenciana se quedó desde luego en la casa. Decir que durmió allí aquella noche fuera incompleto, pues tambien lo hizo mucha parte de la siguiente mañana. Ya eran las diez cuando se levantó D. Lesmes y guiado por los descomunales ronquidos de Sempronia llegó á su cuarto, y como la llamase dispertó azorada; preguntando ¿es ya de dia? Segun lo que entienda V. por noche. Esto lo dijo mi amigo abriendo de par en par la ventana con lo que se llenó de luz el aposento.

—Hace mas de tres horas quise levantarme, repuso Sempronia, y no me atreví por no meter ruido y desvelar á los señores; pero descuide V., soy hacendosa aunque me esté mal decirlo, y en un periquete haré chocolate, almuerzo, comida y cena. Y á este tiempo se echó fuera de la cama sin que en esto haya escándalo porque salió de entre las sábanas hasta con delantal.

—¡Válgame Cristo! esclamó D. Lesmes. Con que se ha acostado V. vestida?

—Como una no sabe si el cuarto es frio, y como me hace la humedad mucho daño....

—¿Esas tenemos? Pues el memorialista me ha dicho que era V. muy robusta.

Asi es, pero no perjudica lo que abunda, y la ropa en invierno es tan apreciable como el agua en verano.

—Vaya, déjese V. de retóricas y vea si nos han dejado en la plaza algo que comer los criados que cumplen con sus obligaciones.

Entre unas y otras ya comian su puchero los albañiles de una obra que hay en frente de la casa de mi amigo, cuando salió Sempronia pidiéndoles fósforos, ó yesca para encender lumbre.... Al servir el chocolate rompió dos jicaras. Varias veces sonó la campanilla de la puerta en el curso de la mañana, y como no hiciese caso Sempronia hubieron de deducir sus amos que era sorda ó no queria oir, circunstancia mil veces peor segun el adagio.

Comentaba la familia á su modo las faltas en que incurria á cada minuto la nueva sirvienta, y al fin se convino en que si guisaba bien se quedaria de cocinera, admitiendo no estar para los demas servicios, con esclusion de la costura y el planchado.

Todos aguardaban anhelantes la hora de comer y no tanto para satisfacer su curiosidad como su apetito; asi es que no bien avisó Sempronia hallarse lista la mesa, ya se veia en torno á la familia, y á su gefe, dispuesto á servir la sopa, cucharon en mano. Apenas lo habia sumergido en la caldosa pasta le pareció tocar algun cuerpo estraño, y esforzándose en dar con él, obtuvo por último la apetecida pesca. ¡Oh asombro de los asombros! Frunciendo D. Lesmes las

cejas y sin atreverse á dar crédito á sus ojos, asió con dos dedos un asqueroso peine falto de algunas puas, á cuyo espectáculo mamá y los niños dieron inequívocas muestras de su disgusto, significando su repugnancia con mohino semblante y ágrio gesto. Aturdida Sempronia, protestó una y mil veces de su limpieza, imploró el testimonio del memorialista, y hasta llegó á insinuar no era cosa del otro mundo que se ocultara á la vista mas de lince un peine tras un tideo.

Al oir semejante desatino montó en cólera D. Lesmes, y á no mediar su esposa quizá se hubiera formalizado un lance. Viendo Sempronia que habia quien por ella interceciese, juró no ser la autora de aquel atentado ofreciendo pruebas.

—¿Y qué pruebas destruirán lo que está á la vista? preguntaba D. Lesmes, desgañitándose.

—Creáme V. señor, decia Sempronia compungida, ese peine no es mio.

—¿La parece á V. por ventura que en mi casa hay escarpidores de esta calaña?

—¿Y cree V. de buena fé, repuso la dueña, que estoy yo en el caso de gastar peines? Y diciendo y haciendo se quitó con presteza el pañuelo que llevaba en la cabeza, para enseñar una espaciosa calva, interrumpida apenas en todo su cráneo por tres cabellos blancos.

Semejante ocurrencia produjo diversas sensaciones en los circunstantes: la mamá soltó una estrepitosa carcajada, la niña mayor dió un grito, la menorcita echó á correr; el muchacho quiso hacer alarde de su agudeza preguntando á Sempronia si al santiguarse comenzaba por el cogote, y D. Lesmes interrumpió este chiste amenazando á la atribulada Maritornes con un terrible escarmiento.

Al dia siguiente del suceso se lo refirió D. Lesmes al memorialista: este se escusó manifestándole que el mejor escribano echa un borron en el mas importante documento, y que aquello habria sido una casualidad. Mi amigo llama las cosas por sus verdaderos nombres, y siempre que se habla de sirvientas se acuerda de Sempronia y repite con aplomo lo que dijo al despedirse del memorialista: «*Al primer tapon zurrapas.*»

F. R.

EL CABALLO DE SIETE COLORES.

II.

Pocos dias contaba el viajero en su nuevo ejercicio, y ya se distinguia por el esmero con que cultivaba las flores y formaba los encañados del jardin. Gustoso estaba el jardinero de haber adquirido un ayudante tan primoroso y servicial, y las princesas celebraban los preciosos ramos de flores que diariamente recibian de mano del pobre mancebo, á quien llamaban el *tiñoso*, aludiendo al gorro encarnado que no abandonaba jamás.

Alfredo pudo contemplar repetidas veces la belleza de las tres hijas del monarca; la mayor de las cuales se llamaba Sara; Rosa, la segunda, y la tercera Margarita.

Las tres hermanas poseian una hermosura sorprendente, que no exageraba la fama; pero las tres se distinguian por sus caracteres distintos: altivo el de Sara; glacial y apático el de Rosa; dulcísimo y apasionado el de la tierna Margarita. Alfredo comprendió al momento las singulares diferencias que estos tres caracteres presentaban; y sintiendo respeto por Sara y por Rosa suma indiferencia, se enamoró perdidamente de la graciosa Margarita; manifestándola su pasion, en el lenguaje de las flores, por medio de fragantes ramos.

Transcurrieron algunos meses, y el rey anunció un gran torneo; en el cual debian disputar los mas ilustres caballeros las manos de sus tres bellas hijas. Como era natural, acudieron varios príncipes y magnates; pero debemos retroceder un tanto, para que mejor se comprenda lo restante de nuestra historia.

Cansado Alfredo de ejercer el oficio de jardinero, y avergonzado de presentarse á los ojos de las princesas en humilde traje y con el casquete encarnado que le daba el repugnante aspecto de tiñoso; luego que acababa sus faenas, se encerraba cuidadosamente en un pabellon de madera, que le servia de alojamiento; se ponia el gorro por el lado azul y transformándose en un caballero arrogante, hermoso y ricamente ataviado, reflexionaba, lleno de orgullo, que tan apuesto personaje bien podia aspirar á la mano de la encantadora Margarita, de quien estaba perdidamente enamarado, y se entregaba á los mas quiméricos ensueños. La jóven princesa habia notado las amorosas atenciones que la tributaba *El tiñoso*, y habia llegado á persuadirse de que bajo aquella capa grosera se ocultaba un sér misterioso, dotado de alguna cualidad brillante. Escitando su curiosidad, comenzó á observar con atencion todas las acciones del jardinero; y como las ventanas de su cuarto caian frente al pabello del tiñoso, vió primero destacarse la sombra de un hombre apuesto y arrogante, que ceñia espada y vestia con la mayor riqueza: despues, vió cruzar al apuesto jóven, y la riqueza de su traje le hizo creer que se las habia con un príncipe: y finalmente, vió pasear al príncipe entre las calles del jardin inmediato al pabellon, entrando en él, luego que acababa su paseo. Tan rara aparicion exaltó la imaginacion de Margarita, y queriendo adquirir por sí misma nuevas noticias, relativas al misterioso personage, se pasó unanoche en vela; vió al caballero pasear bajo sus ventanas; lo vió encerrarse en el pabellon, y por la madrugada, luego que se alejó *El tiñoso* para entregarse á sus tareas, corrió la princesa al pabellon; entró en él, lo examinó cuidadosamente; pero no encontró al apuesto príncipe ni nada que diera un leve indicio de su prodigiosa riqueza.

Llegó el primer dia del torneo. A las diez en punto se presentó el rey, en el gran balcon del real palacio, acompañado de sus tres hijas y de los mas nobles de su corte. A una señal del soberano, se presentaron en la liza dos gallardos mantenedores; llamado, el uno, el duque Alberto; y el otro el príncipe Cecilio. Montaban sendos caballos berberiscos; vestian templadas armaduras; embrazaban escudos cincelados, con cifras y motes galantes, y blandian poderosas lanzas. Estos dos ilustres caballeros se inclinaron ante el monarca; despues saludó el príncipe rendidamente á Sara, declarándola su dama y señora; el duque se inclinó ante Rosa, y ambos retaron fieramente á los caballeros que deseaban medir sus armas en aquel célebre torneo. A la fiera provocacion respondieron los mas animosos, y en breve se travó el combate; lidiando con tan buena fortuna los mantenedores, que cuantos osaron resistirlos cayeron, entre los ruidosos aplausos de la entusiasmada muchedumbre. Iban á declarar los jueces del campo vencedores cuando se presentó en la arma un aventurero, cubierto de brillantes armas, con la visera sobre el rostro, y que oprimia los lomos de un soberbio caballo blanco. Se adelantó resueltamente hácia el balcon del real palacio, se inclinó ante el rey, saludó á la princesa Margarita y dirigiéndose á los mantenedores los retó á singular combate. El duque Alberto fué el primero que se presentó en el palenque; pero con tan mala fortuna, que al primer rudo bote de la lanza de su misterioso competidor, medió la arma, con grave sentimiento de Rosa y de cuantos estaban prendados de sus anteriores proezas. A vengarlo, salió al momento el príncipe, su compañero; pero su igual en suerte y valor, como lo habia sido hasta entonces, cayó casi en la misma arena, que acababa de medir el duque. El aventurero retó de nuevo á los caballeros presentes, y como no hubiera ninguno dispuesto á disputarle el premio, lo declararon vencedor: entregándole una sortija de brillantes, de gran precio y forma de corona ducal. El aventurero se inclinó de nuevo ante el rey, saludó á la princesa Margarita, y se alejó sin descubrirse.

El rey, las princesas, las damas y los caballeros de la córte se preguntaban mútuamente quien habria sido aquel esforzado paladin; y aunque todos ardian en deseos de saberlo, ninguno conseguia adquirir ni la mas dudosa noticia. Sin embargo, una circunstancia rarísima vino á poner mas confusion en el espíritu de la princesa Margarita; y fué, que la mañana siguiente

al torneo, la presentó *El tiñoso* un ramo de pasionarias, cuyos tallos estaban sujetos á la sortija de brillantes, que habian entregado al vencedor. Quiso averiguar Margarita quien habia conquistado el presente y *El tiñoso* se contentó con responder á sus preguntas: «*Quizás sí, quizás no, quizás seria yo.*»

Al tercero dia del torneo se reunió de nuevo en la plaza la misma alegre muchedumbre, para manifestar destreza y gala, corriendo sortijas. El duque y el príncipe se presentaron, sobre poderosos corceles perlas, vestidos de oro y pedrería, y momentos despues el aventurero, sobre el mismo caballo blanco, vestido con suma riqueza y cubierto el rostro con una negra mascarilla. El aventurero y el duque salieron á correr sortijas y con gran sorpresa de la córte, el primero se llevó tres sin ganar ninguna el segundo. Se presentó el príncipe, reputado por el mas diestro corredor de sortija de aquella comarca; y con nueva sorpresa de todos sufrió la suerte que habia esperimentado el duque. El aventurero se inclinó ante el rey y la princesa Margarita, y se alejó á escape; causando tanta sensacion su doble triunfo, que empezaron todos á mirarlo como un ser sobrenatural; y el rey se propuso detenerlo, si se presentaba al dia siguiente á correr cañas. *El tiñoso* presentó á la princesa Margarita el ramo de costumbre, sujetos los tallos de las flores con las seis cintas, de las cuales pendian las seis sortijas, que habia ganado el aventurero. Volvió á preguntarle la princesa quien era el diestro y gallardo paladin: y *El tiñoso* respondió, como lo habia hecho dias antes: «*Quizás sí, quizás no, quizás seria yo.*» Esta respuesta traia siempre á la memoria de Margarita las escenas que habia presenciado en el pabellon del jardin; y sospechaba mas cada dia que la existencia del *tiñoso* encerraba mas de un misterio.

Llegada la hora de correr cañas, se presentaron en el circo el duque Alberto y el príncipe Cecilio, al frente de dos cuadrillas, lujosamente ataviadas y compuestas de doce caballeros cada una. Los del príncipe vestian púrpura y oro, y montaban caballos negros: los del duque vestian azul y plata, y montaban caballos blancos. Un momento despues de haber entrado las cuadrillas del príncipe y el duque se presentaron doce jóvenes vestidos de blanco, sobre caballos de siete colores, acaudillados por un mancebo, que apenas frisaba en los diez y ocho años, y á quien todos reconocieron por el formidable paladin y diestro corredor de sortija de las dos fiestas anteriores. Muchas circunstancias se reunieron para que la aparicion de esta cuadrilla llamara la atencion de todos. En primer lugar, la rara piel de sus caballos; en segundo, la juventud, gala y belleza de los ginetes; y en tercero, la estrañeza que debia causar á todo el mundo no conocer á ninguno de los trece jóvenes que formaban la apuesta cuadrilla. Pasados algunos minutos, dió el rey la señal, y empezaron á evolucionar las cuadrillas, distinguiéndose la de los mancebos, por la rapidez de sus movimientos, por la destreza con que arrojaban sus bohordos y paraban los de sus contrarios; sin que uno solo los tocara. Convencidos todos los jueces de que la cuadrilla de los jóvenes se habia distinguido entre todas, ciñeron á su bizarro gefe una rica banda bordada, y el aventurero, despues de haber saludado al rey y á la princesa Margarita, se disponia para alejarse, cuando lo detuvo un heraldo; preguntándole á nombre del rey, sus dictados y procedencia. El aventurero se detuvo, y dijo al heraldo que no le era posible responderle; pero que podia preguntar á su caballo, el cual no vacilaria en contestarle. El heraldo lanzó una estrepitosa carcajada y creyendo poner en grave apuro al caballo y al caballero, repitió al primero la pregunta que habia hecho al segundo. El caballo relinchó fuertemente, como si tratara de llamar asi la atencion, y dijo despues con una voz que resonó en todo el ámbito de la plaza: DI AL REY TU AMO, QUE ESTE PRÍNCIPE VIENE DE LUENGAS TIERRAS, Á SER EL HEREDERO DE SU REINO. El heraldo, el rey y cuantos se hallaban presentes se estremecieron, oyendo la voz del caballo, y el jóven y sus compañeros se alejaron con la rapidez del relámpago. A la mañana del dia siguiente recibió la hermosa princesa Margarita su ramo de flores sujeto con la banda que habian ceñido al caballero; y cuando repitió al *tiñoso* la pregunta, que le habia hecho los dias anteriores, la respondió, como de costumbre: «*Quizás sí, quizás no, quizás seria yo.*»

Pasadas las fiestas y torneos, entregó el monarca tres magníficas rosas de oro, primorosamente esmaltadas, á sus tres hijas; dejándolas en libertad de entregarlas, cada una la suya, á los que eligieran por esposos. Rosa y Sara no vacilaron un momento en entregarlas al duque Alberto y príncipe Cecilio; pero la tierna Margarita se perdia entre mil dudas y temores. Ella amaba rendidamente al jóven paladin, que la habia declarado su dama en las fiestas ¿pero en dónde podria encontrarlo? ¿*El tiñoso* y el brioso príncipe serian una misma persona? Razones habia para creerlo. El misterioso personaje que durante las sombras de la noche, salia del pabellon del *tiñoso* y se paseaba bajo las ventanas de Margarita ¿no podria ser el jardinero transformado en príncipe por el mismo poder oculto que habia dado habla al caballo del aventurero? ¿Las sortijas, cintas y banda, presentadas por *El tiñoso* á la princesa, no decian mucho en favor de esta conjetura? ¿Y á todo esto no podia añadirse la eterna respuesta del jardinero: «*Quizás sí, quizás no, quizás seria yo?*» De conjetura en conjetura llegó á hacer otra la princesa, que le pareció la mas probable. Segun ella, *El tiñoso* debia ser un criado del príncipe, que se habia introducido en palacio para protejer sus amores. Esta suposicion colmaba todos los deseos de Margarita, y se fijó en ella con placer. Transcurrieron algunos dias; Sara y Rosa habian elegido sus esposos, y el monarca preguntó á Margarita si tenia hecha su eleccion. Vista la negativa de su hija la instó para que la apresurara, porque la triple boda debia realizarse en la noche del octavo dia; Margarita ofreció cumplir el mandato, y se entregó de nuevo á sus inquietudes y dudas.

Transcurrieron los ocho dias: toda la corte se ocupaba de los personajes que debian unirse á las princesas Sara y Rosa, pero nadie sabia una palabra de la eleccion de Margarita. Este misterio llamaba la atencion de todos; pero no debian estrañarlo, porque el rey habia prometido á sus hijas darlas por esposos á los que presentaran las rosas sin oposicion ni preguntas. Cuanto mas se acercaba el término, mas confusa estaba Margarita, y por último tomó el partido de entregar su rosa al *tiñoso*, esperando que la entregaria al príncipe, si efectivamente él no lo era. *El tiñoso* recibió la rosa con la mayor indiferencia, y se retiró sin pronunciar una palabra.

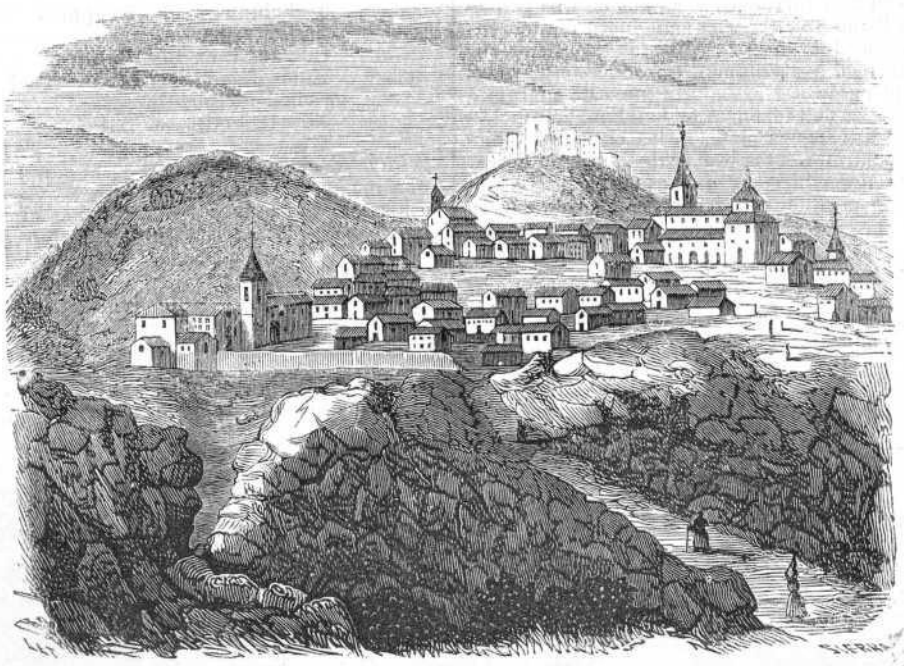
Llegó el momento de las bodas. Todos los grandes de la córte se reunieron en los salones de palacio: llegaron el príncipe y el duque, presentaron sus rosas que colocaron inmediatos á las princesas: solo faltaba el amante de Margarita para principiar la ceremonia. Transcurrieron algunos minutos; el rey preguntaba á su hija, con una mirada el motivo de aquella tardanza, y Margarita bajaba los ojos, no sabiendo que responder ni lo que podia sucederla. De improviso cundió un murmullo de estrañeza, que la presencia del soberano no bastaba á contener: este murmullo lo causaba *El tiñoso* que en su tosco traje de jardinero se adelantaba resueltamente hácia el trono. Luego que llegó á él, dobló una rodilla ante el monarca y presentó la rosa, que le habia entregado Margarita.

Grande fué el asombro del rey: grande fué el de la córte toda: grande tambien el de la princesa Margarita; que hubiera acabado por desmayarse si *El tiñoso* no hubiera murmurado algunas palabras á su oido, que la dieron valor para pedir comenzara la ceremonia. El rey tenia empeñada su real palabra y no vaciló un solo instante. Las bodas se verificaron. pero en vez de pasar despues Margarita á las suntuosas habitaciones que preparadas la tenian, fué á habitar, por mandato del rey, el rústico pabellon de madera, que ocupaba *El tiñoso* en lo mas oculto del jardin.

JUAN DE ARIZA.

Solucion del Geroglífico. Gato escaldado del agua fria huye.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



TERA.

Entre las poblaciones mas antiguas de España, y entre las en que han sucedido hechos dignos de memoria, no deja de merecer un lugar distinguido la villa de Tera en Andalucía, situada entre Antequera, Osuna y Ronda á cinco leguas de cada una de ellas: su historia, pues, no puede dejar de ser leida con interés por los aficionados á antiguedades, y por los amantes de las glorias de nuestra nacion.

La Tera de hoy, con sus mil vecinos, nada tiene de notable sino su castillo arruinado, su iglesia nueva de tres naves sobre columnas de jaspe, y sus canteras de piedras de molino.

La Tera antigua era ya notable en los tiempos de Julio César y de Pompeyo.

Manuel de Sousa y Frias, de nacion portugués, en su tratado Epítome de las historias portuguesas, en la parte 1.ª cap. 11 desde el año 41 al 43 antes del nacimiento de J. C. dice, que Tera existia antes de aquella época.

Rodrigo Caro. Lib. 3.º Antig. Hisp. Cap. 65 dice asi, Ateba, hodie Tera, Oppidum est perantignum Beticae, á Grecis constructum, ut ex ejus nomine facile deducitur, et probat. Ubi vetusta monumenta, quae in eo reperiuntur refert et illustrat. Spectabat ad Conventum Astigitanum.

Sin entrar, por falta de datos suficientes, en la cuestion de si Claritas Julia, Atubi, es Espejo, parece no quedar duda alguna, de que la Atigua de Plinio en su historia naturalis cap. 1.º es la que corrompido su nombre, se llamó Ategua y por último Tera. Le fué puesto el nombre de Julia, no solo por haberla conquistado Julio César de los Pompeyanos, sino porque despues de dar la batalla de Munda al hijo de Pompeyo, volvió el Emperador á dicha villa, y en ella ajustó las paces. Francisco Bermudez de Pedraza en su trat. hist. Ecclec. de Granada, 2.ª parte, cap. 11, 12 y 13 dice: «Ofendido César llevó sus armas á una ciudad fortísima, á donde Pompeyo tenia muchos vastimentos y tormentos militares, con presidio de gente lusitana. Acudió Pompeyo á los sitiados, mas, viendo crecer socorros á los sitiadores, retiróse á Córdoba, y tan huido, en la opinion de los Cesarianos que Indo, un rey que los seguia con mucha gente, fué trás él.

Segun las historias del reino de Castilla, Tera existia el año 300 de J. C., época en que se celebró el concilio Iliberitano, primero de nuestra nacion española al que asistieron 19 obispos, entre ellos 5 Metropolitanos y 36 presbíteros, como lo espresa Pedraza, el que enumerando estos últimos, coloca en el 6 lugar á Felicísimo natural de Atera, á quien César llama Ategua, que asistió como procurador del obispo de Elepla, por ser Tera de este obispado. D.... Gonzalez Conc Iliber, fol. 92, vers. 6, dice «este presbítero parece haber venido al dicho concilio como procurador del obispo de Elepla por ser Tera de este obispado, cuya cabeza estaba no lejos de esta villa, donde se hallan ruinas de una gran ciudad, y una ermita muy antigua, con una imágen, que tambien lo es, y á quien tienen mucha devocion: llámase N. S. de Villaverde: dice, Ibi sexto loco subscripsit Felicissimus Presbiter de Atera, hodie Tera, est per antiquum. De aqui son naturales los gloriosos mártires Crispo y Restituto, cuyos retratos se ven á los lados del altar de dicha ermita.

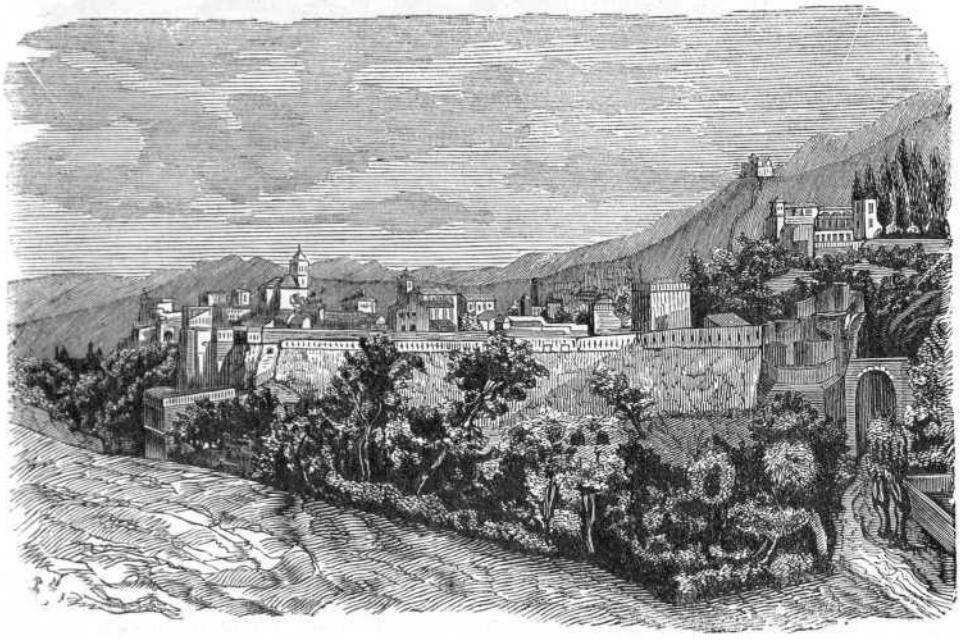
D. José Hidalgo Morales en su Iliberia ó Granada, 1842 dice: Este concilio se celebró en Granada en la casa del Tesoro junto á la fábrica de Lona en tiempo de Diocleciano y Maximiano, que publicaron los edictos de la décima persecucion de la Iglesia. Fué el primero, cuyos cánones se escribieron despues de el de los apóstoles. El primero de los presbíteros que á él asistieron fué Restituto natural de Osuna, hermano de los niños mártires Justo y Pastor, el 2.º Mauro, el 3.º

Lamponiano de Marchena, el 4.° Barbato, el 5.° Felicísimo de Asera ó Tera cerca de Osuna: este asistió como procurador del obispo de Elepla.

En el término de Tera existen muchas ruinas: en el sitio llamado el Pilarejo, un cuarto de legua al O de la villa se ven aun torreones y ruinas de una poblacion, que se llamó Tairilla y el acueducto de su fuente: media legua al S. en el cerro de los Castillejos, está un castillo medio arruinado, un acueducto, en el que se oye el ruido del agua, aunque esta no sale á la fuente y en sus alrededores se han hallado muchas antiguallas: á dos leguas al S. E. las ruinas de Elepla. Entre los munumentos esparcidos por todo el término de Tera describiremos los mas notables con alguna estension porque van desapareciendo y dentro de poco no quedará ni aun su memoria: es el primero una tabla de mármol que estaba en el Cortijo de Nina, en su portada, media legua al N. O. de esta villa en la que se leia la inscripcion siguiente:

Victoriam—Aug—
q—Fabius—L—F—Safabulus
Testam^to fieri—Poni—
Que Jussit ex his IIII—
Huic—Domo—L—Fabius—L—F
Gal—Fabianus—heres—XX
Non Deduxit.... et D. D.

Cuya declaracion parece ser, que Quinto Fabio Fabulino hijo de Lucio mandó por su testamento, que se hiciese y pusiese á su costa en la ciudad la imágen de la Victoria augusta, esto es, sagrada, de cuantia y valor de cuatro sextercios, y que allende de dicha liberalidad, que él hizo, Lucio Fabio hijo de Lucio Fabiano de la tribu Galatina, su heredero, en don y acrecentamiento de lo susodicho, no sacó, sino remitió el dicho legado ó manda, y la vigésima parte, esto es, la cuarta falcidia, que, conforme al derecho civil antiguo, le pertenecia de las mandas, aunque fuesen para causas pias; y dice, que tambien hizo en don la dedicacion de la dicha estátua de la Victoria.



Vista de Granada

Los Gentiles celebraban y veneraban como á cosas divinas á la piedad, á la esperanza, á la victoria, á la concordia, y les dedicaban imágenes. El sextercio era de valor y peso de dos y media libras de plata segun varios AA. entre ellos el maestro Antonio de Nebrija, de consiguiente la estátua erigida en Tera era de valor de diez libras de plata, sin el gasto de la dedicacion; que segun dice el heredero, la hizo de su peculio.

En un edificio antiguo próximo á la villa se halla una lápida de mármol con la inscripcion siguiente.

Jovi—Optimo—Maximo—
Vibius—Lucanus—Uro
Testamento—Poni—Jussit
Ex—II—VI

Esta parece significar, que Vibio Lucano Uro hizo dedicar alguna figura ó imágen al Dios Júpiter Optimo Máximo, la cual mandó por su cláusula testamentaria, que fuese de valor y peso de seis sextercios, es decir de quince libras de plata.

Los romanos tuvieron á Júpiter en mas veneracion que á los otros Dioses que adoraban, y asi en el capitolio romano le tenian hecha silla ó capilla; y no á ningun otro de los Dioses. Asi lo dice Suetonio en la vida de Augusto: y Valerio Máximo en el título de Cultu Deorum.

El Dios Júpiter tenia varios sobre nombres: nombrábasele Júpiter Tonante atribuyéndole la potestad de fulminar los truenos y los rayos, por lo cual este romano le dedicó su efigie ó estátua.

El templo que tenia en el capitolio se llamaba de Júpiter capitolino; pero despues que Augusto César escapó en España de un rayo cerca de Tudela de Navarra, el que le mató al criado que conducia su litera, lo dedicó á Júpiter Tonante: asi lo dice Suetonio in Augusto cap. 41

A fines del siglo pasado se encontró al pié del castillo, que domina el pueblo, un Ariete, el que fué remitido á Sevilla de órden del Sr. Asistente de aquella ciudad, el Sr. Bruna, y existe en su Alcázar, como tambien muchas monedas para su monetario y un topacio de estraordinaria magnitud, que se halló un pastor en los castillejos. Un cazador, huroneando una madriguera, se encontró una porcion considerable de monedas de muchas clases.

El año de 1810 cuando los franceses estaban fortificando el castillo, se halló en él la efijie de un soldado romano de bronce: era como de ocho dedos de alto y estaba bien conservado: la principal vestidura militar, que era el Sago de los romanos, estaba sujeta con dos hebillas, y en la orla se vian de bajo relieve decoraciones de trofeos. En el brazo izquierdo tenia el escudo, cuyo umbo era de distinto metal: la loriga eran dos láminas unidas con una cadenilla: la galea le cubria la cabeza, dejándole descubierta la cara.

Por todas partes se hallan con frecuencia monedas romanas en abundancia, lápidas sepulcrales rotas, y no hace mucho que un arado descubrió un sepulcro en el sitio de la dehesa al N. de la poblacion, el cual aparentaba ser de persona de suposicion: tambien se ha hallado un grande aro de oro.

Basta lo espuesto para patentizar la antiguedad de Tera y el importante papel que representó bajo la dominacion de los Señores del mundo en la peninsula; en otro artículo referiremos lo que fué bajo la de los moros.

MIGUEL ESPINOSA.

(*Concluirá*)



EL CARDENAL D. JUAN MARTINEZ SILICEO.

A caida de tarde de uno de los dias mas calurosos del verano, en el mes de julio de 1476, cerca de un lugar próximo á Alcaraz, llamado Villanueva de la fuente, estaba sentado en una piedra, un jóven de corta edad que por sus trazas parecia un viandante pobre que á falta de otros recursos caminaba á su destino en la cabalgadura de San Francisco. Movido de compasion un anciano pudiente de aquella villa, que le vió en aquella forma, trasluciendo por su rostro que debia ser un chico de talento se abocó con él y despues de un corto diálogo le llevó á su casa, hospedó y agasajó, haciendo tan gran estimacion de sus prendas, que eficazmente le persuadió á que continuase sus estudios que era lo que él deseaba, y el objeto de su viaje, asegurándole con gran certeza por tres veces que seria Arzobispo de Toledo si asi lo hacia.

Continuó efectivamente el jóven sus estudios, llegó á Valencia con pobreza suma, pero con gran caudal de ingenio. Recibido en aquella ciudad como ayo de unos niños, concurrió por espacio de dos años á las escuelas públicas; pero siendo aquel corto teatro para lo mucho que él pensaba representar, no olvidando la prediccion del anciano de Aguila Fuente, con algunos socorros y á pié, llegó á Paris pidiendo limosna, y estando orando en una iglesia, un caballero francés, maravillado de la devocion de aquel mancebo, llegóse á él, y sabiendo su triste estado y sus deseos, le recogió y dispensó cuanta proteccion necesitaba.

Pasó tres años en aquellas célebres escuelas, hizo su acto público y todos los profesores quedaron aturdidos de su ciencia, tanto que por unanimidad le fué conferida una cátedra de artes, que desempeñó con el mayor lucimiento.

Por este tiempo fué á Paris el doctor Honzala, comisionado por la universidad de Salamanca, en busca de profesores para sus cátedras, y reunido el claustro de comun acuerdo, le propusieron al P. Presentado Fr. Domingo de S. Juan de Pie de Puerto y á nuestro lector en artes, los cuales vinieron á España, y obtuvieron los primeros puestos en aquel célebre Liceo. Nuestro héroe fué catedrático de filosofía con 300 ducados de alimentos. El colegio mayor de S. Bartolomé le recibió en su seno el año 1515.

Llegó un año tan escaso de recursos, que obligó al colegial mayor á vender hasta sus mas precisas alhajas para socorrer las necesidades del tiempo, y deseando salir de aquel estado, instada su humildad por cuantos le conocian, hizo oposicion á la canongia Magistral de Coria, y se llevó por unanimidad la prebenda.

Por este tiempo se hallaba el Emperador Cárlos V en Alemania y la Emperatriz Doña Isabel atendia al gobierno de estos reinos y á la crianza de su hijo y príncipe de Asturias D. Felipe. La importante eleccion de un ayo para el futuro rey de España, era negocio el mas importante que ocupaba á la Princesa, y para acertar en ella de acuerdo con su esposo le encomendó á el Arzobispo de Toledo D. Juan Tavera, al duque de Alva, y al marqués de Camarasa. Entre los propuestos, fueron el Dr. Ciruelo, el Dr. Miguel Carrasco y nuestro canónigo Magistral de Coria. Presentados los tres la Majestad Cesárea, eligió esta al último, y correspondió de tal manera á tan elevado puesto que reconocido el Gran Monarca deseoso de los adelantamientos del ayo de su hijo, y reconociendo su sobresaliente mérito, todas las honras le parecieron cortas. Hízole su confesor, su capellan y limosnero mayor, y últimamente á peticion del príncipe de Asturias, obispo de Cartagena. Estando allí, en compañía de Don Juan Alonso de Guzman fué á Portugal á concluir los tratados del matrimonio de D. Felipe con la Infanta Doña Maria, y regresó muy luego á cuidar de sus ovejas.

El 15 de mayo de 1545 falleció en Valladolid el cardenal Tavera Arzobispo de Toledo, y en el momento, el príncipe D. Felipe escribió al Emperador su padre se sirviese honrar á su ayo con aquella suprema dignidad. Muchos fueron los empeños y no pocas las intrigas para inclinar el ánimo de S. M. hácia otras personas, pero todo fué inútil, la profecía del viejo de Aguila Fuente tenia que cumplirse, y aquel pobre mancebo, que recogió en su casa lleno de fatiga y exhausto de todo recurso, fué Arzobispo de la silla Primada de las Españas. En diciembre de 1545 llegaron las Bulas, en 6 de enero del siguiente año, el licenciado Gasca las presentó al cabildo y este, con grandes demostraciones de contento dió la posesion á D. Juan Martinez Siliceo, apellido, en el que convirtió latinizándole el suyo de Guijarro el estudiante de Valencia y luego de Paris.

El orígen de este gran Prelado fué el pequeño lugar de Villagarcia en los confines de Estremadura, y fueron sus padres Juan Martinez Guijarro y Juana Muñoz, labradores pobres. Dos años y medio tenia el niño y teniendo su madre que lavar un poco de ropa, se le encargó á una vecina para que entretanto cuidase de él. Poco debió ser su zelo, pues sin echarlo de ver, cayó el niño en un pozo que por allí habia, sin brocal. Vuelta la madre echó menos á su hijo, supo la desgracia, y llena de angustia le hizo sacar, y salió vivo y sano; pero creyéndole mortal llena de dolor y con afectuosa devocion partió con él á la iglesia y le presentó á los pies de una imágen de Nues-

tra Señora, pidiéndola una salud y remedio del que no habia necesidad.

El sacristan de Villagarcia le enseñó á leer y escribir y en Llerena estudió la gramática, con tantos apuros, que todos los sábados iba á su lugar, distante una legua, y se llevaba el pan que habia de comer toda la semana. Viéndose con impulsos de seguir una carrera se despidió de sus padres, y camino de Valencia le pasó cuanto ya queda referido.

La primera accion, despues de haber tomado posesion Siliceo, fué nombrar adelantado de Cazorla á Ruy Gomez de Silva conde de Melito, íntimo amigo suyo, y de este principio le tuvo el ruidosísimo pleito que con los Marqueses de Camarasa siguieron los Arzobispos de Toledo queriendo reintegrar á su iglesia del derecho que le habia quitado la santidad de Paulo III confiriendo esa dignidad á D. Francisco de los Cobos, por mediacion del anterior prelado D. Juan Tavera. Fué tanta la diligencia de Siliceo en este negocio, tan grande el zelo por las prerrogativas de su iglesia y tantos los obstáculos con que tuvo que luchar, que á no haber sido por su grandeza de alma, la casa de los Marqueses de Camarasa se honraria hoy con ese título, pero venció al fin la justicia y Paulo IV por un motu propio de 18 de mayo de 1556 terminó este litigio mandando restituir á la dignidad Arzobispal el adelantamiento con restitucion de frutos. Dicen algunos autores que fué tanto el empeño de Siliceo en este negocio que aconteció una vez mandar á Roma un navio lleno de mas de 500 testigos.

Desembarazado en cierto modo de tan enfadoso asunto, pues su completa terminacion no acaeció hasta los tiempos del Cardenal Sandoval y Rojas, le sobrevino otro no menos delicado.

Fué el caso que el Pontífice Paulo III proveyó un canonicato de Toledo y despachó bulas en favor de un eclesiástico notado con infamia pública, por haber estado preso su padre en las cárceles de la inquisicion, de las que tuvo medio para huirse, como lo hizo. Súpolo el prelado, las bulas no se admitieron, la posesion no se dió, y el Arzobispo escribió al Papa sobre esto, lo cual le sugirió la idea de poner en su iglesia el estatuto ó informacion de limpieza, para no verse en casos semejantes. El canónigo que dió motivo á esto se llamaba Hernan Jimenez.

Se opusieron á este designio de Siliceo mas de 20 comunidades y una buena parte de los capitulares de Toledo. Acudieron al Emperador y este mandó llevar el negocio á la Chancillería, pero firme el Arzobispo, instó con el príncipe á que se inhibiese en ese asunto especificándole entre otras razones las causas que movian á oponerse á los capitulares disidentes, que no eran otras que ser todos ellos confesos ó parientes de estos. Entre ellos el Maestrescuela D. Bernardino Alcaraz, hijo de D. Fernando Alvarez de Toledo y Zapata, primer señor de Cedillo, era sobrino de Fr. Garcia Zapata prior del convento de gerónimos de Toledo llamado La Sisla, que fué judio verdadero, falsamente convertido, que aun siendo prior guardaba interiormente los ritos judaicos. Cuando decia misa no consagraba, y al elevar la hostia pronunciaba: *Sus periquete que te vea la gente.* Juzgado y sentenciado fué quemado con otros dos frailes del propio convento delante de las puertas del monasterio. De este fraile fué hermano otro Maestrescuela que llamaban el *cojo* que le fué á declarar judio á tierras estrañas (dice el mismo Sr. Siliceo) y fué recibido en ellas por Rabí, el cual es fama que escribió una carta á su hermano exortándole á que se fuese donde él estaba, á vivir en su secta, por donde parece (prosigue el Arzobispo) que tan judio era un hermano como otro. El capiscol de la iglesia D. Bernardino Zapata era nieto de un hermano de dicho fraile; su abuela paterna fué reconciliada, y su padre Juan Alvarez Zapata fué enterrado secretamente en el osario de los judios con ceremonias judaicas. Primo de estos, era otro canónigo llamado D. Rodrigo Zapata. El Dr. Peralta nieto tambien de otro hermano. El Dr. Francisco Herrero hermano del D. Bernardino ya citado, tambien tuvo que ver con la inquisicion, y todos estos tenian tal union, que por influjo de los Sres. de Cedillo y condes de Barajas de cuyas familias eran ciertas prebendas, por espacio de muchos años nunca salieron de la parentela por medio de resignaciones y coadjutorias, á manera de mayorazgo. El Dr. Vergara otro de los opositores era tambien confeso descendiente de judios y el mismo fué preso y sacado en auto, abjuró de vehementi. Los demas que se opusieron eran tambien de raza de judios (dice el cardenal) y todos unidos y anhelando aumentar en el coro el número de los confesos.

Por último las bulas del Estatuto se admitieron en el cabildo el martes 19 de julio de 1547 y de 34 canónigos que votaron solo 10 le contradijeron, aprobándolo definitivamente Paulo III en 1548. La brevedad de este artículo no nos permite estendernos mas sobre los alborotos y escándalos que ocasionó este pensamiento de Siliceo, movidos por todas esas familias de confesos, pero desde entonces hasta el presente no ha vuelto á repetirse otro, y gran número de corporaciones imitaron el ejemplo.

Libre Siliceo de semejantes embarazos se dedicó á la visita de su Diócesis, corrigió en ella infinidad de abusos, proveyó largamente á las iglesias pobres, y arregló varias diferencias que habia entre la universidad y ciudad de Alcalá.

Apreciando siempre el Emperador sus consejos le consultaba sobre todo, y en los casos mas árduos siempre siguió su parecer. El príncipe D. Felipe que casó con la reina de Inglaterra Doña María, antes de marchar á aquel reino, le consultó igualmente sobre el arreglo de aquellos estados.

Reconociendo la falta que habia en la catedral de ministros inferiores que le ocupasen en su servicio, fundó en Toledo para ello un colegio, llamado de Infantes, que ha subsistido hasta nuestros dias. Dotóle en 2000 ducados de renta en pesos. Fundó ademas otro colegio que aun hoy existe con gran nombre y lucimiento, con la advocacion de nuestra Señora de los Remedios para que en él contínuamente se criasen cien doncellas de limpia sangre y de edad de hasta diez años en cuyo establecimiento permanecen hasta su muerte, si quieren, ó de no, salen para cualquiera clase de colocacion; tienen su rectora elegida de entre ellas mismas, y un administrador y capellanes para el servicio divino en la capilla.

Para dotacion de esta insigne obra compró tres dehesas grandes, que necesitó Felipe II para arreglar el sitio de Aranjuez y dió en cambio de ellas para el colegio las de Guadalerza, Arazután y Fuente del Emperador con jurisdiccion civil y criminal y demas preeminencias y emolumentos. Los Reyes Católicos de España, y los Arzobispos de Toledo son los Patronos de esta obra pia presentando sesenta doncellas S. M. y las restantes el Prelado.

Fundó ademas en Toledo un convento de recogidas con el nombre de Santa Maria la Blanca en el local que fué anteriormente Sinagoga antiquísima de judios, para que allí se juntasen personas á quienes sus flaquezas ó descuidos les obligaban á hacerlo. En el dia ya no existe esta fundacion.

Faltábale á Siliceo, para llegar á la cumbre de la Gerarquía eclesiástica el Cardenalato, y el 1556 á 21 de diciembre Paulo IV le dió el Capelo, que recibió poco despues en su iglesia, de mano de D. Gaspar de Zúñiga y Avellaneda obispo de Segovia, con general contento de la ciudad.

Despues de tan grandes obras y de tan contínuos y bien empleados trabajos colmado de virtudes y merecimientos, honrado de los reyes, respetado de los poderosos, y venerado de los pobres, como su providencia y ángel tutelar, á los 82 años de su edad, estando en Toledo le cojió la última enfermedad, y con la mayor calma y con la paz del justo exaló su alma á Dios el 21 de mayo de 1557.

Fué comunmente llorada la falta de este gran varon; los pobres y menesterosos sintieron, mas que otros su pérdida, pues fué con ellos muy fiel mayordomo; por esto el elogio de su sepulcro le llama *Padre de pobres*, y respecto á la entereza con que administró justicia, *Autor de santas leyes*. Yacen sus restos,

bajo una modesta tumba, en la capilla del colegio de doncellas que él fundó, como queda dicho.

Una de las cosas que le hicieron mas notable, fué su humildad y contínua memoria de su pequeño orígen. A sus hermanos y parientes necesitados les socorrió generosamente; pero no les hizo partícipes de sus puestos, ni les dió motivo para que se envaneciesen y olvidasen de su cuna.

Agradecido al Emperador, de quien habia recibido tantos beneficios, por espacio de cuatro años contínuos le hizo un servicio de 40,000 ducados, que era en aquel tiempo la tercera parte de sus rentas, y en otra ocasion, con motivo de las contínuas guerras y apuros del Erario le franqueó hasta 80,000 negándose con entereza otras veces á concederle parte alguna de las rentas eclesiásticas, segun el estado del patrimonio que Dios le habia confiado.

Como plebeyo y de oscuro orígen, no teniendo blasones propios escogió para sus armas, la cifra del nombre de Jesus, fija en un pedernal, alusivo á la significacion de su apellido, y su grande elevacion, desde tan bajos principios, es un ejemplo contínuo que demostrará siempre que la virtud y la ciencia bastan por sí solas sin el auxilio de otros medios, para el ensalzamiento de un hombre, como fueron suficientes para hacer de un Juan Martinez Guijarro, un Juan Martinez Siliceo, primer prelado de España, y príncipe de la iglesia.

NICOLAS MAGAN.

CUADRO COMPARATIVO ENTRE LA ESPAÑA DE HACE SESENTA AÑOS Y LA ESPAÑA ACTUAL. (1)

Laudator temporis acti, se puero.
HORAC.

Sea dicho con perdon de este célebre poeta y de cuantos, antes de él, observaron esta cualidad inherente á la vejez humana, hay muchas excepciones de ancianos, y yo soy uno de ellos, que, lejos de elogiar indistintamente cuanto pasaba siendo ellos muchachos, recuerdan con dolor tantos géneros de atrasos en que yacía la sociedad que los vió crecer. Yo ignoro hasta que punto es verdad, ni tampoco si lo es, que sin aquellos atrasos, errores y estravios, por los cuales hubieron de atravesar las pasadas generaciones, tal vez no habria llegado la actual á gozar la perspectiva de los increibles progresos que le ofrece el estado actual de algunas ciencias, ni la realidad de los que ya palpa con sus manos, y cada dia sorprenden nuestra admiracion con nuevos prodigios. Si la providencia sola fué quien estableció esta pesada y tortuosa cadena que ha ido arrastrando el género humano y tal vez arrastrará por los siglos de los siglos, yo venero sus designios porque la fé y la razon me indican que, siendo suyos, nunca pudieron dejar de ser necesarios, útiles y provechosos. Pero si, como temo, la tal cadena fué solo labrada por los vicios y pasiones de los hombres, vive Dios que la detesto y maldigo como á todos los frutos del error, y que lejos de estar dispuesto á alabar cuanto veian mis ojos hace sesenta años, solo envidio á los que todavia no han venido al mundo; porque estoy cierto de que le encontrarán mas aseado, mas cómodo, menos turbulento y, en todos sentidos, mejor habitable que el actual. No es esto decir que por esto dejará de ser un valle de lágrimas, como se ha dado en llamarle; pero me atrevo á pronosticar que en el tal valle habrá bastante lugar para placeres y risotadas. En una palabra, cuantas mas vueltas voy dando á mis particulares observaciones, mas me confirmo en la idea de que *el mundo en lugar de envejecer se rejuvenece* y hermosea siglo por siglo.

Ya conocen ustedes que si hubiera de empeñarme en probar esta proposicion, tendria que engolfarme y echarme de bruces en la historia del género humano, y seguir, aunque no fuese mas que á vista de pájaro, el desarrollo progresivo de los conocimientos, los errores que han pasado por verdades, las verdades que han sido tenidas y castigadas como errores, las creencias y supersticiones, los pedantismos de todo género, y los crueles estravios de tantas clases de tiranías como han pesado sobre el hombre. Pero cuando tal empresa no fuese tan superior como lo es á mis reducidos y ya decrépitos alcances, seria por lo menos sobradamente abultada para un artículo de periódico, y sobre abultada, notoriamente inoportuna.

Reduzcamos pues el cuadro que ya empezaba á trazar, y limitémonos á bosquejar solo aquello que mis contemporáneos pudieron presenciar como yo, y que á no ser de los *laudatores* á troche y á moche de que habla Horacio, confesarán que no falto á la verdad en lo que pienso decir.

Reinaba cuando yo vine al mundo el señor don Cárlos III, de quien no puedo dar á Vds. la menor noticia; porque falleció cuando apenas habia yo cumplido el noveno año de mi vida, y así, por mas que mi memoria haya sido y sea todavia bastante tenaz, solo pueden alcanzar mis recuerdos á los últimos años de su reinado feliz. Feliz he dicho, y no quiero borrarlo del papel; así por acomodarme al epíteto adoptado ya por un gran número de escritores cuando le comparan con otros que han venido despues, como porque no es mi intento, ni creo sea del gusto de Vds., entrar en comparaciones políticas, no menos aventuradas y tal vez mas odiosas, que las disputas religiosas. Solo diré de paso, para descargo de mi conciencia, que de cuantos reyes he visto despues dentro y fuera de mi patria, ninguno ha sido mas constitucional, que aquel señor, en cuanto á eso de *reinar* y *no gobernar* sino por medio de sus ministros; porque desde las seis de la mañana en invierno y desde las cinco en verano, entraba su Majestad en un coche, seguido de otros siete, tirados cada uno por seis enormes mulas, y se iba al cazadero, de donde no solia volver hasta medio dia. Comia á las doce en presencia de toda la Corte, dormia despues una hora de siesta, y entre dos y tres volvia, con igual aparato, á su afanoso ejercicio hasta ya entrada la noche, en cuya hora solia hacerse lo que se llamaba el despacho con los ministros, y habia noche que duraba cerca de media hora, despues de la cual se jugaba una partidita de mediator con algunos señores predilectos, y á las diez todo el mundo dormia en palacio.

La primera vez que yo fui á Madrid, siendo de edad de nueve años, en compañía de mis padres, me acuerdo, como si fuese ahora, de todos los preparativos que se hicieron para aquella temeraria espedicion; y debo llamarla así, porque no habia memoria en aquellos tiempos de que ningun habitante de mi pueblo se hubiese aventurado á una peregrinacion tan lejana. Hubo que habilitar las mulas de la labranza, y sacar de un zaquizamí unas á manera de guarniciones de cuero resecado y enmohecido como quienes no habian salido de aquel escondite desde que mi respetable abuela vino á casarse con su esposo desde Carrion de los Condes, su patria, y patria tambien de aquellos complicados aparejos y del coche que vinieron arrastrando. Yacia este sepultado en una manojera del corral, habia cosa de treinta á cuarenta años, dando asilo seguro y silencioso á algunas modestas gallinas que solian venir con recato á depositar sus huevos, ya entre las ruedas, ya en la zaga, ya tal vez en los que un tiempo fueron almohadones de rico tripe. Pero por mas aventuras, y desdichas que sobre él lloviesen, nunca perdió aquel armatoste su bien merecida reputacion de coche; y coche era, y coche se llamaba en la casa de mis padres, y por coche fué tenido en toda la redondez de Becerril de Campos por cuantos tuvieron la curiosidad de asomarse á ver aquella desconocida é inusitada máquina.

Mas para que se vea de cuan livianas causas suele

(1) Nuestros lectores verán con gusto este artículo, muy poco conocido, por haberse publicado en un periódico de escasa circulacion, y que reproducimos persuadidos de que nos lo agradecerán todos los aficionados á lo bueno y lo bello en las producciones literarias. El nombre de Miñano es bastante para despertar la curiosidad del público.

depender la quietud de los hombres y de las cosas, bastó el capricho ó la conveniencia de mis padres de ir á Madrid, para que un dia profanasen aquel retiro cuatro mozos de la labranza, y quieras ó no quieras, sacasen á empellones y plantasen en medio del corral aquel voluminoso ponedero. Inmediatamente empezaron á disparar sobre él unas cuantas docenas de calderos de agua, y desde la cuarta ya se principió á vislumbrar que habia estado pintado de encarnado, y que el juego pudo haber sido amarillo con relieves azules. Era cosa de ver el asombro y contentamiento de los mozos, y la algazara con que yo celebraba á gritos aquel portentoso descubrimiento, y como iba y venia á referir á todos lo que habian visto mis ojos.

Llegó por fin el deseado dia de nuestro viaje despues de innumerables preparativos, que ahora parecerian supérfluos, aun cuando se tratase de ir á dar la vuelta al mundo, pero que entonces eran del todo necesarios si no se queria pasar una semana entera en tormentos y privaciones. No diré yo que en aquella época fuese ya necesario hacer testamento para atravesar desde el riñon de Campos hasta la villa y corte de Madrid; porque esta circunstancia estaba reservada para los que desde ella tenian la precision ó temeridad de trasladarse á Oviedo, Sevilla ú otros paises remotos. Pero lo que sí exigia la prudencia y ordenaba la necesidad, era poner en la zaga, y así se hizo, unos cuantos colchones con sus respectivas sábanas, almohadas y mantas; llevar un botijo colgado del eje para el agua, una olla con abundante vaca, garbanzos y tocino ya cocidos de la noche anterior, y una botella con caldo. Añadíase á esta prevencion la de una cesta con panecillos frescos, una gran fiambrera con un par de perdices y una polla asada, algunos cubiertos, unos vasos y unas cuantas servilletas, en que iban envueltos los postres.

De esta manera rompimos nuestra marcha hasta Valladolid, á cuya capital de provincia llegaban entonces los coches de colleras, que iban y venian de Madrid, sin que de allí pasase ninguno de ellos sino rarísima vez, como por ejemplo en la instalacion de algun Señor Obispo, ó cuando un caballero de las órdenes militares tenia que justificar algunas pruebas. Fuera de estos dos lances, no habia que contar con hallar asientos de coche sino en la famosa posada del Rincon de Valladolid. Gozaba este albergue entonces de una reputacion jigantesca, porque en efecto habia en él tres ó cuatro piezas esteradas con sus respectivos braseros de cobre, y sobre todo se notaba la rarísima particularidad de que por lo menos un cuarteron de las ventanas tenia un vidrio verdoso de cerca de un palmo en cuadro: novedad modernamente introducida, y que á la hora de esta no se ha generalizado todavía en el resto de Castilla, ni en Leon, Asturias ni Galicia, sino que continuan triunfantes los encerados de papel, donde los hay.

Fuese como fuese, allí descansaron nuestros huesos un dia y dos noches, antes de emprender la larga travesía de treinta mortales leguas que se obligó á hacer el mayoral en solos tres dias y medio; por la miseria de 50 doblones, que se le pagaron en buena moneda. Por los elogios que acabo de tributar á la posada del Rincon, desde la cual tornó nuestro coche á su querida manojera y las mulas al arado, fácilmente inferirán Vds. lo que tendria que decirles de las que nos aguardaban en Olmedo, Lavajos y Guadarrama, donde dormimos las tres noches, despues de hacer alternativa centinela á nuestra olla, que indispensablemente habia que prevenir cada vez que llegábamos al meson, sino queriamos ayunar al dia siguiente. Con esta comodidad y desembarazo se viajaba entonces en España, por lo menos en tiempo de verano y en las carreteras abiertas; porque lo que es en invierno y fuera de las líneas que acababan de trazarse para hacer caminos reales, bien guapo habia de ser el que desatollase un coche en cualquiera de los ángulos de la Península.

Pero como no hay penalidad alguna que no tenga su ladito de consuelo, lo era para nosotros muy grande la esperanza de ver á Madrid y sus grandezas, que tales como fuesen en aquel tiempo, siempre contrastaban con la pequeñez general, como contrasta la luz con las tinieblas, la hermosura con la fealdad y lo blanco con lo negro. Era Madrid, ya entonces bajo muchos aspectos lo que es ahora: el punto céntrico de las ambiciones; el depósito de todas las miserias sociales; el pais encantado de todos los pretendientes; el paraiso de los ricos ociosos y el infierno de los pobres é infelices. Pero fuera de estos rasgos generales, no era Madrid, respecto de lo que es en el dia sino un lugaron inmundo, hediondo y oscurísimo de noche, malditamente empedrado, con muy pocos edificios regularizados, mal aireadas las calles; asquerosísimos basureros; con dos corrales por teatros; sin otras plazuelas de mercado que la plaza mayor y las esquinas, ni otro paseo elegante mas que el prado de San Gerónimo. El viajero que llegaba sin recomendacion particular, como nos sucedió á nosotros, no tenia que elegir otro albergue mas que alguno de los muchos mesones arrieriles, de que apenas queda ya otro tipo que el Meson de los Huevos en la Concepcion Gerónima, y algunos de la calle de Toledo; mas en cambio no faltaban algunas posadas secretas de caballeros, que á duras penas sujetó á las reglas ordinarias de policía el célebre superintendente de ella Cantero.

Habrán Vds. oido ponderar muchas veces esto que se llama costumbres públicas, y decoro y religiosidad, y sobre todo sabiduría sólida en aquellos tiempos. Así será ciertamente, supuesto que lo aseguran tantos hombres de pró, cargados de años y canas; pero si no me miente la memoria de los trajes que usaban entonces las señoras de la Corte y de las provincias, ni la he perdido del todo de las conversaciones, que oia en las tertulias y paseos, donde me llevaban mis padres, bien me atrevo á asegurar, ahora que ya comprendo lo que se decia, que no se respetaba mas la moral pública en aquellos ponderados tiempos, que en esta edad tan injustamente llamada de hierro. Por de contado, desde las niñas de 14 á 15 años, hasta las viejas mas setentonas, no habia una que dejase la menor duda al público de si era ó no bien proporcionada por naturaleza para la lactancia: llevaban en verano y en las tertulias de invierno, los brazos desnudos hasta muy cerca del hombro, y los trajes, así caseros, como de calle y de iglesia, eran muy largos por delante, mientras que por detrás apenas ocultaban las pantorrillas, contribuyendo un poco á realzar aquella indecencia la altura de los tacones que no bajó de seis dedos por espacio de muchos años. Verdad es que no debe rigurosamente inferirse de los caprichos, á veces indecentes de la moda, que por eso lo fuesen tambien las costumbres; pero sobre ser ya un indicio que predispone á creer que no fuesen mas reservadas unas que otras, añadiré algunas anécdotas que no dejan la menor duda de la tolerancia con que el público veia é imitaba á su vez mayores escándalos que en el dia.

Triunfaban en aquella época los famosos lidiadores, Pepe Hillo, Romero y el estudiante de Falces en la plaza de los toros, formando cada cual de ellos un partido y clientela no menos acalorada que la que forman hoy los moderados, los ayacuchos, los carlistas, los republicanos. Pero habia la diferencia de que en vez de distinguirse, como lo hacen estos últimos, por medio de programas, artículos de periódicos y persecuciones recíprocas mas ó menos directas, se señalaban aquellos por el mayor ó menor lujo y riqueza de los vestidos que les habia regalado la duquesa de tal ó la marquesa de cual, á quien rendian homenaje en la plaza pública despues de haberlas dado las gracias en secreto. De la misma manera y casi por los mismos términos se ponia al público por confidente de las pasiones y flaquezas que inspiraban los actores de los *chorizos polacos*, con cuyas denominaciones se distinguian los dos teatros de la Cruz y del Príncipe. Tal era la modestia y recato de nuestras respetables matronas.

Tambien habrán dicho á ustedes y sin duda lo habrán creido casi como artículo de fé, que los empleados y administradores de entonces eran un modelo de pureza, tan inaccesibles á la corrupcion

como sus administrados lo eran á tentar su probidad y delicadeza. Plugiera á Dios que así fuese, y que solo tuviera yo que recordar Arístides y Catones entre los venerados personajes que tuve ocasion de conocer y posteriormente de observar. Pero sin hacer la injusticia de creer que fuese tan general la venalidad de entonces ni de ahora, como pretenden los descontentos de una y otra época, y haciendo siempre una escepcion honrosa en favor de la magistratura, no por eso dejaré de asegurar que una gran parte, cuando no la casi totalidad de los empleos, se concedian al favoritismo, á la intriga y no pocas veces al sórdido interés. Se compraban las togas, los corregimientos y los empleos de hacienda casi con igual publicidad que una capitanía ó tenencia en un regimiento, sin que nadie manifestara estrañeza, porque, respecto de estos últimos, era permitido por ley. Cada covachuelista tenia en su casa una pequeña corte y era lo que hoy diríamos un personaje, y personaje tanto mas afectado, cuanto el mismo lo era solo de ayer de mañana, por haber apechugado á casarse con una camarista ó sido algunos años page de bolsa de cualquier ministro. Con esto solo basta para inferir cual seria la moralidad pública y privada de estos Mecenas de boardilla que tanto influjo ejercian en la distribucion de los empleos. Verdad es que habia una cámara ó comision de los consejos de Castilla y de Indias, cuya obligacion era proponer al rey los mas dignos de entre los aspirantes á empleos y dignidades civiles y eclesiásticas; pero ya desde fines del reinado de Cárlos III, y mucho mas desde que empuñó el cetro su hijo Cárlos IV, muy desvalido habia de estar el pretendiente que aguardase su empleo de la sola consulta de la Cámara, sino procuraba ingeniarse con algun criado ó favorito del ministro. En una palabra, en esto como en todo, no andaban los negocios mas limpios que en el dia.

En lo que ciertamente no puede la época actual sostener la comparacion con la de los tiempos de que estoy hablando, es en la comodidad con que se desempeñaban los empleos una vez adquiridos; porque era verdaderamente una gloria y un regalo servir en aquellos tiempos algun empleo, ó por mejor decir, ser servido por él. Mas como seria demasiado prolijo irlos recorriendo, y contando lo que pasaba en cada uno de ellos, habré de limitarme á decir alguna cosilla de los dos que tuve ocasion da observar mas de cerca, por tener un pariente inmediato en el uno, y un amigo de mi familia en el otro: hablo del ya citado empleo de covachuelista y del de gacetero de Madrid. Al mirar estos dos empleos por defuera y, como si dijésemos, por la corteza, cualquiera pensaria que el que desempeñaba uno ú otro necesitaba ser un hombre de grandes alcances, de mucha constancia en el trabajo y de una estension de conocimientos capaz de imponer respeto hasta á la misma maledicencia; pero cuando se entraba dentro de bastidores, y se veia de cerca el aparato de toda aquella máquina, era cosa de no poder contener la risa, viendo la importancia que se les daba. Un oficial de secretaría, y muy particularmente en la de estado, era, como ya he dicho á ustedes, un sobrino, hijo ú allegado del ministro, ó bien algun marido alquilado por alguna camarista de las que disfrutaban favor de su amo. Apenas se le instalaba en su mesa, lo cual no podia verificarse antes que el sastre le concluyese de hacer el uniforme, porque en el uniforme estaba el busilis, se le asignaba lo que entonces, y creo que tambien ahora, se llamaba el negociado: palabra significativa y sonora, con la cual se daba á entender el ramo ó ramos especiales que le estaban encomendados, desde la simple copia del registro, ó llenar los huecos de un pasaporte, hasta el extracto de una correspondencia diplomática; siendo de advertir que cada papelucho que pasaba por sus manos era bautizado con el nombre de *expediente*. Así, cuando algun señor covachuelista desdoblaba al dia veinte memoriales, por ejemplo, que dejaba el mayor en su mesa, ya podia decir en su casa ó en la tertulia, y así lo decian aquellos benditos señores, *hoy he despachado veinte expedientes*. Ordinariamente solian concurrir á la secretaría muy bien empolvados y con su espadin de acero, medias de seda y zapato con hebilla, entre diez y once de la mañana, pasando con afectada prisa y seriedad por entre la turba de pretendientes, que solia haber en la portería y sin sonreirse con nadie, sino con el portero mayor, que era un hombre de importancia á pesar de su modesto título. Solia ir con él y entrar tambien hasta su mesa, lo que llamaban el escribiente, que era el que realmente llevaba la pluma y despachaba lo que debian escribir y despachar los escribientes del uniforme. Luego que se quitaba el espadin y colgaba el sombrero, principiaba por tomar algun refrigerio, como para adquirir fuerzas y el necesario vigor antes de acometer los árduos trabajos que le aguardaban. Se saludaba á los compañeros, se pasaba de una mesa á otra, se hablaba de las noticias del dia ó de la noche anterior, se recorria algun diario francés por el que sabia traducir aquella lengua, que entonces era rarísimo, hasta que venia el mayor y repartia los ya mencionados expedientes á cada una de las mesas. Entonces se ponia muy formal nuestro covachuelo y apartaba los papeles, segun sus respectivos membretes, reservando los que eran algo largos para que los estendiese el escribiente, y copiando él de su puño los que contenian no mas que cuatro renglones. Acabada esta operacion, que solia durar una hora ó poco mas, ya principiaba aquello de *tengo la cabeza como un bombo*; *tráigame V. un vaso de agua de nieve con azúcar*: *déme V. un sorbito de jerez con un bizcocho*; porque bizcochos y jerez habia entonces á porrillo para tomar las once, y no el triste Valdepeñas y el zoquetillo de pan que se da ahora á los caballeros oficiales. De esta manera se llegaba á las dos de la tarde, hora que se iba á comer el ministro, y ellos hacian lo mismo, sacando debajo del brazo y entregando al escribiente que les aguardaba en la antecámara, el legajito de los membretes largos. Desde aquella hora hasta la noche se dormia la siesta, se paseaba ó se jugaba, ó se hacia lo que se queria, á no ser que le tocase la pejiguera de estar de guardia, que la hacia uno cada noche por turno riguroso, y consistia en llegarse al anochecer á la secretaría, tomar un par de vasos de helado, que se hacia riquísimo para todos los señores oficiales y para su excelencia, fuesen ó no fuesen. Y hé aquí una de las funciones importantes del portero mayor: porque como siempre sobraban algunas garrafas de helado, él era el único dueño de convidar á cuantos paniaguados se le antojaba. La guardia se reducia á esperar que el ministro bajase del despacho, por si ocurria algo urgente á que no alcanzasen las fuerzas solas del oficial mayor.

El otro empleo que dije era, si cabe, todavia mas regalon y descansado que el que acabo de analizar, y estaba rodeado todavia de mayor prestigio y prosopopeya; porque han de saber Vds. que habian dado en la mania en aquellos tiempos de encomendar la redaccion de la Gaceta á algunos de los que pasaban por grandes literatos, ó como si dijéramos *á algun inmortal* de la Academia, como si una gaceta como aquella no pudiera ser desempeñada por el primer muchachuelo que supiese traducir medianamente el francés. Constaba en aquel dorado tiempo la Gaceta de Madrid, de dos pliegos ordinarios de papel doblado en 4.°, tan mal aperjeñado por fuera como insignificante por dentro. Mas como era el único periódico que circulaba en toda la Península y sus colonias, y se estampaban en ella á troche y moche noticias de París, Lóndres, Holanda, San Petersburgo y Pekin, habia muchos en España, que creian, y yo, pobre de mi, era uno de ellos, que el profundo gacetero tenia que romperse la cabeza en seguir una correspondencia poliglota con todos aquellos paises y capitales enrevesadas. Bajo este concepto sin duda se le tenian señalados al redactor principal veinte y cuatro mil reales, casa y gastos de escritorio. Tenia á sus órdenes otros tres ó cuatro redactores que, con el título de segundos, terceros, cuartos, etc., trabajaban como azacanes para perjeñar tres gacetas nada menos cada semana. Habia además un regente de

la imprenta con su correspondiente sota, ocho cajistas y que sé yo cuantos prensistas; dos correctores de pruebas que alternaban con otros dos, que habian conseguido la futura á fin de no quedarse ninguno de ellos ciego de tanto trabajar. No faltaba tampoco su correspondiente administrador, tesorero, contador, asesor, y protector, y plegadores, y escribientes, y almacenista y cuanto la necedad y el pedantismo y la imbécil omnipotencia pueden reunir en una sola casa.

Ya era yo grandezuelo, y habia corrido un poco el mundo la primera vez que penetré en los misterios de aquella redaccion tan ponderada; y ví que por junto toda la ocupacion del sapientísimo redactor en jefe consistia en leer el *Monitor*, la *Gaceta de Francia* y cuando mas la del Haya, y echar una raya con lápiz á los párrafos que le parecian ofrecer alguna curiosidad, para que sus ayudantes los copiasen mas bien que tradujesen al castellano, dándoles de tiempo cosa de un cuarto de hora por renglon. Al dia siguiente se lo traian despachado á fuerza de consultar el diccionario de Sobrino, y él se ponia muy sério á examinarlo, par corregir los disparates de mas bulto. Entretanto iban llegando de los ministerios lo decretos, cédulas reales, provisiones y demás; los anuncios de cirujanos, médicos y maestros de escuela, que todo se embutia en el susodicho cuaderno de dos pliegos, y ocupando, cada cosa su lugar, como las piezas de un tablero de ajedrez, se preparaban las formas con el espacio y lentitud correspondientes. Luego que se tiraban las primeras pruebas, se remitia una ya corregida y sellada al ministerio de estado para que el señor mayor, por comision del ministro, le pusiese el pase, como que sin él no podia publicarse la Gaceta. Para mayor comodidad del público, y para que la curiosidad de este sufriese lo menos posible, se tenia cuidado de enviar el sábado las noticias que habian de ponerse en la Gaceta, del martes siguiente, y asi sucesivamente durante la semana, con dos ó tres dias de anticipacion, como los sacristanes preparan los ornamentos que han de servir en la dominica ó festividad inmediata.

Esta ni mas ni menos era la penosa ocupacion de los sábios gaceteros que yo alcancé á fines del siglo último y principios del actual; y esta poco mas ó menos, la manera con que se servian casi todos los oficios públicos, con rarísimas excepciones. Al que entonces hubiese propuesto hacer él solo, no tres gacetas por semana, sino una cada dia, mucho mas larga que todas tres juntas, se le hubiera tenido y declarado por loco de atar, como se tuvo y declaró á Colon cuando ofreció el descubrimiento de un mundo al gobierno, pidiéndole que le proporcionase los medios de ir á buscarle; ó á Fulton cuando proponia á Napoleon la aplicacion de los buques de vapor á la guerra marítima. Sin embargo, ¿qué mozuelo, por imberbe que sea, no se atreveria hoy á desempeñar la tarea de todos aquellos redactores juntos? Y ahora, que nombro los mozuelos mas ó menos imberbes, diré á Vds. y concluyo, que por mas que oigan refunfuñar á este y al otro, y maldecir de lo que hoy pasa, en comparacion de lo que pasaba entonces, la juventud actual, vale muchísimo mas de lo que valia aquella de que yo hice parte, en cuanto á la aficion al saber y al instinto de la verdad; pues aunque nacida y educada entre los horrores de la guerra, y el odioso combate de las pasiones políticas, la vemos hoy ya dando frutos ópimos en el abandonado jardin de nuestra literatura nacional, y lo que es mas, puesta al frente de las doctrinas del órden, al paso que la obstinada y testaruda vejez parece que se empeña en perpetuar las fieras y estúpidas luchas que una general ignorancia permitió que crearan y dirigieran los pedantes que florecian á principios de este siglo. Mengua y verguenza sin ejemplo en España, que la juventud actual tenga que servir de modelo, no solo á la vejez, sino tambien á la decrepitud.

S. DE MIÑANO.

DEL CAFÉ.

No obstante lo antiguo que es el uso de esta planta transformada en licor, todavia no constan por escrito sus prodigiosos efectos. Basta haber bebido cierto número de tazas, para convertirse en profundo político ó distinguido literato, para fallar sin apelacion sobre la paz ó la guerra, sobre la poesia y la prosa. Una gran parte de individuos, muy conocidos en España, no han tenido otra educacion política ni literaria.

Esta actitud que dá la absorcion del café, es susceptible de modificaciones notables.

Los que beben café jugando al villar se inclinan á las teorías democráticas, y á la crítica contemporánea.

Los que agotan sus tazas jugando al dominó se convierten en optimistas, aplauden al *gobierno actual* cualquiera que sea y aprueban sus actos todos, sin exámen, como aplauden igualmente las producciones de todos los escritores cuyos nombres no son desconocidos.

DE LA POLITICA, DE LOS PARTIDOS.

Necesitamos algunas líneas para completar este número y no se nos ocurre en este instante asunto para escribirlas: hablemos, con permiso del señor fiscal, dos palabras sobre política, ya que el estruendo de ella penetra hasta nuestros oidos en el fondo de nuestro gabinete, por bien cerrado que cuidemos de tenerle.

En política los medios no significan nada; solo los resultados son buenos ó malos: estos no son mas que de dos clases; prósperos ó adversos: el mas fuerte tiene razon cualesquiera que sean los medios que haya empleado y nunca el vencido. Terminada la lucha se hacen dos partes. Todo lo que ha habido de grande, noble y generoso en uno y otro bando, pertenece al vencedor; sobre el vencido caen las traiciones, las bajezas, las ignominias de ambos campos.

Actualmente hay en España varios partidos: los carlistas quieren recobrar lo que han perdido, los moderados conservar lo que tienen, los progresistas alcanzar lo que esperan: todos se apoyan en razones mas ó menos fuertes, que sus gefes procuran cubrir con un manto raido de patriotismo y desinterés. Ciertamente que es admirable como se subordinan á los gefes de los partidos los hombres que siendo desinteresados o poco hábiles en la intriga, no abrigan miras ambiciosas, sino que se agregan á un partido solo por ser el que representa las ideas que mas se aproximan á aquellas cuyo triunfo desean de buena fé, y decimos que mas se aproximan, porque sabido es que de los individuos que componen un partido las dos terceras partes no están absolutamente conformes con las ideas que representan los que le dirigen. Nosotros encontramos un grave inconveniente en inscribirse á ciegas en las filas de un partido ó fraccion de partido: puede suceder que el gefe de este partido ó fraccion juzgue á propósito disponer de él, como en Rusia se vende una tierra con los labradores que la cultivan, y por nuestra parte, sentimos cierto orgullo natural que se revela al convertirnos en un instrumento, en una máquina, en un confidente de tragedia.

Tambien las flores hablan. Es un tomito lujosamente impreso, comprende *el calendario de Flora*, *el idioma de las flores*, *el reloj de Flora y la botánica en miniatura*; tambien comprende *el emblema de todos los colores*. Es obra á propósito para el bello sexo. Solo cuesta 4 reales en Madrid y 5 fuera.

Sociedad literaria calle de Leganitos núm. 47; librerias de Cuesta, Matute, Razola, y en la litografía de Bachiller.

En provincias: en Correos y principales librerías ó directamente remesando el importe.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



Castell. nos d. Fernandez g.

REBECA EN LA FUENTE. (Cuadro de Vernet.)

Pues la doncella, á quien yo dijere: Baja tu cántaro para que beba; y ella respondiere: bebe, y aun á tus camellos daré tambien de beber; esta es la que has destinado para tu siervo Isaac: y por esto conoceré, que has hecho misericordia con mi amo.

Aun no habia acabado de decir esto dentro de sí, cuando hé aquí Rebeca, hija de Bathuél, hijo de Melcha, muger de Nachor hermano de Abraham, que salia trayendo el cántaro sobre el hombro:

Moza de muy buen parecer, y virgen muy hermosa, á quien varon no habia conocido: y habia descendido á la fuente, y llenado el cántaro, y se volvia.

Y el criado corrió hácia ella, y dijo: Dame á beber un poquito de agua de tu cantaro.

Ella respondió: Bebe, señor mio. Y prontamente bajó el cantaro sobre su brazo, y dióle á beber.

GÉNESIS CAP. XXIV.

HORACIO VERNET.

Si un gran nombre es casi siempre una enorme carga, una gran reputacion que sostener, igualar y hasta sobrepujar, es de seguro una tarea mucho mas peligrosa, pero tambien mucho mas gloriosa. El arte nos ofrece en este momento un hecho verdaderamente notable que hasta ahora no habia existido nunca, ni en las artes, ni en las letras, ni en ninguna otra época: la perpetuacion de un gran nombre y un gran talento por espacio de siglo y medio, en una familia de padre á hijo, como por derecho hereditario, no menguando y decreciendo como la herencia poética de Juan Racine trasmitida tristemente á su hijo Luis, sino por el contrario desarrollándose á cada generacion con mas esplendor y brillo. Queremos hablar de la familia de Vernet.

En esta familia privilegiada, que es una de las mas hermosas glorias de Avignon, se han sucedido cuatro generaciones de pintores, y el pincel del artista ha pasado como por sustitucion de mano en mano; asi se presentan consecutivamente Antonio, José, Cárlos y Horacio Vernet: José mas ilustre que Antonio, Cárlos mas ilustre que José, y en fin, Horacio que ha coronado el nombre de su familia lanzándose á la difícil y grandiosa pintura de la historia y reuniendo en su persona los diversos méritos de sus mayores. Horacio Vernet no tiene hijo, á no ser por eso este fenómeno

se hubiera reproducido sin duda; pero dando su hija única, su mas deliciosa creacion, á uno de los mas grandes pintores de nuestra época, al autor de Cromwel, del Cinco de marzo, de los *hijos de Eduardo*, de *Juana Grey*, á Pablo Delaroche, Horacio Vernet ha querido continuar y anudar las gloriosas tradiciones de su familia por el contrato de matrimonio de su hija; acepta Delaroche la herencia del pincel y se encarga de trasmitirle no menos glorioso á sus descendientes. Su hijo deberá llamarse Vernet Delaroche, brillante tallo nacido de dos ilustres ramas.



Horacio Vernet.

Horacio Vernet, hijo de Cárlos, nieto de José, y biznieto de Antonio; digno vástago de esta familia de grandes pintores, Horacio Vernet, que cuenta tan famosos abuelos, ha estado á punto de no tener padres. Esto parecerá sin duda á primera vista un sofisma, mas escuchemos una historieta amorosa. Habiéndose enamorado Cárlos Vernet en Paris de una señorita de Montbar, hija de un comisario de guerra, se creyó con fuerza para dominar su pasion, y partió con direccion á Italia. Mas como por fatalidad la ausencia en vez de destruir su amor lo aumentase, contra lo que sucede con esas vehementes pasiones de 20 años, que no resisten á un corto paseo por Suiza ó á un *eterno* destierro de tres meses en los baños mas cercanos; Cárlos Vernet se vió acosado en todas partes por sus amores. Su pasion viajaba con él, con su equipaje de artista, y ambos cruzaron la Italia, con los arrieros ó conductores de mulas. Cuando llegó á Roma, en vez de buscar consuelos en el estudio, los pidió á la religion; frecuentaba las iglesias mas á menudo que los talleres, oraba cuando hubiera debido trabajar con aliento y pensar en la gloria de su padre, de que era único heredero. Bajo este fatal influjo que habia tomado su imaginacion y paralizado sus facultades, Cárlos, por su desdicha, se encontró con esos fanáticos siempre emboscados trás de las irresoluciones de la juventud, como los bandidos de Fradiavolo en el ángulo de las rocas, y trataron piadosamente de hacerle tomar aversion al mundo y al arte, inclinándole á entrar en un convento. Venturosamente su confesor, hombre de prudencia y de luces, tuvo la feliz ocurrencia de aconsejarle que tomase de nuevo sus pinceles, y que prefiriera ser un pintor célebre á un monje oscuro, á no ser por estos escelentes consejos y por la autoridad paternal que le llamó de pronto á Francia, Cárlos Vernet rompia el eslabon de su familia y se amarraba al celibato religioso. Entonces no tendriamos ni el triunfo de Pablo Emilio, ni la batalla de Marengo, ni la muerte de Hipólito, ni la mañana de Austerlitz, ni esos millares de asombrosos caballos, á quienes el pincel y la imaginacion del artista han dado vida y abierto los campos de la carrera, ni todas esas cazas, ni todas esas cargas de caballeria, ni en fin su verdadera obra maestra, el cuarto pintor de la familia, Horacio Vernet.

Pero el arte no debia de llorar tantas pérdidas y tantos tesoros escondidos: vuelto á Francia é impelido rápidamente á la gloria, Cárlos Vernet se casó en 1787 con la señorita Moreau, y dos años despues, en junio de 1789, nació en Paris Horacio Vernet, el ilustre y fecundo artista, uno de los primeros pintores de la actual escuela, el brillante historiador de las batallas y de las escenas guerreras del imperio, el pintor favorito de los soldados modernos, el pintor militar por escelencia; en fin, el autor de las batallas de Fontenoix, Bovines, Jemmapes, Montemirail, de la despedida de Fontainebleau, de Rebeca, de la Judit, de Macepa y de otros mil cuadros de historia, que el grabado ha hecho populares, y que semejantes á las hojas de encina son llevados por el viento de su renombre á través de toda Europa. Al mérito de sus padres, al sentimiento poético, á la inspiracion, á la maravillosa fecundidad de José, el pintor de marina, el que se hizo atar á un mástil para estudiar y sorprender la tempestad, al donaire, al ingenio, al númen de Cárlos, al pintor de caballos y de cargas de caballería; á todas esas cualidades une Horacio Vernet la elevacion del pensamiento, la armonía de la composicion, el movimiento, el drama, el vigor y la solidez del colorido; es el Guido Reni de la pintura francesa. Horacio Vernet es tan gran poeta como gran pintor; su paleta es á veces rica hasta el punto de desvanecernos, y siempre variada hasta lo infinito. Ha dado cien batallas importantes con su pincel, ya á los ingleses, ya á los rusos, ya á los austriacos, ya á los ejércitos de la coalicion, ya á los beduinos, ya á los árabes del desierto, y ninguna de estas batallas se parece á otra; cada una tiene su perspectiva, su verdad y su carácter histórico, es sin duda un hábil general, quien sabe disponer de sus tropas, colocar su ejército, hacer sus evoluciones y manejar con arte todos sus recursos.

Desaparecian los griegos y romanos de la escuela de David cuando se anunció Horacio Vernet con sus soldados franceses, sus grupos militares, llenos de vida y de colorido, sus líneas humeantes de las batallas modernas; en fin, todo su estado mayor y su séquito de gloria, de movimiento, de luz y de ruido. Su reputacion creció de pronto, y cuando su padre Cárlos Vernet murió, ya era célebre Horacio: el nombre glorioso que habia heredado adquiria cada vez mas gloria.

Horacio Vernet se ha creado un renombre popular en toda Europa, no menos por su indisputable talento que por su prodigiosa fecundidad. Fuera locura intentar hacer mencion de todos sus cuadros, eso equivaldria á contar las arenas de los mares, las estrellas del firmamento. No son tantas las comedias de Lope de Vega ni los vaudevilles de Scribe. Es preciso ver sus cazas en los bosques, en las llanuras, en los pantanos, en el desierto. Su Macepa asaltado por lobos que aullan, y cuyos ojos centellean, y su Macepa, rodeado de yeguas salvajes bajo un cielo sombrío, cerca de un espumoso torrente, sobre el cual prolonga sus negros y verdes brazos la secular encina. Su Poniatowski cuyo caballo se lanza al Elster con orgullo. A su abuelo sujeto al mástil de un buque y balanceado por el ímpetu de las olas. Su Pacha tranquilo como el leon que le sostiene mientras los mamelucos espiran bajo el hacha de sus verdugos, y mientras sus súbditos, sintiendo el porvenir, permanecen mustios y palpitantes detrás de su alteza. Su Edith con cuello de cisne y cabellos castaños, y su estudio donde le contemplan artistas y señores, y su lúbrico Holofernes adormecido en el deleite mientras centellean el sable y los ojos de Judit; su Rafael delante del papa y su cohorte de artistas, sus hijos de Paris, sus conscriptos, sus pelotones de la antigua guardia con los rostros surcados de heridas, sus escuadrones de caballería que levantan leguas de polvo, sus prisioneros que dirigen la última mirada hácia su patria, sus veteranos que lloran en medio de las osamentas de sus hermanos, sus estados mayores de relucientes charreteras, de cruces, de cintas, de corazas y de sudorosos caballos. Su despedida de Fontainebleau, el águila que se inclina y al emperador que desaparece, sus batallas de Jemmape, de Hanan, de Montmirail,

de Pooines, es decir, la república, el imperio y la restauracion.

Todo lo ha hecho, ha sido poeta, pintor, novelista, historiador, todo lo ha hecho, repito; caballos para poblar las dehesas de un príncipe; soldados para completar los ejércitos de Napoleon; niños y mugeres para reparar los desastres de una epidemia. Ayer discípulo, hoy maestro, nunca estacionario, siempre original y atrevido. Sus lienzos se ven desarrollados en todas partes. Hay en Paris un cuadro suyo, otro en Amberes, otro en Roma, otro en Constantina; Horacio Vernet es el pintor mas ilustre, el mas fecundo y el mas popular de nuestros dias.

TERA.

(Continuacion.)

Tera está colocada en lo alto de la sierra de su nombre y situada en un rellano rodeado de cuatro cerros, sobre uno de los cuales, al S. E. se halla el castillo: este consta de un alto torreon, que tiene delante una plaza de armas cercada de su muralla con torres: y el todo dentro y al E. de una gran plaza de mas de mil varas por todos lados rodeada de murallas, torres, obras avanzadas en los puntos mas accesibles, y un tajo escarpado al S. E. de varias construcciones, romanas, moriscas, etc.: tal era el lugar en que habitaban los moros de Tera desde su establecimiento en España, y donde se creian á cubierto de los ataques de los cristianos.

Mas por los años de 1326 habiendo logrado el Rey de Castilla y Leon D. Alonso el Onceno apaciguar los tumultos fomentados por los mal contentos de Toledo y las Castillas, y hallándose en paz, se propuso, para distraer sus ánimos turbulentos, emprender la conquista de las Andalucías. Para ello convocó á los maestres de las órdenes militares, y á los principales señores é hijos-dalgos de sus reinos, como los Portocarreros, Leibas, Monsalves, Marmolejos etc. todos los cuales acudieron con sus gentes y formaron un ejército de hasta cinco mil infantes y dos mil lanzas, con el que se dirijió contra Tera, no obstante estar amurallada y guarnecida por mas de seis mil moros, capitaneados por Hacen Andalí, que era descendiente de Ronda. El rey supo que los moros, aunque tenian abundantes bastimentos, carecian de agua, y que tenian que ir por ella á la fuente grande del lugar arruinado, que está camino de Cañete, hoy llamado del Pilarejo, y á otra de las viñas llamada del Marmolejo: que los moros de Ronda, acudian á socorrer á los de Tera, cuando estos les pedian auxilio, y les hacian señales para ellos, poniendo un hachon encendido en la torre mas alta del castillo, lo que era repetido por otra torre que está á un cuarto de legua hácia Ronda. Con estas noticias el Rey D. Alonso tuvo consejo de guerra al que asistieron los maestres y caballeros, que venian en su compañía, y en él se acordó formar del ejército tres divisiones: que una fuese á sorprender la fuente de las viñas, otra la fuente grande, y la tercera marchase á sitiar la plaza. Asi lo hicieron, saliendo todos de la dehesa, donde tenian sus reales ó campamento, y que hoy es el sitio en donde está la villa de Campillos. La division que fué á las viñas hizo 192 prisioneros entre hombres y mugeres: la que fué á formar el sitio, acampó en la llanura frente de Tera, lo que visto por los moros principiaron estos á fortificarse y prepararse á la defensa: la que fué á la fuente grande, despues de guarnecerla destacó una compañía á la torre de la atalaya, que fué sorprendida, demolida y muerto el moro que vivia en ella y toda su familia, para que no pudiese hacer señas á las otras torres, ni estas avisar á los moros de Ronda, para que viniesen á socorrer á los de Tera. Esta medida fué muy útil, porque los moros de Tera, luego que descubieron al ejército cristiano, principiaron á poner los hachones encendidos en la torre mas alta del castillo, para pedir socorro: mas como no se repetia la señal en la otra torre, la noticia no llegaba á Ronda. Viendo los de Tera que el agua de los algibes y pozos se les iba acabando, salieron una noche, y en la fuente del Marmolejo llenaron 20 cántaros; pero sentidos por los centinelas, fueron atacados, escaparon doce, y los demas quedaron prisioneros.

A fines del año 1327 el Rey D. Alonso mandó un parlamento á los moros cercados de Tera, proponiéndoles, que si abandonaban el lugar y lo dejaban libre, les entregaria 192 moros y 64 mugeres que tenia cautivos, y les permitiria se llevasen consigo sus caudales y cuanto tenian prometiéndoles no hacerles daño alguno, antes sí custodiarlos hasta Ronda ó Antequera, pues estaba resuelto á tomar de cualquier modo el lugar. Hacen Andalí le respondió, que si entregaba á Tera los moros de Ronda lo matarian por cobarde, y que todos los suyos estaban resueltos á defenderse hasta morir debajo de las ruinas de la fortaleza ó de hambre, ó matados por Mahoma.

El Rey estaba persuadido, de que se entregarian por hambre y sed: mas siendo esto por enero sobrevinieron abundantes lluvias, y se llenaron de agua los algibes y pozos, con lo que los moros cobraron alientos. Sabedor el Rey de esto, se decidió á asaltar la plaza: el dia 2 pues se dió el primer asalto, del que se defendieron los moros valerosamente valiéndose, entre otros medios, de arrojar desde las murallas grandes piedras, con tal fuerza, que en su caida arrollaban muchos soldados y las que se rompian herian á muchos con sus pedazos, de suerte que en este primer asalto murieron sesenta soldados y hubo muchos heridos. Lo mismo sucedió en otros dos asaltos que se dieron de noche, por lo que acordaron el Rey y su consejo, que se construyese frente al torreon grande, una torre de gruesos maderos, que resistiese á las piedras, y en la que se resguardasen las tropas, de modo que estando á cubierto cerca de la muralla pudiesen avanzar de pronto.

Asi se hizo: se trajeron de la dehesa de Campillos grandes árboles, que unidos con sogas, formaron un parapeto fuerte, trás del cual se ocultaron los soldados, y saliendo de repente dieron un nuevo asalto, en el cual llegaron á cuchilladas hasta la muralla; mas no pudiendo trepar por ella, se volvieron y favorecieron en su torre de madera.

El 6 en la noche salieron sigilosamente del castillo veinte moros y bajando encubiertos por las muchas peñas que hay desde el castillo hasta el sitio en que estaba la torre de madera, lograron pegarla fuego por tres partes: los que estaban dentro, que serian hasta unos trescientos hombres, en lugar de salir á atacar á los moros empezaron á gritar «¡fuego, fuego!» y corrieron á ampararse al campamento de su ejército, que estaba á la falda del monte grande llamado la Camorra, dejando ardiendo la torre de madera.

En vista de este accidente, el Rey, los maestres, y los demas Señores que le acompañaban, tuvieron consejo de guerra y en él se resolvió, que era conveniente reunir las tropas, que estaban separadas, guardando las fuentes, las viñas y el camino de Ronda, para impedir que llegasen socorros á los sitiados, y que juntas todas las tropas se diese un asalto general por todas partes á la muralla, espada en mano y rodela al brazo en medio del dia, para ver venir las piedras: asi se aprobó y el dia 19 se dispuso y arrimó todo el ejército alrededor de las murallas, dando á cada comandante las órdenes correspondientes y la señal de la hora y el modo.

El 20 de enero de 1328 á las cuatro de la mañana se dió principio al asalto: los moros, que se vieron acometidos por todas partes, acudieron feroces á la defensa; mas no tenian piedras con que defenderse en todos los puntos del ataque. Al mismo tiempo las tropas, que atacaban por el frente de Antequera, habian conseguido abrir una brecha, capaz de entrar por ella, y dieron aviso de ello á las demas, que acudieron al punto, y se precipitaron dentro del castillo, matando á cuantos moros se oponian al paso. Viendo estos que las tropas cristianas estaban dentro del castillo, huyeron hácia la puerta de la Calzada, y

hallándola desamparada, por haber acudido toda la tropa á la brecha, que estaba al lado opuesto, se fugaron por ella, logrando escapar y retirarse á Ronda. Serian las seis de la tarde del 20 de enero de 1328, dia del glorioso San Sebastian, cuando las banderas del Rey D. Alonso tremolaban sobre las murallas de Tera, y al dia siguiente se les dió libertad á los moros cautivos, á sus mugeres é hijos, que no pudieron marcharse.

El Rey repartió todo el botin entre los soldados y mandó se les diese de comer y beber de lo que llevaba para sí, descansó y todos sus caballeros en Tera oyeron misa, y dieron gracias á Dios por la victoria alcanzada. Puso por Alcaide de Tera á D. Sancho Rodriguez de Mendoz, caballero de Ecija, al que mandó que reparase las murallas, y cerrase la brecha. Dejó en el castillo dos mil hombres de guarnicion, y con los demas marchó y conquistó el castillo de Ortejicar, distante una legua del pueblo: revolvió en seguida sobre Alora y la tomó, y dando la vuelta á Tera, se halló, que su Alcaide no habia reparado las murallas, por lo cual lo separó y puso en su lugar á D. Pedro de Aguilar Montes de Oca, que lo acompañaba en su ejército.

Entre los caballeros hijos-dalgos, que iban en el ejército del Rey D. Alonso y que contribuyeron á estas conquistas, se hallaba Juan Ramirez y Guzman á su costa y mision sirviendo al Rey. Este, luego de ganada Tera, presentó al Rey una solicitud, en la que manifestaba, que antes de entrar los moros en España, habia pertenecido esta villa á la casa de Daza, que era la de Guzman, y suplicaba, que se le vendiese, pagando los gastos hechos para su conquista, pues por la pragmática de las conquistas sabia, que habia perdido el derecho á ella. El Rey, al fin de su reinado, se la concedió.

Cincuenta años despues de la conquista de Tera se celebró una escritura ante Pedro de Aguilar escribano público y del Rey en la que se hallaban las cláusulas y condiciones siguientes. Que como habia 50 años de su conquista, estaba poblada, pero no tanto, que pudiese defenderse de los moros de Antequera y Ronda, que diariamente la asaltaban, por lo que pedia que los soldados que en ella, como presidio y frontera, viviesen y la defendiesen, fuesen socorridos con veinte y cinco mil maravedís al año, y lo restante, pagaria el dicho Juan de Guzman. Así se le concedió.

Que por estar dicha villa tan guerreada de moros se le diese privilegio, para que todo delincuente, que viniese á su costa á servir, no se le hiciese daño ni prendiese, escepto los crímenes, que S. M. tuviese á bien escluir. Tambien se le otorgó este privilegio, que llamaban de los Homicianos, tan ámplio, que de él quedó el refran. Mata y vete á Tera.

Que no pagasen alcabalas, veintena, ni otra contribucion los vecinos de Tera, que saliesen á vender por el reino, pues con esta franquicia y libertad vendrian muchos á vivir en Tera. Se le concedió; mas habiéndose perdido la escritura por malicia de los alcaides, ó en un incendio grande que hubo, se suplicó por el consejo de Tera al Rey D. Enrique IV le diese nuevo privilegio, y con informacion se lo dió en 1457.

MIGUEL ESPINOSA.

(*Concluirá.*)

UN AMOR DE ESTUDIANTE.

I.

Todos los amigos se acercaron mas á la chimenea, que merced á una hábil operacion del decano ardia vorazmente en aquel momento; proyectando las caprichosas espirales de las llamas mil fantásticas sombras sobre los curiosos rostros de aquella asamblea heterogénea.

Callaban todos, siguiendo con ansiosa mirada los movimientos del calavera, el cual colocando su silla en una posicion céntrica, tosiendo y sonándose, y desgarrando, y encendiendo uno de esos *regalios*, que por nuestros pecados pagamos á 21 cuartos y algunos maravedises en el *Suizo*, y otros muchos establecimientos filantrópicos de la corte: y despues de dirigir una mirada agri-dulce como para asegurarse de antemano de la atencion de su auditorio, comenzó así con voz ambígua:

Infandum, regina, jubes, renovare dolorem!

Ya que me veo obligado por vuestro querer, nobilísimo auditorio, á remover las cenizas de lo pasado,



Rosa.

penetrando así con atrevida y profana planta en el dominio de la historia, os contaré una aventura de mi vida que jamás podré olvidar. Cuidad, empero, que no os pese; que la historia que voy á narrar es de indecibilísima tristeza. Y quién podria no digo contar pero ni aun oir tan estupendas catástrofes, sin llorar á moco tendido? Quién, aun cuando fuera un oficial de reemplazo, un alferez graduado en los campos de Bailen, ó hasta el mismo caballo de bronce de la Plaza de Oriente, podria conservar su serenidad y fortaleza, oyendo el cuento de unos desastres que superan con mucho á los que el troyano Eneas contaba á la fenicia Dido en las playas de la naciente Cartago? Hay ademas una circunstancia ó circunstancias que hacen mi narraccion mas aflictiva. Eneas, Dido y los demas de aquella tierra estaban sentados muy cómodamente si no en *toros*, como mas de un traductor verdugo ha dicho, en comodísimos lechos, ó cojines como por aquellos dias se usaban, bajo las opulentas bóvedas de un palacio y despues de haber asistido á un báquico festín. Nosotros, míseros, estamos sentados en desvencijadas, cuanto duras é ingratas sillas de paja, bajo el ahumado techo de un mal figon, y con el vientre repleto de repugnantes chuletas y ácido vino de Arganda. Pero ya que aun así, insistís en vuestro mandato, mal grado los vuelcos de mi estómago, y de que el ánimo se espeluzne y horrorice con aquellos recuerdos; *incipiam*; empezaré:

—Concluidos mis estudios preparatorios en uno de los colegios mas afamados de Paris, me fuí á establecer en el *quartier latin*, que es como ustedes saben el punto de reunion de todos los estudiantes externos de la capital de Francia. La mayor parte de mis condiscípulos, vivian en aquel barrio de las ciencias y de las

musas, conyugalmente con esa encantadora raza de *grisetas*, tipo esclusivo de Paris. Yo, muy bien hallado con mi libertad é independencia, permanecí soltero durante tres meses, en aquel lugar en que el celibato es una deshonra; pero al cabo de este tiempo, decidido por el fastidio que me causaba mi aislamiento á imitar á los demas, me lancé á *Chateau-Rouge*, *Maville*, y otros sitios análogos en busca de una pécora que me ayudase á soportar el tormento de la soledad y á gastar los 250 francos que mensualmente me entregaba el corresponsal de mi padre. No tardé mucho en encontrarla, y ojalá que nunca la hubiese hallado! Era la niña Belga, natural de Waterlóo, aldea inmortalizada por la famosa jornada que derrocó al gran Napoleon, dada como todo el mundo sabe en sus cercanías: blanca y rubia era mi Venus, y contra la costumbre de las de su clase, que se dan, se venden ó se traspasan en el *barrio latino*, tuve que conquistarla en toda regla, porque ni mas ni menos tomé yo á mi flamenca, que el buen Godofredo de Bouillon á Jerusalen; y solo despues de tomar posesion de la plaza mediante tamaños sacrificios, pude reposar un poco, y dejar á un lado las armas.

E qui l' arme sospende: é qui devoto
Il gran sepolcro adora é scioglie il voto

—Bravo! gritó el mayor de los viajeros. Buena cita y á tiempo!

—Oh! sí! observó el polaco; arrastrada por los cabellos, y tan violentamente como Hector por Aquiles alrededor de Troya.

—Eres un ignorante, mi querido oso del norte: Hector fué arrastrado por los pies y no por los cabellos.

Perque pedes trajectus lora tumentis.

Pero en fin esto importa poco, y si el *sármata* me lo permite continuaré mi historia.

—Sí.... Sí, gritaron todos, que deseaban por lo visto oir la historia de aquellos amores del *quartier latin*.

Establecime, pues con mi flamenca....

—Cómo se llamaba? preguntó el polaco.

—Rosa. Establecime, como decia, en un cuartito muy curiosito del piso segundo de una de las mejores casas de aquel barrio. Yo tenia, segun creo haberlo dicho ya, 250 francos, ó á la española, 50 duros económicos de á 19 rs. todos los meses. Bien imaginaba yo que no podia tirarse muy allá con tan poco dinero, y asi le habia esplicado á mi Rosita que tratara de ser económica. Debo advertir á los que no lo sepan que la griseta, pura raza, es la muger mas económica que existe sobre la tierra; pero mi amada compañera era una griseta contrahecha, una intrusa en aquella adorable raza de encantadoras morenillas que son muy á menudo la providencia de los estudiantes del barrio latino. Modelo de fidelidad como la Penélope de Homero, paciente, cariñosa, resignada, la griseta es un sér aparte de la comunion femenina, y si yo llego alguna vez á casarme cuando sea Ministro, Capitan General, ó Patriarca, lo haré con una griseta; pero sigamos mi historia. Era mi compañera una griseta enjerta, y por lo tanto no tenia sino las cualidades aparentes de sus compañeras. Belga de nacimiento, como ya he dicho, habia dejado el hogar paterno y dirijídose á Paris en busca de aventaras, siguiendo aquella sentencia de Jesucristo, de que nadie es profeta en su tierra....

—Eso ya es demasiado, interrumpió el polaco. Vamos á que no citas ahora el testo como tienes de costumbre.

—Nada mas fácil mi querido oso del norte. Si tienes alguna Biblia, busca el capitulo 4.° del evangelio de San Juan, y encontrarás estas palabras:

Quia propheta in sua patria honorem non habet.

—Batido el polaco! gritaron todos.

—Qué calle, añadió el calavera, y me deje contar á mi modo, ó de lo contrario no prosigo.

—Callaré, mi querido orangutan, contestó el polaco, haciendo una joco-séria cortesía.

Habia venido mi flamenca en busca de aventuras, y por mi mala ventura dió conmigo. Era gastadora, rompedora, caprichosa; y para colmo de males estaba sujeta á terribles ataques de nervios: es decir que tenia todas las faltas de una gran señora, sin las gracias y atractivos que dá á estas la educacion; pero singularmente hermosa tenia ademas para mí ese no sé qué que nos cautiva en la muger que amamos.

II.

Pasaron entretanto los primeros cuatro meses de nuestra sociedad, y al comenzar el quinto debia yo mas de lo que importaba mi mensualidad, gracias á la esplendidez que habia desplegado mi Rosita en tres ó cuatro *soirees* de familia, como ella los llamaba, que me habian costado á mí un ojo de la cara. Al fin á costa de mas de un doloroso sacrificio pude por entonces salir del pantano; pero, de qué me servia el haber escapado una vez del riesgo cuando este era contínuo y creciente? Cada dia se aficionaba mas Rosita á los bailes de *Mabille* y *Chateau-Rouge*; al teatro de *Variedades* y del *Palais-Royal*; al *hipódromo*, á los dioramas, panoramas, cosmoramas, polioramas; y en fin, á todas las exibiciones de figuras de cera, autómatas, jigantes, enanos, monos del Canadá, panteras de Sara, salvajes de Taiti etc. etc. etc.

Pero la mas ruinosa de sus inclinaciones, y aquella en cuyo cumplimiento se mostraba mas tenaz era la glotoneria. Toda la semana habia en casa ademas de lo ordinario, varias golosinas cuyo precio hacia subir lastimosamente mis gastos; y no contenta con esto, el domingo era preciso llevarla á comer á casa de *Very*, ó cuando menos al *Rocher-de-Caucale*. Allí era de ver el aire con que empezaba á pedir de los platos mas costosos y de los mas esquisitos vinos, porque ademas de comer prodigiosamente se las podia apostar á beber con un burgo maestre-aleman: y en vano le hacia yo por lo bajo algunas observaciones, pues si le hablaba del mal estado de nuestros fondos, me contestaba con la boca llena de trufas.



El estudiante.

—Amigo mio, es preciso que disfrutemos del momento presente. Es tan precaria la vida! Quién nos asegura que viviremos mañana?

Si la hacia alguna reflexion acerca de su descompasado modo de beber, me contestaba muy séria:

En Bélgica es costumbre beber así: la reina se bebe seis botellas de Burdéos, Champagne y Madera, en su comida. En toda la semana no bebemos mas que Macon viejo ó Borgoña; y no quieres que de domingo á domingo beba una un poco?

Y yo me desesperaba y regañaba, y protestaba que aquello iba á acabar de una vez: pero era tan bonita Rosa, tenia tal gracia en el decir cuando estaba contenta, y sobre todo habia tantos habitantes del barrio latino, que se bebian los vientos por ella, que al fin, acababa yo por reconocerme culpado, y por confesar que era muy natural que se bebiese Champagne y Burdeos los domingos, cuando en toda la semana se habia estado bebiendo Macon y Borgoña.

El domingo siguiente era testigo de los mismos desórdenes, de las mismas disputas, y de la misma debilidad.

Un accidente que suele ser muy feliz casi siempre, pero que á veces es el colmo de la desdicha, vino por entonces á llenar la medida de mis penalidades.

—Ya lo estaba yo temiendo, dijo el polaco.

—Echemos un trago, observó el narrador, sin cuidarse de las palabras del otro. Los tragos se pasan con tragos! esclamó con tono inspirado, y vació una copa de Jerez de un solo sorbo.

III.

Una mañana, de enero por cierto, y no hacia maldito el calor, se me acercó mi Rosa, haciendo los mayores esfuerzos por ponerse colorada, y tartamudeando me dijo: qué creeis que me dijo?—Sin respeto á mis huérfanos bolsillos, sin piedad por mis nervios, sin conmiseracion en fin por la doliente humanidad representada y reasumida en mi persona; me anunció que el *Quartier-Latin*, estaba amagado de un nuevo habitante, un estudiantito en miniatura, un vástago infausto de mi linaje enjerto en una rama flamenca. Agolpáronseme de pronto los inconvenientes, los perjuicios, los disgustos, los mayores gastos; los nervios de Rosa, su mal humor entonces justificado, los achaques consiguientes á aquel estado de la muger, los antojos de la ya por sí demasiado antojadiza grisetа, etc., etc., etc. Y no pudiendo resistir al embate de tantos arietes que simultáneamente contrastaban mi constancia, esclamé con mi amigo Enéas en la noche fatal del incendio de Troya:

Una salus victis, nullam sperare salutem.

Y como los griegos que tenia yo que combatir eran mis acreedores, y lo lógico era que ellos me persiguiesen á mí, empezé á cavilar no en matarme, que esta cuestion estaba ya resuelta en mi cabeza, sino en qué género de muerte preferiria, y aunque parezca risible mi incertidumbre, ello es que existia, y aun mas, que se fundaba en poderosas razones.

La muerte de pistola me convenia bastante; pero ni yo tenia pistolas, ni sabia que ninguno de mis amigos las tuviese: renuncié por consiguiente á la pistola.

El puñal era arma bastante segura; pero prescindiendo del mayor aliento que requiere, estaba yo cierto de herirme mortalmente del primer golpe? Si no conseguia matarme, no quedaba espuesto al castigo de las leyes, y lo que es mas doloroso, á la rechifla de mis camaradas que reputarian mi atentado como una farsa ridícula?

La horca ha sido en todo tiempo un suplicio infamante: debia yo mismo condenarme á un género de muerte que solo se imponia en otro tiempo á los mas viles malhechores ó á los ladrones de caminos y encrucijadas?—Renuncié á la horca.

El envenenamiento tenia mil riesgos. No podian acudir á tiempo con contravenenos eficaces? No era muy posible que despues de una larga y dolorosa agonia, volviese á la vida, para arrastrar una existencia enfermiza y miserable, tal vez estúpida?

Quedábanme aun tres espedientes; pero hube de renunciar á ellos, por trescientas mil poderosas razones. Podia sin duda alguna recurrir á la asfixia por medio de unos cuantos reales de carbon, pero ademas del largo tiempo y precauciones que requiere esta operacion, no estaba reservado este modo de salir del mundo á la mas ínfima clase de la sociedad; á los jornaleros, á las costureras y á los mozuelos de mala vida? Y habia yo, hijo-dalgo y licenciado en letras, de seguir tan innoble y oscuro camino?—No, mil veces no!

Podia echarme al Sena; pero yo era escelente nadador, y el instinto de la vida es siempre mas poderoso que la voluntad en el hombre: y auxiliado este instinto por un frio de siete grados bajo cero, habia de triunfar forzosamente. Tenia pues la cuasi certeza de obtener por único resultado de mi tentativa un fuerte catarro, ó á lo mas una pulmonía que como la mayor parte de las que atacan á los desesperados no seria mortal.

El último recurso de que podia echar mano, era dejarme caer desde un tercer piso; pero era seguro matarse del golpe? No podia romperme una pierna ó las dos, y vivir sin embargo? Y no era muy estúpido el que añadiese yo mismo á la suma ya demasiado grande de mis males la de andar arrastrándome sobre dos mugrientas muletas de madera?

El resultado de todas estas reflexiones era obvio. Renuncié á la muerte por entonces y me resolví á vivir; pero era necesario pensar y pronto como habia de ser: que nada hay mas apremiante y menos parlamentario que la necesidad. Afortunadamente me abrió el cielo un camino cuando yo menos lo esperaba.

Por aquel entonces, llegó uno de mis tios á Paris. El buen señor habia marchado á las Indias con una escasa pacotilla hacia cerca de diez años; pero se habia dado tal maña en aquellos afortunados paises que no solo logró escapar del vómito y de la fiebre amarilla, sino que pudo redondear una fortunita de dos millonceios, y venia á gastar una parte de ellos en la capital de Francia con el doble objeto de curarse de ciertos envejecidos achaques, y de *elegantizar*, esta era la palabra de que se servia, en lo posible su traje y modales.

J. Heriberto Garcia de Quevedo.

(Concluirá.)

EL CABALLO DE SIETE COLORES.

(Conclusion.)

III.

No es necesario declarar que *El tiñoso* y el aventurero de las fiestas eran una misma persona; y por lo tanto la hermosa princesa Margarita no tuvo que llorar su suerte, cuando encerrados en el rústico pabellon de madera, se transformó el jardinero en príncipe hermoso, discreto y galan. En cuanto al modo que habia tenido de presentarse en el palenque, todos sabemos que poseia el inestimable talisman de El caballo de siete colores que habia venido en su auxilio para cumplirle su palabra.

Enamorada la princesa de su jóven y gallardo esposo, sufria, sin quejarse, las privaciones; pero se lastimaba su orgullo al ver á los cortesanos, que dias antes la trataban con sumo respeto, esquivos y muchas veces insolentes. Estos ultrajes la mortificaban, y mas de una vez rogó á su esposo, que abandonando sus toscos y humildes vestidos, se presentara de improviso con la magnificencia que habia ostentado en los torneos. Alfredo consolaba á su esposa con dulces palabras y caricias; pero se negaba á dejar su disfraz, asegurándola que no habia llegado el momento.

Transcurrieron así tres meses, de saraos y ovaciones contínuas para Rosa, Sara y sus esposos, y de

mortificacion y privaciones para Margarita y Alfredo; cuando de improviso se interrumpieron las brillantes fiestas; y el luto las reemplazó instantáneamente en los corazones y en los rostros. Una mortífera epidemia se desarrolló en la ciudad con portentosa rapidez: los ayes de los moribundos se confundian á los gemidos de los huérfanos y las viudas, y unos y otros armonizaban con el estridor de los carros fúnebres, que recorrian, llenos de cadáveres, las desiertas calles de la ciudad. Aterrorizadas las gentes, forjaban estrañas consejas; y algun fanático ó mal intencionado dijo, que las grandes fiestas de la córte habian ofendido á la divinidad, y que la epidemia era el merecido castigo. Esta peregrina opinion se generalizó muy en breve: comenzaron las murmuraciones contra el monarca, los príncipes y los cortesanos: se formaron numerosos grupos de hombres pálidos y siniestros, y la córte temió ser víctima de la indignacion popular. Para calmarla, se hicieron rogativas; pero declaró un sacerdote, acreditado por sus vaticinios, que no cesaria la epidemia mientras no se encendiera en la gran plaza de palacio una hoguera, alimentada durante tres dias con leña de ciprés rojo de *La selva de los Jigantes*, único punto en que tal ciprés prevalecia. El vaticinio del sacerdote, lejos de causar alegria, produjo profunda tristeza; pues las muchas dificultades que ofrecia su cumplimiento alejaban el término del mal y aun hacian imposible el remedio; porque *la selva de los jigantes* distaba cuatrocientas leguas, estaba oculta en lo mas profundo de un valle y habitada por una raza de hombres, tan corpulentos como feroces, que devoraban á cuanto viajero estraviado tenia la desgracia de pisar aquel territorio maldito. Crecieron las murmuraciones de los aterrados habitantes; y viendo el rey que estaba muy espuesto á perder su corona, llamó á sus dos yernos, no pensando siquiera *en el tiñoso*, y les dijo que ellos debian ir á *la selva de los Jigantes*. Se escusaron repetidas veces, manifestando, al rey su suegro, los graves peligros de la empresa; pero insistió el anciano monarca y, provistos de ricos presentes para los indómitos guardianes de la selva, salieron de la corte; con poca esperanza de cumplir la mision, y casi resueltos a no aproximarse al paraje. Margarita contó á *El tiñoso* cuanto acababa de suceder, y este salió inmediatamente al campo, en donde se le presentó El caballo de siete colores.

—¿Qué quieres? le preguntó el caballo.

Quiero que me lleves á *la selva de los Jigantes*; para cortar leña de sus cipreses; le respondió Alfredo.

Por ensalmo aparecieron doce jóvenes, vestidos de labradores, cabalgando sobre caballos de labranza, y El caballo de siete colores dijo á Alfredo:

—Cabalga sobre mí. Cuando lleguemos á la selva, retarás al rey de los jigantes á singular batalla: el jigante aceptará el reto, y, gracias á tu espada prodigiosa, lo vencerás sin gran trabajo. Vencido que sea, puedes concederle la vida á condicion de que permita á tus criados cargar sus caballos de leña, y verás cumplido tu deseo.

Cabalgó Alfredo inmediatamente; el caballo de siete colores y todos los demas caballos partieron á escape, con portentosa rapidez: poco á poco se fueron elevando, como si les nacieran álas; tomaron despues las del viento, y, mas veloces que los rayos, no habia transcurrido una hora cuando pararon á la entrada de *la selva de los Jigantes*. Mucha confianza tenia Alfredo en la proteccion de su caballo, pero cuando se encontró frente á frente á los dos primeros jigantes una palidez mortal cubrió su rostro, en sudor se bañaron sus miembros y tembló como un azogado. Y no era estraño que temblara. Los jigantes se le acercaron y, aunque él permanecia á caballo, eran tan altos que le sobrepujaban la cabeza, y tan fornidos que no hubiera podido abarcar la cintura de ninguno de ellos con ambos brazos; por lo demas otra circunstancia los hacia mucho mas imponentes, y era que cada uno de ellos tenia un ojo no mas en medio de la frente, encendido como un granate y de estraordinaria magnitud. Venian armados de sendas mazas y, dirigiéndose al *tiñoso*, que de príncipe venia vestido, le preguntaron á quien buscaba.

—A vuestro rey: respondió Alfredo.

—¿Para qué? preguntó un jigante.

—Para trabar con él batalla.

A estas palabras los jigantes miraron al jóven con asombro, y sin responderle ni una palabra se entraron en la sombría selva de cipreses. Momentos despues oyó Alfredo el ronco sonido de una trompa, que repitieron los confusos ecos de los valles, y de improviso el jóven y sus compañeros se vieron rodeados de una gran tropa de jigantes, al frente de los cuales marchaba uno, la cabeza mas alta que todos los demas, y armado de una maza, un palmo mas larga que las otras. Este era el rey de los jigantes. Apenas apareció el rey, El caballo de siete colores se arrodilló; comprendió Alfredo que debia descabalgar, lo hizo y se dirigió espada en mano, al encuentro de su adversario. Se pararon todos los jigantes, sorprendidos de tanta audacia; el rey dió algunos pasos hácia el jóven y despues lo esperó á pié firme, teniendo la maza enarbolada. Alfredo prosiguió su marcha, y cuando estaba junto al rey le tiró una recia estocada. El jigante soslayó el cuerpo, y dejó caer su pesada maza sobre la cabeza del jóven. Afortunadamente Alfredo, paró el rudo golpe con su espada, y la dura maza de hierro se dividió como si hubiera sido de cera. Entonces el rey de los jigantes reconoció el poder sobrenatural, que á su adversario protegia, y, doblando una rodilla en tierra, se dió por vencido. Aprovechó el jóven el momento, y se contentó con pedirle leña de ciprés, para cargar los doce caballos: condescendió el rey al instante, y varios jigantes empezaron á desgajar ramas, hasta que reunieron las bastantes. Pusiéronlas sobre sus caballos los doce mozos de labranza: cabalgaron sobre las ramas, se despidió Alfredo del rey, montó en su caballo, y se alejaron con la misma rapidez que antes.

A ocho ó diez leguas de la corte, descabalgó el jóven, se puso su gorro de tiñoso, desapareció El caballo de siete colores, y Alfredo, á pié, prosiguió caminando á buen paso al frente de su cabalgada. Apenas habria andado una legua, cuando se encontró á sus dos concuñados, que se encaminaban á *la selva de los Jigantes*. Trabó conversacion con ellos, y les dijo que podian renunciar á su viaje, porque ya él traia lo que no hubieran conseguido nunca. El estraño color del ciprés no podia dejar la menor duda de que *El tiñoso* decia verdad, y el duque y el príncipe empezaron á hacerle brillantes ofertas, porque les entregara las ramas. Las oyó el tiñoso indiferente; y les dijo que no tenia inconveniente en entregárselas, siempre que le dieran en cambio las dos rosas de oro que recibieron de sus novias. Les pareció dura la exigencia, pero no encontrando otro remedio aceptaron al fin la propuesta, y entraron triunfantes en la córte, entre las vivas aclamaciones de la entusiasmada muchedumbre. La hoguera se encendió al momento, y, cumpliéndose el vaticinio, cesó al punto la mortandad.

Al luto siguieron las fiestas; pero muy en breve otra plaga puso término á la alegria y comenzaron los lamentos. Los labradores de la comarca, abrumados con la epidemia, habian abandonado sus labores, y el hambre comenzaba á sentirse, avivándola mas el temor de una malísima cosecha. Colsultaron al sacerdote, y este aseguró que los campos recobrarian su lozanía, si se regaba el mas próximo de la ciudad, con el agua azul de la fuente de *Los dos mármoles*. Esta fuente distaba dos jornadas de la córte, pero era imposible cojer sus aguas; porque brotaba y se sumergia entre los dos mármoles, que la daban nombre, los cuales chocaban incesantemente con gran violencia; destruyendo cuantos objetos en su rudo choque encontraban. Animado el rey por el éxito que tuvo la primera empresa de sus yernos, les confió la segunda, y marcharon á realizarla. *El tiñoso* partió al dia siguiente; llamó á El caballo de siete colores, se le presentó este y le dijo; que luego que llegara á la fuente, tocara con su báculo los mármoles; los cuales quedarian parados: que cogiera el agua ne-

cesaria, y volviendo á tocarlos despues recobrarian su movimiento. Cuando llegó *El tiñoso* á la fuente, estaban el príncipe y el duque sentados á corta distancia, y junto á los mármoles se veian un gran número de vasijas rotas; mudos testigos de los inútiles esfuerzos que acababan de hacer los esposos de Rosa y Sara. El de Margarita se acercó; tocó con su báculo los mármoles que se pararon al momento; llenó de agua una gran redoma de cristal; y tocando de nuevo á los mármoles, recobraron su movimiento. Los dos príncipes, que habian presenciado cuanto habia ejecutado *El tiñoso*, se propusieron comprarle el agua, como le habian comprado la leña, y le dijeron que pidiera cuanto creyera conveniente. *El tiñoso* repuso que les daria el agua, siempre que se dejara cortar cada uno la parte superior de una oreja; amenazándoles que de lo contrario, descubriria la supercheria del ciprés. El contrato se celebró; como el sacerdote lo habia vaticinado, los sembrados recobraron su lozanía; el pueblo saludaba á sus salvadores con aplausos, el rey los agasajaba singularmente, y aborrecia cada dia mas al pobre *tiñoso*.

Destinado parecia el reino á frecuentes alternativas; pues al hambre siguió la guerra, y un ejército numeroso entró, talando la comarca. Inmediatamente el monarca dió á sus dos yernos el mando de las tropas que marchaban contra el enemigo; y ambos se pusieron al frente de un buen número de escuadrones. *El tiñoso* salió un dia despues; llamó al caballo, y al momento se vió rodeado de un ejército, el mas numeroso y brillante que habian visto aquellas llanuras; teniendo á su lado á EL CABALLO DE SIETE COLORES primorosamente enjaezado. Cabalgó Alfredo, en traje de príncipe y general; y todo el ejército caminó con la mágica rapidez que acompañaba á EL CABALLO. No tardó mucho en encontrarse con el orgulloso enemigo, que tan pronto ataque no esperaba; se trabó al punto una encarnizada batalla, y como los soldados de Alfredo eran invulnerables, muy en breve quedó vencedor; dejando el campo cubierto de cadáveres y de militares trofeos. Tomó solamente el estandarte real; despidió á su ejército, y, en traje de *tiñoso*, se presentó á los dos capitanes del ejército de su suegro, noticiándoles la victoria que acababa de conseguir; y que, por lo tanto, era inútil que avanzaran mas con el ejército. Tambien les presentó el estandarte real, y como de costumbre entraron en tratos. Alfredo no puso la menor dificultad á entregárselo; pero los habia de marcar en la espalda, con un hierro candente, que dijera *Esclavo del tiñoso*. Se resistieron algun tiempo á tan humillante condicion, pero viendo que les era imposible vencer la ostinacion de Alfredo, se conformaron finalmente, y dieron la vuelta á la corte; en la que fueron recibidos con todos los honores del triunfo.

Satisfecho el rey de los servicios que sus dos nobles yernos habian prestado á la corona, y viéndose cargado de años, decidió partir entre ambos sus dominios; pues, siendo iguales en valor, no le parecia justo darlo á uno todo con grave perjuicio del otro. Consultó con varios magnates esta resolucion; y aunque algunos temian la division de un reino, que aun unido no era poderoso; como ambos príncipes gozaban del aura popular, no se atrevieron á contradecir la opinion del rey, por temor de quedar indispuestos con alguno de sus inmediatos sucesores. En cuanto á *El tiñoso* no lo recordaban siquiera; y, desde su infausto matrimonio, muchos grandes habian olvidado á la princesa Margarita. Tomada esta resolucion, fijó el rey dia para dar á sus yernos la investidura de su nueva real dignidad: llegado el dia, se reunieron en el magnífico salon del trono los dignatarios de la corona: el rey se colocó bajo dosel, y tomaron asiento á su lado las princesas Sara y Rosa, y sus dos ilustres esposos. Iba á comenzar la ceremonia, cuando se presentó la jóven princesa Margarita, primorosamente ataviada, y, dirigiéndose á su padre, dijo en alta voz:

—Protesto, rey y padre mio, contra la resolucion que habeis tomado de partir el reino entre las princesas mis hermanas y sus dos esposos.

—Esa protesta, repuso el rey con airado acento, es impertinente, y solo mis dos yernos merecen poseer los estados que les doy.

—¿Por qué razon? preguntó Margarita.

—Ellos trajeron el ciprés, que puso fin á la epidemia; venciendo los grandes obstáculos y arrostrando los peligros que ofrece la fatal *Selva de los Jigantes*.

—Otro fué quien arrostró los peligros; y á quien compraron las ramas de ciprés, entregándole las dos rosas de oro, que les presentaron mis hermanas el dia de sus bodas, y que yo presento: dijo Margarita, entregando al rey las dos rosas.

Siguió un momento de estupor á revelacion tan importante; y continuó la princesa:

—¿Qué mas han hecho los esposos de mis hermanas, para merecer el poder?

—Trajeron, repuso el monarca turbado, el agua de *La fuente de los mármoles*, que puso fin al hambre.

—La compraron, dando por ella la parte superior de sus orejas, que presento: dijo la princesa, entregándolas al monarca.

Nuevo estupor en los circunstantes: el rey levantó los cabellos á sus yernos, y vió que era cierto lo que aseguraba su hija: Margarita continuó:

—¿Qué mas han hecho los esposos de mis hermanas?

—Han vencido en batalla campal: murmuró el rey con desaliento.

—Que se descubran las espadas, y sabremos quien fué el vencedor.

El monarca obligó á sus yernos á que se descubrieran las espaldas, y leyó en voz alta, la marca: *Esclavos del tiñoso*.

—¡*Esclavos del tiñoso*! esclamaron todos los magnates.

—*Esclavos del tiñoso*, que no los dejara mentir, repitió Alfredo presentándose en traje de príncipe.

Su presencia acrecentó la admiracion de todos los presentes; pues reconocieron instantáneamente al *Aventurero* de las justas. El rey estrechó entre sus brazos al jóven, que fué proclamado al momento su sucesor á la corona: Margarita volvió á disfrutar las caricias de su anciano padre, y los magnates, que hasta entonces la habian mirado con desprecio, se apresuraban á tributarla la mas servil adulacion. Alfredo me regaló el gorro azul y encarnado, que guardo cuidadosamente para hacer un gran sortilegio contra toda muger hermosa, que tenga la osadía de poner en duda mi fealdad.

JUAN DE ARIZA.



Direccion Redaccion y oficinas calle de Jacometrezo núm. 26.

MADRID. UN MES 4 rs. SEIS 20. UN AÑO 36.—Librerías de Pereda, Cuesta, Mellado, Jaimelon, Gaspar y Roig, Rozola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografía del Pasaje del Iris y de S. Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14 seis 24.—Remitiendo una libranza sobre correos ó franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo núm. 26. ó en las principales librerías.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



EL ARCO DE CAPARRA.

Caminando á Castilla desde Plasencia, al acabar de subir el Puerto, que se halla á media legua de la ciudad, se presenta un inmenso panorama á la vista del viajero. A su derecha las eternamente nevadas sierras de Bejar; allá, en los últimos términos del horizonte, en forma de semicírculo, la azulada cordillera de montañas conocida con los nombres de *Sierra de Gata*, rival de Andalucía por sus olivares, la *Sierra de Francia* en cuya cima habia un Santuario con la advocacion de Nuestra Señora de la Peña de Francia, y del cual no queda mas que las paredes, y las Batuecas, de cuyo sitio tienen noticia los lectores del Semanario; en el fondo de este grandioso Anfiteatro, á manera de alfombra de verde oscuro, interminables encinares salpicados acá y acullá por pueblecitos, entre los cuales, en primer término se vé la Oliva (*Cesarobriga*) patria de nuestro famoso Juvenco y mas recientemente título del célebre, cuanto infortunado D. Rodrigo Calderon, y una legua mas al Norte de este pueblo y tres de Plasencia, en una llanura bañada por el rio Ambroz, las ventas de Caparra en el sitio que antiguamente ocupó la ciudad del mismo nombre.

Son tan escasas las noticias que de ella nos han dejado los autores, que á escepcion de Plinio, que nos la cuenta entre los pueblos stipendiarios de la Lusitania, Tolomeo que la pone en sus tablas y el Emperador Antonino en su itinerario de Mérida por Salamanca á Zaragoza, pocos y muy de paso se han ocupado de ella y solamente nos la hacen notar por su situacion en el camino llamado comunmente *de la Plata*.

Aquí no se encuentran las soberbias ruinas, que admiramos en Mérida, Tarragona, Murviedro y otros puntos de nuestra Península; verdad es, que han sido estraidas no pocas preciosidades, de suerte que raro es entre los pueblos comarcanos el que no tiene algun despojo de esta antigua poblacion. En Plasencia existen en diferentes sitios empotradas en la pared lápidas y pedazos de mármol, y de esta materia son las cabezas de varios Emperadores, fragmentos de estátuas, aras é inscripciones, que procedentes de Caparra tiene el Sr. Marqués de Mirabel en el pensil de su palacio en esta ciudad. Tambien fueron llevadas de Caparra algunas antigüedades, para adornar los famosos jardines del palacio de la Abadía, propiedad de los Duques de Alva, pero creemos, que ya han desaparecido. Ambrosio de Morales en sus antigüedades de España trae gran copia de inscripciones que dice se hallaban en este punto ó habian sido llevadas de él á otros. Mas en el dia á la vista del viajero, que ansio-

so de admirar los restos de las artes Romanas, se interna en estas soledades, no se ofrece otra cosa, que una mala venta, cercas cuyas paredes están formadas de viejos materiales, y en cuyo suelo se encuentran muchos residuos de poblacion, como son trozos de ladrillo, de cascote y de vasijas de barro; un puente Romano sobre el Ambroz, algunos paredones, restos de muros, hácia la parte del rio y un arco, que llaman de triunfo, único que á despecho del tiempo y de los hombres se alza orgulloso en medio de tanta desolacion.

Aunque desemejante este monumento á los que del pueblo Rey se encuentran en otros puntos y mas aun á los que ostenta orgullosa la ciudad de los Césares, por no arriesgar opiniones nuevas, tenemos que dejarnos llevar de la bien ó mal fundada tradicion, que lo designa con el nombre arriba dicho y se adelanta á atribuírsele á uno de los Emperadores Trajano ú Adriano. Su forma es un templete cuadrado formado por cuatro iguales arcos cerrados con una bovedita y situados sobre la via Romana. A los lados de los arcos del camino se ven restos de pilastras asi como dos pedestales sobre los que sin duda hubo estátuas y en uno de los cuales se distinguen rastros de inscripcion. La altura del arco será precisamente de treinta pies hasta la clave y doce su anchura. La materia son magníficos sillares de cantería y donde estos faltan argamasa petrificada por la accion del tiempo.

Sin embargo pues del notable deterioro en que se encuentra este monumento, profundas sensaciones escita en el alma del hombre pensador, que retrocediendo con la mente diez y siete siglos, cree oir el confuso murmullo de las lejiones, que acaban de marchar sobre la misma arena que pisa; mas ¡ah! que al volver de su letargo no puede menos de recordar los primeros versos de la bellísima y sentimental oda de Rioja.

Estos Fabio ¡ay dolor! que vés ahora
Campos de soledad, mustio collado...

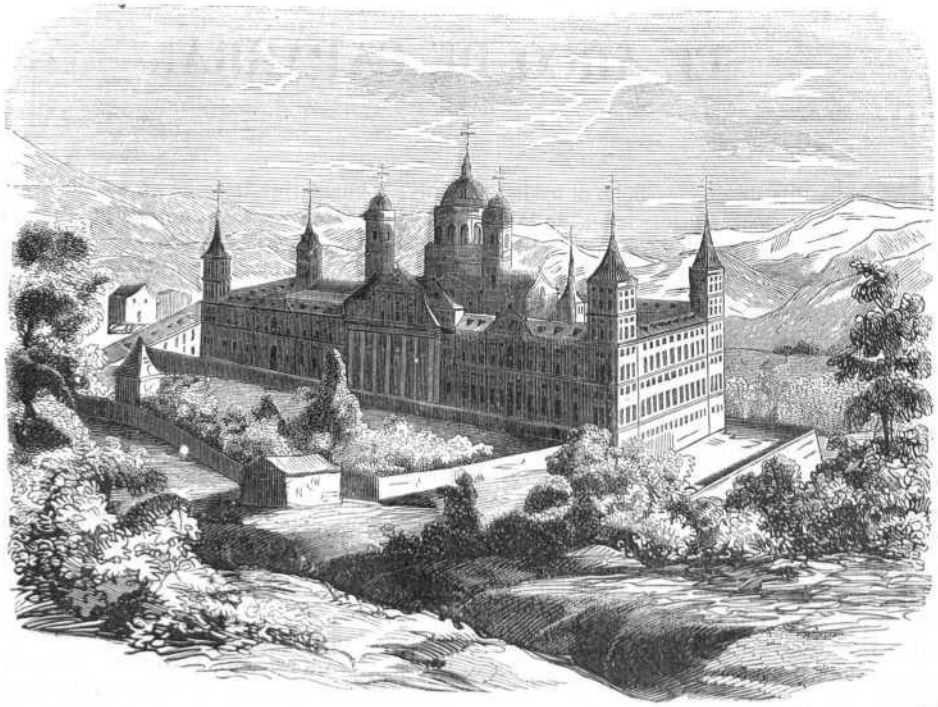
Concluiremos este artículo con una observacion. Sabemos y es un hecho indudable que los romanos acostumbraban erijir sus sepulcros en las vias públicas, y de estos son muchos los que nos quedan. En Vienne (Francia) existe uno á quien el vulgo llama de Pilatos y que sin embargo se cree levantado en honor de algun famoso ú opulento hijo de aquella ciudad; es de la misma forma y un poco mas pequeño que este nuestro, siendo de notar que aquel tiene una pirámide encima de la bóveda que lo cubre. ¿Podriamos mirar á este de Caparra construido con igual fin?

Nuestro Ponz trae la siguiente inscripcion cuyos caracteres se leian en uno de los pedestales de que arriba hemos hablado y copio cuando le visito.

BOLSEA... FID....
PELL... F... MA...
M. FIDIUS... MACE...
TESTAMENTO. F.

La cual pueden examinar los versados en el estudio de las antigüedades por si arroja alguna luz acerca del orígen y objeto de este monumento.

El dibujo que acompaña este artículo es copia exacta de una vista que ha tomado y pintado un distinguido artista. FRANCISCO W. PLAZA.



LA RESPUESTA.

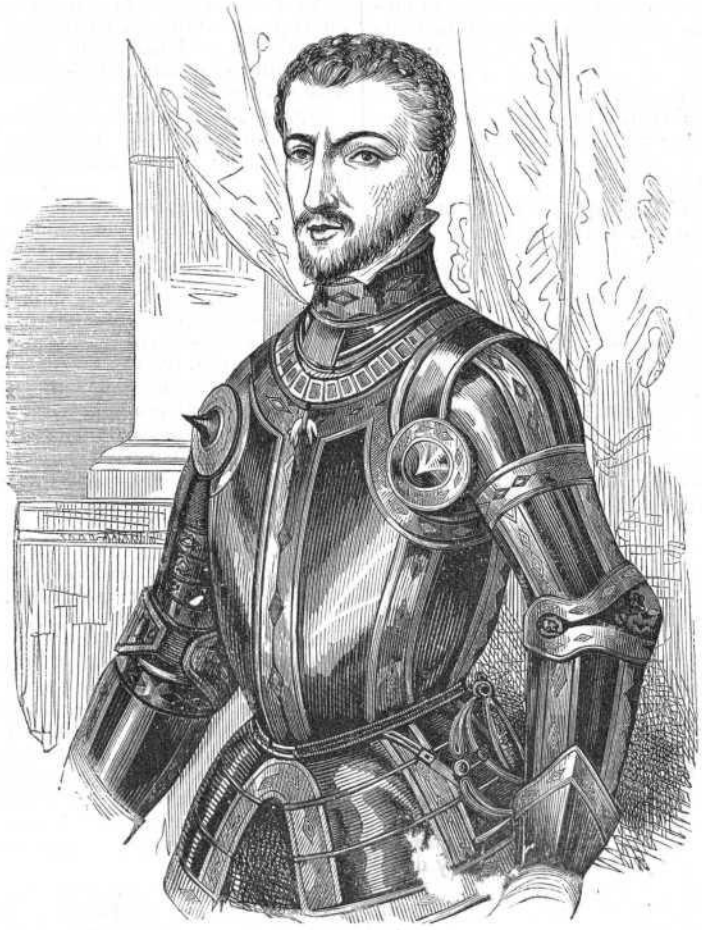
«Amor condusse noi ad una morte
DANTE.

—Perez, dentro de una hora vendreis por mi respuesta.

El fiel servidor se inclina; pero al retirarse dirige una mirada dolorosa hácia Isabel, mirada que revela un pensamiento de horror.

No lo reparó ella: rompió con impaciencia el nudo de seda que cerraba la carta que acababa de recibir, y recorre con ardientes y ávidos ojos las palabras de amor trazadas en ella. Su corazon late fuertemente, su fisonomía pálida descubre su emocion; pe-

ro la sonrisa de un deleite celeste contrae sus lábios! Sabe que es amada!.... amada, la reina delicada y tierna que vive sujeta á un tirano! amada, la fresca y pura flor llena de hermosura, entregada á un viejo caduco y licencioso: amada por el dulce objeto de sus ensueños mientras vivia bajo el cielo de la Francia, por aquel á quien su misma madre le habia mandado amar; amada por *aquel* cuyo retrato de esmalte guarnecido de pedreria conservó ella cuidadosamente en su seno; amada por don Cárlos que fué su prometido y que estaba destinado á ser su esposo! Formulado este último pensamiento, una lágrima abrasadora alteró la espresion de felicidad que se habia pintado un momento en sus bellas facciones. Represéntase á su imaginacion el rostro sombrío de Felipe II: ya no es Isabel aquella jóven princesa de Valois que alargaba las mas dulces ilusiones, las mas risueñas esperanzas! es ahora la reina de España, prisionera en el monacal palacio del Escorial!.... pobre Isabel!.... En aquellos momentos en que puede evadir la escrupulosa vigilancia de Felipe II se retira á una humilde celda destinada á sus oraciones: el hermoso cielo de mediodia que atraviesan brillantes nubes argentadas y purpurinas refleja sus trasparentes matices en aquellas sencillas vidrieras sujetas con varillas de plata: la hermosa reina prefiere á su trono la modesta silla de terciopelo negro claveteada de oro en que suele sentarse, y desde la cual registra con sus miradas todo el campo, donde acaba de pasar don Cárlos montado en su soberbio caballo árabe.—Qué hermosa se muestra asi, despojada de sus atavios de reina, y ciñendo su gracioso cuerpo, un vestido blanco que oculta castamente sus formas recogiéndose en angulosos pliegues á su planta. Aun se parece á la tierna doncella de Valois que bajo el clima de su pais natal se recreaba con sus fascinadores ensueños de amor! Apoya lánguidamente un codo sobre la mesa donde suele escribir, aspira el aroma de las flores que Perez acaba de presentarla, flores que don Cárlos ha cortado con su propia mano para la amada de su corazon, y entre las cuales ocultó la carta que acaba de abrir, y en cuyas tiernas espresiones fija ahora sus ojos ligeramente arrasados de lágrimas. Sus ilusiones la hacen olvidar lo presente: aun la queda alguna esperanza de recobrar su perdida felicidad, y su ardiente imaginacion la embriaga con los halagos de un amor imposible y criminal: recuerda aquellos dias en que su madre Catalina de Médicis la condujo á las fronteras de la Francia. Entonces era dichosa, y se dejaba mecer su alma por la dulce indolencia que inspira una calma nunca interrumpida: entonces pasaban sus dias en dulces juegos con su hermana Margarita, cuya vida participará de todas las agitaciones y contratiempos de la intriga, pero trascurrirá sin honda pena y tormento, sin pasion profunda y destructora.



Felipe II.

Hablaban juntas de su prometido don Cárlos; despues ponia ella sus puros lábios en el retrato de esmalte que llevaba colgado á su pecho..... Pero un dia aquel retrato le fué arrebatado por su madre: el mismo dia en que don Cárlos debia presentarse á sus miradas en la tienda real erigida para recibirlas. Isabel olvidó la pérdida del medallon; nada le importaba la imágen si pronto iba á verse dueña del original: su querido don Cárlos iba á pertenecerle.... Pero, oh sorpresa! al poner la planta en el umbral del régio pabellon no fué don Cárlos, no fué el jóven y gentil príncipe el que se presentó á ella: quien se adelantó á recibirla fué un viejo de aspecto severo, revestido de un traje sombrío, de semblante pálido y arrugado: y aquel viejo fué el que recibió su tierna y sonrosada mano llena de vida, en la suya nudosa y helada.—Isabel dió un paso atrás como sorprendida, y sin atre-

verse á desplegar sus lábios dirigió una mirada á su madre como preguntando aquel estraño cambio.—Sois reina de España, la respondió Catalina con su sonrisa italiana: mejor es que infanta! Y unió violentamente la mano de su hija á la mano del caduco rey; puso en el régio tálamo de Felipe II, aun frio con la muerte de dos reinas, á la prometida de don Cárlos, la princesa querida del primogénito de Felipe.

Huyéronse los dos jóvenes largo tiempo, sumergidos en una desesperacion reconcentrada y taciturna. Por mucho tiempo procuró don Cárlos evitar el encuentro de Isabel; pero la fatalidad habia unido sus destinos: una sola mirada que ambos se trocaron, semejante al beso de Francesca de Rimini y de Paolo, les reveló todo el poder incontrastable de su pasion.—Volvieron entonces á la vida, á una vida de enagenamiento y de delirio que reclamaba imperiosamente un instante de felicidad que calmase su embriaguez en el helado seno de la tumba!

Aquella sola mirada les bastó para comunicarse todo el veneno de su suerte. Cárlos comprendió por ella que Isabel le pertenecia, y que su reunion no podia menos de verificarse, ó en la tierra ó en el sepulcro. Nada les importa ni el cadalso que podrá erigir Felipe, ni el veneno que en las sombras del secreto depositará en su copa el irritado y celoso monarca.

Encarga el príncipe á su fiel criado Perez, su confidente y amigo, que entregue una carta á Isabel: esta carta solo se reduce á una palabra: *Huyamos*! Isabel le contesta en estos términos:

«Si, huyamos; huyamos á pesar de la afrenta que recaerá sobre mi cabeza; huyamos á pesar de la terrible sentencia que ven mis ojos por todas partes escrita en caracteres de fuego: corramos á ocultarnos en los desiertos de ese nuevo mundo descubierto por Colon. El cielo nos habia unido:—tal vez el cielo nos perdone, y si nos maldice ¡ay! si la mano del Omnipotente nos detiene en nuestra huida, si descarga furiosa sobre nosotros y nos hunde en el infierno.... al menos no nos veremos precisados á estar divididos en la tierra; estaremos reunidos como Francesca y Paolo!—Huyamos!»

Tiende la noche su oscuro manto; vuelve Perez por la respuesta: recíbela, ocúltala en su jubon, y sale de palacio por un corredor secreto. Isabel, asomada á su ventana le sigue con la vista; su sangre arde en sus venas, y se precipita á su cabeza tiñendo de grana sus mejillas, y haciendo latir sus sienes con un movimiento febril. Una hora falta: una hora todavia!.... y despues la felicidad, ó la muerte!

Oye de repente un grito de agonía: vé brillar en la oscuridad multitud de teas encendidas: divisa á Perez bañado en su sangre y rodeado de varios hombres armados. Entre estos vé á Felipe II, cuya inmóvil figura se destacaba sobre el fondo sombrío de la atmósfera. El rey estaba leyendo una carta.... la respuesta de Isabel al príncipe don Cárlos!

Aquella misma noche se presentaron los grandes de España vestidos de luto en el palacio de Felipe á dar el pésame á su rey por la repentina muerte de su primogénito.

El atahud de don Cárlos estaba depositado en una de las bóvedas.

La primera caja mortuoria que entró en el régio panteon despues de aquella, tenia en la tapa de terciopelo negro, bordada con oro, esta inscripcion.

Isabel de Francia, reina de España.



M.M.

UN AMOR DE ESTUDIANTE.

(Conclusion.)

IV.

Una mañana que solo en mi reducido estudio, estaba á la vez tiritando y echando cálculos para ver de salir de mi apurada situacion, ví entrar por mis puertas á un anciano bastante fresco, el cual sin decir palabra se lanzó á mi cuello, apretando de tal modo, que si prolonga un minuto su abrazo, me asfixia sin necesidad de carbon.

—¡Qué! ¿no me conoces? ¿No recuerdas á tu tio Paco?

—Y aun cuando sea V. mi tio Paco, es esta una razon para que pretenda ahorcarme? repliqué amostazado.

—Pero hombre, ya veo que no caes en mi. ¿Qué, te has olvidado del tio que tenias en las Indias?

—En las Indias, ¿eh? ¿Habia tenido V. en aquel pais frecuente comunicacion con los estranguladores? Pues ya veo que V. perfecciona el procedimiento, porque no hace uso de cordeles.....

—¿Qué hablas de cordeles ni de estranguladores? Pues por cierto que recibes bien á un pariente que viene decidido á partir contigo y tu familia el fruto de tantos años de destierro y privaciones.....

Al oir estas últimas palabras se disipó como la ligera niebla al puro rayo del sol mi anterior incomodidad, y esclamé con no sé qué apóstol evangelista ó lo que ustedes quieran.

Benedictus qui venit in nomine domini.

Y abriendo los brazos me arrojé al cuello de mi bondadoso tio, el cual apreciando la intensidad de mi cariño por la fuerza del abrazo, tartamudeaba medio sofocado:

—Aprieta cuerpo de tal! Eso se llama obrar como se debe!—Lo que si quiero desde ahora advertirte es que yo no entiendo el francés sino á duras penas: con que háblame en español—ni una palabra he entendido de las que acabas de decir.

No pude menos que sonreirme al oir aquel enorme error lenguístico del buen indiano; pero disimulé lo mejor que pude y le contesté que no usaria en nuestras conversaciones sino de la lengua de Cervantes.

—Ahora bien, puesto que estamos de acuerdo, vamos á lo mas urgente. Yo llegué ayer á esta Babilonia y por consiguiente no conozco ni siquiera una calle, quiero visitar todas las curiosidades en poco tiempo y para esto necesito de un guia como tú, esperto y complaciente.

—Supongo que habrá almorzado V.

—Sí, hombre, á las siete.

—Pues entonces voy á buscar un coche, y emprenderemos en seguida nuestras correrías.

—Tengo uno abajo: con que ponte la levita y vamos.

Dime la mayor prisa posible para seguir al tio, esperanzado en que Rosa no podia volver hasta dentro de media hora de la calle, y decidido á ocultar á mi pariente aquel trato hasta sondearlo y ver qué ideas tenia acerca de aquella costumbre escolar, pues temia perder su buena gracia; mas no habia tenido yo en cuenta mi mala estrella.

El diablo que todo lo añasca hizo que en el momento de subir al coche y ya con el pié en el estribo, apareciera mi señora, la cual agarrándome sin ceremonia por un brazo me dijo en alta voz:

—¿A dónde vás?

—Voy á acompañar á este señor que es mi tio á ver la curiosidades de Paris.

—¿Y en coche, y sin contar conmigo? ¿En que concepto me tiene V.? gritó chispeándole de cólera los ojos.

—Muger, no seas tonta. ¿Cómo quieres que sin preparar antes al tio le hablara de ti?

—Sí; pero entretanto V. vá en coche como un du-

que, y yo tendré que pasar el dia sola. Asi son los hombres: tiranos, déspotas, caribes....

—No seas imprudente. Súbete pronto á casa, que yo vendré á comer.

Y me entré en el coche, con la esperanza de que mi tio que tomaba el latin por francés no habria entendido una palabra de cuanto habia pasado; pero me olvidaba de que hay un lenguaje que entienden todos los hombres: la espresion del rostro y el ademan. No bien me senté al lado del buen anciano cuando me empezó á hacer tantas y tales preguntas, que tuve por buen acuerdo confesárselo todo. Oyóme con mucha atencion, y cuando hube acabado me dijo:

—Si estás seguro de que el hijo que esperas es tuyo, no debes abandonar á esa muger; pero es necesario que veas cómo lo arreglas, pues tu padre no te ha mandado á Paris para que te enlaces con una griseta, sino para hacerte un hombre de provecho. En cuanto á tus deudas, yo las pagaré, y como no tengo mas herederos que ustedes, te asignaré otros 250 francos, con lo cual paréceme que podrás vivir decentemente y sin necesidad de recurrir á nadie.

—Tanta generosidad....

—No hablemos mas de esto por ahora. ¿Por dónde empezamos nuestras escursiones?

—Por la catedral de Nuestra Señora.

—Qué me place. He leido con sumo gusto la novela que con este título escribió el famoso Victor Hugo....

No es mi ánimo hacer visitar á ustedes los monumentos de Paris, ni menos el referir menudamente las conversaciones que tuve con mi tio acerca de mi situacion durante su corta permanencia en aquella capital. Bastará que diga solamente que al partir me dejó unos cuantos miles de francos ademas de la asignacion mensual que me habia señalado desde su llegada.

Volvamos á mi Rosa. Habíala mi tio acabado de echar á perder con su generosidad y la bondad de su corazon. Ella que cuando queria era una de las criaturas mas amables y seductoras que he conocido, habia embaucado al buen anciano de tal modo, que no solo dejó de desaprobar el estado en que yo vivia, sino que al partir me recomendó mucho que no abandonara aquella pobre chica, y me prometió encargarse de todos los gastos que nos ocasionara el pequeño estrangero que esperábamos desde su salida ó su entrada, si ustedes lo prefieren, en el mundo. Pero el escelente anciano habia empeorado sin saberlo mi situacion: habituada la niña con sus larguezas á mayores gastos que los que podia soportar la doble asignacion de que entonces gozábamos habia dado rienda á sus tendencias de gran señora y apenas á fuerza de costosos sacrificios satisfacia el mísero amante alguna de sus estravagantes exigencias cuando ya habia en la palestra otra ú otras aun mas difíciles de satisfacer.

—¿Y por qué no la plantabas de patitas en la calle? gritó enfadado el polaco.

—¿Podia acaso hacerlo en el estado en que se hallaba?

—Es verrrdad—me habia olvidado.

—Pero ya es tiempo de que entre á figurar en esta lamentable historia el traidor amigo, que como otro Judas, y con mas felonía si cabe vendió villanamente á su mejor amigo, á su bienhechor. Vivia....

Echemos un trago antes, mi querido orangutan.

—Sí! sí! un trago á la muerte de ese Judas! gritaron todos.

V.

—Como iba diciendo, vivia en el cuarto contiguo al que habitábamos un estudiante portugués, el cual era conocido con el nombre de Da Silva, aunque segun la rancia costumbre de los finchados fidalgos de su patria firmaba diez y seis ó veinte dictados entre nombres y apellidos. Este tal cursaba medicina, y estaba ya muy adelantado en la carrera; por lo cual me habia asistido en una leve enfermedad que tuve empezando de este modo nuestra amistad que andando el tiempo llegó á ser muy estrecha. Vivia este estudiante, lo mismo que yo, es decir, en un estado semi-matrimonial con otra griseta; si bien con la diferencia de que aquella era verdadera, y por consiguiente tenia las prendas que dije antes pertenecen como patrimonio á aquella raza de chicas encantadoras—pero vamos á mi cuento. Da Silva que al principio se habia mostrado modesto, lleno de pundonor y hasta generoso en demasía, comenzó luego á esplotar la mina de mi amistad ni mas ni menos que lo hacen los ingleses con Portugal, su mas antiguo y fiel aliado. Se venia solo ó con su muger á almorzar y á comer casi todos los dias; me fumaba mi tabaco, y en su franqueza llegó no solo á ponerse mis levitas y fracs, sino que una vez llevó no poca ropa mia á una casa



Da Silva.

de empeños para salir de un apuro en que se veia.

Ya pueden ustedes suponer, puesto que conocen mi carácter y temple, que solo sufria estas cosas al portugués porque le creia mi verdadero amigo; pero pronto hube de desengañarme, y de tan ruda manera, que me quedará el recuerdo indeleble para toda la vida; mas no adelantemos los sucesos. Acercábase entretanto el momento para mí suspirado, de ver un renuevo mio, cuya sensacion no es fácil que la comprenda sino el que haya pasado por ello. Cada dia estaba mas impertinente y mas antojadiza mi Rosa, y yo mas enamorado y complaciente; con lo cual iban tambien rápidamente empeorando mis circunstancias, y cerrándoseme todos los caminos para mi remedio; pero yo, cada vez mas desatentado, aunque conocia que aquella conducta me iba acercando á un precipicio, retardaba el tomar un partido que todo lo salvase, diciéndome entre mí mismo que siempre estaria á tiempo.

Llegó en esto el suspirado dia, y tuve por fin el indecible placer de ser padre.

—Qué padrrre! buena escuela darias á tu hijo con la cabeza que tienes! dijo el polaco.

—Eso te importaba á ti bien poco, mi querido oso del norte; pero prosigamos la historia.

Aquel placer debia ser tan efímero como ruinoso para mí. Los primeros gastos del recien nacido, inclusos los del bautismo me pusieron en el mayor apuro en que hasta entonces me habia visto. Tuve que empeñar en la rotonda del Temple hasta mi última alhajuela, bien que el interés que exigian sobre el dinero prestado, no era muy escesivo—un cinco por ciento mensual.

—Qué barbarrridad!

—No tienes porque asombrarte, mi querido sármata; aqui en Madrid es moneda corriente entre pres-

tamistas. Es un robo ciertamente; pero aun así y todo, no deja de ser un recurso en ciertos estremos. Pasó mi Rosa los primeros dias de sobreparto con mas antojos y melindres que una duquesa; pero cuando la ví ya repuesta del todo, la llamé á capítulo una mañana y le participé que aquellos desórdenes en casa no podian seguir por mas tiempo, y que esperaba que no daria lugar con su conducta á nueva advertencia.

Oyóme séria y cabizbaja y no me contestó ni una sola palabra. No dejó de causarme cierta estrañeza tan inusitada moderacion; pero lo atribuí á reflexiones hechas durante su convalecencia, ó bien á un cambio natural producido por la mudanza que se habia efectuado en su vida. Llevéle aquella tarde billetes para el teatro *des Varietés*, por el cual tenia gran predileccion; pero se negó á ir pretestando que era necesario empezar á acostumbrarse á la economía. Lo dijo con cierto retintin; pero acostumbrado yo á sus impertinencias no paré la atencion en ello.

Por aquel entonces se habia hecho Da Silva tan de casa que casi no salia de mi cuarto ni de dia ni de noche; y como era médico, me habia sido de no poca ayuda y consuelo en el trance de Rosa y en los achaques de madre é hijo en los dias subsiguientes. Su asidua asistencia en casa me era tanto menos estraña, cuanto que el portugués habia reñido con no sé que pretesto con su muger, que de paso sea dicho, era la flor y nata de las grisetas del *Barrio Latino*. El estudiante tenia por junto 60 francos mensuales de alimentos; y con aquella cortísima suma comian y bebian y pagaban la casa; que el lavado y planchado lo hacia ella, ademas de la cocina y casi todo lo que habia que coser.....

—Aun así, parece imposible que con doce napoleones vivan un mes dos personas, y paguen ademas la casa en una poblacion como Paris.

—Aquella capital, querido decano, como casi todas las grandes ciudades, ofrece los medios de vivir con la mayor esplendidez lo mismo que con la mayor economía, segun los recursos ó los gustos de cada cual. El hecho es que Da Silva no solo vivia con aquella mezquina mensualidad, sino que siempre iba muy aseado: verdad es, que, como creo haberlo dicho antes, no era el fidalgo nada *preocupado*, y solia usar con singular franqueza los fracs, levitas, sombreros, y hasta las botas de sus camaradas; pero otros muchos camaradas mios que no tenian mas que él, vivian tolerablemente sin profesar aquellas doctrinas sansimonianas.

VI.

Tendria mi chico como unos dos meses, y se iba criando sobremanera robusto, cuando se le presentó una erupcion cutánea muy abundante. Da Silva recetó no sé que untura; pero yo no quise que se emplease hasta oir el dictámen de un antiguo médico de mucha reputacion con el cual tenia estrechas relaciones de amistad. Vino este y prohibiendo toda especie de tratamiento esterior, recetó algunos refrescantes diciendo que la erupcion era sanguínea y que con solo esto iria cediendo y desapareceria muy luego. Empezamos á seguir aquel método y aunque lentamente iba cediendo la erupcion del niño, el cual iba poniéndose cada dia mas hermoso.....

Los que no han tenido hijos no pueden formarse una idea de las sensaciones que esperimenta un padre con las primeras sonrisas de su primogénito, y lo melodioso que es á su oido el blando ceceo y las primeras sílabas que acierta á pronunciar.

—Esa es una reminiscencia de Byron, dijo el polaco.

—Sí: Byron ha hablado de lo dulce que era *The lisp of childrum, and dheir earliest words* (1); pero esto no le ocurrió como poeta, sino como padre y padre desgraciado; pero prosigamos.

Pasaba yo noches enteras, inclinado sobre la cuna de mi hijo, velando sobre su sueño, espiando su naciente sonrisa, atreviéndome apenas á posar mis lábios sobre su frente infantil por no turbar su reposo.... Por aquel tiempo recibí una carta de un americano condiscípulo mio y mi mejor amigo, el cual se hallaba hacia algun tiempo en el *Havre*, á donde habia ido á convalecer de una grave enfermedad que habia sufrido en Paris. Decíame que si queria darle un apreton de mano antes de que dejara para siempre la Francia, que me pusiera en camino en cuanto llegase á mis manos su carta... Yo que le tenia por el mejor de mis amigos, dispuse al momento mi partida, esperando estar de vuelta al dia siguiente en la tarde ó á mas tardar dentro de dos ó tres dias; pero Dios habia dispuesto otra cosa.

Cuando llegué al *Havre*, me quedé asombrado cuando me dijo el corresponsal de los padres de mi amigo á cuya casa fuí á tomar informes, que el jóven estaba en peligro inminente de muerte. Habia tenido en un baile ciertas palabras con un oficial de marina, de cuyas resultas se habian batido al dia siguiente. El oficial habia sacado dos estocadas en el pecho que se creian mortales, y mi amigo una sola, pero en el costado y de mucha gravedad. Apresuréme á llegar á la posada en donde vivia; pero no me fué posible verlo, pues el médico que le asistia habia prohibido que entrasen á su cuarto otras personas á escepcion de sus practicantes. Consoláronme empero las esperanzas que me dió aquel sábio profesor, el cual me aseguró que si amanecia el dia siguiente sin haber entrado el delirio que temia, dentro de cuarenta y ocho horas no solo podria verle, sino que ya estaria fuera de peligro. La calentura no se presentó y el médico fiel á su palabra, me llevó dos dias despues al cuarto de mi amigo, declarado ya en convalecencia. Ocho dias estuve con él, y como ya se levantaba, resolví marchar á Paris, pues el pensamiento de mi chiquillo no me dejaba gustar ni un solo instante de sosiego. Durante mi viaje, agitáronme los mas negros presentimientos: esforzábame en desecharlos tratándome yo mismo de visionario; pero ¡ay de mí! pronto iba á verlos confirmados.

Al llegar á mi casa, tropecé con la portera, honrada normanda que siempre me habia sido muy adicta, y á la cual habia yo recompensado con largueza sus pequeños servicios en mas de una ocasion.

—¡Ah! señor, me dijo, apenas me vió, aun llegais á tiempo.

—Cómo, le pregunté, pues qué hay?

—El niño está muy malo....

No oí mas. Subí las escaleras saltando de cuatro en cuatro escalones y no paré hasta la cuna de mi hijo. Estaba agonizando—Ni el mas mínimo vestigio quedaba de la erupcion; pero arrojaba sangre por boca y narices; y hasta por los ojos y los oidos—Por un movimiento instintivo é inesplicable, me precipité hácia la sola mesa que en el cuarto habia, y en un botecito blanco de porcelana ví los restos de una untura—No dije ni siquiera una palabra; pero en mi corazon juré tomar de aquello una espantosa venganza.

Hice llamar á aquel médico de que ya os he hablado, el cual no llegó hasta la noche—El niño habia muerto..... Sin hablar palabra presenté á mi sabio amigo la untura, el cual despues de examinarla por largo rato, me dijo con tono grave:

—Si quiere V. perseguir judicialmente al que ha recetado esta untura, cuente V. conmigo. Es una untura de caballo..... un verdadero asesinato.

—Prefiero vengarme por mi mano, le contesté.

—Vea V. lo que hace, y en cualquiera ocasion cuente V. conmigo. Y alargándome la mano, salió sin pronunciar ni una palabra mas.

—¿Y qué hiciste? preguntó el Polaco.

—Voy á acabar—Al dia siguiente al volver del cementerio adonde habia ido á acompañar los restos de mi amado niño, me encontré la casa abandonada. Habian forzado el cajon de mi escritorio y llevádose hasta mi último franco. Llamé en el cuarto del portugués y como no me respondiesen, bajé á la portería, y allí supe que hacia tres dias que se habia mudado, sin decir su nuevo domicilio. Tuve valor para callarme y

(1) El ceceo de los niños y sus mas tempranas voces. Don Juan, canto primero.

esperar. Pasó mucho tiempo sin que pudiera conseguir ninguna noticia de ninguno de los dos séres á quienes habia jurado un rencor implacable. Concluí mis estudios y regresé á mi pais, llevando en mi corazon aquel deseo ardiente de venganza cuyo fuego consumia mi vida.....

—Voy viendo interrumpió el polaco que acabarás como Dido.

.....Moriemur inultae!
Sed moriamur, ait, Sic. sic jubat ire sub umbras.

—No. La suerte me deparaba una completa venganza. En 1843 volví á Paris de paso para Suiza. Una noche que á ruego de algunos compañeros, fuí á uno de los bailes de *Mabille*, distinguí entre las grisetas una que me pareció la que por tanto tiempo habia buscado. Acerquéme y la llamé por su nombre, teniendo la dicha de que no me reconociera. Mi barba crecida y los años que habian pasado me habian desfigurado completamente. Ya sabeis lo fácil que es una de aquellas conquistas—A los pocos minutos, salimos del brazo, siguiéndome ella sin ninguna sospecha hasta lo mas retirado de la alameda que conduce al arco de la Estrella. Convencido de que estábamos perfectamente solos, saqué un puñal que desde la época de su desaparicion llevaba siempre conmigo, y aunque al ver relucir el arma quiso gritar, la contuvo el temor de la muerte y mas que todo el espanto, que le causó el oir mi nombre. Preguntéla si sabia en donde estaba el traidor amigo; pero aquel infame la habia abandonado pocos meses despues de su reunion robándola á su vez. Tenia por consiguiente que empezar mi desagravio por la parte mas repugnante: era muger y no me resolví á matarla; pero quise imponerle un castigo tal vez mayor privándola de su hermosura. Rasguéle en cruz la cara de arriba abajo con mi puñal, y arrojándola mi bolsillo, regresé apresuradamente á mi posada. Al dia siguiente salí para Ginebra y despues de un viaje corto por Suiza, quise visitar la Savoya y salí para *Aix-les-Bains*. En aquella ciudad, punto de reunion de muchos estrangeros en la estacion de las aguas, hay una especie de Casino, conocido con el nombre de *Cercle*, en donde se reunen los bañistas para pasar las veladas bailando ó jugando segun las inclinaciones de cada cual. Juzgad de mi contento al descubrir la primera noche entre los jugadores al Doctor Da Silva! que asi oí que le llamaban sus contrincantes. Ya os he dicho que era muy finchado y altanero aquel bribon, asi que, me fué facilísimo trabar una disputa con él cuyo resultado fué una bofetada. Escribí en un papel las señas de mi casa, y al dia siguiente á las seis vinieron á entenderse conmigo los testigos del portugués. Roguéles que me aguardaran un momento, y me fuí á la agencia de los vapores del lago *Bourget* que van á *Lyon*. Tomé mi boleta para las diez de aquella mañana y volví volando á la posada llevándome de paso al Vizconde de B..... caballero francés con el cual habia hecho yo el viaje de Suiza, y que estaba en *Aix* hacia algunos dias.

Las condiciones estuvieron muy pronto arregladas, habiéndome yo negado á transijir en lo mas mínimo. El duelo debia verificarse con dos pistolas cargadas, á veinte y cinco pasos, marchando el uno sobre el otro, y haciendo fuego á voluntad. Colocámonos en frente uno de otro y á las tres palmadas de los testigos, comenzamos á andar lentamente apuntándonos con la pistola de la mano derecha: á los tres pasos disparó el portugués su primera pistola cuya bala atravesó mi sombrero. No queria yo tirar por mi poca vista hasta que la distancia fuese mucho menor; pero viendo que mi contrario pasaba la pistola de la mano izquierda á la derecha, no quise sufrir un segundo tiro, sin probar fortuna, y apuntando lo mejor que pude, disparé.—Detúvose y vaciló mi contrario; pero afirmándose de nuevo disparó su última pistola, sin punteria esta vez, pues la bala pasó á mucha altura sobre mi cabeza. Estábamos ya á tan corta distancia que me repugnaba á pesar de mi justo rencor, usar de la segunda pistola. Habíase detenido Da Silva mirándome con ojos vidriosos como los de un cadáver, y una espantosa palidez cubria su rostro. De repente llevóse la mano al pecho, y dando un grito inarticulado, cayó redondo en el suelo. Precipitáronse los padrinos á socorrerlo; pero era ya tarde—habia muerto.

—Demonio! Eso es horr—ible, gritó el polaco; pero me alegrrro. Erra un brrribon ese Da Silva.

J. Heriberto Garcia de Quevedo.

EL VERANO DE 1848.

UN DIA EN MADRID.

ROMANCE.

A mi amigo Manuel M. Santa Ana.

I.

Empiezo por *el principio*,
lo cual es cosa bien rara,
pues veo que por *la sopa*
todos empiezan en casa.
La deliciosa canícula,
de los trópicos hermana,
á fuego lento nos quema,
con lo cual nos pone *en ascuas*.
¡Qué envidiable es el verano
con la vida cortesana!
Madrid es *un paraiso*:
cada calle es una fragua,
y cada casa es un horno
dó los mártires se abrasan.
Rompe del cielo la túnica
el astro de la mañana,
que es como si te dijera
tenemos *al toro* en plaza,
¡sale el sol! Bellos cambiantes
con tintas de oro y de grana
—dicen—luce en su corona;
mas como tengo la falta
de que soy curioso á medias,
nunca abandono la cama:
es capricho de mal gusto
personarse con el alba,
y que te barran la ropa
los de la limpieza urbana.
Por fin, Manuel, dan las nueve
y te despegas las sábanas,
pones los huesos de punta,
y si eres limpio, te lavas.
Almuerzo pides, por fórmula,
pero ni un bocado tragas,
y esto lo digo de tí,
porque lo mismo me pasa.
Despues, escribir intentas,
buscas asunto y no hallas,
muerdes rabioso las uñas,
y la cabeza se carga,
sin que conseguir pudieres
haber dado una plumada;
sientes estupor: Morfeo
te cobija con sus álas,
pero quieres desterrarle,
y pluma en ristre le atacas;
entonces, si algo produce
tu pobre mente estrujada,
ha de ser tan soporífero
como este romance en *aa*.
Y ¿qué haces despues? ¿Dormir?
te echa el calor de la cama.
¿Leer? ¡Buena cosa intentas!
El *Quijote de la Mancha*,
y las obras de Quevedo
habrás de tirar con rabia;
(si cojes á Moratin
te duermes una semana).
¿Qué harás entonces? ¿Visitas?
¡Jesus! ¡Ocurrencia brava!
¡Ir desde Scila á Caribdis!
Las visitas son pesadas,
y en el verano, que á tientas
te introducen en la sala,
saludas á una consola,
y con el espejo charlas!
¿Quieres visitar? ¿A quién?
Todas tus amigas, tránsfugas,
siguiendo el paso á la moda,
se habrán marchado á la Granja,
al Escorial, á Cestona,
á Biarritz, Segovia ó Caldas;
si algunas viajar no pueden,
por la crisis pecuniaria,
viaja su orgullo en la mente,
y no reciben en casa,
ó se ahogan *en la orilla*,
que esto conviene al que marcha,
para gozar la frescura,
á Chamartin ó Aravaca.
Un solo recurso tienes
en el verano, Santa Ana;
¡el baño! Yo te saludo,
estrecho atahud de agua!
¡Salve, pila, imágen cierta
de nuestra última morada!...
Y despues de haber tomado
de fuego un baño, te encajas
en agua, no siempre limpia,

por seis reales de plata.
Sales muy fresco á la calle,
y cuando llegas á casa,
ya el sol liquidó tus tuétanos,
y el sudor surca tu cara.
¡Oh sol!... Malditos poetas
los que entusiastas le cantan!
Es seguro que en invierno
la inspiracion les asalta!
Venid, poetas cantores
del astro de la mañana;
venid al cerro del Angel
á ver si al fuego del alma,
el fuego del mediodia
el entusiasmo le abrasa.....
Adios, Manuel: hasta luego,
porque la sopa me aguarda.

II.

Han dado, amigo, las ocho:
la hora de la siesta pasa,
mete tu cuerpo en *la prensa*
(vulgo frac), y al Prado marcha.
¿Tienes mal humor? ¡Qué diablo!
Miralo todo con calma,
aunque lleves la razon.
Ibas á comer sin gana,
y ayudaron tu apetito
cuatro moscas en la salsa,
dos mosquitos en la sopa,
con pelos de la criada;
pegado estaba el puchero
y era un vomitivo el agua.
¿Qué quieres, Manuel? ¡Delicias
de la vida cortesana!
Faja tu pescuezo pronto
con la *cómoda* corbata;
vamos á gozar al Prado:
¡media legua está de casa!.....
¡Yá llegamos! ¡Qué de gente!
¡Hoy tenemos buena entrada!...
¡Huele á estofado y cazuela!
¡Huy! ¡qué trajes! ¡qué antiguallas!
¡Qué lujo se ostenta al lado!
Estas son personas *altas*;
¡Fusion! suprema igualdad
del percal y de la gasa!
¡Qué luces! ¡De gas, y á oscuras!
¡Como progresa la España!
Hoy tristes estan las luces
que el primer dia alumbraban!
¡les dá vergüenza alumbrar
la situacion de la patria!
En el callejon estamos
que *París* el vulgo llama,
y es delicioso sufrir
apretones y pisadas,
andando á paso de buey,
paso entre paso que cansa.
Uno, al volverse te quema,
con el cigarro la cara;
otro te lastima un callo,
ó con el baston te engancha.
Si entre dos flacas te cojen,
con sus puñales te clavan,
y á penas libre te encuentras
de los huesos de las flacas,
dos gordas cierran tu paso,
voluminosas fragatas
que te hacen *pasar por ojo*,
si te dan una *empopada*:
entre carne te confunden,
y por último, te aplastan.
Ven acá: coje una silla;
no es una muelle butaca,
y aunque te atormente el cuerpo,
siéntate, padece y calla.
Mira ese flujo y reflujo
de las personas que pasan....
¡tú sabes tambien, amigo,
los misterios que se callan!
Esto no es del caso, observa
cosas que serán contadas....
Cállate, pues, las intrigas
y observaciones que hagas,
porque siempre son lo mismo.
¿Te sentaste? Mira: paga,
dos cuartos al cobrador,
y á padecer te prepara;
viene un aguador primero,
que los zapatos te empapa,
una florista perversa
que en viendo al lado unas damas
viene á saquear tu bolsa
con sus flores trituradas;
despues llega un bastonero
y te hace un chirlo en la cara
con sus *capas de verano*,
que asi á los bastones llama;
vuelve el cobrador intrépido,
por no disputar le pagas,
y el chico de la candela
te atufa ó quema una manga.
Incesantemente, un polvo
sutil y enfadoso tragas,
sin que la brisa consuele
la irritacion que te abrasa.
Tú me dirás que compensan
aquestas nimias desgracias,
de la parte femenina
el hermoso panorama.
¡Ay, Manuel! hazme el favor
de antes pensar lo que hablas;
dirige la vista al frente....
¡cien feas por cada guapa!
Tú sabes que no pondero;
¡esta es verdad matemática!
¡Feas! feas! siempre feas!
maldiga Dios vuestra raza,
y no volvais á manchar
el Prado, con vuestra planta.
Las pocas bellas que miras
son desdeñosas ó ingratas,
y llevan de admiradores
un cortejo á retaguardia.
¡Ay de mí! ¡Terrible antítesis!
No hallo medio de abordarlas:
¡huyo de ellas si son feas!
¡huyen de mí si son guapas!
Si el gobierno lo entendiese
de hoy la *fealdad* constara
en el padron, y amazonas
hicieran la guerra en Africa;
ó en situacion *de reemplazo*,
á Almagro las enviara
con los oficiales míseros
que desterrados se hallan.
¡Feudo de las cien doncellas,
¡ay! quién te resucitara!
pues cien feas cada vez
(porque de hermosas no hay tantas)
llevara el moro á su tierra.....
¡no le arriendo la ganancia!
¿Qué digo? Manuel, divago;
vamos: el Prado me cansa.
¿Dónde? cerrados están
los teatros; no hay quien vaya.
¿Al Circo de Paul?.... ¡Profano!
¿Qué vás á ver? ¿Las muchachas?
Convengo entonces: no creo
que te muestres entusiasta
de *Kiouny*, Paul y el enano....
¡Qué tres *personas non sanctas*!
Te acompaño hasta la puerta,
y me voy despues á casa;
me ahoga el calor en el Circo,
y mi novia no me aguarda.
Adios. ¡Qué noche me espera!
Daré vueltas en la cama,
con los colchones calientes,
y no muy fresca la almohada.
Allí es mi cuerpo teatro
de escenas sangrientas, trájicas,
donde de actores las chinches
la sangre á placer me sacan;
las pulgas sobre mi cútis
redova y *mazurka* bailan,
y los mosquitos tenores
coro diabólico cantan,
sin contar los saetazos
que contra mi cuerpo lanzan:
se vá el sueño de mis ojos,
maldigo el sueño y la cama.
¡Ay, Manuel! quiero alquilar
aunque sea una tartana,
y me voy.... donde haya nieve.....
¡al *café de la Esmeralda*!!.....

TEODORO GUERRERO.

Con este número recibirán nuestros suscritores un prospecto del CUADRO SINÓPTICO-TIPOGRÁFICO, que vá á publicar el Sr. Serra y Madirolas. Tanto el retrato de S. S. como el plano de Madrid y la fachada de la Basílica de San Pedro, son los primeros trabajos de su género que se imprimen en Europa. Basta saber que todos los recursos de que se ha valido el autor para la composicion de su estampa, consisten en cuadrados, filetes y caracteres comunes de imprenta, para conocer con cuantas dificultades habrá tenido que luchar para hacer que estos materiales se presten á formar las líneas curvas y los caprichos y contornos de su dibujo, particularmente del retrato que será presentado al exámen de uno de los mas famosos pintores de Cámara. La inteligencia del Sr. Madirolas en el arte y su práctica, han conseguido que esta obra de paciencia sea un trabajo de esmerada ejecucion y bellísimo efecto. Los suscritores a nuestro periódico pueden recibirle por DOS REALES MENOS que los que no lo sean. Para esto deben dirigirse esclusivamente al autor, calle de la Montera, núm. 56 cuarto 2.° de la izquierda.

Direccion Redaccion y oficinas calle de Jacometrezo núm. 28.

MADRID, UN MES 4 rs. SEIS 20. UN AÑO 36.—Librerias de Perodo, Cuesta, Monier, Matute, Jaimeboa, Gaspar y Roig, Rarola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografia del Pasaje del Iris y de S. Felipe Neri.
PROVINCIAS. Tres meses 14 seis 24.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerias.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



MORETO. (1)

El teatro español, de riqueza proverbial mas há de dos siglos, está muy lejos de ser tan conocido como su celebridad debiera hacerlo suponer. De doscientos años á esta parte, la opinion de la Europa ha adquirido muy diversos matices, y los títulos de su gloria han sido muy diversamente apreciados, segun las variaciones que sufrieran el gusto y las doctrinas literarias. A principios del siglo XVII, y en la época en que España—próxima ya á su decadencia, aunque todavia nacion de primer órden—hacía prevalecer en todas las Córtes sus usos, sus modas y su idioma; cuando todas las naciones seguian hasta los caprichos de su literatura, no de otro modo que despues lo hicieran con la francesa; entonces su teatro era el objeto de una admiracion universal. No bien aparecian las inmortales obras de Lope de Vega, de Calderon y hasta de sus menos célebres émulos, cuando ya se traducian allende los Pirineos, y se forjaban imitaciones mas ó menos felices, que abastecian á los teatros estrangeros. A ellas debió el gran Corneille el comienzo de su brillante carrera, y todos saben que de las obras de dos poetas españoles de segundo órden, entresacó, no solamente la idea, sino los principales resortes, y hasta los rasgos mas sobresalientes que campean en la primera tragedia y primera comedia, verdaderamente dignas del nombre que la Francia se ha conquistado.

Cambió, empero, bien pronto este órden de cosas. Oprimida la España por un despotismo ignorante, luego huyeron de ella su ingenio y poderío: salida la Francia, por el contrario, de las discordias civiles que detuvieran por largo tiempo sus progresos, elevóse como por ensalmo adonde ella misma no previera, y, lo que es mas, á la sombra del poder absoluto, pero vigoroso é ilustrado, de Luis XIV. Con esto llegó á ser la primera nacion en la política y en

(1) Tomamos de la *Revue des Deux Mondes* este artículo, que nos parece curioso y en el cual hemos hecho algunas supresiones para facilitar su insercion en el SEMANARIO.

la guerra, sin dejar por eso de obtener en la literatura y en las artes mas duradera su preeminencia.

No de otro modo que poco antes la literatura española, la francesa adquirió su esplendor y preeminencia por la poesía dramática. Y de notar es, que en todos tiempos este ramo de la poesía, como regulador exacto del carácter moral y organizacion social de los pueblos, ha sido el instrumento mas eficaz de esa influencia que necesariamente deben unos sobre otros ejercer, mediante á su superioridad intelectual.

Hijo el teatro francés del español, como no nos cansaremos de repetirlo, tomó no obstante diferente giro, aproximándose mas al espíritu, al gusto, á las costumbres de su nacion, y hasta á la naturaleza de su idioma. Racine y Moliére llevaron á cabo esta revolucion, y la tragedia y comedia adquirieron en sus manos la regularidad que nunca en tanto grado hubieran tenido, aun contando las obras de los antiguos. Deslumbrada la Europa con las brillantes obras de la nueva escuela, atribuyó á esta lo que en la realidad provenia del genio incomparable de aquellos dos autores. Cundió el espíritu de imitacion en la Europa civilizada; do quiera el teatro se sometió á la ley de las unidades, do quiera la tragedia y la comedia, circunscritas hasta entonces no con mucha precision, se esforzaron por revolverse dentro de sus mismas ligaduras; y el teatro español, admirado de nuevo, aunque apellidado bárbaro por el severo Boileau, cayó en el desprecio y la oscuridad, confundiéndose casi Lope de Vega con Hardy, pues sus obras, de un mérito indudable, presentaban esteriormente las mismas formas, las mismas irregularidades. Tan poderoso fué el fascinamiento, que hasta la misma España hubo de sucumbir á él, y á pesar de su orgullo nacional, que tan poco fácil debiera hacerla para adoptar innovaciones estrangeras, se la vió desechar todo lo que antes formara el objeto de su admiracion, renunciar á su propia gloria, y aceptar, con las doctrinas dramáticas dominantes al otro lado del Pirineo, los anatemas lanzados contra sus mejores poetas, acusados á la sazon del crímen de no haber conocido ni conformádose con los dogmas literarios de la Francia. Hasta en Madrid expió Lope de Vega, por un ingrato olvido, los triunfos casi exagerados que en vida obtuviera; dejaron de representarse sus obras, no se habló ya de él sino como de un ingenio dotado de una facilidad brillante, pero que, abusando de los dones de la naturaleza, y prodigándolos sin tasa en concepciones monstruosas, no habia dejado monumento alguno digno de arrastrar tras sí las miradas de la posteridad. Y si Calderon, Moreto y Solís cayeron menos en desgracia, debiéronlo seguramente á la circunstancia de haberse acercado algun tanto, en las comedias de *capa y espada*, á la observancia de las anidades y demas exigencias francesas. Por lo que respeta á las comedias históricas ó heróicas, verdaderas tragedias españolas, incurrieron en el mas completo desprecio, como que les era imposible reducirse al plan de la tragedia, tal como Racine la concibiera; y no solo desaparecieron enteramente de la escena, sino que hasta los críticos españoles del siglo XVIII se ruborizaban al mencionarlas, si bien lo hacian como de caprichosos residuos del mal gusto y estravagancia de la época.

Empero, al paso que estos críticos se aliaban á los estrangeros para marchitar sus mas bellas glorias nacionales, algunos de entre ellos, por una chocante anomalía, se esforzaban en probar, que la reputacion de que su teatro habia en otro tiempo gozado, no era en modo alguno usurpada, antes bien descansaba sobre otros títulos que los que le habian sido ahora señalados. Creyendo siempre ver en Lope y Calderon los corruptores del gusto, pretendian que en época anterior, mucho antes de que los franceses adoptaran el sistema, cuya restauracion, ya que no su invencion, se atribuian, otros poetas españoles habian escrito tragedias y comedias regulares. En apoyo de tan estraña asercion, citaban estos críticos los nombres y las obras de escritores desconceptuados y oscuros, á quienes sin embargo se empeñaban en erigir estátuas. Las teorías literarias, así introducidas en España, no tardaron en encontrar genios que las aplicasen. Los que, si bien dotados de talento y luces, carecian no obstante del don del genio, esto es, de la originalidad, no tardaron en dedicarse á la composicion de tragedias y comedias, arregladas al gusto francés por supuesto, y, aunque no mal escritas ni indiestramente conducidas, frias siempre y compasadas, no menos que destituidas de fuego creador. Las comedias rara vez escedieron de una mediania, si esceptuamos las de Moratin y algunos pocos autores.

Una nueva revolucion iba en tanto á sufrir el mundo literario, no menos inquieto que el político. En ambos el espíritu innovador del siglo XVIII se aprestaba á derribar las formas severas y regulares del siglo de Luis XIV; todas las reglas, todos los yugos iban á ser rotos á la vez.

Voltaire fué el primero, que, innovador atrevido por esencia, debia ensanchar los límites á que habian reducido el teatro los débiles sucesores de Racine; el primero á quien cumplia manifestar con el ejemplo los recursos que conservaba la tragedia, considerada bajo un aspecto no tan reducido, y bajo un punto de vista mas en armonía con las ideas y costumbres de su nacion: el primero, en fin, que habia de revelar á la Europa el nombre de Shakespeare, muerto ciento veinte años antes; que habia de dar á conocer varios fragmentos de la literatura china y del Indostan, y habia de presentar, no sin desfigurarlas, algunas escenas sublimes, algunas situaciones dramáticas, siguiendo siempre las monstruosas composiciones de aquel genio inculto y bárbaro. Pudiérase creer, segun los elogios que á aquel gran poeta prodigaba, que su propósito fué, mas bien deslumbrar á sus contemporáneos con una atrevida y brillante paradoja, que hacerles tomar parte en la admiracion de quien él habia colocado bajo su equívoca proteccion.

Voltaire empero abrió bien pronto sus ojos, y espantado en sus últimos años de los progresos de la nueva escuela, que tendia á dar al teatro una marcha opuesta á la de Racine y á la que le habia valido tantos laureles; llegó á indignarse contra los admiradores de Shakespeare, no menos que contra sus pocos atrevidos imitadores.

La lucha entre los dos sistemas se empeñaba mas y mas en Francia: y si los que profesaban las doctrinas, llamadas despues *clásicas*, tenian en su favor el número, el gusto y el ingenio; una fuerte reaccion amenazaba al despotismo, dominante tanto tiempo en las literaturas europeas. Favorecida esta reaccion, estimulada por los odios que contra la Francia provocáran los acontecimientos de su revolucion, y por el espíritu de nacionalidad que en todos los pueblos despertára; manifestóse muy particularmente en Alemania, donde una literatura naciente y rica en genio y originalidad, recibia de la Inglaterra esas formas independientes y osadas, esos marcados toques que caracterizan y constituyen á las producciones contemporáneas.

Shakespeare fué el Dios de esta nueva escuela, y la admiracion de la Europa entera no tardó en vengarle del escandaloso olvido, con que tanto tiempo habia sido amargada su memoria, hasta en el seno de su patria. Los alemanes, principales autores de esta gran resurreccion, quisieron reparar otra injusticia; quisieron rehabilitar el teatro español. Calderon sobre todo, es aun para ellos un objeto de culto, y, no contentos con traducir sus principales obras, han trasladado muchas á la escena germánica, casi sin hacer en ellas ninguna alteracion. Era natural, en efecto, que en el momento de desplomarse las doctrinas dramáticas, que habian arrollado á las de España, y cuando en Francia misma iban aquellas á sucumbir; se desvaneciesen en su totalidad las sombras que por mas de un siglo oscurecieron los renombres de Lope y Calderon. Tal acaeció, y tan unánimemente como habia proscrito antes el teatro español, á guisa de bárbaro y grosero, hoy la Europa reconoce su riqueza y originalidad.

Decirse debe, no obstante, cómo este giro de la opinion pública en favor del teatro español, merece creerse, por muy digno que este sea de tales consi-

deraciones, efecto mas bien de la nueva direccion impresa á los ingenios, que no resultado de un esclarecido aprecio: y efectivamente, los elementos de tal reputacion faltan casi completamente fuera de España. Su teatro, el mas nacional de Europa, está tan estrechamente ligado á la historia, á las costumbres y á los usos del pais, que para bien comprenderlo, es preciso tener nociones muy distintas, que solo se obtienen trás una larga mansion en él. Algunos eruditos comentarios podrán suplir hasta cierto punto este defecto, pero el genio particular español no se ha dedicado á estos trabajos: la crítica literaria, en su infancia todavia entre nosotros, no ha producido, especialmente por lo que respeta al teatro, mas que imperfectos ensayos; añádese á esto una circunstancia mas material y decisiva, que imposibilita á los estrangeros el estudio profundo de los poetas dramáticos españoles: han llegado á hacerse tan raras muchas de sus obras, merced á nuestra grande apatía para reproducirlas, que aun en Madrid fuera dificilísimo hallar una coleccion medianamente completa: solo Calderon, repetidas veces impreso, puede esceptuarse de esta regla. No es estraño pues, que muchos críticos estrangeros, al juzgar del teatro español por un pequeño número de dramas que la casualidad les ha hecho ver, hayan hablado respecto de él tan vaga como inexactamente; y ni aun de este defecto inevitable se ha librado el mas profundo, el mas ingenioso, el mas elocuente de estos críticos, Guillermo Schlegel, autor de una bella obra acerca del arte dramático.

Sin embargo, si bien la Europa conocia muy imperfectamente á Calderon y Lope de Vega, al menos su gloria en nada se ha rebajado, y nadie les disputa hoy el lugar que tan merecidamente ocupan entre los mejores ingenios de los tiempos modernos: muy lejos de esa celebridad se encuentran, en concepto de los estrangeros, los que con aquellos dos talentos tuvieron la gloria de fundar el teatro español; sus nombres, lejos de conquistar esa aura popular que llamamos gloria, han quedado oscurecidos, y podrá decirse que sus obras, en cotejo con las de los dos citados maestros de la escena, están en aquel grado de inferioridad, que, sin admitir comparacion, esplica cómo una reputacion secundaria se embebe y ofusca enteramente entre los torrentes de luz de un genio inmensamente superior.

No es, empero, tan exacto este aserto en el caso presente, pues, prescindiendo, de que algunos poetas españoles siguieron muy de cerca las huellas de Lope y Calderon, hay uno muy esclarecido, que, en concepto de todos, puede colocarse á su nivel. Este es D. Agustin Moreto.

Moreto pertenece á la grande época del teatro español, personificada en Calderon, é hija puede decirse, de Lope de Vega. Reinaba en aquella sazon el rey Felipe IV, de singular fisonomía, y muy en contraste con los sombríos descendientes de Cárlos V. Anunciése ya en él, no bien con planta jóven hubo pisado el trono, un ardiente deseo de hacer glorioso su nombre. Creíase llamado á detener la decadencia, harto pronunciada ya, de la monarquía; á volverla la importancia y la grandeza, que tenido habia durante todo el siglo anterior. Consiguió hacer partícipe á la España de esta generosa ilusion, y la opinion pública no le disputó por algunos años el título de grande, con que el celo adulador de su ministro Olivares se afanaba por distinguirle. Era, empero, demasiado rápido el descenso de la España, era demasiado pendiente el plano que su estrella la hacia recorrer, para que pudiese, aun el genio mas enérgico, detener el curso de la nacion. Felipe mostróse entonces impotente asaz, y los cuarenta años de su reinado llegaron á completar el abatimiento del imperio colosal fundado por los Fernandos, los Cárlos V los Felipes II.

No es de este lugar la enumeracion de las desastrosas guerras y desventajosos tratados, que, en esta época, destruyeron la preponderancia militar española, agotaron todos sus recursos, arrebatáronle no poco importante posesiones, é hicieron pasar á la Francia esa supremacia política. Baste decir que el nombre de Felipe IV quedó arruinado y confundido con la memoria de estos desastres, que, si bien dispuestos por las faltas de sus antepasados, no dejaron de usurparle en la historia el lugar, que por su pasion á las letras parecia merecer. Fué sin embargo harto notable la proteccion que estas le merecieron, para que no pudiese reservarse con justicia una gloriosa parte de su brillantez. Amigo de los placeres y distracciones de buen tono, con que no pocas veces conseguia olvidar los pensamientos mas sérios de su gobierno, dió á la Córte un carácter, que estuvo muy lejos de tener bajo el reinado de sus antecesores. Lejos de circunscribirse, como ellos, á la rigurosa etiqueta, el nuevo Monarca reunia á su alrededor, en su palacio del Buen Retiro, á todas las notabilidades literarias. Prueba de su entusiasmo por las artes es la graciosa benevolencia con que animaba y recompensaba cumplidamente los talentos del inmortal Velazquez, celebérrimo pintor de la escuela española, y casi contemporáneo de Murillo, Zurbarán, Alonso Cano y el Españoleto.

En el mismo palacio del Retiro daba con frecuencia magníficas fiestas, de cuyo realce eran el principal agente las representaciones teatrales, á que era Felipe IV estremadamente apasionado; y, si crédito puede darse á una tradicion muy recibida, á su ingenio se deben algunas comedias que todavia existen, lo cual no parece improbable, pues consta, que, reuniendo en torno suyo algunos autores cómicos, se placia en improvisar con ellos escenas de comedia.

Con tan alto patrocinador, no es mucho que el arte dramático tomase un vuelo asombroso, y hasta entonces desconocido. El ocaso de Lope de Vega marcó una nueva aurora en la aparicion de una multitud de jóvenes poetas, cuyas facultades hubiéranse acaso consumido en la inaccion, á no haberlas dado impulso el afable Monarca. Entre los mas distinguidos de aquellos, descollaba al frente, y aun sobre el mismo Lope, el inmortal Calderon; muy á sus alcances, y en primer término, figuraba Moreto; no lejos de estos dos, aunque á respetuosa distancia, Rojas, Solís y algunos otros.

El drama español conservó entre sus manos, y llegó á completar, las formas que antes le habian impreso Lope y sus contemporáneos. Las diferencias entre la tragedia y comedia habian desaparecido; el drama nuevo, en quien aquellas estaban embebidas por decirlo así, reinaba esclusivamente, no ya como insurrecionado contra las reglas del arte, sino mas bien como el resultado de un sistema particular, sujeto como el de los antiguos, á principios fijos y determinados, aunque sin punto de contacto con aquellos. Hállase, con efecto, en las composiciones de Calderon y la mayor parte de sus émulos, una especie de regularidad artificial, desconocida al desordenado Lope, y que contrastaba con la osadía de aquellos autores; y encuéntrase no menos en el lenguaje una elegancia admirable, un giro refinado y esquisito; efecto sin duda de la cultura, que la brillante córte de Felipe IV habia introducido en las maneras de la sociedad. Pero esta misma perfeccion produjo desgraciadamente una nueva y defectuosa escuela. La afectacion en el estilo culto, el gusto de metáforas alambicadas, los pensamientos, que por estraordinarios dejeneraban en la extravagancia, hicieron deplorables progresos. Rápidamente se propagaba la nueva secta, llamada entonces del *culteranismo* y del *gongorismo* despues, con alusion á Góngora, su principal propagador. Y no solamente reunia aquella bajo su bandera á la turba entera de los que, medianos escritores, buscaban en lo estraordinario y caprichoso la apariencia de originalidad y energía de que carecian, si no que ni aun los ingenios mas felices pudieran sustraerse á su influencia. No pocas veces, y á pesar de sus esfuerzos por evitarlo, desfigurábanse las mejores obras con este contagio: el sentimiento de lo bello, el amor de lo natural se iban perdiendo de dia en dia: las bellezas nobles y sencillas apenas eran comprendidas, y hasta el mismo Lope, el atrevido innovador, no era reputado por los presuntuosos noveles sino como un talento tímido y comun.

Tales síntomas anunciaban de una manera nada equívoca, que la decadencia de las letras deberia seguir muy pronto en España á la de la política y la guerra. Pero antes de llegar á este fatal término, debia existir una época muy gloriosa para el drama, porque es ley eterna en la historia del entendimiento humano que el último término del progreso deba coincidir con la primera sacudida de los gérmenes de dceadencia. Ya con esto hemos llegado á caracterizar la epoca á que pertenece Moreto, para hablar de cuyo poéta nos ha parecido necesario tan prolijo exordio.

(Concluirá.)



TERA.

(Conclusion.)

Como la villa de Tera fué ganada en 1328, fué frontera de moros 163 años, que mediaron hasta la conquista de Granada, y 81 de Antequera, hasta que el Infante D. Fernando, tutor de D. Juan II, aun niño y general de sus tropas, despues de muchos trabajos, gastos y pérdida de gente y tiempo, por ser muchos los moros que tenia dentro, y por una batalla sangrienta que dieron á los cristianos, la rindió y quedó por el Rey en marzo de 1409. Despues se ganó Málaga, Ronda, Alora, Burgo, Casa-Aragonela, y Zetenil de las Bodegas. Que los de Tera se hallaron en la toma de Málaga consta en el pleito y alegato de servicios que tuvo esta villa con el fiscal del Consejo de Hacienda sobre las alcabalas.

La gente de Tera por necesidad tenia que ser valiente, por ser la villa frontera de moros y estar metida entre Antequera y Ronda, que ellos poseian. Boabdil, el Rey chico de Granada, deseoso de conquistarla, aguardó ocasion en que la gente de Tera estuviese combatiendo con los de Ronda, como todos los dias sucedia, é informado de que estaban fuera, se presentó ante ella con numeroso ejército, cuando solo habia dentro mugeres, viejos y niños. Atemorizados todos trataban de entregarse; pero una valerosa muger, llamada Maria Hernandez Lebron, ó la Lebrona, con ánimo varonil dispuso, que todas las mugeres se pusiesen sombreros y capotes, y se asomasen á las murallas, y ella se puso una calderilla en la cabeza, por cuya causa le pusieron la Calderona, tocó tambores y la campana de rebato, y disparó alguna piedras con grande ruido, de modo que los moros creyeron, que habian sido engañados, y que la gente de Tera estaba dentro, y aunque la tuvieron cercada se fueron á tomar á Cañete la Real, que era del marqués de Tarifa, y de allí, al cabo de veinte y siete dias, se volvió á Granada.

Cuéntase de la referida Maria H. L. la Calderona la anécdota siguiente. Habiéndose juntado los principales vecinos de Tera para tratar de ir á incorporarse al ejército de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, que empezaban la conquista de Granada, el padre de la Maria entró en su casa muy triste y lloroso, y habiéndole preguntado sus hijas, que eran la dicha Maria y otras seis hermanas, cual era la causa de su pesar, les dijo el noble viejo: sabed, que vengo apesadumbrado de tener siete hijas, porque si fuérais varones, hoy saldriais con la gente de Tera, que van al ejército del Rey á ganar á Granada. La Maria le respondió: padre, V. no sabe conocer las gracias y beneficios, que le debe á Dios por ser nosotras hembras, y no varones, porque con nosotras puede servir mejor á su Rey de esta manera: dénos V. siete maridos y llévelos á la guerra, y si los matasen, dénos V. otros siete, y si mueren estos segundos, nos puede dar otros siete, y asi tendrá V. señor padre siempre siete hombres con que servir al Rey, con tener siete hijas pero si fuéramos varones solo con los siete podria servir al Rey: vea pues V. padre como es mas ventajoso tener siete hijas que siete hijos.

A dos leguas de Tera está el castillo de Turon, próximo á otro castillo y lugarejo, de donde recibia socorros por estar cerca uno de otro: aqui se acogieron muchos moros de los que salieron de Tera, y como eran prácticos en el terreno, entraban de noche, asolaban las viñas y caseríos, robaban cuanto encontraban y escapaban sin poder ser cojidos, á pesar de las tentativas que para ello se hacian, por ser muy astutos: visto lo cual y conociendo el grande daño que hacian, D. Juan Ramirez tuvo consejo con los principales del pueblo y acordaron ponerlo en noticia del Rey y pedirle su licencia y permiso, para que, la tropa que tenia en Tera, los vecinos y demas auxiliares que pudiesen juntar, emprendiesen á costa y mision de todos la destruccion de los moros de Turon. Enterado que fué el Rey, de los perjuicios que sufrian los vecinos de Tera, contestó: que D. Juan Ramirez y Guzman á su costa y responsabilidad fuese á dicha espedicion; pero que no llevase toda la tropa, ni todos los vecinos, sino que quedase la mitad de unos y otros guardando á Tera, y que los espedicionarios tuviesen salario doble: todo lo que aceptaron y cumplieron fielmente los vecinos de Tera.

Juntaron cuanta gente pudieron, prometiéronles dones, y asi se hallaron por lista 3240 hombres. Con esta gente bien armada marchó D. Juan para Turon por el camino bajo del lugar desmoronado de Castillejos, y cerca ya, fueron sentidos de los moros de Turon que viendo los muchos cristianos que venian, no aguardaron, desampararon el castillo y se fueron á favorecer al de Hardales.

Viendo la gente de Tera tan buen principio determinaron derribar el castillo por no poder dejar guarnicion, que les haria falta, y se dirijieron hácia Hardales. Los moros que ya sabian su venida por los de Turon, se dispusieron para defenderse fuera del castillo, porque este tenia una pared derribada, y era muy fácil entrar en él; asi pues principiaron la batalla denodadamente arrojando piedras y chuzos con tal furor, que á ser igual el número de los moros al de los cristianos y á estar tan bien armados como ellos, el éxito hubiera sido dudoso: destrozados los moros, y aterrados principiaron á retirarse á las seis de la tarde hácia el lugarejo, los cristianos los persiguieron matando á muchos, y venida la noche se suspendió la batalla: por la mañana habian desaparecido los moros, y fueron á ampararse á Casa-Aragonela, llevándose todo cuanto tenian.

D. Juan Ramirez y su gente entraron en Hardales, que era un lugarejo de noventa y dos casas miserables, la mitad chozas de palma situadas al pié del castillo. A los seis dias se volvió á Tera, dejando allí alguna gente y desmantelando el castillo. Se tomó Hardales el 24 de marzo de 1489. Se dió parte al Rey de tan feliz suceso, é informado este de la accion, le hizo merced de Hardales y parte de su término al D. Juan y sus sucesores.

Por los años de 1465 los de Tera se veian frecuentemente atacados por los moros de Ronda, y tambien el Rey Chico de Granada, no se descuidaba en venirlos á atacar, como sucedió por tres ocasiones: en una de sus correrías los de Ronda se llevaron porcion de ganados, y los de Tera, deseando vengar este ultraje, tuvieron un consejo, al que asistieron el Señor y los principales vecinos, y acordaron marchar sobre Ronda con el mayor número de gentes que pudieran juntar, para si podian recuperar sus ganados, y cuando no escarmentarlos. Marcharon pues y luego que los moros los sintieron en sus tierras, salieron de la ciudad con doble gente, y en el Mercadillo, sitio que entonces estaba despoblado, se dió una batalla tan sangrienta, que de una y otra parte murió mucha gen-

te; mas el destrozo que hicieron los de Tera fué superior al que recibieron.

Hicieron muchos prisioneros de los principales de Ronda, y tambien dejaron en ella muchos cristianos cautivos. Los de Tera se retiraron, y los moros mandaron emisarios á tratar de ajuste y de rescatar á los prisioneros, que eran de lo mas principal de Ronda. Vinieron en ello los de Tera; pero la primera condicion que propusieron á los moros fué que para dar libertad á los prisioneros, se habian de comprometer del modo mas solemne, y bajo el mas sagrado juramento, que jamás, de allí en adelante, obligarian á los cautivos cristianos á que subiesen el agua en los saques por la mina arriba á la ciudad. Era este un trabajo tan grande, que muchos morian en la mina, la que tenia 400 escalones desde lo profundo hasta arriba en la ciudad. Hecho el pacto, los cristianos entregaron los prisioneros, y los moros los cautivos, verificándose este cangeo en la torrecilla que fué el sitio señalado por los moros.

MIGUEL ESPINOSA.

VIAJE A SICILIA Y A LA ITALIA CONTINENTAL.

Despues de haber visitado, amigos viajeros, la Isla de Malta, y observado las estrañas costumbres de aquel pueblo medio africano, embarcándoos á las cinco de la tarde en un buque de vapor, descubrireis, al rayar el alba del dia siguiente, el anchuroso y magnífico puerto de Siracusa, noble y antiquísima ciudad de la famosa Trinacria. Acordaos entonces, que reinó allí aquel Dionisio, cuyo poder y fuerzas inmensas hicieron temblar las Repúblicas Helénicas, cuando mas florecian en ellas las armas, las letras y las bellas artes. Acordaos, que hizo allí larga morada uno de los mas sábios filósofos de Grecia, el divino Platon, cuyas doctrinas han dado mucho realce á la moderna filosofía alemana. No olvideis, que hizo resonar en Siracusa los celestiales acordes de su lira el poeta Simónides; y que tuvieron allí su orígen, mas bien que en la docta Atenas (como vulgares escritores dejaron consignado en sus obras), la comedia griega con Epicarmo, y el arte mímico, que ha llegado á su apojeo en nuestra época. Acordaos, que Timoleon exaló allí su último suspiro, bajando á la tumba con su frente ceñida de inmarcesibles laureles, por haber quebrantado las cadenas de la esclavitud que oprimian á Siracusa; y que fué natural de la misma ciudad Arquimedes, ese genio de todos los siglos, cuyas altas doctrinas y sublimes invenciones contemplan aun con asombro los que mas descuellan en las ciencias físicas y en la mecánica. Pero, ¡cuan perecedera y fugaz es la grandeza de los imperios! El tiempo destructor, que lo sepulta todo en los abismos insondables de las tinieblas y del silencio, ha borrado toda huella de magnificencia en la moderna Siracusa, y nos ha dejado solo, como una muestra de aquella ciudad reina, parte de una gran fortaleza, llamada el *Acrópolis*, y poblada por veinte mil habitantes, los cuales en su desventura recuerdan aun con fiereza la gloria de sus antepasados, y abrigan en su pecho profundos afectos de independencia y libertad, como todos sus compatriotas, quienes han dado á conocer á los tiranos que viven, y á los pueblos de la Europa, que en Sicilia las piedras, empapadas en la sangre de sus víctimas, se convierten en hombres armados, mas valientes y mas feroces, que los guerreros fantásticos, que salieron en Tevas de las entrañas de la tierra, fecundada por los dientes del fabuloso dragon.

En la vasta campiña de Siracusa vereis, amables viajeros, los restos de sus antiguos templos y de sus régios alcázares, que fueron un verdadero prodijio del arte, como lo demuestran las pocas columnas, los peristilos y chapiteles, que se encuentran todavia, y que en aquella soledad pueden compararse á las momias del desierto, que resisten á los embates de los siglos, y se quedan como un testimonio de las numerosas caravanas, que lo atravesaron. Vereis tambien en medio de los campos verdes levantarse una escalerilla, y poco mas allá una larga pared, que le sirve como de faja; el que se arrime á esta última y hable en voz baja oirá retumbar sus palabras hácia lo alto. Es esta la tan celebrada *Oreja* de Dionisio, de la cual habreis tenido acaso alguna noticia: famosa prision de estado, que habia hecho aquel tirano fabricar con mucho artificio bajo su mismo palacio, para que pudiese oir distinta y claramente las palabras, que los presos cambiasen entre sí, confiados en que estarian solos.

La fuente Aretusa, cuyos amores con el rio Alfeo cantaron los mas esclarecidos vates de la gentilidad, está rodeada hoy de cenagosos charcos, y gruesas piedras, que sirven de apoyo á las descalzas lavanderas, que van allí á limpiar su ropa.

Las fortificaciones de Siracusa se muestran ufanas al viajero, y parecen muy temibles para el que quisiere intentar la toma de la ciudad, pero resistirian muy poco á los repetidos asaltos de un esforzado enemigo, porque están mal construidas y privadas de los recursos, que ha sabido hallar el arte de la guerra en nuestros tiempos.

A seis leguas de la ínclita Siracusa, encontrareis en la escarpada cuesta de una montaña la ciudad de Noto, la cual nada ofrece, que pueda satisfacer vuestra curiosidad, á no ser la noble perspectiva de algunas casas, pertenecientes á ricos propietarios, y la amenidad de sus verjeles y de sus fructíferos jardines. Pero, no quiero pasar por alto, que en el fronton de la Academia noticense está colocada la figura de un asno en la actitud de comer las hojas de una rosa, queriendo aludir con semejante blason nuestros Académicos al *Asno de Oro* de Apuleyo, lindísimo apólogo, en que el autor cuenta, que su manso protagonista, al comer las hojas de la suave rosa, volvió á tomar por virtud májica la humana forma, que habia perdido. Pero ese blason es muy perjudicial á los Académicos noticenses, porque, atendida su crasa ignorancia, se cree con fundamento, que todos se hayan convertido de antemano y por disposicion divina en grandes asnos sin la mas leve sospecha de que la májica rosa les haga reconquistar su figura.

Dejando Noto y sus verjeles, os trasladareis, amables viajeros, á la ciudad de Catania, que está fabricada en las fértiles llanuras, que sirven de falda al Etna flamante, y se estienden con variado espectáculo, y como en un bello panorama, hasta las playas solitarias de un mar borrascoso y turbio. Cuando el volcan, que eleva su nevosa cumbre hasta las nubes, se prepara á vomitar las llamas interiores que lo agitan, se oye un sordo murmullo subterráneo en la ciudad de Catania y en todos los pueblos que rodean el monte; se oyen á lo lejos fuertes detonaciones, que aterran á todos los habitantes de aquella comarca, y por último se vé bajar desde lo alto del Etna un rio de encendida lava: fenómeno maravilloso, y espresado con mucha energía por Espronceda en estos dos lindísimos versos:

Allí torrentes de lava
lanza mujiente volcan.

Si quereis, amigos viajeros, mirar mas de cerca aquella famosa montaña; si quereis visitar sus aldeas, sus ricos viñedos, sus bosques espesos y sombríos, sus plantas raras y peregrinas; si quereis cazar las alimañas que allí se crian, y observar las especies diferentes de su lava, que los artífices cataneses suelen trasformar en preciosas sortijas, en elegantes alfileres, en ricos brazaletes y en piedras lucidísimas, caprichosamente matizadas podreis satisfacer tan solo vuestro deseo en los meses mas calorosos del estío, porque en cualquier otro tiempo, os sentireis acometidos en el curso de vuestro viaje por todos los rigores del invierno mas cruel, que os impedirá llegar hasta su crater, que los vates de la antigüedad describieron con colores terribles, y llamaron *Boca* del negro Tártaro. En las internas concavidades de aquel monte, se oye de vez en cuando un fuerte estruendo, ó el retumbar de fieros golpes muy parecidos á una descarga de fusilería. Empedocles, agrigentino, segun refieren algunos historiadores de la docta Gre-

cia, arrebatado de coraje por no haber podido comprender el fenómeno, que llevamos espuesto, se avalanzó á los abismos profundos del Etna, pronunciando estas palabras muy significativas: «La naturaleza se quiere escapar á mis investigaciones, pero yo voy á rebuscarla hasta en sus entrañas.»

Nobles y majestuosos son los edificios que adornan la bella ciudad de Catania; su cielo es despejado y risueño, su clima muy saludable, su territorio abundante en todo género de productos; y sus manufacturas de seda muy ricas pueden sostener la concurrencia con las mejores de Génova y de Francia.

Los preclaros profesores, que dictan sus lecciones en la universidad de Catania, y el crecido número de sábios que florecen en aquella ciudad, le han granjeado el afecto de los doctos, que mas descuellan entre los pueblos civilizados de nuestra época, y el alto renombre de nueva Atenas de la Sicilia.

Pero despues de haber observado las rarezas del Etna, y todo lo que ofrece Catania de mas notable, partireis, amigos viajeros, á la bella Mesina. Entonces se desplegará á vuestra vista un paisaje tan variado cuanto nuevo, que reune en su larga perspectiva todos los encantos de una naturaleza lozana y risueña, tal como suelen describirla los vates con viveza de colores y brio, hablando de los siglos de oro y de los placeres inocentes de la vida rústica y campestre. Entonces vereis por do quiera cabañas cubiertas de pámpanos verdes, aldeas y lugarcillos poblados de labradores, amenos jardines, viñedos y praderas en donde pastan los ricos ganados, que hacen resonar el aire con sus balidos, mientras que el zagal recostado á la sombra de un frondoso castaño toca su flauta, á cuya armonía responden en dulce gorjeo los pajarillos con sus arpadas lenguas.

Diez leguas antes de llegar á Mesina, encontrareis el cabo de Santo Alesis, que parece haber sido creado por el mismo Dios en un momento de paz y alegria. El ancho mar besa con suave arrullo las jigantescas rocas que le sirven de dique, y parece conjurarlas para que no se despeñen en su cristalino seno. Los barquichuelos que atraviesan el cabo, las canciones de los marineros que van á la pesca, el revolotear de las aves, que desfloran á su alrededor las aguas espumosas del mar, recuerdan al viajero algunas de las delicadas escenas de la virgen América, que nos describe Fenimore Cooper con su pluma de oro.

Las islas son las hijas primogénitas y privilegiadas de la naturaleza. Acordaos, amables viajeros, que Venus acompañada de las Gracias y de los Amores salió en su concha de marfil de las olas, que bañan la voluptuosa Chipre, y que el esforzado guerrero é ilustre Capitan de nuestro siglo nació en otra isla.

Mesina llama en gran manera la atencion del curioso viajero por su situacion topográfica muy oportuna para dominar el comercio del Levante y del mar Jónico, por la seguridad de su puerto, poblado siempre de un crecido número de buques, por la magnificencia de sus palacios y la limpieza de sus calles, por el aseo de sus habitantes, por la hermosura y gracia de sus mugeres, y por su ciudadela, que servirá de baluarte á la libertad de Italia, asi como hasta ahora ha servido de apoyo á la mas repugnante tiranía. Al ponerse el Sol, descubre el viajero, desde el puerto de Mesina todas las ciudades de la próxima costa de Calabria, cuyas largas fachadas y verde campiña parecen cubiertas de un tapiz ligero y trasparente de fino oro, que hace un admirable contraste con el azul turquí de su celeste bóveda.

Podria añadir aun mas á esta relacion, pero quiero pasar en silencio, amables viajeros, muchas particularidades, cuyo principal aprecio consiste en su novedad: así es, que dejaré de describir las *Cuevas de Agrigento*, llamadas en griego lenguaje *hipogeos*, y los templos de Júpiter Olímpico y de la Concordia de la misma ciudad, que sirven de modelo al artista de refinado gusto, y forman el objeto de un estudio profundo para el docto arqueólogo.

No os olvideis, en fin, amigos viajeros, de llevar en vuestra maleta la obra de Domingo de Taso, príncipe de Piedra Santa y patricio palermitano, titulada «*Antiguedades ilustradas de la Sicilia*.» Esta obra, que ha cobrado merecidos aplausos por las Academias de Paris, de Lóndres, de Viena, de Berlin y de San Petersburgo, os indicará todos los monumentos antiguos de aquella Isla famosa, y os servirá de manual, tanto por la exactitud de sus descripciones, como por los grabados preciosos que las ilustran y acompañan.

Seria por cierto muy larga tarea, y el argumento mas bien de un gran libro que de un breve artículo, tratar detenida y particularmente del actual estado de la Italia continental, de todos sus raros monumentos, de sus obras maestras, de los preclaros varones que florecen en ella, y sobresalen en todos los ramos de la humana sabiduría, de sus bibliotecas públicas, de sus leyes, de sus costumbres; os contentareis pues, amigos viajeros, con que os indique en otro artículo algunas de las cosas que merecen fijar vuestra particular atencion. SALVADOR COSTANZO.

MADRID POR CUATRO AGUJEROS

Ó

LA CASA DE HUÉSPEDES.

«Calla, niño, me solia decir mi madre cuando tenia yo 10 ó 12 años; calla, y no te metas á hablar de cosas que no entiendes tú, que solo has visto el mundo por un agujero.» Esta frase me hacia enmudecer, y al mismo tiempo me entristecia sobremanera, pareciéndome que era en efecto muy poca cosa un agujero para ver el mundo; y como en aquella primera edad todos tenemos tal ansia de verle, hice propósito firme, y aun no recuerdo si tambien hice juramento, de procurarme cuanto pudiese obrar por mí todos los agujeros posibles, digo, agujeros de aquellos por donde yo me figurase que se podia ver algo. Deseo fué este que se me cumplió bien pronto, y quizá mas de lo justo, porque á los 15 años ya era dueño de todas mis acciones, y con tal aficion me apliqué á ver mundo, que por poco me quedo ciego.

No necesito decir que á medida que iba viendo mundo, iba viendo desengaños: noticia es esta increible para los muchachos, indiferente y fastidiosa para los jóvenes, y vieja para los que ya han llegado adonde yo he llegado: por eso á nadie debe hablarse de esperiencias que por sí mismo no ha hecho, que es como destino forzoso del hombre ciego y miserable haber de acreditar la flaqueza de su razon dando en los mismos escollos en que sin escarmiento ha visto tropezar á los que van delante. Lo que sí diré, es que aquel primer agujero de que mi madre hablaba, y que yo tenia tan en poco, es precisamente el mas estimable de la vida: es el agujero de la inocente juventud por donde al través de un vidrio de color de rosa y con mil ilusiones ópticas encantadoras, vé el hombre el mundo por primera vez en un panorama sorprendente, iluminado con rayos de luz deliciosa y mágica. Varian despues los puntos de vista, y cada uno vá siendo peor y mas oscuro, hasta que aquel paisaje ameno y brillante del primer cuadro, viene en el postrero á transformarse en un árido desierto de cielo tétrico y nubarroso, y que allá en el remoto horizonte deja columbrar al espectador como la última vista del rápido espectáculo su propio sepulcro.

Por si alguno de mis oyentes ha inferido de este pesado exordio que cual otro Guzman de Alfarache intento emprender la narracion de la historia entera de mi vida, me apresuro á tranquilizarle: una sola y breve página de toda ella es la que pienso referir.

Habia yo regresado á Madrid despues de algunos años de ausencia, y por no ser gravoso á un pariente que me dió habitacion á mi llegada, me dediqué á buscar una casa de las que llaman de huéspedes; de esas que se anuncian en el Diario *con asistencia ó sin ella*, lo cual viene á ser lo mismo, segun la espresion de un amigo mio. Bien pronto hallé una, donde comer mal, dormir peor, y vivir con tan poca libertad como sobra de inmundicia; todo á trueque de un buen puñado mensual de duros, que la patrona hallaba medio de sacarme adelantados siempre, con referirme en

largas y secretas conferencias, apuros y desgracias. Yo lo sufria todo por necesidad, y aun me llegué á persuadir de que era mi posada la mejor en su clase de todas las de la córte, atendiendo á que nunca me robaron las criadas cosa alguna, ni las amas me contestaron ninguna desvergüenza. Tambien me detenia allí mi susodicho propósito de ver el mundo, porque como cada casa de huéspedes es un arca de Noé, se ahorra uno de salir á la calle para observar las diferentes alimañas que pueblan esta tierra.

Los otros huéspedes me visitaron en los primeros dias, y yo me dispuse á devolverles la visita, como en efecto lo hice empezando por el cuarto de una señora viuda de un brigadier. Pasados los cumplimientos de estilo fué su primer cuidado disculparse conmigo, porque todavia á la hora que era la encontraba sin peinar, habiéndoselo impedido la precision de contestar á una carta del Obispo de Barcelona, amigo íntimo de su *difunto marido*. Yo le dí por respuesta (¡costumbre infame de m ntir!) que peinada y sin peinar de todas maneras parecia bien.—No, amigo, dijo ella, eso se queda para las muchachas; pero cuando se va una acercando á los 30 años....!—Antes parece que se va V. alejando de ellos, contesté yo, y era verdad, porque ya hacia ocho á lo menos que los habia cumplido; pero la pobre brigadiera se lo tragó por lisonja. Salió despues la conversacion del atraso de las pagas, cosa ya tan de costumbre, que de ello se lamentan no solo los que cobran al corriente, sino hasta los que ni disfrutan el sueldo.—Quince meses me deben, decia la señora, y eso que el intendente general es amigo *de mi difunto marido*. El dia pasado fuí á ver al ministro que es hombre que debe á *mi difunto marido* muchos favores; pero ni siquiera me recibió, con pretesto de que S. M. le habia llamado con urgencia; pero para eso tuve el gusto de decirle que se fuese en hora mala.—¿A S. E. mismo? pregunté. —No señor, prosiguió ella, pero lo dije delante de un oficial de la secretaria á quien *mi difunto marido* hizo toda la carrera.—Mucho se padece en la corte, le decia yo, con andar en tales pretensiones.—Hay, hijo, está como nunca este Madrid: los hombres tan groserotes y tan desconocidos que parece mentira.—(Mas te lo ha de parecer, pensaba yo entre mí, dentro de 15 años.) —Hombre me encuentro yo por esas calles que cuando estaba de cadete en el regimiento que mandaba *mi difunto marido*, me andaba siempre bailando el agua delante y hoy dia ni siquiera me saluda. V. crea que esta es una tierra perversa y toda desengaños.

Como estas me dijo otras varias cosas de que inferí que el agujero por donde miraba á Madrid la pobre muger tenia un vidrio negro, ó que por lo menos pasaba de castaño oscuro. Temiendo que me contagiase de su tristeza, me despedí, suplicándola que me tuviese por muy servidor suyo y de *su difunto marido*.

Del cuarto de aquella señora pasé al de otro vecino, hombre como de cincuenta años, con mucho pelo y todo blanco, muchas cejas y todas grises, muchos carrillos y muy colorados, muchos talegos y muy inespugnables. Su habitacion estaba puesta con sencillez, pero colocados los muebles con admirable simetria y órden. Me recibió sentado á su bufete: la primera cosa de que me habló fué de que la bolsa habia estado muy desanimada; la segunda de la carestia de los comestibles; la tercera de la miseria que la escasez ocasionaba; la cuarta de que en Madrid habia muchos que pidiesen prestado (no habló de que hay pocos que lo den); la quinta de que corria mucha moneda falsa; la sesta de las ventajas de la caja de ahorros; la séptima de las muchas quiebras que se hacian diariamente; y la octava de la escasez de metálico y la abundancia de billetes. Por último dió fin á su discurso haciéndome una pintura del estado económico de la corte, capaz de entristecer al mismo Creso.—En Madrid me decia señor mio todo es oropel y apariencia. ¿Vé V. en la calle de la Montera todos esos pisaverdes llenos de cadenas y sortijas? pues raro es el que tiene una peseta. ¿Vé V. en el Prado esos elegantes carruajes con sendos lacayos y magníficas libreas? pues no pagan sus dueños con las rentas de diez años los créditos en contra. ¿Vé V. en una noche de ópera nueva esas señoronas que llenan los palcos y deslumbran la vista con sus aderezos de brillantes? pues acérquese V. á la modista que ha hecho aquellos suntuosos trajes y le traspasará á V. su cuenta al 85 por 100 de pérdida, y de bonísima gana. Al paso que vamos, amigo, dentro de dos años nos hemos de comer los codos de hambre.

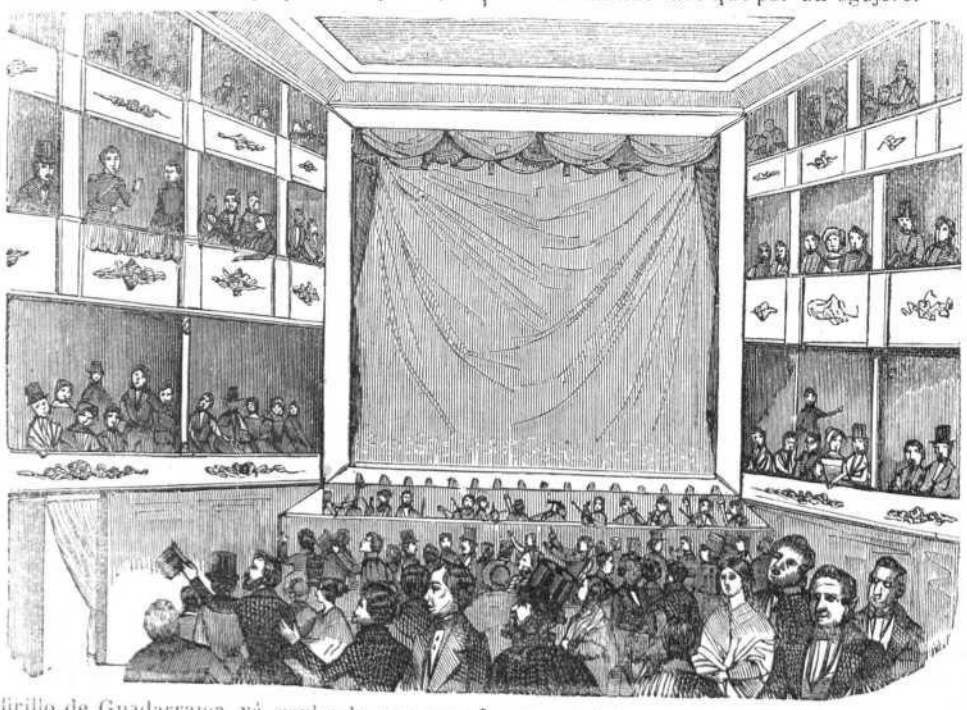
Con tan triste presagio se terminó nuestra plática y yo me despedí consolándole con aquello de ¿quién sabe?..... Ya querrá Dios..... Puede que el tiempo mejore, etc. Y añadí para inspirarle confianza, que yo me habia reducido á vivir en aquella casa porque el gasto que hacia era muy inferior á mis entradas, y que preferia tal cual estrechez á tener que molestar á ningun amigo. Oyendo esto mi buen negociante me apretó la mano con aire de complacencia y salió á despedirme diciendo que yo le parecia un bello jóven y que tendria gusto en servirme en lo que se me ofreciese. No me especificó á cuanto por ciento.

Dejé á aquel pobre rico, que miraba á Madrid por el agujero del *debe* y *haber*, el mas árido de todos los agujeros por donde se puede mirar el mundo, y pasé al cuarto de un jóven que habitaba pared por medio. Era aquí tanto el desorden y la estravagancia, como allí el método y la compostura. Tenia el huésped crecidas y desgreñadas melenas; era largo de pescuezo, de ojos grandes y lánguidos, las mejillas pálidas y hundidas, la voz enfermiza, y el tono de ella sepulcral. Traia puesta una bata de seda, que solo encubria unos calzones de lienzo y pensando piadosamente, una camisa. Despues que hablamos del tiempo, y de las noticias políticas, en que mi hombre se manifestó disgustado de todos los partidos, contrario á todos los generales, enemigo de los ministros pasados, presentes y futuros, y desconfiado de todos los reyes habidos y por haber, me preguntó si era aficionado á la literatura. Dije que sí—Que si me inclinaba á la dramática.—Dije que sí.—Que si habia leido el *D. Juan de Marana*.—Dije que sí.—Es un drama grande, añadió arqueando las cejas.—Con efecto, respondí, es de los mas largos que he visto.— No digo largo, sino grande, sublime, piramidal, repuso mi hombre. Es una concepcion incomparable aquello de presentar al ángel bueno sobre el ángel malo; volar aquel, y hundirse este cuando Marana consuma el crimen; cosa de grande efecto en el teatro: la idea del mismo ángel bueno que cansado de estar en el cielo pide á la santa Vírgen permiso para venir al mudo, y la de convertirle en una muger haciéndole pasar al cuerpo de sor Marta.—Pues mire V. hay quien trata todo eso de ridiculeces; le dije yo.—¡Ridiculeces! contestó el literato; ¡corazones frios, muertos para el sublime! ¿Cuándo podrian ellos imaginar aquella escena de las fantasmas con careta y dominó?—Yo le diré á V., le respondí; lo que es fantasmas de máscara, no es cosa tan original que no se vea todos los años en los salones de Villa-Hermosa. Allí he visto yo fantasmas de esas mucho mas espantosas que el ángel malo de D. Juan de Marana.—¿V. vá á bailes, segun eso, amigo mio?— Si señor.— Yo tambien: mas no porque sea aficionado, sino porque gusto de ver de cerca esa sociedad corrompida de la corte; esos hombres sin imaginacion ni sensaciones espirituales, esas mugeres terrestres, positivas, mercantiles, siempre pensando en casarse, y en el sueldo del marido y en si tiene ó no tiene derecho á viudedad...— Ese efectivamente es un gran mal, respondí yo, pero consiste en la perversa costumbre de que el pan, la carne y demas frioleras necesarias para la parte material de nuestra existencia, se venden precisamente por precios de vil metal, sin que haya en el mundo quien quiera dar á cambio de espiritualismo una patata ni un mal panecillo.— Oiga V., me dijo el de la bata, tal vez lo dice V. en chanza, pero yo tengo empezada á escribir una memoria económico-política en variedad de metros, donde probaré que los hombres no pueden ser felices hasta que se vea abolido el matrimonio y el uso de la moneda, hasta que sean comunes los bienes y las mugeres tengan el derecho de elegir y desechar libremente al objeto de su amor.—Pues entonces, dije yo

levantándome, no quiero robar á V. el tiempo que necesita para trabajar en la ilustracion y ventura del género humano. Nos hicimos un par de cortesías, y salí del cuarto procurando esplicarme qué especie de agujero seria aquel por donde el de las greñas miraba el mundo, y la sociedad madrileña, de que tanto habia renegado.

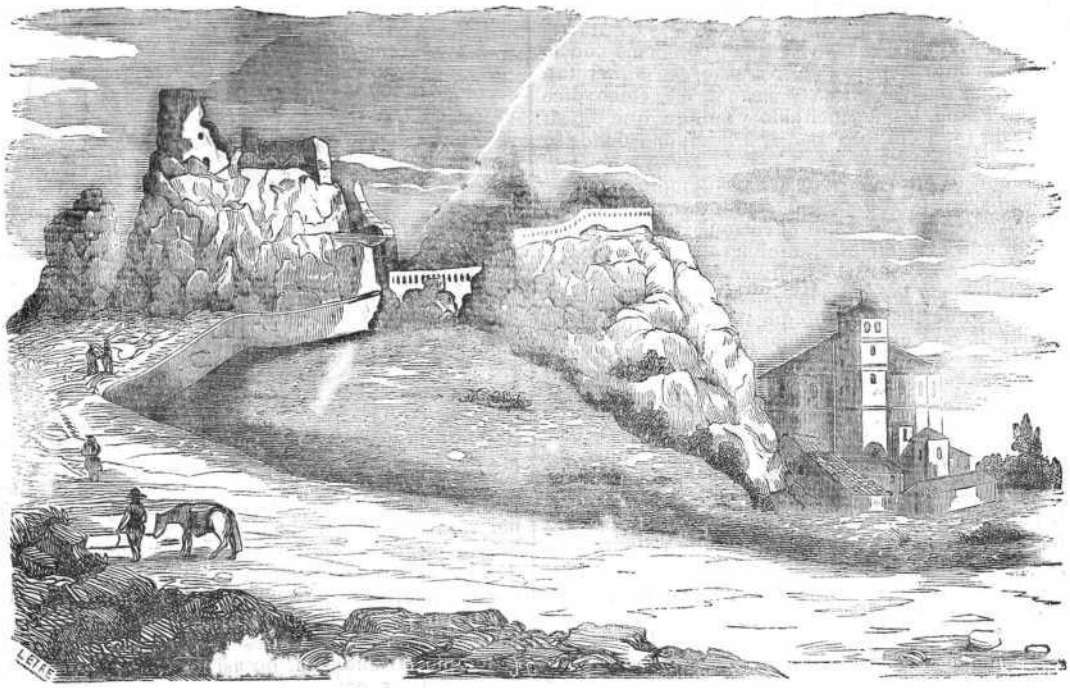
Aun me quedaba por visitar otro cuarto huésped que era un viejo rico y solteron, ásperamente franco, bruscamente amable, y sinceramente honrado. Me recibió abrazándome, y preguntándome por mi edad, mi estado, mi profesion, mis ideas, mis opiniones, mis gustos, mis proyectos... todo me lo preguntó y todo se lo dije sin poder reservar nada de su natural superioridad y de su esperimentada perspicacia.—Siento, me dijo, que se meta V. á periodista: en España casi todos son unos badulaques; de ellos conozco que sin haber leido nada se ponen á escribir; charlan y deciden sobre todo, nada respetan... vamos, es una plaga tan contraria á la ilustracion como la langosta á los sembrados. ¿Pues y los que se meten á poetas? comienzan á ensayarse por la parte sublime del arte, la echan de filósofos, y no hay cristiano que los aguante. Hablando siempre de la mision del trovador y de la inspiracion, y del entusiasmo, y cada mala copla que hacen les cuesta morderse cinco uñas, y gastar en velas de sebo lo que no les ha de dar un editor por todas sus poesías.—Yo me resentí de ver tan maltratados á los de mi gremio, y para variar la conversacion, le pregunté en qué pasaba su vida.—En correr á Madrid me respondió, aburriéndome en todas partes. Voy al café, no veo mas que necios metidos á políticos; voy al teatro, no veo mas que monstruosos dramas pésimamente ejecutados; voy á los toros, y me fastidia el ver que no hay ya toreros como aquellos de mi tiempo. Anoche estuve en un baile... ¡qué baile! ¡qué sociedad! las mugeres insípidas, los hombres afeminados: mucho lujo y sin orquesta; se ponen á bailar, y no saben ni quieren. Allí me senté cerca de una muchacha lindísima y que manifestaba talento y viveza: me ocurrió la idea de escuchar qué le dirian los galanes que se le llegasen: no lo querrá V. creer; como unos veinte conté que se le acercaron: el primero le dijo: á los pies de V. Conchita, ¡qué calor hace! ¿Se divierte V.? ¿ha estado V. en el Prado?...; vino el segundo: Conchita, á los pies de V., ¿ha estado V. hoy en el Prado? ¿se divierte V. mucho? ¿ha visto V. qué calor? El tercero llegó y le dijo: A los pies de V. Conchita, ya he visto á V. en el Prado; hoy hace un calor insufrible; el cuarto...., el quinto y el sesto, y el séptimo, y todos (cuidado que no pondero) todos le preguntaron con las mismas palabras por el calor, por el Prado, y por las diversiones. Amigo, cuando yo era muchacho á jóvenes tan insustanciales, las mugeres los despreciaban, y los hombres los llamaban tontos.»

Poco duró tras de esto mi visita, y cuando volví á mi cuarto, recapacité sobre los diferentes aspectos que Madrid presentaba, mirado por cada uno de los agujeros de aquellos cuatro personajes. Lo gracioso es que en aquel mundo abreviado que formábamos nosotros los habitantes de la casa de huéspedes, tampoco faltaba que observar y censurar; porque el romántico para ensayar su sistema contra la moneda comia y bebia sin poner en circulacion un solo real; el comerciante tenia cuenta corriente con la brigadiera, él le adelantaba las mesadas á ella; y ella yo no sé qué le adelantaba á él; el ama de casa lo fisgaba todo y nos lo contaba al viejo gruñon y á mí, que pronto estrechamos amistad, y por hacer algo malo murmurábamos de los otros sin caridad maldita. Quien á todos nos hubiera examinado con imparcialidad, hubiera deducido que éramos todos iguales y todos malos: tristísima persuasion de que yo estaba muy lejos cuando mi madre me decia que no habia visto el mundo mas que por un agujero.



El cefirillo de Guadarrama vá soplando con mas constancia, y Madrid recobra su animacion y prepara las diversiones que tan agradable hacen la mansion en él durante el invierno. Ya no ejerce el circo ecuestre el monopolio en los espectáculos públicos de la córte de las Españas; bien que no falta todavía quien acuda por centésima vez á escuchar las sandeces del enano y las estúpidas pantomimas. El Instituto ha abierto sus puertas para estreno de la comedia en tres actos titulada: *Fortuna te dé Dios hijo*, traduccion poco notable de el Sr. Vega, pero que fué bien ejecutada; y el Príncipe, siempre bajo los auspicios de mal agüero del Ayuntamiento, ha puesto en escena la comedia *Lo cierto por lo dudoso* y el drama nuevo de el Sr. Zorrilla *El Excomulgado*. Esta produccion, como todas las de su autor, está versificada de una manera admirable y aunque la accion es sobradamente sencilla, y el interés poco sostenido, la brillantez del estilo y el lujo y riqueza de la poesía, bastan para embelesar al espectador y obligarle á aplaudir con entusiasmo. En la ejecucion, se distinguieron la Sra. Lamadrid (Doña Bárbara) y el Sr. Latorre. Terminada la representacion, el Sr. Zorrilla recibió otra vez mas en la escena el premio debido á la superioridad de su genio.

Madrid 1848.—imprenta de D. Baltasar Gonzalez.



EL CASTILLO DE PANCORVO.

En el camino que conduce de Burgos á Vitoria, á la salida del pueblo de Pancorvo, se encuentran dos enormes montañas de piedra que parecen cerrar el paso al viajero, quien siguiendo las caprichosas curvas por ellos descritas, consigue verse del otro lado de aquellas moles despues de atravesar una angosta garganta, desde la cual apenas se acierta á distinguir un estrecho trozo de cielo en el espacio que media de una á otra cumbre de aquellos peñascos.

En la cima del que se halla á la derecha, yendo de Castilla á Guipúzcoa, y sobre una eminencia, se ostentaba la magnífica bateria de Santa Bárbara, que tan famosa y terrible se hizo en tiempo de las irrupciones de los árabes: sobre esta fortificacion se construyeron modernamente los fuertes de Santa Engracia, Santa Marta, Animas etc. que ocupaban toda la montaña y que el ejército francés que nos visitó á las órdenes de Angulema, tuvo por conveniente reducir á los restos que representa nuestro grabado, sin que quedara otra cosa de los hermosos cuarteles, capilla y murallas que constituian aquella imponente obra de defensa y hacian sumamente difícil su espesa subida.

Las tropas francesas, que han dejado siempre marcadas sus invasiones en España con indelebles huellas de desolacion, privaron de importancia militar al castillo de Pancorvo, que no ofrece ya interés mas que al artista que buscando materiales para sus apuntes, acomete la subida á aquella altura, en la cual le seducen las pintorescas vistas que ofrece y el aspecto severo de aquellas ruinas, que hemos creido debian venir á ocupar un lugar entre las copias de monumentos antiguos publicados en el SEMANARIO.

EL TEMPLO DE DIANA EN LA CIUDAD DE DENIA.

Este templo, que por desgracia ya no existe, no menos famoso que magnífico, fué erigido por los Zazintos, naturales de la Isla de Zazinto, hoy Zante, á su Diosa Diana Efesia, en tiempo, ó no muchos años despues de Sículo, que floreció mas de doscientos años antes de la guerra de Troya. Asi lo asientan como cierto, y como probado por otros autores graves y antiquísimos. Florian de Ocampo en el lib. 1.º cap. 29, de su «Coronica general de España» el P. Mariana, lib. 1.º cap. 12 de su Historia, y el Dr. Palau en sus antiguas memorias sobre Denia, cap. 2.º.»

El P. Mariana asegura que este templo «fué el mas »famoso que hobo en España, y que conforme á la »costumbre y supersticion de los griegos, adoraron »ellos con ídolos, derramando en él mucha sangre de »sacrificios que alli hacian ordinariamente.» «Con esto, »añade, los naturales maravillados de tantas y tan »nuevas ceremonias, y de la majestad de todo el edi»ficio, comenzaron á tener á esta gente por hombres »venidos del cielo, y por superiores á las demas nacio»nes..... El enmaderamiento de este templo era de »enebro, madera no menos olorosa que incorruptible, »tanto que Plinio testifica se conservaba hasta su tiem»po sin alguna corrupcion ni carcoma.»

Florian de Ocampo, despues de decir sustancialmente lo mismo que Mariana, añade, que este templo fué el primero donde tuvo principio en España la idolatría griega, y que Plinio asegura tambien, que la tablazon del templo sobredicho duraba fresca y entera hasta su tiempo, que por buena cuenta hallamos ser poco menos de mil seiscientos años.

Este es pues, sin la menor duda, conforme con lo que igualmente refieren otros autores, aquel tan principal, de tan grandiosa y rica fábrica, como dice el mismo Plinio, tan frecuentado y famoso, que dió su nombre de Dianium, hoy Denia, á la ciudad donde se fundó.

Estrabon en el lib. 3.° dice «que el templo en cuestion estaba en la estremidad de Hemerescopium, y era venerado con frecuente devocion.» Debemos notar aqui, que el decir este autor en el mismo pasage citado de su obra, que el Lugarejo mas célebre de los tres fundados por los marselleses entre el Jucar y Cartagena era el de Hemerescopium, no la misma ciudad, fué causa de que mal entendido incurriesen algunos historiadores en un error tan grave y á todas luces tan craso, como el de suponer que Hemerescopium ó Dianium fué fundacion de los Focenses, procedentes de Marsella, confundiendo asi el Lugarejo ó barrio llamado de los Marselleses, con la ciudad principal, de la cual no era en realidad aquel mas que un arrabal. Este error se halla hoy completamente desvanecido: patentes están las cercas del lugar ó barrio de los marselleses; patentes tambien las de Hemerescopium ó Dianium, con sus antiquísimas ruinas; patentes por último los grandiosos restos del templo de Diana.

En efecto, en el sitio mismo indicado por Estrabon «en la estremidad de la ciudad,» en lo último de ella, no en lo mas alto, como equivocadamente interpretaron algunos cronistas del reino, sino en la misma raiz del montecito donde está hoy el castillo de Denia, en la parte de tramontana, debajo de dicha fortaleza, exactamente en el punto que asimismo determina Plinio, en ese lugar señalado por ambos autores, y que es hoy una heredad del Dr. D. José Llorens, se han hallado los insinuados restos. Allí se descubrió primero una estátua de mármol blanquísimo de admirable hechura, cuya altura era mayor que la natural, con ropajes y pechos de muger, pero sin cabeza ni manos, siendo verosimil que estas partes fuesen de metal; pues se veian en la misma estátua los correspondientes encajes. Allí se hallaron otras tres estátuas igualmente de mármol blanco sin cabezas ni manos, de estatura algo menor que la natural, dos de ellas de mugeres y la tercera de hombre, vestidas de unos ropajes que mas bien parecian griegos que romanos. Allí se encontró un pavimento, ó piso de aposento muy grande, como dice el ya citado Dr. Palau, testigo ocular de aquellos descubrimientos, «de obra tan prima» son sus propias palabras, «que la mayor »piedra de este suelo, no era mayor que la uña del »dedo pulgar, y todo de piedrecitas labradas de diferentes colores, blancas, negras, coloradas, azules, »amarillas y verdes que, embutidas con órden, formaban follajes y muestras de admirable artificio, habiendo quedado enterrado como estaba, pues no se »le tocó»—Cerca de este primoroso suelo de mosaico, habia otro pavimento de losas grandes de piedra viva de Murviedro, tan usadas y servidas, que estaban ya muy desgastadas. Allí mismo, de entre aquellas ruinas, se desenterraron nueve lápidas, con diferentes inscripciones. Una de ellas de mármol blanco y finísimo, de dos dedos de espesor, anunciaba ser una dedicacion á su amo de dos hermanas, esclavas-libertas de Publio Aufidio, quien, segun Beuter, Palau y otros, fué uno de los principales cómplices en la conspiracion de Perpenna contra el gran Sertorio. De allí mismo se sacaron grandes pedazos de columnas, pedestales y capiteles de mármol; doce basas enteras y muy curiosas de estátuas, con sus correspondientes asientos y encajes de los pies; siete ú ocho mas, tambien grandes de piedra viva, todas iguales de una sola pieza; y muchas losas, unas semejantes á bufetes, otras labradas y todas muy grandes, y hace poco tiempo diferentes monedas y medallas, de algunas de las cuales, son las copias que van al frente de este artículo; dando este conjunto de ruinas y objetos un tes-



timonio irrefragable de que allí fué el grandioso templo de Diana.

La mayor parte de los indicados restos salieron con señales indelebles de fuego; prueba clara de haber sido incendiado el templo, lo cual debió de verificarse, segun todas las probabilidades, á la entrada de los bárbaros del Norte, pues sabido es que llevaron por do quiera el incendio, la devastacion y la muerte; y aunque parece segun algunos historiadores, que los Suevos, Vándalos y Alanos respetaron como gentiles el templo en cuestion, no asi los Godos, que acabando de arrasar con el hierro y el fuego, lo poco que en pie dejaban aquellos en la desventurada España, se ensañaron, como nuevos cristianos arrianos, contra este templo de la gentilidad.

Fáltanos añadir, que todos los restos indicados y otros de que no tenemos noticias exactas, se hallaron por mera casualidad, al cavar la tierra para beneficiarla. Si con espresa intencion se hiciesen escavaciones en el mismo sitio, ¡cuántas joyas de inestimable precio para los arqueólogos! ¡Cuantas lecciones para la historia! ¡Cuán preciosas antiguallas pudieran desenterrarse!.....

REMIGIO SALOMON.

MORETO.

(Conclusion.)

Muy poco es lo que se sabe acerca de la vida de D. Agustin Moreto. Nacido hácia el principio del siglo XVII, y algo mas jóven que Calderon, murió el 28 de octubre de 1669 en Toledo, donde por muchos años habia poseido un empleo eclesiástico. Como Lope y Calderon, terminó en el servicio de la iglesia, una vida, que bajo muy diferentes auspicios comenzara. Asegúrase que en sus últimos años se consagró todo á los deberes de su nueva profesion, y que, si con las musas mantuvo todavia algun comercio, era este tan lícito, como que de él resultaban producciones sagradas.

Moreto, el primer poeta dramático de España, despues de los dos célebres ya citados, no les es inferior, sino por una circunstancia que dice relacion mas bien que con sus obras, con su persona. Parecia desprovisto de esa fecundidad, esa pujante invencion, que tan eminentemente distinguian al autor de *la Estrella de Sevilla* y otras obras maestras. Sus comedias, imitaciones casi siempre, ya de sus contemporáneos, ya de sus predecesores, eran tan ajustadas al original, que á veces pudieran llamarse verdaderas copias. Decirse, empero, debe que en sus formidables luchas con modelos, que hubieran aniquilado á un talento mediano ó secundario, Moreto salió siempre victorioso aun al habérselas, cual solia, con el céle-

bre Lope. Moreto escedió á todos los poetas españoles en la regularidad y erudicion de sus composiciones, y en la habilidad y sencillez, al menos relativa, que domina siempre en el nudo del plan y en la conducta de la accion. La intriga, menos complicada en él que en Calderon, fatiga tambien menos, y, mas verosímil, ofrece mayor interés; sus desenlaces son mas naturales, mejor preparados, mas fácilmente conducidos; su estilo, algo menos rico de poesía, participa menos tambien del *gongorismo* de la época; su versificacion es no menos elegante y fácil, y en sus diálogos se encuentra la misma delicadeza, la misma gracia, la misma mezcla de amable despejo y noble cortesía.

En las comedias de capa y espada, género que con superioridad incontestable manejó, poseia una plenitud de fuerza cómica desconocida á Lope y Calderon. El arte de pintar el ridículo, de sostener los caracteres, de preparar las situaciones, le era enteramente particular. Solo él parecia comprender, que para dar el verdadaro tono á la comedia, era preciso algo mas que una intriga ingeniosa, y uno que otro rasgo ideal. Con algunos pasos mas hubiera fundado en España la comedia de costumbres, que á la sazon manejaba ventajosamente en Francia el célebre Moliére.

Entre todas las obras de Moreto, la que con mas éxito se ha sostenido en la escena, y con mas frecuencia ha sido citada, es la de *Rey valiente y justiciero*, ó *rico hombre de Alcalá*. Sabido es que antes de Cárlos V, y cuando este no habia instituido aun los grandes de España, el título de *rico-hombre* designaba la clase mas elevada de la nobleza.

Lope de Vega habia compuesto su *Infanzon de Illescás*, cuya idea y principales pormenores imitó Moreto; pero, tan admirablemente, que el servilismo de la copia ha encontrado fácilmente perdon en la superioridad de esta, la cual hizo caer en el olvido al mismo original. *El Rey valiente y justiciero* es el famoso D. Pedro, que pudiéramos llamar la providencia de los trágicos españoles, segun las felices inspiraciones que de él han recibido. Pero ese carácter tan dramático que le atribuye la poesía, rara vez ha sido pintado con tan enérgicos colores; rara vez la escena ha ofrecido un cuadro tan sorprendente de las costumbres y estado solial que presentaba esta época de la edad media.

El valiente Justiciero es, á no dudarlo, una obra maestra de primer órden, que, si no escede á todos los dramas trágicos españoles, tampoco es inferior á ninguno de ellos. Podrá acaso faltar en su accion el interés tan vivo, tan sostenido y tan arrebatador, que campea en *el Médico de su honra* de Calderon, ó en *la estrella de Sevilla* de Lope; pero, en cambio, los caracteres están dibujados con una verdad y una energía incomparables, y el colorido de la época admirablemente presentado. D. Tello es un tipo acabado del orullo aristocrático y de la tiranía feudal. El carácter de D. Pedro jamás ha sido presentado sobre la escena con igual talento, con tal felicidad: todos los detalles de su papel son de una perfeccion, de una profundidad inimitables. El genio de Moreto ha resuelto, por decirlo asi, el problema histórico, á que daban orígen los contradictorios juicios, que acerca de este príncipe formado hubieran los cronistas y los poetas. En el inflexible justiciero nos deja entrever al sanguinario é implacable tirano. A la irritacion que D. Pedro siente por los disturbios de sus hermanos y violencias de la nobleza, á los proyectos de castigo y de venganza que á cada paso le asaltan, al instinto del despotismo, que suele mezclarse con su amor hácia la justicia, á los transportes que le ocasiona la menor contradiccion, á la rudeza salvage, caprichosa y casi feroz, que no sin frecuencia ahoga en él una afectacion de cortesía galante y caballeresca; sobreviene lo que no puede dejar de suceder, cuando nuevas provocaciones, nuevos ultrajes le hacen arrostrar por todo. Entonces hasta el crímen le es familiar, la sangre inocente no le horroriza, y, ya que no remordimientos, supersticiosos terrores le persiguen, le agitan, conmueven su imaginacion, y trastornan su alma, inaccesible á todo otro temor. Y aqui es donde Moreto hace alarde de concepciones poderosamente trágicas, de esas que engrandecieron á Shakespeare, y que revelan en nuestro autor al gran poeta, al historiador, al moralista, casi al hombre de Estado; como si á cierta altura se tocasen y confundiesen las grandes facultades del espíritu.

Aunque Moreto se haya ensayado mas de una vez en el género trágico, y por mas que abunden en incontestables bellezas sus comedias heróicas ó sagradas; ninguna, á escepcion del *Valiente Justiciero*, ha conseguido inmortalizarse en el teatro, ni quedar en la memoria de los amantes de las letras. Sus comedias *de capa y espada*, no nos cansaremos de repetirlo, son las que le han conquistado tan glorioso renombre. No sabemos, por lo tanto, si colocar en esta línea al admirable drama *el desden con el desden*, perteneciente al parecer á un género intermedio, si atendemos á la eleccion de personajes y á la dignidad y sostenida elegancia de su diccion.

Moreto en esta obra ha seguido estrictamente las huellas de Lope, cuyas dos comedias *la Bella Laide* y *los Milagros del Desprecio* parecen querer demostrar, que el desden es el mejor medio de rendir la esquivez de una muger. Y este principio, dominante en la obra de Moreto, ha sido por él tan hábilmente manejado y desenvuelto, que hasta ridículo fuera darle en rostro con la no invencion de uno de esos lugares comunes, fecundos solamente en el teatro, cuando un hombre de genio se encarga de esplotarlos.

El desden con el desden es tenido, y con razon, como la obra maestra de la comedia española, como el tipo de la pintura fiel del corazon humano y del desarrollo de las pasiones. Es un grupo de caracteres, cuya acabada elegancia, finura y colorido poético causan al alma un placer verdaderamente esquisito. En él reina, con esa fuerza cómica, inseparable de la profunda verdad de los caracteres, una jocosidad viva y graciosa, que brilla muy principalmente en el encantador papel del gracioso, inventor y principal instrumento de la ingeniosa trama.

Moliére, en su *Princesa de Elide*, ha imitado, y traducido en algunos pasajes, la obra de Moreto; á cuyo ilustre modelo no pudo arribar, ya por no haber tratado de empeñar con él una lucha formal, ya tambien porque este género, algo sutilizado, parece convenir admirablemente á la índole de la lengua castellana y al giro particular de la poesía española en aquella época. Sábese, con efecto, que la *Princesa de Elide*, destinada á una funcion de córte, fué escrita con tal precipitacion, que apenas su autor pudo versificar el primer acto; los restantes no son otra cosa que bosquejos imperfectamente trazados. Esto debiera desarmar el rigor de algunos críticos españoles hácia la obra de Moliére, cuya inferioridad respecto á la de Moreto tanto les enorgullece. Y, á decir verdad, nos parece indigna de ambos autores la comparacion establecida en medio de tales circunstancias. Pero lo mas estraño y difícil de concebir es la opinion de algunos críticos franceses, que, colocando en la mediania á la *Princesa de Elide*, y citando al *Desden con el desden* como obra maestra de un poeta, á quien concedian gustosos algun mérito, se han atrevido á sentar, que Moliére hubo perfeccionado lo que tomara de Moreto. Baste, empero, decir, que en la casi informe imitacion del primero desaparece completamente la deliciosa escena del baile, queda apenas indicada la del jardin, y degenera en insípido bufon el ideal y picante gracioso de Moreto.

Hemos dicho que en la comedia de *capa y espada* es donde Moreto hace gala de la superioridad de su talento dramático, sustituyendo al interés frecuentemente empalagoso que los embrollos de Calderon escitan, un interés mas real, ya deducido de la naturaleza cómica de las situaciones, ya de la pintura del ridículo. No es esto decir, que haya él dejado de manejar, y con bastante éxito á veces, el poderoso y difícil resorte de que se ha valido tan frecuentemente Calderon, no: en algunas de sus piezas, y con especialidad en *la Confusion de un Jardin*, ha probado victoriosamente, que podia, en caso de necesidad, in-

ventar una complicada intriga, conduciéndola á un grado de verosimilitud y claridad, que vanamente se buscára en Calderon. Mas, no obstante todo lo dicho, insistimos en que por otros medios ha obtenido nuestro poeta sus gloriosos triunfos.

En el *Lindo D. Diego*, cuyo título ha llegado á hacerse una locucion proverbial para designar la fatuidad mas frívola, se encuentra el cuadro picante de una estravagancia que pertenece á todos los tiempos, por mas que cambie con las épocas sus formas y su espresion. Ésta comedia es uno de los primeros modelos de lo que en España llamamos *Comedia de Figuron*, significando por este un carácter ridículo, una especie de caricatura, género de obra, casi desconocido á Calderon y Lope, mas posteriormente manejado por algunos poetas con bastante éxito.

Pero el mas alegre, el mas animado, el mas vivamente entretejido de todos los dramas de Moreto, es el conocido con el singular título de *Trampa adelante*. Su ingenioso enredo dá lugar á una série de encantadoras escenas, donde brilla muy superiormente la viveza, la jovialidad, el ingenio, en fin, elegante al par que natural, de Moreto. Inútil es decir, que, trás un complicado embrollo sobreviene un desenlace satisfactorio; y, conforme á las leyes del teatro español, se encuentra, como consuelo de la amante desdeñada por el protagonista, un amante repelido por la heroina, lo cual deja complacidos á los espectadores. En suma: hay pocos dramas que puedan leerse con igual placer, pocos en que pueda encontrarse menos motivo de censura.

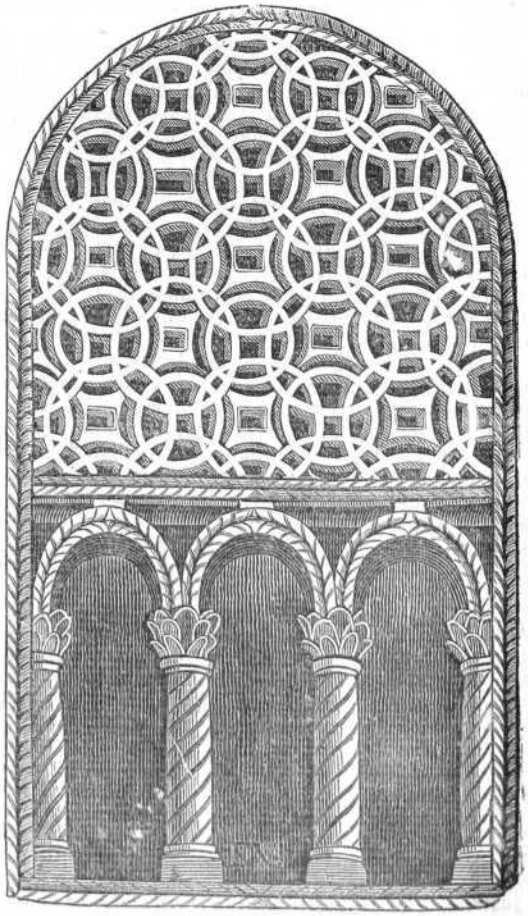
Otra de las piezas mas lindas de Moreto es la titulada *No puede ser el guardar una muger*, cuyo objeto é ideas principales están tomadas de *el Mayor imposible* de Lope, y cuya entrada recuerda la de *la Moza de cántaro* del mismo: cuarenta años habrá que salió á luz una pieccita francesa (*Ruse contre Ruse*), imitacion muy marcada de la comedia de Moreto. Tambien merece honroso recuerdo *la Ocasion hace al ladron*, fundada, como muchas otras del autor, en la suposicion engañosa de personas. El trueque involuntario de dos cofrecillos, depositados por la noche en un meson, en medio de la oscuridad, es la base de la acion, que, con bastante verosimilitud, produce una porcion de incidentes, tan picantes como dramáticos. El original de esta pieza es *la villana de Vallecas*, obra maestra de Tirso, y la cual imitó Moreto, hasta el estremo de copiar servilmente varias escenas. Mas feliz estuvo todavia en *el Parecido en la córte*, una de las comedias mas frecuentemente representadas en el teatro de Madrid, y una tambien de las mejor recibidas, preferencia debida tal vez al donaire lleno de número, que respira todo el papel del gracioso.

No pocos puntos de contacto tiene con las dos comedias citadas la célebre de *la Tia y la Sobrina*, imitacion tambien de una de Lope completamente olvidada. Es entre las de su autor la que mas rebosa verdad cómica, y mas fundada está en la observancia de las debilidades y ridiculeces. Sus caracteres están admirablemente trazados, y son de una prodigiosa verdad, sin dejar por eso de aparecer delineados con picantez.

Hemos recorrido, aunque brevemente, las composiciones mas acabadas de Moreto, aquellas donde mas fuertemente ha dejado impreso el sello de su genio; parécenos sea esto bastante para hacer conocer el carácter particular, que preside á las obras de uno de los primeros poetas españoles. Y, como conclusion del juicio que nos merece, diremos: que, no tan inventor como Calderon y Lope, era mas sábio que ellos, de un gusto mas seguro, y de una sencillez y verdad de que ambos carecieron. Diremos, en fin, que si por lo que hace á los dramas trágicos, solo uno produjo que mereciera colocarse sin rubor al lado de los de aquellos dos maestros del arte, tambien puede enorgullecerse con un timbre literario bien honroso para él, á saber la creacion de la verdadera comedia, de que Lope no tuvo sino una idea confusa, y Calderon una sospecha vaga; porque, sin embargo, es tanto mas recomendable, cuanto que desechando, para producir interés, toda aventura romancesca y estraordinaria, encuéntralo en la pintura de los caracteres estravagantes y ridículos, de que por desdicha abunda demasiado la humanidad.

Las obras de Moreto entran en el número de las que, en España, se han sostenido siempre cercadas de aura popular, aun durante la época en que la imitacion del teatro francés habia hecho caer en un injusto descrédito al antiguo español. Tal vez deban esta ventaja, mas que á su propio mérito, á una circunstancia relativamente secundaria; porque en efecto, careciendo de la osadia y desbarros de la escuela antigua española, y siendo por otra parte muy regulares sus formas, no era mucho quedasen recomendadas á la benevolencia de la nueva escuela, interesándose al par el orgullo nacional, en poder citar alguna que otra obra suya, como para manifestar que en todos tiempos habia tenido España ingenios privilegiados, aun en aquellos en que tan poco aprecio merecian los preceptos clásicos.

La gloria de Moreto, lejos de perecer entre sus compatriotas, ni aun ha sufrido, como la de Lope, un eclipse temporal, si bien es cierto que tampoco ha brillado tanto ni tan popularmente cual la de aquel y Calderon. Aun mas, ni aun ha pasado los Pirineos. En Francia, Inglaterra y Alemania el nombre de Moreto es enteramente desconocido para quien no ha hecho un estudio particular de la poesía española. ¿De dónde puede esto provenir? Imposible es atribuirlo á otra cosa que á una de esas casualidades que presiden á los destinos literarios.



Ventana de S. Miguel de Lino en Naranco (Asturias).

UNA NOCHE EN UN FARO.

Era el tiempo del equinocio, el viento bramaba con furor y sus ráfagas levantaban monstruosas oleadas, que iban con un ruido espantoso á estre-

llarse contra la roja ribera de la isla en que se elevaba el faro: ya hacia dias que no se habia divisado una sola vela á través de la densa bruma del Occeano, y el marino mas intrépido no hubiera osado arrostrar esta lucha de los elementos. Desgraciadamente para el piloto, todo movimiento habia cesado sobre la ribera desierta. Las relaciones de vecindad se habian interrumpido y el amigo de todo el mundo, el huésped del agua roja, apenas podia reclutar á alguno de sus compañeros habituales de velada. De tiempo en tiempo, á largos intérvalos, se veia aparecer en las alturas una figura aislada, el padre ó la muger de algun marino ausente ó bien alguno de los viejos pilotos de la isla para los que era una condicion de su existencia, leer en el cielo el tiempo y los vientos, despreciar la violencia de las tempestades, y estudiar con mirada tranquila, cruzados los brazos sobre el pecho, la superficie revuelta de las aguas. Resguardados por los muros del fanal, pasaban allí largas horas, sentados en silencio sufriendo la lluvia salada que la ola enviaba silvando hasta por cima de las paredes del edificio, esperando en valde un navio que no parecia. Los mariscos y algas marinas, revueltos en torbellinos, eran lanzados aun sobre lo alto de las playas por la mano de Neptuno encolerizado, y venian á dar repetidos golpes contra las puertas de las habitaciones. Heligolana, la isla de las tempestades, se admiraba entonces de este desencadenamiento estraño de todos los poderes de la naturaleza y se hubiera dicho que temblaba como un enfermo bajo los estremecimientos de la fiebre.

El vigilante del faro aunque mas espuesto que ninguno de los insulares, á los furores del huracan, podia decirse era el único que consideraba este temporal con una tranquilidad impasible.

Era un agradable anciano encorvado bajo el peso de una edad avanzada y los trabajos de su ruda profesion.

Nacido en Heligolana de padres tan pobres, que la miseria les habia obligado á abandonarlo siendo niño á sus propias fuerzas, se habia abierto un camino en la vida con una perseverancia de hierro, una resolucion intrépida y una obediencia pasiva, cualidad principal de verdadero marino; ahora en el final de su penosa carrera, gracias á los pequeños ahorros que con trabajo habia juntado, gozaba de una independencia duramente adquirida, como guarda del faro recientemente levantado sobre su ribera natal. Desde su nacimiento, era Enrique taciturno; una mirada, una señal de cabeza ó de la mano eran las mas veces la única espresion de sus ideas. ¿Estaba el cielo tranquilo? Enrique enmudecia: se hubiera podido decir entonces, que no tenia ni tiempo, ni voluntad para ocuparse de los demas; el mar absorvia toda su atencion. Pero sobrevenia la borrasca, y ya era otro hombre; tan luego como la ola azotaba las sólidas murallas de su faro, sonreia sensiblemente; su lengua estaba ágil, su espíritu dispuesto. Entonces nada le agradaba tanto como la compañia de los jóvenes pilotos que iban en tropel á conversar y brindar con él.

El huracan duraba hacia muchos dias y cada instante iba siendo mas terrible. Como consecuencia natural de la tempestad, Enrique salia de su distraccion y habia roto el silencio, que era su estado normal en tiempo de bonanza. En la tarde del cuarto dia sonaron varios golpes á su puerta: abrióse aquella y dió paso á media docena de Heligolandeses, tostados por el viento, que iban á pasar la velada con él. El viejo marino sacó de los bolsillos una de pues de otra sus robustas manos y las tendió á sus compañeros, que se las presentaron con respetuosa deferencia.

—»Hé, vaya un tiempo, muchachos! Ya habia previsto ayer que seria peor hoy, como ya he visto hoy que será peor mañana—Esto vá mal muchachos; el reverbero del fanal se ha ennegrecido con el humo y ya estoy cansado de limpiarle para desengrasarle y hacerle relucir. Sí, sí, mañana será peor» Despues Enrique se arrellanó en su poltrona y pidió su cena. Betzi sirvió el té á su abuelo, con rebanadas de pan tostado, sábiamente colocadas en pirámide y se puso á preparar lo necesario para los recien llegados.

«Como es, señor Enrique, dijo Hobeu, uno de los pilotos mas jóvenes, que estais tan alegre en el mal tiempo, y tan mustio, cuando nosotros admiramos el azul del cielo y el sol que brilla. Esto parece contrario la naturaleza.

—Alto ahí, muchacho! interrumpió Enrique; en esto vas mal. La tormenta asusta á las pulgas, á las mugeres y á los ratones; pero reanima al verdadero marino. Un marino cuyo corazon se apoca durante la tempestad no tiene valor sino para agarrarse á la borda de su navio; y este navio no tardaria en tener la quilla en el aire. Sobre todo en tiempo de calma, que gusto hay en descansar sobre una mar dormida! Sin embargo tened por seguro que en todo tiempo pasan en ella cosas muy estrañas. El mar tiene secretos, misterios, que solo se pueden estudiar cuando principia á irritarse, cuando está furioso contra el hombre y sus obras..... Tú estas equivocado Hobeu..... ¿Qué decís, chicos? ¿no quisierais oir, á propósito de esto, una historia famosa que sucedió, hace ya algunos años, cerca de la ribera misma en que ahora nos encontramos?»

Los pilotos halagados con esta proposicion, aproximaron sus asientos á la poltrona del viejo: Betzi llenó de nuevo los vasos, y Enrique aplicando aun otra vez el oido á los bramidos de la ola, sonrió á la idea de que la dura y antigua roca que sostenia la torre podia desafiar todavia durante mil años el furor de la tormenta; despues dirigiéndose hácia sus huespedes,

«Há cerca de quince años, dijo, que volvia yo de las Indias, á bordo de un navio mercante de Hamburgo. Sucedia esto precisamente en la actual época del año. Nada notable ocurrió en nuestro viaje hasta que doblamos el cabo de Finisterre; pero entonces aparecieron todas las señales de la mas horrorosa tempestad. El horizonte disminuyendo de minuto en minuto, se cubrió con un velo fúnebre del que apenas levantaba el viento los toscos pliegues. Sobre nuestras cabezas se amontonaban nubes espesas agrupándose en cúpula sombría, para desplomarse en rayos y torbellinos; las paviotas ocupaban á nuestro lado con un vuelo inquieto y azorado los costados y aparejos del navio como para buscar un refugio. Innumerables ballenatos mostraban sus escamas brillantes en la superficie de las aguas apareciendo por intérvalos ya en la ola que bajaba ya en la que subia, lo cual, estad seguros, es la señal mas infalible que conozco de mal temporal.

»El viento sudoeste, soplaba bastante fresco, y con el mayor trabajo pudimos tomar la ruta hácia el sud, pero el norte corria por lo bajo y nos hizo sentir su crudo frio. Por la noche heló bastante, y la niebla salpicó con blancos cristales la arboladura y las cuerdas. Una semana despues alcanzamos la punta septentrional de Escocia; y entonces bordeando entre las islas Setlandias ganamos el mar del Norte. Allí, al contrario reina la calma, algunas que otras ráfagas corren cortas y rápidas. Yo he contraido la costumbre de comparar la voz del Occeano con la de la naturaleza humana, pues estos soplos del viento eran como los suspiros de un enfermo impaciente por recobrar la salud.

»Nosotros podiamos fácilmente distinguir los negros picos é imponentes rocas de la costa de Escocia, y la cima de sus altas montañas vestidas con su manto de nieve. En fin, una brisa favorable infló nuestras velas y fácilmente emprendimos la ruta. Todo marchaba felizmente, hasta que una noche—ya serian las doce—resonó un grito á bordo; los hombres que allí estaban de guardia respondieron asustados, y entonces grumetes y marineros saltando de las hamacas, se precipitaron sobre el puente para informarse de lo que sucedia.

»El mar estaba en calma; solamente nubes sombrías cargaban el horizonte, espesamente aglomeradas las unas sobre las otras, y plateadas con suavidad en las orillas por la luna en menguante. Sin la luz fosfórica de las olas encontradas, el Oceano hubiera estado envuelto en profunda oscuridad. Nues-

tros ojos ansiaban traspasar la noche para descubrir la causa del estraño tumulto y del grito singular que se habia oido; y podeis creerme, muchachos, cuando recuerdo lo que os digo, á esta memoria se hiela aun la sangre en mis venas,—todos quedamos como petrificados por lo que vimos.

«A poco mas ó menos de trescientas ó cuatrocientas varas al norte se distinguia el casco de un navio de dimensiones colosales, inmóvil y como fijo en las aguas. Inmóvil! porque ni un andrajo de trapo daba al viento, ningun ruido, ningun movimiento revelaba allí la presencia de un sér humano.—Dios del cielo, que fenómono! Mástiles, cables y vergas, todo era allí blanco como la nieve. Las jarcias pendian alrededor de los mástiles, como guirnaldas de alabastro.

«Fué por miedo, admiracion ú horror el que nos conmoviésemos á este espectáculo sobrenatural? Creo que todo era á la vez, cuando vimos esta mole aproximarse cada vez mas..... Ya no distaba sino unas ciento veinte brazas de nuestro buque.

—«Para á virar, para! dijo el capitan con una voz ahogada y herizados los cabellos. A fé de pecador que soy, este es el *fantasma holandés*!

—«No, no es este, respondió el maestre, con los lábios descoloridos y moviendo convulsivamente sus mandíbulas, no señor, no puede ser este; porque ni un hombre de tripulacion tiene á bordo, y la armadura no está cubierta como la del fugitivo con huesos humanos. El diablo es quien está á bordo..... Es un buque sin vida, articuló penosamente el maestre con la palidez de la muerte sobre sus mejillas.

«El capitan tomó la bocina, y con una voz tal cual se lo permitia el sobresalto, llamó al bajel-fantasma y le preguntó su nombre y destino como es costumbre. Ninguna señal de vida respondió á esta llamada. Solamente el monstruo blanco venia sobre nosotros; en menos de algunos minutos, no distó mas que pocas brazas de nuestro navio, y nos estrechó cada vez mas á pesar de los esfuerzos del piloto y de todos los brazos empleados en la maniobra. Se unia á nosotros como un pedazo de hierro al iman. Una destruccion inevitable, la muerte se presentaba á nuestros ojos, Todos rechazamos al monstruo lanzando á la vez una esclamacion de terror. Su flanco lastimado resonó por el choque, y un grito de angustia, agudo como el de un moribundo, penetró hasta nuestro corazon. Nos creimos perdidos; pero en el mismo instante, una ráfaga repentina nos alejó, y, alabado sea Dios! ella nos salvó la vida.

—Gente hay abordo, esclamó el capitan mal repuesto aun del sacudimiento infernal que acababamos de oir. Mirad, mirad.

«Cielos! que espantosos misterios son los que pasan sobre las aguas!

«Respirando entonces, seguimos con la vista al fantasma, observándolo con una atencion palpitante. Siempre el casco inmóvil! Siempre la misma apariencia de muerte! Ni timonero en la rueda, ni vigía, ni marineros en las jarcias. Pero en la cámara de popa pudimos percibir distantemente dos figuras blancas inmóviles y mudas apoyadas sobre el filarete. Blancos mantos flotaban alrededor de ellas, y manifestaban que eran criaturas humanas. Nuestro capitan las llamó repetidas veces pero en vano; el buque se perdió silenciosamente en la niebla, del mismo modo que se nos habia aparecido.

«Durante venticuatro horas despues de esta desaparicion, no habia entre nosotros uno que creyese en su propia existencia despues de haber estado tan cerca de la vecindad del diablo; á cada instante aguardábamos alguna espantosa catástrofe. Cada uno hacia sobre ello sus conjeturas y no habia cosa por imposible que fuese que no se apoyara con argumentos plausibles. Entre tanto, todo fué bien hasta el oscurecer pero á la noche un viento nordeste arreció y arriamos con rápidez todas las velas. Una cosa informe se presentó de repente delante de nosotros, mas sombría que la oscuridad de la noche. ¿Era un navio, ó un monstruo marino? El piloto continuó en su direccion. Todos los hombres se hallaban sobre el puente, los ojos fijos en aquel punto. Con el corazon temblando: «Carga á las velas» mandó el capitan, que se puso luego en el timon é hizo cabe sobre el objeto negro. No, no, no era un error, era el mismo, el horrible espectro que habiamos divisado la víspera, con la diferencia solamente de que era negro, negro como el carbon desde la bandas hasta la punta de los mástiles. Exactamente tambien como la víspera, las dos blancas figuras se apoyaban como dos pobres llorosas; sus blancas túnicas flotaban al viento de la noche. La ola batia tristemente los oscuros flancos del navio. Todos los brazos se armaron de nuevo con maromas para protegerse, y dos ó tres fueron estrellados cuando el montruo costeó nuestro navio; despues deslizándose por la superficie de las aguas con la ligereza de un espíritu, se confundió en la niebla que nos rodeaba.

«Al siguiente dia cambió el viento de pronto al sudoeste y nos obligó á virar de bordo, poniéndonos sin trabajo á alguna distancia de la Mancha. Por la noche, pasamos á vista de muchos buques españoles á quienes preguntamos para obtener noticias del bajel misterioso, pero ninguno habia visto semejante cosa. Los dos dias y noches posteriores, nos dimos por dichosos en no volverle á encontrar pero á la tercera fué otra cosa; á la distancia de medio tiro de cañon á nuestra proa el espectro estaba allí perfectamente visible. Aun se distinguian en el mismo lugar, á modo de dos centinelas vigilantes las dos blancas figuras de muger.

«Pasamos tres dias considerablemente fatigados por el viento que arreciaba cada vez mas y sin ningun acontecimiento notable, á la caida de la tarde distinguimos el faro de Heligoland. ¿Sabeis, chicos, lo que es la ausencia de la patria? pues era aun mayor lo que esperimentabamos. era una rabia devorante de esperanza, y esto no debe admiraros despues de las alarmas, y peligros de que creiamos haber escapado.

«Nuestros corazones rebosaron de alegria á la vista de estas rocas, testigos de los juegos de nuestra niñez.

«La roca jigantesca se elevaba majestuosamente en medio del abismo. Echando á un lado su penacho de humo, enviaba el faro, cual hoy por bajo de su cabeza, los movimientos resplandecientes que relumbraban á lo lejos sobre las aguas. Cada vez nos aproximábamos mas á la costa; de repente cambíase el aire y retruena con una detonacion aterradora. Ponemos atencion; y los golpes se repiten una vez, despues dos, posteriormente se suceden con rapidez. Entre tanto la atmósfera estaba pura y transparente y nada se veia. Era imposible descubrir el punto de donde partia aquel estruendo furioso. Un instante despues, Tom esclamó!

—«El bajel! el bajel! Mirad! ¡mirad!

«Tendimos la vista en la direccion que señalaba su brazo, y vimos el casco desmesurado del buque silencioso, ahora desarbolado y enclavado en la quebradura de unas rocas. Las olas furiosas se estrellaban en el puente atacándolo por todas partes á golpes redoblados.

«La negra carena procuraba levantarse pero cada vez recaia con mas fuerza, y debia acabar por deshacerse en el despiadado abismo del Oceano insaciable. Y las dos formas femeninas dejaban percibir sus blancos contornos cuando brillaba la ola en corrientes luminosos á lo largo del navio en destruccion.

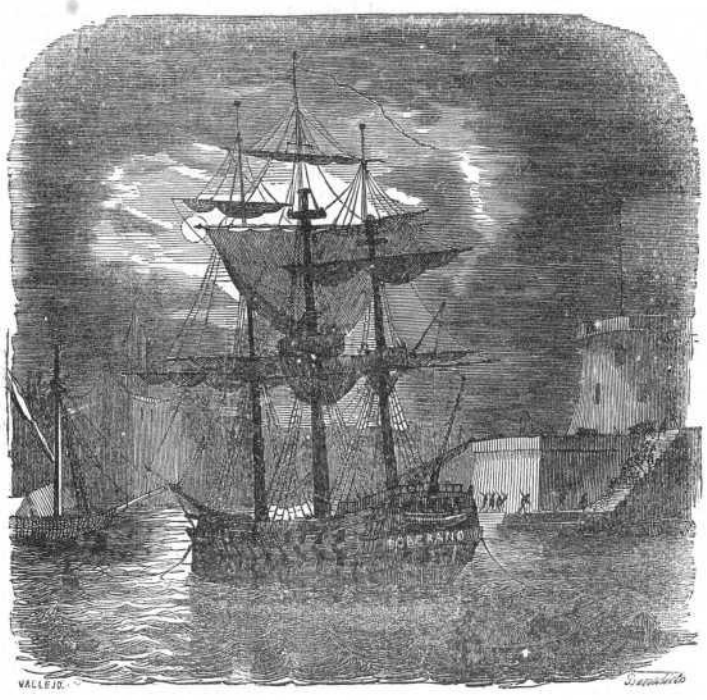
—Echa el ancla de serviola y suelta la barcaza! dijo el capitan, vamos á abordar á nuestro fatal compañero de viaje!

«La tripulacion obedeció en silencio la órden del capitan, seis hombres saltaron á la lancha. Yo iba entre ellos, y nos dirigimos al navio á fuerza de remos.

«En tierra ya se notaba movimiento. El maestre dirigia en silencio los marineros hácia el lugar del naufragio; algunas lanchas surcaban la playa, y antes que nosotros llegáramos, una flotilla de embarcaciones de todas clases cubria ya las aguas. Sin embargo fuimos los primeros en abordar el navio; encontrando su casco desfondado y disputando las olas dos pedazos de su armadura. Saltamos sobre el puente, y

valientes como vosotros lo sois en toda ocasion, yo, chicos, puedo aseguraros, que los mas valerosos se sintieron horrorizados al considerar el espectáculo que se ofreció á nuestros ojos. En efecto era demasiado sobrenatural y terrible para no escitar la mas profunda piedad y un terror involuntario.

«Bien al contrario de la nuestra, la tripulacion del buque estaba completa; pero esta tripulacion no se



componia mas que de cadáveres. Al pie del palo mayor, habia dos hombres tendidos sobre un precioso tapiz; debiendo ser segun parecia padre é hijo.

«El mas viejo, envuelto en ricas pieles, agarraba con su mano derecha el brazo de su compañero. Parecia tomarle el pulso. La cabeza de su hijo reposaba sobre su corazon.

«Una jóven apretaba su criatura sobre el pecho helado. A pesar de la palidez cadavérica aun estaba bella; habia conservado la espresion de dulzura y bondad de un ángel hasta en la muerte.

«Pero la escena que nos aguardaba en el interior era bien distintamente pasmosa. Todo alrededor, sobre los asientos, cadáveres y mas cadáveres. Señales bastante perceptibles de los semblantes indicaban que habian perdido la vida con violentas convulsiones.

«Necesaria era alguna sangre fria, valor y desprecio á la muerte, para no volverse loco á vista de tales horrores. Mas de un piloto se puso tan pálido como el cadáver que tenia delante de sí; y yo os aseguro que temblando todos sus miembros hubiera subido rápidamente á la cubierta, y mas de una vez se habria marchado mas aprisa que vino. Ningun marinero hubiera permanecido cinco minutos sobre el puente, á no ser por haber encontrado nuestro capitan sobre la mesa, un papel que contenia la relacion sucinta de la historia del navio y sus pasajeros; él nos la leyó y hé aquí lo que contenia:

«El navío se llamaba *Doña Isabel*, y pertenecia á un comerciante portugués. El capitan se llamaba D. Cristalvo. Llevaba la ruta para Java. Su flete consistia en frutos del trópico, vinos de Oporto, conservas, algunos toneles de arsénico, y cajas de cinabrio. Poco tiempo antes de salir de Oporto, se habia casado D. Cristalvo con una jóven de gran mérito que le acompañaba en su viaje á Java; antes habia sido prometida por sus padres á un hombre de carácter violento y audaz, de maneras rudas y groseras. La jóven siempre se habia opuesto con respetuosa energía á la voluntad de su familia, declarando que nunca consentiria ser la esposa de un hombre á quien no pudiera profesar amor y estimacion D. Rodrigo, así se llamaba aquel hombre despreciable, no bien se hubo apercibido de la pasion de los dos amantes, cuando resolvió vengarse de una manera terrible, si se casaban; empleando en el interin toda clase de amenazas para impedirlo. Los jóvenes conociendo toda la maldad de su alma, concibieron algunos temores, mas esperaban, que ausentándose de Oporto, se sustraerian á su malignidad. Rodrigo, instruido del proyecto, concibió al instante la idea de una infernal estratagema. Se disfrazó sagazmente, y fué á ofrecerse al capitan del magnífico navio *Doña Isabel* en calidad de buzo.

«Desde entonces este enemigo mortal de nuestros jóvenes desposados quedando incógnito para uno y otro, tuvo en su mano la vida de ambos á la vez. Observó cuales eran las comidas y vinos que tomaban con preferencia: y sobre esto basó su plan de venganza digno del demonio. Un dia abrió diestramente un barril de arsénico y mezcló en los vinos y alimentos, una cantidad de este fatal veneno, mas que suficiente para dar la muerte á toda la tripulacion. Esto tuvo lugar algunos dias despues que el navio se hubo dado á la vela. D. Cristalvo, en celebridad del aniversario de su nacimiento, dió un banquete al que convidó á todos los pasajeros.

No se olvidó de los marineros que contentos bebian á la salud del jóven matrimonio; una copa sucedia á otra: era la muerte la que bebian. La violencia del veneno fué tal, que apenas sintieron las inocentes víctimas sus terribles efectos. Pero las pobres mugeres sufrieron mucho mas por no haber bebido de este vino sino algunos tragos.

Cuando Rodrigo pudo reflexionar en los estragos producidos por su increible atrocidad, y que entre la tripulacion y los pasageros, él era la única criatura viviente que habia quedado, el horror y los remordimientos se apoderaron de él; su cabeza se estravio. Fué acometido instantáneamente de una de-

mencia furiosa; y en el parasismo de su delirio, se precipitó al mar, que se cerró sobre él para siempre.

«El capitan apenas conservó la suficiente entereza para relatar en compendio esta triste aventura, pues pocas horas despues se suicidó, y el navio no era mas que una tumba.

«Iban entre los pasageros, segun constaba en el libro de bordo, dos religiosas á quienes acompañaba un hermano á Sumatra. Estos eran los dos personajes que coronaban la popa y que tantas veces nos habian asustado. Sin duda las desgraciadas no habian tomado mas que una pequeña cantidad de vino emponzoñado, y probablemente, habian subido á la popa, esperando que el aire libre les prestase algun consuelo. Mientras tanto estrechadas la una entre los brazos de la otra habian aguardado con calma en este abrazo fatal, la muerte, á la que todos los pasageros sucumbieran.

«Por la fecha de esta nota, la horrible catástrofe debió cumplirse en la víspera del dia de la tormenta de que ya os he hablado. Las jóvenes para resistir á sus furores, se colocaron sin duda allí, donde al fin las sorprendió la muerte.

«Apenashubimos recogido estas diversas particularidades, nos separamos á toda prisa de semejante escena de desolacion; y ya era tiempo, porque las olas se introducian por los costados del navio con tal violencia, que no debian tardar en destruirle enteramente. A las dos encantadoras vírgenes, estos dos hermosos ángeles, los trasportamos en el bote, y les dimos sepultura conveniente delante de la iglesia. Una pequeña piedra que el tiempo y el olvido han hecho casi desaparecer, muestra aun el sitio en que reposan.

«Al dia siguiente ni el menor vestigio quedaba de este naufragio. A. P.

LA MANIA DE CHARLAR.

Aflige actualmente á España una epidemia horrible; mil veces peor que el cólera, el tifus, la fiebre amarilla, la grippe, el vómito negro, la sarna y la lepra reunidas. Todos parecen invadidos por ella, y lo que es peor nadie muere y los mas atacados del mal medran: me refiero á la manía de hablar. Dicen que la picadura de la tarántula hace bailar: un novelista traspirenaico ha denunciado la existencia de un insecto que hace charlar. Si realmente hay tales animalejos, puede asegurarse que han caido sobre España como las nubes de Langosta sobre Egipto.

La charlatanería de las mugeres ha dado márgen á críticas y chanzonetas muy aplaudidas en los teatros; pero los hombres de este siglo han dejado atrás al sexo femenino en esto de parlar. No se contentan ya con imitar á aquellas; esto no valdria la pena, porque asi no se pronuncian mas que frases sueltas y solo se habla por turno; mas claro, hay interlocutores en vez de oyentes; esto no satisface, lo que se quiere es subir sobre cualquier cosa, una tribuna, una silla, un banco, una mesa, un trasto cualquiera y pronunciar largos discursos; y como todo el mundo rabia por hablar, como no queda nadie para formar el auditorio, resulta que todos hablan á la vez y sin interrupcion, de modo que dentro de poco será difícil conseguir que descuelle una voz sobre esta insufrible algaravia.

No hay pretesto de que no se eche mano para charlar: la sociedad actual adopta hasta las virtudes mas austeras, con tal de que proporcionen ocasion de hablar.

En el dia los hombres mas crueles se hacen filántropos por soltar la sin hueso, los mas egoistas padres de la patria por dar que hacer á los taquígrafos, los mas ignorantes catedráticos por tener oyentes, aunque lo sean contra su voluntad, los mas escépticos sacerdotes por apoderarse del púlpito, gefes de motin los mas cobardes solo por arengar á los sublevados, amigos de los muertos los que los odiaron únicamente por tener ocasion de dar voces en los cementerios, abogados, en fin, por tomar posesion de los bancos de los tribunales, médicos por discutir en las juntas dejando que espire el enfermo, cómicos por gozar del privilegio de que los escuchen, etc. etc.

Se habla bajo pretesto de beneficencia de agricultura, del bien de la patria, del interés de los litigantes de literatura, del gas, de bancos, de intereses materiales, de canales, de caminos de hierro, de seguros, de minas y ¡hasta de probidad!!....

Existen varias sociedades tan solo para charlar; las academias científicas y literarias son hijas del mismo afan; en suma, no hay coyuntura que no se aproveche para hablar. Los negocios que deben ventilarse en las reuniones, los asuntos que se dice tienen por objeto, no son mas que un pretesto, el objeto principal es meter ruido charlando.

España es en la actualidad capaz por sí sola de atolondrar y ensordecer á las demas naciones, con el ruido de sus palabras. Estalla en cualquier sentido uno de esos alzamientos que suelen ser semanales, el gefe pronuncia un discurso, la autoridad respectiva contesta con dos, las de otras provincias hacen 20 copias de ellos: ocurre un acontecimiento notable, se envian mensajes al gobierno, el cual responde con discursos, que son contestados por otros discursos.

La causa de este furor general de hablar nace de la esperiencia de que en estos tiempos meter ruido y llamar la atencion es el mejor medio de medrar, y como la oratoria presenta el camino mas fácil de llegar al objeto apetecido, porque charlar ha sido siempre mucho mas fácil que hacer, y meter ruido con palabras huecas, mucho mas cómodo que adquirir sombradía trabajando, estudiando ó escribiendo, de ahí la preferencia que se dá á los discursos. Para distinguirse en cualquier profesion es preciso tener ó talento ó suerte; la prensa que es otro medio de hacerse notar exige muchísimo trabajo, profundos estudios y una paciencia y asiduidad maravillosas. Para ser orador no se necesita mas que buenos pulmones, descaro, sangre fria, aplomo y una figura simpática ó tremenda: que el acento del orador sepa á provincialismo, que sus palabras sean sencillas hasta la negligencia ó afectadas hasta la hinchazon, que carezcan de precision, de nervio, de energía, todos estos defectos desaparecen ante el calor y el brillo de la peroracion. El auditorio es indulgante, el lector severo, aquel se apasiona y se identifica con el orador, este analiza á sangre fria y escrupulosamente palabra por palabra, pensamiento por pensamiento. Al orador se le oye con entusiasmo, al escritor se le lee con reflexion, el primero obra sobre los sentidos esteriores y sobre las pasiones, el segundo sobre el espíritu y la razon.

Todo esto no impide que el inmenso número de oradores de nuestros tiempos, sean los hombres mas vanos del mundo; mas que los cómicos, mas que los poetas, mas todavia que los que se apellidan entre nosotros hombres de gobierno.

Afortunadamente vendrá un dia en que convertidos todos en oradores, pierda la charlatanería su poder y no disfruten ya del placer de hacerse oir mas que las celebridades parlantes legítimamente adquiridas. ¡Plegue al cielo que este momento no llegue cuando nos hayamos quedado ya completamente sordos!

Asi como el teatro de la Cruz es incorregible en su costumbre de dedicarse á la mágia, el escamoteo y las andaluzadas, el Instituto sigue haciendo esfuerzos dignos de elogio por agradar al público. Sentimos que el poco espacio que nos queda, no nos permita hablar de las últimas funciones ejecutadas en él, que demuestran que la empresa de este teatro aspira á corresponder con pruebas de reconocimiento, á las muestras de deferencia que le dá la concurrencia que le frecuenta.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LA CARIDAD ROMANA.

Este asunto tan conocido de todos, es indudablemente uno de los que mas se prestan á las inspiraciones del artista, y sin embargo, al paso que ha sido tratado muchas veces en pintura no lo habia sido en escultura, hasta que nuestro compatriota D. Antonio Solá, autor de la estátua de Cervantes que se halla en la plaza de las Córtes, presidente que ha sido de la Academia pontificia de nobles artes de San Lucas de Roma, ha modelado el grupo que representa fielmente nuestra lámina y del cual han hecho grandes elogios los inteligentes por el partido que ha sabido sacar, agrupando, con arte y naturalidad al mismo tiempo, las figuras de la hija y del padre, colocándolas en actitudes naturales y sencillas y dando á la composicion muy bello efecto. La figura de la jóven que alimenta con su pecho al padre cautivo, está llena de espresion y de gracia y la del anciano que merced á aquel socorro prolonga su existencia condenada á terminar por el hambre, es del mejor estilo.

Al presentar á nuestros lectores un traslado de la apreciable obra del Sr. Solá, no podemos menos de consignar nuestros deseos de que sea ejecutada en mármol; añadiendo este trabajo á las muestras que han dado ya crédito, al autor que con tanta verdad y perfeccion nos hizo ver la imágen del autor inmortal que escribió el *Quijote*.

24 DE SETIEMBRE DE 1848.

EL SUSPIRO DE UN ÁNGEL.

CUENTO.

Conjunto singular de feudalismo y democracia, existen, entre la honrada gente que puebla el reino antiguo de Galicia, costumbres todavia impregnadas de ese espíritu de patriarcal union que constituye la dulzura de la familia, al mismo tiempo que reinan allí ideas consoladoras de independencia y propiedad que forman el bienestar de la clase humilde y libre que en otras partes es arrogante y esclava. Los góticos castillos, signo de pasada grandeza, permanecen todavia en pie, y, lo que es mas, habitan los caballeros de ilustre alcurnia, ramas del frondoso árbol cuya cima se pierde en la oscuridad de los remotos tiempos, sin que el vandalismo del siglo haya dejado de respetar ni una hora aquellos macizos torreones, aquellas ferradas poternas y los pesados puentes levadizos. Ladran los lebreles en los patios, crecen en las grietas de los murallones vistosas y maléficas enredaderas, cuelgan retratos de adusto semblante en las desiertas cámaras y, en lo mas escondido y majestuoso, vive el heredero de un apellido sin mancha, entregado al estudio de la heráldica, gozándose en su aislamiento y llorando los tiempos que ya no volverán, cuando los membrudos brazos de un caballero gallego bastaron para alzar del suelo y separar y arrojar lejos al rey D. Pedro y á su bastardo hermano.

El castillo de Maceda, situado en la cresta de una ondulacion de las infinitas que amenizan el fragoso terreno de la provincia de Orense, es uno de esos monumentos vetustos que deben servir de estudio al artista y al filósofo, leyendo aquel el secreto de una muerta civilizacion en aquellas páginas de piedra, y este midiendo el influjo que tienen las costumbres en la accion individual é íntima, al contemplar el respeto que profesan sus moradores á la tradicion santa de que transmiten pura á los venideros la imágen.

Cuando yo era niño, y Dios sabe si aquellos dias me parecen ya distantes, vivia allí D. Jacobo de Andrade, varon tan nombrado en la comarca por su benéfico corazon como por su infantil ignorancia. Contaba á la sazon sesenta años de una vida de candor que casi fuera inútil para el mundo si no le hubiese el cielo dado una hermosa hija, Blanca de nombre y purísima de corazon en la edad de diez y seis años á que habia llegado ya. El hidalgo habia nacido en el castillo y de él no habria salido ciertamente para calentarse á hogar ageno, si, desde las almenas de su mansion, no hubiera cierto dia escuchado el estampido del cañon, y visto el galopar de los corceles y el tremolar de banderas estrangeras á que sus ojos no estaban acostumbrados. Preguntando entonces la causa de tales novedades supo que un guerrero famoso de allende el Pirineo, no escarmentado con la leccion de Roncesvalles, habia invadido el territorio español con propósito de destronar al sucesor de una série interminable de monarcas, y, como recordase los altos hechos de sus mayores, empuñó el acero, y, al frente de su regimiento provincial, corrió al contrario, sobre quien caia cual leon, cada vez que alcanzarlo podia.

Concluida la guerra, voló á su castillo, donde halló de menos á su compañera amada y de mas á una hermosa niña, fruto del mas puro, del mas tierno, del mas acendrado amor conyugal. El único trofeo con que volvió á su casa fué una ancha herida mal cicatrizada que le imponia deberes de quietud que no desdecian de su carácter sosegado. En la educacion de su dulcísima Blanca y en la disminucion de sus males empleó diez y seis años de su vida, hasta que, viendo cual habian conseguido sus afanes infundir pensamientos nobles en aquel corazon formado por mano de ángeles, y recreándose en la contemplacion de aquel rostro suave y sonrosado, de aquel pendiente y abundante cabello de ébano, de aquellos ojos azules, habia casi olvidado sus libros de caballeria, o no leia en ellos mas que la parte en que se pinta el culto prodigado por los paladines á las señoras de su pensamiento. Era curioso y santo ver cómo, á la tarde, cuando el sol se ocultaba trás del monte vecino, por entre colgaduras de oro y gualda, sentados bajo la copa de una añosa encina, el anciano narraba y la jóven escuchaba alguna portentosa historia de las muchas que, al través del prisma engañador de sus libros fabulosos, habia visto aquel en los campos de la gloria. Despues, satisfechos uno de otro, bajaban ambos al valle, visitaban á los labradores menesterosos, y, dejando en la choza de cada cual la santa limosna y los consuelos que inspira la caridad cristiana, regresaban dulce y sosegadamente al castillo. Allí, sobre el mantel mas blanco que el ampo mismo de la nieve, hallaban servida ya, en sazonado condimento, la cazeria de aves y pájaros que los mancebos de la comarca ó los criados de D. Jacobo ofrecian con respeto á su señor. Tras de un sentido ay! que Blanca lanzaba, al ver el triste fin de aquellas inocentes aladas víctimas y de una chanza cariñosa de Andrade, llevaban ambos su cansado cuerpo al muelle lecho, cuyo finísimo lino habian hilado y tejido los delicados dedos de la hacendosa muchacha.

Así, pues, deslizábanse los dias tan pausada y sosegadamente que apenas si el conjunto de todos parecia otra cosa mas que uno solo, y Blanca, á la edad de diez y seis años, hubiera ignorado que iba entrando en la juventud, si la pasmosa facilidad que tenia para aprender cuanto sus maestros le enseñaban, no le hubiese descubierto que la infancia iba huyendo y la reflexion despertándose en su espíritu elevado. Ya empezaba á desear penetrar en el arcano de los sucesos, y, con inconexas preguntas, abrumaba la razon clara pero limitada de su padre. Por fortuna, desde niña, mostró una aficion desmedida á la pintura y la suma facilidad con que manejaba los pinceles la alentaba á emplear no pocas horas del dia en tan grato y ameno entretenimiento. Mas, como su imaginacion no tenia espacio bastante por volar fuera de sí, llevaba su audacia al corazon y allí posaba las alas de su entusiasmo. Nació de esto cierta vaguedad que la alejaba del poco trato que hasta entonces habia gozado, y errante por los jardines y huertas que pertenecian al paterno mayorazgo, solia pasar horas indefinidas é incontadas en contar los pétalos de una flor ó en desgajar ramas de la simbólica hiedra, para tejer guirnaldas, poéticas en su desnuda sencillez.

Cierto dia de un caluroso estío, el sol apenas iluminaba aun con sus tibios rayos la cresta de los montes, cuando Blanca, por disfrutar del ambiente matutino, salió á recorrer el jardin, mezclando el concierto de su voz suave al de los pájaros cantores que, perdidos entre las ramas de los árboles, formaban un concierto deleitoso. Así recorrió una y otra alameda y llegó á las bardas que separaban la huerta de un soto nombrado por su frondosidad y estension. A bastante lejana distancia escucháronse entonces pasos de caballos que, trotando velozmente, se acercaban mas y mas al castillo. Blanca, cuyo espíritu no cansado con el bullicio de la sociedad estaba siempre atento, percibió el ruido y se detuvo silenciosa. Poco á poco notóse ya mas cercano y tanto el trotar, que los corceles hubieron de acortar el paso, cada vez mas y mas, hasta tanto que, por último, se pararon del todo. Oyóse rumor de voces, relinchos de caballos, y, al breve rato, choque de platos y el borbotar de algun líquido.

La retraida gallega era curiosa por ser muger y por vivir encerrada entre aquellas murallas; doble causa que escitó su deseo de saber quienes fuesen los cabalgadores que, á hora tan temprana, así cruzaban el soto y se detenian á tomar un refrigerio, cual rara vez lo habria la luz del alba iluminado. Acercando á las tapias con sus delicadas, si bien fuertes, manos, el tronco maltratado de un roble carcomido, pudo subirse y ponerse al nivel de la cerca, y allí, sin asomarse mas que lo estrictamente preciso, logró satisfacer del todo su curiosidad. Mas ¿qué vieron sus ojos? Un jóven como de quince años, sin barba aun,

con ojos penetrantes negros y cabellera luciente, en cuyos lábios se pintaba la energía, y cuya femenina mano empuñaba un vaso de vino tostado, estaba sentado sobre el musgo, en tanto que tres, al parecer criados, de formas toscas, suavizadas por el respeto y el trato, permanecian en pie, sirviéndole con atenta fineza y sumision y procurando leer en su rostro sus mas ocultos deseos. El jóven desconocido vestia una levita azul abrochada hasta arriba y cubria su hermosa cabeza una gorra igual á las que usan los jóvenes que empiezan á servir en la marina militar. Una resolucion llena de dulzura resplandecia en su frente serena y no parecia sino que acababa de apresar con su bote un jabeque berberisco, y que estaba reclamando ante su gefe un sable de honor. Al mismo tiempo, no habia en su rostro nada de esa insustancialidad que caracteriza al niño, sino la firmeza de un corazon, al mismo tiempo que tierno, vigoroso y esforzado. Comió con tranquilidad y apetito, no cual era de esperar de aquella hora, sino como quien ha hecho una larga jornada y necesita restaurar las fuerzas abatidas. Despues de lo cual, con el mismo aire marcial se apartó algo, dando un paseo por entre los robles, interin sus criados comian descansadamente los abundantes restos de su festin. En seguida, montó á caballo de un solo brinco y se lanzó á galope, dando no poco trabajo á sus servidores que debian alcanzarlo.

A todo estuvo atenta Blanca sin ser vista, y cuando la mímica escena terminó, quedóse embebida en la contemplacion de aquellos lugares, como si allí acabase de suceder uno de esos graves acontecimientos que tienen un influjo directo en la felicidad de algun ser. Mas tiempo permaneció allí del que razonablemente era de presumir, y, al retirarse á su cuarto, sus ojos húmedos y decaidos buscaban la tierra, sus dedos palpaban las flores sin sentirlas y su incierto andar anunciaba interno desasosiego. Aquel dia, pretestando una ligera indisposicion que pedia descanso, permaneció retirada y sola, mas no inactiva, antes bien, empezando á pintar un nuevo lienzo, no soltó los pinceles de la mano hasta que la venció el cansancio, ó tal vez para tranquilizar á su buen padre que recelaba siempre alguna enfermedad, único mal que tenia por posible. Así se pasaron varios dias, durante los cuales la tierna Blanca, sostenida por una interna agitacion, trabajaba mas de lo que solia, aun cuando se negaba tenazmente á enseñar su cuadro, dando por disculpa que era un producto de su fantasía y que debia adolecer de grandes defectos artísticos.

Mas, pasados aquellos momentos de escitacion, una tristeza cada vez mas profunda se apoderó del ánimo de la jóven, y los bellos colores que teñian su rostro casi infantil fueron poco á poco desapareciendo, empezando las dolencias de cabeza, la falta de apetencia y demas molestias que suelen ser indicio de una enfermedad moral y que turbaban aquella dulce tranquilidad en que hasta entonces habia vivido. Nadie podia adivinar la causa de aquel cambio, y D. Jacobo de Andrade se afanaba por hallar un medio de estirpar aquellos síntomas que alarmaban su corazon de padre, para lo cual consultó á todos los médicos de las cercanías y á cuantas curanderas se afanaron en acudir al castillo con sus remedios caseros. Blanca, empero, ni se quejaba, ni conocia siquiera su mal, teniendo por cosa muy sencilla aquella debilidad y casi estenuacion que la aquejaba. El aire libre del campo, á que desde su primer infancia estaba acostumbrada, no parecia sino que aumentaba su malestar, y, solo, cuando pasaba horas enteras retirada en su cuarto, recobraban sus mejillas el color y volvian á sus lábios los signos radiantes de la vida juvenil. Pero, nunca salia de aquel retiro de que con tanta delicia disfrutaba, sin que se hinchasen sus párpados y se notáran en su rostro las huellas profundas de las lágrimas. Semejante contraste entre las mejillas y los ojos formaba inesplicable fenómeno, que á todos agitaba, menos á la inocente criatura que se admiraba del asombro que iba escitando en cuantos la veian.

Asi pasaron varios meses sin que menguasen los síntomas del mal; las interminables noches de invierno llegaron y el inquieto D. Jacobo revolvia en su pensamiento las ideas de su escasa ciencia á fin de aliviar á la hija amada que tan sin aparente causa se iba desmejorando y entristeciendo. Ya apurados todos los recursos que le inspiró el consejo, pensó que le convendria quizá, ya que la primavera hacia de nuevo retoñar las flores y que la naturaleza, trás tantos meses de luto, se cubria con su verde y fresco manto, llevar á Blanca á las romerías que en torno de las ermitas vecinas se celebraban, donde los sonidos alegres de la gaita provincial, el olor de las espadañas tendidas y el rumor del festivo baile esparcirian el ánimo de la jóven, dando á su corazon sosiego y solaz á su espíritu. Prodigios, en efecto, se cuentan de los milagros que estas funciones campestres y populares han producido siempre en la salud de las jóvenes melancólicas y aquejadas de un mal oculto en el corazon; mas, aquella vez, la vulgar creencia se vió burlada, y siguieron los síntomas de dolencia que tan pálida y macilenta tenian á la jóven que un año antes era dechado de robustez y hermosura. Sin placer acudia al sitio del regocijo y sin tenacidad se resistia á ir á él, siéndole igual el punto donde se hallase, á no ser que fuera el retiro de su cuarto á que habia conservado singular aficion.

Un dia, por ser el santo tutelar de la villa de Junquera, celebrábase una concurrida romería en las márgenes poéticas del rio Ambia, cuyas claras trasparentes aguas se deslizan suavemente bajo una copa de olorosos arbustos. De las inmediatas poblaciones y quintas acudió no poca gente á la funcion, quien por orar en la ermita del santo, quien por comer sabrosamente con sus amados la rica y caliente empanada sobre el musgo, quien por bailar al son de la gaita melancólica, quien, en suma, por disfrutar de todos estos placeres á la vez. No quiso Andrade, cuyo amor á su hija crecia con el mal interno de esta, desperdiciar fiesta tan concurrida, en que tal vez Blanca hallase mas distraccion que en otras análogas ocasiones, y ademas, conservando pura en el corazon la fé, esperaba que acaso la intercesion de aquel santo alcanzase la salud, que era el único bien que le faltaba para volver á ser tan dichoso como siempre habia sido y cual nadie podria serlo mas en la vida. Blanca se prestó con su incrédula y melancólica sonrisa á este nuevo esperimento, y, al ser de dia, para que no se motejase su morosidad, estaba lista con su blanquísimo traje que daba á su palidez cierto aire fantástico y caprichoso lleno de encanto y poesía. Los criados aprestaron abundantes manjares, y seguidos de ellos y de otros cargados de cirios labrados que llevaban para ofrecer en la ermita, se encaminaron á Junquera de Ambia, cuyas saludables aguas son tan nombradas en aquellas comarcas. Cabalgaba Blanca en una linda hacanea que adornaban jamúas de terciopelo carmesí con clavos de plata y una rica gualdrapa en que estaban bordadas las armas de la ilustre familia de Andrade. D. Jacobo, á su lado, montaba un fogoso alazan cuya abundante y suelta crin se mecia en raudo y desigual movimiento.

La concurrencia fué numerosa, y, despues de cumplir con los deberes del culto, era de ver el cuadro poético que ofrecia la pradera. El baile por un lado y por otro el olor de suculentos manjares servidos sobre el césped entretenian agradablemente á cuantos allí se hallaban, mezclando uno y otro recreo con la alegre risa y sazonada chanza. El hidalgo de Maceda y su hija empezaron su festin con mas sosiego, pero sin tristeza, pues Blanca se hallaba aquel dia mas animada que de costumbre y como presagiando algun acontecimiento que la sacase de la especie de letargo en que, durante tanto tiempo, habia vivido. De repente, al volver á un lado la cabeza, se quedó absorta, enagenada, y lanzó un ay! de sorpresa, imperceptible para todos, menos para su padre que, con tan solícito amor, seguia sus menores movimientos. Habíase quedado suspensa al reparar en una alegre y fresca jóven que, cercana á ella, y acompañada de su familia, observaba el baile y trinchaba una ave

bien cebada. Despues de un momento de contemplacion que parecia de arrobamiento, una animacion desusada se pintó en su rostro y una sonrisa de amor y confianza retozó por sus lábios, ya otra vez rojos de juventud y júbilo. No acertaba D. Jacobo á esplicar aquel cambio, y mas cuando su hija le preguntó si conocia aquella familia vecina. Conocíala, sí, aunque no á la jóven que tanta impresion habia causado en el ánimo de Blanca. Su cabeza era una señora mayor, llamada Doña Catalina de Saravia, muy respetada, por su amor á los pobres, por su trato lleno de dulzura y por ser el amparo de cuantos á ella acudian; sin duda, las personas que la rodeaban pertenecian á su familia. Manifestó Blanca deseos de entrar en conversacion con aquellas personas, especialmente con la jóven que podia ser, con diferencia escasa, de su misma edad, y Andrade, para quien era un motivo de júbilo el tener esta ocasion de satisfacer tan inocente capricho, se apresuró á complacerla.

Al poco rato las dos familias merendaban reunidas y Blanca se hallaba en alegre y festiva conversacion con Luisa de Figueroa, que era la jóven cuyo rostro no cesaba de contemplar. Supo, en breve, de esta que era sobrina de la señora de Saravia y que, desde el año anterior, vivia con ella en su casa de Allariz. Al cabo de una hora eran las dos doncellas ya íntimas amigas, y, cuando llegó la de separarse, no pudieron verificarlo sin ofrecerse que se verian con frecuencia. Andrade instó mucho á Doña Catalina á que fuera con su sobrina á pasar algunos dias al castillo de Maceda, y á tanta fineza y á los ruegos de Luisa y al deseo de conocer aquel nombrado albergue no pudo resistir la complaciente tia; por lo cual quedó concertado que, en la entrante semana, se verificaria la visita.

Eternos parecieron á Blanca los dias que faltaron; pero, ya no le causaba tedio ni dolor cuanto la cercaba, sino antes bien hablaba del porvenir con cierta esperanza de felicidad que alegraba el corazon del padre. Formaba risueños planes para las próximas romerías, en las cuales siempre tenia una parte muy activa su nueva amiga. D. Jacobo, á quien tambien habian prendado las gracias de Luisa y que abrigaba cierta secreta esperanza de que la alegria de esta templase la melancolía de Blanca, acojia con júbilo semejantes proyectos y veia en ella un ángel bajado á la tierra para reconciliar con la vida á otro ángel, mas lleno de idealismo.

El plazo fatal terminó y los huéspedes llegaron. El cuarto de Luisa lo habia arreglado su amiga cercano al suyo con un cariño de hermana, y, desde la primer hora, ambas fueron á visitar juntas las estensas galerías, tratándose ya con una intimidad estremada. Sin embargo, habia una cosa que deseaba Blanca saber y no se atrevia á preguntarla. De mil modos empezó conversaciones de familia hasta que su amiga pudo decirle naturalmente que tenia dos hermanos, el uno mucho mayor que ella, y el otro un año menor. Al escuchar esta revelacion, hubiera querido Blanca estar sola para dar rienda suelta á su emocion profundísima; pero, tratando de comprimirla, hizo mil preguntas encaminadas las mas á indagar algunas particularidades relativas á aquel hermano tan jóven. De su figura nada le dijo Luisa ni parecia bien preguntarlo; pero, de su carácter hizo tantos elogios su hermana que, al decir de ella, no habia de tener Galicia marido que mas feliz hiciera á su muger.

—«Tú misma, le dijo un dia, podrás juzgar por tus ojos en breve, porque vá á venir á haceros una visita, desde el Ferrol.

—«¿Desde el Ferrol?.... Luego es.....

—«Marino.»

—«¡Dios mio!

Y Blanca pudo respirar apenas de gozo al escuchar esta última palabra.

No tardó mucho en percibirse el eco de los lejanos pasos de un corcel impetuoso que al castillo se encaminaba. Desde las almenas se divisó que en él cabalgaba un jóven marino con la gorra que adornaba una ancla de oro. Las dos amigas bajaron presurosas la soberbia escalera del castillo y no es fácil decir cual de sus corazones latió con mas ímpetu..... voló el corcel, saltando cuanto estorbo se oponia á su paso, y el jóven marino, lanzándose á tierra, estrechó tiernamente á su hermana á quien profesaba un cariño sin límites. En seguida saludó cortesmente á Blanca.

No es posible imaginar el efecto que produjo semejante saludo en la jóven. El sonrosado de sus lábios desapareció rápidamente, sus mejillas recobraron su pasada palidez y un velo de muerte anubló sus ojos. Hubo de sostenerla su amiga, y aun de llevarla á su cuarto á fin de que descansase. A las preguntas que esta le hacia, solo pudo conseguir una esclamacion melancólica y angustiosa: «*No se parece á tí*» y vencida por el dolor, cayó en su lecho, sepultura de sus ilusiones.

En aquella misma noche se apoderó de ella el delirio y una calentura violentísima; Luisa y su padre no se apartaban de su lado. Solo, de vez en cuando, pretestando que apetecia descanso, cerraba las cortinas de la cama y se negaba á toda conversacion; mas, entonces se oian sollozos ahogados y se percibia que se incorporaba. En el testero inferior habia colgado un cuadro que cubria un delgado velo, el cual jamás habia visto nadie. Suponíase que seria alguna imágen de su adoracion y hasta su padre respetaba aquel inocente misterio.

La enfermedad aumentaba de dia en dia, y los médicos empezaban á salir del cuarto de Blanca con aire pensativo y de afliccion. Contestaban distraidos á las preguntas que se les hacian y hablábanse al oido con breves y cortadas palabras. Todo respiraba ya luto y dolor en el castillo de Maceda.

Una noche, á las altas horas, ya, lucia una lámpara suspensa del artesonado, y, al pie del lecho, velaba Luisa sola, interin Andrade habia ido de nuevo á consultar al médico en quien mas confianza tenia. Blanca parecia mas tranquila, y, estrechando entre sus manos las de su afectuosa amiga, le rogaba que, despues de su muerte, conservase de ella un dulce recuerdo.

—«Oh! no, tú no morirás, tu juventud vencerá esa enfermedad, decia Luisa, y cuando hayas recobrado la salud, juntas recorreremos el soto y los jardines, y te contaré entonces, oh! mi amiga, los recuerdos que estos sitios despiertan en mí.

—«¿Antes de ahora has estado en Maceda? Tu voz es tan dulce, oh! Luisa; refiéreme los sucesos todos de tu vida.... tus inocentes amores.... todo.... Ya sé que está prometida tu mano á un gallardo jóven.

—«No me uniré á él hasta que estés restablecida. Pronto será, ¡Dios mio! ¿quién me lo habia de decir el dia aquel en que, al pie mismo de este castillo, hice por él tan gran sacrificio?

—«¡Tú! ¡sacrificio! esclamó Blanca con desusada animacion.... «Por Dios habla.»

—«Fué el año pasado. Vivia yo en casa de mi hermano mayor que trabajaba por ahogar en mi pecho una pasion noble que ha de morir conmigo. Mi amado estaba ausente, y, viéndome sola, por sustraerme á una tutela tan odiosa, me vestí de hombre, y, acompañada de tres criados fieles, viajé toda una noche y una mañana despues, y me refugié en casa de mi noble tia, que me dió amparo y protege mis amores inocentes.

—«Mas.... hablaste de este castillo.

—«Trás una noche de galopar, rayó el dia cuando llegamos á las bardas de tu jardin... Recreándome en contemplar los torreones del castillo, me sirvieron de comer mis criados en el soto al pie de un roble que podré distinguir entre los otros.... Te lo enseñaré Blanca.

—«Y aquel dia» preguntó la enferma con voz convulsa, incorporándose en la cama, ¿cubria tu cabeza una gorra de marino?

—«La de mi hermano.»

Blanca hizo ademan de tender la mano al velo que cubria el cuadro objeto de su adoracion, lanzó un suspiro y cayó como herida del rayo.

En aquel momento entró D. Jacobo de Andrade. El y la jóven descubrieron el cuadro, y con asombro

vieron que representaba la hermosa figura de Luisa vestida de hombre con la fatal gorra en la mano. Ambos se precipitaron á prodigar sus caricias á Blanca.... Ya no existia! solo pudieron abrazar los despojos mortales de un cuerpo en que se habia anidado el alma de un ángel.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.



LA ANDALUZA Y LA MANOLA.

Ni el mas desbocado dijera que vivimos en tierras de España, si era hombre dado á tratar con gente de circunstancias y sabido en nuestros usos de antaño. Entre los que arrastran carroza y se calzan las manos con baldés color de canario, el hablar y escribir es á lo gabacho; de la ropa y menesteres de casa no digamos un punto, porque nombres tienen que no los conoce, ni la madre que los parió. Danzas y cantares son de Germania y Polonia, ó de la tierra de las bulas y de los macarrones; mas para mejora y contentamiento, la funcion preferida por los mas finos y aseñoriados es una pantomima de *tontas*, ó el oler y saborear los placeres de una cuadra con luminarias, que por ser redonda llaman *circo*.

Pero Dios ha dispuesto que sean pocos siempre los bien entonados de estos señores, y á sus pies bulle y se estiende, como laborioso enjambre, la fiera gente que guarda en su modo sentimiento y manera la buena laya de españoles netos por todos cuatro costados. Si no lo suelen decir en congresos y papeles, con sus acciones, porte y modo lo demuestran, justo será por tanto que á estudiar su índole dediquemos el ingenio.—Asi tal vez se entenderá mejor la historia escéntrica de este sol de los soles que llaman España: y que al fin la *gentecilla*, como dicen los *usías*, son *mas* y suelen llevar razones en sus razones, tratos y contratos.

Hoy doblemente sabrosa es la tarea nuestra, porque dejando á un lado lo sério del género humano, nos vamos á entrometer en el carácter y figura de lo mas alegre y dulce que en el mundillo se cria; vamos á pintar las mugeres que derraman su majencia y hermosura en las riberas del Manzanares y en los alcores y honduras del Andalucía.

Atencion pues: allá van las diferencias y semejanzas, creces y menguas que hay entre las legítimas hijas del Lavapies, de la Paloma, de Maravillas, del Barquillo y demas lugares que, para tales gentes, la ronda madrileña encierra y las trigueñas mozas que vieron la luz en Triana y la lucida Macarena, en la Calzada, la Alameda, puertas de san Juan y de la Carne, la Costanilla, la Feria, los Humeros y el Baratillo, de Sevilla, las que tomaron viento de mar y dejo americano en la Viña, Santa Maria, Mirandilla y Campo del Valon, de Cádiz; las ojinegras de San Lorenzo y Santa Marina, de Córdova; las tapadas de entrambas plazas, de Aljeciras; las zandungueras de la Trinidad, Mundo nuevo y percheles, de Málaga; las moriscas hembras de la Antequeruela, del Albaicin, San Lázaro, Rondilla y rincon de vagos, de Granada; las del Castillo, de Jaen y otras de otros barrios y apartamientos de por allá, que no relato porque sabidos son de la buena compañia y de los garbosos entre los de garbo.

Si hemos de empezar nuestro paralelo á lo retórico, entremos por el espíritu y sus cualidades que estas se verán despues reflejadas en los incitativos cuerpecillos de la andaluza y la manola, en las cosas tangibles de afuera.

Desde luego la manola se distingue por su fiereza y libertad en andares y decires, mientras que la andaluza destila toda miel rosada y voluptuosidad aérea, con sus puntas y collar de afectacion é hipocresía. La una es franca, resuelta, oro puro sin labrar: la otra tímida, recelosa con visos de niña mimada, falsa como el semilor.—Ambas son pintorescas en el estilo de la conversacion, decidoras de chistes, prontas y fáciles en la epigramática réplica; pero la manola es punzante, desgarrada, fanfarrona y muy dada á resolver con las manos cuestiones que trabaron las palabras; la andaluza gusta de buscar lo ridículo de su antagonista, de acosarla con su palabreria inagotable y sus graciosas muletillas y retruécanos: la primera es como los huracanes que silvando y bramando lo destrozan todo; la segunda á la manera de los aires solanos que sin mover las cañas de trigo queman las espigas y secan las yerbas de las riberitas de los rios.

Por lo franca y ostentosa gusta la hija buena y de padres criados en el Lavapies y en Maravillas de las giras de campo de los toros de buena casta, sin importársele un bledo del dia de mañana, ni aspirar á entonarse con sus bien ó mal ganados pesos. La que nació bajo el caliente sol de Andalucía cede al estímulo de la juventud y se engalana y baila con delirio; mas pretende acercarse á los señores y pugna y se empeña en saltar la barrera que de la gente acaudalada le separa. Por esto recibe con gusto obsequios de los usías.—La manola les desprecia: testigo de sus miserias les tiene en poco á pesar de sus oropeles, sabiendo su debilidad los escarnece y si alguna vez cede subyugada por el amor, que todas las clases iguala, se encuentra como humillada, cuando por reina se tiene en siendo igual á su amante.

Y pues de amores hablamos, hénos aquí en el punto en que mas se diferencian nuestras dos heroinas.—La manola es desinteresada: las mas veces mantiene á su amante. Desprecia las hablillas y cifra su orgullo en adorar con toda la energía salvaje de su corazon violento á la persona que le entró por las puertas del alma y del gusto.—La andaluza, dice que en el tomar no hay engaño y envidia á la vecina que luce las galas compradas á costa de la honra.

Mas frágil es mi paisana y se deja llevar por la corriente que le indica una comadre diestra en tercerías; pero en cambio pasa y con razon por la espumita de la gachoneria, de lo dicharachera y cariñosa. A los mimos de una andaluza no hay hombre de carne y hueso, aunque vista saco y cilicio, que no arrie bandera y se entregue como un corderito manso: si estais sério y cejijunto llorará, gritará, os rodeará de ardientes caricias, jugará como un chico con vuestro cabello, con vuestros párpados, os hará

mil muecas imitando vuestro gesto avinagrado y al fin tendreis que sonreiros ó que conmoveros, y luego... caereis en su seno seducidos con su coqueteria, embriagados con el magnetismo de sus ardientes y humedecidos ojos, de su piel bruñida y sedosa, que despide lumbre eléctrica como las nubes del crepúsculo de la tarde.—La manola por el contrario es sombría en su pena y se conmueve su alma profundamente: se mostrará tan altiva si en la riña razon llevase que os maltratará en su delirio; y tan humilde y arrepentida si os ofendió que sacando del delantal rizado la navaja de golpetillo dirá abriéndola con aire resuelto y llena de ira contra sí propia—*Toma: mátame!*—Naturalmente quien asi se espresa ha de ser mas firme en la honra, mas amiga de mantener su palabra, aunque el hombre que la posea sea indigno de guardarla.

La andaluza es una esclava de su amante: la manola una reina; pero como Isabel la Católica, suele esta trabajar para vestir á su marido; mientras que la otra se contenta á lo mas como las orientales en divertir á su Señor.

El marido es bárbaro y las pega; pues bien, la andaluza llora, la manola riñe, si es vencida acepta el freno, pero sin humillarse como cede un soldado á un gefe bizarro, y abofetea la buena madrileña al que se atreve á propalar ó estorba que su amador la maltrate.

En una batalla de cuerpo á cuerpo la manola defiende á su amante con el valor de una amazona, tal vez apoderándose de la navaja ensangrentada que ya es inútil en la desfallecida mano de su querido: la andaluza llorosa gritando se contenta con demandar socorro y poner su pecho delante del pecho de su prenda adorada.

La manola es poco religiosa: la andaluza suele rayar en beata.

En la vida libre pronto descubren su patria la madrileña y la de tierras mas calientes. Por su belleza y desgarro, por su picante originalidad suele atraer la primera, y se distingue ademas por sus caprichos estraños, por su independencia, por su desinterés, por vivir sola, porque no accede á todas las solicitaciones y en fin porque sin fingir cariño demuestra siempre que desprecia á los mismos á quien por miserable precio vende sus caricias.—La andaluza por el contrario en estos tratos es privilegiada; aparenta sentimentales amores y despues se burla del porte y figura de su improvisado amador, tiene modos, seduce, engaña, saca cuanto puede á los mas avisados, es una vivora en la soledad del hogar y prefiere esos inmundos pupilajes de las Celestinas enriquecidas con el crimen.

En el valor tiene relevantes cualidades la manola: tenaz, vengativa, cruel, se enardece á la vista del enemigo y se embriaga viendo correr la sangre: pelea, anima con su gritos á los combatientes y acaba con los caidos y los escarnece con sus sarcasmos, paseando triunfante sus mutilados restos ó arrastrándolos á la hoguera.

En el cantar y bailar la andaluza es una sílfide y una sirena; su garbo, sus quiebros, sus ojos con mas fases que la luna, con mas fuego que el lucero de la mañana son la quinta esencia de lo remucho y de lo rebueno. Si enarcados los brazos, voluptuosamente doblada la cabeza y los pies en alto, trenza y se columpia, parece una barquita empavesada que entra por lo mas verdecillo de la mar; si se para en tercera los golosos se acercan como á ramillete de flores y caramelos; si pasa, repasa, huye, piérdese, á una paloma se asemeja cuando revolotea alrededor de su amante. ¡Qué gorjeos y que canela y clavo en todo lo que canta acompañada por la guitarra malagueña ó el tenor gaditano! ¡Las negras tristezas y las penillas de amores cómo las glosa en sus cantares, cómo las modula en la melancólica y oriental rondeña, en el polo, en las cañas compuestas para encarcelados, en los perezosos compases del punto de la Habana ó en los salvajes gritos del Tango! ¡Cómo se mete en lo mas hondo del corazon y lo ablanda y lo baña de almibar cuando sale por el fandanguillo de Cadiz, la alicantina y otras mil tonadas amorosas y de ley!.. De allí á los cielos.—En esto la manola se queda muy atrás; si canta solo es por desahogar la alegria y no para seducir á los de la fiesta: su voz ronquilla y fingida vale mas para chillar en acorde con el duro sonido que produce la pua que para tocar el corazon. En el baile tambien prefieren las de por acá las rudas mudanzas de los montañeses de Aragon, las brincadoras seguidillas, preciándose mas de su vigor en el saltar que del señorío en el paseo, de la gallardía en los movimientos y de la gracia en el cernidillo de caderas.

La andaluza come poco y prefiere las chucherías: la manola es amiga de la carne, del vino, de la rosa y del escabeche.

¿Quién al mirar los zapatos abotinados de la manola, su mantilla de terciopelo caida, forrada de duro tafetan, con avalorios y cadeneta; su pañuelo ceñido á la cintura por las puntas, sus rizos ensortijados detrás de la oreja, su pisar de talon y fuerte, su cabeza con orgullo enaltecida, su cutis fresco y esclarecido, su nariz roma, su cara redonda, sus ojos melados no asienta y testifica lo que hemos dicho sobre su carácter fiero, su franqueza, su descaro, su majencia?—La andaluza pisa de puntilla con el menudo pie encerrado en cárcel de raso ó de *rusel*, lleva el pelo agrupado en las sienes con lo que dá mas realce á su color moreno, á su rostro ovalado; prefiere la delgada franela y las blondas para su mantilla entre cuyos pliegues se oculta con la coquetería de una morisca ó de una limeña; es mas fina de cabos, mas trigueña, mas rasgada de ojos.—La una lleva los brazos en jarras ó caidos y sueltos como quien aguarda guerra; la otra oculta sus manos entre la mantilla y el delantal. La del mediodia pone sus gustos en las flores, en el adorno de su cocina que enjabelga con esmero, en las codornices y en los gatos: la de estas tierras altas es menos frívola, si bien limpia. En fin por todas partes y en todos los accesorios se descubre que la una es de aquellas razas que vinieron á regenerar el mundo romano, mientras que la otra participa de la molicie africana, de la pereza de las Indias y sufre las influencias de un clima que al amor y no á la guerra convida.... En Dios y en mi ánima que esto se remonta demasiado y que el caso y cuento crece mas de lo debido sin decir lo mas importante y de bulto: ¿Cuál de las dos heroinas vale mas? ¿Cuál merece el ramillete de la preferencia?—Seré mas justo que Páris; mas advierto que todo ello vá en gustos y temple de alma, para mí si he de hablar como conviene, atendido lo declarado y visto, prefiero á.... LAS DOS.

J. JIMENEZ-SERRANO.

FENOMENOS PSICOLOGICOS.

NOVELA.

I.

Donde se verá que para hacer relaciones con una muger no hay cosa como dejarse atropellar por su caballo.

Era una tibia mañana del mes de Mayo: el sol lucia deslumbrante en el azulado firmamento; ninguna nube amenazaba velar su disco; y pura y trasparente la atmósfera recibia las emanaciones de las flores y de las plantas. En cada rosal se veia un capullo entreabierto; en cada capullo posábase una ligera mariposa; en cada árbol gorjeaba un ruiseñor, saludando á la amiga primavera.—Sulcaban los vientos bandadas de voraces gorriones, que corrian á desvastar el arbusto apenas vestido de follage; la espiga verde aun; el fruto todavia no sazonado; mientras la tímida golondrina tendia alegremente sus alas, y se remontaba hasta perderse en el espacio.

El único punto en las cercanías de Madrid donde se hallan flores, verdura, y pájaros, es el paseo de la

fuente Castellana. Parece aquel un pequeño oasis en medio de este desierto donde se estableció la capital de las Españas; parece un Edén en miniatura, que recuerda los encantos de otros paises mas felices. Así, allí van á inspirarse los pocos poetas bucólicos que han sobrevivido al escepticismo presente; los pocos amantes que aun creen en el amor; los muchos ociosos y desocupados para quienes Madrid es chico, y las patriarcales familias que se deleitan viendo correr y triscar á sus descendientes sobre esa inmensa alfombra de la tierra, tan pura, tan rica, tan espléndida.

A las nueve ó poco mas de la bella mañana de que hablamos, salia por la puerta de Recoletos un grupo de ginetes y de amazonas, sobre magníficos caballos estrangeros. Delante de todos iba una jóven pálida, morena, de espresiva fisonomía, de ojos ardientes y negros, de sonrisa burlona, de talle esbelto, que manejaba su yegua con una seguridad y con una gallardía imponderables. Seguíala á corta distancia otra jóven no menos hermosa, pero de un tipo enteramente diverso; rubia, sonrosada, con ojos azules, dulces y tranquilos, de estatura pequeña, aunque de cuerpo airoso, aquella niña—porque lo era—contrastaba asimismo por su timidez virginal con el arrojo temerario de su compañera. Detrás de la primera y al lado de la segunda marchaban dos caballeros galanes y apuestos; la fisonomía del uno era grave, severa, casi adusta; la del otro por el contrario revelaba uno de esos *dandys* frívolos, cuyas mas sagradas ocupaciones son dedicar tres horas al picadero, y otras tantas al tocador.

—¡Pero esto es insoportable! dijo la intrépida amazona que servia de guia, parando su yegua despues de una carrera rápida, y viendo que los demas se quedaban muy detrás.—¡Sofía! ¡Sofía!.. Menos miedo, menos miedo, gritó dirigiéndose á su compañera; vamos, un trotecito, y ven á reunirte conmigo!

Y hablando asi azotaba impaciente su falda con el puño dorado de su latiguillo.

—¿Se anima V. Sofía? preguntó el mas caracterizado de los dos personajes, en tono frio pero respetuoso.

—¿No se ha de animar? repuso el otro sin aguardar la respuesta de la jóven, descargando al mismo tiempo un fuerte latigazo sobre el caballo que aquella montaba, y que irritado con el golpe comenzó á trotar ligeramente.

—¡No por Dios! ¡No por Dios! esclamó Sofía asustada y asiéndose á las crines del fogoso animal! No por Dios, ó me tiro al suelo!

—Duque, Duque, añadió el *fashionable*, dirigiéndose á su compañero, ayúdeme V. á hacerla valiente!

Mas en vez de obedecerle el Duque, metió la espuela á su caballo, y tomando ventaja al de Sofía, fué á detenerle poniéndose delante. La pobre niña que no cesaba de gritar, dió las gracias á su salvador con una mirada espresiva y afectuosa, diciéndole al mismo tiempo:

—Gracias, Enrique; no esperaba menos de V.!

Un relámpago de alegria brilló en el frio rostro del Duque, quien sin embargo se contentó con hacer un saludo.

—Pues señor, dijo el dandy confuso y despechado, puesto que VV. no quieren correr, la Condesa y yo lo haremos solos.

Y dirigiéndose á la amazona, que primero se habia reido y luego se habia impacientado con el miedo de Sofía, la gritó poniendo la mano á manera de bocina:

—Julia, espéreme V. que allá voy yó!

Mientras, Sofía y el Duque seguidos de dos tres lacayos á conveniente distancia, volvian á poner sus corceles al paso.

—¿Se ha asustado V?... preguntó aquel con acento que revelaba algo mas que una mera atencion.

—¡Oh muchísimo! Julia se empeña en que yo he de ser como ella, y eso es imposible; y luego, el Baron...

—¡El Baron es un majadero! interrumpió el Duque solemnemente.

Despues de esta frase decisiva, con la cual debió estar conforme la jóven, puesto que nada repuso, hubo algunos instantes de silencio.—Sofía fué la primera que lo rompió.

—¡Mirelos V.! dijo señalando á la Condesa y al Baron, que reunidos ya trotaban por el camino. Ahora están en sus glorias, y no se acuerdan para nada de nosotros.

—Paguémoslos en la misma moneda, no acordándonos para nada de ellos; contestó filosóficamente el Duque.

Y de nuevo callaron los dos. Pero esta vez tambien le tocó á Sofía volver á tomar la palabra.

—Lo que yo siento, amigo mio, esclamó, es que por mí vá V. á fastidiarse, no pudiendo seguir á Julia ni á Fernando.

—¡Fastidiarme á su lado de V.! repuso el Duque con una viveza de que se admiró su compañera.

—¡Oh! es V. muy galante para confesarlo, añadió; y por eso tampoco me dirá que hago un ridículo papel mostrándome tan tímida y tan cobarde, en contraposicion con Julia.

—¡Oh! No tome V. nunca por modelo á Julia! dijo el Duque con alguna dureza.

—¿Y porqué? ¿No la imitan todas en Madrid? No es ella Reina en la alta sociedad, donde se copian sus maneras, sus trajes, y hasta sus aficiones?

—Por lo mismo no debe V. seguir tal ejemplo.

—¿Y por qué?

—En primer lugar porque cualquiera imitacion es á mis ojos ridícula; y despues porque las mugeres deben ser como V., y no como ella es!

Al terminar Enrique estas palabras, lanzó Sofía un grito de espanto.

—¿Qué tiene V.? preguntó el Duque.

—¿No ha visto V. que no ha faltado nada para que Julia atropelle allí á un hombre, el cual ha salido milagrosamente de entre los pies de la yegua?

—¡Razon mas en que fundar mi desaprobacion!

—¡Y mire V., se rie con Fernando!

—Quiere decír que tiene lo que yo no sospechaba: esto es, mal corazon.

Contempló Sofía al Duque, sorprendida de oirle espresarse de aquel modo, á él que siempre pecaba de reservado.

—¡Muy severo está V. hoy con la Condesa! esclamó sonriéndose.

—Digo como siempre lo que siento, y sino se lo he dicho á V. antes en este particular, es porque no se ha ofrecido ocasion.

—¿Luego no es V. uno de los infinitos admiradores de Julia?

—No por cierto; soy uno de sus amigos; y el único quizás que es franco con ella.

—¿Y qué la dice V.?

—Lo que he repetido aqui ahora.

—¿Y no se ofende?

—No; se rie, contestándome: cosas del Duque!—Respuesta que se dá siempre cuando no hay otra que dar.

—Vamos, esplíqueme V. lo que encuentra reprensible en su conducta.

—Todo: asi como no puedo sorportar á los hombres afeminados, no puedo sufrir á las mugeres varoniles: cada sexo tiene su carácter, sus instintos, sus atributos: querer usurpar el uno los del otro, es mas que una ridiculez, es un atentado contra el poder y la voluntad de Dios.—¿Cree V. que yo admiro á Juana de Arc, ni á Mma. Stael?—¡Nada de eso! La una bien merecida tuvo la muerte en premio de sus *hombradas*; á la otra la hubiera hecho yo coronar primero y guillotinar despues.

Sofía dirigió una mirada indescriptible de asombro y de repugnancia al Duque; pero recordó que habia sido militar, y que en el campo de batalla desmintiera con su valor y con su clemencia la ferocidad de que entonces hacia gala. Era, pues, un hábito, y no mas, la violencia de su lenguaje y el rigorismo de sus ideas.

Callaron de nuevo los dos contendientes, tendiendo la vista por la llanura, y buscando á Julia y á Fernando, que les llevaban siempre gran ventaja. En

aquel momento entregábanse sin duda á una carrera de competencia, porque corriendo los dos á escape, emulaban en intrepidez y en firmeza. Sin embargo, Julia iba algo delante del baron, escitando á su yegua con la voz y con el látigo.

—¡Véala V.! dijo el Duque señalando hácia ella.—¿En qué se parece esa muger á las demas mugeres? ¿Son esos los instintos que debe tener su sexo? ¿Son esos los placeres á que debe entregarse?

Pero al llegar aqui en su filosófica disertacion, interrumpióle un grito agudo lanzado por la Condesa, y al cual contestó Sofía con otro mas terrible todavía, mientras muda de espanto indicaba con la mano hácia enfrente.

Entonces vió el Duque lo que causaba el terror de las dos amigas: cuando Julia estaba en lo mejor de aquella carrera diabólica, un jóven imprudente,—el mismo á quien antes estuvo para atropellar—se empeñó en atravesar de un lado á otro del camino, pero con tan mala suerte, que fué á meterse entre las piernas de la yegua de Julia, á quien esta no pudo contener bastante á tiempo para que no le derribara en tierra, bañándole el rostro en sangre.—A pesar de lo que decia el Duque poco antes, la Condesa demostró en aquel instante que era muger, porque se puso pálida como la cera, y se dejó caer en el suelo medio desmayada. Sofía por el contrario se olvidó de su timidez, y voló á socorrer al herido. —Era este un caballero de distinguida figura y elegante porte, que podria tener á lo sumo veintidos años, y que no obstante, en su bella fisonomía llevaba ya el sello de ardientes é impetuosas pasiones. Habia perdido el conocimiento con la violencia del golpe; pero por un fenómeno que nadie dejó de observar, su semblante en vez de revelar dolor, espresaba la mas cándida alegría.

Cuando Sofía le vió, lanzó una esclamacion de sorpresa.

—¿Le conoce V. acaso? preguntó el Duque, único de los personajes que habia conservado su calma.

—Sí, mucho.... repuso la niña ruborizándose; quiero decir, un poco.

Enrique clavó sus penetrantes ojos en Sofía, y halló en su rostro la misma emocion que habia encontrado en su acento.

Los lacayos, lejanos espectadores de la catástrofe, llegaron á la sazon, apresurándose á prodigar sus cuidados á la Condesa y al desconocido. Uno de ellos empapó un pañuelo en agua y lavó la herida de aquel, que al punto vendó Sofía con esmero. Casi al acabar esta sencilla operacion, abrió los ojos el jóven, y al sentir el contacto de los puros dedos de la niña, estremecióse primero, y exaló luego un suspiro de felicidad y júbilo; pero levantando en seguida la cabeza, buscó con afan á Julia, arrodillada algo mas lejos, y la envió una plácida sonrisa.

—Ah! perdóneme V. caballero, dijo la Condesa aproximándose. Mi yegua iba tan de prisa, y yo.....

—Gracias, señora, gracias; murmuró el desconocido débilmente; y volviendo á desmayarse de nuevo.

Miráronse sorprendidos los circunstantes, no sabiendo de que suerte calificar las palabras de tan estraño individuo. Mas como era mozo y hermoso, como su traje revelaba la clase á que pertenecia, y como aceptaba con tanta dulzura y resignacion su infortunio—todos, la condesa y Sofía principalmente—se sintieron conmovidos, é interesados en favor suyo.

—Es menester conducirle á su casa, y buscar un médico al momento; dijo el Duque con aspereza para disimular su emocion.

—¿Su casa? ¿Y cómo hemos de saberla? preguntó Fernando.

—Muy fácilmente: sin duda traerá algun papel encima, ó tarjetas que revelen quien es. Mírelo V., mírelo V. presto, añadió el Duque con tono imperioso.

Pero en balde buscó el *dandy* en todos los bolsillos del vestido, pues no encontró nada que pudiese darle luz.

—¿Qué haremos? dijo Julia mas disgustada ya que afligida de semejante contratiempo.

—Señora mia, contestó bruscamente el Duque, justo es que V. sola sufra las consecuencias de sus locuras. No hemos de enviar á este pobre jóven al hospital, ni entregarle al primero que se presente. Así, V. que es viuda, puede acogerle en su casa sin escándalo... y tiene ademas el deber de hacerlo como causante de su desgracia.

—¡Pero Duque!... esclamó Julia vivamente.

—Condesa, interrumpió aquel con enojo, ¿querrá V. que entre sus malas cualidades cuente tambien la de mal corazon?

El acento duro y seco del Duque, la espresion grave y austera de su rostro, impusieron sin duda á la Condesa, porque no se atrevió á replicar palabra, é hizo seña á uno de los criados para que se adelantase el coche que los habia seguido á corta distancia. En él colocaron cuidadosamente al desconocido, y á poco todos se dirigieron hácia Madrid, no alegres y bulliciosos como salieran, sino tristes, silenciosos, y pensativos. El Baron mismo callaba, sin atreverse á lanzar ni una de sus insolentes chanzonetas.

De este modo atravesaron las calles de la córte, y llegaron á la puerta de la casa de Julia. Aun la animaba á esta la esperanza de que en el tránsito habria recobrado el conocimiento su víctima; mas por el contrario, la sangre restañada un instante, habia vuelto á correr sobre el pálido y bello rostro del jóven, inmóvil y frio como una estátua.

Un cuarto de hora despues hallábase aquel acostado en un rico lecho, en el mejor aposento de la Condesa; un cirujano examinaba la herida, que era profunda pero no grave, mientras Julia y Sofía le auxiliaban en la operacion teniendo en la mano una cajita llena de hilas y de vendas.—Abrió entonces los ojos el desconocido; miró en derredor con asombro, y viendo á las dos mugeres, animóse su semblante con un relámpago de alegría. Quiso incorporarse ligeramente; pero le faltaron las fuerzas; y tornó á dejar caer la cabeza sobre la almohada, esclamando:

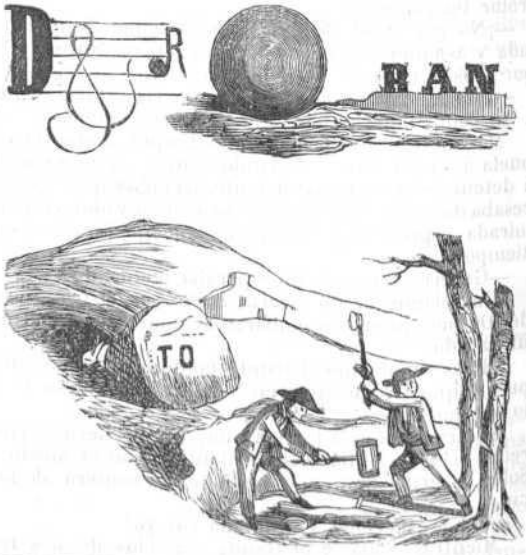
—¡Cómo Antony! ¡Como Antony!

Sofía y Julia trocaron una mirada, que equivalía á decir:

—¡Pobre jóven! Está delirando.

RAMON DE NAVARRETE.

GEROGLIFICO.

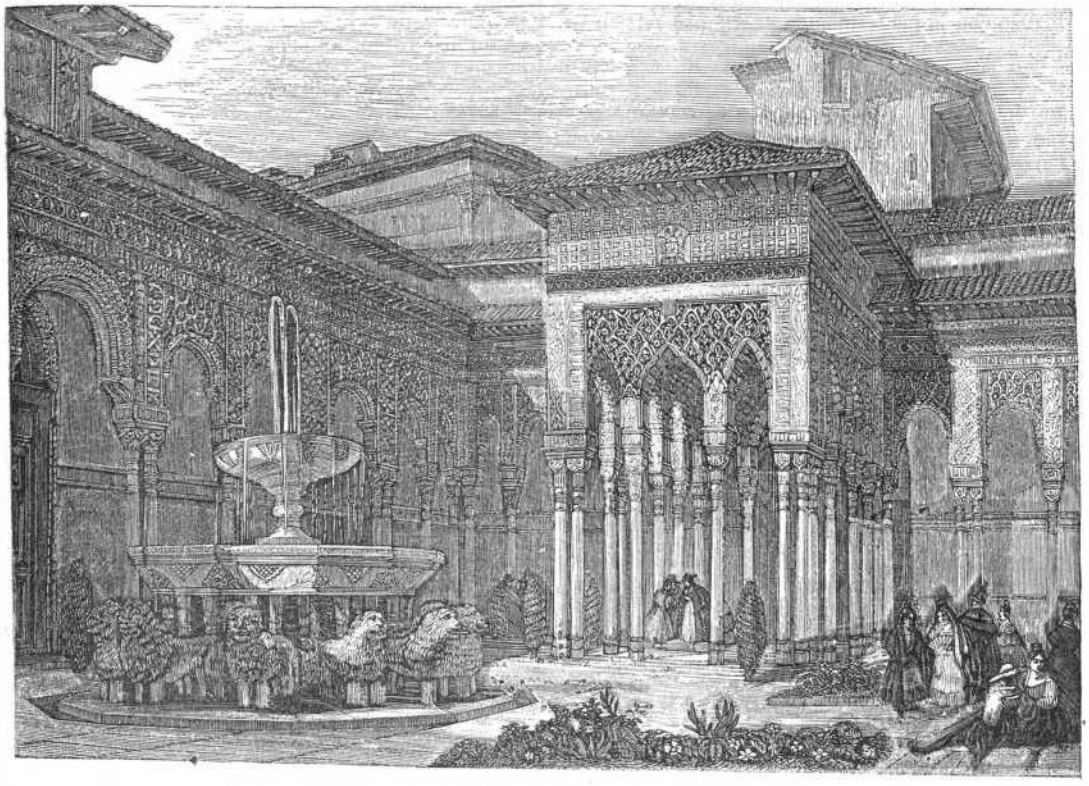


Direccion Redaccion y oficinas calle de Jacometreso ¦núm. 26

MADRID. UN MES 4 rs. SUS 20. UN AÑO 36.—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Razola, Ponpart, Villa y la Publicidad, litografía del Pasaje del Iris y de S. Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14 seis 24.—Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometreso, n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



EL PATIO DE LOS LEONES.

Al presentar la vista de este magnífico detalle de la Alhambra de Granada, no tratamos de reproducir una de las muchas descripciones de este imcomparable monumento que el lector habrá visto mil veces, queremos solo que venga á ocupar una página en nuestro repertorio de recuerdos artísticos nacionales, persuadidos, al obrar asi, de que complacemos en ello á los constantes suscritores del SEMANARIO que agradecen los trabajos con que enriquecemos la parte monumental de nuestra obra, pero tambien de que no podrian encontrar novedad en cuanto les dijéramos relativamente á un edificio como la Alhambra, del cual corren impresas tantas noticias y narraciones escritas por nacionales y estrangeros.

FUNDACION DEL HOSPITAL DE SANTIAGO EN TOLEDO Y SEPULCRO DE LA MALOGRADA.

Escasas y harto confusas son las noticias y primeras memorias, que sobre la fundacion del Orden de Santiago, traen los coronistas de las Ordenes militares; y hasta el dia seguiriamos en la misma oscuridad, á no ser por la erudicion y laboriosidad del sábio historiador Agurleta: quien en el siglo pasado puso en claro todo esto, en su apreciabilísima obra sobre la vida del fundador de la Orden de Santiago, cuyo verdadero nombre, patria y acciones desconocieron cuantos anteriormente se ocuparon sobre tan interesante punto.

D. Pedro Fernandez de Fuente Almejir, hijo de D. Fernando Garcia de Fita, nieto del Rey D. Garcia de Navarra y de Doña Estefanía Armengol dió principio á un instituto que fué el terror de la morisma y una de las principales glorias de la España. Nació en Toledo, el 1117 en las casas heredadas de sus abuelos y en la época de las revueltas entre Doña Urraca, su hijo D. Alonso y su esposo el Rey de Aragon. Aun existen las ruinas de esas casas en la plazuela que hoy se vé delante del actual hospital de esa órden, las cuales fueron primero del Cid, ó Ruy Diaz de Vivar primer alcaide de Toledo, que heredó luego D. Ordoño su sobrino, hijo de Martin Antolinez el Burgalés. Pertenecieron despues á los templarios que erigieron alli una Iglesia, la que despues de su supresion, pasó á la Orden de Malta bajo la advocacion de San Juan de los caballeros, y que subsistió hasta el siglo pasado, en que fué preciso derribarla, para edificar la gran casa de caridad que erigió el Cardenal Lorenzana, que hace hoy parte del colegio general militar, y trás de la cual se vé una columna con una cruz, que indica la primitiva existencia de aquel antiguo templo.

Pacificado el reino asistió nuestro D. Pedro Fernandez, con sus hermanos á las conquistas de Aurelia, Baeza, Almería y Lérida, y marchó despues á Palestina, imitando en eso á los mas ilustres caballeros

de su época. A su vuelta en 1160, encontró á Castilla presa de facciones y revueltas con la muerte de Don Sancho el deseado y rivalidades de las poderosas familias de los Laras y Castros á cuyas banderas estaban afiliados casi todos los nobles del reino. Mucho trabajó D. Pedro en apaciguar estas diferencias, y terminadas con la proclamacion de Alfonso VIII en Toledo por D. Estévan Illan y sus amigos, pensó sériamente en la fundacion de su órden. En ocasion de amenazar los moros invadir ambas castillas y reinos de Leon y Portugal; unido D. Pedro con muchos caballeros, dió principio al instituto para la defensa del pais de Alcántara y Alburquerque eligiendo por cabeza y sede de la congregacion, la ciudad de Cáceres, por lo cual tuvo aquella por su primer nombre casa de los caballeros de Cáceres. Fomentaron los reyes la naciente asociacion, ya enriquecida con los bienes de sus individuos, donándola muchas villas y lugares, en 1169. Los caballeros tomaron á poco la insignia de la cruz roja al pecho, en forma de espada, y bandera propia de tela blanca con cruz roja cuadrada, con remates en forma de flor de lis. El 1170 se determinó el nuevo fundador y maestre á unir su congregacion á otra de canónigos reglares y despues de varios convenios, lo hizo la órden con el prior y canónigos de Loyo, redactándose, por ese mismo tiempo, la regla provisional, y consagrándose todos por vasallos y caballeros del Apóstol Santiago, y hermanos de su Iglesia, cuya ceremonia se hizo el 12 de Febrero de 1171, quedando desde luego D. Pedro y los suyos por freires canónigos de la Orden de Santiago de la Espada, y en su poder la bandera del Apóstol que les fué entregada en Leon. Al año siguiente, confirmó la órden, con autoridad Apostólica, el cardenal Legado Jacinto Polo; pero desgraciadamente á muy poco padeció en sus principios esa asociacion los mas duros y sensibles contratiempos. Cáceres, Alcántara, Alburquerque y otros muchos pueblos, cuna de la órden, cayeron en poder de los moros el 1173, y en su defensa perecieron gloriosamente gran número de caballeros, sacrificándose, aunque inútilmente por contener el ímpetu de los enemigos.

D. Pedro que á la sazon se hallaba en Portugal, al saber estas desgracias solicitó de su Rey diese á la Orden el castillo de Monsanto, que concedido, se depositaron en él las banderas de la órden, y pasó en seguida á recorrer la España, y dar las providencias que le dictaba su celo, ya para aumentar la órden, ya para redimir á los cautivos de la misma, y este es el principio de haberse establecido en ella el instituto de redencion, y fundado para eso los primeros hospitales de Cuenca y Toledo.

Recobrada ya la órden pasó toda en cuerpo á Castilla, donde la fué dada para su asiento la villa y tierra de Uclés, que tenian en depósito los caballeros de San Juan de Jerusalen, y de la cual tomaron posesion los de Santiago en Enero de 1174 dedicándose la Iglesia el 26 de Febrero y quedando para habitar el convento, el prior y canónigos del Loyo, lo cual se organizó completamente despues de la confirmacion de la órden por el papa Alejandro III. Cerca de la Iglesia y claustro de canónigos se puso el convento de caballeros con estancias inmediatas para los hijos de estos y aulas para enseñarlos las primeras letras, segun el tenor de la Bula.

D. Pedro pasó luego á Toledo, y comunicó al Rey su pensamiento de que el capítulo de la regla, en cuanto á la redencion de cautivos, se cumpliese en esa ciudad, dedicando á ese efecto las casas que allí tenia suyas por haberlas poseido sus abuelos, del Infante D. Garcia desheredado de Navarra, las mismas de que ya queda hecha mencion al principio de este artículo.

El Rey Alfonso VIII y el Arzobispo D. Cerebruno, aprobaron la idea, y en su virtud se fundó en Toledo el primer hospital de Santiago y redencion de cautivos el 1075, á cuya casa se dispuso acudiesen los caballeros y comendadores de toda la órden con cuanto *por aventura* ó con el favor de Dios adquiriesen ó ganasen de los moros, dándose á esta casa el nombre de hospital de cautivos, por juntarse allí cuanto fuese necesario para redimir los cautivos cristianos, permutándolos por otros moros que allí se custodiaban. Gozoso D. Alonso con tener esa casa en sus dominios, y atendiendo á la eventualidad de su renta, pendiente de los azares de la guerra, donó en 1180 al hospital de redencion de Toledo la mitad de la renta que producia la puerta de Visagra que se reputaba en 300 áureos anuales segun privilegio despachado en Cuenca á 2 de Abril de 1180 que trae el Bulario de la órden, espresando el rey su voluntad, de que esa cantidad sirva espresamente para redimir cautivos. Urbano III confirmó por una bula la creacion de este hospital, y en ella llama celestial á este instituto, amonestando á los fieles á que cooperasen á tan piadosa obra.

Los caballeros que habitaban en el hospital de redencion de Toledo sus sirvientes y ministros eran todos fijosdalgo, y muchos, ricos homes de la principal nobleza de Castilla, y de la misma calidad fueron los primeros que mendigaron limosnas para redimir cautivos. Ademas de los caballeros, habia en esta casa dos apartamientos, uno para el prior y canónigos que tenian su coro alto que daba á la Iglesia vieja donde cantaban el oficio divino, cuyo coro con solas doce sillas, existia aun en 1494, y el otro para el comendador y caballeros, donde se custodiaban los cautivos moros, y donde ademas se curaban todos los caballeros de la órden heridos en las guerras, asistidos por sirvientes y ministros que desempeñaban esta hospitalidad con el mayor fervor, siendo enterrados en su Iglesia los que allí morian, como lo confirman muchas lápidas sepulcrales que aun existen, colocadas en los claustros del nuevo edificio, de los siglos XIII y XIV cuyas traducciones conservamos entre nuestros papeles manuscritos.

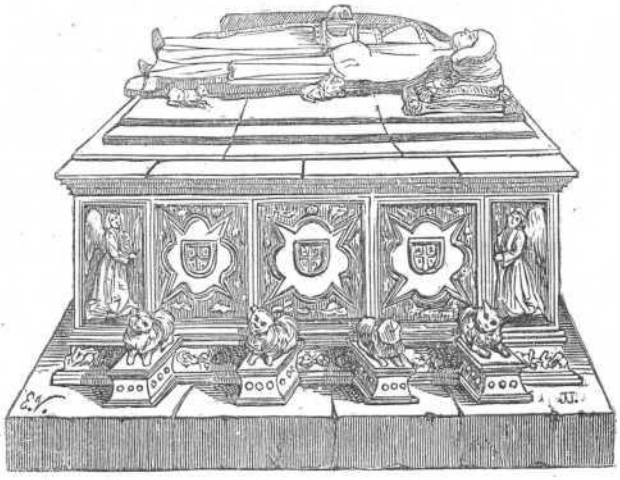
Las redenciones de cautivos en la órden de Santiago decayeron mucho con la muerte de D. Alfonso XIII así como los otros hospitales que para igual fin instituyó Sto. Domingo de Guzman en Zaragoza y en las tiendas cerca de Carrion por el 1202, y fué descuidándose esa obra pia hasta los tiempos del Santo Rey D. Fernando que lo puso todo en órden y estando en Toledo el 1217, junto con su madre Doña Berenguela, favoreció al hospital de redencion de esta ciudad, dándole en 12 de mayo un privilegio confirmatorio de la renta sobre la puerta de Visagra que le asignó D. Alonso XIII, donándole ademas el despoblado y grande heredad de Yegros que fué en otro tiempo de Gonzalo Facundo alguacil del rey en Toledo, junto con otras varias fincas para su mejor sosten y cumplimiento del objeto de su instituto. Con el tiempo, dispensadas las redenciones que cesaron el 1250, por bula de Inocencio IV, quedó este hospital, como los de Cuenca y Alarcon, separados ya los freires de los caballeros, destinado solamente para la cura de los heridos en la guerra, ya caballeros ya vasallos de la órden donde eran asistidos á cargo de un caballero que se llamaba comendador de las casas de Toledo, cuya encomienda duró mucho tiempo, como puede verse en Rades que apunta los que la poseyeron hasta fines del siglo XV.

Espelidos totalmente los moros de España, con la conquista de Granada llevada á cabo por los Reyes Católicos, y atendiendo estos, á que faltando el primitivo objeto, las rentas de este hospital se debian emplear en uno de los principales fines para que fué instituido, cual fué la curacion de pobres enfermos, y habiéndose desarrollado por entonces el mal francés ó venéreo, llamado mal de bubas, que recientemente habia contagiado la España, habiendo venido, segun unos, de Francia, segun otros, de Nápoles, y en opinion de los restantes, de las Antillas, el capítulo de la órden de Santiago, con autoridad del Rey Católico, como administrador de ella, mandó, que vacando la encomienda del hospital de Toledo, se anegasen y aplicasen sus rentas á la curacion de los enfermos de ese mal contagioso, ó sarna gálica; pasando aquellas al cumplimiento de tan piadoso fin desde el 1500, cuya hospitalidad ha durado hasta nuestros dias, en que agregadas todas esas rentas á las demas de beneficencia, y suprimidos los patronatos,

ya se administran por la junta destinada á ese objeto, habiendo cesado la órden en intervenir en lo concerniente á la obra pia.

El nuevo edificio que hoy subsiste de este hospital, que es ámplio y hasta magnífico, ocupado hoy por los caballeros cadetes del colegio general militar, es obra, casi todo él, del siglo pasado, no habiendo quedado de lo antiguo, sino parte de un claustro y la Iglesia vieja, sin uso, despues de la construccion de la nueva. En su centro se encuentra un sepulcro ó cama aislada de mármol con estátua de muger jóven echada, de cuyo monumento, no hace mencion ningun historiador de la órden, ni coronista de Toledo. El vulgo le ha llamado siempre sepulcro de *la malograda*, y cuantos curiosos han visitado este local, ninguno ha podido averiguar quien fuese la que allí existe enterrada, y cuyo bulto vá dibujado al pié de este artículo. A fuerza de escudriñar antiguas memorias hemos podido saber que la que hace allí sepultada es Doña María de Orozco hija de Doña Catalina Figueroa Orozco, muger del primer marqués de Santillana D. Iñigo Lopez de Mendoza Sr. de Hita y Buitrago. Fué esta Doña María una de las señoras mas hermosas y recomendables de Castilla, y casó el 1389 con D. Lorenzo Suarez de Figueroa 83 maestre de Santiago, hijo de D. Gomez Suarez de Figueroa comendador mayor de Leon que murió en los campos de Arabiana, en tiempo del Rey D. Pedro, y de Doña Teresa de Córdova su muger, y fué electo el 28 de octubre de 1387 por muerte de su antecesor D. Garcia Fernandez. Falleció aquella señora á los 21 años de edad y uno de matrimonio con el maestre, quien en prueba de su cariño la hizo erigir ese sepulcro. El vulgo la llamó justamente malograda, y perdida la memoria de la persona y conservada la de su enterramiento, ha quedado este hasta nuestros dias, apellidado sepulcro de la *malograda*, y á falta de inscripcion que acredite la identidad de los restos, que ya hace mas de cuatro siglos allí se conservan, dedicamos estas líneas en honra de esa señora, cuya belleza y juventud, la merecieron ese fúnebre recuerdo.

NICOLAS MAGAN.



Sepulcro de la Malograda.

CONDICION DE LAS MUGERES EN LOS PUEBLOS SALVAJES.

Entre los pueblos cultos poseen las mugeres, por medio de sus encantos, habilidad y coquetería, mil modos de equilibrar su sexo con el nuestro; pero entre los salvajes, que en su grosera taciturnidad carecen de todas las ideas sociales, el bello sexo queda sin esperanza alguna, su debilidad carece de todo apoyo, y su vida es un contínuo suplicio. Entre los hotentotes cuidan las mugeres á los varones hasta que llegan á la pubertad: emancipados estos de la tutela materna se les admite en la sociedad de los hombres, celebrándose este evento con grande aparato. Concluida la iniciacion, vuelve el jóven hotentote á la choza de su madre, descargando sobre esta una infinidad de golpes, para manifestarle que ya no depende de ella su educacion: si la madre se quejase á la tribu del mal tratamiento que habia recibido de su hijo, los salvajes en vez de compadecerla, aplaudirian por unanimidad el espíritu de su jóven camarada, y la prueba evidente que acababa de dar de su desprecio á las mugeres. En fin la suerte del sexo es tan desventurada en muchas hordas salvajes, que las madres se hacen enteramente insensibles por las hijas que tienen, cuando consideran los males que las aguardan.

Un misionero reconvenia en cierta ocasion á una jóven americana en las márgenes del Orinoco, por la insensibilidad con que trataba á una de sus hijas muy niña. ¡Ojalá! respondió ella, que mis padres me hubieran ahogado al darme el sér: ¡cuántas penas me hubiesen ahorrado! Cuando salen nuestros maridos á la monteria, toman su arco y aljaba, y nos precisan á seguirlos con un chiquillo al pecho, y otro sobre las espaldas. Vuelven á la tarde sin traer peso alguno, pues nos obligan á llevar á cuestas lo que se les antoja, y aunque nos hallemos estenuadas de fatiga, al llegar á nuestra choza no nos permiten entregarnos al sueño, ni tomar el mas leve reposo. Nos ocupan toda la noche en la molienda del maiz, para destilar la chicha, que es su brebaje favorito. Se emborrachan, y entonces nos muelen á palos, nos arrancan los cabellos, y nos hacen esperimentar el tratamiento mas horroroso; ¿y cuál es nuestra perspectiva futura despues de tantos sufrimientos? Cuando llegamos á envejecer, nuestros maridos toman una muger mas jóven, y la incitan á que nos maltrate á nosotras y á nuestros hijos.»

Si la mayor parte de los salvajes son los tiranos y verdugos de sus mugeres, por un contraste singular se hallan algunas tribus en que se les tributa cierta especie de veneracion. Las mugeres son esclavas entre los Hurones; pero asi que llegan á ser madres de familia se las trata con mucha consideracion, admitiéndolas en los consejos, decidiendo ellas de todos los negocios relativos á la paz y á la guerra. Cuando una matrona, ya con el objeto de halagar á los manes de algun pariente muerto en batalla, ya para reemplazar algun prisionero, quiere que tome las armas algun guerrero, cuyo valor inspira poca confianza, le envia un collar adornado de corales: el salvaje se cree tan comprometido por esta bagatela para abrazar su causa, como nuestros caballeros andantes en los tiem-

pos caballerescos con las divisas de sus dulcineas. Entre los Natches ocupa siempre el trono una muger: como estas se creen descendientes del sol, al paso que consideran á los hombres como simples mortales, gozan con toda seguridad de la veneracion que les dá el supersticioso pueblo. Cuando muere una reina, su marido y toda su comitiva son degollados sobre su sepulcro, á fin de que su soberana no carezca de cosa alguna en el otro mundo. De todos los pueblos conocidos solo se observa en el referido una costumbre tan estraordinaria: pero aun entre estas tribus esceptuándose las mugeres privilegiadas, las demas viven en una completa esclavitud.

¿Y no debe ser honorífico para el bello sexo el saber que se le trata con algun respeto y consideracion aun entre aquellas bárbaras hordas? El salvaje bagamundo ama al sexo en general, sin tener señalada predileccion hácia ningun objeto determinado.

Al dar el primer paso hácia la civilizacion abraza el hombre la vida pastoril; y formándose de este modo el tosco bosquejo de la sociedad, empieza el bello sexo á ejercer su influjo: solo en la tranquilidad de una vida reposada tienen valimiento sus artes seductoras; asi es muy interesante el seguir la gradacion del poder é influencia de las mugeres al través de los diversos estados de la sociedad, y el ver su influjo aumentarse ó disminuirse en razon á la mayor ó menor cultura de los pueblos. Ningun dominio ejercen las mugeres sobre los hombres que viven esparcidos en las selvas, pero su poder se acrecienta á medida que empiezan á construir sus cabañas, aun cuando solo sea para retirarse á ellas durante la noche.

¡Qué leccion para muchas mugeres desgraciadas que pertenecen á los pueblos civilizados! Si hay algun marido que pueda compararse á un salvaje por la conducta que observa hácia su consorte, que se le asemeja aun mas por no existir en él ni ternura, ni delicadeza de sentimientos; si su alma está tan depravada que mezcla la ferocidad á otros vicios, aun le resta á la muger un recurso para hacer su vida menos desgraciada: oculte sus pesares en lo mas profundo de su alma; que sus lamentos no salgan jamás de las paredes de su domicilio; que sea su rostro la mirada perpétua de la sonrisa y de la amabilidad; que solo pronuncie su boca palabras de dulzura. Llega la hora de retirarse su marido: sus miradas inquietas buscan algun motivo de rencilla: él llega preparado á rechazar los lloros con respuestas ásperas, á contestar con ironía á las reconvenciones de una esposa que supone reprenderá sus escesos con amargura; mas ¡qué sorpresa! solo encuentra una mirada de dulzura, espresiones cariñosas; y el mal humor que amenazaba la tranquilidad de la noche, se convierte en caricias al no hallar resistencia. El hombre de que hablamos, empieza de allí á poco á salir de su casa mas tarde por la mañana, y á recogerse mas temprano; y como la pereza es una de las bases principales de nuestro carácter, pronto empiezan á preferirse los placeres mas suaves y de menos esposicion; hasta que al fin triunfa la felicidad doméstica de los placeres criminales, y, gracias á las virtudes de una esposa sensible, prudente y diestra, se dulcifican las costumbres de un bárbaro, y se vuelve fiel el hombre mas inconsecuente.

Casi todos los bárbaros del Norte trataban á las mugeres con la groseria peculiar de los habitantes de las selvas; al paso que por una contradiccion inesplicable, creyendo que el bello sexo era de una naturaleza que mas se aproximaba á la de los seres divinos le confiaban el cuidado de todas las ceremonias religiosas. Esta costumbre la vemos prevalecer entre las naciones mas cultas de la antigüedad: entre los griegos pronunciaban los dioses sus oráculos por boca de las mugeres: los romanos tenian sus sivilas, y sus profetisas los hebreos. Sin detenernos en hablar de las demas naciones del Norte, me contentaré con citar á las Druidesas, las cuales estaban en tanta veneracion entre los antiguos Bretones: estas Sacerdotisas cuando veian invadido su pais corrian de pueblo en pueblo llevando en sus manos antorchas encendidas para entusiasmar á sus compatriotas, é invocando con horribles alaridos la venganza del cielo contra los agresores. El pueblo las miraba como séres sobrenaturales, y les atribuia el poder de hacer milagros, adivinar lo futuro, escitar las borrascas, y transformarse en cualquier especie de animales: pero ningun pueblo ha llevado el tierno entusiasmo de los hombres por el bello sexo á un grado tan alto como los Escandinavos, en cuyo pais nació, por decirlo así el espíritu civilizador de la antigua caballeria. Si las costumbres asiáticas introducidas en algunos paises meridionales de Europa hacian desventuradas las mugeres, si estos pueblos esclavos y tiranos á la vez tenian al sexo hermoso en poca estimacion, en ocasiones pasaban de repente á la mas estravagante adoracion, y de esta al desprecio; ó de un amor idólatra á los arrebatos de unos celos horribles: en el Norte por el contrario, los Escandinavos y Celtas consideraban á las mugeres como iguales y compañeras; buscando al mismo tiempo los medios de hacerse acreedores á su gracia por los esfuerzos del valor y de los hechos generosos. Estas naciones son las que mas han contribuido á estender en Europa el espíritu de equidad, cultura y moderacion, que forma el carácter distintivo de nuestras costumbres. Encendióse el deseo de gloria entre los guerreros Escandinavos, y á proporcion que este espíritu de heróicas aventuras se estendió por nuestra Europa, los jóvenes ansiosos de renombre, los imitaron tambien en los demas paises, poniendo bajo su proteccion la defensa del bello sexo; así un caballero despues de haber sostenido cien combates, y de haber arrostrado mil peligros en obsequio de su dama, la adoraba mas que nunca, y se juzgaba dichoso si obtenia una mirada favorable: de aquí nació la elevacion de pensamientos que caracterizaba á los guerreros de aquellos dias, á proporcion que las mugeres á su vez adquirian mayor orgullo, y una opinion mas estensa de su poder. Alucinadas con las preocupaciones del verdadero punto de honor, no conocian otro medio para que un jóven consiguiese sus bellas gracias sino haciéndose famoso en la carrera de las armas, al paso que despreciaban á los que consumian su juventud en una oscura y muelle pereza. Seria inútil enumerar los ejemplos de virtud caballeresca que produjo la época citada.

Al paso que los hombres se hacian valientes y respetuosos, las mugeres se hacian virtuosas y modestas: llegó á tal punto, dice un autor inglés, el estremo á que llevaron las anglo-sajonas la idea del pudor, que muchas se conservaban aun despues de casadas en la mas severa virginidad; pero debe citarse para eterno honor del blando sexo, el singular ejemplo de valor y modestia dado por la casta Ebba, abadesa de Condingaham, y las religiosas de su monasterio. Esta heroina viendo sitiado el convento por los Daneses, se cortó la nariz y los lábios, y consiguió que todas las religiosas hiciesen lo mismo: abriendo en seguida las puertas del monasterio, aguardaron la llegada de los enemigos con tranquilidad y resignacion; pero repugnando á estos tal espectáculo que les quitaba poder satisfacer sus brutales pasiones, prendieron fuego á la abadía, é hicieron perecer en el incendio á todas las desventuradas religiosas.

LOS BAÑOS DE GRAENA.

—Enrique! tú por Madrid! cómo es eso? apenas hace quince dias que marchaste á tomar los saludables baños de Graena...

—No me hables por Dios sobre ese asunto porque se me ponen los nervios como cuerdas de guitarra y me parece que todavia estoy en el infierno.

—Qué ha sucedido? cuéntame... no me has escrito ni dos letras... parece que te olvidas de tus amigos.

—Escribirte! para escribir estaba yo... ademas, querido mio, en el infierno no ha entrado todavia la uti-

lísima invencion de la posta, y como Graena es una sucursal de ese terrible reino, participa de los mismos adelantos.

—Pero hombre, me dejas asombrado con esa *atrabilis* que traes.

—Es uno de los placeres que dejan en el ánimo las aguas de Graena, saludables segun algunos.

—Vamos, ó yo no te entiendo ó en lugar de tomar los baños te has lanzado en busca da alguna aventura.

—Hombre, la única aventura á que me he lanzado ha sido la de combatir el terrible reuma que me habia dejado el brazo derecho fuera de combate.

—Pues segun veo, lo mueves como te dá la gana, no puedo menos de creer en la prodigiosa virtud de aquellas aguas.

—No te negaré que curan las reumas, pero sí te aseguraré y te probaré hasta la evidencia que lo que no vá en lágrimas vá en suspiros. Entra uno hecho una S sin poderse mover, y sale derecho como un uso pero tranformado en lobo, en tigre, en cualquier animal salvaje.

—Esplícate, esplícate.

—Sabes tú lo que es Graena?

—Si mal no me engaño es un pueblo de España á unas 7 leguas de Granada, que goza de una merecida reputacion por su baños.

—Pues amigo, estás en un error.

—Hombre!....

—Nada, te has equivocado de medio á medio. Graena no es un pueblo: Graena es una casa de baños.

—Pues debe ser inmensa, porque, ¿dónde se mete sino tanta gente como concurre?

—Ahí está el caso. La gente que vá á Graena renueva la agradable vida de los primeros cristianos que buscaban un asilo en las entrañas de la tierra contra las persecuciones de los emperadores. En el siglo XIX á Dios gracias no se han entregado esos altos funcionarios públicos á semejante clase de diversion, pero el implacable reuma obliga á muchos á gozar de la cómoda habitacion que adoptó San Patricio. Este bendito santo dicen que vió en ella el purgatorio; lo creo muy bien, porque en la que me ha tocado he visto el infierno ni mas ni menos que como te veo. Figúrate que el lugar que se han complacido en llamar Graena es una coleccion de cuevas á cual mas apetitosas, sin mas puertas, sin mas ventanas, sin mas respiraderos que la boca por donde uno entra para remedar en un todo á los conejos ú otros animales mas ó menos domésticos. En otras partes ya hubiera habido algun especulador que haciendo cuenta con la mucha gente que acude todos los años, habria fabricado algunas casas que aunque fuesen de madera le reportarian alguna utilidad, pero chico, nada de eso: allí está todavia planteado el sistema de la naturaleza; cuevas fueron desde los primeros tiempos, quien sabe si abiertas por algun cuadrúpedo, y cuevas han de ser hasta que Dios quiera para que las habite el animal bípedo é implume. Ya que me he puesto á disertar sobre este asunto, te voy á contar mi llegada y los tormentos que he sufrido.

—En ello tendré mucho gusto, porque tanto vale estarte escuchando como dar un paseo por las ferias.

—No diré yo tanto... Dame un cigarro y tenderé el paño al púlpito.

—Ahí tienes uno que no ha pasado por la hacienda nacional.

—Hombre, cómo es eso? no se persigue tanto el contrabando?

—Yo qué sé si se persigue ó no se persigue: lo único que puedo decirte es que si no hubiera mas cigarros que los que se venden en la aduana y los estancos el vicio de fumar desaparecia enteramente de España. Pero cuenta tu viaje y no nos metamos en dibujos.

Ya te acordarás como salí de Madrid con este maldito brazo mas inamovible que nuestra magistratura. Los dolores que me hacia pasar y el deseo natural de reponerlo en su primitivo estado, me hicieron acoger con gusto la idea de trasladarme á Graena para hallar en esta cosa sin nombre el bien que deseaba. Ay! querido mio! nunca tal hubiera puesto en planta. Los resortes del brazo estan ya corrientes, pero he criado allá una dosis tan grande de hiel que estoy temiendo que llegue el dia en que se me desparrame por el cuerpo y tome un color de pergamino viejo como le sucedió, segun dicen, al pobre Sevilla que Dios tenga en su santa gloria entre mullidos almohadones, pues bien lo merecen tantos porrazos como llevó en vida. Llego á Granada y me hacen la descripcion de los baños á donde me dirigia: me asustó algun tanto aquello de vivir en las entrañas de la tierra sin ver la luz del sol, pero los dolores que sufria no me hicieron reflexionar en estas contrariedades. Lo peor del caso fué que habia acudido algo tarde y ya estaban alquiladas todas las cuevas. Al fin con muchos empeños pude conseguir que un amigo del marido de mi prima me cediera una parte de la cueva que habia alquilado para él solo. Con esta partícula de fortuna me puse en camino, y llegué sin novedad al monte agujereado que habia de ser mi patria durante diez dias. Pregunté por el compañero que la suerte me habia deparado para compartir mi cautividad, y me dirigí á su cueva como si fuera un huron que iba en busca de algun conejo. El buen señor era un hombre de cincuenta años, de estatura prolongada á manera de palo de navio, con una cara muy enjuta que debajo de dos ojos sumamente pequeños ostentaba una especie de apagador de iglesia. La dolencia que le afligia era tambien reuma y el pobre estaba gafo. Cuando le ví por primera vez creí que era un organista, porque siempre estaba haciendo las mas raras evoluciones con los dedos. Era hombre de pocas palabras en conversacion, pero de muchas para gruñir. Figúrate que consuelo para vivir á su lado en un receptáculo oscuro, sin ventilacion, y sin ninguna comodidad! Yo no puedo esplicarte lo que he sufrido. No puedes imaginarte el cuadro peregrino que formábamos cuando comiamos: suponte dos almas del purgatorio sentadas á una mesa, alumbradas por una vela, y quejándose cada uno de sus dolores mientras engullia el parco alimento que nos estaba ordenado. A los dos dias de estar á su lado ya no le podia sufrir; llegó á quemarse la sangre de tal modo que creí firmemente que aquel estantigua no era una persona humana sino un vampiro ó mi ángel malo personificado. Qué gruñir tan sempiterno! qué levantarse por la noche á caza de ratas! No me dejaba descansar ni un minuto. Por el dia tenia que echarme fuera y dar al diablo todas

las precauciones que el médico me habia indicado. Yo no sé como no he cogido un tabardillo porque la mayor parte de los dias los he pasado en el campo tumbado á la larga, con un calor de 36 grados, y maldiciendo de los animales dañinos de la creacion, entre los que no podia menos de contar al maldito Don Damian.

Yo quisiera hacerte una pintura fiel de aquellos baños, pero amigo me es imposible; las especies se me han borrado; no conservo mas que el odio que me han hecho concebir hácia ellos.

—Pero al fin has venido curado.

—Porque la naturaleza ha obrado por sí sola; cómo puedes creer que hagan un efecto tan sorprendente en otras personas que toméran unos baños de sol como los que he tomado?

—Y cuando estabas en la cueva, en qué diablos te entretenias?

—Esa es otra! me habian prohibido leer, escribir, ocuparme de nada que me cargara la cabeza.

—Entonces....

No hacia mas que cortarme las uñas porque me temia que alguna vez habia de echarme como un tigre sobre el implacable D. Damian. Hubo momentos en que creí verdaderamente en la *metempsicosis*, figurándome que aquel hombre era un mosquito monstruo, un mosquito sin igual, el mosquito mastodonte. Si no puedes formarte una idea de sus impertinencias. Al venir del baño se habia de cerrar la puerta herméticamente y se habia de apagar la luz porque queria descansar. Su descanso era meterse en la cama muy arropado y empezar una letanía interminable de quejas. «Digan lo que quieran estos baños no va«len un comino.... Uf! qué calor!... ay! mi brazo!... «D. Enrique, se le figura á V. que lloverá mañana?.. «responda V. hombre!...—Déjeme V. dormir.—Despues «del baño no se debe dormir.... Simeon!... Simeoocon!... «donde estará metido ese bárbaro?... dame unas frie«gas en este brazo.... animal! no tan fuerte que me «quitas el pellejo.... quiere V. que echemos un juego «de ajedrez, D. Enrique?... D. Enrique!... que si quie«re V. que echemos un juego de ajedrez?... yo no con«cibo la juventud de estos dias, parece criada en un «cementerio.... pues señor voy á levantame.» Y se levantaba haciendo ruido, abriendo la puerta, y tocando un organillo infernal que habia llevado para entretenerse, y que no dejaba en todo el dia intermediando su música con su amena conversacion.

Por la noche se empeñaba en que habia oido sonar alguna cosa, y tenia la certeza de que era una rata: sacaba los fósforos, encendia luz, se armaba de un garrote y empezaba la pelea pintiparado á D. Quijote cuando acometió á los pellejos de vino. Luego se quejaba de haber tomado aire, decia que yo no tenia entrañas, porque le permitia hacer aquellos desatinos. Pues y cuando entraba con la política? Vamos si es el cuento de nunca acabar: mis baños en Graena han sido unos baños de paciencia sublimada.

—Pero ya tendrás la recompensa hallándote en Madrid, con tu familia y entre tus amigos.

—Sí, en eso no hay duda: pero querrás creer que hasta aquí me ha perseguido la suerte?

—Pues cómo?

—Lo primero que se me ha echado á la cara á mi llegada ha sido un demonio. En cuanto bajé de la diligencia me hallé en los brazos de una tia desdentada y matusalénica que llorando de alegria me res-



tregó sus narices en la mejilla, haciéndose la ilusion de que me daba un ósculo maternal.

—Has sido martir del cariño: verdaderamente esas ridiculeces debian prohibirse por inmortales; ¿con qué cara se presenta uno á una linda jóven despues de haberle besado una vieja?

D.

1842.

EL OTOÑO DE 1848.

—

UN DIA EN MADRID.

ROMANCE.

«¡Ya le tenemos en casa!
Viernes. San Mauricio. Témpora.
Viene á llevarse el calor»
dijo una muchacha bella,
que mas que bella es graciosa,
mas que graciosa es coqueta.
En su casa entraba yo:
al hallarla tan contenta,
marqué una sonrisa dulce
(una sonrisa de aquellas
que las mugeres estudian
y á los hombres se les pega),
y dije á la niña luego:
—«Recibe mi enhorabuena
por la llegada del prójimo.
—No entiendo.—Dijiste, Adela,
que le tenias en casa
y que tu calor se lleva.
¿Quién puede ser él mas que *él*?
—¿El?—Sí: el cuyo, el novio, etcétera...»
Echó á reir la muchacha,
hizo dos arcos las cejas,
y dando un suspiro eterno,
contestó de esta manera:

—Delirando estás, Teodoro,
mi novio se halla en Valencia.
—¡Entonces el otro!...—¿Quién?
—El de aquí.—¡No tengo!—Adela,
¿estás boba? lo que hablabas
no hace un instante recuerda.
—¡Ah! ví el calendario y dije
que hoy *el otoño* comienza.
—¡Ese es tu huésped! ya caigo;
interpreté mal: dispensa.»—
Y este tan pesado exordio
que media pájina llena
de nada sirve al romance:
quien quiera que no lo lea.
¡El otoño! ¡qué delicia!
¡estacion májica, espléndida!
La vid cargada de fruto
á los borrachos alegra,
y al gastrónomo le brinda
manjares ricos la tierra.
Limpio está el cielo de nubes,
la brisa se siente fresca,
y ni el calor nos ahoga
ni el frio grande nos hiela.
¡Oh benéfica estacion!...
¿Qué estás diciendo, poeta?
¡Te entusiasmas! Ven acá:
Saca al balcon la cabeza;
¡estás en Madrid! escucha:
llueve á cántaros: truena,
y el sol escondido está
por no salir de vergüenza.
En Madrid son dos sarcasmos
el otoño y primavera:
nunca en la córte los ví
y no sé si la *Gaceta*
con un decreto *magnánimo*
los desterró en otra fecha.
En Madrid todo es estremo:
fuego ó nieve: la atmosféra
(no siempre ha de ser atmósfera
y mas cuando me convenga)
presenta raros fenómenos,
maldecidas peripecias.
No hay *justo medio*; y en cambio
engorda la raza médica
corriendo tras de tercianas,
anginas, tifus, reumas
y catarros *por mayor*:
lujo que el otoño ostenta.
Sino hace calor, ni llueve,
lectora, ni estás enferma,
lo que seria un milagro,
vente á gozar de las fiestas
que el otoño nos ofrece:
¡verás que cosas tan buenas!
A la calle de Alcalá
te dirijes: la Academia
te brinda *gratis* la entrada;
nada pierdes si no entras.
Nobles artes ¿qué decís?
¿no os sonrojais? En qué piensan
esos *dignos* académicos?
¡Qué *recto juicio* revelan!
En nuestro siglo las artes
¿dán estas *obras maestras*?
¿En España no hay pintores?
¡Qué! la patria de Ribera,
de Zurbarán, de Murillo,
de Velazquez, de Pareja
¿no tiene genios que *espongan*
obras que admiradas fueran?
Pintores contemporáneos
¿guardado habeis la paleta?
No, no: haceis bien, que los lienzos
espuestos en la Academia
están como si estuviesen
espuestos.... á la vergüenza.
Salvo las obras que lucen
Madrazo el pintor-poeta,
Ferrant, Esquivél, Tejeo,
y entre otros pocos, Utrera,
todos son fieros abortos,
profanacion de la ciencia,
¡retratos y mas retratos!!!...
¿Qué grandes cuadros ostenta
la esposicion? Repasemos
lo que algunos representan:
—Un plato de salchichon.
—Una señora muy fea.
—Un jóven desconocido.
—El retrato de una perra.
—*Estudio* de las alhajas
de una señora muy vieja.
—*Vista* del perfil de un rostro
con una nariz espléndida.
—Un señor con una cara
de color de berenjena.
—Un pastel hecho *al pastel*.
—Una familia cualquiera.
—Una jóven que *se sale*
del cuadro.... al ver su belleza
tan mal parada en el lienzo.
—Un hombre abierto de piernas.
—No sé qué: pues no adivino
lo que el cuadro representa.—
¡Hé aquí ¡progreso terrible!
lo que espone la Academia!
¡Huy! me marcho: nobles artes,
no me sigais á la feria!...
¡Qué aberracion! En Madrid
cuantas cosas se conservan
que la ilustracion repugna
y no se atreve con ellas.
En la feria estoy. La córte
¿será esto? ¡Quién lo creyera!
Paso por alto los gritos,
los insultos de fruteras
y soeces vendedores;
paso tambien á la fuerza
los cajones de juguetes
de dátiles y de telas,
paso los puestos de loza
y estoy pasado á la acera,
donde á guisa de pasillo
la gente *dandy* pasea.
Las mismas caras de siempre,
sumadas con las viajeras
que volvieron al reclamo
de las decantadas ferias.
Hay la misma progresion
entre feas y entre bellas,
que aunque he visto en los periódicos (1)
que el *conde de Vista-fea*
acojió mi pensamiento
de echar las feas afuera,
siempre atrevidas é impávidas
en la feria se presentan;
aunque allí no es muy estraño,
porque están llenas las tiendas
de estupendos mascarones
que han de competir con ellas.
Paso tambien el paseo.
¿Qué es aquesto? ¡Santa Tecla!
¿Son las calles de Madrid
estas calles? ¿Es de veras
que estoy dentro de la córte?
¿Esto es Madrid ú Hortaleza?
¿Es posible que estos chismes,
salgan á luz y se vendan?
¿Y es posible sobre todo
que esto el gobierno consienta?
Reflexionando asi estaba,
cuando á mí llegó una vieja
de facha ambigua, y mas sucia
que una escribanil conciencia.
—«¿Quiere usted, señor, me dijo,

(1) De resultas de mi romance *El verano de* 1848, inserto en el SEMANARIO del dia 3 de setiembre, pusieron los periódicos un oficio-circular, mandando á las feas que marchasen á Almagro. No han obedecido; ¡cosas de España!

alguna cosa muy buena?»
Metí los ojos curiosos
dentro de un cajon de estera,
y ví..... no sé: un *mare-magnum*
de antigüedades selectas.
Corrió un vejete en mi ayuda,
digno consorte de *aquella*
y empezó á hablar por los codos,
por no bastarle la lengua,
pasándome por la vista
los objetos de su *tienda*.
—«Vé usted, señor, esta bata?
—¡Tiene una hechura moderna!
—¡El ser antigua es su mérito!
Nelson la llevaba puesta
en el combate que llaman
de *Rejalgar*.—¿Y estas medias?
—De don Alejandro el Magno
me han asegurado que eran.
—¡No era su fuerte el aseo!
Y ¿no tiene compañera
esta bota?—No señor,
pues la otra está con la pierna:
el *zancajo* de Mahoma;
¡oh! es histórica esa prenda!
—¿Y este candelero viudo?
—El otro fué á Inglaterra
para alumbrar el palacio
en las bodas de la reina.
Con este guante retó
David á Goliath.—¡De veras!
—¡Oh! sí. Este chal fué de safo
que de amor vehemente presa
pegó el salto de *Leocadia*
y se rompió la mollera.
Este medallon de pelo
lo regaló á una doncella,
al salir del hospital
curada de sus dolencias,
la loca de Doña Juana.
Con este sable, una oreja
cortó á un ganapan San Pedro.
Este trozo de bayeta
se lo puso Bonaparte
cuando se constipó en Jena.
Estos baules sin fondo.....
—¡Basta, basta!—¡Qué! si quedan
mas de mil curiosidades!
—Me conformo con no verlas.
Diga usted ¿qué precio tiene
el retrato de Espronceda?»—
Y lo cojí, porque estaba
encima de una cazuela;
despedíme del vejete,
dándole media peseta,
y eché á correr, pues las chinches
me acosaban muy de cerca,
acampadas en acecho
de alguna víctima, hambrientas
pululando con descaro
por tan linda *enciclopedia*.
Lleno de risa, á mi casa
llegué, y encerréme en ella,
dispuesto á mas no salir
mientras que duren las ferias
para no ver á la villa
convertida en una aldea.
Si es de noche, el populacho
en la calle me atropella
y no puedo ir al teatro
por no *admirar* las comedias
tan *propias* de la estacion,
adonde la majia impera,
que yo, amigo del buen gusto
quiero escuchar en la escena
á Latorre y á la Bárbara
ó á Matilde y á Romea.
Otoño, pasa volando,
ó al menos, pasen las ferias;
vuelva la córte á ser córte:
las chinches á casa vuelvan,
que yo, mientras reines tú,
con propiedad y certeza
La vida es sueño te juro
hacer, mientras que no pueda
en un sitio retirado
pasar las horas enteras
al lado de mi querida
para mentirla ternezas.

TEODORO GUERRERO.

En Madrid las vacaciones de verano de los teatros se prolongan una buena parte del otoño, al menos para los no aficionados á lo maravilloso y á la májia; el calor retrae á la concurrencia de los coliseos y los obliga á cerrarse; las ferias producen otro efecto peor, usurpan con el escamoteo y las funciones de brocha gorda, el terreno que corresponde al arte dramático propiamente tal y seducen á la multitud con espectáculos estrambóticos propios de saltimbanquis, estragando lastimosamente el gusto. Y sino enumeremos, en prueba del contenido de las anteriores líneas, las últimas representaciones de los teatros. En el del Príncipe trás una fatal comedia del Sr. Breton: *Memorias de Juan Garcia*, se ha echado encima *una comedia de majia*, buena ciertamente, pero que al fin pertenece al género de ferias y ademas está muy vista: *La Redoma Encantada*. El Instituto no ha querido ser menos, y ha reproducido *otra comedia de majia* de su antiguo repertorio: *Embajador y hechicero*. La Cruz ha vuelto á acojer con entusiasmo á *Macallister y su esposa*, sin abandonar por eso la literatura andaluza antes bien ofreciendo un drama nuevo titulado: *Venganza de un andaluz* que no por ser una obra séria y haber mezclado en ella el lenguaje andaluz con escenas sentimentales, es mas tolerable que las demas composiciones en que se condena al público á escuchar la gerga tan ponderada de la tierra de Maria Santísima. El Museo ha querido anunciar su reapertura con una produccion que metiera ruido, y ha puesto en escena *con todo su aparato El conde de Monte Cristo*, inmenso drama de Dumas en el cual no ha podido sin embargo encerrarse la novela de que está sacado, pero que por la variedad que ofrece el espectáculo y el esmero con que se ha ejecutado, ha llamado la atencion. Unicamente el teatro de Variedades, que acaba de abrirse provisionalmente por cuenta de la compañia, se ha abstenido, tal vez por esta sola circunstancia, de echar mano de una de esas funciones, cuyo atractivo se reduce generalmente á juzgar de la exactitud ó la torpeza con que se mudan, como en una linterna mágica, los cuadros bien ó mal concebidos por el pintor y el maquinista; pero tampoco se ha estampado en sus carteles ningun título nuevo. En cuanto al circo de Paul, siempre favorecido del público, no se ha curado de presentar nada que no sea muy visto, si se esceptua la familia Carrasco, cuyos ejercicios gimnásticos y vistosos grupos, fueron justamente muy aplaudidos, y especialmente el niño mallorquin que trabaja admirablemente en el trapecio.

Si las novedades teatrales son pocas, en cambio las ofertas son muchas. En el Príncipe se ensayan varias producciones de nuestros primeros escritores, el Circo se restaura y se rejuvenece, esforzándose en borrar las señales de su primitivo destino, para hospedar dignamente á la ponderada compañia de opera que se anda formando con artistas de mérito, y á la de baile que acaso alternará con aquella luego que haga su presentacion en 1.º de noviembre. El Instituto y el Museo anuncian tambien muchas novedades, la Cruz no se queda atrás y prepara..... *El Diluvio Universal* precedido, se supone, de *La Creacion del mundo* y una Parodia de la Sonámbula, mezclada con unas cuantas piezas andaluzas.

No ha podido tener cabida en este número la continuacion de la interesante novela: *Fenómenos psicológicos* que comenzamos en el anterior y proseguiremos en el siguiente.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



FRANCISCO PIZARRO.

El Capitan Gonzalo Pizarro natural de la ciudad de Trujillo, tuvo tres hijos lejítimos, Hernando, Juan y Gonzalo, y fuera de matrimonio á Francisco. Concuerdan la mayor parte de los historiadores, en que habiéndole arrojado su madre á la puerta de una iglesia recojido por alguna persona compasiva, tuvo una niñez muy abandonada, en términos que su ocupacion en la infancia fué guardar una piara de cerdos, la cual como se le desvandase un dia, temeroso de volver á casa, tomó el camino de Sevilla y en breve se embarcó para América. No le seguiremos los primeros años de su residencia en aquel pais, confundido entre la turba de aventureros, que la sed de oro y de conquista arrojaba á aquellas playas, solo diremos que en las diferentes espediciones en que se halló, en compañia de Ojeda, Nicuesa y Nuñez de Balboa, dió muestras de singular bravura, de energía de carácter y de mucho tino en las empresas que se le cometieron.

Cansado de la vida de subalterno y sintiendo en sí ideas de mando, se asoció para la conquista del Perú á Diego de Almagro y Fernando Luque, este último sacerdote acaudalado y establecido en Panamá. Encargóse Pizarro del mando de la espedicion, Almagro del cuidado de abastecerla y llevarla socorros, y Luque quedó en Panamá de agente de la misma cerca del Gobernador Pedrarias. Despues de hechos los preparativos se dió á la vela con un navio y ciento doce hombres, resuelto á conquistar con esta pequeña hueste un poderoso y dilatado imperio. Despues de algunos reconocimientos sobre la costa, luchando siempre con las tempestades y huracanes, que tan de contínuo se suceden en aquellos mares, tuvo que regresar á Panamá, considerando que para aquella empresa se necesitaban fuerzas mayores.

La negativa del Gobernador de la colonia, á que los tres compañeros reclutasen gente para una nueva espedicion, que proyectaban, obligó á estos á dirigirse al Emperador, encargándose Pizarro de pasar á España con esta comision. La nobleza y dignidad de su porte y la maravillosa relacion de sus viajes interesaron de tal suerte á la córte de Cárlos V, que este le concedió el mando de una espedicion y el gobierno de los paises que conquistase; á su compañero Almagro el derecho de sucederle en sus empleos si Pizarro le precediese al sepulcro, ademas de otras gracias y mercedes; y al sacerdote Luque el obispado de Tumber y patronato de los Indios.

De vuelta para la América pasó por su patria, y llevó en su compañia á sus cuatro hermanos Hernan-

do, Gonzalo, Juan y Francisco Alcántara, este último lo era de madre; pero á su llegada á Panamá estuvo para turbarse la buena armonía de los tres compañeros, especialmente por las desavenencias, que ocurrieron entre Pizarro y Almagro sobre la reparticion de cargos, quejándose el segundo de que habia sido engañado, puesto que Pizarro le habia prometido solicitar para él la gobernacion de los paises que se conquistasen, mas gracias á los oficios de Luque restablecióse la concordia, no sin quedar ocultas las chispas, que mas tarde causarian un nuevo y mas terrible incendio, pues los hermanos del conquistador miraban ya de reojo á Almagro. Compuestas asi las cosas activáronse los preparativos de la espedicion, y con mucho trabajo pudieron aparejarse tres pequeños bajeles, con ciento ochenta hombres de desembarco y treinta y seis caballos. Desde luego hubiera querido Pizarro tomar tierra en Tumber, pero contrariado por los vientos, tuvo que hacerlo en la bahía de S. Mateo desde donde se dirijió costeando á dicho punto.

El estado del poderoso imperio del Perú era el mas á propósito para la conquista, cuando Pizarro desembarcó en sus costas. Dos hermanos Huascar y Atahualpa hijo del duodécimo de los Incas Huaina Capar, se disputaban el trono, y ambos enviaron mensajeros al General Español cuando se internaba, demandando Huascar su proteccion contra la tiranía de Atahualpa, y pidiendo este hacer una alianza, pero simulada, á inferir de los informes que se recibian, y la perplejidad que en él no notaba. Durante la marcha recibió algunos refuerzos la pequeña hueste de Pizarro, incorporándosele Fernando Soto con algunos infantes y ginetes, siendo muy interesante la adquisicion de estos últimos, por el gran papel que hacian en la conquista; con cuyos auxilios no temian los españoles atacar al Inca, que segun todas las relaciones, acampaba con treinta mil hombres junto al pueblo de Caxamalca; mas previsor Pizarro, queriendo tentar antes el camino de la paz, sin embargo de las intenciones hostiles de que sabia estaban animados los Indios, brindó con una entrevista al monarca Peruano y este la aceptó, pero dejándola para el dia siguiente.

Llegamos á uno de los puntos mas notables de la historia de esta conquista, en el cual los estrangeros han derramado toda la hiel, haciendo recaer su odiosidad sobre los españoles á quienes acusan de felonía; pero bien considerado el asunto y mirado con los ojos de una sana razon, parece no debiera mirarse con la acritud que lo han hecho los que se han empeñado en oscurecer las glorias de los conquistadores del nuevo mundo. Figúresenos, que esta entrevista era un ardid de guerra de que se aprovechaban ambos adversarios, Pizarro midiendo con su vista perspicaz el número y fuerzas de los que habia de combatir y el Peruano con el fin encubierto de ahogar con la muchedumbre de su ejército aquel puñado de advenedizos, que se metian por las puertas de su imperio. De otra manera no se concibe por qué causa Atahualpa á la cabeza de treinta mil hombres venia á tratar de poder á poder con un gefe de doscientos aventureros, llegando al estremo de moverse hasta el campamento de este. El resultado de la entrevista fué efecto de circunstancias especiales: pero volvamos á los sucesos.

Queriendo Pizarro estar prevenido para cualquier apuro, tomó sus disposiciones, haciendo que la caballeria dividida en tres trozos de veinte caballos cada uno, se situase detrás de los paredones de la plaza de Caxamalca, al mismo tiempo que los infantes se colocaban en puntos á propósito para rechazar cualquier ataque. A la tarde apareció el Inca conducido en una litera de oro macizo, forrada de plumas de papagayos, sentado muellemente en un cojin de lana finisima, guarnecido todo de piedras preciosas. Acompañábale un numeroso séquito de magnates y hasta trescientos de los principales le precedian quitando las pajas del camino. Llegado que hubo á donde le esperaban Pizarro y su gente, advirtiendo que no se movian ni parecian los ginetes, dijo á los que le acompañaban: *Estos rendidos están*, y ellos le respondieron *Señor, sí.* Acercóse entonces al Rey Fr. Vicente Valverde, religioso dominico (que despues fué obispo de Panamá y del Cuzco) llevando en la mano una cruz de Palma y una suma de Silvestro y por medio de un intérprete llamado Filipillo, le dirigió un razonamiento acerca de los misterios y existencia de la Religion cristiana, hablándole tambien del Papa, del Rey Católico y tocando otras especies impropias del momento y de la persona á quien las dirigia, por serle ininteligibles, pues el intérprete casi ignoraba la lengua del Cuzco. Todo esto dió lugar á algunas contestaciones entre el Inca y el religioso, las cuales alarmaron á Indios y Españoles, aumentando como era consiguiente el deseo de venir á las manos, en términos que siguiendo el murmullo no se hizo esperar la ruptura. Dada la señal de acometer aparecieron los tres pequeños escuadrones, que tan formidables eran para los Indios, y unidos al estruendo de la mosqueteria dispersaron prontamente aquella muchedumbre aturdida, que dejó á su Señor abandonado y en manos de sus enemigos. Entonces acercándose Pizarro á la litera hizo bajar á Atahualpa tratándole con los miramientos y atenciones debidas á su rango, y procurando que á escepcion de la libertad nada le faltase de cuando ocupaba el trono.

Con este golpe puede decirse, que sucumbió el imperio del Perú á esfuerzos de un puñado de aventureros, guiados por un genio atrevido. El botin recojido en esta jornada fué inmenso contándose de metales preciosos ochenta mil castellanos de oro y cincuenta y seis mil onzas de plata, y como si esto no bastase ofreció Atahualpa á Pizarro por su libertad, que le llenaria de oro hasta la altura de tres varas el aposento en que moraba, el cual tenia veinte y cinco pies de largo y diez y siete de ancho, ademas de las inmensas riquezas recogidas en los templos del Cuzco y Quito.

Desde esta época datan tambien las miserables intrigas efecto de las cuales el Inca fué ajusticiado, y las revueltas y guerras civiles que se sucedieron entre los Pizarros y Diego de Almagro, que tanto habia contribuido al buen logro de la espedicion, revueltas que ademas de asolar y desvastar aquel rico pais, condujeron á Almagro al patíbulo y prepararon la conjuracion que tramó Rada para asesinar al Gobernador Pizarro y poner en su lugar al hijo de su di-

funto competidor; pero no siendo nuestro intento ser historiadores de esta parte tan sangrienta de la historia del Perú solo diremos concerniente á nuestro asunto, que sorprendido Pizarro en su palacio de Lima, por una turba de conjurados partidarios del jóven Almagro fué asesinado con su hermano Alcántara y varios domésticos el 24 de junio de 1541 á los sesenta y tres años de edad y ocho de la conquista.

Fué Francisco Pizarro, esforzado, sufrido, inclinado á las cosas de la guerra, de grande ánimo y elevados pensamientos: gustaba encubrir sus liberalidades como lo demuestra el hecho siguiente. Sabedor de que á un soldado se le habia muerto el caballo y que no podia hacerse con otro por su miseria, bajó al juego de pelota donde pensó hallarle, llevando en el seno un rejuelo de oro de peso de diez libras, para entregársele. Mas no hallándole concertóse un juego de pelota y jugó sin desnudarse el sayo, ni sacarle del seno por espacio de tres horas, hasta que vino el soldado y se lo entregó en secreto. En premio de sus servicios le dió Cárlos V un hábito de Santiago creándole Marqués de los Charcas y Atavillos. No sabia leer ni escribir y asi para el despacho de los negocios que tenia que firmar hacia dos señales y en medio colocaba su secretario el nombre de *Francisco Pizarro*. Habiendo carecido de educacion son disimulables entre las buenas prendas que tenia, algunos defectos que se notaban y su nombre puede figurar entre los grandes conquistadores.

FRANCISCO W. PLAZA.

SOCRATES.

Sócrates, uno de los mas grandes filósofos de la Grecia fué hijo de un escultor llamado *Sophronisco*: nació en Atenas el año 469 antes de J. C.: estudió bajo la direccion de *Anaxagoras* y *Archelao*. Peleó valerosamonte en defensa de su patria distinguiéndose principalmente en la batalla de Potidea. Hubiera podido por su talento elevarse á las mas altas dignidades de la república, pero renunció á todas ellas para asi mejor poderse entregar al estudio de la filosofía, es decir al conocimiento de los deberes del hombre. Este personaje ilustre á quien el oráculo de Delfos habia declarado el mas sábio de los mortales, debió toda su gloria á su virtud.

La moral mas pura era objeto de las lecciones públicas que, á sus numerosos discípulos entre los que se hallaban *Alcibiades*, *Xenophonte*, *Platon* y *Aristipo*, prodigaba en la plaza, en las calles, en los pórticos y hasta en los paseos de Atenas. Haciéndoles mil objeciones los conducia de refutacion en refutacion á conclusiones absurdas que les demostraban la impropiedad de los principios que combatia. Sócrates se mofaba de los dioses del paganismo y conocia con Anaxagoras su maestro y el de Pericles que no puede haber mas que un solo Dios autor y conservador del universo; su máxima favorita era la de que los hombres son hermanos y que deben amarse entre sí. Sin embargo ni sus principios ni sus virtudes pudieron escudarle del odio de sus enemigos, ridiculizado por unos y acusado de impiedad por otros compareció en el tribunal de Hehaste compuesto todo de gente del pueblo; la venganza prevaleció á la justicia y el sábio fué condenado; pero como la sentencia no declaraba el castigo que debia imponérsele, el reo podia escoger entre la prision ó la multa. Sócrates no quiso reconocerse culpable y manifestó la pena que elegia. *Puesto que se quiere, dijo, que yo pronuncie la expiacion que merezco, declaro que habiendo consagrado mi vida á la patria y á la virtud, yo me condeno á ser alimentado el resto de mi vida á espensas de la república.* Indignados los jueces de tanta arrogancia le condenaron á libar la cicuta permaneciendo treinta dias en un calabozo antes de sufrir la sentencia. No quiso huir aunque tuvo ocasiones para ello, diciendo que deben siempre obedecerse las leyes del pais. Despues de haber conversado largo rato con sus amigos sobre la inmortalidad del alma, bebió el veneno encargando á Criton poco tiempo antes de morir *que sacrificase en su nombre un gallo* á Esculapio (1) con lo que quiso significar que se hallaba curado puesto que se libertaba de todos los males de la vida. Esto fué 400 años antes de J. C. Bien pronto los atenienses conocieron su falta, proclamaron la inocencia de Sócrates y castigaron á sus acusadores.

Sócrates no ha dejado ningun escrito, durante su prision puso en verso las fábulas de Esopo.

A. A. B.

MOTRIL.

La ciudad de Motril, cabeza del partido de su nombre, se halla situada á los 14 grados, 57 minutos de longitud, y á los 36 grados, 22 minutos de latitud. Rodeada en toda su circunferencia de una cadena de montañas y sierras que dá principio á la parte del S. E. en el cabo Sacratif, conocido vulgarmente por la punta de Carchuna, le cubre al Norte la escarpada sierra de Lujar al N. O. y O. las sierras de Lujar y las Alpujarras que descendiendo hasta el mar por la parte del S. O. terminan en una pequeña punta que divide la Caleta de Sal, breña del Caleton del Turco, y las orillas del Mediterráneo, por la parte del S. en una estension de mas de dos leguas de playa rasa, que sin obstáculo alguno distan entre sí, las dos puntas á su entrada en el mar. Los vientos que reinan frecuentemente en esta ciudad son del O. E. y S. E. Los del N. y N. O. algunas veces suelen sentirse en el invierno, y son los dias en que se conoce algun frio. El invierno es bien corto; la primavera, el estío y el otoño son proporcionalmente iguales, sin que sus tránsitos sean sensibles, ni en el termómetro de Reamur haya escedido en dia de mas rigoroso calor de 26 grados, siendo lo comun de 19 á 20; ni el de mayor frio ha bajado de 10 sobre cero, y generalmente de 14 á 15 en todos los casos á la atmósfera libre.

Por entre las montañas que rodean esta ciudad á la parte del N. O. desciende el rio Guadalfeo, que con sus aguas fertiliza una hermosa vega, y siguiendo su curso entra en el mar á la parte del S. O. de esta ciudad.

Esta vega que no bajará de 40,000 marjales de cultivo, es susceptible de todas las producciones de la tierra, porque su temperamento apacible aclimata con facilidad las plantas exóticas que se trasladan de cualquiera otro pais.

La poblacion de esta ciudad consta de 15000 almas, y puede aumentarse considerablemente en razon de que lo sean los medios de subsistir, protegiendo con leyes sábias y equitativas los preciosos frutos de que la naturaleza ha hecho depositaria esclusiva en el continente á esta pequeña parte de la costa meridional de Granada. El algodon Motril, cuya calidad ocupa el primer lugar despues del de Fernanbuco, se principió á cultivar en el año de 1796, y en el año de 1804 se arrendó ya el diezmo de este fruto en 360,000 rs. Sus primeras elaboraciones dan ocupacion á los brazos mas débiles del estado, poniendo en circulacion sumas considerables que refluyen en todos los habitantes de esta ciudad, y atraen á ella infinidad de familias de los pueblos limítrofes que aumentan estensamente su poblacion durante los cinco meses del año, desde octubre hasta febrero, que se invierte en la recoleccion de este fruto.

La naturaleza ha hecho, sin deber nada al arte, un cómodo puerto á dos leguas cortas de distancia de esta ciudad, á la parte del E., seguro de todos vientos y con fondo suficiente para toda clase de embarcaciones, pudiendo decirse en verdad que el puerto de Calahonda es el de la capital de Granada, por su inmediacion á ella y por ser el único que separadas Málaga y Almería ha quedado en su provincia.

(1) Los griegos acostumbraban inmolar un gallo á Esculapio cuando sanaban de alguna enfermedad.



DOCE ESPAÑOLES

DE BROCHA GORDA.

Novela por D. Antonio Flores.



Despues de una larga suspension, ha terminado la obra cuyo título vá á la cabeza de estas líneas. En una época en que con tanto esceso se dá entre nosotros carta de naturaleza á las novelas en que se describen usos de otros paises, causando grave daño á nuestra literatura, no debe pasar desapercibida una publicacion como la de que nos ocupamos, en la cual se une á un lenguaje castizo y un estilo festivo y agradable, una pintura *daguerreotípica* de las costumbres contemporáneas y una coleccion de retratos fielmente copiados, de tipos dignos de ser conocidos; todo ello rodeado de los atractivos de una accion dramática é interesante.

No es tan frecuente la aparicion de producciones de este género, puramente españolas, que la prensa no esté en el deber de llamar la atencion hácia ellas, para que el público pueda distinguirlas en medio del alubion de traducciones y arreglos que le acosan en el teatro, le acometen en forma de entregas ó tomos, é invaden las casas por debajo de las puertas pegadas á la parte inferior de los soñolientos artículos de fondo.

Anunciáronse los *Doce Españoles de Brocha Gorda* como una coleccion de tipos sueltos, que pudieran servir de complemento á la obra abigarrada que con el título de *Los Españoles pintados por sí mismos*, espuso al público una numerosa galería de cuadros, retratos unos hechos por hábiles manos, borrones informes otros torpemente pintados, parodias muchas cuyos originales no existen en España. El Sr. Flores pareció querer reunir en un tomo los tipos olvidados en aquella larga coleccion, en la cual se dió á veces la preferencia á especialidades que no constituian de modo alguno clase; este pensamiento no le tuvimos por acertado, cuando era tanto lo que se acababa de imprimir del mismo género y de las mismas formas siguiendo la moda francesa de las fisiologías, que generalizaron Huart, el alegre redactor de *El Charivari*, Kock, Monier y otros escritores que se distinguen en manejar la sátira con gracejo y filosófico chiste. No sabemos si fué esa la idea del Sr. Flores, aunque el título y el plan primitivo indican claramente que sí; pero ello es que su obra, de una galería de retratos eterogéneos, pasó á ser un cuadro de composicion formado con todas las figuras que debian reproducir aquellos retratos, las cuales perdieron su fria actitud para contribuir al conjunto y efecto de la obra; los artículos sueltos se resumieron en una novela de costumbres y los tipos añadieron á su interés peculiar, el de tener carácter propio y prestarse al argumento en calidad de personajes.

Este cambio hacia contraer al autor, sobre la responsabilidad de escritor de costumbres, la de novelista, y prometia una obra de mas pretensiones. En cuanto á dibujar fieles y animados bosquejos de nuestras escenas populares, no era dudoso que el Sr. Flores saldria bien de su empeño, porque desde que un pintor de costumbres ha abandonado las letras por otras ocupaciones mas positivas, es acaso el único que se ha dedicado con empeño á este género de estudios; faltaba saber hasta que punto seria feliz tratándose de añadir á los apuntes y contornos de un dibujo ligero los detalles y pormenores, las medias tintas y el colorido de un cuadro formal, y de su acierto en esta empresa ha dado una prueba en su novela. Limitados á dimensiones muy estrechas no podemos entrar á examinarla con detencion, pero cuando menos no dejaremos de indicar que si bien los *Doce Españoles de Brocha Gorda* tienen notables defectos como novela (porque repetimos que estamos persuadidos de que al escribir la primera línea el autor no sospechó que principiaba una obra de este género, la cual por otra parte es preciso que se resienta de haber sido trazada enlazando en ella tipos tan diversos, que es como si





dijéramos con pies forzados), la fábula no ha dejado por eso de conservar un interés siempre creciente. Por lo demas en cuanto á la exactitud en las descripciones y la ligereza facilidad y agudeza del estilo, inútiles serian para el público nuestros elogios: el Sr. Flores no es un escritor novel y esta vez no ha estado en contradiccion con sus anteriores trabajos.

La impresion es clara y correcta, el papel superior y las láminas que ilustran la obra tan esmeradas como el lector podrá conocer por las que por via de muestra acompañan á estos renglones, de las cuales las dos que van en esta plana están como otras varias tiradas aparte. Tambien hay ejemplares encuadernados en tela, sin alterar el precio de 30 rs. á que se vende la obra en las librerías de Monier, Matute, Brun y Boix.



Ya que hemos tomado la pluma para dar á nuestros lectores cuenta de una publicacion reciente, no queremos dejarla sin hacer mencion de otra cuya aparicion está proxima: un *Diccionario filosófico del amor y las mugeres* escrito por D. Teodoro Guerrero. Esta obrita que hemos tenido ocasion de examinar, es de una agradable novedad en su forma y contiene un número considerable de pensamientos, en estremo originales y llenos de chiste y agudeza, que reunidos en un pequeño y elegante librito, forman una coleccion cuya lectura es sumamente entretenida y variada. Para los lectores del SEMANARIO no es desconocido el estilo festivo y ligero del Sr. Guerrero: esto nos evita estendernos aqui en elogios de su trabajo que podrian parecer sospechosos ó cuando menos prematuros; pero nos creemos obligados en obsequio á la justicia á recomendar eficaz-



mente la adquisicion del *Diccionario* que se ofrecerá á nuestros suscritores á domicilio por si gustan adquirirle al precio de 4 rs. en Madrid.

FENOMENOS PSICOLOGICOS.

NOVELA.

II.

Donde el autor refiere la vida y milagros de algunos de los principales personajes de esta verdadera historia.

Y nada mas necesario; porque el lector estará curioso de saber quienes son los individuos que hemos espuesto ante su ojos, y no menos deseará conocer algunos antecedentes que le hagan juzgar con acierto, ya en pró de este, ya en contra de aquel.

Verdaderamente es un sistema absurdo el de los novelistas—el de los historiadores queriamos decir—de esta época presente. En otro tiempo comenzaba el narrador esplicando quien era su héroe ó su heroina, como se llamaba, cuantos años tenia, etc., etc. Ahora por el contrario, se principia con un diálogo, con una escena mas ó menos dramática, donde los personajes aparecen cual sombras chinescas, y entran, y salen, y se van, sin que el lector benévolo sepa á que bueno hacen todo esto.

Por ejemplo, aun no hemos dicho siquiera cual es el titulo de esa Julia animosa é intrépida, que tanto gustaba de los ejercicios varoniles, ni el de su afeminado amigo Fernando, ni el del brusco é impetuoso Enrique, ni esplicado por último quienes eran la tímida y virginal Sofía, ni el misterioso jóven atropellado por la yegua de la Condesa.—Pero en cuanto á este seria preciso que fuesemos muy novicios en el arte, para no prolongar todo lo posible su interesante *incógnito*.

Julia se habia casado muy niña, y recien salida del convento, con un anciano de sesenta y tres años, que poseia una fortuna inmensa y el Condado de Valle-umbrío.—Seis años vivió al lado de su esposo, cual pudiera al lado de su padre; contentábase el ilustre viejo con mirarla bordar, con oirla leer, ó con verla dormir; y ella, inocente y pura como los ángeles, no sospechaba que fuesen mas allá los deberes, los derechos, ni los placeres de la vida conyugal.—Y ¿por qué dió el Conde su mano y su nombre á aquella tierna doncella? Por una causa muy noble, muy honrosa, muy laudable.—El padre de Julia, militar antiguo, habia sido compañero de armas de Valle-umbrío; este llegó á Mariscal de campo; aquel no pudo pasar de Coronel, porque á los cuarenta años quedó completamente inútil para el servicio. Amábanse los dos veteranos con un cariño casi fraternal, y el Conde, que solo tenia parientes colaterales, consideraba como propia la familia de su leal amigo. El coronel era pobre, y sin embargo habíase negado á aceptar siempre las dádivas generosas del General. En el orgullo indomable del uno se estrellaban continuamente las delicadas atenciones del otro; y el Conde suspiraba, viendo á su hermano carecer de lo mas preciso, cuando él gozaba de lo supérfluo.—Cierta mañana entró Valle-umbrío en el aposento del Coronel, con aire mas solemne y mas grave que de costumbre.

—Cárlos, le dijo con emocion y ternura, acabo de cumplir sesenta y tres años; soy soltero, soy rico, y estoy enfermo. No tengo una hija, una esposa, ni una hermana que me otorgue esos cuidados tan dulces como indispensables en la ancianidad. Tú eres mas feliz que yo, porque posees dos hijas; pues bien, amigo mio, yo vengo á pedirte que dividas conmigo tu dicha; yo vengo á pedirte la mitad de tu familia. Dame, pues, tu Julia, á quien yo serví de padrino en la pila bautismal.

El Coronel, aunque sorprendido de aquella estraña peticion, adivinó desde luego el sublime objeto que la inspiraba, y estrechó la mano del Conde entre las suyas.

—Como el mundo es mas propenso al mal que al bien, prosiguió diciendo el anciano, y como acaso la maledicencia no perdonaria al pobre viejo ni á la niña inocente si un vínculo sagrado no los uniera, yo seré su esposo ante Dios para los hombres; su padre—nada mas que su padre para ella.—Ahora, dime primero si aceptas esta proposicion; y en seguida pregúntale á Julia si la admite, porque ante todo quiero que no violentes en lo mas mínimo su voluntad.

La misma tarde fué el Coronel al convento donde su hija se educaba, y la preguntó meramente si viviria gustosa al lado de su padrino. Julia—que acababa de cumplir quince años—brincó de contento en cuanto supo que podia abandonar su oscuro retiro; y como desde la infancia se habia acostumbrado á ver y á amar al Conde, no vaciló tampoco en dar su consentimiento para aquella union, tan ridícula á los ojos de la sociedad, tan mal juzgada y tan mal comprendida igualmente. Hízose el matrimonio sin ruido, sin pompa, sin fausto; siguió el General su método antiguo de vida, y en cuanto á Julia todo se redujo á trocar su modesta celda del convento, por la magnífica alcoba del palacio de su esposo.—No salia nunca sino con él; no iba á los bailes ni á los teatros; no recibia á nadie en su casa, y sin embargo, ¡era tan feliz! Bastábale á su infantil vanidad con oirse llamar *señora Condesa*; bastábale á su orgullo femenino con admirar las galas y las joyas que no se ponia nunca; y en fin, bastábale á su puro corazon con el afecto respetuoso, entrañable y sincero que profesaba *á su marido*. En su santa ignorancia de todo lo terrestre, nada echaba de menos, nada adivinaba, nada presentía.

Aquella felicidad duró seis años; al cabo de ellos, las dolencias del Conde encrudecidas por un invierno rigoroso, le condujeron al sepulcro; nunca esposo alguno fué mas llorado; ninguno fué tampoco mas digno de serlo.—Heredó Julia todos los bienes de Valle-umbrío; y en la flor de su juventud encontróse viuda sin haber sido casada; libre, y opulenta en el mundo; sola tambien en él, porque su padre no tardó en seguir á la tumba al Conde, cual si quisiera acompañarle en su reposo eterno.—Dejó el Coronel otra hija, llamada Sofía, á la que trajo inmediatamente á su lado la Condesa.

Los primeros meses de su viudez continuó haciendo la misma oscura y retirada vida que habia hecho durante su matrimonio; despues los sentimientos tanto tiempo dormidos en el fondo de su alma, se despertaron un dia con estraordinaria vehemencia.—Lanzóse Julia en pós de los placeres; quiso conocerlos, saborearlos todos, pero—apresuremonos á decirlo—no se mancilló por eso la inmaculada pureza de la jóven viuda.—Contentóse con brillar por su hermosura, con deslumbrar por su lujo, con eclipsar por su talento y su gracia á las infinitas rivales que no tardó en tener!—Obróse un cambio radical en sus gustos, en sus aficiones, en sus ideas; tanto como era tímida antes, tornóse luego intrépida y temeraria; tanto como se placia en el retiro, gozó en el torbellino del mundo; y conociendo por instinto que era necesario armarse de un escudo en la lucha terrible que iba á comenzar para ella, colocó sobre su corazon la fria losa de la indiferencia; impuso silencio á sus pasiones; en una palabra, hízose frívola y coqueta.—Ay!... Del ángel solo quedó la forma; de la flor se perdió el perfume;—la inocencia que no sentia, convirtióse en el escepticismo que ignoraba!

Son así las almas virginales como esas plantas nacidas en algun clima helado, que al esponerlas á los ardientes rayos del sol, se agostan y se secan, causándoles la muerte aquello mismo que debió darles la vida. Y es que el tránsito de un estremo á otro, sin la graduacion oportuna, las sensaciones fuertes y repentinas en lo físico como en lo moral, matan y destruyen, ó cuando menos, vician y trastornan.

Sofía era lo que su hermana habia sido; ella juntaba la belleza al candor; la inocencia al instinto; el corazon mas noble y afectuoso al juicio mas sano y mas recto.—Algunas veces la Condesa en sus escasos instantes de reflexion, suspiraba mirando su imágen reflejada en el puro cristal de la de Sofía.

¿Merece el Baron de Monteblanco que le describamos séria y formalmente?—No; nuestros lectores le conocen bastante; es un ejemplar mas de ese tipo mil veces reproducido del *dandy* y del Lovelace. Ninguna calidad le distinguia; sus vicios y sus defectos únicamente le ponian en evidencia; si hubiera tenido virtudes habria pasado desapercibido; pero sus pérdidas en el juego, sus apuestas, sus aventuras amorosas, sus desafíos, y sobre todo sus caballos de pura raza inglesa, le daban una celebridad que infinitos envidiaban.

Si no temiéramos que la comparacion fuera de mal gusto, ó que se juzgase ridícula, diriamos que el Duque de San Alberto era un diamante en su estado natural.—Franco hasta degenerar en grosero, altivo hasta parecer orgulloso, acusábanle generalmente de frio, de insensible, de estúpido. Y sin embargo, profundizando un poco dentro de aquella corteza esterior, encontrábase un alma ardiente y generosa; un talento sólido y cultivado; una templanza de ideas y de principios que contrastaba singularmente con su manera brusca de espresarse; y en fin, una viveza de sentimientos que llegaba con frecuencia á la exaltacion y al entusiasmo.

Hé aquí, pues, *daguerreotipados* los principales personajes de nuestra historia, mientras le llega su vez al que forma el número quinto, aunque quizás le pertenezca el primero.

III.

Empieza á saberse quien era el jóven misterioso, lo que queria, y á quien amaba.

Durante la larga curacion del herido, ni Sofía ni Julia fiaron á nadie su cuidado; la primera especialmente no se apartaba de noche ni de dia de su lecho; ella preparaba las medicinas y los vendajes; llevaba cuenta exacta de las horas en que se debia administrar las unas y renovar los otros; y en fin, tambien sostenia la noble cabeza del jóven cuando habia que ejecutar alguna operacion dolorosa.

Al principio deliró mucho el enfermo; despues le sobrevino una postracion completa, producida por la debilidad. No hablaba nunca, pero fijaba á las veces sus negros ojos en las dos hermanas, y se sonreia dulcemente: ellas creian que les daba de aquel modo las gracias.

Una tarde se hallaba Sofía sentada junto á la cama del herido, y no habia nadie mas en el aposento, porque la enfermera descansaba para velar por la noche.—De pronto sacó á la hermosa niña de su enagenamiento una voz, cuyo timbre era singularmente espresivo y armonioso.

—Que bellas son! decia aquella voz triste y débilmente.—Dios mio! Que bellas son las dos!.

Volvióse Sofía con viveza á mirar al desconocido: él era quien acababa de hablar.

—Ah! esclamó con una alegria que no supo esconder; ¿se siente V. mejor?

—Ojalá no, repuso aquel suspirando, porque la salud es la ausencia; y la ausencia es la muerte!

Pintóse un asombro tan natural en el rostro de Sofía, que el enfermo añadió sonriéndose:

—No vaya V. á creer que deliro todavia, ó que estoy loco: pero recobrando la salud, las pierdo á VV... acaso para siempre!

Hubo un instante de silencio; la niña confusa y ruborosa, sentia una emocion desconocida para ella. Al cabo se decidió á hablar.

—Ahora que se halla V. tranquilo, dijo, voy á hacerle una pregunta que le he dirigido varias veces sin éxito. ¿No tiene V. madre, parientes, ó amigos, cuya inquietud sea necesario calmar con un recado ó con una carta?

—Madre, parientes, amigos! repitió el jóven amargamente. Madre! La he perdido! Parientes... no los amo! Amigos... No los tengo!.. Estoy solo en el mundo! Solo! Solo!..

—Ah! Entonces que infeliz será V.!.. esclamó Sofía sin poder contenerse.

—Lo era antes; repuso el herido vivamente, pero ya no lo soy!

De nuevo volvió á ruborizarse Sofía, y de nuevo volvió á callar.

—¿Con que es V. huérfano? preguntó al fin con interés.

—Huérfano, señorita, y desde muy temprana edad.

—Como yo! dijo ella suspirando.

—La amargura que sentí al perder á mi madre, me hizo poeta á los doce años; desde entonces he cantado mis esperanzas risueñas, ó he llorado mis ilusiones perdidas. Hé aquí la existencia del hombre! Medalla horrible, por un lado seductora y brillante, coronada de rosas; por el otro, esqueleto informe, vestido de crespones y erizado de espinas!

—Pero ¿no tiene V. ningun amigo?

—Amigos! esclamó el enfermo, riéndose sardónicamente! Amigos! No los hay!...

—Por qué lo duda V?.. preguntó la jóven con un candor casi infantil.

—No dudaria, si V. quisiese ser mi amiga.

Este nombre de amiga disgustó sin saber por qué á Sofía. Y sin embargo, repuso dulcemente:

—Pues bien, lo seré, lo seré!..

Levantó el herido la cabeza, y puso sus lábios frios y secos sobre la mano blanca y torneada de la niña, diciéndola con solemnidad:

—Gracias!..

Aquella muestra de gratitud hizo estremecer á Sofía, á pesar de que nada espresaba.

—Y ella? preguntó el herido.

—Quién? dijo la linda enfermera sorprendida.

—Ella, ella! Julia!. repitió el desconocido con impaciencia.

Ay! A ser Sofía menos inocente, menos cándida, aquellas palabras habrian sido una revelacion completa; que cuando el corazon y la mente se hallan ocupados de un solo objeto, juzgan y suponen que basta pensar en él para que todos piensen tambien.

En el mismo instante, y antes de que el enfermo recibiese la respuesta anhelada, abrióse la puerta del aposento, y entró en él la Condesa acompañada del Duque. Al verla quedóse el poeta en un éxtasis dulcísimo, entornando los ojos para mirarla mejor, y entreabriendo sus pálidos lábios una sonrisa inefable.

Y sin embargo, Julia venia risueña, indiferente, contenta.

—Hermana mia, esclamó Sofía con efusion, me ha hablado, me ha hablado!

—Ah!.. repuso la Condesa friamente ¿y qué te ha dicho?

Este rasgo de cada cual, pintaba elocuentemente á las dos; el interés en la una, la curiosidad en la otra; el amor trasluciéndose ya en las palabras de Sofía; la indiferencia asomando en la frase vulgar de la Condesa.

Así, al mismo tiempo el herido y el Duque cruzaron una rápida mirada; la del primero se fijó triste y dolorosa en Julia; la del segundo fué á clavarse terrible é irritada en su hermana.

RAMON DE NAVARRETE.

CONDICION DE LAS MUGERES EN LA EPOCA DE LOS MOROS.

Comparando las distintas épocas en que las mugeres para romper sus cadenas se conjuraron, valiéndose de un momento favorable para conseguir su emancipacion, se observará que se unieron para obtener un fin tan laudable, manifestando una energía, y una consecuencia que parecen agenas de su carácter: no se halla empero que se hayan valido de medios atroces y violentos para llevar á cabo su empresa. Las ideas estravagantes y crueles que tanto perjuicio han causado á los hombres, siempre han sido obra de estos: jamás se han asociado con ellos las mugeres para sancionar los delitos que manchan las páginas de la historia: es verdad que ha producido

algunos monstruos el débil sexo, pero nunca ha obrado en corporacion para sostener un sistema de atrocidades. El régimen del terrorismo en Francia fué obra de los hombres; y las mugeres solo fueron sus víctimas. Robespierre no tuvo ni amiga ni querida; y al brazo impávido de una muger debió la Francia la felicidad de verse libre del feroz Marat. Las asiáticas que fueron víctimas de la religion establecida por Mahoma, y que previeron el peligro que las amenazaba, pudieron haber asesinado al Profeta, y á pesar de eso lo dejaron vivir. En tres épocas principalmente se manifestaron el ánimo y las virtudes del bello sexo: en primer lugar, para sostener la moral dulce y pura de Jesucristo: despues para dictar el código honroso de la caballeria, y últimamente para favorecer en Europa la reproduccion de la literatura; antes de esta última época, en la cual adquirieron en Italia una justa reputacion, hicieron en España un papel demasiado brillante para que podamos pasarlo en silencio. El influjo que ejercian las mugeres entre los moros es uno de los rasgos mas notables de la historia del sexo: tal vez en ninguna época ejerció este su grato poderío como durante la conquista de Granada: entonces probaron las mugeres que podian reinar en nuestros corazones sin hacernos olvidar nuestros deberes, al paso que sabian inspirarnos el heroismo en el seno mismo del placer. Despues de la invasion de Europa por los bárbaros del norte, los moros que habian sido conquistados por los cartagineses, romanos y griegos, y en época posterior por los árabes, los cuales les trasmitieron la religion mahometana, el islamismo y el amor á la gloria, se apoderaron de España en el califato de Valid: este soberano hizo que invadiese la península española su general Muza Bennasar, el cual ayudado por Tarif, venció al Rey Rodrigo en 712, y acabó en poco tiempo la conquista de España. Se ignora si los españoles transmitieron á los moros su galantería, ó si aquellos la recibieron de sus conquistadores: sea como fuere, la amable cortesía de los moros granadinos, y sus costumbres caballerescas, fueron muy célebres, y aun lo son en el dia. Al mismo tiempo que un moro cortaba cabezas y las colgaba en triunfo en el arzon de su silla, se ocupaba en escribir billetes apasionados á su querida, y prodigaba en obsequio de ella su vida y sus tesoros; y cubierto del polvo y de la sangre de las lides, daba festines en que brillaban el gusto y la magnificencia, la pompa y el amor: si las mugeres eran, segun las leyes, poco menos que esclavas entre los moros, eran no obstante consideradas como deidades por este pueblo déspota, á la vez galante y apasionado: puede citarse como ejemplo al rey Abderramen que se enamoró de una esclava llamada Etcheba fundando en su obsequio una ciudad á poca distancia de Córdova, dándole el nombre de su amada y mandando que la estátua de esta se colocase sobre la puerta principal de esta ciudad consagrada al amor.

Un historiador árabe describe con las palabras siguientes las gracias y atractivos de las mugeres moras: «las moriscas, dice, son hermosas, pero esta belleza que sorprende á primera vista, recibe su principal encanto de su donaire y gentileza: su estatura es menos que mediana, y en ninguna parte del mundo se ven talles mas delicados, ni mas elegantes formas: sus cabellos negros y espesos les caen hasta los talones, sus dientes blancos como el alabastro, embellecen sus lábios de cereza, sobre los cuales juguetea contínuamente la mas seductora sonrisa. El mucho uso que hacen de los perfumes mas esquisitos, dá á su tez una frescura y brillo de que carecen las demas musulmanas: su paso, sus bailes y todos sus movimientos tienen una graciosa molicie y un desgaire voluptuoso que añaden aun á sus demas atractivos: su conversacion es viva y picante; y su talento fino y agudo, manifestándose siempre en palabras chistosas y llenas de gracia.» Puede juzgarse por este cuadro el poder irresistible que ejercian las moras; poder encantador que produjo aquella cortesanía caballeresca, y aquella elegancia de costumbres que trae á nuestros pensamientos recuerdos tan deliciosos. Todo parecia respirar en este pais el deleite y el amor: los moros siempre en busca de sensaciones agradables, y amoldándolas á su gusto dominador, se reunian en hermosas alquerías, y pasaban los dias y las noches en medio de juegos, músicas y danzas ¡cuántos medios de seduccion! ¡cuántas ocasiones de agradar al bello sexo! No será ageno de este lugar el hacer algunas observaciones acerca de nuestra España sujeta á su dominio, y cuyos habitantes formaban tres pueblos diferentes.

Los moros hacian muy poco caso del pudor: los orientales por lo comun son poco sensibles á la modestia; mas apasionados que amantes, mas celosos que delicados y déspotas en sus deseos, no saben aguardar ni ocultar los placeres que esperan procurarse. Los españoles, al contrario, introducian hasta en sus sentimientos amorosos, cierto aire romancesco, cierta grave ternura, que electrizaba á veces el ardor del clima; pero que su carácter sensible sabia incesantemente moderar.

El espíritu de independencia, y la antigua fiereza de los árabes se traslucia tambien en la nacion sometida para aquellos: resultaba de estos tres caracteres un conjunto de que supieron aprovecharse las mugeres, con su acostumbrada sutileza, para someter á las leyes y á la caballeria á unos hombres, á quienes una mezcla de española ternura, de elegancia morisca y de fiereza árabe, constituyó en valientes caballeros y en leales amadores.

Me guardaria bien de entrar en pormenores al describir las costumbres moriscas: creeria insultar las cenizas del célebre Florian, si pretendiese dar en este bosquejo una idea mas perfecta de aquella nacion, que la que nos ha dejado este escritor favorito de las musas; pero el retrato de la reina Isabel, que acometió y tomó en persona á la bella Granada, pertenece en cierto modo á este opúsculo; y asi nos tomaremos la libertad de estractarlo de la bonita novela el Gonzalo de Córdova: «Isabel, dice, era de pequeña estatura, sus cabellos algo mas que rubios, sus ojos negros y llenos de fuego y su tez un poco mas que baza, no le impedian tener un rostro agradable é imponente. Dotada de una constancia á toda prueba, sabia concebir una empresa, y sobre todo ejecutarla:» tal era esta reina célebre por tantos motivos: esta reina á cuya generosidad se debe el decubrimiento del Nuevo Mundo, en el cual recojimos los españoles, á pesar de los Casas y otros detractores, lauros inmarcesibles.

El Rey Fernando acometió á Granada en abril de 1491, é Isabel se apoderó de ella el 2 de enero de 1492: nueve meses duró el sitio, y con él terminó el imperio de los moros en España, que habia subsistido por espacio de 780 años desde la conquista de Muza y de Tarif. Nada caracteriza mas en nuestra opinion los medios y recursos que poseen las mugeres para sus empresas, que la conducta que observó Isabel durante el sitio de Granada: esta muger precoz que conocia el carácter de los moros, calculó que era indispensable en este asedio unir la fuerza de las armas á toda la brillantez del lujo y á todos los encantos de la galanteria para atraer la atencion de aquel pueblo inconsecuente, con acciones heróicas, é incitarle á rendirse con el espectáculo de los torneos que deberian seducirle, y con un boato galante y belicoso inventado para encantarle; asi es que por un contraste maravilloso sucedian las danzas á los asaltos, y á los convites los torneos: los moros, sin embargo, oponian una resistencia tenaz y vigorosa: en fin habiéndose prendido fuego una noche á las tiendas cristianas, Isabel siempre ingeniosa en cálculos políticos, mandó construir una ciudad (Santa-Fée) en el mismo sitio que ocupaba su campamento, para probar á los musulmanes las pocas esperanzas que deberian tener de que se levantase el sitio.

Solucion del Geroglífico inserto en el n. 39.—Del árbol arrancado todos hacen leña.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



LA BATALLA DE PAVIA.

Uno de los hechos de armas mas gloriosos y que mas ilustran las páginas de la historia militar de España en los tiempos modernos, es sin duda la memorable batalla de Pavía, en que vencido y derrotado el ejército Francés al pie de aquellas murallas defendidas de sus embates por espacio de tres meses por el valor de su invicto defensor Antonio de Leiva pereció allí gran parte de la primera nobleza de Francia, y fué hecha prisionera otra con su Rey Francisco I, á quien vió tambien Madrid entrar por sus puertas, pasar por sus calles y ser encerrado en la torre de Lujan, tan notable y conocida, no solo de sus habitantes y regnícolas sino de los estrangeros, por la gloria Española de aquel real depósito de guerra.

Luego que llegó á Madrid el estraordinario conductor de la noticia de la insigne batalla, atravesando por Paris con pasaporte del ilustre prisionero, se redactó, imprimió y circuló inmediatamente de órden del gobierno una relacion de aquel fausto acontecimiento, con espresion nominal de un grandísimo número de caballeros franceses mas notables muertos y prisioneros, principiando por el Rey Francisco.

La batalla se dió el dia 24 de febrero de 1525, y la nueva llegó á Madrid el 10 de marzo; y en los siguientes hubo de verificarse la publicacion de la *Relacion*, pues que no espresa el dia ni lugar de la impresion; en lo cual eran menos atentos nuestros antiguos que en la sustancia y realidad de las cosas.

Como entonces no se conocia tampoco Gaceta ni otro uso de imprenta periódica, se imprimió la *Relacion* como cosa estraordinaria segun pedia la grandeza del suceso, ocupando siete hojas y media en 4.°, timbreada con el gran escudo de armas del emperador y rey Cárlos V, que casi llena la primera plana. De este documento singular, por su naturaleza volante y perdidizo, y que no le contienen ni citan, tal cual es, las historias aun nacionales (bien que en la suya del mismo Emperador habla del suceso Sandoval muy detalladamente, cuanto muy por encima el celebrado Robertson), no tenemos noticia que exista otro ejemplar que el que posee un amigo nuestro y es el que literalmente estampado copiamos á continuacion, como un modelo de la veracidad y mesura de los partes, en que conforme al carácter de los verdaderos valientes, solo se trataba de narrar sucintamente dejando hablar á los hechos. Compárense con ese gran modelo de modestia de gloria militar, nuestros modernos partes en que los mismos interesados califican de dias gloriosos para su patria aquellos en que se mezclan en cualquiera de esas raquíticas escaramuzas de nuestras discordias civiles!

RELACION DE LAS NUEVAS DE ITALIA,

Sacadas de las cartas que los capitanes y comisario del Emperador y Rey nuestro Señor han escripto á Su Magestad, asi de la victoria contra el Rey de Francia como de otras cosas allá acaecidas; vista y corregida por el señor gran Chanciller y consejo de Su Magestad.

Luego que el duque de Borbon, lugar teniente general del Emperador en Italia, llegó á la ciudad de Lodi, donde el visorey de Nápoles y marqués de Pescara estaban con la gente que trajo de Alemania, y llegó asimismo la que el señor Infante archiduque de

Austria envió el ejército del Emperador, salió en campo con intencion de descercar á Pavía, que el Rey de Francia en persona habia mas de tres meses tenia cercada, y siguiendo su camino vinieron sobre un castillo llamado Sant Angelo, el cual los enemigos pensaban defender. Y en un dia á vista del Rey de Francia que no los osó socorrer habiéndoles prometido de facerlo, lo combatieron y tomaron por fuerza, y mataron y prendieron dentro del setecientos infantes y trescientos caballos lijeros y cincuenta hombres de armas: entre los cuales fueron presos veinte personas principales italianos que estaban en servicio del Rey de Francia: los seis de la casa de Gonzaga en que habia un hermano y un sobrino de Federico de Bozulo: de allí el ejército del Emperador vino alojar á vista del ejército del Rey de Francia pensando que salieran á la batalla como habia prometido hacer; pero el Rey retrajo su ejército dentro del parco de Pavía: y aunque tenia mas gente que los nuestros no quiso salir á la batalla creyendo que los nuestros no le osáran acometer en su fuerte, y que entre tanto no pudiendo entretener el ejército por falta de dineros, de que sabia estaban harto mal proveidos, serian forzados de facerlo, y él saldria con su empresa, no solamente de Lombardía mas del reino de Nápoles donde habia enviado al duque de Albania con seis mil infantes y cuatrocientas lanzas gruesas allende de la gente que los vecinos para aquella em-



El Emperador Cárlos V.

presa de Nápoles le habian prometido. Asi estovieron veinte dias los unos á vista de los otros escaramuzando, asi los ejércitos unos contra otros como en otras partes del ducado de Milan y en salidas que la gente que en Pavía estaba hacian con mucho daño de los enemigos; en que una vez quitaron á los grisones el aposiento que tenian en el Burgo de Sant Salvador: y les tomaron tres piezas de artillería y otras cosas en valor de doce mil ducados de oro, y los desvarataron con muerte de muchos dellos. Asi mismo otro dia dieron sobre el aposiento de los aventureros franceses, y mataron muchos dellos, y llevaron no menos valor que de los grisones. Ovieron tambien otro encuentro con Juanin de Médicis y su gente, y la desvarataron; y muy mal herido de un tiro de escopeta se fué á curar á Placencia: por otra parte la guarnicion que estaba en Alejandría desvaratá dos mil infantes y cierta gente de caballo que iban al campo del Rey de Francia. Asimismo por otra parte siendo el duque de Milan con cierto número de gente venido á Lodi para tentar de entrarse en Milan, Juan Ludovico Palavicino, capitan del Rey de Francia viendo que Crémona quedaba desproveida vino con mucha gente pensando tomarla; pero el duque de Milan siendo desto avisado envió luego á Alejandro Bentivolo para que socorriese á Crémona; y con esto luego el dicho Juan Ludovico Palavicino se retiró en una villa llamada Casal Mayor, donde le siguieron; y tomada dicha villa por fuerza fué preso él y otros capitanes y personas principales que con él iban. De manera que siempre la parte del Emperador hacia alguna cosa señalada contra los enemigos por atraerlos á la batalla, la cual el Rey de Francia rehusaba esperando que los nuestros no podrian entretener el ejército, ó que si lo acometiesen podrian pelear mucho á su ventaja: y aunque los capitanes del Emperador ganaban cada dia honra, y la pudieran asi continuar con daño de los enemigos; pero considerando el mal aparejo que tenian para entretener su ejército, pospuesto todo peligro, confiando solamente en Dios, que siempre ayuda á la justicia, y en el esfuerzo con que toda la gente se ofrecia á la batalla, que es buena señal de victoria, determinaron de ir á buscar al Rey de Francia en su fuerte, y darle batalla: con esta determinacion que á los principales capitanes del ejército pareció muy bien, con-

certaron con Antonio de Leiva que estaba dentro en Pavía, para que él por la otra parte á un mismo tiempo diese en los enemigos; aunque esto les era harto dificultoso por los muchos reparos y trancheas que entre la ciudad y entre el campo del Rey de Francia avia. Y viernes veinte y cuatro dias del mes de febrero dos horas antes del dia el marqués de Pescara fué á romper un muro del parco de Pavía, que estaba entre los dos ejércitos en que los franceses mucho fiaban pensando entrar por allí, y con la noche tomar los enemigos de sobresalto: por otra parte, fué el marqués del Guasto con tres mil infantes alemanes y españoles á ganar una casa llamada Mirabel, que estaba dentro del parco de Pavía, donde la mayor parte de la gente de armas francesa estaba alojada, para que nuestra gente pudiese tambien por aquella parte entrar: pero como el muro que el marqués de Pescara avia de derrivar fuese muy recio, aunque en ello pasó mucho trabajo, no lo pudo derrivar fasta que fué de dia: de manera que el deseño que llevaba



Francisco .

de combatir de noche no pudo aver efecto: pero el marqués del Guasto por la otra parte combatió la casa de Mirabel, y la tomó por fuerza con mucho daño de los enemigos. Y luego el ejército imperial comenzó de entrar en el parco; y porque ya los enemigos tenian aderezada su artillería, y comenzaban de tirar muy recio, fué necesario que nuestra gente caminase mucha priesa, haciendo una vuelta para venir á la parte donde el artillería enemiga no les hiciese daño: y desta manera no pudieron llevar con ellos mas de tres piezas de su artillería: los franceses viendo ir nuestra gente de aquella manera, pensando que iban desbaratados y huyendo, caminaron á mucha priesa hácia ellos: el marqués de Pescara recogió toda la infantería alemana y española en un bajuelo donde el artillería no les podia hacer daño, y halláronse de manera que el avanguardia del Emperador estaba en frente de la batalla francesa, y la batalla imperial donde venia el duque de Borbon se halló en frente de la avanguardia francesa: de manera que el marqués de Pescara que estaba en la avanguardia con la infantería, viendo que los enemigos se acercaban envió á decir al visorey de Nápoles que estaba con el avanguardia de la gente de armas si le parecia que habia de romper con los enemigos, pues lo tenian tan cerca. El visorey respondió que sí, y luego el mismo visorey muy animosamente acometió la gente de armas de la batalla enemiga, aunque la suya con gran parte no era tanta; pero el esfuerzo que el ánimo de su capitan viéndole ir delante les daba era mucho mayor: y á un mismo tiempo el duque de Bordon con la batalla dió sobre el avanguardia enemiga, y combatian todos con tanto ánimo que bien parecia que Dios les acrecentaba las fuerzas para vencer, por el deseo que todos al servicio del Emperador tenian. Ayudóles tambien mucho la escopetería española que el marqués de Pescara puso por el lado que fizo mucho daño en los enemigos: en esto llegaba ya la infantería enemiga en dos escuadrones, uno de soyzos y otro de alemanes. El marqués de

Pescara con los alemanes y con sus coroneles y capitanes, todos gente muy esforzada, acometió á los soyzos, y el marqués del Guasto con los españoles á los alemanes enemigos: por las espaldas salió de Pavia Antonio de Leyva con doscientos hombres de armas y cinco mil alemanes y seis piezas de artilleria. Y no contento del daño que en los franceses el tiempo que lo tovieron cercado avia hecho, vino á romper la puente que sobre el Tesin tenian para que los enemigos no se pudiesen salvar huyendo. Y hecho esto volvió sobre los enemigos, y los acometió muy esforzadamente, como aquellos que ya tenian esperimentadas sus fuerzas. De manera que á un mismo tiempo, la gente de armas francesa de la imperial, y los soyzos de nuestros alemanes y los alemanes enemigos de nuestros españoles fueron milagrosamente desbaratados; y tomando por mas seguros los pies para huir, que las manos para se defender, se pusieron en huida. Y los nuestros siguiendo la victoria mataron muchos de los enemigos: otros por huir hallando la puente rompida se ahogaban en el Tesin, y otros quedaron presos: de suerte que muy pocos pudieron escapar especialmente de las personas principales, que escriben no aver escapado ninguno. D. Fernando de Castrionte, marqués de Civita Sant Angelo, yendo hácia el Rey de Francia para acometerlo, el mismo Rey le dió una estocada por la vista que llevaba alzada, y cargaron luego sobre él todos los caballeros que con el Rey estaban; y diéronle tantas heridas que luego murió. Allí acudió mucha de nuestra gente, y mataron el caballo al Rey de Francia, y caido en tierra los alemanes lo querian matar; pero él temiendo la muerte dió voces diciendo que no lo matasen que era el Rey de Francia; y en esto sobrevino el visorey de Nápoles, y le salvó la vida tomándolo en prision: fué herido en la cabeza, aunque no peligroso, y despojado hasta el jubon. El visorey de Nápoles le fizo vestir el sayo de armas que él traia vestido, y cabalgar en un caballo; y asi lo llevó al castillo de Pavia.

(Concluirá.)

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

¿Debe haber en Madrid esposiciones anuales de bellas artes? Tenemos suficiente número de verdaderos artistas para surtir todos los años de obras dignas de presentarse á los ojos del público, las salas de la Academia de S. Fernando, ú otras que al efecto se elijan, lo cual (y sea dicho de paso) seria muy preferible? En nuestro sentir la contestacion no puede ser dudosa: una esposicion cada dos años seria muy suficiente. Asi podria la comision examinadora ser un poco mas severa con las obras presentadas, y no conceder su visto-bueno á tantos indecentes mamarrachos como deshonran todos los años la esposicion; asi seria esta mas abundante de obras buenas, mas variada, y en todos conceptos, mas digna de una capital; asi podrian apreciarse los progresos hechos por los artistas de una esposicion á otra. Este método en fin ofreceria otras muchas ventajas: escusado es añadir que no esperamos que se adopte.

En pocos años ha sido mas evidente que en este la conveniencia de que se deje pasar algun mas tiempo entre esposicion y esposicion: pocas hemos visto tan mezquinas como la presente y en poquísimas en ninguna tal vez, ha rayado tan alto como en esta la indulgencia de la susodicha comision examinadora. Véase en particular ese *patio* de la Academia!!.. Y á propósito ¿qué idea ha sido esa de colocar en él, en tan mala compañia, el cuadro del malogrado jóven Utrera, cuya reciente pérdida lloran los amigos de las artes? Esa composicion ya muy conocida y apreciada del público, merecia un lugar mas distinguido—Pero examinemos ligeramente la esposicion de este año.

Empezemos por la sala llamada del trono, y en ella, como es natural, por las dos bellas obras que se han dignado presentar SS. MM. la Reina Doña Isabel II y su augusta madre. A ambas obras, por respeto y por justicia, solo nos corresponde tributar sinceros elogios. Elogios merece tambien el noble pensamiento que ha impulsado á las dos reales Señoras á asociarse, desde los esplendores del Solio, á la gloria, á los trabajos y á las esperanzas de la vida artística. Entre los estímulos que puede la majestad real dispensar á las bellas artes, ese es tal vez el mas eficaz y el mas lisongero para los que las cultivan, porque ese linaje de generoso estímulo ennoblece mas y mas una profesion ya muy noble. Tambien las Reinas esponen sus obras al público para que las juzgue; tambien se honran con el hermoso título de artistas!

Descuella junto á las obras de SS. MM. que son, la de la Reina, una escelente copia de Murillo, y la de su augusta Madre, una copia no menos escelente de Giorgone, varios magníficos retratos de D. Federico de Madrazo, de esos retratos vivos cuyo secreto posée este gran pintor tan querido del público, y que, como los de Velazquez y Van-Dick, serán, andando los tiempos, preciadísimos cuadros. Hoy que tenemos delante á los originales, admiramos en esos retratos su perfecto parecido; pero cuando con el transcurso de los años desaparezca ese mérito ó no sea á lo menos perceptible á los ojos del espectador, quedarán en ellos las cualidades que desde ahora les reconocen los inteligentes, cualidades que han dado una vida inmortal y un enorme valor á los de los eminentes maestros antes citados:—Tales son un dibujo correcto y elegante, un colorido inmejorable, y sobre todo esa *verdad* artística, que es el sello distintivo del verdadero genio. Los apasionados del Sr. Madrazo lamentan que este talento privilegiado dedique principalmente su pincel á hacer retratos: nosotros prefeririamos tambien que pintase cuadros de historia sagrada y profana, pues en ellos desplegaria, como lo hizo en sus grandes composiciones de *Godofredo* y las *Marias*, dotes de que no son susceptibles los retratos; pero todavia creemos que estos, como los comprende el Sr. Madrazo, ofrecen ancho campo para ganar fama duradera. Véase por ejemplo el del Duque de Rianzares que ha presentado este año: recuérdese el que presentó en 1844 del malogrado Duque de Osuna: ¿quién no pondrá estos dos escelentes retratos al nivel de dos escelentes cuadros? Otros tres retratos del mismo autor hay en esta sala, el del Sr. Oshea, en el pintoresco traje, de los héroes de W. Scott, rodeado de aquella poética naturaleza septentrional que tan admirablemente pinta el gran bardo escocés; el de un lindísimo niño, de cuerpo entero, hijo, segun hemos oido, del Sr. Conde de Ezpeleta, y por último, el de un hermano del pintor, D. Luis, hoy pensionado en Roma por el estudio de la pintura, y jóven de grandes esperanzas á juzgar por el cuadro que presentó hace pocos meses al concurso y por los retratos que ha espuesto este año en la sala segunda.

En la antes citada del trono se hallan tres cuadros del Sr. Tejeo, dignos de la bien ganada reputacion de este apreciable pintor; parécenos sin embargo que con razon se ha tachado generalmente de poco adecuada al asunto la figura de su *S. Sebastian*, cuya espresion, mas que de un mártir cristiano, es de un gallardo héroe gentil. Su retrato del Sr. Puche y Bautista es escelente, y su *S. Antonio* deja muy poco que desear, en especial la figura del Niño Dios, que es bellísima.

El cuadro que mas trae la atencion en la sala segunda es el que llaman *de la Caridad*, por el Sr. Esquivel. Hay en el conjunto de esta obra, notable en algunas de sus partes como todas las que salen de manos de tan acreditado artista, cierto sabor á lámina de novela moral del siglo pasado, á lo que pudiéramos llamar la *pintura sentimental*, uno de los peores géneros que conocemos. Sentiriamos que el Sr. Esquivel perseverase en él; no lo esperamos de su feliz talento. Por lo demas, algunas de las figuras del primer término tienen muy buen colorido, y el país está tocado con gracia y naturalidad. Los retratos del Señor Ferrant (D. Luis) que se ven en esta sala, son muy

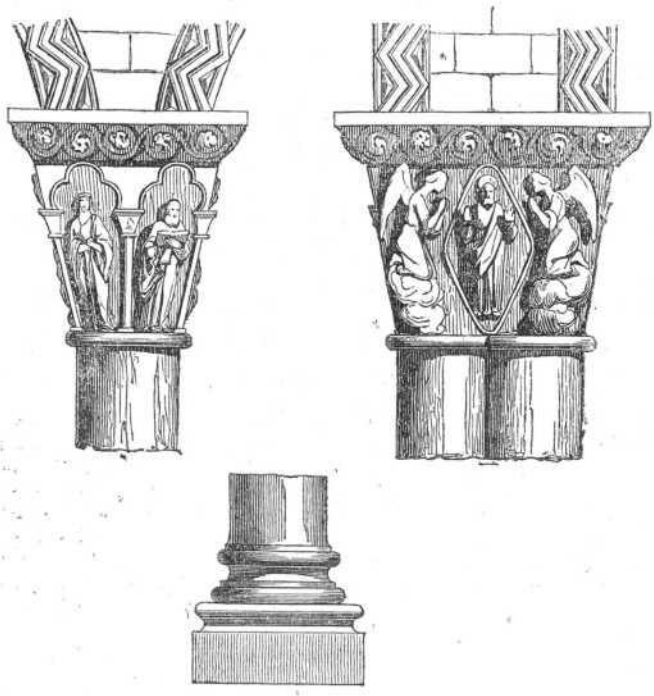
buenos, y el de la bella Sra. de Miranda, que está detrás del cuadro del Sr. Esquivel, es uno de los mejores que ha pintado el Sr. Madrazo (D. Federico). Un cuadrito de D. German Hernandez, que representa á Jesus y la Samaritana, manifiesta en su autor, nuevo en la palestra artística, las mas aventajadas disposiciones. Las figuras son de muy buen estilo y de un carácter perfectamente adecuado al asunto; los ropajes tienen mucha elegancia y cierta sencillez y compostura antiguas. Damos cordialmente el parabien al Señor Hernandez por su feliz ensayo. Mucho nos ha gustado tambien la *vista de Nápoles*, por el Sr. Gallego. Hay en ella mucha luz y un vivo sentimiento de la bella naturaleza.

En la sala tercera hay cuatro estátuas pequeñas, por el Señor Medina, bastante bien ejecutadas, y por decontado muy superiores á su *Esculapio* del colegio de S. Cárlos. Hay tambien en ella varios cuadritos de perspectiva, de animales, y de géneros por los Sres. Gelibert, Palmerola, Ortega y Kuntz. De este pintor hay un interior del Escorial muy bello en la sala segunda. Dos marinas del Sr. Brugada (D. Antonio) que representan la *Pesca milagrosa* y la *Tempestad apaciguada* son sin duda de lo mejor que hay en esta sala (la tercera). En ambas se ven trozos escelentes y detalles llenos de verdad; el conjunto de la escena en una y otra, tiene un carácter grandioso; pero las nubes en general nos han parecido durísimas, y las figuras, para ser accesorias, demasiado grandes. Del tamaño que las ha hecho el autor, ya exigen mayor estudio en su composicion y ejecucion. Idea poco feliz nos parece la de haber puesto á Nuestro Señor J. C. orando para que se apacigüen el mar y los vientos. De mejor efecto creemos que hubiera sido representar al Salvador sosegándolos con su mano y su mirada por un acto de su voluntad suprema y de su misericordia infinita. Se ven ademas en esta sala varios retratos de los Señores Daroca y Ugalde, muy estudiados y de buen colorido; dos retratos del Sr. Gomez y algunos otros de escaso mérito. Ya desde aqui empieza la esposicion, con rarísimas escepciones, á ser poco digna no ya de una capital, sino hasta de un oscuro pueblo de provincia.

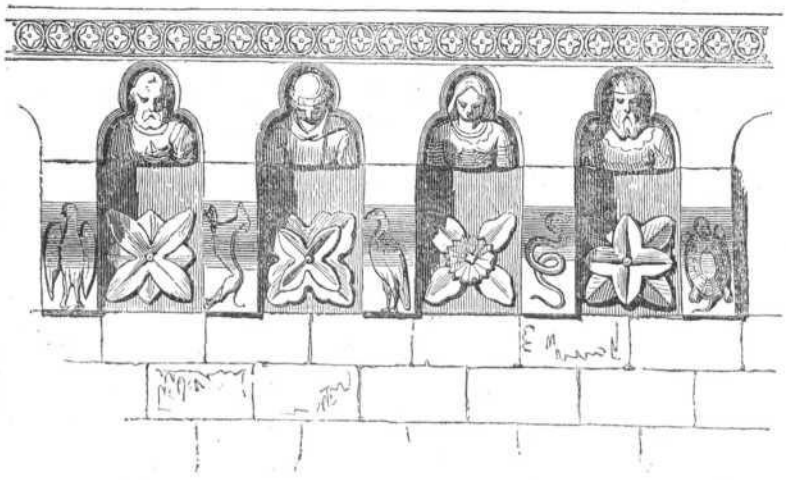
Entre esas escepciones citaremos dos buenos retratos del Sr. Cortellini: el cuadro de la *Rendicion de Granada* por el Señor Contreras, que se halla en la antebiblioteca, y en el que se descubre mucho porvenir; varios retratos de Señoras, pintados por las Señoritas Dulongval y Gumucio, que manifiestan buena escuela, grandes adelantos y una ejecucion simpática. Antes de salir de esta sala (la antebiblioteca) hagamos mencion, como es justo, de varios dibujos de arquitectura muy notables que recientemente se han colocado en ella, y son el *Proyecto de un puente monumental* por el Sr. Lema, muy bien ideado y ejecutado con gusto y buen estilo, lo mismo que los del Señor Mitjana de las Doblas jóven de grandes esperanzas, que trás largos estudios en el estrangero, ha encontrado en Toledo, Segovia, Sevilla y Granada, vasto campo donde ejercer su talento. El Alcázar de Segovia, la torre de la casa que habitó Don Alvaro de Luna, las iglesias bizantinas de esta antigua ciudad, el castillo de Guadamur; los dibujos de todos estos edificios, revelan su aplicacion y aprovechamiento en los estudios arquitectónicos. Publicamos algunos graciosos fragmentos que nos ha facilitado y que habrán de servir de ilustracion á nuestra revista, ya que en la esposicion de este año no figura ningun cuadro nuevo digno de adquirir popularidad por medio del buril.

En la sala de retratos hay un pais de D. Fernando Ferrant, en cuyo primer término tienen no poco que estudiar los que se dedican á este género, dificilísimo si se ha de brillar verdaderamente y no des-

ARQUITECTURA ROMANO-BIZANTINA.—SEGOVIA.



Capiteles y bases de la Iglesia de San Esteban (Siglo X.)



Cornisamento general de la iglesia de San Martin (Siglo XI.)

lumbrar en él con falsos tonos y resplandores. Los dos jóvenes hermanos Ferrant deben contarse en el número de nuestros artistas de mas talento, aplicacion y conciencia: de año en año se advierte en ellos progreso evidente. Un cuadro, mejor dicho, un boceto del Sr. Corona, que representa á *Las Marías caminando al sepulcro*, nos ha gustado mucho; hay en él sentimiento, espresion y buen colorido. Por desgracia, estas dotes no estan mas que indicadas, no son mas que buenas intenciones, pues la obra, como ya hemos dicho, no pasa de ser un bosquejo. Tambien revela muy buenas disposiciones el cuadro del Señor Garcia, que representa al Salvador, despues de la resurreccion, apareciéndose á Maria Magdalena.

Creemos que no se nos ha pasado por alto ninguna obra, ó á lo menos, ningun autor digno de mencion; si asi no fuese, lo sentiriamos de veras, pues nuestro propósito ha sido hacer justicia á todos. Por desgracia, en la esposicion de este año, algunos de nuestros buenos pintores brillan solo por su ausencia: no es pues estraño que hayamos sido breves, y parcos de elogios. Los aficionados á las artes lamentan que no hayan espuesto obra alguna los Sres. Rivera, Espalter, Camaron, Carderera, Mendez y algunos otros. ¿No es esto un argumento mas en comprobacion de lo que deciamos al principio de este artículo? En efecto, de un año á otro no es fácil que todos, ni aun los mas de nuestros principales artistas ejecuten obras dignas de esponerse al público; en medio de la gran penuria de encargos artísticos que se advierte en estos tiempos calamitosos.

M. S.

FENOMENOS PSICOLOGICOS.

NOVELA.

IV.

El personaje misterioso se despoja completamente del incógnito.

¿Por qué no?—Ya es hora de que nuestros lectores sepan quien es. Bastante hemos escitado su curiosidad, obligándoles á preguntarse á sí mismos: ¿Será un Antony, será un D. Juan, será un Werthe.?—Y efectivamente, era un Werther que se llamaba Ricardo de Guzman, y que—fenómeno asombroso!—juntaba á una dosis considerable de poesía, una fortuna no menos considerable.—En nuestros tiempos hay algunos ejemplos—no muchos—de escritores que tienen coche; de lo que hay muy pocos es de los que reunen lo ideal á lo positivo, y que en medio de las comodidades y del lujo se remontan al cielo en álas de su ardiente fantasía.

Uno de esos pocos era Ricardo; huérfano y solo en el mundo desde temprana edad, dotado de un talento exaltado y de pasiones impetuosas, adquirió su carácter un tinte melancólico, que pronto tomó un colorido mas marcado de misantropia. A fuerza de creerse desgraciado llegó á serlo, poseyendo cuanto proporciona la felicidad; á fuerza de llamar monstruos á los hombres en sus versos, se acostumbró á juzgarlos tales; y en fin, á fuerza de llamar ángeles á las mugeres, se convenció de que realmente lo eran. Desde entonces no quiso estudiar aquello que describia; y mirándolo todo por tan engañoso prisma, vertió la amargura de su corazon en sus composiciones; habló en ellas de sus esperanzas perdidas; de sus desengaños, de sus dolores, de esas mil cosas de que el resto de los poetas hablan por lo comun riéndose.—Los que conocian á Ricardo le llamaron *escéntrico*, calificacion moderna y elástica, que se aplica indistintamente á la tontería y á la locura, á la ridiculez y á la grosería; especie de escudo con que el egoismo se resguarda á veces; espeso velo debajo del cual se esconden con frecuencia la estupidez ó la ignorancia.—En esta sociedad singular donde vivimos, tan propensa á la afectacion, tan inclinada á lo estraordinario, *la escentricidad* ha sido y es una moda, especialmente en los poetas. Cualquiera cosa se le perdona al hombre menos la sencillez, menos la naturalidad; aquel que habla como todos, que hace lo que todos, que no se levanta por sus vicios, ni por sus estravagancias sobre el nivel de los demás, es perdido. Desde que Byron fué no solo un tipo literario, sino un tipo individual, no hay casi un escritor que se contente con ser lo que la naturaleza le hizo, ni que no aspire á pasar por *un carácter*. La originalidad es, pues, la manía de la época; pero no se olvide que esa palabra tiene dos sentidos, y que es mas comun encontrar realizado el uno que el otro.

Ricardo pasó, pues, por escéntrico, y nadie se maravilló de oirle hablar en estilo lúgubre, ni de verle huir del trato social, ostentando una desesperacion que rayaba en cómica por lo mismo que era trájica. Algunos se encojian filosóficamente de hombros, creyendo que llevaba la aficion demasiado lejos, y juzgando un poco antiguo el tipo que habia elejido y desarrollado.

Así vivió Ricardo los primeros años de su juventud; adorando á las mugeres.... á conveniente distancia; llamándolas querubines á boca llena, y apellidando demonios á sus compañeros del sexo masculino. No se crea que la sociedad le censuraba; no, al contrario, le buscaba, le seguia, le aplaudia. Era jóven, era bello, era rico, tenia talento.... en consecuencia todo se le perdonaba.—Mas de una muger del gran mundo habia soñado sonriendo la conquista de aquel hombre, que ora cantaba dulcemente sus ilusiones ora arrojaba con osadía su befa y su escarnio á la humanidad.—El atrevimiento es otra de las cosas que esta admira; por eso le teme y le respeta; por eso á la timidez la injuria y la ridiculiza.

Vió Ricardo á la Condesa, y amó por primera vez. Fué detrás de ella á todas partes; suspiró, gimió, lloró mas que de costumbre; pero en vano, porque Julia se hallaba rodeada de una córte demasiado brillante y numerosa de adoradores, para parar la atencion en el pobre poeta, cuyo rostro compunjido y tétrico formaba singular contraste con las fisonomías francas y alegres de los *dandys* y de los *leones*.

Sin embargo, mientras la Condesa no veia á Ricardo, le habia visto otra muger en quien él no reparaba, porque fijos su corazon y sus ojos en la una, parecíanle sombras de indefinible figura las que la acompañaban, seguían y festejaban.

Pobre Sofía! Habíase engañado creyendo que á ella se le tributaba aquel culto ferviente y asiduo. ¡Pobre Sofía! Habíase lisonjeado juzgándose objeto de aquel amor que parecia mas sincero cuanto que era mas tímido y respetuoso! ¡Pobre Sofía! Habia empezado por mirar á Ricardo, interesándose luego por él, y acabando por amarle! Y como el amor tiene por símbolo y atributo una venda, la inocente niña fué bastante ciega para no conocer que no le iban dirijidas las ojeadas, ni dedicados los suspiros de que hacia uso y aun abuso el poético-poeta.

Tal era, pues, la situacion de los principales personajes al comenzar nuestra historia; Ricardo amaba á la Condesa, la cual no lo sabia; Sofía amaba á Ricardo, y este no lo sospechaba siquiera.—Habia un lastimoso error, orígen de deplorables consecuencias; habia un *quid pro quo*, mas sensible por lo mismo que Sofía y Ricardo habian nacido para amarse y para comprenderse.

Viendo Guzman que eran inútiles sus esfuerzos por llegar hasta la Condesa, forjó en su imaginacion una novela que le hiciese aparecer como un héroe de abnegacion, de amor, de sufrimiento. Ideó mil planes, que fueron meditados y desechados sucesivamente; y vino por último á fijarse en el que le hemos visto llevar á cabo con tan feliz éxito. Y de propósito decimos *feliz*, porque habia conseguido mas de lo anhelado, pues el poeta nunca pudo soñar con la hospitalidad benéfica que recibia en casa de la que amaba.

Importa mucho que se persuadan nuestros lecto-

res del carácter *escéntrico* de Ricardo: sin duda hubiera podido ser presentado prosáicamente á la Condesa; pero esto era lo que le horrorizaba. Queria él que una aventura cualquiera, mas ó menos misteriosa, mas ó menos poética, le pusiera en relaciones con Julia. Lo vulgar, lo comun, lo frecuente les inspiraba soberano desden. Así al ver logrado su objeto, sonrió con alegría; así al hallarse acojido por la Condesa, esclamó lleno de júbilo:

—Como Antony! Como Antony!

Y advirtamos de pasada que este personaje fantástico y estraño de Dumas, era el bello ideal de Guzman; y que mas de una vez habia modelado sus principios y sus acciones por los de aquella creacion odiosa y repugnante del difunto romanticismo.

V.

Donde se prueba que cuando uno no quiere, dos no se aman.

Despejada ya y clara la situacion especial de nuestros actores, sigamos narrando las diferentes escenas del drama.

¡Qué dulce fué la convalecencia para Ricardo! Tendido sobre un cómodo sillon, y colocado entre las dos hermanas, miraba á la una, y escuchaba á la otra, que leia con sonora y argentina voz algun trozo de sus mismas poesías, ó un pasaje interesante de alguna novela. Pareciale, pues, que una armonía celeste recreaba su oido; que los ángeles y querubines le azotaban dulcemente el rostro con sus blandas álas; y que los mil perfumes de Oriente embriagaban sus sentidos. En medio de aquel éxtasis religioso á la par que profano, estremecíase de deleite, inclinaba la cabeza, entornaba los ojos, y se dormia! Sus sueños eran entonces mas seductores y mas voluptuosos aun, y de ellos despertaba con la imaginacion no menos ardiente, ni menos exaltada.

Otras veces paseábase por el jardin apoyado en el brazo de Sofía, sintiendo debajo del suyo los latidos del corazon de la niña, y palpitando igualmente su corazon porque pensaba siempre en Julia. ¡Muy deliciosos eran aquellos dias apacibles y serenos para los dos!—Sofía iba junto al hombre que amaba; Guzman no estaba lejos de la muger por quien solo vivia; y ambos, juguetes de su ilusion, gozaban placeres inefables.

Una tarde, despues de dar la vuelta al jardin en completo silencio, habian venido á sentarse en un bosquecillo tan espeso de madreselvas y jazmines, que las enlazadas ramas formaban un verde dosel sobre sus cabezas.—El rostro pálido y hermoso del poeta habia adquirido con el cansancio y la agitacion un ligero matiz de rosa; sus ojos de ordinario tristes brillaban con un resplandor febril; sus lábios casi siempre cerrados, se entreabrian con una grata sonrisa. Y Sofía atónita de aquel cambio, no apartaba la vista de su amante, esperando oir por fin la mágica palabra que esperaba tanto tiempo inútilmente. De repente una nube sombría vino á oscurecer el semblante de Ricardo, quien arrancó tambien un profundísimo suspiro.

—¿En qué piensa V., amigo mio? preguntó la jóven con viva emocion.

—Pienso en que muy pronto estaré bueno, y me será forzoso abandonar esta casa.

—¿Y qué importa? No podrá V. venir á ella cuando quiera?

—Ah!.. repuso Guzman, estremeciéndose. No será lo mismo! No la veré al despertarme, ni antes de dormirme, ni oiré en sueños su dulce voz, ni aspiraré el ambiente que respira, ni en fin, apoyaré mi brazo sobre el suyo! Y luego, añadió como delirando, ¿sé yo por ventura si me ama?

Sofía quiso hablar, mas no pudo; y trémula, agitada, ruborosa, estrechó entre las suyas la mano de Guzman.

—Y si supiera V. como la adoro! prosiguió diciendo aquel con una exaltacion que iba en aumento. Si supiese V. que ella, ella sola, puede darme la vida, ó causarme la muerte!—Cuando pienso en su amor, me vuelvo loco de alegría; cuando pienso en su desvio, me vuelvo loco de dolor!.. Sofía! añadió llevando á sus lábios la temblorosa mano de la jóven, compadezcame, V. compadezcame V!..

—¿Y por qué compadecerte, articuló Sofía débilmente, si es V. amado?

—Amado! esclamó Guzman levantándose fuera de sí. Amado! repitió saboreando esta palabra, y derramándola como un bálsamo sobre su corazon.—Sofía! repuso. Dígame V. que es cierto; diga V. que no me engaña... diga V. que es verdad esa ventura incomparable!

Y hablando así, puso una rodilla en tierra, y cubrió nuevamente de besos los rosados dedos de Sofía.

—Ricardo! Ricardo! prorumpió esta sin poderse contener ya. ¿Acaso no lo ha adivinado V.? ¿Acaso no ha leido V. en mis ojos la respuesta que me pide? Pero si tal vez quiere V. oirlo de mi lábio, sí, sí, Ricardo mio, yo le amo á V., yo le amo á V!...

Profirió Guzman una esclamacion de asombro, y púsose en pié instantáneamente como movido por un resorte.

—Sofía, dijo con rapidez y sin calcular el efecto terrible de sus palabras; es á Julia á quien yo amo!

Exaló la pobre niña un grito agudo, llevóse primero las manos al corazon, despues al rostro; vaciló un momento, y despues cayó en tierra como herida por el rayo.

En el punto mismo en que el poeta, deplorando aunque tarde las consecuencias de su brutalidad, iba á lanzarse á socorrerla, sonó rumor entre el follaje, y apareció en seguida el noble y altivo continente del Duque de S. Alberto, mas severo y mas ceñudo que nunca.

Quedóse Guzman inmóvil de sorpresa al verle.

—No la toque V.! dijo Enrique colocándose delante de Sofía como para protejerla. No la toque V., miserable, despues de haberla asesinado!

Hablando de este modo, tomó en sus nervudos brazos el cuerpo inanimado de la jóven, y desapareció rápidamente con ella por el mismo sitio por donde habia venido.

Aun permaneció Ricardo algunos instantes sin movimiento y sin voz; al cabo, volviendo de su asombro, comenzó á recorrer las umbrías calles del jardin como un insensato. Golpeábase con furor la frente; mesabase los erizados cabellos; y de sus lábios cárdenos escapábanse frases inconexas.

VI.

De como en el mundo el castigo sigue siempre á la culpa.

Cuando principiaba á calmarse el febril arrebato de Guzman, y al dar la vuelta á un bosquecillo de lilas, encontróse inesperadamente con la Condesa que mas hermosa, mas risueña, y mas amable que nunca, se dirigia sonriendo hácia él. Estremecióse Ricardo al verla.

—¿Qué tiene V., amigo mio? le preguntó ella con blandísimo acento. Por qué corre V? Huye V. acaso de mí?

—Señora, repuso el poeta lúgubremente, huyo de mí mismo; huyo de mi sombra, huyo de mi razon!

Miróle Julia atónita al oir este lenguaje, aunque ya estaba acostumbrada al estilo peculiar del jóven.

—Sí, sí, prosiguió con vehemencia; yo he herido á su hermana de V. en el corazon; he sido brutal, insensible con ella.... he pagado su cariño con la mas inaudita barbárie!..

—Cómo! esclamó la Condesa mas admirada que nunca. ¿Sofía le amaba á V., Ricardo?

—Pero yo no la amaba á ella; pero yo solo la amo á V!

Retrocedió Julia al oir estas palabras, y pintóse en su rostro una espresion indefinible de disgusto y de desden.

—Y lo creerá V. señora? añadió Ricardo. Despues de escuchar la revelacion de aquel afecto puro; despues de provocarla con mis confianzas imprudentes, fuí bastante cruel para descubrirla sin rebozo la pa-

sion que V. me inspira, que V. misma ignoraba, y cuya llama impetuosa acaba de escaparse en este momento terrible de mi alma.—Yo no sé, Julia, si V., me comprende, si V. me perdona; yo no sé sino que este cariño es mi sér, y mi vida, y mi sangre; que está en todas partes, en mis lábios, en mis venas, en mi cabeza, en mi corazon; que él se derrama al menor impulso; que él se revela al menor esfuerzo. Julia, Julia, prosiguió arrojándose á sus pies, y queriendo asirla una mano; tenga V. lástima de mí! Ha mucho tiempo he vivido sin mas esperanza, sin mas ilusion, sin mas idea que esta; mucho tiempo he pensado en la felicidad con V., ó en el sepulcro sin ella!

Al llegar aquí, interrumpióle una carcajada sonora y prolongada.

—Amigo mio, dijo la Condesa en tono sarcástico y burlon; ¿está V. seguro de no haberse vuelto loco?

Esta frase horrible vino á clavarse como un puñal en el corazon de Ricardo.

—Loco? replicó con amargura. Loco? Sí; lo estoy. Sino ¿cómo hubiera despreciado el cariño de Sofía y mendigado el de V.?

Sintió Julia el certero golpe que le iba dirigido, y bajó la cabeza vencida y humillada. Pero pronto recobró su calma y su frialdad habituales.

—Seamos amigos, dijo con dulzura, ya que no podamos ser otra cosa. Sí he sido cruel con V. ahora, V. lo fué antes con Sofía; de suerte que todo está compensado. Olvidemos, pues, estas locuras, y déjeme V. hacer una reconciliacion completa, empezándola los dos.

Hablando así, tendió una mano á Guzman, que este rechazó con dureza.

—Amistad, señora! esclamó! No, entre nosotros no puede haber mas que amor ú odio; sino me ama V., aborrézcame, y no venga á ofrecerme lo que es un insulto y una irrision!

—Yo no sé aborrecer á nadie, repuso la Condesa recobrando su tono burlon de antes; pero en cambio le ofrezco á V. mi olvido y mi indiferencia.

Y como acertase á aparecer por allí entonces el Baron, tomó neglijentemente su brazo, hizo un saludo glacial al poeta, y se alejó soltando una segunda carcajada mas sonora é insolente que la primera.

Hincóse Ricardo las uñas en el pecho; exaló un grito casi salvaje, y cayó de espaldas en tierra, como Sofía habia caido poco antes.

RAMON DE NAVARRETE.

EL HOMBRE--PLAGIO.

De ningun modo podriamos dar una idea mas exacta de este tipo, por desgracia bastante comun en la sociedad, que haciendo el retrato de un individuo, en el cual se hallaban reunidas todas las circunstancias que caracterizan al hombre copia; individuo que por largo tiempo ha perseguido sin descanso á un nuestro amigo. D. Luis, que así se llamaba, era un hombre nulo, sin carácter propio, sin individualidad, semejante á un espejo malo que reproduce todo lo que pasa delante de él, alterándolo y echándolo á perder. Como no era un hombre completo, tomaba un poco de la individualidad de uno, un poco de la de otro, imitando y copiando servilmente á los que veia que lograban figurar en la sociedad. Ya hacia tiempo que nuestro amigo le habia servido de modelo, imitándole en el modo de andar, en el vestir, en las ideas, en las inflexiones de voz y hasta en aquellas frases y palabras que cada uno prefiere habitualmente y las usa sin notarlo. Los vestidos de D. Luis eran semejantes á los de nuestro amigo, sus cabellos iban arreglados de la misma manera y su corbata anudada del propio modo: se apoderaba de sus opiniones políticas y literarias y de su dictámen sobre todas las materias. De esta suerte D. Luis habia llegado á ser el reflejo de nuestro amigo, hasta tal punto que muchas personas los encontraban parecidos, los creian amigos íntimos, y los tenian por iguales, siguiendo la costumbre general de buscar entre dos que simpatizan relaciones de genio, carácter y gustos. Con frecuencia si nuestro pobre amigo daba su parecer sobre alguna cosa le decian: es singular pensais en esto absolutamente lo mismo que D. Luis: si entraba en una visita, esclamaban: ola, os habeis hecho un pantalon igual al de D. Luis, os peinais como D. Luis, os pareceis prodigiosamente á D. Luis.

En vano el original mudaba los trajes á medida que el hombre-plagio los imitaba, y por otra parte no podia mudar sus opiniones con tanta facilidad. Un dia le dijo aquel: no comprendo nada mas necio y futil que la imitacion y el plagio. D. Luis no vió en esto una reconvencion, solo halló una idea de que podria aprovecharse. Algunos dias despues le preguntó en una reunion en voz alta: Qué le parece á V. ¿conoce V. nada tan necio y futil como la imitacion y el plagio? Nuestro amigo se ruborizó de impaciencia. Los que estaban presentes pensaron que esto era de parte de D. Luis una manera de afearle la semejanza que existia entre ellos y que el plagiario era nuestro amigo.

Los defectos de este adoptados por D. Luis y recargados por él chocaban mas y aunque no los hubiera recargado, hay defectos que completan el conjunto de una organizacion, que son las consecuencias de ciertas cualidades que no pueden existir independientemente de estos defectos: estos son relativos y no se aperciben, pero si otro se apodera de ellos y los muestra separados de lo que les servia de cuadro, aparecen feos y desnudos,

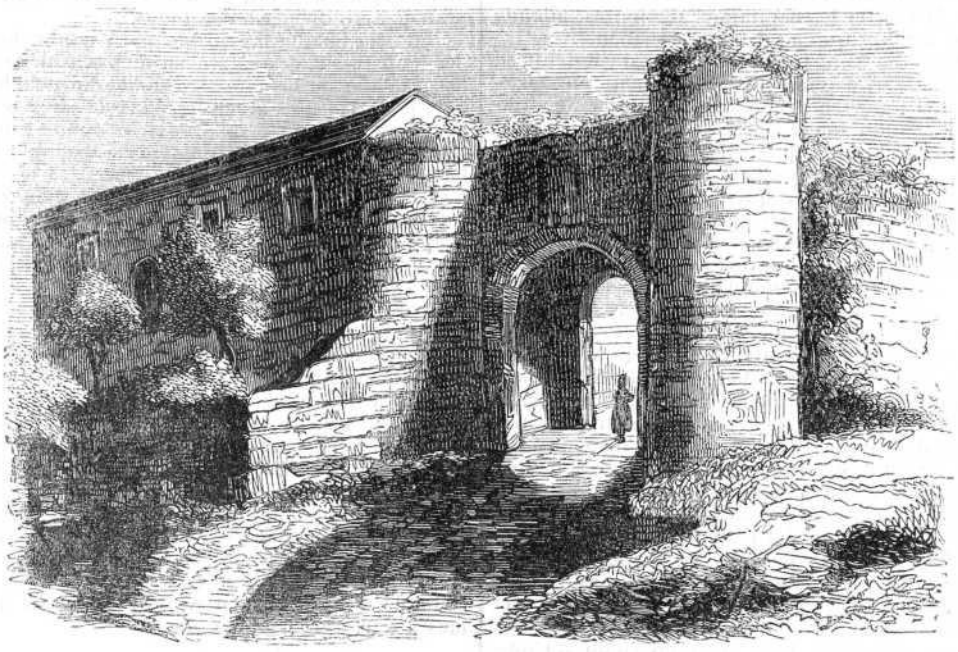
Cosa muy apreciable es la individualidad. Nosotros no comprendemos como se puede desear parecerse á otro. Vale mas no ser nada y ser propio, que ser la parodia ó caricatura y aun solo una descolorida copia de un grande hombre: seria para desesperar á cualquiera el parecerse á Napoleon, á Voltaire, ó á Biron, porque entonces cada vez que se pensase en uno, se pensaria en el personaje á quien era parecido y el espíritu instantáneamente haria una comparacion. Por la misma razon una muger de belleza regular haria mal en presentarse siempre con otra de estremada hermosura y por lo propio es desagradable ir del brazo con un hombre de seis pies de alto.

Ahora bien; cuando para tener vuestra individualidad propia os habeis desprendido de todo lo que no os pertenecia, habeis podado todo lo que puede ser ingerto en vuestro carácter, y os quedasteis bajo y cerceño para no tener una estatura y robustez prestadas, es para desesperar hasta el estremo que llegue un pegote á robaros la mitad de lo poco que teneis. No habeis querido imitar á las personas mas distinguidas que vos elevándoos hasta ellas, y viene un hombre que establece una semejanza entre vos y él, os tira de los pies y os hace bajar á su mediocridad. Ya no sois un hombre completo, hay necesidad de ambos para formar un individuo, se os une y arrima á pesar vuestro, anda con vos dentro de vuestras botas, entra con vos dentro de vuestra piel á riesgo de hacerla estallar, se sirve de vuestras pasiones, de vuestros vicios, de vuestras penas, de vuestros placeres; de todo esto no teneis mas que la mitad, como no sea que os disgusteis tanto de vuestra naturaleza usurpada por él, que querais mejor pareceros á otro y os metais alternativamente en su pellejo, viéndoos espulsado por el usurpador de vuestros hábitos, gustos, pensamientos, sensaciones y defectos y entonces sois como un caracol sin concha.

El hombre que os espone á esta espantosa situacion, es vuestro mas mortal enemigo, teneis derecho para matarle, porque saca de quicio vuestra vida entera, os hace ridículo á vuestros mismos ojos y os quita hasta la propia estimacion.

Nuestro amigo adoptó en tal caso una resolucion definitiva. Un dia se presentó en casa de D. Luis y le dijo: sé que V. no es rico, puedo ofrecerle un destino de quince mil reales en Cádiz. Sino le acepta V. nos batiremos y le mataré, estoy seguro de ello. Don Luis encontró la oferta un poco estravagante, aceptó el empleo y partió devolviendo así á su víctima el reposo y la tranquilidad que la habia robado.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



PUERTA DE ZAMBRANOS DE LA REINA EN ZAMORA.

LA BATALLA DE PAVIA.

(Conclusion.)

Las personas que en esta batalla y en otros recuentros antes della feron presos por la gente del Emperador son las siguientes:

El Rey de Francia; Mr. de Alabreth, príncipe de Bearne, Mr. de Alanzon; Mr. de Sanpol; el señor Francisco, hermano del marqués de Salucio; Mr. de Navers; el príncipe de Talemont; el bastardo de Saboya, mayordomo mayor del Rey de Francia; Mr. del escudo marichal de Fois; el señor Federico de Bozulo; Mr. de Rieux; el marixal de Moransi; Mr. de Brion; Mr. de Vidame Dexartros; Mr. de Santamcina; el señor Galiazo Bisconte; el señor Federico de Bozano, el hijo del mayordomo mayor del Rey de Francia; el hermano de Memoransi, capitan de hombres de armas; el Gobernador de Limosin; Mr. de Bonaval; Mr. de Mompesat, gentil-hombre de la cámara del Rey; Mr. de Pomereux, caballerizo del Rey; el Bayli de París; Mr. de Viry; el baron de Burenses; el hijo del chanciller de Francia; Mr. de Nancey; Mr. de Lorges; Mr. de Moni; Mr. de Ducrot; Mr. de Montigent; Mr. de San Marzal, gentil-hombre de la cámara del Rey; Mr. de la Clayeta, mayordomo del Rey; el senexal de Armenaque, capitan de la artillería; el vizconde de Lanedan, capitan de hombres de armas; Mr. de Poton, gentil-hombre de la cámara del Rey; Mr. de Xabini, capitan de la guarda del Rey; Mr. de Daubini, capitan de hombres de armas y de la guarda; Mr. Dambigon; Mr. de Anevant, lugar teniente de Vidame de Xastres; el hijo de Mr. de Tirenot, lugar teniente de la capitanía de su padre; la Roxa Hemon; la Roxa du Maine, alferez de Mr. de Alanzon; Mr. de Claramont, capitan de cient gentiles-hombres; Mr. de Butreras, mayordomo del Rey; Mr. de Barbesius, capitan de hombres de armas; Mr. de Floranges, hijo de Roberto de la Marcha; Mr. de Montheem, mayordomo del Rey; Mr. de Sangeran; el vizconde Destages, lugar teniente del mayormo mayor; su hijo; Maugeron, lugar teniente de Mr. de Sanpol; el capitan Ambad; Mr. de Rufey, caballerizo; Mr. de Bonnes, mayordomo del Rey; Mr. de Boysi, hijo del mayordomo mayor de Francia (que murió); Mr. de Briscu; Mr. de Broses, gentil-hombre de la cámara; Mr. de Boure, lugar teniente del príncipe de Telamon; el señor de Batilien; el señor de Silans; el señor de Xanmegre; el señor de Baufose; el señor de Grifi; el Pulain de la Bastida; el señor de Fayeta; el señor de San Forgent; el señor de Monuelin; el señor de Labarre; el señor de Bourreyn; el señor de Xoyssi; su hermano; el señor de Xaurani, lugar teniente y sobrino del Almirante; Mr. de Xanrond; el bastardo de Luxa, prevoste de la casa del Rey; el señor de Piluxet; el señor de Naucasio; el señor de Tari; el señor de la Borde; el señor de Beaumum; el hermano de Mr. de Rios; el señor de Murat; el señor Destor, alferez del mayordomo mayor; el Bailí de Dijon, trinchante mayor del Rey; el señor de San Jorge; el señor de Bonent; el señor de Xatillon; el señor del Susana, lugar teniente del artilleria; el señor de Fizcau; el señor de la Llon, gentil-hombre de la cámara; el aposentador mayor del Rey; el señor de Bort; el señor de Usel, comisario de la guerra; el señor de Ayueli; el señor de Toncelles, comisario de la guerra; el hermano del vizconde de Lancdan; el señor de Blandan; el señor de Laval; San German; el señor de Gondan, y otros muchos caballeros y gentiles-hombres de que hasta agora no se han podido saber los nombres.

Fueron asimismo presos en esta batalla otras muchas personas principales que seguian la córte del Rey de Francia, como tesoreros, generales, secretarios, y otros muchos de esta calidad, que por no ser gente de guerra aqui no se escriben.

Asimismo murieron en esta batalla las personas siguientes: el duque de Sufort, llamado la Blanca rosa, que pretendia pertenecerle el reino de Inglaterra; un hermano del duque de Lorcina; Mr. de la Tramolla; el almirante de Francia; Mr. de la Paliza; Mr. de

Busi Damboysa; Mr. de Xamont Damboysa; Mr. de Moreta; el capitan Federico Catáneo; el conde de Tonarre, y otros muchos de los cuales no se han aun podido saber los nombres.

Fueron asimismo muertos sobre Pavia en los combates que le dieron los capitanes siguientes, allende de otros caballeros que aqui no se escriben.

El duque de Longavilla, marqués de Rotelin; el capitan amable; el capitan Rostaus; el capitan Miraclo; el capitan Viersbe; el capitan Luis el gentilhombre; el capitan Joanes; el capitan Aspremont; el capitan Lasgarenes; el capitan Mavlli; el capitan Mombrun, y otros muchos de esta calidad, de que no se saben los nombres; pero quien quisiere considerar la gente que un tan grande príncipe como el Rey de Francia podia llevar á una tan señalada empresa, podrá conoscer el daño que todo el reino de Francia ha recibido. Pues no solamente queda huérfana de su Rey, mas muy despojada de grandes señores, caballeros, gente de guerra y capitanes.

Avida esta tan maravillosa victoria el visorey de Nápoles envió luego gente á la cibdad de Milan para que echasen los franceses fuera, y quitasen las armas y banderas del Rey de Francia, y pusiesen las armas y banderas del duque de Milan. Lo cual hizo muy fácilmente, porque los franceses que estaban dentro siendo avisados desta victoria, se salieron juntos en un escuadron fuera de la Cibdad, pensando salvar las vidas. Pero la gente del Emperador que seguia la victoria los desvaraté y despojó. De manera que no escapó ninguno que no fuese muerto ó preso.

Recogido, pues, el ejército del Emperador por el duque de Borbon y visorey de Nápoles, y puesto recabdo en los presos, y dada la órden como no pudiesen escapar los que de la batalla habian huido, la cual empresa el marqués de Pescara quisiera tomar sino gelo estorváran tres heridas no peligrosas que los soyzos le dieron en la batalla, el visorey de Nápoles suplicó al Rey de Francia que mandase soltar al príncipe de Orenges y D. Hugo de Moncada, que los dias pasados de franceses avian sido presos, porque el Emperador lo estimára en mucho. Y luego el Rey escribió cartas para que los soltasen, y dió salvo conducto escripto de su propia mano para que los gentiles-hombres que tragieron la nueva pudiesen pasar por Francia. Y luego el visorey dió cargo de la persona del Rey al señor Alarcon gobernador de la Pulla y Calabria, y le mandó llevar á un castillo allí cerca llamado Piziguiton.

Pasando el comendador Peñalosa que trajo primero la nueva por Francia, madama la Regenta madre del Rey de Francia le dió una carta para el Emperador, que trasladada de lengua francesa en castellano dice así:

CARTA DE LA MADRE DEL REY DE FRANCIA AL EMPERADOR.

Monsiur mi buen hijo. Despues de haber sabido deste gentil-hombre la fortuna acaescida al Rey mi señor y hijo, he loado y lóo á Dios por aver caido en las manos del príncipe deste mundo donde yo mas huelgo esté. Esperando que vuestra grandeza no os hará olvidar el debdo cercano de sangre y linaje dentre vos y él. Y allende de esto lo que yo tengo por principal, es el gran bien que universalmente puede venir á toda la cristiandad por la amistad y union de vosotros dos; y á esta causa humildemente os suplico mi señor y hijo penseis en ello; y entre tanto mandeis que sea tratado como la honestidad vuestra y suya lo requiere; y permitais, si sois servido, que muchas veces yo pueda aver nuevas de su salud, y en esto obligareis una madre asi siempre de vos llamada. E que otra vez os ruega que agora en aficion seais padre. Escripta en Sant Iust, Cabo Leon á tres de marzo. Vuestra humilde madre Loysa. El sobre escripto. A Monsiur mi buen hijo el Emperador.

Escribió asimismo otras dos cartas á Monsiur de Nasau y á Monsiur de Lachau, rogándoles que sean sus intercesores para con el Emperador.

El duque de Albania que era ido á la empresa de Nápoles estaba en Roma y su gente era pasada delante. Pero los Napolitanos se habian mostrado tan buenos y loales servidores del Emperador que avian ya ayuntado veinte mil infantes y mil y quinientos de caballo, y iban á buscar los enemigos; y sucediendo agora esta tan grande victoria, estan en muy gran peligro de perderse todos.

En esta batalla murió tan poca gente de la parte del Emperador, que se afirma no pasaron de quinientos. El daño de los enemigos no se ha podido aun saber: estimase que murieron mas de diez y seis mil personas; cosa harto milagrosa, y donde nuestro Señor mostró bien su omnipotencia, abajando la soberbia del Rey de Francia, y ensalzando la humildad del Emperador, en tiempo que todos sus amigos y confederados de quien se solia ayudar estovieron quedos, y algunos dellos fueron contrarios: para manifiestamente mostrar que él solo le daba esta victoria como hizo á Gedeon contra los Medianitas. y el Emperador no queriendo ser á Dios ingrato, mostrando la poca confianza que en sus fuerzas tenia, y lo mucho que de la misericordia y justicia de Dios esperaba, oida esta tan grande y maravillosa nueva, se retrujo en su cámara á dar gracias á Nuestro Señor, reconosciendo que del le venia esta victoria, y no consintió que en su córte se hiciesen alegrias profanas como se suelen aun en cosas de poca calidad hacer. Mas el dia siguiente hizo facer una procesion muy devota para que todo el pueblo juntamente con él diesen gracias á Nuestro Señor por esta victoria: y él confesado y comulgado fué á la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, donde fizo predicar como esta victoria no procedia del sino de Dios, para que todos se inclinasen mas á darle gracias por ello.



Toda la cristiandad se debe desta victoria gozar. Porque sin duda paresce que Dios nuestro Señor quiere poner fin en los males que mucho tiempo ha padesce. Y no permitir que su escogido pueblo sea del turco enemigo de nuestra fé cristiana castigado. El cual ensobervecido con tantas victorias, amenazando que esta primavera quiere entrar muy poderoso en la Italia, con ánimo de subjuzgar toda la cristiandad, y ponerla debajo de su tirana y cruel servidumbre, como tiene la Grecia, ha enviado treinta velas á espiar y tentar toda la costa y puertos de la Pulla, Calabria y Cicilia, donde piensa desembarcar. Y para obviar á esto paresce que Dios milagrosamente ha dado esta victoria al Emperador, para que pueda no solamente defender la cristiandad y resistir á la po-

tencia del turco, si osare acometerla, mas asosegadas estas guerras civiles, que asi se deben llamar, pues son entre cristianos, ir á buscar los turcos y moros en sus tierras; y ensalzando nuestra santa fé católica, como sus pasados hicieron, cobrar el imperio de Constantinopla, y la casa Santa de Jeruselen que por nuestros pecados tiene ocupada. Para que como de muchos está profetizado, debajo deste cristianismo Príncipe todo el mundo reciba nuestra santa fé católica. Y se cumplan las palabras de nuestro Redentor: *Fiet unum ovile, et unus Pastor.*

Los señores del consejo de su Magestad mandaron á mí Alonso de Valdés, secretario del ilustre señor gran Chanciller, que ficiese imprimir la presente relacion. (1)

ALONSO DE VALDÉS.

JUSTICIA DE DIOS.

Era de noche. El tiempo estaba revuelto y borrascoso, soplando tan recio vendaval, que se hallaban enteramente desiertas las calles de la ciudad de Palencia. Ningun ser humano se mostraba en parte alguna, esceptuando solo un mísero mendigo, quien se habia albergado bajo unos soportales, á la inmediacion del real Palacio. Mas el temporal era tan deshecho, que á pesar de la suma fortaleza de este infeliz y de su hábito á resistir la intempérie, apenas pudiera soportar la violenta lucha de los elementos. Por fin apaciguóse esta un tanto: el viento comenzó á ceder, y en breve únicamente quedó del tumulto pasado, una lúgubre y densa oscuridad.

En aquel momento divisó el mendigo dos figuras que se movian en la sombra, pasando desde el otro lado de la calle, hasta el sitio donde él estaba acobijado; pero la suma lobreguez de la noche no le permitió reconocer su traza, y solo pudo columbrar que eran dos hombres embozados en sus capas. Desde luego se escitaron las sospechas del mendigo, en vista de la singular apostura de aquellos misteriosos personajes; sin embargo como la miserable de su condicion le hacia superior á todo recelo ó temor de ser robado, entregóse esclusivamente su alma á la curiosidad mas vehemente. Agachóse cuanto pudo en su escondite, y prestando atento oido, percibió la conversacion que entre sí tenian aquellos dos embozados.

—No puede haber salido todavia, dijo uno de ellos; las once no han dado aun, y ademas la tempestad que ha descargado le habrá detenido en Palacio.

—Vive Dios que la noche ha estado buena! esclamó el otro... Que tempestad tan recia! Y que viento tan atroz!

—Es verdad, pero nos ha servido á pedir de boca despoblando todas las calles.

En aquel instante dieron las once: los dos apostados hicieron movimiento, y uno de ellos dijo en voz muy baja:

—Vamos, acerquémonos á Palacio, no sea que se nos escape nuestro hombre.

Diciendo esto se encaminaron lentamente hácia el punto que habian designado, dejando estupefacto á nuestro buen mendigo.

—Gloriosísimo San José! murmuró haciéndose mil cruces, que intento llevarán esos desalmados!... Si querrán matar al Rey Fernando! Es tan jóven todavia!... Pero aunque esto así fuese, que me importa ó toca á mí?... Dicen que es un solemne tragon, y á fé mia que yo me muero de hambre... Y luego, si le matan, no faltará otro que le remplace y por cierto que poco perderé en el trueque... Ademas, bueno será ante todo que yo me ponga en franquia, pues si estos señores llegasen á verme, no seria estraño que me dispensáran los favores que preparan para otros que valen harto mas que yo.

Así reflexionaba nuestro descamisado filósofo, en tanto que los dos embozados iban acercándose á Palacio; pero la oscuridad era tan completa, que el mendigo les perdió luego de vista. Pocos instantes habian trascurrido, cuando percibió un rumor sordo, terminado con un profundo gemido, cual de un hombre que acabára de ser herido de muerte.

—Dios me valga! esclamó el mendigo, ya han hecho su tropelía enviando sin duda alguna alma al otro mundo... Dios le perdone y me perdone á mí mis muchas culpas y pecados.

En esto aparecieron los dos desconocidos, quienes se ocultaron presurosamente bajo de los soportales.

—Escondámonos aquí, dijo uno de los dos con voz ajitada; si corriésemos por la ciudad podríamos escitar sospechas, y tal vez hallaríamos á alguno que....

—Crees que aqui estaremos seguros? preguntó el otro fujitivo.

—Sí, la misma oscuridad nos protejerá.

—Así me parece, pensó el mendigo encojiéndose mas y mas.

—Y si principian á hacer pesquisas? observó uno de los asesinos.

—Nunca pensarán que nos hallamos tan cerca, respondió el que mostraba mas confianza.

—Te parece si el golpe habrá sido bastante bien dado, para asegurar la muerte de nuestra víctima?

—Nunca vaciló mi brazo, y mucho menos cuando la memoria de mil injurias, atizaba su violencia.

—Entonces á Dios gracias, estaremos vengados!

—Sí, desapareció ya el único obstáculo, que contrariára la dicha de un Carvajal.

En aquel instante se oyó un confuso ruido hácia la parte de Palacio, percibiéndose poco despues mucha claridad y un gran correr de personas.

—Bien pensado, dijo uno de los homicidas, mejor será que nos vayamos á otra parte, pues que podríamos ser descubiertos.

—Es verdad, razonó el otro, vale mas que nos alejemos de este sitio.—Diciendo esto salieron cautelosamente de su escondite, encomendando su salvacion á una rápida fuga.

—Gloriosísimo San José repitió el mendigo lleno de asombro... quien pensára jamás que los nobilísimos hermanos Carvajales fuesen unos asesinos nocturnos!... Cómo cambian los hombres!... Y ahora, quién podrá ya asegurarme, que mañana no haga yo tambien alguna diablura?

En esto se aproximaban las hachas y faroles, hácia los soportales donde se abrigaba nuestro menguado Zarrapastroso.

—Por aquí, por aquí, dijo una voz... Mirar bien por esos porches.

—En efecto, gritó otro, quizás se hayan escondido.

—Me parece que veo algo, esclamó el primero que habia hablado... mirad bien... ah!... creo que es un perro.

—Sí, pensó el mendigo, perro soy y el mas miserable de todos los perros.

—Dios eterno! gritó uno de los que estaban alumbrando á los pesquisadores... Es un hombre! Uno de los asesinos!... Hace ahora como que duerme, pero no le han de valer sus tretas... Vamos, mi amo, añadió pegando un puntapié al mendigo... arriba señorito, ú os arrimo con mi hacha tan sendo linternazo, que se os quite el sueño para toda la vida.

Poco satisfecho el mendigo con el giro que tomaban las cosas, se levantó sin hacerse mas de rogar, y dirigiéndose hácia las personas que le rodeaban, comenzó á perorar del modo siguiente:

—Cuidado, valerosos caballeros, cuidado que una precipitacion insensata, no os lleve al mayor de los errores... Yo no soy ningun asesino... mi miseria y escasez me han obligado á guarecerme bajo este abrigo, que por cierto no lo habria escojido á tener otro mejor...

—Vamos, vamos, miserable pecador, no te vengas ahora con remilgos; sabe que tenemos muy buen olfato para hallar la pista de fieras de tu ralea.

—Ah señores! nunca entró en mi mente la idea de poner en duda la bondad de vuestro olfato; sin embargo, me parece que esta vez os ha engañado del modo mas horrible.

(1) Esta Relacion se halla impresa en un cuaderno, á 2 rs. en la libreria de Matute calle de Carretas.

—Calla, perverso! no nos embaucarás con tus escusas... Ola, muchachos amarradme bien ese nene!

—Por Dios, señores, tratadme con mas piedad, pues tal vez os sirva de mucho para descubrir á los asesinos.

—Vaya, pardiez! por fin nos vamos entendiendo.... Síguenos, bribon, y ven á prestar una declaracion al Rey.

—Loado sea Dios! con que el Rey vive todavia?

—Linda pregunta...! Vive lo que sobra para mandarte al palo como mereces.

—Está bien, entonces no le he de ocultar nada de cuanto sepa.

—Harás perfectamente, pues sino desatas la lengua como se requiere, te la soltaremos mal de tu grado.

En esto se encaminó la triunfante cohorte hácia Palacio, llevando entre filas al pobre mendigo, cuya vista causó la mayor sensacion, en cuantos le reconocieron.

—El asesino, el asesino! gritaban todos esforzándose ahincadamente por ver al presunto reo. De esta suerte fué conducido á un gran salon del alcazar, donde debia ser careado con el moribundo; pero era sobrado tarde, pues cuando llegó nuestro hombre, la víctima habia ya espirado. Era esta un jóven noble y gallardo, persona que obtenia la mayor privanza del Rey. Llamábase Benavides, y pertenecia á una familia de lo mas distinguido de la córte de Castilla. No hay porque encarecer la pesadumbre que causó al Rey el alevoso asesinato de su favorito: llevado de un violento arrebato de furor, juró perseguir sin tregua ni descanso á los homicidas, y castigarles de un modo el mas ejemplar. Pero por desgracia apenas habia indicio alguno acerca de quienes eran los delincuentes, porque el desdichado herido solo pudiera decir que fuera asaltado por dos hombres embozados; sin embargo, la captura del mendigo infundia ahora un gran vislumbre de esperanza, y su presencia pudo calmar un tanto los dolores de Fernando, puesto que aun cuando no le tuviera el Rey por el verdadero asesino, sus palabras habian dado márgen á esperar, que revelaria quienes eran los autores de tan execrable crimen.

—Conoces á este hombre que está aquí muerto? preguntó el Rey con voz terrible.

—Sí, señor, respondió el mendigo..... Es el noble señor de Benavides, cuya generosidad he esperimentado repetidas veces.

—Cómo te llamas?

—Diego Raposo, con perdon de su Alteza.

—Qué hacias cuando te han aprehendido?

—Señor, me hallaba cobijado bajo los soportales de ahí cerca, guardándome contra la intempérie de la noche.

—Quién ha sido el asesino de este infeliz?

—Los hermanos Carvajales.

—Al oir esto, estremecióse el Rey vivamente y su fisonomía fué tomando una amenazadora espresion de venganza. Entonces principió Raposo una sucinta relacion de cuanto habia presenciado, durante cuyo relato dirijia el Rey sin cesar, repetidas y dolorosas miradas, hácia el ensangrentado cadáver de su amigo y privado.

—Dios sea loado! esclamó el monarca en cuanto hubo concluido nuestro hombre.... Por fin podré vengarme de un modo señalado y atroz!

Luego mandó mantener á buen recaudo al Raposo, y dió sus órdenes para prender á los hermanos Carvajales.

Llamábanse estos Pedro y Juan, y eran dos jóvenes hidalgos de muy noble alcurnia, pero estaban muy poco en gracia con el Rey, merced á la rencorosa animosidad que dividia á su familia de la de los Benavides. El escesivo favor que acordaba el Rey á su privado, causaba grandes celos á todos los demas cortesanos; mas ninguno demostraba mas á las claras su repugnancia hácia el afortunado valido, como los dos Carvajales. Acreciase por último el encono y ojeriza de estos señores, con la oposicion que manifiestamente mostraba Benavides, con respecto al amor de uno de los Carvajales, hácia su hermana Doña Violante, á quien habia prohibido severamente toda correspondencia con su amador; órdenes que como es fácil suponer no obtenian la mayor escrupulosidad de parte de la enamorada jóven. Originóse de ello cierto dia una séria pendencia entre los dos enemigos, faltando muy poco para que llegáran á las manos, de cuyo trance les habia librado la oficiosa intervencion de amigos comunes. Sin embargo Carvajal juró vengarse del aborrecido hermano de su dama, y como al Rey Fernando no se le ocultaban todos estos pormenores, unidas sus circunstancias á la relacion de Diego Raposo, quedaron establecidas desde luego las presunciones mas vehementes contra los dos referidos hermanos.

La mañana misma del dia en que fuera cometido el asesinato de Benavides, habíase visto rondar á uno de los Carvajales alrededor del jardin de su contrario. La constante asistencia de Benavides en Palacio, daba lugar á que pudiesen avistarse Doña Violante y su galan, quien fuera á verla á la sazon, llevando el firme intento de proponer á su amada un medio muy seguro para librarla de la tiránica oposicion de su hermano.

—Querido Carvajal, dijo la dama llena de azoramiento en cuanto vió á su amante, el cielo ha decidido que no se realicen jamás nuestros amorosos deseos, y el mismo sabe cuanto tiemblo ahora, por vuestra seguridad y ventura.

—No temais Violante, respondió el mozo; sabed que si por acaso me viese sorprendido, mi buena espada sabria hacerme respetar.

—Callad, callad, no digais eso; considerad que hablais de mi hermano, mi único protector y amparo en este mundo.

—Y qué, esclamó Carvajal, es justo que deba soportar el desden de este orgulloso caballero, tan solo porque es vuestro deudo? La paciencia del hombre mas tolerante, llega á tocar los límites del sufrimiento, y por cierto que la mia ha perdido ya todo aguante. Acaso no le brindé con mi amistad, solicitando vuestra mano, cual prenda de olvido de pasadas disensiones?... Todavia me averguenzo ahora al recordar su presuncion y arrogante menosprecio..... Ni mi sangre, ni mis prendas, ceden á las que pueda él ostentar, y no he de permitir que se escude con la privanza de un monarca sin enerjía ni carácter, para desdeñar de esta suerte una alianza con mi familia.

—Sosegaos, amigo mio, dijo Violante con dulzura; convengo en que teneis mucha razon de quejaros, pero no por esto me espanto menos al considerar los resultados de vuestro resentimiento. Habeis de saber que acrecen por instantes los riesgos que os cercan: esta misma mañana he traslucido de mi hermano, que se tramaba algun plan contra vuestra libertad. El Rey se acuerda todavia de vuestra parcialidad hácia el bando de D. Alfonso de la Cerda, y aunque la política le vede entregarse á la venganza, espera solo un pretesto para saciarla á su placer. Creedme pues, bueno seria que salieseis por algun tiempo de Palencia, seguro de que la ausencia, no mitigará jamás mi amorosa pasion.

—Varias veces me habeis dicho ya lo mismo, pero siempre me retraia el pensamiento de dejaros entregada á la tiranía de vuestro hermano. Sin embargo, para sosegar vuestras cuitas aprovecharé ahora el consejo que me dais; pero dia vendrá en que satisfaga el amargo dolor que ahora sufro, y en que pueda vengarme de los ultrajes que me agovian.

—No digais eso, repitió la hermosa dama... ignorais acaso que el golpe dirijido contra mi hermano, atravesaria tambien mi corazon?... Vamos, ausentaos de Palencia tres meses no mas, y todo irá perfectamente.

—Bueno, razonó Carvajal con voz lúgubre... bueno... me iré de Palencia, pero tal vez maldigais vos un dia, el momento en que me indujisteis á esta partida... Adios, Violante... Sabe Dios si nuestra despedida será eterna!

—Me estais helando de terror, Carvajal, esclamó la doncella con gran tristeza. Para veros marchar de

esta manera, preferiria arrostrar mil y mil veces la cólera y furor de mi hermano.

—No, Violante, observó el mozo con menos dureza; ello es bueno que nos separemos, pues sabe Dios hasta donde me habria llevado la indignacion que fermenta en mi pecho.

Dicho esto se retiró con gran precipitacion, dejando entregada á la pobre Violante á la mayor afliccion y desconsuelo. Luego que Carvajal hubo salido de casa de su amada, fuese á reunirse con su hermano, con quien le ligaba un tiernísimo y fraternal cariño, y en el momento mismo le notició la resolucion tomada, de ausentarse de la ciudad de Palencia.

—Dios sea loado! hermano mio, esclamó D. Juan... No podias pensar mejor... Siempre esperé que tu alma generosa se alzaria contra la indigna pasion que asi te esclaviza á los pies de la hermana de nuestro enemigo... Y bien, cuando marcharemos?

—Esta misma noche, respondió el amartelado jóven... Iremos á Toro sin tardanza, en cuyo punto deben reunirse nuestros partidarios, y asi nos libraremos mejor de la persecucion del Rey Fernando.

—No te entiendo... Qué temes tu de parte del Rey?

—Apenas sé lo que digo, tal es el caos en que se pierde mi imaginacion angustiada. Amor, vergüenza, venganza!... Estos son los sentimientos que me devoran y parten el corazon... Ah, hermano mio! Sabe que si no fuese por tí, habria seguido ya el consejo á que me impulsaba la desesperacion!... Benavides no debe insultar impunemente á ninguno de los Carvajales....

—Tranquilízate, hermano mio, razonó D. Juan; Benavides llevará su merecido en el momento que menos piense... Te parece crímen poco grave ser favorito de un Rey? Cuentas por nada las muchas personas, interesadas en la ruina del privado?... Sosiégate pues hermano querido, y cuenta que no se nos hará mucho de esperar, la venganza que tanto apetecemos.

La declaracion del mendigo, unida á los diversos antecedentes que obraban en poder del Rey, acerca de la animosa ojeriza de los Carvajales contra el triste Benavides, asentaron plenamente la culpabilidad de los dos hermanos, aumentándose mucho mas las sospechas, con la noticia de la fuga de los presuntos reos, á quienes no fué posible encontrar en Palencia ni sus alrededores.

Luego que Violante tuvo noticia de la triste catástrofe de su hermano, declaró en un acceso de desesperacion la conferencia habida con su amante; cuyos misteriosos pormenores dieron todavia un inmenso peso, á los muchos cargos que gravitaban ya contra Carvajal. Aqui no fué posible contener el furor del Rey Fernando: profesaba este una sincera amistad al infeliz asesinado, y á sus impulsos de ternura se unian poderosas razones de politica, que le hacian desear vivamente la ruina de ambos hermanos Carvajales. Tenia aun muy presente la parcialidad de estos señores hácia las pretensiones de los Cerdas, y al indultar Fernando á los vencidos, no habia olvidado por esto quienes fueran sus enemigos. Hallábase siempre en un contínuo estado de desconfianza, justificado en parte con las sérias turbulencias que tan frecuentemente alteraban al reino; pues bastaba la presentacion de algunos derechos, y dinero con que sostenerlos, para hallar todo pretendiente eficaces auxilios en el pueblo.

En situacion semejante, no es de admirar que el Rey temiese á cada paso ver estallar nuevas disensiones y trastornos, y que por lo mismo trabajase con inquieta perseverancia para apoderarse de los personajes mas dispuestos á atacar su corona. Entre este número figuraban muy particularmente los dos hermanos Carvajales, y ahora que D. Fernando hallaba en su crímen razones tan poderosas para refrenar su audacia, no quiso perder tan ventajosa ocasion, antes bien saciar de lleno toda su saña y resentimiento. Sin embargo la fuga de los cuitados ponia alguna traba á sus deseos; nadie sabia donde se hallaban, aunque generalmente se creia que se habrian refugiado en la córte de Portugal, bajo el amparo del Rey D. Dionisio, constante protector de todos los ajitadores de Castilla.

Prolongóse algun tiempo este estado de incertidumbre, hasta tanto que el Rey recibió la nueva cierta de que ambos prófugos se hallaban en la villa de Martos, poblacion célebre por el espíritu de rebelion de sus habitantes, hácia su autoridad soberana. Al mismo tiempo supo que los Laras andaban tambien por aquellos contornos, todo lo cual daba lugar á sospechar no se fraguase alguna conspiracion, en la que sin duda figurarian notablemente ambos Carvajales. Resuelto pues el Rey á cortar el hilo de semejantes tramas, reunió presuroso un respetable cuerpo de tropas, entre cuyas filas se hallaban todos los deudos y amigos de Benavides; y en tanto que hacia correr la voz de que se dirijia á Sevilla, cayó de repente sobre Martos, sorprendiendo súbitamente á los dos criminales, en el momento en que mas tranquilos y confiados se hallaban en la mesa con varios de sus allegados.

—Qué significa esta insolencia, esclamó D. Pedro, el mayor de los dos hermanos; con qué derecho se atreve persona alguna á atropellar el sagrado de mis hogares?

—Daos al Rey! respondió D. Mendo de Benavides, primo del asesinado. Es vana toda tentativa de resistencia, por lo que valdrá mas que me sigais buenamente á la presencia de su Alteza.

—Y qué nos quiere el Rey? preguntó D. Juan.... Me parece que habria podido llamarnos de un modo mas decoroso, ya que tanto desea vernos.

—Su Alteza obra cual requiere la condicion de la gente con quien trata, observó Benavides con desden.... Ola, soldados, asegurad á los prisioneros!

—Prisioneros! esclamó entonces uno de los Laras que se hallaba allí presente.... Y cuál es el crímen de esos nobles hidalgos?

—Como tal, señor de Lara, razonó Benavides, acaso no os acusa tambien la conciencia? olvidais ya los planes que os han reunido en esta villa?... Pero felizmente la repentina llegada del Rey á Martos, trastornará los proyectos de la traicion mas infame.

—Equivocado andais, señor D. Mendo, esclamó Lara con arrogancia; sabed que si realmente hubiésemos tramado lo que vos llamais una traicion infame, no nos sorprenderiais de este modo.

—No he venido para discutir con vos acerca de este estremo, interrumpió el Benavides, sino para prender en nombre del Rey á dos grandes criminales.

—Y qué crímen se nos imputa? esclamaron los dos Carvajales llevados del mayor furor.

—Muy flaca será vuestra memoria, si tan pronto echais en olvido vuestras obras, razonó el de Benavides. Sin embargo, añadió despues con mucha sorna, si tanto es vuestra flaqueza, me tomaré la molestia de recordaros, haciendo tambien presente á estos nobles caballeros, que os prendo en nombre del Rey, bajo la terrible responsabilidad de un vil y cobarde asesinato.

—Maldita sea la boca que tal miente...! esclamaron á un tiempo mismo los dos hermanos.

Y en el propio instante se originó una general escena de confusion, entre todos los asistentes. Presumieron estos al principio que la prision de los dos hermanos nacia solamente de una causa política; pero en cuanto vieron que se les achacaban las feas sospechas del misterioso homicidio de Benavides, comenzaron á ceder de su porfía hácia los presuntos reos, pensando que cuando el Rey se llevaba á medidas tan violentas, reconoceria indudablemente razones muy poderosas.

La prision de los dos Carvajales, produjo una estraordinaria sensacion en todos los ánimos. Las pruebas que se alegaban en cargo suyo, demostraban una completa culpabilidad; y aunque muchos compadecieran á los acusados, todos aprobaban la justicia del Rey. Sin embargo, ambos hermanos negaban altamente toda participacion en el crímen; mas de poco servian sus constantes y repetidas protestas comparadas con la inmensidad de pruebas que se elevaban contra ellos.

Pedro y Juan fueron conducidos al Rey, ante quien parecieron con intrépido y sereno conveniente; cuyo

porte fué tomado por unos cual convincente prueba de inocencia, al paso que otros le consideraban resultado del apático endurecimiento del crímen.

—Señor, dijeron al monarca luego que este hubo declarado el crímen de que se les acusaba... Señor, á Dios tomamos por testigo de nuestra inculpabilidad é inocencia... Quien nos acusa?... En que se funda tan negra y calumniosa sospecha?

Desde luego fué presentado el Diego Raposo quien repitió su narracion de los sucesos de la noche del asesinato, añadiendo que si bien no podia asegurar rotundamente que los Carvajales fueran los mismos individuos á quienes viera bajo los sorportales; sin embargo, notaba en ellos mucha semejanza, asi en la voz como en la talla. Oyéronse despues otros varios testigos, quienes refirieron algunos hechos relativos á la enconada animosidad que reinára entre Benavides y los dos hermanos acusados.

—Dios eterno! eslamó D. Pedro llevado de la mayor indignacion... Es posible que bajo tan vanos indicios, quiera condenarse á dos nobles caballeros?... O Rey de Castilla!... Despójate de tu injusta prevencion contra nuestra casa, y pesa bien los actos que intentas cometer... Qué razon teniamos para asesinar de un modo tan villano á Benavides? Era enemigo nuestro, lo confieso, pero ni mi corazon ni mi mano le temian, y nunca le hubiera asesinado en las tinieblas de una noche, cuando tan fácilmente pudiera vencerle en leal combate, á la luz del mediodia.

—De nada sirven tus escusas, respondió el Rey; tu delito está mas que probado, y así malamente querrás luchar contra la evidencia de los hechos... Harto indulgente fué mi corazon, al perdonar la rebelion infame de tu y de tus allegados; pero ya no puedo resistir á la justicia, ante la que debe ceder ahora una mal entendida piedad.

—Pero quien ha probado nuestro pretendido crímen? esclamó D. Juan.

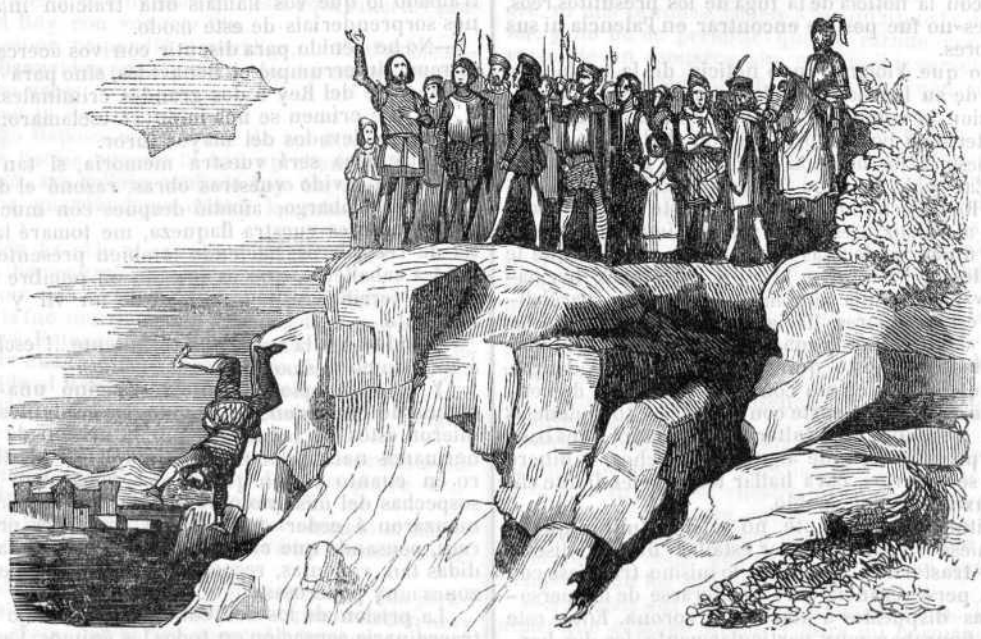
—Calla, asesino! interrumpió el Rey... Qué otras pruebas se necesitan para convencer al mas incrédulo?... A todos consta vuestro odio inveterado hácia mi triste é infeliz amigo; sabemos ya la misteriosa entrevista que uno de vosotros tuvo con la hermana de la víctima; un testigo presencial del hecho, depone confirmando vuestra semejanza, con los homicidas; las palabras fatales pronunciadas despues de la ejecucion, en las que sonó vuestro nombre; vuestra precipitada fuga de Palencia luego de cometido el crímen; la manifiesta oposicion de Benavides hácia vuestros deseos, con respecto á la mano de Doña Violante... Y qué, por ventura no bastan estos vehementes indicios, y otros muchos que aun callo, para establecer la culpabilidad mas solemne é indisputable?...

Por fin, despues de haber mediado serios y acalorados debates, en los cuales los acusados sostuvieron siempre su inocencia, mandó el Rey que fuesen llevados á lo alto de una peña que se eleva junto á la villa de Martos, y que desde ella se les despeñára á lo mas hondo del abismo, en justo castigo de su infame alevosía; cuya sentencia oyeron ambos Carvajales con noble y solemne talante, al paso que helára de horror, á todos los espectadores de esta tremenda escena.

—Rey desalmado é injusto! esclamó el menor de los hermanos. No hay duda que has logrado reunir contra nosotros, un caudal de presunciones y artificios; pero ha de valer mas el dicho de un miserable vagamundo, que la palabra de dos nobles castellanos?... Han de poder mas unos innobles resentimientos, que la justicia é inocencia que nos asiste?.... Rey Fernando! considera bien lo que vas á hacer... cuidado que tu parcialidad no te lleve á una accion temeraria y horrenda, haciéndote reo de un homicidio, mil veces mas atroz que aquel que tanto lamentas!

Pero el Rey no quiso atender á estas razones, ni á la ferviente súplica que hicieron los dos acusados, de ser juzgados por tribunal mas competente; en cuya vista esclamó el mayor de los Carvajales, lleno de altivez é indignacion:

—Bien está, tirano de Castilla, ceba tu saña y furor



en la sangre de las víctimas de tu venganza...! Querías un pretesto para perdernos, y por muy frivolo y vano que sea, aprovechas el que al acaso se te ofrece... Pero protestamos á la faz del mundo contra el asesinato en que te manchas, no ya para vengar la muerte de un privado, sino en castigo de nuestra devocion hácia los infantes de la Cerda. Somos inocentes, repito... Sí, Rey tirano y cruel, otros fueron los asesinos de Benavides, pero ya que tu alma se muestra insensible á la clara justicia de nuestra causa, te aplazamos para otro juicio mas severo y recto, citándote ante el Tribunal de Dios, donde has de comparecer dentro del término de treinta dias, á dar razon de la injusticia usada contra dos inocentes caballeros!

Dicho esto encaminóse con mesurado paso hácia el lugar del suplicio, seguido del otro acusado, y acompañados ambos hermanos de dos ó tres eclesiás-

ticos, encargados de prodigarles los últimos auxilios espirituales. En vano se valieron estos de cuantos medios de persuacion les sujerió su celo, para obtener la confesion del crímen; los dos acusados se mantuvieron constantemente en su negativa, y protestando siempre de su inocencia, llegaron hasta el pié de la elevada peña desde la que debia consumarse su castigo. La vista del profundo precipicio al cual debian ser arrojados, causó un momentáneo sentimiento de terror á ambos hermanos; pero pronto hubieron recuperado su enerjía, y con paso firme y sosegado continente treparon hasta la cima del peñasco. Allí renovaron sus protestas, y despues de haberse recojido un instante en relijiosa meditacion, repitieron en voz alta, la citacion solemne que ya antes hicieran al Rey.

Entonces sacó el D. Pedro un banda que llevaba, y entregándola á un oficial que se hallaba á su lado, le dijo con ahogado acento:

—Me parece, caballero, que sois un hombre de honor, así pues me tomo la libertad de dejaros esta prenda, esperando que la entregareis vos á Doña Violante de Benavides, á cuya dama podreis asegurar que muero asesinado, pero que el cielo tomará á su cargo mi inocencia, ya que ha sido tan desconocida y hollada por la justicia de este mundo.

Concluidas estas palabras, enjugó presuroso una lágrima que surcára furtivamente sus mejillas, y acercándose gravemente á su hermano, diéronse los dos un ternisimo abrazo, diciendo luego despues que estaban ya dispuestos. Daban á la sazon las doce del dia, en cuyo instante se presentó el verdugo, y empujando fuertemente uno en pós de otro á los dos infelices hermanos, precipitóles á lo mas hondo de la sima que se abriera al pié de la famosa peña. Difundióse por todas partes un vehemente grito de horror, siendo raros los espectadores que no apartasen la vista de aquella terrible escena. Los dos hermanos cayeron al fondo del abismo, y habiendo luchado breves momentos con las crudas ansias de la muerte, exalaron su postrer suspiro, dejando enternecidos y apiadados á cuantos presenciaron aquel acto. No faltaban gentes que abogasen por la inocencia de las víctimas, bien que otros muchos consideraban sus protestas, como hijas de la soberbia, y del deseo de quitar la fea mancha que empañaba el honor de ambos hidalgos. Pero pronto se hubieron hermanado las mas opuestas creencias, alabando todos la severa justicia del Rey, y culpándose generalmente la tenaz obstinacion de los dos reos.

Habia trascurrido cerca de un mes desde la representacion de esta sangrienta trajedia, cuyo asunto comenzaba ya á olvidarse entre el torbellino de nuevas ocurrencias, cuando un jueves, que se contaba 7 del mes de setiembre del año de 1312, habiéndose el Rey retirado á dormir la siesta despues de haber comido, fué hallado muerto á breve rato. Cumplíase cabalmente aquel dia el plazo de los treinta, dentro del cual fuera citado por ambos hermanos Carvajales, para ante el Tribunal de Dios, en justo desagravio de su causa. Bajo este singular concepto fué inmensa la sensacion que á todos produjo esta catástrofe tan tremenda. Recordáronse los pormenores de la famosa apelacion, y ya nadie dudó de la poderosa intervencion de la Providencia en estos singulares acontecimientos, los cuales valieron desde entonces al Rey Fernando el sobrenombre de *Emplazado* con que le distingue la historia.

T. DE T. Y C.

BEETHOVEN.

Las riberas de la vida son al principio risueñas y ricas en vejetacion, el aire es perfumado, los pájaros cantan á la orilla y el sol que se eleva por detrás de los sauces, promete un hermoso dia. En tanto que el barco se desliza y que creyendo en el porvenir os quejais de su lentitud, vuestra alma y vuestro cuerpo gozan de una delicia que os hace hallar un placer en vivir. Pero los que os preceden en el mismo rio, interrumpiendo con sus voces desapacibles la armonía del agua que valancea los juncos y de las hojas movidas por el viento, os gritan desde allá abajo: «no os entregueis á ese placer que embarga los sentidos, es una ilusion, una fantasmagoría, todo ello vá á desvanecerse.» Porque aquellos no encuentran ya por sus orillas mas que una yerba abrasada y amarillenta, viejos abetos casi secos, una agua que apenas corre y pantanos que esparcen fétidas exalaciones. Volverian de buen grado á subir contra la corriente, pero no hay fuerza humana que pueda conseguirlo, piensan que aquellas hermosas orillas se han huido ó transformado, mas no, fueron ellos los que pasaron, las orillas quedan para los que vienen detrás que tambien pasan á su vez. La vida está dividida en tres tomas, esperanzas, goces y pesares, y la corriente os lleva irresistiblemente al través de estas zonas, por muy vigoroso que seais habeis de pasar por donde pasan los otros. Deseais detener la vista sobre una planta, respirar el perfume de una flor, no, que la corriente os arrastra, seguid, seguid; deseais oir hasta el final los trinos comenzados por un pájaro, no, que el barco no para jamás, bogad sin volver atrás la vista. El placer queda fijo en su zona, vos sois quien huye, la hermosura de la planta, el aroma de la flor, el canto de aquel pájaro, quedan detrás para otros hombres que los disfrutarán por un instante y que como vos pasarán luego dejándoios con pesar.

Sugiérennos estas reflexiones las circunstancias que concurrieron en la muerte de Beethoven, no tuvo mas que un momento de felicidad en su vida y esta felicidad le mató. Siempre pobre, relegado en la sociedad por el desprecio de los otros, dotado de un carácter naturalmente adusto, y exasperado además por la injusticia, componia en su retiro la música mas sublime que el hombre inventó jamás. Hablaba en esta lengua divina á los hombres, que no se dignaban escucharle, como la naturaleza les habla por la celestial armonía del viento, del agua, del canto de los pájaros. Beethoven es el verdadero profeta de Dios porque solo él á hablado en su lengua. Y sin embargo su talento era tan desconocido que él ha debido dudar de su genio alguna vez y esta es la tortura mas atroz para un artista. Hayden mismo no encontraba para él otro elogio que decir, que era hábil para tocar el clave, lo cual vale tanto como decir de Rivera que muele bien los colores ó de Zorrilla que no comete faltas de ortografía ó que hace muy buena letra.

Tenia un amigo; Hummel, pero la pobreza y la injusticia irritaban á Beethoven y le hacian á él mismo injusto alguna vez; estaba reñido con Hummel y no se veian hacia mucho tiempo; para colmo de su desgracia habia llegado á quedar completamente sordo.

Beethoven se habia retirado á Baden, en donde vivia triste y aislado con una corta pension que apenas le bastaba á cubrir sus primeras necesidades. Su único placer era internarse en un hermoso bosque inmediato á la ciudad; y allí, solo, entregado á su genio, componer magníficas sinfonías, dejar que su alma se elevase al cielo en armonioso ascenso, hablar á los ángeles una lengua demasiado su-

blime para los hombres, los cuales no la comprendian. Pero cuando menos lo pensaba, una carta le llamó á su pesar á la tierra donde le aguardaban nuevas penas. Un sobrino que tenia á su cargo le escribió, que complicado en Viena en un negocio desagradable, solo la presencia de su tio podria sacarle de él. Beethoven partió, y para economizar dinero hizo una parte del camino á pie. Una noche se detuvo delante de una vieja casucha y pidió hospitalidad; faltaban todavia muchas leguas para llegar á Viena, y sus fuerzas no le permitian continuar el camino de noche. Se le recibió y admitió á la cena; despues se puso á la lumbre sentado en el sillon del gefe de la familia. Luego que se levantó el mantel, abrió este un viejo clave, y sus tres hijos tomaron cada uno su instrumento que estaban colgados en la pared; la madre y la hija se ocupaban en labores de costura. El padre dió el compás y todos cuatro empezaron á tocar con ese entusiasmo, ese genio innato para la música, que solo los alemanes poseen. Parecia que lo que tocaban les interesaba vivamente, porque se abandonaban á la armonía con toda su alma, las dos mugeres dejaron su obra para escuchar, y en sus semblantes candorosos se advertia una dulce emocion y se comprendia que su corazon estaba comprimido.

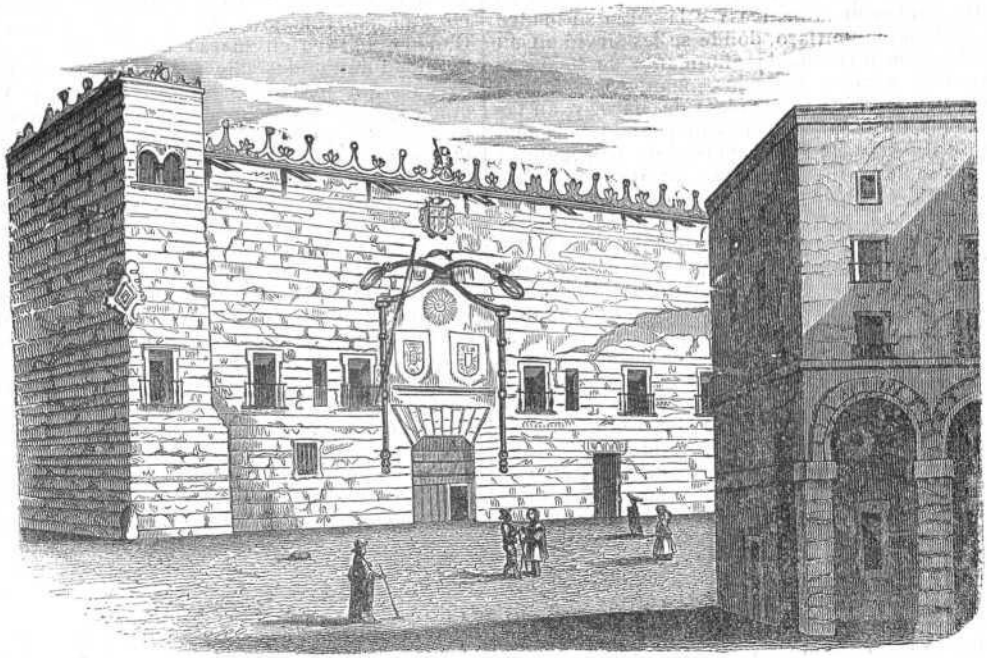
Esta era toda la parte que Beethoven podia tomar en lo que pasaba; porque no le era dado oir una sola nota, únicamente la precision de los movimientos de los ejecutantes y la animacion de su fisonomía, que indicaba lo mucho que sentian, le daba á conocer la superioridad de aquellos hombres sobre los músicos italianos, que no son mas que máquinas filarmónicas bien organizadas. Luego que concluyeron se apretaron la mano con efusion como para comunicarse la impresion de la felicidad que habian esperimentado, y la jóven se arrojó llorando en los brazos de su madre. Despues pareció que se consultaban todos, y volvieron á cojer sus instrumentos y empezaron de nuevo; esta vez su exaltacion llegó al último estremo, sus ojos brillaban arrasados en lágrimas. Amigos mios, dijo Beethoven, soy muy desgraciado en no poder tomar parte en el placer que estais gozando, pues tambien amo la música; mas ya lo habeis visto, soy tan sordo que no oigo ni un solo sonido. Permitidme leer esa música que os hace sentir tan dulce y viva emocion. Tomó el cuaderno, y sus ojos se oscurecieron, su respiracion se detuvo; luego se puso á llorar y dejó caer el papel; porque lo que tocaban aquellos campesinos, lo que tanto les entusiasmaba, era el *allegretto* de la sinfonía de Beethoven. Toda la familia se reunió en torno suyo, manifestándole por señas su admiracion y curiosidad. Por algunos instantes, los sollozos entrecortados le impidieron todavia hablar; despues les dijo: yo soy Beethoven.

Entonces ellos se descubrieron y se inclinaron con respetuoso silencio, y Beethoven les tendia las manos, y los rústicos se las estrechaban y besaban, comprendiendo que el hombre que tenian entre ellos era mas que un rey. Luego le miraban para observar sus facciones y buscar en ellas el sello del genio, y hallar alrededor de su frente una gloriosa aureola. Beethoven les abrió los brazos y todos se estrecharon, el padre, la madre, la jóven y los tres hermanos. En seguida se levantó de pronto, se sentó delante del clave, hizo señal á los tres jóvenes para que tomasen de nuevo sus instrumentos, y tocó él mismo su obra maestra: en aquel momento habia desaparecido de entre ellos la humanidad y eran unas almas que se arrobaban en celestial armonía: jamás se oyó música mas hermosa ni mejor ejecutada. Despues que concluyeron, Beethoven quedó delante del clave, é improvisó cantos de felicidad y de accion de gracias al cielo, como no los habia compuesto en toda su vida. Una parte de la noche se pasó en oirle. Estos eran sus últimos acentos. El gefe de la familia le obligó á aceptar su lecho; pero á media noche Beethoven se sintió con fiebre, se levantó, tenia una imperiosa necesidad de respirar aire libre y salió al campo con los pies desnudos. La naturaleza entonces producia tambien una majestuosa armonía; el viento sacudia las ramas de los árboles, ó se colaba silvando por entre los paseos y volvia impetuoso arrasándolo todo al pasar. Beethoven se estuvo fuera largo rato. Cuando volvió á la casa venia yerto. Fueron á Viena á buscar un médico; se le habia declarado una hidropesía de pecho. A pesar de todos los cuidados que se le prodigaron, declaró el médico á los dos dias que Beethoven iba á morir. En efecto, parecia que su vida se estinguia por instantes. Cuando estaba con el estertor entró un hombre en su cuarto, era Hummel, Hummel, su antiguo, su único amigo; que habia sabido la enfermedad de Beethoven y le venia á socorrer con sus cuidados y dinero; pero no era tiempo, Beethoven no hablaba ya, una mirada de reconocimiento fué todo lo que pudo decir á Hummel. Este se inclinó hácia él, y con la trompeta acústica, por medio de la cual podia Beethoven oir algunas palabras pronunciadas en alta voz, le manifestó el dolor que tenia de verle en aquella situacion. Beethoven pareció que se reanimaba, sus ojos brillaron, y dijo: ¿no es verdad, Hummel, que yo tenia talento?

Estas fueron sus últimas palabras: sus ojos quedaron fijos, su boca se entreabrió y dejó de ser. Dos dias despues se le enterró en el cementerio de Dubling donde descansa.

Siguen los teatros presentando un estado deplorable; el Príncipe ha ofrecido una comedia nueva del Sr. Rubí, segunda parte del *El arte de hacer fortuna*, que ha estado muy lejos de obtener el éxito que la primera; la Cruz ha puesto en escena *El Diluvio Universal*, disparate de tal calibre que no sabemos como el público no le ha dado su merecido, pues mostrándose tolerante con una obra semejante, se ha hecho acreedor á la poca consideracion con que le tratan las empresas de teatros, ofreciéndole producciones de este género. Que el de la Cruz la haya presentado no nos sorprende, porque es proverbial su simpatía por tales enjendros, pero que el Sr. Zorrilla fuera tan condescendiente que se prestara á que apareciera su nombre en los anuncios de tal funcion y que las decoraciones, la maquinaria y todos los accesorios de la escena, no hayan llevado la mas espantosa silva que darse pueda, cosas son que no comprendemos. El Museo ha dado en tierra con una empresa y una compañía mas; decididamente este teatro debe ser derribado hasta los cimientos. Variedades ha vuelto á revivir; pero de qué modo! no queremos juzgar de lijero, solo sí diremos que si todas las producciones son asesinadas tan despiadadamente como una que tuvimos la paciencia de escuchar, desde luego puede disponerse para seguir la suerte del Museo. El Circo de Paul no ha ofrecido ninguna novedad. En el Instituto ha sido bien recibida la comedia *Frailes y Mosqueteros*, de la cual nos ocuparemos en otro número.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



Vista de la casa del Cordon.

BURGOS.

Genealogía de los Velascos.—Capilla del Condestable.—La casa del Cordon.

Cuantas personas hayan visitado con alguna detencion la capital de Castilla la Vieja, recordarán el mérito del sepulcro que representa el grabado que acompaña á este artículo y la suntuosidad del edificio cuya copia vá á la cabeza, agradeciéndonos sin duda las noticias que vamos á transcribir sobre los ilustres fundadores de la casa titulada del *Cordon*, y de la célebre capilla del *Condestable*.

Y no se crea que al elejir una materia tan comun ya entre nosotros, pretendamos repetir añejas descripciones que, sobre hallarse destituidas de novedad, escitarian con justísima razon el público menosprecio: nuestro designio se limita únicamente á completarlas con pormenores históricos á costa de tiempo y mil afanes adquiridos, reduciendo á proporciones sinópticas el vasto cuadro de la sucesion, grandeza y poder de esos *Velascos*, famosos en los anales de la guerra; mas aun en los de la cristiana religion de su pais por los monumentos que en su honra levantaron.

Armados los primeros ascendientes de esta preclara estirpe en la iglesia de S. Lorenzo de Burgos por mano de Fernan Gonzalez, obtuvo su cuarto ó quinto sucesor D. Sancho el adelantamiento mayor de Castilla, inmortalizando sus timbres en el monasterio de Santa Clara de Medina de Pomar que edificó para sepulcro propio bajo el reinado de D. Alonso el XI. Su hijo D. Pedro aparece luego como magnate de valia en la córte del rey *Cruel*, y hasta se conoce perdió mucho prestigio entre aquellos cortesanos que mas hipócritas ó incautos no quisieron huir en su compañia al reino de Aragon, prefiriendo arrostrar una vida incierta en medio de las sangrientas arbitrariedades del terrible monarca que mendigar salvacion en tierra estraña. Hé aquí la razon por qué el apellido de Velasco no vuelve á figurar hasta el advenimiento de Enrique el Doliente y Juan II al trono de Don Pedro, cerca del cual desempeña D. Juan de Velasco las honoríficas funciones de camarero mayor, acrecentando los blasones de su casa.

Desde aquella época tomó un vuelo prodijioso la fortuna de estos señores, impulsada por el heredero D. Pedro, luego que su padre falleció. Rico-home esforzado y capitan leal á su rey logra rodear sus sienes con las perlas del condado de Haro en mayo de 1430, siendo señor al mismo tiempo de Bribiesca, Medina de Pomar, Salas de los siete infantes de Lara, Cuenca de Campos, Santo Domingo de Silos, Soba, Ruesga, la Puebla de Arganzon, S. Sodornin, Belorado y Arnedo.

La proverbial galantería del nuevo conde cuando se trataba de festejar á sus príncipes dió mucho que decir á los cronistas de aquel tiempo.—Citaremos un rasgo que al caso se nos ofrece digno de narracion particular y del conocimiento de nuestros lectores.

Estando D. Juan el II en Valladolid acordó llamar á la Princesa Doña Blanca, hija del rey D. Juan de Navarra, para casarla con el príncipe D. Enrique. Comisionaron á D. Pedro el Conde de Haro, á Iñigo Lopez de Mendoza, señor de Hita y Buitrago, y á D. Alonso de Cartajena, obispo de Burgos, quienes recibieron en Logroño á la princesa, dirigiéndose por Belorado á Bribiesca, donde D. Pedro de Velasco la agasajó con suntuosísimas funciones. Cuando faltaban solamente dos leguas para llegar á la poblacion la comitiva, el conde aprestó cien guerreros sobre alazanes encubertados y adornados con almetes de vistosos penachos, cincuenta á un lado con las cubiertas blancas y cincuenta al otro que las llevaban encarnadas. Apenas dieron vista á la princesa, echaron mano á las espadas y lanzas, comenzándose á batir en simulacro de torneo; mas habiendo escaramuzado

un rato, el Conde los llamó al órden y continuaron todos juntos su camino.

Al entrar en Bribiesca salieron colonias enteras con estandartes y pendones, en pós de las cuales iban los judíos con la Tora y los musulmanes con su Corán. Descendieron la princesa y la reina su madre en casa del conde de Haro, donde se les sirvió en un espléndido salon una comida abundante de todo género de aves, carnes, pescados, manjares y frutas, comiendo con la reina la condesa de Haro, y en las demas mesas todas las doncellas alternando cada cual con un Gentil-hombre ó caballero. Este banquete se repitió por espacio de cuatro dias, durante los cuales mandó el conde pregonar no se vendiese cosa alguna á ninguno que concurriese á la villa, fuera castellano ó estranjero; sino que acudieran todos á su palacio por cuanto necesitaran para comer regaladamente. En una sala baja se construyó de órden del conde una fuente de plata que en el transcurso de cuatro dias manó vino esquisito para el pueblo.

El dia último llevó el conde por la tarde á las reales personas á un ejido que tenia detrás de su palacio, con ánimo de terminar pomposamente sus inauditos obsequios.—Sobre un trono cubierto de un dosel de damasco carmesí, al cual conducian veinte gradas de césped, hizo sentar á las princesas, y en cojines inferiores tambien de césped y tapicería á toda la grandeza. Desde estos asientos se gozaba perfectamente del espectáculo inventado por la magnificencia de D. Pedro. A un estremo de la pradera habia hecho cercar una buena parte, y allí justaban veinte caballeros armados de punta en blanco: al otro un estanque manso y cristalino dejaba ver las corpulentas truchas, é infinidad de diversos peces que retozaban en su seno: en frente un bosque artificial y acotado servia de redil á javalíes, osos y venados, perseguidos por cincuenta monteros que despues de presentar sus piezas á la señora de la fiesta, se las sirvieron en cena dentro del mismo parque, juntamente con la pesca. Aquella noche dió el conde á cada músico de los que habian tocado en las danzas dos talegones de moneda: á la princesa un rico joyel, y á sus damas anillos cuajados de diamantes, rubíes, valajes y esmeraldas: regaló asímismo á los caballeros arrogantes mulas, brocados y sedas diferentes, por manera, que no se puede reducir á guarismo el caudal que D. Pedro de Velasco gastó en el recibimiento de la Princesa, la cual prosiguió su viaje para Burgos contenta y agradecida. (1).

Avanzaba ya el siglo XV presentando por do quiera elementos con que exaltar á los héroes, apoyo y nuevo aliento á las ciencias, impulso á las artes y conquistas á la religion cristiana. Los príncipes, prelados y magnates que con la cruz roja en el pecho penetráran hasta las murallas de Jerusalen, no hicieron mas que aprender en el Asia la cultura y civilizacion de que carecian sus compatriotas. No se cuidaron de estudiar los palacios de los fastuosos Emires, ni la vasta arquitectura dedicada á las adoraciones de Alhá: y así fué que hasta la toma de Constantinopla por los turcos, Roma no podia ofrecer adelantos artísticos á la avidez general y se contentaba con mostrarse antigua y religiosa. Mas no bien llegan á sus inmediaciones los ilustres proscriptos lanzados de las orillas del Mármara, les convida con su recinto hospitalario y no tardaron en verse por el occidente de Europa monumentos y liceos semejantes á los de Bizancio y Atenas.

Los templos que desde la conquista de Sevilla se habian erijido en nuestro suelo, reflejaban bien á las claras la inaccion de la señora del mundo, el atraso de las artes en España, y la contínua ajitacion que dominaba á sus reyes.

Burgos, ciudad esencialmente religiosa, tenia á medio concluir una basílica á la falda de su alcázar, teatro de caballerescos episodios, y de acontecimientos memorables. Propónense remediar aquel defecto los obispos D. Alonso de Cartajena y D. Luis Osorio de Acuña su sucesor, y acudiendo á la inteligencia y valentía de los arquitectos jermánicos, coronan á la mitad y fines de aquel siglo con jigantescos capuchones de red aquel sagrado monumento.

Finalizaba el reinado de Enrique IV, cuando el segundo conde de Haro D. Pedro Fernandez de Velasco, que habia demostrado su valor en la batalla de Olmedo, obtuvo en marzo de 1473 la preeminente dignidad de Condestable y Justicia mayor de Castilla, despues que hubo sido capitan general y Virey por cinco veces. Su matrimonio con Doña Mencía remontó notablemente su nobleza, pues era hija del inmortal poeta y filósofo D. Iñigo Lopez de Mendoza, á quien D. Juan el II hizo conde del Real de Manzanares y primer marqués de Santillana, y de su muger Doña Catalina Suarez de Figueroa, que contaba entre sus projenitores á D. Lorenzo, gran Maestre de Santiago en tiempo de D. Enrique III. De los tres hermanos que tuvo la condesa de Haro, D. Diego, el heredero de los estados de su padre, consiguió ser duque del Infantado mediante los servicios que prestó á los Reyes Católicos, quienes al conferirle el título le dirigieron estas palabras: *habemos conoscimiento que vos sois el principal grande caballero de nuestros reinos, que conservan nuestro Estado, é sostienen nuestra corona.* El hijo segundo del marqués de Santillana, llamado como este Don Iñigo, fué conde de Tendilla y embajador de Enrique IV en Roma; y por último D. Lorenzo, que era su hermano menor, alcanzó del mismo rey el condado de Coruña.

Las inmensas riquezas que se dejan suponer entre consortes tan opulentos cada uno de por sí, inspiraron á la virtuosa Doña Mencía el noble deseo de cooperar como los obispos Cartajena y Acuña á la hermosura de la catedral de Burgos, con alguna obra suntuosa. Efectivamente, mientras que su esposo se hallaba lidiando en el asedio de Granada en el año de 1482, comenzó á ampliar, con anuencia del Deau y cabildo, la pequeña capilla de *S. Pedro* situada trás del altar mayor á la cabeza de la iglesia. Empero, si bien es cierto que la localidad fué sábiamente aprovechada segun la disposicion del terreno permitia, en los cuatro años que durante los trabajos de fábrica, no hicieron otra cosa que disponer, digámoslo así, aquel museo, donde bien pronto se habian de admirar tan inestimables bellezas.

No satisfecha la referida señora con haber preparado á su familia tan soberbio enterramiento, quiso legarla además el palacio y la quinta deliciosa que hoy conocemos con los nombres de casas *del Cordon* y *de la Vega*. La primera merece el preferente lugar entre los edificios que de su siglo subsisten en Burgos. Su fachada corre de oriente á poniente, sirviéndola de contrafuertes angulares dos torres cuadradas, cuyos remates apenas conservan tal ó cual fragmento sin carácter ni combinacion. En el centro descuella la imágen de S. Andrés Apóstol, á cuyos lados corren bellísimas cresterías, y gárgolas muy grotescas. Por cima de la puerta principal se ven los escudos de Castilla y Leon, dominando á los de Velasco, Mendozas y Figueroas. A lo largo de las dobelas se registra la siguiente inscripcion gótica:

Esta casa mandaron facer D. Pedro Hernandez de Velasco y su muger Doña Mencía de Mendoza condes de Haro.

Dos cordones franciscanos enlazados al medio circunscriben esta magnífica portada, cuyo ingreso conduce á un patio rodeado de dos galerías muy espaciosas, escepto en el ala del norte que tiene tres. Así los antepechos de la segunda galería como los escudos, arcos y columnas que arrebatan la admiracion del observador, denotan el arte gótico ornamentado con las formas del *renacimiento* al tiempo de su invasion en la península. Muchos y capaces salones permiten juzgar, aun al través de su aspecto decadente, el boato y tren de sus señores primitivos, pues osténtanse como avergonzados de la luz diversos nichos para estátuas de decoro, y cornisones elegantes de madera poco comun. No hemos atravesado muchas veces los tránsitos oscuros de esta inspiradora mansion, sin que la repentina muerte de Felipe el *Hermoso* allí acaecida, no haya venido á exaltar nuestras ideas, á la manera que paseando por los frondosos

(1) Perez de Guzman—Cron. de D. Juan II.

desfiladeros de la *Vega* es inevitable el recuerdo de Doña Juana *la loca*, establecida en aquella quinta á instancias de la condesa de Haro, para distraerla de su melancólica viudez.

Seis años habian transcurrido desde que en el altar erigido á espensas de Doña Mencía se celebró por primera vez el sacrificio de la misa. En la torre mas orgullosa de la Alhambra campeaba la cruz de Cristo, y los gefes del ejército vencedor regresaban á sus casas solariegas cargados de riquezas y laureles. Pero estaba escrito que en el año mismo de aquel triunfo, uno de sus principales campeones, el conde de Haro, habia de bajar al lecho mortuorio prevenido de antemano por su esposa en la capilla de que nos ocupamos. Devoto especial de S. Francisco de Asis (con cuyos cordones se vé señalado el frontispicio principal de su casa como queda dicho) prefirió el tosco sayal al bruñido acero que debiera haber cubierto su cadáver, á cuyo lado descendió el de su muger Doña Mencía en el último año de aquel siglo.

Estimulado D. Bernardino Fernandez de Velasco por las virtudes eminentes de sus padres, fué el primero que destinó una crecida suma para contribuir á la ostentacion de la capilla que aquellos le habian transmitido. Lejos de atenuarse en él la grandeza de sus mayores, tomó incremento mediante la corona



Estátuas yacentes de los Condes de Velasco.

ducal que el rey católico le ciñó, apreciando el ardor con que sostuvo su empresa en la vega de Granada. Habiendo perdido la noble señora con quien desde su tierna juventud se hallaba enlazado, contrajo segundo vínculo con Doña Juana de Aragon, hija del esposo de Isabel la Católica, y de Doña Aldonza Iborre y Alaman, natural de Cataluña.

Breves fueron los dias que el cielo permitió al esforzado duque vivir en la indescriptible opulencia de su casa. Sin embargo, la reja con que mandó cerrar la entrada de su capilla en el año de 1523 atestigua su espíritu emprendedor y liberal, á la vez que justifican su denuedo las historias coetáneas, en que se le considera como virey y capitan general del reino de Castilla.

Por una ley en aquel tiempo sancionada, Doña Juliana Angela de Velasco y Aragon, hija única de Don Bernardino, tomó título de duquesa de Frias, entrando empero en posesion de todos los demas estados su tio D. Iñigo de Velasco, que estaba casado con Doña María de Tovar por los años de 1521. El adorno que hoy vemos profusamente repartido en la capilla que vamos examinando, se trabajó en su mayor parte á costa del sucesor de D. Bernardino. Los veros azules y blancos alternando con jaqueles de oro; la cruz de Jerusalen y las armas de Mendozas y Figueroas tomaron proporciones abultadas en la piedra, y mas reducido tamaño entre los sutilísimos flecos de que se guarnecieron las ardisvoltas de los arcos.

Muere D. Iñigo, encargando á su heredero D. Pedro (casado á la sazon con su prima la duquesa doña Juliana) procure dar término á las obras comenzadas en su capilla, y continue favoreciéndola con copiosas donaciones; y tanto interés manifestó en ello, que no solamente realizó la voluntad de su padre, sino que llevando mas adelante su entusiasmo, hizo venir artistas amaestrados en las escuelas de Rafael y Miguel-Angel, que acabaron de enriquecer aquel hermoso recinto con los altares de la Purificacion y San Pedro, y con los admirables bultos de los primeros fundadores desvastados en mármol de Carrara.

Aunque el retrato de este insigne patrono, colocado cerca del altar mayor no le diese prontamente á conocer como insigne dotador de la capilla, le revelarian sin mucha tardanza á los curiosos la medalla de mármol que tiene esculpida una *madona*, y la inimitable figura en que quiso Leonardo de Vinci perpetuar la de su jóven amiga Lisa del Grioconde (1) bajo el tipo de Santa María Magdalena, regaladas ambas con una breve cláusula de donacion, escrita para memoria del otorgante.

RAFAEL MONJE.

(Concluirá.)

LA VISITA NOCTURNA.

En la aldea de Azpeitia de Guipúzcoa, vivia un hombre feliz, querido de todo el pueblo, el señor Gurrecoa, antiguo carpintero que habia hecho gran fortuna en Chile: amante de la buena comida, del buen vino, y de chimenea caliente en el invierno, hubiese sido perfecta su dicha sino le hubiera dotado el cielo con una muger descontentadiza y gruñona, para enseñarle que una felicidad completa es imposible en el mundo.

(1) Ved aquí por qué motivo, á lo que pensamos, no se halla espuesta esa codiciada pintura á la veneracion de los fieles.

En las largas horas de una noche oscura y fria del mes de noviembre, estaba sentado Andrés Gurrecoa en sillon ancho forrado de cuero: la leña chisporroteante brillaba en la chimenea, cuyo ángulo derecho ocupaba él con los pies: su gato negro rascaba en sus pantorrillas sus orejas: un vaso enorme, hacia poco lleno de chacolí, pero que ya no contenia mas que una cucharilla de azúcar, estaba á su lado en un velador. La muger de este ciudadano habia ido á visitar á su comadre de enfrente, y él sin duda para llenar el vacío que su ausencia le dejaba, se habia hecho servir una cena copiosa que se preparaba á dijerir en santa y envidiable paz.

Un golpe violento dado en la puerta, le hizo salir del letargo en que estaba ya sumergido. Su primer pensamiento fué que su muger volvia inesperadamente y de propósito para interrumpir el estado de beatitud, que lejos de ella gozaba; pero la tranquilidad de su gato, cuyo instinto le advertia siempre de tan temible aproximacion, le convenció de su error: preguntábase á sí mismo quien podria incomodar á aquella hora á un habitante respetable de Azpeitia, cuando redoblaron los golpes,

—¿Quién está ahí? gritó acercándose á la puerta con mal seguros pasos.

—Abra V. pronto, gritó una voz desde afuera.

—Abra V. pronto, está bien dicho: pero tambien es preciso que sepa yo quien quiere entrar á estas horas en mi casa: podria V. ser un ladron. Mi vecino Bentelengoa.....

—Maldito sea Bentelengoa!... Déjeme V. entrar, caramba...

—Que le deje á V. entrar, eh? y para qué le he de dejar entrar á V. señor mio? me parece que á donde está V. no se halla mal.

—¿Quiere V. abrirme, sí ó no? respondió el estrangero levantando la voz con aire de autoridad.

—No.

—¿Es contestacion definitiva?

—Sí.

—Vamos á verlo.

Al hablar de esta manera, se puso el estrangero á llamar con tanta aspereza y con tales golpes con su baston, que Andrés Gurrecoa, temiendo las consecuencias de este escándalo, creyó preferible entrar en composicion. Empezó á mirar por el ojo de la llave á ver si distinguia la facha de aquel hombre: pero la oscuridad de la noche le impedia ver nada. Entreabrió entonces la puerta y dejó entrar á su obstinada visita, que se dirigió al punto hácia la sala, se sentó sin etiqueta en el sillon de Gurrecoa, y le dijo con tono de confianza.

—¿Qué tal vá, maestro Andrés? Mala noche hace, ¿no es verdad?

—¡Andrés! ¿y quién le ha dicho á V. mi nombre? respondió el ciudadano levantando muy picado la vista.

—Difícil seria estar cuatro dias en Azpeitia sin oir hablar del rico Gurrecoa, dijo el estrangero inclinando cortesmente la cabeza.

—Verdad es, dijo el otro con mejor tono y mas dulzura. Pero digame V. amigo mio, lo que le trae á mi casa, y antes de hablar, si dejase V. ese sillon para tomar esta silla...

Y al mismo tiempo le empujaba una silla vieja con remates de caoba.

No, no, gracias! dijo el estrangero, estoy aqui perfectamente.

—¡Por la Vírgen y todos los santos! devuélvame V. mi sillon, dijo Andrés, pegando una patada en el suelo.

—No haré tal á fé mia, respondió tranquilamente el estrangero.

—Es V. un hombre original, dijo Gurrecoa, tomando la silla vacante y riendo á pesar suyo de la imperturbable calma de su interlocutor.

Este nuevo personage tenia ojos verdosos y penetrantes y una boca inmensa; su pecho ancho y levantado denotaba una fuerza corporal poco comun: sus piernas parecian un paréntesis: sus grandes orejas muy coloradas salian paralelas por ambos lados, como las ruedas de un barco de vapor. Nada de particular tenia su vestido, llevaba pantalones negros, un sombrero de ala ancha y botas rotas. Cuando Andrés Gurrecoa hubo examinado de pies á cabeza al desconocido, le preguntó de nuevo qué le traia á su casa.

—Poca cosa, respondió este: vengo á que me dé V. de cenar.

—En este caso vá V. á llevarse chasco, amigo mio.

—No lo creo.

—¿No lo creé V.? lléveme el diablo si encuentra V. en mi casa esta noche un bocado con que entretener los dientes; mis criados han salido y está vacío mi aparador.

—¡Bah! bah! maestro Andrés, le pido á V. de cenar y le digo que cenaré.

—Pero si le repito que nada tengo que darle....

—Vamos, Gurrecoa! ¿qué me cuenta V.?

—¿Y quién le ha dicho á V. que es mentira?

¡Oh! replicó el estrangero, inclinándose como la primera vez, nadie vive tres dias en Azpeitia sin oir hablar de Andrés Gurrecoa y de lo bien que se trata.

—Ya me lo ha dicho V. amigo mio: pero, créame, yo no soy hombre á quien se seduce con lisonjas.

El bueno del ex-carpintero mentia al hablar asi: las lisonjas no dejaban de tener efecto sobre él, y su vaninad no pudo resistir largo tiempo á los finos cumplimientos del desconocido que tuvo pronto delante de sí uno copiosa cena. Andrés que le contemplaba abrio unos ojos enormes, pues nunca habia encontrado gloton de aquel calibre: era un tiburon, un avestruz, un poeta hambriento. Cuando todo lo que trajo Andrés hubo desaparecido, el desconocido llenó su vaso por vijésima vez cuando menos y le vació á la salud de nuestro ciudadano, reclinándose despues en su sillon con el aire satisfecho de un hombre que acaba de cumplir un deber sagrado.

—¿Qué tiene V. Andrés? dijo á su huésped ¿á qué ese semblante atónito?

—¿Tengo el semblante atónito? respondió Nicolás. Pero no importa, dígame V. qué vá á hacer de ese hueso de jamon que tiene en la mano?

—¿Qué voy á hacer? bueno está: tragármelo!....

—Tragarlo! por el amor de Dios, ¿qué clase de estómago es el de V.?

—Ah! ah! ¿qué vale este huesecillo de jamon? Hubo un tiempo, Andrés, en que andaba V. por Azpeitia sin dinero y sin hogar: no hubiese V. despreciado entonces un hueso como este.

Pocos grandes hombres gustan de que se les recuerde su pasado abatimiento, y Andrés Gurrecoa era mas que otro alguno, sensible en este punto. Lanzó al desconocido una mirada furiosa y le dijo. «Debiera V. recordar que soy un ciudadano de Azpeitia y que no puedo tolerar atrevimiento semejante. Si no puede V. contener su lengua, haria mejor en abandonar mi casa.

Ah! ah! esclamó el estrangero riéndose á carcajadas: ya se ha montado V. en cólera! cálmese V., cálmese V. si le importa mi estimacion.

—Su estimacion de V.! Es V. en verdad el ente mas desvergonzado que he visto, dijo el ex-carpintero mas irritado cada vez con la original conducta de su huésped.

—Fuera insolencias, Andrés, ó le corto á V. las narices.

Y antes que Andrés hubiese tenido tiempo de responder á este nuevo insulto, tragóse el desconocido el hueso de jamon. El pobre Gurrecoa, petrificado, no pudo decir mas que esto. «A fé mia nunca ví.... es posible? Ah, santo Dios! qué bocado!» y permaneció inmóvil considerando al hombre inesplicable que enfrente tenia.

Como nada habia ya comestible en la mesa, figuróse con bastante probabilidad que el estrangero se decidiera al fin á partir: iba á echarle una indirecta sobre ello, cuando aquel tomó la palabra.

—El hueso de jamon ha aliviado algo mi necesidad, maestro Andrés, dijo con un tono muy sério, pero ¿dónde está la cena?

—Si acaba V. de devorarla como un buitre!

—¡Qué! á eso llama V. una cena, Andrés: vamos, V. se burla. Cierto estoy de que tiene V. aun reservadas una porcion de cosas escelentes.

—Palabra de honor, mi aparador está ya vacio: no tengo nada, absolutamente nada: que me lleven los diablos si lo que le digo á V. no es verdad,

—En ese caso vaya V. pronto á buscarme algo: no faltan tiendas de comestibles en Azpeitia, y tengo una hambre devoradora. Ea, tome V. su sombrero y marche sin tardanza.

—Pero si ya á estas horas están cerradas todas las tiendas, dijo el pobre Andrés, nada querrán darme ni por caridad ni por dinero: y luego oiga V. como cae la lluvia azotando los cristales.

—Verdad es, el tiempo no está muy sereno; pero qué importa? no puede V. querer que me muera de debilidad. Vamos, salga V. maestro Andrés: lo que me sorprende es que vacile V. un instante....

¡Ahorcado sea yo, si me meneo! dijo Gurrecoa cansado de tanta porfía.

El desconocido respondió con una carcajada que tenia visos de satánica á la protesta de Andrés.

—Escúcheme V. le dijo; el reloj vá á dar las once: si le encuentro á V. aqui cuando suene la primer campanada, le degüello. Y al hablar de esta manera, cogió un cuchillo que estaba en la mesa y se puso á afilarlo en la suela de sus botas.

—Pero ¿por qué no vá V. mismo? murmuró el pobre viejo.

—Quiere V. chancearse, Andrés, al hacer proposicion semejante á flor tan delicada como yo. Luego añadió con voz de trueno. «Vamos, marchad, pronto, fuera, vá á dar la hora».... Levantóse al mismo tiempo y se puso á blandir el cuchillo con terrible ademan.

—Deténgase V., deténgase V.... estoy perdido, gritó Andrés Gurrecoa, que agarró como pudo su sombrera y se lanzó fuera de la casa.

—Hacia como he dicho antes un temporal horroroso; la lluvia caia á mares, el aire estaba helado, y á los dos pasos no se veia gota. El pobre Gurrecoa con la cabeza medio desarreglada por la escena que acababa de tener lugar, se puso á correr por la calle sin saber á dónde iba. A alguna distancia de la casa se paró para cobrar aliento, pero oyó ó creyó oir la voz del desconocido que se acercaba, y volvió á correr con todas sus fuerzas; al fin, alcanzó la calle en que vivia su amigo Pedro Bentelengoa, y viendo luz en su alcoba, acercóse á la casa y llamó. Algunos minutos despues abrióse una ventana, una cabeza con gorro de dormir apareció un instante, retiróse en seguida, y la voz de Bentelengoa murmuró temerosamente. «¿Quién es?»

—Soy yo, es Andrés Gurrecoa: no me reconoce V. amigo mio?

—V., Andrés Gurrecoa!... Imposible!... Andrés Gurrecoa es un hombre respetable que no andaria asi llamando á las puertas á media noche.

—Dígole á V. que soy Andrés Gurrecoa.... amigo escúcheme V.

—¿Es V. en efecto Andrés Gurrecoa? replicó Bentelengoa que habia reconocido la voz de su amigo.... Esto si que es raro: ¿qué me quiere V. Andrés?

—Vengo á cenar, respondió el ex-carpintero.

—Cenar á estas horas! ¿no ha cenado V. todavia? Ha entrado un quidam en mi casa que ha tragado cuanto tenia, hasta el hueso de un jamon. Por Dios; ábrame V. Ah! héle aqui, se acerca, le oye V.?

—¿Y quién, quien pues? preguntó impacientado Bentelengoa.

—El cuchillo.... No, el hueso del jamon, quiero decir, el que se ha tragado el hueso del jamon.

—Ah! Andrés, eso no está bueno, replicó Bentelengoa, V. ha bebido, amigo mio, vuelva V. á su casa.... yo le llevaria, pero llueve mucho y tengo un fuerte catarro que me impide salir. Cómo se ha compuesto V. á quien yo creia tan juicioso.... y su muger de V. ¿qué pensará? En fin, el mal está hecho.

Y con esto Bentelengoa cerró la ventana y se metió en la cama.

El pobre Andrés se alejó tristemente; llamó á otra puerta y no fué mas dichoso que la vez primera. Acordóse por último que una vieja soltera amiga de su muger, y llamada Sinforosa Crespo, vivia cerca de allí. Dirigióse hácia la casa y llamó muchas veces. Iba á retirarse, cuando oyó una voz colérica que preguntaba la causa de tanto ruido. Pronunció su nombre y pidió un asilo; pero figurándose la vieja que Satanás habia inspirado deseos culpables al pobre Andrés para seducirla, le espetó un largo sermon para probarle la villania de su conducta.

—Hombre! hombre! señor Andrés, gritaba, y qué dirá su honrada muger de V.... Un hombre de su edad!... Nunca me lo hubiera figurado de V.... Aprovecharse del mal tiempo para tratar de seducir á una doncella indefensa! Qué horror!

—Caigan sobre tí las siete plagas de Egipto, vieja loca! murmuró entre dientes el pobre Gurrecoa que perdió la esperanza de hallar abrigo. La horrorosa perspectiva de pasar la noche espuesto al frio y á la lluvia le inspiró una resolucion desesperada, la de volver á su casa y vender cara su vida si de nuevo estuviese amenazada. Se dirigió pues hácia su puerta, penetró dentro de la sala y vió á su enemigo que dormia profundamente en un sillon. Aprovechándose de esta circunstancia, cogió Andrés las pinzas de la chimenea, é iba á descargar un golpe en la cabeza de su enemigo, cuando este se despertó, dió un grito que hubiera podido oirse á dos leguas de distancia, y evitó el golpe. Andrés dejó caer las pinzas y se puso á correr cuanto podia, perseguido por el diablo, pues él era quien se habia introducido en su casa bajo el esterior de un hombre. Recorrió el pueblo en todos sentidos, huyendo como un loco para librarse de su perseguidor: tan pronto se metia en un monton de lodo, tan pronto tropezaba contra el poste de un reverbero sin que nada pudiese detener su carrera. Al volver la esquina de la plaza fué á dar con la cabeza en el pecho de un infeliz, la única persona que hasta entonces habia visto: era un buen amigo que volvia á su casa con capote y espejuelos en las narices: enviólo á rodar diez pasos en la corriente, y no se paró para levantarlo, pues su enemigo le seguia de cerca gritando: «Bravo, Andrés, bien se corre: ¿quién hubiese creido que un ciudadano de Azpeitia tan poltron como V. habia de ser tan ligero?»

Atravesaron asi la ciudad de un estremo á otro, despues aldeas, y al fin llegaron á la pared de un



cementerio situado á legua y media de Azpeitia. Hacía muchos años que pasaba este lugar por de mal agüero: decíase que los duendes y fantasmas le visitaban, y nadie despues de ponerse el sol se atrevia á

pasar por sus inmediaciones. Al llegar á este sitio maldito que hacian mas lúgubre el triste monótono vaiven de los cipreses y la pálida claridad de la luna que salia lentamente de entre las nubes, el pobre Andrés sintió un temblor convulsivo de pies á cabeza, pues conocia bien el fatal cementerio. Trató muchas veces de alejarse, pero en vano: una fuerza superior le llevaba á aquella pared. Viendo que se negaba á pasar adelante, lanzóse su perseguidor sobre su espalda, montóse encima, abrazó su garganta, y le obligó á hacer un esfuerzo desesperado, por medio del cual se halló de un brinco estraordinario en el caballete de la cerca que rodeaba al cementerio. Una fantasma envuelta en blanco sudario apareció por la parte esterior y aumentó el terror de Andrés que se arrojó al otro lado.

Apenas entró en el cementerio, hallóse libre de su perseguidor que desapareció como por encanto: pero le faltaban otras pruebas que sufrir. Viósede repente cercado de objetos fantásticos y asquerosos, los sepulcros se movian, pasaban espectros á su lado, horrorosos esqueletos le lanzaban espantosas miradas, por todos lados los duendes mezclados con brujas de barba blanca formaban bailes grotescos acercándose cada vez mas. Los dientes del pobre Andrés se entrechocaron convulsivamente, un sudor frio inundó su frente, sus miembros temblaron de espanto. En aquel instante, vió en un rincon solitario á un sepulturero que cavaba una huesa. La vista de un hombre, de un semejante, dió temple á su valor y tuvo fuerzas para acercarse: pero ¡oh dolor! ¡qué fué de su esperanza al reconocer al desconocido! Este arrojó su azada, y dando un paso hácia el desventurado, le gritó con voz de trueno: «bien venido seas, Andrés!» Sonó al punto la campana de la iglesia derruida y millares de voces sobrenaturales repitieron estas palabras: «bien venido seas» y una legion de demonios tan materiales como un corregidor de Guipúzcoa se precipitaron hácia Andrés para arrojarlo en la zanja.

Aunque debilitado con tantas y tan diferentes emociones, Andrés no era hombre de dejarse enterrar vivo, sin decir esta boca es mia: un buen ciudadano al pié de una pared es un animal peligroso, defendióse con energía, pero ¡ay! ¿qué puede un hombre contra millones de espíritus? Poco á poco le fueron abandonando sus fuerzas y un golpe terrible que le pegó el desconocido le hizo caer de cabeza en la zanja. Hundióse, dando vueltas con suma rapidez: millares de relámpagos pasaron ante sus ojos, millares de campanas sonaron en sus oidos, ahullidos de perros, silvidos de serpientes, gritos de buhos, saludos diabólicos, le persiguieron largo tiempo: aturdido, casi loco, gritó con todas sus fuerzas: socorro! socorro! ladrones! fuego! y se despertó.

Hallóse tendido en el suelo, su gato yacia á su lado medio despachurrado y mahullando melancólicamente.

Uff!! que sueño tan espantoso!

FELIX ESPÍNOLA.



M M

FENOMENOS PSICOLOGICOS.

NOVELA.

VII.

Donde esta historia principia á justificar su título.

Habian pasado seis meses.—Seis meses!—Para cuantas grandes cosas es suficiente este espacio de tiempo! El basta para hundir un trono y establecer otro nuevo sobre sus ruinas; él basta para trocar en miseria la prosperidad de un pueblo; él basta para convertir en el pobre corazon humano, obra la mas imperfecta de la mano de Dios, el amor en indiferencia, la indiferencia en desvío, el desvío en odio! Ay! Sí: que por estas rápidas gradaciones pasamos en los sentimientos de un estremo al otro; y algun dia nos sorprendemos tanto de haber amado á una persona, como antes nos habia sorprendido la idea de llegar á aborrecerla. Primero solo veiamos las cualidades; ahora solo vemos los defectos! Lo cual prueba que los ojos son un cristal óptico muy falso, que obedece dócilmente á los impulsos del alma; y que no representan nunca los objetos tales como en sí son, sino como desearíamos que fueran.

El lector es harto perspicaz para no comprender adonde vamos á parar con esta disertacion un tanto cuanto metafísica.—Sí; queriamos decirle que en seis meses habian sufrido notables modificaciones los sentimientos de todos y de cada uno de nuestros personajes.

Ricardo por ejemplo, Ricardo no amaba ya á Julia. Al contrario, sucedíale lo que hemos apuntado arriba; que se maravillaba de haber podido amarla.—Cuando al cabo de dos horas volvió en sí, y se encontró solo, abandonado, estendido sobre la húmeda arena del jardin, su primer pensamiento fué el de darse la muerte. La desesperacion y la vergüenza le inducian juntamente á este criminal designio; pero en medio de la horrible oscuridad de su espíritu, un rayo de luz vino á iluminarle.—Pensó en Sofía, en Sofía, tan jóven, tan pura, tan cándida, tan linda, y preguntóse á sí mismo como habia podido preferir á aquella muger altiva, orgullosa, insensible, que para defender su virtud se habia armado del escepticismo y de la indiferencia.—En un momento se verificó una revolucion súbita en el alma fogosa del poeta; no diremos que odió á Julia, pero la despreció; tampoco que amó á Sofía, mas quiso vivir para obtener su perdon.—Levantóse pues, animado de esta dulce esperanza; y huyó de la casa donde habia sido tan feliz, y donde dejaba su mas bella ilusion.

Comprendió Ricardo desde luego que necesitaba aguardar. Aguardar! Tremenda palabra que á las veces reasume una série infinita de dolores y de torturas! Aguardar es la duda con toda su agonía; es la incertidumbre con toda su impaciencia. Precisamente para las organizaciones fogosas, impresionables, vivas, que no proceden con arreglo al cálculo, sino al impulso, es incomparable suplicio el de aguardar.—Ricardo poseia una de esas organizaciones, y sin embargo, aguardó, y por consecuencia padeció como ninguno.

Su único consuelo era ir de noche á mirar la ventana del cuarto de Sofía, tibiamente iluminada por una lámpara de pórfido; ver su sombra ligera trasparentarse en las blancas cortinas de muselina; oir su grata voz dando alguna órden á los criados, ó los melancólicos acordes del arpa que pulsaban los finos dedos de la niña. Entonces gozaba y sufria igualmente; porque acordábase de que él habia desdeñado una dicha que ya juzgaba inmensa é inapreciable.

Otras veces hacia Guzman un ramillete de claveles, de pensamientos, y de magnolias, y mientras Sofía triste y reflexiva descansaba en un blando sillon de terciopelo, arrojábaselo á su gabinete, y huia á esconderse para que cuando la jóven se asomase á la ventana no viese ya al que la mandaba aquel mis-

terioso presente. Sofía lo guardaba; pero ¡cuán lejos estaba de suponer que procedia de Ricardo!

Pasó el verano, vino el invierno, y ya no tuvo Guzman siquiera el placer de contemplar á la que amaba. Entonces se situaba á la puerta del palacio de la Condesa, para ver salir á las dos hermanas cuando iban á los bailes, á los conciertos, á los teatros. Sofía, á la que casi siempre daba el brazo el Duque, dirigia una mirada curiosa á aquel hombre que se colocaba en el punto mas oscuro, y se envolvia perfectamente en una gran capa; mientras Julia adivinando quien era á pesar de sus precauciones, asomaba la cabeza por la ventanilla del coche para contemplarle tiernamente.

Una noche, aprovechando la distraccion de los que la acompañaban, arrojó su ramillete á los pies del poeta; este no se bajó para cogerle, porque nada habia visto, nada habia sentido, fijos sus ojos y su corazon en Sofía, que platicaba con Enrique.—En una palabra, la Condesa hacia con Ricardo lo que este hacia con su hermana. Ah! ¿por qué estaba escrito que los tres habian de alejarse cada vez mas unos de otros cuando mas intentaban acercarse?

Llegó entonces un sordo rumor á los oidos de Guzman: Sofía, decian, iba á casarse con el Duque de San Alberto; y cosa estraña! esta noticia que debia afligir profundamente á aquel, le llenó de júbilo y de esperanza.

—Quiere casarse por desesperacion; dijo. Me ama todavia! Y luego ¿cómo habia de amar al Duque despues de haberme amado á mí?

Con arreglo á este absurdo raciocinio, resolvió tener á toda costa una conferencia con Sofía, y creyó que en ella encontraria el término de sus padecimientos.—Dirijióse, pues, á uno de los criados de la Condesa, con quien habia conservado relaciones; le pidió que le introdujera una noche en el jardin de la casa; y gracias á unas cuantas monedas, el fiel servidor ofreció abrirle la puerta siempre que Ricardo quisiese. Mas hizo todavia; lleno de gratitud por la generosidad de su corruptor, fué á contárselo todo á Julia. Sintió esta latir por primera vez su corazon con una vehemencia estraordinaria; y recompensando tambien á su leal doméstico, le ordenó que llevase á Guzman á su presencia la noche designada.

VIII.

Que recuerda dos veces cierta cancion popular y antigua.

Acababan de dar las doce: Guzman colocado en frente del palacio de la Condesa, habia visto salir á todas las personas á quienes tres horas antes habia visto entrar. No le quedaba así la menor duda de que las dos hermanas estaban solas.—El último que salió fué el Duque de San Alberto; y sin embargo de su ciega confianza, el poeta no pudo menos de dirigirle una mirada celosa.—En seguida, dió corriendo la vuelta á la casa, y fué á llamar suavemente á la puertecilla del jardin, que no tardó en abrirse.—José, el criado de Julia, tomó de la mano á Ricardo, é imponiéndole silencio, le condujo al través de las yermas calles del jardin, á un kiosko que aparecia á lo lejos escasamente iluminado.

Pero al poner la planta en él, Guzman lanzó un grito de asombro y de disgusto; donde creia encontrar á Sofía, solo halló á la Condesa, mas hermosa que nunca, pero vestida y engalanada con singular afectacion, como si se tratara de representar una comedia. Llevaba una bata de batista, ricamente bordada al realce, y que al abrirse dejaba ver un lujoso vestido de raso azul debajo. Entre los magníficos bucles de su cabello rielaban, cual otras tantas estrellas, algunos brillantes de inestimable precio, combinados con menudas y perfumadas flores. En fin, en la mano tenia un ramillete, cuyo aroma aspiraba con una especie de frenesí. Hasta su postura era estudiada; casi tendida sobre un diván de raso blanco, reclinaba la cabeza en los almohadones con graciosa coquetería, haciendo contrastar el ébano de sus lujosos rizos con la blancura mate de la seda.

Fingió Julia que no veia entrar á Ricardo, para que este pudiese admirarla un momento; y levantándose despues como sorprendida, fué ligeramente hácia él, y le tendió la mano sonriendo.

—Gracias, amigo mio, le dijo, gracias por haber venido! Deseaba tanto verle á V. para pedirle una y mil veces perdon!

—Perdon? De qué, señora? repuso Guzman con una frialdad que dejó absorta á la Condesa.

—De mi dureza, añadió sin embargo aquella con efusion; de mi ingratitud, de mi desvío. Ay Ricardo! No supe lo que hice! Apenas me alejé de V.; apenas habia maltratado cruelmente su corazon, sentí el golpe de rechazo en el mio. Tuve vergüenza de mí misma; me indigné de mi perversidad, y me reconvine por mi inclemencia! Si V. hubiera vuelto al dia siguiente, si V. me hubiese hablado otra vez, habriamos concluido por entendernos. Pero huyó V. de mí, despreciándome quizás, y solo ha venido cuando yo le he llamado.

—V. me ha llamado, señora? esclamó el poeta.

—¿Pues que significaban sino aquellas flores, aquel ramillete que le arrojé á V. poco há?

—Flores! dijo Ricardo atónito. No las he visto.

Sintió Julia helársele la sangre en las venas; porque destruido el fundamento de sus ilusiones, debian desvanecerse naturalmente estas. No obstante, haciendo un esfuerzo terrible, añadió sonriéndose:

—¿Qué importa eso, si ha venido V.? ¿Qué importa sino existe ya nuestro alejamiento? ¿Qué importa, en fin, si siempre nos amamos?

Profirió la Condesa estas últimas palabras con voz trémula, y tan bajo, que llegaron como un rumor leve á los oidos de Guzman. Estremecióse este sin embarco.

—Sí, sí, aun podemos ser felices! prosiguió diciendo Julia con exaltacion febril, y estrechando una mano del poeta entre las suyas. Tú eres generoso y me perdonarás; yo no he amado nunca, y solo te amaré á tí! pero habla; añadió aterrada del silencio de Ricardo; habla, repara por Dios que padezco mucho!

Desasió el jóven su mano de las de Julia; miróla algunos instantes con una alegria siniestra, y luego dijo en tono frio y solemne:

—Señora, ya es tarde! Los sentimientos como los años pasan para no volver jamás!

Y haciéndola un saludo respetuoso, salió gravemente de la estancia.

Así vengaba Ricardo en Julia la ofensa que él habia hecho á Sofía antes.

Cuando se halló otra vez el poeta, en el jardin oyó á lo lejos una armonía misteriosa que turbaba vagamente el silencio de la noche.—Era como el sonido del arpa eólica, herida por el viento; era como el cántico de la sirena en el fondo de los serenos mares.—Corrió Guzman hácia el punto de donde partian aquella música y aquella voz, latiéndole el corazon con violencia, y fué á detenerse por fin delante de la misma habitacion del piso bajo, donde él, herido y enfermo, habia pasado las horas mas felices de su vida.

La noche, aunque del mes de Diciembre, estaba templada y apacible; la luna en mitad de los cielos, lanzaba su pura luz al mundo; y reverberaban en torno suyo ese millon de estrellas que tachonan el azulado firmamento.—Así, estaba entreabierta la reja de la antigua estancia de Ricardo, y este pudo ver á Sofía, sentada en el propio sillon en que él habia pasado su convalecencia, acompañándose con el arpa un melancólico romance escrito por el poeta, y puesto en música por un maestro célebre.

Haciendo un grande esfuerzo sobre sí mismo, escuchó hasta el fin aquellas palabras que le parecian mágicas por los lábios de donde salian; despues, en cuanto la voz y la música cesaron, corrió Guzman como un loco al aposento, y se dejó caer fuera de sí á los pies de Sofía, quien se levantó sorprendida y asustada.

—No huya V. de mí! esclamó impetuosamente Ricardo: no huya V. de mí! Esa dulce voz, ese tierno canto me llamaban... Pues bien, ya he venido, Sofía! Aquí me tiene V... Aquí estoy!

Hablando de este modo, quiso asirla una mano, que ella retiró.

—Sí, sí, añadió Ricardo, castígueme V. cuanto quiera, todo lo merezco! Pero espiada la culpa—y ya lo está bastante—prométame V. su perdon!

—Mi perdon? dijo la niña friamente. Hace tiempo que se lo concedí á V!

Hizo Guzman un movimiento para arrojarse de nuevo á los pies de Sofía; pero ella le detuvo con un ademán imperioso, añadiendo:

—Siempre perdona una á aquellos á quienes olvida!

—¿Y me ha olvidado V.? esclamó Ricardo con un acento indefinible de desesperacion.

Vaciló un instante Sofía; y luego respondió con voz firme y segura:

—Sí!

Fué tan violenta la emocion del jóven al oir esta cruel palabra, que poco le faltó para caer desplomado en tierra. Tuvo la niña lástima de él, y le dijo con dulzura:

—Valor, amigo mio, valor!...

Levantó Ricardo dolorosamente la cabeza; una lágrima de amargura brillaba en sus hermosos ojos; una sonrisa horrible y siniestra entreabria sus pálidos lábios.

—Entonces, dijo con un resto de esperanza, entonces? por qué vino V. á este aposento donde yo he vivido? por qué cantó V. ese romance que yo he compuesto?

Cosa singular! Sofía cuya alma angélica se retrataba en su plácido rostro, halló en aquel instante una satisfaccion diabólica en la venganza.

—He venido, repuso, porque no recordaba que hubiese V. estado aquí; y canté ese romance como hubiera cantado otra pieza cualquiera.

Conoció Ricardo que estaba perdido para siempre en el alma de aquella muger; pero como el náufrago que se ahoga, quiso asirse á la última tabla de salvacion.

—Sofía, prorrumpió fuera de sí; Sofía, no me rechaces por Dios! Mira que si me niegas tu amor, solo me queda la muerte!—Perdóname, perdóname, y todavia podemos ser venturosos! Ay! Existe siempre en los corazones que han amado un fuego recóndito que no se estingue nunca; un eco que responde con vibraciones misteriosas á la voz que le llama! Sofía, reanima ese fuego, despierta ese eco... ámame, ámame á mí, y verás tornar aquellos dias hermosos en que tan felices fuimos los dos!

Calló Ricardo, aguardando, como un reo su sentencia, las palabras que iba á proferir Sofía.

—Ya es tarde! dijo aquella en un tono que no dejaba lugar á la réplica.—Ya es tarde! repitió.—Dentro de ocho dias me debo casar con el Duque de San Alberto.

Esto era casi lo mismo que Guzman habia contestado á Julia media hora antes.

Así vengaba Sofía su ofensa, y la ofensa de su hermana.

Exaló Ricardo una especie de rugido terrible, y huyó frenético de la estancia, corriendo hácia la puerta del jardin, con la que acertó casualmente. Allí le aguardaba José, cantando entre dientes una cancion popular y antigua, cuyo estribillo dice:

Cuando quise, no quisiste,
y ahora que quieres, no quiero.

IX.

Conclusion.

Al otro dia los periódicos todos de Madrid hablaban largamente, aunque sin sorpresa, del suicidio del poeta Ricardo de Guzman, dando acerca de él estensos pormenores.—El infeliz habia vuelto á su casa á la una de la mañana, en un estado horrible de desórden y agitacion: media hora despues sonó en su alcoba el pistoletazo con que puso fin á su existencia Cuando acudieron los criados, halláronle cadáver. No habia carta ni indicio alguno que esplicara aquella catástrofe.—Jóven, rico, lleno de porvenir—qué podia haberle impulsado á tan funesta determinacion?—Esto es lo que todos se preguntaban, y á lo que nadie respondia. No obstante los tontos, que siempre hallan respuestas y esplicaciones á mano, lo atribuian á la estravagancia de su carácter, á un rapto de locura, ó á una pasion vehemente y desconocida.

Una semana despues se casó Sofía con el Duque de San Alberto; pero digámoslo en honor suyo, no sin derramar abundantes lágrimas por la desgraciada suerte de aquel hombre, á quien habia amado tanto, y del que mas tarde fué tan amada. El Duque, al cual no ocultó su última entrevista con Guzman, logró consolarla con este razonamiento cruel:

—¿Por qué no te amó cuando tú le amabas?

En cuanto á Julia, apenas hubo asistido inmóvil y pálida como un fantasma al matrimonio de su hermana, se retiró completamente de la sociedad; vendió sus carruajes, sus caballos, sus joyas; y fué á encerrarse en un convento de Asturias, á llorar al mismo á quien habia despreciado antes.

¿Son tan raros que increibles parezcan estos ejemplos de amor y de desencanto en el mundo? ¿No ofrece el estudio del corazon humano otros muchos análogos ó semejantes?—Mas ¿cómo se espliean semejantes alternativas de afecto y de indiferencia, de pasion y desvío?—Ay!.. Que no tienen esplicacion ni nombre; son la espresion viva y permanente de la inconstancia de esta mísera naturaleza, que hoy ama lo que ayer aborrecia; que hoy odia lo que ayer idolatraba.

Ya es tarde!.. Hé aquí la fórmula inexorable de ese cambio de pasiones y de sentimientos. *Ya es tarde!* Palabra terrible que como la cuchilla la cabeza, divide tambien el corazon del hombre!

En esta época de análisis y de investigacion, en que queremos hallar el secreto de todas las cosas, en que pugnamos por descubrir el orígen de todos los misterios, se ha buscado una calificacion sonora á esas veleidades inesplicables. *Fenómenos psicológicos* se llama ahora lo que nunca ha tenido nombre; lo que en balde han tratado de definir y de comprender los filósofos y los escritores.

FIN

Ramon de Navarrete.

¡*Es un Angel*! Tal es el título del drama del Señor Suarez Brabo estrenada á beneficio de la Sra. Palma; esta produccion aunque está basada en un argumento demasiado sencillo y un tanto aventurado y peligroso, ha obtenido buen éxito, y ciertamente con justicia, pues tiene bellezas superiores á las que debian esperarse de un principiante, quien revela felices disposiciones para el teatro, si en vez de engreirse estudia y medita concienzudamente sus producciones Como dijimos en nuestro número anterior, la comedia *Frailes y Mosqueteros* fué mejor recibida que lo merecia, pues ciertamente no era digna de los honores de una traduccion. Variedades continua arrastrando una vida raquítica, que no sabemos si acabará por estinguirse completamente, y el Museo ha resucitado por la centésima vez para cobijar á una compañia de ópera formada de priesa. ¿Estará reservado el mismo porvenir á esta empresa que á los que la han precedido en este local? mucho lo tememos. De todos modos nos parece, podrá contar en esta temporada con los espectadores que se dan por satisfechos de las *novedades* del Circo de Paul y los que escapen de las plagas que han llovido sobre la escena de la Cruz, invadida por chubascos de lienzo y fieras de diversas especies.

Diccionario filosófico del amor y las mugeres por D. T. Guerrero. Se vende á 4 rs. en la libreria Monier.

MADRID: 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.



FRANCISCO ZURBARAN. [1]

Si las producciones de las artes y de las letras son el reflejo ó el símbolo del estado social, quizá ningun artista fué mas fiel intérprete de su siglo entre nosotros que el célebre pintor Francisco Zurbarán. Terminada la carrera de Felipe II en el siglo mas glorioso para las letras y las artes españolas, principió el siguiente marcando el termómetro de su descenso en la importancia política, mientras que Felipe III, conservando solo de su padre la piedad y devocion, heredadas de la casa de Austria, llenó con su augusta consorte las ciudades de suntuosos templos y de espaciosos monasterios. Zurbarán, que nació el mismo año en que entró á reinar este monarca, se identificó con su espíritu devoto, espíritu nunca desmentido, porque á pesar de haberle nombrado Felipe IV pintor del Rey, no llegó á residir en la córte hasta los años últimos de su vida. Diríase que la Providencia habia querido preservar á Zurbarán de las seducciones del naciente Buen-Retiro, donde el monarca rodeado de artistas y poetas, divertido con saraos y comedias, daba treguas á los cuidados de la decadente monarquía con regocijos y galanterías. Todo debia sin embargo, revestirse del color de la devocion, y escudados con las dedicatorias y milagros de los santos é imágenes sagradas, escribíanse libros no tan edificantes ni devotos como su título anunciaba.

Entonces nuestros artistas no osaban representar las alegres y eróticas escenas de la risueña mitología; pero guardan para ciertos asuntos bíblicos, ó para los de las Magdalenas y de otras santas, aquellas seducciones de galas y de adornos que tan mal cuadran á las santas imágenes. ¡De todo saca partido la ardiente y procaz imaginacion del mediodía! donde ni los velos de las tapadas, ni los enormes guarda-infantes, ni las severas dueñas, han sido barrera ni obstáculo suficiente de los galanteos y lances amorosos de aque-

(1) El retrato de Zurbarán que vá á la cabeza de este artículo, ha sido copiado de la colección de dibujos de *Standisch*, existente en el Louvre, por el Sr. D. V. Carderera. Está ejecutado con lapiz rojo, del propio tamaño que la presente copia.

lla época. Formado, pues, el gusto y el espíritu de Zurbarán en el reinado devoto de Felipe III, sus obras anuncian el ascetismo religioso y la uncion sagrada de sus representaciones. Desde Estremadura, donde habia tomado las primeras nociones del arte, enviáronle sus padres á Sevilla. Allí entró á perfeccionarse en la escuela del licenciado Juan de las Roelas, en cuyo estudio hizo tan estraordinarios progresos, que en breve tiempo aventajó á su maestro, estendiendo su fama por aquella populosa poblacion, tan rica entonces de artistas distinguidos. Apenas contaba 27 años de edad, cuando entregó concluidos todos los cuadros del retablo de S. Pedro en la Catedral, mandados pintar por el marqués de Malagon. Por esta época emprendió su obra maestra y página magnífica que coloca á Zurbarán en el primer término entre los artistas españoles, y á muy corta distancia de los mas insignes pintores italianos de su siglo. Tal es el famoso lienzo de la apoteosis de Santo Tomás de Aquino, que espuesto en el célebre museo Napoleon, entre los primeros cuadros de Europa, dejó irresistible argumento de la valentía de nuestros pinceles y del genio fecundísimo de los artistas españoles. Pocos pintores célebres pueden presentar obra mas insigne ejecutada apenas cumplidos los 27 años de edad. El cuadro de Santo Tomás es la mas grande de todas sus composiciones, y en él quiso reunir sus eminentes cualidades de artista, y dar la mas alta medida de su talento. Aquí hizo ver los estudios severos que habia hecho en el dibujo y la observacion en los afectos del alma, y la de las grandes máximas de los pintores de Bolonia en el modelado de las figuras y con el efecto del claro-oscuro. Santo Tomás está representado en el centro del cuadro, y en lo mas alto en trono de gloria Jesucristo y la Vírgen, teniendo á sus lados S. Pablo y Santo Domingo; en la parte baja del cuadro á un lado está Cárlos V revestido con su manto imperial, con cortejo de caballeros. En el otro se vé al Arzobispo Deza, fundador del colegio, acompañado de otros religiosos. En este magnífico lienzo, donde todos los personajes son mayores que el natural, se admira lo grandioso del estilo, lo sábio de la composicion y la admirable perfeccion y detalles de sus magníficos ropajes y brocados. Llamado á Guadalupe por los monjes de su célebre monasterio, emprendió los ocho lienzos de la historia de S. Gerónimo y otros cuadros que merecieron la mayor aceptacion. De aquí regresó á Sevilla, donde tuvo muchos encargos de obras para varias iglesias y conventos. Se citan entre las mejores que hizo en este período de tiempo las de la Catedral, las de la Cartuja de Santa María de las Cuevas y finalmente las del convento de Mercenarios descalzos.

La fama de estas escelentes obras pronto debió llegar á oidos de Felipe IV, príncipe tan amante de las artes como de las letras. Así parece que por esta época le nombró su pintor de cámara, pues en los magníficos lienzos de la Cartuja de Jerez, concluidos en 1633, ya se ven firmados por Zurbarán como tal pintor (1) parece que el genio modesto y retirado de nuestro artista, tan conforme al de Murillo, no le preocupó de las grandezas y pompas de la Córte, pues segun Palomino asegura, no se estableció en ella hasta los años últimos de su vida, es decir, hácia el 1650 en que fué llamado por Velazquez á pintar los trabajos de Hércules que decoraron el Salonete del Buen-Retiro.

Estos lienzos que hoy se conservan en el Real Museo prueban que el genio y el espíritu de Zurbarán le llamaban particularmente á la representacion de asuntos sagrados, donde su imaginacion encontraba grande pábulo y estraordinarios recursos.

Zurbarán manifestaba su alma en todas las obras de su mano; escogia con preferencia las escenas sencillas de fácil composicion, y las que solo exigian un pequeño número de figuras que siempre colocaba en actitudes naturalísimas. En los citados cuadros de la Cartuja de Jerez hay composiciones de tal candor é ingenuidad que recuerdan las producciones de los grandes maestros italianos del siglo XV. El espíritu de Zurbarán austero y religioso, la fé y persuacion de los sucesos que iban á representar, rechazaban la ostentacion de los desnudos y escorzos en las figuras, y lo bizarro de sus actitudes. Su claro-oscuro es sumamente exacto y verdadero, cuanto basta para dar aquel admirable relieve y verdad á sus escenas, no el efecto artificial y fantasmagórico que fascina al espectador. Por esta causa nos parece que no le conviene la denominacion que algunos le han dado del Caravaggio español, sino es por el vigor solo de claro-oscuro. Zurbarán iluminaba sus figuras, hasta las del primer término, por una luz directa, quedando en masa la parte sombreada sin la distraccion de muchos reflejos. Tampoco gustaba de aquellos toques atrevidos, sábios y pedantes al mismo tiempo, de ciertos pintores sevillanos como Herrera el viejo y otros. Al contrario empastaba los colores y concluia su obras con amor y diligencia. En medio de esto, su pincel lleno de brio fluidísimo y suave, y sus producciones encantan por su ejecucion esmerada y cierta natural armonía, cualidades propias de los grandes genios que, sin apercibirse, reunen con frecuencia los dotes que otros han adquirido con grandes fatigas.

Tal es el célebre artista estremeño, á quien Felipe IV llamó pintor del Rey y Rey de los pintores. Los artistas y biógrafos estrangeros que empiezan á estudiar nuestros pintores colocan á Zurbarán entre Velazquez y Murillo.

Si Rivera no mereciese asociarse á estos grandes artistas, aquel seria el triunvirato de la pintura española, cuyas glorias, desde principios de este siglo ha vindicado superabundantemente entre las cultas naciones de ambos mundos.

V. CARDERERA.

(1) Estos magníficos cuadros se admiran hoy en el Museo del Louvre en Paris.

BURGOS.

Genealogía de los Velascos.—Capilla del Condestable.—La casa del Cordon

(Conclusion.)

Si la lisonja hubiera encontrado alguna vez cabidas en nuestra mente nunca lo hubiésemos manifestado con mas gusto que al redactar los dos períodos anteriores. Mas á fuer de ciegos amantes de la imparcialidad histórica, no pasaremos por alto los nombres de Juan de Velasco, hijo que tuvo D. Pedro en Doña María de Rozas antes de desposarse con ella, y así mismo otras dos hembras y D. Pedro á quien declaró sucesor é hijo lejitimado por subsecuente matrimonio en el testamento que al tiempo de su muerte fué abierto en Valladolid á 10 de noviembre de 1559.

En este apreciable testimonio vá demostrada la abundancia de bienes que tenia la casa del Condestable sus vastos dominios y los numerosos dependientes, que le reconocian por Señor. Con respecto á la capilla, ordena que sobre la enorme piedra (1), asentada cerca del lucillo de los fundadores pongan las columnas de jaspe que reclame la construccion de una cupulina destinada á cobijar dos estátuas que le figuren á él y á su segunda esposa en bronce, mármol ó alabastro, arrodillados ante unos reclinatorios de la misma materia. Prohibe que para este efecto se corte, adelgace ó remueva la piedra, permitiendo solo adornarla con multitud de escudos dorados y comprendidos en el collar del toison. Previene que si no estuviese hecho este mausoleo, para cuando él muriese, depositen su cuerpo provisionalmente en una tumba ó cama de madera vestida de tres mantos: el primero de terciopelo negro y armas de oro: el segundo de damasco y el tercero de paño fino. Manda que le digan diariamente las misas que pudieren los canónigos, los frailes de todos los conventos de Burgos, los curas de la universidad y por fin sus capellanes, ofreciendo en la misa cantada una fanega de pan cocido y una cántara de vino. A la criada que lleve el añal deja dicho se la regale un monjil y un gonete, un manto de falda de paño de veinteno, tocas negras y seis mil mrs. en dineros. El libro y el collar del toison que dice tener muchos eslabones de oro y á trechos esmaltados, se les cede á la cámara del rey Don Felipe II. Recuerda en sus mandas á Doña Juana de Velasco, abadesa en el convento de santa Clara de Medina de Pomar, á Doña Mencía, condesa de Oñate, hermanas suyas, y á su nieta Doña Petronila, monja en el espresado monasterio. A su nieto D. Antonio de Peralta, hijo mayor del marqués de Falces y á su hermano menor les hace dueños de dos arneses completos, que le hubieron traido de Alemania. Suplica al monarca que en consideracion á los interesantes servicios de sus antepasados, y sin olvidar que por espacio de doscientos años no habia salido de su casa el título de camarero real, se le conceda tambien á su hijo y heredero D. Pedro, é igualmente los oficios de Condestable, de alcalde mayor de Castilla, y Merino mayor del valle de Mena con que se hallaba el testador agraciado. Concluye distribuyendo limosna para que ofrezcan por su alma desde cinco á cincuenta misas en varias iglesias y santuarios.

Por una sucesion continuada de lejítimos herederos posee en la actualidad los pingües mayorazgos, timbres y prerogativas que hemos visto refundirse en la casa de los Velascos, el Exmo. Sr. D. Bernardino Fernandez de Velasco, duque de Frias y de Escalona, cuyas dotes especiales como hombre de Estado y de Gobierno y como aventajado literato son bastante públicas para que nos detengamos á encarecerlas, por mas que ellas nos ofrecieran vasto campo ó muy filosóficas meditaciones, observando cuanto puede haber contribuido á elevar su alma el tener siempre á la vista las huellas que le dejaron trazadas sus ilustres y benéficos antepasados, y llevar en sus venas la sangre que corrió noblemente por las de aquellos. Su segunda esposa la Excma. Sra. Doña Ana de Jaspe y Macías ha mirado con particular predileccion la capilla del Condestable y casa-palacio del Cordon desde su enlace con tan esclarecida familia, la cual reside en Madrid desde que una órden real hizo se trasladase á aquel punto la grandeza domiciliada anteriormente en las capitales de provincia.

Es evidente que ni el palacio susodicho, á pesar del asedio que sufrió en tiempo de las comunidades, á cuyo partido hizo frente el condestable D. Iñigo, parapetándose con algunos guerreros en defensa de la bandera imperial, y arriesgando sus dignidades y su vida; ni la capilla que hace hoy el embeleso de los inteligentes padecen descalabro alguno sustancial, habiéndose conservado con la mayor pureza en el trastorno de los tiempos y las artes.

De este modo el hombre reflexivo que estudie á la luz de una erudicion sin prevenciones aquellos ricos monumentos, esperimentará el placer de encontrarlos bajo la esclusiva tutela del siglo en que Miguel-Angel fabricó sobre los aires la cúpula del pescador en que Rafael pintaba en el Vaticano sus pasmosas galerías; y Cagliari, Ticiano y Tintoreto en Venecia; Vinci en Florencia y Correggio y Césari en Nápoles daban ser á las hipérboles que el ingenio de los griegos inspirara al harpa terrible del Dante y á la lira sentimental del Petrarca.

RAFAEL MONJE.

(1) Existe todavia.—Es una pieza de mármol de mezcla que pesa 2,956 arrobas.



CRISTOBAL DE VILLALVA.

El Coronel Cristobal de Villalva hijo de Juan de Villalva é Isabel Floriano naturales de Plasencia, hizo su aprendizaje en la carrera de las armas bajo la conducta del gran Capitan, en cuya compañia pasó á Italia, cuyo pais al finalizar el siglo XV era el teatro de nuestras glorias. Distinguióse desde luego en el reino de Nápoles, dando á conocer sus fuerzas, valor y destreza en la toma de Esquilache, Simari, Cotron, Semenara, Nicastro y Terranova, lugares que fueron quitados á los franceses por nuestros bravos con increible presteza; y en cuyas funciones se adquirió la estimacion del Gran Capitan.

Habiendo cesado la guerra por algun tiempo, pasó á la capital del Orbe cristiano en compañia de Garcia de Paredes, Urbina, Vargas, Zamudio y otros valientes, que por su carácter aventurero dejaron bien sentada en aquel pais la fama del valor español. Señalóse en la defensa de Montefiascon y otros pueblos de la Iglesia atacados por los franceses, por lo cual mereció el aprecio del Duque Valentin, y el empleo de capitan en el ejército pontificio. Pero habiéndose roto la paz en Nápoles, volvió á incorporarse á sus banderas, y el primer servicio que prestó, fué introducirse en el campo enemigo y cortar la cabeza al capitan Juan Alonso Alvarado, que habiéndose pasado deslealmente, descubrió á los franceses los planes del general español. En la batalla de Cherinola se aventajó á todos rompiendo los escuadrones de Francia, y por su bizarría mereció el empleo de Capitan de infanteria española, encomendándole al propio tiempo la defensa de Rocasica amenazada por el Duque de Mantua. Se halló en la batalla del Garellano donde se distinguió con su compañía y poco despues

acompañó á Diego Garcia de Paredes á la reconquista de la isla de Zefalonia, que los turcos habian tomado á los Venecianos. Llegando á noticia de Fernando el Católico los servicios de Villalva le hizo Coronel de algunas compañías de Veteranos hasta el número de tres mil, y á su hermano D. Juan Chantre de la Catedral de Plasencia, dió el Obispado de Calahorra. Sosegadas las cosas de Nápoles se retiró á su patria, donde casó con Doña Estefanía de Trejo y de la Cerda de la casa de los señores de Grimaldo.

La muerte de Felipe I hizo á Villalva que saliese de su reposo, porque alborotados algunos señores de Andalucía contra la Regencia de D. Fernando, recibió órden de seguir al Rey con sus tres mil veteranos, con los cuales entró y tomó á Niebla, que se resistia, y pacificadas estas conmociones tomó á su cargo la empresa de sujetar á Andarax villa del reino de Granada poblada de Moriscos, que auxiliados por el Rey de Tremecen se habian alzado, dirigióse allá con sus veteranos, dos compañías de ginetes y seis piezas de artillería y abrir brecha, asaltar y tomar la poblacion, fué cosa de poco momento regresando triunfante á Sevilla donde se hallaba el Rey Católico, quien se manifestó tan satisfecho de sus servicios, que le dió por blason un aguila de oro en campo colorado y por orla unas banderas, en memoria de la que habia quitado á un valiente moro en Andarax.

A este tiempo se acercaba la conquista de Navarra de cuyo reino el Rey Católico iba á tomar posesion. Encomendóse la empresa al Duque de Alva, á cuyas órdenes se pusieron seis mil infantes, mil hombres de armas y mil quinientos caballos, entre los cuales se contaban los tres mil infantes y doscientos caballos de Villalva. Ocupada desde luego Pamplona quedóse el Duque en esta capital, y despachó al Coronel para que sojuzgase lo demas de aquel reino, el cual asi lo hizo en breve, apoderándose de los valles y plazas, entre estas la de S. Juan de Pie del Puerto. En la invasion del ejército francés, y en el ataque que dió á Pamplona quedó herido, pero esto no le impidió, para que habiendo sido rechazado el enemigo, le persiguiese en la retirada, haciendo espantosa carnicería; pero donde mas mostró su bravura y talento militar fué en la agresion que los Reyes de Francia y Navarra hicieron en dicho reino á la muerte de Fernando el Católico. Dividido el ejército enemigo en tres trozos, dirigióse el primero al mando del Vizconde de Chaot á Roncesvalles. El segundo bajo la conducta del bastardo Albrit, cayó sobre S. Juan de Pie del Puerto, y el tercero que mandaba el Mariscal de Navarra se apoderó de Uztarios y trató de fortificarse. El Virey, que á la sazon lo era D. Fadrique de Acuña, hizo á Villalva general de toda la gente de guerra, el cual con increible celeridad sorprendió el cuerpo que ocupaba á Roncesvalles, donde entró con muerte de muchos y prision de todos los restantes, mandando al propio tiempo so graves penas, que nadie hiciese daño al vecindario y respetasen al Prior y canónigos, que cuando él entraba en la villa salian procesionalmente á pedirle misericordia. Por lo tocante á los prisioneros despues de desarmados los despachó á Francia. Con igual presteza alcanzó y derrotó camino de Tafalla al Mariscal de Navarra, al cual con los oficiales de su cuerpo mandó prisioneros al castillo de Estella, y reforzada su gente con dos mil infantes, cuatrocientos hombres de armas y doscientos caballos dió sobre S. Juan de Pie del Puerto, cuyo castillo tenia bastante apurado el enemigo. Mas no pudiendo combatir ni asaltar la villa por falta de artillería y de escalas, determinó entrarla por donde desagua el rio que la atraviesa, cuyo punto por ir aquel muy crecido tenian muy descuidado los franceses. Arrojóse al agua que le llegaba á los pechos, y seguido hasta de tres mil bravos, penetró en la poblacion sin poder en mucho tiempo salir del rio, por ocupar el enemigo las orillas, hasta que jugando la arcabucería le rechazó, tomando tierra por unas gradas que habia para coger el agua, quedando en seguida muerta ó prisionera la guarnicion.

De esta manera puede decirse, que por el denuedo de Villalva se asentó en las sienes de los Reyes de Castilla la corona de Navarra. Los honores que hizo á tan insigne campeon el gran Cisneros Gobernador de estos reinos, fueron cuales podia esperar de aquel esclarecido político: le dió por armas la misma águila de oro en campo colorado, empuñando en las garras una espada que atraviesa una corona, y por orla castillos alternados con manos cerradas. Cárlos I sabedor de sus proezas, le escribió de Alemania cartas muy honoríficas, que fueron para su lealtad el mas glorioso blason. Poco despues falleció en Navarra de donde fueron trasladadas sus cenizas al convento de



religiosas de S. Ildefonso de su patria en donde yace al lado del presbiterio en un modesto sepulcro de mármol con estátua arrodillada y de la cual es copia el dibujo adjunto.

F. W. P.

EL FATUO.

Malheureux mille fois celui dont la manie
Veut aux regles de l'art asservir son genie.
BOILEAU: sát. 2.

Este artículo no es un juicio; quien asi lo crea pase adelante sin leerlo: los objetos capaces de producir entusiasmo difícilmente se sujetan á la análisis: mil disparates han dicho los hombres mas sábios para definir *lo bello y lo sublime*, y no lo han conseguido: todo se vuelve opiniones; de cierto no hay nada. ¿Cómo pues se ha de juzgar al fátuo, al ser bello y sublime por escelencia? Cojan ustedes una rosa, procuren analizarla, trabajo inútil! la deshojarán, la marchitarán, y no se sacará mas resultado que el de hacerla desaparecer. Lo único que se puede hacer con la rosa, para saber su valor, es mirarla y olerla; con lo bello y lo sublime, sentirlo; con el hombre fátuo, admirarlo. Lo repito; este artículo no es un juicio: es un panegírico.

Pero un panegírico, no es muchas veces un juicio? Cuando se trata de cosas de un valor absoluto, alabar no es juzgar? Transijamos, pues, con los que se hayan asustado al ver la primera línea: este artículo al tiempo que alaba, juzga. Y no hay que decir:—Cada hombre siente á su modo; la pasion no puede ser buen crítico; todas las materias son controvertibles, y para hacer argumentos antes que el corazon está la cabeza.—Ese es un disparate! yo lo sé y basta: para leerme es menester que se tenga fé, que se me crea á ojos cerrados, y nada mas: asi, pues, no tengo que pedir atencion á mis lectores: todo lo que se admira, se oye, se vé, ó se lee, con atencion y silencio, y yo no tengo ahora oyentes, sino admiradores.

Como hay siempre en la sociedad espiritus malignos, que no saben hacer otra cosa que cebarse en todo lo que vale algo, y satirizar con tanta mas virulencia los objetos, cuanto mas grande es su valor, no han faltado escritores verdaderamente estúpidos que se han burlado del hombre fátuo: uno de ellos; un clasicote francés, que echándola de *bel esprit*, llenó de necedades dos tomos intentando describir *los caracteres* de su siglo, llevó la ignorancia hasta el estremo de decir, que á un tonto no le falta mas que un poco de chispa para ser fátuo: que fátuo es aquel á quien los tontos tienen por hombre de talento; y que hallándose el fátuo entre el impertinente y el tonto, se compone de la fusion de uno y otro. Desatinos todos que no merecian la pena de ser referidos en este sitio: poner de ese modo al sér mas lucido que hay en la sociedad! Y si no, veamos la historia.

Pero una idea magnífica, que siendo mia no podia dejar de ser magnífica, se me ocurre en este momento; y es que hasta los seres mas privilegiados estan sujetos á la variacion de los tiempos y á la influencia de las épocas. El fátuo, cuya naturaleza es éter puro, aunque nazca bajo siete estados de tierra, rompe los siete estados, como la cerveza hace saltar al tapon que la encierra, y atravesando el aire, mas pesado que él, busca el sitio que le corresponde en la naturaleza creada; pero si esta cualidad es de todos los tiempos, no asi el modo que tiene de buscar ese sitio. Si nos remontamos á las épocas mas lejanas, representacion del materialismo, veremos esa aspiracion espresada en términos ó signos enteramente materiales: en la fábula, los Titanes escalando el cielo; en la Biblia, la gente de Nemrod haciendo la torre de Babel. En la sociedad griega..... pero dejemos esa sociedad: ¿qué ha de dar de sí para la magnificencia del fátuo una sociedad sencilla, cuando sencilla quiere decir simple, y simple quiere decir estúpida? Allí no hay mas que Gorgias; y Gorgias es un pedante y no merece llamarse fátuo. Lleguemos á Roma y la mejor frase que en ella encontramos es una fatuidad: el *quid times? Cæsarem vehis* de Julio César, que no hay quien no tenga por sublime desde Longino hasta Aranjo. Viene despues la edad media y del siglo VII al siglo XVI... oh! Dios mio! cuánto fátuo! Epoca de oro para la fatuidad, pero época que causaria admiracion en la nuestra; porque ¿cómo han de creer nuestros contemporáneos, que haya habido un tiempo en que los fátuos hayan estudiado, y hayan escrito en latin? Y á qué estremo no estarian reducidas nuestras bibliotecas si faltaran para su adorno las obras *in folio* de tantos comentaristas? Oh fátuos de la edad media! Cuánto bien habeis merecido de la humanidad! Por vosotros sabemos que si un autor dice *dia*, debe entenderse por esta palabra el periodo de tiempo que pasa desde que nace el sol hasta que se oculta en el ocaso: por vosotros que cuando Petrarca dice *toglio* debe entenderse *tolgo*, que si Garcilaso escribe *esquividad* es porque ha sustantivado el adjetivo *esquivo* y que si Dante dice: *tosto verrá cio che 'l tuo pensier sogna*, se ha de entender, *cio che 'l tuo pensier vede quasi per sogno*; cosas todas importantísimas y de las que el mundo estaria á oscuras todavia á no ser por las esclarecidas lumbreras de la inmensidad de vuestro ingenio! Qué valen los mismo Dante Petrarca, y Garcilaso, junto á vosotros? Tómense en peso sus escritos y los vuestros, y si tal punto puede ser cuestionable, decídase la cuestion.

Limitándonos ahora á nuestra patria, ¿puede darse un fátuo mas grandioso que aquel buen Maestre portugués, que con pocos guerreros á sus órdenes la emprendió contra gran número de moros, dejando la vida en la estacada, y cuyo epitafio hecho por otro fátuo sin duda (y gran lástima es que se haya perdido su nombre como otras cosas muy buenas) decia: «aquí yace aquel en cuyo corazon nunca pavor tuvo entrada?» Y qué estúpido no fué Cárlos V cuando dijo que el muerto no habria apagado nunca una luz con los dedos! No se reconoce en este dicho estravagante, al hombre que llevó la tontería hasta el estremo de trocar el manto del emperador, por los hábitos del monje? Otro fátuo, y como tal escelente, debió de ser el que escribió á la muerte del mismo emperador aquel epitafio, tan poco merecido, que dice:

Pro tumulo ponas orbem, pro tegmine cœlum,
Sidera pro facibus, pro lachrymis maria.

Marino, cuya fatuidad que siempre inspira lo mejor, le inspiró la magnífica idea de hacerse noble mudándose una letra de su apellido y llamándose Marini, era tan escelente fátuo en el palacio Rambouillet de París, como Góngora en España, y como no hay nada mas contagioso que el buen ejemplo, ambos tuvieron un sin número de sectarios. En esta materia ha sucedido lo mismo que en todas: primero ha sido la práctica; despues han venido las teorías; asi es que el código de la fatuidad literaria no se ha escrito en nuestra patria hasta los siglos XVII y XVIII: dos genios en dos distintas obras acometieron esta empresa: en el siglo XVII Baltasar Gracian en su *arte de agudezas*, obra inmortal á la altura de cuyo mérito jamás llegarán los encomios, y en el XVIII Cadalso en sus *eruditos á la violeta*, aunque en sus demas obras fué muy ramplon, y en la citada no faltan malignos que le acusen de mala fé.

Pero qué es esto? Yo mostrar una erudicion tan vasta? Yo andarme con citas en latin cuando aspiro al sublime título de fátuo del siglo XIX? si fueran en francés, se sufriria algun tanto: pero, en latin? Cuántas muecas habrán hecho los verdaderos fátuos si han tenido paciencia para leer hasta aquí! pronto, pronto: procuremos ganar el terreno perdido; no oscurezcamos las frases que he escrito en los primeros párrafos para conseguir mi patente: traigamos á nuestro artículo el fátuo de nuestros dias; á ese ser privilegiado que inunda los cafés, los teatros, y las tertulias, todo pies, todo movimientos, todo palabras.

Este fátuo es el rey de nuestro siglo, y es menester añadir que lo es con justicia. Hay nada mas sobresaliente que él? no llena el mundo entero? Su cuerpo cabe en cualquiera parte; pero dónde está el espacio capaz de contener sus magníficas aspiraciones? qué campana hay mas hueca? qué toro mas resuelto? qué trueno mas sonoro? qué héroe de mas firme paso? qué tórtola mas amable? qué Narciso mas enamorado? Para ponerle nombre ha sido menester

salir del globo terráqueo y remontarse á las estrellas; porque han de saber ustedes (esto nadie me lo ha dicho; pero el genio no necesita que nadie le diga nada) que la palabra fátuo trae su etimología del *fuego fátuo* que son esas lucecitas, que en las noches de verano, á fuer de estrellas caidas, atraviesan el espacio en direccion al horizonte: y á pesar de haber sido necesario arrancar su nombre al sistema sideral, todavia los fátuos lo rechazan con razon, porque no dá sino muy imperfecta idea de ellos. Los representa en sus trasportes entusiastas, y en que tienen brillo; pero cómo comparar el brillo del fuego fátuo con el resplandeciente y lucífero que logra un hombre fátuo en un salon? Qué tiene de comun el breve término de tiempo que tarda aquel en atravesar la atmósfera con la duracion de la apoteósis que este consigue? Sin embargo, como es preciso que cada cosa tenga su nombre y no hay otro mas propio que darle, fuerza será que se resigne á usar de este; aunque no sea mas que por evitar confusiones.

Un fátuo no cree mas que lo que su imaginacion le dice que crea; pero como su imaginacion no le engaña nunca, todo lo que un fátuo dice, resuelve, cree, falla ó juzga, es verdad: diria que es verdad hasta lo que piensa; pero el fátuo nunca se humilla hasta el estremo de ponerse á pensar; eso queda para los talentos modestos, para los hombres vulgares, en fin, para las nulidades.

En nuestro siglo poeta y fátuo son casi sinónimos y asi como se dice que el poeta nace poeta, asi se ha de decir que el fátuo nace fátuo: es verdad que no todos los fátuos son poetas, asi como no todos los poetas son fátuos: pero el fátuo sin poesía es un sér incompleto, asi como el poeta sin fatuidad, por muy bueno que sea, ni obtendrá fama de la actual generacion, ni será otra cosa que víctima justa de la sociedad en que vive. Lo que sobre todo es necesario que tenga el fátuo; lo que no se le puede dispensar, sin que desaparezca como el humo, es la falta de erudicion: no esa erudicion fatigosa, indigesta, que consiste en leer muchas obras, en estudiarlas, en compararlas, no esa erudicion empedrada de citas y capaz de causar náuseas al estómago mas fuerte; sino esa otra erudicion ligera, vagarosa, dudosa, tornasolada; erudicion de nombres, que no conoce los testos, que cuando mas los trunca, altera, corrige ó modifica; esa erudicion que el genio colosal del fátuo acomoda á todas las cuestiones, que se ostenta para que suene, mas bien que para que autorice: ni qué fátuo ha reconocido nunca el principio de autoridad? Eso es bueno para el que no tiene confianza en su propio valor; pero no para el fátuo cuya cabeza es una enciclopedia inspirada, en quien todas las ideas han sido innatas, verdadero Manguiamele de todas las ciencias del mundo, y que desdeñando la lógica, porque para nada le sirve, desdeña tambien la autoridad, porque para él es palabra vacia de sentido.

«El estado soy yo» decia Luis XIV: «el siglo soy yo» dice ahora el fátuo desde que nace. Niño aun, no solo cuanto hace, sino cuanto dice es inspiracion propia: su madre esclama á cada momento: Q é! si tiene un talento! y como su talento es tan precoz, se apresura á meterlo en un colegio, donde nunca estudia y siempre travesea: sale airoso de las primeras letras; trampea el latin y las matemáticas; dá cuatro cortes á la filosofía, y ó estudia en diez años ó doce los siete de jurisprudencia, quedándose al fin sin graduarse de licenciado, ó ya su estraordinario talento le ha dicho que la mejor carrera es la de Fr. Gerundio de Campazas: tira, pues, los libros y se mete á escribir sin haber estudiado el cómo se ha de escribir. Entonces es cuando hace su triunfal entrada en la coronada villa de Madrid, abandonando, como él mismo dice con mucha gracia, el oscuro rincon de la provincia donde tan solo se vejeta. Compónese su instruccion de algunos recuerdos históricos del Duchesne traducido por Isla, algun tomo de los clásicos de Quintana que por acaso cayó en sus manos, y que regularmente suele ser objeto de sus sátiras, varias composiciones de Zorrilla que se sabe *par coeur*, y algunos nombres propios que dejó en su memoria la lectura del Araujo. ¿No es esta demasiada instruccion para quien de ninguna necesita?

El primer emperador romano, dando parte de una de sus mas grandes victorias, escribia: llegué, ví, vencí: este es el parte que tambien manda el fátuo á su provincia á los pocos dias de estar en Madrid. Y no porque en realidad haya vencido ya; sino porque, seguro de su valor, presiente su victoria: ha estado en un círculo de literatos y cuatro frases que ha pronunciado sobre la independencia del genio, la preponderancia de la fantasía poética, y la vanidad de las reglas del arte, á las que llama *leyes de encajonar palabras*, le han atraido, con el silencio de los primeros escritores, la ruidosa admiracion de los genios *nonnatos*. Pero mejor será que esplique este triunfo el fátuo mismo y para ello traslado á este sitio un párrafo de una carta, que recien llegado á Madrid escribió un amigo mio, á quien no puedo menos de tener en mucho; dice asi: «Entré anoche en el café del Príncipe, donde habia muchos literatos, é inútil es que «diga á V. si entré con buen pié: suscité una discusion; y apenas acabé de hablar, Hartzenbusch se «embozó en su capa y se marchó sin decir palabra; «Breton provocó un diálogo con el que se hallaba á «su lado figurando que no me habia oido; Vega disfrazó el despecho de su vencimiento bajando los ojos «y sonriéndose hipócritamente, y Cañete, colérico, tomó el portante esclamando: estúpido! Ya calcula- «rá V. lo que esto quiere decir: ninguno hallaba razones, ni aun palabras con que rebatirme y cada «uno encubrió su derrota lo mejor que pudo: quedé, «pues, dueño del campo y vano fuera añadirle que «esta escena será la base de mi próxima fortuna.. etc. «etc. etc.»

Con efecto, el fátuo, hombre de mundo como el que mas y estremadamente comunicable, en pocos dias se hace amigo de todos los actores: vive en el escenario; penetra en todos los cuartos; hormiguea entre bastidores y bambolinas; coquetea con las actrices, y preparado el terreno de este modo, escribe un drama: es inútil decir, sabiéndose ya su genio, que en menos de un mes el fátuo fragua y completa un drama. Dada en él la última pincelada que consiste, no en correcciones, pues valdria tanto como decir que el fátuo puede hacer algo endeble del primer *essor*, sino en algunas adiciones indudablemente oportunas, cita un dia á todos sus amigos para leérselo; y véase en esto el mérito del fátuo: el voto de aprobacion es unánime! Qué bella es la escena del bofeton! Con qué oportunidad dice la duquesa al conde que no le gusta la gente de baja estofa! Qué epígrama tan fino se oculta en aquel magnífico verso:

Pero cómo ha de ser! este es el mundo!

Qué sublimidad cuando el verdugo dice á la duquesa:

Ya no sirven papelones:
Lo noble está en las acciones;
Nadie es mas noble que yo!

Y si no obtiene mas aplausos es porque la atencion de los oyentes ha sufrido algunas distracciones necesarias: durante la lectura un gato ha venido despacio y se ha puesto á arañar la levita de uno de ellos; el perro ha atravesado la habitacion, y ha hecho la rosca en su centro, despues de haber olido cuidadosamente y uno por uno á todos los circunstantes; una robusta labriega ha tenido precision de pasar por medio del cuarto con un cántaro en la cabeza; y en fin, varios obstáculos, de que no se ha podido prescindir, han estado interrumpiendo á cada paso al lector y su lectura.

Es regla general que todo drama, llamado por los ignorantes malo, es decir, que todo drama verdaderamente bueno quede admitido en la mayor parte de los teatros de la córte: á los pocos dias se pone en escena, y el público, que ha delegado sus derechos en las manos y bastones de dos docenas de personas, lo aplaude ruidosamente en el *parterre* y lo encomia despues en los periódicos: estos encomios llaman á la gente que aun no han tenido la ventura de ver la nueva produccion; se dan mas representaciones mien-

tras acude gente; se hace mérito del número de representaciones, y este *compte rendu*, lo duplica y lo triplica... y victor al genio estraordinario! Qué salon no abrirá de par en par sus puertas para recibirle?...

Pero una vez que las puertas estan abiertas para la entrada del fátuo, entremos; detrás de él con esa familiaridad y libertad que tiene el fátuo para meterse en todas partes. Oh! y cómo tornasola y se gallardea! Escuchen ustedes: no hay tertuliano que no diga: es el autor de *el mas ilustre verdugo*! Pónese á hablar y en seguida se realiza aquello de

Conticuere omnes, intentique ora tenebant.

Acaba de hablar, y para él las manos apretadas de los hombres, las mas agradables sonrisas de las señoras, las mas interesantes miradas furtivas de las niñas. No hay vulgaridad, que no sepan realzar sus lábios; no hay broma pesada, que no pase por rasgo de buen humor; no hay pensamiento verdoso y picante, que no se le perdone en gracia de la risa que produce: la seguridad en sí propio, la audacia de sus miradas y la desenvoltura de sus maneras hacen que ninguna de sus palabras ni de sus acciones incomode. Lejítima espresion del *audaces fortuna juvat*, tiene, como dice Philarete Chasles, aunque á diferente propósito, algo de Napoleon, mucho de Talleyrand y cierta semejanza con Talma: vá á la verdad por la apariencia, y aunque escéptico, cree en sí mismo.

Póngasele frente á frente con el ente, por fortuna muy raro en nuestros tiempos, llamado, sin duda por chifla, hombre de mérito: quizás se halle en la misma sala: con efecto; allá en un rincon una señora, mas por galantería que por gusto propio, está sosteniendo con él un insípido diálogo: desde que este ha visto entrar al fátuo ha tratado de ocultarse mas y se ha puesto por pantalla á la misma señora con quien habla: el fátuo, sin embargo, repara en él.—Quién es aquel ciudadano?—El señor de G...—Me habia parecido un huron.—Pues es un escritor—Sí, ya lo conozco: es un pedante rabieta para quien nada hay bueno: critica, satiriza, insulta... pobre hombre! Es el perro del hortelano; ni hace ni deja hacer: su pluma es la desesperacion en la impotencia.—Algunos dicen que es hombre de mérito y buen literato.—Bah! dónde están sus obras? Qué valen? Nada. Quién las aplaude? Nadie. Solo un poeta laureado puede juzgar de las poesías; solo un autor dramático aplaudido puede censurar un drama. Es forzoso ser buen autor para ser buen crítico. Voy á decir á ustedes lo que es ese escritor: ¿no han visto ustedes á un perro ladrando á la luna, y cómo esta sigue su carrera sin hacer caso de sus ladridos? Pues eso!—Já! já! já! esclaman los presentes en coro.

Entretanto el hombre, llamado *de mérito*, ha seguido modestamente su diálogo; no ha sentado una proposicion sin una escolta de reservas, no se ha atrevido á sostener una idea, ni á fijar una teoría y ha mostrado en fin su completo idiotismo.

Lectores, creedme: no está el mérito en eso que llaman fama póstuma; ni de qué sirve ese falso giron que forra la losa de una tumba? Solo reconoce el mérito la sociedad en que uno vive. Shakespeare fué un talento mediano; mas que él valian Chapman y Marlowe: Cervantes era un necio; el genio verdaderamente colosal fué Avellaneda; ¿quién puede conocer la exactitud con que está descrita una época, mejor que los que en ella viven? A no ser por el estraño capricho de Felipe IV que lo hizo director de la biblioteca real, nadie hubiera conocido ni aun el nombre de Rioja; al paso que el de Góngora inundaba á toda España: ¿quién pues, se atreveria á negar que tiene mil veces mejor gusto el autor del Polifemo, que el cantor de las flores? Gloria á Comella que llenó el siglo XVIII! Gloria á los fátuos que llenan el nuestro! Hombres que no agradan al siglo en que viven no deben llamarse hombres de mérito: quíteseles ese nombre que usurpan. Y sobre todo caigan coronas á miles sobre el que abrasó el templo de Diana; sobre Faetonte, aunque desgraciado en su empresa; sobre el orgullo endiosado; sobre el valor real de las nobles aspiraciones; sobre el fátuo, en fin, omnisciente, omnipresente y omnipotente!

Oh fátuo! yo que no lo soy dignamente, pues á veces me examino á mí mismo, cualidad tan incompatible con el mérito, que lo mata al punto; yo no puedo menos de admirarte, ya que no me es dado seguirte sino de lejos: permite este desahogo, este suavísimo consuelo al sentimiento que tengo de mi propia impotencia; y perdóname que no haya hecho tu retrato. Oh! sí, perdónamelo: porque aunque he querido mostrarme fátuo en este artículo, su mal desempeño me ha mostrado que no lo soy, y yo estoy muy convencido de que solamente un fátuo es quien puede describir con exactitud á otro fátuo.

FELIX DE UZUBIAGA.

A ROMA REFORMADORA EN 1848.

ODA.

Callad torpes naciones
Libres ó esclavas que vagais sin tino;
Tirad vuestros blasones,
Rasgad vuestros pendones,
Para que Roma alfombre su camino.

Callad como callaron
Al rechinar un tiempo sus cadenas,
Las razas que habitaron,
Donde huellas dejaron
Cartago la rival, Ménfis y Atenas.

Como en el polvo hundidos
Callaron nuestros padres su carcoma,
Y míseros rendidos,
Los ojos afligidos
Tornaron siempre á la soberbia Roma.

Aguila que altanera
Sobre los siglos se posó importuna;
Triunfó noble guerrera,
Cayó torpe ramera,
Sin dejarla por eso la fortuna.

Y cuando su cuchilla
Los envidiosos siglos destemplaron,
Pardiez que fué mancilla
Mirarlos en trahilla
Luego á los mismos que su frente hollaron.

Prodijio de ciudades,
Roca de bendicion, orgullo humano,
Las míseras edades
Cual sordas tempestades,
En torno tuyo pasarán en vano.

Y en medio de la historia
Sobre rotos escombros siempre altiva,
Florecerá tu gloria,
Como acaso en la escoria
Del negro panteon la siempre-viva.

¿Qué importa que Scipiones
No brote ya del Tiber la ribera,
Si en esos torreones,
Reina de las naciones,
Clavó el disturbio su feliz bandera?

Mirad... si allá en la cumbre
Del Gólgota Jehová puso su solio,
Como la muchedumbre
Para encontrar su lumbre
La roca busca aún del capitolio.

Allí está la paloma
De espíritu inmortal; de aquella cima
Preces el mundo toma:
Cobró los triunfos Roma
Y el crímen solo le quedó á Solyma.

Mirad... el grito amado
Le oye por fin de libertad al hombre:
Doquiera el pueblo armado
Luchó desesperado,
Y halló á lo mas de libertad el nombre.

Sangre dieron los Reyes,
Sangre los pueblos con fecunda vena
Rompiéronse las leyes,
Trocáronse las greyes
Sin quebrantar por eso la cadena.

Y tú acaso reias
Roma feliz llevada á la ventura
Sin duda conocias
Que en luchas tan impías
Vencer era sin tí, grave locura.

¿Qué son esas naciones
Para querer medirse por tu historia
¿Qué son Napoleones
Do brillan tus blasones?
¿Quién á tu gloria juntará su gloria?

A tí Roma te toca,
Pues que te dió el destino su bandera,
Clávala en esa roca
Y al pie de ella convoca
Tu sierva aún la humanidad entera.

Torna otra vez valiente
A arrojar tus lejiones al camino,
Que amparo del creyente
Tambien irá á su frente
El lábaro inmortal de Constantino.

El mundo de tí espera
Rayos de luz, feliz sabiduría:
No manche tu carrera
La Democracia fiera
Por derrocar la torpe tiranía.

Y tu padre glorioso,
Pontífice inmortal, rayo del cielo,
Camina presuroso
Que es tu sendero hermoso
Del turbio porvenir luz y consuelo.

Animo, Pio noveno:
Nadie alcanza á tus pies en esa roca,
Jamás turbe tu seno
De la tormenta el trueno,
Que en humo vil la deshará tu boca.

Animo y las naciones
Calladas cesen de vagar sin tino,
Que tiren sus blasones,
Que rasguen sus pendones
Para alfombrar á Roma su camino.

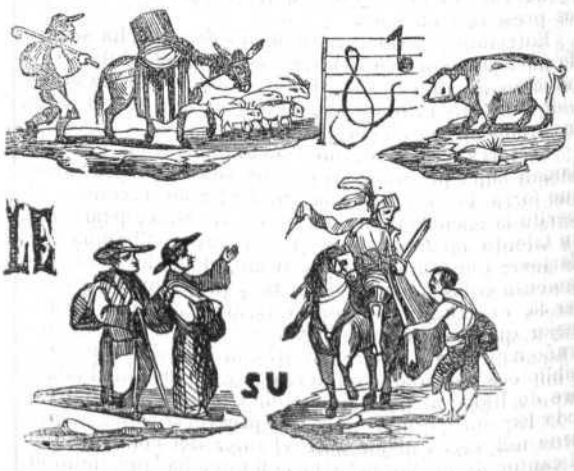
ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Los periódicos diarios y semanales, políticos y literarios, han dado estos dias en clamar contra la inconsideracion con que las empresas teatrales acostumbran á conducirse con la prensa de todos géneros; de esto, preciso es conocerlo, á nadie debe culparse mas que á los escritores mismos, que mojando siempre su pluma en agua rosada, al ocuparse de teatros, no han sabido emplearla mas que para prodigar elogios inmerecidos, calificando de bueno lo mediano, de regular lo detestable; animando al público á frecuentar algunos de nuestros modernos corrales, donde el abandono y el mal gusto están á la órden del dia y convirtiendo en inofensivo y despreciable, un poder ante el cual las empresas y los actores deben humillarse con respeto, porque es la espresion del fallo que el público inteligente pronuncia acerca de sus trabajos. El abuso de esta manía laudatoria ha suscitado la idea de una reaccion en la crítica, á la cual nos unimos de todas veras, prometiendo dirigir nuestros débiles esfuerzos á los que hagan nuestros cólegas para que la crítica produzca los saludables efectos que de ella deben esperarse, y la prensa recobre su dignidad, dejando de ser un mero instrumento de elevacion para muchas nulidades y de especulacion para la mayor parte de las empresas, que han llegado á confundir el objeto de los periódicos con el de los carteles.

Nosotros prescindimos de la *cuestion de lunetas*, que tambien se ha suscitado, porque si bien podriamos decir algo acerca de ella, la juzgamos por su mezquindad indigna de ser elevada al terreno de la prensa y creemos que es una falta que no tiene otro orígen que nuestra tolerancia. Al ver confiada la direccion del teatro de mas pretensiones de la córte, á una comision del ayuntamiento notoriamente incompetente para el caso, apenas hubo un periódico que no admitiera este hecho como cosa muy natural, y hasta no faltó quien lo juzgara provechoso para el arte. Hemos visto profanado el teatro de la Cruz y no han faltado gacetilleros que recomendaran á Macallister y las representaciones del Diluvio; se han cometido en el *gran teatro del Príncipe* anacronismos escandalosos en los trajes y en la escena, en punto á los cuales la prensa ha guardado silencio; pero ¿qué mas? despues que se ha levantado una voz en favor del buen gusto y del sentido comun que se revelan contra tantas alabanzas, hemos visto en uno de los diarios en que mas eco encontró, encomiada con las frases de costumbre la actual compañía de ópera del Museo, que será buena para el articulista, pero que al menos la noche que nosotros la hemos visto, no se sostuvo á la altura de las ponderaciones publicadas, con sentimiento de algunos espectadores que habian acudido á oirla tomándolas al pie de la letra.

Dejemos pues de ocupar al público con quejas de aquellas empresas que se niegan á dar localidades diarias, de las que llevan su galantería al punto de pasarlas á la tercera ó cuarta representacion, cuando ya son inútiles, y hasta resuélvase por unanimidad, si asi conviene á la independencia é imparcialidad de la prensa, renunciar la entrada en los espectáculos públicos, por mas que esta entrada esté muy lejos de ser un favor que nos hagan las empresas; pero sepamos dar importancia á nuestras críticas, y dejemos de llevar al público á los teatros ponderando disparates intolerables y ejecuciones insufribles: nosotros, lo repetimos, tomamos desde ahora puesto en esta cruzada, si es que se lleva á efecto, ofreciendo decir la verdad y consagrando ya que no el acierto de nuestros esfuerzos, la gran circulacion del SEMANARIO, al sosten de una causa en la cual están vivamente interesados, el arte dramático y la literatura nacional.

GEROGLIFICO.

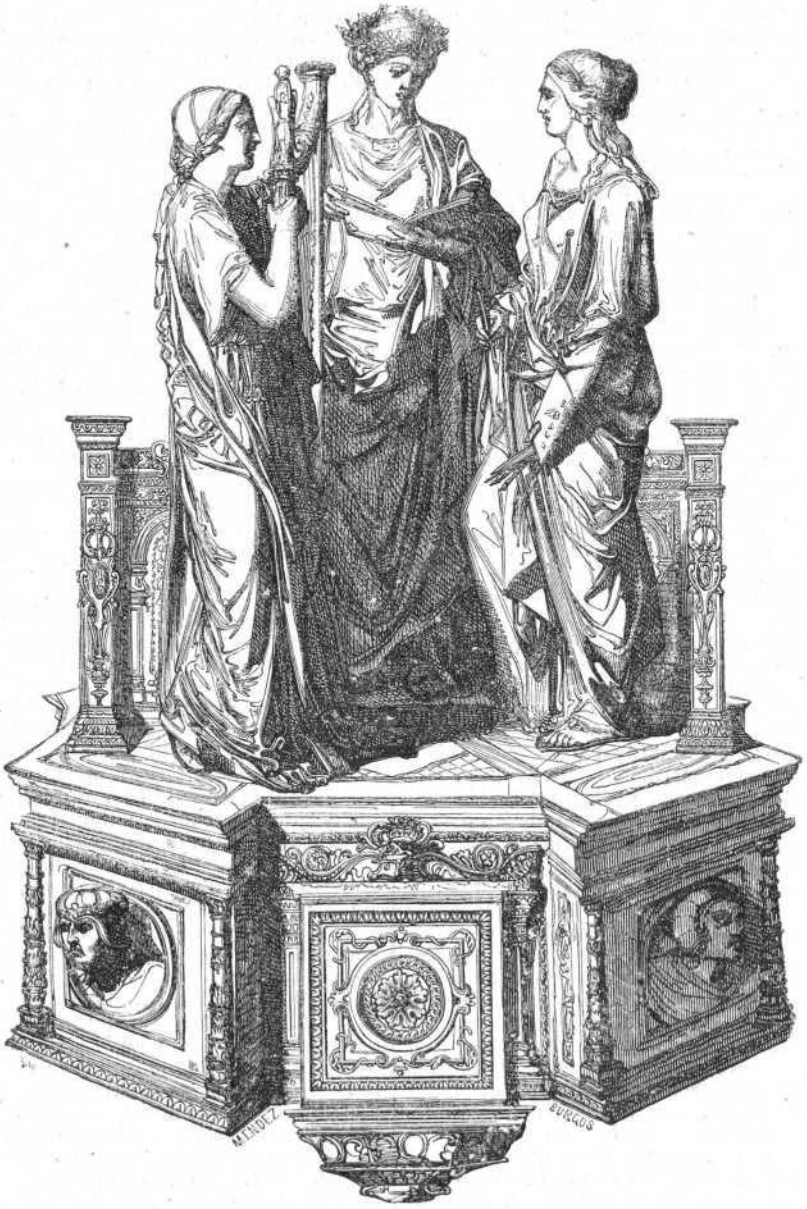


Direccion Redaccion y oficinas calle de Jacometrezo núm. 23

MADRID. UN MES 4 rs. sris 20. UN AÑO 36.—Librerías de Peroda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimeboa, Gaspar y Roig, Razola, Ponpart, Villa y la Publicidad, litografía del Pasaje del Iris y de S. Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14 seis 24.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: 1848—IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ.



POESIA.—PINTURA.—MUSICA.

Tenemos la satisfaccion de ofrecer á nuestros lectores el siguiente discurso, con que el distinguido escritor y entendido orientalista D. Serafin Estevan Calderon, ha abierto la cátedra de Arabe del Ateneo de Madrid. Hemos retirado otros materiales que teniamos dispuestos, para dar cabida á este notable escrito, persuadidos de que nos lo agradecerán nuestros suscritores, cuando hayan juzgado acerca del mérito literario de este trabajo y de las interesantes noticias que contiene. Hé aquí el discurso:

Señores: repetidas veces nos hemos visto en este lugar para dar principio á unas tareas que sino alcanzan el brillo y el lucimiento de otros trabajos literarios, no habrá muchos en cambio que rayen mas alto en utilidad y en resultados de grande importancia. Desde que tuvo principio esta corporacion entró en sus miras el promover entre otros estudios el de las lenguas orientales singularmente el Arabe que por causas muy poderosas y que están al alcance de todos merece singular preferencia para los aficionados á las letras en nuestra España. D. Pascual de Gayangos fué el primero á quien cupo la suerte de iniciar en el Ateneo de Madrid la enseñanza de este idioma en 1835 y en 1836. En la necesidad de alejarse de este país entré yo en su lugar, si reemplazando en verdad su buen celo, ageno siempre de la preten-

sion de poder sustituirle en idoneidad y conocimientos. Obligado yo tambien á pasar á otras provincias á desempeñar cargos oficiales hube de dejar vacio este puesto que lo llenó cumplidamente aventajándome en su desempeño D. Cárlos Creux, educado en Oriente y familiarizado desde sus primeros años con el Arabe vulgar y el erudito, entre los Maronitas del Libano y entre los Ulemas, doctores y Alfaquíes del Egipto. Llamado D. Cárlos Creux á llenar un destino importante en nuestra diplomacia, tuvo esta corporacion el honroso recuerdo para mí de volverme á encargar de la enseñanza del Arabe, recuerdo lisongero puesto que volvia á sustituir á una persona tan perita. Los incesantes esfuerzos del Ateneo y los desvelos de los profesores nombrados para el efecto, lograron al fin el fruto que todos deseábamos y que indudablemente fué el objeto principal de las miras ilustradas de esta corporacion. Cuando las de esta clase logran que el gobierno tienda una mano protectora á una enseñanza olvidada, aunque utilísima, logran un triunfo glorioso porque han demostrado la necesidad de ella y el deber que el gobierno tenia de protegerla. Esto se consiguió en 1843 en que el gobierno de S. M. estableció y dotó cumplidamente una cátedra de Arabe en la universidad central de Madrid, llamando para llenarla al mismo D. Pascual Gayangos que antes habia ocupado este puesto y que durante su permanencia en el estrangero, siguiendo en el cultivo de las letras Arabes habia conseguido un nombre esclarecido con la publicacion en idioma inglés, de la historia de España de Almakkari, y que escribió con el título de las dinastías Mosléмicas. Desde este punto, los deseos del Ateneo han quedado cumplidos, pues ha visto ya asegurada la enseñanza de un ramo del saber humano indispensable de todo punto para las letras españolas, pudiendo considerarse sus esfuerzos en propagar estos conocimientos, no ya como antes para que no acabara de estinguirse la centella de su enseñanza, sino para coadyuvar con todas sus fuerzas á las intenciones del gobierno.—Este, despues de establecida la cátedra en esta universidad central, ha inaugurado otras dos allí en donde en pie todavia los muros de los alcázares musulmanes, floridos sus pensiles, corrientes sus aguas y fuentes, y sus algimeces y paredes incrustradas de cifras, festones y arabescos parecen no necesitar mas que de la habla para realizar la resurreccion cumplida de los tiempos de los Beni Humeyas y Nazerstas, de los Almanzores y Abderahmanes de las Aixas y las Zoraidas. Sevilla y Granada cuentan en sus universidades con esta enseñanza, y acaso no estará lejos el dia en que la ilustracion del gobierno conozca que para dar su fruto esta asignatura deberá dividirse en dos cursos con sus respectivos maestros. Y no será por cierto un lujo escesivo en la enseñanza, ni un prurito estraño á la importancia de la materia, el mirar con alguna predileccion estos conocimientos para que lleguen á la altura á que deben rayar. No es sola la consideracion general de que cuanto mas se cultiven los idiomas y letras orientales se allegan nuevos datos, nuevas noticias, hechos desconocidos, curiosos pormenores que resuelven dudas históricas, problemas filosóficos que esclarecen la filiacion de los pueblos y sus vicisitudes, derramando gran luz sobre las catástrofes de las naciones antiguas, y la marcha que han seguido las grandes familias humanas: ademas de estas consideraciones generales que inclinan el ánimo de la sábia Europa al cultivo de todos los idiomas orientales por estraños y difíciles que parezcan, hay para nosotros razones de indeclinable necesidad que nos obligan á este estudio. Ello es, que dos pueblos que han vivido por siete siglos, no solo en un mismo suelo, sino casi debajo del mismo techo han de estamparse digámoslo así recíprocamente mil hondas huellas de respectiva existencia en el habla, las costumbres, en los gustos y aficiones, en su nomenclatura, con otros mil recuerdos en sus historias y tradiciones que con el transcurso del tiempo no pueden entenderse ni esplicarse sin estudiar detenidamente los documentos de toda especie conservados por el tiempo lo cual no puede cumplirse sin el conocimiento del idioma. Como á los Arabes les cupo la suerte de ser vencidos saliendo de aquí espulsos y desvalidos, fuerza es el estudiar su idioma, si los hijos de los vencedores deseamos la esplicacion de mil frases que pronunciamos, de la nomenclatura de ciudades, villas, montes, rios de denominacion oriental que por todas partes nos cercan, si queremos la interpretacion de los manuscritos y pergaminos que ruedan en nuestras bibliotecas, ó que á cada paso se encuentran entre paredes, ó la inteligencia de las monedas é inscripciones que todos los dias se hallan nuevamente en escavaciones ó derribos, ó si buscamos en fin la causa y fundamento de muchas de nuestras leyes y costumbres, ó nos proponemos restaurar el edificio de nuestra historia, muy desmantelado en las partes mas principales de ella, con las relaciones, memorias y documentos que á veces nos proporcionan los historiadores Arabes, aunque no siempre tan copiosamente como los curiosos deseáran. Cuando los dos pueblos andaban unidos en este suelo, por lo mismo que eran tan familiares y que tan íntimamente se conocian, no era necesario estudio particular para comprenderse recíprocamente y para darse razon de los hechos y de los usos respectivos de cada uno. Por lo mismo se echa de ver en los escritos del Arzobispo D. Rodrigo llamado por los Arabes el almitran de Toledo, lo familiarizado que se encontraba en todas las historias Arábigas como si hubieran sido su estudio cotidiano y familiar. Es indudable que todo lo que omitió aquel insigne prelado fué no porque lo ignorase sino porque siendo conocimiento vulgar y del comun de las gentes, consideraba por inútil é inoficioso el repetirlo. En nuestras crónicas, en nuestros primeros historiadores como Garibay, Sandoval y otros, se encuentran rastros indudables de que alcanzaron á ver ú originalmente, ó por medio de traducciones manuscritas que entonces circularian, muchos documentos de historiadores Arabes, que algunos han parecido ya, merced á las adquisiciones que incesantemente hacen de manuscritos orientales todos los gobiernos de Europa los liceos y universidades de esos paises, y aun muchos particulares ricos é ilustrados: otros permanecen desconocidos entre los aduares de Africa ó en las bibliotecas de las mezquitas, si es que no han perecido ya para siempre. Pero desde el siglo XVI, el celo religioso y la antipatía de raza, dieron orígen á persecucion tal en contra de la nacion vencida, que principiando por el desden, pasando luego á ser prevencion y enojo, se convirtió por fin en el odio mas encarnizado y fanático en todo lo que llevase el sello de los antiguos dominadores de la España. Al mismo tiempo que se derribaban las mezquitas, los baños y cuando pudiera recordar las costumbres Moslémicas, se destruia cualquier monumento escrito que se encontraba, se alteraban los usos de la vida para separarse de las antiguas costumbres comunes con los Arabes, y en las universidades y en las escuelas, y hasta en la imprenta, que entonces principiaba en sus ensayos se hacia muy particular el estudio en repeler de la frase toda palabra, toda pincelada en el estilo y de las pláticas y libros toda frase, toda razon que oliese aunque de lejos á la diccion, al hablar y al modo de escribir de los Arabes.

En la traduccion que se hizo á mediados del siglo XVI de la geografía de Appiano Alejandrino son muy notables las palabras siguientes que se contienen en el prólogo ó introduccion; dice así: «Me parece que traduciendo estas artes en lengua española no se aprofanan pues entre todas las lenguas vulgares sin perjuicio de las otras se puede bien decir es la mas abundante, viril y sonora y mas comun á diversas naciones y pueblos del mundo: la cual con singular diligencia de muchos varones letrados que componen libros con grande industria y sumo artificio se enriquece cada dia, desechando de sí la escoria de algunos vocablos árabes y tomando muchos latinos, torna á cobrar su antigua nobleza de romance.»

Se llamaba escoria del lenguage por estos hombres aficionados á las letras, á palabras derivadas de una lengua primitiva, enlazada mas ó menos inmediatamente con los idiomas mas elocuentes y ricos

que se han hablado en el mundo, y enriquecida por miles de escritores émulos en sabiduría de los sabios nombrados de Roma y de la Grecia. Acaso al ofrecerse al pensamiento dos ó mas palabras de ambos idiomas rivales en España para significar una misma idéntica idea, deberia preferirse la de origen latino por sernos mas familiar y materno, por guardar mas consonancia con la base y urdimbre de nuestro lenguage, y por sernos mas clara y perspícua su filiacion y procedencia. Pero tomar motivo y causa de aquí para proscribir cuanto sonase á Arabe, ó que recordára el dominio y señorío de aquellas gentes, lo consideraremos siempre como un funesto estravío. Las mismas cualidades de sonoridad, virilidad y abundancia que el citado escritor reconocia en nuestro idioma las debe indudablemente á las diversas fuentes de que se derivó, todas puras y de raudales límpidos y clarísimos. El imitarse tan felizmente en nuestro idioma los cánticos de la Biblia, los sáficos, ditirambos y versos Anacreónticos de los Griegos, la numerosidad, y lo profundo y sentencioso de los Latinos; ya en verso ya en prosa y en fin, el remedar con tal exactitud los cantos de los Arabes en nuestros romances, ó lo encumbrado de sus pensamientos en nuestros conceptos, se debe sin duda, á que en el castellano residen elementos vivos y palpitantes de todos aquellos idiomas, y recuerdos de los pueblos y generaciones que los hablaron. Es por cierto imágen de la inmensidad, si se quiere atalayar con la vista del pensamiento desde un confin del habla Castellana las riberas opuestas de sus grandiosos dominios. El que lea la Biblia de Ferrara y los curiosísimos libros de los Judios, que pase la vista despues por la crónica general, el conde Lucanor y otros documentos de recuerdo Arabe, y despues traslade su lectura á la traduccion de Coloma, ó á la Guerra de Granada de D. Diego de Mendoza, se maravillará sin duda de encontrar registros tan varios y aun opuestos en el mismo instrumento, ó creerá imposible que tal variedad de ecos puedan reducirse y recogerse á un solo idioma. Por eso la riqueza del Castellano es de tan buena ley y jamás sus términos y palabras podrán considerarse como el fardaje inútil de una palabrería ninia é inoportuna. Como este idioma se ha trabajado pulido y cincelado digámoslo asi, por generaciones y pueblos tan opuestos en ideas, tan diversos en origen y tan encontrados en creencias, de aquí sus variadas y ricas entonaciones porque las palabras han tenido que obedecer la direccion de los diversos pensamientos; se han modificado abundantemente, pero sin confusion, y se han combinado de cien y cien maneras á veces pintorescas, á veces elocuentes; cuando en son de sentencias, cuando en forma de chistes, ora con sublimidad, ora en fin con cuantos dotes felices pueden demandarse á la espresion mas adecuada de la idea, creándose asi un idioma que puede imitar fielmente las entonaciones de las lenguas madres de que se deriva. Si en este punto y bajo esta razon entra en nuestro idioma como elemento tan importante la lengua Arabe, no es de seguro menos esencial su conocimiento para la inteligencia de nuestra historia. Muchos problemas oscuros hasta el dia, cien dudas suscitadas por las especiosas razones de la mala crítica y muchos puntos vacilantes en la cronología y sucesion de los hechos se resuelven, se fijan y se establecen con toda certidumbre por medio de las historias Arabes. La existencia de Pelayo dudosa si no negada por algunos críticos del siglo XVIII se encuentra confirmada, con tantas ó mas circunstancias maravillosas y de esfuerzo por los historiadores Arabes y singularmente por un anónimo que escribió los sucesos primeros de la conquista. La batalla de Alarcos cuya pérdida puso á peligro de nuevo la libertad de toda España la atribuyen nuestras crónicas á la tibieza, sino á la traicion de uno de los primeros Ricos-hombres y por la historia de nuestros enemigos se viene en conocimiento de que la jornada se perdió por las evoluciones equivocadas de nuestros escuadrones de Caballeros. La mortandad por parte de los moros en la batalla de las Navas de Tolosa, puesta en duda con desdeñosa ironía por la misma laya de críticos del siglo pasado, no hay cosa por cierto mas averiguada y de mas segura confirmacion en los mismos contrarios. Como ellos en sus relaciones no aumentan á sabiendas sus pérdidas para no dar ventaja ni galardon á los cristianos, ni dejan de confesar el número de sus mártires por no defraudar los merecimientos de su martirio merecen sus asertos indudable fé y crédito. Pues ellos mismos dicen que la matanza fué tan horrible que quedaron despobladas provincias enteras del interior de Fez y de Marruecos de modo que atribuyen á este suceso el advenimiento de los Beninerines que habitaban en la region del Zab al Sur del Imperio. Encontrando sin habitadores ni guardas, aquellas inmensas llanuras porque unos y otros se habian desquiciado sobre España para la guerra santa pereciendo en ella; se vinieron entrando en busca de puestos y abrevaderos por aquellos distritos desiertos hasta encontrarse frente á frente con los Almohades á quienes destruyeron. Ello es cierto que de la inmensidad de gentes y de tribus que acompañaron á Mahomed el Nazer llamado el verde por nuestros historiadores, pocos fueron los que lograron volver á ver las costas de Africa y las cordilleras del Atlas. Fueran innumerables los ejemplos que en tal órden pudieran citarse y que todos persuaden sino arrastran al convencimiento de la necesidad del Arabe para la inteligencia de nuestra historia.

Pues el que cultivando las letras y lleno de hastío por las estériles producciones del dia sin escluir mucha parte de lo que se imprime en Francia, quiera entrar por rejiones desconocidas sin dejar de ser españolas, hallando fuentes inagotables de ideas nuevas, de pensamientos peregrinos, de sentimientos y de maravillas y portentos semejantes á las Mil y una noches, no tiene mas trabajo que el abrir por medio de las nociones del Arabe las ricas puertas de la literatura Aljamiada. Ella es por decirlo así las Indias de la literatura española que están casi por descubrir y que ofrecen grandes riquezas á los Colones primeros que las visiten. Las noticias de esta literatura no se escaparon á la vista perspicaz de Cervantes que fuera de sus grandes dotes como ingenio y como escritor era verdaderamente omnisciо en todo lo tocante á España y á los españoles. La ficcion del hallazgo de los papeles escritos en caracteres Arabes dados despues á traducir á un morisco encontrando en su traslado la obra incomparable de Cide Hamete Ben Engeli dá suficiente motivo para esta conviccion. De tal modo se borró despues la memoria de estos documentos y literatura que se consideraban solo como libros supersticiosos de los Arabes. El mismo Silvestre Sacy dando cuenta de un manuscrito de esta clase que habia encontrado, resistiéndosele su interpretacion como no podia menos de suceder, dedujo y publicó que aquel y semejantes manuscritos estaban escritos en el Arabe corrompido de Mascate. El Señor Conde fué el que le sacó de su error manifestándole que tales manuscritos eran moriscos, escritos en castellano con caracteres Arábigos y todos salpicados con fórmulas moslémicas y citas y sentencias Arabes. La dificultad de descifrar y entender estos documentos por su estrañeza fué tal que el mismo Sr. Casiri y otros maronitas que en el siglo pasado trajo el gobierno para implantar de nuevo en España los estudios orientales, los bautizaban como Turquescos ó Persianos encontrándose con tales notas y calificacion del propio puño de aquellos eruditos, muchos papeles de esta clase en la Biblioteca nacional. Y no es de maravillar la dificultad de esta cifra, que asi podemos llamarla pues el haber de suplir nuestras vocales desconocidas en la escritura Arabe por sus nociones de pronunciacion oscura y equívoca, el empleo de contínuos arcaismos y de giros estraños y la repeticion incesante de las fórmulas y sentencias Alcorónicas enunciadas, con muchos términos y palabras tomados con leve modificacion del Arabe ofrecen tal confusion y estrañeza, que solo con nociones no muy someras de este idioma, con gran pericia en los secretos y curiosidades del castellano y con mucha familiaridad en las costumbres y escritos anteriores al siglo XVII se pueden esplicar satisfactoriamente. El orígen de esta literatura se debe indudablemente á aquella época en

que por las conquistas que hicieron los Reyes de Aragon y de Castilla en los siglos XII y XIII quedaron grandes porciones de terreno ó acaso provincias enteras, habitadas por Arabes mudejares ó tributarios, que se miraban aislados sin comunicacion con sus correligionarios y hermanos de Valencia y de Granada. En tal aislamiento iban perdiendo insensiblemente el habla de sus mayores, pero conservando siempre su odio y aborrecimiento á los enemigos de sus creencias y queriendo estar separados de ellos lo mas posible. Por lo mismo ya que no podian recatarse de sus contrarios en el idioma hablado, creian hacer una obra meritoria, conservando sus tradiciones, sus creencias, sus jadices, historias y secretos de familia, escritos por manera tal que fuesen ininteligibles para sus contrarios empleando por tal causa los antiguos caracteres de sus padres. Segun todas las señas son de Aragon los primeros documentos que se encuentran de esta clase pues allí fué donde primero quedaron moros mudejares ó sometidos, sin tener correspondencia y comunicacion con los Arabes independientes, inclinando tambien á esta creencia los términos é idiotismos Aragoneses que se encuentran en los papeles Aljamiados mas antiguos. Uno de los documentos mas importantes de esta clase es un libro llamado *el Mancebo de Arévalo* que se conserva en la Biblioteca Real. Es una peregrinacion escrita por un mancebo que se propone pasar á la Meca y en la introduccion dice que ha querido escribir su viaje en lengua castellana *porque es la suya materna*, pero como esta peregrinacion suena hecha poco despues de la toma de Granada, es época muy posterior que nada puede probar contra la mayor antigüedad de los Aragoneses en este ramo de literatura. Por lo demas el *Mancebo de Arévalo* es uno de los libros mas curiosos que en este ramo pueden consultarse, porque sin tomar en cuenta la abundancia y gala con que está escrito en sabroso castellano, con mil primores de locucion Arabe, sin rayar en lo enrevesado y estraño que se nota en otros escritos del mismo género, se encuentran en él muchos datos curiosos sobre las costumbres de ambos pueblos en aquella época y en algunos pasajes tal sentimiento y entonacion de melancolía que hacen impresion profunda en el leyente. El pasaje en que Venegas pariente inmediato de los Reyes destronados cuenta al *Mancebo de Arévalo* la pérdida de Granada y la caida de su familia es una sentida elejia de Messenia. El poema de José citado ya por algunos curiosos y que deberá imprimirse para formar série con la coleccion de poetas castellanos anteriores al siglo XV del Sr. Sanchez, es tambien un documento muy importante. Es una paráfrasis ó amplificacion de la historia de José y de Putifar, siguiendo no la tradicion bíblica, sino el poema persiano muy conocido y leido por todo el Oriente con el nombre de Jussuf y Zuleika. Esta composicion aljamiada es de dimension y calibre importante, pues cuenta con cerca de 400 cuartetos de versos Alejandrinos. Muchas veces estos versos pierden la medida como fraguados por un poeta cuyo oido, falseaba á veces no encontrando la medida exacta y se convierten en una prosa rimada. Segun los sones de esta composicion y los términos y giros empleados en ella, recuerda la época y manera del Rabí D. Santos. Puede servir de objeto para los estudios de los hablistas y prestar motivo para curiosas investigaciones á los historiadores de nuestra literatura. La historia de Alejandro el Magno ó de *Zu-Karnein* como le llaman los Arabes; es una rica mina de poesía y de invencion, libro que parece traducido del Persa y que tambien deberá ser conocido en cuanto en España permitan las vicisitudes de la época, consagrar á esta clase de conocimientos, una publicacion ó revista que revele á los aficionados y estudiosos esta clase de curiosidades. Fuera prolijo el enumerar las riquezas de este género que se contienen todavia en nuestras Bibliotecas y Archivos, y que ván pareciendo nuevamente por todas partes; baste decir que los aficionados á casos de imaginacion no hallarán en parte alguna cosa de mas rica invencion que la historia de Temim Aldar, la de la linda Cardayona, de la ciudad de Alaton y otras del mismo género. Los itinerarios y otros apuntes de viajes pueden servir de datos preciosos para la geografía. Los recetarios y los papeles aljamiados que á cada paso se encuentran sobre enfermedades, plantas y antídotos pueden dar mucha luz para la medicina, la botánica y la veterinaria, y esto hablando solo de esta literatura, medio española y medio Arabe, pues si tomamos en cuenta la importancia y el número de libros de Medicina que se encierran solo en la Biblioteca Escurialense, se pudiera decir que la historia de la Medicina no se escribirá debidamente, hasta que se esploten los tesoros allí escondidos. Tambien en la literatura aljamiada se encuentran libros de historia, pero en número mas escaso que los de otras materias, siendo muy importantes los datos que de ellos se desprenden y que prueban la coninvencia en que los moriscos estaban con los enemigos de nuestra patria para dañarnos y comprometer la integridad de nuestro pais, cosa que esplica sino disculpa del todo, al todo la terrible medida que se tomó con ellos.

(Concluirá.) SERAFIN E. CALDERON.



Un templario.

LOS TEMPLARIOS EN ESPAÑA.

Veinte años eran pasados tan solo desde el dia en que el animoso Godofredo de Bullon tremolara el estandarte de la Cruz sobre las murallas de la cautiva y aflijida Jerusalen, librándola del afrentoso yugo de brutales señores, y sin embargo sus deseos no se habian realizado, el fruto de sus victorias se habia perdido, porque el reino de sus sucesores se estendia hasta donde alcanzaba el pie de sus soldados, y en tanto los peregrinos que al través de largas marchas é infinitas penalidades llegaban en romería á visitar los santos lugares en que fueron los misterios de nuestra redencion, eran saqueados y muertos por bandadas de sectarios del Alcorán, cuyo fanatismo los llevaba hasta las puertas de la Ciudad Santa. En vano partidas de soldados recorrian las inmediaciones en su persecucion. Lijeros como el tigre de sus arenales huian si eran menos en número, lanzándose sobre sus enemigos cuando estaban seguros de la victoria.

Y lo que no habrian podido conseguir grandes soberanos, teniendo en sus manos toda clase de medios y útiles, llegó á realizarlo un solo hombre sin mas riquezas que su espada, ni mas poder que el de su imaginacion, este hombre fué Hugo de Paganis, ayudado por Godofredo de Sante Omer y otros siete compa-

ñeros. Presentáronse al Patriarca haciendo en sus manos voto de Religon y consagrándose al servicio de Dios en forma de canónigos seglares. Balduino II que gobernaba á Jerusalen, sabido su intento, dióles una casa cerca del Templo de Salomon de donde tomaron nombre. Bien pronto la fama de sus multiplicadas hazañas llegó á noticia de todos los estados de la cristiandad, y muchos caballeros corrieron á alistarse en unas banderas que siempre daban la victoria. El Patriarca Estevan sometió al concilio Trecense la formacion de esta órden y el concilio aprobó su instituto, dándoles el Papa Honorio II reglas contenidas en 72 capítulos.

De entre los caballeros que habian corrido á aumentar las filas del Temple los habia españoles, y como quiera que en su nacion se sostenia igual guerra contra los enemigos del cristianismo, no bien hubieron tenido ingreso en la órden, tornaron á la península en busca de combates donde sustentar el juramento que habian hecho y sea que el nuevo hábito y las hazañas de sus compañeros les infundiesen valor, ejecutaron tales proezas que admirados los Reyes todos que en aquel entonces se dividian la España cristiana, no pudieron menos de concederles varios de los lugares que ellos arrancaban al poder de los árabes y llegó á tanto el agradecimiento de uno de ellos, Don Alonso el Batallador Rey de Aragon, que estando poniendo cerco á Bayona el año 1119, ordenó su testamento dejando la sucesion de sus reinos á los caballeros del Temple, juntamente con otras dos órdenes religiosas segun se deja ver del siguiente estracto de su última voluntad. «En el nombre del sumo é incomparable bien que es Dios, yo D. Alonso Sanchez Rey de los Aragoneses, Pamploneses, Rivagorzanos, hago este mi testamento dejando por heredero y sucesor mio al sepulcro del Señor que está en Jerusalen y á los que velan en su custodia y sirven allí á Dios, al hospital de los pobres de Jerusalen y al Templo de Salomon con los caballeros que allí velan para la defensa de la cristiandad. A estos tres dejo mi reino y el señorio y jurisdiccion que me toca sobre todos los hombres de mi tierra asi Clérigos como Legos, Obispos, Abades, Canónigos, Monjes, Grandes, Caballeros, Labradores, Mercaderes, hombres, mugeres, pequeños y grandes, ricos y pobres, judios y sarracenos con las mismas leyes y costumbres que mi padre y mis hermanos y yo los hemos tenido agora y los debemos tener y regir.

Como era de presumir los aragoneses á la muerte de D. Alonso en la desgraciada batalla de Fraga, se negaron á dar cumplimiento á una disposicion que echaba por tierra los famosos fueros de Sobrarve, adquiridos á costa de tanta sangre, y ofrecieron la corona á D. Pedro Atares Señor de Borja, que la rehusó por motivos particulares viniendo á ornar las sienes de Ramiro el Monje, trás un interregno de algun tiempo, causado por ocultos manejos de García Ramirez electo Rey de Navarra que ambicionaba las dos coronas. Los templarios en su vista renunciaron de su derecho, recibiendo en cambio algunos pueblos y castillos y un tributo. Siguiendo la historia de Aragon vemos á esta milicia acompañar á D. Alonso II el Casto en las conquistas de Algas, Mataraña, Guadalob, Calanda, Martin Alambra, Caspe y otros pueblos en las campañas de 1168, dándoles en premio á sus servicios la tercera parte de la ciudad de Tortosa y la quinta de la de Lérida, las villas y castillos de Alambra, Orrios y la Peña de Ruy Diaz en presencia de los Maestres Provinciales de Francia y Provenzan, Fr. Gilberto Haral y Arnaldo de Claramonte. En 1198 disputaba el Rey D. Pedro II á su madre Doña Sancha la posesion del castillo de Ariza que aquella tenia y como quiera que nunca faltan parciales en dos bandos, el Aragon era presa de una guerra civil; condolidos de tanta desgracia los caballeros del Temple propusieron terminar aquellas diferencias y lo consiguieron felizmente en Daroca. En 1210 ganaron tres castillos á los moros de Valencia, el de Aldamar, Castelfavib y Sertella. Habiendo muerto D. Pedro el Católico en Francia en la guerra de los Albijenses su hijo D. Jaime de edad de seis años hecho prisionero y rescatado trás muchas y largas negociaciones, fué puesto bajo la tutela de D. Guillen de Montedon, Maestre Provincial del Temple en Aragon como el hombre de mas virtudes, y valor que se conocia en todo el reino cualidades que no desmintió un momento todo el tiempo que duró la Regencia y cuando el gran D. Jaime hubo podido manejar en sus manos la matadora espada, dando principio á sus incesantes campañas que le valieron el sobrenombre de conquistador, los templarios corrieron los primeros alrededor del estandarte Real, con gran número de caballeros y gentes de guerra, que hacian mucho gasto á su órden y padeciendo grandes trabajos y fatigas, debiéndoseles casi toda la conquista de Mallorca y Valencia, que no desampararon un punto siendo recompensados por D. Jaime.

No menos en Castilla luego que hubieron establecido su órden, diéronse sin descanso á la guerra contra el Islanismo acompañando á D. Alonso VIII en la toma de Cuenca y decidiendo la tan nombrada batalla de las Navas el Maestre D. Gomez Ramirez, que mandaba con sus caballeros un ála de ejército que despues de haber resistido el terrible choque de un numeroso cuerpo enemigo, atacó á su vez introduciendo la fuga y el desorden. El Santo Rey D. Fernando queriendo premiar sus señalados servicios en la toma de Sevilla, les donó la villa de Frexenal y varios pueblos sobre cuya posicion tuvieron tantos pleitos y contiendas á la estincion del Temple, la ciudad de Sevilla y los caballeros de S. Juan. Tambien en Castilla sirvieron de intermediarios para arreglar las diferencias que tenian D. Jaime de Aragon y D. Alonso el Sábio, promovidas por haber este puesto sitio á Xativa, siendo asi que pertenecia á las conquistas del primero logrando terminarlas satisfactoriamente. Casi por este tiempo se habia levantado en Badajoz una gran contienda entre los portugueses que allí habia y el linaje de los bejaranos, contienda que tenia en alarma á todo el pais y que se propuso terminar el Maestre del Temple lo que consiguió derrotando á los rebeldes.

En Cataluña el Conde D. Ramon Berenguer vistió el hábito del Temple profesando solemnemente y haciéndoles donacion de varios castillos y pueblos. Por su parte en Navarra el año 1157, D. Sancho el Bravo, agradecido á los auxilios que le habian dado en las contínuas lides que habia mantenido, les dió una considerable estension de terreno entre Fontellas y Ribafonada. A su vez Portugal en 1130 les dió favorable acogida segun se deja ver de un letrero ó inscripcion que Ramon Zapater en su historia del Cister militante trae, sacado del que se hallaba á la puerta del castillo de Thomar, primer asiento y colonia de los templarios en este reino, cuyo castillo permitióles edificar á Saldon Paez Maestre el ilustrísimo Rey D. Alfonso Enriquez, al que acompañaron á las conquistas de Alcázar y Leibos y á las batallas de Onigue y otras. En 1185 D. Sancho I les dió la ciudad de Idaña, patria segun algunos del famoso Rey godo Vamba y siendo Maestre D. Pedro Alvarez alcanzaron una señalada victoria ganando la villa de Alcázar de la Sal, en compañia de D. Alonso II á los Reyes Moros de Sevilla, Jaen, Baeza y Córdoba que juntos presentaron la batalla y juntos fueron derrotados. Su sucesor Alonso III, ávido de los muchos bienes que poseia la iglesia, apoderóse entre otras cosas del castillo de Mongadorio, perteneciente á los templarios y como se denegase á entregárselos trás repetidas reclamaciones lo escomulgaron, y atemorizado el Rey les dejó á su muerte dos mil libras.

Mas tenaz y menos escrupuloso de escomuniones Felipe IV el hermoso, Rey de Francia, luego que hubo tendido sus ojos sobre las muchas riquezas que ostentaban los templarios, deseó hacerlas suyas valiéndose de todos los medios. Sabida es la célebre causa de esta órden, los absurdos hechos de que se la culparon y la debilidad del Papa que los condenó, para que yo me entretenga en referirla y apure la paciencia de mis lectores. Felipe IV despachó cartas á todos los soberanos de los estados en que se hallaba la órden. En Aragon D. Jaime II luego que la hubo recibido los

mandó prender para averiguar los delitos de que se les acusaban, lo que sabido por ellos se hicieron fuertes en sus castillos, mas solos, cercados por una multitud ignorante, que creia las inventadas patrañas, fueron vencidos y puestos en prision. Fr. Bartolomé Belbir Castellan de Monzon, y su maestre provincial, reclamó la intervencion de un concilio á D. Guillen de Rocaberti, Arzobispo de Tarragona y con efecto reuniéronse en esta ciudad. Raimundo Obispo de Valencia, Eximico de Zaragoza, Martin de Huesca, Verenguer de Vich, Francisco de Tortosa y un suplente por el de Tortosa, siendo pesquisador Fr. Juan Loger del Orden de predicadores y General Inquisidor. Diputado por la santa sede y habiéndose procedido con la mayor escrupulosidad en todos los interrogatorios, no pudieron menos de proclamar su inocencia el 4 de noviembre de 1312, segun asi resultó del siguiente estracto de las actas del concilio. «Por lo que, por definitiva sentencia, todos y cada uno de ellos fueron absueltos de todos los delitos enormes é imposturas de que eran acusados, y se mandó que nadie se atreviese á infamarlos, por cuanto en la averiguacion hecha por el concilio fueron haliados libres de toda mala sospecha.»

Tambien en Castilla Fernando IV el Emplazado y Dionisio en Portugal procedieron á la informacion de los hechos, no bien hubieron recibido las correspondiente, cartas y aun cuando este se declaró al momento su campeon, sin embargo, por condescender con el primero, consintió en la reunion de un concilio en Salamanca, compuesto de Rodrigo Arzobispo de Santiago, Juan Obispo de Lisboa, Vasco de Guardia, Gonzalo, de Zamora, Pedro de Avila, Alonso de Ciudad Rodrigo, Domingo de Plasencia, Rodrigo de Mondoñedo, Alonso de Astorga, Juan de Tuy y Juan de Lugo, los cuales unánimes declararon por libres ó los templarios de Leon, Castilla y Portugal.

Hecha la declaracion de su inocencia en toda España se aguardaron las decisiones del concilio general, que se celebraba en Viena, á donde habian sido convocadas las dignidades todas de la iglesia y los Reyes, en cuyos estados hubiese templarios cuyo asunto era la primer materia que habia de tratarse juntamente con la conservacion de la tierra santa y la reforma del clero. El concilio, trás acaloradas sesiones decretó la estincion de la órden y en su consecuencia se espidieron bulas para su cumplimiento. En Aragon les dejaron sus bienes, pidiendo licencia para formar de sus restos otra órden militante, bajo el nombre de Santa Maria de Montesa lo que les fué concedido. A su vez en Portugal crearon la de N. S. Jesucristo no asi en Castilla donde se aplicaron sus bienes á la corona y á otras órdenes militares, inclusa la de S. Juan á la que se le dieron todos los que habia en Navarra y Mallorca.

Asi concluyó una órden que tantos dias de gloria habia dado á la nacion, conquistándola mas pueblos y castillos que caballeros contaba en su órden. Sucumbió como habian sucumbido Roma y Cartago en el apojeó do su gloria y cuando ya no podian tender mas alto las jigantescas alas. Grande habia sido su acrecentamiento en la España en pocos años pues solo en Castilla contaban 24 Baylias ó encomiendas. La de Faro, la de Amotiro, la de Goya, la de S. Felix, la de Canabal, la de Neya, la de Villapalma, la de Mayorga, la de Santa Maria, la de Villafirga, la de Villardig, la de Safines, la de Alcanar, la de Caravaca, la de Capella, la de Villalpando, la de S. Pedro, la de Zamora, la de Medina de Luitosa, la de Salamanca, la de Alconatar, la de Texar, la de Cibdad (en Cindad Rodrigo) la de Ventoso, la de las Casas de Sevilla, la de Cordoba, la de Calocozaes, la de Benavente, la de Junco, la de Cebolla y la de Villalva.

Terminaremos este artículo dando una lista de los Maestres Provinciales que hubo en Aragon y Castilla.

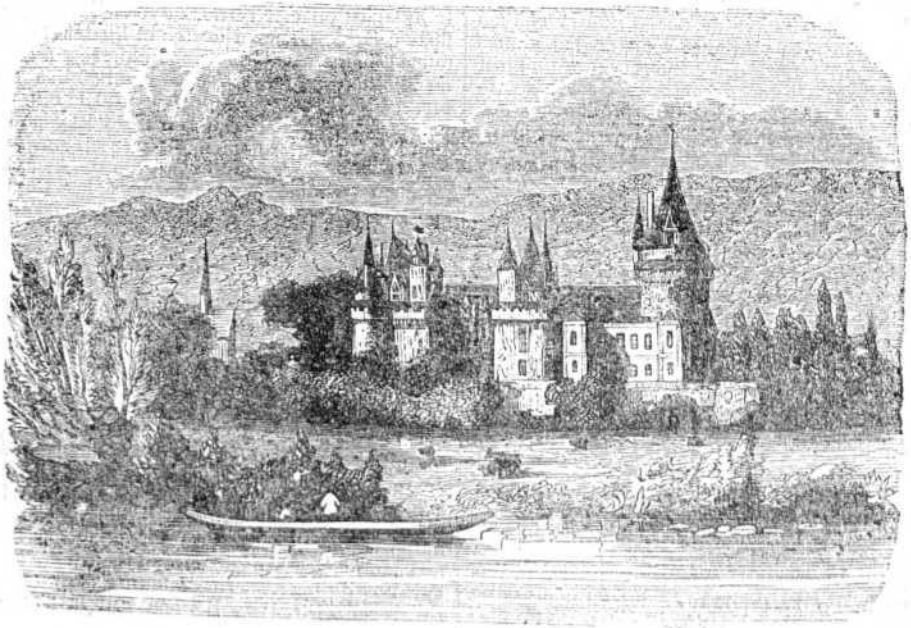
Aragon.

1143 Pedro Ravera—1149 Berenguer—1149 Pedro Rueyra—1174 Arnaldo Tarroja—1176 Hugo Jofre—1196 Arnaldo Claramonte—1196 Ramon Gurb—1210 Pedro Montagudo—1214 Guillen Montedon—1216 Adelmaro Clareto—1218 Ponce Mariscal—1221 Guillen Allair—1227 Francisco Mompesar—1230 Bernardo Champans—1233 Ramon Pastor—1236 Hugo de Monlauro—1238 Astuque de Claramonte—1239 Ramon Berengner—1250 Guillen Cardona—1265 Guillen de Pontos—1272 Antonio de Castenou—1276 Pedro Moncada—1276 Pedro Queralt—1291 Berenguer de Cardona—1308 Bartolomé Belois.

Castilla.

1152 Pedro Robeyra—1178 Guido de Gardas—1183 Juan Fernandez I—1212 Gomez Ramirez I—1221 Pedro Alvarez Aluito—1243 Gomez Ramirez II—1248 Martin Martinez—1248 Pedro Gomez—1263 Martin Nuñez—1266 Lope Sanchez—1269 Guillen—1271 Garcia Fernandez—1283 Juan Fernandez II—1286 Fernando Perez—1286 Gomez Garcia—1295 Sancho Ibañez—1296 Ruy Diaz—1297 Gonzalo Yañez—1299 Pedro Yañez—1309 Rodrigo Yañez.

L. C. E.



EL SECRETO DE LA OLLA COCIENDO.

Cierto dia, un honrado vecino estaba sentado junto á su hogar, en el que habia una gran lumbre. Reflexionaba profundamente, pero no estoy muy seguro en que fuese, fijando maquinalmente la vista sobre su cocinilla. La olla bullia y vomitaba con sordo ruido espesas nubes de vapor.

Era verdaderamente el puchero de un sábio puesto al fuego, dos patas de pollo y una chirivía, estaban encargadas de la difícil mision de condimentar un sabroso potaje.

¿No ves ese hermoso vapor blanco? dijo el marido á su muger, que atizaba el fuego; tú le dejas con la mayor indiferencia que se marche por el cañon de la chimenea; pero es bien cierto que si se supiera reunir ese humo en cantidad suficiente; podria hacerse con él una revolucion en el mundo.

Y el sábio volvió á sumergirse en sus profundas reflexiones.

La muger, sin embargo de que no era esta la primera prueba que tenia de que su marido hubiese perdido el juicio, tuvo esta última locura por demasiado exhorbitante para no pedirle su esplicacion.

Este es el secreto de la olla cociendo, contestó el sábio.

Hácia la misma época, otro loco de distinto género proyectaba un sistema de paz universal, en virtud del que todos los pueblos de la tierra se alargarian las manos y prometerian solemnemente mantenerse siempre en relaciones amistosas, como buenos vecinos. Empero este loco no tuvo tan buena suerte como el primero, que curó de su locura doscientos años despues de su muerte. Aquel continua loco, y permanecerá siempre en tan lastimoso estado, por la sencilla razon de que buscaba la paz del mundo por medio de un libro. ¡Como si un libro fuese capaz de obrar semejante portento!..... La paz universal estaba basada en el secreto de la olla cociendo.

Poco mas tarde, un español hizo con buen éxito esperimentos relativos á este secreto; pero murió olvidado sin que se diera la menor importancia á sus trabajos. Unos cien años despues, la fecha importa poco, un fabricante de gorros de algodon dió tambien en el secreto de la olla cociendo; encerró el vapor en un depósito bajo llave y le obligó á trabajar: el vapor obediente é inteligente fabricó telas. Con dos espitas y dos embolos, este gran mercader inglés destruyó la prepotencia del genio militar y terminó con mayor honra y utilidad de su pais las terribles guerras de la Europa.

Se ha dicho que Wellington ganó la batalla de Wateloo.

Enhorabuena, pues que á él se debe todo el mérito y beneficio de esa empresa militar. Empero no fué él ni Blucher los que alcanzaron la victoria, sino Wat con sus telares, canillas y lanzaderas. En el dia las guerras no son otra cosa que empresas mercantiles, un tiro de fusil cuesta tanto, un cañonazo tanto. La nacion que puede disponer de mas capitales es la que obtiene siempre el mayor lucro, como sucede en toda negociacion mercante. En tanto que la sangre francesa corria inútilmente á torrentes, mientras que sus tesoros se disipaban como nubes de polvo, la Inglaterra sacaba los millones de sus arcas, y con ellos ponia en movimiento los ejércitos de Europa y pagaba regularmente sus jornadas. ¿Pero quién suministraba á la Inglaterra esas inesperadas riquezas tan exhorbitantes en comparacion de las que poseian las demas naciones? Unicamente la máquina de Watt. El fabricante de telas de algodon fué el que derrivó á Napoleon, emperador de los franceses, rey de Italia y protector de la confederacion del Rhin. La espita venció al cañon.

Por último, otro loco, pero este fué declarado tal prévias las formalidades legales por todo el Instituto francés en cuerpo, trató de aplicar la olla cociendo á bordo de un navio; suprimir la arboladura y marchar contra viento y marea. El ensayo obtuvo feliz éxito y los marineros que vieron por la primera vez, una embarcacion que arrojaba humo dijeron ingeniosamente meneando la cabeza: he allí un navio que lleva el fuego á bordo, y se apresuraron á ir á socorrerle. Pero á medida que se aproximaban temiendo muchos que aquel navio incendiado fuera del diablo, ó una especie de monstruo marino desconocido que corria mucho mas que ellos, se quedaron mudos de sorpresa y desistieron de perseguir á aquella boca flotante del infierno. Las tales gentes ignoraban aun el secreto de la olla cociendo.

Ahora vemos ya poblados los mares de semejantes vajeles, que los atraviesan en todas direcciones y se trasladan de uno á otro continente, con curso mas rápido que el vuelo de las golondrinas, á impulsos solo de un poco de vapor.

No hace mucho ví una de esas ciudades flotantes que se las gobierna con el auxilio de una sola válvula. Figúrense Vds. una catedral cuyos pilares son de hierro fundido, formando galerías por las que circula el aire al través de los balancines que se mueven al ruido acompasado de los golpes y rechinamiento de los embolos, en medio de una estraordinaria multitud de motores visibles é invisibles, que producen crugidos terribles no sujetos á ningun diapason. Figúrense Vds. que encima de este diabólico y disforme horno, cuece sosegadamente la comida de la tripulacion sin mas fuego que el de la máquina; el agua del mar que vá destilándose silenciosamente segun se necesita, y por último dos ruedas colosales mas altas que el cuarto piso de una casa, capaces de destrozar y reducir á polvo el monumento del Dos de mayo con su simple contacto, colocadas á los costados del navio, oprimiendo aquellas elevadas y prodijiosas olas que los poetas hacen subir hasta los cielos, y las quebrantan y convierten en espuma despidiéndolas lejos de sí amansadas, rotas y exhalando sordos gemidos.

Todo esto aun no es muy admirable. Un carretero de tan buen juicio como el Instituto, vió cierto dia conduciendo su carreta, á unos hombres ocupados en abrir un camino, que pasaba ya por la cima de los árboles, ya bajo tierra por una bóveda. Le dijeron que era un camino por el que marcharian solos los carruajes. El carretero que jamás habia visto andar una carreta sin caballos, dió un latigazo á los suyos y continuó su camino encogiéndose de hombros.

Y sin embargo ¿cómo es que las naciones no se quedaron asombradas cuando se colocó la máquina sobre cuatro ruedas, y vieron pasar los hombres como Dante veia pasar los muertos arrastrados por los torbellinos? ¿cómo es que no asaltó á los pueblos el presentimiento religioso de que su suerte habia cambiado y que se habian aproximado á Dios en tres civilizaciones? En otro tiempo, no se daba la mas insignificante batalla entre pequeñas partidas de hombres que tuviesen pretensiones de ejército, sin que se viesen cometas y augurasen su adverso ó feliz éxito profecías maravillosas.

Los caminos de hierro se instalaron insensiblemente, con tanta lentitud que nadie ha comprendido aun todo su poder. Conozco, por haber observado tanto como el primero, aunque no tengo la presuncion de decir, que tambien, la infinita é inagotable poesía de la naturaleza. Las estrellas son mis mas antiguas amigas; admiro con frecuencia esas espléndidas y melancólicas amantes, hijas de la noche que gozan de su sol bien castamente á millones de leguas de distancia, y me he pasado los dias enteros mirando como se difundian y estrellaban las espumosas y rugientes olas en los agudos picos de las rocas; que Dios crease el mundo, se concibe; pero que el hombre haya llegado á penetrar el secreto de infundir al hierro en cierto modo un alma, darle respiracion y el movimiento de la vida, me parece una obra todavia mas admirable. ¿Qué será pues cuando el arte se apodere de esos terribles locomotrices y les dé caprichosas y fantásticas formas de animales? Como quiera que sea, no deja de ser un espectáculo muy maravilloso el de un convoy lanzado en medio del espacio.

Aquella caldera que arrastra en pós de sí largas filas de carruajes se parece al caballo infernal de la

balada; en ella se dice que los muertos iban de priesa, ahora corren ya mucho mas los vivos. Comienza á borbotar el agua, la máquina principia á moverse, despues arroja densas nubes de humo y se lanza con portentosa rapidez en los espacios. Las casas, los árboles se remolinan y huyen. Tan pronto atraviesa por el fondo de un valle como por la cresta de los montes; por encima de las casas ó de los rios y se sumerge en las tenebrosas entrañas de las colinas.

Entonces lanza un agudo silvido, penetrante, desgarrador, y desesperado, chispean sus ruedas sobre el pavimento, el resplandor de sus candentes costados se refleja de una manera fatídica en medio de la lobreguez de la noche, sobre los siniestros muros del subterráneo, y el eco repite sin cesar con lamentable acento por aquellas bóvedas el desacorde chillido de la máquina. Pero la noche pasa y el viajero vuelve á ver la luz del dia, el azulado cielo y las colinas cargadas de verdes hojas. A veces una sombra rápida se proyecta en el vidrio de los carruajes; es otro convoy que marcha en sentido inverso. Y cuando se ha llegado al término del viaje, la máquina se deja conducir sosegadamente para ser inmolada como la becerra de Hecantobe; deja escapar el vapor como por una herida abierta en uno de sus flancos, se estremece todo el aparato de una manera espantosa, exhala un postrero y sordo gemido y queda inmoble. Ya no es mas que una grande mole inerte.

La industria, aun cuando no tenga un carácter particular, por mas que se proclame positiva y se alimente esclusivamente de cifras y de cálculos, es la cosa mas poética de este mundo; es tambien el testimonio mas sublime de la divinidad del hombre y es en fin la carta en virtud de la que la inteligencia ha libertado del yugo á la inteligencia.

En los pasados y remotos siglos cuando las sociedades aun estaban en su cuna, el hombre no conocia otra máquina que él y su semejante; era pues preciso emplear un gran número de hombres y de brazos: de aqui tuvo origen la esclavitud. Cuando no se conocian los molinos, era indispensable que un hombre estuviese ocupado en dar vueltas á la rueda; este hombre era una verdadera máquina, pero máquina costosa y poco productiva. Una parte de la humanidad estaba condenada á no tener jamás idea alguna de su inteligencia; representaba solo una rueda, la mano de un mortero, ó unas parihuelas.

Posteriormente el hombre halló el medio de hacer ejecutar á la materia inerte lo que obligaba á hacer á su semejante y la máquina ocupó el lugar del esclavo.

Ahora se quiere plantear la democracia, es decir elevar á cada hombre á la nocion é imágen de su inteligencia, hacerle nacer á la vida de las ideas y darle una parte de accion en la direccion de los negocios públicos: nada hay seguramente mas noble y grandioso, pero antes es preciso que se fabriquen máquinas que hagan el trabajo de los obreros, que les proporcionen algun descanso, y les enseñen á conocer su dignidad personal. El vapor es sin disputa mas radical é inteligentemente democrático que todos los periódicos republicanos.

En el dia la industria no quiere ya hacer la guerra por solo el detestable placer de disminuir la especie humana y distribuir profusamente charreteras y entorchados. Las naciones han llegado á constituirse de tal suerte, que tienen que mantenerse en equilibrio sin que ninguna de ellas pueda meterse á conquistadora; pero esto es únicamente una paz negativa que solo se conserva por el mútuo temor que las naciones se tienen unas á otras, y que solo depende del mayor ó menor miedo que cada vecino tiene á los vigotes del otro. La verdadera paz eterna y universal solo existirá el dia que la Europa se vea cubierta de caminos de hierro.

Entonces las naciones entablarán relaciones íntimas de amistad, se pasearán las unas por el territorio de las otras y asistirán á sus tertulias y diversiones mútuas. Adquiriremos unos mismos hábitos, unas serán tambien nuestras necesidades, nuestras costumbres y hasta nuestro carácter, no olvidando sobre todo que el estómago es el gran conciliador y pacificador de los pueblos. Tendremos en abundancia las producciones de todos los climas que cambiaremos por las nuestras y no podremos escusarnos de visitarnos mútuamente bajo cualquier frívolo pretesto los moradores de los mas remotos climas.

La América continúa aun siendo América; es decir en el estado salvage.

Con los caminos de hierro, cesarán para siempre las antipatías de unas naciones con otras, y se estrecharán tan íntimamente sus relaciones que el mundo civilizado no tendrá mas que unos mismos gustos y unos mismos hábitos. Una guerra que privase por un solo dia á los pueblos de tabaco ó de café, seria bastante para que se sublevasen contra sus gobiernos respectivos.

Todos seremos vecinos, amigos y parientes, hé aquí la gran profecía la última espresion de la olla cociendo. España, Austria, Prusia, Francia, é Inglaterra, no serán mas que provincias de un gran reino que se llamará Europa. El español, el aleman, el francés y el inglés no serán mas que dialectos de una hermosa lengua que se llamará Europea.

Démonos pues todos el parabien, grandes y pequeños, ricos y pobres, industriales y poetas de haber nacido en el siglo de los caminos de hierro, de haber seguido paso á paso sus progresos y contado los minutos de esa gran metamórfosis.

Una sola reflexion nacida del amor que profeso á mi querida patria, viene á humillar y abatir en mí en este momento el orgullo nacional. ¿Será posible? España ha marcado su estado de decadencia y de postracion hasta en esta cuestion en que tan interesado está el honor de las naciones. La adormecieron los charlatanes y fué preciso que las demas naciones viniesen á dispertarla de su letargo. Mientras que nuestros vecinos construian caminos de hierro nosotros nos ocupábamos en matarnos y levantar ciudadelas, miserable anacronismo de trescientos años.

Por fin el mal ha comenzado á repararse, el vapor se ha paseado triunfante de Barcelona á Mataró, al genio catalan toca la gloria de haber hecho rodar en España el primer locomotor. La capital del reino se ha dejado desposeer del honor que la correspondia de introducir en la nacion el elemento civilizador por escelencia. Poco falta para concluir el camino de Madrid á Aranjuez ¿pero se acabará?; de todos modos estas pequeñas líneas solo pueden considerarse como ligeros ensayos y partes insignificantes de un plan general, hasta tanto que no se pueda atravesar toda España por medio del vapor.

Indudablemente llegaremos á conseguirlo con el tiempo, entonces las distancias se acortaran, los pueblos de Europa, en los cuales el vapor vá haciendo progresos, no serán mas que una gran nacion con la cual estaremos en comunicacion mucho mas directa que ahora lo estamos con nuestras provincias; podremos asistir á los bailes de Viena ó tomar las aguas de Canton con la misma facilidad que se vá ahora al Carabanchel. Entonces para salir á tomar los aires y distraerse un poco de los negocios, será preciso alejarse lo menos quinientas leguas.

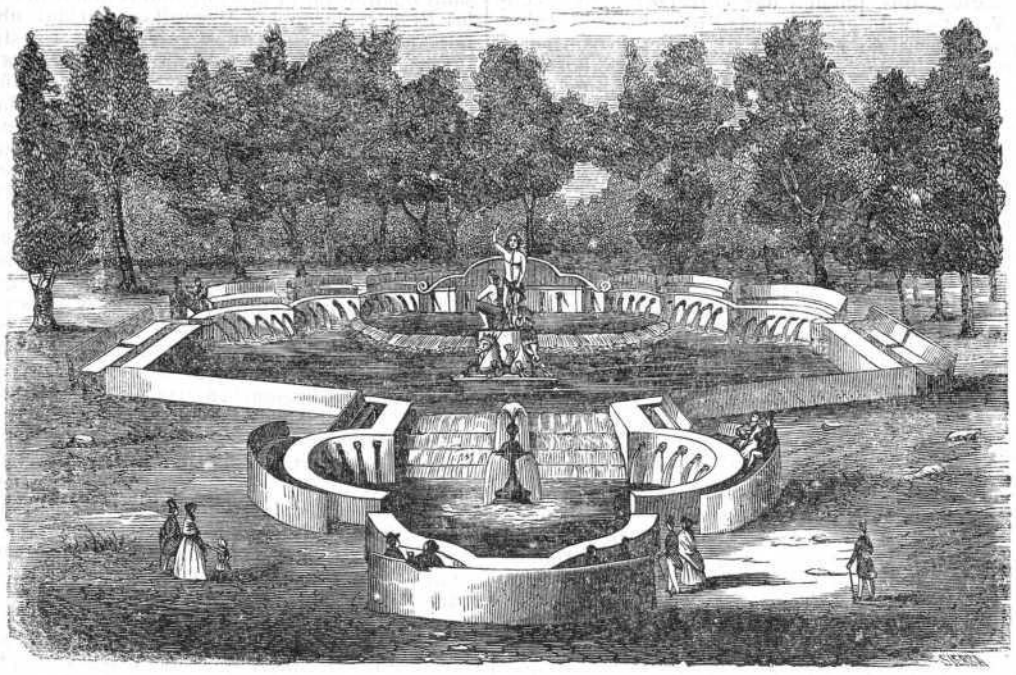
En tanto que esto sucede, respetemos al vapor que es el elemento mas positivo y útil que se ha conocido hasta el dia y cuantas veces veamos una olla bullendo en el hogar, inclinémonos respetuosamente ante ella y bendigamos al hombre de genio que halló el secreto de la olla cociendo.

Solucion del Geroglífico publicado en el número anterior.—A todo puerco le llega su San Martin.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Una gran remesa de papel para el SEMANARIO que salió con la oportunidad debida de la fábrica de Villarluengo, sufrió en el camino una detencion por las facciones, que trastornando nuestros cálculos nos ha obligado á emplear en este número papel distinto del de costumbre, esperamos que nuestros suscritores disimularán esta falta involuntaria y que no se repetirá.

MADRID: 1848—IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ.



Vista de la fuente de Priego.

LA FUENTE DEL REY EN PRIEGO.

Una de las fuentes mas notables que se hallan en España, es sin duda la llamada del Rey, con que se embellece la amena y rica villa de Priego en la provincia de Córdoba.

Está situada esta poblacion parte en terreno llano y parte sobre un escarpado cerro á cuyo pie corre el rio que nombran salado y riega su campiña, como igualmente las aguas sobrantes que despues de atravesar el pueblo por un canal de piedra son conducidas á los molinos y huertas. Nace el agua casi en la parte alta de la poblacion. entre peñascos que sirven de cimiento á un frontispicio formado de sillares almohadillados de jaspe rojo y negro colocados alternativamente, el cual impide que las aguas llovedizas que descienden del cerro conduzcan inmundicia á las potables. Este frontispicio fué edificado en 1606 segun se lee en una lápida por bajo de la imágen de Nuestra Señora de la Salud que está colocada en él, y delante hay un estanque de 57 pies de largo y 21 de ancho donde á grandes borbollones nace el agua por todas partes especialmente por las puntas de los peñones. Estas aguas se dirigen por un conducto subterráneo á la fuente que vamos á describir.

Tiene esta de largo 168 pies, y 48 de ancho y se divide en tres pilones: el primero cuyos lados se acercan á la figura semicircular, tiene 31 caños tan abundantes que cada uno de ellos arroja el grueso de la muñeca de un hombre. El agua que viene á este pilon, y no cabe á salir por los caños entra en él á raiz del suelo por un cauce al lado izquierdo y otro le entra por el derecho que viene de los grandes nacimientos que hay debajo del piso de la alameda contigua, y ambos cauces saliendo con fuerza empujan las aguas continuamente hácia arriba. En el centro de este pilon se vé un leon de mármol peleando con una serpiente, que oprimida por aquel arroja agua por la boca. Esta obra fué ensayo del célebre escultor D. José Alvarez, natural de esta villa, cuando principiaba á manifestar su inclinacion á la escultura.

De este primer pilon se desliza el agua por una grada al segundo que tiene 90 pies de largo y cae el agua en él por 14 caños. A cada lado tiene un balcon con balaustrada de hierro, al que se baja por tres gradas para beber en los caños con comodidad. En medio de este gran pilon se vé á Neptuno y Anfitrite figuras del tamaño natural conducidos en su carro por dos caballos marinos: la diosa tiene cogido con su brazo un gran pez que arroja por la boca un surtidor que se eleva á 45 pies ó mas. Este pilon estrecha sus paredes y por una salida de 15 pies de ancho ocupada por cinco gradas forma una cascada por donde se desliza aquel gran volúmen de agua.

Forman el tercer pilon á donde pasa esta, dos semicírculos en su parte mas ancha y recibe ademas agua de 18 caños. En el centro se eleva un pilar abalaustrado con un surtidor. Despues de presentar dos balcones como los del segundo pilon se estrecha hasta no tener mas anchura que cuatro pies. Allí el agua es absorvida por un mascaron enorme que de su frente arroja al pilon un caño del grueso de un brazo. Al rededor de esta fuente hay asientos de piedra con espaldar y como hemos indicado una alameda que sirve de paseo. Esta obra fué hecha á fines del siglo pasado por Remigio del Mármol.

La copiosa agua que sale de esta fuente baja por un canal y en todo su curso, que es muy largo, abastece mas de 300 fuentes públicas y particulares y despues dá movimiento á varios molinos de harina y de aceite, y aun pudiera dar mas utilidad.

Luis M. Ramirez y las Casas Deza.

DISCURSO

pronunciado en la apertura de la cátedra de Arabe del Ateneo de Madrid.

Conclusion.

Son numerosísimos é interesantes por estremo los que versan sobre los usos y costumbres del pueblo vencido y la manera con que vivian entre los cris-

tianos antes de la espulsion: sus pronósticos, sus profecías, los sortilejios de que usaban, sus cantares y todos los pormenores de su existencia, revelados en tales documentos, pueden dar entretenimiento al curioso y materia de gran novedad para los noveladores y escritores de costumbres, pudiendo separarse del camino trillado de la imitacion francesa. Por último, señores, el empeño que han tenido y tienen todavia muchos orientalistas y sábios de Europa de traer el Alcorán á un idioma vulgar y conocido y que revele todas las bellezas y todos los defectos de ese libro sublime y absurdo á un tiempo, que puso en peligro al mundo de verse esclavizado á sus fallos y preceptos, no podrá conseguirse con la perfeccion que se apetece, sin recoger y coordinar las traducciones de cada sura y de cada aleya que poseemos en nuestras bibliotecas interpretadas por doctores y alfaquíes peritos en el Arabe y en el Español y que se entregaban á su tarea con la fé de creyentes y con el entusiasmo de desterrados, que pensaban devolver á sus hijos, su religion, su patria y su independencia con la traduccion fiel de su libro sagrado. Si Sale y Kassimirski hubieran sospechado siquiera la existencia de estas interpretaciones, acaso no hubieran publicado sus respectivas traducciones del Alcorán sin consultar primero los copiosos fragmentos que nosotros poseemos de interpretaciones semejantes. No basta acaso, la utilidad que puede reportarse en el buen nombre literario para llamar la atencion de los estudiosos á este ú aquel ramo de enseñanza, siempre es conveniente el que los desvelos y vijilias del hombre consagrado al estudio de ciertos ramos difíciles, estériles y apartados del saber humano, esperen un galardon cumplido á veces, ó un premio debido, siempre que es merecido, de la ilustracion y munificencia del gobierno. Aun en este punto pueden encontrar incentivo los que se dediquen á este género de enseñanza. Ademas de las cátedras, ya establecidas y que ofrecen un porvenir sino inmediato, seguro al menos para los estudiantes de Arabe, es de esperar que se establezca en la Universidad de Valencia una asignatura de Arabe vulgar y que se aumente otro curso de Arabe erudito con su respectivo profesor en la Universidad central de Madrid, lo cual debe ofrecer empleo honroso y brillante para los que consigan aventajarse en este estudio. Dado este primer paso, el Gobierno preferirá indudablemente para los consulados en las escalas de Levante y en las ciudades principales de las costas de Africa, nó á los que presenten certificaciones de haber cursado el Arabe sino á los que por sus trabajos y publicaciones en el ramo hayan dado pruebas inequívocas de su pericia en él. Este será el medio seguro y económico á un tiempo de ir adquiriendo con parsimonía y oportunidad manuscritos Arabes sobre cosas españolas para enriquecer nuestras bibliotecas, que habiendo sido las primeras de su clase en Europa han quedado ya en último lugar por el escaso número de sus códices que antes que crecer disminuyen de dia en dia. Tanto para el estímulo de esta asignatura, cuanto en premio de los estudios de las demas lenguas sábias, es regular que se restablezca en nuestras bibliotecas el antiguo estatuto que á cada una asignaba una plaza de Bibliotecario para los peritos en ella y cierta predileccion respecto de las plazas inferiores para los alumnos iniciados en los conocimientos del Griego, del Hebreo y del Arabe. Siendo esto asi, no será nada estraño el que dentro de poco aparezca entre nosotros otra nueva generacion de Arabistas semejante á la de los Banqueris, Condes, Bacas, Merino, Lozano, Asensio y el P. Patricio de la Torre con otros muchos, que dieron á gustar en sus obras las primicias de sus trabajos y que vinieron á malograrse en gran parte con la catástrofe de 1808 y las revoluciones que han seguido despues. La gloria inmarcesible que le cabe sin disputa al Ateneo de Madrid y que reconocerán con agradecimiento nuestros sucesores es la de haber conservado la centella de esta enseñanza, sin permitir que llegara á estinguirse. Si por desgracia, tal sucediera no hubiera despues el Gobierno conocido la necesidad que al fin se habria sentido de implantar y aclimatar de nuevo estos conocimientos en España, logrando con grandes desvelos y conmuchos mayores dispendios, el plantearlos como sucedió en el siglo pasado cuando en el gloriosísimo reinado del Sr. D. Cárlos III se trajeron los Maronitas con tal objeto. Las personas estrañas á nuestro idioma, á nuestra literatura, á nuestra historia y no familiarizadas con los secretos de las crónicas y manuscritos españoles, con las leyes y fueros y en una palabra con la esencia misma de nuestra existencia como nacion y como pueblo, no pueden prestar inmediatamente con sus conocimientos orientales la utilidad que se apetece y se busca para las cosas españolas por mas eruditas y versadas que sean en el Arabe. No perciben las analogías de uno y otro idioma porque desconocen el vínculo que los une, no alcanzan las diferencias históricas porque ignoran los documentos antiguos españoles que han de conferir y cotejar y pasan por alto y sin fijar en ellas su atencion, bellezas y preciosidades que para apreciarse exijen preliminarmente el conocimiento de nuestra literatura. Por esto en el siglo pasado fué necesario aguardar á la segunda generacion de Orientalistas formada toda de naturales españoles para coger el fruto de los dispendios y afanes del Gobierno. Esta indicacion sola, manifiesta claramente los quilates del servicio que ha prestado al pais el Ateneo de Madrid coadyuvando con su buen celo y sus incesantes esfuerzos á la reaparicion de estos estudios en España, ahorrando al Gobierno mucho tiempo y no escasos sacrificios, sin necesidad de llamar una colonia estrangera de Orientalistas. Llegados á este punto no parece ajeno de nuestro propósito, ya que hemos apuntado la utilidad de todo género que traen estos estudios y que hemos trazado el laborioso camino por donde han venido en España al estado en que hoy se encuentran, señalar tambien, los trabajos literarios que se han hecho sobre el Arabe y que pueden ver la luz pública de un momento á otro. La Real Academia de la Historia por medio de la comision Orientalista que tiene en su seno, piensa publicar una España Arabe, ó una excerpta de historiadores y geógrafos Arabo-Hispanos, que ilustren y aclaren en toda forma, los siglos mas oscuros y periodos mas complicados de nuestros anales. Como la sábia Europa exige tal esmero en semejantes trabajos, si es que les ha de dar la fé y crédito que merecen, se necesita, acompañar el testo á la traduccion con el aparato de notas y erudicion que exijen estas materias. En cuanto las circunstancias permitan al Gobierno prestar su apoyo de algun modo á este pensamiento que trae consigo indispensablemente algunos dispendios, se realizará con gran provecho de la historia del pais y gloria de aquella respetable Academia. Con tal objeto tiene preparada D. Pascual Gayangos una traduccion del historiador Arabe llamado el Nowayri en la parte relativa á la dinastía de los Beni-Humeyas. Para el mismo fin ha traducido tambien el que tiene el honor de pronunciar estas palabras el Ebn-Kutia historiador tambien Arabe, nieto del Rey Witiza que escribió los primeros sucesos despues de la conquista y perdicion de España, documento precioso cuanto por él se traslucen los motivos que estimularon á parte de los Godos á hacer causa comun con los invasores. Tambien tengo traducidos varios jadices ó relaciones históricas desconocidas hasta el dia halladas en un manuscrito Arabe que á dicha llegó á mis manos. Estos jadices versan sobre los primeros años de la conquista y por ellos se fija el dia cierto en que Musa pasó á España, el punto en que se verificó su embarque y las playas en que tomó tierra, relatándose tambien en ellas la direccion que siguió y la disposicion en que estaban las provincias occidentales de España hasta encontrarse con Taric en Toledo. Tambien el mismo D. Pascual Gayangos y el que habla, tenemos prontas para la publicacion unas *Flores de literatura Aljamiada*, que es una coleccion de las historias, jadices, versos, y curiosidades mas notables por su novedad, invencion y bien decir, de los escritores de los moriscos de que hemos ya dado arriba una sucinta idea. D. Leon Carbonero y Sol catedrático de Arabe en Sevilla, trabaja con asiduidad en la composicion de

una Gramática que sirva para esta asignatura. Don Eduardo Saavedra jóven muy aventajado en estos estudios y que será lástima que los abandone, ha sacado varias copias con gran limpieza y gallardía de algunos códices Arabes, distinguiéndose sobre todo en la copia que le encargó el Gobierno de S. M. para un Infante de Sicilia, tio de nuestra Reina, muy aficionado á las letras Arabes y perito en ellas y que contiene las obras de un escritor Arabe Siciliano. D. Enrique Alix que ha sido alumno de Arabe en este Ateneo, cursándolo al mismo tiempo en la Universidad, ha emprendido trabajos quedándole ya un nombre merecido son muestras de la gloria que adquirirá cultivando este ramo del saber humano. Su traduccion del Autar que es la version de una novela caballeresca Arabe, portento de creacion y de riqueza le procurará un nombre en las letras, singularmente en las españolas, dando á conocer una invencion oriental de muchos siglos de antiguedad, de carácter primitivo que puede ser el tipo de los libros de caballeria y que nos presenta las costumbres de los habitantes del Yemen y del Hegiaz con aquella sencillez y colorido interesante que tanto nos cautiva cuando vemos en los idilios sagrados de la Biblia, las aventuras, sucesos y viajes de los primeros patriarcas. El mismo Alix ha sacado muchas copias de varios códices Arabes con ejecucion de pluma y con correccion y limpieza admirables, siendo mas notables aun estos trabajos por la facilidad y rapidez con que los desempeña. En la Numismática Arábigo-Hispana tiene hechos tambien trabajos muy apreciables D. Antonio Delgado Académico de la Historia, iniciado igualmente en el estudio de esta lengua y que con ellos ensanchará el círculo de conocimientos sobre esta materia de monedas árabes, que ha quedado casi olvidada desde la muerte de D. Antonio José Conde. Todos estos trabajos y tareas si apreciables siempre en sí, deben subir en estimacion al considerar que son fruto de una planta casi ya seca y perdida que ha vuelto á cobrar sávia y vida por el cuidado y perseverancia de algunas personas entendidas y de esta corporacion, prometiendo mayores muestras de lozanía y fecundidad con el apoyo ilustrado del Gobierno y con nuestro esmero y asiduidad. Prosigamos pues en este patriótico intento pues hay en verdad mucho de patriotismo en cultivar un idioma y unos conocimientos que por fuerza y por su propia índole han de contribuir eficazmente á la independencia de nuestra literatura y lengua prestándoles originalidad y pureza. Creo que el Ateneo de Madrid, y todos nosotros quedaremos cumplidamente satisfechos allegando nuestro grano de arena á esta obra importante y á mi ver eminentemente española. DIXI.

SERAFIN E. CALDERON.

COSTUMBRES Y CONDICION DE LAS MUGERES EN LA EUROPA MODERNA.

La suerte de las mugeres deberia ser la misma en los varios paises que se hallan en el mismo grado de civilizacion: pero el capricho de los hombres, la forma de los gobiernos y las leyes, influyen necesariamente sobre la condicion de esta parte de la sociedad. ¿Quién ignorará cuanto brillaron en los primeros tiempos de las glorias romanas? pero entonces sus costumbres eran puras: las mugeres, si se me permite la espresion, pertenecian menos entonces á su sexo, y llegaban á ilustrarle mas bien por las buenas cualidades que les presentaban los hombres, que por los medios comunes de seduccion; mas bien se admiraba en ellas la elevacion de alma que las gracias del cuerpo; mas bien la solidez de sentimientos que la delicadeza del espíritu. Esto era sobrenatural, pues es preciso que recoja cada sexo la clase de admiracion que le conviene, y si se busca la firmeza estoica, el sacrificio de sentimientos naturales al bien público, mas bien se deben esperar de el valor de los hombres que de el de un sexo que siempre debe recelar que su corazon le conduzca á hacer el sacrificio de su razon.

En Suiza el entusiasmo de salvar la patria hizo heróicas á las mugeres en tiempo de Guillermo Tell; mas la sencillez de sus costumbres las encaminaba al valor, y el cariño que las influia, identificaba sus pasiones con las de sus maridos. Asi que se restableció la tranquilidad en sus montañas, el lujo y la ciencia de las artes cultas dejaron aquel pais abandonándole á una monotonía que no concede al bello sexo otros placeres que los de la naturaleza, ni otra ocupacion que el cumplimiento de sus obligaciones. Las jóvenes gozan de mucha libertad, y conservan la pureza de sus costumbres en medio de su independencia: la certidumbre de unirse con aquel que forma el único objeto de sus deseos, proscribe toda galantería en lo presente, toda coquetería en lo futuro. En otros paises, tales como la Francia, la historia de una muger hermosa y sensible empieza el mismo dia que se casa: en Suiza concluye en el momento de unirse al al hombre que formó desde luego el objeto de su eleccion: cuando ha esperimentado despues de algunos años la índole de su amante, no le queda otra perspectiva que el amor de su esposo y el de sus hijos, y el cumplimiento de sus deberes domésticos: en esto cifra todos sus deseos: todos los dias de su vida son semejantes: sus placeres son menos vivos y mas simples: sus riquezas menos brillantes y mas sólidas. ¡Qué contraste nos presenta la Italia! alli toda clase de sensaciones deliciosas forman el anhelo del bello sexo, que solo piensa en disfrutar y en inspirarse el placer. El amor, los espectáculos, los artificios, una existencia muelle y perezosa, hé aquí en que se ocupan la mayor parte de las mugeres en aquel pais. Es menester, sin embargo, hacer justicia á muchas italianas que se han hecho célebres por su instruccion y amor á las artes y á la literatura. Refinadas sus inclinaciones á proporcion que vá purificándose su gusto, la sociedad de estas tiene cuantos atractivos pudieran apetecerse, sin que por esto haya perdido su carácter nacional lo que en sí tiene de picante.

Mas graves que estas las españolas y mas reflexivas, empleaban otras veces un profundo misterio en sus intrigas, lo que las aproximaba aun mas al estado natural de su sexo que parece formado para encantar por su modestia, é interesar por su pudor. La España es ademas cuna de la antigua galantería, y se puede considerar como resto de aquella, la deferencia que siempre se tiene en este pais por el bello sexo; y como la vanidad forma uno de los rasgos mas característicos de las mugeres, el pais en que hacen mas papel es donde se creen mas dichosas: los celos mismos que formaban antiguamente una parte tan marcada del carácter español fueron invencion de las mugeres que supieron inspirar esta desconfianza á sus maridos, para darse mayor importancia aun á costa de los resultados á que á veces las esponia. En todos los paises del mundo si teme este sexo que se le trate con crueldad, teme mucho mas que se le mire con indiferencia; prefiriendo ser tratado con un poco de rigor á la humillacion de verse desairadas. El amor, y por consiguiente la condicion de las mugeres ha tenido en España tres épocas distintas: el amor participó desde luego de aquel espíritu caballeresco que precedió y acompañó algun tiempo á las guerras contra los moros y al establecimiento de la cristiana monarquía: el honor entonces, el amor y los sentimientos religiosos eran el único móvil de las hazañas, y se rivalizaban en la gloria de producirlas: mas delicados y desinteresados que ningun otro pueblo, miraban los españoles el valor como el único mérito; y el agradar á las mugeres, como el único objeto de las fatigas militares, ó el único galardon digno de la valentía. En aquel tiempo vió el mundo espirar dos amantes en el momento de volver á verse, despues de una ausencia de tres años, y precipitarse otros dos desde lo alto de una peña, para no sobrevivirse. Podrian citarse otros mil ejemplos de que abunda la historia de España. El reposo de la paz anonadó estas virtudes guerreras, estas brillantes ilusiones. Las conquistas de los españoles en América, no contribuyeron á

conservar la pureza de las costumbres; y las que hicieron en el continente mudaron los usos, y debilitaron el carácter nacional. Sucedieron á estas pasiones una multitud de intrigas y ardides en que se notó el artificio italiano, mas bien que el honor y el amor de Castilla. La época á que aludimos está perfectamente descripta en las comedias de Lope y Calderon, y en las novelas de Cervantes: de aquí las dueñas, los celosos, las citas nocturnas, las músicas y alvoradas, de todo lo cual ya solo existe en España el recuerdo; y á pesar que desde entonces, y á medida que la civilizacion se ha perfeccionado, parece que ha degenerado el amor, el cual si antes podia denominarse locura, puede en el dia llamarse cálculo; sin embargo se observan á través de la degeneracion del siglo ciertos rasgos de sublimidad, de honradez y de delicadeza, que traen á nuestros recuerdos la primitiva pureza que le caracterizaba.

En Portugal ejercen los maridos un poder casi absoluto sobre sus mugeres: toda clase de prerogativas se atribuye al marido; de suerte que se resiente la sociedad del estado dependiente de las mugeres, que llega á veces á tal punto, que á un estraño no le es permitido dirigirles la palabra sin permiso del marido. Si entrase en su aposento un hombre sin venir acompañado del amo de la casa, se verian precisadas á ausentarse de él hasta la llegada del marido. A pesar de todas estas precauciones, son tan comunes las intrigas amorosas en este pais como en cualquiera otro.

Salga de Lisboa el viajero y desembarque en Constantinopla: allí las mugeres están encadenadas, por decirlo así, en los arenes por toda su vida, ó encerradas en lo mas oculto de sus casas. Cuando se presentan en público, un espeso velo cubre sus facciones.

Aunque la Alemania se encuentra dividida en muchos estados diferentes, la condicion y carácter de las mugeres es muy semejante, pues se hallan todas formadas por una misma educacion. Las alemanas son generalmente menos sensibles que las francesas: mas apasionadas y menos amables, tienen mayor sagacidad para conocer las cualidades del corazon, que penetracion para discernir las que se deben al talento. Aman con sencillez, pero no se deciden hasta no descubrir en su amante las cualidades sólidas y verdaderas que poseen ellas mismas: no se deciden á primera vista como sucede con las polacas é italianas: el trato hace mas impresion en ellas que la esterioridad, y el mérito mas que los talentos; puede decirse que forman un justo medio entre las francesas y las inglesas: menos reservadas que estas, menos adictas á sus deberes domésticos, son tambien menos ligeras que aquellas, y menos codiciosas de alabanzas y triunfos. El sistema feudal que aun subsiste en Alemania dá á las mugeres un grande influjo. Vénse en aquel pais muchas reuniones elegantes, y en Viena hay una compuesta de mugeres distinguidas por su nacimiento, riquezas y hermosura: reunense ademas en ella los sugetos mas conocidos, no por sus títulos ni riquezas, sino por su mérito; y por los servicios que han prestado á la patria. En fin en ninguna parte de Europa se han conservado los sentimientos de honor tan perfectamente como en Alemania: allí se encuentra toda la delicadeza y galantería de los hermosos tiempos de la Francia.

La Prusia presenta otra prueba del partido que sabe sacar el sexo en todas las circunstancias para establecer su dominio. Como reina en este pais el amor á las letras, se ha comunicado como es regular al bello sexo el gusto de instruirse; y así se observa cierto aire clásico en las conversaciones de las mugeres, ó por mejor decir, cierto viso de pedantería; pues parece que ignoran que el espíritu de las universidades es un pobre instituto de la gracia, ligereza, finura y elegancia, que deben constituir la verdadera hermosura del sexo. En un pais guerrero en que los hombres están sin cesar en los campamentos y guarniciones, les queda muy poco tiempo para la galantería; y sin embargo no deja de existir entre ellos ¿pues en qué clima, en qué lugar no egerce su imperio el amor? sino desdeña este embozarse en la capa con el sombrero gacho del andaluz, tampoco le asusta el casco militar de un prusiano. En todas partes su objeto es uno mismo: la diferencia solo existe en los medios y ocasiones de que se vale. Debemss observar tambien que la Prusia no es rica: un pais pobre es siempre contrario á la existencia de las mugeres, el deseo contínuo que tienen de brillar, y el carácter de medios para conseguirlo, vejan contínuamente á un sexo que debe agradar sin esforzarse, y adornarse sin proligidad ni atencion. Si una muger carece de los medios de hacer durable la gala que se la vé ostentar en una ocasion estraordinaria, coloca sus alhajas en su persona sin gusto ni atractivo; pues que su penoso atavio se resiente de los medios que ha empleado para proporcionárselo, y del miedo ignoble de que se age ó pierda alguna parte de esta pompa que quieren afectar, es preciso que sus recursos sean proporcionados, pues de lo contrario deben adoptar la modesta simplicidad de las suizas. Por un lado es amable el sexo con respecto al arte; por otro lo es igualmente con respecto á la naturaleza: y la sencilla pastora de los Alpes coje con la misma gracia y buen gusto en la pradera las flores abundantes y frescas con que orla su cabeza para agradar á su amante, que la elegante y sensible La Valiere escogia en su tocador los aderezos brillantes con que realzaba su belleza para encantar las miradas de Luis XIV.

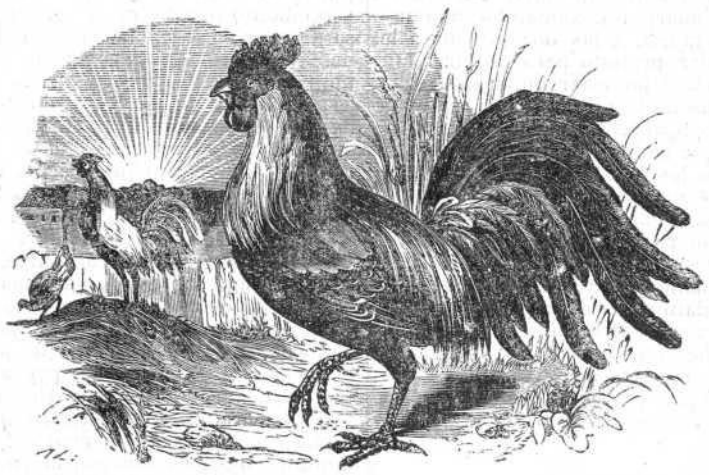
Si Berlin ofrece el cuadro de una sociedad de mugeres científicas y filósofas, y tal vez pedantes, en Polonia por lo contrario se encuentra toda la coquetería y amabilidad francesa. Las polacas tienen la instruccion adecuada á su sexo: sus costumbres y buen gusto las ponen al nivel de las mugeres mas amables de Europa. A pesar de las regeneraciones políticas que ha esperimentado la Polonia, las mugeres siempre han conservado su carácter original; y sea que permanezcan en su patria, sea que viajen en el estrangero, llevan siempre consigo aquel deseo de agradar, aquel encanto atractivo, aquella sutileza, en fin aquella mezcla de divinidad y de gracias voluptuosas que todo lo conquista. Se asegura que las mugeres rusas motejan á las polacas severamente, llamando ligereza ó tal vez otro nombre mas duro á su franqueza y vivacidad: este juicio prueba mas la injusticia de las unas que la imparcialidad de las otras. En Rusia las mugeres naturalmente graves, tienen cierta llema aparente que dá á sus sociedades cierta mesura opuesta enteramente á la franqueza delicada de las polacas: las rusas son menos vivas, menos coquetas, pero la galantería no es menos comun en Petersburgo que en Varsovia.

No habrá quizá ningun pais en que la condicion y el carácter de las mugeres se haya resentido tanto de la influencia de las costumbres y del gobierno como la Inglaterra. En aquel pais en que los hombres se adhieren á los asuntos públicos mas que á los privados, ha recaido por consiguiente en las mugeres todo el gobierno doméstico á medida que han sido escluidas de las intrigas políticas. Las grandes ciudades son en donde mas se corrompen las costumbres de las mugeres. Una inglesa que pasa toda su vida en el campo, ocupada en los cuidados domésticos, no puede inspirar otro sentimiento que el de la estimacion que adquiere por la costumbre de cumplir con sus obligaciones. Entre los hombres, así como entre las mugeres, los diversos objetos de la vida influyen en el carácter, en las formas, en los gustos y en los pensamientos. Sea un inglés marino ó comerciante, miembro del parlamento ó simple hacendado, la clase de sus intereses puede variar, pero siempre hay un interes del cual los demas dependen; y este es el bien público: la razon es muy obvia, por la combinacion perfecta que existe entre todos los ramos: el comerciante depende del marino, el marino del comerciante, el artista de los Lores ricos y grandes propietarios; el rentero ó colono de estos, el miembro de la oposicion depende tanto del rey, como el miembro del partido ministerial: en una palabra, todo está encadenado, y ninguna parte de este todo puede prosperar ó sufrir sin que el todo no sufra ó prospere; así es que debe

ser uno el régimen interior de todas las familias. En la casa del Lord, como en la del artífice: en casa del propietario, como en la del colono: en los escritorios, como en las cantinas, todo el mundo piensa, calcula, reflexiona y se ocupa de otros pormenores mas sérios que la galantería.

En Francia existe entre los dos sexos una comunicacion habitual: asi es que las mugeres hablan, raciocinan y deciden de todo, asi de las cosas mas frívolas como de las mas importantes: no existe ningun punto de aislamiento entre los dos sexos; y ademas como las mugeres en Francia son árbitras de establecer las modas, los usos les están sometidos, y se ha recurrido á ellas en los tiempos mas críticos para establecer innovaciones que el poder supremo en vano se esforzaba en arraigar. En todos tiempos han seguido las mugeres en Francia, el impulso dado por los hombres, y se han identificado con sus sistemas, asi como con sus pasiones. El bello sexo se ocupa de igual manera en los asuntos mas sérios, como en los placeres mas frívolos; y si hay una necesidad de que se mezclen en todo las mugeres, hay la misma imposibilidad en los hombres de pasarse sin ellas.

Solo nos queda que hablar de los pueblos del Norte: en estos la suerte de las mugeres ha sido siempre mas dulce que en los paises meridionales: las Suecas habituadas desde muy niñas á presentarse en el mundo con decencia, pero con libertad: educadas con el mayor esmero, y al mismo tiempo admitidas en la sociedad de los jóvenes de su clase, tienen por lo comun la libertad de escoger el objeto de su cariño, segun su gusto é inclinacion. Las costumbres que en las grandes ciudades están aun tan puras, en Suecia lo son aun mucho mas en los lugares, en donde se esperimenta el trato mas sincero y cariñoso, y la mas generosa hospitalidad.



EL GALLO.

Despues del perro y del caballo, agradecidos y serviciales compañeros y auxiliares del hombre, ningun animal tiene tantas simpatías como el Gallo; ese orgulloso sultan que domina en casi todos los corrales de las mas humildes aldeas, sirviendo al labrador de reló que le marca la hora de media noche y el momento en que los primeros rayos de la Aurora comienzan á esparcir su luz brillante en el lejano confin del horizonte, señal que solo aguarda para disponerse á las penosas tareas del campo. El Gallo es de todos los paises, de todos los pueblos, á ser menos comun pocas aves fueran mas estimadas que él, por lo alegre de su canto, la gallardía de su figura, la riqueza de su pluma y los hermosos y brillantes matices de ella. Hacemos traer ridículos y torpes animales de otros climas y apenas fijamos la vista en este bellísimo y útil compañero de las familias: achaque es este de la constitucion del hombre, que mira generalmente con desprecio lo que posee por bueno que sea y ambiciona aquello cuya adquisicion es difícil á la par que desventajosa.

EL DIA EN QUE ES UNO CÉLEBRE.

Si no temiéramos ser tachados de pedantes, epiteto que nada tiene de lisonjero, empezariamos el filosófico exámen que vamos á hacer esclamando como el mas fervoroso predicador «*Vanitas vanitatum et omnia vanitas*: pero demasiado modestos dejaremos á un lado este ó cualquiera otro exordio entrando de lleno en la cuestion. Hablemos primeramente de la víspera del dia en que ya se ha adquirido un poco ó un mucho de celebridad; y figurémonos como se hallará el infeliz durante los cuartos de hora que marca el reló entre el primero y quinto acto del drama que debe hacerle célebre. En este momento decisivo se reasumen en una espantosa agonía los seis ú ocho meses de inquietud que han procedido al combate, digámoslo así, que está sosteniendo el autor con el público. Todas las angustias y malos ratos que ha sufrido con paciencia anteriormente el pobre mortal, parece que se han convertido en otros tantos venenos que acibaran y emponzoñan con mas intensidad aquellos terribles momentos, y allí vienen á representarse otra vez los desprecios del director del teatro, las exigencias de los actores que tienen celebridad, las impertinencias de los que no tienen ninguna, las fatigas que ha padecido en los ensayos, las variaciones que se ha visto precisado á hacer en el hijo de su imaginacion por el capricho de tal actor ó de tal actriz, y otro sin número de fatuidades tan desagradables para el que las padece como para el que las escribe hallándose espuesto á sufrirlas. Es cosa probada que esta situacion es una de las mas críticas de la existencia. Por los sudores que le ha costado y le cuesta el drama llega á ser en cierto modo la parte mas esencial de sí mismo como tambien la mas vulnerable; y véasele sobre la escena espuesto á todos los caprichos, á todos los disgustos, á todos los errores, á todas las rechiflas del monstruo con mil cabezas calificado con el nombre de público. Y no es esto solo, sino que á cada instante puede ver comprometida su obra con toda su gloria, con todas sus esperanzas, con todo su porvenir, por el poco saber de un galan jóven, por la impotente memoria de una dama, por la importuna coquetería de otra que piensa mas en su trajo que en lo que está diciendo, por la buena voluntad de otro actor que á fuerza de querer hacerlo bien, resulta que lo hace pésimamente, por... por cincuenta mil causas que no tengo gana de enumerar, entre las cuales entra tambien el maquinista, el alumbrador, el tiempo con sus catarros y sus dolores de muelas.

Supongamos que todo esto no le ha tocado al infe-

liz autor; supongamos que desde el rincon mas oscuro de un palco ha estado observando el placer que ha proporcionado al auditorio, y que llega á sus oidos el frenético palmoteo, y que al concluir la pieza ha escuchado pronunciar su nombre en la escena en medio del mayor entusiasmo, supongamos todo esto que no es poco y sin embargo aun le faltan que apurar la heces del caliz de amargura y desconsuelo. Ya es célebre nuestro hombre, ya vé por primera vez su nombre en el cartel: vienen en seguida una multitud de periodistas los unos á elevarle á las nubes los otros á sepultarle en el lodo: pero unos y otros á divulgar su nombre y su obra: por consiguiente se ha hecho célebre: ya no existe un hombre en España poco mas ó menos literato que de allí á poco tiempo pueda ignorar que hay un hombre que ha compuesto una cosa en cinco ó menos actos y en diferentes metros sino está *en prosa castiza y elegante*.

Supuesto lo arriba dicho es imposible que á pesar de todo no pase nuestro autor un buen número de horas encerrado en su cuarto reflexionando en la nada á que se reduce la gloria. A las doce del dia sale de su casa con cualquier pretesto para respirar un poco el aire que todavia debo estar impregnado del entusiasmo que ha causado la víspera, y se encuentra con un terrible desengaño. Reconoce el tumulto de todos los dias en que se pierden todas las voces, y todo el hervídero de los intereses humanos: cada necesidad del hombre tiene sus pregoneros resonando á grito pelado en todas las plazas, en tadas las calles; y su gloria permanece en silencio. El agua sigue su curso por los arroyos, las chimeneas lanzan el humo hasta las nubes, el edificio que se levanta desprecia con sonidos discordantes al edificio que viene al suelo, la campana recuerda al hombre que hay un Dios, pero nada ni nadie le grita ni le dice que el autor ha hecho una obra maestra, y este sigue su camino escuchando por todas partes: el papel que ha salido nuevo, con el horroroso asesinato etc.

El Za-pa-tillero!

Calentitas cuantas!

Zapatos y hierro viejo que vendel!

Cestas y canastillos vendo!

El vasero vasos: botellas y vasos de cristal fiiiiiinos!

Voces todas agudas ó graves, precipitadas ó lentamente prolongadas, jóvenes ó viejas sin que ninguna de tantas notas antimusicales se ocupe de su gloria, sin que ningun grito recuerde los de la víspera por la noche en el teatro.

Este tumulto cuyo sentido ha ignorado hasta entonces le recordará al otro dia una escelente leccion de filosofía práctica, el primer punto en que se detienen sus envanecidas ilusiones.

A pesar de todo no podia sin embargo esperar que se detuviera el mundo en su camino por una obra literaria de mas ó por la súbita aparicion de un buen poeta. ¿Por qué motivo ha de conmover un suceso semejante á la multitud soñolienta que no tiene al parecer sensaciones? «Subamos mas arriba, dice nuestro autor, y entremos en otro sitio frecuentado por personas que no se alimentan solamente con lo que les entra por la boca.» Y al acabar de decirlo se introduce en uno de los figones intelectuales llamados vulgarmente gabinete de lectura. Su gloria debe estar sobre la mesa alumbrada por un quinqué si es de noche ó por los rayos del sol si es de dia y dia claro: debe estar en los folletines de los periódicos pero fatal contratiempo! su gloria está leyéndola otro. Un viejo enjuto y macilento de alma como de cuerpo está pasando su nariz afilada por el solo ejemplar del único periódico que hasta entonces ha dado cuenta de la representacion. La primera idea del autor es enviar á todos los demonios al reflexivo lector: pero en seguida varia de pensamiento y se interesa en su lectura porque observa que está saboreando deliciosamente el análisis de su obra sublime.

Quisiera sacar el resultado de las emociones que le causa la lectura por medio de los cambios de su fisonomía: pero la ceguera del viejo le priva de este gusto porque el periódico le tapa toda la cara; entonces se vé obligado á tomar por base de sus hipótesis la marcha acelerada ó mesurada que proyecta la sombra de la susodicha nariz en el papel semitrasparente. Estas coyeturas patológicas y literarias no son bastantes para hacerle perder la paciencia: la viajera nariz llega por último sin precipitarse á la parada que se habia propuesto, es decir á la firma del editor responsable: vuelve en seguida pies atrás y hace dos ó tres escursiones en los parajes que mas le han agradado y por fin se resuelve á dejar el papel sobre la mesa: se apresura nuestro autor á cogerlo: pero un hombre pequeñuelo en quien hasta entonces no habia reparado se abalanza de antemano diciendo con ojos encarnizados:—Lo habia pedido yo antes... se lo daré á V. despues. Palabras fulminantes de cuya verdad certifica el viejo anterior meneando la cabeza como un mono de yeso. Se vé por consiguiente precisada nuestra celebridad á otro rato de espera, á nuevo suplicio, y á nuevos estudios fisonómicos. Esta vez puede observar la lectura del que tiene el periódico, y recibe no poco golpe en su cerebro al ver que pasa de corrida y sin hacer caso el artículo de teatros, deteniendo sus miradas en los demas articulejos que le preceden ó le siguen.

Despues de haber desperdiciado una buena dosis de paciencia coje el autor el periódico y el menor mal de que puede quejarse es el de que le hayan equivocado el nombre, equivocacion casual ó hecha á intento, que dará á un ente imaginario toda la parte de gloria que la noche antes habia conseguido.

Sale desesperado del gabinete de lectura y se dirige á la casa de un íntimo amigo, cuya ausencia durante la representacion, no puede concebir habiéndole mandado una buena luneta. Tira de la campanilla, entra en su cuarto, y le encuentra entre las sábanas sufriendo las resultas de un cólico vilioso. Le habla de su drama como por acaso, y su amigo le responde con voz doliente. Ah! si... tu drama... figúrate que al dirigirme al teatro me dió....

La relacion dura un cuarto de hora, sin que un minuto tenga relacion con lo que mas le interesa. Se dirige á otra parte donde habita una señora, que no pierde una primera representacion, y en cuanto se presenta vé que le recibe con los brazos abiertos esclamando. Venga V. acá!.... le esperaba á V... estuve por haber escrito dos letras.... cuanto me alegro....

El autor pavoneándose modestamente como el caso requiere, asoma una pequeña sonrisa en sus lábios, articula un «mil gracias» con la mayor hipocresía, y cuando vá á proseguir, se vé atajado por la señora que le dice el pobrecito Almanzor....

—Almanzor! repite el hombre célebre lleno de asombro, pensando que su pieza no tiene ningun personaje con este nombre: y poco tiempo descubre que el asunto de que se trata, es sobre la pérdida de un perrito.

. . . . . .

La noche de la segunda representacion, está en el café próximo al teatro. Dos jóvenes que ocupan una mesa inmediata, están hablando en alta voz, y por lo que dicen viene en conocimiento de que tratan sobre lo que únicamente á su modo de ver debe ocupar á la gente sensata.

—Tu estuviste?

—Ya lo creo.

—Y qué hubo? vamos á ver.

—Salió divinamente.

—La aplaudieron?

—A rabiar.

—Y como estaba vestida?

El autor al oir esto vuelve la cabeza, y tiembla de pies á cabeza.

—Sacaba un cuerpecito.....

—Es mucha muger! pero y el drama

—Pist!..... buenos versos..... siempre lo mismo.

—De quién es?

—Hombre! ni lo sé.

D.

LA OROPENDOLA (1)

EN LA FUENTE DE LA DEHESA DE LA MORA.

La dehesa de la Mora, situada cerca de la Pesqueruela, tiene como esta una pradera sembrada de un bosque de robles, con varios manantiales y arroyuelos, que se deslizan por aquella colina.

Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido,

como dice Fr. Luis de Leon.

En tiempo que la dehesa de la Mora pertenecia á un amigo mio, y en un dia en que yo me hallaba en casa de este, dos niñas, de once años la mayor, hijas suyas, me mostraron dos plumitas, una de hermoso verde, y otra del amarillo mas brillante. «¿Y quien ha dado á VV. estas plumas?» pregunté:—El chico del guarda de la dehesa de la Mora, respondieron; como su padre es tan buen cazador, ha cogido la pájara, pero sin herirla, que no la tiró; y el chico nos la ha traido; pero dice que no canta, y que estas aves no saben otra cosa que silvotear, y como tiene unas plumas tan bonitas, dijimos nosotras que habiamos de hacer con ellas un volante, porque cuando jugásemos con las raquetas, estaria muy vistoso. Entonces el chico la arrancó estas plumas antes de que la metiésemos en la jaula.

—Las familias de los cazadores, siempre feroces (dije para mí) á fuerza de mancharse con sangre, se hacen sensibles. La agonía y el dolor de la inocencia les es indiferente. Meten en el morral al ave aliquebrada, y á la liebre la cuelgan de la pierna rota. Conocí un jóven cazador de huron, que solia traer veinte conejos vivos, y se entretenia en soltarlos dentro de su cuarto, y ver como aquel vicho sanguinario les acometia y les roia los sesos. Asi tal vez se ensayaba el jóven Heliogábalo para despues reunir á su mesa á sus desgraciados súbditos, haciendo arrojar fieras contra ellos para que á su vista los despedazasen.

—¿La habrá dolido á la pájara el arrancarla estas plumas? preguntaron las niñas viéndome silencioso:—Mucho, les respondí; tanto como si á nosotros nos arrancasen el pelo del cráneo, como si nos arrancasen las uñas de los dedos, como si nos arrancasen la piel que nos cubre los miembros.

—¡Qué horror! esclamaron ambas, y marcharon y volvieron con la jaula en la mano, y las lágrimas en las mejillas.

—Cúrenosla V.! que sane! que no se muera! que no tenga dolores la pobrecita!

Miré á la pobre oropéndola, que estaba anhelosa, con las alas en arco, y abria y cerraba el pico, como para dar gemidos. La cojí, la rejistré, encontré la gotita de sangre de las dos heridas: que traigan agua, dije, en una taza grande, que beba, que se bañe: el agua es la primer necesidad en el dolor.—Mientras la una corrió á buscar agua, la otra me arrebató el ave, y con sus lábios la enjugaba la sangre, y la ofrecia saliva por el pico; pero dando sollozos que la ahogaban.

Cuando hubimos vuelto á meterla en la jaula, y hubimos logrado verla bañar, sacudirse y sosegarse un poco, me ocurrió distraer á las niñas con un cuento. Esta oropéndola, dije, se ha de volver á llevar esta tarde á la dehesa de la Mora, donde hay aquella fuente.—Si señor (interrumpieron) de la Mora encantada, que la noche de S. Juan sale á peinarse á la luna. Esa fábula, les dije, no es tan entretenida ni con mucho, como la que voy á referir á VV.

No era la Mora encantada, sino encantadora y maga, y solo dicen que se aparecia á los que se miraban en la fuente. Asi es que los pastores y aldeanos se guardaban de acercarse; solo una pobre muchacha la mas boba del contorno, obligada por la sed y hostigada del calor, tuvo un dia la temeridad de penetrar en aquellas deliciosas sombras, y arrojarse de pechos á beber en aquellas frescas aguas. Miró en el terso espejo de la fuente, y vió ¡qué portento! una angélica hermosura, de sonrisa irresistible, y cuyos negros cabellos ondeaban en torno de su semblante y de un cuello de alabastro.

—Ay! ¡quién fuera tan hermosa! esclamó la muchacha.—Tú tienes esa dicha y esa suerte, respondió la encantadora presentándose. Soy la maga del placer, y quiero que el mundo te admire y te goce. En aquel mismo instante, se encuentra la muchacha en un jardin de embalsamado ambiente, rodeada de caballeros que la atacan, la siguen y enamoran. Una deliciosa música la conduce hasta el salon de un suntuoso palacio, donde le espera un delicado festin, y en él consumen el dia. La noche se pasa en danzas, juegos y escénicos espectáculos.

Tal era la vida de la jóven feliz, y las horas, los dias y los años se deslizaban sobre ella sin sentirlos. Pero su robustez y su salud comenzaron á debilitarse. Su pulso era frecuente, y sus sienes estaban como comprimidas. Siempre un tedio insoportable la acometia, la ahogaba, y no la dejaba gozar. Suspiros involuntarios y lágrimas indiscretas salian de sus lábios de clavel y de sus luengas pestañas.—Ay! ¡quién se viera pobre y con salud! esclamó aburrida un dia. Al momento la maga se lo concedió. Volvió á hallarse en el corro de sus compañeras, espadando lino y cantando al compás de la espadilla en tono alegre las tonadas del pais; comiendo las sopas de ajo de pan de centeno, y bailando al pandero los domingos.

En uno de estos dias bajó de su aldea á cojer zarzamoras, y se halló cerca de la fuente encantada. Quiso mirarse en sus aguas; pero se horrorizó al verse. Su cara estaba cubierta de pecas pardas, su frente y su garganta tostadas y despellejadas por el sol y el aire, y su cabeza toda cubierta de tamo y tascos de estopa.

—Ay! gritó la desdichada; yo lo renuncié todo; pero no el ser hermosa.

Al instante la maga se la apareció, y la dijo indignada: puesto que no te bastan la salud y la paz de la vida, ganada con la espadilla, vé á ser la mas hermosa, como la mas estúpida de las aves que cruzan los aires. Tu hermosura será tu desgracia, los hombres te cazarán para su diversion, lo mismo que cuando eras cortesana. Y dándola con su vara, la convirtió en oropéndola.

Feliz hubiera vivido en el bosque sombrío, á orilla de la fuente, picando zarza-moras y frambuesas, y silvoteando en fin como las de su especie. Pero ¿para qué habia ella ansiado la hermosura, sino para ostentarla, para ser admirada, envidiada y aplaudida. Se balanceó en las copas mas altas de los álamos, fué vista, espiada, cojida en una red, llevada á la ciudad, y vendida á unos niños muy antojadizos y muy mal criados.

Estos se divertian en hacer mal, no solo á los animales repugnantes á la vista, como acostumbra desgraciadamente todo muchacho, toda muger ó todo hombre vulgar, para quien el murciélago inocente, tiene pena de ser crucificado, y el lagarto inofensivo es reo del suplicio de horca; sino que estos señoritos se complacian en atormentar hasta los animales á quienes tenian cariño. A un doguillo muy pequeño, á quien habian quebrado la nariz para que no creciese, le pusieron un dia un cohete atado en el lomo, para que dándole fuego, fuese á estrellarse contra la pared. Tardes enteras pasaban en el corral de su casa administrando al gallo lavativas. A un asno que toleraba que montasen todos (eran tres los chicos) sobre su lomo en pelo, y caminaba con ellos adonde y como querian, le metieron debajo de la cola un puñado de moscas de caballo: esto ya aquel estóico animal no lo sufrió, sin levantarse en coces, y dejó sin un diente al mayorazgo. A tales manos vino la oropéndola.

Fué estraordinario el cariño que la tomaron los tres. No habia de comer ni de beber cuando queria, sino cuando querian ellos: no de lo que á ella le gustaba mas, sino de lo que á ellos mismos les gustaba, y como eran tres, habia de comer tres veces: uno la daba crema y café, otro preferia las pastas y vinos,

(1) Ave quizá la mas hermosa de nuestro suelo. Tiene el pico encarnado, el cuerpo manchado de amarillo, verde y negro, negras tambien las alas y la cola, y amarillas las estremidades de sus plumas. Se mantiene de insectos y bayas.

y otro estaba por la pesca y los helados. La desgarraban el pico para engargantárselo, y no le daban tiempo para hacer la digestion. La interrumpian el sueño entre la noche, para enseñarla á sus amiguitos, y aun fué la admiracion de la tertulia muchas veces en que graves personajes y viejas del otro hemisferio, la prefirieron á sus guacamayos.

Pero como ni hablaba ni cantaba, ni tenia ninguna habilidad, cesó el entusiasmo, y vino de repente la catástrofe. Habian visto los chicos (por desgracia) un loro disecado, y me cojieron á la desgraciada, la abrieron de arriba abajo, la arrancaron las entrañas, y atravesada de alambres, sirvió de adorno en una rinconera, con aplauso del padre que creyó ver en cada uno de sus hijos otro conde de Buffon.—

Tal fué la suerte de aquella hermosura; y así concluyo mi cuento, al cual habian estado las dos niñas sumamente atentas, sin dejar de mirar á menudo á su oropéndola.—Pobrecilla! esclamaron una y otra; mejor ha de ser soltarla en la dehesa de la Mora, donde nadie la vea ni la inquiete!

Así lo hicimos, encargándola mucho las dos niñas con lágrimas en los ojos «*que no volviese á ser boba que no volviese á remontar el vuelo! que no volviese á mirarse en la fuente!!*»

REVISTA POPULAR. ALMANAK POPULAR. (1)

Estraña anomalía la que se nota relativamente á nuestras comunicaciones literarias con Portugal; recibimos con ansiedad y traducimos con avidez cuantas publicaciones notables salen de las prensas francesas, y no tenemos ni aun la curiosidad de enterarnos de las producciones de un reino que forma parte de nuestra península, y es un pais hermano del nuestro por disposicion de la naturaleza, que es mas sábia y poderosa que todos los diplomáticos y gobernantes con sus tratados y protocolos. Esta idea que muchas veces nos ha ocurrido al tomar en la mano algunas obras portuguesas, ha vuelto á presentarse á nuestra imaginacion al hojear los números de la *Revista Popular*, escelente periódico literario y pintoresco que sale semanalmente en Lisboa desde el mes de Marzo, adornado de grabados originales y el *Almanak popular*, que la misma empresa acaba de publicar. Solemos quejarnos de la ligereza con que nos juzgan los estrangeros, especialmente los franceses, sin tomarse el trabajo de estudiarnos y no reparamos en que obramos generalmente con la misma injusticia al despreciar todo lo que es portugués, sin otra razon que una preocupacion vulgar que pinta al reino lusitano caminando á retaguardia, en la marcha de civilizacion y de progreso que siguen las naciones desde principios de este siglo. Las dos publicaciones cuyos títulos dejamos indicados prueban que no es tan exacto este juicio. La *Revista Popular*, es un periódico literario bien redactado y no mal ilustrado, que podria figurar al lado de muchos de Madrid que vemos encomiados en los diarios; en cuanto al *Almanak* á pesar de todas nuestras ventajas sobre la ilustracion portuguesa, no podemos establecer comparacion porque en España no es lícito imprimir obras de este género. En los tiempos bárbaros, cuando era un crímen saber, que ahora no es mas que una culpa, la astronomía era considerada como una ciencia perjudicial, y el fuego de la inquisicion ardia para consumir en sus llamas al hombre que osara entusiasmarse contemplando la armonía del Universo, la sábia combinacion del globo, ó el órden regularizado de los astros; ahora que se blasona de ilustracion, parecia que debian haber cesado las persecuciones de que fueron objeto los astrólogos, pero lejos de esto, aun no pueden los españoles estudiar libremente el curso de los astros y transmitir á sus compatriotas el fruto de sus tareas; la libertad de imprenta, convertida en licencia, desvirtuando los poderes públicos, autorizando perjudiciales procedimientos esto se tolera y aun se protege; pero la publicacion de unas correcciones al almanaque civil, que tan poco vale y tan pobre idea dá de la corporacion que tiene el injusto privilegio de egercer con él un monopolio; este es un delito que tiene señalada su pena en la legislacion de nuestro pais.

Dos observatorios tenemos en España; uno en Madrid y otro en S. Fernando; el primero pertenece al ministerio de instruccion pública, el segundo á la Universidad de Madrid. Por el ministerio de instruccion pública se han pensionado dos jóvenes para que aprendan la astronomía en los observatorios estrangeros, por el de marina se precede á formar causa al que estudie esta ciencia é imprima sus observaciones. De modo que en todas las Universidades del reino se enseña, aunque mal, lo que luego no es permitido publicar: vergonzoso es que teniendo el observatorio de S. Fernando, se pensionen jóvenes en el estrangero, pues vale tanto como confesar que aquel establecimiento no satisface las necesidades de la época. Estraño modo de aspirar á que tengamos astrónomos, no parece sino que la Uranografia es estudio para hecho en una semana, ó que se pretende que España contin úe haciendo el pobre papel que hace un siglo represent an en las ciencias exactas. No es pues estraño que Portugal mismo nos haga avergonzar de nuestros trabajos astronómicos. Si el gobierno quiere que se hagan adelantos en la ciencia, rompa esas travas, caiga el omnímodo privilegio que esplota el Observatorio de San Fernando, publique este establecimiento los almanaques que quiera pero no se prive á los particulares de imprimir el fruto de sus observaciones: las ciencias no deben estancarse; ábranse las puertas de la libertad científica y déjese que los ingenios busquen donde les plazca espansion á sus meditaciones y recompensa en el favor público; lo demas es sellar la boca de los hombres que honran su patria con estudios profundos. Volvamos la vista atrás y veremos en Inglaterra un Newton honrado en vida, y venerado y apreciado en muerte; veamos á Francia que adopta por hijo á Orfila y colma de honores á Aragon; nosotros en tanto buscamos para recompensa á los mismos estudios, una mezquina ley de propiedad literaria y una cárcel y un presidio tal vez á que condena un tribunal escepcional; no para el que incendia nuestros buques, no para el que traspasa las ordenanzas de marina, no para el que barrena nuestras naves, sino para el que contempla los astros y ordena sus ideas hasta el punto de poder decir: estamos en el año de 1848, hay teneis las afecciones astronómicas de 1850, hay teneis ese trabajo que el amor á la humanidad me ha hecho emprender, hay teneis esa pauta á la que debeis arreglar vuestra conducta, vosotros los que cultivais las tierras, vosotros los que os hallais espuestos á andar perdidos en los mares.

Mientras no se rompan esas travas miserables, no podremos aprender astronomía, sin poseer alguna lengua estrangera; porque dentro de poco no habrá nada moderno impreso en la lengua de Cervantes. Abolir estos privilegios odiosos es ya una necesidad imperiosa, la demora es una verguenza para España, á la cual acaba de aventajar Portugal en este ramo con la publicacion del *Almanak Popular*, que aparte de las noticias importantísimas que contiene en la seccion astronómica, abraza tambien muchos artículos de sumo interés y utilidad. Estos Almanaques tan comunes en Inglaterra y en Francia, contribuyen eficazmente á la civilizacion del pais, poniendo al alcance de todos por un precio módico conocimientos útiles y amenos y el que acaba de ver la luz pública en Lisboa no cede en abundante y útil lectura y en elegancia tipográfica, á la mayor parte de los estrangeros que le han servido de modelo. Nosotros se lo recomendamos á nuestros lectores y al gobierno; tal vez si este fijara en él su atencion, concluiria el privilegio del Observatorio de San Fernando que tiene estancado este ramo, porque cuenta con los tribunales de marina que forman causa el que osa mirar á la Luna para fijar sus crecientes y menguantes; así es que nadie se mete en tales honduras, sin duda por temor de que le ahorquen.

(1) Ambas publicaciones se encuentran en las oficinas del Semanario: el precio de la primera es 20 rs. por 6 meses y 40 por un año; el de la segunda 5 rs.

MADRID 1848—IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ.



UNA COMIDA CHINA. [1]

Los chinos de buen tono se levantan á las once de la mañana. Su desayuno se compone de diversos platos; de carne, pescado y legumbres, servido todo en salvillas con una taza ó dos del nectar chino, el oiou-heu-tsou que se toma caliente. Esta bebida ligeramente acida, se estrae del maiz, tiene un gusto bastante desagradable; pero rara vez produce borrachera y ayuda al vigor del cuerpo. Este almuerzo termina con un plato de arroz que se toma generalmente con pescado salado. En seguida viene el té se echa en agua hirviendo sobre las hojas y le presentan en grandes tazas, que los chinos apuran sin echar azúcar.

A las dos se sirve un refrigerio compuesto de frutas de la estacion, despues de las cuales vuelve á tomarse té. En las casas bien acomodadas la comida se sirve á las seis de la tarde y si es un convite formal debe ser acompañado de música vocal é instrumental ó de algun espectáculo. Estas comidas no terminan comunmente hasta las tres de la mañana. Las personas de menos tono se separan sin embargo á las doce.

Los chinos tienen tal pasion por el tabaco, que á veces fuman hasta en la mesa, entre plato y plato. Cada uno lleva consigo uno ó dos sirvientes de pipa, esta funcion es desempeñada por jóvenes de 16 á 17 años, elegantemente vestidos, su ocupacion consiste en colocar la pipa en la boca de sus señores, y como saben los momentos en que tienen costumbre de fumar, se la presentan sin dar lugar á que la pidan.

Cuando se trata de una comida de lujo, el que la dá envia con algunos dias de anticipacion sus esquelas de convite, escritas en grandes hojas de papel encarnado y redactadas en estilo retumbante. Se contrata una compañía de los mejores actores por una suma equivalente á 1660 ó 2000 rs. y siendo actores medianos puede ajustarse por 400. Frente á la escena hay preparadas, segun el número de convidados, varias mesas á las cuales pueden sentarse cuatro ó seis personas. En las casas de mas tono no se colocan mas que dos ó tres convidados en cada mesa. El costado que dá á la escena, queda generalmente vacío, á fin de que todo el mundo pueda ver la representacion.

26 DE NOVIEMBRE DE 1848.

(1) Tomamos los curiosos detalles que el lector verá, de una obra inédita en España y muy poco conocida en el estrangero titulada *Siete años en China*.

La víspera del dia del convite, el que le dá envia una segunda invitacion, escrita igualmente en papel color de rosa, para recordar á los convidados que la fiesta tendrá lugar al dia siguiente y preguntarles si piensan asistir, y en fin se envia otra vez á sus domicilios el dia mismo de la comida, con el objeto de anunciarles que todo está pronto para recibirlos.

Así que los convidados se hallan reunidos, se les presenta leche de almendras en grandes tazas y despues los demas manjares, que son absolutamente idénticos en todas las mesas y se sirven sucesivamente y en raciones á todos los convidados. Las mesas son generalmente de ébano, con dos superficies, porque no usándose manteles se levanta el primer servicio con la tabla superior, para colocar el segundo sobre la de abajo.

Primeramente cubren todas las mesas de vasijas de loza ó vidriado blanco, de tazas para el vino y de platos con frutas, al lado de cada convidado colocan varios palillos ó varitas, de las cuales se sirven los chinos á guisa de tenedores, para pinchar y llevar á la boca las viandas; por lo comun son de ébano ó de hueso, con las puntas de plata, el estremo superior presenta varios ángulos, por las puntas son redondas. Pescados frios de diversas clases, aves condimentadas con salsas de varios géneros, lonjas de jamon, huevos cocidos y menudamente picados, una especie de gusanillo que se encuentra en la caña de azúcar, puesta á secar al fuego, y que forma uno de los platos mas estimados y mas caros de la cocina china, tales son los manjares que sucesivamente van apareciendo en las mesas, sin contar otros muchos que no son considerados mas que como adorno y que llenan completamente la mesa dejando un solo lugar en el centro, para una gran hortera que contiene un alimento caliente y gustoso.

Cuando empieza la comida todas las tazas se llenan de Sioü-eu-tsou; el dueño de la casa se levanta y todo el mundo le imita; toma su taza con las dos manos y se inclina hácia los convidados que despues de esta ceremonia beben y vuelven á sentarse.

Aunque hay bastantes viñas en Chima no se hace vino, los chinos emplean sus ananas, sus naranjas y otras muchas frutas en preparar diversas infusiones y licores fuertes, que son presentados á los convidados al concluir el primer servicio. En los momentos que fija el ceremonial de la comida para los brindis, los convidados se dirijen algunos, siguiendo las reglas establecidas. Las dos personas que brindan se levantan á la vez, toman su vasija con las dos manos y se dirijen al centro de la habitacion; en seguida elevan las tazas á la altura de los lábios, las bajan lentamente casi hasta el suelo y se inclinan uno hácia el otro; esto se repite tres, seis ó nueve veces y los bebedores tienen buen cuidado de observar sus movimientos respectivos, con la mayor atencion, hasta que ambos llevan al fin las tazas á sus lábios apurando el contenido, despues de lo cual las vuelven boca á abajo para demostrar que estan vacías; entonces se saludan y vuelven á sus puestos, pero comienzan nuevos cumplimientos para resolver quien se ha de sentar primero y la discusion no termina sino con sendas reverencias; los dos bebedores aparentan acomodarse, gesticulan y acaban en fin por sentarse de pronto y á un mismo tiempo.

Al principio del ceremonial, cuando los dos convidados se acercan hasta el punto de que se toquen sus tazas, suelen cambiarlas.

Los chinos usan una especie de juego para escitar á beber que se llama el juego de la *morra*; cuando se hallan llenas las tazas, dos personas estienden sus brazos hácia el medio de la mesa con los puños cerrados; cada uno de ellos levanta los dedos que quiere y los presentes deben decir instantáneamente y en voz alta cuantos dedos levantados hay, el que lo adivina tiene el derecho de obligar á su antagonista á beber.

La finura en la comida consiste en ofrecer á su vecino un trozo escogido en el plato propio, el obsequiado se apresura á pinchar la fineza antes que haya tenido tiempo el que la ofrece de soltarla en su plato y paga con la misma ceremonia el obsequio recibido.

El primer servicio se compone de doce á veinte platos sin contar los que se presentan en el intérvalo del primero al segundo servicio; mientras que los criados preparan este, los convidados que se sienten cansados se levantan y se pasean por la habitacion, costumbre muy agradable á los europeos que difícilmente pueden soportar el largo y fastidioso ceremonial de las mesas chinas. Si entre los convidados hay personas de distincion, el mismo dueño de la casa es el que coloca el primer plato sobre la mesa.

Seria interminable y fastidiosa para el lector la enumeracion de todos los manjares que se esponen sucesivamente en aquella interminable comida; al fin de ella las siete ú ocho últimas horteras ó tazones permanecen sobre la mesa y se colocan en forma circular tocándose unas á otras; sobre cada uno de estos puntos de contacto se pone casi en equilibrio un platito de pescado, de aves, de huevos ó de legumbres. En el centro de este círculo se situa una grande hortera de madera, de plata ó de cobre, dividida en trozos que contiene diversos potajes y viandas estrañamente aderezadas. Todos estos tazones están hirviendo y conservan su calor por medio de una lámpara con espíritu de vino; cada convidado recibe separadamente cierta porcion de arroz, que es costumbre comer con carne salada ó con cualquiera de los platos colocados en círculo. En fin el té presentado en tazas cubiertas, sin azúcar, termina el festin.

No estará demas advertir que los principales platos de la cocina china, se forman esencialmente con ajo y aceite; verdad es que tienen cuidado de quitar al ajo su olor fuerte por medio del vapor y que algunos se condimentan sin aceite.

A la mañana siguiente de una gran comida, el que la ha dado se apresura á enviar de nuevo un cartapacio de color de rosa á todos sus convidados, espresándoles el sentimiento que tiene de no haberlos podido tratar de una manera mas digna de ellos; estos responden sobre la marcha en papelones parecidos, consignando en términos enfáticos todo el placer que les ha causado el incomparable festin.

EL MONTE MONGO.

Una de las curiosidades naturales mas sorprendentes del antiguo Reino de Valencia es sin disputa, el altísimo y pintoresco Monte, llamado Mongó, que empieza en la Ciudad de Denia y cuya cima ocultan, con mucha frecuencia, las nubes; siendo la primera tierra que, en figura piramidal y en forma de isla, descubren los navegantes que cruzan el Mediterráneo, la cual les anuncia su proximidad á las costas de España y los sirve de guia para el rumbo y derrotero de sus naves.

Casi todo él se halla cubierto de eterno verdor por los pinos, robles, palmitos, romeros y multitud de plantas y yerbas medicinales que crecen con vejetacion lozana y no escasean, tampoco, los insectos venenosos; por cuyo motivo, al recorrer su parte superior, debe caminarse tomando precauciones á fin de evitar un disgusto.

Abundan tambien en dicho Monte, canteras de variados mármoles y jaspes, cuevas de preciosas estalactitas, simas profundas, el bol arménico, el asfalto y se cree que minas de hierro y de cobre, que no se han beneficiado, sin duda, porque la sensatez é ilustracion de los vecinos de Denia y pueblos comarcanos, los han persuadido, que la verdadera y sólida riqueza la constituyen, generalmente hablando, la agricultura y aun el comercio, bien dirijidos y manejados, como ellos lo hacen.

Para subir al Mongó se conocen hasta nueve senderos, á los cuales se les dá en el pais los nombres siguientes: primero Frencall del Cabo gordo: segundo Escalete: tercero Belem ó Barranco de los Emboxars: cuarto Single de la Cordeta: quinto Asegado·

rets: sesto Portal: séptimo Portalet: octavo Punta del Cabo Prim y noveno Barranco de la Yedra.

Las faldas y declives del Monte están llenos de alquerías, viñedos, olivares, moreras, almendros, algarrobos, palmas y otros árboles de los trópicos y desde las primeras, pero mejor desde la cima de aquel, se descubre uno de los inmensos y encantadores horizontes, difíciles, sino imposibles de describir. Al E. se ven elevar claras y distintas las Montañas de Ibiza y al E. N. E. en dias serenos, la Isla de Mallorca: hácia el N. y N. O. todo el antiguo marquesado de Denia, la dilatada costa del peligroso Golfo de Valencia, con sus ciudades, pueblos y huertas convertidas en verjeles, las torres de aquella capital, el castillo de Murviedro, el cabo de Oropesa, las montañas de Castellon y las de los Alfaques; y al S. y S. O. las otras lindísimas poblaciones conocidas con el nombre de *Marina*, el peñon de Caspe, el castillo de Alicante y los cabos de la Huerta, de Santa Pola y de Palos.

A la mitad del Monte, por la parte de Levante, hay una cueva harto espaciosa, llamada del agua y en su interior dos balsas ó grandes charcos formados naturalmente, donde se recoge una cantidad estraordinaria de aquella, que filtra y destila gota á gota de las peñas vivas; siendo el agua mas fresca, delicada, cristalina y ligera que ninguna otra del Reino; por cuyo motivo se emplea para los enfermos y la citada cueva es muy frecuentada de naturales y estrangeros. El Rey D. Felipe III estuvo en ella durante su permanencia en Denia y lo propio verificaron los sábios franceses M. Mechain, Biot y Aragó, acompañados de los comisarios españoles los señores Chais y Rodriguez, cuando á principios de este siglo, se establecieron en la alto del Mongó para sus observaciones astronómicas y trigonométricas.

La costumbre de visitar la cueva referida data desde tiempos muy remotos y asi lo atestiguan los innumerables letreros esculpidos en las piedras de sus paredes y una inscripcion romana, que aunque con trabajo, se puede leer á mano izquierda de la entrada de aquella y traducir del modo siguiente. «*Galio Julio Urbano, electo príncipe de la lejion vencedora gemina; con sus amigos, Adriano, Alfredo Cónsul y Lucio Aulo Turco Romanos: Publio Honorio ó Honesto hizo ó grabó las letras de valde.*»

Sobre la etimología del Mongó se ha hablado y escrito mucho, de un modo muy vario y sino cierto y exacto, por lo menos ingenioso en estremo. El padre Yago, por ejemplo, quiere que el orígen de aquella voz se derive de la de Mons Jovis: otros pretenden que al recordado Monte, al fundar los mismos Sagas á Sagunto y á Denia, le dieron el nombre de Mont, Sagon y que perdiéndose ó embeviéndose luego una S., como sucede cuanto se juntan dos palabras cuya postrer letra de la primera es primera de la segunda, le quedó el de Monsagon y despues, los de Mongon, y Mongó: otros suponen que Magon, famoso Capitan Cartaginés, dejó su nombre al Monte cuando estuvo en Denia, como lo verificó Mario al de Mariola en el propio Reino de Valencia y el primero, en Menorca á la ciudad y puerto de Magon ó Mahur otros presumen que Mongon se deriva de la voz griega Monoko, ó sea único, solo y eminentísimo, como lo es nuestro Monte y el del Hirico llamado Monolcoe: y en fin Benter, Escolano y el Dr. Palau opinan y hasta aseguran, que el Mongó tomó tal nombre de los Agones ó Juegos Agonisticos que hubo en el mismo y con efecto en su cima se conocen todavía vestigios y ruinas, de un gran cercado de cal y canto que quizá seria la plaza ó palestra de las fiestas llamadas Agonalia que se sabe celebraban todos los años los Romanos, el primero de Enero, en honra del Dios Jano, que dió nombre á dicho mes, y se reducian, entre otras, á despeñarse y á darse de puñadas, hallándose los combatientes desnudos y armados los puños con planchas de hierro ó plomo acomodadas ó fuertemente atadas con correas; por lo que se les llamó Pugiles, de los cuales hace mencion Ciceron, en el libro 2.º de las Tusculanas y Virgilio, en el 5.º de la Eneyda. Entre los griegos tambien se celebraban estos juegos cada cinco años en honra de Júpiter Olimpico y fueron instituidos en la Ciudad de Olimpia de donde tomaron el nombre de Olimpiadas y la cuenta de aquellos por lustros, mencionándose igualmente dichos Juegos Agones, en el Cap. 4.º del lib. 2.º de los Macabeos.

El Monte que describimos se halla á las 38.º 48, 23, «lat. N. ya los 6.º 24, 46.» long. E. del meridiano de Cádiz, tiene de alto trescientas noventa toesas ó sean dos mil setecientos treinta pies sobre el nivel del mar, su frente á este, mas de una legua y cerca de cuatro de circunferencia, comprendiéndose en el recordado Monte, las Puntas ó Cabos de Barber, del Arenal ó Aguas dulce, de Codina, Martin ó Delgado, Negro, Puntas llamas, y de la Nau; todo lo cual en comun se llamó antiguamente Promontorio Ferrariense y dividia los dos senos Ilicitano y Sucronense.

REMIGIO SALOMON.

GINEBRA.

Al llegar á Ginebra, el primer deseo que esperimenta el viajero, es el de visitar la casa de Juan Jacobo Rousseau, el mas famoso entre los hombres célebres que ha producido aquella ciudad. La casa se conserva en muy buen estado, y es hoy poco mas ó menos lo que era cuando nació en ella J. Jacobo; una fábrica de relojes.

Ginebra es una lindísima poblacion situada á orillas del famoso Lago Leman en cuyas aguas refléjase gran parte de su caserío, uno de los mas bellos de Europa.

Sus habitantes suben hasta 22,000, y á pesar de tan corta poblacion, se encuentran allí todas las comodidades y refinamientos de la vida de las grandes capitales, con la sola diferencia de que cuestan mas barato.

Los edificios mas notables por su suntuosidad, son la iglesia protestante de *St. Pierre*, la casa de correos, *las prisiones* construidas segun el sistema penitenciario moderno, los museos, etc.—etc.—En 1843 época, de mi paso por allí, no tenia mas que un teatro la ciudad; pero era muy lindo y estaba perfectamente decorado. La plaza y la calle *du Rhone*, la calle de la *Corraterie* y las orillas del lago son la parte mas bella de la ciudad.

Un puente colgante de hierro sirve de comunicacion entre esta y la isla de J—J. Rousseau, situada en medio del lago. Este islote es un lugar amenísimo, y los Ginebrinos han hecho de él un paseo, tal vez el mas delicioso de todos los paseos artificiales del mundo. Una verja de hierro tan ligera como elegante cerca toda la isla, en cuyo centro, sobre un magnífico pedestal de granito se vé la estátua de bronce del gran filósofo. Está sentado, con un libro abierto en la mano izquierda y en la derecha el estilo en ademan de escribir: á sus pies varios libros con los títulos del *Contrato social*, *El Emilio*, *La nueva Eloisa*, y otras obras de aquel ingenio inmortal. Desde el centro de la isla se descubre la cima del célebre *Mont-Blanc*, llamada por las naturales de aquellas comarcas, *cabeza de Napoleon* la cual representa los lineamentos del perfil del gran capitan con el sombrero puesto y acostado.

Como segun lo que antes he dicho, está cercada la isla con una reja de hierro, pueden todas las noches cerrarla á las nueve y media, hora en que se retiran los Ginebrinos del paseo durante la estacion calurosa. A veces se dan allí al aire libre conciertos admirables que se prolongan hasta muy entrada la noche, y entonces como la isla por su pequeñez no puede contener á la multitud de oyentes, la mayor parte de la poblacion fija y flotante de Ginebra asiste á la *Soirée* en elegantes barquichuelos que rodean la isla mecidos suavemente por las azuladas y mansas olas del lago. Es muy difícil poder formarse una idea del encanto que prestan á aquellos conciertos, el dulce vaiven de las aguas rizadas ligeramente por las blandas brisas de la noche: la luz de la luna que se refleja en aquellos cristales, y cuyos pálidos

resplandores dan mil fantásticas formas á los barquichuelos, á los islotes y á los árboles que sombrean aquellas encantadas orillas; y las voces de los cantantes y los armoniosos acordes de los instrumentos que van á perderse á lo lejos en espirarles de sonido, llevados sobre las aguas en álas de los perfumados céfiros de aquellas arboledas.

En una de estas noches afortunadas, erraba yo á la ventura en mi barquilla por entre aquel laberinto de equeñas embarcaciones tan varias entre sí como las gentes que conducian. Llamóme la atencion una elegante góndola modelada sobre las que surcan los canales de la reina del Adriático. No contenia la estrangera embarcacion sino á un individuo, el cual la conducia por sí mismo; y en el momento de que voy hablando, levantado el remo y con la cabeza inclinada sobre el pecho parecia sumerjido en una profunda meditacion, y absolutamente ageno de cuanto en torno de sí pasaba. El esterior de aquel hombre era sumamente distinguido, y su completa inmovilidad cautivó de tal modo mi atencion que á mi vez me puse á contemplarla y olvidé por algunos instantes el concierto de la isla de J. Jacobo.

De pronto oí mi nombre repetido por una voz sonora que me era muy conocida.

—¿En qué diablos piensa V. amigo mio? Hace media hora que le busco por entre esta confusion. Era uno de los fabricantes de relojes mas afamados de Ginebra, al cual me habia recomendado un corresponsal de Paris.

—Conoce V. á ese caballero? le dije, señalándole al meditabundo desconocido.

—Si señor, es uno de mis parroquianos. Un Conde ruso, tan rico y generoso como estravagante.

—Ese hombre debe ser muy desgraciado, repliqué, contestando mas bien á mi pensamiento que á las palabras del honrado fabricante.

—No es muy feliz, amigo mio; la parte de su vida que conozco, no tiene nada de divertido.

—Podria V. contármela?

—Ahora no. Si quiere V venir mañana á comer conmigo á mi casa de campo, no solo sabrá V. esa historia, sino que conocerá V. al héroe si tal es su deseo. El conde vive en una preciosa quinta contigua á la nuestra, y mi hija mayor Luisa, que es grande amiga suya, le presentará á V. al conde que es un hombre tan amable como instruido. Acepta V?

—Con mil amores. A qué hora?

—A las cuatro de la tarde comemos, y mientras mas temprano vaya V. mas gusto nos dará. Hasta la vista, pues!

Y la barquilla del negociante, desapareció muy luego, entre la multitud que se arremolinaba en aquel momento en el lago, pues acabado el concierto, cada cual se apresuraba á volver á la ciudad.

Al dia siguiente vino á buscarme á la posada un ermano menor del fabricante y me condujo en su tilbury á la quinta, dos ó tres horas antes de la señalada para la comida. Fiel á su palabra, contóme M. F... poco mas ó menos lo siguiente acerca del conde G.... su vecino.

«Hará como unos 6 años que vino á establecerse aqui el Conde, trayendo en su compañia á una muger hermosísima y un niño de poco mas de dos años. Compró esa elegante casa de campo, resuelto al parecer á fijar su residencia en Suiza; pero al cabo de cierto tiempo, empezaron á correr algunos rumores acerca de la condesa, la cual segun aquellos pertenecia á una clase ínfima, y no era mas que la querida del Conde. Estos chismes acabaron por llegar á los oidos de aquel el cual los acalló completamente, casándose con la señora en cuestion, que no era en resumidas cuentas sino una oficiala de modista, de quien se habia enamorado durante una mision diplomática que habia desempeñado en Viena.

La compra de la posesion se hizo en cabeza de la señora, y el generoso marido agregó á este régio regalo una donacion de 600 mil francos colocados en el banco de Francia. Hará unos ocho meses, que fué la condesa á Paris á ciertos negocios de poca entidad, por lo cual debia ser muy corta su permanencia en aquella capital. Inquieto el Conde al ver que pasaba mas tiempo del necesario y que su esposa no volvia, le escribió varias cartas invitándola á que volviese; pero viendo que no surtian efecto, se preparaba á ir él en persona á buscarla, cuando recibió una carta de aquella muger en que le decia, que marchaba lejos de Francia con un hombre á quien habia amado desde sus primeros años; que le devolvia su coche y caballos; y que no hiciese por buscarla, porque solo muerta volveria á su poder.»

Hé aquí en resumen esta historia chocante por la inaudita ingratitud de aquella muger.

Luisa, la hija mayor de mi huésped, me llevó en seguida á casa del Conde, el cual nos recibió con esa esquisita cortesanía que caracteriza á todos los rusos de alta clase. Guionos el mismo por toda la casa, cuyas habitaciones estaban decoradas con una suntuosidad verdaderamente real. Despues visitamos los jardines, tan vastos como bellos, y á cuya estremidad se verifica la confluencia del *Arve*, rio que baja del *Mont-Blanc*, con el Ródano, el cual atraviesa por Ginebra el Lago *Leman*.

Las cercanías de Ginebra son amenísimas, y á cada paso se encuentran objetos dignos de detener interesantemente al viajero; pero á la cabeza de todo está la casa de campo de *Ferney*, antigua residencia del gran *Voltaire*. Esta casa está situada á una legua de Ginebra. A pesar de la multitud de poseedores que ha tenido desde Voltaire hasta nuestros dias, los muebles, cuadros, etc. se conservan en el mismo estado en que quedaron á la muerte de aquel grande hombre. Los viajeros visitan con mayor interés el aposento que servia de dormitorio á Voltaire cuyos adornos son muy sencillos. Vénse allí los retratos de Federico II; de la emperatriz de Rusia Catalina, el cual es de obra de aguja, y hecho por la misma princesa, para dárselo á su maestro; el retrato de Lekain, el gran trágico; los de Voltaire, D'Alembert, Diderot. Delille, etc. etc.

La cama es muy sencilla; apenas queda la parte superior de la colgadura de seda, porque los viajeros se la han ido llevando á pedazos. En uno de los ángulos del aposento hay un pequeño sarcófago de mármol negro de bastante mal gusto, el cual contenia el corazon del filósofo antes de que fuese transportado á Paris. Debajo del lugar en que estaba el corazon se leen estas palabras: *Mon esprit est partout et mon cœur est ici* (1) y sobre el vaso: *Mes mânes sont consolés puisque mon cœur est au milieu de vous* (2); pensamiento alusivo á los personajes que representan los retratos que rodea el cuarto.

En 1843 aun vivia el último jardinero de aquel hombre estraordinario, si bien tan viejo que no podia dar un paso. Este anciano conservaba varias cosas que habian pertenecido á su amo como batas, chinelas, gorros, etc. que enseñaba á los viajeros con la veneracion con que pudieran mostrarse las mas santas reliquias.

El giro del lago de Ginebra, merece por sí solo un artículo separado.

J. Heriberto Garcia de Quevedo.



(1) Mi espíritu está en todas partes y aquí mi corazon.
(2) Mis manes están consolados puesto que mi corazon está en medio de vosotros.

PERSONAS QUE IMPIDEN EL PASO EN LAS ACERAS DE MADRID.

Por las calles y las plazas
cabezas se ven quimeras
la mitad son calabazas
la otra mitad calaveras.

GONGORA.

Cuentan de un anticuario italiano, por mas señas llamado Martorelli que empleó algunos años para probar que los romanos no conocian el uso de los cristales para las habitaciones cuando de allí á poco tiempo, en las ruinas de Pompeya y Herculano una mala ventana echó por tierra la obra del erudito. Lo mismo le sucederia al curioso que se imajinara encontrar el orijen de caminar el hombre de atrás para adelante. En nuestra humilde opinion..... nació esta costumbre con Adan—el primer hombre debió *andar* para distinguir las bellezas de la creacion: lo de correr vino mas tarde; cuando le perseguian los remordimientos. Desde la creacion del mundo hasta nuestros dias el movimiento fué la pesadilla de los tullidos y de los gobiernos. Algunas veces no solo los hombres sino tambien las naciones *pasearon* por el mundo: Ciro y Alejandro fueron dos bergantes invencibles, Cárlos V un vagamundo, Napoleon un *viajero*: siempre de ceca en meca—nunca en su casa. Hasta el judio errante *anda* de Herodes para Pilatos, viendo como mejora de suerte, y dándose cierto aire de semejanza al pueblo español en busca de un buen gobierno. A medida que la civilizacion derrama á manos llenas sus tesoros—que algunas veces no son otra cosa mas que inmensas rimeras de palabras—los pueblos no andan, pasean; no pasean, corren; no corren, se precipitan. Un pueblo de paralíticos en el siglo XIX seria un pueblo ocioso, como si dijéramos, murmurador—seria un espectáculo desagradable: un inmenso hospital, una tertulia de señoras mayores, una rueda de jóvenes jugando al floron ó leyendo *para-ques* en año nuevo: cualquiera cosa.

España representa á nuestros ojos un pueblo—cojo. No corre—anda poco á poco únicamente. Resiste largas jornadas y tiene el estómago del camello y la desgracia del corzo: siempre que huye, queda sujeta por la cabeza. Solo el habitante de Madrid comprende el espíritu del siglo y tiene mucho de galgo, aunque no sea mas que por lo que tiene la córte de caza. El habitante de la coronada villa es un perfecto locomotor: vive en la calle; en la casa solo come ó duerme. ¿Qué es la vida cortesana contemplada desde un balcon?—Sisifo cerca del agua. Vivir en Madrid equivale á probar el movimiento contínuo desde las graves oscilaciones del aguador reposado hasta las vibraciones no interrumpidas del ajente infatigable.

Hace algunos años bastaban las sillas de manos—aun se comenzaba á andar—despues vinieron los coches tirados por mulas, luego las carretelas, en seguida las berlinas, mas tarde los omnibus y por último el pájaro—mosca, de las calles de Madrid el rápido y deslumbrante *tilbury*, reemplazado en la actualidad por el aristocrático *charaván*. Ahora las calles de Madrid son otras tantas carreteras; para todo *se viaja*: ya casi sobran los pies..... escepto en las bellas andaluzas. Empero, al lado de este incesante movimiento se encuentra desapercibida la mas cómoda invencion de los tiempos modernos; la compañera inseparable del ocioso, la esperanza del ciego, la tienda del fosforero, la segunda calle del zapatero de portal.... la sencilla y modesta acera! Entre *el arroyo* y la acera hay la omnipotencia del oro y la espresion de las clases. Los *adoquines* son los únicos niveladores de la capital: hacen de una calle un paseo y proscriben las aceras. Algunas veces cambian de lugar los transeuntes, pero á pesar del murmullo popular que se levanta como una polvareda desagradable se dice que estas imperfecciones son mas topográficas que morales. En la coronada villa no todo se encuentra en su lugar, y sino véase la Bolsa en la iglesia de los Basilios, el Congreso en el teatro de Oriente, la compañia de ópera en el Circo y el ministerio de Hacienda en la Aduana.

En las aceras de las principales calles de Madrid es donde se pueden distinguir y apreciar mejor los caracteres mas orijinales y las caricaturas mas estravagantes. Allí se encuentran el cesante, el pretendiente, el vago, el forastero, el jugador, el espía, el vendedor de relojes y perros dogos, el aficionado á la política, el pobre de S. Bernardino, el elegante, el periodista y el curioso—ese tipo madrileño que recorre todas las calles, se detiene en todas las esquinas, lee los carteles de las obras y los letreros de los bodegones, asiste á los incendios y á las revistas de comisario y que llega hasta la puerta de todos los espectáculos públicos, requebrando al paso á las modistas y á las damas de vida airada. Este es el inquilino por escelencia de las aceras, si esceptuamos la vendedora de buñuelos por el invierno y el horchatero valenciano por el verano. Cada acera es el lavadero donde caen los harapos de todas las clases de la sociedad confundidos con las jerarquías mas respetadas de la época.

Veamos, pues, las diferentes fisonomías que encontramos al seguir la acera de una calle de la coronada villa entre el estruendo de los coches, el polvo de los carros de yeso, la confusa gritería de los transeuntes, un ciego de romances que tropieza involuntariamente y una jóven de talle esbelto que voluntariamente codea atormentada por los grados sobre cero que anuncia el barómetro.

En primer lugar nos saluda el *amigo íntimo*: ¡Magnífico encuentro! Es un jóven hablador y galante que se interesa mucho, muchísimo por nosotros, lo mismo que por todo el mundo. Las señoras dicen que tiene *un corazon sensible*. Vaya V. á dejarle cuando se sonrie y le abraza y le oprime ambas manos!—Oh! ayer me ha dado V.—dice D. Deogracias—un buen rato—Pues!...—He leido su artículo de V.... Magnífico!—¡Quiá!... es un juguete—soberbio!.. Por mas señas que despues salí á la calle y encontré á D. Pedro... el de la oficina de amortizacion—No le conozco—Hombre!.. sí... aquel que refresca todas las noches en la primera mesa del café Suizo... no conoce V. otra cosa—No recuerdo...—El que paseaba conmigo en el último baile de Villa-hermosa.... Y es menester conocerle á la fuerza porque sino vá á referirnos la vida y milagros de su acompañante. En seguida nos dice las visitas que tiene que hacer, las tertulias que frecuenta, las veces que fué al teatro, lo que piensa hacer en el próximo invierno, sus lances de familia y las perfecciones de una muchacha que enamora de incógnito. No hay remedio: aunque tengamos prisa es menester oirle porque es un *íntimo amigo*. Es un saco que se vacia: sino hubiera aceras en Madrid moriria de tristeza y de desesperacion. Sale á la calle para estar de visita en ellas. Frecuenta los paseos y los cafés, lleva la voz en las tertulias y se apasiona, como las mugeres feas, de todo lo misterioso. No tiene amores en ninguna parte pero es el estorbo de todos los amantes. Es el *amigo íntimo* de la casa y se le aprecia como si fuera de la familia.

Mas adelante encontramos á un anciano cuyos ojos se distinguen con trabajo, gracias á la enorme ála de su sombrero. Viste levita cerrada hasta el pescuezo, pantalon color de cardenillo y una corbata sobre cuyos pliegues descansa la barba como el sorbete sobre los bordes de un vaso. Se acerca de pronto y dejando ver en la diestra su baston sin puño, nos muestra un cigarro de papel, y cometiendo la imprudencia de llevar la mano al sombrero que se niega á tener la elasticidad indispensable para un saludo, nos pide *candela*. A primera vista esto no es mas que una lijera impertinencia, pero entretanto la jente pasa, las señoras buscan *la derecha*, un gordo nos oprime, una figura escueta se escurre á nuestro lado, queriamos seguir á una linda muchacha que desde que lo habia observado gustaba de ver los mostradores de las tiendas de quincalla, ó evitar el encuentro de un acreedor y el cigarro del cesante se resiste al fuego como una salamandra. Dos y tres veces llevamos la mano para recojerlo, pero el desconocido suspira, lagrimea, chupa, tose, patea, traga saliva y se acomoda en un portal hasta lograr encender su cigarro ó apagar el

nuestro. No nos impacientemos: es una dádiva bien barata. Este cigarro es el único almuerzo del cesante: dejémosle que lo encienda aunque sea á costa de nuestra tranquilidad,

Santo cielo!—Aqui tenemos á D. Segundo: el *sábelo todo*. Vámonos á la acera de enfrente, pero nos acordamos tarde porque ya viene con los brazos abiertos á columpiarnos durante algunos minutos. De pronto nos obliga á venir con él á un lado y aparentando recelar de todo el mundo nos dice al oido—Hay novedades—¿Buenas ó malas?—Ya sabrá V. lo que pasa—Acabo de salir á la calle—Ha llegado...—¿Quién?—Un posta—¿De dónde?—Yo mismo le ví entrar por la puerta de Alcalá—Oiga!—Estamos muy mal—Pero ¿qué hay?—Lo sé por el mismo posta, pero cuidado con el silencio!...—Ya lo creo—Viene de Cataluña... ahora se estará apeando—¿Y qué pasa?—Nuevas desgracias para el pais..... *los matinés* se repiten con frecuencia: nadie lo sabe aun en Madrid. La noticia no vale la pena de escucharla, pero á D. Segundo es menester oirle, como se espera un cañonazo: con sobresalto. Si no nos espantásemos siempre que habla seria nuestro mas encarnizado enemigo. Si fuera progresista nos llamaria afrancesados, y si moderado, populachero. D. Segundo tiene relaciones en todas partes, pero á decir verdad debe de ser estremadamente modesto porque ocupa la humilde posicion de.... escribiente en una de las oficinas de rentas.

Procuraremos ganar el tiempo perdido. Imposible! Ya me columbró Doña Loreto, que me saluda meneando el abanico como quien dice—Está V. buena alhaja—A los pies de V. mi Señora Doña Loreto, le decimos antes de que pueda echarnos en cara que hace dos meses no la visitamos.—Yo lo creia á V. muerto, nos contesta—Felizmente hasta ahora solo mis numerosas ocupaciones me obligaron á morir... temporalmente, nada mas que temporalmente, señora, para mis buenas y distinguidas amigas entre las que me tomo la libertad de contar á mi señora Doña Loreto.... Se conjuró la nube: esta señora se sonrie llevando el abanico á la boca. Doña Loreto es una de las *señoras que acuerdan buenos tiempos*: antes perdona el olvido ó la ingratitud que la falta de un saludo ó el cambio de un epiteto. Deplora la inmoralidad de la época y habla muy mal de todos los gobiernos. Es una viuda del *Monte-pio*. Acostumbra á decir que vá de prisa y corriendo pero siempre se detiene con sus amigos. Cualquiera dirá que sostiene una animada conversacion, pero habla de lo de ayer, de lo de antes de ayer, de lo del otro dia, de lo de siempre: de la reuma y de la viudedad.

Damos vuelta para tomar por una calle cercana y menos concurrida cuando se fijan nuestras miradas en una linda muchacha cuyo delgado talle llega atormentado por una lujosa falda de tornasol. Vamos á hablarla y se dirige hácia su criado para pedirle la sombrilla ó el devocionario lo primero que le viene á las mientes. Hé aquí el único vice-versa de esta mañana: hemos querido hablar con ella y ella no ha querido hablar con nosotros. Es nuestra conquista del Circo; nos vió anoche con Emilia pero le escribiré esta noche un billete en papel perfumado y volveré á hablarla. Oh! es menester amar para conocer los celos.

Vacilamos entre seguirla ó perderla de vista y de pronto sentimos una mano que dulcemente nos golpea el hombro izquierdo. ¡Santo cielo! Es el fosil que visito algunas veces en la calle de los Reyes, el antiguo empleado en loterias que mantiene en la antesala de su casa seis perros negros como vencejos y que gruñen como marranillos, hasta sus ataques nerviosos le hicieron mas pesado obligándole á ser un poco tartamudo. Para él habrán variado las instituciones y las costumbres, pero los nombres son siempre los mismos. Llama urbanos á los milicianos nacionales, covachuelistas á los empleados en los ministerios, alcaldes de casa y córte á los corregidores, á la Constitucion, el Estatuto, á la ignominia del Circo, la cazuela y al Consejo real, Consejo de Castilla. La plazuela de Bilbao es en su boca la plazuela de los Afligidos y la calle de la Libertad, calle del Burro. Los nombres de las calles no pueden cambiar del todo mientras una nueva generacion no adopte esta reforma. Este anciano es un *Don Consejo*: todo lo vé de lejos, todo lo medita, todo lo preve. Segun propia confesion, *tiene las narices muy largas*.... no hay mas que mirarle á la cara.

Nos despedimos de él y sin aguardar á que podamos ocultarnos entre el gentio nos mira frente á frente un hombre de ojos indecisos entre la amenaza y el respeto. Es un prestamista: si le hablamos despacio, grita y vocifera. Es necesario tratarle con desenfado, dirigirle tambien miradas certeras al corazon, para abochornarle, y amenazarle. Al propio tiempo vemos salir de la tienda de enfrente á una jóven con vestido de tornasol... ya se sonrie... es ella... la que antes no habia reparado en nosotros. Nos dirijimos á saludarla cuando el prestamista nos dice con un acento de imprudente ironía *confio en su palabra*. Nosotros le devolvemos una mirada cariñosa admirablemente sostenida á costa del desprecio que nos inspira.

En seguida el aficionado á la literatura nos pregunta por vijésima vez la obra que vamos á publicar y el erudito maneja su diccionario de palabras, y se escucha, se mira, se compone, atusa y relame siempre que pronuncia un periodo rotundo y elegante.

Oh! marchemos por cualquiera parte y abandonemos la acera. Hasta ahora nos detuvieron los amigos, pero si reparan en nosotros los vendedores de relojes y perros, los cesantes y los noticieros, los forasteros y los recomendados por medio de esquelas, daremos al traste con todo vicho viviente, como nuestros lectores harán con el presente artículo, despues de pasar por sus renglones una ojeada de perezosa curiosidad.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

OFRENDA POETICA.

AL LICÉO ARTISTICO Y LITERARIO DE MADRID.

Sueños hermosos de la infancia mia
¿á qué sobre las alas de oro y rosa
volveis á mi exaltada fantasía?
¿qué buscais? ¿vuestro hogar? Ceniza fria
guarda no mas vuestra mansion dichosa.

Pasó la edad de la sencilla infancia;
las delicadas flores que dejaron
vuestras manos, ornando vuestra estancia,
perdieron su frescura y su fragancia,
y marchitas al fin se deshojaron.

El fecundo jardin, que cultivasteis
es hoy salvage selva enmarañada;
nada hallareis de lo que aqui dejasteis.
Sueños de mi niñez ¿á qué tornasteis?
Idos: de lo que fué no existe nada.

Idos: vuestra presencia es importuna:
la edad os arrojó de vuestro asilo:
lecho de la ambicion es vuestra cuna,
y ha levantado en vuestro hogar tranquilo
un altar á la gloria la fortuna.

Genios, que del Pisuerga en la ribera,
al rumor soñoliento de sus olas
á oir llegasteis mi cancion primera,
tejed para mi negra cabellera
fresca diadema de tempranas violas.

¿Recordais, fabulosos geniecillos,
aquel pálido niño, que corria
vuestras lomas cubiertas de tomillos,
probando en vuestros toscos caramillos
su mal seguro aliento? ¿Qué os decia?

«Por la gloria escusad que os abandone:
«yo espero en Dios y de mi aliento fio
«que oiga mi patria, cuando yo le entone,
«un cántico en su honor, y que me abone
«por buen hijo con ella el canto mio.»

Y os dejé: y cuanto débil atrevido
el premio á disputar entré en la lucha.
«Oyeme» dije al mundo, y el oido
prestando, el mundo mi cancion escucha,
Sueños de mi niñez ¿seré vencido?

Fé de mi corazon, sostenme ahora:
luz de mi inspiracion, no te consumas:
voz de mi pecho, exhálate sonora:
pensamiento velóz, hé aqui la hora
de tender al volar todas las plumas.

Tiéndelas, pues, ¡oh pensamiento mio!
por la region divina y encantada
de la imaginacion, y el dulce pio
róbale al ruiseñor, que al son del rio
dá al viento su cancion enamorada.

Róbale al mar, que con desden se mece
en su lecho de arena, su murmullo:
y á la brisa que el árbol estremece,
y á las tórtolas tiernas, que guarece
con su ondulante pabellon, su arrullo.

Pide á una blanca y vaporosa nube
que en sus brazos de gasa te levante,
y á la region del firmamento sube,
y por favor demándale al Querube
su harpa de oro y su voz por un instante.

Lánzate: cruza el éter infinito:
búscame cual mi aliento les ansia
el vigor y la fé, que necesito
para ahogar en torrentes de armonía
al mundo, que me mira de hito en hito.

Vé, que me espera ya; tu vuelo afana,
pensamiento velóz. En tal momento,
mortal mi corazon, mi voz humana,
temo que he de pedir con ansia vana
fuego á mi inspiracion, aire á mi aliento.

No: le veo que el límite traspasa
de la bóveda azúl: un rayo quita
al sol, y al aura trasparente y rasa
volviendo á atravesar se precipita
sobre mi corazon y me le abrasa.

Suelta tu voz, ¡oh corazon! al viento:
de tu humilde temor desecha el pasmo:
gracias dá al mundo que te escucha atento:
lo que falta á tu ruin merecimiento
llenen la gratitud y el entusiasmo.

Benigna Sociedad, amigos fieles,
y vosotros de Fidias y de Apeles
y de Homero y de Píndaro rivales,
escusadme estas glorias terrenales,
apartad de mi frente los laureles.

Las vuestras, en verdad, que no la mia
merecen reposar bajo su sombra:
vosotros me cedeis con hidalguía
un honor que me embriaga de alegría
pero que me avergüenza y que me asombra.

¿De la pompa del triunfo soberana
cuál virtud me hizo digno? ¿La armonía
de mis cantos tal vez? ¡Jamás profana
mi lengua de ella mentira! No es mia
mi noble inspiracion: Dios me la envia.

Dios, que dá voz al viento y á las aves
y ecos al mar, que en tumbos se levantan,
roncos en su ira y en su calma suaves,
es quien presta á mi voz sus ecos graves
para cantar su Omnipotencia Santa.

Por eso audaz entre vosotros canto
y mi humilde cantar con fé levanto:
porque el poeta, del Señor recibe
fé y voz, para ensalzar con éstro santo
la tierra en que nació, la fé en que vive.

Por eso indigno de tan noble empleo,
para tan suma dignidad pigméo,
el templo de la escelsa poesía
tal vez profano: porque iluso creo
que Dios inspira la impotencia mia.

Por eso en ella en cantar me afano
la gloria y prez con que la edad pasada
vió tremolar el pabellon Hispano
en el remoto mundo Americano
y en las mezquitas moras de Granada.

Por eso alguna vez vuestros oidos
ofende el rudo són del harpa mia:
mas de sus cuerdas roncas desprendidos
exhálanse los bárbaros sonidos
ricos de fé, si pobres de armonia.

Vosotros, cuya fé potentes halla
plumas, para cernerse sobre el suelo
donde preso mi espíritu batalla,
PROFESORES ILUSTRES, vuestro vuelo
tended: del siglo quebrantad la valla.

Dios es la inspiracion: la fé del arte
es hija de la fé de la creencia:
no la busqueis jamás en otra parte;
la Cruz es de la gloria el estandarte.
Dios es la luz: Dios es la inteligencia.

Si colores quereis, mirad al cielo:
si llenar los espacios de armonía
si animar de los mármoles el hielo,
de las obras de Dios alzad el velo,
que Dios perfectas las produce y cria.

Mas perdonad á mi saber profano
de ilustraros las necias pretensiones.
¿Qué puedo á vuestro genio soberano
enseñar con mis ruines concepciones,
yó, del jardin del arte ruin gusano?

Y vosotros tambien ¡hijos del canto!
sobre el cieno de el siglo en que vivimos
altecéos; vuestro orígen santo
testificad al enjugar el llanto
de la raza mortal de quien nacimos.

Cantad: ni el hombre de su vieja historia
sin vuestros cantos la verdad supiera,
ni el justo digno de alabanza y gloria
de sus nietos vivir en la memoria
mas allá de su túmulo pudiera

Bálsamo saludable, que en el suelo
derrama la esperanza y el consuelo,
la poesía es. ¡Cantadla; poetas,
¡Volad, como volaron los profetas
en alas de sus cánticos al cielo!

¡Volad! De envidia vil sin la mancilla,
surcar el occeano de la gloria
os veré yo contento, y en la orilla
descubierto y en tierra la rodilla
bendeciré al morir vuestra memoria.

JOSÉ ZORRILLA.

FABULAS

EN VERSO CASTELLANO IMITADAS DEL ALEMAN.

(DE P.)

BENEFICIOS DE LA LEY.

Caminaba á Jaen un peregrino,
Y le asaltó un ladron en el camino.
La bolsa, le gritó, si no la vida!
El infeliz devoto se intimida
Y entregue su caudal como un cordero;
Pero no satisfecho el bandolero,
A saco sus vestidos entra,
Y un relicario de valor le encuentra.
En esto se aparece un cuadrillero.
Suelta el ladron la alhaja y el dinero,
Huye y entre los árboles se embosca.....
—¿Cómo esclama el viajero agradecido

Al ángel salvador recien venido,
Cómo pagar á V.?—Venga la mosca.
—¡Hombre, déjeme V. lo necesario.....
—Deme tambien V. el relicario.
—Pero, señor, con tales condiciones
Nada en librarme del ladron consigo.
—Yo tengo desgarrados los calzones,
Cámbiemelos V. y agur amigo.
—Ya que existe un poder que al ciudadano
Libra del golpe de opresora mano,
¿Por qué de ese poder es ley precisa
Que deje al protejido sin camisa?

(De Pfeffel.)

LA ESCALA.

Hambriento un avion cojió un mosquito
Que indulto le pidió por ser chiquito
Y dar poco alimento;
Pero enojado el otro á fuer de hambriento,
—No esperes, dijo, que tu voz me ablande:
Muere porque eres chico y yo soy grande.—
No bien hizo la muerte el inhumano,
Cójelo entre sus uñas un milano:
Temblando el avion gime y suplica,
Pero el milano adusto le replica:—
—No tienes que pensar que yo me ablande;
Muere, pues eres chico y yo soy grande.—
Vió el águila al milano entretenido
En devorar el pájaro cojido,
Y volando veloz le prende y mata
Por mas que ruega y de salvarse trata.
—No es fácil, murmuró, que yo me ablande;
Muere, pues eres chico y yo soy grande.—
Fué el águila á volar, pero la bala,
De un diestro cazador le quiebra el ála,
Y al revolcarse por el suelo herida:—
—¿Por qué, gritó, me privas de la vida?
—Porque no hay, dijo el hombre, quien me mande
Mueres, porque eres chica y yo soy grande.—
Nadie uso indigno de sus fuerzas haga,
O sepa, si obra mal, que al fin se paga.—
No murió el cazador y si el mosquito
Al parecer sin pizca de delito;
Pero ninguno de su fin se asombre,
El picó veces mil antes al hombre

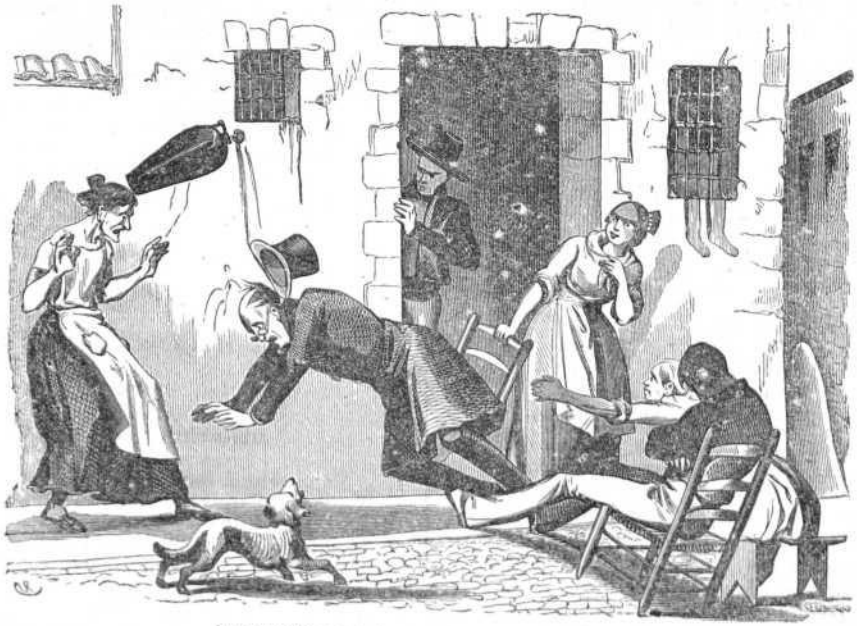
(De Lichtwer.)

EL ENVIDIOSO.

Magnífico manzano
En el corral de un clérigo crecia:
Un vecino de envidia se moria
Viéndole tan fecundo y tan lozano:
El ni manzano ni corral tenia.
Y ya que de otro modo
No supo desfogar su encono fiero,
Arrojoba al frutal desde un granero
El desperdicio de su casa todo,
Haciendo del corral estercolero.
Bien ensució el ramaje:
Mas la lluvia á su tiempo lo limpiaba;
La tierra con la broza se abonaba;
Y el resultado fué del ruin ultraje,
Que mas fruto y mejor, el árbol dába.—
Mas útil que nociva
Es la gente mordaz que tanto abunda,
Pues hace con su rabia furibunda
Que el integro varon mas cauto viva,
Y mas pronto á sus émulos confunda.

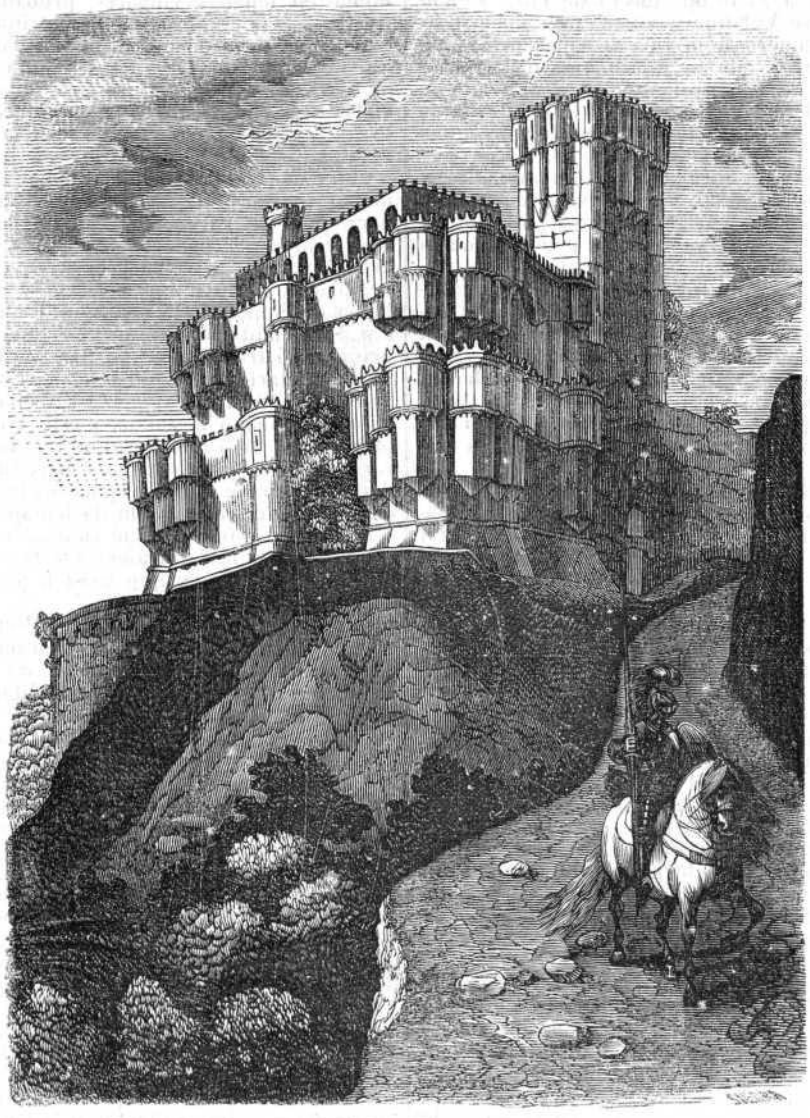
Juan Eugenio Hartzenbusch.

PELIGROS DE MADRID.



Inconvenientes de las tertulias á puerta de calle.

MADRID 1848—IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ.



Vista del Castillo de Coca.

COCA.

La villa de Coca ocupa el lugar de la antigua *Cauca*: se halla á las ocho leguas N. O. de Segovia del partido de su nombre.

Su poblacion es de 471 habitantes, situada entre los dos rios Voltoa y Eresma, la baña el primero por la parte del S. y el otro por la del N; regando las huertas que tienen muchos frutales; y se juntan á corta distancia de el pueblo. En el término de esta villa hay poca labranza, es abundante de ganado lanar y tiene un hermoso viñedo, pastos y caza. Su industria consiste en recojer pez, resina, aguarás y piñones. Es patria de fray Tomás Gomez, que escribió sobre el canto llano.

Tholomeo coloca á esta villa á los 10.° 0′ y 42.° 20′. Los *Caucienses* dependian del convento jurídico de *Clunda*. Algunos años antes de Jesucristo fué sitiada por Licinio Lúculo y se rindió despues de una ligera resistencia, con la condicion de dar rehenes, pagar una contribucion de 100 talentos y poner su caballería al servicio de los romanos; mas apenas hizo el cónsul su entrada cuando pasó á cuchillo á todos sus habitantes en estado de llevar las armas, y redujo á cautividad á los viejos, niños y mugeres.

En esta villa (antiguamente ciudad) vivia Teodosio retirado cuando el emperador Graciano le asoció al imperio. Fué conquistada á los moros por el rey D. Alonso el VI en 1077.

En esta villa se conserva aun el castillo, cuya vista presentamos al frente de este artículo. Su arquitectura es árabe; su perspectiva esterior es sorprendente y majestuosa á pesar de que el interior está demasiado deteriorado. Sin embargo seria de desear se reformase aquello mas principal para prolongar su existencia y evitar la próxima ruina de uno de tantos monumentos de interesantes recuerdos, como se encuentran en la península.

3 de Diciembre de 1848.

D. JOAQUIN LORENZO VILLANUEVA.

Nació en Játiva el 10 de Agosto de 1757, siendo sus padres D. José Villanueva y Doña Catalina Astengo, natural el primero de la villa de Olba en Aragon y la segunda de Savona en el Genovesado, quienes tuvieron ademas una hija religiosa en el convento de Santa Clara de Játiva y tres hijos, D. José que siguió el comercio, D. Lorenzo la jurisprudencia y D. Jaime que profesó en la órden de Predicadores.

D. Joaquin estudió en Játiva las humanidades, y concluidos sus estudios en la primavera de 1777 se graduó de maestro en artes y luego de Doctor en Teología: entonces fué á Orihuela al concurso de la canonjía majistral de aquella iglesia que no obtuvo, mas en el mismo verano le fué concedida una cátedra de filosofía en este seminario conciliar, que siguió desempeñando hasta el año de 1780, en que con motivo de unas conclusiones que le ocasionaron varios disgustos renunció la cátedra y pasó á Madrid habitando en casa de su antiguo catedrático D. Juan Bautista Muñoz, por medio del cual trabó amistad con Ayala, Casiri, Tavira, Perez Bayer, Blasco y otros varones ilustres de aquella época.

En el siguiente año de 1781 hizo oposicion á una canonjía de S. Isidro el Real, y no habiendo sido provista en él fué nombrado por el inquisidor general Obispo de Salamanca D. Felipe Bertran para una cátedra de Teología del Seminario de S. Cárlos de Salamanca, desde el cual segun su espresion, *por una borrasquilla que se levantó de puertas adentro*, tuvo que venir á Madrid socolor de ordenarse de presbítero á título de un préstamo. Llegado que hubo á la córte se hospedó en casa del obispo de Salamanca, quien le dispensó su proteccion nombrándole capellan y consultor del tribunal de córte, honrándole con una ilimitada confianza hasta el momento de su muerte: por su influjo le concedió el rey la canonjía doctoral de la real capilla de la Encarnacion que estuvo desempeñando hasta el año de 1795, en que fué nombrado capellan de honor y predicador del rey.

En esta época fué cuando publicó una traduccion en verso castellano del *Carmen de ingratis* de S. Prospero y otra del oficio de Semana Santa, que le valió un proceso de la inquisicion, del que tuvo la suerte de salir con felicidad.

Siempre constante en el loable deseo de dar á la religion todo el decoro posible y de correjir el escándalo de algunos sacerdotes que decian la misa en 10 ú 8 minutos, escribió un opúsculo sobre la obligacion de celebrar el santo sacrificio con circunspeccion y pausa, al cual añadió otro sobre los defectos que se cometen ordinariamente en el modo de asistir á misa, con el objeto de abolir los abusos que se habian orijinado con la precipitacion en decir las misas: ambos opúsculos merecieron general aceptacion y se recomendó su lectura en varios Obispados.

A estos opúsculos siguió la publicacion del Catecismo del Estado, que escribió con el objeto de demostrar que la religion se acomoda á todas las formas de gobierno establecidas; de este libro se valieron sus enemigos para formarle un proceso ante la inquisicion, el cual como los anteriores no tuvo éxito ninguno, á causa de que el inquisidor general D. José Ramon de Arce convencido de su injusticia lo hizo ocultar, recogiendo la causa que mas adelante tuvo Villanueva ocasion de ver en casa del Inquisidor. La continuacion del Año Cristiano de España, las dominicas y fiestas movibles, que habia empezado á publicar á fines del reinado de Cárlos III y que siguió por este tiempo, fué muy bien recibida del público ilustrado, mereciendo que el ministro Conde de Florida Blanca alabase el pensamiento en una atenta carta; mas no le sirvió nada de esto para que fuese torpemente calumniado por el partido jesuítico siempre en pugna con sus ideas; los rumores llegaron á oidos del monarca, el cual hizo examinar la obra y hallándola conforme con la doctrina de la iglesia la hizo propiedad de la imprenta Real, agraciando á Villanueva que no habia querido admitir ningun beneficio eclesiástico, con una pension de 600 ducados sobre los fondos del establecimiento.

Luego escribió un tratado sobre la leccion de la biblia en lenguas vulgares, probando con razones poderosas ser conforme á la doctrina del evangelio la traduccion de la misma en idioma vulgar: contra este libro escribió un folleto un jesuita Navarro, lo que motivó que Villanueva se defendiese contestándole en las *Cartas eclesiásticas* que se publicaron por decreto del Inquisidor General Abad y la Sierra, y de sus resultas prohibió el gobierno el folleto del jesuita.

En este tiempo se le encargó por el cardenal Sentmanat, patriarca de las Indias, la visita de la iglesia parroquial del Pardo, con el objeto de que formara un plan eclesiástico para la mejor asistencia de los feligreses: verificó la visita y el arreglo, quedando muy complacido el Patriarca del celo y eficacia con que habia desempeñado la comision. Infatigable en el deseo de adelantar la literatura eclesiástica de España, principió á trabajar el año 1802, con auxilio del primer secretario de estado D. Pedro Cevallos, una obra *de antiquis Hispanæ Ecclesiæ ritibus*: en ella le ayudó mucho su hermano D. Jaime, y este trabajo produjo la publicacion de 5 tomos con el nombre de Viaje literario á las iglesias de España; pero tuvo que suspenderla á pesar de tener preparados treinta volúmenes, con motivo de la invasion de Bonaparte y de la persecucion de que luego fué víctima: otros cinco tomos se publicaron desde el año 20 á 23, componiendo en todo los diez tomos que existen publicados de esta interesante produccion.

Dos años despues dió á luz el Kempis de los literatos, libro en que reunió una coleccion de sentencias tomadas de las santas escrituras, de los Padres, etc. aplicadas á la conducta moral y litararia de los escritores y hombres científicos.

Sus enemigos, siempre en contínua asechanza, no perdonaban medio alguno de desacreditarle y hacerle sospechoso á los ojos del gobierno: asi es que siendo rector de los hospitales Generales y de la Pasion, fué acusado de que propagaba entre los enfermos y asistentes malas doctrinas: mas esta vez como siempre el inquisidor general Arce, convencido firmemente de la pureza de su doctrina, no dió oidos á las acusaciones de sus enemigos; y Villanueva pidió que no se concluyese este asunto sin que su ofensor se retractase, lo que verificó delante de la junta tomándose nota en el acta de aquel dia; pero tratándose luego de castigarlo, interpuso generosamente su influjo Villanueva para que no le molestasen, dándole luego otras pruebas de no abrigar resentimiento ninguno contra el: poco tiempo despues de esta ocurrencia y de otra mas escandalosa que hace muy poco favor á sus enemigos, de resultas de haber padecido dos enfermedades hospitalarias, le admitieron su quinta renuncia de la rectoria, nombrándole Cárlos IV por lo satisfecho que estaba de sus servicios, penitenciario de la real capilla y caballero de número de la real y distinguida órden española de Cárlos III.

Fué individuo de las academias de la Historia y Española; como sócio de la primera leyó el dia de su entrada una memoria sobre la época de un bajo relieve encontrado en la antigua Setavis, hoy Játiva, y poco despues otra probando la utilidad de las escavaciones que se debian practicar en la misma Setavis; como académico de la lengua trabajó en la formacion de un diccionario etimolójico de la lengua castellana, que acordó la Academia imprimir á sus espensas con el nombre del autor al frente; la proximidad de las tropas francesas á Madrid hizo que tuviera que salir Villanueva para Sevilla, donde siguió ocupándose en el diccionario en los ratos que le dejaba libre su destino. Este diccionario no se ha podido publicar á causa de habérsele perdido á Villanueva los originales en uno de sus viajes; tambien hizo por encargo de la academia el glosario latino del Fuero Juzgo, con el objeto de colocarlo al frente de la edicion de este código que estaba haciendo dicha corporacion.

Con motivo de los terribles acontecimientos del 2 de Mayo y para no ser testigo de tan lamentables escenas, se retiró al convento de S. Agustin de Alcalá

de Henares hasta principios de Agosto, en que restablecida la calma en la capital con la nueva de la batalla de Bailen volvió al seno de su familia, donde permaneció hasta primero de Diciembre de aquel año, época en que volvieron los franceses á Madrid; pocos dias antes de la entrada de estos ayudó con los demas vecinos á la formacion de parapetos y baterías, apertura de zanjas, etc. y el mismo dia de la entrada abandonando su casa y libreria salió á pie para Toledo, y de aqui á Játiva, donde estuvo hasta el mes de Junio en que pasó á Sevilla á unirse con el gobierno; allí fué nombrado por la Junta Central individuo de la comision eclesiástica que debia de preparar las materias de disciplina esterna para las próximas córtes; de esta ciudad tuvo que salir á causa del alboroto de 24 de Enero para Marbella, á donde llegó el primero de Febrero; aquí se detuvo cinco dias, dándose luego á la vela para Cartajena, desde donde pasó á Orihuela, recibiendo en este último punto la noticia de haber sido nombrado por su provincia diputado para las próximas córtes; de aquí fué á Játiva donde recibió la convocatoria del gobierno; el dia 26 de Julio emprendió su viaje para Cadiz, mas no llegó hasta el 24 de Octubre cuando ya estaban abiertas las córtes; los motivos de esta tardanza los espuso en un librito titulado, Mi viaje á las córtes.



Trasladadas estas á Cadiz en el siguiente mes de Febrero, publicó una defensa de ellas en contestacion á la carta pastoral de cinco obispos que estaban refugiados en Mallorca; ademas escribió las Angélicas fuentes ó la primera y segunda parte del Tomista en las córtes, donde con grande erudicion probó que las leyes fundamentales de la constitucion española eran conformes á la doctrina de S. Tomás, y que tambien era doctrina del mismo Santo la soberanía de la nacion; verdades tan claras y evidentes que no pudo menos de confesarlas el P. dominico Mallorquin, fray Felipe Puigserver en su impugnacion titulada, Notas al tomista en las córtes. En contestacion á unas cartas que con el título del filósofo rancio publicaba en Sevilla otro fraile de la misma órden, escribió un opúsculo titulado el *Jansenismo*, para desengañar al clero y al pueblo del abuso que se hacia de esta palabra. Así que empezaron á discutirse los artículos de la constitucion, tuvo ocasion de manifestar sus ideas liberales con motivo del informe que como individuo de la comision eclesiástica habia redactado para la formacion de un concilio nacional con arreglo á lo dispuesto por el de Trento; informe que fué aprobado por las córtes y que le valió algunos enemigos; mas adelante su voto fué favorable á la estincion del llamado voto de Santiago y del tribunal de la inquisicion, y concluyó publicando un opúsculo titulado, Incompatibilidad de la monarquía universal y absoluta y de las reservas de la curia romana con los derechos y libertades políticas de las naciones; en este opúsculo dió rienda suelta á sus ideas contra el dominio absoluto de los Papas y las exijencias de la córte de Roma.

A la conclusion de las córtes estraordinarias del año de 1813 fué nombrado diputado suplente de las nuevas, en cuya calidad asistió á las sesiones que se celebraron hasta el 21 de Diciembre, en que trasladándose las córtes y la rejencia á Madrid vino á esta capital acompañando en calidad de cura de palacio al nuevo patriarca de las Indias Obispo de Arequipa Don Pedro Chaves de la Rosa.

A la llegada de Fernando VII á España de vuelta de su cautiverio, acompañó por órden de la rejencia en su viaje á Valencia al cardenal de Borbon y al Patriarca de las Indias como cura de Palacio: en esta ciudad tanto el patriarca como él sufrieron varios desprecios del rey, siendo uno de ellos no haber querido oir S. M. la misa que le tocaba decir á Villanueva, estando este ya revestido para celebrarla en el oratorio de Palacio.

Conocida de algunos amigos la persecucion de que iba á ser víctima, le rogaron que emigrase y aun le ofrecieron 2000 pesos para ello; mas no quiso admitir nada y volvió á Madrid con el patriarca, cuando el rey mandó trasladar la Real Capilla.

Ya en Madrid tuvo noticia la tarde del 10 de Mayo, á su salida de la Academia Española, de los calabozos que se estaban preparando en el cuartel de Guardias y otros puntos, y á pesar de sospecharse su prision no se ocultó, sino que retirándose á su casa

fué sorprendido á la una de la noche por el juez de policía D. Francisco Leiva, acompañado de dos comisionados del vicario eclesiástico y de una escolta, el cual en virtud de órden del rey le condujo escoltado por cuatro soldados y un alguacil á la cárcel de la Corona, donde ya estaban algunos vocales de las córtes, víctimas tambien del despotismo que la noche de su prision disolvió las córtes.

A la mañana siguiente un grupo de gente pagada por los viles aduladores del monarca despótico, en número como de 200 personas, despues de haber arrancado de la casa Panadería la lápida de la Constitucion, se dirigió á la cárcel de la Corona, insultando con sus voces á los presos y atreviéndose algunos á subirse á las rejas del cuarto principal gritando, mueran los liberales, sin que por parte de autoridad alguna se pusiese freno á este y otros escándalos que tuvieron que sufrir mientras estuvieron presos en la cárcel de la Corona, aquellos que lo estaban por haber defendido los derechos y la soberanía del pueblo.

A pesar de no encontrarse motivo alguno para un atropello tan atroz, siguió adelante la causa, sin hallarse en los papeles de los presos ni en los archivos de las córtes y de la secretaría de Estado documento alguno que justificase las horrorosas calumnias con que los acusaban; en su permanencia en la cárcel se negó por dos veces á Villanueva un confesor, bajo pretesto que podia llevarle noticias, llegando á tanto la desconfianza del alcaide, que mandó permaneciesen cerradas las ventanas, á pesar de que el calor y la poca ventilacion podian obrar en los presos como causa predisponente de una enfermedad.

El 9 de Junio de 1815 habiendo el gobierno tenido sospechas de que los presos estaban en inteligencia con el desgraciado Porlier, comisionó al general Echevarri, superintendente de policía, para el rejistro de sus papeles, y el dia citado á la una de la noche se presentó en la cárcel acompañado de su asesor Castañaga, recogiendo todos los papeles de los presos y entre ellos una representacion que Villanueva estaba haciendo á nombre de sus compañeros y suyo para presentarla al rey.

En Setiembre de aquel año se concluyó la causa en que se les acusaba de haber atentado contra la soberanía del rey, de haber juntado córtes contra el consentimiento de la nacion y otras cosas por este estilo; y de sus resultas elevaron al rey una e tensa representacion en que le informaban de las calumnias que contra ellos se habian levantado y de las ilegalidades cometidas en el proceso; en vista de esta representacion condenó el rey á los presos á varios confinamientos, y Villanueva lo fué á seis años de reclusion en la Salceda y privacion de la capellanía de honor y plaza de predicador de la real capilla, con la tercera parte de las rentas de su canonjía, aplicadas las otras dos á los reales hospitales de Madrid.

Con arreglo á esto en la madrugada del 13 de Diciembre salió de esta villa en compañía de su compañero de destierro D. Nicolás Garcia Paje en un coche escoltado por ocho soldados y un teniente, llegando á la Salceda al anochecer del 19.

En el año y medio que habia estado preso escribió con mucho trabajo á causa de la escesiva vijilancia de los que le custodiaban, los apuntes sobre el arresto de los vocales de córtes ejecutado en mayo de 1814, que luego publicó en 1820: tambien escribió once sueños alusivos á los acontecimientos de aquella época, los que tuvo que arrojar al fuego, y una coleccion de sentencias y máximas morales para una religiosa sobrina suya.

Ya en su destierro de la Salceda, se dedicó á la poesía que habia abandonado cuando jóven; fruto de aquella reclusion fué un *Tratado de la divina providencia* y una infinidad de odas, sonetos, etc. que luego reunió en un tomo que llamó *Cancionero de la Salceda*: tambien anotó entonces los dos primeros tomos de la version castellana de los salmos, de D. Tomás Gonzalez Carvajal.

Entretanto que se consolaba en su destierro con el manejo de la biblioteca que le franquearon los religiosos, y con el trato de varios amigos que acudian al convento y procuraban hacerle llevadero su injusto cautiverio, no andaba ociosa la Inquisicion en la revista que estaba haciendo de sus escritos; asi es que el dia de S. Joaquin del año de 1818 se presentó en el convento un comisionado con seis censuras fulminadas por el Santo Oficio contra sus escritos; la lectura de estas sentencias le llenó de terror al ver como dice el mismo, que el Santo Oficio habia convertido en materias de fé varios puntos de política y derecho público controvertidos en sus obras. Estuvo decretado su encierro en los calabozos de la Inquisicion, y á no ser por dos amigos que tenia en el Consejo de la Suprema, que hicieron de modo de alargar el proceso con el objeto de evitar la prision, se hubiera llevado á efecto. De las seis censuras no contestó mas que á la primera que versaba sobre el Tomista en las córtes ó las Angélicas fuentes. En este estado de cosas vinieron los acontecimientos del año de 1820, y con ello recobró Villanueva su libertad saliendo de entre aquellos religiosos para ir á su catedral de Cuenca, donde tuvo ocasion de ver su último proceso por manos de un amigo.

En Cuenca fué recibido con muestras de alegria y allí publicó sus *Observaciones sobre la apolojia del altar y del trono*, en impugnacion á una obrita del padre Velez, Obispo de Ceuta.

A los dos meses de estar en Cuenca fué nombrado por su provincia diputado para las próximas córtes, con cuyo motivo salió para Madrid, no reclamando á su llegada ninguno de los destinos que habia tenido, á pesar de la órden del rey de que fuesen repuestos en ellos todos los individuos que habian sufrido persecucion como vocales de las córtes estraordinarias: mas el título de capellan de honor y predicador del rey le fué devuelto por este en un decreto muy honorífico para Villanueva.

Entonces fué cuando publicó los *apuntes* que llevamos dicho y una contestacion á una impugnacion de ellos, que publicó D. Antonio Alcalá Galiano, uno de sus jueces en el año de 1814.

Ya hacia tiempo que desagradaban á Roma las ideas que profesaba Villanueva, tanto en política como en materias eclesiásticas, cuando con la publicacion de las *cartas de D. Roque Leal* que escribió para combatir una esposicion del Arzobispo de Valencia D. Fr. Veremundo Arias de Tejeiro contra las medidas tomadas por las córtes sobre varios puntos de disciplina esterna, Villanueva la rebatió completamente con el auxilio de su inmensa y escogida erudicion.

A estas cartas contestó en 1824 un carmelita con una obra tan llena de groseros insultos y denigrantes y sucios epítetos, que Villanueva no quiso medir su pluma con un adversario que con tal estilo se presentaba en la palestra.

En Agosto de 1822 fué nombrado por S. M. enviado estraordinario y Ministro plenipotenciario cerca de su Santidad; mal podia la curia romana recibir á gusto á un hombre que siempre habia declamado contra sus desórdenes y pretensiones exajeradas. Asi es que S. S. dió órden á su encargado en Turin D. Antonio Tosti, para impedir á Villanueva proseguir su viaje hasta nueva órden de su gobierno; Villanueva que tenia porque temer su viaje á Roma, pasó á Génova hasta que se arreglase este asunto entre ambos gobiernos.

Despues de varias contestaciones y de negarse el Papa rotundamente á admitir á Villanueva como Ministro plenipotenciario, se resolvió la retirada de nuestra legacion en aquella córte y la salida de Nuncio Monseñor Giustiniani de Madrid, que se verificó el 28 de Enero de 1823.

Villanueva asi que lo supo en Genova, se dió á la vela el 9 de Febrero con direccion á Barcelona, á donde llegó despues de haber sufrido dos temporales que le habian hecho arribar á Villafranca de Niza y á Rosas; en Barcelona se detuvo un mes, muy obsequiado por el general D. Fernando Butron y la mayoría de los habitantes; aqui publicó un folleto que habia escrito en Génova titulado, *Mi despedida de la curia romana*, que ilustró con notas. De esta ciudad sa-

lió para Cartajena, adonde fué tambien muy obsequiado, lo mismo que en Murcia, Lorca, Baza y Granada, por donde pasó hasta llegar á Sevilla para dar cuenta al gobierno del éxito de su comision.

A su llegada á esta capital, como viese el nublado que se iba formando sobre el horizonte político, no queriendo ser envuelto en la terrible tormenta que amenazaba descargar, se marchó á Cádiz donde llegó felizmente pocos dias antes del motin de Sevilla el 13 de Junio; desde Cádiz, huyendo del encono del mando absoluto, salió para Gibraltar el dia 3 de Octubre; el viento contrario le arrojó á la costa de Africa y al cabo de tres dias pudo llegar á Tanjer, encontrando allí á su hermano D. Lorenzo refujiado por la misma causa.

Llegado que hubo á Gibraltar salió para Irlanda, desembarcando en Cork donde fué muy bien recibido del Obispo católico lo mismo que en Kilkenny y Dublin, en cuyo punto se detuvo algun tiempo.

A poco se embarcó para Inglaterra y entró en Lóndres el 23 de Diciembre de 1823: en esta ciudad publicó su *Catecismo moral para instruccion de los fieles en sus deberes con Dios*, y tradujo y publicó la *Teolojía natural de Paley*, ocupándose tambien en la formacion de un *Diccionario etimolójico de España y Portugal*, que no ha visto la luz pública. En el periódico que se publicaba en Lóndres con el título de *Ocios de españoles emigrados* publicó parte de sus viajes por Irlanda con el título de *Cartas hibérnicas*.

Sobre los intereses de los católicos en Irlanda y sobre el juramento de sus obispos escribió tres opúsculos con aquel tino y erudicion que brilló en todos sus escritos.

En Julio de 1825 dió á luz en Lóndres su *Vida literaria, ó memoria de sus escritos y opiniones con una adicion de documentos inéditos del concilio de Trento*: en esta obra llena de curiosos pormenores hállanse las contestaciones que mediaron entre el gobierno de España y la Santa Sede con motivo de su nombramiento de ministro plenipotenciario, con otra infinidad de documentos curiosos de aquella época.

De Lóndres pasó á Dublin, y estando en esta ciudad el año de 1837 fué acometido de una grave enfermedad que le llevó al sepulcro á la edad de 80 años el dia 25 de Marzo, este español tan amante de su patria y tan celoso defensor de los cánones antiguos y doctrinas puras de la iglesia, como enemigo de las pretensiones exageradas de la curia romana.

No emprenderemos ahora por conclusion el elogio de sus virtudes, porque nuestra pluma no es á propósito para el caso: tampoco le vindicaremos de las notas denigrativas con que sus enemigos le calumniaron, porque mereció tener por tales á los que lo fueron de la verdadera piedad y sólida ilustracion. Nuestro objeto no ha sido otro al escribir estas líneas, que dar á conocer los hechos y escritos de un español que conocia la pureza de la disciplina canónica, y suspiraba por ver arrancados los abusos introducidos en ella. Suscite Dios en su iglesia muchos imitadores de una conducta tan cristiana y apostólica.

RAFAEL DE MEDINA É ISASI.

RECUERDOS DE UN MÉDICO.

Hélas, que j'en ai vu mourir de jeunes filles.

VICTOR HUGO.

I.

Erase una noche lluviosa y fria, contaba aquel Doctor amigo mio, del año en que alcancé mi Bachillerato en la facultad: la fecha exacta no se me viene á la memoria, pero tengo delante de los ojos todas las circunstancias del caso: mi madre allegaba al fogon algunas ramillas secas de las pocas que mi menor hermano habia recogido aquel dia en las afueras del Lugar: colgaba de la chimenea un viejo velon de hierro y al trémulo resplandor que despedia, estábame yo interpretando, porque leer con tal luz no era posible, algunas elejias de Ovidio de esas que echan de menos los jóvenes en las ediciones escolares: el *Ecce Corinna venit* sobre todo, llenaba mi ánimo de voluptuosas impresiones.—Adelante,—gritamos cuatro ó cinco de los oyentes recelándonos de sus citas latinas tan intelijibles para nosotros estudiantes al uso como si las trajese del idioma antiguo de los Atlántidas.

—Mi madre atendia á reanimar la chimenea (y esto lo decia el buen Doctor en su relato): la lluvia se dejaba sentir mas y mas á medida que las horas crecian; ni era fácil oir en el Lugar ruido que no fuese el de las gotas de agua que azotaban las endebles techumbres. Sonó la voz de un buho que debia ir raspando con nuestra chimenea; sentíase al lejos la tormenta y mi hermanillo despertó sobresaltado con ella: mi madre lo recojió en su seno y comenzó á murmurar ciertas oraciones y conjuros piadosos. Pero la lluvia no cesaba por eso, el rayo revoloteó un momento en el zenit y oimos al buho tres veces su cancion lastimera. Las sabrosas imajinaciones del desterrado del Ponto no fueron parte para que yo dejase de observar tales accidentes y minuciosidades. Sueños juveniles ocupaban mi sér todavia: buscando el bullicio del mundo como una esperanza de fortuna; creia en la gloria de las recetas y deleitábame con las visiones májicas del amor y la ternura. Comparando la ajitacion de mi cerebro y los jemidos sordos de la naturaleza plástica con el tranquilo aspecto de mi reducida familia y el silencio interior de mis hogares, apenas podia contener que se me llenasen de llanto los párpados con cierta amargura vaga y lejana que ahora mismo no sé yó, si venia de echar menos la pérdida ignorancia ó era que ya me sentia atacado de ese mal crónico que llamamos anhelo de ser felices. Criatura débil y sin carácter propio, modificábanme cuantos dolores y placeres tropezaba: solia entristecerme con los tristes sin que nada me fuese en ello y á veces con los alegres llegaba á persuadirme de que tenia mis motivos para reir y estar contento.

—Digresiones inútiles, tornaron á esclamar algunos de mis impacientes compañeros: otros sentian llamada su curiosidad á vuelta de tan inusitados prolegómenos: por mi parte confieso que temblé ante el abismo que encerraban las palabras inconexas de aquel hombre: eran una profesion de fé negativa, un grito de ateismo contra la humanidad.

—El anciano nos miró un instante con cierta sonrisa maligna que debia ser peculiar suya segun la repetia y luego contínuo de esta manera su cuento:

—Tocan precipitadamente á la puerta de la calle y sin esperar la respuesta repiten dos veces los golpes: luego una voz desconocida y bronca pronunció desde fuera mi nombre. No era la vez primera que los vecinos acudian á mi en sus dolencias sin ser médico todavia; ya cien veces habia acontecido lo propio y ésta sin embargo fué la ocasion única en que sentí sobresalto: mi madre recitó al parecer mas oraciones que de costumbre: al traspasar el dintel de mi casa creí escuchar que lloraba el hermano mio. Y sin embargo no debia inspirarme temor alguno la persona que por mí vino: traia en lágrimas los ojos y suspiraba de vez en cuando lastimosamente: hombre como de 35 años, mediano de estatura y no desgarbado del todo mostraba tan al vivo en su rostro candidez y bondad que no habia medio de equivocarle con los malos.

Pesábanme tanto los vagos presentimientos que traia, que en largo plazo trascurrido, no acerté á preguntarle á mi compañero noticia ni pormenor alguno del enfermo:—Es muger mia fué su dicho á la pregunta que al fin le hice: tiempo hace que debe sufrir grandes dolores porque dia y noche suspira y llora sin consuelo—Y os casasteis? Tres meses hace—No es mucho, tuve yo para mi en aquel momento—¡Si vierais que bella era! diez años consecutivos seguí sus pasos y la importuné con mi ternura, pero ella tenia entonces otros amantes, uno sobre todo que la abandonó este invierno pasado: mal caballero.... pero en fin ya veis si tengo motivo de quejarme cuando esto la ha traido á mis brazos, oh! seria una injusticia del Cielo que ahora se me muriese cuando comienzo

á gustar de su cariño: he visto poco á poco consumirse sus mejillas y apagarse sus ojos y he devorado en silencio mi pena; pero esta noche se ha agravado tanto y tanto que estoy temiendo no hallarla viva cuando lleguemos.—Aquí el pobre hombre se deshacia en llanto y yo segun mi mala costumbre estuve á punto de derramar tambien lágrimas.

Salimos del Lugar y entramos en una frondosa alameda de naranjos: la tormenta enemiga de aquel suelo de mi patria porque Dios permite pocas veces que cebe en él sus garras tenia cumplidas de esta vez grandes venganzas: no era posible dar un paso sin herir en el suelo las albas ojas de los azahares caidos; ni dejaban de llegar revueltas con la lluvia algunas flores de olor que el viento arrancaba en los cercanos jardines. Allá al estremo de la alameda y en la parte mas enmarañada y cubierta del ramaje, mirábase una casita blanca tendida como esas palomas sin dueño que se pasan al anochecer en los árboles: el viento que azotaba sus vidrios y sus puertas dejaba llegar á nosotros un jemido tristísimo: tres veces vimos el huracan que venia doblando todas las copas de árboles y como la casa estaba cercada de esos hermosos álamos lombardos, escuetos y altos á maravilla, no parecia sino que imploraban socorro del caminante para el techo humilde que covijaban, cuando todos conformes y acompasados rendian casi hasta el suelo sus ramas y tornaban á alzarlas luego para inclinarlas despues á otro lado segun soplase el torbellino: las hojas que quedaban esparcidas pudieran tomarse por lágrimas de desconfianza ó de duda.

Llegamos á la puerta de la casita y mi guia dió en ella tres golpes suaves: una criada muy jóven salió á abrirnos y su amo le preguntó al punto por la enferma:—no habla ya, Señor—fué la respuesta de la muchacha y todos tres entramos precipitadamente en una habitacion que estaba á la izquierda. Habia allí mas silencio que en mi casa todavia: la luz brillaba con resplandor mas siniestro que en el velon de hierro de mi chimenea; en vez de las oraciones monótonas de mi madre se dejaba sentir una respiracion ardiente y trabajosa y un ruido estraño se oia como si unos lábios quisiesen articular su último acento y este acento fuera de maldicion para el mundo. Entonces recordé este axioma trivial de los moralistas, que nadie es infeliz si con otro que lo es mas se compara: y en verdad que en aquella casa debia estarse peor que se estaba en la mia.

Yo habia auxiliado, digo otra vez, á mis vecinos y tenia vistos muchos cadáveres en la sala de disecciones; pero nunca habia asistido á ese momento sublime de la agonía, lucha del sér con su forma sensible, rompimiento entre el pasado que se olvida y el porvenir que no se sabe: hay en esto alguna cosa que espanta mas que la materia fria de los cementerios, al menos cuando se mira por vez primera. Todas mis teorias de médico se ajitaban como un volcan en mi cabeza; entonces comenzé á comprender para que sirve la ciencia; entonces hubiera dado media vida mia por alcanzar todos los misterios del arte, todos los secretos del estudio; con tal de retener aquella existencia en el mundo y arrancar un sér á la tumba que podria llamarlo mio propio con ésto.

El marido descolgó un cabo de vela y con su luz ténue vino á alumbrarme para que viese el rostro á su esposa: los pulsos de la enferma disminuian rápidamente ajitándose de cuando en cuando con violencia como aquellas últimas oscilaciones y luminarias súbitas de una antorcha que vá á apagarse. Los párpados de sus ojos se despegaban frecuentemente para volver á cerrarse luego: sus lábios querian hablar y no podian: tenia hinchadas las mejillas y cárdenos los colores: estaba en fin bebiendo su última copa de vida.

Volví los ojos en torno mio y hallé al marido que me contemplaba con arrobamiento esperando en mi, sentencia de muerte ó de vida: aquel hombre no era posible que fuese malo. A pocos pasos estaba la muchacha que nos abrió la puerta, de todo punto fria é indiferente pensando mas en su sueño interrumpido que no en la desgracia de sus amos. Hice un gran esfuerzo sobre mí mismo y comenzé á invocar los principios que recordaba en la facultad para tales casos; pero pronto vino el convencimiento de su inutilidad á paralizar mis esfuerzos: entonces pensé alejar al marido de aquella sala. Tres ó cuatro labradores del contorno vinieron por él y lo llevaron consigo á pesar de su obstinacion en quedarse: conociendo en la tristeza de mis ojos que era inevitable la muerte estuvo contemplando á su esposa largo rato sin hablar palabra: dábase de vez en cuando golpecitos en la frente como si llamase allí un pensamiento que se perdia en las tinieblas. Y es que era honrado y sencillo amaba á su muger y no comprendia que pudiese dejar ella de corresponderle: cierto mal desconocido la aquejaba y él no habia caido en otros remedios que los que dá la medicina: creia que era voluntad de Dios el llevarla y humillaba su ánimo sin atreverse á pronunciar una queja. Pero ant s de perderla quiso impregnar su ser en las formas de aquella beldad que iba á deshacerse: inclinó la cabeza y le dió por despedida el ósculo postrero de su ternura. Ni notaron sus ojos que los lábios de la enferma se contrajeron horriblemente, ni sospechó el alma leal que fuese muerte voluntaria la de su esposa.

Dejó la casa sin encomendarme mas que sus suspiros y á poco sentí en el campo el ruido de los pasos en direccion de una alquería próxima y resonaban en el camino las carcajadas que daban sus amigos por consolarle. Como la tormenta no hal ia cesado y los álamos al doblarse dejaban oir un tristísimo jemido, aquellas voces diversas mezcladas unas con otras moviéndose por rejistros tan encontrados y entonacion tan diferente; aquellas últimas vibraciones de la enferma que estaba á punto de espirar entonces, y los latidos de mi corazon sediento de vida; todo esto mirado en tropel y aun mismo punto reflejaba fielmente la fisonomía del moribundo: desde entonces recuerdo aquella escena cada dia con todos sus elementos y en verdad que no he llegado á esplicarme aun, si es la muerte una carcajada ó un suspiro, si llevaban razon los amigos labradores ó yo la tenia; no sé si es un hecho indiferente á la humanidad como el quejido de los árboles que se doblan, ni puedo decir si aquella muerte la s ntia yo por la enferma ó si anticipándome, lloraba ya la imájen de la mia.

A vueltas de tales digresiones el médico parecia abismado en el mar de sus recuerdos: hartas veces en verdad nos habia contado historias de enfermos y muertos y solia hacerlo con un sarcasmo glacial: para él á lo que teniamos visto no eran los hombres otra cosa que resortes descompuestos en una máquina que no los necesita; pero aquel dia nos presentó una cosa diversa: era tal vez la protesta del espíritu contra una existencia materialista, oiámos allí la definicion de la muerte segun no la imajinábamos nosotros, porque jamás habiamos puesto los ojos en la nuestra. El doctor siguió de esta manera relatando.

—Al fin agotaron sus ojos la luz, se abrieron una vez para no mas cerrarse y tres vibraciones del cuerpo respondieron á los hálitos postreros del espíritu que se iba. Por mi parte quedé como petrificado, inmóvil y sin pensamiento siquiera: el huracan habia arreciado y un chirrido de cuando en cuando, venia á anunciar otra rama tronchada de los árboles, que luego rodaba por el tejado con estraños murmullos: Aquella muger debia tener pacto con el diablo segun parecia que toda la naturaleza remedaba su muerte: sobre todo era singular aquel número tan repetido en la voz del buho que sonaba en mi chimenea y el doblarse de los árboles por el camino y las convulsiones últimas de la muerte.

Sentado á algunos pasos del lecho iba trayendo poco á poco mis ideas esparcidas, pero en vano luché mucho tiempo por coordinarlas de algun modo: mi mente rechazaba todas las formas que queria imponerle, en el dolor y la maravilla, en la curiosidad ó el espanto y por mas que forcejeaba con ella siempre impalpable y aérea se me huia, siempre, hasta que ya cansado y desfallecido me eché en los brazos de la nada que me circuia y despues de esto no recuerdo mas sino que sentí un soplo suave que me

llevaba y deshacia mi sér no sé cómo, por qué, ni para dónde. Ignoro el tiempo que así pasaria pero no debió de ser mucho calculando las horas de la noche; súbitamente volví á sentir y torné á pensar y ví pasar por mi cerebro una cosa parecida al relámpago, y hallé y toqué séres y cosas cuyo nombre ignoraba hasta entonces y comenzé á respirar un ambiente desconocido.

Eran dos sombras que se juntaban siempre en un punto: bajaba la una de muy alto y la otra ascendia de no se qué profundidad abierta á mis plantas: cada vez que chocaba una sombra con otra se producia cierto color vago que á veces remedaba la Aurora y á veces el Ocaso; que ora se descomponia en mil colores como el Iris, ora tomaba el matiz fatídico de la tormenta: cierto murmullo se escuchaba entonces como el que deja la resaca del mar entre las piedrecillas de la playa, como el que produce un áscua cuando se moja. Luego aparecia una nubecilla blanca de blancura de azucenas y el murmullo se convertia en un *andante* melancólico y apacible como el recuerdo de la primera muger por quien sentimos; tras esto venia el cáos porque tal era y no otra cosa la confusion que parecia en colores y sonidos. Ni la vista ni el oido alcanzaba á percibir cosa distinta: cerré los ojos y me tapé ambas orejas con las manos; pero ni aun así dejaban de aturdirseme los sentidos: solo que todo venia al parecer de mas lejos y pude percibir la música de un Wals arrebatador y los simultáneos pasos de muchas parejas, y algunas voces que debian decirse cosas al oido segun era el acento artificialmente sordo y la espresion recelosa é interrumpida: pasaban al lado mio ecos, de carcajadas locas y otros que parecian suspiros de despecho aunque no pude creerlo entonces cuando todo respiraba contento: luego en breve plazo desaparecia esto para dar lugar á nuevas visiones y fantasmas. Abrí los ojos y ví que las dos sombras juntas tomaban diversos colores, verde la de arriba segun es la esperanza; la otra que subia de abajo se mostraba rojiza y ardiente como son los deseos de la juventud: dejábase oir un *allegro* vivísimo y estaba yo pensando que con esto se acabaria todo y me dejarian tranquilo cuando ví que las sombras tornaban á chocar, saliendo de ellas un resplandor siniestro como el Sol que alumbra la hora despues de los crímenes y el espacio se pobló de figuras humanas. Eran las unas doncellas que iban como prendidas á ciertos viejos de repugnante faz y apostura; no pude por largo rato alcanzar el talisman que los unia y cuando llegué á verlo era tan pequeño que no distinguí en él sino el bulto, pero cualquiera hubiera dicho que ello era una moneda de oro. Mas allá asomaban sus cabezas llenas de rizos y gasas algunas caras marchitas, respirando los ojos deseo y las frentes caidas mostrando á la legua que estaba el corazon vacio: algunas debian ser casadas porque venian á llamarlas ciertos chicuelos á veces y por cierto que ellas los alejaban con disgusto. Cerré los ojos mas atemorizado aun que la otra vez y oí ciertos sonidos pasageros y cortados pero repetidos bastante: ahora que tengo esperiencia hubiera dicho que eran besos frenéticos, lábios que entrechocaban, alientos que se despedian de lo profundo de dos almas para confundirse en un punto.

Y aquellos goces, si lo eran, debian durar muy poco pues casi al propio tiempo que ellos, dejábanse, oir suspiros y lamentos que entonces no pude ya desconocer ni equivocar con nada: eran gritos de dolor y despecho; parecia sentirse el resbalar de las lágrimas y rechinaban en el aire voces de sarcasmo y desprecio; primero, con gran violencia aquel eco, luego moderado ya, despues leve, últimamente sútil perdiéndose entre los chasquidos de la tormenta. Entonces tornaba otra vez el cáos y luego el sonido de la niñez melancólica y los sonidos del baile y el grito de los placeres para venir á caer al propio punto una vez y otra y otra hasta que yo sin mas poder sufrir aquel acertijo, abrí los ojos y golpeé mi frente como para alejar de ella tales visiones. La vela que nos alumbraba se habia consumido y al través de las rendijas un rayo de Luna iluminaba con luz amarillenta y túrbia las mejillas del cadáver: la tempestad como otoño que era entonces no habia hecho mas que estallar un momento para desaparecer luego; mas cierto que era triste la huella que quedaba con aquel siniestro resplandor de luna y el sonoro goteo de las hojas de los árboles que remedaban un llanto. Y era bella la muerta por todo estremo: tenia los ojos azules de ese color que siempre le dice pureza á mi alma por mas que nunca haya en él hallado sino perfidia: sus cabellos de un dorado muy bajo eran copiosos y muy sútiles sin duda, porque el viento que entraba por las rendijas los levantaba y removia de tal suerte que á veces pensé hallarla viva. Mi corazon latia precipitadamente: la sangre se agolpaba á mi cerebro y el pensamiento exaltado vagaba de acá para allá sin encontrar donde reposarse; pasó una hora y otra sin saber que partido tomaria y mientras, corrió á su fin la noche y comenzaron á sentirse los sordos murmullos del dia: la luna antes de ocultarse envió un rayo vivísimo que refrescó al pasar mis sentidos; pero al caer en la muerta se reflejó momento en el cristal de sus ojos y la pálida centella que resultó de aquel choque me penetró lo mas íntimo del alma: todo azorado me levanté y así como instintivamente dirijí mis pasos á la puerta. Cuando la luna desapareció hallé en una oscuridad aterradora la estancia; fuí á salir y tropecé con un cuerpo estraño que me pareció removerse al sentir mi planta: mas y mas atemorizado con esto, salté al campo en un vuelo y comenzé á correr para el lugar mio; pero en largo plazo no dejé de escuchar ciertas maldiciones y quejas que salian de la casita blanca: el diablo sin duda las decia porque á la por el viento frio de la alborada azotaba mi rostro como la mano helada de un cadáver; la tierra removida por la lluvia ora papecia atraerme á sí para sepultarme en su seno, ora me despedia con violencia, hundiéndome unas veces y cayendo otras sobre el lodo; no era ni de dia ni de noche: la atmósfera estaba entonces en el cáos y algunos relámpagos lejanos parecian las últimas esperanzas que se iban. No reparé entonces la alameda de naranjos, ni ví mas doblarse las copas de los árboles, ni advertí si pisaba las hojas de los azahares caidos: sin pensar otra cosa que alejarme á toda prisa, llegué jadeante y sudoroso á mi albergue: mi madre oraba, mi hermano dormia y el velon de hierro de la chimenea estaba para dar su postrimer destello: me eché en el lecho y un letargo profundo me mantuvo en él hasta muy entrado el dia. Pero entonces en contrarios pensamientos no pude cerciorarme de si aquella muerte fué una enfermedad ó un suicidio, ni supe á que atenerme en tal conjunto de circunstancias raras sobre lo natural ó sobrenatural del caso: únicamente los gemidos y maldiciones que oí en la casita al retirarme, antes que del diablo llegué á sospechar si serian ayes de la pobre muchacha que servia á los desventurados esposos: si estaba acostada junto á la puerta, al salir yo tan precipitadamente debió sufrir mucho daño con mi tropiezo.

—Aquí paró su narracion aquel doctor amigo, por entonces y aunque todos los estudiantes le pedimos á una mas pormenores del caso; dejó el dárnoslos para otra ocasion propicia; que si cumpliera su palabra el anciano egoista, no faltaria quien á tí te lo trasmitiese en otro número, lector benévolo pues tanto y mas vale la paciencia ejemplar con que has llegado á tal punto en pós de estos renglones desaliñados.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

FABULAS

EN VERSO CASTELLANO IMITADAS DEL ALEMAN

EL CANGREJO.

(DE PFEFFEL.)

Resto de una comida
Que orillas de un arroyo fué servida,
Quedó en una pradera abandonado,

El conchudo cadáver de un cangrejo
Lo mismo que una grana colorado.
Miraban y admiraban pensativos
Otros cangrejos vivos
Aquel tinte magnífico bermejo,
Y cada cual de su interior exhala
Esta loca espresion:—¡qué hermosa gala!—
—¡Quién el secreto raro poseyera
De poderse adornar de igual manera!—
Oyendo la ocurrencia peregrina,
Díjoles un raton docto en cocina.
—Para adquirir colores tan brillantes
No hay otro medio que coceros antes;
Mirad, pues, lo que al mísero le cuesta
La mortaja de honor que lleva puesta.—
Quien envidie la gloria esclarecida
Que á los varones célebres rodea,
Suspenda su opinion hasta que lea
La fiel historia de su amarga vida.

LA LUCIERNAGA Y EL SAPO.

(DE PFEFFEL.)

En triste noche, por demas oscura,
Sale de la espesura
Incauta la luciérnaga modesta,
Y porque el riesgo de lucir no advierte
Su resplandor entre la sombra vierte.
Un sapo vil, á quien la luz enoja,
Tiro certero al gusanillo asesta,
Y de su boca inmunda,
El veneno mortífero la arroja.
La luciérnaga clama moribunda:
—¿Qué te hice yo para que así acabáras
Con mi vida inocente?
Y el monstruo respondió:—sabe imprudente,
Que hay distinciones que se compran caras;
No te escupiera yo, sino brillaras.

J. E. HARTZENBUSCH.



En el prospecto que se reparte con este número, del tomo del SEMANARIO que vamos á comenzar con el año próximo, hallarán nuestros suscritores ligeramente indicadas las grandes mejoras que pensamos introducir y el anuncio del ALBUM que tenemos dispuesto para regalar en la forma que allí se espresa á todos los que renueven la suscricion ó se suscriban antes del 1.º de Enero. Vamos ahora á hacer á nuestros favorecedores algunas advertencias importantes sobre el particular.

Hoy entra en prensa el último pliego del ALBUM, pero siendo muy numerosa y delicada la tirada, habiendo de emplear tambien bastantes dias en las operaciones que requiere la encuadernacion, y necesitando servir desde luego con los primeros ejemplares que vaya habiendo dispuestos los pedidos de provincias, para cumplir nuestra palabra de mandarlos en la primera remesa siguiente al aviso de cada suscricion, no podremos tener ejemplares en número suficiente para repartirlos en Madrid de una vez, como lo exijen los intereses de la empresa, hasta el 15 ó 20, á lo mas, del mes de Diciembre, antes sin embargo, los habrá de muestra en las librerías y avisaremos puntualmente el dia fijo de la distribucion.

Juntamente con el ALBUM serán llevados á domicilio los recibos de renovacion á los suscritores de año, pues la cobranza correspondiente á Enero es la que ha de marcar quienes tienen opcion á recibir en el acto el regalo: los actuales suscritores de mes, trimestre ó medio año, que deseen variar los plazos de su abono para adquirir igual derecho, tendran la bondad de dar una papeleta al repartidor respectivo, espresando su voluntad con arreglo á las bases que se marcan en el prospecto y se les llevará el recibo segun deseen. Entretanto rogamos encarecidamente á nuestros constantes favorecedores de Madrid que no acudan á renovar á las librerías pues esto ocasiona trastornos de consideracion á las oficinas del periódico.

Recomendamos á los suscritores de provincias que señalen al hacer su abono ó en carta franca un conducto seguro por donde les dirijamos el ALBUM; este medio, si bien mas lento, ofrece una exactitud en los envios que no hay que esperar de las administraciones de Correos, por mas esquisita que sea nuestra puntualidad en poner los paquetes en la de Madrid.

Nuestros suscritores saben bien como hemos cumplido lo que ofrecimos al comenzar el tomo de 1848; el público que siempre presta su apoyo al que se esmera en complacerle ha pagado con una acogida estraordinaria el esceso con que hemos realizado nuestras promesas; solo podemos mostrarnos dignos de este éxito presentando nuevas pruebas que acrediten nuestro anhelo de colocar el SEMANARIO á la altura de las mas esmeradas publicaciones de París.

Desde principios de Enero redoblaremos nuestro esmero en la parte literaria, que será debida á nuestros primeros escritores, estamparemos magníficas láminas *originales* por un nuevo método, aumentaremos la lectura, estrenaremos una preciosa fundicion igual á la del prospecto y emplearemos hermoso papel que nuevamente hemos mandado fabricar, viendo que la remesa que acabamos de recibir y que estamos usando no corresponde al lujo con que ha de publicarse el SEMANARIO desde Enero. Sí á esto se agrega el costosísimo REGALO que ofrecemos á todos los suscritores, preciso es convenir en que ninguna empresa literaria ha correspondido nunca con pruebas tales al favor del público.

DISTRIBUCION DEL REGALO.

Como nuestro deseo es que disfruten del regalo todos los suscritores, hemos combinado su comodidad con nuestros intereses del modo siguiente. Los antiguos y constantes suscritores mensuales de Madrid, pueden recibir el ALBUM en el acto, anticipando el importe de cuatro mensualidades, ó el último dia de abril al renovar su abono.

Los nuevos suscritores por meses al pagar el de julio.

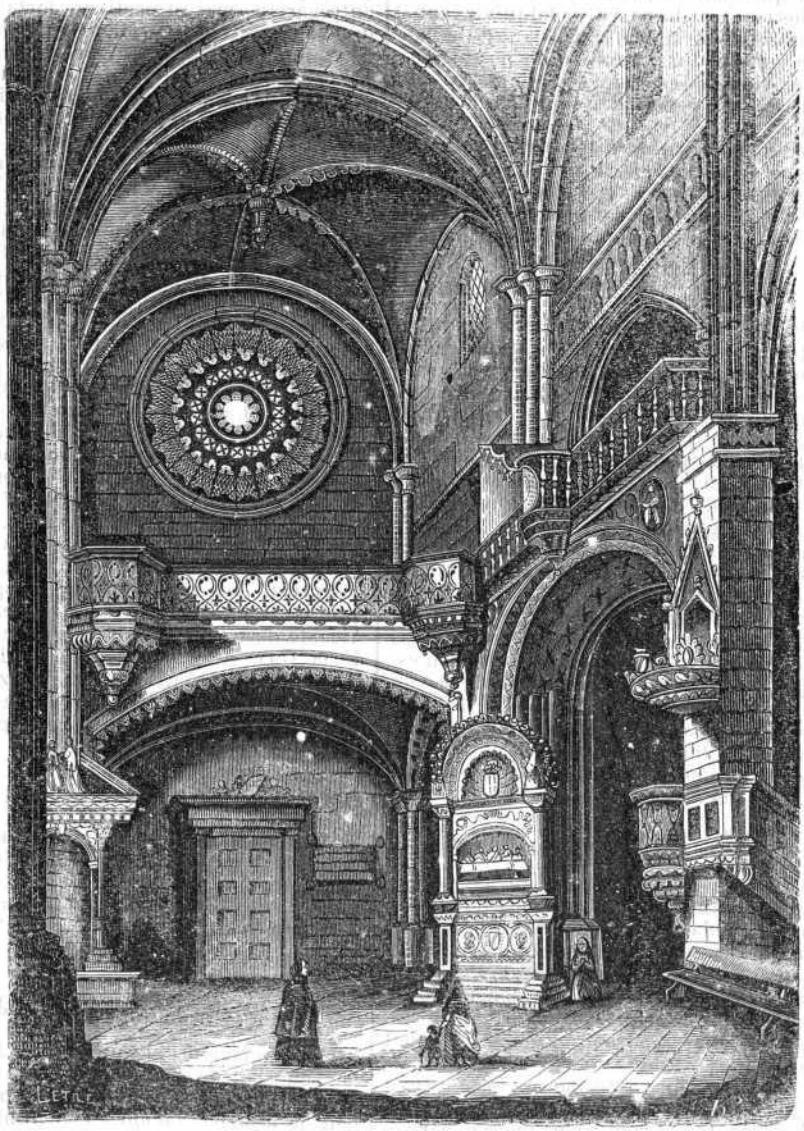
Los de seis meses, asi de Madrid como de provincias, al convertirse en anuales, satisfaciendo el segundo semestre.

Los de tres meses al pagar el tercer trimestre.

ADVERTENCIA.

El papel en que se han tirado los prospectos, aunque mejor que el que estamos usando, no es tan bueno para la estampacion como el que emplearemos el año próximo.

MADRID 1848—IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ.



VISTA INTERIOR DE SAN ESTEVAN EN BULGOS. (1)

ZALAMÉA.

Destinado este artículo á dar á conocer algunas de las bellas cuanto majestuosas antigüedades que aun se conservan en la villa de Zalaméa, partido de la Serena en la provincia de Estremadura, tributaremos muy al paso el justo homenaje de admiracion que es debido y que merecen los preciosos monumentos que encierra la ciudad de Mérida, distante solas 12 leguas de aquella poblacion. Varias han sido las relaciones que se han dado á luz acerca del acueducto precioso, del anchuroso circo, del mosáico, de las ruinas y demas restos que todavia conserva la ciudad de Mérida, y que atestiguan su antiguo esplendor. Nadie se ha detenido hasta ahora á honrar con una sola mirada los respetables vestigios de la célebre Ilipa. Hay sin embargo algo, y no poco que contemplar en las ruinas de Zalaméa: la antigüedad y el arte tienen campo suficiente para admirar variados y ricos adornos: en su término descubre diariamente el arado, medallas, ánforas y sepulcros, el azadon tropieza en los cimientos de antiguos palacios, y en sus pavimentos de piedras menudas.

Los romanos dieron el título de Ilipa á sus ciudades que en distintas provincias ocupaban cuando invadieron el suelo español. Ambas obtuvieron el magnífico título de *municipio*. Una de estas ciudades estaba situada sobre el rio Bétis, á la opuesta márgen de Sevilla, Peñaflor, Cantillana y Alcalá del Rio, son las tres villas que aun en el dia se disputan la gloria de haber sido edificadas sobre las ruinas de aquella ciudad de que ya no se descubren ni aun ligeros vestigios. Solo quedan de esta primera Ilipa algunas medallas ó mas bien monedas, en las cuales ademas de las efigies del Sol y la Luna se descubren peces y espigas, símbolo del agua y de la tierra.

La segunda Ilipa ha podido sobrevivir al encono

(1) El artículo correspondiente á esta lámina se publicará en otro número.

y á los reveses multiplicados pero constantes de varias generaciones, situada en la Beturia de los Turdalos, provincia que cual estrecha y torcida faja se estendia entre los rios Guadiana y Guadalquivir, subsiste bajo el nombre de Zalaméa á 12 leguas de Badajoz, capital de Estremadura, confinando por el mediodia con las provincias de Córdova y Sevilla, y por el Poniente con Mérida, y teniendo al Norte la provincia de Toledo.

Consérvase á la orilla izquierda del arroyo llamado Ortiga, un arco de piedra tosca que sirvió de entrada á una cueva formada por la misma naturaleza. En el plano lateral de uno de los peñascos se vé la siguiente inscripcion perfectamente legible y clara.

P. CORNEL. SCIP.
D. D.

El sentido de esta inscripcion se refiere sin duda al encuentro, que segun dice Tito Livio, tuvo Publio Cornelio Escipion con los Lusitanos cerca de Ilipa, de resultas de haberle estos robado algunos ganados. La época precisa en que tuvo lugar dicho encuentro, es asaz dudosa, y lo único que acerca de ella consta es, que ocurrió durante el consulado de Lucio Cornelio, Merula y Quinto Minucio Termo. En las cercanías del arco de que acabamos de hablar, se hallan todavia algunos despojos de antiguas armaduras.

Encuéntranse asimismo en las inmediaciones de Zalaméa varias monedas de plata de mediano tamaño. En el anverso de dichas monedas se halla grabado un busto con una venda en la cabeza, y en el reverso dos espigas encontradas. En el centro de estas espigas se lee *Ilipa*. Este nombre se halla tambien esculpido en algunas piedras sepulcrales que se ven ahora empotradas en diferentes edificios de la villa.

Es notable entre muchas de estas lápidas, la que aun se conserva en la torre de la fortaleza llamada del *Homenage* y en la cual se descubre una leyenda que traducida al castellano dice:

«*Milesio, natural de Ilipa, siendo de* 36 *años murió en la guerra Púnica.*»

Es de advertir que Milesio murió en la guerra de Cartago, 269 años antes del nacimiento de Jesus.

Otra de las antigüedades que encierra el reino de Zalaméa es un soberon, del cual se conservan todavia magníficos restos. Este soberon fué un monumento dedicado á Trajano en el año 4.° de su consulado: se compone de un pedestal de suntuosa planta, que descansa sobre tres escalones cuadrados. Encima de aquel se elevan dos elegantes columnas del órden dórico que sostienen una cornisa. Sobre este monumento estuvo colocada otra gruesa columna de vara y media en alto, la cual ha sido trasladada á la iglesia parroquial y en la que se conserva la inscripcion siguiente.

IMP. CAESARI.
DIVINI NERVAE F.
NERVAE TRAJANO.
AUG. GERM. PONT.
MAX. TRIB. PONT. IIII.
CON. III.
MUNICP. IULTPENSE
D. D.

Este monumento se conserva bastante completo, á pesar de haberse fabricado sobre él un lienzo de la torre de la iglesia parroquial.

A una legua de la villa existen las ruinas de la ciudad de Arsa, donde sufrieron el martirio Aquila y Priscila, y en el sitio llamado hoy dia Argallen, fué donde Constantino Magno (segun unos) y Vamba rey de los godos (segun otros) erigió en obispado á Ilipa, la cual mudó este nombre, en el de Zalaméa, cuando los agarenos se posesionaron de ella.

Lo mas notable de la historia de Ilipa viene á reducirse á que habiendo el Rey San Fernando dispuesto conquistar las fértiles provincias de Andalucía, junto con brevedad un numeroso ejército con ayuda de los *ricos homes* de sus reinos, y los maestres de las órdenes militares. Dirijió sus designios á la ciudad de Córdoba, poniéndola sitio con bravura.

Entre tanto D. Pedro Yañez, maestre del órden de Alcántara, se situó con su gente en Medellin, y logró pactar con los alcaides moros de la Serena, que entregarian sus respectivas fortalezas al momento que verificase su sumision la ciudad de Córdoba. No tardó Yañez en dirigir sus principales esfuerzos sobre Zalaméa, célebre ya por su antigüedad, poblacion y riqueza: despues de no pocos sacrificios logró tomar á viva fuerza la villa, y á los veinte dias de ataque contra la fortaleza ondeó sobre la *Torre del Homenage* la bandera parlamentaria, entregándose aquella con ciertas condiciones, y habiéndose Yañez apoderado de las mejores tierras para formar una encomienda de la órden á que pertenecia, otorgando en Posadas de Abentud en 30 de abril, era de 1288, que fué año de 1235, el siguiente privilegio, que escrito en pergamino se guarda en el archivo de la villa.

En el nombre Dios Amen. Porque las cosas que los hombres facen e ordenan por traspasamiento de tiempo son muchas vegadas olvidadas, el sabio consejo e la ley manda que sean por testimonio de escritura confirmadas, e por ende conocida cosa sea a cuantos esta carta de privillejo vieren como Yo D. Pedro Yañez, maestre de Alcántara, acatando a que yo conquisté la antigua villa, que los moros dicen Zalaméa, en tres dias con las mis huestes e con los de mi órden, en que ganamos mucha prez, e asaquearon de lo que fallaron, e porque la morisma de la villa se avia á la fortaleza, que asaz es fuerte, e buena, escogida, la convati por muchos dias, e despues de los veinte que asi la tenia en gran estrecheza, Muley Aberrax, Alcaide de ella, por el que se decia Rey de Córdova de la Torre del Omenax, alzó bandera de paz, e pidió seguro e se me entregó la fortaleza e castillo, y los moros se fueron ende, e yo la fize poblar de cristianos e gente de pro, e puse por alcayde e comendador de ella a Frey Gonzalo Ordoñez, Comendador de la Puente, que aun se halla en dicha villa e fortaleza con algunos freyres para la defensar. E yo avia prometido á los nuevos pobladores el mi privillejo de libertad por diez años para que no fuesen apremiados á pagar cosa alguna de pechos nin derechos, salve diezmos á Dios, ni les demander terralgos, ni otros achaques e por cumplimiento del prometimiento de su echo por la presente, etc.

DEL IMPERIO DEL JAPON.

La fundacion del Imperio del Japon se pierde en la oscuridad de los tiempos; sus anales datan de muchos millares de años, para que pueda fijarse el orígen de aquella Nacion. Si se hubiese de atender á lo que muchos historiadores nos dicen y sus naturales creen, habria sido gobernada por Dioses, por espíritus celestes, algunos de los cuales no habrian sido casados, otros lo habrian sido con mugeres de la misma naturaleza que ellos y cuya posteridad habria formado una raza de Semi-Dioses. Los Japoneses cuentan tres dinastías de sus Emperadores. Las dos primeras se componen de estos Dioses, Espíritus celestes y Semi-Dioses, y por consiguiente son fabulosas. La tercera fija la época del Japon 660 años antes de la Era Cristiana, de un modo que parece incontestable al historiador que la admite (1). Sin embargo, de haber sido agitado aquel Imperio, por guerras intestinas, nunca ha sufrido la dominacion ni el yugo estrangero.

Todo es singular en el Japon: la lengua, la religion, las costumbres y las leyes. El antiguo y nuevo mundo no contienen dentro de su seno cosa mas estraña que el pueblo Japonense; que separado de los otros moradores de la tierra por un mar siempre tempestuoso y por la falta de casi toda comunicacion esterior, parece que no tiene nada de comun en su orí-

(1) Charlevoix, histoire du Japon. t. 2.° puede verse tambien; *Marci Pauli Veneti de Regionibus, Orientalibus, libri, III*; los viajes de la compañia Holandesa á las Indias Orientales.—Las cartas de S. Francisco Xavier; y en la historia de Hoempfer.—t. 2.° etc.

gen con los demas pueblos. Por lo menos es cierto que los Japonenses han sacado sus Dioses de entre sí mismos y pretenden hasta descender de ellos.

Son ambiciosos, siempre inclinados á grandes proyectos, robustos, sueltos y por consiguiente muy aptos para los ejercicios de la guerra, cuyo arte cultivan con mucha aplicacion. Toleran con admirable paciencia el hambre, la sed, el frio, el calor, las vijilias, los trabajos y todas las incomodidades de la vida. Son desconfiados, pero hombres de bien; bastante civilizados, y en general tienen talento; son sutiles, curiosos y dotados de muy buen juicio; de costumbres disolutas hasta el estremo de tener casas á propósito en que se confunden los sexos, ademas de las de mugeres públicas; llenos de amor propio, desprecian á todo estrangero, porque conceptuan que no necesitan de nadie; nada temen, ni á la misma muerte, que parecen aguardar con una alegria feroz; de donde resulta que se la dán ellos mismos por la causa mas sencilla. Son supersticiosos, como todos los demas pueblos de Asia; pero ninguno hay en todo el Oriente mas ávido de gloria, ni mas celoso de su honor, ni tampoco mas constante en los trabajos y fuerte en las desgracias y adversidades.

Los parientes de ambos lados casan sus hijos sin consultar su inclinacion y aun sin que estos se conozcan; pero es permitido á los casados separarse: y aunque los hombres pueden tener el número de concubinas que quieren, suelen hacer uso del divorcio con mas frecuencia que las mugeres. Las adúlteras son castigadas con pena de muerte y á veces un simple desliz les cuesta la vida. Nada se puede comparar á la estrechez y aislamiento en que viven, sino su misma modestia y fidelidad. Los historiadores convienen en que los Japoneses son tal vez los solos hombres del mundo que han hallado el secreto de ganar y conservarse el corazon de sus esposas, reduciéndolas á una especie de cautividad: hánse visto algunas, que no pudiendo lograr el darse la muerte para acompañar á sus maridos al sepulcro, se han dejado morir de hambre para hacer este sacrificio.

La fidelidad de los criados no es inferior á la de las mugeres: no muere en el Japon una persona distinguida, que no se hienda el vientre (por ser este el medio de matarse generalmente admitido) un crecido número de criados para acompañarla al otro mundo. Los hay tambien que se obligan á hacerlo al tiempo que entran á servir á su amo, ó con motivo de algun acto generoso que ha ejercido este en su beneficio.

La costumbre autoriza á los padres para ahogar ó esponer á los hijos que no se hallan en estado de educar; y los Japoneses pobres creen hacer un acto de humanidad libertando sus hijos al nacer de una vida, que les seria fastidiosa no pudiéndolos sustentar.

Los Japoneses son idólatras, y miran como una parte esencial de su Religion, la veneracion que tienen á su *Dairi*. En diversos tiempos han recibido religiones estrangeras y no hace mucho tiempo que profesaban cuatro distintas.

El Imperio del Japon es dilatado, y consiste principalmente en tres grandes Islas rodeadas de otras innumerables, algunas de las cuales llenas de peñascos, y estériles; otras son pequeñas y ricas, fértiles y bastante grandes para ser gobernadas por príncipes particulares, dependientes del Emperador del Japon, de quien se consideran como tenientes.

Todo el Japon dividido ya en 68 provincias, fué subdividido en 604 distritos. Los Gobernadores, que tenian la administracion de las 68 provincias, se habian erigido en dueños de ellas á favor de las guerras civiles, y obrando con el *Cubo-Sama* de la misma conformidad que este para con el *Dairi* habian usurpado la soberanía.

Esta monarquía está rodeada de costas llenas de peñas, y de montañas, y de un mar tempestuoso, que tiene tan poco fondo, que no puede recibir sino embarcaciones pequeñas; y aun estas arriban allí con muchísimo riesgo por no ser aun conocida la profundidad de la mayor parte de sus golfos y puertos. Aquellos isleños hallan en la bondad de su pais, y en su industria, con que ocurrir á las necesidades, y aun á las delicias de la vida.

El pais es tan pingüe, y fértil, que fructifica dos veces al año; la una trigo, la otra arroz, de que viven los habitantes, como tambien de la caza, pesca, frutos y legumbres. Tiene buenas manufucturas y varias minas de toda clase de metales, sin escluir el oro y la plata; pero está sujeto á frecuentes y horribles terremotos.

El clima del Japon es muy sano; sus habitantes son robustos, sanos y de muy larga vida. Los calores, que son vehementes en el verano, se hacen mas tolerables por el fresco que producen los mares que rodean las islas, y los rios que las costean. El frio dura mas allí que el calor, y es mas fuerte por lo mucho que nieva en las montañas de que está circuido el Japon.

El Emperador es riquísimo: sus rentas superan con mucho al gasto que tiene anualmente, que es de 300 millones de nuestra moneda, entre su casa, sueldos de oficiales y pago de las tropas.

En todo el Imperio del Japon no hay mas que un peso y una medida; una misma ley, y un soberano que es absoluto.

Los señores, los maridos, y los padres tienen derecho de vida y muerte sobre sus vasallos, mugeres é hijos. Los amos no tienen precisamente el mismo derecho; pero como son responsables de las faltas de sus criados, tienen sobre ellos una grande autoridad, y si los matan en un acceso de cólera, se les absuelve como justifiquen la falta porque les han quitado la vida.

Las leyes en el Japon respecto á los crímenes son estremadamente severas; casi todos los delitos se castigan con la pena capital, severidad que hacen necesaria el carácter atroz de sus naturales.

Segun las leyes de aquel pais, cuando uno cae en desgracia del Emperador, ó es condenado á muerte, deben seguir la misma suerte, sino les hace gracia el Príncipe, todos aquellos que están unidos al culpable por el vínculo de la sangre.

Ningun delito se reprime con penas pecuniarias bajo del principio que en tratándose del público interés no debe haber distincion alguna entre los pobres y los ricos; pero los que tienen á su cargo vijilar la conducta de los demas, suelen ser castigados en lugar de aquellos muchas veces. Por ligeras faltas vénse en el Japon personas condenadas al destierro, ó á cárcel perpétua, á la confiscacion de todos sus bienes ó privacion de sus empleos: los ajentes encargados de la seguridad de las calles, responden de los gefes de las familias; estos, de todos los que las componen; los propietarios de sus inquilinos; los amos de los criados; las compañias ó gremios, de cada uno de sus miembros; los vecinos, unos de otros; y á veces los hijos de sus padres.

Si en una calle se suscita alguna disputa, los vecinos mas inmediatos tienen obligacion de separar luego á los que riñen; y si uno de ellos llega á morir de resultas de la riña, no tan solo paga el otro con su cabeza este crímen, aunque haya sido en defensa propia, sino que las tres familias mas vecinas al paraje donde sucedió la muerte, quedan arrestadas en sus casas por espacio de algunos meses, para cuyo tiempo se les permite hacer provisiones; quedando condenadas las puertas y ventanas de la casa: todos los demas vecinos de la calle, sufren tambien algun castigo aunque mas ligero y siempre en proporcion de lo que hubiera debido hacer cada uno para prevenir las consecuencias de la disputa. Los gefes de la compañia ó gremio, son siempre castigados con mas rigor que los demas; y si alguno de sus miembros escapa de manos de la justicia, son responsables del fujitivo.

Cualquier hombre que hecha mano á la espada ó al puñal, contra otro, es condenado á muerte, si es denunciado á la justicia, aunque no haya tocado al otro á quien el golpe iba dirigido, ni haya pasado de amenazar.

El Japon está sujeto á dos potencias; el *Dairi* y el *Cubo-Sama*.

El *Dairi*, que desciende de Syn-Mu fundador, y legislador de la Monarquía, reputado comunmente entre ellos por descendiente de los Dioses del pais, era respetado como un Dios, como la sangre mas pura del Sol y estaba revestido de un derecho incontestable al Apotheosis; reunia en su persona todo cuanto en el espíritu de los pueblos puede fundar una autoridad sin límites, reconocida por lejítima. Los sucesores del fundador conservaron muchos siglos el doble imperio de la religion y de los negocios temporales, pero en el dia no conserva el *Dairi* mas que la potestad religiosa; y al paso que sus honores han aumentado, si de aumento eran susceptibles, ya ha ido perdiendo poco á poco su gran supremacía. Los príncipes de su sangre, que son tambien personas sagradas, componen con él la Córte eclesiástica, que pronuncia sobre la sucesion á aquella primera dignidad del Imperio, cuando el *Dairi* no ha elegido su sucesor, y hay quien contesta este derecho. Sin embargo, se han visto *Dairios* que han abdicado la corona á favor de otros sin nombrar á sus hijos, y aun á veces á favor de princesas, que aunque en realidad eran de su sangre, lo eran en grado bastante remoto. Emperatrices que han sucedido inmediatamente á sus maridos en perjuicio de los varones mas próximos á ellos; hermanas que han reinado despues de sus hermanos; hijas despues de sus madres, siendo sus sucesores príncipes, que parece debian haberlas precedido en el órden de sucesion; finalmente colaterales que han subido al trono antes que los hijos de sus predecesores; pero la corona no ha salido jamás de la casa de Syn-Mu, que la posee de veinticinco siglos á esta parte.

El *Cubo-Sama* del Japon, no era antiguamente, mas que general de los ejércitos: pero insensiblemente se ha ido apropiando el poder soberano de tal conformidad, que solo ha dejado al *Dairi* los vanos honores del Pontificado. Esta usurpacion, efecto de muchas guerras civiles, se verificó en el duodécimo siglo de nuestra era, y dió orígen á nuevas turbulencias intestinas, cuyo resultado ha sido la ruina del poder de los *Dairios*, y la consolidacion del de los *Cubo-Samas*.

El *Dairi*, á quien siempre hasta ahora han conservado los pueblos la mas profunda veneracion, tiene aun en el dia poder para hacer mercedes y conceder gracias, como tambien para dar títulos honoríficos á los Príncipes, Señores y Nobles del Japon, que es el pais en que mas se estiman y solicitan semejantes títulos.

El *Cubo-Sama* es dueño de todas las fuerzas y rentas del Estado, y aun de la persona del *Dairi*.

El *Dairi* tiene su córte en *Miaco* en un vasto palacio, á quien señala el Monarca Seglar una numerosa guardia, para hacer honor al *Dairi* en las apariencias; pero en realidad, para asegurarse de su persona.

Los *Cubo-Samas* que tenian tambien la córte en *Miaco*, pareciéndoles menos conveniente ó inútil residir cerca del *Dairi*, trasportaron el Trono del Imperio á *Jedo*, donde formaron una segunda capital, mucho mas considerable que la primera, y donde obligaban á residir á las mugeres y las hijas de los Señores del Imperio, en otro tiempo soberanos de sus respectivas provincias, con el objeto de someter á los maridos y á los padres; añadiendo los *Cubo-Samas* á esta precaucion la de mantener espías cerca de aquellos Señores para estar al alcance de todo lo que podia interesar al poder supremo.

Ya hemos dicho, que la religion dominante de los Japoneses, era la idolatría, pero que sin embargo, habian admitido en varias épocas algunas religiones estrañas; la primera, el antiguo culto de los ídolos del pais; la segunda el de los ídolos estrangeros, traidos de la China, de Siam y de las Indias; la tercera, la doctrina de los filósofos y sábios del pais, que han enseñado la Moral; y la cuarta, el cristianismo introducido con la Mision.

El modo de introducir esta última en el Imperio, fué por tres negociantes portugueses, que habiendo salido de un puerto del reino de Siam, llamado *Dodra*, y que hacian rumbo hácia la China, fueron arrojados por una tempestad á las islas del Japon, y tomaron puerto en el reino de *Cangoxima*. Este descubrimiento, dió lugar á los establecimientos que hicieron varias naciones europeas; y estos establecimientos pusieron á los Misioneros en estado de comunicar á aquellas gentes, la luz de la fé. S. Francisco Xavier, fué el que plantó allí la Cruz, y la iglesia que fundó, permaneció mucho tiempo floreciente. Los Misioneros recogieron el fruto de lo que habian sembrado; la entrada del Japon se hizo accesible á todos, y sus naturales gozaban de la libertad de viajar por su pais y por el estrangero. Todas las naciones podian tambien echar áncoras en sus puertos, y sobre todo los portugueses, buscados por todas partes, negociaban con libertad y ventajas por todo el Imperio, y los Misioneros procuraban aumentar el número de los Prosélitos al Cristianismo; pero el poco concierto entre los misioneros de diferentes órdenes, la mala inteligencia de los Católicos y Protestantes Europeos, que llamaba á aquellas partes el comercio, y las quejas de los Bonzos, á quienes los Japoneses convertidos no llevaban ofrendas, escitaron una persecucion, que en solo un año hizo perecer mas de veinte mil cristianos; cerráronse las iglesias; y aunque en este estado los Misioneros no dejaban de hacer aun algunos Prosélitos; la imprudencia de algunos portugueses y escesivo celo de varios Misioneros, promovieron nuevas persecuciones, de cuyas resultas la Religion Cristiana fué enteramente abolida y proscrita del Imperio. Desde entonces les fué prohibida á los Japoneses la salida y á los portugueses perpetuamente la entrada, quedando cerrados todos los puertos á los estrangeros, á escepcion de los Chinos y Holandeses, que han conservado la libertad de tener un registro en la isla de *Desima*. En el año siguiente, un solo Sol, vió perecer á 37,000 cristianos; deguello que acabó con nuestra religion en aquel Imperio de un modo tal, que no quedaron mas que algunos particulares que la profesaron, y que fueron esterminando á medida que los iban descubriendo. Los Holandeses han conservado la libertad del comercio en el Japon, asegurando que su religion era distinta de la de los Portugueses y Españoles; para lo que tuvieron que prohibirse á sí mismos toda práctica esterior del cristianismo y sujetarse á algunas costumbres y fórmulas, que son como una abdicacion tácita de la Religion Cristiana.

Los Chinos ganan mil por ciento sobre el azúcar que importan al Japon y algunas veces otro tanto sobre las mercancías que llevan á su regreso. Los Holandeses hacen especulaciones, del mismo género que los Chinos, poco mas ó menos, con los Japoneses. De aqui las pérdidas que sufre la China por haberse separado del resto del género humano; y esta es la suerte de todo pueblo, que ignora que la sola concurrencia de los compradores fija el precio á las mercancías y establece entre ellas las verdaderas relaciones.

Koempfer y algunos otros historiadores, examinan con detencion, si efectivamente es ventajoso para el Japon estar cerrado á los estrangeros, de suerte que no se les permita la entrada ni á sus naturales la salida; y resuelve la cuestion por la afirmativa, instruyéndonos de los motivos que tuvieron los Monarcas Japoneses, para hacer inaccesible su Imperio á los demas pueblos, si se esceptua el poquisimo comercio que permitian á los Chinos y Holandeses en uno solo de sus puertos. Charlevoix encuentra á Coempfer injusto en sus reflexiones políticas, y tan poco exacto en los hechos que refiere, como admirable en sus observaciones sobre la historia natural de los paises que ha recorrido. Aquel Jesuita declama contra un autor cristiano, que despues de haber contado la abolicion del cristianismo entre los medios de que se han servido los Cubo-Samas para establecer su nuevo plan de gobierno, se atreve á decir que aquellos Monarcas en algun modo han resucitado la inocencia y fidelidad de los tiempos primitivos: ademas, el Japon no es el único pais que se ha hecho inaccesible á los estrangeros. No hay duda en que las espresiones de Coempfer son algo exageradas y sus ideas no muy

precisas: mas para tratar la materia sobre que están opuestos él y Charlevoix, seria preciso dividir la cuestion capital en dos y discutirlas separadamente: cuestion de hecho, y cuestion de derecho. Es ventajoso para los Japoneses el haberse como secuestrado del género humano? Hé aquí la cuestion de hecho. Pueden hacer esta eliminacion lejítimamente? ¿No hacen una injuria á la ley natural? ¿No ofenden á la razon, á las reglas de la humanidad y á la sociedad universal de los hombres? Hé aquí la cuestion de derecho.

Difícil y árdua tarea seria la que nos impusiéramos, si hubiésemos de resolver por nosotros mismos cuestiones tan vitales é interesantes; asi es, que dejamos á inteligencias mas privilegiadas que las nuestras el tratar científicamente lo que á nosotros nos es imposible hacer, no solo por carecer de los conocimientos necesarios, sino tambien porque escederiamos los límites que nos hemos propuesto en el presente artículo, que por otra parte no tiene otra pretension que la de un mero pasatiempo.

FEDERICO PEREZ DE MOLINA.



D. IGNACIO DE LUZAN.

D. Ignacio de Luzan nació en Zaragoza en 28 de Marzo de 1702 y fueron sus padres D. Antonio de Luzan y Guaso, señor de Castillazuelo, gobernador entonces del reino de Aragon, y Doña Leonor Perez Claramont de Suelves, personas de distinguida nobleza. Pensaban estos darle una educacion correspondiente á su nacimiento; pero no pudieron efectuarlo por las turbulencias que en aquel tiempo orijinaba la guerra de sucesion, las cuales obligaron á D. Antonio ya viudo á pasar á Barcelona con su familia, donde murió en 1706 dejando de cuatro años á D. Ignacio, el cual teniendo fuera de España á todos sus tios y hermanos quedó sin mas amparo que el de su abuela paterna Doña Ana de Guaso, cuya avanzada edad y falta de salud, al mismo tiempo que la conmocion de Cataluña y especialmente de Barcelona, fueron causa de que no tuviesen efecto las miras de sus padres en órden á su educacion. Sin embargo aquella señora hizo lo que estuvo á su alcance instruyéndole en los principios mas sólidos de la religion é inspirándole las virtudes cristianas y morales, como tambien fomentándole el deseo de saber que felizmente manifestaba desde sus mas tiernos años.

En el de 1715 concluido el sitio de Barcelona pasó á Mallorca donde se detuvo algun tiempo en compañia de D. José de Luzan eclesiástico, tio suyo que le llevó consigo á Génova y despues á Milan donde residió por algun tiempo. Allí empezó D. Ignacio aunque tarde á recibir su educacion literaria, porque á poco de haber llegado consiguió su tio que entrase en el seminario de Nobles llamado de Patellani, cuyos estudios estaban á cargo de los Jesuitas. En él aprendió muy pronto la lengua italiana y despues estudió con el P. Perotto la gramática latina y últimamente la retórica con el P. Cinnami. Continuó en aquella ciudad dedicado enteramente al estudio de las bellas letras, hasta que con motivo de estar su tio nombrado para una plaza de Inquisidor en Sicilia tuvo que dejar á Milan y pasar en su compañia á Nápoles donde se detuvo algunos meses, que ocupó en estudiar la Lójica de Aristóteles y de otros AA. modernos. Hallándose ya en Palermo pensó sériamente en elejir carrera que le facilitase en lo sucesivo un acomodo proporcionado á sus circunstancias y se dedicó á la Jurisprudencia en que hizo muchos progresos; y el año de 1727 recibió la borla de Doctor en ambos derechos en la Universidad de Catania, hallándose ya desde 1724 ordenado de tonsura y grados.

No se contentó D. Ignacio con la Jurisprudencia que de ordinario se enseña en las aulas, y siempre deseoso de estender sus conocimientos se dedicó al estudio del derecho público, natural y de Gentes, conocimientos que le sirvieron mucho despues y que lució en trabajos importantes, ya hechos por su gusto, ó ya por órden superior en graves negocios que estuvieron á su cuidado. Dedicóse despues D. Ignacio al estudio de la Filosofía segun los sistemas que prevalecian en su tiempo, á la Física esperimental y á las Matemáticas, en que fué su maestro el P. Spedaleri, jesuita, profesor de mucha opinion y consiguió en estas ciencias mas que medianos conocimientos, emprendió luego con mucha aplicacion el estudio de la Historia y de las Antigüedades, en que llegó á ser peritísimo, á la Teolojía Moral y Expositiva, como tambien á la lectura de los Santos PP. No contento con la inteligencia del italiano y del francés que poseia con perfeccion, se aplicó al estudio del aleman hasta escribirlo y hablarlo correctamente, cultivó el latin en que era muy diestro, y finalmente estudió el griego siendo su maestro el P. Gerónimo Giustiniani, jesuita, célebre profesor de este idioma en que hizo grandes progresos. Aprendió casi de memoria los mejores poetas italianos, latinos y algunos griegos, y en fin estendió su deseo de saber á la Música y al Dibujo. A favor del mejor método que él se habia propuesto consiguió adquirir tan estensos y varios conocimientos; siendo de notar que al mismo tiempo se ocupaba en escribir discursos, componer poesías y hacer traducciones, ya por su gusto y eleccion, ya por encargo de las Academias de Palermo de que era individuo.

Asi ocupaba el tiempo D. Ignacio en esta ciudad entregado todo al estudio y al trato de los literatos, cuando en 1729 asaltó la muerte á su tio D. José que le mantenia; por lo que le fué preciso volver á Nápoles para acogerse á la sombra de su hermano el conde de Luzan que se hallaba de gobernador en el castillo de S. Telmo; pero la mudanza de domicilio en nada alteró el método de vida de D. Ignacio: estudiar, escribir, y frecuentar el trato de los sábios de Nápoles eran sus continuas ocupaciones.

En fin del año 1733, informado el conde su hermano del mal estado en que se hallaba la hacienda que poseia en Aragon, determinó que volviese D. Ignacio á España para administrarla, lo que ejecutó prontamente por servir á su hermano y volver á su patria, abandonando las bien fundadas esperanzas de hacer una brillante carrera. Desembarcó en Barcelona y marchó á Zaragoza donde fijó su residencia; pero mas adelante se retiró á Monzon, por parecerle pueblo mas acomodado para su vida filosófica y estudiosa.

Por los años do 1736 á 37 pensó tomar estado de matrimonio y fué á buscar una consorte de mérito personal, prudente, honesta y hacendosa, cual él la deseaba, no en una gran poblacion sino en el pequeño Lugar de Añes, donde la halló en Doña Maria Francisca Mincholet señora de distinguida familia.

Entregado hasta entonces D. Ignacio á la agradable ocupacion del estudio y no poco atento por otra

parte á la administracion de la hacienda de su hermano, aunque no contaba para subsistir con otra cosa que las asistencias que aquel le daba, no habia pensado en solicitar algun destino con que suplir la falta de caudal; pero despues de casado conoció estaba en el caso de pasar á la córte y lanzarse en la carrera de pretendiente. En efecto hizo varios viajes á Madrid, pero su natural encogimiento no le permitió conseguir lo que tan fácilmente suelen lograr los entremetidos, y solo tuvo la estéril satisfaccion de que todos le reconociesen acreedor á una colocacion distinguida y de recibir públicos y no equívocas demostraciones de la estimacion que ya se hacia de sus talentos y literatura. Finalmente la esperanza de que el concepto que habia adquirido le abriese el camino á una colocacion decente, le movió á detenerse en Madrid en su último viaje mas tiempo que otros; y no se engañó; porque en 1747 impensadamente y sin haberlo pretendido se halló nombrado secretario de la embajada de París en ocasion de estar destinado para embajador de aquella córte el Duque de Huescar. Admitióle gustoso y pasó prontamente á la referida córte, donde residió con este carácter hasta setiembre de 1749, en que por haberse retirado á España el embajador, se le dió el de encargado de negocios, que ejerció hasta que nombrado por el rey nuevo embajador y secretario, se restituyó á España por mayo de 1750.

A pesar de las delicadas circunstancias en que se hallaban entonces los negocios políticos entre aquella córte y la nuestra, desempeñó tan bien D. Ignacio las obligaciones de su destino, que el rey en prueba de ello le confirió plaza de consejero de Hacienda y de la Junta de comercio, le hizo superintendente de la casa de moneda de Madrid, y poco despues tesorero de la real biblioteca.

Establecido ya con su familia de asiento en la córte continuó sirviendo los referidos empleos y trabajando en otros negocios y encargos secretos del gobierno, que se le cometieron por los ministros y especialmente por D. José de Carvajal, que no solo tenia particular confianza en los talentos de D. Ignacio, sino que le honraba con una íntima amistad. Esta fué la que le llevó á la Academia llamada del *Buen Gusto* que desde 1749 tenia en su casa la Marquesa de Sarria Doña Josefa de Zúñiga y Castro, y á la que asistian muchas de las personas mas distinguidas de Madrid por su clase y literatura, y en ella leyó varias poesías que fueron recibidas con aplauso de los concurrentes.

En 1754, persuadido el rey de que los talentos de D. Ignacio debian utilizarse en destinos mas elevados, que los que habia servido hasta entonces, pensaba colocarle en uno de los primeros puestos del Estado, cuando le asaltó la muerte y falleció en 19 de mayo de 1754 á los 52 de su edad.

Cuando dieron la noticia de su muerte al rey Don Fernando VI manifestó con espresiones muy honoríficas la particular estimacion que habia hecho de Don Ignacio, y en prueba de ella nombró caballero paje á su hijo segundo y de allí á pocos dias concedió á la viuda una pension de 9000 rs. y por muerte de esta acaecida año y medio despues de la de su marido, mandó repartir dicha pension entre sus tres hijos, dos mil y quinientos á cada uno de los dos varones; al mayor, que servia en la marina hasta que llegase á ser capitan de fragata, y al segundo hasta que saliese de su real casa con acomodo correspondiente, y los restantes cuatro mil á la hija con calidad de vitalicios.

Fué D. Ignacio tan amado en todas partes por sus relevantes prendas, como admirado por sus grandes conocimientos, su bella índole y educacion moral fortificada por una sana filosofía, que fué el mas precioso fruto de sus estudios, hizo que aun en la edad juvenil, jamás se le conociese vicio ni otra pasion que la de estudiar y saber. Ni las vicisitudes de su vida, ni las varias costumbres y ejemplos, comunicaciones y lecturas en los muchos paises en que residió, jamás pudieron corromper su corazon ni apartarle un punto de la práctica constante de todas las virtudes cristianas.

El buen uso que hizo de sus talentos y estudios, su celo por la prosperidad del estado, y servicios que prestó lo colocan entre los hombres que en su época hicieron mas beneficios á su patria y á las letras, y siempre es nombrado asi por estas circunstancias como por sus grandes conocimientos con respeto y veneracion.

Influyó D. Ignacio en la fundacion de la Academia de las Nobles Artes proyectada desde el tiempo de Felipe V. Fué individuo de la Española y de la de la Historia, de la de Buenas Letras de Barcelona, y de la de los Reinos de Palermo con el nombre de Egidio Menalipo.

Las obras, fruto de la laboriosidad y contínuo estudio de D. Ignacio, y en las que se echa de ver el juicio, el arte y el buen gusto que no se encontraban fácilmente en sus contemporáneos son muchas, y haremos mencion de algunas:

Como D. Ignacio de Luzan habia salido de España de tan corta edad se dedicó estando en Palermo al estudio del castellano que casi habia olvidado del todo con el designio de trabajar algunas obras en español. Fué la poética la mas notable de estas y al mismo tiempo la mas bien escrita de cuantas se publicaron en su época, aunque falta de la amenidad propia de una obra de esta clase, efecto de la severidad con que trata su asunto; pero en ella se reconoce la seguridad de sus principios, la oportunidad en la erudicion, el juicio en el plan y la claridad del estilo. Concluyóla ya estando en Zaragoza en 1737, y los diaristas de España hicieron extracto de ella y la elogiaron sobremanera, como tambien los de Trevoux; pero al mismo tiempo le pusieron algunos reparos á que satisfizo su autor con modestia y solidez en un discurso apologético que trabajó de acuerdo con su grande amigo D. José Ignacio de Colmenares, oidor de la cámara de Comptos del reino de Navarra, é imprimió en Pamplona en 1741. Fué otra la *Retórica de las conversaciones*, en que propuso los medios que juzgó oportuno para evitar los defectos, y adquirir correccion y cultura en el hablar. En 1751 publicó las Memorias literarias de París, obra escrita con mucha erudicion y buena crítica, cuyo objeto no fué otro que el de presentar á la vista de los españoles el estado de todo género de estudios en aquella córte, haciendo juicio exacto é imparcial de lo bueno y de lo malo, para que sus compatriotas estimulándose á abrazar lo uno, y sabiendo evitar lo otro resucitasen la gloria literaria de España.

Recien llegado á España D. Ignacio vino á sus manos el Diccionario de la Academia Española y desde luego se dedicó á trabajar muchas anotaciones y adiciones importantes de que usó con utilidad de aquella sábia corporacion asi que fué admitido en ella.

Para la educacion de un hijo del conde su hermano trabajó un tratado de Etica con este título: *De i principi della moralle*, del que comenzó á hacer una traduccion en castellano que no concluyó segun parece.

Compuso poesías en italiano, en griego, en latin y en francés y en español. Las que escribió en este idioma comparadas con las que entonces se componian, son verdaderamente un anacronismo literario; y si bien tienen un mérito sobresaliente por su invencion, armonía y estilo, sus versos son mas recomendables por la gravedad y correccion, que por la abundancia de imágenes y fuerza de la fantasía.

Finalmente este laborioso escritor dejó un compendio de Filosofía del que habia desechado todo lo supérfluo, escrito en muy buen latin: una epístola sobre puntos de derecho civil; varias comedias traducidas del marqués Maffei y Pedro Metastasio y finalmente otras traducciones y opúsculos.

LUIS M. RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

RECUERDOS DE UN MÉDICO.

> Yo soy el espíritu que niega siempre y nó sin razon porque si algo existe es con la condicion de aniquilarse y seria mejor que nada hubiese: esas cosas que llaman pecado, destruccion y Mal en una palabra, todas estan en un elemento.
>
> MEPHISTÓTELES.

II.

Pues no desperdicié ocasion alguna, relataba el Doctor noches despues, ni dejé escapar manera de apurar el lance estraño que os tengo referido. En largo espacio no pude apartar de mi memoria aquella série de sucesos si estraños, si milagrosos donde habian concurrido para hacerlas mas y mas espantables, el mundo físico y el mundo moral, la vida y la muerte, la inocencia y el crímen, y digo tambien crímen porque un presentimiento me andaba en la mente de que sin él no era posible que asi se trastornase la armonía en lo creado ni que hubiese corrido tempestad tan desecha mi conciencia. Por la tarde, al caer de ella, solia dirigir mis pasos á la casita blanca que se miraba tristemente alumbrada por el último rayo del sol perdido entre los álamos del bosque. La vez primera me contenté con verla de lejos, luego llegué hasta los mismos umbrales de la casa, pero sin atreverme á traspasarlos y al fin, entre indeciso y temeroso, penetré una tarde hasta la propia sala donde estuvo la muerta. Un hombre se levantó al verme y me estrechó convulsivamente las manos, antes de que yo pudiese darme cuenta de aquel lugar y aquella escena: mi imaginacion se empeñaba en ver allí estraños objetos cuando estaban escuetas las paredes y no habia mueble alguno en el cuarto; sentia que estaba alguien conmigo y no alzaba los ojos á contemplarlo, por miedo de cerciorarme, por falta de esfuerzo para quebrantar las cadenas que me habia impuesto la fantasía.

—Salud, Señor profesor, á tiempo venís de que os consulte mis dudas y Dios os pague esta buena memoria que teneis de nosotros.—Talmente rompió el silencio la persona que tenia cogidas entre las suyas mis manos y ya no hubo en mí dificultad alguna para reconocerle: era el hombre que llamó á mi puerta en lo mas crudo de la tormenta, el esposo infeliz de aquella belleza destruida en lo mejor de su aurora, cuyos postreros instantes habia yo presenciado antes con el pensamiento que con los ojos, mas bien como paciente que como médico y desconocido. Uno y otro lloramos al encontrársenos las miradas: yo conocí que iba á escuchar un secreto y á él no se le ocultó que era digno de su confianza el que le oia. Instintivamente nos dirijimos ambos á una ventana; tendimos la vista por el campo y él me dijo *allí*: era un monton de hojas secas lo que se veia reunido con esmero en rededor de una piedrecilla azulada: *allí* tornó á decir el viudo y con esto conocí que en tal punto estaba sepultada su esposa—¿Quién os ha concedido facultad para eso? le pregunté pasmado—El cura, Señor, el cura sabiendo que no podria vivir un momento apartado de ella. Nó, nó es eso bastante para ello, repliqué yó interiormente y comenzé á entrever una verdad horrible que zumbaba en mi cerebro desde el momento que ví á la enferma—¿Ha visto alguien el cadáver?—Nadie mas que el cura y el médico del Lugar que habia estado ausente el dia de la desgracia: yo les llevé un papel que quedó en su almohada para que me lo leyesen y ellos me dijeron que allí se despedia de mí tiernamente y luego quisieron verla y me permitieron enterrarla entre esas hojas secas menos desventuradas que ella todavia. Con esto ví confirmadas todas mis sospechas: el crímen lo tenia ya definido y claramente se me presentaba á los ojos: faltaba encontrarle causa, dar con la razon y el impulso.

—Escuchad, prosiguió diciendo el marido en tono mas bajo como si temiese ser oido de alguno: la infeliz no ha sucumbido de muerte natural—Sabeis.... le repliqué maravillado—Sí, lo sé como todo el Lugar lo sabe: ese monstruo es la perdicion de nuestras mugeres y de nuestros campos; por donde él anda las flores se marchitan y se secan las mieses; con sus conjuros aparta de nosotros los dias serenos y disipa esperanzas y venturas—No pude pensar sino que deliraba aquel hombre porque sus ojos brillaban reconcentrándose como si á un tiempo temiesen el ver la á luz y el que ella se les ocultase.—Calmaos, le dije, buen amigo, Dios...—Nó; replicó casi convulso el doliente: él no es Dios ni tiene cosa del cielo porque en lugar de crear aniquila; sabe marchitar las plantas y descomponer las piedras y contradecir cuanto hablamos las gentes honradas; pero jamás ha plantado el árbol mas mínimo ni le hemos oido opinion alguna: nadie lo ha visto en la iglesia ni sabe de donde ha venido ni cual es su ejercicio: de dia se oculta entre las peñas y sale con los murciélagos y las sombras á adorar las estrellas y arrancar los capullos próximos á abrirse para echarlos deshojados en las lagunas que forman los hilos de agua que la montaña envia para el riego. Ya sabia yó que á mi muger le era funesto ese hombre: una noche de vuelta del Lugar le tropezamos, y la pobre se desmayó con solo verle, bajé á una corriente cercana para echarle agua en el rostro y el réprobo que todo lo habia visto prosiguió impasible en su entretenimiento que era ahuyentar á pedradas las avecillas dormidas—A no tomarlo por loco era preciso dar fé á las palabras de aquel hombre: ¿pero de qué hablaba? ¿á quién se referia? todo era maravilloso en aquella aventura; los recuerdos que me excitaba aquel sitio contribuyeron mucho á llenarme de espanto y sentí entonces el eco lejano de los consejos de mi madre y de las apariciones del Pueblo. ¿Cómo prescindir en ciertas circunstancias de hechos coexistentes con nuestro sér propio, de esas impresiones bebidas en el licor primero de la existencia? Era débil y confieso que temí en aquel momento y se me representó que era sobrenatural cuanto me habia acontecido con la muerta. Largo plazo estuvimos mirándonos fijamente sin articular palabra; pero la justicia.. prorrumpí yo al cabo no sin hacer un grande esfuerzo para ello—La justicia sufre tambien su influjo maléfico: hace ver que es rojo lo que todos hemos visto azul: ni hay miedo de condenarle si se le prestan oidos, pero no dudeis caballero de lo que os digo, es un *nigromante*: un hijo del infierno y de las tinieblas: él ha sido causa de la muerte de mi esposa y ahora, maravillaos, viene á profanar su tumba todas las noches, á dispersar las hojas secas con que yo la cubro durante el dia.

Corria un sudor helado por mi frente á medida que oia estas palabras últimas, pero del fondo mismo de mi postracion una llama súbita vino á alumbrarme: el corazon fatigado acababa de desmayarse y libre y sola la inteligencia, reuniendo de un golpe, toda su enerjía me inspiró la resolucion mas aventurada que puede imajinar el pensamiento. A que horas de la noche viene á la tumba ese nigromante que decís? fué mi pregunta—No puedo decíroslo precisamente—pues bien aguardadme aquí: el ocaso no se mira lejos y yo estoy resuelto á esperar sentado en las hojas secas de la tumba que se me aclaren todos estos misterios hablándole al mismo que en vuestra opinion los causa—¿Cómo decis eso? amigo mio, respondió el viudo no sin exalar antes un suspiro tristísimo: se os reirá de una manera peculiar suya que debe ser traida de los abismos del mal como todo su cuerpo maldecido; luego aun cuando oseis interrogarle tened por seguro que no entendereis lo que os diga al menos asi nos ha sucedido á todos los del Lugar si por desgracia le hemos hallado entre nosotros. Cierto dia estábamos en fiesta y bajó de la montaña como para tomar parte en el regocijo; ninguno de los que allí se hallaron le conocia el rostro, aunque las acciones suyas son referidas y comentadas en diez leguas á la redonda: tomámosle por un labrador honrado y lo recibimos con sencilla alegria. Mostrábala él tambien en gran manera y uno de los vecinos maravillado de sus carcajadas estrañas le preguntó con interés el motivo «quiero que lo sepais buen hombre le respondió al punto; ¿no os parece que serán horriblemente feas esas dos bellezas, y señalaba las me-

jores que allí habia, cuando el monaguillo de Lugar toque á muerto por ellas y se queden parados sus ojos? ¿qué tal estarán de calaveras?» já já já y se reia locamente al propio tiempo. Iba á responderle nuestro compañero, mas él sin dejarle articular palabra como si adivinase lo que iba á oir, se encasquetó el sombrero hasta las cejas y tornó al camino del monte no sin decir antes al que iba á hablarle: «y tened entendido que tambien vuestro cráneo debe ser de malísima vista porque es esa boca muy ancha y teneis los ojos grandísimos, de manera que será un puro agujero cuanto pueda mirarse en él.» Oh, no vayais: dos personas han conferenciado con él hasta ahora y justamente en los dos ha caido maldicion divina: la hija del boticario que fué una de ellas se escapó de su casa y hay quien dice que anda perdida en la Córte; la otra víctima fué un escolar muy aplicado, que rasgó todos sus libros de vuelta de conversar con él, y á poco murió de melancolía.

En el punto en que ya estaba mi ánimo, tales aventuras forticaban antes que disminuian mi resolucion, moviéndome en la mente la curiosidad mas estremada—Gracias por los temores que manifestais por mí, le dije á mi compañero; pero es irrevocable la resolucion que tengo tomada: voy á esperar su venida sentado en la piedra azul de la tumba.—Mirad...—Nó, nó: mi frente la consume el delirio, moriria sin aclarar tantas dudas, dejadme que siga mi fortuna.—Dios os libre, Dios os libre, fueron las últimas palabras que oí del infeliz labrador y en esto ya corria yo por el campo en direccion al sitio donde reposaba la muerta.

La noche estaba para caer sobre la tierra y sordos murmullos se escuchaban por todas partes: nadie podria decir si la naturaleza lloraba en ellos ó reia, si era que el mundo se miraba mas á sus anchas sin el peso del sol ó si echaban de menos la luz los árboles por ostentar sus altas copas, las flores por lucir sus matices, y por otros motivos ignorados los céfiros, las aves y las fuentes. Ello es que toda la naturaleza bullia y se ajitaba fatigándome estremadamente en el camino. Porque cierta fuerza invencible sujetaba mi cerebro en un círculo que se estrechaba mas y mas á cada instante, ni meditaba ni veia cosa alguna en rededor mio: la voluntad se habia erigido en busca de mi inteligencia y no me dejaba libre otra cosa que el deseo: Cuando las hojas susurraban un recuerdo brillaba al punto y pugnaba por penetrar en aquel círculo funesto de mi mente: cuando el ave gemia, cierta imágen de espanto pasaba como una centella moviendo mis dolores y entreabriendo la losa con que tenia cubierto el corazon. Mi sér tan susceptible hasta entonces de modificarse por los objetos esternos repugnaba aquella resistencia que oponia el ánimo á las imágenes y á los recuerdos y pesábale tanta atencion puesta en un solo punto: hallar al *nigromante*. Pasé una hora y otra esperándole vanamente y el vértigo crecia en mi cerebro de tal suerte que no pude distinguir por donde vino; pero á la postre oí una voz cascada y burlona y no me quedó duda de quien hablaba: era llegado el momento de la prueba, tenia delante todos los misterios de aquellos dias: pensé temblar pero no pude; el círculo de mi mente acababa de estrecharse tanto que solo me fué dado sentir que tenia cumplido mi deseo—Otra vez el rapaz—fué la primera espresion que le oí á aquel hombre misterioso—otra vez! y con una risotoda horrible acompañó estas palabras.

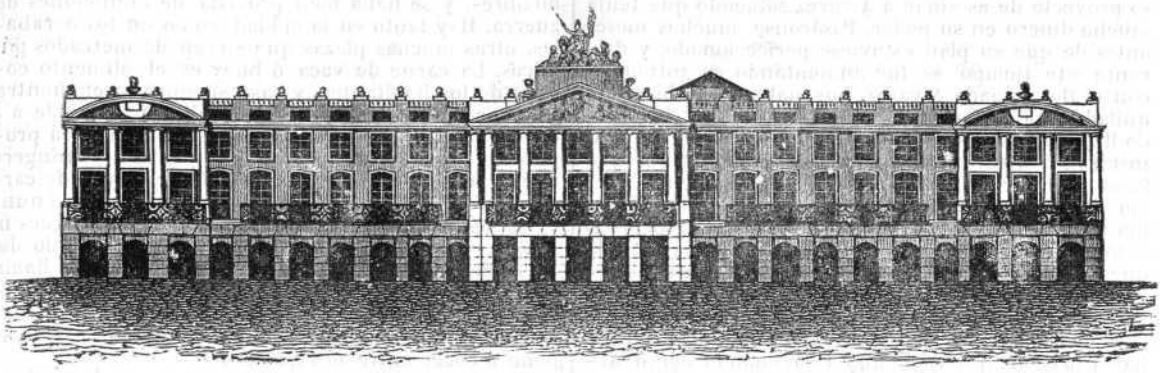
Era hombre como de cuarenta años, de estatura menguada y ojos vivísimos aunque pequeños: traia lácios cabellos y la tez de un moreno luciente mirábase en partes rugada, los lábios anchos y flojos se ostentaban guarnecidos de dientes como armiños. Tenia impresa en todo su rostro cierta sonrisa estraña y contínua, que no se formaba solo en los lábios sino que parecian concurrir á ella, los ojos con mirar agudo y maligno y los cabellos moviéndose indiferentemente á esta que á aquella parte, la tez reflejando los destellos lánguidos de las estrellas y aquellos dientes anchos y blanquísimos remedando los de una fiera, en acecho Quién sois? fué la primera esclamacion mia y como en ella estaba el término donde mi voluntad se habia fijado, sin mas tenerme en pie, tuve que sentarme en la piedra de la tumba:—Soy... pero es difícil que lo comprendas mancebo; tus ojos conservan harta pureza y hay demasiado color en tus mejillas para que hayas de entender lo que te diga y sin embargo voy á esplicártelo todo con tal que respondas tú primero á las preguntas que voy á hacerte—hablad, hablad—le dije maquinalmente, que en todo estoy pronto á satisfaceros—¿Eres tú el bachiller en Medicina recien llegado estos dias al Lugar—Sí—Te llamaron la otra noche para que auxiliases á una moribunda.—Con efecto—Sabes de que mal murió?—Lo sospecho—Y para aclarar el misterio has venido á este sitio—Lo acertais—¿Tienes miedo?—Nó—Ese temblor de la voz te está vendiendo, pero no importa—¿estás resuelto á seguir mis huellas?—No sé—Entonces meneó la cabeza con orgulloso desden diciendo al propio tiempo:—puede que seas el hombre que busco pero algo te falta por lo pronto—Decidme caballero, le respondí ya un poco respuesto del espanto pasado ¿cómo sabeis tantas circunstancias de mi pobre persona?—Mucho preguntar es para tan poco tiempo de conocimiento: ya iré contestando poco á poco á cuanto me digas; ahora bástete saber que te he visto á la cabecera del lecho y contado los latidos de tu corazon vírgen todavia: he estado á tu lado mientras soñabas—¿Soñar yó?—Sí; nada tiene de particular que tú no lo recuerdes pero soñabas en alta voz y hablabas de bailes y de mugeres y sombras: cierto que no pude contener la carcajada al verte tan aflijido de mentirillas: luego te sentí despierto y á poco no sé por qué saliste corriendo para el campo. Nada tiene esto de estrañar tampoco: el miedo es una de las grandes cualidades del ser inteligente; pero quien nunca te lo perdonará acaso será la pobretuela de la criada; ella dormia ni mas ni menos que tú y la maltrataste horriblemente—Todo esto lo decia en tono tal de burla que hube de sentirme completamente humillado delante de aquel hombre; pero con esto se acrecentó mi curiosidad todavia.—¿Fuisteis testigo de mi dolor?—le dije—*Dolor*, y *dormias*: esto sí que no puedo pasarlo de estraño: tambien la criada debió sentir mucha pena de esa de que hablas—¿Pero el corazon?—Corazon... aprende mejor el uso de las palabras—¿Quién sois? le torné á decir y esta vez con despecho—Oh poco tiene que responder: *un hombre*—¿Os burlais?—No; ¿sabes tú por ventura que cosa sea un hombre? ¿Conoces algo de la vida? infeliz. Entonces comenzó entre nosotros la conversacion mas estraña que puede imaginarse: las palabras que entonces oí están grabadas en mí para siempre; las recuerdo aun una por una y si algo me falta ya es ánimo para repetirlas.

Con esto quedó en silencio el Doctor sumerjido sin duda en meditaciones profundas que nos obligaron á los oyentes á dispersarnos dejando el fin del cuento para otra ocasion ni mas ni menos ahora le sucede al lector paciente que haya seguido estos renglones.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

GEROGLIFICO.





VISTA DEL SEMINARIO DE SANTIAGO.

Pertenece este magnífico edificio al gusto grecoromano y toda la fábrica es de piedra de sillería. Fué erigido á mediados del siglo pasado frente de la fachada del *Obradorio* de la Catedral, formando uno de los lienzos de la plaza de la poblacion, llamada vulgarmente del Hospital. En el dibujo que vá al frente de estas líneas están detalladas las diversas partes de este palacio, de modo que hace inútil y hasta impertinente toda descripcion artística: el edificio se halla coronado con un alzado en el que se vé una bellísima escultura, que representa el Apóstol Santiago en la batalla de Clavijo y remata con una estátua ecuestre del Zebedeo, ejecutada en piedra.

VIAJE A BUENOS AIRES Y LAS PAMPAS.

El rio de la Plata que tiene casi 30 millas de ancho en Buenos-Aires, es generalmente poco profundo y está lleno de arrecifes que hacen su navegacion difícil y peligrosa. Frecuentemente sucede que despues de un violento huracan, queda en seco el albeo del rio hasta una distancia considerable de él y en estas últimas guerras de la insurreccion se ha visto á un cuerpo de caballería apresar á un buque de guerra en el mismo sitio donde 48 horas antes estaba fondeado.

Buenos-Aires situada en la orilla occidental del rio de la Plata, tiene alguna semejanza con la ciudad de Filadelfia, construida en la misma orilla de Delaware. Ambas ciudades colocadas casi á una misma distancia del occeano, se hallan en una situacion poco favorable para el comercio; pues su posicion está precisamente en la parte mas elevada de las tierras que circundan los dos rios. Segun el plano primitivo de Filadelfia, debia quedar un espacio desocupado, entre la ciudad y el Delaware, pero desgraciadamente no se ha seguido este proyecto. No ha sido asi en Buenos-Aires; su situacion mas acertada, facilita los negocios y contribuye al adorno de la ciudad proporcionándola el paseo de la alameda, desde el cual se goza de la perspectiva de los numerosos buques anclados fuera de la rada, asi como del movimiento de una poblacion antigua y activa. Sus calles están como en Filadelfia, cortadas en ángulos rectos de norte á sur y de este á oeste. Pero aqui cesa la comparacion: sus casas bajas con numerosas almenas y torrecillas en las azoteas; una arquitectura melancólica, medio militar, medio monacal; el estado ruinoso en que se hallan muchos edificios, que debe atribuirse á la mala calidad de los materiales; todo esto reunido presenta un aspecto poco favorable á la vista del viajero, cuya primera impresion se arraiga en lugar de borrarse, asi que adquiere un conocimiento mas exacto de la ciudad. Las casas de figura cuadrada, están construidas con ladrillos muy grandes, toscamente labrados que se desmoronan muy fácilmente. Las paredes de estas casas están muy cuidadas y sus patios cubiertos de ladrillos ó baldosas que algunas son de diversos colores figurando una obra de mosaico. Una puerta gótica bastante tosca dá entrada á la casa cuyas ventanas cubiertas de espesas celosías, parecen propiamente ventanas de una prision. Desde este primer patio se entra, por una bóveda oscura, á un segundo y en otras casas á un tercero que casi no se diferencian del primero si no es en estar algo sucios, pues regularmente sirven para el servicio doméstico. Puede asegurarse que si la parte esterior presenta pocos atractivos á la vista sucede lo mismo con la interior; las paredes están mohosas á causa de la humedad del clima; el piso se compone de anchos ladrillos que se deshacen entre los pies; los aposentos no tienen cielo raso, las vigas y soleras se ven inundadas de innumerables telarañas que nunca se limpian.

La iglesia y conventos de Recoletos, situados á una legua de la ciudad, merecen la atencion particular de los viajeros, no por su magnificencia, sino en razon de la estension del terreno, que ocupaban una parte, la cual sirve ahora de cementerio. En esta mansion de la muerte la vista y la imaginacion se fatigan en ver la muchedumbre de monumentos fúnebres y lápidas sepulcrales que el orgullo humano ha levantado, y la variedad estraordinaria de las inscripciones sentimentales, solemnes y enfáticas que los acompañan. Entre estas inscripciones que todas comienzan por: aqui yace, hay una consagrada á un jóven llamado Alvarez que termina por estas palabras: asesinado por sus tres amigos. El recuerdo de este acaecimiento quedará por mucho tiempo en la memoria de aquellos habitantes; el suceso es como sigue.

Abraga, Arriaga y Marcet, jóvenes de las principales familias de Buenos-Aires, tenian una vida muy desordenada, otro jóven llamado Alvarez de una

familia muy oscura pero que gozaba de muchos bienes, se unió intimamente con ellos; estos le habian llevado á sus reuniones licenciosas y admitido á sus banquetes y borracheras. Viéndose muy apurados de resultas de las grandes pérdidas que habian sufrido en el juego, y de los gastos estravagantes que habian hecho para saciar sus caprichos, formaron el horroroso proyecto de asesinar á Alvarez sabiendo que tenia mucho dinero en su poder. Pasáronse muchos meses antes de que su plan estuviese perfeccionado, y durante este tiempo se fué aumentando su intimidad con el desgraciado Alvarez. Los malvados habian alquilado una casa en un barrio estraviado, y habiendo llegado el dia señalado para consumar el crímen, instaron á Alvarez con un pretesto plausible á que fuese allá por la noche. El infeliz no pudien lo prever el peligro que le amenazaba, aceptó el convite y fué acompañado de Arriaga. Al llegar quedó sorprendido del silencio y lobreguez que allí habia por lo que puso alguna dificultad en subir con su conductor; pero habiendo oido la voz de Marcet, á quien particularmente amaba, no vaciló mas y subió la escalera con lijereza. Apenas entró en un cuarto donde no habia mas luz que la de una vela, cuando cerró Albraga la puerta y guardó la llave. Las sospechas mas funestas se presentaron entonces á la imaginacion de Alvarez, pero cuando le intimaron que entregase la llave que encerraba sus caudales, porque habia llegado su última hora, se arrodilló y lleno de angustias, suplicó á sus verdugos que á lo menos le perdonasen la vida. Prometió entregarles cuanto poseia, obligarse por los juramentos mas solemnes á guardar el mas profundo secreto, que se retiraria al pais que le indicasen, y pasaria el resto de su vida en eterno destierro lejos de su patria. Marcet se enterneció, arrepentido ya suplicó á sus compañeros que se compadeciesen de aquel infeliz y abandonasen su horrible proyecto; pero Abraga y Arriaga estuvieron inexorables, amenazando á Marcet con su venganza, sino les ayudaba; el desdichado Alvarez poseido de terror perdió el sentido. Los asesinos le degollaron en este estado de insensibilidad y despues de haber recojido su sangre en una palancana que ya tenian preparada, pusieron el cuerpo en un carro cubierto, y lo condujeron á una quinta del padre de Arriaga, donde lo echaron en un pozo profundo. Abraga y Arriaga volvieron en seguida á la ciudad, y se apoderaron de todas las riquezas de Alvarez, Marcet atormentado de remordimientos, vivia sumerjido en la mas profunda melancolía, mientras que sus camaradas entregándose á nuevos desórdenes, disiparon en breve tiempo el triste fruto de su maldad. Llegó en fin el dia de la justicia; las sospechas que se habian suscitado sobre este hecho, se aclararon; Arriaga y Marcet, fueron condenados á muerte y fusilados en la plaza público colgando despues sus cadáveres de la horca. En cuanto Alzaga ¿quién envidiaria su suerte? Habiendo podido escaparse se refugió en Sta. Fé donde poco despues se volvió demente; dominado de una horrible locura, anda errante por los campos, mostrando en su persona un terrible ejemplo de la depravacion humana y de la venganza celestial.

Tal es la historia que esplica la inscripcion grabada en la tumba del desgraciado Alvarez.

La plaza mayor de Buenos-Aires, en cuyo centro se eleva un obelisco, está contigua por la parte del rio á la ciudadela, que es una fortaleza poco temible, pero suficiente en otros tiempos para protejer á la ciudad contra los ataques de los indios. Esta plaza se halla atravesada en toda su estension, por inmensas arcadas, paralelas á la ciudadela, y cuya parte inferior está ocupada por tiendas en que se vende toda clase de refrescos.

En ella se vén muchos edificios como la casa de ayuntamiento, el tribunal de justicia, el de policía, y la catedral que aun no está concluida, con doce columnas del órden dórico y de proporciones jigantescas. En esta plaza se revistan las tropas, se ajustician los criminales y muchas veces se ha visto teñida con la sangre de los ciudadanos víctimas de las discordias civiles ó del puñal de los asesinos. A este sitio que puede llamarse el corazon de la ciudad, vienen á parar ocho de las principales calles. En la última guerra civil, al toque de alarma, ponian artillería en las bocas de estas calles, y los ciudadanos armados acudian á reunirse en la plaza.

La ciudadela ó fuerte, cuya estension es casi como la mitad de la plaza, puede contener de 4 á 5000 hombres, y se halla bien provista de municiones de guerra. Hay tanto en la ciudad como en los arrabales, otras muchas plazas que sirven de mercados públicos. La carne de vaca ó buey es el alimento comun de los habitantes, y casi siempre se encuentra á un precio ínfimo. El consumo diario asciende á 4 ó 5000 cabezas de ganado, cantidad enorme á proporcion de la poblacion; asi es que un estrangero queda admirado al ver las grandes raciones de carne, que se dá á la tropa, aunque á la verdad casi nunca se les dá ni pan, ni legumbres y algunas veces ni sal. La carne del cuero es un manjar propio del pais que se mira como un objeto de lujo; se llama asi la carne que se saca de la res en toda su estension del espinazo con una porcion de pellejo que sea suficiente para envolverla bien, y en este estado se pone á cocer entre el rescoldo.

Nunca se vende ternera en los mercados, ni se matan las reses hasta que hayan llegado al término de su crecimiento á causa del valor de la piel, en efecto un cuero bien preparado se vende cuatro veces mas caro que un novillo vivo. Hace muy pocos años que se come carnero y esta costumbre, la han introducido los ingleses, los americanos y otros estrangeros; p ro no siempre se encuentra. En otro tiempo tenia tan poco valor que algunas veces se servian de él como de una materia combustible. La carne de puerco es malísima pues no les ceban sino con los derperdicios de las reses y lo mismo sucede con las gallinas, pollos etc. por cuya razon su carne y huevos tienen mal gusto. Hay mucha abundancia y variedad de frutas, hortalizas y legumbres. El pescado está muy caro y escaso, y algunas veces hay abundancia de caza. En las posadas y fondas, se encuentran diversos manjares, sazonados segun el gusto de los franceses, españoles etc.

Es un espectáculo gracioso ver á los Montoneros y Gauchos, corriendo al galope por la ciudad para vender sus efectos, como leche, huevos, fruta etc. Traen la leche en vasijas de estaño ó barro, metidas en cestos sujetos á la silla del caballo por unas tiras de cuero. Por lo demas, los Porteños, (nombre que se dá á los habitantes de Buenos-Aires) naturalmente indolentes, miran en general con indiferencia la calidad de las produciones de su pais, y no tratan de mejorarlas, se contentan con poderlas vender, lo mismo que sus caballos que están baratos, que, por tres ó cuando mas cinco pesos puede uno adquirir un buen caballo de silla: estos caballos son de una especie tan indómita, que á no ser por los bocados formidables que les ponen, seria imposible montarlos.

Las calles de Buenos-Aires, son estrechas y muy sucias; las aceras tienen tan poca latitud que apenas pueden pasar dos personas de frente, y este espacio tan estrecho se halla obstruido muchas veces por las muestras de las mercaderías que ponen en las puertas de las tiendas. Los habitantes arrojan todas sus inmundicias al medio de la calle que de este modo viene á ser un depósito de porquerías.

Las calles están cubiertas de lodazales y aun pantanos, causados por las aguas detenidas en una tierra grédosa y floja: por cuyo motivo las ruedas de los carruajes tienen unas dimensiones estraordinarias, las que se usan en otras partes desaparecerian en estos abismos. Estos carruajes van regularmente tirados por bueyes unidos de dos en dos, y como los tirantes tienen de 30 á cuarenta pies de lonjitud, pueden estos animales moverse fácilmente en medio del cenagal y llegar á otro lado donde emplean todas sus fuerzas para sacar el carruaje.

Buenos-Aires es la mansion mas desagradable del mundo particularmente en el estío. Contínuamente se vé la atmósfera oscurecida por inmensas nubes de polvo, el cual es tan sutil que penetra por las ren-

djas mas pequeñas, se introduce por los ojos, y oidos, ensucia la cara y los vestidos, y dá á todos los objetos un aspecto bronceado, por último se puede afirmar sin exageracion que al leer un libro es preciso soplar este polvo para volver la hoja.

Las numerosas cegueras que afligen á los habitantes de esta ciudad deben atribuirse á la cantidad perniciosa de este polvo, cuya malignidad se aumenta con el salitre que se halla impregnado con abundancia en aquel terreno. Esta sucia incomodidad de la cual nadie puede librarse, aunque se tomen las mayores precauciones, y el poco aseo que generalmente hay, producen infinitos enemigos domésticos. Los ratones, los caracoles, las arañas, las pulgas, las chinches, los mosquitos, las hormigas, los escarabajos y los vampiros ó murciélagos monstruosos infestan á millares tanto las habitaciones del rico como las del pobre: no hay arbitrio para limpiarlas de estos huéspedes importunos y destructores, es verdad que se ha conseguido quitar las picaduras de los mosquitos, pero ¿quid te exenta juvat de spinis pluribus una? (¿qué importa verse libre de una de estas plagas si quedan otras muchas?) Durante los calores no se puede gozar sino de un sueño interrumpido como el de un enfermo que está con calentura. En el invierno la humedad causa un decaimiento completo, pues es tal que el azúcar y la sal casi se hallan en un estado de licuacion. La familia se reune entonces mezclados unos con otros, alrededor de un brasero encendido colocado en medio del aposento. Cuando se enciende el carbon ó se remueve el que tiene el brasero, se hace siempre esta operacion fuera del aposento hasta que se halla evaporizado el gás áccido carbónico.

El orgullo y vanidad en los Porteños puede atribuirse en gran parte á las numerosas ventajas que han obtenido. Las derrotas sucesivas de los ingleses y brasileños son hechos memorables que honran su valor. Sin embargo este orgullo ha recibido últimamente un golpe considerable. La ciudad se hallaba reducida á la estremidad por un largo sitio, y estaba próxima á caer en manos de los Montoneros, cuando se suscitó entre el gobierno y Mr. Mandeville, cónsul francés, un vivo altercado, de cuyas resultas fué despedido brutalmente este último; este acaecimiento no podia quedar impune y la escuadra francesa atacó, quemó, y apresó á toda la escuadrilla republicana. Hecho esto el almirante francés hizo proposiciones de reconciliacion á las cuales el General Alvear ministro de Guerra contestó con énfasis; «nosotros hemos vencido á los ingleses, asi no tememos el resultado de una guerra con la Francia.» No obstante luego despues conocieron que no se debia seguir esta baladronada; las partes beligerantes entraron en negociaciones; Mr. Mondeville fué repuesto en sus funciones y el almirante francés volvió los buques de que se habia apoderado.

Los Montoneros habitan en las imediaciones de Buenos-Aires, cultivan la tierra y crian ganados para el consumo de la ciudad a donde van á vender sus géneros, tambien sirven de intermedio para espender los de los Gauchos é indios. Como la leña está muy escasa han adoptado el uso de plantar en las alturas y colinas una cantidad inmensa de albérchigos, que sirven particularmente para hacer leña y los cortan cada cinco años.

Los Montoneros forman una clase media entre los Porteños y los Gauchos que vagan en las Pampas. En la última guerra civil se dió este nombre, que inspiraba el terror, á las numerosas hordas que la sed de sangre ó la esperanza del saqueo atraian á Buenos-Aires. Estos hombres intrépidos y vigorosos forman una escelente caballeria; pero tratan á sus enemigos con atroz crueldad y cometen actos de barbárie, con la misma indiferencia que si degollasen á sus bueyes; la costumbre que han adquirido desde su niñez, de matar á estos animales, parece que aumenta su ferocidad natural y les hace mas implacables. Un solo hecho del que Mr. Haigh, fué triste testigo, bastará para justificar esta asercion. A una legua mas abajo de Buenos-Aires, desemboca en el rio de la Plata un riachuelo bastante profundo para que puedan fondear los buques menores de la marina militar; este es el único paraje donde se pueden reconocer y componer. Temiendo los oficiales encargados de vigilar estos trabajos, que algunos partidarios se apoderasen de los buques que estaban en recorrida ó que los incendiasen, bajaron á tierra con muchos marineros y operarios, para ver el modo de ponerlos á cubierto de un ataque. Creyéndose seguros á causa de una densa niebla que cubria la campaña, dejaron sus armas; mas apenas lo hicieron cuando una gavilla de Montoneros cayó repentinamente sobre ellos; y despues de haberlos muerto con el refinamiento mas atroz mutilaron sus cadáveres de un modo espantoso.

Generalmente se cree, que los Motaneses son mas amantes de la libertad, que los habitantes de las llanuras, pero el ejemplo de los Gauchos, cuya poblacion se halla estendida por las Pampas, contradice fuertemente esta opinion, pues no hay en el mundo un sér mas independiente ni mas libre que el gatelio. Estos habitan en estancias y potreros de los cuales algunos tienen muchas millas de estension. Sus habitaciones que valen tanto como los Wigwams, de los indios, están construidas de tierra, y cubiertas de guano; no tienen otros muebles que cabezas y esqueletos de caballos, que les sirven de asiento y en las paredes hincan varios huesos de animales, para colgar sus bridas, espuelas, lazos etc. Un poncho de lana tejido por las mugeres y mezclado de varios colores, le sirve de capa. Este ropaje tiene la figura y tamaño de un cobertor ó pozada con un rasgon en medio para meter la cabeza. Con este poncho, que le deja libre el juego de los brazos, se resguarda el Gaucho del viento y de la lluvia, unas veces se le hecha á la espalda, otras se lo amarra á la cintura, y siempre por la noche le sirve de manta. Sus pies están descalzos pero llevan en las piernas una especie de botines de piel de caballo; las espuelas tienen enormes roscas con puntas agudísimas, y son de oro ó plata, su cabeza vá cubierta de un sombrero de paja. Su silla que llaman recado consiste en un pedazo de madera que vá cubierto de cuero, con una manta de lana ordinaria y una piel de carnero: esta silla no la aprietan con evillas, pues sus cinchas consisten en varias tiras de cuero atadas á una argolla de palo, ó hierro, que se une por medio de una correa á otra argolla pequeña clavada en la silla. Los estribos son de palo ó de plata; cuando son de palo no tienen mas anchura que la precisa para meter el dedo grueso del pié; los de plata son mas anchos y mas cómodos. El bocado que se parece mucho al de los mamelucos, se junta á una argolla de hierro que sirve de baberola. La manta que vá en la silla sirve de cama al Gaucho que se acuesta donde le coje la noche. El formidable lazo hecho de cuero trenzado y de casi 39 pies de largo, se termina en un nudo corredizo que arroja con admirable destreza á la cabeza del animal que quiere lanzar; antes de lanzarlo lo recoje en forma de aro sobre su cabeza teniendo siempre un cabo en la mano. Ademas tiene otra arma de tiro muy particular, quiero decir, las bolas hechas de madera ó hierro que son tres pendientes de correas de seis pies de largo, y unidas por un lazo; el Gaucho se sirve de ellas cuando persigue un objeto que está fuera del alcance del de su brazo.

Estas bolas al sacudir los aires describen un triángulo, se enlazan en la cabeza ó pierna del animal de quien quiere apoderarse el cazador, y lo detienen en medio de su carrera; asi es como el Gaucho se hace dueño de todos los animales cuya lijereza es mayor que la de su caballo. Estas bolas, el lazo y un ancho cuchillo de 14 pulgadas de largo forman el equipaje de este soberano de las Pampas. Este enemigo temible al puma (leon americano) al jaguar (onza americana) al toro, al caballo, al gamo, y al avestruz, no reconoce dueño, ni superior, no cultiva la tierra, y regularmente en el curso de su vida no se ha aproximado jamás á una ciudad ni ha tenido que ver con gobierno alguno.

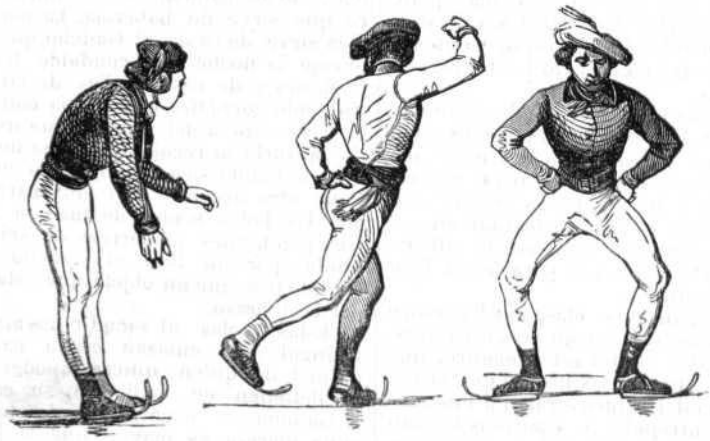
Los aborigenes (primeros habitantes de un pais) que habitan las Pampas, han sido rechazados mas allá, de la parte que ocupan los descendientes de los españoles, tienen muchas semejanzas con los indios de la América Septentrional, y como estos su número vá siempre en disminucion. Estos hijos de la naturaleza retroceden contínuamente delante de las razas europeas y viven en una contínua guerra con los Gauchos, no dan, ni reciben nunca cuartel, y su escesiva destreza á caballo es admirada de los jinetes mas hábiles é intrépidos. En sus correrias devastadoras no cargan nunca con provisiones; solo llevan consigo yeguadas considerables que proveen á sus necesidades, asi es como talan las sábanas, con tanta furia como las mas terribles pamperas. (Vientos de las pampas) dejando por donde pasan rastros de destruccion.

DE LOS PATINES.



Cada estacion, hasta la mas cruel, tiene sus ejercicios agradables á la par que útiles; cuando el frio riguroso nos priva de los placeres del campo, de la natacion y de los paseos por el agua, la nieve sirve de recreo á los muchachos que se ensayan en formar con ella estrañas figuras y el hielo se presta á la graciosa distraccion de los patines y de los trineos. En Noruega, en Suecia y en la Laponia, donde la tierra está casi siempre cubierta de enormes masas de nieve, no se patina como en Holanda, donde lo terso y limpio del hielo permite entregarse á este ejercicio recreativo, con mejores elementos. Las mugeres mismas rivalizan en destreza con los hombres, y es muy comun ver á algunas jóvenes aldeanas deslizarse suavemente sobre sus patines hácia el mercado, con un peso en la cabeza. Nos parece haber leido que en 1808 dos de estas jóvenes ganaron el premio de la carrera patinando, y recorrieron treinta y dos millas en una hora.

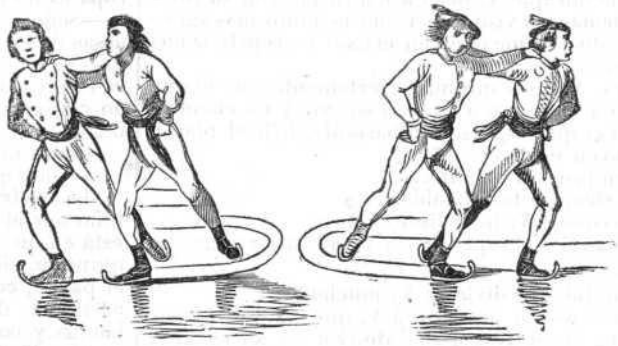
No se sabe en que época fueron introducidos los patines en Europa, pero parece que eran ya conocidos en el siglo XIII. Créese que el uso de los patines viene de Holanda. Hace mucho tiempo que Edimburgo posee un club de patinadores muy diestros, y recientemente se ha establecido uno en Lóndres, que tiene la pretension de no ser inferior á aquel en na-



da. Este ejercicio requiere ante todo que se venza el miedo que inspira al principio, y en seguida es necesario aprender á colocar el patin de modo que permita guardar el equilibrio, manejarse y jirar á un lado y á otro sin violentar las piernas y sin esponerse á caidas. Cuando se ha conseguido ajilidad en estos ejercicios, se procura tambien instruirse en los medios de dar cierta gracia á las posturas y á los movimientos que es preciso hacer. Estos deben corresponder con los de los patines, pero sin afectacion ni rigidez. Nada en efecto mas gracioso que ver algunas parejas de patinadores vestidos con su elegan-

te traje, perfectamente dueños de sus movimientos, conservarse enlazados y describir juntos curvas armoniosas, huir, deslizarse y volar sobre el hielo brillante.





La madera del patin debe ser ligeramente ahuecada, de modo que se adopte á la forma del pie, que tenga una cabida para recibir el talon de la bota, que se asegura por medio de un tornillo ó espigon de hierro: la direccion de este debe corresponder exactamente á la del pie y ser la madera de la misma estension; la hoja ha de ser de buen acero, sólidamente fijo en la madera; que empiece en el nacimiento del talon y describa en la punta una pequeña curva. Un patin muy largo fatiga el pie y entorpece los movimientos. La hoja tiene generalmente un cuarto de pulgada de gruesa y tres cuartos de alta; á veces suele tener una pequeña canal, otras es lisa: las de aquel género dan solidez á las personas demasiado ligeras; para las demas son mejores las otras, porque no disminuye la celeridad al cortar el hielo.

Cuando se ha aprendido á guardar equilibrio sobre los patines, á correr con ellos y á describir con los pies todo género de giros, suelen aprenderse una porcion de figuras graciosas, tales como el vals, la reverencia, la espiral y otras, variadas hasta lo infinito.

En Madrid son pocas las veces que el estanque del Retiro permite patinar: en paises donde los inviernos son comparativamente cortos tambien y hay años en que los aficionados á esta diversion no pueden correr, se ha imaginado adaptar sobre los patines una especie de ruedecillas, por medio de las cuales se puede patinar sobre toda superficie plana, pero con mucha menos celeridad que sobre el hielo. Parece que en Lóndres despues de hacer uso de planchas de metal, se ha inventado una especie de hielo artificial, del que se halla cubierto el pavimento de un vasto salon, cuyas paredes representan montañas cubiertas de nieve y ofrecen á los patinadores en medio del estío, un contraste notable con el verdor del parque.

Pero para encontrar el arte de patinar en todo su esplendor es preciso trasladarse á Holanda. El anciano se hace allí conducir de un punto á otro en su silla de patinar, envuelto en pieles, el hombre opulento adorna su caballo con penachos de vivos colores, le pone herraduras á propósito para caminar sobre el hielo y atraviesa el espacio en su elegante trineo con una rapidez fabulosa.





UNA VISITA DE CUMPLIDO.

Nada mas tonto y fastidioso que una de estas visitas que exige la etiqueta, particularmente entre la *clase media*, á la que pertenece el tipo que presentamos hoy.—A los ocho dias de ser presentado en una casa ó en una tertulia, tiene V. que cumplir con esta indispensable exigencia de la buena sociedad. Se planta uno su frac negro, chaleco blanco y guante idem, y se dirige á la casa de cumplido: despues de un cuarto de hora que lo tiene á V. á la puerta el bárbaro del *gallego* sin comprender el nombre de su señora por quien V. le pregunta, le hacen pasar á la sala, mientras pasa recado—La señora las mas veces es casada, aunque no deja de ser viuda muchas otras; pero de cualquier modo ella es una señora de treinta á treinta y cinco años, poco mas ó menos, cuya fisonomía triste, macilenta y estenuada deja entrever algun resto de hermosura á través de la palidez de sus mejillas. Su brillante educacion, buen trato y proverbial amabilidad, cualidad que realza mucho mas una regular instruccion, forman un conjunto agradable que le ha merecido entre los hombres la reputacion de una señora tratable, cuya amena conversacion, recrea y distrae: otro cuarto de hora ha pasado (lo menos) desde que ha sido V. introducido, cuando la dama se presenta; y aquí es ella—empiezan los cumplimientos de ordenanza.—Señora, á los pies de V.

—Caballero, ruego á V. me dispense, si le he hecho esperar demasiado; pero estaba dando órdenes á la

doncella y me ha sido imposible presentarme tan luego como hubiera deseado.

—Señora, V. está siempre cumplida; y solo siento haberla distraido de sus quehaceres.

—Nada de eso; precisamente me disponia á recibir en el momento que V. llegó á honrarme con su presencia; ademas, su visita de V. me es tanto mas agradable, cuanto que me pone en el caso de repetirle mis ofrecimientos.

—Señora, V. me confunde: ciertamente que el que ha venido á honrarse á su casa soy yo, y no encuentro palabras que espresen lo bastante, todo el placer que recibo en esto.

—Y siempre tan galante.

—Y V. siempre tan amable.

—Gracias;—es V. muy lisonjero.

—No; digo á V. lo que siento y nada mas: nunca he sabido adular.

—Y, qué tal, ¿se divierte V. mucho?

—Puf; asi, asi; le aseguro á V. que ya los paseos me cansan, en el teatro me aburro; las sociedades, unas, por la estremada etiqueta, otras por haber degenerado de su primitivo objeto, me fastidian; crea V. que la tan ponderada vida de Madrid llega á ser insoportable.

—Pues permítame V. que le diga que en eso hay algo de exageracion; á lo menos si se ha de juzgar por las apariencias; dias pasados tuve el gusto de ver á V. en el Circo en la representacion de *Atila* y no estaba V. tan aburrido como pretende: alabo su gusto de V. porque la señorita á quien V. obsequiaba era lindísima. ¿Y qué tal le pareció á V. la ópera?

—En cuanto á la partitura, bien; pero la ejecucion en general fué malísima.—Salimos muy tarde.

—Sí, eran cerca de las doce.

—¡Y luego con un piso tan malo! ¡Ha visto V. que tiempo! Yo no he conocido invierno mas fatal que el presente.

—Efectivamente, es insufrible: á no tener carruaje no se puede transitar por las calles; yo le aseguro á V. que esto me pone el humor malísimo.

—Y eso que VV. los hombres al fin, con su doble calzado pueden sobrellevar mejor las contínuas lluvias; pero nosotras, ¡Jesus! nos ponemos perdidas.

—Sí, ciertamente; yo no sé como..., pero variando de conversacion, Señora mia, nadie puede disputar á V. su refinado gusto é inteligencia artística: basta solo pasar una mirada sobre la coleccion de cuadros que adornan su sala para convencerse de esta verdad; especialmente la Concepcion que está en el *testero* de enfrente, es una obra maestra de la escuela sevillana y de un efecto admirable.

—Caballero, V. me favorece demasiado; no es á las dotes artísticas y al buen gusto que V. me supone, á quien debo la regular coleccion que V. vé; procede de la herencia de un tio mio, que fué obispo de Calahorra, felices tiempos aquellos en que se compraron estos cuadros; ¡qué diferencia en el dia!

—Es verdad; en el dia los obispos no compran cuadros, al contrario, el que los tiene los vende.

No han pasado diez minutos en esta insulsa conversacion, cuando un nuevo personaje se presenta en la sala; este es un niño de la señora, que aprovechando los momentos que le dejó en libertad la criada, se ha entretenido en colocarse el *paletó* y el sombrero que dejó V. al entrar sobre una silla del recibimiento, y entra hecho un *pelele*, cantando, pisoteando su pobre *paletó* de V. como si fuera una alfombra y tocando generala en su flamante sombrero. Pero anda.—V. se rie á carcajada tendida, celebrando la gracia del angelito, por mas que interiormente esté V. maldiciendo á él y á toda su generacion; al ver su paletó que el dia antes le costó veinte y cinco ó treinta duros, sirviendo de miserable rodilla y á su infeliz sombrero hecho tambor de retreta. Por fin, una brusca interpelacion que dirige la señora á su niño, le restituye á V. en tanto su perdida tranquilidad.

—¿Niño, qué haces?

—Nada mamá, es que me he vestido así, para asustar á Luisa; mira, mira que bien estoy.

—¡Muchacho! quítate eso inmediatamente sinó quieres que te cueste cara tu osadía.—¿No vés que esa ropa es de este caballero y se la estás ensuciando?

—Señora tranquilícese V.; eso no vale nada; son cosas de criaturas, sigue hijo mio, sigue.

—No señor, nada de eso; la educacion de los niños es el primer deber de un buen padre, y yo no puedo consentir.... vamos, niño, ¿no oyes lo que te digo?

—Pues no quiero!

—Cómo que no quieres!

La madre se levanta en ademán amenazador y el niño aprieta á correo alrededor de un velador que está en medio de la sala, en el que hay un magnífico quinqué, sin que su madre pueda alcanzarle: písase el paletó; cae contra el velador, tira el quinqué, el aceite se derrama sobre la alfombra, se rompe la bomba y conviértese la sala en un campo de Agramante. El chico se levanta entre lloroso y aturdido por el estrépito, sacándole la madre de aquel caos á beneficio de un magnífico sopapo que le aplica entre oreja y oreja, y para completar la fiesta prorumpe en un lastimero y penetrante llanto, capaz de destruir el tímpano mejor organizado; la madre tira un campanillazo mandando recojer á la doncella los pedazos de cristal y ordenándole se lleve al chico inmediatamente; pero este que vé el pleito mal parado, se refugia entre las piernas de V. plantándole las manos impregnadas del aceite vertido en su límpido chaleco.

—Niño, quieres irte? (repite la madre á quien no se le ha ocultado la nueva gracia de su hijo). ¡Jesus, Jesus! este muchacho es el diablo! ¡Qué dirá este caballero!

—Señora, repito á V. que se sosiegue; nada mas natural en esta edad que estas travesuras; todos hemos hecho lo mismo; ademas que este niño será bueno y obediente en adelante; ¿no es verdad, querido?

—Sí, si no me riñen.

—Vamos, siéntate aqui sobre mis rodillas y dime ¿cómo te llamas?

—Enrique.

—¡Bonito nombre!

—¡Ay! ¿qué tienes en el bolsillo, que suena?

—Es el reloj, hermoso.

—¡Oh! yo quisiera verlo; ¿me lo quieres enseñar?

—Con mucho gusto querido: míralo, ¿oyes cómo anda?

—Sí..... ¡Ay que bonito!

—La señora ha continuado en tanto refiriéndole á V. las innumerables diabluras de su hijo, y pintándole con los colores mas vivos los disgustos y sinsabores de la maternidad, mientras que el chico, aprovechándose de la distraccion de V. y de la conversacion con la madre, empieza á darle vueltas al reloj; lo abre casualmente, y por un instinto no raro en los muchachos, coge la llave que pende de la cadena y se pone á darle cuerda, hasta que un sonido metálico revela que el reloj está *listo* para un mes.

—¿Qué has hecho, hijo?

—Nada, nada; si le estaba dando cuerda, ¿oiste cómo sonó?

—Sí ya oí: ¡amigo eres un gran mecánico!

—Pero criatura, (esclama la madre por la milésima vez) no hay medio de reducirte ¿con qué estás empeñado en hacerme salir los colores á la cara, vete, vete ó te mato.

—Señora, no se altere V. se lo suplico; si no se hubiese descompuesto hoy, se habria descompuesto mañana; ademas toda la culpa no es del niño..... si su amena conversacion de V. no me hubiera abstraido.... pero es tarde y si V. me dá su permiso, me retiro. Creo escusado repetir á V. que puede contarme entre el número de sus servidores y amigos.

—Gracias; V. sabe que está en su casa y que puede venir á favorecerla siempre que guste; pues tendré un verdadero placer.

—Señora mil gracias, aprovecharé la ocasion de ponerme á los pies de V. tan frecuentemente como me lo permitan mis muchas ocupaciones. Adios, Enriquito: me das un beso?

—¡Nó! que por tí me ha reñido mamá otra vez.

—Niño no seas arisco; dá un beso á este caballero. Ruego á V. dispense á mi niño....

—Señora por favor..... á los pies de V.

—Beso á V. la mano.

Hé aquí las visitas de cumplido consideradas en su tipo general: la conversacion es insustancial; se habla del tiempo, de la temperatura y de todas las afecciones astronómicas; de la falta de aseo y policía en las calles; de si el alumbrado es bueno ó malo y en fin, de otras sandeces por el estilo que fastidian y cansan aun cuando el tiempo que marca la etiqueta para esta clase de visitas sea muy corto. Sí (lo que no deja de ser comun) se añade á esto que algunas veces se encuentra uno con un niño impertinente y cócora que le pone en el caso que hemos bosquejado, se sale de estas visitas no solo harto, sino jurando no volver á la casa mas que las espaldas.—¡Dios nos libre de muchas visitas de esta naturaleza y sobre todo de las en que hay chiquillos!

PEREZ DE MOLINA.

A LA JOVEN POETISA A. F.

Pero viendo que las penas
alteraban mi salud,
el llanto mandé á paseo
y la niña á Belcebú.
HIPÓLITO P. VARELA.

No prepares el pañuelo,
que no voy á hacer el buho
como otras veces contándote,
Amalia, mil infortunios.

He vertido tantas lágrimas
en este pícaro mundo,
que ni una esprimen mis ojos
por mas que me los estrujo;

Pero no pienses por eso
que me he tornado de estuco
ni que ha dejado la suerte
de mostrarme el ceño adusto.

¡De hoy en tres meses cabales
cumpliré los cinco lustros
y aun mis ojos no descubren
la felicidad que busco!

¿Consiste el estar mis ojos,
trás tanto llorar, enjutos
en que, como el mar, las lágrimas
tienen su flujo y reflujo?

¿Es que antes sufrí llorando
y agora riyendo sufro?
¿que estos son *dolores secos*
y aquellos *dolores húmedos*?

Yo no lo sé... ni me importa
saberlo; mas te aseguro
que sin querer me sonrio
y de mis penas me burlo.

Asi mis males presentes
como mis males futuros,
sofístico ó no sofístico,
del modo siguiente endulzo:

«Tengo, á dios gracias, dos brazos,
Facundo solo tiene uno;
luego, yo soy muy dichoso
comparado con Facundo»

Dirás indudablemente
con el refran:—«Mal de muchos,
consuelo de tontos»—Sea!
no me tengo por agudo.—

Tú sabes muy bien que un tiempo
daba reverente culto
mi corazon á una chica
que me trató como á un turco,

Y sabes tambien, Amalia,
que para verter un cubo
de lágrimas cada dia
en esa historia hay asunto.

Pues el demontre me lleve
si turba un solo minuto
el recuerdo de la ingrata
la calma de que disfruto.

«Triste es vivir sin amores»
dice el poeta farruco
cuyos son los cuatro versos
que por epígrafe aduzco

Pero, digan lo que quieran
todos los poetas juntos,
lo que es yo, por hoy, me encuentro
sin amores *muy á gusto*.

Si tornan las tempestades
mi corazon, el tuyo
me dará, como otras veces,
un generoso refujio;

Porque tú te pintas sola
para dar puerto seguro
al que en el mar de la vida
perdió, al navegar, su rumbo

Mas espero, y no preguntes
en qué esta esperanza fundo,
que nunca tus bellos ojos
anublará mi infortunio.—

Viérasme por esas calles
y esos paseos, no há mucho,
siempre cavilando, siempre
con los ojos como puños.

«Bueno es el mundo!—pensaba!—
por mas que busco y rebusco
no encuentro en él otras leyes
que las leyes del embudo»

«Si Caco y Judas la frente
levantaran del sepulcro,
Oh ciencia nuestra, dirian,
ya eres señora del mundo!»

Estas y otras reflexiones
me irritaban á tal punto,
que hubiera emprendido á palos
con un centenar de tunos;

Pero, me dije á mí mismo:
«Antonio, no seas bruto;
deja esas cavilaciones
ó eres en breve difunto,»

«Si necesitas mañana
para comer medio duro,
no te le darán en cambio
de humanitarios discursos.»

«Acuérdate de que un dia
por aquietar un tumulto
te sacudieron el polvo
y te llenaron de insultos»

«Y recuerda que otro dia
pegaste en la calle un tumbo
y en vez de alargarte un dedo
se le chupaban de gusto»

«Si la ciencia de la vida
enseñan el infortunio
y el desengaño, ya debes
en esa ciencia ser ducho!»

Estas razones, como eran
razones de tanto bulto,
me hicieron, querida Amalia,
superficial, de profundo,

Egoista, de filántropo,
almivarado, de adusto,
indiferente, de amante,
y alegre, de taciturno.

Si por levantar al prójimo

resvalo yo y me desnuco,
no dirán que soy muy bueno;
dirán que soy muy estúpido.
Santa es la filantropía
y á aquel que se echa en el surco
del todo,.... yo, francamente,
le azotaba sobre un burro;
Pero, Amalia, no tan calvos
que se le vean á uno
los sesos.... ¡A mí me han hecho
los desengaños muy cuco!

ANTONIO T. Y LA QUINTANA.

RENOVACION
PARA
el año de 1849.

REGALO
Á LOS
suscritores de 1849.

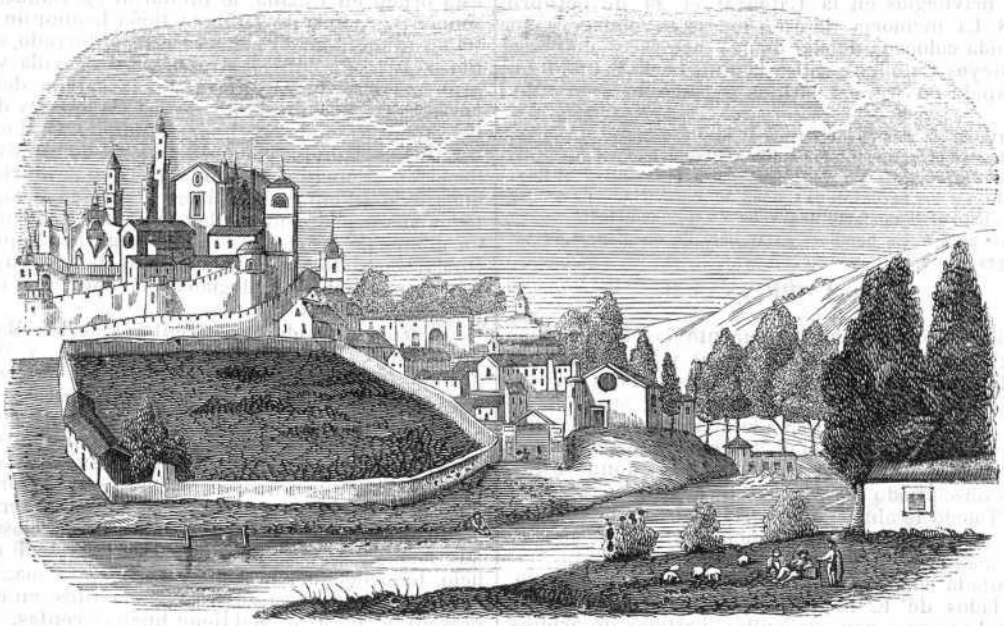


Balmes. Cobden. Palmela. Guillermo IV. Reina Pomaré. Olózaga. Santana. Silvio Pellico. Mehemet Aly. Ibrahim-Bajá. Nicolás I. Zorrilla. Victoria I. Othon I. Lacordaire. Russell. Latorre. Cormenin. Thiers. Soult. Donizetti. Victor-Hugo. Luis Felipe. Lola Montes. Orfila. Rothschild. Guizot. Cabrera. Galiano Abd-el-Kader. Lamennais. Bustamante. Emperador de la China. Scot. Llorente. Metternich. Lamoriciere. Pio IX. Duquesa de Orleans. Hartzenbusch. Quintana. Montemolin. Lamartine. Molé. Jorge Sand. Duran. Cavaignac. Sué. Lista. Balzac. Brougham. Dickens. Rossini. Manzoni. Nothomb. P. Cirilo. Luis Napoleon. Costa Cabral. Cortina. Lopez (Don Vicente). Polk. Aberdeen. Maroto. Rugiero Settimo. Paulina Garcia. Tom-Pouce. Pedro II. Lamadrid. Breton. Dupin. Carrer. Mendizabal. Esquivel. Sa da Bandeira. Oscar. Doña Maria de la Gloria. Paredes. Scribe. La infanta Doña Luisa Fernanda. Gomez. Leopoldo I. Berrier. Verdi. Salamanca. Posada. Madoz. Rosas. Montes. Castaños. Wellington. Arago. Godoy. Romea. D. Cárlos. Dumas. Dupont de l' Eure. Vernet. Espartero. Peel. Didot. S. M. el Rey. Cárlos Alberto. Bulwer. Saldanha. Martinez de la Rosa. Taylor. Casatti. Bulnes. Chateaubriand. El Infante D. Francisco. El Rey Fernando. Rubí. Cremieux. Leopoldo II. Gallego. Palmerston. Burgos. Suberbie. Becerra. Luis Blanc Ledru Rollin. Montpensier. Odilon Barrot. Tyler. Lopez (D. Joaquin Maria.) Affre. Doña Matilde Diez. Lafuente. Cristina. Isabel II. Florez Estrada. Guzman. Cea. Borrego. Narvaez. Ballesteros. Márrast. Duque de Sevilla. Bouffé. Garcia Gutierrez. Baralt. Bonfin. Terceira. Linage. Rivera (Don Juan Antonio.) Madrazo. Orive. Caltañazor. Garnier. Pagés. O' Conor. Mora. Calderon. Saldoni. Villoslada. Lombia. Rivera (D. Cárlos Luis.) Stephenson. Kossuth. Abd-ulmedjid khan. Corradi. Pacheco. Rodil. Principe Alberto. Straton. Jellachich, etc. etc.

Por lo que respecta al SEMANARIO, tenemos ya en nuestro poder muchos y buenos artículos de los principales colaboradores del periódico, para dar principio al nuevo tomo, y láminas esmeradísimas, que serán estampadas con todo cuidado en la nueva máquina que acabamos de recibir y cuyos ensayos dan los mejores resultados. Tenemos tambien concluida la fundicion que se ha de estrenar, y esperamos sin tardar mucho, el papel superior que encargamos, viendo que la partida que acabamos de recibir y que estamos usando, no solo no está en armonía con el lujo que pensamos emplear desde el 7 de Enero, sino que desluce en la actualidad la estampacion y la impresion, sin que podamos evitarlo, por no encontrarse papel de la marca del SEMANARIO, como no sea fabricado á propósito.

Solucion del geroglífico inserto en el número anterior.—Cria cuervos y te sacarán los ojos.

MADRID 1848—IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ.



PLASENCIA.

En el dilatado valle que forman las vertientes de algunos ramales de los montes carpetanos, sobre una suave loma bañada por el Rio Gerte; se halla edificada la Ciudad de Plasencia, una de las poblaciones mas principales de Estremadura.

El Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Gimenez de Rada, en el libro 7.º de su Historia de España, capítulo 28, tratando de la fundacion de Plasencia por el Rey D. Alfonso VIII, trae estas palabras dignas de que la Ciudad las tuviese en mármol para memoria de sus hijos y elojio del gran Rey fundador. «*Convertit manum ad novitatem operum et edificavit denuo civitatem gloriæ statuit in ea præsidium patriæ, et nomen ejus vocavit Placentiam. Convertit populos in urbem novam, et exaltavit ibi Thyaram pontificis, sacerdotio legis ordinavit eam et delatavit terminos ensis sui.*» Convirtió su mano á la novedad de las obras, edificó de nuevo una Ciudad de gloria, puso en ella el presidio de la Patria y llamóla Plasencia; convirtió los pueblos en una Ciudad nueva y ensalzó allí la tiara pontificia; ordenóla del Sacerdocio de la ley y dilató los términos de su espada.» Las palabras *edificó de nuevo*, asi como la mencion, que hace el Rey en el privilegio ó carta de fundacion, de que «*él juntamente con su muger Leonor y sus hijas las Infantas Berenguela y Urraca, para honra de Dios, en un sitio, que desde muy antiguo se llamaba Ambroz, edifica una Ciudad á la cual puso el nombre de Plasencia (para que agrade á Dios y á los hombres)*»; han dado motivo, para que muchos y entre ellos Fr. Alonso Fernandez en sus anales de esta ciudad, y Tamayo de Salazar en las vidas de los Santos Epitacio y Basileo, hayan creido y sostenido, que Plasencia está edificada en las ruinas de la antigua Ambracia, ciudad que fundaron los Griegos, segun el cronicon de F. Destro, los comentarios del P. Bivar y otros autores, que fijan en dicha Ambracia el martirio de los Santos arriba espresados; pero, sin que pase de una opinion particular nuestra, parécenos, que si en Plasencia hubo antiguamente poblacion, seria muy insignificante, pues ademas de destruir aquella opinion muchos hechos históricos y la ninguna mencion de la tal Ambracia en la España Romana y Goda, habiendo reconocido muy detenidamente la Ciudad, no hemos encontrado el mas mínimo rastro de antigüedad referente á ella. Decimos referente á ella porque en otro lugar hablamos de muchas traidas de la vecina Caparra.

El objeto que se propuso el Rey fundador fué el tener un baluarte en las fronteras de Castilla de que entonces era el límite, y para esto edificó un alcázar en la parte mas elevada y cercó la Ciudad de fuertes murallas con sus cubos ó torreones y barbacana, las cuales subsisten enteras y como en pocas ciudades de España. Sus vecinos correspondieron con sus servicios á Alfonso y sus sucesores; pues en el año de 1211 á poco de fundada la Ciudad, vemos á su segundo Obispo D. Domingo, acaudillando las huestes de Plasencia y su comarca en la célebre batalla de las Navas de Tolosa; y poco despues en compañia de S. Fernando en la conquista de Priego, Loja y otras villas de Andalucia, hasta que se asentaron las treguas. Pero al tal D. Domingo no le acomodaria el reposo, manejando tan bien la espada como el cayado, pues en el año de 1232 al frente de la gente de guerra de esta Ciudad, y acompañado del Maestre del Pereyro D. Frey Arias Perez y de los caballeros de las órdenes militares, puso cerco á Trujillo, que se tenia por los Moros, y la entró el dia de la conversion de S. Pablo, segun lo refieren los anales de la Iglesia de Toledo y Mariana en la Historia de España.

En los reinados siguientes se distinguieron en todas las empresas de alguna importancia los caballeros, que ya á este tiempo se habian establecido en Plasencia, de las ilustres familias de los Zúñigas, Monroyes, Carvajales, Nietos, Paniaguas, Chaves y Señores de Grimaldo; pero mucha parte de esta nobleza salió á los pueblos de su Señorío, cuando el Rey Don Juan el segundo dió la Ciudad, en 1442 al Conde de Ledesma D. Pedro de Zúñiga que tomó el título de Conde de Plasencia y se continuó en sus sucesores

hasta que los Reyes Católicos, auxiliados por los vecinos de la Ciudad y algunos señores la entraron por sorpresa y la incorporaron á la Corona, jurando antes sus privilegios en la Catedral el 20 de octubre de 1488. La memoria de este suceso se conserva en una lápida colocada debajo de las armas y empresa e los Reyes Católicos, sobre la puerta de Trujillo, en cuya lápida en versos latinos se dice lo siguiente.

»La liberta de la vida es preferible al oro y piedras preciosas.
»Esta libertad hizo una ciudad noble á Plasencia,
»A la cual despreció la fortuna; mas ahora la restituye al Rey.
»Los nobles y los héroes de la Ciudad de Plasencia,
»Terrible bajo el Estandarte Real venció á los enemigos;
»Conviene pues á los hombres estar bajo la obediencia de los Reyes

AÑO DE M. IIIILXXXV.II.

En los años anteriores, durante las turbaciones de Castilla, cuando algunos grandes y Prelados dieron á la Monarquía aquel escándalo en Avila, el desgraciado Rey D. Enrique IV. Fujitivo en sus mismos estados, determinó acogerse á la generosidad del Conde y vecinos de esta Ciudad, los cuales le recibieron como á su Rey alojándole en el Alcázar, donde estuvo muy obsequiado por espacio de cuatro meses, hasta que Toledo le abrió sus puertas. Sin duda por este acto de lealtad tiene Plasencia los títulos de *muy noble y muy leal.*

Asentada como hemos dicho en una loma suave, cuyos lados de E. S. y O. baña el Gerte con sus aguas y hermosea con sus orillas vestidas de arbustos, presenta una vista alegre y caprichosa, ya por la Catedral, que con sus agujas parece un buque empavesado, descollando entre el caserío y las torres de iglesias y conventos, ya por los bellos paisajes que ofrecen sus alrededores. Su planta se acerca á la de las poblaciones modernas, pues sus calles, estrechas como todas las de aquella época, son rectas y bien trazadas, desembocando las principales en la plaza mayor, que es cuadrada, rodeada de soportales y colocada en el centro de la Ciudad. Para desahogo del vecindario, se hallan repartidas en el casco de la poblacion, siete plazuelas, casi todas con su fuente pública, siendo nueve el número de estas en la Ciudad. Las casas en lo general son de tres pisos, blanqueadas interior y esteriormente, lo que hace que las calles sean b stante claras.

Los edificios mas principales que se encuentran ademas de la Catedral (1) son siete Parroquias, cuatro conventos de Religiosas, habiéndose suprimido uno en la época de la exclaustracion y tres de Religiosos, tiene ademas un Seminario Conciliar, una casa Hospicio, tres Hospitales, dos Palacios, el Episcopal y el de los Marqueses de Mirabel y varias ermitas dentro y fuera de la Ciudad siendo muy bellas entre estas, la de la Salud edificada sobre la puerta e Trujillo donde se venera una hermosa Imágen con el título de la Salud, y la de N. S. del Puerto á media legua de la Ciudad, en medio de riscos que hacen una situacion muy pintoresca.

En gracia de la brevedad, diremos algunas cosas mas notables que encierran los templos y establecimientos. En la parroquia de S. Nicolás el Real al lado del Evangelio hay una capillita con su cupulita, retablo de buena arquitectura y un suntuoso sepulcro del Obispo de Coria D. Pedro Carvajal, natural de esta Ciudad, cuya estátua de mármol se vé arrodillada detras de un reclinatorio. Tambien se vén en la capilla de S. Ansano diferentes sepulcros del siglo XIII pertenecientes á los antiguos Señores de Monroy. La parroquia de S. Martin tiene notable la capilla de S. Blas con sus elegantes columnas corintias istriadas, pero en las parroquias del Salvador, S. Pedro, S. Estevan y S. Juan no hay cosa que ver. Los conventos de Religiosas no contienen cosa notable, si esceptuamos la Encarnacion, que tiene una tabla de la escuela de Rafael y las Capuchinas, donde se vén algunas pinturas del estilo de Carreño. De los conventos de Religiosos el único dedicado al culto es el de S. Vicente de PP. dominicos, su magnífico templo del estilo gótico y uno de los mejores que poseia esta órden en España; le fundaron los Condes de Plasencia D. Alonso de Zúñiga y Doña Leonor de Pimentel su muger. En el crucero está enterrado el cardenal D. Juan de Zúñiga, Arzobispo de Sevilla y último gran maestre de Alcántara. En la capilla del Rosario está el enterramiento de los Marqueses de Mirabel entre los cuales se halla sepultado D. Luis Avila y Zúñiga, segundo Marqués, general de nuestra caballería en Alemania y autor de los comentarios de las guerras del Emperador Cárlos V á quien acompañó en todas sus espedíciones. Hay tambien en una capilla en el cuerpo de la Iglesia un magnífico sepulcro de D. Martin Nieto, comendador de Yébenes, cuya estátua de mármol muy elogiada por Ponz fué mutilada por los franceses.

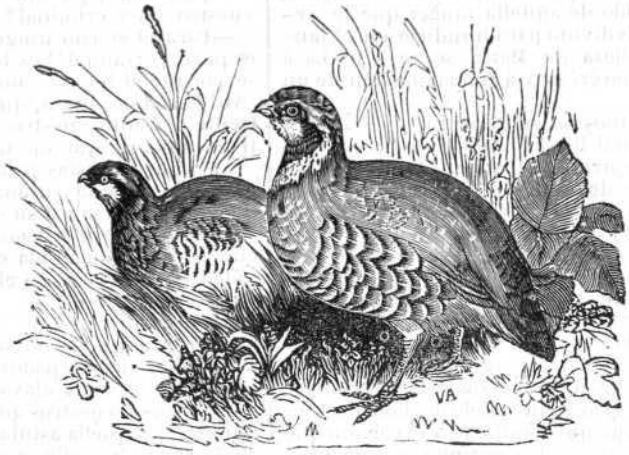
El palacio unido al convento es de los Marqueses de Mirabel, antes Condes de Plasencia, y tiene un grandioso patio con galerías y fuente en el medio. El Hospital General ó de Doña Engracia es el mejor de la provincia, gracias al Ilustrísimo Sr. D. José Gonzalez Laso, Obispo de esta Ciudad, que entre otras obras dignas de los Romanos, como fueron calzadas y puentes con que enriqueció á Plasencia á principios de este siglo, hizo un aumento de consideracion á dicho Hospital con cuatro grandes y espaciosas salas, que forman un cuerpo unido á lo principal del edificio, todo del mejor gusto y que respira magnificencia. En él se dá asistencia á cuantos enfermos se presentan, para lo cual tiene buenas rentas, con que están dotados los correspondientes facultativos y una escelente botica. El Hospicio fué anteriormente Colegio de la Compañia de Jesus; la Iglesia es de una sola nave y en su fachada tiene dos estátuas de Santa Ana y la Vírgen con el niño de regular ejecucion; lo demas del edificio corresponde á su destino; y ya que estamos cerca hallaremos del magnífico aqueducto que surte de aguas la Ciudad. La fuente de donde se traen nace en unas sierras á tres leguas de distancia, viniendo encañada por espacio de siete, á causa de las vueltas y recodos que hace el terreno montuoso, al llegar á la ermita de S. Anton junto á la cual se ha hecho un bello paseo con una frondosa alameda, atraviesa sobre mas de ochenta arcos, hasta venir á parar á un arca ó receptáculo general situada cerca de la fortaleza, y desde la cual se distribuye á las fuentes públicas, Conventos, Seminario, Palacio, Cárcel, Hospital y bastante número de casas particulares. Olvidávasenos decir, que en el Palacio Episcopal que es espacioso pero de una arquitectura estravagante y moderna, se encuentra una copiosa Biblioteca, parte que fué de los Jesuitas y lo demas de diferentes donaciones.

Seis son las puertas y dos los postigos que dán entrada á la Ciudad, y por tres de ellas la del Sol, Trujillo y Coria se sale á tres puentes de piedra, que hay sobre el Gerte. La ronda plantada en algunos parajes de arboleda, ademas del cómodo paseo que proporciona, tiene la ventaja de las hermosas vistas, que ofrece de viñas con caseríos, olivares, huertas y el delicioso sitio de la Isla, por la parte de E. y S.; y por N. y O. pintorescas colinas de canchos y alcornoques, que ofrecen un variado contraste con las vistas anteriores.

Plasencia ha sido madre de hombres célebres en armas y letras, contándose entre ellos varios Cardenales, Obispos, dos Grandes Maestres de Alcántara y algunos generales. En el dia, á pesar de verse reducida á la segunda poblacion de la provincia, conserva el rango que tan dignamente ocupó en lo antiguo, cuando sus procuradores tomaban asiento en las Córtes de Castilla, y sus corregidores eran de la primera grandeza. Sus mercados son los primeros de Estremadura y los delicados frutos de su Valle y Vera tienen nombradía en todo el Reino.

FRANCISCO W. PLATA.

(1) Véase el número 38 de este año.



LA PERDIZ.

Cosa notable es la proposicion del hombre, á destruir. El cazador persigue la caza por el triste y cruel placer de perseguirla, sin que la necesidad le escuse; los mas intrépidos esterminadores carecen de ella; es preciso no ser pobre para tener el placer de matar una perdiz, y es bien raro un cazador que guste de la caza en la comida.

Aunque es cierto que la perdiz se alimenta de grano, no es ciertamente esta comida la que prefire, sino varias especies de insectos que sino tuvieran este enemigo, harian un daño irreparable á los frutos, asi es que prefiere siempre los terrenos mas cultivados, porque alli es donde se multiplican y á pesar de las persecuciones de que es objeto, no se consigue desterrarla á territorios incultos y solitarios y tales pájaros vuelven con perseverancia al paraje que han adoptado. No debe suponerse que esta costumbre, apego semejante á los terrenos cultivados y la estremada fecundidad de la perdiz, dejen de tener un objeto particular en la economía de la naturaleza, que todo lo tiene previsto y cuya sabiduría lo ha preparado todo con una intencion favorable á la especie humana.

Las aves que se alimentan en el vuelo viven casi esclusivamente de insectos, y de animalillos que no deben comprenderse en esta denominacion, y si bien es cierto que la perdiz come tambien granos y algunas plantas, recojiendo asi con el hombre su parte de cosecha, los servicios que presta destruyendo los insectos, que sin ella lo devorarian todo, son mas que una compensacion de la pequeña parte que consume.

Las perdices son de dos especies; la grís y la encarnada. Estas aves son demasiado conocidas para que nos detengamos en hacer aqui una descripcion detallada. La perdiz encarnada se llama asi por el color de sus patas. El macho es mas grande y los colores de la pluma mas brillantes que los de la hembra, está armado de espolones, como el gallo, con la diferencia de ser mas cortos y menos puntiagudos. Los buenos cazadores saben conocer al vuelo en una bandada, los machos de las hembras y tiran á los primeros con preferencia por ser mayor el número de las segundas y porque son mas importantes para la reproduccion.

La perdiz es estraordinariamente fecunda, rara vez pone menos de once huevos y muchas veinte, habiendo algun caso en que se han contado treinta y tres. Comienza á poner á fines de mayo y guarda su nido con tanto cuidado que no le abandona cuando se acercan y le defiende animosamente, contra otras aves. El macho cuida tambien á la madre, la ayuda á defender el nido y á veces recurre al artificio, haciéndose perseguir por otro lado para alejar á los curiosos. Las lluvias largas y abundantes son muy perjudiciales en esta ocasion, porque muchos huevos son destruidos por la humedad y por el frio y hasta los perdigones de pocos dias, se hallan faltos de fuerza en las patas para sostenerse, caen y perecen. La ternura que los padres manifiestan en esta situacion, es un espectáculo verdaderamente lleno de interés y pocas personas se entregarian entonces al bárbaro placer de hacerlos mal ó espantarlos siquiera. Cuando son descubiertos por un perro ó alarmados por su proximidad, el macho les advierte el peligro por un débil chillido de alerta, despues vuela hácia el peligro rastreándose por el suelo y afectando debilidad para engañar al perro, haciéndole creer que es una presa fácil, este le sigue alejándose cada vez mas en opuesta direccion al sitio en que se halla le hembra, que huye tambien por de pronto, pero vuelve al instante, llama á su familia dispersa oculta en la maleza, la reune y la guia lejos del peligro, antes que el perro haya tenido tiempo de volver de la persecucion del macho, cuyo vuelo se remontó tan pronto como vió que se hallaba bastante lejos, para no temer por sus hijuelos.

LA MONJA DE SAN PAYO.

El invierno del año de 1833 tocaba á su fin y la ciudad de Santiago de Galicia estaba envuelta en una capa de niebla que aumentaba la lobreguez de sus calles y la oscuridad de sus edificios. En uno de estos, de aspecto sobrado humilde, vivia una honrada familia compuesta únicamente de tres individuos: un matrimonio, símbolo de la paz doméstica, y una hija tipo ideal llevado á la realidad. Los tres vivian en esa envidiable tranquilidad circunscrita al seno familiar y presajio á veces de un tejido de desgracias.

La providencia, oculta bajo el nombre de la casualidad, llevó á los hogares de esta reducida familia un fraile Benedictino, antiguo vicario de las monjas de S. Payo.

La influencia que á la sazon ejercian los hábitos de cualquiera órden monástica, y los sentimientos religiosos, llevados hasta el fanatismo, que entonces y aun ahora predominan sobre todos los demas en la ciudad á que nos referimos, hicieron acoger al P. Ubaldo como un individuo mas de la familia al cual todos demandaban su parecer sobre cualquier asunto que se tratase. El, por su parte, sabia captarse el aprecio de todos los que le rodeaban con una hipocresía ascética cubierta con el sagrado manto de su órden. Solo una persona, tan solo una de este modesto triunvirato, aborrecia la presencia del reverendo Padre;..... era esta la jóven Maria.

Hé aqui la causa de este odio.

Desde la primera vez que el P. Ubaldo habia visto á aquel ángel de hermosura, su semblante se grabó en el fondo de su corazon con una huella que no podia ya borrar la soledad del claustro. En vano retirado en su celda del Monasterio de S. Martin, ro-

deado de piadosos libros y de sacrosantas imágenes, pedia al cielo el olvido de aquella muger que le arrancaba de un éxtasis divino para hundirle en el fango del mundo. La belleza de Maria se presentaba á sus ojos como el último crímen á la imaginacion de un condenado.

El fraile amaba á Dios en su criatura.

Esta pasion criminal llegó al momento al conocimiento de la hermosa jóven que leia en las miradas del fraile el deseo que le devoraba.

El cielo no podria jamás reunir dos naturalezas mas opuestas; por su misma oposicion casi se tocoban.

El P. Ubaldo rayaba, al parecer, en los 30 años; era de elevada estatura, seco, pálido, con la frente llena de simétricas protuberancias, los ojos saliendo de sus órbitas y los lábios estremadamente delgados que se escondian bajo su nariz aguileña.

Maria contaba 18 primaveras; sus ojos negros, como si nacieran sobre el ardiente suelo del Ecuador cedian bajo el peso de cualquier mirada; y el carmin que entonces asomaba á sus mejillas era una prueba de su delicado temperamento. Sus facciones tenian esa esbeltez mórvida que los grandes pintores comunican á las vírgenes de sus cuadros. Su vida marcharia tranquila hasta la tumba sino hubiese encontrado en su carrera el gérmen de su desdicha, si hubiese nacido *un año mas tarde*, pero, valiéndonos de una fórmula oriental que tanto significa, solo diremos que: ¡así estaba escrito!

Un dia que, por una confianza natural, habian quedado solos el P. Ubaldo y Maria, atrevióse aquel, por la primera vez de su vida, á manifestar la pasion que le devoraba.

—Maria, esclamó el fraile, dirigiéndose á su víctima y clavando en ella sus pupilas de fuego rodeadas de una aureola de sangre.

Maria era la primera vez que se veia sola delante de un hombre; de un hombre sí, porque la continencia del religioso desaparecia ante la debilidad del mortal; asi es que no se atrevió á replicar y bajó su cabeza obligada por el peso moral de la mirada que sobre ella caia.

—Maria, volvió á repetir el P. Ubaldo, ¿por qué temblais?

—¡Tengo miedo! esclamó aquel ángel de paz subyugado por el demonio.

—¡Miedo!.... á quién?.... ¿por qué? ¿no estoy con vos?

—Dejadme, Padre, dejadme, ó doy un grito; replicó Maria, y levantándose un momento de su silla, volvió á caer como magnetizada por las miradas del fraile siempre clavadas en ella.

—No, no griteis;... oidme antes, yo me pondré á vuestros pies á confesar mis culpas como se pone el penitente á los mios á confesar las suyas. Yo tambien soy culpable, Maria, y vos sois quien debeis de absolverme.

—Callad, callad, contestó Maria al lenguaje simbólico del fraile.

—Sí, callaré, pero oidme. Un dia caminaba absorvido en mis meditaciones dirigiendo mentalmente una oracion á la Madre del Eterno, alzé los ojos y os he visto por primera vez delante de mí. Entonces descendí para siempre del cielo á la tierra, del claustro al siglo. El mundo volvió á ser para mí el teatro de mis ilusiones y vos el objeto de mis ensueños. Sí, Maria, desde entonces os veo siempre ante mis ojos, en el altar, en la celda, en mi corazon.... en todas partes.... en todas partes he alzado un culto para vos.

—¡Imposible!... ¡imposible! clamó Maria sobresaltada por aquellas palabras que jamás habia oido.

—¡Imposible decis! ¿Creeis que este ropaje impide á mi corazon toda afeccion mundanal? todo cariño mútuo? No, Maria; el amor es el distintivo de nuestra especie y nosotros, por el carácter con que estamos revestidos, debemos de amar á todo el mundo mas que á nosotros mismos. Pues bien, ese cariño que yo debia tener á todo el género humano está concentrado en vos, solo en vos, porque sois la personificacion material de un Dios de paz y de hermosura.

—¡Blasfemo! ¿Y no temeis ofender al cielo con vuestro amor criminal?

—Para el eterno ningun amor es criminal cuando es puro. ¡Criminal! Los hombres quisieron que lo fuese porque el hombre no se comprende á sí mismo. ¡Ah! Miradme, Maria, que pueda al menos contemplar frente á frente vuestros ojos que me fascinan, vuestro semblante que me mata.

Al concluir estas palabras que el P. Ubaldo habia revestido de una entonacion religiosa, su capucha, que resbalara sobre su cabeza durante el color de la declaracion, se plegó sobre la espalda dejando al descubierto su tonsurada cabeza, notable por la convexidad de sus ojos y su elevada frente.

—¡Callais, Maria!

—¿Qué quereis que os diga? repuso la hermosa jóven y chocando con sus miradas en las del fraile, cubrió con sus párpados la delicada pupila que el reverendo pretendia clavar en un punto.

—Vedme á vuestros pies.... y no me pregunteis que quiero;... y aquella astuta serpiente se arrojó á los pies de Maria, de aquella muger pura é inocente como el hálito de un niño.

—Apartad, apartad.

—No, no me levantaré de aquí hasta que oiga si me amais.

—¡Amaros! ¿qué habeis dicho? ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó Maria con un acento de dolor que á cualquiera conmoveria menos á su verdugo que hacia entonces el papel de víctima.

—Amarme.... sí.... y me amais ¿no es verdad?

—Jamás, jamás, gritó, y alzándose con un valor sobrenatural y que solo Dios presta en ciertas circunstancias, dirigióse hácia la ventana del aposento.

El fraile la seguia de rodillas como un reptil que acosa su presa, y alzóse repentinamente al ver que Maria dirigiéndose á una persona que á la sazon pasaba por la calle, esclamó:

—¡Ah! Cárlos, Cárlos....

El P. Ubaldo observó la mirada que desde la ventana partió á la calle y echando la capucha sobre su cabeza, bajó apresuradamente las escaleras encontrando en el portal al jóven á quien Maria se habia dirigido.

II.

Cárlos era estudiante y cursaba en la Universidad el último año de su carrera. Su amor á Maria era ese amor divino que nace con el hombre; que en la infancia es un ángel que rodea nuestra cuna vijilando nuestro sueño, en la adolescencia es una ilusion que forjamos en nuestros momentos de éxtasis, y en la juventud es ya una muger. Ese ángel, esa ilusion, esa muger por quien Cárlos suspiraba hacia 24 años.... era Maria. Antes de verla la amaba ya, si bien el objeto de su amor no era material, tangible.

Ella por su parte, dotada de una organizacion débil, de un espíritu apocado inherente á esa organizacion ¿pudiera vivir sin amar?.. ¡Imposible! cual una débil caña que azota el huracan seria arrastrada al momento por el desierto de la vida. Cárlos fue correspondido en el momento que manifestó su cariño, porque Maria tenia necesidad de amar, necesitaba otro corazon que abrigase el suyo.

Ademas, siendo la declaracion de Cárlos posterior á la entrada del P. Ubaldo en la casa de Maria y conociendo esta la pasion que al fraile inspiraba su hermosura, buscó en su amante la proteccion contra aquel hombre que tanto la dominaba; pero una proteccion tácita, pues jamás le habia manifestado los intentos criminales del religioso porque se creia culpable con solo haberlos inspirado.

Volvamos ahora á ligar los acontecimientos de esta historia.

Hemos dicho que el P. Ubaldo habia encontrado á Cárlos al descender la escalera, pero este no le habia conocido porque la negra capucha cubria las facciones del fraile como la máscara de su delito.

El jóven estudiante subió precipitadamente los escalones que le separaban de su amada, y al llegar á

la habitacion de esta se detuvo al oir la voz de su padre.

—Quizá, pensó al momento, alguna escena doméstica turba la paz de Maria; respetemos el sagrado de la vida privada.

A nadie parecerá estraña la conducta de Cárlos.

Al pasar por la calle para ver á Maria, la oye dar un grito dirigiéndose hácia él; su corazon le dice que ese grito es de dolor y sube presuroso á protejerla creyendo que alguna persona agena á su familia lastimaba su corazon, pero al oir la voz de su padre se tranquiliza algun tanto y vuelve á descender lentamente porque jamás habia podido entrar en el recinto de su amada.

Ese retraimiento familiar tan mal entendido y por desgracia bastante comun todavia en muchas ciudades y familias, habia impedido á los padres de Maria (1) el ofrecer jamás su casa á ningun jóven; ¡cómo si la juventud fuera un crímen! Temian acaso que el veneno de las pasiones, el hálito corrompido que infecta á la sociedad corroyese su vírgen corazon.... No, el hombre no ofende cuando ama, el hálito de la pasion no es el hálito que mancha y Dios, cuando ha creado al hombre, le dió por compañera una muger.

Tal habia sido la conducta de los padres de Maria hasta que llegaron á tener con el P. Ubaldo la intimidad que hemos indicado. Guiados despues por las piadosas observaciones del religioso, siguieron su primitiva marcha tan opuesta á los deseos de Cárlos y Maria. Las cartas eran, pues, el único recurso de estos dos amantes; recurso de que Cárlos se habia valido para manifestar sus primeros sentimientos á su amada.

El dia despues de la escena que en el capítulo anterior hemos referido, presentóse el P. Ubaldo en la casa de sus protejidos. Su semblante estaba inalterado aunque en su corazon habia otra lucha de pasiones que no existian el dia anterior. La piramidal capucha de su hábito cubria casi enteramente sus facciones, y solo en el fondo de tan lóbrega cubierta se divisaban dos puntos brillantes como los focos de luz de dos espejos negros.

Al momento que llegó pidió una audiencia particular á los padres de Maria y el corazon de esta latió aceleradamente como presajiando algun daño que la iba á suceder. Su corazon no la engañaba como no nos engaña nunca cuando está cerca un peligro y le preveemos por alguna circunstancia.

Despues de algun tiempo de conversacion, asaz larga para la ansiedad de Maria, retiróse el P. Ubaldo con esa lentitud claustral que imprimia á los frailes un sello de bondad y mansedumbre.

Maria se quedó frente á frente con sus padres.

Nadie se atrevia á interrumpir el silencio que cubria á esta desgraciada familia.

En las situaciones críticas, la muger tiene mas espíritu sino mas corazon que el hombre, mas serenidad sino mas valor y la madre de Maria fué la primera que osó quebrantarle oprimiendo entre sus manos las delicadas de su hija.

—Maria, esclamó, nos vamos á separar.

—¡A separarnos! ¿qué habeis dicho?

—Sí, hija mia, á separarnos;.... pero no llores; nos veremos todos los dias.

—¡A separarnos y nos veremos!... no os entiendo, repitió Maria ahogada por la emocion y fijando sus miradas en las recónditas pupilas de su Madre. Esta no pudo proseguir; el llanto trémulo de la vejez selló sus lábios con la rigidez inflexible de los nervios. Su esposo la sucedió en tan funesto diálogo.

—Sí, Maria; esta noche irás á un convento en donde pasarás el resto de tu vida.

Esta órden tan concisa como terminante era el eco de las palabras del fraile, era el presentimiento de Maria. Por lo mismo no se atrevió á replicar, y asi como el viento de la tempestad arrebata á las flores su rocio, asi estas palabras arrebataron á los ojos de aquella jóven las lágrimas que pudieran aliviarla. Alzóse paulatinamente como si su cabeza fuese de plomo, y volviéndose hácia un crucifijo que adornaba uno de los ángulos de la habitacion.

—Cúmplase vuestra voluntad, padre mio, esclamó y cayendo de rodillas empezó á orar.

Fácil es de esplicar el diálogo que acabamos de escribir conociendo la dominacion peligrosa que en la época á que nos referimos ejercian los frailes. El despotismo religioso, si bien habia decaido desde la estincion de un tribunal aborrecido, todavia ejercia su dañina influencia sobre las almas débiles que creian ver en lontananza el restablecimiento de las mazmorras y hogueras que sus dominadores les pintaban. Estos eran los sueños dorados de esos hombres pusilánimes que guiados toda su vida por consejos monásticos, no tenian otra voluntad que la de sus confesores. ¡Miserables autómatas que los *Ginesillos* del claustro ponian en juego para sus terribles maquinaciones!

Fascinados los padres de familia por la suave elocuencia del P. Ubaldo y amedrentados por el horroroso porvenir de su hija que el fraile describia con siniestros colores, cedieron á sus instancias y entregaron á la hermosa jóven en manos de su verdugo.

Cárlos, el pobre Cárlos, fué la causa de tan estraña determinacion.

El P. Ubaldo sabia ya el cariño que este jóven profesaba á Maria, ese cariño que él tradujo por una sola mirada, y pintando ese amor puro, innato, como un amor criminal, calculado, fácil le fué conseguir sus intentos para trasladar á su víctima á un recinto sagrado.

Tranquila Maria despues de algun tiempo de oracion, único panacéa de nuestros males, pidió pormenores á su Madre acerca del proyecto que hacia poco le manifestara y supo que el convento que la estaba destinado era el de S. Payo, y la hora en que tenia que abandonarlos las 12 de la noche. Inmediatamente escribió á su amante la suerte que le tenian preparada, confiando en él como el único apoyo de su triste vida y el único que podia salvarla de tan azarosa situacion.

. . . . . .

. . . . . .

Las 11 de la noche acababa de dar el reló de la Catedral con su voz hueca y sonora que cunde circularmente en las capas de la atmósfera como las ondas cansadas por el choque de una piedra sobre las tranquilas aguas de un estanque. Estas once campanadas resonaron en el corazon de Maria como en los oidos de un moribundo que tiene calculada su vida. Pero á ese ruido monótono y vibrante del bronce se unió otro tan significativo como inesperado para aquella familia anegada en llanto. Era el rodar de un carruaje que venia á trasladar á la futura monja al sepulcro de su belleza.

El ruido del reló y el del carruaje se apagaron en un mismo eco... y un cuerpo negro descendió de este vehículo misterioso. Abriéronse todas las puertas á su paso y presentóse en la habitacion, teatro de sus infames manejos.

El P. Ubaldo venia á reclamar su víctima.

Hubo un momento de silencio interrumpido tan solo por los sollozos de tres personas.

—Vamos, esclamó la cuarta, y que no lloraba porque su corazon no habia llorado jamás.

—¡Madre mia!... ¡Padre mio! se oyó una voz, dulce como la de un ángel, y que deseaba prolongar todo lo posible aquellos momentos de agonía.

—¡Vamos! volvió á repetir el fraile, y todos se estremecieron con el enérgico acento de esa palabra.

Los cuatro descendieron hasta la calle, subieron al coche que los aguardaba y un ruido sordo y prolongado como el eco lejano de un trueno volvió á interrumpir el silencio de la noche.

Maria habia partido ya.

Poco despues un hombre pálido, jadeante, seguia presuroso el ligero galopar de los caballos que conducian á Maria. El coche le precedia algunos pasos, y era imposible vencer esa distancia que insensible-

(1) Por razones particulares omitimos sus nombres que tampoco queremos sustituir por otros.

mente iba aumentando. Sus piernas flaqueaban ya cansadas de tan estraña lucha.

—¡Maria! ¡Maria! gritaba desconsoladamente y la espuma de la desesperacion cubria su boca y el sudor de la agonía inundaba sus cabellos. Su voz se apagaba con el ruido del carruaje sobre las mal empedradas calles de la poblacion.

—¡Maria! ¡Maria! volvió á gritar y haciendo el mayor esfuerzo de que su corazon era capaz llegaron á rozarse sus uñas con el hierro de una llanta y sus manos se inundaron de sangre.

—¡Maria! balbuceó casi moribundo y abarcó con sus brazos la ansiada rueda con la efusion de un deseo satisfecho despues de horribles ansias. El carruaje detuvo su marcha..... Esta singular victoria hizo recobrar sus fuerzas y al dar un paso mas para lanzarse sobre el cochero, el choque de una enorme puerta contra su cabeza rechazó su cuerpo á una distancia considerable.

—¡Me ha engañado! esclamó, y cayendo sin sentido botó su cráneo contra el pavimento como una piedra contra otra.

Maria estaba ya en el convento.

III.

Algunos dias han pasado despues de la escena con que hemos concluido el capítulo anterior y en una de las celdas del Monasterio de S. Martin veíase al P. Ubaldo fijo al dintel de su ventana sin mas movimiento que una agitacion nerviosa de sus descoloridos lábios. Su palidez era mas notable que en el momento en que por primera vez le hemos visto y sus ojos habian salido algunas líneas mas de su órbita, sin duda por la contínua fijacion de las pupilas en un objeto.

Este objeto era la celda de Maria.

La corta distancia que existe entre ambos conventos y la estremada elevacion del de S. Martin, permitia al P. Ubaldo observar casi enteramente el interior de la celda de Maria por encima de la celosía de madera que hasta su mitad, cubria interiormente la inflexible reja.

De vez en cuando dejaba el fraile su incómoda postura y media á largos pasos su estrecha habitacion balbuceando el nombre de Maria. Este nombre, escrito profusamente en las paredes de su celda, en sus muebles, en sus libros, encerraba un pensamiento *profano* para el P. Ubaldo y *divino* para los demas que le leian.

Otras veces, á esa palabra tan escrita como pronunciada, sustituia otras que salian ardiendo del fondo de su corazon como la lava del seno de un volcan, entonces, con un estoicismo admirable, clavaba sus pupilas de fuego en la celda de la Monja de San Payo, y crispando horrorosamente sus enflaquecidos dedos repetia:

—¡Ya es mia! ¡ya es mia!....

Esta esclamacion participaba á la vez del lenguaje humano y del bramido gutural de una fiera.

Espliquemos ahora el proceder del P. Ubaldo. En el momento en que adivinó el amor de Cárlos á Maria, el torcedor de los celos oprimió su corazon presa ya de otra lucha desgarradora. Su imaginacion ardiente pronto le suministró un medio para deshacer esa union moral de dos almas que se adoran. Para esto, imaginó llevar á Maria á una celda determinada del convento de S. Payo, la cual pudiese él ver desde la suya.

—Allí, decia, no podrán penetrar las miradas de ese hombre y sí las mias; allí nadie la tocará con su hálito:... ¡solo yó!

Las circunstancias ayudaron su infernal proyecto. Las numerosas celdas del antiguo Monasterio de *Ante-Altares*, hoy S. Payo, estaban prontas á recibir á toda jóven que de grado ó por fuerza fuese á sepultarse en ellas, y en calidad de ex-vicario del mismo convento, le concedia los honores de la eleccion. Allanados todos los obstáculos, fijó, como ya hemos dicho, las 12 de la noche para la separacion de Maria de casa de sus padres, y esta fué la hora que la infortunada jóven indicó á su amante. El genio previsor del fraile habia calculado ya este aviso y temiendo que su rival destruyese por algun medio su maquiavélico plan, se presentó una hora antes. Cárlos se anticipó tambien, pero ya era tarde, y Maria oia sus gritos desgarradores en el fondo de su corazon aun cuando no llegaban á sus oidos.

La celda que á esta la destinaran era notable por su sencillez. Cuatro paredes la cerraban; en una de ellas estaba colgado un crucifijo y en la puerta se veia una mesa con una Dolorosa encima y varios libros divinos. En un rincon una cama cuyo fondo era de cuerdas, y en los otros dos lienzos una reja desde la cual solo se veian los lóbregos tejados de la poblacion, y una puerta que caia á un corredor mas largo que la esperanza. La única silla que pudiera servir de adorno á esta triste habitacion la ocupaba Maria, bella como siempre pero pálida. Sus facciones habian esperimentado ese desencaje que causa el sufrimiento, pero su hermosura era mas notable, mas simpática, por el atractivo del dolor.

La misma noche del dia en que hemos visto al P. Ubaldo clavado en su ventana, fijando los ojos en la celda de Maria, esta los fijaba en un papel que oprimia alternativamente contra su corazon y contra sus lábios.

Este papel era un billete de Cárlos.

El dia siguiente al en que le habian separado de su amada de una manera tan inaudita, ya tenia una mensagera que llevase sus cartas á Maria porque todos se apiadaban del dolor de estos desgraciados amantes. Maria le contestaba al momento, trazando sus sentimientos con un pequeño lapiz que guardaba cuidadosamente, y por la noche dejaba caer su perfumado billete por una abertura circular abierta en la celosía de madera que resguardaba su reja.

La primera carta que Maria escribió en el convento fué una confesion franca y sincera de toda su vida; esa confesion que hasta entonces no se habia atrevido á revelar á Cárlos, la hacia ahora porque la desgracia nos hace ser mas francos que la felicidad. Cárlos sabia ya los infames manejos del fraile y un odio eterno le juró en el fondo de su corazon creciendo su amor á Maria porque ella *no le habia engañado*.

La noche, pues, que nuestra monja se estasiaba contemplando el billete de su amante, estaba contenta porque Cárlos la amaba cual nunca y su amor era inmaculado, eterno, como el amor que envuelto en oraciones partia desde su corazon al cielo. Desde su estancia en el convento no se habia presentado el P. Ubaldo, porque ningun hombre podia profanar aquel sagrado asilo, y esta sola circunstancia infundia aliento en su corazon porque ahuyentaba á su verdugo.

Cansada de luchar con recuerdos de amor, guardó en su seno el plegado billete, y cediendo á la influencia del sueño, cerró sus hermosos párpados terminados por un negro fleco de arqueadas pestañas. El campo de las ilusiones ocupó su imaginacion siempre despierta. No eran ya las férreas puertas de un convento las que le separaban de Cárlos, no, un lazo eterno los unia para siempre y estaban juntos allá en esa tierra estraña que solo vemos en nuestros ensueños de amor y que solo ha sabido describir el inspirado Milton. Cárlos habia salido é iba á volver luego á abrazar á su esposa. Ya sentia sus pasos en la escalera, la puerta rechinó sobre sus goznes, ya estaba allí... delante de ella tendiéndola los brazoss para estrecharla.... Esta conmocion la hizo despertar y el P. Ubaldo se presentó á sus ojos.

—¡Gran Dios! ¡Otra vez este hombre! esclamó Maria huyendo de su perseguidor y buscando en su reducida celda un punto de salvacion.

—Otra vez.... y siempre, repitió el fraile subyugando á su presa con sus miradas.

—Ni este asilo es sagrado para vos.

—Yo puedo cruzarle. Ademas, ¿le profano yo acaso? Al deciros que me ameis ¿os propongo algun crímen?

—Callad, callad.... ¡me habeis traido aqui para asesinarme!

—Vos me asesinais á mí, Maria; replicó el astuto fraile y el brillo argentado de sus ojos se apagó con una ligera capa de humedad.

—¡Ah! dejadme, dejadme, contestó la desgraciada monja retrocediendo cada vez mas, ó llamo á las hermanas del convento y os sorprenderán en mi celda.

—No os escucharian y creyendo que estais loca os dejarian gritar.

—¡Loca!! esclamó Maria y el acento con que pronunció esta palabra era desgarrador.

—Sí, loca. ¿Sabeis lo que es estar loca? ¡Ah!... Yo lo estoy por vos, Maria; yo tengo en mi cabeza un pensamiento que me roe el cerebro; tengo en mi cuerpo un fuego que seca mis artérias. Una palabra no mas y destruireis ese pensamiento que me mata y apagareis ese fuego que me devora.

—Jamás, jamás.

—Una palabra, Maria, y esa reja y estas paredes desaparecerán de vuestra vista. Decid que me amais y rompiendo los votos que nos ligan, buscaremos en lejanos paises el premio á tanta pasion.

Dijo el fraile, y toda la sangre que circulaba en su cabeza se agolpó á sus mejillas que jamás habian sentido tal ardor.

—Respetad el hábito que nos cubre, replicó Maria huyendo del P. Ubaldo que incesantemente la acosaba.

—El hábito es el antifaz del cuerpo como la hipocresía lo es del alma.

—¡Y me habeis traido aquí para oir tales proyectos!...

—Os he traido para que huyais conmigo. Venid, Maria, nadie cual yo os ama, nadie; yo os adoro, os idolatro porque sois mi vida, mi alma, mi todo.... venid, venid...

El fraile se habia acercado tanto á Maria que el aliento de la vírgen inundaba ya su calva frente. Esta voluptuosa sensacion aumentó su satánico deseo, y asiendo con sus huesosas manos las delicadas de su víctima, arrastróla hácia sí con el apasionado furor de la locura. A tan aspero contacto se estremeció Maria, y temiendo cualquier violencia del carácter de aquel hombre, cayó de rodillas á sus pies inundado su semblante de lágrimas.

—Huyamos, esclamaba el seductor, huyamos para siempre.

—No, no, dejadme.

—Ven, Maria, y la arrastraba trás sí ciego de amor.

—La jóven no podia ya oponer sus fuerzas; sus rodillas resbalaban sobre el pavimento de la celda obligadas por la poderosa contraccion que en sus débiles muñecas ejercian las manos del raptor.

—¡Maria! ¡Angel mio! repetia delirante el P. Ubaldo creyendo ya poseer aquel tesoro de amor y de gracia. Pero su ilusion se desvaneció bien pronto. Al llegar al dintel de la celda reunió Maria todas sus fuerzas y desprendiendo sus manos de aquella prensa humana que las sujetaban,

—Socorro, gritó, socor.... y sin poder concluir cayó desmayada.

Habia visto brillar en las manos del fraile la acerada hoja de un puñal con que amenazaba su pecho.

Despues de este grito de salvacion se oyó un ruido débil, sonoro, como el choque de dos placas metálicas.... ¡El ruido de un beso que profanó aquellos santos lugares....!

Al volver en sí Maria se halló rodeada de una porcion de *sus hermanas* que la prestaban los auxilios necesarios para su restablecimiento.

IV.

Era la noche del 22 al 23 de Mayo y un silencio profundo reinaba en toda la ciudad; ese silencio que paulatinamente vá sucediendo al rumor de una poblacion, hasta que en las altas horas de la noche se apaga enteramente como el eco de un sonido que se pierde en la atmósfera.

Solo tres personas velaban en esta ciudad de veinticinco mil almas.

El P. Ubaldo, fijo en la ventana de su celda, clavaba sus inmóviles pupilas en un punto luminoso que brillaba en el convento de S. Payo como el ojo de fuego de aquel ciclope de piedra. A favor de esa luz trémula y vacilante, distinguia el fraile todos los movimientos de Maria, adivinando aquellos que las paredes le ocultaban como si sus miradas la siguiesen al través de la gruesa mampostería.

Los latidos de su corazon, que turbaban el silencio de su celda, revelaban la conmocion que aquel hombre esperimentaba. Veia á Maria que habiendo arrancado la celosía de madera se asomaba contínuamente á la reja como si hablase con alguna persona. Esta idea desgarradora hizo presa en el corazon del fraile, y echando la capucha hácia atrás, sacaba su cabeza todo lo posible por si alguna palabra podia llegar á sus oidos. Nada; el silencio de la noche cubria todos los objetos.

Descendiendo ahora del convento de S. Martin al de S. Payo, de la obra de Sisnando á la de Alfonso el Casto, daremos una breve idea de esta última antes de indagar el motivo del insomnio de Maria.

Un inmenso poligono de sillería tan oscuro como irregular y tan elevado como oscuro, constituye el convento de S. Payo, que se alza al frente de la colosal Metrópoli como queriendo rivalizar con ella ó con el antiguo Monasterio de S. Martin fundado á corta distancia. Estos tres jigantes de piedra que vieron pasar sobre su frente las revoluciones del tiempo y de los hombres, forman el núcleo de aquella poblacion que fué apiñándose alrededor de ellos como las arenas del desierto alrededor de las pirámides de Egipto.

Tres órdenes de rejas ocupan el lienzo occidental del primero de esos edificios y en una de las mas elevadas, situada casi en el centro, veíase un resplandor intermitente como el que produce una llama que oscila agitada por el viento. Esta reja estaba abierta y los haces de una luz, pálida por la intensidad de las sombras, salian por su hueco y divergiendo en el espacio iban á chocar en la argentada esfera del reló incrustada en la mas elevada torre de la Catedral. ¡Este emblemático círculo del tiempo era la mano de Dios señalando á la desgraciada monja las horas que restaban de su vida!

Al pie de esa reja iluminada, fijas sus miradas en ella y contando con impaciencia los momentos que transcurrian, veíase un hombre embozado en una capa y oprimiendo su corazon que queria saltarse de su pecho. A cierta distancia de este hombre dos hermosos caballos negros chocaban con sus herraduras en el pavimento ansiosos tambien de partir con la ligera carga que esperaban.

Aquel hombre era Cárlos que iba á huir con su amada.

Veamos cómo.

Despues de la escena en que el P. Ubaldo manifestó á Maria su criminal deseo amenazándola con un puñal para que callase, esta escribió á Cárlos todo lo ocurrido y la desesperacion de su amante llegó á su colmo. Era preciso arrancar á su amada de las garras de aquel buitre que queria saciarse en su sangre y esto solo podia hacerse arrebatándola del claustro. El soborno era imposible por la multitud de personas que debian iniciarse y fué necesario discurrir otro medio. Este medio era atroz, desgarrador, pero el único de salvacion y Maria le aceptó porque en las organizaciones débiles caben á veces pensamientos colosales, y porque la presencia del fraile la aterraba mas que la muerte.

La noche á que nos referimos, Maria concluia su arriesgada empresa. Con una pequeña lima que Cárlos le habia remitido acababa de romper dos hierros de uno de los ángulos de la reja dejando libre un pequeño espacio en que solo su cuerpo podia introducirse, merced á la flexibilidad de que estaba dotado. Arrancados los hierros sacó su hermosa cabeza por la estrecha abertura y se estremeció su cuerpo al ver el abismo que tenia que cruzar antes de lle-

gar á su amante. Pero.... era preciso completar la obra y despues de haber desatado de su cama la cuerda que en ella estaba entretejida, llenóla de trecho en trecho de inflexibles nudos para que sus manos tuviesen ese rudo apoyo al deslizarse. Esta cuerda no era suficiente para salvar la distancia que de su amante la separaba, y haciendo trizas algunas sábanas unióla á los estremos de las cuerda probando su indisolubilidad como si tejiese el hilo de su vida. Ató despues la prolongada soga á los hierros de su reja y descolgándola en toda su lonjitud, se convenció de que llegaba al suelo por la tencion que su amante la imprimia.

Hé ahí unidos esos dos amantes por medio de ese singular vehículo que habia de conducir el cuerpo de María. Sus corazones latieron unísonos al tocar á un mismo aquel hilo de salvacion ó de muerte.

Establecida ya esta estraña comunicacion retiróse la monja de la reja y doblando sus rodillas ante el crucifijo rezó por su libertad, por su vida.... Sus oraciones se agolpaban á sus lábios, trémulos por la emocion, y en medio de aquel religioso éxtasis del alma se olvidó de su amante, de su libertad, del mundo entero. El pensamiento se reconcentró en sí mismo y solo existia para Dios y solo á Dios queria consagrar toda su vida.... Era imposible ya! La reja estaba destrozada y abierto otra vez el camino del mundo. Este pensamiento infundió á su corazon el valor que le hacia falta y levantándose rápidamente marchó á concluir su aterrador designio. Subióse sobre el dintel de la reja, abrazó con el ardor de un náufrago la nudosa cuerda y resbalando su cuerpo por la estrecha rotura de los hierros quedó suspendido en el espacio.

Cárlos la contemplaba con los brazos abiertos, sintiendo palpitar su corazon de alegria y de temor, de esperanza y de incertidumbre. Veia á su amada cimbrearse en el vacio, deslizarse lentamente y detenerse á cada instante en su aérea marcha. Su figura se dibujaba en el azul del firmamento rodeada de lucientes estrellas como un sér fantástico de un mundo desconocido ¡Parecia un ángel que bajaba del cielo á colocar sobre la frente de Cárlos la corona del dolor!

A cada detencion de María el corazon de su amante latia de placer; á cada descenso sus latidos eran de dolor; diríase que de aquella débil cuerda pendian dos existencias.

Pronto iba á cesar tan prolongada ansiedad cuando un grito helador interrumpió el silencio de la noche. A este grito de muerte lanzado por María contestó Cárlos con otro de indignacion y de asombro.

María se habia estrellado á los pies de su amante. Cárlos habia visto brillar en la reja de su amada el acero de un puñal y los ojos del P. Ubaldo.

Este puñal cayó á sus pies poco despues que María. Abalanzóse á él con un movimiento rápido, nervioso y abrazando el exánime cuerpo de su amada, cuyo semblante no pudo besar por estar deshecho, corrió presuroso hácia la portería del convento. Llamó repetidas veces acompañando los golpes con gritos de desesperacion y de rabia, y el estruendo del aldabon era absorvido por las macizas paredes del edificio como si á la voz de un desgraciado no tuviese mas ecos que los del silencio. Redobló los golpes y abrióse aquella puerta que otra vez se habia cerrado á sus quejas.

El asesino de María se presentó á sus ojos.

Las facciones del P. Ubaldo habian sufrido un notable desencaje. Dotados sus ojos de un brillo fascinador parecian dos placas de cristal en cuyo centro se veia un punto luminoso como si su cráneo estuviese ardiendo! Su enorme frente estaba cruzada por prolongadas arrugas que solo veinte años mas de vida pudieran haber trazado.

Al verle Cárlos alzó el puñal y al ir á clavarle en el pecho de su rival este cayó á sus pies esclamando:

¡María!.... ¡yo te amo!!

Cárlos se estremeció al oir el acento atronador de estas palabras, arrojó el puñal que abrazaba su mano y mirando fijamente el semblante del fraile.

¡Dios mio! esclamó, vos le habeis castigado!

El P. Ubaldo se habia vuelto loco. . . . . .

. . . . . .

Dos horas despues de estos acontecimientos el pueblo se agolpaba ansioso de ver el cadáver de una monja que yacia destrozado sobre la *Quintana de los muertos*. Todos comentaban su horrorosa muerte, y al ver arrollada en sus manos la flexible cuerda decian que se habia rozado contra los hierros de su reja...!

Cárlos, mientras tanto, iba á llorar á un estraño suelo la desgracia de su amada y el P. Ubaldo escribia en las paredes de su celda el nombre de María, como un autómata que funciona maquinalmente mientras dura el movimiento de sus resortes.

R. Rua Figueroa.

ADVERTENCIA IMPORTANTISIMA.

Contínuamente recibimos gran número de cartas de suscritores y corresponsales, que desean se prorogue el plazo señalado para recebir el Album suscribiéndose al Semanario. Opuestos siempre á alterar en lo mas mínimo las bases que una vez establecemos, no hubiéramos accedido ahora tampoco á los deseos que sobre el particular se nos han manifestado, si no mediaran dos razones poderosas: es la primera que quedando un número muy reducido de ejemplares de la reimpresion que ya una vez hemos hecho del Album y no habiendo podido prever que ella no bastara á cubrir los pedidos, tenemos que proceder á hacer una edicion enteramente nueva, que por diligentes que andemos en ella no podrá quedar concluida hasta mediados de Enero. La segunda y mas importante razon que nos ha resuelto á prorrogar el plazo con obcion al regalo, hasta el 31 de Enero, es el deseo de que las personas que especialmente en provincias, se manifiestan inclinados á favorecernos con su apoyo, pero que escarmentados al mismo tiempo por otras empresas, no conociendo la puntualidad de la nuestra y dominados por otras mas hábiles en artes de seducir al público que en medios de complacerle y cumplir realmente sus ofertas, tengan tiempo de examinar algunos números y puedan juzgarnos por nuestras obras. En su consecuencia queda prorrogado el plan para adquirir el Album hasta el 31 de Enero, en que se cerrará irrevocablemente la suscricion con regalo. No hay esfuerzo que no estemos dispuestos á hacer para elevar al Semanario á una altura á que no ha llegado ningun periódico literario de España, tenemos muchos obstáculos que vencer, contamos con especuladores de oficio que siempre ofreciendo y nunca obrando estan esplotando el favor público y trabajan por continuar ejerciendo con sus publicaciones un monopolio escandaloso: lo sabemos perfectamente, de su parte tienen únicamente la ciencia de anunciar y de redactar prospectos, de la nuestra está el mas vivo deseo de distinguirnos por lo que hagamos no por lo que prometamos, para ello contamos con sobrados elementos y con una tenacidad en la que nadie nos aventaja. Pronto vá á tener el público ocasion de juzgarnos.

Hemos tenido que retirar dos grabados que debian entrar en este número, escusamos decir que en otro compensaremos con usura la falta.

Direccion Redaccion y oficinas calle de Jacometrezo núm. 26

MADRID. Un mes 4 rs. srs 20. Un año 36.—Librerias de Pereda, Cuesta, Menier, Matute, Jaimeben, Gaspar y Roig, Razola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografia del Pasaje del Iris y de S. Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14 seis 24.—Remitiendo una libranza sobre correo franca de porte, á favor de la Administracion del Semanario, calle de Jacometrezo n. 26, ó en las principales librerias.

MADRID 1848—IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ.



DOÑA BLANCA DE NAVARRA.

POR DON FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

Pocas ó ninguna novela española contemporánea, ha logrado un éxito como el que alcanzó desde un principio *Doña Blanca de Navarra*. No vamos á ocuparnos nuevamente de la obra de este título tres veces reimpresa en poco tiempo y justamente celebrada por la prensa, no con esos elogios vulgares que hoy se dispensan con profusion á todo lo que se imprime, sino con la apreciacion detenida que pide la crítica, para pronunciar su fallo con la autoridad debida sobre las producciones del talento. Tratamos á fuer de amantes que somos de las letras españolas, de llamar la atencion hácia una nueva parte con que ha poco ha enriquecido el autor la interesante crónica de Doña Blanca. Por fortuna para compensar la falta de espacio, tenemos la ventaja de que habiéndose hecho popular la historia de la Princesa de Viana, los que nos lean se hallan en el caso de comprender con poco que digamos lo que haga relacion á la segunda parte de la novela.

Dá esta principio quince años despues de las terribles escenas que el autor refirió en la primera, y anunciase este desamparado del manuscrito que supone consultó frecuentemente hasta allí en su narracion; de la crónica del fraile de Irache; pero bien se echa de ver á las pocas páginas, que la pérdida no es de lamentar, toda vez que el Sr. Villoslada continua marcando la época con una verdad admirable que revela el estudio detenido que ha hecho para caracterizarla hasta en los mas pequeños rasgos de su obra. El lector en los interesantes cuadros llenos de originalidad que vuelve á ver pasar ante sus ojos, tropieza nuevamente con la mayor parte de los personajes que figuraron en La Princesa de Viana, y cuyos caracteres están siempre sostenidos con la destreza que al principio.

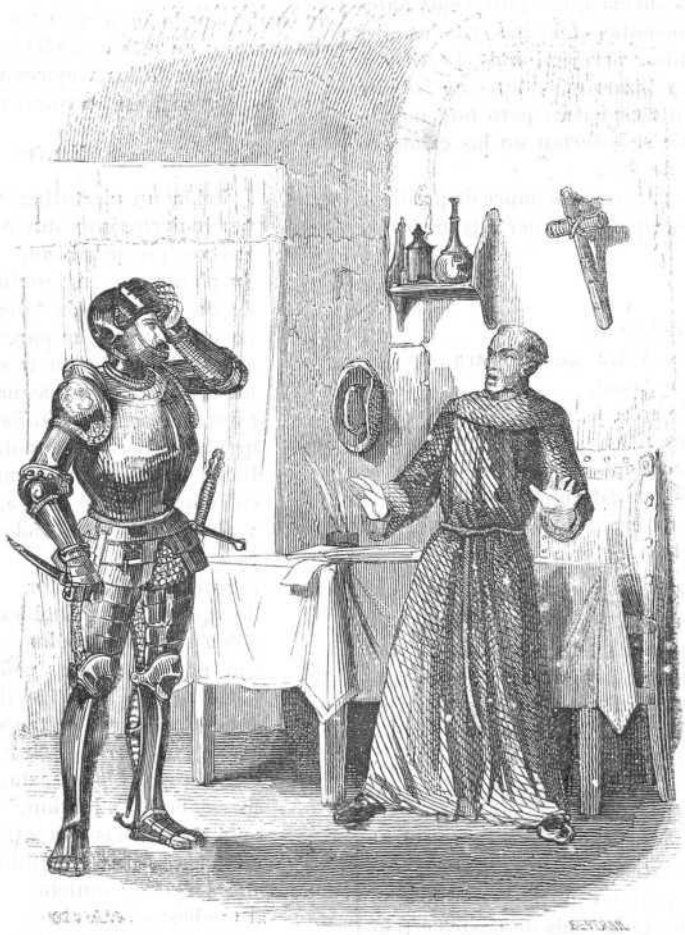
Doña Leonor de Navarra, el conde de Lerin, Jime-

no, Chafarote, nombres bien conocidos del lector, vuelven á jugar en la continuacion de la crónica, cuya accion camina hábilmente á su desarrollo, cautivando siempre la atencion, y detallando los sucesos con mucha inteligencia y sana crítica y en un lenguaje castizo, ameno y agradable. Duélenos no poder citar algunas de las mas notables bellezas de la parte de que vamos hablando, pero ocasion se nos presentará de emprender con mas calma tan agradable tarea, si como debe satisface el Sr. Villoslada con



una tercera parte, la curiosidad de los lectores, que queda en alto grado escitada á la conclusion de la segunda: no es lícito á quien con tal fortuna cultiva un género abandonado entre nosotros, pararse en mitad del camino cuando el que tiene delante solo se le presente sembrado de flores. El libro en que se ha impreso la primera parte de Doña Blanca y en que ha visto por primera vez la luz pública la segunda, está impreso con un lujo estraordinario, é ilustrado con magníficas láminas, de las cuales damos algunas como muestra y cuya estampacion hace honor al establecimiento de Sres. Gaspar y Roig, uno de los muy contados que tenemos en Madrid, para emprender con buen éxito una edicion ilustrada. Los mismos editores se hallan á punto de comenzar la publicacion de otra nueva novela del mismo autor titulada *Doña Urraca*, que si corresponde toda á lo que de ella hemos tenido ocasion de juzgar, está indudablemente destinada á asentar la reputacion de novelista, que el Sr. Villoslada ha sabido conquistarse con las obras que lleva impresas; lástima y lástima grande, que quien tan felices disposiciones manifiesta para el cultivo de este difícil género de literatura, ocupe el tiempo en esa lucha de estériles resultados á que arrastra el periodismo político. Es ciertamente admirable la facilidad con que este autor suele dedicarse á la vez á muchos y variados escritos, que siempre recibe el público con agrado; esto no obstante, nosotros le aconsejariamos que se dedicara á la novela con esclusion á todo otro trabajo, asi podria imprimir á sus producciones un sello de perfeccion, que no es posible exigir de quien, segun tenemos entendido, escribe dictando y trabaja alternativamente en trabajos de distintos géneros.

No es solo nuestro deseo de que quien con tan buena estrella ha entrado en un campo vírgen, como lo es en España el de la novela contemporánea, adelante en él, es que creemos que su buena fortuna seria un estímulo para que otros ingenios se dedicaran á este difícil ramo de la literatura, y que asi podria ponerse término á ese incansable afan de traducir y de leer traducciones, que esplotan á su sabor muchos de nuestros editores, corrompiendo lastimosamente el gusto del público.



LUIS VELEZ DE GUEVARA.

La feliz estrella, que habia hecho triunfar á los ejércitos españoles en Pavia y S. Quintin, Lepanto y Otumba, y que á tan alto grado de poderío y grandeza habia elevado á la España durante los reinados de Cárlos I y Felipe II, se oscurecia visiblemente. Empresas y guerras desgraciadas en el esterior, abusos del poder en el interior y sobre todo, falta de talentos políticos y militares, en los encargados de dirigir las riendas del estado, fueron las principales causas de la dolorosa decadencia en que vino á caer la señora de dos mundos.

Sin embargo, las letras españolas alimentadas de gloriosos recuerdos y protegidas por el rey Felipe IV, sobrevivieron á la ruina de las armas y la política; y el periodo que comprende el reinado de este monarca y de su antecesor Felipe III fué para España uno de los mas fecundos en insignes y esclarecidos ingenios. De trescientos pasaba el número de escritores y de quince mil las comedias de aquellos dias; como puede verse menudamente en el Laurel de Apolo del inmortal Lope de Vega y en el Para todos de doctor Juan Perez de Montalban.

Felipe IV no solo era el protector de los poetas y literatos, sino su verdadero y entusiasta amigo y él mismo cultivaba la poesía, pues se sabe escribió algunas comedias bajo el nombre de un Ingenio de esta Córte, entre ellas algunas apreciables como es la que se titula Dar la vida por su Dama. Uno de los poetas dramáticos que de su amistad disfrutaba era el fecundo y gracioso andaluz Luis Velez de Guevara, y al que los franceses llaman el Scarron de España. Hoy, pues, vamos á dedicar algunas líneas á la memoria de este ameno ingenio, despues de haber indicado someramente los principales rasgos de la época en que le tocó figurar.

Nació Luis Velez de Guevara en Ecija por los años de 1570; pero vivió la mayor parte de su vida en Madrid, protegido y honrado por el Duque de Veragua, segun la loable costumbre de aquellos tiempos en que los grandes protegian las letras y las artes con mano

espléndida y generosa. D. Nicolás Antonio en su Biblioteca se estiende mucho al tratar de este escritor, y dice que Andrés Florindo en las adiciones á la Historia de Ecija de Martin Roa le llama Velez de Dueñas; habla despues detenidamente de sus talentos dramáticos y dá noticia de algunas ediciones de sus obras.

Perez de Montalban afirma que «Luis Velez habia «escrito mas de cuatrocientas comedias, y todas ellas «de pensamientos sutiles, arrojamientos poéticos y «versos escelentísimos y bizarros, en que no admite «comparacion su valiente espíritu;» pero hoy no pasan de cuarenta las que se insertan en los catálogos que he tenido ocasion de ver.

No podia Lope de Vega, amigo siempre de prodigar alabanzas á los demas escritores, olvidar á Guevara en su Laurel de Apolo.

Así dice:

Ni de Ecija dejara
Al florido Luis Velez de Guevara
De ser su nuevo Apolo,
Que pudo darle solo,
Y solo en sus escritos
Con flores de conceptos inauditos
Lo que los tres que faltan;
Así sus versos de oro
Con blando estilo la materia esmaltan.

Casi todas las comedias de Luis Velez pertenecen á las que llamamos históricas. Siguiendo el gusto establecido por Lope faltan á las tres unidades de accion, tiempo y lugar, por cuya causa el interés decae y varia de escena en escena. La versificacion es fácil y sonora y el estilo menos altisonante y campanudo que el que formaba el gusto de su época. Los caracteres generalmente están bien bosquejados y en los diálogos se encuentran con frecuencia rasgos notables de ingenio.

La mejor comedia de este autor es sin duda la que lleva por título, Reinar despues de morir; que está fundada en los amores de Doña Inés de Castro y Don Pedro de Portugal. El carácter de la infortunada Doña Inés está bien desenvuelto y sostenido, y en las relaciones se encuentran algunas veces pensamientos bien sentidos y no mal espresados. Manifestando esta señora á D. Pedro el temor de perderle se esplica así:

Nunca como hoy, dueño mio,
temí de tu amor mudanzas:
no porque de tí no fio,
sino por ser desdichada.
Apenas de nuestra quinta
salí á caza esta mañana,
cuando ví una tortolilla,
que entre los chopos lloraba
su amante esposo perdido:
yo de verla lastimada,
llegué á temer que mi suerte
no me trajese á imitarla.
Ví luego, que de una vid
un olmo galan se enlaza,
y envidiosa de sus dichas,
tambien se me turbó el alma,
pues un tronco bruto goza
posesion mas bien lograda,
y yo, apenas gozo el bien,
cuando todo bien me falta.

La de cumplir dos obligaciones y Duquesa de Sajonia es una comedia que interesa y conmueve; y con su argumento se podria escribir un buen drama romántico. Tambien es digno de mencionarse, El Ollero de Ocaña por lo bien escritas que están algunas de sus escenas; en esta comedia se encuentra el cuento siguiente, uno de los mejores y mas graciosos de los muchos que se leen en nuestro teatro antiguo.

MARTIN.

Habia un cierto lugar,
tan incierto, que aun apenas
sus vecinos le sabian.
Su planta era en las riberas
de un rio corto de talle,
porque á su lugar parezca:
sus vecinos, por ser trece,
los contaban por docenas,
pues la maestra de niñas
quedaba fuera de cuenta.
Dicen que fué antiguamente
colonia romana ó griega,
y ahora, por sus pecados
es española agujeta;
pero con el buen olor
de aquella rancia nobleza,
elijen sus magistrados
con poder sobre las peñas.
Llegó de año nuevo el dia,
donde los cargos se truecan,
porque todo era postizo;
y el zapatero, ojo alerta,
en sabiendo la leccion,
cojió las hormas con priesa
notable, en una barquilla,
que servia de muleta
al pueblo: se fué abajo,
y á poco mas de una legua
dió fondo en otro lugar,
casi de las propias señas,
si bien no tan opulento,
por ser poblaccion mas nueva,
y asi tenia en la torre
por campanas dos cigüeñas.
Admirándose la plebe
que era entonces dia de feria,
de ver al Crispin sacar
la pedestral herramienta
le preguntaron á coros,
y no con poca sospecha,
la causa de su mudanza;
mas él, con la voz serena
les dijo: señores mios,
oigan que la causa es esta.
Ya sabrán vuesas mercedes
de ab initio, y ante soecula
que en mi lugar, ó en mi haca,
que no vengo para fiestas,
pues diré mal de mi padre,
en desarmando la tienda;
ya saben que sus vecinos,

por enfermedad secreta,
no llegan al catorceno
pues hoy, por costumbre vieja,
hubo eleccion de justicia,
plegue á Dios que en él se ensuelva!
Pues como se está el lugar
siempre en sus trece, y es mengua
en república tan noble
no hacer la eleccion entera,
repartieron, como digo,
los oficios por cabezas:
dos alcaldes ordinarios,
ya salen sus preeminencias,
uno de los hijos-dalgo,
y otro de la Villanesca;
luego un alguacil mayor,
con que tenemos tres piezas;
juez de testamentos, cuatro,
luego un receptor de penas
de cámara, que son cinco,
aunque de jujos rebientan;
cuatro rejidores, nueve,
que rijen cuatro carretas;
el escribano y alcaide
de la cárcel, que está en jerga,
y su poco de verdugo,
cumplen doce, y ellos eran
conmigo trece, pues digo
á los que saben de cuenta;
si los doce son justicia,
y yo me he quedado fuera,
¿en quién la han de ejecutar
sino es en mí? La madera
de mis hormas me acompañe;
yo no he de vivir en tierra
de tantos Justos Pastores,
que ahorcarán una estrella,
y es mejor ser con desdicha
Jonás de aquesta ballena,
arca de aqueste diluvio,
y flor de aquesta humareda.

Además de sus comedias, publicó Guevara en Madrid en 1608 un Elogio del juramento del serenísimo príncipe D. Felipe Domingo IV de este nombre; y El Diablo Cojuelo, novela de la otra vida, cuya primera edicion se hizo en Madrid, año de 1641, y despues se ha reimpeso una multitud de veces. Esta obra es la mas conocida de Luis Velez de Guevara, y ha sido imitada por el célebre escritor francés Mr. Renato Le-Sage. Supónese en esta novela un diablo escapado de la redoma de un nigromántico, con la ayuda de un tal D. Cleofás, al que en agradecimiento le lleva por encima de los tejados de las casas, para que vea hasta lo mas oculto que á aquellas horas, que eran las de bien entrada la noche, pasaba en la córte; teniendo con esto el autor motivo y ocasion de hacer una ingeniosa y picante crítica de las costumbres públicas. La imitacion de Mr. Le-Sage fué recibida en Francia con mucho aplauso, y llegó á tanto su aprecio, y pronto despacho, que se cuenta que dos caballeros tiraron de las espadas por tener el último ejemplar de la segunda edicion.

Luis Velez de Guevara estuvo casado con Doña Ursula Bravo de Laguna: de cuyo matrimonio tuvo un hijo llamado D. Juan, que fué tambien poeta dramático y mereció la estimacion y elogios de sus contemporáneos. La igualdad de los apellidos, y el descuido ó mala fé de los impresores, ha dado lugar á que se confundan entre sí las comedias de padre é hijo; siendo hoy muy difícil decir las que á cada uno pertenecen pues no existen notables diferencias, ni en la disposicion y enredo de la fábula, ni en la versificacion y descripcion de los caracteres, que distingan las del uno de las del otro.

Murió Luis Velez en esta córte, en el mes de noviembre del año de 1644 á los 74 de edad; siendo enterrado en Doña Maria de Aragon en el sepulcro de los Duques de Veraguas.

Fué Guevara hombre de muy despejado entendimiento, de carácter festivo y trato urbano y caballeresco; su conversacion era amena y sembrada de chistes, por lo que se le buscaba y estimaba en todas las tertulias de la córte. Como escritor, á pesar de los defectos de sus obras, siempre ocupará un lugar distinguido entre los poetas dramáticos del siglo diez y siete.

L. S.

RECUERDOS DE UN MÉDICO.

III.

Conclusion.

¿Por qué este inquieto abrasador deseo?
ESPRONCEDA.

De esta manera dió fin el Doctor á su relato. La conversacion que tuve con aquel ente misterioso, ya os tengo dicho que fué estraña por estremo y larga como son las horas sin esperanza. Contóme la historia de sus años maldecidos y en verdad que era espantosa; mientras que yo saltaba libre por el campo y vivificaba mi sér con el aliento de las flores nuevas, mientras que yo pasaba las noches tristes del invierno junto al hogar tranquilo de mi familia, oyendo las viejas tradiciones de los aparecidos en el Lugar; él pobre huérfano sin madre porque la habia tragado la nada, sin padre porque se lo tenia aprisionado la justicia, corria el mundo solitario y pobre no encontrando almohada para reposar la fiebre de su cerebro, ni pañuelo donde recoger las lágrimas que destilaban sus ojos de contínuo. Todos los amores y las desventuras, todas las virtudes y los crímenes que se habian infiltrado en mi inteligencia los vió él caer gota á gota sobre su corazon de quince años.

Porque aquel hombre, no era Goete, ni Biron, ni Voltaire que tenia por mis autores favoritos entonces. No creia como el primero que su inteligencia fuese la única entidad á quien asistiese el derecho de existir y de crear en el mundo; ni para buscar principios bellos y generosos, recorria adrede con el poeta inglés los abismos sin fondo donde bullen todas las deformidades y todos los crímenes humanos, ni profesaba el fatalismo ciego del autor del Zadich cuando mirando la pequeñez del hombre delante de los destinos, reconocia á Dios maldiciéndole. Pero bien podia contársele entre aquellos tres hijos de la duda, solo que el hombre misterioso con quien yo hablaba tenia sentido lo que los otros habian pensado; solo que en él era práctica lastimosa, lo que los otros habian discurrido en los placeres y el descanso de las córtes. Los libros los habia tomado en sus manos, no para aprender en ellos cosa alguna de la vida presente, sino para comparar las gentes de su época, con las que vivieron en otras naciones y en otros siglos; para poner en cotejo su inteligencia con las inteligencias ya evaporadas y su corazon con otros corazones muertos. Quiso saber si

el juego de la existencia habia creado plantas de mas lozanía que las que él habia alcanzado con sus ojos; si el ambiente de las edades estaba accidentalmente inficionado ó venia soplando de la propia suerte desde el eterno *in principio*.

Aprendió Química para ver de penetrar los misterios que encierra la naturaleza inerte antes de que la tumba lo confundiese con ella; ejercitó mucho la Dialéctica temiendo que hombre mas hábil que él en este punto pudiese engañarle. Luego corrió la tierra de uno á otro estremo buscando seres que poner en cotejo con el suyo hasta que llegado á aquel lugar vió á la muger hermosa de la casita blanca y consagró á ella toda la fuerza de su corazon y de su inteligencia—Porque hay, decia, una ley terrible sobre los hombres que ellos no pueden huir de modo alguno: cada espíritu trae escrita una idea eterna que debe alumbrar como faro en el puerto todos los dias de su vida; pero ese faro huye delante de él y ese puerto tiene oculta la entrada de manera que antes vé la tumba que el término de su viaje y la satisfaccion del deseo maldecido que lo consume.

Y oyendo esto estaba yo como un catecúmeno á el bautismo: postrado mi sér ante la superioridad que punto de recibir sobre mí alcanzaba aquella organizacion tan estraña, trasluciendo una verdad eterna sin percibirla enteramente; pero tal bautismo era de condenacion y de muerte, tal verdad era la de los abismos y las sombras—Hablad, hablad, le dije sin embargo.

Era bella *al parecer* comenzó á relatar el hombre de los misterios: de sus ojos saltaban centellas que conforme nacian iban á perderse en los pliegues aéreos de una sonrisa melancólica que bañaba todo su rostro de contínuo. Si en vez de eso fijaba por ventura su mirada en alguno, el fuego que de ella salia vivificaba la existencia y llenaba de regocijo los puntos mas recónditos del alma. Yo la ví funestamente; para ella estaba dada la suerte y fué preciso cumplirla. Una voz interior me gritó como siempre *adelante* y adelante fuí sin fuerzas ya y sin aliento para conllevar el camino. Hé aquí la ley terrible y eterna de que antes he hablado. La inocencia y la hermosura me arrastran irresistiblemente á adorarlas donde quiera que las halle, á libar el jugo que encierran para aplacar la sed que me devora y en vez de esto se irritan mas mis lábios y arrojo aquellos objetos sin saber yo mismo lo que ejecuto y busco otros y luego otros; siempre sediento, siempre adelante, sin mas meta ni mas esperanza que el que desfallezcan de mis fuerzas. Y sin embargo ¿qué haré yo cuando no pueda ajitarme si siento aun que el alma se me mueve, si conservo el mismo esfuerzo que ahora en el espíritu, ya impotente para buscar sensaciones nuevas y hollar con mi planta cuanto al paso se me ponga puesto que no puede aprovecharme de nada de lo que encuentro? ¡Pobre muger que me señalaron los cielos por víctima en el sacrificio! ¡funesta beldad y triste inocencia la suya ya que una y otra fueron reclamo de mi deseo! Díjela mi amor con toda la vehemencia que tiene el alma cuando espresa la verdad de sus sentimientos y que yo la adoraba entonces era verdad por mas que tan pronto la abandonase. Que no podia vivir sin ella tambien era cierto; como que necesitaba hacer alfombra de su inocencia para seguir mi destino. Fuí tiernamente querido como las almas nuevas, responden siempre á los primeros arrullos que reciben. Todas las flores con que adornó su cabeza, la primavera pasada las he llevado yo en mi ojal y las he visto caer á mis pies de marchitas una por una. Ella era la única que quedaba y tambien cayó... ya lo ves entre esas hojas silvestres se oculta su último resto y pronto tambien desaparecerá. Llegué á quererla tanto que fuí sintiendo como se calmaban poco á poco las ajitaciones de mi espíritu: el sol me parecia menos malo, la noche mas deliciosa todavia y tuve momentos de bendecir la existencia; pero entonces adquirí el postrero desengaño de que es inagotable la fuente que nos trae los dolores: ya que tenia el viento tranquilo, se levantó una tempestad en mi corazon mas terrible que las otras todavia. Comenzé á tener sed de otras sensaciones á esperimentar trasportes estraños. Mi amor ideal cuando iba á tocar ya *lo bello* en toda la estension con que se me presenta á la mente, perdió como Icaro las álas cayendo al mundo impuro de los placeres materiales—Hirvió en mis venas la sangre inficionada poniéndome en tal situacion que toda la hubiera vertido voluntariamente á trueque de conservar mi idea tan pura de amor. Luchaba con vigor al principio, pero sentí por fin que me dejaban las fuerzas: de un momento á otro iba á desaparecer de mi vista el horizonte de rosa que me ceñia para convertirse en cieno vil y aborrecido. Tuve fuerzas aun para huir: ella infeliz que tanto me amaba debia de llorar mucho con tan inesperada ausencia; pero yo la ejecuté sin tardanza. Aunque llevaba el corazon lacerado, al menos pensé que podria entregarme con holgura á los placeres de la inteligencia comparando mi ilusion de lo *bello* con lo bello de aquella muger á quien dejaba. Cree por mas que te parezca estraño que ese ha sido el tiempo mas feliz de mi vida: habia encontrado lo que buscaba y aunque el destino no me habia permitido disfrutarlo sino á trueque de envilecerlo, sentia descargado mi sér de un peso enorme con haber divisado el fin de mi existencia, y bendecia el instante en que habia conocido á aquella muger—Viajé otra vez por recurso y me consagré enteramente al estudio: mi carácter se habia vuelto mas dulce, mi inteligencia estaba mas clara, concurria á algunos placeres y gozaba en ellos á condicion de comparados con la imágen resplandeciente que llevaba en la mente y en el recuerdo. Era feliz entonces repito y aun osaba imaginarme que en algun tiempo amortiguadas ya las pasiones torpes de sér, podria vivir á su lado, amándola con toda la pureza de mi espíritu, comparando cada dia el tipo bello de mi fantasía con aquella belieza real y gozando con pensar que aquel era superado por esta.

No trascurrió mucho tiempo, sin embargo, antes de que sufriese yó el desengaño: supe que mi adorada habia buscado marido a los pocos meses de mi ausencia—Tal esperanza perdida llevó trás sí todos mis sentimientos; otras mil y mil se habian disipado á mi vista; pero ninguna llegó á estar tan alta como ella. Puesto que de todas habia dudado no fué mucho lo que perdí cuando me faltaron; pero en aquella habia creido y tan grande como fué el esfuerzo empleado para creer, tan grande fué despues el desengaño y la caida. Tomé el camino del Lugar al punto sin saber para qué al principio, despues con la curiosidad estraña de ver si brillaban los ojos de la muger degradada como habian brillado los de la muger pura; si era igual el acento que empleaba para la verdad y para la mentira.

Llegué acá y supe donde vivia con su esposo en la casita blanca, oculta casi entre los álamos del bosque. Cerca de estos campos fijé mi alojamiento para que no me perdiese un instante de vista, ya que aquel sér no era *bello* el instinto de toda mi vida me conducia á aniquilarlo, y lo logré—Durante tres meses no he dejado de aparecerme á ella un solo dia, primero como si fuese un fantasma, despues como un amante ofendido, luego como un enemigo de muerte porque ciertamente en estos tiempos últimos la aborrecia. He pesado en ellos como un remordimiento sobre su corazon, haciéndola oir contínuamente la voz de mi venganza y de su crímen. Al fin no pudo mas resistirlo. No hace tres dias que yo vagaba en estos mismos lugares á la claridad tibia de la luna, cuando divisé entre las hojas su vestido blanco y los rizos seductores de su rostro que flotaban á merced del ambiente. Vino á mí con paso tardo é irresoluto; luego se paró un momento y pronunció estas palabras con la voz mas dulce del mundo. ¿Eres tú ingrato.... eres tú mismo el amante que tanto he querido... me haces víctima de tu inconstancia y ahora te acercas á turbar mi reposo?—Muger, le respondí con acento de nieve, tu espíritu desvanecido ya y emponzoñado no podria comprender la grandeza de mi pensamiento aunque yo te lo esplicara, vé y sufre tus dias de tinieblas y de remordimientos porque eres indigna de mi ternura y ahora no mereces tampoco que mal-

gaste hablándote, mis horas de meditacion y de venganza—Hombre de maldicion me respondió entonces sollozando, tú me abandonaste sin decir nada dejándome espuesta á las importunidades de otro amante y á las violencias de mi familia; pluguiese á Dios que no te conociera ¡ojalá que nunca tus ojos se hubiesen encontrado con los mios! de esto si que estoy arrepentida, no de la conducta que he observado en tu ausencia; harto hago con derramar lágrimas en obsequio de quien hizo tampoco por enjugarlas—Es pues, inútil esta conversacion, señora; puesto que de nada os arrepentis, idos y dejadme que piense yo á mis solas, lo que conviene á un alma engañada para recobrar al menos su sosiego—Diciendo esto volví la espalda y tomé la senda mas próxima para alejarme—En este punto miré bañado en lágrimas mi rostro y sentí que el corazon me latia, al lado de otro corazon que contra sí lo estrechaba: era ella que sin alcanzar á contener su emocion habia venido á arrojarse á mis brazos mas amante y mas tierna que nunca—Cruel, cruel me decia: yo te amo ahora como en los mejores dias de nuestra ventura, ingrato, yo no puedo vivir sin tí, ni tengo aliento mas que cuando tú respiras ni me sirvo de los ojos sino para contemplar los tuyos y beber los rayos que despiden tus pupilas. Oh deja el duro ceño querido mio y entrégate como yó á los delirios del amor y la ventura—

Frio é inmóvil por mi parte, apenas pude prestar oidos á estas palabras: un pensamiento del infierno apareció en mi mente como la primera nube de una tormenta y mintiendo ternura en las miradas y frenética pasion en las acciones le dije con labio helado estas palabras—Sí sí, te amo querida mia, te amo y perdono tu inconstancia con tal que tú perdones los trasportes de mi amor.....—Oh..... Estábamos sentados uno junto á otro mirándonos fijamente; ella con todo el ardor de una ternura mal satisfecha, yo con todo el sarcasmo insolente de un vencedor que desprecia al rendido. La pobre muger no sabia que pensar de tan estraña conducta: hubo un momento de silencio y otro y otro hasta que las horas de la noche se pasaron y fué preciso separarse. Mi amante se levantó y me ofreció el ósculo de despedida:—no exijia tanto le dije con una risotada sin hacer el movimiento mas mínimo por mi parte. El orgullo de muger ofendido brotó en sus mejillas un carmin vivísimo y sus ojos derramaron gruesas lágrimas:—Yo creia dijo, que me habias perdonado—Eso es conforme lo entiendas le respondí con indiferencia: yo no pediré cuentas de lo pasado á la muger que supo concederme sus favores; pero le negaré el derecho de confundirse con aquella que antes de engañarme era la muger mas pura de la tierra? Que quieres decir con eso? replicó casi desvanecida—Quiero decir, la dije levantándome, que no sois del todo maleja para pasatiempos de un instante pero cuenta con aspirar á la elevada esfera donde tienen asiento la virtud y la pureza, donde solo debe estar lo *bello* en una palabra. Dicho esto volví las espaldas y me alejé precipitadamente: cuando iba á alguna distancia volví el rostro para observar lo que hacia y ví que estuvo vacilando un momento sin saber tomar partido alguno; luego dando un grito penetrante cayó entre las yerbas desmayada.

Al dia siguiente vine á rondar la casa y ví que por ninguna parte se mostraba. Su marido si, que salia frecuentemente y andaba como temeroso y afligido: sospeché la causa y estuve cada vez mas en acecho: anoche te ví llegar y noté que se recojia á otra casa el marido. Juzgando que era el momento oportuno entré silenciosamente en la casa: tú y la criada dormiais, mi amada estaba muerta y nadie habia cuidado de cerrarle los ojos. Entonces cumplí por mí mismo este deber que á nadie quizá le pertenecia con mas justicia; besé su frente y sus lábios y no dejé hasta el amanecer su lecho fúnebre—Ya ha caido tambien esa flor otro tiempo tan lozana. ¿Y querrás creerlo? todavia buscaré por el mundo otra belleza, todavia la seguiré por todas partes y le consagraré mi vida, verdad es que tambien me engañará pero entonces... no faltará tierra para otra tumba como esta.

Mi asombro habia llegado á su colmo; no corria el sudor por mi frente ni me temblaban los miembros porque está inmóvil y asi como petrificado.—Sois cruel—le dije cuando pude romper el silencio—jóven me respondió: ya sabes lo que me ha sucedido con una amante; de esto podras tú sacar lo que me sucederá con un amigo cuando me engaña. ¿Estás dispuesto á seguirme por todas partes, á partir conmigo tus placeres y tus dolores y á confundir tu existencia con la mia? Horrible debia ser la amistad de aquel hombre: no pude responderle una palabra y él mirándome con cierta sonrisa de indefinible desprecio me dijo: Pues si de eso no eres capaz vé á contar á las gentes lo que en mi has visto y á temblar toda la vida con mi recuerdo: anda en paz y dá gracias al destino de que nunca has escitado mis simpatías, ni te aborrezco ni te amo y no has podido causarme desengaño alguno.—Estas palabras las acompañó con un movimiento harto significativo por cierto que queria decir tanto como no esperó contestacion á esta órden. Y en verdad que no necesitaba yo de esto para correr como un desesperado á mi casa.

Calló el doctor y todos quedamos pensativos y admirados, comentando de todas maneras aquel suceso. Ese hombre era un criminal decia el uno; no sino réprobo replicaba el otro; es inverosimil ese carácter clamaba el mas incrédulo: era un filósofo, gritaba este, mas bien ateo replicaba el otro y todos dudaban y todos se contradecian, dirijiéndose contínuamente al doctor para que los sacase de confusiones—¿Qué mas habeis sabido? ¿No averiguasteis que ha sido de él? ¿Cómo desapareció de vuestro lugar? ¿no supisteis los nombres de ninguna de esas personas? asi decian á un tiempo diez voces de bulliciosos estudiantes.

Señores respondió de una vez el doctor con tono solemne, volviendo repentinamente de su letargo: diez años despues del suceso que os he referido, volví á encontrar al hombre misterioso; estaba en una casa de locos y repetia contínuamente estas palabras—¿donde está *lo bello* ¡Dios mio! ¿Qué es lo que existe perfecto en esta vida? quiero buscarlo, quiero buscarlo y estoy seguro de encontrarme al fin con ello. Le hablé y me volvió la espalda con desprecio diciendo que me conocia. He recorrido despues los libros de la facultad y no he podido hallar en ellos la esplicacion de semejante locura. Han pasado años y años y he notado en mí una cosa harto singular por cierto, que cada vez van igualándose mas mis doctrinas á las del hombre misterioso realizándose todas las imáge nes espantosas que ví en sueños la noche de la muerte. Creo que tengo ya algo de aquella risa sardónica (y era asi como ya sabemos): los objetos se ennegrecen cuando los toco con mi mano caduca y á fé de médico os digo, que si él era loco, locos somos tambien todos nosotros, unos mas, otros menos segun la fuerza de vida con que viene nuestro sér á la tierra.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Todos los teatros de la córte han estado concurridísimos en las últimas fiestas: por lo que respecta á las funciones que en ellos han tenido lugar, ha habido de todo. En el Príncipe ha gustado estraordinariamente la comedia *Un viaje á América*, arreglada por el Sr. Navarrete y fué muy aplaudida la de Tirso *Lorenza la de Estercuel*; en ambas tuvieron ocasion de distinguirse varios de los principales actores de este teatro. En la Cruz agradó tanto la funcion de la tarde como fué pesada la de la noche; compúsose la primera de las piezas *La primera escapatoria* y *Juan el perdio*, formaron la segunda el drama *Lo primero es lo primero* y la revista del año que concluye, titulada *Todos á la mesa*, original del Sr. Cazurro. En el Instituto fué muy bien recibido el drama *El ciego de Orleans*, traduccion del Sr. Montemar, tambien se aplaudieron la piececita *Un contrabando* y *El Oso negro y el Oso blanco*, disparate cómico de Scribe sumamente chistoso, traducido por el Sr. Peral, pero lo que

mas agradó, fué *El ensayo de una ópera*, terminado con un periódico monstruo sin editor responsable que se dió á leer al público, el cual pidió el nombre del autor.

El teatro del Circo ha inaugurado su nueva temporada con grandes mejoras en el local, y hermoso alumbrado de gas. La escena fué servida con lujo y riqueza, los coros son numerosos y están bien ensayados y vestidos, la orquesta como siempre, magnífica; pero aunque sea aventurado decidir aun sobre el particular, nos parece que los cantantes no corresponden á lo que esperaba el público, despues de tantos anuncios, ni son cual los exije un teatro como el del Circo; ni la prima donna Boyssi, ni el tenor Cuzani creemos que han de producir grande entusiasmo en el público; esperamos oirlos mas veces para confirmarnos ó no en esta opinion. Tambien han dado principio las funciones de baile, á las cuales no hemos asistido aun.

El Museo ha mejorado tambien de una manera notable y ha estado concurridísimo las noches de pascua, en las que se ejecutaron *Attila* y algunos bailes en los entreactos; en el circo de Paul se han repetido los ejercicios de siempre por activa y pasiva, y Variedades con sus funciones de Noche-Buena tuvo buenas entradas y divertió grandemente al público. Los revendedores han hecho como siempre impunemente su agosto, y los encargados de vijilar esta *laboriosa y utilísima* clase se han guardado como siempre de incomodarlos. Han hecho bien.

PERIODICOS DE LAS PROVINCIAS.

Creemos que nuestros lectores agradecerán la siguiente enumeracion, de los periódicos literarios mas importantes, que actualmente se publican en las provincias.

La Antorcha, Semanario enciclopédico de ciencias, artes, literatura é industria: redacta en Barcelona esta apreciable publicacion, D. Mariano Cubí y Soler; en ella se leen artículos muy notables de filosofía, religion, intereses materiales, literatura, bellas artes, crítica etc. Sale á luz todos los sábados; y sus columnas ofrecen una lectura instructiva á la par que curiosa y entretenida, por eso recomendamos *La Antorcha* con toda eficacia.

El Caridemo, revista literaria, científica, administrativa y mercantil, periódico de Almería; publícase semanalmente y contiene amenos y variados artículos y poesías; juntamente con él salen á luz tratados de agricultura, que por este medio se ponen fácilmente al alcanze de todos y pueden ejercer un influjo saludable.

La Amenidad, periódico semanal de literatura, ciencias y artes que aparece en Alicante. Es uno de los periódicos mas elegantes que se han publicado en las provincias, por el esmero de la impresion y la belleza de las cubiertas. Desempeñan su redaccion varios jóvenes estudiosos que saben hacer provechosa y conveniente la lectura de sus entregas.

El Historiador Palmesano, periódico de literatura, bellas artes, biografías etc. Es único redactor de este Semanario D. Ramon Medel, quien se ocupa en sus artículos de la historia nacional, literatura, biografía, ciencias, bellas artes y poesía. En suma de todas materias menos de religion y de política. Esta publicacion, es indudablemente la mejor de las que se imprimen en Mallorca.

ADVERTENCIA.

Se ruega á los señores suscritores de las provincias cuya suscricion ha terminado, se sirvan renovarla con tiempo en las mismas librerías ó administraciones de correos donde hayan hecho la anterior, con el fin de que no esperimenten retraso en el recibo de los números.

Con el próximo se distribuirán la portada, índice y cubierta del presente tomo, que se hallará de venta desde el 7 de Enero encuadernado á la rústica á 40 rs. en Madrid y 50 en provincias y á 36 y 48 respectivamente para los suscritores de 1849.

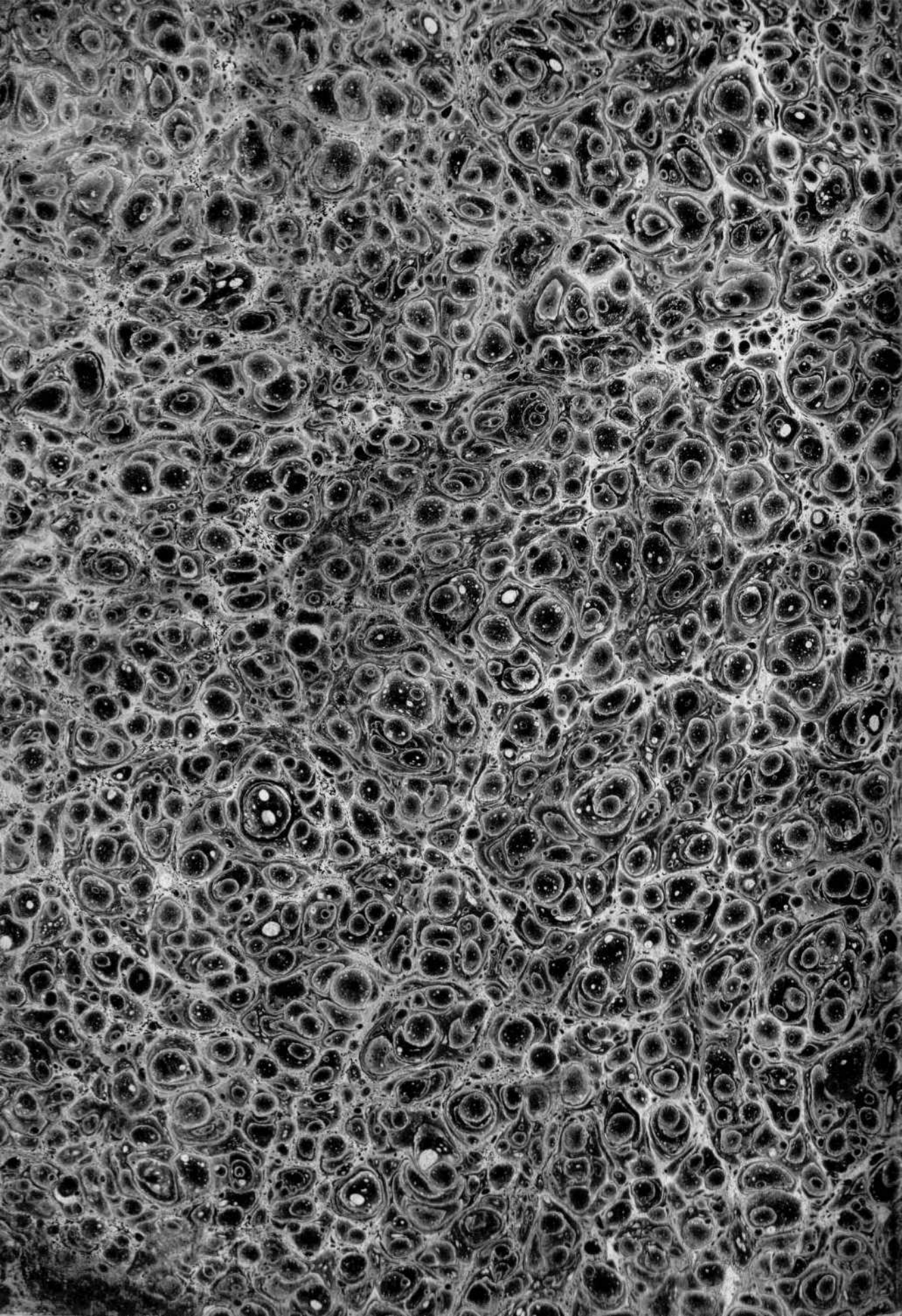
D. Salvador Costanzo acaba de publicar una *Gramática italiana* de la mayor importancia y utilidad para los que quieran comprender el armonioso idioma del Taso y de Dante. Este libro sumamente útil á la juventud estudiosa, se vende en la librería de Monier.

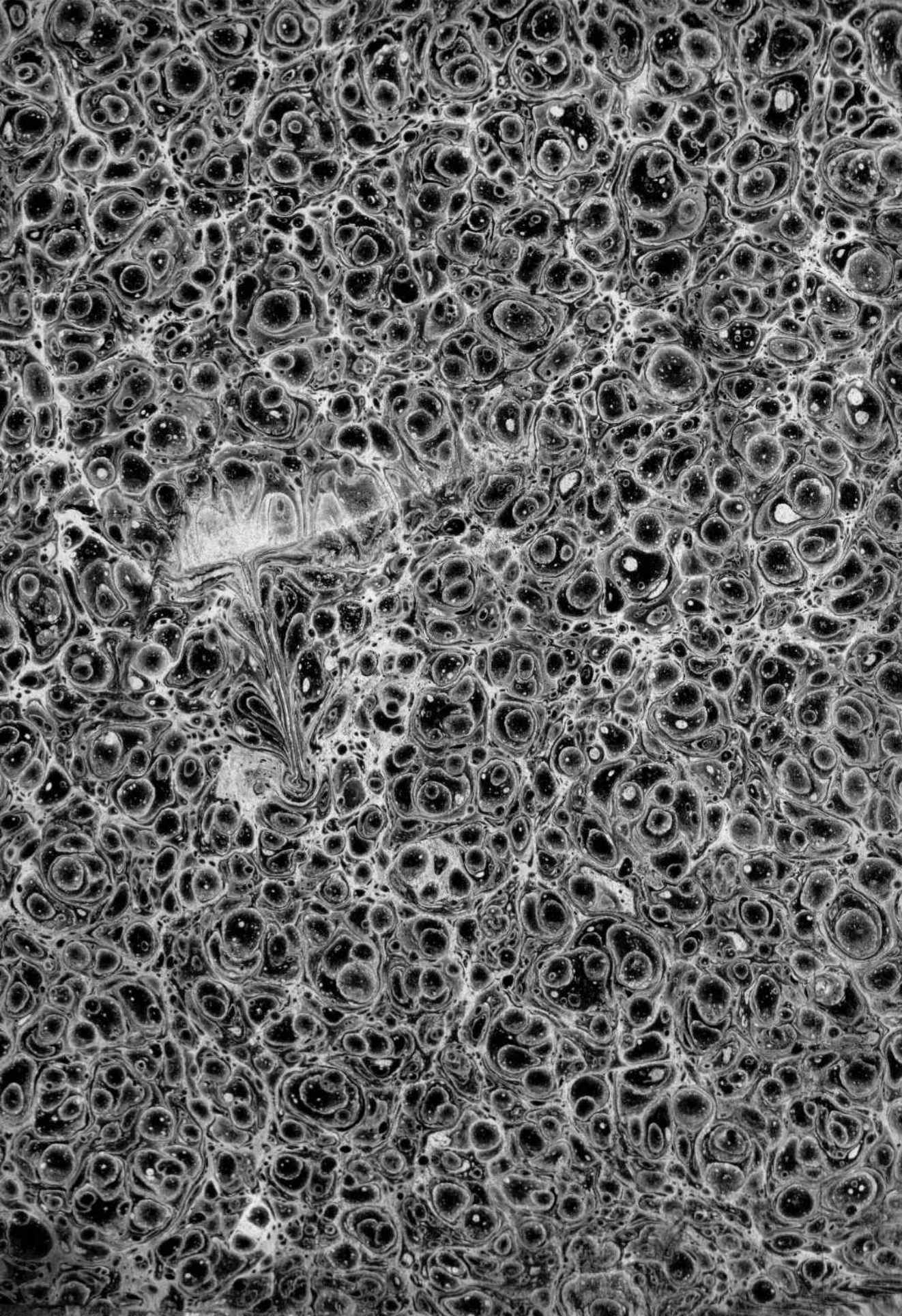
MADRID 1848—IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ.

FIN DEL TOMO DE 1848.



BIBLIOTECA PROVINCIAL
BP-004,982
Reg.
ESCOLA PIA CATALUNYA





SEMANARIO
PINTORESCO

1848